BRUNO MIGLIORINI

HISTORIA DE LA LENGUA ITALIANA

NUEVA EDICIÓN



Índice

BRUNO MIGLIORINI

STORIA DELLA LINGUA ITALIANA

NUOVA EDIZIONE



El libro

Historia de la lengua italiana

Esta impresionante obra, presentada aquí en una nueva edición revisada y corregida, se considera ya un clásico, una herramienta fundamental tanto para los estudiantes como para los aficionados a la lingüística. De hecho, fue la primera historia de la lengua italiana que tuvo en cuenta tanto los factores sociales como los geográficos y temporales: el análisis evolutivo del italiano se convierte en una herramienta de conocimiento fundamental para toda la historia de nuestro país. Siguiendo un amplio arco cronológico, que abarca desde el nacimiento de la lengua vernácula hasta el siglo XX, Migliorini investiga las relaciones entre lengua hablada y escrita, la coexistencia de dialectos regionales y lengua nacional, y las relaciones de intercambio entre modismos italianos y extranjeros. Un completo índice de los términos analizados facilita la consulta del volumen.

El autor

Bruno Migliorini

BRUNO MIGLIORINI, (1896-1975) ocupó la primera cátedra oficial de Historia de la Lengua Italiana, cargo que desempeñó de 1938 a 1967. De él recibió esta disciplina una importante aportación metodológica, así como un decisivo impulso divulgador. Entre sus ensayos destacan *Lingua e cultura* (1948), *La lingua italiana d'oggi* (1957) y *Parole d'autore* (1975).

TASCABILI BOMPIANI 31



BRUNO MIGLIORINI
STORIA DELLA LINGUA ITALIANA

Introduzione di Ghino Ghinassi
Postfazione di Massimo Fanfani

I GRANDI TASCABILI
BOMPIANI

ISBN 978-88-587-8295-8

www.giunti.it
www.bompiani.it

2019 Giunti Editore S.p.A./Bompiani
Via Bolognese 165 - 50139 Florencia - Italia
Piazza Virgilio 4 - 20123 Milán - Italia

Primera edición Bompiani paperbacks: 1994
Primera edición Giunti Editore S.p.A.: junio de 2018
Nueva edición revisada: abril de 2019
Primera edición digital: mayo de 2019

Portada: Zungdesign.


INTRODUCCIÓN

BRUNO MIGLIORINI
Y SU *HISTORIA DE LA LENGUA ITALIANA*

a Bruno Migliorini, profesor y hombre

Cuando, hace cincuenta años, en el momento de tomar posesión de la cátedra de Historia de la Lengua Italiana en la Facultad de Letras de Florencia (la primera, instituida, podría decirse, *ad personam*, para aprovechar plenamente sus investigaciones originales, y permitirle regresar a casa desde su "exilio" suizo), inició los cursos de la nueva disciplina académica, Bruno Migliorini, como hombre recto y justo que era, además de enérgicamente comprometido con sus estudios, se impuso inmediatamente el deber de justificar esta medida excepcional, iniciando los trabajos preparatorios de una obra de la que Italia aún carecía: una historia de la lengua italiana. El propio Migliorini da fe de ello en las primeras líneas del "Prólogo" del libro que ahora se reedita, casi treinta años después de la primera edición (que salió en 1960).[1]

Que en Italia faltara realmente una historia de la lengua podría ponerlo en duda quien recordara que desde el siglo XVIII (por omitir episodios anteriores, fragmentarios y ocasionales) ilustres figuras habían abordado un tema similar, o al menos habían puesto una etiqueta parecida a algunas de sus obras. Pero se trataba de obras diferentes, nacidas en un clima lejano: o bien destinadas a reafirmar, ante un público extranjero, las glorias pasadas de la lengua y la literatura italianas (no sin cierta preocupación por su destino futuro), como la *Historia de la lengua italiana* (1757) de Giuseppe Baretti; o bien a integrar, siguiendo los pasos de Muratori, el elemento "lengua" en los orígenes medievales de la civilización italiana, preparando así, desde lejos, materiales y argumentos para lo que se convertiría en la tesis de su "primacía" en Europa: tal aparece, por ejemplo, el capítulo "Lengua" de la obra de Saverio Bettinelli *Risorgimento d'Italia* (Parte II, Capítulo I) (1775). Los incunables dieciochescos de la historia de la lengua italiana encontraban su baricentro en motivaciones muy distantes de nuestro tiempo: en particular, en el deseo de plena legitimación de nuestro idioma frente a la temible expansión del francés, que ahora parecía arrollar toda defensa esgrimida por nuestra lengua, la "langue douce, sonore, harmonieuse" (Rousseau) de Petrarca, Ariosto y Tasso. Por supuesto, en esta época, decir "lengua" seguía significando en gran medida decir "literatura"; y para quienes vivían y estudiaban o enseñaban en el extranjero, "literatura italiana" significaba inevitablemente "literatura en lengua italiana". Así fue como, unos setenta años después de la *Historia* de Baretti, Foscolo compiló, siempre para un público inglés, sus Conferencias sobre las *épocas de la lengua italiana* (1823-25), considerablemente más extensas. Entretanto, el estado de ánimo había cambiado: de la defensa frente al francés se había pasado a la afirmación confiada de la lengua como marcador ineludible de la identidad nacional: "Cada nación tiene una lengua", afirmó Foscolo en una conferencia pronunciada en Pavía en 1809. "Todo hombre de letras debe hablar a su nación con la lengua de su país".[2] Y durante mucho tiempo, en el renacimiento romántico del medievalismo, se soñó con una historia que, siguiendo el camino de la lengua común hacia atrás, superando estrecheces regionales y municipales, se inspirara en los orígenes de la nación y de la civilización nacional: primero Giuseppe Grassi y luego, siguiendo su ejemplo, Cesare Balbo emprendieron esta tarea en los años en torno a 1830, aunque ninguno de los dos tuvo éxito en su labor.[3] Mientras tanto, llegaban a Italia los primeros ecos de los nuevos rumbos tomados por la lingüística histórica en el ámbito germánico, y con su estímulo se inició en Milán el animado taller científico que fue la revista *Il Politecnico, dirigida por el propio Cattaneo,* sobre todo a través de los trabajos de Bernardino Biondelli y Carlo Cattaneo, dirigida por el propio Cattaneo, aquella rigurosa investigación sobre el origen y el desarrollo de los modismos dialectales italianos y su compleja relación con la lengua común, que condujo a la formación de estudiosos como Graziadio Isaia Ascoli y al establecimiento de una escuela italiana de glotología.[4]

Sugestiones literarias, polémicas antifrancesas, aspiraciones nacionales, nuevos métodos glotológicos: todo un complejo de fermentos culturales, que acompañaron los acontecimientos del Risorgimento en el ferviente clima del siglo XVIII-XIX, y que parecían a

punto de dar a Italia, junto a una historia política y civil y una historia literaria, también una historia de la lengua. Pero todo lo que se produjo hasta entonces fueron fragmentos, esbozos e investigaciones ocasionales o detalladas. Además, el panorama italiano no difería mucho en este aspecto del europeo: la historia de la lengua no encontraba aún su emplazamiento seguro, dividida como estaba entre las descripciones de la historia literaria y los nuevos esquemas metódicos de la lingüística histórica.[5]

En las últimas décadas del siglo, fundada Italia y calmado el clima de la investigación histórica, se comprendió bien que una historia de la lengua italiana seguía en el limbo de las aspiraciones. "Quien piense en el importante trabajo realizado por varias naciones sobre lenguas y dialectos", escribió De Sanctis en 1869, al reseñar las primeras *Lezioni di letteratura italiana* de Settembrini, "se maravillará de cómo en Italia, donde se originaron estos estudios, seguimos discutiendo si la lengua debe tomarse de los vivos o de los muertos, y qué es una forma de escritura italiana, y aún no tenemos nada que se parezca a una historia de nuestra lengua y dialectos, donde se representen las diversas formas que la lengua y el período han adoptado en diferentes épocas."[6] Las aspiraciones, sin embargo, no decayeron; pero tampoco la conciencia de las grandes dificultades que había que superar. Hacia finales de siglo, el romanista Pio Rajna escribía a su colega glotólogo Carlo Salvioni: "Entre los proyectos que anhelo habría también una historia de la lengua italiana; ¡pero Dios sabe si se ejecutará alguna vez!".[7] Por el momento, el proyecto de una historia de la lengua italiana no llegó a materializarse. En el campo de los estudios filológico-lingüísticos dominaba la idea, propiciada por el comparativismo, de que la historia de la lengua coincidía esencialmente con la historia de sus orígenes. En particular, la historia del italiano se inscribía, por una parte, en la historia, en gran parte conjetural, de sus orígenes romances (y el comparativismo romances nos dio entonces la primera gramática histórica específica del italiano: la de Meyer-Lübke en 1890); por otra parte, en cuanto aparecieron los primeros monumentos literarios notables, la historia de la lengua se fundió con la historia literaria y se entrelazó indisolublemente con ella. La propia *Storia della letteratura italiana* de De Sanctis se abría con estas premisas (cf. cap. I), reiteradas tiempo después, con autoridad, por Benedetto Croce, para quien "la *historia de las lenguas* en su realidad viva, es decir, la historia de los productos literarios concretos" era "sustancialmente idéntica a la *historia de la literatura*".[8]

Fuera de Italia, sin embargo, sobre todo en Francia, país que siempre había mantenido lazos culturales muy estrechos con Italia, salían a la luz orientaciones diferentes, que vendrían a indicar formas nuevas y más practicables de construir una verdadera historia de la lengua y de delimitar plenamente los espacios que le pertenecen. Según estas orientaciones (inspiradas en corrientes sociológicas como la de Émile Durkheim, cuyas influencias contemporáneas sobre Saussure son bien conocidas) la historia de la lengua no era, o no era sólo, una historia más o menos conjetural de los orígenes y de la prehistoria, no la historia literaria, sino la historia, vista desde un ángulo particular, de la propia sociedad que utilizaba esa lengua para expresarse y comunicarse. "Le langage", afirmaba en 1906 el más representativo de los nuevos maestros franceses, Antoine Meillet, "est éminemment un fait social" y "du fait que le langage est une institution sociale, il résulte que la linguistique est une science sociale, et le seul élément variable auquel on puisse recourir pour rendre compte du changement linguistique est le changement social dont les variations du langage ne sont que les conséquences parfois immédiates et directes, et le plus souvent médiates et indirectes."[9] Una concepción, pues, con horizontes tan amplios como los de la sociedad a la que la lengua está inseparablemente integrada. Meillet dio enseguida un ejemplo memorable de esta concepción en *Aperçu d'une histoire de la langue grecque* (1913): y mientras tanto, uno de sus compatriotas, Ferdinand Brunot, había inaugurado en 1905 una monumental *Histoire de la langue française*, que, en las décadas de su elaboración, se orientaría cada vez más hacia el estudio del vínculo entre lengua y sociedad, reconstruyendo con gran detalle (¡doce volúmenes en veinte tomos hasta 1815!) la historia lingüística de un país moderno que había sido y seguía siendo el eje de la civilización europea.[10]

A medida que la historia de la lengua se emancipaba y el grandioso proyecto de Brunot se desarrollaba, la necesidad de una historia de la lengua nacional se hacía aún más acuciante en Italia. El propio Migliorini, ya en sus primeros años, dio voz a esta necesidad. Gianfranco Folena recordaba recientemente que, señalando "en 1923 el volumen de Sorrento sobre la difusión de la lengua italiana en Sicilia y el de Schileo sobre Bembo y el

destino de la lengua nacional en el Véneto [...], [Migliorini] abría su discurso con estas palabras [...]: 'Una historia de la lengua italiana análoga a la dada para el francés por Brunot y Vossler parece destinada a permanecer por algún tiempo como un deseo piadoso; pero mientras tanto, en los últimos años, no han faltado investigaciones que constituirán su sustrato indispensable'".[11] Con un sentido del realismo que le caracterizaría el resto de su vida y que le mantendría igualmente alejado de las orientaciones idealistas crociano-voslerianas y de los diversos esquematismos del comparativismo tardío (su primer logro científico conspicuo, el tratado *Dal nome proprio al nome comune [Del nombre propio al nombre común*] de 1927, estudiaba el origen de las palabras cotidianas nacidas de la generalización de hechos biográficos únicos y muy concretos), el joven erudito midió las enormes dificultades de la empresa y se apoyó, para la época, en investigaciones preparatorias de alcance limitado. Y sin embargo, observa además Folena, estas palabras "debían de ser ya válidas para él como programa personal", aunque "demasiado vasto y ambicioso para ser proclamado" abiertamente.[12] En efecto, a partir de entonces comenzó, si no había comenzado ya antes, esa catalogación de los fenómenos de la lengua italiana contemporánea que, a través de una reflexión cada vez más consciente y profunda (concretada en los ensayos recogidos más tarde, en su mayor parte, en los volúmenes *Lingua contemporanea,* 1938, y *Saggi sulla lingua del Novecento,* 1941), iba a constituir el punto de partida para desandar, hacia atrás, los caminos seguidos por nuestra lengua desde sus orígenes hasta sus formas modernas.

Que, tras la insinuación de 1923, Migliorini no había interrumpido, sino que, por el contrario, había intensificado y profundizado su interés por una historia global de la lengua italiana, lo demuestran no sólo las numerosas reseñas publicadas en esos años (la mayoría sobre *Cultura* de De Lollis), sino también varias importantes contribuciones posteriores. Mientras tanto, el ensayo de 1932 sobre *Storia della lingua e storia della cultura*,[13] primera aproximación esquemática a la gran obra. En él Migliorini, declarando su deseo de "considerar más de cerca el problema de la formación de la lengua italiana común", observa que las "ayudas" que "la lingüística ha prestado en los últimos cincuenta años a su solución [...] son más bien escasas"; y añade: "Si no se quiere tergiversar arbitrariamente el significado de las palabras, es difícil encontrar un problema más puramente *lingüístico* que éste: sin embargo, los lingüistas ortodoxos, los glotólogos puros se lavan voluntariamente las manos, afirmando que se trata de un problema histórico o literario o cultural y no lingüístico" (p. 11). Comienza entonces, por su cuenta, a señalar algunos de los que deben ser los fundamentos esenciales para abordar correctamente tal problema, ante todo la denuncia de la insuficiencia del mito, romántico y prerromántico, "de que sólo el período de los orígenes tiene importancia": si tal importancia debe sin duda reconocerse, observa Migliorini, "no se dice que los fenómenos de épocas más recientes, hasta los que tienen lugar ante nuestros ojos, deban por ello descuidarse" (p. 16). Ya en estas lúcidas y decisivas posturas, la obra futura está *in nuce*; y es sintomático que, tras otras notables contribuciones (entre las que cabe mencionar la relativa a *Dialecto y lengua nacional en Roma,* que esboza, a partir de un caso típico, el papel del toscano literario en el proceso de formación de la lengua común),[14] se le encargó la recensión sobre la "Historia de la lengua italiana" en el volumen *Un cinquantennio di studi sulla letteratura italiana*. *1886-1936*, publicado en 1937 por la Sociedad Filológica Romana y dedicado a Vittorio Rossi.

En el momento de su llamada a la cátedra florentina, y con el inicio de su docencia de Historia de la lengua italiana en la Facultad de Letras de Florencia, a partir de noviembre de 1938, comenzó a madurar más concretamente el diseño de la obra que vería la luz más de veinte años después. Casi al mismo tiempo, en enero de 1939, se puso en marcha la revista *Lingua nostra,* que acompañaría de cerca la larga elaboración de la *Storia* (codirigida con Giacomo Devoto, que publicaba su *Storia della lingua di Roma*). Ya el artículo inaugural de la revista, del propio Migliorini, "Correnti dotte e correnti popolari nella lingua italiana",[15] retomaba y ampliaba los temas, esbozados en 1932, sobre las condiciones del desarrollo histórico del italiano: una clara señal de que el marco de la Historia de la *lengua italiana* estaba clarificando sus líneas esenciales.

El artículo ahora citado se abría en una postura que traducía en términos más amplios y explícitos algunas de las afirmaciones de 1932 contra el aplanamiento de la investigación histórico-lingüística sobre esquemas naturalistas identificados arbitrariamente con un mítico nivel popular y primitivo del lenguaje (fruto de aquella parte de la herencia que la época positivista había filtrado a través del romanticismo). Los "factores culturales" no sólo

no debían considerarse elementos perturbadores en el funcionamiento y evolución de las lenguas (cf. *Historia de la lengua e historia de la cultura*, cit, p. 17), sino que, por el contrario, había llegado el momento (escribía Migliorini) de afirmar claramente que de la "lingüística bidimensional" se había pasado "a una lingüística tridimensional, en la que se tiene en cuenta no sólo el espacio y el tiempo, sino también la estratificación social", es decir, la sociedad en su conjunto: porque, si bien es legítimo e importante rastrear el desarrollo de las voces y formas populares y hereditarias, "se hace cada día más evidente la necesidad de no descuidar las otras, cuyas vicisitudes no son menos interesantes por el hecho de que no el vulgo, sino los hombres de cultura las han conservado y reinstalado en la lengua". Si la lingüística tiene en cuenta ante todo el estrato popular o incluso plebeyo, la historia de la lengua debe tener en cuenta todos los estratos sociales" (p. 29). Con esta última contraposición (en la que por "lingüística" entendía evidentemente, como ya había indicado en 1932, las dimensiones reductoras que le imponían las corrientes dialectológico-naturalistas) Migliorini abría la historia de la lengua a la perspectiva en la que la habían situado Meillet y Brunot, reclamando para ella un dominio que la integrara en la historia de la sociedad en su conjunto, sin exclusiones de ningún tipo.

Cuanto más se leen y meditan estas páginas, más se convence uno de que la obra publicada veinte años después, en 1960, hunde sus raíces precisamente en estos años, en la década de 1930-40, que fue quizá la más fértil, intensa y recogida de la actividad de Migliini. Después de esta época, habrá todavía declaraciones de principio y pronunciamientos diversos sobre los problemas de fondo que fueron aflorando en la lenta y paciente construcción de la *Historia*. Los encontraremos, por ejemplo, en el largo ensayo sintético "Storia della lingua italiana", aparecido una década más tarde, en 1948, en el volumen misceláneo *Tecnica e teoria letteraria de* la serie "Problemi ed orientamenti critici di lingua e letteratura italiana", publicado por la editorial milanesa Marzorati (pp. 177-229). Pero la fatiga de reunir primero y organizar después la enorme masa de datos, preparada para una obra de esta envergadura, prevaleció en las últimas fases de la elaboración; y prevaleció el temor de no poder completar un trabajo que se revelaba cada vez más interminable, y de no poder concluirlo y hacerlo público en la fecha que Migliorini se había fijado y que había adquirido para él un valor simbólico: 1960, año en el que caía lo que él, y otros con él, consideraban y llamaban el "milenario" de la lengua italiana (la "carta de Capuán", considerada el primer documento seguro en lengua vernácula italiana, había sido redactada en 960: cfr. *Storia*, X, 8).

Cuando las consideraciones de fondo sobre la estructura de la obra resurgen, en el "Prólogo" de la propia *Historia*, se han vuelto mucho más esquemáticas e instrumentales: a veces incluso teñidas de un ligero escepticismo, como de quien ha superado una prueba muy dura, que ha hecho tambalear, si no las convicciones de fondo, sí un poco la confianza inicial en las declaraciones de principio y en su utilidad. Se sabe, además, que Migliorini tenía inicialmente en mente una obra mayor, siguiendo el ejemplo de la *Histoire* de Brunot, aunque no del mismo tamaño, y que sólo la constatación de que, para llevar a cabo tal empresa, su vida no sería suficiente, le indujo a reducir el diseño primitivo a un espacio más limitado y, por tanto, más denso y contraído. El breve "Prólogo" se abre, no obstante, sobre el tema inicial del artículo de 1939, aunque entretanto los acontecimientos y las orientaciones de la lingüística italiana hayan modificado un tanto sus términos. La historia de la lengua tiene ahora que defender sus ámbitos de investigación sobre todo de una reencarnación del viejo idealismo cruciano, es decir, de lo que entonces se llamaba "crítica estilística" y que tuvo su abanderado más famoso en el crítico y lingüista Leo Spitzer, cuyas ideas, a este respecto, se difundieron en Italia sobre todo en los primeros diez o quince años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.[16] Volvió, de otra forma, a esa mezcla de lengua y literatura, de creación poética e innovación lingüística, que (como hemos visto) tiene una tradición muy antigua y, sobre todo en Italia, muy exitosa. Por eso, presumiblemente, gran parte del "Prólogo" de Migliini está dedicado a retomar el viejo tema de la distinción entre historia de la lengua e historia de la literatura y, más en general, entre lengua y literatura, entre lengua y estilo. Además, ya en 1923, desmarcándose de los crocianos de la época, Migliorini declaraba: "El efecto y el método de la investigación literaria y de la investigación lingüística, si no son opuestos, son ciertamente distintos."[17] Con este impulso, Migliorini retomó los argumentos ya expuestos en 1932 y 1939, para reafirmar que, si es cierto, desde cierto punto de vista, que la realidad son los "actos únicos del lenguaje concreto" y que "el lenguaje [...] no es más que una abstracción", también es cierto que los "institutos" del lenguaje presentan objetivamente una continuidad, de la que

se puede y se debe hacer historia; y que, si bien no se debe subestimar "la importancia que los individuos han tenido siempre en la evolución del lenguaje", sería, por otra parte, erróneo "situar a los literatos individuales en sus personalidades concretas en el centro del tratamiento": el verdadero protagonista es el conjunto de la sociedad en su variada composición y en sus múltiples necesidades expresivas; el verdadero protagonista es el "pueblo" en su aspecto de entidad global, anónima e interindividual (pp. 3-4). Vuelve aquí la "tercera dimensión" del ensayo de 1939, vista desde otra perspectiva, y se confirma que el punto de referencia esencial, en el que Migliorini cree que debe fundarse la identidad y la autonomía de una historia de la lengua, es toda la sociedad que la habla, o en todo caso que hace uso de ella, sin limitaciones de ningún tipo; y sin, por otra parte, divagar hacia fines y objetivos que no le son propios.

Principalmente por estas razones, cuando a principios de 1960 apareció la *Storia della lingua italiana* de Migliorini, se percibió inmediatamente como una novedad absoluta en el panorama científico italiano: Que hubiera identificado originalmente el ámbito propio de una disciplina que durante mucho tiempo había sido imprecisa, pero que seguía siendo, puede decirse, nueva, que la hubiera llenado con una enorme cantidad de datos y, en su mayor parte, datos de primera mano, revelaba un aspecto de la historia italiana que no había sido descrito hasta entonces más que incidentalmente o en fragmentos; aportaba a la historia de Italia como un rayo de luz nuevo que servía para enfocar con mayor nitidez momentos y episodios relevantes y para rediscutir la misma línea general de desarrollo. Fue, en efecto, y así fue juzgada por todos, una obra que vino a llenar una de las lagunas más conspicuas y dolorosas. "Después del *Profilo di storia linguistica italiana* [publicado en 1953] de Giacomo Devoto, que, como el propio título indica, no es exactamente lo mismo", declaró uno de los críticos más comprometidos, Carlo Dionisotti, "la de Migliorini es la primera historia de la lengua italiana sobre la que se han posado nuestros incrédulos ojos".[18]

Los informes y reportajes que aparecieron a raíz de la primera edición de la obra, en Italia y en el extranjero (Migliorini había sido considerado durante mucho tiempo el más acreditado estudioso de nuestra lengua fuera de Italia) fueron numerosos y destacaron adecuadamente su importancia fundamental.[19] Pronto el libro se difundió y se dio a conocer ampliamente también en muchos países extranjeros gracias a las traducciones que de él hicieron T. Gwynfor Griffith, en inglés (1966 y ediciones posteriores), y F. Pedro de Alcántara Martínez, en español (1969). La *Historia* de Migliorini se convirtió en un punto de referencia esencial para historiadores y lingüistas italianos y extranjeros. En Italia, su influencia no se limitó a los estratos superiores de la cultura científica, sino que, a través de ediciones populares, tuvo una difusión al nivel del lector medio, e incluso apareció en la enseñanza escolar con la edición abreviada preparada en colaboración con Ignazio Baldelli y publicada en 1964,[20] mucho antes de que la reforma de 1977 introdujera oficialmente la historia de la lengua italiana en la enseñanza media.

La Historia de Migliorini se convirtió así inmediatamente, en su imponente estructura, en una obra de referencia indispensable y de indudable prestigio. No obstante, entre las líneas de las reseñas y las diversas intervenciones, se percibían a veces actitudes de admiración reservada o recalcitrante, apenas veladas incluso entonces, que debían tenerse en cuenta por la novedad, a su manera inconformista, de este libro, todo él tramado con hechos, y hechos en modo alguno domesticados. En una época en la que las ideologías volvían a dominar, una obra así resultaba hasta cierto punto inquietante. Tal vez sean éstas las razones por las que, paradójicamente, si en los casi treinta años que ahora nos separan de su primera aparición la *Historia* de Migliorini ha tenido la fortuna y la difusión que merecía, no parece haber tenido todavía una fecundidad a la altura del potencial científico que encierra. Por una parte, la "instintiva" y creciente "reticencia de Migliorini a enredarse en discusiones teóricas" (subrayada por uno de los críticos más atentos, Piero Fiorelli)[21] la ha alejado de las prestigiosas corrientes de lingüística teórica que se han reanudado vigorosamente en Italia en los últimos veinte años.[22] El clima en el que *Storia* nació y echó sus primeras raíces era bien distinto, como ya hemos observado: en una época en la que resurgía el culto a la lengua como estructura en sí misma, y también diacrónicamente autosuficiente (baste pensar en la cautela de un lingüista de la escuela francesa como André Martinet),[23] era casi inevitable que una obra de este tipo, impregnada de un sano y generoso empirismo, permaneciera, si no marginada, sí insuficientemente utilizada y comprendida. Por otra parte, es cierto que, al mismo tiempo, otras corrientes de la

lingüística, que, aunque bajo formas renovadas, se remontaban a las mismas fuentes de las que Migliorini se había nutrido en su tiempo, en particular la llamada "sociolingüística", volvieron a poner en primer plano el vínculo entre lengua y sociedad, sus condicionamientos recíprocos y sus evoluciones paralelas;[24] De hecho, de estas corrientes derivó en Italia en aquellos años una aportación de primer orden sobre las razones y los problemas de la historia de la lengua, como el amplio ensayo de Alberto Varvaro, *Storia della lingua*: *passato e prospettive di una categoria controversa*, publicado por primera vez en 1972-73.[25] Sin embargo, la historia de la lengua italiana, en sus manifestaciones más conspicuas, había tomado para entonces una dirección sólo parcialmente vinculada al gran texto de Migliini y privilegiado, en cambio, temas relacionados con los largos esfuerzos de la sociedad italiana por lograr, incluso lingüísticamente, una verdadera amalgama entre sus diversos componentes: la resistencia de los dialectos frente a la expansión del italiano y las formas de difusión de éste en los ambientes dialectófonos; la presencia de un tipo de italiano hablado y popular, a menudo descuidado por los estudiosos y combatido por los gramáticos; la existencia de minorías aloglotas en el territorio político italiano. Todos ellos eran temas en los que la investigación lingüística estaba abiertamente vinculada a motivaciones sociales, e incluso corría el riesgo, en ocasiones, de verse desbordada por ellas: lo que justifica su fortuna en las dos-tres últimas décadas, en las que se han producido profundas convulsiones sociales en Italia (como en gran parte del mundo). En el nacimiento de esta problemática historia "militante" de la lengua italiana, la *Historia* de Migliorini ha participado, hay que decirlo, sólo marginalmente. El libro que primero y más directamente inspiró sus orientaciones y contenidos fue la *Storia linguistica dell'Italia unita (Historia lingüística de la Italia unida)* de Tullio De Mauro, publicada por primera vez en 1963, y nacida originalmente en 1961, en el marco de las celebraciones del centenario de la unidad política de Italia (muy lejos, por tanto, de la *Storia* de Migliorini, que tenía, como hemos visto, entre sus estímulos el de celebrar el aniversario de una fecha mucho más remota: el "milenario" de la lengua italiana).[26] Para encontrar un estudioso que recorriera sistemáticamente la historia del italiano hasta sus orígenes, es decir, que retomara el tema de Migliini en toda su amplitud e implicaciones (proponiendo al mismo tiempo todos sus problemas y dificultades), hay que esperar hasta 1981, cuando Marcello Durante, en su libro *Dal latino all'italiano moderno. An Essay on Linguistic and Cultural History*[27] rediseñó, dentro del mismo marco geográfico y temporal de Migliini, pero con una síntesis más ajustada, su propia línea interpretativa de los orígenes y desarrollos de la lengua italiana.[28]

Casi treinta años después de aquel 1960 en que vio la luz, después de que se hayan sucedido en el horizonte científico y cultural de Italia los diversos y, a veces, tumultuosos acontecimientos que acabamos de esbozar más arriba, reabramos ahora este libro de Bruno Migliorini, que, precisamente por su inatacable consistencia y solidez, no parece haber envejecido en absoluto y sigue siendo hoy el texto más amplio y fiable sobre la historia de nuestra lengua al que profesionales y "aficionados" pueden acudir en caso de necesidad o curiosidad, y tratemos de sacar de él, aunque sea en atisbos necesariamente breves, aquellas potencialidades ocultas por la discreción del estudioso; en resumen, intentamos ofrecer al lector de los años ochenta y noventa una clave para penetrar en este libro de acceso engañosamente fácil y de riqueza inagotable y, a veces, inaparente.

Para introducir al lector contemporáneo en los pliegues del libro de Migliorini, para que penetre en sus secretos y comprenda plenamente sus líneas constructivas, hay que instarle ante todo a dirigir su atención hacia los esquemas en los que el autor ha encerrado su material; esquemas que a menudo no parecen los más adecuados para facilitar el recorrido por la senda histórica que en la obra de Migliorini abarca unos veinte siglos. En primer lugar los esquemas de lo que "los historiógrafos llaman con el término un tanto engorroso de *periodización*" (como escribió Migliorini en 1937, señalando el neologismo). En el "Prólogo", el autor declara haber optado por la "división convencional por siglos", sin dar sin embargo "a la fecha secular otra importancia que la de una división cómoda", que ofrece, a pesar de sus inconvenientes, considerables "ventajas prácticas" (pp. 5-6). En otras palabras, la urgencia de exprimir los interminables materiales recogidos en una síntesis concluyente le llevó a optar por una periodización "externa", por "épocas cronológicas", en lugar de buscar, dentro de la materia, una periodización, por así decirlo, inmanente a ella, "por épocas históricas" (como habría dicho Benedetto Croce). Esto significa que la descripción del desarrollo de fenómenos o acontecimientos individuales, cuyo *curso* a

menudo se prolonga durante siglos, se interrumpe continuamente y el lector debe atar los cabos sueltos.

Por poner un ejemplo, se puede empezar por el propio nombre de la lengua, que no suele ser una mera etiqueta externa, sino que refleja aspectos destacados de la realidad sociolingüística, como ha demostrado ejemplarmente Amado Alonso en su *Castellano*, *español*, idioma *nacional*.[29] Por lo que se refiere a Italia y al italiano, partimos de una situación medieval, en la que, al igual que la denominación lingüística, ni siquiera la geográfica está firmemente fijada (cap. IV, § 3); pasamos luego por un período en el que aún dominan los nombres de múltiples lenguas vernáculas, y especialmente las más prestigiosas de ellas, "toscano" o "florentino" (cap. VI, § 10; las excepciones son el "toscano" y el "florentino"). VI, § 10; las excepciones son pocas: entre ellas destaca, muy singular y anticipadora, la de Dante con su *vulgare latium* o "lengua vernácula itálica" o similar, cf. cap. V, § 2); y llegamos, a finales del siglo XV, a un momento en el que para entonces "los términos *vernáculo*, *florentino*, *toscano*, *italiano se* usan promiscua y casi indiferentemente", aunque el *italiano se* suele reservar para contextos en los que se introduce "la comparación con otras lenguas vivas" (cap. VII, § 6).[30] La verdadera disputa sobre el nombre de la lengua, como todas las demás más sustanciales de las que es reflejo, se abre en el siglo XVI, cuando el nombre más frecuente sigue siendo "el de *vulgare*, *lingua volgare*", pero varios "hablan de *toscano*, *lingua toscana...*: y éstos son tanto toscanos como no toscanos partidarios de la lengua del siglo XIV"; rara es la "*lingua fiorentina...*; y también bastante rara *la lingua italiana*" (cap. VIII, § 8). La tendencia continuó en el siglo XVII, cuando, "aunque aparecen las denominaciones de 'florentina', 'toscana' e 'italiana', predomina con mucho la segunda, utilizada a veces incluso por quienes no aceptan la disciplina de la Crusca" (cap. IX, § 9). Evidentemente, un hecho político, la constitución del Gran Ducado de los Médicis, y un hecho lingüístico suprarregional, la consagración y codificación del toscano del siglo XIV como lengua literaria de dimensión panitaliana, favorecieron el nombre de *toscano* (que, dadas las debidas proporciones, tiene un valor similar al del *castellano* en España). En los siglos siguientes, y especialmente en el transcurso del siglo XIX, la impaciencia ante la vieja disputa sobre la lengua se hizo cada vez más aguda, a medida que la idea de una lengua literaria extraída de los maestros toscanos del siglo XIV era sustituida por la idea de una lengua que reflejara la unidad nacional italiana. Este fue el periodo, observaba recientemente Giulio Bollati, en el que "'italiano' dejó de ser meramente una palabra de tradición cultural, o la denominación genérica de lo incluido dentro de las fronteras de la península, para completar e invertir su significado al incluir la pertenencia a una colectividad étnica con personalidad política autónoma".[31] A partir de entonces, el nombre de *lengua italiana* se impone de forma decisiva: "Ya que el destino, tras la caída del imperio de Roma, no ha permitido nunca a Italia resurgir en una sola nación", declaraba Alessandro Verri en 1806, "que al menos esté unida en la lengua literaria". Por eso, despreciando esas pueriles controversias sobre si debe llamarse florentino, toscano o italiano, reservémonos esta última denominación.[32] Entre los propios puristas, todavía generalmente atrincherados en las trincheras de las viejas denominaciones ("De los toscanos", observa Cesari en 1808, "se derivó y difundió por toda Italia la buena lengua, que allí se recibió con avidez: de lo que se deduce que esta lengua no puede, sino impropiamente, llamarse italiana"), las dudas empezaron a introducirse poco a poco ("toscano o italiano che voglia chiamarsi", escribió Ferdinando Ranalli unos cuarenta años más tarde) y, entre los más comprometidos políticamente, como Angeloni, la preferencia por *el italiano* (o, más sofisticadamente, por *la cursiva*) incluso se impuso desde el principio.[33] Basta echar un vistazo a los capítulos XI y XII de la *Storia* de Migliorini (en particular a los §§ 6, 7, 9 y 8, 9 respectivamente) para darse cuenta del decisivo progreso de la denominación, ahora exclusiva. De la fragmentación política a la unificación de Italia (Cap. XII de la *Storia*) el antiguo término queda completamente obsoleto (mucho más que en *castellano*, por seguir con la comparación ibérica), y a principios de nuestro siglo sólo se encuentra, de forma bastante esporádica, en algunos escritores tardíos o periféricos (por ejemplo, Italo Svevo en *Coscienza di Zeno*: "Hablaba toscano con gran naturalidad", "¡Con cada palabra toscana mentimos!", etc.).[34] Más allá de la subdivisión en capítulos "profanos", bien pueden seguirse, como vemos, las diversas fases de un fenómeno histórico-lingüístico nada desdeñable: desde el período del plurilingüismo vernáculo bajomedieval al del "toscano" renacentista, hasta el del italiano, que caracteriza la época contemporánea.

En otros lugares, basta con hojear los títulos de los párrafos para darse cuenta de que algo nuevo sucede en el marco social y cultural que condiciona el desarrollo del italiano. La

estructura de los capítulos que constituyen la parte más orgánica y propia de la *Historia*, de IV-VI en adelante, suele repetir un *tópico* en gran medida previsible. Observar una variación en ella, es decir, un párrafo o un nuevo epígrafe, es una pista de que algo importante se ha movido en el acontecer de la lengua.

Hasta el siglo XV, por ejemplo, se habla de lenguas vernáculas, y el toscano es una de ellas, la más prestigiosa. A partir del siglo XVI, la etiqueta cambia: se habla (cap. VIII, § 7) de "Uso literario de las lenguas vernáculas"; y ésta es una fórmula de transición hacia las que aparecen en los capítulos sobre el siglo XVII (IX, § 7): "Uso real y uso reflejado de los dialectos", y sobre el siglo XVIII (X, § 9): "Uso escrito de los dialectos". Este es el periodo en el que también se consolidó gramaticalmente la lengua común y pudo configurarse claramente por primera vez una oposición entre ésta y las antiguas lenguas vernáculas convertidas ahora en dialectos:[35] dialectos, hay que añadir enseguida, todavía dotados de una vitalidad y un prestigio literario y, a veces, social nada desdeñables, en una Italia que aparecía (en palabras de Goldoni) como un "país amable", cuya "belleza" y "bondad está dispersa y dividida en mil partes" (en comparación con Francia, donde todo "lo bello, todo lo bueno... está en París").[36] Hojeando la *Historia* de Migliorini, no hay que descansar, en definitiva, en la repetición demasiado evidente de los *tópicos*; cuando surge una verdadera novedad, Migliorini está siempre dispuesto a señalarla de forma extremadamente sencilla, sin preámbulos ni "parloteo", según su estilo, tal vez con un pequeño y casi imperceptible cambio de contorno. En un momento dado, por poner otro ejemplo, precisamente a partir del siglo XVIII (cap. X), se observa que en el esquema habitual se inserta un párrafo con un nuevo título, que luego se mantiene hasta el final del libro: el párrafo dedicado a la "lengua hablada" (capítulos X, § 4 ; XI, § 5 y XII, § 5). Es una señal, discretamente enviada al lector, de que a partir de ese período comienzan a hacerse consistentes las pruebas de la difusión de la lengua común a nivel hablado (antes sólo habían aflorado indicios dispersos: cf, por ejemplo, p. 416 n. 61): una difusión que se produjo paso a paso, a través de esas variedades idiomáticas híbridas, compuestas de lengua mezclada con dialecto, que Foscolo llamaría italiano "mercantil" e "itinerante" y Manzoni "parlar finito", y que representan los antecedentes de lo que hoy se suele llamar "variedades regionales del italiano" y suponen un punto de paso casi obligado para llegar al uso hablado y coloquial del italiano. Este es, tan sobriamente señalado por Migliorini, uno de los procesos fundamentales de la lengua italiana moderna y contemporánea: el proceso a través del cual una lengua, nacida como lengua de escritores, suplanta gradualmente a los modismos dialectales en su papel de lengua materna, y se convierte en lo que Manzoni llamaba una lengua "verdadera" y "entera". Y todo nos lleva a suponer que los datos expuestos por Migliorini no son casuales: es decir, que en el siglo XVIII, por muchas razones concomitantes, este proceso experimentó realmente, si no su primera incunable, sí una aceleración decisiva que condujo a la situación que tenemos hoy.[37]

Incluso estas pocas y dispersas observaciones, destinadas a retejer hilos repetidamente interrumpidos en el curso de la *Historia* y a hacer percibir al lector su continuidad móvil, nos hacen darnos cuenta no sólo de la multiplicidad de líneas interpretativas latentes en el tratamiento de Migliorini, sino también de la posibilidad de encuadrar la enorme cantidad de material dispuesto dentro de esos esquemas en una verdadera periodización histórica que haría más transparente y ágil la lectura. Propuestas para una periodización de la historia de la lengua italiana ya se habían planteado, en verdad, incluso antes de 1960, y quizá le quedaba a Migliorini la posibilidad de poner a prueba, al menos parcialmente, su practicabilidad.[38] Si decidió recurrir a la periodización cronológica, ello se debió probablemente no sólo a la urgencia de la elaboración, sino también al deseo típicamente miglioriniano de no ocultar al lector ninguna de sus cartas, de no engañarle en modo alguno, de no ocultarle ningún dato objetivo en su poder, sacrificándolo a visiones subjetivas, que también podrían resultar ilusorias y falaces.

Hay que añadir también que el problema de la periodización, si siempre delicado para cualquier historiador, se hace particularmente arduo para el historiador de la lengua, cuya materia está en su mayor parte atravesada y como dividida por una bipartición en historia "externa" e historia "interna" (o como, quizá más apropiadamente, se las podría llamar: historia sociocultural e historia estructural): dos aspectos, cada uno de los cuales parece regido por sus propios ritmos, a menudo no referibles, al menos a primera vista, el uno al otro.[39] Migliorini se había planteado este difícil problema antes de empezar a organizar y redactar su texto, en los años inmediatamente posteriores a la guerra (hay que recordar que, según su propio testimonio, la redacción propiamente dicha de la *Storia* empezó en

1949: cf. 3), y lo había resuelto con su habitual y sereno sentido común, reconociendo con honestidad y agudeza que tal bipartición "es realmente un poco arbitraria": "Un ordenamiento ideal instaría más bien a la desaparición de esta dicotomía, y a la búsqueda de las causas de los cambios que se producen gradualmente en los acontecimientos a los que se ve sometida la lengua"; pero, añadía inmediatamente, "si existe sin duda una cierta correspondencia entre los acontecimientos externos y los aspectos de la lengua, no es tan inmediata y perspicua como para que pueda establecerse en todos los casos"; y por ello decidió mantener la distinción y el esquema dicotómico tanto en su tratamiento sumario de 1948 (al que ya nos hemos referido y del que hemos extraído estas afirmaciones),[40] como en la amplísima y extensa *Historia*. En esta última, en la parte más nueva y original ya mencionada, a partir del siglo XIII, se observa sin esfuerzo la forma dicotómica de tratamiento dentro de cada capítulo. Tras una serie de párrafos dedicados a la vida de las lenguas vernáculas, su prestigio, el crecimiento de la lengua común, sus relaciones contrastadas con los dialectos y el latín y las disputas a que todo ello da lugar, es decir, tras una serie de párrafos dedicados al aspecto sociocultural o externo de la lengua, se pasa, generalmente hacia el undécimo o duodécimo párrafo (a veces un poco más allá: desde el decimocuarto en los capítulos VI y VIII), a describir los aspectos sociales y culturales de la lengua. VI y VIII), a describir los "hechos gramaticales y léxicos", es decir, a la historia estructural de la lengua, según un método que podría recordar al wartburghiano de "évolution et structure", si las sincronías estructurales se fundaran en razones propias y no encontraran su punto de referencia aproximativo en los esquemas seculares preconstituidos y "externos". Aquí verdaderamente, también porque la documentación se vuelve relativamente menos rica y orgánica (y ciertamente no por culpa de Migliorini) se hace aún más indispensable una guía para leer correctamente esta *Historia.* El tratamiento de Migliorini, muy rico y profundamente convincente e instructivo para la parte relativa al léxico (los últimos párrafos de cada capítulo), es el más fácilmente referible a la otra parte del díptico y también aquel en el que el estudioso se sintió más a gusto,[41] trasciende, para las secciones reservadas a los "hechos gramaticales" (ortografía, fonética, morfología y sintaxis), ciertos fenómenos habitualmente sugeridos por las gramáticas históricas, renunciando a menudo (a pesar de las intenciones iniciales: cf. "Prólogo", p. 7) a aprovechar la posibilidad que la historia de la lengua ofrece para profundizar y ampliar las dimensiones de la investigación de tales fenómenos. En estas secciones, los hilos que quedan interrumpidos y colgando de un capítulo a otro se hacen más numerosos, y la necesidad de guiar al lector para que los vuelva a tejer y reconstruir se hace correspondientemente más urgente.

Tomemos, para simplificar, un ejemplo típico y bien conocido (ya esbozado por Migliorini en su ensayo de 1948), tomado del sector sintáctico: la posición de los pronombres y adverbios átonos con respecto al verbo. Desde los "comienzos" de las lenguas vernáculas hasta el siglo XIV, Migliorini señala, casi en cada capítulo, que esta posición está regulada por la llamada "ley Tobler-Mussafia", es decir, con toda probabilidad, por factores prosódicos (cap. III, § 11; cap. IV, § 16; cap. VI, § 18; y cf. ya cap. II, § 9). Esta condición, típica de los orígenes de las lenguas vernáculas italianas y romances, empieza a romperse en el período humanístico-renacentista, entre los siglos XV y XVI (cap. VII, § 15; cap. VIII, § 17), cuando aparece la "galaxia Gutenberg" y la palabra escrita tiende no sólo a acentuar sus aspectos de distanciamiento y autonomía respecto a la palabra hablada, sino casi a sustituirla y a imponerle sus leyes. Siguen dos siglos, el XVII y el XVIII, en los que *la Historia* ya no se refiere al fenómeno. Sin embargo, son probablemente los siglos en los que se preparaban las condiciones para una nueva norma en el uso cotidiano, mientras que en los textos escritos en general, y en los literarios en particular, se seguía un uso mixto, libre y polimórfico, según el cual, al menos en los modos finitos del verbo, la enclisis y la proclisis eran igualmente posibles en todas las posiciones de la frase: *Pàrtomi*, *Andiànne, dàtemi*, *t'ingegna, por* ejemplo, en la *Gerusalemme* de Tasso, pero también (contra la norma antigua) *L'onorò*, *Si prepara*, *T'essorteranno*, etc. La descripción del fenómeno resurge en el capítulo XI sobre el *primer siglo XIX* (§ 15), es decir, cuando nos acercamos al triunfo de la nueva norma, ya evidente, por otra parte, en esta época en textos importantes como la Quarantana de las *Promessi Sposi. En los* primeros cincuenta años de la Italia unida (cap. XII), entre los siglos XIX y XX, la nueva norma, con su fundamento morfológico o morfosintáctico, avanza hacia su segura estabilización y se ha convertido ya en ineludible en el italiano actual: Migliorini puede describir tanto sus condiciones como su

rápida afirmación mediante la cita de un pasaje particularmente esclarecedor tomado de la antología de Giovanni Pascoli *Fior da fiore* (15, p. 637).[42]

Baste este ejemplo para mostrar qué camino debe seguir el lector para construirse, a través de los capítulos de Migliini, una visión prospectiva del desarrollo de los aspectos individuales de la estructura del lenguaje: un desarrollo cuyas tendencias deben remitirse a diversas circunstancias (no pocas veces rastreables en la otra vertiente, sociocultural, del tratado), y que la mayoría de las veces trasciende la partición "secular", configurándose en períodos y ritmos evolutivos propios y diferentes.

En la reserva de Migliorini a la hora de abordar con decisión el problema de la periodización puede haber influido también su convicción, expresada ya en el ensayo Historia de la *lengua e historia de la cultura*, de que "pueden distinguirse varios periodos para el italiano, pero no existe un corte tan decisivo entre lenguas antiguas y modernas como el que divide el francés antiguo y el español antiguo de las lenguas modernas, y, de manera no idéntica pero sí similar, el alemán, el inglés, etc." (p. 9)." (p. 9): una idea que era, de hecho, un lugar común del romanismo y que hundía sus raíces en las disputas del siglo XVIII, cuando el italiano era considerado como una lengua que permanecía densa, libre, poética, frente a un francés que había sido amputado de su riqueza original para hacerse instrumento de *la clarté* y de la *raison*.[43] Una visión de este tipo, que todavía recorre la *Historia* de Migliorini, ha llevado probablemente, sin querer, a retrasar los orígenes de la lengua italiana aún más allá de Dante (también considerado por Migliorini el "padre de la lengua", y titular, excepcionalmente, de un capítulo especial capítulo V), hasta las Placitas Cassinesas de 960-963 (de donde la idea del "milenario" de la lengua italiana), descuidando o subestimando la distinción esencial entre la época de las primeras atestaciones escritas en lengua vernácula italiana y la época posterior a Dante y al crecimiento del prestigio de la lengua vernácula toscana: una distinción ineludible, porque sólo con estos últimos acontecimientos nació el primer germen de lo que sería la lengua común italiana. Antes de entonces, en Italia, a nivel vernáculo, sólo existía una cantidad de modismos distintos entre sí, descritos en su invencible multiplicidad por el propio Dante en *De vulgari eloquentia* (cf. *Storia*, cap. V, § 2), que deben ser examinados y estudiados en un marco histórico sustancialmente distinto de aquel en el que iba a formarse la lengua italiana: constituyen una premisa o, mejor, un antecedente de ésta, y nada más. Algunos esbozos de *koinè* vernácula de la época predantesca, por ejemplo la lengua vernácula poética siciliana (tan extendida en el siglo XIII, siempre según Dante, que "quicquid poetantur Ytali sicilianum vocatur", *De vulg. el.* I, XII, 2), se orienta, además de fugazmente, en una dirección totalmente distinta de aquella hacia la que se encaminará más tarde la lengua italiana. Pero incluso si superamos el período de las múltiples lenguas vernáculas y nos mantenemos dentro del período propiamente ocupado por la lengua común y su elaboración, entre Dante o el siglo XIV y la actualidad, una acentuación demasiado empujada de la tesis de la continuidad del italiano frente a la discontinuidad del francés y de las otras lenguas, empujada hasta el punto de poner como fundamento el criterio de la intercomprensión más o menos fácil de fase a fase de la misma lengua (continuaba el artículo de Migliorini citado más arriba: "Un italiano, incluso inculto, que lea a Dante no entenderá alguna locución, pero sabe y siente que ésa es su lengua; mientras que un francés que lea la *Chanson de Roland*", si quiere entender la lengua, "debe estudiarla como una lengua muerta"), no está exento de peligros. En efecto, puede dar lugar a la sospecha de que, en el fondo, a lo largo de ese período de siglos, del XIV al XX, nada, o casi nada, ha sucedido en nuestra lengua, o en todo caso nada realmente relevante y digno de llamar la atención del historiador; que estamos ante un período desvaído y uniforme, o, a lo sumo, ante períodos que sólo se distinguen entre sí por pequeños e insignificantes ajustes internos; es decir, puede dar lugar al equívoco de que la verdadera y apreciable evolución lingüística coincide con el "cambio de lengua", y que, en consecuencia, la historia de la lengua coincide, en sus aspectos esenciales, con la gramática histórica, subestimando o, a lo sumo, negando su originalidad y la fecundidad de sus métodos y funciones. Ahora bien, es precisamente la gran masa de hechos, y a menudo muy importantes, condensados en el libro de Migliorini, la que demuestra que no es así; y por eso decía antes que la *Historia* de Migliorini contiene en sí misma una cantidad de caminos ocultos e inexplorados que pueden conducir al lector a recuperaciones completamente inesperadas, más allá de los propios esquemas que el autor se ha impuesto. "La circunstancia, favorable en el resultado..., aunque no siempre en las causas", comentaba hace tiempo Gianfranco Contini *in limine a* una de sus antologías de literatura italiana, "de que en Italia la lengua moderna no se contraponga a una medieval de

estructura completamente distinta, que hoy se aprende como lengua extranjera, a diferencia de lo que ocurre con la mayoría de las lenguas europeas (francés, alemán, inglés, español, etc.), no exime de distinguir entre lo moderno y lo), no exime de distinguir, mejor quizás de lo que la escuela lo ha hecho hasta ahora, lo que es moderno y lo que es más sutilmente antiguo, agudizando el espíritu de observación sobre la página".[44] El historiador de la lengua italiana está, pues, llamado a realizar una delicada operación que requiere instrumentos de gran sensibilidad lingüística. La gran obra de Migliorini, precisamente por su excepcional y objetiva apertura documental, puede constituir uno de los viáticos institucionales más inagotables para este fin y una guía insustituible para reconstruir con el debido detalle las profundidades históricas menos accesibles de nuestra lengua.[45]

Se ha mencionado repetidamente que cuanto más se lee esta *Storia*, más parece estar idealmente enraizada en los años de la preguerra, que es cuando la empresa de Migliini dio sus primeros pasos. La propia afirmación de que "Italia, que primero adquirió conciencia de sí misma a través de la lengua, se conocerá mejor a sí misma conociendo la historia de su lengua" (*Storia della lingua e storia della cultura* cit., p. 26), está influida por ese clima, en el que la identidad romántico-risorgimental de lengua y nación aún tenía la poderosa fuerza de una idea-mito, capaz de cimentar la solidaridad y movilizar en gran medida las energías de un pueblo. Ahora bien, no está de más observar que todo esto sucedía precisamente en un momento en el que empezaban a cuestionarse los fundamentos mismos y la posibilidad de una historia de Italia que se remontara a lo largo de los siglos, más allá de la época de la unificación, hasta la Edad Media. Es bien conocida la polémica que tuvo como primeros protagonistas importantes, hacia 1930, a Arrigo Solmi y Benedetto Croce, y que se amplió en los años siguientes hasta implicar a algunos de los historiadores italianos mejor preparados y más entendidos.[46] La lengua en esta disputa podía constituir un argumento de no poca importancia (Luigi Salvatorelli lo señaló explícitamente en una tardía y, en muchos aspectos, sugestiva intervención en 1954),[47] porque, como creían los hombres del Risorgimento, "cuando un pueblo ha perdido la patria y la libertad y está disperso por el mundo, la lengua ocupa el lugar de la patria y de todo" (Settembrini), y para las capas cultas y burguesas de las décadas que prepararon la Unidad, la lengua común aparecía generalmente como "el único vínculo de unión" (Monti), "la herencia menos incierta y más noble que nos dejaron nuestros antepasados" (Foscolo). Rastrear las vicisitudes de la lengua, investigar sus orígenes, comprobar su difusión podía ofrecer (como ya hemos señalado al principio de estas páginas) pistas preciosas para redescubrir las razones profundas de la unidad del pueblo italiano, su conciencia nacional. La lengua se convirtió en un detector extremadamente sensible de la unidad secular de la historia italiana, del mismo modo que la cohesión del pueblo italiano desde los tiempos más remotos podía convertirse en un presagio de unidad lingüística. No puede descartarse que tales disputas, que duraron hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial (y resurgieron en ocasiones posteriores), influyeran de algún modo en la decisión de Migliorini de crear una gran historia de la lengua italiana: que nació (nótese) precisamente como "historia de la lengua italiana", y no como "historia lingüística de Italia", que, como ya habían señalado Dionisotti y Fiorelli (comparando la *Storia* de Migliorini con el *Profilo* de Devoto), era, y es, una cosa distinta.

En efecto, el tema de la unidad "italiana" recorre todo el tratado de Migliorini: sin embargo, rara vez (como es habitual) aflora explícitamente en su forma problemática. Walter von Wartburg afirmaba en 1936 (en un artículo inmediatamente reseñado por Migliorini): "Hoy en día, después de tantas décadas de lingüística histórica, es habitual tomar la delimitación del italiano casi como algo dado, algo natural que no necesita explicación. Sin embargo, es evidente para cualquiera que intente escrutar el pasado del espacio lingüístico italiano, que ningún otro país novel estaba menos predestinado a convertirse en una unidad lingüística".[48] Hubo, pues, trabajo en los orígenes del italiano, y un trabajo presumiblemente largo y arduo; pero éste permanece, en su mayor parte entre los pliegues del discurso de Migliorini, no ausente, sino todo objetivado en los hechos. El punto en el que el problema emerge quizá más explícitamente es un párrafo muy breve, al principio del cap. III, sobre los *Primordi* (III, § 2). Migliorini se pregunta en este punto si es "lícito, ya en este período [960-1225], tratar las diversas expresiones vernáculas como variantes de una misma lengua", es decir, si es ya el caso, a esta altura cronológica, hablar de lengua italiana, y no hablar sólo de múltiples y diversas lenguas vernáculas. La respuesta de Migliorini es bastante contrita y esquiva: aun reconociendo que sólo a partir de Dante puede hablarse de "manifestaciones lingüísticas" verdaderamente italianas, Migliorini apela aquí también a un esquema "externo", el de los "límites geográficos", y, además, a

"aquellos primeros caracteres superdialectales, que, aunque muy distantemente, prepararon la unidad futura"; y con ello supera rápidamente los escrúpulos metódicos. Ya hemos aludido a la debilidad de esta tesis, que hoy quizá podamos valorar con más claridad que en el momento de la redacción de la *Historia*. En las tres o cuatro décadas que nos separan de aquella época, los estudios sobre las primeras *scriptae* volgari se han intensificado y refinado considerablemente, de hecho, incluso en Italia (piénsese, por ejemplo, en Gianfranco Contini y su escuela) y nos permiten dibujar hoy con mucho mayor detalle un panorama de las lenguas vernáculas medievales que se confirma como extremadamente abigarrado y fracturado: el mismo, por otra parte, que se le aparecía, ya a principios del siglo XIV, a un testigo de excepción como Dante (cf. *De vulg. el*, I, X ss.).

Pero, dejando a un lado la cuestión de los "comienzos", el historiador debe constatar objetivamente que, incluso cuando en el siglo XVI la lengua italiana (o "toscana") había alcanzado su primera plena madurez (a través de dos siglos de crecimiento y expansión de la lengua toscana y de la formación variada y desigual de grandes *koinè*: cf. *Historia*, capítulos VI, §§ 9-13; VII, §§ 8-10), su consistencia estaba todavía sujeta a límites y condiciones considerables, más estrechas y en todo caso diferentes de las actuales. El propio espacio ocupado por esta lengua coincidía ciertamente mucho menos que ahora con ese territorio que los geógrafos de hoy y de ayer llaman y llamaban "Italia". Las discrepancias eran importantes, a veces incluso imprevisibles.

Baste recordar que una región como el Piamonte, decisiva para la unificación política de Italia, permaneció durante mucho tiempo con un pie fuera y otro dentro del área de la lengua italiana. Considerada por Dante tan cercana a los "destinos itálicos" como para poseer un tipo de lengua vernácula de transición hacia las lenguas vernáculas transalpinas, siguió siendo, tras el giro que le imprimió Emanuele Filiberto, hacia 1560 (*Storia*, cap. VIII, § 10), un "país anfibio", como lo llamó Alfieri (*Vita*, Epoca III, cap. I; y cf. IX, § 2; X, §§ 3 y 10), y, tras la calurosa exhortación de Napione a volverse decididamente hacia Italia y el italiano (*Dell'uso e dei pregi della lingua italiana*, 1791), pudo aspirar de nuevo, unos años más tarde, bajo el dominio napoleónico, a una drástica anexión al territorio lingüístico, además de político, francés (recuérdese el opúsculo de Denina, *Dell'uso della lingua francese* de 1803: cf. Storia, cap. XI, § 10). *Storia*, cap. XI, § 10), y se mantuvo en todo caso a caballo entre el italiano y el francés hasta la víspera de la Unificación, hasta el punto de que en el *Statuto* albertino de 1848 (que se mantuvo en vigor, como sabemos, durante toda la duración del Reino de Italia, casi hasta nuestros días), junto al italiano, "lengua oficial de las Cámaras", se admitía opcionalmente el francés (art. 62); y unos años antes (1835) uno de los "padres de la patria", Cavour, espoleado y reprendido por Cesare Balbo, tuvo que hacer "l'humiliant aveu que la langue italienne *lui était* jusqu'*alors* tout à fait étrangère".[49] El dominio de la lengua común estaba, pues, mucho más lejos que hoy de identificarse con la Italia de los mapas geográficos y geopolíticos. Por no hablar del nivel coloquial y cotidiano, en el que los modismos dialectales siguieron dominando durante mucho tiempo, hasta finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX (y Migliorini observa puntualmente este hecho en los diversos párrafos sobre la lengua hablada y el uso de los dialectos) y por no hablar de los escritos menos formales, donde incluso las antiguas *scriptae* vernáculas se desvanecieron en el italiano mucho más lentamente de lo que se suele creer, incluso en los niveles más altos y oficiales hubo partes del territorio, ahora italiano, que no conocieron la lengua común hasta muy tarde. Migliorini observa que en el siglo XVI "Cerdeña, sometida directamente a España, tenía pocos contactos con la Península" (cap. VIII, § 2) y en el siglo XVII "la vida cultural se desarrollaba casi exclusivamente en español" (cap. IX, § 11, no. 84); sólo después de la anexión al Estado de Saboya (que se convirtió así en el Reino de Cerdeña, 1720) "la vida administrativa y cultural de la isla [...] se orientó [...] hacia la lengua italiana" (cap. X, § 2), pero "muy lentamente", de modo que "sólo en 1764 el italiano se convirtió en la lengua oficial de los tribunales y de la enseñanza" (cap. X, § 10).[50]

Pistas similares pueden encontrarse aquí y allá sobre otras regiones italianas, especialmente las más periféricas respecto al núcleo central toscano-romano: lo que confirma lo larga, incierta y laboriosa que fue de hecho la construcción de esa Italia lingüística, que a menudo se tomó casualmente como punto fuerte para afirmar la resistencia incluso en tiempos remotos de una "nación" italiana compacta y formada, confundiendo las aspiraciones de un Dante o de algunos de sus posteriores y menos conocidos resonadores, por ejemplo un Muzio,[51] con la "cosa sólida" de una lengua común plenamente identificada con una nación de personas tal como la concebimos los modernos.

Estas indicaciones migliinianas, que pueden explicar tantos acontecimientos de la Italia de hoy (por ejemplo, la imperfecta identificación de varias regiones con el Estado nacional italiano y su lengua), aunque no alardeadas, sino todas absorbidas y concentradas en la exposición de los hechos, desempeñaron su papel cuando, transcurridas algunas décadas desde su primera aparición, la cuestión, antes mencionada, de la unidad y la plausibilidad de una historia de Italia después de 1861 pasó a primer plano, sobre todo en el momento del lanzamiento de algunas grandes empresas editoriales: la Storia d'*Italia Einaudi*, cuyo primer volumen (con una "Presentación del editor" centrada en este tema) salió en 1972, y la *Storia d'Italia* UTET, que se inauguró en 1979 con el libro introductorio de Giuseppe Galasso, *L'Italia come problema storiografico.* Ambas publicaciones reconocían esencialmente que, si la tesis de Croce sobre la impracticabilidad de una historia de Italia anterior a 1861 es demasiado severa, también es cierto que las historias de inspiración demasiado abiertamente resurgente, que privilegian y casi aíslan la vertiente unitaria y "nacional" de la Alta Edad Media, no son menos engañosas y unilaterales: pues, en realidad, tanto la historia lingüístico-literaria como la socio-política de la Italia anterior a la unificación, aunque estén atravesadas por el hilo continuamente interrumpido o disperso de las aspiraciones unitarias e impregnadas de un matiz de afinidad y de relaciones privilegiadas entre los diversos territorios "italianos", siguen siendo, en el fondo, historias de una multiplicidad abigarrada de tradiciones, instituciones y lenguajes diferentes. "La lección del *De vulgari eloquentia*", afirmó Giulio Einaudi, citando ejemplarmente a Carlo Dionisotti, "es en definitiva ésta: una necesidad unitaria, de una unidad lingüística y literaria ideal, propuesta y exigida a una variedad real y fragmentada, una unidad en suma que supera, pero al mismo tiempo implica esta variedad".[52] Y Galasso: "La historia italiana anterior a la unificación es [...] una multiplicidad de historias urbanas, regionales e interregionales, paralelas e interferentes entre sí", donde los adjetivos "paralela" e "interferente" aluden a una forma temprana, más suave y matizada, de lo que más tarde sería la vida plenamente unificada de la sociedad italiana; una historia nacional con "carácter multinacional (si se puede decir así)".[53] Ahora bien, hay que señalar que estas dos publicaciones, que tuvieron el mérito de volver a proponer como crucial el problema de la historia de Italia como historia unitaria y de relanzar, en relación con ella, aquella fecunda visión de la "unidad en la variedad", que ya constituía una vertiente interpretativa menos afortunada pero nada desdeñable de la historiografía decimonónica, hicieron referencia, en diversas formas y medidas, en su articulado discurso, a la *Storia* de Migliorini (*Storia* Einaudi dedica incluso una contribución especial a los aspectos lingüísticos del tema: "Lengua, dialecto y literatura", de Alfredo Stussi):[54] Esto es señal de que la obra de Migliorini tuvo su propio peso a la hora de sugerir ciertos objetivos a los historiadores de nuestro país y de integrar en sus investigaciones un abundante material documental que hasta entonces había permanecido al margen de su atención.

Es así como, fundada sobre un *humus* bien distinto, en el que las pasiones y los mitos del Risorgimento aún encontraban eco, esta obra, en muchos aspectos excepcional, se ofrece al historiador de hoy con un interés vivo y actual. Si la leemos con atención, encontraremos reflejadas en ella las discordancias, resistencias, contradicciones y contrastes que han acompañado a lo largo de los siglos la formación de la sociedad y de la lengua italianas, y su larga lucha por abrirse paso hacia un espacio geográfico, o geográfico-social, progresivamente más extenso y practicable. Lo mismo podría decirse (aunque el discurso se vuelva aquí más delicado) de un tema que acompaña a estos desarrollos: la formación de una conciencia nacional italiana, conectada como está no sólo con el valor simbólico de la lengua común, sino también con las facetas móviles de la palabra clave "nación" a lo largo de los siglos, en formas que los estudios de Kohn, Hayes, Weill, Chabod, Godechot, Sestan, Romeo, Renzi y muchos otros han tratado de aclarar en las últimas décadas. Migliorini observa la evolución de este importante fenómeno como historiador del léxico y la semántica. "Persiste todavía", advierte en el capítulo sobre el siglo XVIII (X, § 16), "la antigua acepción de patria y nación referida a la ciudad o pequeño estado al que se pertenece; pero cada vez es más frecuente la referencia a toda Italia." Este es un indicio importante de la profunda crisis que se abría en aquellas décadas y a la que ya hemos aludido de pasada anteriormente (p. XXV): una crisis que iba a aportar a estos términos el significado que han conservado hasta hoy, impregnado de connotaciones políticas (así lo constató, por *nación,* a finales del siglo XVIII el compilador "jacobino" de una lista de palabras "o recién llegadas a Italia, o de nueva significación, o de antigua, pero cambiadas y tergiversadas": cap. XI, § 16),[55] y rechazando de lejos los significados antiguos, en una

dimensión que a veces todavía nos cuesta comprender y definir con exactitud. La relación entre lengua y nación, tan estrecha y vibrante en la época del Risorgimento ("La Patria es *una* e indivisible", declaraba Mazzini en los *Deberes del Hombre,* exhortando: "Del mismo modo que los miembros de una familia no tienen alegría en la mesa común si uno de ellos está lejos, embelesado en el afecto fraterno, así vosotros no tenéis alegría ni descanso mientras una fracción de vuestro territorio en el que se habla vuestra lengua esté separada de la Nación"), no atravesaba aún, antes del siglo XVIII-XIX, un terreno tan incandescente. La lengua común codificada y difundida en el siglo XVI, como la que imaginó Dante, era, a pesar de su aparente continuidad, algo diferente, y ciertamente no tenía, salvo en casos aislados (como el de Muzio antes citado), tales subtextos políticos. Se trataba de una lengua literaria, hecha ante todo para la elegancia y la corrección de la escritura, y también caracterizada estructuralmente como tal (piénsese, por ejemplo, en su rica e invencible polimorfía de matriz retórica evidente: Migliorini lo menciona en el cap. VIII, § 22, y, aquí, en el cap. VIII, § 22). VIII, § 22, y, aquí y allá, en otros lugares): una lengua ciertamente ofrecida sobre todo a los escritores italianos (con las exclusiones y limitaciones ya indicadas), pero precisamente por su elegancia (que no tiene fronteras) difundida también fuera de Italia, y conocida, en su edad de oro, y también ampliamente practicada por gente culta en toda Europa, como se puede comprobar fácilmente recorriendo los párrafos de la *Historia* de Migliorini dedicados, entre los siglos XVI y XVIII, a las "Relaciones" y "Contactos con otras lenguas" (cap. VIII, §§ 5 y 13; cap. VIII, §§ 5 y 13). VIII, §§ 5 y 13; IX, § 11; X, § 10). Era, y seguiría siendo durante mucho tiempo, una de las lenguas europeas más prestigiosas; después de las lenguas clásicas, de hecho junto con ellas, quizá durante un largo periodo, la más prestigiosa. Fue la época, entre los siglos XVI y XVIII, en que se convirtió, según la feliz expresión de Braudel, en "un elemento persistente de la cultura europea" y en un modelo de expresividad densa y armoniosa.[56] El propio Manzoni lo advirtió, a mediados del siglo XIX, cuando anuló drásticamente esa lengua de sus esperanzas en un futuro que ya se vislumbraba claramente, y la consideró "una colección parcial", "un batiburrillo de palabras", un fantasma de lengua más que una verdadera lengua.[57] Y entretanto surgieron problemas muy serios, casi desconocidos para el italiano antiguo, como el de soldar, mediante una compleja labor de aculturación (que aún hoy no se ha completado del todo) los "dos grados de italianismo", que hasta entonces habían coexistido paralelamente en su seno: "el unívocamente cualificado de las clases altas y el meramente objetivo y vegetativo de las clases populares", inmersas en sus dialectos.[58]

Como vemos, bajo palabras o instituciones que parecen aparentemente idénticas o poco diferentes, se ocultan de hecho realidades profundamente distintas e incluso divergentes. Esta es la lección que nos ofrece la historiografía moderna sobre Italia y la conciencia nacional italiana, en la que la lengua desempeña sin duda un papel no desdeñable. Sería peligroso, e incluso imposible, reconstruir una historia de Italia y una historia de la lengua italiana "con un solo arco", como parece haber construido en su andamiaje externo la de Migliorini, desde las Placitas Cassinesas o desde Dante hasta nuestros días, según un esquema perspectivo que aplana un pasado secular sobre el presente, apoyándose quizá en el supuesto, también de Migliorini, de que la nación italiana y la conciencia nacional nacieron ya, milagrosamente realizadas, en tiempos de Dante, o más bien fueron creadas por el propio Dante (cap. V, § 1).[59] En realidad, la abrumadora y muy controlada cantidad de datos documentales que nos ofrece este "libro honesto, sólido, útil y, gracias a Dios, no problemático" (Dionisotti) nos estimula en otras direcciones a no dar por sentado nada de lo que está por venir, porque a cada paso, a cada giro de la historia, pueden presentarse hechos nuevos que destruyan en un instante lo que parecía ya adquirido; y, por tanto, interpretar los acontecimientos del lenguaje por lo que fueron, en su complejidad original, fase a fase, con calma, sin que la solución final prejuzgue la valoración objetiva de cada una de esas fases; no aplanar el presente sobre el pasado ni el pasado sobre el presente, sino dejar espacio, entre pasado y presente, a toda la multitud de acontecimientos que nos han hecho como somos hoy. Incluso un organismo como el lenguaje está, por supuesto, profundamente inmerso en la historia humana, y comparte y sigue sus progresos, desviaciones y desarmonías, prestándose a reconstruir siempre su delicado y dúctil sistema de comunicación interpersonal, pero cada vez en condiciones distintas, y por tanto de manera diferente, tras estos reveses. Para desandar estos itinerarios impermeables e imprevisibles en las vicisitudes seculares de ese organismo que fue y es la lengua italiana, la *Storia* de Migliorini, aunque fundada en años ya lejanos y, en algunos aspectos, ajenos a

nuestro sentir actual, se nos ofrece todavía hoy como la guía más competente y segura de que disponemos. Después de veintiocho años, un libro como éste no ha envejecido, en este sentido, precisamente porque (creo) no se presenta como una obra historiográfica simple y llana, rígidamente preordenada a una tesis determinada; sino como una obra, en su género, abierta, que, siguiendo siempre de cerca su tema, extrae de él muchas y muchas cosas, antes desconocidas o descuidadas, o no puestas en común, a veces aparentemente dispares, pero cada una de las cuales ocupa también objetivamente su propio lugar y ha tenido su propio peso en la formación de nuestra lengua. Ésta es, al fin y al cabo, la verdadera lección de un libro como *la Storia* de Migliorini, construido paso a paso, con esmerado esfuerzo y paciencia, y con extremo respeto por quienes están destinados a hacer uso de él: una actitud exactamente opuesta a la que refleja el conocido aforismo de Voltaire, para quien la historia es como "un vaste magazin, où vous prendrez ce qui est à votre usage".

Una postilla final. La *historia* de Migliorini termina con la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial, en 1915. A quien no conozca todo el *cursus de la* actividad de Migliorini, esto puede parecerle una singularidad o un rechazo a enfrentarse con el presente. En realidad, Migliorini se había medido con el presente, con el "lenguaje contemporáneo" (como hemos visto) antes de medirse con el pasado; es más, probablemente había sacado del presente el estímulo para volver sobre las razones, para buscar sus orígenes. En la cuarta edición "rehecha" de su opúsculo *Lingua contemporanea* (1963), afirmaba en el "Prólogo" (p. VI) que con esta reedición se había propuesto "presentar, en sus líneas generales, las condiciones y fenómenos más notables de la lengua del último medio siglo, y completar así en cierto modo su *Storia della lingua italiana*, en la que *había* realizado la investigación hasta 1915" (y cf. p. 4 del mismo volumen). Este opúsculo original y de gran éxito, junto con el otro que le siguió unos años más tarde, *Saggi sulla lingua del Novecento* (reeditado también en 1963, tras la aparición de la *Storia,* en una tercera edición "revisada y aumentada"), representa en realidad la verdadera continuación de la *Storia*; de hecho, las dos operetas conducen el tratamiento hasta principios de los años sesenta, es decir, casi hasta nuestros días. De hecho, estaríamos tentados de decir: hasta nuestros días, habida cuenta de la riqueza de estímulos y de agudeza interpretativa que salpican profusamente estos dos pequeños clásicos de la lingüística "militante". Sin duda, los tiempos han cambiado también para nuestra lengua, que parece vivir el inicio de una época completamente nueva, cuyo "punto de inflexión decisivo", según la plausible hipótesis de Marcello Durante, se determinó "a partir del *milagro económico de* los años cincuenta", y parece ser ya tal "que caracteriza la segunda mitad del siglo XX como punto cardinal de la historia lingüística italiana".[60] Y sin embargo, los dos libros de Migliini, nacidos en los años treinta, no parecen todavía en conjunto "anticuados"; al contrario, siguen siendo capaces de arrojar rayos de luz viva sobre fenómenos que se desarrollan ante nuestros ojos, en este presente tan nuevo y dinámico. Por estas razones, tal vez no sería inoportuno devolver a la *Historia* de Migliorini el cumplimiento que el autor había preparado para ella, y volver a proponer editorialmente, junto a la *Historia,* los dos pequeños volúmenes antes mencionados, combinándolos tal vez en un solo tomo. Uno de nuestros lingüistas más atentos, Gaetano Berruto, ya esperaba, con ocasión de la última reedición, corregida y actualizada, de la *Storia,* en 1978, una "integración" editorial de este tipo:[61] No creo ceder a la retórica de la conveniencia cuando afirmo que devolver a la luz la "contemporaneidad" de Migliorini significaría volver a poner en manos de los lectores un precioso hilo de Ariadna, que les permitiría recorrer a lo largo y ancho la gran y compleja obra que es su Storia *della lingua italiana*.

Ghino Ghinassi
1988

[1] Sobre los acontecimientos que llevaron a Migliorini a la cátedra florentina, véase en particular F. Mazzoni, *Bruno Migliorini*. Commemorazione tenuta a cura della Società Dantesca Casentinese pro cultura e pubblicata negli Atti della "Accademia Petrarca di Lettere, Arti e Scienze" di Arezzo, Arezzo 1981, esp. pp. 11 y ss: La docencia de Migliorini en Florencia comenzó el 5.11.1938. Al año siguiente, la Facultad de Letras de la Universidad de Roma nombró a Alfredo Schiaffini para una cátedra similar: cf. A. Schiaffini, *Modern and Ancient Italian*, editado por T. De

Mauro y P. Mazzantini, Milán-Nápoles 1975, p. 343; y durante varios años estas dos siguieron siendo las únicas cátedras de Historia de la lengua italiana en las universidades italianas. Las vías y razones que llevaron a la activación de tal disciplina universitaria en aquel periodo merecerían una investigación específica: el escritor recuerda que Migliorini atribuyó una parte importante en este asunto al vivo interés del entonces Ministro de Educación Nacional Giuseppe Bottai.

[2] Cf. U. Foscolo, *Lezioni*, *articoli di critica e di polemica* (*1809-1811*), ed. crítica a cargo de E. Santini (vol. VII de la Edizione nazionale delle *Opere*), Florencia 1933, p. 65.

[3] En general, sobre la viva y renovada aspiración a una "Historia de Italia" en la primera mitad del siglo XIX, cf. B. Croce, Storia storiografia italiana nel secolo decimonono, Bari 19302, cap. IV. Croce, Storia *della storiografia italiana nel secolo decimonono, Bari* 19302, cap. V. De la inacabada historia de la lengua italiana de Grassi sólo ahora se ha encontrado el manuscrito: cf. Marazzini, "La linguistica italiana". Marazzini, "La linguistica di Manzoni", en Liceo linguistico Cadorna - Facoltà di Lettere - Cattedra di Letteratura italiana A dell'Università di Torino, *Manzoni e l'idea di letteratura*, Turín 1987, pp. 59-66, en p. 63; al respecto véase C. Balbo, *Pensieri ed esempi con l'aggiunta dei Dialoghi di un maestro di scuola*, Florencia 1854, pp. 226 ss, que en recuerdo de Grassi y su obra va seguido de su interrumpido esbozo de una historia de la lengua italiana (posteriormente refundido y ampliado en algunas secciones del *Sommario della Storia d'Italia* de 1846). También son dignas de mención las partes dedicadas a la lengua en obras como la *Storia della Toscana* (1813-14) de L. Pignotti, a caballo entre la historia regional y la nacional. Reflexiones más abiertas y penetrantes propuso unos años más tarde G. Capponi en sus *Lezioni sulla lingua italiana* (1827-35: la cuarta y última, sin embargo, se ha perdido), que prepararon desde lejos el *excursus* lingüístico *de* su tardía *Storia della Repubblica di Firenze* (1875).

[4] Véase al respecto la obra de D. Santamaria *Bernardino Biondelli e la linguistica preascoliana* (Roma 1981), de la que hasta ahora sólo se ha publicado el primer volumen. También se pueden encontrar aportaciones fundamentales sobre el tema en S. Timpanaro, *Classicismo e Illuminismo nell'Ottocento italiano*, Pisa 1969, espec. en la sección sobre "Carlo Cattaneo e Graziadio Ascoli" (pp. 229 y ss.).

[5] Para esta posición aún incierta de la historia de la lengua durante el siglo XIX, véanse los primeros párrafos del ensayo de A. Varvaro, "Storia della lingua: passato e prospettive di una categoria controversa" (ahora en el libro del propio Varvaro, *La parola nel tempo. Lingua*, *società e storia,* Bolonia 1984, pp. 9-77): al ensayo de Varvaro, publicado por primera vez en *Filología Románica* en 1972-73 y fundamental para nuestro tema, tendré ocasión de referirme de nuevo a lo largo de estas páginas.

[6] *Hacia el realismo. Prolusioni e lezioni zurighesi sulla poesia cavalleresca*, *frammenti di estetica*, *saggi di metodo critico*, editado por N. Borsellino, Turín 1965, pp. 316-317.

[7] *Carteggio Rajna-Salvioni*, editado por C. Sanfilippo, Pisa 1979, p. 69: la carta de Rajna está fechada el 31 de mayo de 1891.

[8] *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, Bari 195810, p. 162 (la 1ª ed. de *Estética* es, como sabemos, de 1902).

[9] *Linguistique historique et linguistique générale,* vol. I, París 1975. I, París 1975 (1ª ed. 1921), pp. 16-17.

[10] *La Histoire* de F. Brunot fue continuada por Ch. Bruneau, con otro tomo (el XIII), que la prosiguió hasta alrededor de 1880; recientemente se ha publicado el primero de los tres tomos que van a actualizar el tratamiento: cf. *Hist. de la Langue franc. 1880-1914*, sous la direction de G. Antoine et R. Martin, París 1985. Hay que señalar que los dos volúmenes del tomo XI, que Brunot dejó inéditos, fueron publicados por J. Godechot el primero y G. Antoine el segundo, hace relativamente poco, en 1969 y 1979 respectivamente (Brunot había fallecido en 1938). Especialmente interesantes son las reflexiones metódicas que figuran en el apéndice del segundo de estos dos volúmenes póstumos (p. 349), en las que Brunot traza el largo itinerario seguido para componer la *Histoire*: desde los comienzos en que la historia de la lengua se le apareció "telle qu'elle était apparue à *ses* maîtres, c'est-à-dire composée de l'histoire des sons, des mots, des formes et des tours, de leur formation, de leur évolution, de leur disparition" hasta la intuición final de que debe penetrar "dans l'histoire tout court", ya que, "maniée avec critique, l'étude du langage peut apporter à l'histoire des documents partiels, mais innombrables, et quelquefois de précieux éclaircissements".

[11] *La obra de Bruno Migliorini en la memoria de sus alumnos. Con una bibliografía dei suoi scritti,* editado por M.L. Fanfani, Florencia 1979, p. 10. Este volumen, que está relacionado con el otro: B. Migliorini, *Saggi linguistici, Florencia* 1957 (provisto también de una bibliografía de los escritos de Migliorini hasta 1956 editada por G. Folena), es una herramienta indispensable para recorrer las etapas de la carrera científica de Migliorini. El pasaje citado más arriba está tomado del primero de los ensayos conmemorativos, escrito por G. Folena, *La vocazione di Bruno Migliorini*: *dal nome proprio al nome comune,* pp. 1-16, en la p. 10: también tendremos ocasión de recurrir a él en las páginas siguientes.

[12] *La obra de Bruno Migliorini,* cit., *ibid*.

[13] Apareció por primera vez en la ya citada *Cultura*, XI, 1932, pp. 48-60, y posteriormente se reimprimió en la recopilación de los escritos de Migliiniani *Lingua e cultura*, Roma 1948, pp. 9-26: mis citas proceden de esta reimpresión.

[14] Publicado por primera vez en *Capitolium* en 1932 y, al año siguiente, en edición ampliada, en *Revue de linguistique romane*, IX, 1933, pp. 370-378; reimpreso también en *Lingua e cultura*, cit., pp. 109-123.

[15] I, 1939, pp. 1-8; reeditado posteriormente en *Lengua y Cultura*, cit., pp. 27-46; de nuevo, mis referencias son a la colección de 1948.

[16] Sobre la crítica *estilística* de Spitzer y su fortuna en Italia, véase, de forma resumida, el volumen antológico L. Spitzer, *Critica stilistica e storia del linguaggio*, Bari 1954, editado por A. Schiaffini, quien también hizo una esclarecedora y muy informada "Presentación".

[17] Cf. *La cultura*, II, 15.7.1923, p. 419: la frase se refiere a las posiciones de G. Bertoni, que acababa de publicar su *Programa de filología románica como ciencia idealista*, Ginebra 1923.

[18] La reseña de Dionisotti apareció por primera vez en *Romance Philology*, XVI, 1962-63, pp. 41-58; luego se volvió a publicar en C. Dionisotti, *Geografia e storia della letteratura italiana*, Turín 1967, pp. 75-102, de donde se cita (el pasaje citado está al principio, p. 75).

[19] Una lista muy extensa puede verse en la valiosa bibliografía de Fanfani en el volumen citado *L'opera di Bruno Migliorini*, pp. 198-200.

[20] B. Migliorini e I. Baldelli, *Breve storia della lingua italiana*, Florencia 1964.

[21] *Studi linguistici italiani,* I, 1960, pp. 71-84, en p. 73.

[22] A título indicativo, cabe recordar la traducción de 1967 del *Cours de linguistique générale* de F. de Saussure, con amplios comentarios de T. De Mauro, y la traducción de los *Éléments de linguistique générale* de A. Martinet, editada y adaptada al italiano por G.C. Lepschy (ambos para la editorial Laterza de Bari). En 1966, Lepschy había publicado en Turín (ed. Einaudi) el exitoso volumen *Linguistica strutturale*.

[23] Por ejemplo, *Économie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique* (Berna 1955), 6.26: "Les linguistes auront intérêt à distinguer, parmi les facteurs dits externes qu'on peut invoquer au moment où l'économie de la langue ne suffit plus, entre les facteurs linguistiques et les facteurs non-linguistiques. Ces derniers sont ceux pour lesquels les amateurs manifestent une prédilection qui devrait les rendre suspects aux yeux des linguistes sérieux"; *Éléments de linguistique générale* (París 1960), 6.4: "il est très difficile de marquer exactement la causalité des changements linguistiques à partir des réorganisations de la structure sociale et des modifications des besoins communicatifs qui en résultent [....] El verdadero objetivo de la investigación lingüística será, por tanto, el estudio de los conflictos existentes en el interior de la lengua en el marco de las necesidades permanentes de los seres humanos que se comunican entre sí a través del lenguaje", etc.

[24] Para la difusión de la "sociolingüística" en Italia, el testimonio de M. Cortelazzo, *Avviamento critico allo studio della dialettologia italiana. I problemi e metodi*, Pisa 1969, p. 139 y ss. Una reconstrucción a posteriori ofrece, entre otros, A.M. Mioni, "Per una sociolinguistica italiana. Note di un non sociologo", ensayo introductorio prefacio a J.A. Fishman, *La sociologia del linguaggio*, Roma 1975, pp. 9-56, esp. pp. 12-14.

[25] Ya citado *anteriormente* en la nota 5.

[26] Tras la primera edición (Bari 1963), a la *Storia* de De Mauro siguieron una segunda, "revisada, actualizada y ampliada" (Bari 1970), y una tercera, casi sin cambios (Bari 1972); casi idéntica a esta última, salvo una breve "Avvertenza" (pp. XV-XVIII), es la última edición publicada, de nuevo por Laterza de Bari, en 1983.

[27] Publicado en Bolonia por la editorial Zanichelli.

[28] Omitiré aquí, en aras de la brevedad, indicar otras "historias de la lengua italiana" aparecidas entretanto, también valiosas e importantes en ciertos aspectos (pienso, por ejemplo, en el volumen de F. Bruni, *L'Italiano. Elementi di storia della lingua e della cultura*, Turín 1984), pero sustancialmente referibles al panorama antes descrito. Implícita está siempre la referencia a las principales bibliografías de estudios sobre la lengua italiana aparecidas después de 1960, en particular el primer (Florencia 1969) y el segundo (Pisa 1980) suplementos a la *Bibliografia della linguistica italiana* de R.A. Hall jr., la *Introduzione allo studio della lingua italiana* de Ž. Muljačić (Turín 1971), los *Dieci anni di linguistica italiana* (*1965-1975*), editados por la Società di linguistica italiana (Roma 1977), cada uno de los cuales contiene una o varias secciones dedicadas a la historia de la lengua.

[29] Buenos Aires 1938 (2ª ed., 'con adiciones y enmiendas', *ibid.*, 1943). N. Denison observa acertadamente: "Los planificadores lingüísticos pueden tener en cuenta que parece haber una ventaja psicológica intrínseca en utilizar

para la variedad lingüística seleccionada como base para una norma nacional una designación basada en el nombre del área o grupo sobre el que se desea su difusión o consolidación", en "Sociolinguistic Aspects of Plurilingualism", en *Atti del Convegno* "*International Days of Sociolinguistics*" (*Roma*, *15-17 settembre 1969*), Roma s.d., pp. 255-278, a p. 274 n. 15.

[30] Un amplio panorama del origen de los nombres de los diversos modismos romances y europeos puede encontrarse en G. Folena, "Textus testis: chance and necessity in the Romance origins", en AA.VV., *Concetti*, *storia*, *miti e immagini del Medioevo*, editado por V. Branca, Florencia 1973, pp. 483-507.

[31] En el ensayo "L'Italiano", recogido ahora en el pequeño volumen de G. Bollati, *L'Italiano*. *Il carattere nazionale come storia e come invenzione*, Turín 1983, pp. 34-123, en p. 43 (pero recuérdese que este ensayo se publicó originalmente en el vol. 1 de *Storia d'Italia*, Einaudi, Turín 1972, pp. 949-1022, del que hablaremos enseguida).

[32] *Los cuatro libros de los dichos memorables de Sócrates de Jenofonte*. Nueva traducción del griego por Michel Angelo Giacomelli con notas y variaciones de A. Verri, Brescia 806, pp. XXII-XXIII.

[33] Para Cesari, cf. cap. IX de su *Dissertazione sopra lo stato presente della lingua italiana*, escrita en 1808, "coronada" en 1809 y publicada en Verona en 1810 (mi cit. está tomado de *Opuscoli linguistici e letterari di Antonio Cesari*, raccolti, ordinati e illustrati ora per la prima volta da G. Guidetti, Reggio d'Emilia 1907, p. 173); para Ranalli *Del riordinamento d'Italia*, Florencia 1859, p. 157; para Angeloni véase, por ejemplo, *Dell'Italia uscente il settembre del 1818*. *Ragionamenti IV, París* 1818, vol. II, p. 300. II, p. 300. Las dudas también se habían apoderado de Cesari, como muestra la nota de Guidetti al pasaje citado anteriormente; véase también, al respecto, S. Timpanaro, *Aspetti e figure della cultura ottocentesca*, Pisa 1980, p. 159 y n. 18. M. Vitale, *La questione della lingua, Palermo 1984*, passim, y en particular para el siglo XIX, pp. 345 y ss., proporciona una información exhaustiva sobre las discusiones que constituyen el sustrato de esta disputa sobre el nombre de la lengua.

[34] Cito la 14ª ed., Milán, s.d., pp. 131 y 445; la 1ª ed. es, como saben, de 1923.

[35] Hay que remitirse al ensayo crociano de 1926 "La letteratura dialettale riflessa, la sua origine e il suo ufficio storico", citado también por Migliorini (pp. 423 n. 75, 559 n. 55). Recientemente, dos estudiosos, M. Alinei, "Dialect: a Florentine Renaissance Concept. Historia y análisis", en *Quaderni di semantica,* II, 1981, pp. 147-173 (posteriormente en Id, *Lingua e dialetti*: *struttura*, *storia e geografia*, Bolonia 1984, pp. 169-199) y P. Trovato, "'Dialetto' e sinonimi ('idioma', 'proprietà', 'lingua') nella terminologia linguistica quattro-cinquecentesca", en *Rivista di letteratura italiana*, II, 1984, pp. 205-236, reconstruyendo la historia moderna del término 'dialecto', aportaron interesantes aclaraciones sobre este momento de transición de la lengua vernácula medieval al dialecto moderno.

[36] El pasaje de Goldoni está tomado de su carta al conde A. Paradisi, fechada en París el 28.3.1763: cf. C. Goldoni, *Opere*, editado por G. Folena con la colaboración de N. Mangini, Milán 1975[4], pp. 1503-1504. Observaciones similares de Bettinelli, magnificando el policentrismo italiano (con polémica implícita hacia la centralización francesa) son citadas por el propio Migliorini en la p. 536 n. 2. Siguen faltando estudios suficientemente profundos sobre la vitalidad de los dialectos y su fructífera relación con la lengua en la Italia de este periodo: cabe citar, por ejemplo, la edición de Isella del *Teatro milanese* de C.M. Maggi (Turín 1964), y los ensayos pertinentes de la obra de G.P. Clivio, *Storia linguistica e dialettologia piemontese*, Turín 1976. Sobre la postura antagónica de diversos idiomas regionales frente a la supremacía del "toscano", véase M. Vitale, "Di alcune rivendicazioni secentesche della 'eccellenza' dei dialetti", en AA.VV., *Letteratura e società*. *Scritti di italianistica e di critica letteraria per il XXV anniversario dell'insegnamento universitario di G. Petronio*, Palermo 1980, pp. 209-222, recordando, además, que esta actitud se mantuvo durante mucho tiempo, y que quizá alcanzó su momento de mayor prestigio social durante el siglo XVIII.

[37] Sobre las variedades regionales del italiano y su importancia para el acceso a la lengua común, una contribución decisiva fue la de G.B. Pellegrini, "Tra lingua e dialetto in Italia", en *Studi mediolatini e volgari,* VIII, 1960, pp. 137-153 (ahora también legible, con un "Apéndice", en la colección de escritos de Pellegrini, *Saggi di linguistica italiana*. *Storia*, *struttura*, *società,* Turín 1975, pp. 11-54). Poco después, Tullio De Mauro en *Storia linguistica dell'Italia unita* cit. retomó y desarrolló el tema mucho más ampliamente, dando lugar a innumerables contribuciones sobre el tema. Sobre las dimensiones asumidas por la progresiva aculturación de los hablantes de dialectos al italiano a partir de la Unificación de Italia, sobre todo en estas últimas décadas, véase ahora, resumidamente, el ensayo de L. Coveri, "Lingua nazionale, dialetti e lingue minoritarie in Italia alla luce dei dati quantitativi" en *Linguaggi*, II, 1985, fasc. 3, pp. 5-13.

[38] A este respecto, pueden encontrarse valiosas reflexiones, por ejemplo, en P. Fiorelli, "Storia giuridica e storia linguistica", en *Annali della storia del diritto,* 1, 1957, pp. 261-291; y en G. Folena, "L'esperienza linguistica di Carlo Goldoni", en *Lettere italiane,* X, 1958, pp. 21-54, en pp. 21(-23) n. 1 (ahora en Id., *L'italiano in Europa*. *Esperienze linguistiche del Settecento*, Turín 1983, pp. 89-132, en pp. 113-115), que remite al ensayo de Fiorelli: nótese, sin embargo, que ambos artículos se sitúan en una época en la que *la Historia* debía de encontrarse en una fase

avanzada de elaboración. Otras indicaciones bibliográficas a este respecto para el período posterior a 1960 ofrece Ž. Muljačić en *Introducción al estudio de la lengua italiana,* cit., 2. 221 (pp. 299-300).

[39] Sobre este problema particular de la historiografía lingüística, véase, a título indicativo, A. Varvaro, "La storia della lingua: passato e prospettive di una categoria controversa", cit., pp. 26-27; y también el comentario de T. De Mauro a su ed. italiana también cit. del *Cours de linguistique générale* de F. de Saussure, n. 94. La distinción se entrelaza con la otra entre factores externos e internos en la evolución de la lengua, mencionada por Martinet en los pasajes citados en n. 23 (cf. también Varvaro, "La storia della lingua", cit., pp. 38 y ss.). La conveniencia antes señalada de una pareja de términos diferente y más específica se ve reforzada por el hecho de que los dos términos más utilizados hoy en día se repiten en los historiógrafos (y en los teóricos de la historiografía) con significados bastante diferentes: véase, por ejemplo, B. Croce, *Il carattere della filosofia moderna*, Bari 1963[3], pp. 186-194.

[40] "Storia della lingua italiana", en AA.VV., *Tecnica e teoria letteraria,* cit., pp. 177-178.

[41] La vocación de Migliini por la investigación léxica, que le pondría en estrecho contacto con la historia de la cultura en su sentido más amplio, desde lo "material" y etnográfico (según la orientación llamada "Wörter und Sachen", que marcó profundamente la investigación lingüística en las primeras décadas de nuestro siglo) hasta lo ideológico e intelectual, estuvo muy viva desde el principio. Apenas merece la pena mencionar que de ella surgió su tratado de juventud *Dal nome proprio al nome comune* (cf. *supra*, p. XIII). Pero toda la actividad de Migliorini está impregnada de ella: desde los lúcidos y nutridos "stelloncini" sobre *vandalismo*, *crucial*, *cosmopolita, emergencia*, *rascacielos* y otras innumerables palabras ligadas a acontecimientos y momentos particulares de nuestra historia hasta los grandes "medallones" sobre *mots-témoins* como *ambiente* o *barroco*. Parte de esta vasta producción fue recogida en varios volúmenes por el propio autor (cf., por ejemplo, *Profili di parole*, Florencia 1968, y *Parole e storia*, Milán 1975); pero en su mayor parte se encuentra aún dispersa en las revistas y publicaciones periódicas en las que apareció por primera vez (cf., a este respecto, la *Bibliografía de los escritos de Bruno Migliorini* editada por M. Fanfani en el volumen conmemorativo a menudo citado). Este aspecto de la actividad de Migliorini es subrayado por Y. Malkiel en *Romance Philology*, XXXIX, 1975-76, pp. 398-408, en pp. 401 y ss.

[42] Un tratamiento reciente y compendioso del fenómeno (aunque centrado en un aspecto particular del mismo) puede encontrarse en G. Patota, "Ricerche sull'imperativo con pronome atono", en *Studi linguistici italiani*, X, 1984, pp. 173-246.

[43] Para juicios sobre el italiano, especialmente en comparación con el francés, véase el evocador libro de Folena, *L'italiano in Europa,* cit., en particular las partes III y IV.

[44] *Literatura italiana antigua*, Florencia 1970, p. IX.

[45] Sobre la "supuesta inmovilidad del italiano", las circunstancias particulares que alimentaron esta idea y los escollos que aún presenta para el historiador de nuestra lengua, véase Durante, *Dal latino all'italiano moderno,* cit., 16, pp. 171 y ss.

[46] Para un rápido resumen de esta discusión, véase G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna,* vol. I, Milán 19758, pp. 391-393. I, Milán 1975[8], pp. 391-393; más recientemente, P.G. Zimino, *L'ideologia del fascismo*. *Miti*, *credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bolonia 1985, pp. 70 y ss. Sobre los precedentes de la discusión, véase G. Galasso, *L'Italia come problema storiografico,* Turín 1979, pp. 166-167 (a la que volveremos más adelante).

[47] Véase su reproducción en L. Salvatorelli, *Spiriti e figure del Risorgimento*, Florencia 1961, pp. 30-35, especialmente en las pp. 34-35.

[48] *La posizione della lingua italiana*, Florencia 1940, p. 8; el pequeño volumen reproduce algunas conferencias pronunciadas en Roma en 1936 y publicadas ese mismo año por la editorial Keller de Leipzig y por la Biblioteca Hertziana de Roma, conjuntamente; en esta edición se basó Migliorini para su reseña publicada en la revista *Roma*, 1937, 9, pp. 341-342.

[49] Sobre las diversas fases de la penetración del italiano en el Piamonte, disponemos ahora del excelente estudio panorámico de C. Marazzini, *Piemonte e Italia*. *Storia di un confronto linguistico*, Turín 1984. Sobre la actitud de Napione y el entorno en que vivió, véase más recientemente G.L. Beccaria, "Italiano al bivio: lingua e cultura in Piemonte tra Sette e Ottocento", en *Atti del Convegno* "*Piemonte e letteratura*. *1789-1870"* (San Salvatore Monferrato, 15-17 de octubre de 1981), editado por G. Ioli, s.l. né d. di st., vol. I, pp. 15-55. I, pp. 15-55; y sobre Denina la recopilación de sus escritos de interés lingüístico (entre ellos *Dell'uso della lingua francese*) preparada por Marazzini en C. Denina, *Storia delle lingue e polemiche linguistiche*. *Dai saggi berlinesi 1783-1804,* editado por C. Marazzini, Alessandria 1985. Todos los documentos del asunto Balbo-Cavour mencionados anteriormente pueden leerse en C. Cavour, *Epistolario,* Bolonia 1962, vol. 1, pp. 185-190 (y véase también R. Romeo, *Cavour e il suo tempo*, Bari 1977[3], vol. 1, pp. 445-446).

[50] Además del libro clásico de M.L. Wagner, *La lingua sarda*. *Storia*, *spirito e forma* (Berna 1951), que Migliorini naturalmente conocía y utilizaba, pueden consultarse hoy muchas otras contribuciones sobre la difusión del

italiano en Cerdeña, publicadas paralelamente al crecimiento de las reivindicaciones sardas de autonomía, incluida la lingüística; en resumen, puede citarse el libro desigual, pero ampliamente inteligente y apasionado, de M. Pira, *La rivolta dell'oggetto*. *Antropologia della Sardegna*, Milán 1978; véase también, más recientemente, la *Storia linguistica della Sardegna* de E. Blasco Ferrer (Tubinga 1984).

[51] G. Salvemini, "Il Risorgimento", en *Scritti sul Risorgimento,* editado por P. Pieri y C. Pischedda, Milán 1973, p. 473 y ss. Pischedda, Milán 1973, p. 473 y ss., en las pp. 505-507.

[52] "Presentazione dell'editore" a *Storia d'Italia*, Turín, vol. 1, 1972, pp. XIX-XXXVI, el pasaje de Dionisotti procede de su libro *Geografia e storia della letteratura italiana*, cit., p. 31.

[53] *Italia como problema historiográfico,* cit., pp. 177-178.

[54] Vol. 1, cit., pp. 677-728. Conviene recordar que Stussi se centró poco después en este nuevo motivo en su utilísima antología *Letteratura italiana e culture regionali* (Bolonia 1979), cuyo contenido, a pesar de su título, concede amplio espacio a los acontecimientos lingüísticos italianos. También hay que señalar que el motivo ya había recibido, hacia 1950, un notable renacimiento a partir de los estudios originales de C. Dionisotti (recogidos, en su mayor parte, en el volumen tantas veces citado), a los que tanto Einaudi (como hemos visto), como Stussi y Galasso se refieren repetidamente.

[55] Para el autor de esta lista, véase *Giacobini italiani,* Bari, vol. I, editado por D. Cantimori, 1956, pp. 422-423. I, editado por D. Cantimori, 1956, pp. 422-423; e *I giornali giacobini italiani*, editado por R. De Felice, Milán 1962, pp. 476 y ss.

[56] La frase de Braudel se encuentra en el ensayo "L'Italia fuori d'Italia", en *Storia d'Italia*, Turín 1974, vol. 2, p. 2089 y ss., en la p. 2098. Incluso en el siglo XVIII, cuando su fortuna declinaba, el italiano seguía figurando en el concierto de las principales lenguas europeas, universalmente apreciado como "la plus douce des langues" (Rivarol), con un "genio" específico que lo hacía especialmente apto para la música y la poesía: cf. de nuevo Folena, *L'italiano in Europa,* cit., esp. pp. 217 y ss., y 397 y ss.

[57] Sobre la lengua italiana. Lettera al sig. cavalier consigliere Giacinto Carena", en A. Manzoni, *Opere Varie*, editado por M. Barbi y M. Ghisalberti, Milán 1943, pp. 751 y ss., en pp. 765-766 (la carta, enviada a Carena en 1947, fue publicada más tarde por Manzoni, con retoques y ampliaciones, en 1850 en el volumen de las *Opere Varie* impreso en la editorial milanesa Redaelli a partir de 1845).

[58] La frase citada está tomada de Bollati, *L'Italiano,* cit., p. 45. El problema de la integración de las clases trabajadoras en la cultura y en las instituciones nacionales fue, como es sabido, uno de los temas más recurrentes en las meditaciones de A. Gramsci: véanse *Quaderni dal carcere*, editado por V. Gerratana, Turín 1975, vol. III, pp. 1914-1915, 2113-2120, etc.; y para los aspectos propiamente lingüísticos F. Lo Pippi, citado, p. 45. III, pp. 1914-1915, 2113-2120 etc.; y para los aspectos propiamente lingüísticos F. Lo Piparo, *Lingua*, *intellettuali*, *egemonia in Gramsci*, Bari 1979. En la práctica, la aculturación lingüística de los hablantes de dialectos al italiano, fuertemente urgida por razones políticas y civiles, siguió primero el camino de la alfabetización: cf., sumariamente, M. Raicich, *Scuola e politica da De Sanctis a Gentile*, Pisa 1981; y C. Marazzini, "Per lo studio dell'educazione linguistica nella scuola italiana prima dell'Unità", en *Rivista italiana di dialettologia*, IX, 1985, pp. 69-88. En épocas más cercanas a nosotros, entraron en juego otros factores, como los movimientos migratorios asociados a la industrialización y el urbanismo, la creciente difusión de los medios de comunicación de masas en la lengua hablada, etc. Para todo este asunto, se remite obviamente a De Mauro, *Storia linguistica dell'Italia unita,* cit.

[59] Este es otro de los rarísimos momentos en los que Migliorini sale a la luz y toma posición sobre modelos interpretativos generales: "Pensemos -escribe Migliorini- en las miserables condiciones políticas de Italia a principios del siglo XIV [...] Este estado de cosas no autorizaba ciertamente la esperanza: pero Dante creyó, y creyendo obró el milagro. Italia no era, como era, consciente de su sustancial unidad cultural, que le habría permitido acoger una lengua literaria y civil común, más apta que el latín para unir a todos los italianos. Dante sintió y le reveló esta conciencia: así era Italia" (p. 228). Se percibe aquí, en la prosa de Migliorini, un tono insólitamente triunfalista y sostenido: hay quizá todavía un eco de aquellas hagiografías del Risorgimento, para las que Dante era el padre no sólo de la lengua, sino de toda la nación, "el más italiano que jamás haya existido", según la conocida definición de Balbo (cf. también B. Migliorini, *Lingua d'oggi e di ieri*, Caltanissetta-Roma 1973, pp. 65-74, espec. pp. 73-74). De hecho, en este punto, a principios del siglo XIV, la Italia lingüística (ya lo hemos observado) estaba lejos de estar firme e irreversiblemente establecida. M. Durante ha señalado recientemente que en esta época en la Italia "vulgar" "la situación lingüística seguía siendo extremadamente fragmentaria", y "faltaba y seguirá faltando durante mucho tiempo un embrión de conciencia nacional" en el sentido moderno del término (*Dal latino all'italiano moderno*, cit., 12. 2). El de Dante fue un primer signo profético agudo proyectado sobre un futuro que quedaba por construir.

[60] *Del latín al italiano moderno,* cit., 28. 1.

[61] Véase su breve reseña en el *Corriere della Sera* del 1 de octubre de 1978.

HISTORIA DE LA LENGUA ITALIANA

A mis maestros
Cesare de Lollis y Vittorio Rossi

PRÓLOGO

Cuando empecé a escribir los primeros borradores de esta *Historia en* 1938 y el primer capítulo en 1949, aunque era muy consciente de la escasez de mis fuerzas ante la inmensa vastedad de la obra, me movía un propósito ambicioso: dar a Italia una obra de la que hasta ahora había carecido. Historias de la literatura, de las bellas artes, del derecho, de la medicina, etc., abundan en nuestro país: ¿cómo es que faltan historias de la lengua? ¿Y cómo es que para otras lenguas, antiguas y modernas, no faltan historias, y para el francés tenemos ese monumento que es Brunot, para el español esos poderosos fragmentos que nos ha dado Menéndez Pidal? Dionisotti expone impecablemente la causa: "En la secular consideración retórica de la lengua, invadida más que en ninguna otra parte de Italia, está la justificación de que carezcamos de obras como las de Brunot o Menéndez Pidal" (*Giorn. stor. lett. it.*, CXI, p. 139).

La atención casi exclusiva prestada a la lengua como instrumento literario ha hecho que en el pasado, al hablar de historia de la lengua, se aludiera sobre todo al estilo de los escritores y se tendiera más bien a trazar historias del estilo, descuidando en cambio otros muchos aspectos, aunque más modestos, que aparecen en la compleja realidad del uso lingüístico cotidiano. Así, las páginas dedicadas a la "historia de la lengua" por Parini, Baretti, Foscolo, Giordani, Capponi y las reflexiones a veces afortunadas que contienen se refieren más a la historia de la literatura que a la de la lengua.

Ciertamente, la lengua, tal como la reciben de sus contemporáneos quienes participan en una comunidad determinada, no es más que una abstracción, fundada en miríadas de actos individuales de lenguaje concreto. Y como medio, el lingüista la estudia: sin embargo, no es tratar las sombras como algo sólido estudiar los institutos individuales de la lengua (el condicional en sus formas y significados; los valores que ha tenido y tiene la palabra *virtud*) en su continuidad, considerando estos institutos y no los hablantes o escritores individuales como el hilo conductor del tratamiento.

No se trata en absoluto de subestimar la importancia que siempre han tenido los individuos en la evolución del lenguaje: su eficacia demiúrgica puede reconocerse en cualquier momento de la historia de innumerables palabras y, aunque menos visible, está bien fundamentada en la historia de muchas innovaciones gramaticales.

Pero otra cosa es reconocer esta verdad incontrovertible, y otra muy distinta centrarse en los hombres de letras en sus personalidades concretas: para quienes consideran la lengua como un todo, ellos no son más que uno de los muchos factores que actúan sobre la lengua en su perpetua evolución: juristas, economistas, artistas, técnicos, científicos también actúan sobre la lengua. Y luego está el pueblo: sin dejarnos atrapar por el mito romántico del Pueblo con mayúscula, está el plebeyo individual que, en cada momento, acuña una palabra o pronuncia una ocurrencia que mañana repetirá toda una ciudad o quizá toda Italia.

Además, es la labor del pueblo (entendido como la totalidad de la nación) ese empuje general, ese consenso silencioso a la hora de aceptar o rechazar una innovación que da consistencia al uso.

Algunos amigos, que benévolamente se interesaron por esta obra mía sin conocer su concepción, me preguntaron cuántas páginas había dedicado a Miguel Ángel o cómo había tratado a Daniello Bartoli. A menudo se ha observado que lo importante es tratar los problemas con seriedad, y que es secundario encasillarlos en una u otra "materia": por eso puede parecer ocioso discutir si trazar un perfil lingüístico y estilístico de Miguel Ángel o de Bartoli pertenece más bien a la historia de la literatura o a la historia de la lengua. Sin embargo, si se aceptara la pregunta, habría que responder, me parece, que quien considera en primer plano la personalidad artística de los escritores y analiza sus obras y reubica

cada una de ellas en su tiempo para identificar a esas personalidades, está haciendo historia literaria; el interés por la historia de la lengua comienza cuando se compara el lenguaje individual de un escritor con el uso de sus contemporáneos.

Las investigaciones basadas en una comparación perpetua entre el lenguaje de cada escritor y el uso de su época (pienso en las luminosas páginas de De Lollis sobre el léxico de los poetas del siglo XIX o en la sólida monografía de Folena sobre la *Arcadia* de Sannazzaro) son preciosas en este sentido. Y, por ir a ejemplos sencillos, no es posible juzgar si en un determinado escritor *per li campi* es o no un arcaísmo, si io *gli* dissi por 'le dije' es o no un toscanismo a menos que se sepa si el uso común de su época permitía o no una elección, cuáles eran las opiniones de los gramáticos, cuál el uso individual de ese escritor.

Permítaseme afirmar, sin embargo, que un tratamiento que se limitara a los perfiles estilísticos, incluso numerosos, incluso excelentes, sólo sería una laceración de una historia integral de la lengua, porque dejaría de lado algunos de los problemas más importantes que esta historia tiene que resolver.

Una de las tareas más fascinantes es, por ejemplo, ver cómo se forman las palabras más típicas (o cómo se extraen de otras lenguas) (lo que se llamó las "palabras-medios" o las "palabras-testigos"): es obvio que la explicación de los fenómenos lingüísticos hay que buscarla en el momento y el entorno en que empezaron a aparecer. Recordemos la historia de la asunción de *Accademia* en italiano y los significados que adquirió la palabra en los siglos XV y XVI, convirtiéndose en una palabra europea. O pensemos en las palabras para designar el porte en el siglo XVI, que en parte expresan conceptos dominantes en Italia (*actitud*), en parte reproducen formas de pensar españolas (*sussiego*).

El cambio de significado de *setificio*, *lanificio* de 'elaboración de la seda, la lana' a 'lugar donde se elabora la seda, la lana' y luego la multiplicación de los nombres en *-ficio*, sólo puede apreciarse en el estudio de los orígenes y la evolución de la industria lombarda.

La historia del *milieu* y el giro que experimenta la palabra por influencia del concepto tainiano de *milieu* es una página de la historia de la cultura del siglo XIX que tiene amplias repercusiones en la lengua.

Es cierto que los reflejos de la historia cultural de Italia en la lengua son mucho más evidentes en el léxico que en la gramática, pero también son claramente perceptibles en muchos capítulos de la gramática: la historia del sufijo *-iere*, que hace sesenta años se intentaba explicar mediante combinaciones fonéticas artificiales, y ahora se explica sin vacilar por la influencia de la civilización caballeresca francesa.

Cuando tuve que resolver los problemas que me planteaba la estructura de este libro, creí que debía centrarme en los escritores individuales sólo en función de la continuidad evolutiva de la lengua, y no en su personalidad artística. En cambio, intenté dar la máxima importancia a la historia de las principales corrientes de ideas y a los hechos gramaticales y léxicos más notables.

Se me presentaron otros problemas numerosos y graves, y el lector juzgará cómo los resolví.

Una de las cuestiones más difíciles, debido a la escasez de pruebas, es la de las relaciones entre la lengua hablada y la escrita, desde la época imperial (como demuestran las interminables discusiones sobre el término "latín vulgar") hasta nuestros días.

En parte relacionado con esto está el problema de la coexistencia de las lenguas locales y regionales con la aparición gradual de una lengua común para toda la nación sobre una base toscana.

Otro punto importante sobre el que he tenido que insistir en varios capítulos es el de la importancia que el latín tuvo durante muchos siglos por encima o al lado de la lengua vernácula como lengua culta.

La división en periodos me dio mucho que pensar. He acabado adoptando al por mayor, a partir del siglo XIII, la división convencional por siglos, consciente de que la división más racional por generaciones habría dado, en el estado actual de los estudios, dificultades insuperables; y algo menos la, ya preconcebida por Borghini, por cincuenta años. Sin dar a la fecha secular más importancia que la de una división conveniente, no he dejado, sin embargo, de sustituirla a veces por una fecha cercana, históricamente más importante. No creí poder hacer caso de la división de Salfi, quien (en *Ristretto della storia della letteratura italiana*, Florencia 1848) mantuvo la división por siglos, pero situándola en 1275, 1375, 1475, etc., para que la división fuera más precisa.

Causa muchas dificultades prácticas, en la división por siglos, el encontrarse a caballo entre autores de un siglo y otro: el propio Dante, Prodenzani, Leonardo, Sannazzaro,

Chiabrera, Magalotti, Monti y muchos otros: así sucede a veces que citas de un mismo autor se encuentran dispersas en dos capítulos sucesivos.

Asimismo, no pocas veces me ha ocurrido tener que tratar varias veces la misma palabra desde varios puntos de vista, ya sea dentro de un mismo capítulo o en varios capítulos sucesivos. Para no hacer las referencias demasiado numerosas y engorrosas, las he reducido al mínimo, creyendo que la consulta del índice de vocabulario me dispensaría de ellas.

Al buscar cuándo aparece por primera vez un mismo fenómeno gramatical o léxico, a la dificultad principal, la de la escasez de documentación, se añade otra, que debemos mencionar aquí, la del lugar en que debe tratarse. Se sabe, por ejemplo, que la *creencia* sobre el significado de "armario" se remonta a la locución "probar la comida destinada a uno, para comprobar que no está envenenada". Pues bien, constatando que en los léxicos italianos no se documenta *credenza* en esa acepción antes del siglo XVI, ¿nos ocuparemos entonces de ella en ese siglo? Desde luego que no, en cuanto hayamos comprobado que en un inventario (en latín) de los muebles de una posada de Módena en 1347 encontramos *dischum unum a credentia, es decir*, habremos visto que la semántica ya estaba cambiando. ¿Y quién puede estar seguro de que la palabra no había adoptado ya antes ese significado? Por grave que sea este inconveniente, no creí que tuviera que renunciar en conjunto a las ventajas prácticas de la división por siglos.

Los párrafos gramaticales referidos a las primeras épocas contienen sólo algunos de los datos que figuran en las gramáticas históricas actuales, mientras que en los párrafos referidos a los siglos siguientes se encuentra *in nuce* lo que nos gustaría encontrar realizado en una gramática histórica que no se limitara a los orígenes, sino que tuviera en cuenta en gran medida los cambios que se produjeron a partir del siglo XIV.

En los apartados léxicos, entre las muchas cosas dignas de mención, a la que más atención he prestado es a la acuñación o aceptación de otras lenguas de palabras no atestiguadas anteriormente. Pero incluso en este caso, los trabajos preparatorios siguen siendo escasos.

Cuando en 1953 salió a la luz el *Profilo di storia linguistica italiana* de Giacomo Devoto, mi compañero en muchos otros empeños, me pregunté si aquel escrito, tan inteligente y tan sugerente, hacía innecesario el mío: pero tanto la mayor amplitud de mi trabajo como el distinto enfoque de varios problemas y la diferente distribución de la materia me indujeron a perseverar.

Por supuesto, soy muy consciente de que aún quedan innumerables investigaciones por realizar: y sólo puedo esperar que muchos más estudiosos se ocupen del tema, en investigaciones individuales y en marcos más amplios: con amplitud de erudición, con vigor de síntesis y, sobre todo, con amor.

Florencia, noviembre de 1958

NOTA BIBLIOGRÁFICA

No se ofrece aquí una lista de las numerosas obras a las que se hace referencia durante el debate, sino de los escritos citados con más frecuencia, cuyos títulos figuran en el texto de forma resumida.

AIS	(Atlante Italo-Svizzero): K. Jaberg, J. Jud, *Sprach-und Sachatlas Italiens und der Südschweiz*, Zofingen 1928-40.
Bartoli, *Ensayos*	M. Bartoli, *Saggi di linguistica spaziale,* Turín 1945.
Bezzola, *Boceto*	R.R. Bezzola, *Abbozzo di una storia dei gallicismi italiani nei primi secoli* (*750-1300*), Zúrich 1924.
Castellani, *Nuevos textos*	A. Castellani, *Nuovi testi fiorentini del Dugento*, Florencia 1952.
[Contini, *P. Duec.*	G. Contini, *Poetas del siglo XIII*, Milán-Nápoles 1960].
Crescini, *manual provenzal*	V. Crescini, *Manuale per l'avviamento agli studi provenzali*, Milán 1926.
DE	C. Battisti, G. Alessio, *Dizionario etimologico italiano*, Florencia 1950-57.
De Lollis, *Saggi forma poeta*.	C. De Lollis, *Saggi sulla forma poetica dell'Ottocento*, Bari 1929.
Devoto, *Perfil*	G. Devoto, *Profilo di storia linguistica italiana*, Florencia 1953.
Devoto, *Historia*	G. Devoto, *Storia della lingua di Roma*, Bolonia 1940.
D'Ovidio, *Correcciones*	F. D'Ovidio, *Le correzioni ai Promessi sposi e la questione della lingua*, 4ª ed., Nápoles 1895.
D'Ovidio, *Variety*	F. D'Ovidio, *Varietà filologiche*, Napoli s. a. (*Opere*, vol. X).
Fanfani, *Bibliobiografía*	*Bibliobiografía de Pietro Fanfani*, Florencia-Roma 1874.
Folena, *Crisis*	G. Folena, *La crisi linguistica del Quattrocento e l'"Arcadia" di I. Sannazzaro*, Florencia 1952.
Folena, *Piovano Arlotto*	*Motti e facezie del Piovano Arlotto*, editado por G. Folena, Milán-Nápoles 1953.
Gamillscheg, *Rom. Germ*.	E. Gamillscheg, *Romania Germanica*, Berlín-Leipzig 1934-36.
Gamillscheg, *Tempuslehre*	E. Gamillscheg, "Studien zur Vorgeschichte einer romanischen Tempuslehre", en *Sitzungsber. Ak. Wien,* CLXXII, Viena 1913.
Hall, *Bibliografía*	R.A. Hall, *Bibliografia della linguistica italiana*, Florencia 1958.
Hoppeler, *Cellini*	C. Hoppeler, *Appunti sulla lingua della* "*Vita*" *di B. Cellini*, Trento 1921.
Kukenheim, *Contribuciones*	L. Kukenheim, *Contributions à l'histoire de la grammaire italienne*, Amsterdam 1932.
Labande-Jeanroy, *Pregunta*, I, II	Th. Labande-Jeanroy, La question de la *langue en Italie*, Estrasburgo 1925; *La question de la langue en Italie de Baretti à Manzoni*, París 1925.
Lazzeri, *Antología*	G. Lazzeri, *Antologia dei primi secoli della letteratura italiana*, Milán 1942.
Lokotsch, *Etym. Wört.*	K. Lokotsch, *Etymologisches Wörterbuch der europäischen* (*germanischen, romanischen und slavischen*) *Wörter orientalischen Ursprungs*, Heidelberg 1927.

Meyer-Lübke, *Introducción*	W. Meyer-Lübke, *Einführung in das Studium der romanischen Sprachwissenschaft*, 3ª ed., Heidelberg 1920.
Meyer-Lübke, *Gramm.*	W. Meyer-Lübke, *Grammatik der romanischen Sprachen*, Leipzig 1890-1902.
Migliorini, *del nombre propio*	B. Migliorini, *Dal nome proprio al nome comune*, Ginebra 1927.
[Migliorini, *Lenguaje contemporáneo*	B. Migliorini, *Lingua contemporanea,* 4ª ed., Florencia 1963].
Migliorini, *lengua y cultura*	B. Migliorini, *Lengua y cultura*, Roma 1948.
Migliorini, *Saggi ling*.	B. Migliorini, *Saggi linguistici,* Florencia 1957.
[Migliorini, *Saggi Novecento*	B. Migliorini, *Saggi sulla lingua del Novecento,* 3ª ed., Florencia 1963].
Migliorini-Folena, *Textos cuatrocientos*	B. Migliorini-G. Folena, *Testi non toscani del Trecento*, Módena 1952.
Migliorini-Folena, *textos del siglo XV*	B. Migliorini-G. Folena, *Textos no toscanos del siglo XV*, Módena 1953.
Monjes, *Crestomazia*	E. Monaci, *Crestomazia italiana dei primi secoli*, nueva ed. de F. Arese, Roma-Nápoles-Città di Castello 1955.
Monteverdi, *Ensayos*	A. Monteverdi, *Saggi neolatini,* Roma 1945.
Monteverdi, *estudios y ensayos*	A. Monteverdi, *Studi e saggi sulla letteratura italiana dei primi secoli*, Milán-Nápoles 1954.
Monteverdi, *Textos*	A. Monteverdi, *Testi volgari italiani dei primi tempi,* 2ª ed., Módena 1948.
Nencioni, *Entre gramática y retórica*	G. Nencioni, "Fra grammatica e retorica: un caso di polimorfia della lingua letteraria dal sec. XIII al XVI", en *Atti Acc. Tosc.* XVIII, 1953 y XIX, 1954.
Olschki, *Historia*	L. Olschki, *Geschichte der neusprachlichen wissenschaftlichen Literatur,* I-III, Heidelberg 1919, Leipzig-Ginebra 1922, Halle 1927.
Parodi, *Lingua e lett.*	E.G. Parodi, *Lingua e letteratura*: *Studi di teoria linguistica e di storia dell'italiano antico*, Venecia 1957.
Meadows, *Voc. etym.*	A. Prati, *Vocabolario etimologico italiano*, Milán 1951.
Problemas y orientación.	*Problemi e orientamenti criti di lingua e letteratura italiana*: collana diretta da A. Momigliano, 4 vols., Milano 1948-49.
REW	W. Meyer-Lübke, *Romanisches etymologisches Wörterbuch,* 3ª ed., Heidelberg 1935.
Rezasco	G. Rezasco, *Dizionario del linguaggio italiano storico ed amministrativo*, Florencia 1881.
Rohlfs, *Hist. Gramm.*	G. Rohlfs, *Historische Grammatik der italienischen Sprache*, Berna 1949-54.
Schiaffini, *Momentos*	A. Schiaffini, *Momenti di storia della lingua italiana*, 2ª ed., Roma 1953.
Schiaffini, *Textos*	A. Schiaffini, *Testi fiorentini del Dugento e primi del Trecento*, Florencia 1926.
Schiaffini, *Tradición*	A. Schiaffini, *Tradizione e poesia nella prosa d'arte italiana dalla latinità medievale a G. Boccaccio*, Génova 1934 (reimpresión en Roma 1943: las citas son de la ed. de 1934).
Segre, *Sintaxis*	C. Segre, "La sintassi del periodo nei primi prosatori italiani (Guittone, Brunetto, Dante)", en *Mem. Acc. Lincei*, s. 8ª, vol. IV, fasc. 2, Roma 1952. IV, fasc. 2, Roma 1952.
Solmi, *Historia dir.*	A. Solmi, *Storia del diritto italiano,* 3ª ed., Milán 1930.
Sorrento, *Difusión*	L. Sorrento, *La diffusione della lingua italiana nel Cinquecento in Sicilia*, Florencia 1921.
Sorrento, *sintaxis románica*	L. Sorrento, *Sintassi romanza*: *ricerche e prospettive*, Milán 1950.
Sozzi, *Aspectos*	B.T. Sozzi, *Aspectos y momentos de la cuestión lingüística*, Padua 1955.
Terracini, *Páginas*	B. Terracini, *Pagine e appunti di linguistica storica,* Florencia 1957.
Trabalza, *Historia*	C. Trabalza, *Storia della grammatica italiana*, Milán 1908.

gramm.

Ugolini, *Textos*	F.A. Ugolini, *Textos italianos antiguos*, Turín 1942.
Vidossi, *Italia dial*.	G. Vidossi "L'Italia dialettale fino a Dante", en *Le Origini*, editado por A. Viscardi, B. y T. Nardi, G. Vidossi, F. Arese, Milán-Nápoles 1956.
Vitale, *Cancillería*	M. Vitale, *La lingua volgare della Cancelleria visconteo-sforzesca nel Quattrocento*, Varese-Milano 1953.
Vivaldi, *Controversias*	V. Vivaldi, *Le controversie intorno alla nostra lingua dal 1500 ai nostri giorni,* 3 vols., Catanzaro 1894-98; 2ª ed., *Storia delle controversie linguistiche in Italia da Dante ai nostri giorni*, 1er vol., Catanzaro 1925.
Wartburg, *Ausgliederung*	W. von Wartburg, *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, Berna 1950.
Wartburg, *Entstehung*	W. von Wartburg, *Die Entstehung der romanischen Völker*, Halle 1939.
Wartburg, *Colección*	W. von Wartburg, *Colección de textos italianos antiguos*, Berna 1946.
Wiese, *Elementarbuch*	B. Wiese, *Altitalienisches Elementarbuch,* 2ª ed., Heidelberg 1928.
Zacarías, *Iberian Elem*.	E. Zaccaria, *L'elemento iberico nella lingua italiana*, Bolonia 1927.
Zacarías, *Colección*	E. Zaccaria, *Raccolta di voci affatto sconosciute o mal note ai lexicografi ed ai filologi*, Marradi 1919.

I

LA LATINIDAD DE ITALIA EN LA ÉPOCA IMPERIAL

1. De Augusto a Odoacro

En el largo periodo que va de Augusto a Odoacro, el latín hablado experimentó cambios considerables. Aunque todavía no se tiene conciencia de un nuevo sistema lingüístico frente al antiguo, muchos de los elementos que iban a constituir el sistema italiano ya nacieron o se originaron en estos siglos.

No será necesario que nos detengamos demasiado en justificar ni el límite inicial de este período ni el final, conscientes como somos de que tales límites sólo tienen un valor aproximadamente indicativo. Pero por el momento inicial quisiéramos recordar el cambio de estructura social que impulsa el régimen personal instaurado por Augusto y el mensaje cristiano que en breve actuará como levadura irresistible. La afición de Augusto a los vulgarismos,[1] si se va más allá del carácter anecdótico de los testimonios, será también sintomática. La fecha final (476), sin olvidar que ya se habían producido varios asentamientos de bárbaros en Italia por concesión imperial,[2] marca el momento en que Italia deja de ser una fuente autónoma de autoridad imperial y el comienzo de asentamientos bárbaros mucho más masivos.

Uno estaría tentado de dividir aún más este largo periodo de cinco siglos, distinguiendo el periodo pagano del cristiano. Los cambios sociales y lingüísticos son tan importantes que justificarían ampliamente una subdivisión, fechada convencionalmente con el Edicto de Milán (313): digo convencionalmente porque la libertad y luego los privilegios concedidos a los cristianos sólo marcan la libre expansión de peculiaridades antes reprimidas.

Pero como para tantos y tantos fenómenos las fechas son muy inciertas, y en cualquier caso para nuestros propósitos sólo es importante marcar las líneas fundamentales, normalmente será mejor considerar toda la época imperial en su conjunto.

2. Lengua hablada y lengua escrita

Entre el principio y el final de este periodo, el principal cambio se produce en la relación entre la lengua hablada y la escrita: la diferencia, leve al principio, es muy fuerte al final.

No podemos prescindir aquí, aunque ya se haya hablado demasiado de ello, de mencionar la cuestión del desafortunado término latín vulgar.

Pero más que reunir y rediscutir los pasajes de los antiguos y las teorías de los modernos, quisiéramos exponer primero las grandes líneas de la relación entre la lengua hablada y la escrita durante estos siglos. La situación del lingüista es muy difícil, ya que lo que necesita saber, el flujo ininterrumpido de la lengua hablada desde la prehistoria hasta la época de Augusto, y hasta nuestros días, sólo puede conocerse o reconstruirse parcialmente: y sólo a través de pruebas escritas, es decir, a través de una escritura que sólo en parte es un registro fiel, casi siempre una estilización. La regla de que "hay que escribir como se habla" sólo ha sido seguida por los modernos, y sólo parcialmente, y durante breves temporadas; los antiguos siempre concibieron la escritura, incluso la más familiar, como sujeta a ciertas reglas y patrones.

Habiendo distinguido idealmente las dos vertientes, la de la lengua hablada, que es con mucho más abigarrada (según épocas, lugares, clases sociales, pulsiones afectivas), y la más meditada y regulada de la lengua escrita, que también es más variada de lo que suele creerse, no debemos permitirnos considerarlas como dos unidades separadas. Hay que tener en cuenta que la lengua hablada, incluso la de los analfabetos, está muy influida por la lengua escrita y viceversa. Tenemos, en definitiva, dos sistemas más o menos diferenciados

entre sí, según épocas, lugares, estratos, tonos, pero con numerosas coincidencias e interferencias.

Nuestras limitaciones en el conocimiento del latín literario se producen por las dispersiones y corrupciones que han sufrido los textos a lo largo de los siglos; lo que sabemos del latín hablado, en cambio, se basa casi por completo en una serie de hipótesis, algunas muy verosímiles, otras mucho más inciertas. No cabe duda de la sustancial cercanía entre el latín hablado y el escrito en la Roma de los dos últimos siglos de la República, cuando precisamente la lengua literaria se formó a través de una estilización de la hablada. Las diferencias que pudieron existir entonces entre la lengua escrita y la lengua hablada en la ciudad por la mayoría debemos creer que no eran mayores que las que pueden existir ahora, y la muy discutida frase de la carta de Cicerón (*ad fam*. IX, 21) "¿verumtamen quid tibi ego videor in epistolis? Nonne *plebeio sermone* agere tecum?" debe entenderse sin duda como 'en el buen sentido' y no 'en latín vulgar'.

Pero no cabe duda de que incluso entonces, por debajo de los estratos más cultos, en Roma, y con mucha mayor abundancia en otros lugares, existían considerables variantes en la lengua hablada. Con intensidad cada vez mayor, estas peculiaridades de la lengua hablada más inculta se manifestaron en la época imperial; si hay que suponer que no se impidió el entendimiento mutuo entre las poblaciones de las diversas regiones del Imperio, hay que concebir, sin embargo, de manera muy diferente la fuerte unidad de la lengua escrita y las libertades concedidas en gran medida a la lengua hablada. La primera permanece siempre ligada por la tradición escolástica a reglas estrictas, que los gramáticos se esfuerzan por mantener con cierto rigor incluso en las provincias, y aun cuando la ignorancia cunde con la crisis sociopolítica del siglo III. El respeto de las reglas gramaticales y el amor por una forma ornamentada y elegante lograron imponerse incluso tras el triunfo del cristianismo, que, sin embargo, representó la aparición de nuevos estratos plebeyos y un notable distanciamiento de la tradición.

Pero, en la lengua hablada, debemos imaginar fuerzas innovadoras mucho más activas, que tenderían a conducir a la desunión. Mientras duraron los intercambios de personas y cosas entre los territorios del Imperio, las posibilidades de penetración lingüística entre lugar y lugar estuvieron abiertas; y mientras Roma mantuvo una superioridad de prestigio, las innovaciones que la propia Roma había creado o aceptado circularon con preferencia.

3. Fuentes para el conocimiento del latín hablado

Nuestros intentos de describir lo que pudo ser la lengua hablada en diversos lugares y épocas y estratos de población se basan en dos órdenes de pruebas diferentes: las que podemos obtener de las fuentes escritas y las que nos proporciona la comparación con los resultados neolatinos, es decir, la persistencia de expresiones lingüísticas (sonidos, formas, construcciones, vocabulario) en determinadas zonas más o menos extensas.

En primer lugar, es el tono de un escrito literario (o de algunos pasajes del mismo) lo que nos permite reconocer que el escritor se aproxima al uso hablado. En este sentido, es típica la forma en que Petronio estiliza el lenguaje de algunos personajes del *Satyricon*, especialmente de los libertos de origen oriental que coronan a Trimalchio.

Los textos de aquellas ciencias cuyo carácter práctico no puede desviarse demasiado del léxico popular proporcionan pistas útiles: agronomía, agrimensura, medicina, veterinaria.

Las inscripciones en su forma más ilustre (la de las dedicatorias solemnes de los arcos triunfales, por ejemplo) se ciñen al buen lenguaje escrito; pero en las formas menos pulidas brilla la ignorancia de los talladores de piedra, revelando lo que los hablantes ignoraban de la lengua escrita; y las formas inferiores, las inmundicias escritas en los muros de cuarteles o lupanares, o las fórmulas de execración, escritas en láminas de plomo con el fin de perjudicar a un rival hostil, muestran curiosas mezclas de habla plebeya y elegancias literarias mal refritas.

Cuando leemos en Pompeya, graffiti en el rollo de papiro representado en una pintura,[3] la siguiente inscripción:

Quisquis ama valia, peria qui nosci ama[re]
bis [t]anti peria, quisquis amare vota

en lugar de las formas habituales de la lengua escrita:

Quisquis amat valeat, pereat qui nescit amare;
bis tanti pereat, quisquis amare vetat,

vemos transpirar ciertas peculiaridades plebeyas de pronunciación (desaparición de la *t*, *i* semivoca por *e*, *voto* por *vetare*) a través de los errores del escriba desconocido.

Y así en inscripciones en las que se lee *iscaelesta*, *iscola*, *Ismyrnae*, *Ismaragdus*, *Isspes*, *ispeclararie*, *isperabi*, *ispeculator*, *ispose* etc.[4] Así, en inscripciones en las que leemos iscaelesta, iscolae, Ismyrnae, Ismaragdus, Isspes, isperabi, ispeculator, ispeculator, ispose, etc., vemos el hábito fonético de la prótesis de *i* delante de *s* impura. Por otra parte, cuando en una inscripción de la época de Trajano encontramos *Spania* escrito por *Hispania*, se vislumbra el mismo fenómeno a través de una "ortografía inversa", es decir, el esfuerzo de sobrecorrección del escritor.

También se pueden encontrar pruebas directas o inversas similares en manuscritos antiguos.

Mucho más precisos, pero también mucho más limitados, son los testimonios directos de particularidades gramaticales o léxicas. Así, por citar sólo algunos ejemplos, sabemos que Augusto destituyó a un legado consular que había escrito de su puño y letra *ixi* per *ipsi*.[5] Festus (siglo II) resumiendo a Verrius Flaccus nos dice "*Orata* genus piscis appellatur a colore auri quod rustici *orum* dicebant ut *auriculas*, *oriculas*" (196 Lindsay). Servius atestigua para su época (principios del siglo V) la pronunciación asibilada de *ti* y *di* antes de una vocal: "Iotacismi sunt, quotiens post *ti* aut *di* syllabam sequitur vocalis, et plerumque supradictae syllabae in sibilum transeunt, tunc scilicet quando medium locum tenent, ut in *meridies*" (*en Don*. IV 445 K.); "*Media*: *di* sine sibilo proferenda est: Graecum enim nomen est, et Media provincia est" (en *Verg*. *Georg*. II 126 Thilo). Igualmente útiles son indicaciones léxicas como las del propio Servius: "latine *asilus*, vulgo *tabanus* vocatur" (en *Verg*. *Georg*. III 148), o el pasaje de San Agustín sobre el uso de *ossum*: "*Non est absconditum os meum a te*, *quod fecisti in abscondito*. Os suum dicit: quod vulgo dicitur *ossum*, Latine *os* dicitur. Habeo in abscondito quodam *ossum*. Sic enim potius loquamur: melius est reprehendant nos grammatici, quam non intelligant populi" (*Enarr*. *in Psalmum* CXXXVIII, 20).

Entre estos testimonios de escritores y gramáticos, cabe destacar por su excepcional importancia el *Apéndice Probi*, una colección de 227 advertencias formuladas según el esquema vetulus non *veclus*, reunidas por un maestro de escuela en el siglo III o poco después, probablemente en Roma. En ella encontramos testimonios directos como vetulus *non veclus*, *viridis non virdis*, correcciones de grafías inversas como *miles non milex*, etc.

Estos informes, de carácter y valor variables, aunque evidentemente escasos en número en comparación con todo lo que nos gustaría saber sobre las variedades lingüísticas habladas bajo el Imperio, nos permiten vislumbrar diferencias notables, que en conjunto no impedían la inteligibilidad mutua.

Entre las innovaciones, algunas acabaron abortándose, otras persistiendo en todas las lenguas neolatinas, otras estableciéndose sólo en una parte del territorio. La vitalidad de cada uno de los fenómenos, la dirección en la que iban a desarrollarse y acentuarse, sólo puede discernirse desde un punto de vista neolatino, es decir, basándose en los resultados que acabaron produciendo en las lenguas romances.

A este respecto, podemos distinguir con precisión el latín hablado, que incluye teóricamente todas las variedades del habla, desde las más cultas hasta las más groseras, del latín vulgar o plebeyo, que considera las particularidades de la lengua hablada por los plebeyos precisamente en la medida en que prevalecen en el habla y se encuentran más tarde en las lenguas neolatinas. En cuanto al término preromanzo, o protoromanzo, o novela común, acentúa aún más el carácter reconstructivo de la investigación: pero el término sugiere de algún modo una uniformidad compacta, más que un juego libre y variado de empujes y contraempujones provocados por centros de mayor prestigio, dentro de una inteligibilidad que en ocasiones debió de ser muy aproximada.

4. Lenguas prelatinas

La expansión del latín se basa principalmente en la expansión territorial de los romanos y la colonización que le siguió. Mientras que la colonización griega, al igual que la fenicia, había sido fundamentalmente comercial y, por tanto, se había limitado a las ciudades costeras, la colonización romana fue fundamentalmente agrícola, es decir, dio lugar al establecimiento de colonias de soldados-agricultores en el interior de los países; y a partir de éstas, el latín se expandió hacia las alloglots. El servicio militar es un factor de

latinización, ya que incluso los soldados cuya lengua materna no era el latín se ven inmersos durante largos años en un entorno plebeyo de habla latina. Cuando más tarde regresan a sus países de origen, su condición de veteranos, centuriones, etc. les asegura cierto protagonismo en la vida municipal y contribuye a acelerar el progreso de la latinización.

Este empuje desde abajo convergía con los ejercidos por la escuela y la organización burocrática en constante crecimiento. Para resumir la progresiva inserción de las nuevas poblaciones en la estructura social del Imperio y en la estructura lingüística latina, se puede citar la elocuente apostilla que un oriundo del sur de la Galia, Rutilio Namaziano, dirigió a Roma en 416:

Fecisti *patriam* diversis gentibus *unam*:
profuit invitis, te dominante, capi;
dumque offers victis proprii consortia iuris,
urbem fecisti quod prius orbis erat.[6]

Pero ya en el siglo I Plinio el Viejo había dicho no muy distinto, insistiendo aún más en el factor lingüístico: "tot populorum ferasque linguas sermonis commercio contraheret ad conloquia et humanitatem homini daret, breviterque *una* cunctarum gentium in toto orbe *patria* fieret" (*Nat. hist.* III, 29).

Las demás lenguas, que aún compartían la península con el latín en los siglos III o II a.C., en tiempos de Augusto habían desaparecido o se habían reducido a lenguas vernáculas de escasa importancia.

Empezando por las lenguas preindoeuropeas, sabemos que el ligur se había visto muy afectado por el celta (las inscripciones lepontianas representan un ligur galicisado), y el latín completó la labor de disolución.

Del etrusco, parece que no hay inscripciones posteriores a la era cristiana; pero para sus estudios sobre el etrusco, el emperador Claudio debió de seguir recurriendo a personas que lo conocieran, y es probable que, al menos hasta el siglo IV d.C., el etrusco persistiera como lengua sagrada de los arúspices: los "arúspices etruscos" de los ejércitos de Juliano escribían obligatoriamente sus libros rituales, que debemos creer que seguían escritos en etrusco.[7]

Los raecios, sometidos por Druso y Tiberio, parecen haber conservado al menos en parte el uso de su lengua hasta Adriano.[8]

La absorción de los Euganeos, los Adriáticos (o Picenos) y los Sicanos estaba ciertamente muy avanzada al principio de nuestra era.

De la lengua paleosarda, como es sabido, no existe ni siquiera una inscripción, pero no es una hipótesis temeraria creer que las atrasadas condiciones de civilización de los Barbaricini, que aún vivían "ut insensata animalia" (*Ep.* III, 23) en tiempos de Gregorio Magno, se refieran también a la lengua. En el culto, la lengua púnica persistió durante mucho tiempo en Cerdeña: todavía se puede encontrar en un santuario una inscripción en lengua púnica de la época de los Antoninos.

En cuanto a las lenguas indoeuropeas, el celta debió de sobrevivir en algún lugar de la Galia, y especialmente en los Alpes helvéticos, hasta el siglo V y quizá incluso más allá.[9]

No existen inscripciones vénetas ni mesápicas posteriores al siglo I a.C. Ni el umbro ni el osco se utilizaron como lenguas oficiales después de la Guerra Social (88 a.C.). La fecha en la que se grabaron las tablillas ígneas es incierta, pero la edad augustea en la que había pensado Bréal ya no se acepta por ser demasiado baja. El osco sobrevive más tiempo: las inscripciones pompeyanas pintadas en paredes de estuco y los graffiti son probablemente anteriores a la catástrofe del 79 d.C.

Una cuestión aún no resuelta definitivamente es la de la persistencia del griego incluso en época imperial en algunos territorios de Calabria y Apulia. Si el griego tuvo un tenue apoyo territorial, la enorme fuerza cultural y política que le otorgaba su prestigio como lengua culta y como lengua oficial de las regiones orientales del Imperio fue un factor muy importante para su conservación.[10]

5. Condiciones sociales. Cristianismo

La expansión del latín en detrimento de las lenguas anteriores no es obra de la propaganda consciente de los romanos (una política lingüística sólo llegaría en la Edad Moderna), sino del prestigio de que goza la lengua como vehículo de civilización.

En época de Augusto, y durante todo el siglo I, la posición de Roma es de privilegio absoluto y, en consecuencia, las innovaciones lingüísticas que irradian de la Urbe tienen muchas probabilidades de ser aceptadas en toda aquella parte del Imperio donde la lengua cultural es el latín y no el griego. La densa red viaria y la organización, ya de por sí muy burocrática, propician frecuentes intercambios de personas y palabras.

Pero esa *nova provincialium superbia* de la que se quejaba el senador Trasea Peto en tiempos de Nerón (Tácito, *Ann*. XV, 20) gana terreno de generación en generación. Si sigue siendo un episodio aislado el de Galba elegido emperador por las legiones de España, recordemos que Trajano y Adriano eran ciudadanos romanos de España, Antonino Pío y Marco Aurelio eran de origen galo. La posición privilegiada de Roma retrocede irremediablemente en la época de los Antoninos, y las provincias se igualan con Italia. Septimio Severo dio al ejército un carácter decididamente provincial; y la famosa "constitutio Antoniniana" de su hijo mayor y sucesor Caracalla (212), por la que se concedía la ciudadanía romana a todos los "peregrinos", es un síntoma muy importante, aunque su alcance práctico no fuera muy grande.[11]

La crisis del siglo III traerá consigo una decadencia extrema del prestigio de Roma. Así, ya en la época de los Antoninos, Italia estaba dispuesta a aceptar las innovaciones lingüísticas de la Galia[12] y se da el ejemplo de innovaciones del siglo III que pueden ser aceptadas en Lyon y Narbona, pero que no llegan a Iberia y Dacia, ni siquiera a Etruria y Umbría.[13] Cuando, tras los atroces años de anarquía militar, la autoridad fue restablecida por Diocleciano, los escollos producidos por el nuevo régimen administrativo y fiscal limitaron enormemente la movilidad de los ciudadanos y contribuyeron también a reducir los intercambios lingüísticos. La partición tetrárquica refleja, por un lado, y favorece, por otro, las corrientes de circulación más transversales que longitudinales,[14] y, por tanto, disminuye aún más la eficacia de las innovaciones procedentes de Roma.

La fundación de Constantinopla, que pretendía disminuir las diferencias en la administración del Imperio, contribuyó en cambio a consolidarlas. Por otra parte, el hecho de que el emperador, por regla general, ya no residiera en Roma aumentó la autoridad de los papas.

En la segunda mitad del siglo IV, mientras Milán es la residencia habitual del emperador de Occidente y la sede de san Ambrosio, Roma, con el papa Dámaso, está a la cabeza de la cristiandad (y es capaz de ejercer cierta influencia lingüística sobre toda la cristiandad occidental). Y a mediados del siglo V, el papa León I se jacta de que la sede de Pedro ejerce más influencia que la sede del César: "ut [...] per sacram Beati Petri sedem caput orbis effecta, latius praesideres religione divina quam dominatione terrena" (*Sermo* LXXX).

La expansión del cristianismo en el mundo antiguo tiene importantes efectos lingüísticos; tanto directamente sobre el léxico, por la conmoción producida en los conceptos y los sentimientos, como indirectamente, por la levadura provocada en las clases sociales. En los primeros siglos, el cristianismo atrajo sobre todo a las clases bajas de la sociedad, y su triunfo social y lingüístico en el siglo IV significó el triunfo de una corriente reciente y en general popularizadora sobre una tradición pagana tenazmente mantenida durante siglos por las clases conservadoras.

En el contexto de la latinidad de este periodo, el latinismo cristiano constituye una "lengua especial", la lengua de un grupo particular, vinculado por lazos sociales y religiosos. Sobre el telón de fondo de la latinidad imperial, se producen peculiaridades lingüísticas (principalmente léxicas y sintácticas) que autorizan a hablar de latinidad cristiana y de "cristianismos" individuales.[15]

No hay que olvidar que la lengua de las primeras comunidades judías y helenísticas de Roma era el griego, y que el griego fue inicialmente la liturgia de la Iglesia. Sólo más tarde (en tiempos del papa Víctor, es decir, a finales del siglo II), con la entrada de importantes núcleos de habla latina, el latín se convirtió en la lengua habitual de la comunidad cristiana en la Urbe. Roma quedó rezagada con respecto a África, donde la vida, la literatura y la liturgia ya se desarrollaban en latín desde hacía tiempo. La siguiente fase, es decir, el uso del latín como lengua oficial de la Iglesia, no llegó hasta más tarde, en tiempos del papa Dámaso; y la latinización completa de la liturgia en épocas posteriores.

6. Factores de diferenciación

¿Qué factores llevaron a los idiomas neolatinos y, dentro de Italia, a los diversos dialectos, a divergir en distintas direcciones? Uno de los factores citados fue la diferente fecha de colonización,[16] que ahora se reconoce que no tiene gran importancia.[17] Por poner sólo un ejemplo, no es posible suponer que los caracteres arcaicos del sardo se deban a la temprana colonización (la conquista de la isla se remonta al 238 a.C.): de no ser así, Sicilia (conquistada incluso antes, tras la Segunda Guerra Púnica) debería tener presumiblemente una lengua aún más arcaica, o al menos conservar vestigios de ella.

El factor sustrato, es decir, la influencia ejercida sobre el latín por las lenguas a las que se superpuso y acabó sustituyendo, es sin duda un motivo muy fuerte, aunque los lingüistas no están en absoluto de acuerdo sobre el alcance y la forma de esta acción sustrato.

Tras la conquista, las poblaciones no autóctonas, aunque, por supuesto, en épocas y circunstancias muy distintas, pasaron por sucesivas etapas de asimilación: aprendizaje del latín, bilingüismo, abandono de la lengua nativa. En este aprendizaje, sin duda introdujeron en el latín que aprendían algunas peculiaridades de pronunciación y un cierto número de palabras, sobre todo las que expresaban nociones más estrictamente locales (nombres de animales, plantas, accidentes geográficos). Y es posible, incluso probable, que algunas peculiaridades fonéticas que fueron reprimidas, en los tiempos en que prevalecían los reparos sociales, por los buenos usos y por la escuela (dentro de los límites en que entonces podía actuar), resurgieran más tarde con la inselvación de la decadencia.[18]

Es muy importante, para juzgar la forma en que pudo actuar el sustrato, darse cuenta del modo de conquista y colonización. Uno de los problemas más interesantes es el de las escasísimas huellas dejadas en latín por el etrusco, en comparación con las más notables dejadas por el celta y el oscoumbro. Bianco Bianchi ya advertía en 1869[19] que sobre el latín de Etruria, la lengua etrusca "si no ayudó, perjudicó poco, porque siendo una lengua demasiado diferente no pudo asimilarse al latín; mientras que en la baja Italia, donde se hablaban lenguas próximas al latín, viven hoy dialectos en el sistema fonético más corrompidos que el toscano". La tesis de que el toscano se conserva mejor porque el etrusco era impermeable al latín fue seguida más tarde por Mohl, gran defensor de la acción de los sustratos.[20] La radical diversidad de las dos lenguas impidió, salvo en la onomástica, la formación de mezclas etrusco-latinas (a diferencia de las lenguas más parecidas de Preneste, Falerii, Spoleto, Lucera), y lo que se conservó fue el latín casi intacto de las numerosas colonias latinas, mientras que la antigua tradición de las familias etruscas se cerró en orgullosa soledad y así se extinguió.[21] Esto explica que la Toscana conservara el latín con menos alteraciones que la propia Roma, cuya habla sufrió en cambio fuertes modificaciones osco-umbrianas: ND se convirtió en *nn*, MB en *mm*, etc.[22] Que las alteraciones del latín en el sur de Italia se deben en parte a fenómenos de sustrato está fuera de toda duda:[23] Es más difícil decidir si se deben a influencias ya ejercidas en el momento de la aceptación del latín, o si se deben más bien a expansiones dialectales que se produjeron en la Alta Edad Media. Lo que nos gustaría señalar ahora es la excelente conservación del latín en territorio etrusco. El origen etrusco de la aspiración intervocálica toscana también parece muy probable.[24]

Ya al examinar el sustrato como factor de modificación lingüística, hemos visto cómo no se puede prescindir de la estructura social de los pueblos que recibieron el latín. Precisamente en este factor sociocultural se basó el debate sobre la persistencia de la *-s* final en las lenguas romances occidentales. Se explicaba que este rasgo conservador se debía a la forma en que se aprendía el latín en la Galia, por parte de una aristocracia muy inclinada a asimilar la cultura romana, y a través de la enseñanza escolar: en resumen, una penetración "desde arriba" y no "desde abajo" de la escala social. Generalmente aceptada en lo que respecta a la Galia, esta explicación suscitó fuertes dudas entre los estudiosos sardos, debido a que la latinización de Cerdeña se produjo en condiciones radicalmente distintas, pero presenta la conservación de la *-s*.[25]

El factor de la circulación lingüística debida a cualquier tipo de intercambio, práctico o intelectual, entre diversos países es incuestionablemente importante; y tal es así que incluso se podría intentar prescindir de cualquier otro factor para explicar toda la distribución de peculiaridades lingüísticas en los países neolatinos únicamente por medio de la circulación más o menos intensa puesta en marcha por los centros de mayor prestigio.

Mientras la circulación lingüística se mantuvo activa, las innovaciones aparecidas en todos los territorios de habla latina tendieron a difundirse libremente, encontrando a lo sumo obstáculos en la influencia de la lengua escrita y en el espíritu conservador de tradiciones regionales particulares debidas al sustrato o consolidadas históricamente. Pero

a medida que desaparecía la influencia de Roma como centro principal y se ralentizaba la circulación que mantenía vivos los intercambios entre provincias, las peculiaridades locales se multiplicaban en distintas direcciones.

¿Qué profundidad podían tener a principios (o finales) del siglo III las divisiones entre Romània occidental y oriental que encontramos marcadas en los conocidos mapas de Wartburg?[26] Que existían diferencias perceptibles entre una región y otra está fuera de toda duda;[27] pero que ya existieran grandes zonas compactas con límites claros difícilmente puede creerse (ni creo que el propio Wartburg lo piense).[28] Bartoli prefería, según el caso, oponer zonas occidentales (o pirenaico-alpinas) y orientales (o apenino-balcánicas); zonas continentales y mediterráneas; zonas intermedias y laterales.[29]

No cabe duda de que los distintos factores que hemos llegado a enumerar (el sustrato, las distintas épocas de colonización, el modo de colonización, la circulación lingüística) y el otro factor que estudiaremos en el capítulo siguiente de la influencia de las lenguas de los pueblos invasores) se han asimilado de forma diversa, aunque los estudiosos individuales tiendan a hacer más hincapié en un factor que en otro, según su actitud científica y el tipo de sus investigaciones. De ahí la gran diversidad de reconstrucciones que se han intentado, ya sea para las condiciones lingüísticas de toda Romània o específicamente para la Italia de finales del Imperio. Merlo opina que "la clasificación de los dialectos italianos es ante todo un problema étnico", y subraya la coincidencia de los límites actuales con los prehistóricos; Schürr, en cambio, atribuye el origen de *ü* y *ö* a los lombardos. Muller (que se basa exclusivamente en documentos y no tiene en cuenta la continuidad *in situ*) considera fracasados "todos los intentos de demostrar una dialectización antigua",[30] mientras que Lausberg llega a reconstruir una paleogeografía de los dialectos italianos a finales del siglo IV, con una división en cinco grupos: un grupo neorrománico (románico occidental), que incluye la Italia al norte de los Apeninos, y cuatro grupos paleorrománicos: la Italia media, sobre todo la occidental, extendida hasta Nápoles; la Italia adriática; los territorios arcaicos (Lucania, Cerdeña, Córcega); y los territorios griegos (Apulia meridional, Calabria, Sicilia).[31]

7. Separación del lenguaje literario

La lengua escrita, en sus vertientes literaria y técnica, llevaba una vida cada vez más artificial, desligada de la de la lengua hablada. El ideal retórico del Siglo de Oro sobrevive en los escritores paganos, empobrecido, apuntalado como puede por los gramáticos; cuanto más se avanza en el tiempo, más se siente la pedantería avergonzada de los escritores que se esfuerzan por imitar las antiguas elegancias, y fracasan. Entre los escritores cristianos, hay una superposición continua de dos tendencias: la que lleva a adherirse a las normas de la retórica clásica, y la que lleva a inclinarse fraternalmente al nivel de las masas. En San Jerónimo prevalece la primera tendencia,[32] en San Agustín la segunda.[33]

Todo esto no tiene para nosotros más que un interés pasajero, y quedaría enteramente en manos de los estudiosos de la literatura y la lengua plateadas y cristianas si no fuera por dos cosas. Primero, que una cierta influencia fue siempre ejercida sobre la lengua hablada por esta latinidad literaria, y no sólo por una continuación del prestigio, sino por razones religiosas: entre las obras no está otra que la Biblia en sus versiones latinas. En segundo lugar, porque la acuñación de nuevas palabras continúa en la literatura cristiana y en el uso litúrgico. La terminología teológica, elaborada primero en África y luego en Italia, constituye un amplio núcleo de términos cultos, que desde los inicios de las lenguas neolatinas vendrán a enriquecer el léxico (*glorificare*, *incarnatio*, *refrigerium* y mil otros); además, a partir de esta época, varios neologismos penetran profundamente a través del culto en la lengua hablada y sobrevivirán por vía hereditaria: y no sólo términos más o menos relacionados con la vida religiosa, como DOMINICA (*domingo*), FERIA (*feria*), MISSA (*misa*), sino incluso entradas como ANGUSTIARE (*angustiar*), CREDENTIA (*creer*), PARABOLARE (*hablar),* etc.

8. Principales fenómenos gramaticales

No podemos ni queremos detenernos a discutir en detalle aquellos fenómenos gramaticales del latín hablado que surgieron en este periodo y que más tarde aflorarían en toda Romània o en zonas de Italia: los manuales de "latín vulgar" y de lingüística románica

se detienen en ellos *ex professo,* y numerosas monografías estudian su ámbito y cronología y buscan sus causas con mayor o menor éxito.

Sin embargo, no podemos abstenernos de indicar brevemente los más importantes de los cambios producidos en el latín hablado en Italia durante el primer medio milenio de nuestra era.

En primer lugar, el acento. El ritmo del latín hablado en la época clásica se basaba en la alternancia de vocales largas y cortas, y con toda probabilidad el único rasgo acentual que tenía valor distintivo era el tono musical. Ambos rasgos cambian ahora: se pierde la distinción basada en la cantidad y el acento pasa a ser predominantemente intensivo. Por regla general, la posición del acento sigue siendo la misma, excepto en el tipo MULÍĔREM, *FILÍÓLUM* (en el que la *i* l pierde tanto su acento como su carácter vocálico y cambia a *muljérem*, *filjólum*); en el tipo FECĔRUNT, DIXĔRUNT no hay un verdadero cambio de acento, sino la supervivencia en la lengua hablada de una desinencia *-ĕrunt* (que en la época clásica había sido superada por una *-ērunt* surgida del cruce de los dos tipos *-ēre* y *-ĕrunt*).

Con la pérdida de cantidad, la reordenación que tiene lugar en el sistema vocálico conduce a la formación de nuevos sistemas: el que predomina con diferencia en Romània tiene un único fonema en lugar de Ō y Ŭ (de modo que *vóce* de VŌCEM suena como *cróce* de CRŬCEM), otro fonema en lugar de Ē y Ĭ (*réte* como *féde*). Pero Cerdeña y una zona considerable del sur de Italia (y, para ŭ, también Dacia) mantienen la distinción.

En cuanto a los diptongos, en el siglo I de la era vernácula se acabaron las tendencias de origen itálico que llevaban tiempo empujando a la monotonía: AE se confundió con Ĕ, OE con Ē. Más complicadas son las vicisitudes de *la au, que en* una primera fase, todavía en época republicana, tendió a reducirse a *o* y como tal se encuentra en un buen número de voces plebeyas (por ejemplo, *cauda* se convirtió en *cōda*, de donde nuestra *códa* con *ó*), mientras que la *au* mantenida intacta por los círculos latinos conservadores permanecerá durante mucho tiempo.[34]

El síncope de las vocales átonas según los distintos encuentros consonánticos y según las distintas zonas podría producirse en momentos diferentes. Se sabe que, en conjunto, el italiano central y meridional es, junto con el rumano, menos propenso al síncope que el español, y éste a su vez menos que el francés. En los dialectos galo-itálicos, el síncope antiguo y moderno está muy extendido. Quedan muchos problemas sin resolver, que parece difícil resolver sólo con la diferente antigüedad del síncope: piénsese, sólo para basarnos en ejemplos concretos, en el doble resultado de *tegghia* (*sartén*) y *tegola (teja)* de TEGŬLA, en el triple resultado de *fola*, *fiaba*, *fábula* de FABŬLA. Nos inclinamos a creer que una tradición plebeya más propensa a la síncopa y otra más conservadora pueden haber coexistido durante mucho tiempo, tal vez durante siglos.

Volviendo al consonantismo, se sabe que el tratamiento de las terminaciones T, M, S fue de gran importancia, debido al valor morfológico que esas consonantes tenían en latín como desinencias flexivas. La -M, tan débil incluso en época clásica como para permitir la elisión métrica, no sobrevive ni en Italia ni en otros lugares, salvo con algunos vestigios en monosílabos: SUM dando *son* y luego *sono*. *Speme*, *spene* de SPEM es dudoso, ya que también podría ser un remake de flexión o una voz semidiscreta. La debilidad de la -T en el siglo I d.C. queda patente en la inscripción pompeyana ya mencionada:

Quisquis ama, valia; peria qui nosci ama[re];
bis [t]anti peria, quisquis amare vota.

El único rastro que queda de la -T en italiano está en el refuerzo producido por los monosílabos *e* (de ET) y *o* (de AUT); pero algunos dialectos lucanos y calabreses aún tienen -*ti* con valor flexivo: *mi piàciti*, etc.[35] La -S había tenido fases alternas de debilitamiento y recuperación en el latín republicano. En el norte de Italia, a juzgar por los numerosos vestigios, sobrevivió sin duda durante mucho tiempo.[36] En Toscana, hay algunos rastros de -S en monosílabos (-*i* en *noi*, *voi*, *poi, crai* etc., es decir, refuerzo: *más fforte*, *tres llibri*), pero no es necesario creer que sobrevivió en forma de -*s* hasta la Edad Media. La misma zona de Lucano-Calabra que conserva -*t* también conserva -*s*.[37]

En el periodo que estamos estudiando, se produjo en Italia una palatalización, por la que CE, CI, GE, GI, que en la época republicana sonaban *ke*, *ki*, *ghe*, *ghi, se* diferenciaron al principio en su pronunciación de *c* y *g* en otras posiciones, sin que los hablantes fueran conscientes de esta variación (sonidos distintos, condicionados por los siguientes, pero un único fonema), y más tarde (en el centro y sur de Italia y en Romenia) llegaron a la pronunciación aún vigente en la actualidad. Una minuciosa comprobación de los datos aportados hasta ahora para resolver el problema,[38] sin llegar a conclusiones firmes, nos permite vislumbrar

que la innovación, quizá debida a un impulso umbro, no se difundió muy rápidamente, tardó en llegar al sur de Italia y a Sicilia, y sólo llegó parcialmente y muy tarde a Cerdeña y Dalmacia.

Datos más seguros sobre la pronunciación de TI y DI debemos a los gramáticos del siglo IV: "*iustitia* cum scribitur, tertia syllaba sic sonat, quasi constet ex tribus litteris *t*, *z* et *i*" (Papirius, en Keil, *Gramm*. *Lat*., VII, 216); sobre la pronunciación de *Media* véase el pasaje de Servius citado anteriormente en la p. 20.

La desaparición de la H aspirada respondió a tendencias rústicas: la encontramos ya desapareciendo en palabras rurales como *olus* y *anser* en lugar de *holus* y *hanser* que serían de esperar; dentro de las palabras ya aparece debilitada en la antigüedad (cf. *prehendo-prendo*, *nihil-nil*). Los gramáticos intentaron durante siglos mantenerla viva: de esta lucha nos da testimonio -además de las omisiones y grafías invertidas en las inscripciones y de dos advertencias en el *Apéndice Probi*- el conocido pasaje de San Agustín: "Si quis contra disciplinam grammaticam sine adspiratione primae syllabae *ominem* dixerit, displiceat magis hominibus quam si contra tua praecepta hominem oderit, quum sit homo" (*Confess*. I, 18).

La asimilación de -PT-, -PS- a -*tt*-, -*ss*- y de -CT-, -CS- (X) a -*tt*-, -*ss*- ya tiene orígenes antiguos: *issula* (dimin. de *ipsa)* parece leerse en *la Cistellaria* de Plauto, v. 450, *ixe* por *ipse está* atestiguado por Suetonio para la época de Augusto (v. p. 19), isse en las inscripciones pompeyanas, y lattuca en el edicto de Diocleciano (301). p. 19), *isse se* lee en las inscripciones pompeyanas, *lattuca en el edicto de Diocleciano (301)*: el fenómeno, que parece ser de origen itálico, viene a distinguir el tratamiento italo-romance del tratamiento galo-romance (-*it*-, -*is*-).

Algunas admoniciones del *Apéndice*, como *camera non cammara*, *aqua non acqua*, muestran ya tendencias que tienen un amplio desarrollo en italiano: el refuerzo de la consonante postónica en los proparoxítonos, el refuerzo debido a *u* semiconsonante.

Las prótesis vocálicas ante *s* impuras tuvieron que pasar por vicisitudes alternas: la primera inscripción en la que se encuentra es la del nombre *Ismurna* en Pompeya;[39] otras mencionadas por Diehl (cf. p. 19); pero el fenómeno nunca aparece en el *Apéndice Probi*. El italiano ocupa una posición intermedia entre las lenguas romances occidentales, que siempre tienen la prótesis (sp. *espada*, fr. *épée* etc.), y el rumano, que nunca la tiene: posee, o al menos poseía, ambas formas y las alternaba regularmente (*la strada*, *in istrada*).[40]

En el ámbito morfosintáctico, existe a esta edad una tendencia definida a simplificar la flexión nominal y verbal, ya sea suprimiendo algunas particularidades o sustituyéndolas por nuevos morfemas de tipo analítico. Del neutro, desaparecen las formas (salvo un cierto número de las que van en -*a* y unas pocas de las que van en -*ora*) y desaparece la categoría. En declinación, las construcciones con *de* y *ad*, que en época clásica sólo podían utilizarse para significados estrictamente delimitados (*templum de marmore*: Verg., *Georg*. III, v. 13 etc.), ganan terreno rápidamente en detrimento del genitivo y el dativo.

Desaparecen los comparativos sintéticos (salvo unos pocos utilizados con mucha frecuencia), y se sustituyen por los formados con *plus*. Los multiplicativos (*bis*, *ter*, etc.) se sustituyen por formas analíticas (*duas aut tres vecis*, en latín Oribasius).

Ille e *ipse* se debilitan en su significado; y el esfuerzo por traducir los artículos griegos en los textos sagrados contribuyó ciertamente a ello, por ejemplo, *Dixit illis duodecim discipulis* en la *Itala* (*Ioh.* 6, 67).

La categoría del deponente desaparece, mientras que la de la pasiva se renueva en su forma (la conjugación sintética se sustituye por una conjugación analítica mediante el auxiliar *esse*). Incluso *habere* progresa significativamente como auxiliar: las construcciones del tipo *cognitum habeo* 'tengo como cosa *sabida*' se hacen más frecuentes y, desvaneciéndose gradualmente en significado, proporcionan un sustituto a las formas de los tiempos históricos, en forma de 'tiempos compuestos' (*he sabido*, etc.).

Junto a las formas normales del futuro, no marcadamente caracterizadas por las desinencias y apagadas en el sentido, puramente objetivas, se afirman otras formas que expresan más coloridamente lo que ha de ser, lo que ha de hacerse: "Tempestas illa *tollere habet* totam paleam de area" (San Agustín, *Tract. in Ioh*. 4, 1, 2).

Crecen los intercambios entre las formas de la segunda conjugación y las de la tercera, sobre todo en infinitivo (de *cadĕre* a *cadēre*, etc.).

La parataxis, como era de esperar en un período de civilización más elemental, prevalece sobre la hipotaxis. También ésta se simplifica, y sus artificios se reducen en número: *quia* gana terreno ("dixit *quia* mustella comedit": Petronio, *Sat*., 46, correspondiente a un *διότι*

griego) y preanuncia nuestro *que*; en las interrogativas indirectas, quizá por modelo umbro,[41] entra en uso *si* etc. Este nuevo espíritu que se manifiesta en la sintaxis (y en el orden de las palabras) del latín hablado está ya muy alejado del de la época clásica, y anuncia definitivamente las nuevas lenguas.

9. El léxico: voces que sobrevivirán

Al repasar rápidamente los elementos que componen el léxico del latín hablado en Italia del siglo I al V, hay que tener en cuenta en primer lugar esa parte considerable que permanece igual o aproximadamente igual al latín hablado de la época republicana, tal como lo conocemos en su estilización literaria clásica.

Muchos centenares de palabras italianas siguen siendo las mismas -salvo, a veces, algunos cambios fonéticos y morfológicos y no grandes variaciones de significado- que las del latín clásico: por tanto, lo eran también en el latín hablado. Se tiene, por ejemplo: HOMO *hombre* (es cierto que *vir* ha desaparecido, y en consecuencia el significado de *hombre* es más amplio que el de HOMO), PATER *padre*, MATER *madre*, FILIUS *hijo*; ASINUS *asno*, BOS *buey*, CANIS *perro*, CERVUS *ciervo*, PORCUS *cerdo*, VACCA *vaca*; AQUA *agua*, ARBOR *árbol*, CAELUM *cielo*, TERRA *tierra*; MANUS *mano*, DIGITUS *dedo*, PES *pie*, PORTA *puerta*, PUTEUS *pozo*, ROTA *rueda*; ALTUS *alto*, BONUS *bueno*, CALIDUS *caliente*, FRIGIDUS *frío*, SICCUS *seco*, RUSSUS *rojo*, NIGER *negro*, NOVUS *nuevo,* HABERE *tener*, TENERE *sostener*, SAY *decir*, FACERE *hacer*, BIBERE *beber*, CURRERE *correr*, DORMIRE *dormir*; GOOD *bueno*, EVIL *malo*; WHEN *cuando*, YES *si*; IN *en*, *FOR* etc.

Junto a voces como éstas, que han sobrevivido en toda o casi toda Romània, hay muchas otras que sólo sobreviven en el área italiana o itálica.[42]

He aquí una breve lista puramente ilustrativa de tales palabras:

AEGYPTIUS 'oscuro': tosc. *ghezzo* etc. (*REW* 235);

AGRESTIS 'silvestre': sic. *arestu* etc. (*REW* 295), tosc. *agresto* 'uva sin madurar'; también *gnaresta* de VINEA AGRESTIS;

CALIGARIUS 'zapatero': tosc. ant. *galigaio*, it. sett. *calegaro* etc. (*REW* 1515);

CAMPSARE: (*s*)*cansare* etc. (*REW* 1562);

CATULUS: Tusc. *cacchio* etc. (*REW* 1771);

CONGIUS: tosc. ant. *cogno* etc. (*REW* 2146);

CUNULAE: *cuna*, abr. *cunëlë* etc. (*REW* 2400);

IACULUM: *giacchio* etc. (*REW* 4570);

LENTIGO: *peca*, etc. (*REW* 4981);

LIBELLUS: *nivel* (enfitéutico) (*REW* 5010);

MENTULA: it. mer. *minchia*, it. *minchione* (*REW* 5513);

MICINA: *hacer un gatito* (*REW* 5561);

NOTARIUS: *notario* (*REW* 5964): se sabe que el notario es una institución italiana (Solmi, *Storia dir.*, pp. 157-158);

SIDUS: Tusc. ant. *sido* 'escarcha' (*REW* 7902);

SORCULA: toscana. ant. *sirocchia* (*REW* 8103);

SPACUS (atestiguado en Casio Félix y en el latín Oribasius): *cuerda*, etc.

Algunas de estas palabras, que sólo han sobrevivido en una zona toscana más o menos restringida, han entrado en la corriente principal de la lengua literaria y por esta vía se han difundido de nuevo. Pero otras siguen limitadas a áreas restringidas. He aquí una breve lista de ellas, también sólo un ejemplo:

BUCCELLATUM: lucch. *buccellato*, veneto *buzzolà*, sic. *vucciddḍḍatu* (*REW* 1361);

FICULNEA (Vulgata, Ven. Fort.): orviet. ant. *ficuna*;

HASTULA: bologn. *astla* (*REW* 4073);

[HAURIRE: chiogg., friul., logudor. *orire* (*REW* 4082);]

ILLINC: emil. *lenka* (*REW* 4269);

LIBITINA: ven. *la* (*siora*) *Betina* (Migliorini, *Dal nome proprio*, p. 314);

NEX: aret. *nece*, *niece* etc. (*REW* 5901);

NOTA: lomb. alp., engad., ampezz. *nòda* 'marca animal' (cabras, ovejas); NOTA: *nodà*, *nudèr* (*REW* 5962, 5963);

PANDERE: ven. *pàndar*, friul. *pandi* 'divulgar' etc. (*REW* 6189);

PANSUS: it. ant. *paso* 'abrir', casent. etc. *paso* 'tesa' (medida) (*REW* 6205);

RUDUS: lomb. *rüd*, emil. *rud* 'abono' (*REW* 7422);

VERENDUS adj., VERENDA plur. neutro: moden. *brend*, lucch. *merenda* etc. (*REW* 9227);

VETUSTUS: piem. *viosk*, emil., logudor. (*REW* 9293).

Algunas palabras latinas sólo sobreviven en la toponimia italiana, como:

AGELLO: *Agelli (*Ascoli Piceno), *Agello (*Perugia), *Gello* (Pistoia, Arezzo etc.), *Aielli* (Aquila), *Aiello* (Cosenza etc.);

CENTURIA: *Centoia*, *Cintoia* (Pistoia, Florencia, etc.);

CONFLUENTIA: *Confienza* (Pavia) (cf. nombres de CONFLUENTES en Italia y fuera de ella, *REW* 2136 a);

DECUMANO: *Dicomano* (Florencia);

FLUVIUS: *Fiobbio* (Bérgamo), *Fiuggi* (Frosinone);

NEMUS: *Nembro* (Bérgamo) de *in nemore* (Salvioni, en *Boll*. *Svizz*. *It*., IV, p. 11).

PRATULA: *Pracchia* (Pistoia), *Pracchiola* (Massa);

PRAEDIUM: *Preggio* (Perugia), *Prezza* (Aquila);

VIC(U)LUS: *Vicchio* (Florencia).[43]

Otras se encuentran incluso sólo en la toponimia urbana: en Roma (donde la voz REGIO -ONIS, desaparecida en otros lugares de la península, ha sobrevivido también en forma de *rione),* tenemos *Termini* de THERMAE y *Satyrs* de THEATRUM: esta palabra sobrevivió también durante mucho tiempo en Brescia, Padua y Pula, en lugares próximos a antiguos teatros.[44]

A estas voces latinas que han llegado hasta nosotros por herencia, hay que añadir un cierto número: se trata de aquellas de las que no quedan testimonios escritos antiguos, pero de las que podemos conjeturar que ya existían en la antigüedad, debido a una doble consideración: la resistencia de las voces modernas, y la imposibilidad o improbabilidad de que estas voces tuvieran forma moderna. Tengamos, por ejemplo, las voces italianas *bigoncio* y *rozzo*: *bigoncio* y las variantes de Toscana (*bigongio*) y otras regiones sugieren un *BICONGIUS, que no está atestiguado, pero bien podemos decir que casualmente, si encontramos que un tal Novellio Torquato era apodado *Tricongius* porque era capaz de beber tres *conjugados* uno tras otro (Plin, *Nat*. *hist.* 14, 22, 144); *rudis, conforme a las* normas fonéticas habituales, corresponde bien a un *RUDIUS, comparativo neutro de *rudis*. Ahora bien, formaciones similares habrían sido imposibles ya en la Alta Edad Media: en cuanto a **bicongius tanto por la* desaparición de *congius* del uso como por la imposibilidad de formar tales compuestos, en cuanto a **rudius por la* histeria de los comparativos orgánicos.

Esta reconstrucción de palabras antiguas ha tenido, en la lingüística de las últimas décadas, sus glorias y sus desgracias. En algunos casos, formas conjeturadas por un lingüista han tenido la prueba de la experiencia, es decir, han sido documentadas. Gröber, en el primero de una serie de artículos que tuvieron una importancia considerable para este tipo de reconstrucción,[45] había supuesto la existencia de una *anxia* latina: y Rossberg la documentó más tarde en el poeta tardío Dracontius. Förster[46] explicó la voz *áspero* como procedente de un hipotético **rugidus* 'arrugado' derivado de *arruga*; discutido por Paris, el etimónimo se confirmó en cambio en una inscripción de una vasija de barro hallada en Bosnia y conservada en Sarajevo.[47]

Pero si en algunos casos la base hipotética ha quedado brillantemente demostrada, hay que reconocer que se ha abusado del asterisco, y que en muchos otros casos la transformación de la incertidumbre de un etimónimo en la pseudocerteza de la existencia de una palabra en latín hablado ha hecho más mal que bien.

He aquí algunos ejemplos de bases hipotéticas propuestas para explicar las palabras italianas, que parecen bastante coherentes:

*CARIOLUS (dim. de *caries*) 'carcoma': it. sett. *car*(*i*)*ol*(*o)*;

*CASICARE (der. de *casus*): *caer*;

*CINNUS: *asiente*;

*COMPTIARE (der. de *comptus*, part. de *comĕre* 'juntar; peinar, adornar'): *curtir*;

*INAFFLARE: al *agua*;

*LUCINARE: representado en los dialectos septentrionales por el tipo '*lusnare'*, en Toscana por *baluginare* (*REW* 5142);

*ORDINIUM (der. de *ordo -inis*): *ordigno*;

** PENDICULAR* (der. de *pend.*): colgar;

*RUBICULUS: tosc. ant. *rubecchio* 'rojizo' etc.

10. Naufragios y préstamos

Como es bien sabido, el léxico latino ha incorporado en gran medida elementos alolingüísticos: tanto de las lenguas de tipo "mediterráneo" habladas en Italia antes de la llegada de los indoeuropeos (principalmente del etrusco y el ligur) como de las demás lenguas indoeuropeas de Italia (principalmente de las lenguas del grupo oscano-umbro, luego del celta, así como trazas mínimas de veneciano, mesapio y siciliano). Se trata de acciones y reacciones numerosas y complicadas, que hay que volver a relacionar con acontecimientos prehistóricos (llegada de los protestolatinos a sus emplazamientos) e históricos (sinecismo con sabinos y etruscos en la propia Roma, expansión del latín en la península y absorción de otras lenguas, etc.): es tarea de los latinistas estudiar con detalle las causas y los efectos.

Hay, sin embargo, un cierto número de palabras que escapan a los latinistas, pero que interesan a los neolatinistas: además de los elementos ya documentados desde la antigüedad en el uso de los escritores o a través de glosas u otros medios, hay una serie de palabras que no aparecen por escrito, pero que deben haber penetrado en el latín hablado, hasta el punto de haber sobrevivido a lo largo de los siglos en el habla actual.

Se trata casi exclusivamente de palabras relacionadas con la configuración del suelo, la flora, la fauna: es decir, el tipo de palabras tan estrechamente ligadas al suelo que los terrígenos siguen utilizándolas aunque cambien de lengua, ya que la nueva lengua recibida no dispondría de términos adecuados para expresar esas nociones. Es sabido que en este caso los lingüistas hablan de reliquias y no de impresos.

El latín tomó algunos centenares de palabras del etrusco, algunas de las cuales penetraron profundamente en el léxico y sobrevivieron (*populus*, *persona*, *catena*, *taberna*, etc.), otras desaparecieron en el uso hablado y, si acaso, reingresaron en el italiano como latinismos (*spurius*, *atrium*, *idus*, *histrio*, *mantisa*, etc.).

Probables reliquias etruscas son algunos nombres toscanos de plantas (*brenti*, *gigaro*, *ilatro*, *nepa*). Un ejemplo es el de *chiana*, que ha permanecido vivo en Toscana porque siempre se ha relacionado con la conocida agua estancada, la *Chiana* (ant. *Clanis*, probablemente una voz tirrena, es decir, mediterránea).

El estudio de las palabras legadas por los ligures, los raeti y los pueblos alpinos menores[48] ha identificado como tales algunas palabras que ya conocían los romanos (*genista*, *larix*, *ligustrum*; *camox*, *segusius*; *peltrum*) y muchas otras de las que tenemos constancia tanto en la toponimia como en los dialectos alpinos modernos (los tipos *balma*, *barga*, *grava*, *malga*, *rugia*, etc.).

Debido también a que el ligur fue absorbido, antes que el latín, por el celta, no siempre es fácil distinguir entre voces preindoeuropeas y celtas, es decir, indoeuropeas, en la zona de Liguria.

La conquista de la Galia y las estrechísimas relaciones establecidas con Italia explican la penetración de palabras galas en el latín; una penetración muy amplia y, en el caso de algunas, tan antigua que resulta indistinguible de otras palabras latinas. Se trata de voces como *abedul* (Plin.), *verna* 'aliso' (Gloss.), *alauda* (Suet.), *beccus* ('rostrum gallinacei', Suet.), *psalmus* (Plin.), *lancea* (Verg.), *carrus* (Sisenna), *benna* (Fest.), *braca* (Ovid.), que aún perviven en sus continuadores. Algunas otras voces sólo aparecen más tarde: *cambiare* (Apul.), *geusiae* (de donde el derivado *trangugiare*: Marcell. Empir., siglo IV).

La comparación de las ocurrencias neolatinas permite reconstruir otras entradas con "asterisco" que, dada la zona en la que aparecen y las coincidencias con palabras de lenguas celtas que aún viven, pueden reconocerse como celtas: **bracum* "pantano" (de donde *braco*, *brago*), **pettia* (de donde *trapo* y *pedazo*), **camminum* "camino" (de donde *andar*), **comboros* "atrincheramiento de árboles" (de donde *estorbo*, *desmonte* etc.), **multo -onis* (de donde *carnero*), **garra* (de donde *corvejón*), **pariolum* (de donde *paiolo*) etc.[49]

Mientras que estas palabras celtas circularon presumiblemente en el latín de la época imperial, otras tuvieron una suerte más limitada, restringida a la supervivencia en las Galias (transalpinas y cisalpinas). Nos limitamos a citar algunos ejemplos de bases que dieron lugar a palabras aún vivas en dialectos septentrionales: *cumba* 'valle', *lausiae* (*lapides*) 'losas de piedra', *cavannus* 'búho', *glastum* 'hierba guada', *brogilus* 'brolo', *attegia*, **tegia* 'choza', **tamisio* 'choza', **grenno* 'barba', **crodi-* 'duro, compacto' etc.

Algunas otras palabras celtas penetraron en el italiano más tarde, a través del francés o el provenzal: *veltro*, *vassallo*, *cervogia*, *lega* (medida).

La presencia de numerosos elementos oscoumbrios en el léxico latino ha sido bien estudiada por los latinistas;[50] Lo que nos interesa, más que los términos que ya habían entrado en el uso clásico (*bos*, *bufalus*, *lupus*, *scrofa*, *ursus*, *anas*, *turdus*, *casa*, *lingua*,

lacrima, *consilium,* etc.), son los atestiguados un poco más tarde (ēlex, del que élce, por īlex; pēlex, por īlex; pēlex, por īlex).) las atestiguadas poco y tardíamente *(ēlex*, de donde *élce*, por *īlex*; *pōmex, de* donde *pómice*, por *pūmex*; *terrae tufer*, de donde *tartufo*, por *tuber*) o las reconstruidas teniendo en cuenta las correspondencias fonéticas entre el latín y el toscano-umbriano: **stēva* por *stīva* (it. *stégola*), **bufulcus* por *bubulcus* (it. *bifolco*), **tafanus* por *tabanus* (it. *tafano*), **mētius* por *mītius* (it. *mézzo* "demasiado maduro"), **octufer* por *october* (*attrufu* lucano), **glefa* por *gleba* (tarant. *gliefa*, *gliofa*).

También debemos mencionar las palabras germánicas que penetraron en el latín hablado antes de la caída del imperio, a través de los contactos militares y comerciales, los esclavos germánicos y las asignaciones concedidas por los emperadores. Pero como es imposible separar claramente los germanismos de esta serie de los que penetraron en la época bárbara, nos ocuparemos de ellos más adelante (véase cap. II, § 18).

11. Griegos

Nadie ignora lo que representó la aportación de la cultura y la lengua griegas para la cultura y la lengua de Roma: esbozarlo, aunque sea brevemente, excedería nuestro ámbito. Recordemos tan sólo que en el grandioso proceso de simbiosis entre las partes oriental y occidental del Imperio, los intercambios se produjeron con gran intensidad debido a la pertenencia a un mismo Estado, a la creación de un entorno cultural único, al intenso movimiento e intercambio de personas; y el latín se vio afectado desde arriba y desde abajo.

Desde arriba se produce una aceptación amplia y consciente de conceptos y palabras, gracias a la cual se aceptan en el léxico los mejores logros del pensamiento griego e innumerables palabras.[51]

Desde abajo, a través de las colonias de diversas poblaciones orientales, más o menos helenizadas, que en Roma y muchas otras ciudades del sur de Italia contaban con un gran número de habitantes, se mantuvieron contactos orales muy estrechos, que condujeron a la adopción de cientos de palabras en el latín hablado.

Ya en los siglos IV y III a.C. habían llegado al latín por vía oral fuertes oleadas de grecismos, que se habían aclimatado fuertemente, con adaptaciones fonéticas, morfológicas y paretimológicas a veces muy fuertes. Por citar sólo un par de ejemplos, el nombre *Πύρρος se* imitó primero como *Burrus* y sólo más tarde se transcribió como *Pyrrhus*; *purpura* reproduce el griego *πορφύρα* con la pérdida de la aspiración; *ampora* y *amphora* debieron fluctuar según los estratos de la población (y de la forma popular *ampora* surgió el diminutivo *ampulla*). Luego, los contactos cada vez más estrechos, y una cierta afectación de la cultura por reproducir exactamente los sonidos griegos, llevaron al uso constante de *y*, *ph*, *th, ch* en los grecismos.

De los miles de palabras griegas que entraron en el léxico latino, según consta en los repertorios correspondientes (el de Weise o el de Saalfeld), sólo nos interesan aquí las entradas que penetraron tan profundamente en la lengua hablada que han sobrevivido a lo largo de los siglos: y son unos cuantos centenares.

He aquí, sólo para dar una lista rápida y no exhaustiva, nombres de plantas y frutos: *manzana* (-*a*), *cereza*, *aceituna*, *dátil*, *azufaifo*, *almendra*, *arroz*, *judía*, *apio*, *perejil*, *anís*, *clavel*, *pimienta*, *mostaza*, *regaliz, boj*, etc. La *col* también pertenece a este grupo, si recordamos que en latín *cyma* sólo se atestigua como 'brote'.

Los animales que llevan nombres griegos heredados del latín son, salvo unos pocos (como *faisán*, *ardilla*), animales marinos: *ballena*, *delfín*, *atún*, *mújol*, *congrio, anchoa*, *pulpo*, *sepia*, *gamba*, *caracol*, *ostra*, *esponja*.

Términos originariamente marítimos son *governare*, *pelago* (que en el sentido de 'mar' es una voz culta, pero también se usa popularmente en el sentido de 'hueco'), *scalmo*, *nolo*, etc.

Se refieren a formas terrestres *loma* y *cueva*, tal vez incluso *caverna*. Se conservan numerosos nombres de objetos domésticos o utilizados en artes y oficios: *ampolla*, *bolsa*, *estuche*, *cesta*, *càntaro*, *bonete*, *lámpara*, lámpara de *aceite*, *armario, órgano*, *órgano, alfombra*, *piedra*, *cal*, *mortero, palanca*, *astilla*, *duela*, *torn*(*i*)*o*, *taladro*, *pegamento*, *tinta*, *yeso*, *papel*, *cuerda*, *madeja*, *fango, púrpura*, etc.

He aquí algunos términos culinarios: *aceite*, *butyrus* (*mantequilla*), *massa* (al principio con el significado de "masa", más tarde con amplios desarrollos semánticos: cf. p. 63 y *REW*

5396). La simbiosis grecolatina en este campo queda demostrada por el acento de *fégato*, que se debe a un cruce entre el gr. *συκωτόν* y el latín FICATUM 'hígado de animal cebado con higos' (*REW* 8494, y bibl. *ibid.*).

Algunas palabras se refieren a la ciudad y sus partes: *habitación*, *baño*, *plaza*, *tienda*. Hay nombres de armas: *ballesta*, *espada*.

Varias palabras se refieren al cuerpo humano: *brazo*, *estómago*, *nervio*, *flema*. *Pierna* y *hombro se referían* primero a los animales y se trasladaron al hombre. Las enfermedades y curas también están ampliamente representadas: *gangrena*, *espasmo*, *empyreus*, *teriaca*, *cerusic*.

La *cítara* y la *gaita* atestiguan su influencia en la música.

Las entradas generales incluyen *aria*, *calare*, *colpo*, *huérfano*, *jorobado* (vía *GUBBUS de κυφός). También es importante la adopción del distributivo *cata* de *catuno*, *caduno* (cf., en la *Vulg*., *Ezek*. XLVI, 14: 'faciet sacrificium super eo *cata mane*').

Esta rápida enumeración sólo pretende mostrar hasta qué punto fue profunda la penetración de elementos griegos en el léxico latino, si todavía aparecen en tal abundancia en el patrimonio del italiano. Es posible que algunas de las palabras recordadas hayan sobrevivido a lo largo de los siglos sólo en una parte del territorio italiano, y sólo más tarde hayan pasado a otras regiones: tal es, por ejemplo, el caso de *anchoa*, que es propiamente una voz del dialecto ligur. En otros numerosos casos encontramos voces latinas de origen griego que sobrevivieron en zonas dialectales italianas (y a veces en otras zonas romances) y no fueron aceptadas por la lengua normal. Por poner un ejemplo, tenemos:

CATHEDRA, volg. CATECRA 'sede de honor de los mecenas bebedores' (*Notizie degli scavi*, IX, 1933, p. 277): it. sett. *cadrèga*, *carèga* etc. (*REW* 1768);

PHLEBOTOMUM 'lanceta de flebotomista': calabr. *hiètamu*, sicil. *cittimari* 'salassare' (*REW* 6467);

PESSULUS, PESSULUM, volg. PESCULUM (glosa): sen. *pèschio*, calabr. *pièssulu* (*REW* 6441);

TRAPETUM: it. mer. *trappitu* 'trituradora' (*REW* 8862).

La serie de calcos latinos de palabras griegas cuenta un gran número de palabras cultas que no han sobrevivido en el léxico hereditario; pero también varias palabras que han penetrado en el uso popular y se han perpetuado: por ejemplo, *ars* y *ratio*, en las acepciones de *τέενη* y de λόγος*, lengua aplicada* a "favella" con metonimia calcada de la análoga de *γλῶττα*, *medietas* acuñadas según el ejemplo de μεσότης, *cordolium* calcado de *καρδιαλγία*, *cortina* de *αὐλαία,* etc. También en gramática encontramos, por ejemplo, *ipsimus* (Petron.) modelado sobre αὐτότατος: es la forma que, reforzada con la *-met* de *egomet* etc., dará lo *mismo*. Y probablemente tanto los artículos determinativos como los indeterminativos surgieron bajo la influencia de la evolución similar en griego.

La gran serie de grecismos que penetraron en el latín en la expansión del cristianismo merece una mención aparte. Es evidente que la lengua hablada y litúrgica de los primeros grupos cristianos de Occidente ejerció una fuerte influencia en el latín de los primeros siglos. Limitándonos a recordar algunas de las entradas hereditarias más importantes, he aquí *clérigo*, *monje*, *sacerdote*, *obispo, basílica*, *iglesia*,[52] *limòsina*,[53] *bautismo, bautizar*, *confirmación* (lat. *chrisma*), *befana*, *bestemmiare*, etc.

Varias palabras que hoy ya no pertenecen al ámbito religioso son puros grecismos cristianos: *palabra* y *hablar (de* las parábolas de Jesús, la "palabra" divina por excelencia), *ermo* (gr. ἔρημος, de donde también las formas doctrinales *ermitaño*, *ermitaña*), *celoso*, *incignare* (*encaeniare*, de *encaenia -orum* "fiesta de la dedicación"), etc.; o *tortuga* (del gr. tardío ταρταροῦεος, nombre de un espíritu inmundo, porque en la simbología cristiana primitiva la tortuga representaba el espíritu del mal).

Algunos de los términos mencionados se impusieron sin resistencia en latín cristiano; para otros, se intentó sustituirlos por palabras latinas: *tingere* luchó contra *baptizare*, *lavacrum* contra *baptismus*, *testis* contra *martyr*: pero en estos casos, la palabra griega acabó triunfando, habiendo asumido ahora un valor terminológico preciso.

Algunas entradas del griego cristiano se deben a calcos del hebreo: por citar sólo un par, *ángel* es ἄγγελος*,* que pasó en griego cristiano del antiguo significado de "mensajero" al de "mensajero de Dios, ángel" por calco del hebreo *mal'âk*; *Cristo*, gr. Χριστός, procede del hebreo *mashî'ah*, aram. *mĕshiha* "ungido (del Señor)", "mesías".

Un puñado de palabras hebreas (*Pascua*, *Sabbat*, *Hosanna*) también han llegado a instalarse, a través del cristianismo, entre las voces hereditarias.

12. Nuevas formaciones

En el latín hablado de la época imperial surgen nuevas formaciones. Son, en general, formas concretas y vistosas, y de una consistencia y transparencia que las harán triunfar a menudo sobre las formas tradicionales, gastadas en sus sonidos y convertidas en abstractas y vagas en sus significados. Veremos en el apartado siguiente algunos ejemplos de competencia entre palabras nuevas y viejas, pero mientras tanto queremos mencionar algunas de las formaciones que más éxito han tenido. También consideraremos aquí sólo las voces que han sobrevivido en Italia.

Veamos primero algunos tipos frecuentes en la formación de nuevos sustantivos. Tenemos numerosos sustantivos de comercio y en general de agente en -*arius*: *clavarius* etc. Entre las formaciones en -*io* recuerdo *companio -onis*, que en realidad sólo se documenta en un pasaje incierto de la ley sálica (63.1), y suele considerarse un calco del germánico,[54] pero bien podría tratarse de una formación indígena.[55]

En esta época aparecen los primeros ejemplos de nombres propios femeninos en -*itta* (*Iulitta*, *Bonitta*, *Suavitta, etc.*), de los que deriva el exitoso sufijo diminutivo -*ittus* (-*etto*, etc.).[56]

Incluso a través de nombres propios (de griego cristiano) ha llegado el sufijo -*issa* (it. -*essa* de *condesa* etc.).

Algunas formaciones pseudoantropónimas como **Rufianus*, de la que deriva *ruffianus,* serán también de esta época.[57]

Muy frecuentes, por los nombres de lo que, las formaciones colectivas: AERAMEN *cobre*, *CARONIA *carogna*, *MONTANIA *montaña*,[58] *SEMENTIA semenza*, VICTUALIA *vettovaglia*.

Los numerosos apodos que ya existían (*masculus*, *auricula*, *ungula*, *porcellus*, *vitellus*, *annellus*, *cultellus*, *scalpellum*, *novellus,* etc.) tendieron a perder todo valor diminutivo, y muchas otras nuevas formaciones (**genuculum*, **nuceola*, **fratellus*, **av*(*i*)*cellus) siguieron* el mismo camino.[59]

Es frecuente la sustantivación de adjetivos para indicar cosas, bien mediante un neutro, bien por elipsis: HIBERNUM [TEMPUS] *invierno*, DIURNUM *día*, MATUTINUM *mañana*, INFERNUM *infierno*, [DIES] NATALIS [CHRISTI] *Navidad*, [DIES] DOMINICA *domingo*, [AQUA] *FONTANA fuente*, [VIA] CARRARIA *carraia*, [FABA] BAIANA *haya, etc*.

También son frecuentes los abstractos derivados de participios: *collecta*, *defensa*, **loss*, **sale*, etc.

Por derivación inmediata surgen sustantivos como *lucta* (Lucan.), *proba* (Amm.), **monstra*, **retina* y como *dolus* (it. *duolo*) (Commod. e inscr.). La locución *prode est*, nacida de *prodest*,[60] dio lugar al sustantivo *prode*, *pro*' y al adjetivo *prode*.

Empiezan a aparecer los compuestos imperativos (*labamanos*, siglo IV), que tendrán gran aceptación.

Las formaciones sustantivas se multiplicaron en los verbos: *mensurare*, *pectinare*, *ruinare*, *morsicare*, *carricare, bullicare*, **nevicare*, **furicare* (it. *frugare*, ven. *furegàr*) etc. Junto a las ya antiguas formaciones en -*icare*, se multiplicaron en época cristiana las de -*izare* (de donde, popularmente, el sufijo -*eggiare*).

Cómo *adiute*, *sing*, *iactare, jump* y muchos otros verbos[61] ya existían desde hacía siglos junto a *adiuvare*, *canere*, *iacere*, *salire*, con un significado más intenso y un tono más popular, otros derivados surgieron durante este periodo: *pistare*, *tostare*, **tonsare* (it. *tosare*) etc.

Los verbos simples se sustituyen a veces por compuestos: *initiare* de **com-initiare* (it. *cominciare*), *nascere* de *cognoscere*, etc. (véase p. 52).

Las preposiciones y adverbios, especialmente los de significado local, aparecen reforzados con otras preposiciones: *abante*, *de abante (*de donde *antes*, *delante de)*, *incontra*, *de post* (de donde *después, tras*), *de ubi*, *de unde* (it. *donde*, *donde*) etc.

Las voces onomatopéyicas crecieron en número en el léxico latino durante este periodo y se instalaron con fuerza en el uso hablado: *tata*, *pappa* (que, bajo la forma *papa*, tendría gran fortuna en el latín cristiano), *babbus*, *nonnus*, *mammare, etc*.

13. Lucha entre palabras antiguas y nuevas

A veces, la aparición de neologismos se debe a la necesidad onomasiológica de dar expresión a nuevas nociones: baste pensar en la acuñación de nuevas palabras para expresar nuevos conceptos cristianos: *salvare*, *dominica*, *papa,* etc. Pero, en su mayor parte,

la aparición de nuevas palabras y el florecimiento de voces que hasta entonces habían permanecido confinadas en los estratos plebeyos se produjeron a expensas de las palabras tradicionales. ¿Se debe esto más bien a la "energía" de las nuevas palabras o a la "debilidad" de las antiguas? Sería inútil discutir esto en general: en todo caso, podría juzgarse caso por caso.

En primer lugar, hay que tener en cuenta factores sociales y políticos: el control de la lengua ya no estaba en manos de una estrecha aristocracia urbana: los grupos cultos eran cada vez más escasos y reducidos; en las provincias surgieron hombres originalmente iletrados, que habían aprendido muy superficialmente la lengua tradicional, e incluso llegaron a dominar Roma. Y las reticencias de los gramáticos no bastaron para mantener intacto el latín en esta transmisión a clases nuevas e incultas. Por otra parte, los predicadores y escritores cristianos consideraban su deber acercarse al uso del pueblo.

Un punto débil de muchas palabras es que aparecen aisladas y no en familias o series compactas. Ya hemos visto (p. 36) cómo *bis*, *ter*, etc. tienden a sustituirse por *duae vices*, *tres vices*, etc.: el procedimiento "analítico" es psicológicamente más fácil para la memoria que el "sintético". Así, una palabra como *hirudo* no se apoya en nada, no sugiere nada, es un nombre "inmotivado", más difícil de aprender y recordar que un compuesto "motivado" como *sanguisuga*, "el chupasangre", que precisamente aparece y se impone en tiempos de Plinio: "Hausta hirudine, quam *sanguisugam* vulgo coepisse appellari animadverto" (*Nat. hist.* VIII, 10). En un entorno plácido y compacto, *el hirudo* habría podido perpetuarse durante siglos y siglos: en cambio, en condiciones tumultuosas, desfavorables al mantenimiento de la tradición, se prefiere el *sanguisuga.*[62]

Así, *pera se* gana por *bisaccium* 'el doble saco', *nihil* por *nulla*, *procul* por *longe,* etc. Así, los verbos simples, que suelen tener una conjugación bastante difícil, se abandonan a menudo en favor de intensivos o denominales o compuestos: los verbos *adiutare*, *cantare*, *iactare,* ya existentes desde hace tiempo junto a *adiuvare*, *canere*, *iacere*, los suplantan por completo; *mensurare*, *pectinare*, **nivicare* ganan *metiri*, *pectere*, *ninguere*; y así *cognoscere*, *conducere*, *consuere*, *occidere*, *remanere*, *sufflare* e innumerables otros se prefieren a los simples *noscere*, *ducere*, *suere*, *caedere*, *manere*, *flare* etc.

Los monosílabos, demasiado cortos y poco discernibles en la cadena del discurso, luchan generalmente por sobrevivir: junto a *aes*, aparece *aeris* y luego triunfa *aeramen*, it. *rame*.

Otro factor contribuye al triunfo de *ossum* sobre *os*, *ossis*: la intención de evitar la homonimia. En la época clásica no había peligro de confundir *ŏs* 'hueso' con *ōs* 'boca', pero con la desaparición de las distinciones de cantidad *ŏs* tiende a ser sustituido por *ossum*, que encontramos ya en Tertuliano, y *ōs* por *bucca*, que antiguamente significaba 'mejilla'. San Agustín, leyendo en la versión Pregeronimius de los *Salmos* (138,15) "Non est absconditum a te *ossum meum*" (en esos mismos años San Jerónimo traducía "Non est occultatum *os* meum a te"), defendió la forma popular: "Mallem quippe cum barbarismo dici *Non est absconditum a te ossum meum* quam ut ideo esset minus apertum quia magis Latinum est" (*De Doctr*. *Christ*. III, 3), y más adelante explica aún más claramente la necesidad de hacerse entender por los inducidos: "Cur pietatis doctorem pigeat imperitis loquentem, *ossum* potius quam *os* dicere?" (IV, 3).[63]

Además, debido a la homonimia surgida entre *haena* y *habena por* la desaparición de la *h* y la espiralización de la *b* entre vocales, se cree que **retina* (it. *redine*) tomó el relevo de *habena*.

Frente a estas palabras tradicionales, con sus debilidades estructurales y su decoloración semántica, surgen otras más sólidas en su estructura y más enérgicas en su significado. Junto a la delicada *edere*, irregular en la conjugación, aparece primero *comedere, que consigue* hacerse un hueco en la península ibérica (sp., port. *comer*). Luego tiene su fortuna *manducare*, más imaginativo y plebeyo: el nuevo verbo, derivado de *mandere* por el nombre de *Manducus*, un tipo de bufón de farsa, significaba 'mover las mandíbulas' como él. En lugar de *fur*, que debió de sonar demasiado soso en un momento dado, comenzó a decirse *latro,* que propiamente significaba 'bandolero, ladrón', pero luego adoptó simplemente el significado de *ladrón*. Junto a *caput* (que aún pervive en su significado propio y en varias acepciones figuradas), *testa, es decir,* 'vasija de barro', comenzó a utilizarse en época imperial, con el mismo chiste que en *coccia* da *coccio*.[64]

Caballus 'gran caballo castrado, de trabajo', palabra procedente de la península balcánica[65] y considerada durante un tiempo como más humilde,[66] luego se impone, como forma más plebeya, *equus*.[67]

Además de las palabras enérgicas, que se imponen con su vistosa vulgaridad, surgen otras afectivas, familiarmente acariciadoras. A esta tendencia hay que atribuir el progreso de las voces diminutivas y onomatopéyicas sobre las que ya nos hemos detenido. Una voz como *uber* desaparece en casi todas partes, sustituida por *mamma*, *mamilla*, *puppa*, *titta*.[68]

A veces, la aparición de una voz en lugar de otra se debe a un cambio en la noción, sobre todo de un objeto. La amplia prevalencia de *encaustum* sobre *atramentum* en el significado de "tinta" no debe explicarse como una mera sustitución de palabras, sino como la repercusión de un avance técnico: la sustitución de la tinta de negro de humo o de sepia por la tinta de hiel preparada al fuego.[69]

14. Geografía areal. Características de las innovaciones italianas

La competencia entre sinónimos que hemos considerado hasta ahora, teniendo en cuenta los méritos y deméritos estructurales de las palabras, las cargas afectivas, la sustitución de un objeto por otro en una función similar, tenía lugar dentro del imperio según las corrientes de tráfico material y cultural que lo dominaban.

Matteo Bartoli lo intentó con su "lingüística espacial",[70] una reconstrucción de las grandes áreas de latinidad en la época imperial. A través de ciertas reglas heurísticas que estableció, entre las que tenían especial importancia las "áreas laterales", el difunto maestro trató de trazar las grandes líneas de la expansión de los fenómenos lingüísticos en aquella época.

Un ejemplo es el adjetivo que significa "bello". En portugués tenemos *formoso*, en español antiguamente *fermoso*, hoy *hermoso*; en el Este, el rumano tiene *frumos*; mientras que el italiano y el francés tienen *bello*, *beau*. Bartoli hace caso omiso de los matices de significado que puedan haber existido en la lengua literaria entre *formosus* y *bellus*, creyendo que en el latín hablado en los distintos lugares y épocas debe haber predominado una u otra de estas palabras; hace caso omiso de *pulcher*, que no cuenta porque ha desaparecido en los modismos neolatinos: basándose únicamente en la distribución geográfica, extrae un argumento que puede enuclearse de la siguiente manera. Cuando Iberia y más tarde Dacia fueron colonizadas, la palabra que recibieron de Italia, que significaba "bello", era *formosus*: por tanto, también en Italia ésta debió de ser la palabra predominante en la época republicana y en los primeros tiempos del Imperio. Más tarde, en Italia prevaleció la innovación *bellus*: la palabra ya existía en la época clásica en el sentido de "bonito", pero ahora se convirtió en la palabra normal que significaba "bello". La Galia, que aún estaba en estrecho contacto con Italia en esta época (siglos II-III d.C.), también aceptó la innovación *bellus*, mientras que Iberia y Dacia no aceptaron la nueva oleada lingüística y siguieron ciñéndose a *formosus*. Si, por el contrario, se admitiera que tanto el formosus como el *bellus* y tal vez el *pulcher* llegaron a los distintos territorios del Imperio, y que uno u otro acabaron prevaleciendo en cada zona, no se podría explicar la "figura" que presenta la distribución geográfica: dos zonas laterales conservadoras flanqueando una zona central innovadora.

Si se quiere otro ejemplo de la misma "figura", se pueden citar las entradas para "olvidar": pero en este caso no sólo la Península Ibérica y Dacia mantienen *obliterar* (sp. y port. *olvidar*, rom. *uità*), sino también la Galia (fr. *oublier*, prov. *oblidar*): en cambio, Italia tiene la innovación *olvidar* (*dementicastis* se explica en un glosario con *oblivioni tradidistis*).[71]

Algo menos evidentes son las conclusiones que pueden extraerse de la localización geográfica cuando hay que contentarse con comparar dos tipos que sobreviven en zonas diferentes. Pero varios indicios nos hacen estar seguros de que *patella (it. padella*) es de expansión más reciente que *sartago* (que aún sobrevive en la Península Ibérica, Cerdeña y los dialectos del centro y sur de Italia), y así *granarium* (it. *granaio*) que *horreum* (que sobrevive en Cerdeña y Provenza); *sapĕre* (más tarde *sapēre*) adquiriendo cada vez más decisivamente valor transitivo y significado de 'saber', ganó *scire* (que sobrevive en Romenia y Cerdeña). *Clusum* (it. *clos*), extraído de compuestos del tipo *conclusum*, *inclusum*, se popularizó cuando la Galia ya había recibido *clausum* (fr. *clos*), etc.

No son pocas las palabras latinas que no han dejado rastro en Italia, mientras sobreviven aquí y allá en otros territorios neolatinos más o menos vastos: por citar sólo algunos ejemplos, *verrere pervive en la* península Ibérica (sp. *barrer*), mientras que en Italia ha sido superado por *scopare*; *fimus* y derivados (*fumier* etc.) persisten en la Galia, sustituidos en

Italia por *laetamen*; *forum pervive* en Iberia (*fuero* etc.) y en la Galia (en la locución *au fur)* mientras que en Italia sólo la toponimia lo recuerda.

Muchas palabras persisten sólo en Cerdeña *(discere*, *sus* etc.) o sólo en Romenia *(lingula*, *noverca*, *venetus*, *aucupare* etc.), varias sólo en Cerdeña y Romenia (*haedus*, *vitricus* etc.).

La lista de palabras latinas de las que no queda ningún continuador en las lenguas y dialectos neolatinos no sería corta. Y no sólo de palabras que indicaban nociones más bien abstractas, no sólo de palabras que indicaban objetos ya desaparecidos (sería absurdo pensar que la noción y el nombre de *apalare* 'cuchara para comer huevos bazzotte', atestiguados en Ausonio, pudieran persistir a través de los siglos).[72] Pero también desaparecieron palabras como AMNIS (sustituido por *flumen*), CLUNES y NATES (*naticae*), IGNIS (*foco*), OS (*bucca*); ATER (*niger*); ALERE (*nutrir*), AMITTERE (*perder*), INTERFICERE (*occidere*),[73] LINQUERE (*laxare*), LUDERE (*iocare*), MEMINISSE (*memorare*, *recordare*), NERE (*filare*), POTARE (*bibere*) etc.

A veces se puede ver o vislumbrar la expansión posterior de distintas palabras. De *loqui* no queda ni rastro; en su lugar triunfaron primero *fabulare* (sp. *hablar*, por. *falar*) y *fabellare* (que existe en sardo y ladino, y estaba vivo en dálmata); luego el neologismo cristiano *parabolare llegó* a dominar en Galia e Italia: nos damos cuenta de su lenta y progresiva expansión de norte a sur si pensamos en lo vivo que estaba aún *favellare* en los textos italianos más antiguos, sobre todo en el centro y sur de Italia.[74]

En resumen, es evidente que, siempre que sea posible, las pruebas obtenidas a partir de la distribución actual de las zonas deben completarse con datos procedentes de los textos escritos de los siglos intermedios: si hoy ya no queda rastro de *uxor, y* sólo se encuentran continuadores de **uxorare* en los dialectos del sur de Italia, el francés antiguo y el provenzal aún conservaban formas populares que se remontaban a *uxor*, también se documentan rastros de **uxorare* para la Italia media ("ke lu volere puro *exorare*": *Ritmo di sant'Alessio*, v. 108, y (o) scioreccio (de *uxoricium) se encuentra en documentos de Lucca y Pistoia del siglo XIII (G.D. Serra, en Arch. 108), y *(o*) *scioreccio (*de **uxoricium) se deriva* de documentos de Lucca y Pistoia del siglo XIII (G.D. Serra, en *Arch. glott. it*, XXXIII, 1941, p. 123).

Utilizando el método areal, convenientemente complementado con la evidencia de los textos, vemos que en muchos casos el área italiana coincide con la de Iberia y la Galia, en otros casos con la de Dacia; en un número muy elevado de casos la coincidencia es sólo entre Galia e Italia. Esto se corresponde con las conclusiones de los historiadores, según las cuales hasta todo el siglo III la circulación dentro del ámbito imperial fue muy intensa; y si más tarde fue mucho menor, las relaciones entre la Galia e Italia nunca cesaron.

Las innovaciones surgidas en Italia en la época tardoimperial llegan mucho más difícilmente a las provincias, de modo que Iberia y Dacia (y también Cerdeña) conservan una latinidad en conjunto más arcaica que la de la península itálica. Dentro de Italia, la Italia meridional conserva un mayor número de fenómenos y voces arcaicas, en comparación sobre todo con la Italia septentrional, que se entiende más a menudo con la Galia: la Italia central conserva su posición intermedia que facilitará su función mediadora en los siglos venideros.

15. Cambios de significado

Los cambios de significado que se produjeron en el latín hablado de la época imperial son muy numerosos. Algunos de ellos se producen de tal manera que podríamos encontrarlos en cualquier otra época y lugar. Que ACER del significado de 'agudo' pasó al de 'agrio', que COLLOCARE, COLLOCARE SE redujo a ese significado de 'acostarse, tumbarse' que en época clásica sólo tenía ocasionalmente (*collocate puellulam* está ya en Catulo, *Carm*. 61, v. 188), que BUCCA 'gota' pasó a indicar la *boca* cercana, para remediar la homonimia inapropiada en la que *os había* llegado a encontrar (p. 52): todo esto entra dentro de los fenómenos más generales de la semántica.

Pero de otros cambios obtenemos pistas interesantes sobre las condiciones sociales y la psicología colectiva del entorno en que se originaron esos fenómenos y, en general, sobre su antigüedad. Para indicar la "mesa para las comidas familiares", se utiliza el *desco,* DISCUS: prueba de que era mayoritariamente redonda. BUSTUM era el lugar donde se quemaban los cadáveres, de ahí sepulcro: la costumbre de adornar los sepulcros con imágenes talladas del difunto dio origen al significado italiano de *busto*. El griego ORGANUM significaba

'instrumento' en general: la especificación del significado al instrumento musical concreto llamado *órgano* muestra la boga que tuvo en la época imperial.

A menudo vemos -y esto es una pista de las condiciones en las que se perpetuó el latinismo hablado- que cuando en la época clásica teníamos palabras de dos significados, uno concreto y otro abstracto, sólo el concreto sobrevive en el uso hablado (el otro, si acaso, se restaurará más tarde como latinismo). He aquí algunos ejemplos:

GRADUS: sobrevive en el sentido de "paso", muere en el de "grado" (*grado* es voz culta); PAGINA "enramada" y "página": vive en la voz *pania* (*página* es voz culta); PUTARE "cortar" y "sujetar": persiste como *podar*; STIRPS vive sólo en el significado de "sterpo" y no en el figurado de "linaje, descendencia"; STIMULUS "aguijón" y "estímulo": persiste en muchos dialectos en el significado anterior, bajo la forma *stómbolo* que se remonta a una variante *STUMULUS.

Y si FISCUS ha desaparecido de la lengua hablada, tanto en el sentido de "cesta" como en el de "tesoro del Estado (o del emperador)", los diminutivos *fiscolo*, *fiscola*, fiscina, *fiscella* de los dialectos meridionales están ligados al sentido más concreto.

Muy raramente se da el caso de que lo concreto y lo abstracto se continúen a la vez, como INGENIO en el sentido de 'ingenio' y en el de 'dispositivo' (el *ingenio de la llave*; cf. el *ingeniero* derivado).

Muchos de los cambios de significado nos muestran esta tendencia a la expresión concreta, pero de vivos colores, y nos permiten vislumbrar así la influencia predominante de los estratos plebeyos en estas innovaciones.

El latín EXEMPLUM perdura en el italiano *scempio* (propr. "una masacre tal que sirva de ejemplo"); FUGA continúa en *foga*; FURIA en *foia*, TESTA "vasija de barro, concha" se usa, al principio en broma, en lugar del ya demasiado aburrido *caput* (cf. p. 53; y del mismo modo el diminutivo *TESTULUM de donde cráneo; GRANDIS prevalece sobre magnus porque tiene una estrecha asociación formal con las voces más cálidas y concretas grossus y magnus. p. 53); e igualmente el diminutivo *TESTULUM, de donde *cráneo*; GRANDIS llega a prevalecer sobre *magnus* porque tiene una estrecha asociación formal con las voces más cálidas y concretas *grossus* y *grassus.*

Para expresar la pena, ya no basta con PLOREAR, sino que se dice que uno se rasca las mejillas, se golpea el pecho: esto solía significar LANIARE SE, PLANGERE, que luego pasó a ser simplemente *gemir* y *llorar*.

Y, entre las muchas expresiones para 'morir', surge ahora la expresión tan obviamente plebeya CREPARE 'reventar' ('praecipitaveruntque eos de summo in praeceps, qui universi crepuerunt': *Vulg*, II *Paral*, XXV, 12).

Un gran número de palabras muestran tales cambios de significado que por sí mismas atestiguan un ambiente rústico: con la despoblación de las ciudades en los últimos siglos del Imperio, la vida más activa tenía lugar en el campo, y muchas palabras conservan huellas de ello, *hodieque manent vestigia ruris* (Hor., *Ep*., II, I, v. 160).

La pervivencia del *PATRONUS* en su significado parece referirse a la institución del patronazgo por la que muchos preferían renunciar a su libertad y a las cargas fiscales convirtiéndose en arrendatarios de ricos terratenientes, sus patronos.[75]

La desaparición de la palabra DOMUS[76] y el predominio de CASA, que en la época clásica significaba "choza, cabaña rústica", es un indicio de ruralización.

La máquina por excelencia es el molinillo (lat. MACHINA, it. *muela*).

PULLUS ya no es la cría de cualquier animal, sino específicamente la *gallina*: y lo importante que es la avicultura se ve también en INDEX cambiado por *éndice*, de CUBARE que adquiere el significado específico de *empollar.* El verbo PONERE adquiere en algunas zonas (Arezzo *pónere*, Bolonia, Módena *pander*) el significado de 'empollar' (mientras que en Friuli, Francia, Cataluña adquiere el significado de 'poner huevos').

En cambio, CATULUS, que antes significaba el nacimiento de un animal, adopta ahora, con la forma *cacchio, el* significado de "primer brote" o, en el acresctivo (*cacchione*), el de "pluma que brota" o "larva de insecto".

HORTUS, que entre los romanos era tanto 'huerto' como 'jardín', se reduce a su significado utilitario (*huerto*). STILUS se limita al valor de *tallo*; THYRSUS no sobrevive en el sentido mitológico y literario de 'tirso' de las Ménades, sino como un muy prosaico *tórso* o *tórsolo*.

META vive sólo en unos pocos lugares en el sentido de 'meta (de juegos infantiles)', por ejemplo en el Venez. *mèa* (el it. *mèta* no es, por supuesto, una voz hereditaria): los significados rústicos de *méta* 'montón', 'montón de heno', 'pedazo de estiércol' están muy vivos.

De MINARI 'amenazar' pasamos a *menare* 'conducir' a través del significado de 'conducir animales amenazándolos o golpeándolos' que está claro en la glosa de Festus: 'Agasones: equos agentes id est *minantes*' (p. 23 Lindsay).

El significado abstracto de *vuelta* (del latín *VOLVITA) se explica bien por el giro de los bueyes cuando llegan al final del campo (cf. también *vuelta* y *vuelta*).

Y, por citar un último ejemplo, Rajna (*Speculum*, III, p. 301) explicó la acuñación del término ALBA de la siguiente manera: "que los hablantes latinos sintieran la necesidad de una palabra para expresar la fase intermedia entre el crepúsculo y el amanecer, se comprende bien. La gente del campo, que era siempre madrugadora, lo sentía especialmente y se preocupaba por ello".

La huella de la vida rústica ya era muy fuerte en el latín preclásico;[77] el latín predominantemente rústico apareció de nuevo, cuando estaba a punto de convertirse en neolatín.

En muchos otros casos, los cambios semánticos se han producido en entornos especiales, más o menos técnicos. Es una metáfora militar PAPILIO en el sentido de 'tienda', por comparación con las alas abiertas de una mariposa ('tentoria, quos etiam papiliones vocant': San Agustín, *Locutiones de Genesi*, I, 114): de ahí el italiano *padiglione*, fr. *pavillon* etc. ORDINARE en el sentido de 'mandar' también procede del lenguaje militar.

Entre los cambios semánticos que pueden atribuirse al derecho figura el paso de LIBELLUS "libreto" a *nivel*, mediante la "escritura" que regula esta concesión de tierras. Las palabras APRECIAR, *IMPARATE "procurar una noción" e INSIGNARE "grabar" por tanto "meter en la cabeza",[78] de donde se dice que *aprender*, aprender, *enseñar tienen* su origen en la jerga estudiantil, en una época en que cada vez menos gente iba a la escuela.

Hígado y *seso eran* originalmente términos culinarios: FICATUM era propiamente *iecur ficatum* 'hígado animal cebado con higos'; en cocina, el diminutivo CEREBELLUM prevalecía sobre CEREBRUM: de ahí, las dos palabras pasaron al lenguaje común.

Es probable que *hombro a espátula* ('spatula porcina': Apicius) y posiblemente también *pierna*, originalmente un término veterinario (CAMBA, GAMBA), más tarde trasladado al hombre, también siguieran la misma ruta.

La terminología de las artes y oficios se enriquece con metáforas de fuentes consuetudinarias (especialmente nombres de animales y plantas): CANTHERIUS *patio*, CYC(I)NUS it. mer. *cécënë* "una vasija", CICONIA, CICONIOLA, que perviven en el dial. sett. para designar diversas herramientas, ANATICULA it. mer. *naticchia* "cerrojo", VITIS *vid* (de madera o metal) etc. Y el lenguaje popular recurre a los nombres de herramientas conocidas como metáforas: así nació el significado novedoso de TORNARE "*girar* en el torno".

Sin comparación, más raras son, en este periodo, las oleadas semánticas que descienden desde arriba: un ejemplo es el nuevo significado que adquiere COMES en tiempos de Constantino, el de "alto funcionario imperial" (más tarde *conde*).

Los significados constituyen un sistema, aunque no muy rígido, es decir, todos están interrelacionados; y si una palabra cambia de significado, es muy probable que el cambio afecte a otras palabras. Si BUCCA toma el significado de 'boca', se necesita otra palabra para expresar el concepto de 'mejilla' y será GABĂTA 'cuenco', usado metafóricamente: de ahí el it. *gota.* Si MITTERE pasa del significado de 'enviar' al de 'poner' ('et nemo *mittit* vinum novum in utres veteres': *Vulg.*, *Luc.*, V, 37), se necesita un nuevo verbo para expresar esa primera noción, y será *mandare*. El verbo FERIRE pasa del significado de 'golpear' al nuevo de 'herir', y es sustituido por PERCUTERE. En las zonas donde MULIER toma el significado de 'esposa', es necesario expresar la noción de 'hembra' con otra palabra; y así sucesivamente.

16. Semántica cristiana

Muchas palabras cambian de significado como consecuencia de la revolución espiritual provocada por el cristianismo, que penetró en todos los estratos de la población en pocos siglos. La mayoría de las palabras que se refieren a la vida del espíritu reciben nuevos significados o, al menos, nuevas connotaciones; conceptos morales y religiosos vinculados al pensamiento pagano se ven desbordados o trastocados por la concepción cristiana y las nuevas relaciones que proclama entre lo divino y lo humano.

Uno piensa en el significado de palabras como FIDES, SPES, CARITAS, VIRTUS, PASSIO, MUNDUS, SAECULUM, PIUS, SACER, PECCARE, COMMUNICARE en la lengua de la época de Augusto y en la de la época de Teodosio.

De la lucha entre los dos significados diferentes de la palabra SALUS, entendida por los paganos como 'salud' y por los cristianos como 'salvación', tenemos un curioso testimonio en un sermón de San Agustín.[79]

Cómo la semilla del Evangelio floreció en los nuevos conceptos ha sido estudiado en innumerables ensayos de teología, filosofía, liturgia: aquí sólo nos importa señalar la grandiosa transmutación.[80]

A veces, el cambio de significado tiene su origen en una referencia precisa a un pasaje del Evangelio.

La extensión de la MASA de "masa fermentada con la que se hace pan" a grupos de personas es una alusión a un pasaje de San Pablo (*Rom*., IX, 21: el alfarero saca como quiere sus vasijas de la *massa luti)* frecuente en las controversias religiosas del siglo IV: San Octato de Milevi considera a los católicos sometidos a los donatistas como *massa poenitentium*, Ambrosiaster y San Agustín describen a la humanidad pecadora como una *masa de pecados* consecuencia de la inmundicia de Adán.

El verbo TRADERE adopta el significado de *traicionar* por referencia a Judas, que "entregó" a Jesús ('Iudas qui *tradidit* eum'; *Matth*., XXVI, 25) y a los obispos *traditores* que en la época de la persecución de Diocleciano entregaron textos sagrados a las autoridades.

El cambio de significado del lat. CAPTIVUS al ital. *cattivo* 'malvado' (y al fr. *chétif* 'miserable') se debe también al latín cristiano, concretamente al uso en locuciones como *captivus diaboli* y similares ('prisionero del diablo, obsesionado'), que lo enmarcan en la teoría agustiniana de la predestinación.[81]

La voz latina tardía MALIFATIUS, de *malum fatum*, quizá también fue sugerida por la doctrina de la predestinación: de ella procede *el mal*.[82]

Aún hoy se discute cómo PAGANUS adquirió el significado opuesto a CHRISTIANUS.[83]

Los términos genéricos, asociados a modos de vida particulares, adquieren un significado más restringido: VESPER sobrevive aplicado a las oraciones rezadas a una hora determinada de la tarde, *las vísperas*, IEIUNIUM es el *ayuno según las* prescripciones de la Iglesia, PLEBS se estrecha para indicar la *parroquia, es decir,* la parroquia rural. La TÚNICA romana sobrevive transformada en la *sotana* eclesiástica.

En cuanto a las palabras más vinculadas al culto pagano, o bien desaparecen, como ARA, sustituida cada vez más por ALTARE, hasta que esta voz triunfa con San Jerónimo, que la adopta en la *Vulgata*; o bien se secularizan, como LUSTRARE, que pasa de significar 'expiar con sacrificios' a 'pulir'; o bien adquieren una connotación despectiva: es el destino de varios nombres de dioses, reducidos a nombres de seres malignos: DIANA sobrevive en muchos dialectos romances con el significado de 'hada, ninfa, bruja', ORCUS como *ogro,* etc.[84]

Varios de los cambios semánticos del latín cristiano se deben, como es bien sabido, a calcos del griego; y algunos a calcos que el griego ya había hecho del hebreo. Bastará recordar un par de ejemplos: *passio* que calca πάθος, *salvare* y *salvator* con los significados de *σῴζω* y *σωτήρ*, *Dominus* equivalente a Κύριος, *testamentum* calcado de *διαθήκη,* que a su vez tiene el significado del hebr. *berîth* 'pacto', etc. (algunos ejemplos más en pp. 47-48).

Si a la penetración de los grecismos y la acuñación de nuevas palabras se añaden los cambios semánticos ejemplificados más arriba, nos daremos cuenta de la convulsión que el cristianismo ha provocado en el léxico.

17. Acuñación culta tardía

En estos últimos párrafos (§§ 12-16) nos hemos ocupado sólo de aquellas palabras que, habiendo arraigado en el latín hablado de Italia, han logrado sobrevivir a lo largo de los siglos por vía hereditaria. Sin comparación, son más numerosas las que entran en la tradición escrita a partir de los textos de época imperial. Se trata de entradas jurídicas, administrativas, filosóficas, teológicas, etc.: *parentesco*; *inventarium*, *secretarius*, *primicerius*, *limitrophus*; *brephotrophium*, *nosocomium*; *intimare*, *ultimare*; *scibilis*, *scientificus*, *multiplicitas*; *vivificare*, *mortificare*, *glorificare*, *beatificare*; *confortare*; *incorruptibilis*, etc. Habrá que tenerlo en cuenta en los capítulos siguientes, en los que veremos cómo el italiano recurre a la latinidad escrita en todos los siglos: no sólo el clásico, sino también el tardío y el medieval.

[1] V. Pisani, "Augusto y el latín", en *Ann. Sc. norm. Pisa*, s. 2a. VII, 1938, pp. 221-236.

[2] Tribus de taifali, pueblo godo, habían sido asentadas por el emperador Graciano (383) en Emilia (y así más tarde tribus de alamanni fueron acogidas por Teodorico a orillas del Po, etc.).

[3] *Corpus Inscr. Lat.,* IV, n.º 1173, E. Diehl, *Pompejanische Wandinschriften*, Bonn 1910, n.º 594.

[4] Diehl, *Vulgärlat. Inschriften*, Bonn 1910, nos. 208-219.

[5] Suet, *agosto*, 88. Encontramos en las inscripciones pompeyanas *Paris isse* (Diehl, *Pompejanische Wandinschriften,* cit., nos. 309-311; V. Väänänen, *Le latin vulgaire des inscr. pompéiennes*, Helsinki 1937, pp. 113-114).

[6] *De reditu* 1, vv. 63-66. "De los pueblos extranjeros", parafraseó V. Crescini, "hiciste de Roma una sola nación, y a los renuentes les sirvió de mucho ser subyugados por ti, uniendo a los vencidos en la unidad de tu ley; hiciste del mundo una sola ciudad, y los pueblos más adversos e inconformes fueron, por tu misericordia, ciudadanos de un solo municipio.

[7] Amiano Marc. XXIII, 5, 10-14.

[8] Arriano, *Tact.* 44.

[9] J.U. Hubschmied, *Vox Romanica*, III, 1938, pp. 48-155. Pero no es creíble admitir (basándose únicamente en la correspondencia entre el galo *oskilo* y el alto alemán *osk* 'ceniza', respetada en la adaptación de *Oscela* en *Eschental*) que en el siglo XII hubiera todavía en el valle de Ossola habitantes que hablaran galo y alamanni que los entendieran (p. 50).

[10] Las dos tesis opuestas de la continuidad hasta nuestros días (Rohlfs, Caratzas) y de la interrupción (Morosi, Battisti) son, sin embargo, menos divergentes de lo que parecen, ya que incluso Rohlfs debe reconocer que la grieticidad debe haberse reducido a algo muy tenue en el momento en que la nueva corriente bizantina llegó para revigorizarla y remodelarla.

[11] M. Rostovzev, *Historia económica y social del Imperio romano,* traducción de G. Sanna, Florencia 1933, pp. 483-484.

[12] Bartoli, *Ensayos*, p. 112.

[13] J. Jud, en *Revue de ling. romane,* III, 1927, pp. 234-236 (lucha entre *extutare*, voz surgida en el latín hablado de la capital, y *extinguere*).

[14] La importancia del tabique de Diocleciano en la geografía lingüística de la época imperial ha sido argumentada especialmente por Bartoli (*Ensayos*, p. 119) y Devoto (*Storia*, pp. 302-305).

[15] En la inabarcable bibliografía sobre el tema, cabe mencionar especialmente las investigaciones de J. Schrijnen y su escuela: la colección Latinitas Christianorum Primaeva, inaugurada por *Charakteristik des altchristl. Lateins* del propio Schrijnen, Nimega 1932, la revista *Vigiliae Christianae*, dirigida por Chr. Mohrmann, la colección de ensayos del mismo autor *Études sur le latin des Chrétiens*, Roma 1958.

[16] Su principal defensor fue G. Gröber, en *Arch. Lat. Lex. und Gramm.,* I, 1884, pp. 210-213.

[17] Meyer-Lübke, *Einführung*, pp. 18-19.

[18] En general, los estudiosos italianos, incluso de escuelas opuestas (cito a Bartoli y Merlo), se inclinan por seguir la tradición de Ascoli, dando gran importancia al sustrato; otros estudiosos (recuerdo especialmente a Rohlfs y Hall) son mucho más escépticos. Terracini, *Páginas*, pp. 41-79 y V. Bertoldi, *La parola quale testimone della storia*, Nápoles 1945, pp. 121-177.

[19] En un artículo de la *Rivista Urbinate* de ese año, ampliamente citado por el P. F. Sarri para ilustrar la correspondencia inédita Ascoli-Bianchi, en *Mem. Acc. Lincei,* s. 6a, VIII, 1939, p. 157.

[20] G. F. Mohl, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, París 1899, p. 13.

[21] Devoto, *Historia*, pp. 198-199.

[22] C. Merlo, "Lazio Sannita ed Etruria Latina?", en *Italia dialettale,* III, 1927, pp. 84-93.

[23] "Para constituir el vínculo entre la antigua situación osca y la actual en Campania, basta incluso el mero *bennere* 'vendere' atestiguado para el año 826 por el *Codex Cavensis*": Bertoldi, *La parola quale testimone*, cit., p. 126.

[24] Merlo, "Latium Sannita ed Etruria Latina?", cit., con la indicación de autores anteriores; C. Battisti, en *Studi etruschi*, IV, 1930, pp. 249-254. Las opiniones negativas de Rohlfs (en *Germ.-rom. Monatsschr., XVIII, 1930*, repr. en *An den Quellen der rom. Sprachen*, Halle 1952, pp. 71-75) y Hall (*Italica*, XXVI, 1949, pp. 64-71) no me parece que

afecten a la probabilidad de que tal sonido típico deba atribuirse al sustrato (M.L. Wagner, en *Rom. Forsch.*, LXI, 1948, p. 14).

[25] Wagner, en *Rom. Forsch., LXI,* 1948, p. 17; véase también Wartburg, *Ausgliederung*, pp. 24-26, M.L. Wagner, *Rom. Forsch.*, LXIV, 1951, pp. 416-420.

[26] En las dos ediciones del folleto sobre la *posición de la lengua italiana* (Leipzig 1936, Florencia 1940), y en el ensayo "Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume", en *Zeitschr. rom. Phil.,* LVI, 1936, y posteriormente en volumen, Berna 1950.

[27] Escucha lo que San Agustín escribió a su madre (*De ordine* II, 17, 45), interesante testimonio sobre las diferencias entre la latinidad de África y la de Italia, y sobre la discordancia de ambas respecto a una lengua ideal libre de defectos: "Si enim dicam te facile ad eum sermonem perventuram, qui locutionis et linguae vitio careat, profecto mentiar. Me enim ipsum, cui magna fuit necessitas ipsa perdiscere, adhuc in multis verborum sonis Itali exagitant; et a me vicissim, quod ad ipsum sonum attinet, reprehenduntur."

[28] Cf. H. Meier, *Die Entstehung der roman. Sprachen und Nationen*, Frankfurt 1941, passim; M. Pei, en *Rom. Rev.,* XXXIV, 1943, pp. 235-247; M.L. Wagner, en *Rom. Forsch.,* LXI, 1948, pp. 1-20.

[29] M. Bartoli, "Caratteri fondamentali della lingua nazionale italiana e delle lingue sorelle", en *Misc. Fac. Lett. e Fil.,* I, Turín 1936, pp. 79-81.

[30] H.F. Muller, *Cronología del latín vulgar*, Halle 1929, cap. X.

[31] *Rom.* LXI, 1948, pp. 322-323.

[32] "Ciceronianus es, non Christianus", le dice el Juez eterno en el sueño que Jerónimo relata en su carta a Eustoquio (*Ep.* XXII, 30).

[33] "Melius est reprehendant nos Grammatici, quam non intelligat populus" (*Enarr. in Ps.* CXXXVIII, 20). La comparación entre las obras de san Agustín escritas antes y después de su conversión es muy instructiva: en estas últimas, las construcciones analíticas son más frecuentes que en las primeras.

[34] Mientras que el toscano y el italiano literario tienen *ò* (*òro*, etc.), en algunos dialectos arcaicos del norte y en dialectos del sur las palabras populares siguen teniendo *au* (Rohlfs, *Hist. Gramm.*, §§ 41-43).

[35] Rohlfs, *Hist. Gramm.*, § 309. Para el sardo, véase Wagner, *Hist. Lautl des Sardischen*, Halle 1941, § 351.

[36] Wartburg, *Ausgliederung*, pp. 20-31.

[37] Rohlfs, *Hist. Gramm.*, § 308. En sardo y ladino, la *-s* conserva su valor flexivo.

[38] B. Migliorini, en *Silloge linguistica dedicata alla memoria di Graziadio Isaia Ascoli nel primo centenario della nascita*, Turín 1929, pp. 271-301.

[39] *Excavation News*, 1911, nº 458, nº 21 (citado por Väänänen, *Inscr. Pomp.*, p. 81).

[40] Las palabras que en latín tenían IS + cons. (o HIS + cons.) también aceptan esta alternancia: por ejemplo, *historia*, *España*.

[41] Devoto, *Historia*, p. 240.

[42] Considero, en los ejemplos siguientes, junto al área lingüística más estrictamente italiana, también las áreas sarda y ladina. Sin entrar en minuciosas discusiones sobre parentescos más o menos estrechos, sobre áreas delimitadas con mayor o menor precisión, sino a efectos prácticos, hablo en este caso de un área *itálica, de* palabras *itálicas*, refiriéndome a la "*diócesis itálica*" (de finales del siglo III al V) que incluía también Cerdeña y Rhetia (L. Cantarelli, *La diocesi italiciana da Diocleziano alla fine dell'Impero occidentale*, Roma 1903).

[43] Véase la lista mucho más rica de G. Rohlfs, en *Arch. St. n. Spr.,* 184, 1944, pp. 122-123 (= *An der Quelle*, cit., pp. 171-172).

[44] Migliorini, *Saggi ling.*, pp. 239-241.

[45] G. Gröber, en *Arch. Lat. Lexik. Gr.,* I, 1884, p. 242.

[46] *Zeitschr. rom. Phil.,* III, 1879, p. 259.

[47] H. Schuchardt, en *Zeitschr. rom. Phil.,* XXII, 1898, p. 532.

[48] Estudio al que J. Jud y su escuela, y en Italia V. Bertoldi, C. Battisti, C. Tagliavini, G. Alessio han hecho las aportaciones más notables.

[49] Además de los conocidos trabajos de Dottin y Weisgerber, y de los encabezamientos celtas en *REW,* véase T. Bolelli, "Le voci di origine gallica nel *REW*", en *It. dial.*, XVII-XVIII.

[50] Especialmente en el volumen clásico de A. Ernout, *Les éléments dialectaux du vocabulaire latin*, París 1909.

[51] Los casos de escrúpulos a la hora de aceptar palabras griegas no son frecuentes: el emperador Tiberio "*monopolium* nominaturus, prius veniam postulavit, quod sibi peregrino verbo utendum esset" (Suet., *Tib.* 71).

[52] Bartoli abordó en varias ocasiones la pugna entre los dos términos *basílica* y *ecclesia*: véanse las referencias en el Índice de sus *Ensayos*.

[53] En los dialectos del norte, el tipo *musìna* ha pasado a significar "hucha" (*REW* 2839).

[54] "ga-hlaiba 'Genosse' von *hlaibs* 'Brot' in *companio* geradezu übersetzt erscheint"; Meyer-Lübke, *Einführung*, p. 49.

[55] Cf. el *coarmio* (¿nom.?) de una inscripción palermitana, desgraciadamente hoy ilocalizable y sin fecha (*Corpus Inscr*. *Lat.* X, 7297): SYRUS HUI / DELICATUS COARMIO MERENTI / FECIT. En cuanto a las formaciones simples en *-io*, son numerosas, sobre todo en la latinidad tardía: *litterio* 'gramático' (Ammiano), *tabellio* etc. (y aquí hay que mencionar también *campio, que* también se cree acuñado por influencia germánica, pues sólo aparece en las leyes bárbaras).

[56] El origen sigue siendo incierto, pero lo más probable es que sea celta: véase más recientemente B. Hasselrot, *Études sur la formation diminutive dans les langues romanes*, Uppsala 1957, cap. I.

[57] Similar a *Ebriacus* (emitido como pseudónimo, *Ebriacus*: W. Schulze, *Zur Gesch*. *lat. Eigennamen*, Berlín 1904, p. 284). Cf. el *Gelasianus* de Sidonius Apollinaris, *Carm*. XXIII, v. 301. Para los hallazgos modernos, véase Migliorini, *Dal nome proprio,* p. 215, y *Saggi linguistici*, p. 94.

[58] El adj. *montaniosus* está documentado en topógrafos.

[59] En algunos casos, el diminutivo se utiliza para designar un objeto distinto del indicado por el nombre de base: CULTELLUS es el cuchillo, CULTER una forma de reja de arado (tosc. *cóltro*), ASINUS sigue siendo el nombre del *asno,* mientras que ASELLUS se utiliza para designar un insecto *(asno*) y un pez *(merluza*), etc.

[60] H. Rönsch, *Itala und Vulgata*, Marburgo 1875, p. 468; E. Löfstedt, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae*, Uppsala 1911, pp. 184-187.

[61] *Sternutare* no está documentado antes de Petronio, pero debe haber existido ya en la época clásica (Cicerón utiliza *sternutamentum*).

[62] Por qué casualidad entonces *el hirudo ha podido* sobrevivir hasta nuestros días en algún lugar de Provenza (*REW* 4144), no es posible decirlo.

[63] Véase el pasaje citado en la p. 20.

[64] Sin embargo, se ha formulado la hipótesis de que originalmente se trataba de una alusión al uso bárbaro de los cráneos como recipientes para beber (para las distintas etapas del cambio de significado, véase F. Stolz, J.H. Schmalz, M. Leumann, J.B. Hofmann, *Lateinische Grammatik*, Múnich 1926, p. 193).

[65] V. Cocco, en *Mem*. *Acc. d'Italia,* s. VIIa, III, pp. 793-833 y en *Biblos,* XX, 1944, pp. 71-120.

[66] El escolástico en Persius, *Prol*. 1, nota: "*caballino* autem dicit non *equino*, quod satirae humiliora conveniant".

[67] La *equa* femenina perdura más tiempo, hasta el punto de que se pueden encontrar vestigios de ella en algunos dialectos italianos, y restos aún más fuertes en otros territorios neolatinos (*REW* 2883).

[68] Este último es posiblemente de origen germánico (pero no definitivamente: cf. la reconexión con *titillo* sugerida por Ernout-Meillet, s.v.).

[69] E. Müller-Graupa, *Phil*. *Wochenschr.*, LIV, 1934, col. 1356-60.

[70] Principalmente con la *Introducción a la Neolingüística*, Ginebra 1925, y con numerosos artículos, los más notables de los cuales se recogen en los *Ensayos* frecuentemente citados.

[71] *El olvido* no entra en este razonamiento, porque es un afrancesamiento medieval.

[72] H.F. Muller, *Époque mérovingienne*, Nueva York 1945, p. 225.

[73] La falta de vitalidad de *interficere* con respecto a *occidere* en la lengua hablada postclásica queda demostrada por el hecho de que en Petronio *interficere* sólo se utiliza una vez, *occidere* dieciséis.

[74] Recuerda el *fabellare* que aparece tres veces en el Ritmo Cassinese.

[75] El fenómeno aparece ya en el siglo II (Rostovzev, *Historia*, cit., p. 240) y luego se agrava cada vez más ("dediticios se divitum faciunt": Salvianus, *De gubernat*. *Dei* V, 38).

[76] Fuera de Cerdeña; y en la voz *duomo*, elíptica de *domus ecclesiae*, la casa canónica anexa a la iglesia.

[77] J. Marouzeau, "Le latin langue de paysans", en *Mél. Vendryes*, París 1925, pp. 251-264.

[78] La palabra sólo está documentada en la primera acepción en la glosa '*έγεαράσσω*, insignificante, grabado' (*Corpus Gloss. Lat.*, II, 284, 17).

[79] "Attendebat enim forte Christianus pauper humilis in Pagano forte divite ac potenti, attendebat florem foeni et eligebat eum fortasse patronum habere magis quam Deum. Hunc alloquitur Psalmus (CXLV, 3): Nolite fidere in principes et in filios hominum quibus non est salus'. Ille continuo respondet: 'Numquid de isto dicit, cui non est *salus*? Ecce sanus est: hodie illum vegetum video'": J.P. Migne, *Patrol. Lat.,* XLVI, 917.

[80] Entre la interminable bibliografía, nos limitamos a mencionar: Rönsch, *Itala und Vulgata*, cit.; H. Rheinfelder, *Kultsprache und Profansprache in den rom. Ländern*, Florencia 1933; H. Jansen, *Kultur und Sprache*, Nimega 1938.

[81] Pero hay que recordar que locuciones como *irae captivus se* encuentran ya en Séneca. Cf. W. von Wartburg, *Franz. etym. Wört.*, s.v. *captivus*, y Ph. Haerle, *Captivus-cattivo-chétif*, Berna 1955.

[82] H. Schuchardt, en *Zeitschr. rom. Phil.,* XXX, 1906, p. 327.

[83] Véase más recientemente S. Boscherini, en *Lingua nostra,* XVII, 1956, pp. 101-107.

[84] Migliorini, *Del nombre propio*, pp. 310-318.

II

ENTRE EL LATÍN Y EL ITALIANO (476-960)

1. Límites

Con el 476 comienza el sometimiento político de Italia a linajes extranjeros, que durará muchos siglos: también un hecho lingüísticamente importante. Y en el 960 aparece el primer documento en el que se escribe conscientemente en una nueva lengua: estamos ya en torno al año mil, cuando los miembros dispersos de Italia empiezan a recomponerse en un atisbo de unidad.

2. Romanos y germanos. Los godos

El establecimiento de una serie de reinos bárbaros hizo que el sentimiento de pertenencia al Estado imperial romano y la relativa preeminencia sobre las provincias se debilitaran o incluso se perdieran. Ni las pretensiones de Bizancio a la universalidad del Imperio ni la restauración carolingia cambiaron esta situación: ya no era Roma, ya no era Italia la que llevaba el águila. Pero si la unidad política del mundo romano se rompe, persiste una civilización común, aunque en menor grado, y las relaciones eclesiásticas se mantienen fuertes; o incluso crecen, dentro de la *civitas Christiana*.

Vivir según el "derecho romano", participar, aunque fuera de forma vaga y distante, en la primacía eclesiástica reivindicada por Roma, hacía que el desprendimiento del universalismo imperial fuera mucho más difícil en Italia que en otros lugares. Para que el concepto de nación italiana particular se injertara en el concepto geográfico de Italia, sería necesario que los demás particularismos nacionales ya hubieran entrado en vigor. Y será necesario, por otra parte, que el concepto de nación supere los particularismos locales, que en este mismo medio milenio se están profundizando más que nunca.

El dominio de los hérulos, los godos y los lombardos adoptó ante todo la forma de colonización militar.

Los godos, que ya habían vivido un par de siglos en contacto con los romanos en sus sedes danubianas, habían recibido sin duda una fuerte influencia de éstos. La tendencia a la romanización, tanto de los visigodos que se asentaron en Iberia y el sur de la Galia, como de los ostrogodos que descendieron a Italia con Teodorico (489), es evidente; y puede reconocerse precisamente por los esfuerzos realizados por sus soberanos para evitar que la individualidad étnica y la virtud guerrera de su pueblo se perdieran con la romanización: pretendían que los godos asimilaran la sabiduría romana y conservaran el valor bárbaro (*Romanorum prudentiam caperent et virtutem gentium possiderent*: Casiodoro, *Variar.*, III, 23).

El epigrama que nos conserva la *Anthologia Latina*, de un romano que ya no sabía qué versos componer, en el fragor de las palabras godas que resonaban a su alrededor, debió de escribirse poco después de la época de la conquista:

Inter *eils* gothicum, *scapia*, *matzia, ia*, *drincan*,
non audet quisquam dignos edicere versus.[1]

Pero el mero hecho de tomar la pluma en la mano para escribir hace que uno se incline por el latín: las suscripciones de los sacerdotes arrianos en los papiros de Rávena están más a menudo en latín que en gótico.

Especialmente en los lugares donde se produjeron los asentamientos más fuertes, las profesiones jurídicas góticas persistieron durante mucho tiempo;[2] pero la evidencia de las palabras góticas supervivientes parece revelar un hundimiento en la romanidad circundante, ligado a una decadencia social. "¡Qué diferencia con la abundante serie de nociones en las que se manifiesta la influencia de la cultura franca en el norte de Francia!

Toda la miseria de la población extranjera que permaneció en Italia se refleja en los escritos góticos en italiano, que llevaron una vida de parias hasta la llegada de los nuevos señores germánicos, los lombardos".[3]

Con la capitulación de los últimos godos (555) finalizó la conquista, o reconquista, de Italia por parte de Bizancio. Cuando vemos a Aligerno, hermano de Teia, que mandaba las tropas de Cumas, rendirse a Narsete entregándole la ciudad y el tesoro, vemos cómo pierde en cierto modo su individualidad de líder bárbaro, se convierte en súbdito y se integra así en la vida de los súbditos romanos.[4]

Es difícil saber si esta reconquista contribuyó a que Italia recibiera alguna influencia griega: lo más importante es tener en cuenta la nueva división geográfico-política de Italia que surgió tras la entrada de los lombardos en Italia (568) y sus conquistas.

3. Los lombardos

Los lombardos no eran muy numerosos: aunque se han intentado valoraciones muy dispares, los historiadores más autorizados creen que no había más de 15.000 combatientes.[5] Aunque los contactos que ya habían tenido con los pueblos civilizados los habían dirolizado y cristianizado en cierta medida (eran de religión arriana), entraron en Italia ya no como huéspedes o aspirantes a alguna investidura de poder por parte del Imperio, sino como un ejército de conquistadores, libres de imponer a los vencidos las condiciones que quisieran. Instalados preferentemente en los grandes latifundios y ocupando las mejores partes de ellos, no desdeñaron, sin embargo, las ciudades, convertidas en sedes de sus duques. Mediante la fundación de castillos, organizaron *la* dispersión en un entramado de tipo militar y quitaron a las ciudades parte de su radio de influencia. Sus asentamientos más densos se encontraban en el norte de Italia y en Tuscia, como se desprende no sólo de las fuentes históricas, sino también de los vestigios toponímicos; menos densos debieron de ser en los ducados de Spoleto y Benevento: pero esto no quita que el carácter lombardo de Benevento (tanto en los empeños militares como en su apego a las creencias religiosas) fuera muy fuerte.

El carácter de clase militar dominante hace que los lombardos oscilen con respecto a sus súbditos, caducos de su poder y sin embargo poseedores de una cultura superior a la suya, entre el desprecio y la envidia: se mezclan en ellos un complejo de superioridad y otro de inferioridad.

Las relaciones entre los dos linajes tuvieron que cambiar lentamente durante su larga cohabitación: ásperas en tiempos de Alboin y Clephi, menos en la época de Liutprand y los reyes posteriores, aunque siempre se ve o se vislumbra el empuje de grupos especialmente intransigentes.

Cuál era el estatuto de los súbditos vivos según el derecho romano, hasta qué punto había progresado la fusión cuando se produjo la invasión franca en 773, es algo que los historiadores discuten desde hace mucho tiempo, y todos recuerdan la contribución a estos estudios de Muratori y Manzoni. En este lento proceso, lo que nos sería importante conocer es el progreso de la romanización lingüística: es decir, saber hasta qué punto los lombardos se hicieron bilingües y abandonaron después su lengua nacional; y con qué rapidez se produjo el proceso en distintas épocas y lugares. Desgraciadamente, debido a la escasez de documentación, no podemos esperar precisar mucho.

Nuestro problema es paralelo al que plantean los juristas, pero una cosa es la persistencia de las instituciones jurídicas y otra la persistencia del lenguaje: el derecho lombardo, que pasó del derecho personal[6] al derecho consuetudinario local, sólo en el siglo XIV se vería desbordado en el sur de Italia, donde había sobrevivido con mayor tenacidad.

Lombardos se llamaron también durante mucho tiempo los pequeños nobles del campo opuestos a las comunas: probablemente descendientes y herederos de los conquistadores. Por otra parte, incluso en Italia hay algún indicio de lo que fue el destino del nombre *romano entre* los latinos orientales, entre los que *rumîn* acabó significando "siervo del siervo": en un documento de Pistoia del año 767 *romani* tiene el significado de "cultivadores" por excelencia: "omnes romani qui modo sunt vel eorum heredibus" (*Códice Diplomático Lombardo*, II, p. 219).

En cuanto a la lengua, tenemos una interesante anécdota referida a principios del siglo VIII y que nos ha transmitido Pablo el Diácono, el erudito lombardo que se convirtió en historiador de su pueblo: el duque Ferdulfo reprocha al sculduccio Argait no haber

apresado a ciertos ladrones: "quando tu aliquid fortiter facere poteras qui Argait ab *arga* nomen deductum habes" (*Hist. Lang,* IV, 24), y de esta acusación de "cobardía" surgió una contienda entre ambos que se saldó con la victoria de los eslavos. Pablo Diácono califica este intercambio de insolencias de "vulgaria verba", es decir, "palabras triviales", y no me parece que esto pueda deducirse, como hizo Hartmann,[7] que los lombardos más distinguidos ya hablaban latín entre ellos. Un pasaje del *Chronicon Salernitanum* (c. 38) compuesto en c. 978 nos atestigua: "lingua todesca quod olim Longobardi loquebantur" (*Mon. Germ. hist., Script.*, III, p. 489), lo que demuestra que en el siglo X ya no se hablaba longobardo en el sur de Italia (aunque el cronista todavía es capaz de explicar algunas entradas).

Mientras que el Bluhme[8] pensaba que el rey "romanizador" Liutprand ya sólo tenía un escaso conocimiento de la lengua longobarda, Bruckner llegó a afirmar que persistieron grupos de personas que hablaban longobardo, al menos en algunos territorios, en los albores del segundo milenio.[9] Pero los argumentos en los que se basa se desmoronan si los examinamos de cerca; la *ih* en un documento del 872 no es una *ich* sino una *hic*, los supuestos apodos germánicos del 919 y el 1003 no son en absoluto plausibles.[10]

Hartmann, como hemos mencionado, tiende a creer en una asimilación relativamente rápida (y más rápida entre las clases dirigentes). En resumen, es probable que en la época de la conquista franca sólo hubiera unos pocos núcleos que siguieran utilizando el longobardo, aunque también ellos se hubieran vuelto bilingües.[11]

La conquista franca aceleró sin duda el ritmo de la romanización lingüística. Los lombardos de las clases bajas entraron en relaciones cada vez más estrechas con los romanos con los que convivían; los de las clases altas se encontraron, en efecto, compartiendo "siervos" y "rebaños" con los francos llegados, no en gran número pero favorecidos por la protección real: pero la romanización de los francos estaba ya tan avanzada que es de suponer que les resultaba más cómodo para su entendimiento utilizar una especie de latín impregnado de vulgarismos romances, en lugar de lo poco que por entonces tenían que poseer de sus respectivas lenguas germánicas.[12]

En 845, en un placitum celebrado en Trento sobre las posesiones de un monasterio en el valle de Lagarina[13] se habla de los vasallos "tam Teutisci quam et Langobardi", y uno de ellos, natural de Tierno, llevaba el sobrenombre de *Suplainpunio*, *Supplainpunio* "Golpe en el puño", es decir, que ahora era "lombardo" y no "longobardo".

Poco nos enseñan las glosas y los glosarios sobre el progreso del bilingüismo. Ya en los textos de los edictos algunos términos más difíciles, longobardos o no, se explican con un sinónimo.[14]

Evidentemente, la proliferación de glosarios y la compilación de verdaderos glosarios (sobre todo en la zona de Benevento en el siglo IX)[15] revelan la ignorancia, no podemos decir si progresiva o ya completa, de Lombardía; pero también hay que tener en cuenta la extensión del uso de las leyes lombardas a lugares donde nunca había habido una colonización lombarda.

Sobre el modo de vida de los italianos bajo la dominación lombarda había y sigue habiendo opiniones muy diversas. Ciertamente, hubo momentos terribles (masacres de terratenientes en la época de Clefi), pero en general persistieron una vida y una cultura urbanas: tanto eclesiásticas[16] y laica. Se piensa en la persistencia de tradiciones hagiográficas, escolásticas y jurídicas (con la vitalidad ininterrumpida de la escuela de Pavía),[17] pensemos en las tradiciones agrimensoriales atestiguadas por las *Casae litterarum*, en las tradiciones metalúrgicas evidenciadas por las *Compositiones Lucenses*: ambos textos de época lombarda.

Si en un principio los lombardos no habían deseado la propiedad de la tierra per se, sino en la medida en que podían obtener los frutos de ella sin cultivarla, más tarde muchos de los propios arimanni se habían convertido en agricultores, y ya el edicto de Rotari (643) nos muestra los lazos que los lombardos tenían ahora con la tierra.

El *curtis*, con su economía autosuficiente o casi autosuficiente, centralizada en torno a un monasterio, o en torno a una villa detentada por un señor lombardo (más tarde franco), tiene lugar en este periodo en la Italia lombarda (y sólo en ella, ya que no parece haber rastro de ella en la Italia bizantina).

Las condiciones políticas y económicas hacen pensar en una escasa circulación y, por tanto, en un creciente aislamiento de las pequeñas unidades parroquiales o diocesanas, casi autosuficientes.

Sin embargo, no falta circulación. En primer lugar, hay que mencionar a los *magistri com*(*m*)*acini*, nombrados en el edicto de Rotari, en el *Memoratorium de mercedibus magistrorum commacinorum* y también, no pocas veces, en documentos (por ejemplo, en un documento de Toscanella del año 739: *Cod. dipl. Long.*, I, p. 216).[18]

Entonces no faltaban comerciantes:[19] y artesanos y mercaderes debieron de ser aquellos *Transpadani* o *Transpadini que* encontramos en Toscana y el Lacio en época lombarda (Arezzo 715, Pistoia 742, Marta 765, Lucca 772).

Los pactos de Liutprand con Comacchio y los derechos arancelarios establecidos entonces nos muestran la regularidad del comercio fluvial con los imperios adriáticos.

4. Circulación lingüística en la época de los lombardos

La división de Italia que marcó la conquista lombarda y que hacia 680 se consolidó con una paz o tregua que implicaba una renuncia tácita a la reconquista por parte de los bizantinos, tuvo, como sabemos, una enorme influencia política, pues sólo el Risorgimento borró políticamente esas fronteras. No debemos creer, sin embargo, que la circulación lingüística se interrumpiera por completo. Sabemos que Roma estaba unida al Exarcado por ese "corredor" bizantino (y más tarde papal) que seguía la Via Flaminia; Venecia, Bari, Amalfi, Nápoles se comunicaban entre sí y con Oriente principalmente por mar.

Si en la geografía dialectal se aprecian todavía algunos rastros de ese "corredor", no discernimos en absoluto la diferencia que a priori cabría esperar, digamos, entre Bolonia y Rávena, por un lado, y Parma, Piacenza, Pavía, por otro. Pero desgraciadamente es imposible decir si esto se debe a una continuidad ininterrumpida del tráfico o a un ajuste posterior.[20]

Importantes en la geografía cultural de la época lombarda son las relaciones entre Lombardía y Toscana, y también las mantenidas con los lombardos en los ducados meridionales.[21]

Hipotéticamente hablando, si a los gérmenes de desunión que ya presentaba el latín hablado de Italia en los últimos tiempos del imperio (diferentes sustratos, líneas de tráfico horizontales más importantes que las verticales) se hubiera unido una diversidad de dominio, si, pongamos por caso, Toscana hubiera seguido siendo bizantina, la diferenciación entre ésta y el norte habría sido aún mayor, y por tanto Toscana difícilmente habría podido desempeñar la que más tarde fue su función histórica, como mediadora entre la Italia septentrional y la meridional. Pero entre reconocer esto y atribuir el mérito a los lombardos hay una gran diferencia: nos contentaremos con decir que, afortunadamente, quienes destruyeron la unidad política de Italia no separaron sus partes de tal manera que pusieran en peligro el restablecimiento de una lengua común para toda la península, incluso antes de que se pudiera lograr el restablecimiento de la unidad política.

No faltan argumentos para negar que los lombardos vinieron a reconstruir una circulación lingüística que estaba a punto de romperse. En primer lugar, tenemos algunas voces, muy probablemente góticas, cuyo ámbito se extendía hacia el norte y el centro: por ejemplo *rócca* (de filare) y *lésina*. Después, la persistencia de resultados fonéticos diferentes en el norte de Italia y en Toscana, que la circulación de la época longobarda no destruyó ni atenuó: aludo sobre todo al diferente resultado de CE, CI (sibilante en el norte de Italia, palatal en el resto de Italia). Por último, la frecuencia de resultados diferentes dados en distintas regiones por las mismas voces longobardas (daremos algunos ejemplos de ello más adelante): esto demuestra que hubo varias recepciones en distintos lugares, y confirma que la circulación de voces longobardas no fue tan intensa.

Hay dos maneras por las que las peculiaridades germánicas pudieron entrar en el léxico de las lenguas románicas de Italia: o bien los futuros italianos las oyeron de sus señores cuando aún hablaban germánico, y las repitieron para hacerse entender por ellos; o bien permanecieron como peculiaridades idiomáticas en el habla de aquellos (godos o) lombardos que, habiendo aprendido a hablar románico, tras haber perdido el uso de su lengua nacional, se fundieron lingüísticamente con la población restante: reliquias lingüísticas, en suma. Sólo en el primer caso es propiamente un efecto de prestigio lingüístico, una acción del superestrato.

El equilibrio entre los germanismos de los dos tipos es muy difícil de hacer. Si la influencia longobarda fue más fuerte y duradera que la gótica, no puede compararse ni remotamente con la ejercida por los francos en el norte de Francia. En conjunto, la

influencia debida al prestigio parece escasa, mientras que la penetración de las reliquias fue, relativamente, bastante copiosa.

5. Los francos

Los conquistadores francos sólo extendieron su dominio por el norte y el centro de la península, mientras que los ducados lombardos del sur acabaron siendo más o menos independientes. Pero las buenas relaciones establecidas con el papado contribuyeron sin duda a intensificar las relaciones entre los territorios sometidos a los francos, el Patrimonio de San Pedro y aquellos otros ducados en los que la sujeción al Imperio de Oriente era por entonces cada vez más vaga. Las relaciones comerciales se hicieron más intensas,[22] y también la afluencia de peregrinos.[23]

A diferencia de los godos y los lombardos, ya no tenemos un pueblo que se desplaza en busca de nuevos asentamientos, sino, tras los enfrentamientos por la conquista, un reducido número de jefes que pasan a ocupar puestos de mando y ganancia. Su influencia de "prestigio" era muy considerable, mientras que la influencia posiblemente ejercida por las reliquias lingüísticas de algunos de sus asentamientos debe considerarse casi nula.

Y a estas alturas, la romanización de los francos de Francia está tan avanzada que también debemos considerar los germanismos introducidos por ellos en la lengua italiana en ciernes en un plano completamente distinto al de las voces góticas y longobardas; de hecho, ya son voces aceptadas en el patrimonio románico de Francia, voces paleofrancesas, y entran en Italia, a partir de Carlomagno, del mismo modo que las voces de origen latino reelaboradas fonética o semánticamente en Francia. Esto no quita para que a veces las pistas fonéticas no nos ayuden nada y las geográficas poco (ya que sólo nos dicen que la palabra existe tanto en Francia como en Italia). La pista social puede ser útil en algunos casos: una palabra que remite a usos de las clases altas tiene más probabilidades de ser franca que gótica o longobarda.

La dificultad más grave con la que nos encontramos en el estudio de los elementos francos y paleofranceses es la de establecer la cronología de su penetración en Italia. Aparte de lo poco que pueda haber llegado ya a Italia por influencia merovingia, tanto la gran expansión política y cultural del imperio carolingio (siglos VIII-IX) como los contactos religiosos, comerciales y culturales en la época de las Cruzadas, las conquistas normandas y la civilización caballeresca (siglos XI-XIII), tuvieron lugar antes de que el italiano apareciera plenamente formado: de modo que en muchos casos nos resulta imposible decir si una palabra penetró en el italiano en la época de Carlomagno o en la de los Hauteville, o incluso más tarde. Sólo en el caso, desgraciadamente poco frecuente, de que la palabra aparezca en documentos medievales de época carolingia podemos llegar a ciertas conclusiones; por otra parte, el hecho de que una palabra no esté atestiguada no permite sacar conclusiones *ex silentio*.

No hay que olvidar que con los francos, el sistema feudal, con sus divisiones, se extendió a Italia, y así, podemos suponer, con una acentuación de la división dialectal.

6. Bizantinos y musulmanes

Con la entrega del Exarcado y la Pentápolis al Patrimonio de San Pedro, el dominio bizantino se reduce definitivamente al sur de Italia. Sin embargo, entre las épocas carolingia y ottoniana, los bizantinos experimentaron un notable renacimiento político y cultural, y fue el periodo en el que partes del sur de Italia fueron colonizadas o recolonizadas por helenos. En el siglo X, el "reino de Italia", que comprendía el norte y el centro de Italia, fue contrarrestado por el "tema bizantino de Italia", que comprendía los ducados de Campania, los principados lombardos, Apulia y Calabria.

Por supuesto, además del factor político, hay que tener en cuenta el religioso y el comercial. En Roma, los barcos procedentes de Oriente desembarcaban en la *Ripa Graeca, es decir,* en los alrededores de Santa Maria in Cosmedin, y en el siglo X se cantaban allí versos griegos durante la fiesta de Cornomannia, que eran ampliamente comprendidos.[24]

En conjunto, la influencia lingüística bizantina en este medio milenio fue menos fuerte que la germánica; sin embargo, mientras que no hay registros de islas lingüísticas germánicas que se remonten a la época de las invasiones, las islas lingüísticas griegas de

Calabria y Terra d'Otranto (tanto si pertenecen a la época bizantina como si representan un nuevo injerto bizantino sobre un tronco anterior) aún sobreviven.

La conquista musulmana de Sicilia (siglo IX) trajo a la isla importantes núcleos de árabes; pero la separación entre ambas razas debida a la religión, y un cierto respeto de los conquistadores por las costumbres y la lengua de sus súbditos, hicieron que las lenguas de Sicilia se desarrollaran sin más alteración que la incorporación de un cierto número de palabras árabes. No se puede descartar en absoluto que grupos considerables de sicilianos se arabizaran y, tras el fin de la dominación musulmana, volvieran a latinizarse.

7. Latinidad medieval. Algunos ejemplos típicos

Si el nombre de latín vulgar se presta a grandes malentendidos, poco menos inconveniente presenta el de latín medieval.[25]

Ha pasado el tiempo en que era necesario reivindicar la importancia de este estudio, y ahora se puede evaluar la latinidad de los distintos períodos de la Edad Media según su propio rasero, y no según el de Cicerón. Cuando Gregorio Magno († 604) dice de la gramática de los retóricos, que él conoce bien, que la desprecia, para no someter la palabra de Dios a las reglas de Donato,[26] es conscientemente vago sobre su propio ideal de latinidad.

Y otros, de siglo en siglo, seguirán otras pautas: no puede decirse, por ejemplo, que Benedicto Crispo o Pablo Diácono o Cordero de Rávena no logren su propia eficacia. Sigue siendo cierto, sin embargo, que aparte de una capa muy delgada de gente culta que mantiene lo mejor que puede una respetable tradición escolástica, hagiográfica y jurídica, el conocimiento de la lengua escrita ha decaído terriblemente.

Lee algunos pasajes del relato de una investigación que el notario real Guntheram fue a hacer en 715 a la corte real de Siena sobre la vieja cuestión de la pertinencia para Siena o Arezzo de ciertas iglesias y monasterios del territorio sienés.

Item dixit nobis suprascriptus Aufrit presbiter [de monasterio Sancti Petri ad Abso]: "Homines fuerunt Senensis, ambulabant ad Sancto Felice diocea Clusina; posteas quod Wilerat subtraxit eos de plebe Clusina, illi vero fecerunt sibi baselica in onore Sancti Ampsani. Dedicavit ea episcopus de Sena per rogo sacerdotum Aretine ecclesiae, eo quod in eorum diocea erat; nam ipsa baselica usque in anno isto semper sub presbiteros de Sancto Vito fuit, qui est diocia Sancti Donati; [...in isto anno infra quadragensima fecit ibi Deodatus episcopus de Sena fontis, et per nocte eas sagravit, et presbiterum suum posuit unum infantulo de annos duodecim; antea, ut dixi, semper ipse tedolus [= titulus] de sub ecclesia Sancti [Donati] fuit [...]". Item Romanus clericus de castro Policiano dixit: "Warnefrit gastaldius mihi dicebat: Ecce missus venit inquirere causa ista, et tu, si interrogatus fueris, quomodo *dicere habes*? Ego respondi ei: Cave ut non interroget, nam si interrogatus fuero, veritatem *dicere habeo*. Sic respondit mihi: Ergo *taci*. Tu viro, qui est missus domni regi modo me invenisti, et *non te posso contendere*, Deo teste, quod veritatem scio. Tibi dico quia diocias istas [...]".[27]

O leer documentos privados del siglo VIII: por ejemplo, la carta de venta de un tal Rodoin redactada por el notario Ansolf (Pisa 730):

venondavi tivi Dondoni aliquanta terrula in locum qui dicitor ad stabla Marcucci: uno capite tenente in terra Chisoni et alium capite tenente in terra Ciulloni, de uno latere corre via publica.[28]

O el "libello" (redactado por el notario Teutperto, Lucca 804) con el que Astruda, abadesa de Santa Maria Ursimanni, regala a Gudolo una casa y granjas en Montemagno, y éste se compromete a pagar una parte de los productos:

[...per singulos annos reddere debeamus medietate vino puro da tertia vices uba bene calcata, et indi vinata, nam non pondum inibi nobis uvandum; quidem et vobis reddere debeamus per singulos annos medietatem aulivas, quas de ipsa res Dominus donare dignatus fuerit; et per omnes vendemia reddere debeamus medio porco valente dinari sex, et tres pani boni mundi, et duo casii mediogrii; seu et duo fila fica sicche bone, et inter cici, farro et linticle sistario uno, et per singulos annos vobis reddere debeamus tres pulii cum quindecim ovas.[29]

Incluso en textos ciertamente escritos por algunos de los hombres más cultos del reino, afloran curiosos vulgarismos, sobre todo en citas de diálogos. Leemos en las leyes de Liutprand:

Hoc autem rei veritas pervenit ad nos, quod quidam homo diabolum instigantem dixissit ad servum alienum: "Veni et occide dominum tuum, et ego tibi *facere habeo* bonitatem quam volueris". Ille autem puer, suasus ab ipso, intravit in causam ipsam malam, et hisdem qui eum suaserat in tantam malitiam perductus est, ut aetiam praesentialiter dicerit eidem puero: "Feri ipsum dominum tuum," et ipse ei pro peccatis feritam fecit, et iterum dixit ei: "Feri eum adhuc, nam si non eum feriveris, ego te *ferire habeo.*" Ipse autem puer conversus fecit eidem domino suo alteram feritam, et mortuos est.[30]

Por tomar un texto de otro tipo, véase el pequeño tratado titulado por los filólogos *Compositiones ad tingenda musiva* o *Compositiones Lucenses*: se trata de una colección de recetas metalúrgicas y vidrieras conservadas en el cód. 490 de la Biblioteca Capitolare de Lucca, cuya redacción está fechada en torno al año 600, mientras que el códice es de alrededor del 800. He aquí las instrucciones dadas para transformar el oro en alambre:

Quomodo petalum fiet ad fila aurea. Auro bonum sicut metrum; batte lammina longa et gracile. Quomodo per longum battis, plica eam unum super unum et sic eas battes, sed plecaturas non battis. Et postea aperis aurum per medium et amba capita non battuta in medio veniant; et batte et cum ala eum divide; et post debeas aplanare cum matiola lignea. Et de solum unum debeas facere III petalas. Et post tolles forfices bonas, subtilissima, longas et graciles et circina illum usque ad sanum; et plica unum cata unum petalum; et contine illa cum tena[cl]a ferrea; et tota sic similiter fieri debet. Et tolle carbones minutos, adprehende illos in focario; et debeas mittere tota petala intro modico et scalda equaliter, ut tota sca[l]data fiat. Et habes aquam paratam et bersa super, ut adluminentur se ipsa petala [...].[31]

No hay esfuerzo dialéctico que pueda llevarnos a admitir que así se hablaba en Italia en los siglos VII y VIII. Cada uno de estos textos representa una mezcla peculiar, debida a la superposición de dos normas en la mente del autor: por un lado, la de la lengua hablada, que es una norma aún no bien enucleada y fijada, y vigente sólo como costumbre inconsciente, nacida de la transmisión ininterrumpida y de la lenta alteración del latín hablado, y en busca de su propio y nuevo equilibrio; por otro lado, la norma de la latinidad escrita, tal como se oía y se enseñaba en aquellos siglos. Pero si esta norma operaba todavía con cierta fuerza en las escuelas retóricas y jurídicas o en los talleres hagiográficos de algunos centros importantes, fuera de ellos llegaba de forma pálida y larvada.

Tenemos que imaginarnos a un pobre hombre que ha aprendido como ha podido unos rudimentos de latín para oficiar, o cuatro fórmulas para ser notario; al hablar, ya no usa la *s*, la *m* o la *t* finales, pero sabe que al escribir debe usarlas, de determinadas maneras, según patrones (por ejemplo, el acusativo), que ya no oye y que nunca ha aprendido a aplicar: por lo tanto, al escribir pone las terminaciones según le sugiere su memoria, y por lo tanto no pocas veces, ya que su memoria no le sugiere nada, como él.

El peso de la tradición escolástica se manifiesta sobre todo por esta obligación inminente, de la que nadie puede pensar ni por un momento en poder escapar, la obligación de escribir en latín. Por eso nos parecen fuera de toda realidad esos bizarros experimentos que hizo Andrea Gloria juntando diversos vulgarismos encontrados en los papeles, por ejemplo reconstruyendo una carta que podría haber sido escrita hacia 750 en Lucca: "A lo domno Gualprando episcopo. Possedeo hodie, patre meo, a Castagnulo in Monticello una casa cum castello, torre, sala, panario, porticale, canava, orticello, curticella e altere adiacentie e pertinentie, uvi soleo abitare cum Racculo meo fratello" etc.[32]

Pero hay que dar absolutamente por sentado que existió una tradición popular ininterrumpida: que no se trata de un mito romántico se desprende de la comparación con los dialectos rumanos, que en un entorno cultural puramente eslavo y griego, y por tanto privado durante muchos siglos de todo contacto con la tradición cultural escrita del mundo latino, se desarrolló sin embargo manteniendo un carácter esencialmente románico.

Si la tradición oral ininterrumpida en los distintos asentamientos es un hecho indiscutible, sólo hipotéticamente (pero es una hipótesis teórica y contradictoria con la historia real) podemos imaginarla libre de los efectos de esa otra tradición que también estaba viva, en círculos reducidos pero prestigiosos: la tradición culta, fundada en la latinidad escrita.

A partir de Varrón aparecen aquí y allá indicios de palabras o formas individuales utilizadas en el uso popular hablado, indicadas por la fórmula *vulgo*,[33] y, naturalmente, abundan en el período que estamos estudiando.

No muy diferente es el valor de un paso dado por Novati:[34] San Columba (o Columbano), fundador del monasterio de Bobbio, en una carta del año 613 a Bonifacio IV (y a la Curia) observa que el nombre Columba que llevaba en latín existía también en *lengua idiomática, es decir*, en la lengua vernácula de Italia ("Columba latine, potius tamen vestrae idiomate linguae"). Otras expresiones que atestiguan el uso plebeyo las encontramos en Agnello Ravennate (siglo IX): "Quod *rustici* nescientes vocant eum ad Pinum" (p. 363 Holder-Egger), "quae *rustico more* Galiata dicitur" (*ibíd.*, p. 379). Otro episodio que relata Agnello (ibid., p. 383), el de la frase dicha por el arzobispo Grazioso a Carlomagno durante la comida: "Pappa, domine mi rex, pappa", sirve más bien para mostrar la "gran sencillez" del dignatario, a quien no en vano sus hermanos habían advertido que no hablara.

Todavía no se ha llevado a cabo una exploración metódica exhaustiva de los fragmentos vernáculos que aparecen en los periódicos de estos siglos, aunque no faltan investigaciones útiles, empezando por la de Muratori:[35] que ha realizado encuestas o estudios sobre colecciones individuales,[36] quienes han compilado colecciones gramaticales o léxicas, de carácter regional o nacional, que recogen más o menos íntegramente las cartas altomedievales (Parodi, Trauzzi, Nigra, Sella, Bosshard, Arnaldi); quienes, en monografías sobre fenómenos o vocabularios concretos, se han basado en gran medida en las colecciones de dichas cartas (Aebischer, Castellani).

El uso de los datos que pueden derivarse de la ortografía de los documentos rara vez puede ser inmediato: pero tal será el caso, por ejemplo, de nuevas grafías como el nexo *tz*: *uno petztzo*, *uno petztziolo*, Lucca 740 (*Cod. dipl. Long.* I, p. 222).

En la mayoría de los casos, hay que intentar llegar a lo que podría haber sido el uso hablado dándose cuenta de la imagen gráfica que se le presentó a la mente del escritor y a la que transpuso lo que quería expresar. Si encontramos *ligibus*, *heridibust*, *mercide,* no debemos pensar que se pronunciaba así, sino que alguien acostumbrado a decir *prometus* y a escribir *promitto* también recurría al mismo método cuando quería expresar el sonido de *mercede* sin que la memoria le proporcionara una imagen visual de la palabra. En algunos casos, incluso podría establecerse una tradición escrita medieval (*curtis*, *octubris*, etc.).

8. La aparición de la lengua vernácula

Es bien sabido el fuerte desfase que se produjo en Francia entre la época merovingia y la carolingia, debido principalmente a la política cultural y escolástica de Carlomagno: tampoco podemos entrar aquí en la controvertida cuestión de cuál fue la participación de los eruditos italianos en aquel temprano movimiento humanista.

En Italia, hay un desprendimiento menos notable y algo más tardío: recuérdese el establecimiento de las ocho escuelas reales con la capitular de Lotario de 825 (Turín, Ivrea -encomendada al obispo-, Pavía, Cremona, Vicenza, Cividale, Florencia, Fermo) y las prescripciones del concilio romano de 826, ratificadas por Eugenio II, sobre la necesidad de escuelas episcopales y parroquiales.[37]

La mejora de la latinidad trae como consecuencia necesaria la separación de la lengua vernácula. Mientras se escriba de forma tosca, sin desvincular la norma latina de la de la lengua vernácula hablada,[38] Mientras se escriba toscamente, sin desenredar la norma latina de la vernácula hablada, los resultados son tales como los de los que hemos visto algunos ejemplos: pero cuando la gramática y el vocabulario latinos se aprenden más a fondo, según cánones bien definidos, las confusiones se hacen menos frecuentes, y la lengua vernácula se manifiesta como un modo de expresión diferente, sentido, aunque todavía embrionariamente, como autónomo. [Las palabras vulgares aparecen en algunas breves inscripciones, como la de la primera mitad del siglo IX, esgrafiada en la catacumba de Commodilla, en la que un religioso pide a un cofrade que recite en voz baja las *secritas en* lengua vernácula].[39]

Sólo en el siglo X tenemos indicios concretos del uso público de la lengua vernácula;[40] estamos cerca de la fecha que hemos fijado como terminal, 960.

El Novati[41] enumera estos indicios así: "una alusión del panegirista de Berengar a los cantos que el pueblo romano mezcló en 915, sus *voces nativas*, a las sabias melodías griegas y latinas durante la coronación de su señor; el famoso pasaje de la epístola escrita en 965, en la que Gonzone recuerda el *usus nostrae vulgaris linguae quae latinitati vicina est*; la no menos célebre mención que Widukindo ha dejado de la habilidad de Otón I para hablar en *lengua romana*; por último, el elogio que el autor del epitafio métrico de Gregorio V († 999) prodiga al difunto pontífice, porque solía exponer la palabra divina a la plebe en tres idiomas diferentes:

Usus francisca, *vulgari* et voce latina
instituit populos eloquio triplici".

A estos testimonios sólo podría añadir el que da un penitencial casinés del siglo X (Cod. Cassin. 451), que advierte "fiat confessio peccatorum *rusticis verbis*".[42]

9. El enigma veronés

Como primer uso escrito de la lengua vernácula, nos remontaríamos al siglo IX si pudiéramos considerar ciertamente como tal el acertijo veronés, que se utiliza desde hace algunas décadas, es decir, desde que Schiaparelli lo descubrió y publicó,[43] y más aún desde que Rajna hizo hincapié en sus caracteres vulgares,[44] ocupa cronológicamente el primer lugar entre los monumentos de la lengua y la literatura italianas.

En un libro litúrgico escrito en los primeros años del siglo VIII en Toledo (quizá incluso antes de que los árabes ocuparan la ciudad en 711), varias manos sucesivas dejaron huellas que permitieron a Schiaparelli reconstruir sus andanzas. El códice pasó primero a Cagliari, luego probablemente a Pisa, donde un tal Maurizio canevario se declaró fiador del ánfora de vino de un tal Bonello.[45] En los últimos años del siglo VIII o principios del IX, una mano muy probablemente de Verona escribió en él las siguientes palabras como prueba a lápiz:

+ separeba boues alba pratalia araba & albo uersorio teneba & negro semen seminaba.

¿Compuso deliberadamente versos en lengua vernácula o, extrayendo de memoria hexámetros latinos rítmicos, introdujo sin darse cuenta numerosos vulgarismos? La respuesta es difícil y depende en parte de la interpretación de ciertas palabras.

Pero primero, ¿de qué se trata? Tras una breve distracción que hizo creer que el texto era un fragmento de una canción de paletos, se vio claramente[46] que se trata de un acertijo basado en una metáfora muy antigua, la comparación entre arar y escribir:[47] los bueyes son los dedos, el arado es la pluma, el prado es el pergamino.[48]

La adivinanza, aún viva en muchos dialectos ('El campo blanco / negro la semilla / tres bueyes trabajan / y dos no hacen nada'; y similares) estaba muy extendida en la literatura latina medieval. Monteverdi cita entre las numerosas referencias una de Paolo Diacono, especialmente notable porque procede de la misma época y lugar en que se escribió la adivinanza veronesa:

Candidolum bifido proscissum vomere campum
visu et restrictas adii lustrante per occas.

El acertijo de Veronese es mucho más popular, pero sin duda fue compuesto por un clérigo que no desconocía ninguno de estos precedentes.

La piedra angular de la discusión lingüística es *se pareba*, para la que se han dado varias interpretaciones. La más tentadora a primera vista es que se trata de una forma de *parare* en el sentido de "empujar hacia delante" (bueyes, ovejas, etc.): y es tentadora tanto porque se mencionan los bueyes como porque en el Véneto esta acepción de *parar* sigue muy viva hoy en día.[49]

Si fuera cierto, se deducirían dos rasgos característicamente vulgares del acertijo, un imperfecto en *-eba* de un verbo de la primera conjugación y un *si* con valor de dativo de ventaja. Rajna incluso hizo de *-eba* el centro de su reconstrucción, remodelando los dos imperfectos en *-aba* sobre esa forma:

Boves se pareba
y albo versorio teneba
dawn pratalia areba
e negro semen semineba.

Pero no faltan las dificultades: la discordancia entre esta *-eba* y la otra *-aba*, la precocidad de *se* con el valor de dativo de ventaja, la falta de paralelismo entre la primera proposición, en la que debería admitirse un sujeto implícito 'el patán', y las otras tres que implican mejor como sujeto 'los bueyes'.

Aunque algunas de estas objeciones han sido ingeniosamente contestadas, creo que es mejor escapar a la seducción de ese *pareba* da *parare*, y recurrir al verbo *parere*, *parersi* en el sentido de 'aparecer': en adivinanzas y rimas infantiles el objeto a adivinar se presenta a veces con 'c'è', 'ecco', 'si vede', 'salta fuori' y similares. Por tanto, querría decir: "i buoi apparivano": en cuanto a *"si"*, la correspondencia con el antiguo uso italiano de *parersi* atestiguado en poesía es obvia (*qui si parrà la tua nobilitate*: Dante, *Inf.,* II, 9; *sì*, *che l'effetto convien che si paia*: *Par.*, XXVI, 98; *sicché si pare all'acqua*: Iac. Alighieri, *Dottr*., XXI, v. 41) y también en prosa (Boccaccio, etc.).[50]

Si *la pareba* no es *parida*, las demás peculiaridades léxicas y morfológicas son mucho más deslucidas: *pratalia* (no *pradalia, hay que* señalar, aunque en esta época en Verona hay que suponer que *-d-* se utilizaba hacia el año 800) y *versorio* también se pueden suponer en el verso latino de tendencia vernácula; y el tratamiento que hace de *-lia* y *-rio* dos monotonías también es normal en la poesía rítmica latina de la Edad Media. Los fenómenos fonéticos, es decir, la caída de la *-nt* final en los cuatro verbos de significado plural, la desinencia *-o* por *-um* en *albo*, *versorio*, *negro, y lo que se presenta* como el fenómeno más

"moderno" en nuestro texto, es decir, *negro* por *nigrum*, son tales que ninguno de ellos pertenece necesariamente al compositor y no simplemente a quien escribió el acertijo.

También faltan otros rasgos (y es muy posible que la lengua vernácula aún no los hubiera adquirido): los artículos, la prohibición del proclítico inicial (ley Tobler-Mussafia: el texto dice *se pareba boves*, no *boves se pareba*). Y otros rasgos de nuestro texto siguen siendo netamente latinos: la *-s final* de *boves* (no se excluye que aún se oyera en Verona en los años de Carlomagno, pero nos gustaría estar más seguros), la *-t-* de *pratalia*, la *-n-* final de *semen*, el uso de *albo*, *alba* en el sentido de 'blanco'.

En resumen, el nuevo lenguaje ya puede oírse, ya está a punto de estallar: pero aún no puede decirse con certeza que los que compusieron y los que escribieron el acertijo -si lo fueron, como me parece lo más probable,[51] dos personas distintas, o si fue una sola persona- se dieran cuenta de que estaba escribiendo en una lengua distinta del latín que solía escribir.

No olvidemos que el enigma es de la época de Carlomagno. Ahora bien, sin estar de acuerdo con la tesis extremista que quiere que el "latín vulgar" persista hasta la época de Carlomagno, hay que reconocer que entre la lengua hablada (que ya había acogido las innovaciones más notables que serían propias de la nueva lengua) y la lengua escrita (en la que los clérigos incultos introducían esporádicamente sus vulgarismos) la diferencia es difícil de establecer; mientras que sería mucho más sensible después de que la reforma literaria carolingia hubiera hecho sentir sus efectos.

Por ello, también preferimos ceñirnos a un texto lo más conservador posible en nuestra lectura del enigma, como el que dio Monteverdi[52] suprimiendo simplemente las dos &:

Se pareba boves, alba pratalia araba,
albo versorio teneba, negro semen seminaba.

10. Influencia lingüística dominante y carácter

Desde los tiempos del humanismo se ha planteado el problema del papel desempeñado por los pueblos germánicos en la alteración del latín y en la formación de las nuevas lenguas; bajo nuevas formas, adaptadas a los instrumentos de investigación más maduros, el problema sigue abierto: pero las opiniones distan mucho de ser unánimes.

No nos detendremos aquí en la historia de las discusiones ni sopesaremos los argumentos aportados para probar o negar la influencia germánica en la producción de innovaciones. Nos contentaremos con decir que, si bien las innovaciones léxicas se pueden medir con bastante precisión y, en conjunto, son importantes (aunque menos fuertes que en los demás hablantes de rumano occidental), en las innovaciones del sistema fonológico y morfológico, mucho más que la influencia directa de las lenguas de los invasores, hay que considerar la influencia indirecta ejercida por la agitación social:[53] las masacres perpetradas en las clases altas, el estado de anarquía o desorden durante períodos muy largos, la circulación muy reducida de personas, ideas y objetos, todo ello sirve para ahondar la brecha entre las dos tradiciones, la escrita y la hablada. La lengua anémica de la cultura casi deja de ejercer su poder de contención sobre la lengua hablada, y esta última pierde gran parte de su fuerza de cohesión, no conservando más contención que la indispensable para mantener los lazos entre generaciones y entre lugares vecinos. Sin negar que ha habido una cierta influencia de los dominadores, creemos sin comparación que esta "inselvatización" de la lengua hablada en las diversas regiones y centros menores individuales es más importante. Aunque no podamos saber con exactitud cuál podía ser la lengua hablada en Turín o Florencia, en Melegnano o Milazzo en el año 500 y en el año 800, debemos imaginar una lenta divergencia de la latinidad hablada, en la dirección de lo que serán los dialectos actuales, pero con un léxico bastante restringido y adecuado a un estatus cultural muy modesto.

De las innovaciones fonológicas y morfológicas individuales, es mejor buscar uno o varios gérmenes que, insertados en un sistema en equilibrio inestable por las razones antes mencionadas, hayan dado lugar a nuevas formas y nuevos equilibrios que buscar "el" modelo.

11. Cambios fonológicos

En sentido estricto, deberíamos ocuparnos de los principales cambios fonológicos que se produjeron en todo el territorio: pero, sin perder de vista la visión de conjunto, por lo general nos limitaremos a ver lo que ocurrió en Toscana.

La caída de las vocales átonas (originalmente relacionada con la intensidad del acento) es muy fuerte en el norte de Italia y mucho más débil en el sur. Que está muy viva en nuestra época lo demuestra su aplicación a palabras germánicas: el gótico *haribergo* dio *hotel*. Como una de las condiciones de la síncopa es el aspecto fonológico del grupo consonántico que resultaría, la Toscana, que siempre ha tenido aversión a muchos grupos consonánticos, es también por ello bastante parca (y de hecho incluso cuando hay grupos con *s* + consonante es propensa a la epéntesis: *cristianismo*, *fantasima*).

Una observación muy interesante y que, como veremos más adelante, encuentra confirmación en otros campos, es la que podemos hacer con respecto a *fábula* y *teja.* La elaboración de sonido y significado que sin duda han sufrido las palabras nos obliga a considerar que tienen una tradición ininterrumpida; pero, por otra parte, la comparación con *fábula* y *tegghia* (más tarde *teglia*) demuestra que también ha habido formas folclóricas sincopadas. La explicación más probable es que existieran dos tradiciones paralelas, una "superior", más estrictamente regida por la tradición latina y, por tanto, más ajena a la síncopa, y otra "inferior", más proclive a aceptar las innovaciones procedentes de Francia y del norte de Italia.[54] Aunque en Toscana no se aprecian rastros seguros de metafonía, el fenómeno está ampliamente representado en el resto de Italia, y es probable que haya desempeñado su papel en los orígenes de la diptongación.

La diptongación de Ĕ en *ie* y Ŏ en *uo* en sílaba libre aparece en el siglo VIII: aunque hay un incierto *quocho* en un mapa lucchese de 761 (*Cod. dipl. Long.*, II, p. 75), que puede ser una simple metátesis gráfica individual, tenemos en el mismo texto el topónimo *Quosa*. Más tardía e indudable es la *aqua buona* en un documento lucchese de 983.[55]

Se han dado explicaciones diversas y contradictorias sobre el origen de la diptongación y sobre la formación de las vocales mixtas *ü* y *ö* en los dialectos que van del Piamonte a Emilia: fenómenos que tienen lugar en un marco histórico y geográfico tan vasto (no se puede evidentemente prescindir de lo que ocurrió en Francia y en los demás territorios romances) pueden muy bien deberse a influencias de sustrato o de superestrato, pero no ejercidas inmediatamente, sino más bien a través de alteraciones y reordenaciones posteriores de todo el sistema vocálico.[56]

En el vocalismo atonal, recordamos la tendencia de la transición de *la e* protónica a la *i*, a la que se debe el nacimiento de la preposición *de*: *di una parte... et di alia parte*, Chiusi 746-747 (*Cod. dipl. Long.,* I, p. 266); *Wilip*(*er*) *di Lunata*, Lucca 752 (*Cod. dipl. Long.*, I, p. 304).

En el consonantismo, la entalladura de CE, CI, GE, GI, probablemente ya muy avanzada al principio de nuestro periodo, da lugar a africadas sibilantes en el norte de Italia, y africadas palatales en Toscana y el centro-sur de Italia.

La sonorización de las consonantes intervocálicas se manifiesta precisamente en el periodo que estudiamos, en su totalidad en el norte de Italia, limitada a unas pocas palabras en Toscana. La idea parcial que nos formamos de ella a través de los documentos[57] complementada por la distribución geográfica actual, nos permite ver la rápida expansión del fenómeno en el norte de Italia y la fuerte infiltración en Toscana, posteriormente reabsorbida en parte. Factores de geografía política (Lucca un centro lombardo en estrechas relaciones con Pavía)[58] y de geografía del tráfico (influencia de los Comacini y los Transpadani)[59] explican este empuje del Norte sobre la Toscana: el equilibrio alcanzado entre la vertiente conservadora y la innovadora nos hace pensar de nuevo en la posibilidad de una doble tradición, en dos estratos socialmente superpuestos.

Los grupos con L (PL, BL, TL, CL, GL) sufren una alteración más fuerte en italiano que en otras lenguas neolatinas. Los inicios de la alteración en Italia central deben remontarse muy atrás,[60] ciertamente mucho más atrás que en los documentos.[61]

En los grupos con consonantes I (NJ, RJ, etc.) la alteración es también muy antigua: encontramos *vigna* cerca de Lucca en 773, y la diferenciación del tipo toscano y umbro *-aio*, *-oio* de los septentrionales y meridionales *-aro*, *-oro* se produce al menos ya en el siglo VIII.[62]

12. Cambios morfológicos

Detengámonos un momento en los principales fenómenos morfológicos. Hemos visto que el desvanecimiento y la desaparición de la categoría del neutro en la lengua hablada hay que situarlos en la época imperial: la lengua hablada y la lengua cancilleresca aplican entonces según diversos impulsos analógicos las desinencias que quedaban disponibles. Mientras que en el singular no hay repercusiones apreciables,[63] en plural, las desinencias *-a* y *-ora* (con la variante *-oras*, ciertamente puramente gráfica) se extienden a lo largo y ancho: como sabemos, el tipo *le mura* sigue vivo en un buen número de palabras, mientras que el tipo *domora*, *ortora*, *tectora*[64] está casi muerto.[65]

Para los plurales de sustantivos masculinos y femeninos, el toscano tiende hacia las formas nominativas *-i* y *-e*; pero en el Norte, persisten durante mucho tiempo rastros de plurales en *-s.*[66]

La influencia de la declinación débil germánica es perceptible en la antroponimia: no sólo se tiene *Gudoloni*, *Gaidoni*, etc., sino *Ursoni*, *Loponi*, *Iustoni*, *Petroni*(*s)*, etc. Aparte de la onomástica, la influencia es muy escasa, y se confunde con la del tipo latino *glutto -onis*.

Las influencias germánicas y latinas convergen también en la formación del tipo *-a -ane*, en sustantivos masculinos (por ejemplo, *scrivani*) en el edicto de Rotari, c. 8, de donde *scrivano*) y femeninos (por ejemplo, *mammana*, etc.).[67]

El debilitamiento del demostrativo y del numeral *uno* a artículos tiene lugar a través de un largo proceso, que comienza en los escritores cristianos y continúa durante varios siglos.

Para el determinativo, la zona septentrional y central tiene *ille* (illa *aeterna vita quod nobis Dominus preparare poteest*, Gricciano di Lucca 755; *illu ortu ad illo ficu subtus casa mea*, Chiusi 774; y ya en forma moderna *rio qui dicitur la Cercle,* Lucca 779), mientras que en el sur de Italia, desde las Marcas hasta Sicilia, hay una zona de *ipse*, que, sin embargo, no alcanza la verdadera función de artículo y acaba siendo superada por *ille*.[68]

El artículo indeterminativo también está plenamente formado en el siglo VIII (*presbiterum suum posuit unum infantulo*, Siena 715: *Cod. dipl. Long., I, p.* 70; *et infra ipsa terrula est uno pero*, Pisa 730: *Cod. dipl. Long.*, I, p. 150).

Él, *ella*, *ellos* ahora también aparecen; mientras que el caos de formas (*qui*, *quem*, *quod*, *quid*, *que*) que encontramos en las escrituras para el pronombre relativo muestra *que* ahora sirve en el uso hablado para todos los géneros y números.

La flexión verbal también avanzó rápidamente hacia el tipo moderno en estos siglos. Aquí aparecen formas como *somo* (Lucca 700) y *essere* (Lucca 822), *offertum* (Lucca 685) y *vinduta* (Lucca 754). La extensión analógica de *dedi* para la formación del pasado remoto puede ejemplificarse con *battederit* (Liutprand, *Leg*., § 123). El cambio de significado de los tiempos históricos (el pluscuamperfecto *fuissem* se convierte en *fosse*, con valor de imperfecto), puede ejemplificarse con "si aberet credentes homines, qui causa ipsa scirent, et *ausi fuisserunt* iurare a Dei evangelie, quod ita sic *fuisset* veritas, ad non?" (Lucca 892: *Mem. y doc.*, IV, II, p. 63).[69]

Las nuevas formas del futuro (formado, como en otras lenguas romances occidentales, por el infinitivo seguido de *habeo*) y del condicional (infinitivo + *habui*, **hebui* en el norte de Italia, infinitivo + *habebam* en el sur de Italia) luchan por aparecer por escrito, pero un pasaje como el citado (p. 82) de las leyes de Liutprand, *si non eum feriveris ego te ferire habeo*, es transparente.

La formación de tiempos compuestos mediante *la* reducción a un auxiliar simple es ahora normal: *a quo tempore ex quo auditum habetis,* San Genesio 715 (*Cod. dipl. Long*, I, p. 83); *si neglectum non habuisset* (Liutprand, ley de 733); *si quis Langobardus habet comparatas terras in Liburia,* 780 (Bluhme, *Leges*, p. 181); *lumina oculorum amissa habeo* (Agnello Ravennate, p. 371); *non adimpletum abetis*, Lucca 871 (*Mem. e doc.*, IV, n, p. 53) etc.

Y la formación de la pasiva analítica con *ellos* también se hizo normal: *iram Dei incurrat et in Tartarum sit consumptus*, Pistoia 767 (*Cod. dipl. Long.*, II, p. 211).

En el sistema de las preposiciones italianas, ha adquirido una fisonomía propia *de,* que en su significado principal, el de origen, se remonta *a de ab*.[70] El ejemplo documental más antiguo es (por ahora) un pasaje de un fuero de Lucca del año 700: "neque subtragendum *da* vos hoc ipse ecclesie" (*Cod. dipl. Long*., I, p. 31).[71]

Los problemas sintácticos merecerían un amplio examen: debemos limitarnos aquí a recordar que la construcción del acusativo con el infinitivo, que ya en la Vulgata y los escritores cristianos tiende en gran medida a dejar paso a construcciones con *quia*, *quod*, *quomodo*, se reduce a unos pocos tipos (el tipo *far fare*, los verbos de percepción: *vedo fare*, *odo dire*).

13. La derivación

En el ámbito de la derivación, recordamos la fortuna de ciertos tipos. Para el movimiento, especialmente de nombres que funcionan como títulos, se utiliza *-issa*: *abbatissa*, *comitissa*, *ducissa*, *abadesa* italiana, etc.

Los nuevos adjetivos se forman con los sufijos *-esco* y *-ingo* (*-engo*). El primero se remonta principalmente al *-isk* germánico, y lo encontramos aplicado a sustantivos comunes, a nombres de personas, a nombres de lugares, a nombres étnicos: *warcinisca facere* 'hacer días de trabajo obligatorio' en un documento amiático de Toscanella del año 736 (*Cod. dipl. Long*, I, p. 180), *caballi Maurisci en una* epístola del papa León III, *utiles et optimos Mauriscos* en una de Juan VIII (Ducange), *fine Bulgarisca* en documentos del siglo VIII de Rávena (Fantuzzi), *warcinisca fountain* en Val di Susa en 814, *prehensa Gardonesca* en Verona en 844 (*Cod. dipl. Veron*., p. 251), etc.[72]

La terminación *-ingo -engo* ha dejado fuertes huellas en la toponimia septentrional, y la documentación es antigua y extensa;[73] para Toscana, aunque la documentación comienza algo tarde, el tipo *terra Rolandinga* es frecuente (Lucca 999, *Mem.,* V, II, pp. 612-613).[74] También *wardingus*, *gardingus* 'jefe de la guarnición militar' en varias ciudades será gótico, aunque el primer documento en el que se atestigua la palabra es de 1133.[75]

El sufijo *-ardo, que* aparece más tarde, se debe sin duda a la influencia francesa.

Los compuestos imperativos del tipo *abanderado* se generalizaron: ya hemos visto el sobrenombre *Suplainpunio* de un vasallo de Val Lagarina (año 845).[76]

Junto a estos procedimientos derivativos y compositivos, se siguieron acuñando palabras por los medios ya en uso en el latinismo hablado de la época imperial: formaciones de sustantivos a partir de participios (por ejemplo, *ferita*, en las leyes de Liutprand; *offerta*, Lucca 892, etc.), de verbos a partir de sustantivos, etc.), y de verbos a partir de sustantivos.

Siguieron acuñándose diminutivos, que luego no pocas veces llegaron a imponerse, suplantando a sus primitivos: *avo*, *fraile*, *monja*, *vetere* subsistieron en ámbitos restringidos, o en acepciones especiales, mientras que prevalecieron los respectivos diminutivos *avolo*, *hermano*, *hermana*, *anciano* (de VETULUS, VECLUS).[77]

14. Cambios semánticos

Entre los innumerables cambios que se han producido en los significados de las palabras heredadas en este medio milenio, algunos son obvios, es decir, tales que podrían producirse en cualquier tiempo y lugar (por ejemplo, *testimonium pasa* de significar "testimonio" a "testigo").

Más atención merecen los que se producen en correlación con la vida de estos siglos. He aquí algunos de los cambios debidos a la vida religiosa: *cella* que pasa a significar "celda monástica" y "convento", *caritas* que toma el significado de "obra de caridad", "limosna" (como antes lo había tomado *elemosyne*, *eleemosyne*: Tertuliano etc.; *elemosinae opera caritatis sunt*: León Magno). El nuevo significado de 'peregrino' tomado de *peregrinus* 'extranjero' muestra el paso frecuente de extranjeros como peregrinos. *Cappella* es originalmente, como es bien sabido, una voz de la latinidad franca (el oratorio del palacio de los reyes francos donde se conserva la *capa* de San Martín), extendida más tarde por influencia de la Cancillería.

La vida social en sus formas política, administrativa y jurídica también tiene amplios reflejos. Pensemos, por ejemplo, en la historia del título de *dux* (en la forma hereditaria *dux* y en la forma hereditaria *duque*), en el que se resumen acontecimientos seculares del poder civil y militar. *Curtis* y *massa adquieren* el nuevo significado de "gran posesión terrateniente" (de ahí *massarius*, *massaricia*). *Angaria* se convierte en uno de los nombres de los servicios laborales que ya no se deben al Estado, sino a los señores privados. *Sclavus, que* tenía el significado étnico de "eslavo", adquirió también el de "esclavo" como consecuencia de las campañas otonesas contra los eslavos (siglo X), que llevaron a muchos de ellos a la servidumbre.

Entre las palabras que hacen referencia a la casa y a la ciudad se encuentra *pensile*, que originalmente debía significar el suelo bajo el que se encontraban los sistemas de calefacción (*balneae pensiles*, Valerius Mass, Macrobio; Séneca habla de *suspensurae balneorum*): la palabra está documentada en las leyes longobardas con el significado de "gynaeceum" ("ipsam in curte ducere et in *pisele* inter ancillas statuere": *Ed. Rothari*, 221);

la encontramos en forma longobarda en la toponimia urbana de Lucca,[78] y aún pervive en algunos dialectos de Italia central (así como en el francés *poêle*): Abruzz. *pesëlë* etc. (*REW* 6392).

El latín *classis* 'sección' adquiere el significado de 'callejón': en un documento de Lucca del año 769 se lee 'qui capu tene et lato in classo, alio capu in via' (*Cod. dipl. Long*., II, p. 276), y en toscano sobreviven *chiasso* y *chiassuolo*.

La entrada septentrional *toso*, *tosa* 'chico, chica', de *tonsus*, *tonsa* 'con el pelo cortado', se refiere a un traje cuyos detalles no están bien aclarados.[79]

15. Influencia del latín medieval

Numerosas, como ya hemos mencionado (§ 7), son las interferencias entre la transmisión oral y la latinidad escrita en la Edad Media.

No es éste el lugar para hablar de los rasgos léxicos de esta latinidad, que variaban, por otra parte, según los distintos escritores. A los componentes clásicos y cristianos se añaden numerosas palabras de origen germánico, especialmente para las instituciones jurídicas. Pero, al cambiar las instituciones, incluso términos abundantemente atestiguados en los documentos (por ejemplo, *aldius* o *aldio*, *aldia* o *aldiana*, *aldiaricius*, etc.) desaparecieron por completo.

La penetración en la lengua escrita de elementos procedentes de la lengua hablada está casi siempre ligada a la mayor o menor cultura de los individuos: cuanto menos profunda es la educación recibida, más fácil es que penetren los vulgarismos. E incluso escritores discretos pueden utilizar de vez en cuando una palabra vulgar: cuando Agnello Ravennate escribe "aereum vasculum, quod vulgo *siclum* vocamus" (330, 20) sólo podemos decir que desconocía la *situla* latina (o no se dio cuenta de la identidad de las dos palabras).

A la inversa, en el caso de varias voces hay que suponer que penetraron en la lengua hablada después de haber sido aceptadas en la lengua escrita y por influencia de esta última. La historia de palabras como *papa*, referida predominantemente, a partir del siglo VI, al pontífice romano, o *capilla*, o *forestis* no se explicaría si junto a la tradición oral no hubiera existido una vertiente escrita, firmemente apoyada por cancillerías y notarías.

16. Los elementos germánicos

A los que van a examinar, con ayuda de las investigaciones ya realizadas en este campo,[80] los elementos germánicos que entraron en el léxico italiano en estos siglos, el primer problema que se plantea es a qué estrato atribuirlos, entre los cuatro que pueden establecerse: si a los contactos entre romanos y germanos antes de la caída del Imperio (estrato paleo-germánico), o al estrato godo (y posiblemente aristotélico), o al longobardo, o al franco.

Los criterios que pueden utilizarse rara vez son directos (el testimonio de un escritor), sino sobre todo indirectos (la cronología de la aparición del vocabulario; el ámbito en el que se utilizaba la voz en el pasado o se utiliza en la actualidad; las peculiaridades fonológicas o morfológicas atribuibles a una lengua y no a otra; las pistas semánticas).

17. Distinción de los distintos estratos germánicos

El criterio de la superficie (posiblemente la superficie antigua, o incluso, si falta información antigua, la superficie moderna) es especialmente útil para las inscripciones góticas y lombardas.

Cuando hay una expansión pangermánica, no siempre es fácil decir si se trata de voces paleo-germánicas, o de voces góticas que penetraron en el latín vulgar a principios del siglo V, o de voces que se difundieron más tarde de un país a otro, especialmente por influencia de la civilización franca. Mientras que Brüch (*Der Einfluss der germ. Sprachen auf das Vulgärlatein*, Heildelberg 1913) atribuyó un centenar de entradas a la influencia germánica temprana, Bartoli (en *Giorn. stor.,* LXVI, 1915, p. 169) tendió a reducirlas en gran medida, y Gamillscheg cree que son unas veinte. El principal argumento para negar su gran antigüedad es la falta de ellos en sardo y rumano.

Es probable que las voces encontradas en el sur de Francia y en la Península Ibérica, así como en Italia, sean góticas: Gamillscheg intenta distinguir el grupo de voces difundidas

por los visigodos, que ya estaban muy romanizados en el momento de su expansión por Occidente (siglo V), cuando aún existía una considerable circulación lingüística en el Imperio, del grupo de voces ostrogodas, que sólo eran italianas.

Las entradas importadas por los lombardos también proceden únicamente de la zona italiana, pero las figuras areales que presentan son muy variadas.

Algunos, como *espalda* (véase el mapa en Gamillscheg, *Rom*. *Germ*, II, p. 176), *gramo*, *spaccare tienen un área* muy amplia; pero la mayoría tienen un área restringida: o bien han penetrado sólo en dialectos septentrionales (por ejemplo, *braida*, *brera* "prato", *bro*(*v*)*ar* "scottare", *godazzo* "padrino", *stoa* "cavalla" etc.), o bien tienen un área limitada a la Toscana o a alguna parte de ella (bica, chiazzare, chionzo, federa "mare" etc.).), o bien tienen un área limitada a la Toscana o a alguna parte de ella (*bica*, *chiazzare*, *chionzo*, *federa*, *gruccia*, *lonzo*, *russare*, *sornacare*, *strozza*, *tónfano), o bien se* encuentran en zonas más o menos extensas del norte de Italia y de la Toscana (*tuffare etc*.).), o bien viven en zonas más o menos extensas de Italia central o meridional (*lèfa*, *lecca* 'hembra de jabalí', *luffo* 'flanco', *sinaita*, *finaita* 'frontera', *gafio* 'desembarco' etc.).

Sin embargo, no hay que olvidar que la distribución areal actual puede deberse a reordenaciones a lo largo del último milenio. Puede darse el caso de que el área antigua se haya reducido (se sabe, por ejemplo, que *sinaita se* encuentra en antiguos documentos lombardos y emilianos, mientras que hoy sólo quedan rastros de ella en dialectos meridionales), o que la palabra sólo permanezca en unos pocos topónimos, o incluso haya desaparecido. Por el contrario, otras palabras han ganado terreno, ya sea por la expansión en territorios vecinos (las palabras de origen germánico que encontramos en los dialectos de Liguria y Romaña, es decir, en territorios que nunca pertenecieron a los lombardos, se deben a este fenómeno y no a una influencia germánica inmediata) o por el prestigio que han ganado al haber entrado en la lengua literaria. Desgraciadamente, sólo en un pequeño número de casos puede identificarse con exactitud el estrechamiento o la expansión de las zonas: sabemos, por ejemplo, que la voz *béga*, de origen godo, se extendió a Toscana y Roma (bajo la forma *bèga*) desde el norte de Italia o Umbría, sólo relativamente tarde (hay un ejemplo del siglo XIV en las *Memorie* di Ser Naddo da Montecatini, pero luego no encontramos la palabra hasta el siglo XVII).

A veces, la pertenencia a uno u otro estrato germánico puede establecerse mediante indicios extraídos de la fonología o la morfología de palabras concretas.[81]

Así, para el vocalismo, *bara* y *strale pueden* reconocerse como voces probablemente longobardas, ya que, si fueran góticas, no *tendrían* ma *e;* viceversa, *bega* es una voz gótica; *federa* y *snello* deben ser voces longobardas por su vocal abierta, y *schermo*, *scherno*, *stormo* por su vocal cerrada.

En cuanto al consonantismo, las palabras que presentan la segunda mutación consonántica no pueden ser voces longobardas (o posiblemente voces altogermánicas, de importación más reciente): *panca*, *palla* (en oposición a *banca*, *balla*), *zazzera*, *zolla* (en oposición a *tattera*, *tolla*).

Otras veces, la atribución a una u otra lengua germánica puede apoyarse en criterios semánticos: mientras que *trescare en el sentido* rústico de 'trillar' es de origen godo, en el sentido de 'bailar' (cf. *trescone*) procede de los francos. Y así *sala* es una voz longobarda en el sentido de 'casa de campo con establo' que encontramos en la toponimia de Lombardía, Véneto y Toscana, mientras que en el sentido de 'habitación' fue importada en la época de los francos. *Stormo* 'multitud, refriega' está tan desligado de *storming* 'hacer ruido' que se puede pensar en dos formas distintas de penetración.

Sin embargo, no hay ninguna razón para buscar exclusivamente en una lengua el origen de una palabra determinada: es muy posible que la penetración comenzara bajo el impulso de una de las lenguas germánicas y continuara después bajo la influencia de otra: esto es probablemente lo que ocurrió con *rich*, *spit*, *truce,* para las que pueden distinguirse fases sucesivas de penetración.

Si nos preguntamos por qué se creyó oportuno utilizar palabras germánicas, incorporándolas al léxico, veremos que a menudo se empleaban palabras bárbaras para expresar nociones que eran nuevas (o parecían nuevas en algún aspecto). Así, el uso de vasijas cubiertas de mimbre o hall, vasijas a las que se refiere el nombre germánico de **flasko*, **flaska* (de la misma familia que el germánico *flechten* 'tejer') es la causa de la importación de *petaca*, *fiasca*. La costumbre germánica de fijar asientos alrededor de las viviendas conduce al *banco*, *bench*. La *lesina germánica* tenía probablemente una forma algo diferente de la *subula* latina. El uso del *estribo* es introducido por los germanos. Las

insignias de guerra cambiaron radicalmente a lo largo de los siglos, y las que los germanos utilizaban para indicar el lugar de reunión de una "banda" y atar su honor explican la introducción de nuevas palabras: "vexillum quod *bandum* appellant", Paul Deacon, *Hist. Lang.,* I, 20 (más tarde en forma francona ant. *bandiera*; cf. p. 219).

Otras veces, la introducción de nuevas palabras germánicas se debió principalmente a alguna razón que hacía insuficiente la voz latina, o de algún modo inadecuada: la palabra de origen longobardo *smash* se impuso en detrimento de *findere,* irregular en su forma y demasiado abstracta y descolorida en su significado. *Dos*, *dotis*, abstracto, muere, arrollado por *dote* y *scherpa*, más concretos.

Sin embargo, muchas palabras germánicas, tras haber conseguido penetrar más o menos ampliamente en el uso, fueron eliminadas posteriormente. Siempre ocurre que, cuando un pueblo que había tenido el dominio lo pierde, muchas de las palabras que había impuesto desaparecen: así, muchos de los arabismos que penetraron en el español durante la Edad Media desaparecen tras el cese del dominio árabe, los "austriacismos" del siglo XIX de Lombardía-Venecia están casi todos olvidados, etc.

Los nombres de las instituciones jurídicas desaparecen casi todos: que *feudo* o *guidrigildo* sigan perteneciendo a nuestro léxico histórico no implica supervivencia en el uso, sino sólo conocimiento histórico por parte de los juristas. Algunos nombres de oficios sobreviven, degradados, en algún dialecto.[82]

Luego está esa forma particular de supervivencia que es la toponimia: el nombre de los *sculdasci* y de los territorios sometidos a ellos, los *sculdasce*, ha desaparecido del uso, pero sobreviven topónimos como *Casale di Scodosia* (Padua) y, alterado por la etimología popular, *Scaldasole* (Pavía).[83]

18. Voces germánicas de la época imperial

Repasemos rápidamente las principales entradas germánicas pertenecientes a los distintos estratos sucesivos.[84]

Ya hemos mencionado que las investigaciones recientes tienden a reducir considerablemente la lista de voces germánicas que puede creerse que entraron en el léxico a partir del latín hablado antes de la caída del Imperio. Las que atestiguan los escritores clásicos y tardíos, *alces*, *urus, taxo*, *ganta*, *glesum*, *framea*, etc., son las más comunes.[85] son en gran parte voces utilizadas para describir animales, cosas, costumbres de los países nórdicos, es decir, para dar color local.

Las poquísimas palabras que han arraigado en la tradición son *marta*, *tejón*, *pala*, *bragies*, *jabón* (*sapo*, *-onis* es una voz tomada del germánico a través del galo; originalmente indicaba la sustancia que daba un color rojo al cabello; más tarde "jabón"); *tufazzolo* (derivado de *toba* que Vegetius atestigua en el sentido de "penacho, adorno del casco"); *arpa* (instrumento musical de los germanos, según el testimonio de Venantius Fortunatus: "Romanus lyra plaudat tibi, Barbarus harpa").

Menos seguro es que *estable*, *stuff,* y *robar*, *fresco*, *lesina*, *misplace* daten de la época más antigua. Aún más dudoso es el caso de *borgo,* porque el *burgus* 'castellum parvulum' de Vegetius no es probablemente la voz germánica, sino la griega πύργος.[86]

Tampoco sabemos si la entrada *werra* (*guerra*) en lugar de *bellum* pertenece a este primer estrato (o si se trata de una expansión carolingia posterior). La sustitución nos muestra la prevalencia de la forma desordenada de luchar de los germanos sobre el ordenado *bellum* de los romanos: *werra* conecta con el alto alemán antiguo ant. (*fir*)-*wërran* 'envolver'; y, por tanto, etimológicamente significa 'cuerpo a cuerpo'.[87]

19. Voces góticas

Entre voces góticas[88] incluyen las que sobrevivieron en Italia, en la Galia y en la Península Ibérica, y que probablemente se debieron a los visigodos, y aún tuvieron tiempo de difundirse en la latinidad tardía antes de que Romània se disgregara (pero también pueden haber sido propiedad común de visigodos y ostrogodos, y transmitidas por unos y otros a sus respectivas poblaciones cohabitantes).

Tenemos algunas entradas militares como *bando* (y *banda*), *guardia* (y *guardián*), *casco*; también *amueblar*, *equipar*, *hotel* (de *hari-bergo* 'refugio del ejército') pertenecen a esta serie.

Las herramientas domésticas se refieren a (*n*)*carrete*, *bobina, carrete*.

El término *linaje es una muestra de la* importancia del parentesco entre los germanos. La presencia de verbos y adjetivos muestra lo estrechos que eran los contactos entre germanos y romanos: *recare*, *smagare*;[89] *ranco* (del que *trudge*), *guercio*, *schietto*.

Luego llegamos a las voces de origen godo, pero de ámbito exclusivamente italiano, y por tanto presumiblemente traídas por los ostrogodos. No es una palabra de guerra, sino un signo de difícil convivencia: *bega*. Para la vida social, *arenga* se refiere a 'lugar de reunión'.

Para vivienda y herramientas tenemos *lobbia*, *stia*; *fiasco* (*fiasca*), *nastro* (?), *stanga* (que también podría ser una entrada longobarda), *stecca*, *rebbio*. Se refiere al cuerpo humano, considerado sin benevolencia, *arenilla*. Hace referencia a los accidentes geográficos *desfiladero* y (posiblemente) *barranco*.

No muchos verbos (citar *astiare* 'reñir' y *disponer* 'dejar fluir', 'digerir') y adjetivos (*irónico*).

20. Voces longobardas

Las entradas de origen lombardo constituyen una serie considerablemente más amplia e importante que las otras dos que hemos examinado hasta ahora.

En primer lugar, recordemos algunas entradas de carácter militar: *strale*, *briccola*, *spalto*. De algunas entradas (como ocurre con no poca frecuencia), se ha perdido el antiguo significado militar: el *espetón* ya no es un arma, sino un utensilio de cocina, el *guattero o scullion* ya no es un "guardia" (*wahtari*, alemán: *Wächter*), sino un "lavaplatos".

Un término que en un principio había designado un avance técnico entre los lombardos, *stainberga,* casa de piedra o con base de piedra (frente a la primitiva casa de madera), decayó más tarde a *stamberga*.

El balco o *estrado* (originalmente una "viga"), la *banca* o *banco*, la *scranna*, la *scaffa* (con su *estantería* derivada), la *rosta*, el arte de construir *estuco* también se refieren a la estructura de la casa.

Herramientas y utensilios para diversas actividades domésticas y técnicas son la *percha*, la *barra*, la *muleta*, la *artesa*, el *zipolo*, el *zaffo* ('tapón'), la *trampa*, la *bola. A* la operación de lavado se alude con la entrada *ranno*.

Encontramos varios términos lombardos para designar partes del cuerpo humano: *mejilla*, *espalda*, *nudillo*, *bazo*, *cadera* (y *sciancato*), *espinilla*; y varios otros los encontramos más o menos extendidos en los dialectos: *magone*, (*l*)*uffo* 'cadera', *zinna*, *zizza*. Otros tienen una connotación más o menos despectiva: *ciuffo*, *zazzera*, *nappa* 'nariz', *sberleffo* (*lerfo* 'labio' en genovés), *grinza*, *zanna*, *strozza*, *grinfia*. Probablemente el longobardo es *spanna*.

Algunos nombres de animales: la *cabra montés*, la *grajilla*... y la *garrapata*. El uso del caballo dio lugar a la introducción de los términos *estribo*, *predella* 'riendas', *guidalesco*. Y del lombardo procede la caza de *la abborrita*.

Unos pocos términos se refieren a accidentes geográficos: *tónfano*, *melma*, *zana*; muchos más a la agricultura: *grumereccio*, *sterzo* (del arado), *bica*, *stóllo*, *bara*, quizá incluso *riga*; muchos otros a los bosques y al uso de la madera: *gualdo*, *cafaggio* (y *gaggio*), *stecco*, *sprocco*, *zincone* 'pollone', *spaccare*.

Sintomático para hacernos una idea de las condiciones de vida de los lombardos antes de llegar a Italia es el término "*suck"*, que en otras lenguas germánicas significa "barco", entre los lombardos significa "barca" fluvial.

Recordamos dos materiales colorantes, el plomo *blanco* y el *guado (*o *hierba guada*); y probablemente el lombardo sea el color *blanco* (véase p. 107).

De las no pocas palabras longobardas que indicaban oficios o profesiones, muy pocas han sobrevivido, y en su mayor parte han caído en decadencia: además del *scullion*, recordamos el *castaldo, el scalco*, el *sgherro*, el *manigoldo* (ya sea a partir de un antropónimo o de una degradación de *mundualdo*).

Los verbos que han penetrado en el italiano en una pequeña parte designan acciones concretas, técnicas: (*im*)*bastire*, *gualcare* (más vago es el corradicale *gualcire*), *riddare*, *spaccare*, *strofinare*, *spruzzare*. Otras, en cambio, indican más o menos afectivamente acciones cotidianas: *baruffare*, *guernire*, *graffiare,* (*ar*)*raffare*, *sbreccare*, *scherzare*, *tuffare*, etc. Además de *roncar,* también tenemos, en parte de la Toscana, el sinónimo *sornacare*.

Los abstractos no son muy numerosos: *snub*, *taunt*, *thud*. Y también lo son los adjetivos: *gordo*, *rico*, *harapiento*.

No hay que olvidar que en esta lista rápida hemos considerado casi exclusivamente las entradas que han penetrado (sobre todo a partir del uso toscano) en el léxico normal y aún sobreviven: si hubiéramos considerado también las entradas dialectales y las que han caído en desuso, la lista habría sido mucho más larga.

21. Entradas gratuitas

Ya hemos mencionado las principales dificultades encontradas a la hora de identificar las palabras francas que penetraron en Italia antes del año 1000. En primer lugar, la escasez de pistas fonéticas que permitan distinguir las voces francas de las paleogermánicas o góticas: así, es muy probable, pero no seguro, que *guerra* sea una palabra franca. Luego, dada la fuerte romanización de los francos que llegaron a Italia ya en época carolingia (de modo que lingüísticamente ahora casi siempre debemos estar tratando no con francos de habla germánica, sino con francos paleofrancos), queda la incertidumbre sobre el periodo en el que penetraron muchas de las palabras: época carolingia o época caballeresca. Por último, debido a que la influencia lingüística franca y paleofranca se debe mucho más al prestigio cultural-político que a la inmigración de personas, a menudo es necesario tener en cuenta (tanto para las palabras de origen germánico como para las romances) el medio de la lengua escrita, el latín medieval.

A veces es posible remontarse con la documentación de los mapas medievales hasta los siglos IX o X: así puede seguirse bastante bien la expansión de *bosco* y *foresta, a* expensas de *selva* y del *cafaggio* o *gaggio* longobardo: *bosco* es probablemente una entrada franca, sobre *foresta* quedan muchas dudas (quizá el latín chanciller *forestis* sea un derivado de *foris*).

Nos gustaría poder dar aquí una lista de los afrancesamientos que llegaron a Italia antes del año mil, separándolos de los que enumeraremos en el capítulo IV, pero como tal lista contendría demasiados signos de interrogación, preferimos limitar nuestra lista a los elementos de origen germánico para los que la importación antigua es más probable.

He aquí algunas entradas militares: *baratta* 'lite', *battifredo*, *dardo*, *galope*, *gonfalone*, *guaita* y *gua*(*i*)*tare*, *guarnire*, *guardare*, *schiera* y *tregua* (probablemente penetradas bajo la forma cancillería), *usbergo.*

En cuanto a la indumentaria, tenemos *cotta* y *guanto*, también penetrados de forma latinizada: *guanto* ya es atestiguado por Iona di Bobbio (*Vita Columbani*, c. 14) como palabra franca: "tegumenta manuum, quos Galli *wantos*, i. e. chirothecas, vocant, quos ad operis laborem solitus erat habere", pero la palabra se impone como término jurídico, porque el guante es uno de los símbolos del paso de propiedad.

Las actividades comerciales se denominan *bargagnare* 'regatear' y *sparagnare* 'ahorrar'; y también *guadagnare* (que originalmente significaba 'pastar').

Toda la terminología feudal llegó a Italia con los francos, de origen muy compuesto y parcialmente incierto: *feudo*, *barón*, *ligio* (tres términos que aún se discute si son o no de origen germánico), *vasallo* (de origen celta), etc. Otros términos referidos a la vida política y social son *marca*, *scabino*, *guarento* y *guarentire* (mucho más tarde, con dos alteraciones fonéticas debidas a la influencia posterior del francés, *garantire*), *guiderdone*, y también *abbandonare* (que propiamente significa "dejar *en el destierro*, a merced").

Algunos otros verbos y algunos abstractos: *rascar*, *curar*, *trescare* ('bailar'); *ardire*, *despreciar* y *esquivar*; *orgullo* y *frondosidad*, *sabio*.

Aunque no se puede excluir que algunas de estas últimas palabras sean posteriores, de la época de la caballería, los adverbios *too* y *guari* son ciertamente antiguos.

22. Voces bizantinas

En cuanto a las voces de origen griego, a menudo es difícil saber si penetraron en el habla italiana en este periodo o en los siglos siguientes.

Para distinguirlos de los ya aceptados en la latinidad tardía, se recurre a menudo a criterios fonéticos. En primer lugar, el acento: por ejemplo, el tipo meridional *pudìa* frente a *poggia* 'cable para tirar de la antena', los nombres *Tòdero*, *Firpo*, *Elmo* frente a *Teodoro*, *Filippo*, *Erasmo*, etc. Luego el itacismo de *η*, por ejemplo en *bottiga*, *pontica* de *ἀποθήκη*, it

mer. *canzirru* 'mula' de κανθήλιος: la sonorización del explosivo en los grupos *ντ*, *μπ*, convirtiéndose en *nd*, *mb*, por ejemplo en *góndola*, *indivia, condaghe* sardo etc.

Las vías de penetración, como ya se ha mencionado (§ 6), son variadas; y a menudo se utilizan pistas geográficas para identificarlas; varias palabras siguen existiendo únicamente en antiguos territorios bizantinos (Exarcado; zonas meridionales, a veces en contacto con las colonizadas por poblaciones griegas).

Hagamos una lista rápida de las palabras griegas que probablemente se remontan a la primera época bizantina, sin excluir que algunas hayan podido penetrar en Italia en los siglos siguientes. Solemos dejar de lado las palabras que sólo aparecen en los dialectos meridionales.[90]

Para la vivienda encontramos *androne* (it. sett. *androna*), *lastrico* (propr. 'terraza hecha de fragmentos', gr. *τὰ* (ὄ)*στρακα*).

Los objetos domésticos incluyen la *mastra*, la *màttera* (nombre de la "madia"), *el mastello*.[91] Mencionamos también la denominación "nicho con imagen sagrada", que en el norte de Italia es de tipo *ancona*, en el sur de Italia de tipo *cónico.*

Hay numerosas entradas marítimas: nombres de barcos, como *galea* y *góndola*,[92] de herramientas, operaciones, instalaciones marítimas: *cabrestante*, *obenques*, *amarre*,[93] *hoguera*, *muelle*, *mandrágora, squero*, *scala* 'lugar de desembarco'.[94]

Las voces militares incluyen *el turcasso* (del biz. *ταπκάσιον*, de origen oriental).

El comercio promovido por los intermediarios (ital. sett. *messeta*, gr. μεσίτης*) se extendía* a mercancías muy diversas: importante era el de los *bambúes* y los tejidos (*sciàmito*, etc.). El *metro* tipo como nombre de medida aún pervive, sobre todo en el noreste de Italia. Y encontramos términos artesanales como *paragone*, que debió de ser originalmente la palabra de los orfebres (la cata del oro en la "piedra de toque"), *esmeril, etc*.

Los nombres de las autoridades civiles y militares bizantinas dejan muchas huellas: *duque* es la forma griega de *dux*; *catapano* y *straticò* han sobrevivido mucho tiempo; el genovés *centraco*, *cintraco* 'subastador' es una continuación del bizantino *κένταρεος* (decadente en su significado). Una voz de la administración es también el *condaghe* sardo.

Se difunde el conocimiento de ciertas plantas: la *sandía*, la *escarola* (y también *la albahaca*, al menos en las zonas con *este* tipo de plantas).[95]

También de esta época es *ganascia* (*ganathos* en una glosa del siglo X, de γνάθος; femenino).[96]

También se aprecia una fuerte influencia bizantina en la fortuna de ciertos sufijos: *-ia* con tónico (en formaciones como *abbatia*, it. *abbazia*), *-itano*, *-oto* (que se fusionó con *-otto*).

Es tan difícil separar las voces que penetraron a través de la dominación árabe de Sicilia de las que llegaron más tarde por otros medios que preferimos mencionarlas más adelante.

[1] *Anthologia Latina,* ed. Riese, I, núm. 285; cf. W. Streitberg, *Got. Elementarbuch*, Heidelberg 1920, pp. 37-38.

[2] En Goito (*fundus Godi*, *campus Godi*, *vico Godi)* en un documento de 1045 aparecen personas que profesan "legem vivere Gothorum" (Tamassia, *Atti Ist. Ven.,* LXI, 1901, pp. 131 y ss.; D. Olivieri, *Dizionario di toponomastica lombarda,* Milán 1931, p. 273).

[3] Gamillscheg, *Rom. Germ*, II, p. 29.

[4] Debemos esta información al historiador bizantino Agatías (Agatías, *Histor.*, I, 20).

[5] Esta es la apreciación de H. Delbrück, aceptada por W. Goetz, *Italien im Mittelalter*, I, Leipzig 1942, p. 13.

[6] En 998, en Roma, Hugo Abad de Farfa pidió ser juzgado según el derecho longobardo, y el emperador Otón III accedió. Y las leyes personales persistieron durante mucho tiempo.

[7] L.M. Hartmann, *Geschichte Italiens im Mittelalter,* II, 2, Gotha 1903, p. 58.

[8] F. Bluhme, *Die Gens Longobardorum,* II, Bonn 1874, p. 3.

[9] W. Bruckner, *Die Sprache der Langobarden*, Estrasburgo 1895, p. 13.

[10] El ejemplo de 919 (*Joh. Zanvidi filii quondam Petri Zanvidi*) procede de Chioggia, es decir, de una zona en la que la onomástica grecolatina tiene un predominio abrumador, y no puede entenderse como otra cosa que "Gian-Vito" (así lo interpreta también Olivieri, en *Onomastica*, Ginevra 1923, p. 140, sin conocer la hipótesis de Bruckner); el

ejemplo de 1003 (el sobrenombre *Scarnafol*) podría ser un 'mock-crazy', y en cualquier caso es tan aislado que no puede tenerse en cuenta.

[11] Por desgracia, nada puede deducirse del grado de bilingüismo de los lombardos a partir del episodio narrado por Pablo Diácono (*Hist. Lang.* V, 29) de aquel jefe búlgaro llamado Alzeco, que en tiempos del rey Grimoaldo obtuvo para sí y sus hombres tierras en Sepino, Boviano, Isernia, "qui usque hodie in his ut dicimus locis habitantes, quamquam et Latine loquantur, linguae tamen propriae usum usum minime amiserunt".

[12] Tanto más cuanto que, tras la segunda mutación consonántica sufrida por Longobardo, la diferencia entre longobardo y franco era ahora bastante fuerte.

[13] C. Cipolla, en *Arch. storico per Trieste, l'Istria e il Trentino,* I, 1882, pp. 274-300; Id., en *Rend. Acc. Lincei,* s. 5a, IX, p. 415.

[14] "De *hairaub* (rairaub), hoc est *qui hominem mortuum invenerit"* (*Ed. Rothari*, § 16) y similares; pero incluso fuera de los términos germánicos hay sinónimos como "De *palo* quod est *carracio*" (ibid., § 293) y similares.

[15] *Mon. Germ. hist.*, *Leges*, IV, pp. 652-657.

[16] Pablo Diácono nos dice (IV, 42) que en tiempos de Rotario había dos obispos, uno católico y otro arriano, en casi todas las ciudades del reino.

[17] A. Viscardi, *Le origini,* 2ª ed., Milán 1950, passim.

[18] Con toda probabilidad, su nombre, como ya afirmaba Muratori, no es más que el nombre étnico de Como (véase espec. P.G. Goidànich, en *Lingua nostra*, II, 1940, pp. 26-29). La propuesta de Bognetti y De Capitani (en el volumen sobre *Santa Maria di Castelseprio,* Milán 1948, pp. 290, 469, 710-711) de derivar su nombre de Commagene, una provincia de Siria, aunque bastante ingeniosa (por su intento de situar la obra de los *Com*(*m*)*acini en el* marco de las influencias orientales en el arte italiano) no nos convence. Nos parece que, si la hipótesis fuera cierta, al menos deberíamos encontrar a veces el nombre mucho más común de *Siri* o *Sirici*. A juego con los "comaschi" Comacini están los *Antelami* "carpinteros, luego albañiles y canteros del Val d'Intelvi". (Bognetti, *ibíd*., p. 282).

[19] F. Carli, *Il Mercato nell'alto Medioevo*, Padua 1934, passim.

[20] Lo que podría, digamos, haber ocurrido en aquel período (siglo XI) en que los juristas constataron relaciones cada vez más intensas entre la región lombardo-toscana y la romano-romana (P.S. Leicht, *Il diritto privato preirneriano,* Bolonia 1933, pp. 5-6), o incluso más tarde.

[21] [Sobre la influencia del léxico lombardo en el sur de Italia, especialmente en la toponimia, véase F. Sabatini, *Riflessi linguistici della dominazione longobarda nell'Italia mediana e meridionale,* Florencia 1963].

[22] Aunque ya antes no escaseaban: aunque no sabemos exactamente qué son las diez "cumaras et alias *franciscatas"* donadas con otros enseres de cama por Warnefredo, castellano de Siena, a una iglesia en 730 (*Cod. dipl. Long.*, I, p. 169), debemos suponer que se trata de objetos designados según su lugar de origen.

[23] Véanse los capítulos introductorios de la importante monografía de Bezzola, *Abbozzo*.

[24] Sobre el conocimiento del griego en Roma, Rávena, Nápoles, Apulia y Calabria disponemos de información dispersa y no muy copiosa. Véase especialmente H. Steinacker, 'Die röm. Kirche und die griech. Sprachkenntnisse des Frühmittelalters', en *Festschr. Gomperz*, Viena 1902, pp. 324-341.

[25] Véanse los capítulos VIII y IX de *Origini* de A. Viscardi (muy importantes, aunque no estoy de acuerdo con todos los puntos). Sobre el latín medieval, véase K. Strecker, *Einführung in das Mittellatein,* 2ª ed., Berlín 1939 (también en traducción francesa e inglesa); G. Cremaschi, *Guida allo studio del latino medievale*, Padua 1959.

[26] "Et ipsam loquendi artem quam magistri disciplinae exterioris insinuant *servare despexi*. Nam sicut huius quoque epistolae tenor denuntiat, *non metacismi collisionem fugio*, *non barbarismi confusionem devito*, *situs motusque et praepositionum casus servare contemno*, quia indignum vehementer existimo ut verba coelestis oraculi *restringam sub regulis Donati*" (*Exp. in lib. Job*, en Migne, *Patrol. Lat.*, LXXVI, col. 514).

[27] L. Schiaparelli, *Cod. dipl. long.*, I, pp. 70 y 74.

[28] *Ibídem*, p. 153.

[29] *Memorie e doc. per la storia di Lucca*, V, II, p. 189.

[30] Liutprand, *Leges,* § 138 (en *Mon. Germ. Hist.*, *Leges*, IV, p. 168).

[31] L, 15-28. Cito la edición de Hedfors, Uppsala 1932 (teniendo en cuenta también el estudio de J. Svennung, en *Uppsala Universitets Årsskrift*, 1941). He aquí una traducción: "Cómo la hoja se convierte en hilos de oro. Toma oro bueno en la cantidad necesaria, bátelo largo y fino. Al batirlo longitudinalmente, dóblalo en tres por encima (las dos

partes laterales a la parte central) y bátelo así, pero no batas los pliegues. Y luego abrir el oro por el medio y los dos extremos no batidos vendrán en el medio. Y bate, y divide la hoja con una fresa (...); y luego debes aplanarla con un mazo de madera. Y de una debes hacer tres hojas, y luego toma unas buenas tijeras, muy finas, largas, y córtala (el oro) hasta el fondo; y dobla cada hoja; y sujétala con una tenaza de hierro; y cada una debe ser tratada así. Coge unas brasas pequeñas y enciéndelas en el hogar, y coloca todas las hojas durante un rato y caliéntalas uniformemente para que se calienten todas. Prepara un poco de agua y viértela sobre ellas, para que las hojas se pongan al rojo vivo", etc.

[32] A. Gloria, *Del volgare illustre dal secolo VII fino a Dante*, Venecia 1880, pp. 38-39.

[33] J. Sofer, "Vulgo: ein Beitrag zur Kennzeichnung der lat. Umgangs- und Volkssprache", en *Glotta*, XXV, 1936, pp. 222-229.

[34] F. Novati, "Dos testimonios muy antiguos de la existencia de la lengua vernácula. II. L'epistola di S. Columba a Bonifacio IV (613)', en *Rend. Ist. Lomb.,* s. 2a, XXXIII, 1900, pp. 980-983.

[35] A. Monteverdi, "L.A. Muratori e gli studi intorno alle origini della lingua italiana", en *Arcadia*: *Atti e mem.*, s. 3a, I, 1948, pp. 81-83.

[36] V. De Bartholomaeis, "Spoglio del *Cod. dipl. Cavensis*", en *Arch. glott. it.*, XV; W. Funcke, *Sprachliche Untersuchungen zum Codice Dipl. Long.*, Bochum 1938; R.L. Politzer, *A Study of the Language of Eighth Century Lombardic Documents*, Nueva York 1949.

[37] G. Manacorda, *Storia della scuola in Italia*, I, Palermo 1913, pp. 60-62.

[38] [Sobre los registros intermedios entre el latín clásico y el hablado: D.S. Avalle, *Latino* "circa *romançum*" *e* "*rustica romana lingua*", Padua 1965; G.B. Pighi, "La vita ritmica di San *Zeno*", en *Mem.* dell'*Acc. delle Sc. dell'Istit. di Bologna*, 1960; D.S. Avalle, "Alcune particolarità... della *Vita ritmica di San Zeno*", en *Linguistica e filologia*. *Omaggio a Benvenuto Terracini*, Milán 1968, pp. 9-38; F. Sabatini, "Dalla 'scripta romana rustica' alle 'scriptae' romanze", en *Studi medievali*, s. 5a. IX, 1968, pp. 320-358].

[39] [F. Sabatini, en *Studi ling. it.,* VI, 1966, pp. 49-80. Véase también la inscripción de un portal (hoy desmantelado) de la catedral de Civita Castellana: "Eneas, gative, aiutame, / Non possum, quia crepo" (G. Contini, "Un'antica iscrizione laziale semivolgare?", en *Lingua nostra*, XXVII, 1966, p. 14).

[40] [Es entre finales del siglo IX y principios del X cuando aparece el glosario de Monza con 63 encabezamientos, ya no en latín como en otros glosarios, sino en italiano del valle del Po traducido al griego: B. Bischoff-H.-G. Beck, "Das italienisch-griechische Glossar der Handschr. e 14 (127) der Biblioteca Capitolare in Monza", en *Medium Aevum Romanicum*, 1963, pp. 49-62; cf. F. Sabatini, "Il glossario di Monza", en *Atti Accad. Torino,* XCVIII, 1963-64, pp. 51-84 y O. Parlangeli, "Il glossario monzese", en *Atti Accad. Pontaniana,* n.s., XV, 1966, pp. 241-269].

[41] *Rend. Ist. Lomb.,* s. 2a, XXXIII, 1900, p. 980.

[42] H.J. Schmitz, *Die Bussbücher und die Bussdisciplin der Kirche*, 1883, I, p. 745, citado en *Civiltà Cattolica*, 4 ene. 1936, p. 34.

[43] *Arch. histor. ital.,* s. 7a, I, 1924, p. 113.

[44] *Speculum,* III, 1928, pp. 291-313.

[45] *Leo Maurezo canevarius fidiiosor* (mientras otros leen, erróneamente en mi opinión, *fidilocor*, *ridi iocos*, *fidi iocor*) *de anfora vino de Bonello*.

[46] V. De Bartholomaeis, *Giorn. stor. lett. it.,* XC, 1927, pp. 197-204; De Bartholomaeis-Monteverdi, *ibíd.*, XCI, 1928, pp. 67-76.

[47] Cf. el sustantivo *escritural bustrofedica*, el verbo *exarare*, etc.

[48] Comúnmente se da como solución al enigma "la mano que escribe"; G. Presa (en *Aevum*, XXXI, 1957, pp. 241-252) quiere decir "la pluma": sin embargo, la serie de imágenes es la misma.

[49] En otras regiones (y también en partes de la Toscana) *parare i bovi* significa "verlos pastar".

[50] G. Contini, que también en su *opinión* (en *Revue des langues rom*., LXVII, 1934, p. 162) pretende en cambio "(la cosa que se adivina) se parecía": pero con esta interpretación el uso del imperfecto y del *si* (a pesar de la coincidencia con "s'assomigliava") siguen siendo algo más difíciles de explicar. No parece posible interpretar el *se* como una conjunción hipotética (con C.A. Mastrelli, *Arch. glott. it.,* XXXVIII, 1953, pp. 190-209). [Véase también F. Parrino, "Se pareba boves", en *Annuario 1966-67* del Liceo scientifico G. Galilei di Macerata, pp. 1-41.].

[51] El texto del códice veronés "reproduce quizá el acertijo tal como corría en las escuelas": R.M. Ruggieri, en *St. Romanzi*, XXXI, 1947 p. 95.

[52] *Studi medievali,* n.s., X, 1937 pp. 214-224 (reimpreso en *Saggi*, pp. 39-58). [Véase también la reseña de A. Monteverdi sobre este párrafo en *Cult. neolat.*, XXII, 1962, pp. 219-221].

[53] Las consideraciones hechas aquí coinciden con las de Meyer-Lübke, *Das Katalanische*, Heidelberg 1925, p. 188.

[54] También la *mesa* será de capa superior. Véase también la pareja *perca/pez*. *Contar será* una forma autóctona o habrá sido promovida por el síncope francés? (cf. *còmito* en las ciudades marítimas: p.ej. en Rezasco, s.v.).

[55] A. Castellani, en *St. filol. it., XII,* 1954, pp. 12-16. [Cf. ahora Id., en *Studi ling. it., II, 1961,* p. 40, donde se afirma que en el texto aparece *bona* y no *buona*].

[56] Sobre el problema de la diptongación, que es uno de los más importantes y debatidos en lingüística románica, véase más recientemente F. Schürr, "La diphtongaison romane", en *Revue ling. rom.,* XX, 1956, pp. 107-144 y 161-248.

[57] Por ejemplo, encontramos en el *Cod. dipl. Long.*: *constitudus*, *habidare*, Treviso 710 (I, pp. 36 y 38); *Aredino,* etc. en la muy citada *Breve de inquisitione*, Siena 715 (I, p. 69); *eglesia*, *sagrosancto,* Lucca 700 (I, pp. 31-32); *segreta*, Lucca 713 (I, p. 44), etc.

[58] P. Fiorelli, en *Convivium*, 1951, pp. 575-576.

[59] G. Serra, en *Riv. di studi liguri,* XVII, 1951, pp. 226-228.

[60] Los grupos CL y GL también se anotan en rumano: *chiae*, *cheie* da CLAVE, *ghindă* da GLANDE.

[61] Una glosa *colum conoclea,* que insinúa una palatalización, se encuentra en *el Cod. Cassin*. 90, del siglo X (*Corpus Gloss. Lat.*, V, 565, 57). Encontramos *Santa Maria inter piano*, año 799, en el Cod. *dipl. cavense*; *Trespiano* en Florencia en 967 etc. Cf. A. Castellani, en *St. fil. it.,* XII, 1954, p. 19. En el norte de Italia el fenómeno es sin duda muy posterior.

[62] Se tiene a *Satoiano* en un fuero de Lucca de 761 etc. (Castellani, en *St. fil. it.*, XII, 1954, p. 18).

[63] No importaba que *el os se* convirtiera en *ossum* o *ossus* (como se afirma en el Edicto de Rotari, § 47).

[64] P. Aebischer, en *Arch. lat m. aevi,* VIII, 1933, pp. 5-76, IX, 1934, pp. 26-36; sobre *cibora* en Anthimus (*De observ. ciborum* 23) y *rivora* en la *Casae litterarum,* véase A. Josephson, *Casae litterarum*, Uppsala 1950, pp. 151-153.

[65] Rohlfs, *Hist. Gramm.*, II, pp. 57-61.

[66] Wartburg, *Ausgliederung*, pp. 26-31.

[67] Rohlfs, *Hist. Gramm*., II, pp. 36-38; sobre el plural, pp. 61-62.

[68] P. Aebischer, en *Cult. neol.*, VIII, 1948, pp. 181-203.

[69] Véase también la discusión en Gamillscheg, *Tempuslehre*, pp. 217-219.

[70] Las formas *de ab* y *dab* están atestiguadas con no poca frecuencia: citamos sólo *de ab unam partem* de la *Casae litterarum*, V. 5, cod. C: cf. Josephson, *Casae litterarum*, cit., pp. 206-208.

[71] Otros ejemplos, a partir de 710, citan P. Aebischer, en *Cult. neol., XI,* 1951, pp. 5-23. Sobre el etimónimo da da *de ab* véase más recientemente R. De Felice, en *St. fil. it., XII,* 1954, pp. 248-255.

[72] W. Bruckner, *Die Sprache der Langobarden,* cit., p. 333; G. Serra, *Contributo toponomastico alla teoria della continuità nel Medioevo delle comunità rurali*, Cluj 1931, pp. 39 y 244-247.

[73] J. Jud, en *Donum natalicium Jaberg*, Zurich 1937, pp. 162-192.

[74] P. Aebischer, *Zeitschr. rom. Phil.,* LXI, pp. 114-121; G. Rohlfs, en *Arch. St. n. Spr.*, CLXXXI, p. 67.

[75] R. Davidsohn, *Geschichte von Florenz, I*, Berlín 1896, pp. 68 y 866; cf. V. Pisani, en *Studi... Monteverdi, II, Roma* 1959, pp. 610-611.

[76] Por otra parte, el *Garibaldus qui dicitur Tosabarba* de un documento cremonés de 723 no sirve de nada, porque está falsificado (L. Schiaparelli, *Cod. dipl. Long.*, I, p. 116).

[77] *Avolus* aparece ya en Venantius Fortunatus como *cognomen* galo (*Thes.*, s.v.); *fratellus* aparece por primera vez como nombre propio o apodo en el siglo VIII (P. Aebischer, en *Zeitschr. rom. Phil.*, LVII, p. 257).

[78] F. Schneider, *Die Reichsverwaltung in der Toscana,* I, Roma 1914, p. 222.

[79] J. Pauli, *Enfant, garçon, fille*, Lund 1919, pp. 260-268.

[80] Conviene consultar especialmente la *Romania Germanica* de Gamillscheg, Berlín-Leipzig 1934-36, que, a pesar de algunos olvidos importantes, es hoy la obra fundamental en este campo. Algo anticuados, pero todavía útiles, son los estudios de Bruckner, *Die Sprache der Longobarden,* cit.; Id., *Charakteristik der germ. Elemente im Italienischen*,

Basilea 1899, y el repertorio de Bertoni (*L'elemento germanico nella lingua italiana*, Génova 1914, que se completará con la excelente reseña de Bartoli, en *Giorn. stor.*, LXVI, 1915, pp. 165-182, y las numerosas correcciones de Salvioni, en *Rend.* XLIX, 1916, pp. 1011-1067). También son útiles los artículos de Gamillscheg, "Zur Geschichte der german. Lehnwörter des Italienischen", en *Zeitschr. fur Volkskunde, X*, 1939, pp. 89-120, y de Rohlfs, "Germanisches Spracherbe in der Romania", en *Sitzungsber. der Bayer. Ak. der Wiss.*, 1944-46, núm. 8. [Un buen resumen en G. Bonfante, *Latini e Germani in Italia,* 3ª ed., Brescia 1965].

81 Véase principalmente *Charakteristik* de Bruckner, cit.

82 Migliorini, *Lingua e cultura*, p. 24 (sobre *gastaldius*, *duddus*, *scafardus*).

83 D. Olivieri, *Saggio di una illustrazione gen. della topon. veneta*, Città di Castello 1914, pp. 344-345; Id., *Dizion. di topon. lombarda,* Milano 1931, p. 497.

84 Por lo general, dejemos de lado las que sólo viven en zonas restringidas y no tienen homólogo en la lengua nacional. Quienes busquen información particular sobre palabras concretas tendrán que recurrir primero al Gamillscheg.

85 Brüch, *Einfluss*, cit., pp. 14-18.

86 *Ibídem,* p. 17; Gamillscheg, *Rom. Germ*, I, p. 35.

87 F. Kluge (*Urgermanisch*, Estrasburgo 1913, p. 13) había considerado de origen paleogermánico los numerosos adjetivos de color que entraron en las lenguas romances (*blanco*, *rubio*, *castaño*, *carrasposo*, *gris)*, refiriéndose al pasaje de Tácito (*Germania*,6): "scuta lectissimis colouribus distinguunt". Wartburg (*Entstehung*, p. 83) piensa (para *blanco*, *pardo*, *gris*, *halcón)* en la importancia de los germanos en la caballería imperial. Otros hacen remontar estos adjetivos a épocas más recientes, a veces incluso demasiado tardías: Rohlfs ("Germ. Spracherbe", cit., pp. 15-16) considera que el *blanco* es de origen franco, pero no hay que olvidar que ya en época lombarda encontramos un "*Bianco* cum filio suo Ursicino" en Garfagnana (Campori 716, en *Cod. dipl. Long.*, II, p. 64).

88 Además de los autores citados en la nota de la p. 102, véase C. Battisti, "L'elemento gotico nella toponomastica e nel lessico italiano", en vol. I, Goti in Occidente, Spoleto, 1956, pp. 621-649. *I Goti in Occidente*, Spoleto 1956, pp. 621-649.

89 La aplicación de prefijos latinos a verbos germánicos, como se ve en *smagare*, *arredare*, *corredare, es* también prueba de una estrecha simbiosis lingüística.

90 Encontrará información al respecto en el *Etym. Wört. der unterital. Gräzität de los Rohlfs*. Para las siguientes entradas que no tienen otras referencias, también suponemos una referencia al *REW, al* Rohlfs, al *DEI*.

91 Si la palabra vuelve a conectar con *mastra* o se remonta, como propone Alessio (en *Lingua nostra*, XI, p. 47; *DEI*, s v.), a una metáfora de *μαστός* 'pecho'.

92 R. Kahane, en *Romance Phil.*, V, 1951-52, pp. 174-176.

93 *Navy diz.*, s.v.

94 Entrada originalmente latina, pero que adquirió su nuevo significado marítimo en Constantinopla (R. Kahane, en *Italica*, XXVIII, p. 290).

95 V. Bertoldi, en *Arch. glott. it.,* secc. B, XXI, pp. 140-142.

96 *Corpus Gloss. Lat.,* III, p. 564. V. W. Meyer-Lübke, en *Wörter u. Sachen, XII*, 1929, p. 9; G. Bonfante, *Biblos,* XXVII, 1951, pp. 369-377.

III

LOS COMIENZOS (960-1225)

1. Límites

Estudiaremos en este capítulo las primeras manifestaciones de la lengua vernácula en Italia, comenzando por las Placitas casinenses, en las que aparece por primera vez en un texto una clara conciencia de la distinción entre latín y lengua vernácula, y llegando a una fecha, 1225, que marca más o menos una nueva fase para la lengua: su uso para un himno de alta inspiración religiosa, es decir, el Cántico del Hermano Sol (1225 o 1226), y su uso para una lírica de intención decididamente literaria, en competencia con el provenzal, es decir, el inicio de la poesía en la corte siciliana.

2. ¿Se puede hablar ya de textos italianos?

Limitadamente, surge la pregunta que ha atormentado y atormenta a los estudiosos de la historia política y de los diversos aspectos de la historia cultural italiana: ¿es lícito, ya en este período, tratar las diversas expresiones en lengua vernácula como variantes de una misma lengua? Los historiadores se preguntan si, a falta de una unidad política que Italia no alcanzaría hasta el siglo XIX, se puede hablar al menos, y a partir de cuándo, de una "Italia moral", que de algún modo alcanzaría los límites de la Italia geográfica. En cuanto a las manifestaciones lingüísticas, sólo pueden ser consideradas en su conjunto cuando el orador o escritor tiene como público ideal a todos los habitantes de la península: esto es todavía dudoso para los poetas de la Escuela Siciliana, pero ya es seguro para Dante. No obstante, si en este capítulo tratamos conjuntamente los diversos textos tempranos, lo hacemos teniendo en cuenta los límites geográficos y aquellos primeros caracteres superdialectales que, aunque muy distantemente, prepararon la futura unidad.

3. 3. Acontecimientos históricos

Incluso la aparición de los primeros textos es en cierto modo un testimonio de ese despertar, de esa renovación que se advierte en la península hacia el año 1000. Las repúblicas marítimas muestran una enérgica actividad política y comercial: Génova, Pisa, Amalfi en el Tirreno y en las costas africanas, Venecia en el Adriático.

El gran movimiento de reforma religiosa centrado en Gregorio VII reforzó la unidad moral del mundo católico y dio un enérgico impulso a las Cruzadas, que, sin embargo, también estaban animadas por un desbordante espíritu de aventura y conquista.

Para Italia, la más importante de las Cruzadas fue la cuarta, que aportó a Venecia una gran expansión política y comercial, e instaló a numerosos señores italianos en los feudos del Imperio latino de Oriente.

Ese contraste entre Norte y Sur, que es una de las características inmanentes de la historia italiana -y será en este contraste en el que más tarde se encajará la Toscana, convirtiéndose en mediadora lingüística-, se acentúa entre los siglos XI y XII. En el norte y en el centro se afianza esa institución típicamente italiana que es la Comuna, por la que numerosos núcleos urbanos asumen las funciones de otras tantas ciudades-estado, organizadas por la pequeña nobleza y la burguesía. Su vida laboriosa y tumultuosa les impulsa primero a luchar entre ellos; luego, la lucha contra Federico Barbarroja les lleva a adquirir conciencia de sí mismos: pero este sentimiento antiimperial y antialemán sigue siendo más negativo que positivo, y sus uniones son poco más que consorcios en defensa de intereses particulares. Que incluso entonces, al dividirse entre güelfos y gibelinos, los

municipios obedecían más a intereses municipales que a ideales políticos generales se desprende de su distribución geográfica casi "accidentada".

En cuanto al sur de Italia, las condiciones cambiaron radicalmente en poco más de un siglo, tras la conquista normanda. Hacia el año mil, el sur de la península estaba dividido entre bizantinos, principados lombardos e invasores musulmanes que luchaban entre sí. En el siglo siguiente, Roger II, duque de Apulia y rey de Sicilia (1130), tenía en su poder casi todo el sur de Italia y Sicilia, y con él comenzó una tradición unitaria, que se fortalecería aún más con un centralizador como Federico II, y que duraría muchos siglos, dando a esa parte de Italia una fisonomía particular.

4. Movimientos culturales

Los principales movimientos culturales de este periodo deben considerarse dentro del Occidente cristiano, y en su mayor parte vemos que Francia ocupa allí una posición preeminente. Hacia mediados del siglo XI se extiende el modo de vida y de pensamiento que recibe el nombre de ideal caballeresco.

Importantes reformas monásticas irradian de Cluny, del Císter (Citeaux), de la Cartuja; en Italia, de Camaldoli. En el sur de Italia se ejerce en gran medida la influencia de la cultura casina.[1] A principios del siglo XIII surgen las órdenes dominica y franciscana.

En arquitectura, asistimos a principios del Cento al florecimiento del románico (con las grandes catedrales de Módena, 1106, Cremona, 1107, Piacenza, 1122, etc.), y luego del gótico.

En matemáticas, astronomía y medicina se deja sentir mucho la influencia árabe, que también se manifestará en filosofía con la amplia popularidad de las ideas averroístas.

Por otra parte, la preeminencia italiana es muy notable en el campo del derecho: las escuelas de Pavía y Rávena preparan el gran florecimiento de la escuela de Bolonia: el renacimiento del derecho romano y la elaboración del derecho canónico son altas manifestaciones de esta época.

En las escuelas monásticas y episcopales se mantenía una tradición escolástica ininterrumpida: la enseñanza, casi siempre impartida por eclesiásticos, tenía como primer objetivo el conocimiento gramatical y retórico del latín, a través del cual se ascendía por grados a todo tipo de ciencias, hasta el derecho y la teología. Los extranjeros se asombraban, en el siglo XI, de que en Italia estudiaran incluso los laicos, y de que dieran tanta importancia a la enseñanza gramatical-retórica: Vippone de Borgoña, en el *Tetralogo,* hace esta comparación:

Hoc servant Itali post prima crepundia cuncti,
et sudare scholis mandatur tota iuventus:
Solis Teutonicis vacuum vel turpe videtur,
ut doceant aliquem, nisi clericus accipiatur.[2]

Y Radolfo Glabro habla de un tal Vilgardo de Rávena, "studio artis grammaticae magis assiduus quam frequens, sicut Italis mos semper fuit artes negligere caeteras, illam sectari", a quien se le aparecieron los demonios bajo la apariencia de Virgilio, Horacio y Juvenal.[3]

5. Aparición tardía de la lengua vernácula

La puerta de entrada a todo tipo de cultura es, por tanto, la *gramática*, es decir, el conocimiento del latín. Y salvo algunos textos (de los que se conservan muy pocos), todo lo que se ha escrito en Italia a lo largo de los siglos se ha escrito en latín: papeles públicos y privados, epígrafes, decretos y bulas, comentarios jurídicos, tratados teológicos y morales, vidas de santos, crónicas, poemas de tema histórico o moralizante, y todo lo demás.

Las innumerables variedades dialectales que se hablan en los distintos lugares[4] se consideraban manifestaciones de carácter inferior, carentes en absoluto de la formalidad, regularidad y dignidad que se estimaban necesarias para poner por escrito cualquier cosa, por mínima que fuera; mucho menos se podía concebir acercarse a la altura de la poesía si no se obedecían las reglas de Donato.

Hizo falta una larga serie de intentos y esfuerzos para que también en Italia las lenguas vernáculas superaran este sentimiento de inferioridad y, junto al latín y frente a él, sintieran el deseo y la necesidad de fijar la fugaz lengua vernácula, dándole un valor más

allá de su espacio y su tiempo: sobre todo, hizo falta el conocimiento y el aprecio del logro victorioso de las literaturas de Oc y Oil.

La cuestión de los orígenes tardíos de la lengua y la literatura italianas fue largamente debatida en las últimas décadas; y con muy escasos resultados, por la razón incisivamente enunciada por Parodi: "En verdad, nunca debemos preguntarnos por qué no nace una literatura, sino por qué nace".[5]

En resumen, es legítimo estudiar por qué los años en torno a 1100 ofrecieron en Francia el clima apropiado para el florecimiento de la *Chanson de Roland* y la lírica de Guillermo IX, siempre que no olvidemos que estas obras no fueron el producto de ese clima, sino las obras de escritores que simplemente encontraron en él las condiciones adecuadas. Ahora bien, por otra parte, preguntarse por qué en Italia no surgieron obras en lengua vernácula es precisamente considerar las obras de arte como un producto necesario de un determinado clima.

La respuesta que se suele dar a esta pregunta: "La literatura en lengua vernácula no surgió porque el latín gozara de demasiado prestigio", tiene un núcleo de verdad, pero no basta para explicar los orígenes tardíos de la literatura: baste observar que si es cierto que el siglo XII apenas tiene poetas en lengua vernácula, también lo es que tiene muy pocos en latín. Si hubiera surgido un verdadero gran poeta, habría escrito en una u otra lengua, en latín o en lengua vernácula. En cambio, este siglo pasó de la poiesis a la acción: creó la Comuna, fundó colonias de ultramar y, entre las bellas artes, favoreció la más práctica, la arquitectura. Ni siquiera se les pasó por la cabeza a los juristas boloñeses que fundaron el nuevo derecho utilizar la lengua vernácula, tanto por la continuidad que restablecían con el derecho romano, como porque su horizonte no era local ni nacional, sino que se abría a toda la Europa civilizada.

El prestigio de que gozaba el latín en Italia, la tenaz costumbre que hacía de él la única lengua en la que se podía escribir, por estar sujeta a reglas firmes y ser susceptible de ornamentación, su difusión relativamente amplia, su diferencia no muy grande con la lengua hablada, el hecho de que respondiera, en la época medieval, a las múltiples exigencias de la vida práctica: todo ello sirvió para retrasar el advenimiento de la lengua vernácula.

Pero si vamos en busca de obras literarias encontraremos muy pocas, y tendremos que concluir que estos siglos contaban con los poetas de la acción, los creadores de la comuna y los conocedores de disciplinas más relacionadas con la actividad práctica (retórica, derecho, medicina): aún no contaban con poetas y conocedores del verbo, ni en latín ni en lengua vernácula.

Los textos individuales en lengua vernácula que nos quedan de estos primeros siglos representan excepciones esporádicas a la regla general de que había que escribir en latín para escribir; y uno puede preguntarse caso por caso, y no siempre encontrar, por qué.

La conciencia de la separación entre lengua vernácula y latín es muy clara en las cuatro Placitas casinenses; y sólo aquí y allá podemos encontrar, en escribas de excepcional ignorancia, confusión entre los dos sistemas.[6]

Que se hablaba a diario en las diversas lenguas vernáculas es evidente. Pero también tenemos pruebas precisas de ello, para usos eclesiásticos, jurídicos y mercantiles. El papa Gregorio V (Bruno, hijo de Ottone margrave de Verona), que murió en 999, fue enterrado en San Pedro, y en el sarcófago, que aún puede verse en las Grutas Vaticanas, se leen, como ya hemos mencionado, los siguientes versos:

Usus francisca, vulgari et voce latina
instituit populos eloquio triplici.

El obispo Angerio de Catania (siglo XII) ordenó que los catecúmenos adultos, si no podían responder en latín a las preguntas que se les hacían para la administración del bautismo, podían responder también en lengua vernácula: "Si nescit litteras, haec vulgariter dicat".[7]

En 1133, el rey Roger hizo leer y luego exponer en lengua vernácula un memoratorio que contenía los privilegios concedidos por el abad Ambrosio a los habitantes de Patti. "Audita tandem memoratorii continenza, et vulgariter exposita, Pactenses [...]".[8]

En 1189, según una carta de ese año, el Patriarca de Aquilea predicó en latín en la iglesia de Carceri, un pueblo paduano, y el obispo de Padua Gherardo lo explicó al pueblo en lengua vernácula: "Cum predictus patriarcha litteraliter sapienter predicasset et [...] predictus Gherardus Paduanus episcopus maternaliter eius predicationem explanasset [...]".[9]

Boncompagno, en su *Rhetorica antiqua,* nos informa también del uso escrito que los mercaderes hacían de la lengua vernácula: "Mercatores in suis epistolis verborum ornatum non requirunt, quia fere omnes et singuli per idiomata propria seu vulgaria vel corruptum latinum ad invicem sibi scribunt et rescribunt [...]".[10] Pero estamos en 1215.

6. Circulación de personas

Mientras que el latín cumple su función de lengua común para toda Europa Occidental, los dialectos individuales sirven a lugares individuales, o poco más: el contraste perpetuo entre el espíritu de circulación y el espíritu de particularismo encuentra su expresión en estos dos medios distintos.

Entre las categorías de personas que más se desplazaban de un lugar a otro estaban los religiosos, que utilizaban el latín en mayor o menor grado, al menos con sus hermanos. Pero los mercaderes, menos cultos y más movidos por la necesidad de hacerse entender, habrán tenido que adaptarse a la lengua vernácula de los lugares donde comerciaban, en particular los recintos feriales.

Otra ocasión para el intercambio de personas y discursos fue la institución del podestà extranjero. Tomemos como ejemplo la noticia que tenemos del juez y poeta boloñés Rambertino Buvalelli:[11] quizás podestá de Brescia en 1201, podestá de Milán en 1208, cónsul de justicia en Bolonia en 1209, embajador en Módena en 1212, podestá de Parma en 1213, cónsul de Bolonia en 1214, podestá de Mantua en 1215-16, podestá de Módena en 1217, podestá de Génova en 1218-20, podestá de Verona en 1221, donde murió. Podemos imaginar fácilmente los efectos que semejante vida pública debió de tener en la lengua de quienes la ejercieron: el resultado debió de ser un habla fuertemente mestiza.

Otro grupo en el que debemos detenernos por un momento es el de los bufones. Su oficio consiste en entretener con la palabra con fines lucrativos:[12] Todas sus actividades, ya sea actuar complementadas por gestos y a veces por el vestido, o actuar como el corifeo de una danza acompañada de canto, o realizar trucos de magia o mostrar osos o monos, requieren un estrecho contacto verbal con el público al que desean entretener. Ahora será el público de un solemne banquete nobiliario o episcopal, en el que se recitará la *Cena de Cipriano* en latín, ahora habrá que entretener a los campesinos que han acudido a una feria para pellizcarles un poco de dinero: y para hacerse entender por ellos, se requerirá una lengua vernácula lo más cercana posible a la del lugar. Por supuesto, debió de haber bufones de cierta cultura, *clérigos* fracasados que se convirtieron en *clérigos vagabundos* y bufones que acababan de enriquecerse en contacto con gente culta; pero de toda la producción bufonesca se desprende que nunca falta un poco de doctrina, bien o mal digerida.

7. Conocimiento de las lenguas y literaturas d'oc y d'oil

Los contactos prácticos y culturales contribuyeron a difundir en Italia un cierto conocimiento de las lenguas transalpinas. Pensemos en las continuas corrientes de peregrinación, las Cruzadas, las fundaciones cluniacenses y cistercienses. El florecimiento de los estudios teológicos y filosóficos en Francia en los siglos XI y XII dio gran prestigio a las escuelas transalpinas, pero la influencia se ejerció permaneciendo dentro de la lengua de las escuelas, el latín medieval; luego el hecho de que, a partir de 1100 aproximadamente, surgieran dos florecientes literaturas en lengua vernácula constituye un ejemplo tan conspicuo que resulta tentador seguirlo (por ahora casi sólo siguiendo el camino de aquellos escritores, con sus propias lenguas).

Para el sur de Italia, la influencia ejercida por los asentamientos normandos y su corte es notable; existe mucha información sobre las relaciones de los normandos de Italia con los de Francia e Inglaterra, y se sabe que el conocimiento del francés era indispensable en la corte; Arrigo conde de Montescaglioso rechazó el cargo de regente durante la minoría de edad de Guillermo II, excusándose por no saber francés: "Francorum se linguam ignorare, quae maxime necessaria esset in curia". Así surgieron las leyendas carolingias y artúricas (que explican cómo llegó a Sicilia el nombre del hada Morgana, hermana de Arturo).

En el norte de Italia, a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XIII, primero las Cortes (sobre todo en Monferrato, en Lunigiana, en los Estensi, en la Marca Trivigiana), luego también las ciudades se interesaron por la poesía provenzal; numerosos

trovadores llegaron a Italia y encontraron imitadores. Sólo nos queda el apodo de *Cossezen* (es decir, "guapo") del trovador más antiguo de Italia, aquel "viejecito de Lombardía" que, según una caricatura de Pedro de Auvernia, llamaba cobardes a sus vecinos;[13] mientras que nos queda la serventesa de Peire de la Cavarana, compuesta en 1196 o poco después, que expresa los sentimientos de odio de los lombardos contra "la gent d'Alemaigna". Veremos más adelante (§ 21) cómo Rambaldo di Vaqueiras aplicó su talento poético a la escritura en dialecto italiano.

Algo más tardía, pero popular y duradera, será la influencia de la literatura en la lingua d'oil en el norte de Italia.

8. Las Placitas Casinenses

Los documentos en los que la lengua vernácula aparece por primera vez a plena luz, conscientemente opuesta al latín, son las cuatro placitas casinenses.

Se trata de un grupo compacto de cuatro pergaminos de temática similar (cuatro placitas, o más exactamente, tres placitas y un "memoratorio" sobre la propiedad de ciertas tierras, en el que la base de la decisión la proporcionan testimonios jurados), pertenecientes a la misma época (el breve periodo comprendido entre 960 y 963) y lugares.[14] Los placiti se referían a bienes pertenecientes a tres monasterios dependientes de Montecassino, y se pronunciaron en Capua, Sessa y Teano: es decir, todo tuvo lugar dentro de los principados lombardos de Capua y Benevento (para ser más precisos, en el de Capua, unido en aquellos años al principado de Benevento, en una de las periódicas fusiones y escisiones de los dos territorios).

Salvo en el primero de los documentos Teano (el "memoratorio"), el tipo es constante: en un primer momento el juez comunica el texto de la fórmula a las partes, en un segundo momento tres testigos, presentándose por separado, la pronuncian: de modo que en tres de los documentos la fórmula se repite cuatro veces.

Los cuatro pasajes en lengua vernácula son los siguientes:

(Capua, marzo de 960):

Sao ko kelle terre, per kelle fini que ki contene, trenta anni le possette parte sancti Benedicti.

(Sessa, marzo de 963):

Sao cco kelle terre, per kelle fini que tebe monstrai, Pergoaldi foro, que ki contene, et trenta anni le possette.

(Teano, julio de 963):

Kella terra, per kelle fini que bobe mostrai, sancte Marie è, et trenta anni la posset parte sancte Marie.

(Teano, octubre de 963):

Sao cco kelle terre, per kelle fini que tebe mostrai, trenta anni le possette parte sancte Marie.

Las fórmulas corresponden a otras similares, pero en latín, que se han mencionado en otros lugares (Lucca 822); y también para territorios cercanos al nuestro unos años antes (San Vincenzo al Volturno, 936, 954; y luego también 976).

Dado que los testigos, todos ellos clérigos y notarios, seguramente habrían sido capaces de pronunciar la fórmula testimonial en latín, se debió considerar oportuno dar a conocer su tenor a todos los presentes en el juicio, como había sucedido más solemnemente en Estrasburgo en 842, cuando Lodwig el Germánico había jurado la lengua *romana para hacerse entender por los* soldados franceses, y Carlos el Calvo había jurado *la lengua teudisca* para hacerse entender por los soldados alemanes. Algunos piensan que con esta deseada publicidad se pretendía asegurar mediante una sentencia, promovida no por un oponente auténtico, sino por uno que actuara de acuerdo con el monasterio, la propiedad de unos bienes que se creían en litigio.[15]

El juez en los tres casos preanuncia las palabras que los testigos deberán jurar y que probablemente habrán sido preparadas por él, y el notario subraya entonces la perfecta conformidad (*toti tres quasi ex uno ore*; *casi una hora*) de las declaraciones:[16] estamos pues seguros de que estos documentos no son la reducción escrita de sentencias preanunciadas ex abrupto, sino que representan los primeros documentos de un lenguaje cancilleresco.

Esto explica la estructura sintáctica bastante compleja de las fórmulas.[17] En cuanto a los genitivos de nombres propios, contenidos en documentos, es fácil explicar *en parte Sancti Benedicti* y *en parte sancte Marie, que* pertenecen a esa rama que desemboca en el tipo

moderno *piazza San Giovanni*, *via Garibaldi*. Más difíciles de explicar en los textos vernáculos son los genitivos dependientes del verbo "ser": *Pergoaldi foro*, sancte *Marie è*. Dado que el uso de la lengua vernácula está en la mente de los participantes tan claramente separado del uso del latín, me parece que para explicar la presencia de estos genitivos en las fórmulas hay que admitir que el uso de tales formas por parte del Canciller había sido transportado del debate oral en latín al debate en lengua vernácula, y que por lo tanto los jueces creían que también podían utilizarlos en fórmulas escritas intencionadamente en lengua vernácula.[18]

En cambio, las formas *thebes* y *bobe* son importantes reliquias de los dativos latinos en el uso popular del sur.[19]

Un problema notable es el de la forma *sao*. En sí misma, no es nada sorprendente: puede explicarse muy bien como una formación analógica promovida por una parte por las formas de 2ª y 3ª persona, *sai* (lat. SAPIS) y *sae* (lat. SAPIT), y por otra por formas actuales como *ao*, *dao*, *stao,* que podemos suponer que poseían los dialectos campanos hacia el año 1000, ya que las encontramos en textos no muy lejanos: los textos semilatinos del *Códice Diplomático Cavense* tienen *abo* por 'ho' y *dabo* por 'do'.[20]

Lo que plantea algunas dudas es el hecho de que los dialectos meridionales actuales presentan uniformemente el tipo *saccio o* más bien *saccë*,[21] una continuación del latín SAPIO. Un texto de esta misma zona, unos dos siglos después de los Placitas, ya tiene *sactio* (*Ritmo cassin*., v. 14). Por otra parte, no es lícito cuestionar esta evidencia de los placitas: cualquier error queda descartado por el hecho de que se trata de papeles originales y de que la forma se utiliza doce veces.

Sólo se nos presentan dos soluciones. Una es que en Capua y sus alrededores el continuador de *sapio se eliminó* del uso oral, sustituyéndolo por la forma analógica *sao*; y que sólo más tarde, bajo la influencia de otros centros, se aceptó también allí la forma meridional *saccio o sazzo.* La otra hipótesis, propuesta por el difunto Bartoli,[22] es que *sao procede* de una zona septentrional y representa en nuestros textos una indicación de que el dialecto ha sido superado. "Las fórmulas casinenses reflejan una lengua regional, de Campania, como la que hablaban habitualmente los juristas y eclesiásticos de Campania en la segunda mitad del siglo X. Pero esa lengua regional también contenía interregnos. Pero esa lengua regional también contenía elementos interregionales de dos tipos diferentes: latinismos e italianismos. O mejor y más sencillamente: elementos latinos e italianos. El más seguro de tales elementos es "*sao*, onde *so*". Debemos confesar que entre las dos hipótesis, la primera[23] nos parece ciertamente la más probable.

Otra forma interesante de los plácitos es *ko* (Capua), con la variante *cco* (*Sao cco*, Sessa, Teano II). Se trata sin duda de una supervivencia del latín QUOD, que más tarde se fusionó, junto con *ca* (continuador de QUAM y posiblemente QUIA) y con *che o ched* (latín QUID) en la forma única *che*.[24]

Los primeros que se encontraron escribiendo los sonidos del italiano con el alfabeto latino tradicional lucharon con la dificultad de representar aquellos sonidos que el latín pronunciado según el uso medieval no poseía: en primer lugar, la *c* y la *g* velada delante de la *e* y la *i*. En los casos en los que la afinidad con la palabra latina todavía se sentía con fuerza, era obvio que se tendía a ceñirse a la grafía latina: *che* con el significado de pronombre relativo se traduce como *que*. En cambio, para *kelle* y *ki los* notarios utilizaban el signo *k*, poco frecuente en latín (salvo en el uso cristalizado de *kal*.), pero que tenía la ventaja de no prestarse a ambigüedades. La regularidad con la que hacían uso de él, que puede parecernos escasa a los modernos,[25] es en cambio tan grande, si la comparamos con las fluctuaciones del uso medieval, que confirma la impresión de un uso notarial incipiente.[26]

9. Textos del siglo XI. Cartas sardas. Amiatine Postilla

Después de las cuatro Placitas, no aparece ningún otro documento en lengua vernácula durante todo un siglo: en el inmenso conglomerado de documentos latinos, en las inscripciones relativamente numerosas sólo aparecen aquí y allá algunas migajas de lengua vernácula que escaparon a los redactores, pero ningún texto continuado.

Hay que esperar hasta las últimas décadas del siglo XI para encontrar dos cartas sardas y tres textos de Italia central.

Los dos fueros sardos son de gran interés, porque muestran una temprana aparición de la lengua vernácula incluso en aquellos usos que permanecieron reservados al latín durante más tiempo en la península. Pero como esos documentos (al igual que los fueros y condaghi del siglo siguiente) representan una tradición por derecho propio, formada sobre un tronco dialectal que tiene tantas características peculiares, su historia presenta problemas que deben abordarse por separado. Y aquí basta con haberlos mencionado.

Al pie de una carta fechada en 1087, con la que un tal Miciarello y su esposa Gualdrada hacían donación de todos sus bienes a la abadía de San Salvatore (en el monte Amiata), el notario Rainerio añadió esta postilla:

Ista *cartula* est de caput coctu

ille adiuvet de *il* rebottu

qui mal consiliu los puso en corpu.

La asonancia de *coctu*, *rebottu* y *corpu* sugiere que se trata de versos, endecasílabos si se leen sin elisiones, novenarios si se supone que el notario vistió de latín otras tantas palabras vernáculas, aproximadamente como sigue:

Esta tarjeta es de Capucottu

y la ayuda del rebottu

qué malos consejos se metió en el cuerpo.[27]

La interpretación no está exenta de dificultades, la principal de las cuales es el significado de *rebottu*:[28] Yo lo explicaría más o menos así: "Esta carta es de Capocotto (apodo de Miciarello, que probablemente deba entenderse como "Testadura") y le da ayuda contra el Maligno, que un mal consejo le metió en el cuerpo".

Entendido así o de otro modo, nuestro texto nos muestra un estado de concreción lingüística mucho menos avanzado que en las placitas casinenses. El notario Rainerio sólo puede escribir en latín, y cada palabra de su lengua vernácula que tiene que escribir, no puede hacerlo de otro modo que refiriéndose al latín. Pronunciando *capucottu*, escribe *caputcoctu*. Diciendo *is,* escribe *est*. Y tal vez detrás *del adiùvet* (que sin duda pronunciaba, según el uso medieval, *adiùvet*) se esconda una *ayuda*.

Sin embargo, a través de este velo brillan algunos rasgos notables (el artículo *illu*, las terminaciones en *-u*).

10. Inscripción de San Clemente

Mucho más importante que la postilla del notario Rainerio es la inscripción pintada al fresco en una pared de la iglesia de San Clemente de Roma en los últimos años del siglo XI. Más importante porque se trata de una inscripción expuesta al público, y además en una iglesia.

El episodio que representa el fresco, tomado de la *Passio sancti Clementis, es* bien conocido.[29] El patricio pagano Sisinio está lleno de ira contra el santo, al que acusa de haber practicado contra él artes mágicas, privándole temporalmente de la vista y el oído para abusar de Teodora, su esposa, convertida al cristianismo. Ordena a tres criados que arrastren a San Clemente atado hasta el suelo:

Fili de le pute, traite.

Entonces insiste en que dos de ellos le arrastren con la cuerda:

Gosmari, Albertel, traite.

y el tercero, Carboncello, da órdenes de empujar al santo con una pértiga:

Fàlite dereto colo palo, Carvoncelle.

Pero ha ocurrido un milagro: el santo varón a quien el patricio y sus tres satélites querrían martirizar está libre: mientras creen tenerlo, atan y empujan una pesada columna.

De ella sale una voz que explica el milagroso suceso:

Duritia[m] cordis vestri[s]

saxa traere meruistis.[30]

Quien esbozó el modelo de la inscripción, con ese escaso historicismo propio de la Edad Media, utilizó nombres y lenguaje de su tiempo para representar el suceso acaecido en el siglo I, pero con una importante salvedad: puso la lengua vernácula en boca de Sisinio y sus hombres (y sólo este hecho, pero aún más el carácter plebeyo de las palabras que se les atribuyen, muestra cierta intención lúdica), mientras que las palabras del santo resonaban con la solemnidad del lenguaje litúrgico.[31]

11. Confesión de Norcia

El más importante de los textos del siglo XI que se han rastreado hasta ahora pertenece también a la Italia media, y es la fórmula confesional de San Eutizio. En un codicilo misceláneo de la abadía de San Eutizio, cerca de Campli (hoy Campi), no lejos de Norcia, entre las fórmulas sacramentales del rito de penitencia (*Ordo ad dandam penitentiam*) hay un fragmento en lengua vernácula.

La primera parte es una enumeración de pecados y un acto de contrición, que se imaginan pronunciados por el penitente:

Domine mea culpa. Confessu so ad me senior Dominideu et ad mat donna *sancta* Maria [etc.] de *omnia*, mea culpa et de *omnia* mea *peccata*, ket io feci [etc.] Me *accuso* de lu corpus Domini, k'io indignamente lu accepi [etc.]. Pregonde la sua sancta misericordia e la intercessione de li sancti ke me nd' aia indulgentia [etc.].

A continuación, el confesor pronuncia palabras de exhortación y absolución, en parte en lengua vernácula y en parte en latín:

De la parte de mme *senior* Dominideu et mat donna *sancta Maria* [etc.] Et qual bene tu ai factu ui farai en quannanti, ui altri farai pro te, si sia computatu em *pretiu* de questa *penitentia* [etc.].[32]

La fórmula puede datarse en torno a la segunda mitad del siglo XI[33] y encuentra correspondencia en varias fórmulas penitenciales latinas.

En todo el texto pesa mucho la influencia latina. En primer lugar, varios pasajes son latinos. "Cuando se compiló la fórmula", observa el P. Pirri (art. cit., p. 35), "debió de ocurrir algo parecido a lo que ocurre actualmente entre los analfabetos por las oraciones en lengua vernácula introducidas en el uso por el Catecismo de Pío X". Incluso ahora vemos que ciertas frases del *Confiteor*, como *verbo et opere*; *mea culpa*, *mea maxima culpa*; *ad Dominum Deum nostrum* por muchos son recitadas en latín". Incluso fuera de estos fragmentos, la dependencia del latín en la ortografía es muy fuerte,[34] en la sintaxis,[35] en todas partes.[36]

Obsérvese, en la grafía, el uso de *k* limitado a la conjunción *ke* o al pronombre (como pronombre, también *ked*), y la oscilación en el refuerzo sintáctico.

Uno de los rasgos fonéticos más característicos de nuestro texto es la distinción en la terminación entre la *o* (de lat. Ŏ, Ō) y la *u* (de lat. Ŭ): *I*, *accuso*, *preso*, *como*, y en cambio *confessu*, *battismu*, *diabolu*, *Petru*, *Paulu* etc.[37]

Hay algunas formas fuertes notables en el verbo (*abbi*, *dibbi*).

En cuanto al orden de las palabras, la ley que prohíbe el proclítico inicial (ley Tobler-Mussafia) no se observa en el grupo frecuente *Me accuso*, pero esto se deberá a la influencia preponderante del modelo latino, porque en cambio donde hay una locución vernácula independiente hay *Pregonde*.

12. Textos del siglo XII

Reuniendo los textos supervivientes del siglo XII y principios del XIII en grupos relacionados por temas, encontramos en primer lugar el registro de algunos testimonios judiciales; después una serie de inscripciones privadas, inventarios y libros de memorias de cuentas. La inscripción monumental de Ferrara sería única si fuera auténtica: pero probablemente no lo es. Luego tenemos una serie de poemas jullarescos sobre temas edificantes, todos procedentes de una zona que se extiende de Toscana a Campania pasando por Las Marcas y el Lacio. Otros ritmos, de tema histórico-narrativo, aparecen en Véneto y Toscana. Los veintidós sermones piamonteses son todo lo que queda documentado de la predicación en lengua vernácula, que sin duda estaba viva en toda la península. Los *Proverbi de femene* abren a principios del siglo XIII el florecimiento de la poesía didáctica en Lombardía. Las estrofas de Rambaldo di Vaqueiras intentan reproducir en genovés los recursos de una lengua literaria madura como el provenzal.

En las entradas de las distintas regiones falta la de los Abruzos; y faltan algunos textos sicilianos, a pesar del desarrollo cultural de Sicilia bajo los normandos y el próximo florecimiento de la cultura de Federico. En cambio, siguen apareciendo documentos sardos.

Repasaremos rápidamente los textos indicados para ver qué pueden enseñarnos sobre la consolidación del uso escrito de la lengua vernácula en este periodo.

13. Testimonios judiciales

Un importante grupo de pasajes en lengua vernácula, posteriores a la mitad del siglo XII, contenidos en un pergamino de Volterra de 1158, relata un episodio de una antigua disputa entre el conde Ranieri Pannocchieschi y su hermano Galgano, obispo de Volterra. El juez Balduino relata los testimonios que le prestaron seis hombres de Travale, para probar que cierto número de caseríos pertenecían a Travale y, por tanto, dependían del conde Ranieri. En dos casos, los más importantes, Balduino informa de las palabras de los testigos en directo.

Las palabras de Enrigolo son las siguientes: *Io de preso pane e vino per li maccioni a Travale*; Poghino ha sabido por Ghisolfolo que Malfredo, tras custodiar Travale, se quejó del trato recibido con estas palabras: *Guaita*, *guaita male*, *non mangiai ma' mezo pane*, y por eso fue dispensado del servicio. Se trata del pasaje más importante de los testimonios, pues aunque subsiste cierta incertidumbre de interpretación, se trata sin duda de un lema basado bien en un estribillo, bien en un proverbio popular,[38] que, por tanto, forma parte de una tradición vernácula.

Incluso cuando relata con sus propias palabras los otros testimonios, el juez utiliza numerosas palabras vernáculas; no sólo se abstiene de disfrazar en latín los nombres y apodos de las numerosas personas de las que se habla, sino que en muchas otras cosas deja bien claras las palabras de los testigos.

Nos encontramos, como en el caso de la postilla amiatina, en la Toscana occidental; y algunos rasgos de nuestro texto son dignos de mención.[39]

14. Escritos y recuerdos

Veamos ahora el uso de la lengua vernácula en escritos y memorias.[40]

La carta de Fabriano de 1186 comienza en un latín muy vacilante, y luego, en la medida en que la forma ayuda, procede lo mejor que puede indicando cómo deben proceder las dos partes contratantes para dividir los frutos de los bienes de propiedad común. Pero en un momento dado, el notario parece incapaz de desentrañar el *"nosotros"*, y luego incluso el *"yo"*, que el conde Attolino utiliza para indicar la manera de dividir; y pasa a utilizar la lengua vernácula durante un largo trecho que dura casi hasta el final del documento:

de quale consortia nui advemo plu de vui, nui partimo et vui tollete; et o ("ove") advemo de paradegu, de paradegu parterimu [...].

et set ce fosse impedementu varcante, lu 'mpedementu sia complitu et pignu vet mecto per X livere de inforzati [...].[41]

Más clara es la intercalación de la lengua vernácula en el latín en otro papel de las Marcas ligeramente posterior (1193) procedente de la abadía cisterciense de Fiastra. Se trata de una breve inscripción privada en lengua vernácula, insertada en medio de un papel de venta notarial. A diferencia de *los fueros*, "las *inscripciones,* que son escrituras absolutamente privadas, sin valor legal y, por consiguiente, sin la obligación del estilo y la fórmula de las escrituras legales, comienzan muy pronto a dictarse en dialectos vernáculos". De hecho, esta inscripción data de 1193, "mientras que los documentos notariales oficiales siguieron escribiéndose en latín durante varios siglos".[42]

El notario, en un determinado momento de la escritura de compraventa, inserta en ella, sin advertir en modo alguno el paso, la escritura privada de prenda entre las mismas partes contratantes, que había servido de premisa para la compraventa. Las huellas del discurso básico pueden verse con toda claridad a través de la pátina de la escritura.[43]

Un fuero de Savona, probablemente de 1182, nos ofrece un inventario de las modestas posesiones de una viuda, Paxia, tal y como las declaró a los cónsules de la ciudad.[44]

Una serie de recuerdos privados relativos a los diezmos debidos a un tal Arlotto se conservan en un texto de los montes de Pistoia de la segunda mitad del siglo XII:

Alpicione dr. XXVIIII et del due anni l'uno una spalla et una callina, et *omni* anno *mezzo* staio de orzeo, et ki fuori.[45]

También pertenece a los recuerdos privados la apostilla estampada en un fuero de Pistoia de 1195. En un codicilo de su testamento, escrito en latín por supuesto, Gradalone prometía devolver a los perjudicados la usura que había recibido. Al pie del documento (o, más exactamente, al pie de una copia autentificada, redactada por el notario Gerardo) se pueden leer, de puño y letra del notario, unas líneas que constituyen una especie de acta o recordatorio de la restitución de la usura efectuada por Gradalone:

Gradalone si fue nanti Bonus, ke est aguale episcopus de Pistoria, et nanti l'arcipreite Buoso, sì si concioe con tutti questi omini....[46]

De finales del siglo XII es la lista de bienes y rentas de la iglesia de Fondi, parcialmente conservada. Y una serie de notas de este tipo:

Item vinale unu posto alla veterina a llatu Antoni de Trometa et a sancto Antoni a la via a longu la macera.

Item Pastena deve dare pro olo sanctu et pro crissima tomela de granum nove rase.

Pero muchas expresiones siguen siendo ininteligibles, también porque el sacerdote Giovanni hijo del maestro Niccolò di Fondi no era menos chapucero escribiendo en lengua vernácula que en latín, si podía utilizar frases como *pro sacristia capitillum fundanus*.[47]

Una serie de recuerdos mucho más amplia y rica, muy importante para nuestro conocimiento de la Florentina de principios del siglo XIII, se encuentra en los conocidos fragmentos del libro de cuentas de un banco florentino, referidos al año 1211 y contenidos en dos hojas de pergamino que servían de encuadernación desde el siglo XIV. Se trata de anotaciones de este tipo:

MCCXI. *Aldobrandino* Petri y Buonessegnia Falkoni dan cada uno íntegramente *por* dieciocho libras de mezani *imperial*, un *rrascione* de *treinta* y cinco menos tres, que les *dimos* trece días o más bien *calendas de* julio: si más son, a iiii *denari libras* al mes, tanto como fue nuestra *voluntad*. *Textos Alberto* Baldovini *y* Quitieri *Alberti* de Porte del Duomo.

La lengua del fragmento,[48] a pesar de varias imprecisiones ortográficas,[49] tiene una fisonomía propia, con una notable precisión de los términos bancarios, que hace pensar en la existencia de un uso escrito muy anterior a la fecha del texto.[50]

Encontramos ya las características florentinas tal y como se documentarán más ampliamente en los textos de las décadas siguientes, aunque aquí y allá con algunos rasgos más arcaicos.[51]

La "breve" de 1219 de los hombres de Montieri, en la Maremma toscana, es un documento único en la copiosa literatura estatutaria italiana. Por regla general, los estatutos en lengua vernácula que nos han llegado son relativamente tardíos y representan versiones de textos latinos anteriores: en cambio, el estatuto de Montieri representa, como demostró Volpe, el primero en descubrir y publicar el texto,[52] un borrador en lengua vernácula, con enmiendas y añadidos evidentemente surgidos de la discusión pública, e introducidos para servir a una formulación definitiva del estatuto en latín. No cabe duda de que el redactor del borrador tenía en la memoria las fórmulas habituales del derecho estatutario, que se traslucen claramente en su lengua vernácula ("non essare in consilio né in facto né in ordinamento con alcuna persona", "observare ed adimpire a bona fede senza frode", "se non fusse per se difendendo", etc.).

La letra es algo más "moderna" que en el libro de cuentas florentino,[53] pero sigue siendo muy variable; algunos rasgos gramaticales son claramente sieneses;[54] la sintaxis bastante involucionada, debido al evidente esfuerzo por formular ya hipotéticamente, en vista de la traducción latina que había que hacer, las observaciones y contraobservaciones que surgían en la "empresa".

15. Inscripción de la catedral de Ferrara

Era costumbre atribuir una fecha inmediatamente posterior a 1135 a una inscripción que, según testimonios no anteriores al siglo XVIII, podía leerse en la catedral de Ferrara. Según estas fuentes, en un arco que dividía la nave principal del coro había, junto a la imagen en mosaico de la Virgen, la de un profeta, y en un pergamino que colgaba de la mano izquierda de éste se leía la siguiente inscripción:

Li milla ciento treinta *y cinco* nacidos
Hago este templo a *San* Jorge donado
de Glelmo ciptadin *per* so amore,
y tu *trabajo*, escultor Nikolaus.

('En 1135, este templo fue dedicado a San Jorge por Guillermo el Ciudadano por su amor; y la obra fue tuya, Nicolás el escultor').

En 1570-71, el mosaico resultó dañado por los terremotos; en 1572 se llamó a un pintor para que lo restaurara, de modo que la inscripción era en parte mosaico y en parte pintura; en 1712 se demolió el arco.

A pesar de algunas dudas expresadas por algunos estudiosos sobre la antigüedad y autenticidad de la inscripción, la mayoría la consideraba auténtica y era aceptada en todas las silogías de textos antiguos. Pero un examen riguroso de las fuentes realizado por Monteverdi[55] le llevó a concluir que se trataba de una falsificación de un erudito del siglo XVIII, Girolamo Baruffaldi (a la que se unió más tarde la versión ligeramente diferente, pero no menos imaginativa, de Giuseppe Antenore Scalabrini). Su demostración nos parece ciertamente bienvenida. La copia de Baruffaldi daría la transcripción del texto tal como quedó después de la restauración, mientras que el texto de Scalabrini reproduciría la inscripción anterior a la restauración (y en cualquier caso contaría muy poco, salvo quizá la palabra *cinco*, que, perteneciendo a la primera parte no restaurada, podría también, si el texto fuera auténtico, representar la escritura original).

La cuestión de la autenticidad tiene cierta importancia para el origen de los endecasílabos, de los que se tendría en la inscripción ferraresa uno de los ejemplos más antiguos, de hecho el más antiguo conocido, si no se interpretan las versículas del postílabo amiatino como endecasílabos.[56]

En la lengua de la inscripción discernimos algunas huellas septentrionales (*fo* 'fu', *so* 'suyo') y huellas latinas muy fuertes: el latinismo es *suyo*, como sin duda hay que leer en el último verso,[57] latinizante es la grafía de *escultor* (y, a su manera, la de *ciptadino*). Pero todo esto ya no importa si se trata de una falsificación.

16. Ritmos de Judea. Elegía judía

Con los ritmos bufonescos, tenemos la prueba de un modo peculiar de vida cultural: hombres con un cierto bagaje de estudios que se acercan a un círculo de personas para divertirlas, edificarlas, sacar provecho de ellas.

La más antigua que se nos ha conservado y que, a pesar de numerosas oscuridades de interpretación, nos permite vislumbrar varios aspectos de la vida del bufón, es el Ritmo Laurentino, la composición poética italiana más antigua que puede calificarse de literaria (aunque muy modestamente).[58] Consta de veinte octonarios dobles, escritos sucesivamente en la última página de un códice laurentino que contiene un martirologio, por una mano de los últimos años del siglo XII o de principios del XIII.[59] El bufón se dirige a un obispo (Villano, arzobispo de Pisa, según la hipótesis de Cesareo, aceptada por Mazzoni), cantando sus alabanzas y augurándole nada menos que el pontificado, con la esperanza de obtener un caballo como regalo: si lo consigue, se lo mostrará al obispo de Volterra, Galgano. Además, ya había recibido un regalo similar de otro obispo generoso, Grimald(esc)o. La escena del bufón recitando sus versos ante el obispo y su corte es bien imaginable; dónde tuvo lugar realmente es difícil de decir, debido a las incertidumbres que subsisten en la identificación de los tres obispos: tal vez la propia Toscana occidental, donde ya hemos comprobado que Malfredo fue dispensado de la guardia por un verso o un buen lema. Mucho más importante sería averiguar el territorio lingüístico del que procedía el bufón, pero las incertidumbres persisten.[60]

Las alusiones doctrinales (*Physiolacus, es decir,* "el *Physiologus*"; *Cato*, es decir, "la *Disticha Catonis*"), el esquema métrico afín al *Sancta Fides* provenzal, la ordenación según prescripciones retóricas (*salutatio*, *captatio benevolentiae*, *petitio*, *exemplum*) muestran en el versificador una cierta cultura, aplicada al fin práctico que perseguía.

El Ritmo di sant'Alessio, de la región de Las Marcas, y el Ritmo cassinese, conservado en copia en la cenobio donde probablemente fue compuesto, revelan un nivel y una finalidad superiores: uno y otro de finales del siglo XII o principios del XIII. Ambos se dirigen a un público distinto,[61] refiriéndose en su narración, más o menos mímica, a un pergamino o cartel que contiene una figuración de los principales episodios.[62]

Los 257 versos del Ritmo de san Alexis narran sólo la primera mitad de la leyenda del santo (es decir, su nacimiento, matrimonio, exhortación a su esposa, huida a Laodicea, vida como mendigo).[63] Varios indicios confirman que el autor del ritmo procedía de la misma región que la copia del poema, es decir, de la región de Las Marcas.[64] Las numerosas fluctuaciones de forma observadas en el texto del ritmo se deberán en parte a la copia, pero otras probablemente sean confusiones lingüísticas debidas al bufón. En ocasiones utiliza algunos versos enteros o algunas palabras latinas, varios latinismos y algunos galicismos.

El esquema métrico, una serie de lasse cada una de las cuales consta de una serie de octonarios (o novenarios), seguida de un par de endecasílabos, se encuentra, de forma algo

más complicada, en el Ritmo Montecassino. En éste[65] el versificador, tras una especie de prólogo con la *captatio benevolentiae* y la declaración del carácter alegórico de la composición, narra a sus oyentes el encuentro y el diálogo entre dos personajes, uno (el Místico) que viene de Oriente, el otro (el Mondano) que viene de Occidente. El texto fue considerado muy lacunoso por D'Ovidio, que quiso ajustarlo a un esquema estricto, pero como hay que reconocer una libertad métrica muy amplia en la poesía de los orígenes, es mejor atenerse al texto transmitido: y bastará con admitir una sola laguna.

El lenguaje del texto ofrece problemas difíciles, pero nada nos obliga a alejarnos de Campania, o más bien de los alrededores de Montecassino.[66]

La apelación al público, el probable uso de imágenes figuradas, el diálogo que sugiere un recitado mímico, la estructura métrica recuerdan la literatura de bufones; pero ciertamente el autor del Ritmo cassinese es bastante más culto que el del Ritmo laurenziano y el de sant'Alessio: lo demuestran las voces latinas no adaptadas (*ergo*, *vir etc.*) y los numerosísimos latinismos (*compello*, *interpello*, *albescente*, *sitiente* etc.) que revelan familiaridad con el latín de las cortes y escuelas. Tampoco faltan provenzalismos y afrancesamientos (*deportare* 22, *fui trobata* 65, *destuttu* 59 etc.).

Estamos, en definitiva, ante un escritor que, adaptándose a las formas bufonescas, conoce su latín y conoce la vida cortesana. No es ilegítimo hablar de un "ilustre campanés" para nuestro texto.

Otro poema religioso, de carácter diferente por proceder de una comunidad israelita, es una elegía judeo-italiana, conservada a partir de dos manuscritos en letras hebreas.

Escrita para ser cantada por el sacerdote durante las ceremonias de ayuno de Ab, la elegía narra la dispersión del pueblo judío, deteniéndose en el triste destino de dos jóvenes de noble linaje, hermano y hermana, vendidos como esclavos, su agnición y su muerte; los lamentos sobre el pueblo judío y los dos jóvenes se mezclan con invocaciones al Señor. La influencia de las composiciones bufonescas de carácter religioso es indudable (por ejemplo, en el diálogo de la ramera y el tabernero, amos de los dos jóvenes), y es posible que haya algún recuerdo preciso de san Alexis. Para la localización del texto, ninguna pista externa nos ayuda: las referencias literarias (*San Alexis*, *Pianto delle Marie*) sugieren más bien la región de Las Marcas; los rasgos dialectales nos remiten a los dialectos medios (marche-umbro-románico), sin que sea posible una determinación más precisa.[67]

17. Ritmos históricos

Otros dos textos documentan un aspecto diferente del uso de la lengua vernácula: la narración por parte de ciudadanos en ritmos fáciles y emocionados de acontecimientos bélicos que afectaban a sus respectivas ciudades, una especie de boletines de guerra en verso, con exaltación de la "buena causa". Se trata de un fragmento de Belluno de 1193, de cuatro versos, y de un fragmento mayor de Lucca de 1213, ambos incluidos en narraciones de crónicas latinas de fecha algo posterior: el cronista, que había llegado a hablar del suceso en verso poco después del hecho, hace suyas las palabras del versificador.

La transición del latín a la lengua vernácula se produce sin transición en el texto de Belluno:

De Casteldard avì li nostri bona part,
i lo getà tutto intro lo flumo d'Ard;
e sex cavaler de Tarvis li plui fer
con se duse nuestro caballero.

("De Castel d'Ardo nuestros caballeros tuvieron un buen combate, y lo arrojaron todo al río d'Ardo; y seis caballeros de Treviso los más fieros llevaron a nuestros caballeros con ellos.")[68]

En cambio, en el texto lucchese, el cronista que comenzó narrando en latín el enfrentamiento entre un grupo de Lucchesi contra otro más numeroso de Massesi, Pisani, Pistoiesi y otros, a medida que va precisando los detalles, recuerda las palabras del ritmo; y hace suyas algunas frases, hasta llegar a repetir las noticias y el comentario político ("Di lui e li altri sia vendecta", etc.).

Esta función urbana y "publicitaria" de la lengua vernácula es muy importante, aunque haya tan pocas pruebas de ello.

18. Verso vulgar en un drama litúrgico

El brevísimo Lamento de María, es decir, los tres versos, rimados, con caracteres fuertemente meridionales, que cierran un drama litúrgico latino sobre la Pasión, de finales del siglo XII,

[...] Te llevé en mi vientre.
Quando te beio, *moro* presente.
Nillu teu regnu agime a mente

es un importante testimonio de la infiltración de la lengua vernácula en la poesía dramática religiosa.[69]

19. Sermones

Otra manifestación de la actividad religiosa en lengua vernácula son 22 sermones piamonteses, cuya lengua aún no se ha estudiado en detalle.[70] El predicador comienza casi siempre con un pasaje del Evangelio, que traduce y comenta. Por ejemplo (Sermón II):

Dominus dicit in evangelio: Beati misericordes quoniam ipsi misericordiam consequentur. Seignor frere, nostra Sire dit en son evangeli que bonaurai sun cil qui an misericordia, quar il la troveran plenerement. Perqué etc.

Se trata de un texto piamontés, escrito y copiado por alguien que estaba acostumbrado a la ortografía francesa y aplicó sus costumbres (e incluso algunas formas y vocabulario) al texto que escribió o copió.[71]

La influencia del latín también es notable: el autor de los sermones lo distingue más claramente de la lengua vernácula de lo que puede distinguir las distintas lenguas vernáculas entre sí.

En general, el territorio piamontés estaba (y seguirá estando durante mucho tiempo) lingüísticamente muy desvinculado del resto de Italia.

20. Verso didáctico

Un pequeño poema de 189 cuartetas monorrimos de doble septenario pertenece probablemente a los primeros años del siglo XIII: se trata de una serie de afirmaciones y consejos orgullosamente misóginos, el primer ejemplo que queda de esa literatura moral-didáctica a la que se dedicarían Uguccione, Patecchio y Bonvicino. El escrito, que puede titularse *Proverbi de femene*, está en un dialecto lombardo al que no es posible asignar un lugar preciso.

He aquí una cuarteta:

Y como son falsos	lleno de felonía
et unqa mai no dotano	para hacer lo correcto.
Ahora dirás algo	de su malvasía,
Y si ves a los hombrecitos	de la soa triçaria.[72]

Un solo ejemplo basta para mostrar cómo se mezclan en el texto formas dialectales malsonantes (sin duda en gran parte por el autor, quizá en pequeña medida por el copista) con otras que representan un uso más arcaico y otras que se ajustan al latín. Si examinamos las palabras que tenían -T- en latín, encontramos no menos de cuatro resultados: desaparición (*spaa*, quart. 54; *mua*, 149), *dh* (*redhi,* 155), *d* (*mercadi*, *ramadi*, *resonadi,* 55), *t* (*muto*, *entenduto, recordato*, *dato* 'nuez', 53). El motivo de la elección es a menudo reconocible: en la cuarteta 55, la última palabra del primer verso es *Barbacoradi*, lo que sugirió la elección de la forma en *-d-*. Esta libertad llega a veces a provocar usos regresivos: en la cuarteta 81 el versificador utiliza *scaltride* y *tride* para rimar con *ride y aside*; pero en otra parte (56) junto a *marito*, *partito* y *fiorito se permite* utilizar un *rito* para *rido*, que sin duda nunca se ha utilizado en el habla.[73]

Los galicismos abundan en el léxico (*acolar* "abrazar", 93; *cobiticia* "codicia", 181; *a lo men esciente*, 94; *esdito* "juicio", 20; *meseli* "leprosos", 181; *sagire* "agarrar", 146; *triçaria* "engaño", 17 etc.) y los latinismos (*malicia*, 143; *nequicia*, 64; ne çovene ne *sene*, 63 etc.).

En resumen, aunque el pensamiento y la técnica del autor de Proverbios puedan parecernos ingenuos, el lenguaje es muy compuesto.

21. El contraste y la discordia de Rambaldo de Vaqueiras

En el cancionero de Rambaldo di Vaqueiras, uno de los trovadores provenzales más notables, encontramos un contraste y una discordia con varios versos escritos deliberadamente en italiano.[74] En el contraste, escrito hacia 1186, Rambaldo presenta a un caballero que declara su amor a una mujer en tres estrofas de 14 versos y una despedida de 6, en el estilo convencional del lirismo cortesano; la mujer, plebeya, responde en otras tantas estrofas con vigoroso desdén, rechazando su amor y tratando al caballero de bufón. El hombre habla en provenzal, la mujer, presentada como "genoesa", en un dialecto literaturizado.

Rambaldo vivió mucho tiempo en Italia como poeta de corte (y más tarde como valiente guerrero) bajo Guillermo III y Bonifacio de Monferrato; pero era un poeta provenzal y no un dialectólogo moderno. El valor de este texto no consiste tanto en su carácter documental, que no podría tener, como en el esfuerzo del poeta por adaptar un dialecto no escrito (y, en el fondo, los otros muchos dialectos que habría oído en Italia) a los patrones lingüísticos y literarios de la floreciente cultura provenzal. El resultado es un texto muy heterogéneo.[75]

En la discordia, probablemente de los últimos años del siglo XII, Rambaldo quiere mostrar la agitación que le produce su mujer utilizando cinco lenguas diferentes, una para cada una de las cinco estrofas, y las cinco (dos versos para cada una) en la despedida. A la estrofa provenzal le sigue una italiana; después, una francesa, una gascona y una iberorromance. La lengua de la quinta estrofa está tan mezclada que es imposible decir si el poeta pretendía escribir en portugués o en gallego (menos probablemente en castellano); y es precisamente este hecho el que sugiere que deberíamos considerar la segunda estrofa, más que genovesa, "lombarda" (en el sentido antiguo del término) a modo de paralelismo. Hay, en efecto, un marcado genovésismo: un código ([a1]) nos da en el verso 15 *çhu, al que* corresponde el *chu del* verso 25 del contraste. Pero los diez versos están en una lengua muy compuesta: véase por ejemplo *ò*, 12, en oposición a *aio*, 9 (cf. también los futuros *averò*, 10; *partirò*, 16; *farò*, 44).[76]

Las estrofas italianas de Rambaldo manifiestan, como hemos visto, una fuerte dependencia del provenzal. Pero, a diferencia de todos los demás textos que hemos visto hasta ahora, no hay ningún rastro, podríamos decir, de influencia latina.[77] A los ojos de Rambaldo, su propia lengua ya era lo suficientemente noble y madura como para considerarse una lengua por derecho propio, sin necesidad de recurrir al latín.

22. Balance de dos siglos y medio

Si consideramos los textos que hemos visto hasta ahora en su conjunto, nos encontramos con que el balance es muy exiguo. Vemos, más bien mal que bien, el cuadro de la Italia dialectal ya formado;[78] y en él emerge la influencia de centros como Roma y Montecassino.

Aunque el ejemplo de las grandes literaturas de Oc y Oil y de sus respectivas lenguas se hace sentir, todavía no existe ninguna obra de arte que pueda competir ni remotamente con ellas y que pueda asumir el valor de modelo literario y lingüístico.[79]

No dejan de ser modestos intentos, casi siempre principalmente prácticos. Se vislumbra una tradición en los ritmos de los bufones, pero es poco probable que sus toscos cantos hayan podido contribuir a aportar alguna forma o palabra toscana a los inicios de la poesía siciliana.[80]

Sin embargo, ya se observa una tendencia a evitar las formas dialectales más toscas y estrictamente locales; y, sobre todo en los textos en verso, aparecen numerosas duplicaciones.

Por supuesto, el testimonio de los textos debe completarse con lo mucho que se puede espigar de los vulgarismos dispersos en los periódicos latinos de esta época. Pero esta exploración de los rasgos gramaticales y léxicos vernáculos, puede decirse, no ha hecho más que empezar.

Debido a la relativa escasez e irregularidad de los textos y documentos, no nos parece que merezca la pena elaborar un inventario de los fenómenos gramaticales de este periodo. Incluso para el léxico resulta difícil un inventario separado. Se podrían, por supuesto, destacar muchas nuevas formaciones y nuevos significados surgidos en estos siglos: por ejemplo *podestà aplicado* en la segunda mitad del siglo XII a podestà imperial, luego a principios del siglo XIII a podestà extranjero. A menudo se utiliza el latín (*commune, cónsul,*

etc.), y ya se ha dejado sentir la influencia francesa (sufijo *-iere*, *mangiare* en los testimonios de Travale, etc.) y árabe. Pero será mejor dar una visión de conjunto del léxico cuando podamos disponer también de la documentación, mucho más amplia, disponible en el siglo XIII: posponemos, pues, la discusión al capítulo siguiente.

[1] "Cassino se nos aparece cada vez más como una capital también lingüística, así como un gran depósito y baluarte de la cultura occidental en la encrucijada de muchas corrientes, latinas y griegas y lombardas" (G. Folena, en *Rassegna*, LXII, 1958, p. 247).

[2] *Tetralogus*, vv. 197-200 (citado por F. Novati, *L'influsso del pensiero latino sopra la civiltà italiana nel Medioevo*, Milán 1899, p. 212).

[3] *Historiarum sui temporis*, 1. II, en *Patrol. Lat.,* CXLIII, col. 644.

[4] Véase el claro tratamiento que hace G. Vidossi de "L'Italia dialettale fino a Dante", en el volumen de A. Viscardi, B. y T. Nardi *et al.*, *Le origini*, Milán-Nápoles 1956, pp. XXXIII-LXXI.

[5] En su discurso sobre la "Eredità romana e l'alba della nostra poesia", reimpreso en *Poesia e storia nella Divina commedia*, Nápoles 1921, p. 43. Véase también F. Novati, A. Monteverdi, en Viscardi *et al.*, *Le origini,* cit., cap. I; K. Vossler, en *Zeitschr. für vergl. Literaturgesch.*, XV, 1903, pp. 21-32; Id., *Die Göttliche Komödie*, II, I, Heidelberg 1908, pp. 582-586 (2ª ed., II, Heidelberg 1925, pp. 394-397); E. Gorra, "Di alcune questioni di origini" (1912), en *Misc. Crescini*, Cividale 1927, pp. 463-499; N. Zingarelli, en *Nuova Antologia*, 16 de enero de 1923, reimpreso en *Scritti di varia letteratura*, Milán 1935, pp. 428-449; A. Roncaglia, en *Problemi e orient.,* III, pp. 88-92.

[6] Más de una vez observamos confusiones y vacilaciones en Sardis: sólo citamos una frase del clérigo Nicita, en una escritura de donación de un juez de Torres a Montecassino: "Nicita lebita iscribanus in palaczio regis iscrisi" (citado por Monteverdi, "L.A. Muratori etc.", cit., p. 93).

[7] L. Vigo, *Canti popolari siciliani,* Catania 1857, p. 22; Id., *Raccolta amplissima*, Catania 1870-74, p. 27. No he podido averiguar de dónde sacó Vigo esta información.

[8] Véase el texto en G.G. Sciacca, *Patti e l'amministrazione del comune nel Medioevo*, Palermo 1907, p. 217.

[9] Gloria, *Del volgare illustre dal sec. VII fino a Dante,* cit., p. 61.

[10] L. Rockinger, *Briefsteller und Formelbücher des XI. bis XIV. Jh.*, Munich 1863, p. 173.

[11] G. Bertoni, *Rambertino Buvalelli trovatore bolognese*, Dresde 1908, pp. 12-14.

[12] "Acci gente di corte / che sono use ed acorte / a sollazzar la gente, / ma domandan sovente / danari e vestimenti" (Gente de corte / que son usados y agudos / para divertir a la gente, pero a menudo exigen / dinero y ropa), decía Brunetto Latini en *Tesoretto* (vv. 1495-1499).

[13] Crescini, *Manual provenzal*, 185.

[14] Véase el texto completo de los cuatro trabajos en M. Inguanez, *I placiti cassinesi del sec. X con periodi in volgare*, 4ª ed., Montecassino 1942. Una excelente recopilación de la primera ponencia la ofrece P. Fiorelli, *Il placito di Capua del 960,* Trieste 1960 (a quien debemos también una aguda exposición de toda la problemática del placito: *Lingua nostra*, XXI, 1960, pp. 1-16). Cf. ahora A. Schiaffini, *I mille anni della lingua italiana,* 2ª ed., Milán 1962. Para los textos citados en este párrafo y en los siguientes, se puede recurrir cómodamente a la *Crestomazia* de Monaci (en la reedición de Arese) o a las colecciones de Monteverdi, Ugolini, Lazzeri, Dionisotti y Grayson, que, por tanto, prescindimos de citar de vez en cuando.

[15] S. Pellegrini, en *Lingua nostra,* VIII, 1947, pp. 33-35.

[16] Dos ligeras discrepancias en el Sessa placitum son explicadas por Debenedetti, en *Studi medievali*, n.s., I, 1928, pp. 141-143.

[17] Algo embaucada por la acumulación de proposiciones dependientes está la fórmula del placitum de Sessa: "Sé que aquellas tierras, por aquellos linderos que os mostré, eran de Pergoaldo / lo *que* aquí se contiene (= *que ki contene*) / y treinta años las poseyó".

[18] Compárese la larguísima persistencia del genitivo en Toscana por influencia de la Cancillería, como demuestran las investigaciones de Bianchi, en *Arch. glott. it.*, IX, pp. 365-436, X, pp. 305-412.

[19] Todavía encontramos en el Ritmo Cassino *tebes* y *sebe* y el analógico *mebe*; en el contraste de Cielo sobreviven las formas *meve*, *teve*, *seve*, sin significado dativo por ahora; y no tardarán en desaparecer. Cf. F. D'Ovidio, en *Arch. glott. it.,* IX, pp. 55-59; Id., en *Zeitschr. rom. Philol., XX,* 1906, pp. 523-525; Id., en *St. rom*., VIII, 1912, pp. 112, 118 etc.

[20] V. De Bartholomaeis, en *Arch. glott. it.*, XV, p. 268. Cf. también el contraste *stao* de Cielo, v. 54 (el otro *stao*, v. 84, es tercera persona, y probablemente debería corregirse a *staci*).

[21] *AIS*, mapa 1693. La única excepción es Guardia Piemontese (Cosenza), que probablemente sea una colonia debida a una migración septentrional en el siglo XIV.

[22] Primero en una mención rápida, en *Arch. glott. it.,* XXVII, 1935, p. 102, luego en el último artículo que escribió, en *Lingua nostra*, VI, 1944-45, pp. 1-6.

[23] Defendida por G. Folena, en *Paragone,* febrero de 1954, p. 31, y por A. Castellani, en *Lingua nostra,* XVII, 1956, pp. 3-4.

[24] QUOD sobrevive todavía, bajo la forma *ku*, en los Apeninos de Campania, *AIS*, 1143, ítem 712 (G. Rohlfs, en *Arch. St. n. Spr.*, 173, p. 143). La geminación en *cco* puede, según la conjetura de Rajna, remontarse a la analogía de formas como *cca* (del latín *eccu-hac*), aunque nuestros textos todavía no presentan *cca*, sino *ki*.

[25] Para las dos oscilaciones ya señaladas: *ko* = *cco*; *que* y no *ke*.

[26] Pasemos por alto otros muchos detalles que merecerían aclaración: es obvio que, al hablar de documentos, obras y autores individuales, debemos superar la tentación de discutirlos en sí mismos, en lugar de limitarnos a captar aquellos elementos que conectan con un hilo continuo.

[27] A. Monteverdi, en *St. rom*., XXVIII, 1939, pp. 150-151; R.M. Ruggieri, en *St. rom*., XXXI, 1947, pp. 93-108.

[28] R.M. Ruggieri, en *Lingua nostra*, X, 1949, pp. 10-16; L. Cocito, en *Giorn. it. di filol*., VIII, 1954, pp. 256-259.

[29] A. Monteverdi, "L'iscrizione volgare di san Clemente", en *St. rom*., XXIV, 1934, pp. 5-18 (reimpreso en *Saggi*, pp. 59-74); S. Pellegrini, "Ancora l'iscrizione di san Clemente", en *Cult. neol*., VIII, 1948, pp. 77-82.

[30] Monteverdi corrige e integra el texto basándose en la *Passio*: "Duritiam cordis vestri in *saxa conversa est*, *et cum deos aestimatis* saxa traere meruistis", pero hay que señalar que la falta de tantas palabras no se debe a una omisión más o menos casual, sino a la intención de quienes diseñaron el fresco de resumir en poco espacio las invectivas del santo. Una intención no muy felizmente realizada; lo que, sin embargo, no nos autoriza a incluir tantas palabras más en la edición crítica de la inscripción, sino sólo a hacer uso de ellas para comprender el texto que se nos ha conservado. Puesto que, sin embargo, debemos corregir *duritiam* en *duritia*, creo que el autor quiso decir: "Por la dureza de tu corazón has merecido arrastrar piedras".

[31] El breve texto presenta numerosas características dignas de mención. En la ortografía, la única dificultad del escriba fue la representación del sonido *gli* (*fili*, y quizá *falite*). La geminación no aparece en la escritura ni siquiera allí donde hubo que reforzar la pronunciación (*pute* y también *Sisinium*, pero *Carvoncelle*). En la final, del latín *-ŭ* tenemos *-o* y nunca *-u*. En *dereto* (disimilado de *de-retro*) no hay diptongación. El cambio de *-rb-* a *-rv-* (*Carvoncelle)* es de los dialectos italianos medios. Hay dos ejemplos de preposición articulada (*dele*, *colo*). El vocativo está una vez en *-e* (*Carvoncelle*), siguiendo el tipo latino, otra vez truncado (*Albertel*), tal vez anunciando el truncamiento meridional de los vocativos. Del verbo, tenemos dos imperativos: *traite* (repetido dos veces) y *fa* di *falite*, en los que vemos sucederse los dos pronombres en el orden "complemento de término + complemento de objeto", mientras que, como es bien sabido, en el italiano de los siglos XIII y XIV prevalece el orden inverso (salvo en algunos raros casos).

[32] La fórmula fue publicada por primera vez por Flechia en *Arch. glott. it*., VII, 1880, p. 121-129. Una nueva edición del P. Pirri, en *Civiltà Cattolica* del 4 de enero de 1936, es especialmente importante por las referencias histórico-litúrgicas que la acompañan. En las citas que siguen, nos atenemos a la numeración de Monteverdi, *Textos*, pp. 31-33.

[33] El P. Pirri da 1037 como fecha extrema *post quem* y 1089 como fecha extrema *ante quem.*

[34] Oscilamos constantemente entre *baptismu (r. 16*) y *battismu (r*. 6), *observai* (r. 17) y *oservai* (r. 21), *ipsu* (r. 28) y *esse* (r. 26). Las grafías del tipo *factu (r*. 46) conducen por falsa analogía a grafías como *mecto* (r. 28), grafías como ad *me conducen a* un *adcusare* (r. 34), frente al numeroso *accuso*. Para transcribir formas que debían sonar aproximadamente *ogna*, el extensor utiliza la propia abreviatura del latín *omnia*, es decir, *õā*. Por otra parte, palabras latinas como *adulterio* y *commissatione* se reconectan a la lengua vernácula y se convierten en *aulteria* y *commessatione*.

[35] En r. 1, *confessus sum*.

36 latín es *accepi (r. 11*), porque el verbo antiguo no ha sobrevivido en ninguna lengua romance (y, si hubiera sobrevivido, habría adoptado otra forma). ¿Habrá sonado realmente así *me senior* (r. 1)? ¿O no será un disfraz erudito de *messor* o algo parecido?

37 La distinción parece aplicarse también, como en algunos dialectos medios actuales, al pronominal neutro ("como ipsu Dominideu *lo* sa" r. 29) frente al masculino ("lu corpus Domini, k'io indignamente *lu* accepi", r. 10). Hay algunos indicios de metafonía: *puseru (r.* 12), *dibbi* (r. 19). No hay diptongación de Ĕ *y* Ŏ, pero la tónica en hiato da *i*: *mia*, *mie*. En el tratamiento de los átonos nota *decheme* (r. 18), *iudecatu* (r. 34): pero también, por influencia latina, *parent* y *genitor* (r. 13), *quadragessime* (r. 20) etc. El final tiende a la epítesis: *ene* (v. 48); y así debe explicarse también el *farai* 'hará' de la r. 47. En los posesivos distinguimos la serie tónica *meu mia mei mie* de las series átonas *me* (*senior*) y *ma* (si, como es casi seguro, mat *donna* no es una abreviatura de *mater donna*, sino una grafía de *maddonna*). El paradigma de los demás posesivos está menos claro.

38 Véanse, además de la bibl. citada por Ugolini, F. Chiappelli, en *St. filol. ital*., IX, 1951, pp. 141-153; L. Spitzer, en *Lingua nostra*, XIII, 1952, pp. 1-2.

39 Algunas características de la ortografía son muy interesantes: el uso de *ke*, *ki* para la velar sorda dio lugar a la idea de utilizar *k* para indicar el sonido velar sonoro correspondiente: así tenemos no sólo *Gerfalcki, sino* también *Maccingki*, *Pogkino*, *Gkisolfolo.* Más extendida (la encontramos sobre todo en Pistoia) es la forma de expresar la *z* sorda mediante *th*: 'Ego *certetham* aliam non scio nisi per auditam', *Eldithelli*, *Benthuli.* En cuanto a la fonética, el conocido fenómeno toscano de reducir -ARIU a *-aio* aparece bien documentado: 'Andreas Starna qui *Nappaio* vocabatur' frente a 'li *nappari*'. La *-e- atonal* en la preposición no articulada *de* oscila: 'La curte *de* Travale', 'la curte *de* Travale'. La INDE atonal se reduce a *de:* "Io *de* presi pane e vino". El singular *Starna* (apodo) corresponde a un plural *Starni*. La construcción *no-pero* ("non mangiai ma' mezo pane") tiene otras ocurrencias en italiano antiguo: "E nulla ci ho rimedio ma uno" en un *Ars dictandi* del siglo XIII (S. Debenedetti, *Giorn. stor*., CV, 1935, p. 191); más a menudo con la adición de *che* "non avea pianto ma' che sospiri" (Dante, *Inf*., IV, 26) etc. En el léxico, destacan *maccioni* *'*albañil' (del ger. *machio*) y *mascia* 'granja'.

40 Los pasajes en lengua vernácula insertados por Ruele, hijo de Ugo, señor de Montemiglio, y prior de la ermita de Monte Capraro, en un memoratorio de la consagración de una iglesia en dicha ermita (1171), se insertan extrañamente en un contexto latino: se diría que, en un momento dado, el prior Ruele se sintió avergonzado de expresar en latín las hipótesis que se agolpaban en su pensamiento, por lo que las escribió en lengua vernácula, retomando el latín en la última palabra: "Sci scia excommunicatus". En cuanto a los pasajes en lengua vernácula calabresa de un mapa de Rossano publicado por Ughelli, son un añadido de antigüedad incierta (quizá todavía del siglo XII) a la traducción de un mapa griego de 1114: véase el texto crítico de A. Colonna, en *Rend. Ist. Lomb.,* Lettere, LXXXIX, 1956, pp. 9-26; Id., en *Studi di filol. it*., XXIII, 1965, pp. 5-17.

41 La distinción entre *-o* y *-u* (*mecto*, *advemo*, *partimo* etc.; *paradegu*, *vostro*, *toltu, dictu*, *bonu pingnu* etc.) se observa en la gran mayoría de los casos. Típico de la zona media es el tipo *arcoltu* para 'cosecha'. El presente de *avere*, como el de otros verbos en *-ere,* va en *-emo* (*advemo*, *odstendemo*, *adtendemo*), mientras que el futuro va en -*imo* (*parterimu*, *adrenderimu*, *atverimo*). Para el léxico, nótese *sinaita*, *senaita* en el sentido de 'límite': se trata de la voz longobarda *snaida* 'corte' (propiamente 'muesca hecha en un árbol para indicar el poseedor'), documentada en documentos latinos medievales y aún viva hoy en los dialectos abruzzés y siciliano.

42 C. Paoli, *Arch. histor. ital.,* s. 5a, V, 1890, p. 278.

43 También aquí se observa la diferencia entre *-u* y *-o* final, aunque no de forma muy escrupulosa. Los signos de metafonía se perciben con certeza (mientras que eran vagos e inciertos en el mapa de Fabriano): *Carvone* frente a *Carvuni*, *quistu* junto a *éste;* y cf. de nuevo *Fracliti*, *Ofridi*, *issu*; sin embargo *resicu*. El significado de *ellos como* pronombre oblicuo (*tanto ellos como propietarios*) está bien desarrollado. En el significado de 'o' tenemos *uo*, en el que no vemos una continuación de AUT, que no podría tener el diptongo, sino una *vo* para *tú* 'tú quieres', de la que conocemos otros numerosos resultados en el centro-sur de Italia.

44 Véase el texto publicado y comentado por G. Pistarino, en *Cult. neol*., XII, 1952, pp. 239-242. En él se distinguen claramente rasgos ligures. Para la ortografía, nótese la *x* en *prixon* 'prisión', etc. y el digrama *gu* en *brague* 'brache'. En cuanto a la fonología, nótese la metátesis en *pairol* 'olla', y el tratamiento de CL en *oreger* 'origliere' y CT en *peiten* 'peine'. El pronombre de primera persona es *ei*. El léxico es bastante rico e interesante.

45 El texto fue publicado por A. Castellani, en *Studi fil ital*., XII, 1954, pp. 5-21. La velar está representada por *k* (*Botaciatiki*) o por *ch* (*Finochio*), pero la *k* también representa *gh* (*Kerardini*). Los diptongos *ie*, *uo* (*retiene, fuera*) e *i* como resultado de RJ (*dinaio*) aparecen en el texto. Nótese el sufijo atonal -*oro* a partir de -*olo*.

46 Nótese la falta de diptongo en *homini* (*Buoso*, como nombre propio germánico, tiene una historia diferente); la persistencia de *i* en *archipreite* (de ARCHIPRESBITER, -PREBITER), la epítesis de -*e* en *fue* y *concioe*.

[47] El uso de *k* es vivo, como puede verse en un ejemplo de *ke*. La distinción entre *-u* y *-o* se observa mayoritariamente. Nótese para el vocalismo *Valle maiure*, para el consonantismo *Vallecorza* y *cannele*. Al léxico meridional pertenecen las medidas utilizadas en el inventario, *cafise* y *tomela*.

[48] El estudio de Parodi, rico en hallazgos importantes (*Giorn. stor.*, X, pp. 178-196), debería completarse con las investigaciones posteriores de Schiaffini, *Testi*; Castellani, *Nuovi testi*, y especialmente con el análisis que acompaña a la nueva edición de Castellani, en *Studi filol. ital.,* XVI, 1958, pp. 21-95.

[49] La *k* predomina con mucho en todas las posiciones, pero *Rusticuci*, *Compagnino, Compangno*, *Bellacalza*. El extensor se avergüenza de escribir *ghe*, *ghi* (*Arrihi*, *Ugetti*; con refuerzo *Teckiaio*) y *gue*, *gui* (*Bonaguida en* oposición a *Bonaquida* etc.).

[50] También existe una confirmación externa: el recuerdo de los partidos anotados en un "libro antiguo".

[51] Tenemos la 'anafonesis' característica del florentino, y luego *-er-* por *-ar-* (*Aquerelli*, *Kafferelli*, *quiderdone*), epítesis de *-a* en *prestoa* (que se encuentra en textos de San Gimignano). Encontramos *ci* junto a *no* (y *ne* en enclisi) como primer pronombre átono plural (*no promise*, *no die dare*; *ci diè*; *dene pagare*). Tenemos *avemo* (aún no *tener*) y *ponemo*. El extraño infinitivo *avire es* explicado por Parodi como efecto del tipo notarial *placire*, *monastirium,* y es por tanto diferente del avire que encontramos en Guittone, debido a la influencia siciliana (A. Schiaffini, *Rassegna,* XXIX, 1921, p. 285). Los latinismos no son frecuentes, salvo en las fórmulas de fecha (*intrante*, *kalende aprilis*); vivo, sin embargo, es el tipo *Arrisalito son Turpini*, *mamma Sinibaldi*, *para el mercado San Brocoli*, *Borgo Sa Lorenzi* (pero también un *konto Arnolfino*).

[52] G. Volpe, "Montieri: Costituzione politica, struttura sociale, attività economica d'una terra mineraria toscana del XIII secolo", en *Vierteljahrschr. für Social- und Wirtschaftsgesch., VI,* 1908, pp. 315 y ss. Véase ahora el texto, con algunas correcciones, en G. Fatini, "Letteratura maremmana delle origini", en *Bull. sen. st. patria,* n.s., IV, 1933, y en casi todas las antologías citadas.

[53] Piense en las escrituras *paghi*, *paghino, camarlenghi*; *rasgione*, etc.

[54] Véase, por ejemplo, *lettare*, *essare*, *rendare*.

[55] A. Monteverdi, "Lingua italiana e iscrizione ferrarese", en Atti *dell'VIII Congresso int. di studi romanzi*, II, Florencia 1959, pp. 299-310. [Véase ahora el mismo, "Storia dell'iscrizione ferrarese del 1135", en Atti *dell'Accad. dei Lincei*, Cl. sc. morali storiche e filol., s. 8a, XI, 1963, pp. 101-140].

[56] La hipótesis más probable sobre el origen del endecasílabo sigue siendo la de D'Ovidio, que lo remonta al sáfico rítmico (*Ut queat laxis resonare fibris*). F. D'Ovidio, *Versificazione ital. e arte poetica medievale*, Milán 1910, pp. 197-202. A. Monteverdi, en *Studj rom.,* XXVIII, 1939, pp. 141-154.

[57] Antes de L. Olschki (en *Arch. rom.*, XX, 1936, pp. 257-260), se leía *mea*, atribuyendo los primeros endecasílabos italianos al propio Nikolaus.

[58] Amplia bibliografía en las antologías frecuentemente citadas (añadir las contribuciones más recientes de L. Spitzer, en *Italica*, XXVIII, 1951, pp. 241-248; A. Camilli, en *Lingua nostra, XIII*, 1952, pp. 45-46; A. Castellani, en *St. fil. it., XVI*, 1958, pp. 10-13). Los artículos más importantes son los de Mazzoni, en *Studi medievali,* n.s., 1, 1928, pp. 247-287, de Casella, en *St. fil. it.,* II, 1929, pp. 129-153, y de nuevo de Mazzoni, en *St. fil. it.*, III, 1932, 103-162; ahora el de Castellani.

[59] [La fecha está fijada ahora entre 1151 y 1157 por Contini, *P. Duec.*, pp. XVII y 4-5].

[60] Castellani, después de haber demostrado (*St. fil. it.,* XVI, 1958, pp. 12-13) que los fundamentos sobre los que Casella había pensado en la Toscana oriental son demasiado inciertos, concluye que el ritmo no ofrece elementos para una localización segura dentro de la Toscana propiamente dicha: nada se opone, sin embargo, a la hipótesis de que el bufón fuera de Volterra.

[61] Cf. "ore odite", *S. Alessio*, v. 3; "hore mo vo dico", v. 13; "et mo, seniuri, o ascultate", v. 222; "Eo, sinjuri, s'eo fabello, lo bostru audire compello", *R. Cassin*., vv. 1-2; "Ergo poneteb'a mente", v. 27 etc.

[62] Se trata de una idea de Nigra, aceptada por Monaci (*Rendic. Acc. Lincei,* XVI, 1907, p. 113) y aplicada por Casini (*Studi di poesia antica*, Città di Castello 1914, p. 87) al Ritmo cassinese. Sobre el uso de *exultets*, pergaminos membranosos adornados con miniaturas dispuestas en sentido contrario al texto para que el pueblo las observara, véase Monaci, *Crestomazia*, p. 471.

[63] Sabemos por otras fuentes que la leyenda del santo era muy apreciada por la tradición bufonesca: poco después de mediados del siglo XII, Pedro Valdo, en Lyon, mezclado con la multitud que escuchaba a un bufón narrar sobre san Alexis, "ex verbis ipsius compunctus fuit".

[64] La distinción entre las terminaciones -*u* y -*o* se observa con notable constancia; el masculino se distingue del neutro en los pronombres y en algunos demostrativos; ND da *nn*, con algunas fluctuaciones y varias regresiones, los grupos 'cons. + L' están intactos (*flore*, *slatta* etc., excepto en *kinao*) etc. Solo recordamos un hecho lexical: *afflao* 217 'encontrado' (de AFFLARE, todavia bien representado en los dialectos meridionales).

[65] Sobre el ritmo casinio, véase especialmente el extenso ensayo de D'Ovidio, en *Studj rom., VIII*, 1912, pp. 101-217 y E. Vuolo, en *Cult. neol*., VI-VII, 1946-47, pp. 39-79; L. Spitzer, en *Studi medievali,* XVIII, 1952, pp. 23-54; A. Pagliaro, en *Rend. Acc. Lincei,* s. [8a], XII, 1957, pp. 163-248 (reimpreso en *Poesia giullaresca e poesia popolare*, Bari 1958, pp. 194- 232); B. Panvini, *Il Ritmo cassinese*, Catania 1957; C. Segre, en *Giorn. stor*., CXXXIV, 1957, pp. 473-481. La obra de L. De Palma (Bari 1946) es peor que inútil (G. Contini, en *Belfagor,* I, 1946, pp. 595-601, A. Schiaffini, en *Rass. d'Italia,* nov. 1946, pp. 107-115).

[66] Falta la diptongación de Ĕ y Ŏ; en el tratamiento de las átonas prevalecen *e* y *u*; -*u* final se distingue de -*o* y produce metafonía; casi en todas partes tenemos *b en* lugar de *v; persisten los grupos* 'cons. + L' grupos persisten; importantes son los restos y expansiones analógicas de pronombres personales dativos (*tebe* 84, *sebe* 8; *por vebe* 11) que recuerdan a *bobe* del testimonio teano (pero también *a tteve*; *S. Alessio* 65); *fora* 46, y probablemente *boltiera* 51, son pluscuamperfectos con valor condicional ('sería', 'le gustaría').

[67] Sobre las dificultades dependientes del uso de caracteres hebreos, véase U. Cassuto, en *Silloge linguistica dedicata alla memoria di Graziadio Isaia Ascoli nel primo centenario della nascita*, Turín 1929, p. 357. Cassuto ofrece un estudio de los sonidos y las formas, pp. 376-381. Para el léxico, obsérvese, por ejemplo, *cetto* (v. 109) "presto" (lat. CITO), que aparece como un marquesanismo en la canción de Castra (Cietto *cietto s'agia*, v. 2), se encuentra en Iacopone y a menudo en el laude dramático umbro, y cuyos rastros se encuentran en el Lacio. *S. Alessio tiene la* palabra en la forma *citu* (v. 201).

[68] Algunas huellas suprarradialectales deben señalarse en el texto bellunés: tanto a través de latinismos (no sólo el discutido *sexo*, sino también *intro*), como a través de la reintegración de la vocal final en el *conjunto* y en el *flumo* (especialmente reconocible en la segunda palabra, por tratarse de una reconstrucción analógica).

[69] Nótese, junto a *beio* con *b*- de *v*-, *ventre* con *v*-, probablemente como reminiscencia latinizada de *fructus ventris tui*.

[70] Tras la lectura de Förster, en *Roman. Studien*., IV, 1879-1880, pp. 40-80.

[71] Es casi constante, por ejemplo, la grafía *que*, *aquí* para la velar ante *e*, *i*, sin rastro (salvo en latín: *fratres karissimi*) de *k*.

[72] El lenguaje del poema fue estudiado por A. Raphael, *Die Sprache der Proverbia que dicuntur super natura feminarum*, Berlín 1887.

[73] Algunas otras peculiaridades: el amplio uso de *q* para *c* velar (*riqe* 135); la facultad de usar formas apocopadas en consonante o grupo consonántico, excepto al final del verso o hemistiquio ("Quel q'eu *digo* de femene, eu nol *dig* per entagna" 85); la forma *lero para* "sus", tanto como pronombre oblicuo plural (70, 87, 180) como posesivo (98, 162, 183): "pero a veces también está *su";* la terminación en -*emo* para el pres. ind. del [1er] con.: *trovemo;* oscilación entre -*ave* y -*ia* en el condicional (*porave* 88, *devria* 142).

[74] Crescini se ha ocupado de los dos textos en varias ocasiones (en los artículos citados en su *Provençal Handbook* y en Monteverdi's *Texts*); para la lengua, véase especialmente Parodi, *Lingua e lett*., pp. 296-300.

[75] A menudo se oye provenzal bajo un barniz genovés: Rambaldo, que aprendió que *plus* provenzal corresponde a *chu* genovés, aplica también la forma a *chaidejai* 16, *deschasei* 47 (pero también hay *plui* 17 y *trenza* 19). Incluso *gauzo* 72 parece ser *gaug* provenzal disfrazado en genovés (las antiguas *rimas genovesas*, un siglo más tarde, tienen *goyo* y *gozo*). Los futuros *scanerò* y *amerò*, conservados en el códice [a1, son] interesantes: también los encontramos en las Rimas antiguas; y puesto que en éstas encontramos *Catarina*, *Margarita*, *masaritie*, los futuros deben explicarse no por un cambio fonético, sino por analogía de los futuros de las conjugaciones [2a] y [3a] (G. Flechia, en *Arch. glott. it*., X, pp. 146 y 160).

[76] También aquí tenemos entradas provenzales disfrazadas, por ejemplo *glaio* 'gladiolo'. No hay que ocultar que la tradición manuscrita deja lugar a muchas incertidumbres. La *ēhu* del verso 15 es muy probable como *lectio difficilior* que ningún copista se habría tomado la libertad de introducir en lugar de *plus o pus de los* otros códices: pero no podemos decir lo mismo de *io*, atestiguado sólo por el códice f en lugar de *e* o *eu* de los otros códices. En el contraste, también tenemos *e* (o *eu*); y no se puede aplicar el criterio de la *lectio difficilior* (véase Crescini, *Romanica fragmenta*, Turín 1932, p. 524), porque el copista del códice f bien pudo querer hiperitalizar un texto que sabía italiano.

[77] El *abril* del v. 11 de la discordia sólo está atestiguado por el códice f (frente a *abril* o *abrilo* en todos los demás códices): si *abril* es auténtico, será un latinismo de uso genovés, no de Rambaldo.

[78] Nos remitimos de nuevo al bello panorama de Vidossi, *dial de Italia*.

[79] Véanse las páginas de resumen de Terracini, en *Cult. neol.*, XVI, 1956, pp. 19-25.

[80] Como pensaba Torraca en la conclusión de su artículo "Su la più antica poesia toscana" (1901), reimpreso en *Studi di storia letteraria*, Florencia 1923.

IV

EL SIGLO XIII (1225-1300)

1. Límites

Tocaremos en este capítulo los principales acontecimientos de las lenguas vernáculas de Italia, empezando por la tercera década, en la que aparecen las primeras manifestaciones ciertas de escritos con intenciones artísticas, y terminando con el final del siglo. Y asistiremos al establecimiento de una tradición que luego perdurará siempre, al menos para la poesía.

2. Acontecimientos políticos

La política italiana estuvo dominada por la poderosa figura de Federico II desde la tercera a la quinta década del siglo, es decir, desde el año de su regreso a Italia y su coronación (1220) hasta el de su muerte (1250). Algunas de las acciones de Federico son de importancia duradera: la labor de reorganización administrativa del Reino de Sicilia, basada en funcionarios en lugar del tradicional régimen feudal y eclesiástico, la labor de legislación reanudada como continuación del *Corpus iuris* justinianeo; por otra parte, su intento de reunificar bajo un mismo gobierno el Reino y la parte de Italia que no dependía directamente del pontífice fracasó, debido a la fuerza y el sentimiento de independencia que las ciudades-estado, las Comunas y algunas familias poderosas poseían ahora en aquellas tierras de la península. Algunas migraciones de colonias valdenses (provenzales) en Calabria se deben quizá al apoyo de Federico.

En Florencia, la ciudad que ocupaba, podría decirse, las filas de la oposición a Federico, los nombres de *güelfos* y *gibelinos* recibieron un nuevo impulso: se habían originado en Alemania en las luchas por la sucesión del Imperio tras la extinción de la Casa de Franconia, y en Florencia se convirtieron en marcadores de la política italiana.

A la muerte del emperador siguió en Florencia la instauración del régimen del "primer pueblo"; y en 1252 se acuñó el *florín* de oro, que se impuso rápidamente por su excelencia y estabilidad en todos los mercados italianos y europeos (le siguió, en 1289, el *ducado de* Venecia, igualmente apreciado).

La batalla de Montaperti (1260) marcó un breve triunfo de los gibelinos: poco después, como consecuencia de la derrota y muerte de Manfredo en Benevento (1266), se produjo la redención de los güelfos.

Los terratenientes de los alrededores tendían a entrar en la ciudad y convertirse en ciudadanos. En 1293, las Ordinamenti di giustizia marcaron el dominio del pueblo en la Comuna; al mismo tiempo, la Paz de Fucecchio otorgó a Florencia la supremacía sobre las demás ciudades toscanas (Arezzo, Pisa).

Signos de la creciente importancia de las clases populares (aunque nunca de las clases bajas) son la institución del *Capitano del Popolo que* representa a las Artes y limita la autoridad del podestà, y más tarde la del *priori*.

En varias ciudades del norte se consolida la autoridad de familias que ejercen un señorío de hecho (Estensi, Scaligeri, Visconti).

Los angevinos, colocados en una posición preeminente por el apoyo papal y la victoria sobre los suevos, tenían una poderosa plataforma en el reino y ramificaciones de autoridad en toda Italia. Sicilia, tras poco más de una década de dominio angevino, quedó más o menos vinculada a los aragoneses. Estos últimos también intentaron apoderarse de Cerdeña, donde, sin embargo, seguían predominando los pisanos.

3. 3. Vida cultural

En la corte frisia, un grupo de laicos cultos asumió las funciones ejecutivas que hasta entonces habían ejercido los altos dignatarios eclesiásticos o feudales en los tribunales.

Sabemos qué fervor intelectual dominaba a Federico y, a instancias suyas, a la corte: el emperador hacía que le leyeran a Aristóteles y hacía observaciones naturalistas, disputaba por carta cuestiones matemáticas con los gobernantes orientales y promovía las traducciones del griego y el árabe.

Ese favor del que gozaban ampliamente los trovadores en las cortes del norte, les faltó en la corte de Federico II. Sólo de uno, William Figueira, sabemos que tuvo una corta estancia con él.[1] Pero el aflato de la poesía trovadoresca animó la nueva forma de poesía que recibió el nombre de 'regale solium' de Federico.

La vida universitaria, que hasta entonces sólo se había manifestado en Bolonia, se extendía ahora a diversos lugares: Padua (1222), Nápoles, conscientemente opuesta por Federico a Bolonia (1224), Arezzo, Roma, Siena. En las universidades, el *ars notariae* y el *ars dictandi se* cultivaban de forma diferenciada, pero no separada: derecho y retórica se combinaban en la redacción de los actos públicos. Aunque no se pueda aceptar la tesis de Monaci[2] de que la lengua vernácula ilustre surgió del contacto que tuvo lugar en la Universidad de Bolonia entre estudiantes de diversas regiones de Italia, es seguro que Bolonia ejerció una influencia considerable en ella.

Y es bien conocida la importancia de notarios y jueces en la vida cultural de este periodo: Giacomo da Lentini (*el notario* por excelencia), Pier della Vigna, Brunetto Latini, Guido Guinizzelli, Cino da Pistoia, etc. Juez fue también el fundador del prehumanismo en Padua, Lovato dei Lovati.

La gran mayoría de los escritos de este periodo siguen estando en latín, y la literatura vernácula que acaba de surgir se nutre de la literatura latina de siglos atrás, especialmente a través de traducciones.

Las dos lenguas literarias de allende los Alpes también gozan de un prestigio considerable. Por un lado, la épica carolingia y los *pulcerrime ambages* de las novelas artúricas (Dante, *De vulg. el.*, I, x, 2), por otro, la poesía trovadoresca con la nueva concepción del amor cortés se presentaron a la nueva civilización italiana como modelos literarios distinguidos, dignos de imitación en las lenguas originales o en una lengua vernácula italiana ennoblecida.

La vida religiosa es intensa, tanto en formas que se encauzan (o que la Iglesia consigue encauzar) hacia la ortodoxia, como en formas más o menos rebeldes. De las primeras décadas del siglo es el nacimiento de las nuevas órdenes de Santo Domingo y San Francisco; algo más tardía es la reorganización de los agustinos, seguida de su rápida expansión en la segunda mitad del siglo. Las oleadas de piedad suscitan verdaderos movimientos de multitudes: el "tiempo del Aleluya" (1233) y la devoción de los Flagelantes (1260) dan lugar no sólo a diversas devociones, sino también a laudes y cantos. Las cofradías que se fundaron en todas partes querían tener sus laudarios, y así los laudes se intercambiaban de pueblo en pueblo.

En el ámbito científico, el siglo XIII marca el triunfo de la ciencia griega a través de la interpretación de Averroes y los demás maestros árabes.

El pensamiento teológico, procedente sobre todo de París, se opuso al principio a la filosofía de Aristóteles; pero luego, especialmente a través de la obra de Tomás de Aquino, se superaron las dificultades y el pensamiento del Estagirita se convirtió en piedra angular de la filosofía cristiana occidental.

Apenas es necesario mencionar el gran florecimiento de las artes, especialmente la arquitectura, en este periodo, que es cuando se construyeron las catedrales de Siena, Orvieto, y Santa Maria Novella y Santa Croce en Florencia. Santa Maria del Fiore comenzó a construirse en 1296.

Un síntoma de acercamiento entre los dispersos miembros de la península es la aparición del nombre *italiano*. En la latinidad medieval junto a *Italia* existían *Italus* e *Italicus*, en la lengua vernácula aún faltaba un término. Especialmente más allá de los Alpes se tendía a utilizar *lombardo* como término global: los franceses, dice Salimbene (*Cronica*, p. 933 Bernini), y los testimonios podrían multiplicarse, "inter Lombardos includunt omnes Italicos et cismontanos". En 1278, advierte Sapori,[3] al negociar con el rey de Francia el regreso a Nîmes de los mercaderes italianos expulsados, un hombre de Piacenza se presentó con el título de "capitaneus mercatorum lumbardorum et tuscanorum"; en 1288, en cambio, apareció en las ferias de Sciampagna la "Universitas mercatorum *Italicorum*".

Ya unos años antes, Brunetto Latini en el *Tresor* (entre 1260 y 1266) había utilizado *ytaliano* (en contraposición al más estrecho *lombardo*) e *ytaliano en* varias ocasiones (I, 1, 7; I, 129, 2; III, 1, 3; III, 75, 15 Carmody) y un compilador anónimo de "ejemplos" había reelaborado un pasaje de Valerio Máximo (en colorida lengua sienesa) con las siguientes palabras: "Et di ciò dice Valerio che avendo li romani preso uno grande *ytaliano*."[4] La etnia es evidentemente acuñada a partir de *Italia*, siguiendo el modelo *siciliano-siciliano*,[5] *Venecia-Veneciano*, *Istria-Istria,* etc.[6]

4. Latín y vulgar

Para darse cuenta de la consistencia y el carácter de los escritos en lengua vernácula, hay que tener en cuenta en primer lugar que en este siglo, y durante mucho tiempo, los escritos en latín representaban la inmensa mayoría. Obras teológicas y filosóficas, leyes y comentarios de códices, crónicas, tratados de medicina y astrología: todo o casi todo está en latín. La latinidad de Santo Tomás, San Buenaventura, Albertano da Brescia, Iacopo da Voragine, Salimbene da Parma y Stefanardo da Vimercate se manifiesta de formas muy diversas.[7]

Lea la carta de condolencia dirigida por Pier della Vigna a los profesores de Derecho civil de Bolonia por la muerte de Giacomo Balduini:

Iuris civilis professoribus universis magister Petrus, salutem [...] Amaritudo amarissima et materia concreta doloribus humanis noviter mentibus occurrerunt. Nam unicus et singularis in terris homo, in quo velut in suo proprio leges convenerant, et vivebat eloquentiae tuba, et consilii plenitudo sedebat, est revocatus ad patriam, de cuius revocationis amaritudine vox populi a fine usque in finem et terminos orbis terrae dolorosa multum exivit. Nec mirum, quia iam optimus persuasor bonorum operum, omnium excellentissimus Iacobus, de Regio Iesu Christo vitalem spiritum resignavit.[8]

El texto está lleno de ornamentos retóricos: figuras etimológicas como *amaritudo amarissima*, cláusulas rítmicas como *mèntibus occurrèrunt*, *spiritum resignàvit* ('cursus velox'), *plenitùdo sèdebat* ('cursus planus'), etc.[9]

Leamos ahora un pasaje de Salimbene:

Note quod Innocentius papa fuit audax homo et magni cordis. Nam aliquando mensuravit sibi tunicam Domini inconsutilem, et visum fuit sibi quod Dominus parve fuisset stature; quam cum induisset, apparuit grandior ipso. Et sic timuit et veneratus est illam, ut decens fuit. Item solitus erat aliquando librum tenere coram se, cum populo predicabat. Cumque quererent capellani, cur homo sapiens et litteratus talia faceret, responbat dicens: "Propter vos facio, ut exemplum dem vobis, quia vos nescitis et erubescitis discere." Item homo fuit qui interponebat suis interdum gaudia curis; unde cum quadam die quidam ioculatur de marchia Anconitana salutasset eum dicens:

Papa Innocentium,
doctoris omnis gentium,
salutat te Scatutius
et habet te pro dominus,

respondit ei: "Et unde est Scatutius?" Cui dixit:

De Castro Recanato,
et ibi fui nato.

Cui papa:

Si veneris Romam,
habebis multam bonam,

id est "bene faciam tibi". Fecit papa quod gramaticus docet: *Per quemcumque casum fit interrogatio, per eumdem debet fieri responsio*. Quia enim malam gramaticam fecit ioculator, malam gramaticam audivit a papa (pp. 42-43 Bernini).

El periodicismo de Salimbene y no pocas veces también su vocabulario dejan traslucir el uso vernáculo, a través de una gramática que sigue con relativa corrección las normas escolásticas de la época.

Ahora lee el pasaje en el que Santo Tomás discute la objeción de que la simonía es lícita en ciertos casos, 'puta quando sacerdos puerum morientem baptizare non velit'.

Ad primum ergo dicendum, quod in casu necessitatis quilibet potest baptizare; et quia nullo modo est peccandum, si sacerdos absque pretio baptizare non velit, ac si non esset qui baptizaret; unde ille qui gerit curam pueri, in tali casu licite potest eum baptizare, vel a quocumque alio facere baptizari; posset tamen licite aquam a sacerdote emere, quae est purum elementum corporale. Si autem esset adultus, qui baptismum desideraret, et

immineret mortis periculum, nec sacerdos eum vellet sine pretio baptizare, deberet, si posset, per alium baptizari; quod si non posset ad alium habere recursum, nullo modo deberet pretium pro baptismo dare, sed potius absque baptismo decedere, suppleretur enim ei ex baptismo flaminis, quod ei ex sacramento deesset (*Summa theol.*, II Secundae Partis, Quaestio C, Art. II).

Pero veinte o cincuenta pasajes no bastarían para dar una idea de la variedad de este latín, muy vivo en el uso de todas las personas cultas.

Quienes se dedican a escribir en lengua vernácula no ignoran esta tradición, al menos en algunas de sus variedades. Por lo tanto, junto a la influencia de la lengua vernácula sobre el latín, especialmente en los textos con menores pretensiones literarias, existe otra influencia, muy fuerte, que el latín ejerce sobre la lengua vernácula, tanto en el arte del periodicismo como en el léxico.

La conciencia de la gran superioridad del latín sobre la lengua vernácula está siempre presente en los autores de vulgarizaciones (véase § 11).

Ir a la escuela significa ante todo aprender *gramática*, es decir, latín. Y no sólo para ser notario o eclesiástico, sino también para comerciar: un contrato notarial genovés de 1266 habla de "grammatica communiter edocenda secundum mercatores Ianuae".[10]

En la vida civil, sin embargo, es necesario que los gobernantes tengan en cuenta a las numerosas personas que ignoran el latín. Los Estatutos de Bolonia de 1246 prescribían con precisión los exámenes a los que debían someterse los aspirantes a notario. Los examinadores debían "videre et scire qualiter sciunt scribere, et qualiter legere scripturas quas fecerint vulgariter et litteraliter, et qualiter latinare et dictare":[11] En resumen, tenían que demostrar que eran capaces de leer sus escrituras en lengua vernácula a quienes les habían confiado su redacción. Y Pietro dei Boattieri, en su comentario a la *Summa artis notariae* de Rolandino, daba instrucciones al respecto.[12]

Para entonces, empezaban a aparecer algunos estatutos redactados a propósito sólo en lengua vernácula: nos quedan los estatutos de Montagutolo dell'Ardinghesca, fechados en 1280-97, que prescriben explícitamente al "camarlengo" que designe a tres "hombres buenos" para revisar el "costeduto", y que tenga "todas las órdenes que dichos tres hombres debían escribir, en buen texto, y no en gramática".[13]

De la vida monástica también informan *las Commentationes de* Montecassino que en el capítulo se celebraban conferencias diarias en lengua vernácula.[14]

Mientras que las escuelas episcopales seguían impartiendo enseñanza a los futuros clérigos, en aquella época surgieron escuelas laicas, impulsadas y costeadas por la burguesía mercantil, en las que se aprendía un poco de latín a partir de la lengua vernácula.[15].

5. Conocimientos de francés y provenzal

Los contactos con Francia y las dos grandes literaturas que ya habían florecido allí fueron más fuertes que nunca en este periodo. Una de las manifestaciones más conspicuas es la pasión por las epopeyas, especialmente carolingias, en el norte de Italia. Tenemos numerosos testimonios de ello: el jurista Odofredo nos habla del "orbi qui vadunt in curia comunis Bononie et cantant de domino Rolando et Oliverio", un escritor de finales del siglo XIII describe al bufón que canta las hazañas de Carlos a la plebe en un francés bárbaro:

celsa in theatri
Karoleas acies et gallica gesta boantem
cantorem aspicio; pendet plebecula circum
auribus arrectis: illam suus allicit Orpheus.
Ausculto tacitus: Francorum dedita lingue
carmina barbarico passim deformat hiatu.[16]

Es característica esta recepción hecha en los estratos más populares a una poesía extranjera sólo aproximadamente inteligible. La llamada literatura franco-italiana nos muestra numerosos grados de la inevitable hibridez.[17]

He aquí, por poner sólo un ejemplo, cómo se presenta la canción de Orlando en un conocido texto francoveneciano, el códice Marciano V:[4]

Rollant a mettere l'olinfant à sa boçe
Inpinç il ben, per gran vertù lo toce;
grand quindes leugue la vox contra responde,
Çarlo l'olde et ses conpagnons stretute.

Ço dist li roi: - "¡Batailla hace nuestro hogar!" -
Et Gainelon responde alo' inconter:
"Se un altro lo disesse, el senblaria mençogne!".
Li cont Rollant per poi e per achant
Y del dolor suena el ilifante;
para me' la gole li sange,
de soe cervelle se va lo tenpan ronpant.
(vv. 1861-1874 Gasca Queirazza)

Encontramos rastros mucho más ligeros de hibridismo en otros textos compuestos en prosa por italianos, que por una u otra razón habían optado por escribir en francés: el tratado de cetrería traducido para el rey Enzo por Daniele Deloc de Cremona (ed. H. Tjerneld, Estocolmo 1945), el *Tresor* de Brunetto Latini (ed. F. Carmody, Berkeley-Los Ángeles 1948)[18] Crónica de Martino da Canale (ed. F.L. Polidori, Florencia 1845),[19] *Milione de* Marco Polo, escrita por Rustichello da Pisa (ed. L.F. Benedetto, Florencia 1928).

También hay que tener en cuenta los frecuentes contactos debidos al comercio. El nombre de *Francisco* y el conocimiento del francés atestiguado por los biógrafos para el santo de Asís dependen de los vínculos de su padre con Francia. Los libros de comercio florentinos muestran lo densas que eran las relaciones, especialmente con Sciampagna.[20] Y cuando leemos el *Fiore,* compendio del *Roman de la Rose,* o l'*Intelligenza*, tenemos la impresión de que los dos autores estaban tan familiarizados con el francés (y no sólo, diría yo, con el francés literario) que llevaron demasiado lejos el límite de la receptividad (léxica y a veces incluso gramatical) del italiano. Estos versos bastan para demostrarlo:

sí no soy ni muy grande ni *muy grella*
(*Flor*, hijo. 43)
Pero 'Die d'amor no hizo ninguna *semblanza*
(hijo. 104)
Y si no es bella de *rostro*
*devuelvan am*ablemente sus cabezas
Y así sus monstruos sin *arresto*,
las hermosas trenzas rubias *delante*
(son. 166)
covrier o *aguglier de buen tamaño*
(hijo. 190)
la *gradación* es de *madera de* ciprés
(*Intell.*, st. 62)
y César cuando mató a Artigiusso
Que no era de los *intachables Musardos*
(st. 79)
Cambiar la fe en la frente
Tan fuerte que *despejó* todo el puente
(st. 126)

En cuanto al sur de Italia, hay que tener en cuenta la influencia político-administrativa de los angevinos.

La influencia del provenzal está ligada casi únicamente al gran prestigio de su literatura y al culto a la palabra que algunos de sus poetas habían llevado a la cumbre. La guerra albigense destruyó la vida cortesana en Provenza, y con ella las bases materiales de la poesía trovadoresca. La dispersión de éstos pudo contribuir por poco tiempo a la expansión del provenzal fuera de su tierra de origen: ya hemos visto trovadores provenzales acogidos en cortes y ciudades del norte a principios de siglo. El prestigio de la lengua del Languedoc (y la falta de una lengua poética nacional) hizo que muchos, en el Norte, acudieran a la escuela de los trovadores y compusieran en su lengua, de modo que en las filas de los más grandes poetas en provenzal podemos contar también a italianos como Lanfranco Cigala y Sordello.[21]

En cambio, en el Mezzogiorno no imitaron, sino que emularon: y así nació la escuela siciliana.

Percivalle Doria, noble genovés y fiel a los suevos, escribió en provenzal una serventese en loor de Manfred, y tenzona con Filippo di Valenza; también escribió en ilustre siciliano dos canciones ('Come lo giorno...'; 'Amor m'a priso...').

Como consecuencia de la fuerte influencia de los modelos francés y provenzal en la literatura del siglo XIII, los afrancesamientos y provenzalismos son muy numerosos, sobre

todo en algunos escritores, como Guittone. A veces responden a una intención estilística precisa: así, la abundancia de expresiones francesas y provenzales en el contraste de Cielo d'Alcamo es una caricatura del lenguaje cortesano.[22]

A continuación ofrecemos una lista resumida de los galicismos que han entrado en el léxico, ya sea por esta vía o como consecuencia del contacto directo.

6. Poesía artística y prosa artística

Las variedades locales de la lengua vernácula hablada eran muy divergentes, y los intentos que se habían hecho hasta entonces para ponerlas por escrito habían tratado de limar sus asperezas eliminando las peculiaridades demasiado pronunciadas y recurriendo a las sugerencias que podía proporcionar la lengua escrita por excelencia, el latín. Es precisamente el ejemplo del latín, con su relativa fijeza y regularidad, el que hace sentir la necesidad de modelos también para la lengua vernácula. Está en el aire la idea de que si aparecen modelos dignos, también serán imitados en sus particularidades, y así se encontrará remedio a las incertidumbres gramaticales y léxicas.

En definitiva, no se aspira directamente a una lengua común: se aspira a una lengua bella y noble, que elimine los particularismos y sea, por tanto, también "común". En la Italia de esta época, artísticamente tan madura y políticamente tan dividida, modelo significaba modelo de belleza, de elegancia artística. Esto explica que aquellos escritos en los que se persigue un ideal de belleza surjan de forma tan imperiosa, creando una estela de imitación literaria y lingüística.

Es la poesía lírica la que se sitúa a la vanguardia de la literatura, y la que crea un movimiento de entusiasmo, con consecuencias que durarán siglos. El impulso inicial dado por los poetas sicilianos de la curia sueva, los primeros en Italia en utilizar la lengua vernácula para hacer poesía artística, se transmitiría a muchos otros: y todos ellos, no sólo los serviles imitadores síciulo-toscanos, sino también Guinizzelli, los estilnovistas y en general todos los que escribían en verso, tuvieron en cuenta los modelos sicilianos en mayor o menor medida, de modo que ciertas peculiaridades entraron en el uso poético italiano de forma permanente.

No es suficiente: este impulso hace que la poesía adquiera una ventaja tan perceptible sobre la prosa que incluso crea una división entre los dos modos de escritura que durará siglos. Los modelos poéticos que se suceden constituyen una tradición, proporcionando un modelo lingüístico relativamente uniforme para las distintas regiones; la prosa, en cambio, lucha (y luchará durante mucho tiempo) por salir del ámbito local. Sin embargo, la prosa lucha (y luchará durante mucho tiempo) por salir del ámbito local. Poco después del florecimiento siciliano, surge una prosa d'arte, que tiene su primer maestro en Bolonia, en la persona de Guido Fava. Y la prosa d'arte también encontró apasionados devotos en Toscana, como Brunetto y Guittone. Pero el menor nivel artístico alcanzado por ellos en comparación con la poesía y el estrecho vínculo que la prosa tiene siempre con las contingencias prácticas de carácter personal y local, de modo que no puede desligarse demasiado del habla cotidiana, aunque sea objeto de elaboración artística, hacen que el proceso de unificación de la lengua prosística sea sin comparación más lento. Tampoco hay que olvidar que los textos en prosa eran totalmente inexistentes en el sur de Italia y en Sicilia durante el siglo XIII: allí sólo se seguía escribiendo en latín.

Esta visión de conjunto ayudará al lector a comprender con qué criterio hemos elegido los temas que ilustraremos en los párrafos siguientes. Prestaremos especial atención a la constitución de una tradición poética, ya que a ella se remonta la estructura fundamental de la lengua poética italiana. Por lo que respecta a la prosa, en cambio, tendremos que contentarnos con mencionar las distintas vertientes, ya que no se nos permite atribuir una importancia exclusiva a la prosa artística.

7. La escuela poética siciliana y su lengua

La primera forja de poesía que merece ser considerada poesía artística es la Magna Curia de Federico II.

Los intentos de datar algunos de los poemas de la escuela siciliana a principios del siglo XIII se basan en argumentos demasiado endebles como para hacer tambalear la verosimilitud de que los primeros poemas tuvieran su origen en un escritor especialmente

dotado, el notario Giacomo da Lentini, con el apoyo que le dio "heroico more" (*De vulg. el.*, I, XII, 4) Federico en el ambiente creado en su corte tras su regreso a Italia. No es probable que se tratara de un designio meditado del soberano suevo, ya que en este caso probablemente se habría tratado de siervos políticos, y no de canciones y sonetos.

La novedad de la escuela siciliana con respecto a su modelo, la poesía provenzal, es la lengua: mientras que los trovadores del norte de Italia habían aceptado tanto el modelo poético como la lengua, los trovadores sicilianos lo siguieron, adaptando al uso artístico una lengua utilizada hasta entonces en algún canto plebeyo o bufón, cuya existencia podemos a lo sumo conjeturar.

Los presupuestos sociales y culturales eran los mismos en los que se basaba la poesía occitana: el carácter de juego elegante de una sociedad aristocrática y refinada, en la que el propio emperador se somete a las convenciones del amor cortés.[23]

El contraste de Cielo d'Alcamo parece muy alejado del tono general de este poema[24] "Rosa fresca aulentissima"[25] tanto que Dante, optando por citarlo (en *De vulg. el.*, I, XII) en el tercer verso, rico en plebeísmos (*Tragemi d'este focora*, *se t'este a bolontate*), lo consideró escrito en el habitual "quod prodit a terrigenis mediocribus" siciliano, poco refinado por las intenciones artísticas. Pero la crítica más autorizada reconoce en el autor del contraste a un poeta que no es inculto: sólo que el autor, habiendo elegido retratar a dos personajes vulgares por realismo, sabe dosificar con eficacia artística los rasgos cortesanos (*rosa fresca del jardín*, *mujer de rostro clerical,* es decir, "dame au cler vis", etc.) y los rasgos dialectales (*bolontate*, *bolta*, *càrama*, etc.), que no pueden atribuirse a un ámbito preciso precisamente porque el poeta los ha elegido para darles colorido plebeyo. Esta acentuación deliberada de los rasgos nos ha valido una conservación discreta del texto, porque los transcriptores los comprendieron y respetaron.

El punto de apoyo de la Magna Curia fue Sicilia, con los importantes centros culturales de Palermo y Mesina; pero la corte residió a menudo y durante mucho tiempo en el continente y en la actividad poética participaron también escritores no nacidos en Sicilia.

Esta poesía, que había florecido en la corte de Federico como en un invernadero, no fue bendecida con un gran poeta; y con la muerte de Federico y luego de Manfred, desapareció el ambiente elevado pero restringido en el que había florecido. Pero el experimento había sido noble y hermoso, y había sido muy apreciado en el continente: si la corte suaba desapareció, y las notas de aquella poesía enmudecieron en Sicilia y el sur de Italia, otros en la burguesía municipal toscana y boloñesa habían recogido ahora el legado. No sólo no se pierden las experiencias técnicas: pero, lo que más importa aquí, la poesía de la primera escuela tiene también un considerable efecto lingüístico en las escuelas posteriores.

¿Cuál era, lingüísticamente, la fisonomía de las composiciones de aquellos primeros poetas? Recurramos a cualquiera de los cancioneros que, escritos en los últimos años del siglo XIII o a principios del XIV, nos conservan esos textos; he aquí, por ejemplo, lo que encontramos en el primer papel del famoso códice vaticano 3793 (= A), el más importante de esos cancioneros:

Notaro Giacomo

Madoña say uiuolglio. come lamore mapreso. jnverlo grande orgolglio. cheuoi bella mostrate enōmaita. oilasso lome core. chentanta pena miso. cheuede chesimore. p benamare etenolosi jnuita.

Introduciendo la división de palabras, la puntuación y el uso gráfico moderno para *u*, *v*, *gl,* podemos transcribirlo como sigue:

Madonna, di te quiero
como el Amor me ha llevado;
Inver lo gran orgullo
Que tú, preciosa, muestres, no me ayuda.
Oi lazo, mi corazón
Que sufre tanto,
que ve que se muere
para amar bien, y mantenerte vivo.

En conjunto, el aspecto no es muy diferente del lenguaje poético que prevalecería en Italia hasta el siglo XIX. Pero ya en esta primera media estrofa, hay (además de un descuido evidente, *tenolosi* por *tenelosi* 'se lo tiene') una rima imperfecta, *preso*: *miso. Se* puede reconstruir fácilmente cuál era la lección exacta (*priso*: *miso*), entre otras cosas porque otro cancionero, el Laurentian-Redian 9 (= B) escribe *como lamorprizo.* El copista toscano de A, al transcribir un códice que llevaba *priso*, creyó legítimo hacer lo que solían hacer los copistas en la Edad Media, es decir, ajustarlo a su propia pronunciación, y escribió *preso*: en

cambio, no tuvo el valor de escribir *messo* en lugar de *miso* (que podía usarse en el pasado lejano *misi*); así pues, la palabra rimada quedó para revelar la arbitrariedad.

Ahora bien, la inmensa mayoría de los textos de la primera escuela se encuentran en esta condición; y no es posible creer, como hicieron algunos estudiosos autorizados de las dos últimas generaciones (Caix, Gaspary, Monaci, Zingarelli, De Bartholomaeis), que la fisonomía de los textos originales no era muy diferente, y que esta mezcla se debía al hecho de que los poetas de la primera escuela ya apuntaban a una coiné, empleando deliberadamente voces y formas continentales.[26]

La tesis de la toscanización, que ya había parecido más probable a Adolfo Bartoli, D'Ancona y D'Ovidio, fue confirmada por un ensayo fundamental (aunque discutible en muchos detalles) de Giovanni Alfredo Cesareo, *Le origini della poesia lirica in Italia* (Catania 1899, 2ª ed., Palermo 1924) y un ensayo de Ireneo Sanesi[27] sobre la progresiva toscanización de los cancioneros; el Tallgren[28] y mejor aún el Parodi[29] aclararon definitivamente algunos de los puntos más oscuros de este proceso.

Hay otro elemento que acude en ayuda de los filólogos. El filólogo del siglo XVI Giovanni Maria Barbieri, a partir de un códice que denominó *Libro de Sicilia* y que desgraciadamente se ha perdido, extrajo una canción de Stefano Protonotaro de Mesina y dos fragmentos del rey Enzo (hijo de Federico II, rey nominal de Cerdeña, hecho prisionero en Fossalta en 1249 y muerto en Bolonia en 1272).

Así es como aparece el primer verso de la canción de Stefano (con cinco pequeñas y muy probables correcciones) en la transcripción de Barbieri:

Pir meu cori *alligrari*,
ki *multu* longiamenti
sin aligrancia y ioi de amor y estatus,
Vuelvo a cantari
ca forsi levimenti
da dimuranza turniria in usatu
de lu troppu taciri.
Y cuando el hombre levanta la voz
ben di' cantari e mustrari alligranza,
ca, sin dimustrance,
ioi siria siempre de poco valor.
Dunca ben *di'* cantar onni amaduri.[30]

Dado que la buena fe de Barbieri es incuestionable y que, además, no es posible que un falsificador del siglo XVI conociera detalles sutiles como los que se encuentran en los poemas sicilianos copiados por Barbieri (posición de los enclíticos, uso de la *h*), el testimonio debe aceptarse en su totalidad, confirmando e integrando lo que ya se vislumbraba a través de las rimas. Es decir, descartando la hipótesis infundada de Bertoni de que a los poetas sicilianos se les abrían "dos caminos", el de componer en una coinè italianizante y el de componer en "siciliano ilustre",[31] es necesario suponer que el aspecto primitivo de todos los poemas de la escuela sueva era similar al que nos revelan la canción de Esteban Protonotaro y los dos fragmentos del rey Enzo.[32] Lingüísticamente, pues, estos textos ocupan el primer lugar, aunque sean de una generación posterior al primer florecimiento poético, y todo lo demás puede servir para establecer la ortografía, la fonología y la morfología de los poetas de la primera escuela sólo en la medida en que la rima o la discordancia de los códices nos permitan reconocer rasgos sicilianos conservados por uno u obliterados por otro. Los textos sicilianos en prosa, desgraciadamente, ayudan poco, porque sólo empezamos a disponer de ellos a partir del siglo XIV, cuando el ambiente cultural había cambiado mucho.

Al esbozar los rasgos más importantes de esta lengua, no debemos olvidar que no se trata de una lengua completa, sino de una estilización artística basada en el dialecto siciliano, ya algo estropeado por el uso entre personas de cierto calibre, tomando como modelo, por un lado, el latín, ejemplo constante para cualquier escritor medieval, y, por otro, el provenzal, al que se imita más de cerca, ya que también constituye el modelo literario y fija el ideario al que se adhieren los poetas en su conjunto.[33]

En cuanto a la ortografía, la *ch* tenía valor palatal. De hecho, el notario boloñés que transcribió la canción de Giacomo da Lentini "Madona, dir ve voio" en un memorial mantuvo la grafía de su texto en *despiache*: *fache*.[34] Pero los *que* también representaron el resultado de PL-, y a veces los manuscritos lo mantienen, a veces lo adaptan, a veces lo malinterpretan: la *chiacenza* de Giacomo (en el discordo "Dal core mi vene", v. 113) está

correctamente toscanizada por el códice Laurentiano-Rediano 9 en *piagienza*, mientras que el Vaticano 3793 lo malinterpreta, escribiendo *achia senza*.

Y las breves y *o* breves del latín no diptongan bajo el acento: *feri*, *bonu*.

La i corta latina y la *e* larga latina dan la *i* tónica: *vidi*, *taciri*; la *u* corta y la *o* larga dan la *u*: *dundi*, *hunuri*. Pero también es posible un tratamiento de tipo latino, que toma un aspecto diferente del continental (de hecho, en cierto sentido, a la inversa). Junto a *amuri*, que es la forma tipo popular, se puede tener *amori*, con la vocal latina. Pero no hay que olvidar que el siciliano tenía y tiene un sistema fonológico de sólo cinco vocales, en el que no hay distinción entre *o* abierta y *o cerrada*, *y* abierta y *e* cerrada: de ahí que aquí tengamos *amòri*. Las palabras con *o* y *e* para las que se recurre al latinismo (y al provenzalismo) pueden presentar dos formas y rimar de dos maneras: *amuri*: *duluri* o *amòri*: *còri*.

E y *o* átonas, sobre todo las finales, aparecen como *i* (*timiri*, *placiri*)[35] y *u* (*mustrari*, *dintru*).

El grupo CJ da *-z-*: *lanza*, *solazo*.

En cuanto a la morfología, observamos la alternancia de *esti* con *is*, de *avi* con *à*, de *sapi* con *sa*, de *fachi* con *fa*. El imperfecto es del tipo *avia*, *putia*. En el condicional suele aparecer el tipo *diviria*; también hay un pequeño grupo de formas en *-ra*: *fora*; *gravara*, *sofondara*; *finera*; *partira*, sobre cuyo origen no hay consenso. De Bartholomaeis las creía "continentales", Debenedetti excluía que fueran sicilianas, Vitale las cree de origen provenzal. Pero el pluscuamperfecto latino con valor condicional no sólo sobrevive en dialectos continentales desde Calabria hasta los Abruzos, sino también en algunos dialectos sicilianos[36] y no vemos ninguna razón para dudar de su indigenismo, tanto más cuanto que, si fuera una mera imitación del provenzal, encontraríamos la desinencia *-era* también para la primera conjugación (cf. p. 181).

Volviendo ahora al léxico, podemos tener en cuenta no sólo la canción y los fragmentos en siciliano ilustre, sino también los sicilianismos y afrancesamientos y provenzalismos que presentan los demás textos (aunque pensamos que otras de estas peculiaridades pueden haberse perdido).

He aquí algunas palabras sicilianas:[37] ABENTO "descanso, tranquilidad"; ADIVINIRI "suceder"; AMMIRITATU "compensado"; *ghiora* "gloria"; *(i)ntrasatto* "de repente" (*REW* 4510); (*i*)*nvoglia* "envuelve"; *menna* "pecho"; *nutricari* "alimentar"; *ricienta* "enjuagar"; SANARI "curar"; *tando*, *intando* "entonces", etc.[38]

Aún más importante es la serie de palabras de origen galorromano. En el caso de los franceses, puede quedar la duda de si se trata de palabras que entraron en el uso siciliano (más o menos popular) con los normandos, o si son palabras genéricamente culturales o específicamente literarias; en cambio, en el caso de los provenzales, el origen literario es casi seguro. No hay que olvidar, sin embargo, que muy a menudo es difícil distinguir los afrancesamientos de los provenzalismos.[39]

Los francesismos incluyen palabras como *ciera* 'cara' (fr. ant. *chiere*), *cominzare*, (*i*)*ntamato* 'leso' (fr. *entamé*; la palabra también será utilizada por Villani), *sagnare*. Pero la serie de provenzalismos es mucho más amplia, incluyendo toda la gama de ideas y sentimientos del amor trovadoresco: *amanza*, *intendanza*, *amistate* (y *amistanza*), *drudo*, *ascio*, *disascio*, *sollazzo*, *gioia* (o también *gioi*, *gio'* y *gaugio*), DULZURI, *alma* "alma", *coraggio* y *corina* "corazón", *simblanza*, *fazone* (prov. *faisô*, franc. *façon*), *esperanza*, *doctrina*, *recuerdo*, *ballìa* "poder, balìa", *argoglio*, *talento* "voluntad, deseo" (por metáfora de la parábola evangélica). Y luego *augello*, *pascore* "primavera", *aigua*. Algunos adjetivos: *avenente* (*-ante*), *gente* "amable" (y *genzore* "más amable"), corale, LIALI, *sofretoso* "escaso". Entre los verbos cito: PLACIRI, *ciausire* "elegir, exaltar", BLASMARI, *dottare*, ALCIRI "matar" Y entre los adverbios recuerdo: *adesso*, *adessa* (primero en el sentido de "sùbito"), LONGIAMENTI.[40]

Las voces del continente nunca aparecen, al parecer, en los poetas sicilianos propiamente dichos; sólo en los poetas nacidos en el continente y en los sículo-toscanos.

8. La lengua de los poetas toscanos

La primera poesía artística forjada por los sicilianos gustó tanto que enseguida se difundió[41] en Toscana. "La admiración y el entusiasmo con que los italianos acogieron la poesía lírica siciliana, primera tentativa de poema de arte italiano, queda atestiguada (y es

una prueba que no puede borrarse....) por el hecho admirable y elocuente de que la lengua de esa poesía se convirtió en un instante en nuestra lengua poética nacional, por así decirlo, y aunque atenuó gradualmente sus características sicilianas y cedió poco a poco después de mediados de siglo aproximadamente, se mantuvo muy firme y tenaz algunas décadas sobre todo en su dominio de la rima".[42]

Es una ola de admiración, una gran moda, que no se explica ciertamente por los contactos que Federico y su corte tenían con Arezzo, patria de Guittone, o con Pisa, patria de un pequeño grupo de poetas menores.

Hay que señalar que, de poesía apoyada por una corte, pasa a ser la poesía de una escuela, practicada por un pequeño grupo de burgueses cultos, en Arezzo, donde florece Guittone, el principal representante, en Pisa, en Lucca, en Pistoia, en Siena, en Florencia, en Bolonia.[43]

En cuanto a la lengua, hay poca diferencia entre los llamados "sículo-toscanos" (Guittone, Bonagiunta, etc.) y los llamados "poetas de transición" (Chiaro Davanzati, etc.). El Stil nuovo representa una ruptura enérgica, con una nueva actitud de gusto: pero el propio Guinizzelli había comenzado como guittoniano, y muchas de las peculiaridades lingüísticas de los sículo-toscanos son aceptadas y continuadas en el Stil nuovo.

La moda siciliana se manifiesta en la propagación de copias de los poemas: una propagación que tuvo lugar según la costumbre medieval, con transcripciones que pretendían más o menos conscientemente adaptar el texto a los hábitos lingüísticos del transcriptor. Los pocos cancioneros que nos quedan no son más que los restos de un naufragio; los más antiguos son todos de origen toscano, y ya con sus diferencias reflejan la variada procedencia, el diverso grado de toscanización y las diversas actitudes de quienes los reunieron.[44]

Debemos suponer que los versificadores toscanos que, en los años cercanos a 1250, se propusieron imitar a los sicilianos disponían de copias de poemas similares a los que nos han llegado, aunque algo menos toscanizados.

Los sicilianos, que siguieron la escuela de los provenzales, para quienes la rima era estrictamente perfecta,[45] habían utilizado también, como hemos visto, rimas perfectas, pero aplicadas a su sistema de cinco vocales. Los toscanos, que poseían un sistema de siete vocales, veían en los manuscritos de los poetas que consideraban sus modelos de rima no sólo *e's* y *o's,* que en toscano tenían timbres diferentes; sino que también veían *e's* que para ellos eran cerradas rimando con *i*, *o's cerradas rimando* con *u.* No tenían ninguna razón para rechazar este ejemplo, sobre todo cuando ellos mismos sacaban las palabras de sus modelos.

Así, encontramos en los poetas toscanos de esta época no sólo rimas entre vocales abiertas y cerradas, del tipo *núcleo*: *mayor*, *monstruo*: *tu,* o *vène*: *penas*, *efecto*: *distrito* (tipo que, ayudado por la falta de distinción en la escritura, iba a permanecer firmemente adquirido en la poesía italiana de todos los siglos siguientes), sino también rimas más imperfectas. En primer lugar del tipo *serve*: *have: cherere*: *prove* (Guittone, son. 17, cod. B)[46] o *disire*: *piaciere*: *languire*: *miri* (Chiaro Davanzati, canz. "Molti lungo tempo anno", cod. A), *piaciere*: *servire* o *placire*: *servire* (Betto Mettefuoco, "Amore perché m'ai", cod. A y B), *fina*: *regina*: *s'ataupina*: *mischina: fina*: *camina*: *mena* (Pucciandone Martelli, canz. "Lo fermo intendimento", cod. C) etc.

No cabe duda de que los autores se atuvieron a modelos sicilianos, ya que los tenían a la vista, para rimar palabras que no rimaban en el uso toscano hablado. Parodi creía que hacían uso de esta licencia cuando escribían en siciliano *avire*, *piacire*, *mina*; otros pensaban más bien (y Contini ha recogido ahora esta opinión con razón) que se atenían a la rima imperfecta también en su escritura. Lo que es cierto, y lo más importante, es el hecho de que para estos poetas la rima imperfecta no significa posibilidad ilimitada de rimar *y* cerrar toscano con *i*, sino posibilidad de hacerlo para aquellas palabras para las que los sicilianos habían dado ejemplo. Los "hipersicilianismos" son extremadamente raros: por ejemplo, *pena*: *affina* en Baldo da Pasignano (cod. A).[47]

Una serie de rimas, que Caix había creído boloñesas-artinas, muestran la *-u-* larga tratada como *-o-*: Parodi ha demostrado que casi todos los ejemplos descienden a la familia de *alcono*, *niono*, ogni *ono* per *alcuno*, *niuno*, *ognuno,* por lo que hay que hablar más bien de rimas guittonianas, mientras que formas como *altroi*, *coi* se deben probablemente a amanuenses.

En la lengua del lirismo sículo-toscano falta generalmente la diptongación de la *e* y la *o, de* modo que, por ejemplo, Guittone (como el Dante posterior) escribe *novo* en poesía y

nuovo en prosa, y el uso prosástico se confirma por el empleo de documentos. La falta de diptongo se deberá a la triple influencia del latín, el provenzal y el siciliano, que convergieron para sugerir la idea de que la forma no dictada era más noble. Sin embargo, encontramos huellas en nuestros poetas de la reducción, típica del sur toscano y umbro, de *ie* en *i*, de *uo* en *u*: Guittone utiliza *rechire* por *rechiere*, *pui* por *puoi*; y *furi* por *fuori* se encuentra incluso en la *Divina commedia*.[48]

El diptongo *au* es promovido por el ejemplo de los sicilianos no sólo en palabras que de alguna manera se inclinan hacia el latín (*laudo*, *auso*) o el provenzal (*augello*, *ciausire*), sino también en *aucidere*, *aulire* y, no siempre, en *caunoscere*, *aunore*.

Muy frecuente en nuestros poetas es la transición a *-r-* de la *-l-* tras consonante: *prusore*, *seem*.

Limitado a los poetas de Lucca y Pisa es el uso de *-ss-* por *-zz-*: *allegressa*: *misa* (Bonagiunta), *lasso*: *impasso* (Bacciarone).

Las formas verbales también revelan importantes influencias sicilianas: *aggio*,[49] *saccio*, *veo*, *creo*, etc.; especialmente los imperfectos y el condicional en *-ia*, que también existían en el sur de Toscana, pero que han entrado indudablemente en el uso poético[50] a través de la imitación de los sicilianos y permanecerán en el uso literario, especialmente poético, en los siglos siguientes.

Los condicionales en *-ra* (*fora*, *-ara*, *-era, -ira*) se deben también a la doble influencia de sicilianos y provenzales; mero provenzalismo es el rarísimo condicional en *-era* de la primera conjugación ("che morte mi *sembrera* / ogni altra vita": Bondie Dietaiuti, A, n. 184).

Puede servir para ilustrar el carácter compuesto de esta lengua que en la misma canción de Compagnetto da Prato ("L'amore fa": A, n. 88) encontremos tres tipos de tiempo futuro: "lassa, come *faragio?*", v. 2; "*manderò* per l'amore mio", v. 23; "gliele *dirabo io*", v. 25: junto a la forma florentina habitual tenemos la forma siciliana (y del sur de Toscana) en *-aggio,* y la del oeste y sur de Toscana en *-abbo.* También es frecuente en siciliano-toscano, por influencia provenzal, el tipo *sono perdente en* lugar de *perdo*.[51]

El léxico nos muestra muchos de los provenzalismos ya aceptados por los sicilianos, algunos sicilianismos, algunos provenzalismos de los que no tenemos conocimiento entre los sicilianos (*anta* 'vergüenza', *barnagio* 'nobleza moral', *amburo* 'ambide' etc.).

Continúa el carácter prolífico de los sufijos *-anza*, *-enza*, *-ore*, *-ura, -aggio*, *-mento*. Guittone hace mucho uso de los prefijos aumentativos *sor-* (*sorbella*, etc.), *supra-* (*suprapiacent*, etc.), *tra-* (*tradolze*, etc.), y sus seguidores le imitan.

Mucho más fuerte que en los sicilianos es el contingente de latinismos.

El léxico de estos poetas es también muy compuesto. Baste un ejemplo: hay al menos cinco palabras para expresar la noción de "espejo": *miradore* (Guittone), *specchio*, *speglio* (Pallamidesse di Bellindote), *spera*, *miraglio* (Bondie Dietaiuti).

La aparición del Stil nuovo causa estragos entre los seguidores de esta poesía cortesana convencional: Guittone satiriza (sonn. 111) los lugares comunes de algunos sonetos de Guinizzelli, Bonagiunta encuentra que Guinizzelli "muta la mainera" del poetare, recurriendo a la "sottiglianza" (sutileza), Dante da Maiano responde trivialmente al soneto "A ciascun'alma presa" (A cada alma presa), diciendo a su rival que pase "lo vapore / lo qual ti fa favoleggiar loquendo" (el vapor / que te hace hablar en un cuento de hadas); Onesto da Bologna reprocha a Cino da Pistoia las palabras que emplea con tanta frecuencia ("*Mente* ed *umile* e più di mille sporte / piene de *spirti* [....]"), y le reprocha su continuo filosofar.

El nuevo clima cultural que instauraron Guinizzelli y sus seguidores no sólo renovó ciertos conceptos, entre los que destacaba el de nobleza, sino que creó en torno a la imagen de la mujer una enrarecida atmósfera de asombro, de contemplación casi mística.

En cuanto a la lengua, no hay que olvidar que Guinizzelli había comenzado su carrera poética como guittonés, y que era un boloñés culto, criado en el ambiente cultural de la Universidad de Bolonia. A falta de pruebas sincrónicas, nos queda de nuevo preguntarnos: ¿cuáles habrán sido las peculiaridades gráficas, fonéticas y morfológicas de Guinizzelli? ¿Habrá escrito *assicura o asegura*, *ciò* o *ço*, *saggio* o *saço*? ¿Habrá escrito más o menos como leemos en el cod. A?

Omo chesagio nonchorre legiero
pero pasa egrada como vuole misura.
entonces ca pemsato ritene suo penzero
jnfying en la medida en que uero lasichura.

¿O como se lee en cuatro versiones completas y tres incompletas del mismo soneto encontradas en los memoriales boloñeses, la más antigua de las cuales fue escrita en 1287, unos diez años después de la muerte del poeta? El texto que Adriana Caboni ha reconstruido a partir de estos manuscritos es el siguiente:

Homo ch'è sago non corre liçero,
pero piensa y grada sì con vol mesura;
cuando pensó reten tan pensero
Hasta que la verdad lo asegure.

No cabe duda de que la escritura de Guinizzelli debió de estar más cerca de la segunda que de la primera: pero cualquier reconstrucción que "emilianizara" los textos tal y como nos han llegado sería arbitraria. Baste una observación: dos de las memorias llevan la forma *ligero*, y ¿por qué no podría remontarse hasta el autor?[52]

No tenemos incertidumbres tan fuertes para el grupo más numeroso de estilnovistas, los toscanos. Y para ellos tenemos, tanto para las características gramaticales como para los problemas textuales, el firme apoyo de las investigaciones realizadas por Barbi para sus ediciones de la *Vita Nuova* y las *Rime*.[53] No faltan signos claros de la continuidad de la tradición que desde los sicilianistas, pasando por los sículo-toscanos, conduce a los estilnovistas: pero, como es obvio, en estos últimos los sicilianismos y provenzalismos son en número considerablemente menor.

En los estilnovistas, las formas sin dicción (*itene*, *pensero*, *core*, *mova)* prevalecen sobre las diptongadas, siendo más frecuente *laudare* que *praise* (debido a la tradición y el recuerdo del latín, como ya se ha mencionado).

Quedan algunos ejemplos de rima siciliana: *vedite*: *sbigottite: injured*: *partite* (Cavalcanti, son. "Deh! spiriti...": obsérvese que los manuscritos - el Chig. y el Vat. 3214 - tienen *vedete*). Encontramos algunas rimas guittonianas: *paurosi*: *chiosi (*Dante, son. "Degli occhi..."); *come*: *lome (Cavalcanti*, canz. "Donna me prega", que reaparece en *Inferno*, X, 19, precisamente en el episodio del padre de Guido, y se encuentra en Cino, son. "Da poi che la natura..."); *scritto*: *prometto: metto*: *intelletto* (Dante, son. doppio "Se Lippo amico..."); *venta* ("won"): *penta*: *spenta*: *rappresenta* (Dante, son. "Voi, donne..."). Nos parece oír un eco guinizzelliano en la *conosciuda* (: *nuda*: *chiuda: druda*) de Dante, en el mismo soneto.

Y no faltan las rimas umbrianas: *pui* por "puede" (así como por "entonces") en Dino Frescobaldi, etc.[54]

En el léxico aparecen a plena luz palabras típicas de la nueva escuela: *nobleza*, *honradez*, *bondad, piedad*, *placer,* etc. Incluso elementos que ya estaban en los provenzales y guittonianos, como *mercede* (a veces *merzede*) y *valor* (que en Guittone era femenino, al estilo provenzal) aparecen transvalorados. Luego están los *ángeles* y *angiolette,* y *angelico* y *angelicato*, los *espíritus y spiritelli*, y luego las *foresette* y *pasturelle*, las *giovanette* y *giovanelle*, sus *atterelli* y el aspecto que toma su *labbia*.

Pero aún hay, en unos más en otros menos,[55] una serie nada desdeñable de sustantivos en *-anza*, en *-enza*, en *-aggio*, que continúan la serie correspondiente de sustantivos sicilianos y sículo-toscanos. Y luego docenas y docenas de otras entradas en la misma línea: *beltate*, *disio* (y *disiro*), *martiro*; *adastare*, *agenzare*, *gabbare*, *gecchire*; *manto* "parecchio", etc. Pero *leggiadro*, que para Guittone tenía el sentido despectivo de "soberbio" o "frívolo" (conforme al provenzal *leujaria* "frivolidad") adquiere un significado favorable en los estilnovistas.

La pertenencia de Dante a los estilnovistas y los lazos que unieron a Petrarca a esta escuela hicieron que ésta fuera también muy eficaz durante los siglos siguientes. De ahí la importancia capital de esta decantación de los logros de las escuelas anteriores y de esta fijación del florentino literario realizada por los estilnovistas.

Todas las demás voces que la poesía toscana del siglo XIII nos hace oír (las que "differunt a magnis poetis, hoc est regularibus": Dante, *De vulg. el.*, II, IV, 3) son importantes más bien como testimonio del uso hablado y, en algunos casos, por su valor poético: pero no tuvieron influencia lingüística apreciable en los siglos siguientes. Me refiero a los poetas realistas y satíricos florentinos y sieneses,[56] a las composiciones amorosas populares, a las contiendas políticas, a la poesía alegórico-doctrinal del *Tesoretto* y de *Favolello*, del *Fiore* y de la *Intelligenza*. Los reflejos de la traducción de la poesía siciliana a Toscana, sobre todo en la rima, también repercutieron con más o menos fuerza en esta poesía.[57] El grupo de poetas que destaca sobre los demás, también en lo que se refiere al lenguaje, es siempre el de los letristas.

9. La poesía religiosa umbriana y su lenguaje

Grandes movimientos de religiosidad popular, promovidos por hombres que combinaban la inspiración divina con la habilidad para atraer multitudes, se ramificaron desde Umbría hacia las regiones vecinas y después por toda Italia. El primero y más importante fue el franciscanismo, después el movimiento de los Aleluyas (1233) y más tarde el de los Flagelantes (1260). "A Dieu ne plaise", decía Ozanam en su estudio *Les poëtes franciscains en Italie au XIIIe siècle*, "que j'aie voulu réduire les saints à n'être que les précurseurs des grands poëtes": lo que sin embargo nos gustaría averiguar, desde nuestro ángulo de visión, es si estos movimientos pudieron ser importantes para la formación del italiano, y si a través de ellos acogió alguna particularidad umbriana.

San Francisco predicaba en lengua vernácula, poniéndose al unísono con las almas de los humildes, y toda la orden por él fundada participaba de este fervor de predicación, en estrecho contacto con el pueblo. La circulación continua de los religiosos también contribuyó de algún modo a los intercambios interdialectales.

Todo lo que nos queda de los escritos de san Francisco en lengua vernácula es el famoso "Cántico del hermano Sol" o "Cántico de las criaturas", dictado por él (en 1225 o 1226) tras una noche de atroces sufrimientos y tormentosas tentaciones, y probablemente escrito en sus pergaminos por el hermano León, secretario habitual del santo desde 1222 hasta su muerte. La letra -una sublime efusión de oración y al mismo tiempo una poesía muy elevada- estaba destinada a ser cantada (pero desgraciadamente la melodía nos sigue siendo desconocida).

Texto reconstruido a partir de los manuscritos conservados,[58] está en prosa asonante, en un ilustre dialecto umbro al que el trasfondo bíblico, presente a través de copiosas reminiscencias, confiere solemnidad:[59]

Alto, todopoderoso, buen Señor,
Tuya es la alabanza, la gloria, el honor y la bendición.
Sólo a ti, Altísimo, si me confieso
y nadie omo ene dignu te mentovare.

Algunos caracteres umbros pueden discernirse en el texto con certeza, por ejemplo, terceras personas plurales como *so*, *sostengo*, mientras que faltan otros caracteres umbros, que tal vez parecían deformaciones demasiado obvias del latín y, por tanto, demasiado plebeyas para un texto tan solemne (por ejemplo, ningún códice tiene *iocunno* o iocunnu, todos *iocundo* en el v. 19).

El rasgo más llamativo, la *-u* final (*altissimu*), es desconcertante, porque el código más importante de todos[60] sólo la presenta en 8 casos, mientras que en otros 19 da *o* (*altissimu, por* ejemplo, en el v. 1, *altissimo* en el v. 3), por lo que no estamos nada seguros de que perteneciera a la lengua de San Francisco.

En la vasta literatura de laudes, tanto lírica como dramática, la composición de algunos textos se remonta al siglo XIII, mientras que la mayoría son de los siglos siguientes. Así es como solía ocurrir: cada compañía confeccionaba su propio laudario con la ayuda de las compañías vecinas, y al copiar los textos seguían el método habitual de adaptarlos más o menos a su propio dialecto: una hibridación que sin duda contribuyó a aproximar las variedades locales (pero que nos dificulta mucho encontrar los textos más antiguos y genuinos).

Fijémonos más bien en el lenguaje del más importante de los poetas místicos umbros después de San Francisco, Iacopone da Todi. Como en su poesía, también en su lenguaje convergen vertientes populares y doctrinales. La fisonomía de su "ilustre todino" nos es bastante conocida, sobre todo porque varios poemas que no son suyos han sido retirados de las colecciones y sus versos pueden leerse en la edición de Franca Ageno, que se ha servido principalmente de dos antiguos manuscritos de Todi en su reconstrucción crítica.[61]

La lengua de Iacopone presenta numerosos rasgos del italiano medio, similares a los de los dialectos del Lacio y diferentes de los del florentino.[62] En fonética encontramos fuertes rastros de metafonía, el tratamiento de ND como *nn* (*spenne*, *monno*, *profonno*), de GN también como *nn* (*lenno* 'madera', *penno* 'prenda', *rennare*), el desarrollo de *a-* delante de R (*aracomanno*, *arfreddato*). En cuanto a la morfología, existen posesivos enclíticos como *maritota*, plurales de tercera persona como *vengo*, tiempos futuros como *à penare* "penerà", plusperfectos con valor condicional. El paradigma del verbo *ser* en presente de indicativo es *so*, *ei* o *si*, *è* o *ene*, *semo* o *simo*, *sete* o *site*, *so*. En la sintaxis, surgen algunos rasgos claramente individuales: imperativos sustantivos ("bello me costa el tuo *ride*", XVI, v. 31, es

decir, "tu risa"),[63] infinitivos con valor de gerundio ("abbrevio mia detta'n questo luogo *finare",* XXXVIII, v. 62).

El léxico muestra algunas voces específicamente umbras (*carace*, *cotozare etc*.), otras que se encuentran en algunos dialectos del sur de Toscana (*encamato*, *entrasatto*, *finente*, *osolare "*escuchar a escondidas"), muchas que pertenecen a vastas zonas medias (*cetto* "presto", *oprire* "abrir", *peco* "pecora"). Iacopone emplea con gran libertad la sufijación de sustantivos (*amoranza*, *lascivanza*; *albergata*, *lamentata*; *assaiato*, *gloriato*; *grassìa* etc.) y adjetivos ("li freddi *nevile*", LXI, v. 48); y no tiene el menor escrúpulo en añadir sufijos a las palabras usuales para obtener una rima ("lo 'nferno se fa *celestìo*, prorompe l'amor *frenesìo*", XLVI, vv. 25-26; "'ngavinato al *catenone [...*], pò tener lo mio *cestone* [...], per empirir mio *stomacone [...*], estampiando el mio *bancone* [...], a pagar lo mio *scottone [...*], starian fissi al *magnadone [...*], mentre ha a collo lo *scudone* [...], gir *bizocone",* LV).

No nos sorprenderá encontrar en Iacopone, junto a muchos latinismos atestiguados por primera vez (al menos en el estado actual de la investigación), que permanecerán firmemente en el léxico (*angustiare*, *appetire*, *balsamo* etc.), adopciones individuales (*decetto* "engañado", *derenzione "*separación [de la vida]", *morganato* "condición de inferioridad en el matrimonio", *è opporto* "es oportuno", *preliare*, *prestolo* "attendo", *puella* etc.).

No faltan las influencias de la lírica amorosa anterior: lo demuestran no sólo algunos préstamos como el *sobreentendido* "amor", sino la aceptación de varias rimas de estilo siciliano.[64]

La lengua de Iacopone, y en general la lengua de la poesía religiosa umbras, es importante por varios aspectos, pero en la historia de la lengua de los siglos siguientes casi no dejó huella, al haber quedado aislada de la corriente dominante.

Cuando los poemas de Iacopone se transcriben en Toscana, sufren el habitual trabajo de adaptación, por no decir de tergiversación: así es como aparece el comienzo de la Lauda XIX en el manuscrito londinense (Brit. Mus., Ms. Addit. 16567), el mejor de todos:

Figli neputi frate rennete / lomal tollecto loqual uo lasai
Uui lo prometteste al patrino / de rennerlo tucto e non uenir meno /
Todavía no medeste / para lalma a ferlino
De tanta moneda / como he ganado.

Y aquí están los mismos versos en un manuscrito toscano (Ricc. 2841):

Hijos y nietos y hermanos / rendetel maltollecto
loquale I tapinello uilassciai /
Prometiste a nuestro patrón / hacerlo entero y no ser menos /
Todavía no tienes alma
de tanta moneda / que ganarás.

A diferencia de lo que había ocurrido con la poesía siciliana, no hay nadie que se entusiasme con las peculiaridades de los umbros, que más bien debieron parecer plebeyas. Es cierto que entretanto había transcurrido más de medio siglo y la poesía toscana había madurado mucho más.

10. Poesía religiosa y didáctica en el norte de Italia

También en el norte de Italia florecen los versificadores, surgidos en el muy activo y rico fermento religioso, no todo ortodoxo, de las ciudades septentrionales. Los poemas tienen fines morales, religiosos, didácticos, y aunque los autores creían realizar una obra de belleza ("Mo el è plusor ditaori / ki an dito de beli sermoni": Barsegapè, *Serm*., vv. 884-885), sólo alcanzan niveles muy modestos.

Gherardo Patecchio, notario de Cremona (que como tal participó en la paz entre Cremona y Piacenza en 1228) se dirige, en los 606 alejandrinos de su *Splanamento de li Proverbii de Salomone,* no a "li savi", "q'ig sa ben ço q'ig dé, / anz per comunal omini qe non san ogna lé" (vv. 14-15), y da una secuencia de máximas y consejos morales:

Quel qe de povertad mena çoi e legreça
val des dig ric avari c'a tesor e riqeça
(vv. 434-435)
Pegr' om, voia o no voia, s'adovra de nient;
Nunca el hombre que es bueno será rico y principal
(vv. 457-458).

Mientras que este *Splanamento se* conserva en el excelente códice Saibante (hoy en Berlín), las *Noie del mismo autor* sólo nos han llegado por una transcripción del siglo XV, lo que las hace casi inútiles desde el punto de vista lingüístico.

El códice Saibante también conserva el *Libro di un* altro poeta probabilmente cremonese, Uguccione da Lodi. El *Libro consta de* dos partes de métrica diferente, que Ezio Levi[65] tituló el *Libro* y la *Istoria*[66] y ambas tratan los temas habituales de la literatura ascética medieval, la corrupción del mundo, la inminencia de la muerte, los castigos de los condenados:

Avaricia en sto segolo abunda e desmesura,
tradhiment *et* engano avolteri e soçura,
Çamai no fo la çente sì falsa ni sperçura
qe de l'ovra de Deu unca no mete cura
del magno re de gloria qe está por encima de la colina
Aquello por lo que guarda cada criatura.
(vv. 130-135)

El Sermón de Pietro da Barsegapè, de 2440 versos, alejandrinos y novenarios, escrito por el autor en 1274, se conserva en el manuscrito Archinto, hoy en la biblioteca de Brera. El lenguaje es un milanés ilustre, muy similar al que se encuentra en Bonvicino. Léanse, por ejemplo, los versos 25-38, en los que Pietro preanuncia los temas que va a tratar:

E clamo marçé al me segniore
Creador de Patre Deo
ke posa dir(e) sermon divin
y començà e trar(e) a fin
cómo hizo Dios el mundo
e com(o) de terra fo l(o) hom(o) formo;
cum el desces de cel in terra
en la *vergen* regal polcella;
e cum el sostene passion
para nuestra gran salvación;
e cum vera al dì de l'ira
là o serà la gran(de) roina;
al peccator(e) dará grameça
lo iusto tendrá grande alegreça.

Bonvicino della Riva escribió sus "contrasti" (contrastes) y poemas expositivos, narrativos y didácticos en cuartetas alejandrinas en las últimas décadas del siglo XIII. La confianza que el poeta muestra en la factura de sus versos en milanés ilustre, la bondad de la tradición manuscrita, el cuidado dedicado al estudio del texto, la versificación y la lengua por Mussafia, Salvioni y Contini[67] hacen de las obras vernáculas de Bonvicino el texto más conocido de este periodo.

La ortografía del mejor códice, el de Santa Maria Incoronata (hoy en Berlín) es un tanto etimológica, ya que marca también sonidos que según el testimonio de la métrica y la rima deberían haber desaparecido. He aquí una cuarteta del contraste entre la rosa y la violeta, donde las letras entre paréntesis indican sonidos ya desaparecidos:

Anchora dis(e) la rosa: Eo pairo intro calor,
en temp(o) convenievre, ke paren i oltre flor,
la(s) hora(s) ke (l)i lissinio(l)i Cantan por gran amor;
olce(ll)i me fan versiti, k'en plen de grand dolzor
(vv. 85-88).

Giacomino da Verona es autor de un poema sobre la *Jerusalén celestial* en 280 alejandrinos y otro sobre la *Babilonia infernal* en 340 alejandrinos; el mismo códice marciano que nos los conserva contiene también otros poemas del mismo ambiente cultural.

Jerusalén y *Babilonia* muestran algunos rasgos definitivamente veroneses; por ejemplo, en los versos siguientes:

El rey de esta tierra él es ese ángel rey
de Lucifer ke diso: "En cel(o) metrò el me se';
eo serò someiento al alto signor De',
dond'el caçì da cel con cuántos ge çè dre'.

(*Babil.*, vv. 25-28)

El *o* no etimológico de apoyo se da no sólo en *someiento* sino también en *diso*.

El *Detto dei Villani* di Matazone da Calignano, cerca de Pavía, no presenta características dialectales distintivas (quizá sólo *mazale* 'cerdo').

Los versos de la *Bona çilosia* o *Fé lial,* que durante mucho tiempo recibieron el nombre de *Lamento della sposa padovana*, son probablemente un fragmento de un poema en el que se narraban los diversos casos de amor con fines morales: la lengua es una ilustre paduana.

El Anonimo Genovese, que escribió en los últimos años del siglo XIII y principios del XIV, alterna versos de entusiasmo cívico por las victorias sobre los venecianos con consejos religiosos y morales. Así debe comportarse quien quiere tomar esposa:

Quatro cosse requer
en dever prend moier;
zo è saver de chi el è naa,
y como es acostuma;
y la persona dexeiver;
y convocante de la dote.
Si entiendes estas cosas
en nombre de De la prendi.

Todos los textos que hemos mencionado, y los demás de menor importancia, merecen ser estudiados como prueba de diversos esfuerzos por poner por escrito las lenguas dialectales, ennobleciéndolas según el ejemplo de las lenguas literarias.

Este esfuerzo, común a todos los versificadores, y un cierto número de rasgos comunes a todos los dialectos septentrionales (por ejemplo, la metafonía) han contribuido a crear la ilusión de una especie de coiné véneto-lombardo o, si se quiere, del valle del Po. Existen sin duda corrientes de intercambio e igualación, que hay que remitir tanto al uso "natural" de los dialectos individuales como al uso literario de estos escritores: baste pensar en la *-o* epitética de Veronese (que es sin duda una fase reconstructiva tras un periodo de caída de finales), o en la coexistencia de formas condicionales formadas con el perfecto y formas condicionales formadas con el imperfecto (por ejemplo, *porave* y *devria* en Barsegapè). Pero los textos individuales siguen presentando una fisonomía bastante claramente caracterizada según la ciudad o al menos según la zona de origen: en los textos lombardos encontramos *g* de CT (*benedigi*, *condugio*, *confegi*) sólo el diptongo cremonés Ĕ en *ie*, sólo los milaneses y los genoveses mutan L en *-r-*: *gora*, *perigoro* (Bonvicino), *povoro* (Anonimo Genovese).

En conjunto, no podemos decir que veamos en los escritores una fuerte tendencia a pasar de estas ilustres lenguas vernáculas municipales a una lengua única e igualada: no fue el desmoronamiento político lo que condujo a esta unidad, ni un impulso común hacia un ejemplo particularmente brillante de belleza, pues no había belleza en esta honesta y plana literatura burguesa.

Textos más bien desiguales se nos presentan cuando una obra ha pasado por varias transcripciones, de modo que los rasgos originales permanecen borrados (y a lo sumo nos son revelados por la rima). Así, la leyenda versificada de Santa Margarita, que Wiese publicó a partir de ocho manuscritos y juzgó lombarda,[68] fue considerada más tarde por Salvioni más bien veronesa (*Arch. glott. it.*, XII, p. 378); y más tarde (*Giorn. stor.*, XXIX, 1897, p. 437) originaria de Piacenza.

Esta modesta literatura continuó, cada vez más monótona y harapienta, durante el siglo XIV y la primera mitad del XV. Los toscanos la ignoraron y, por tanto, no recibieron nada de ella.

11. La prosa. Orígenes y florecimiento de la prosa artística. Las vernacularizaciones

Las oportunidades de poner por escrito la lengua vernácula para su uso práctico se multiplicaron en este periodo; especialmente para Toscana, tenemos una cantidad considerable de documentos, y mejores oportunidades de hacer uso de ellos.[69]

Tenemos registros de gastos y préstamos compilados por particulares o empresas, listas de impuestos (por ejemplo, los *Libros de la Lira de* Siena, tras un poco de latín en las primeras páginas, pasan francamente a la lengua vernácula), cartas en las que las noticias intercambiadas con representantes comerciales se entremezclan a veces con consideraciones y previsiones políticas.[70]

También tenemos algunas inscripciones en lengua vernácula.

En la enseñanza del latín, como se hace en las escuelas laicas, la lengua vernácula sirve de punto de apoyo: el *vendedor latino* se explica con *fuego vendù*, y sigue el ejemplo *Pero fo despoià de le vestimenta dal maistro*.[71]

La lengua "natural" se extiende así lentamente a expensas del latín; y el conocimiento de tan escasos o nulos documentos literarios tiene un valor incalculable para la localización precisa de fenómenos lingüísticos concretos.

Muy pocas pretensiones artísticas se encuentran también en las breves y esquemáticas crónicas.

Sin embargo, la prosa narrativa (*Novellino*), en su tono sencillo y popular, no carece de influencias léxicas y estilísticas de modelos franceses y provenzales.

Aunque los bestiarios están muy influidos por el latín del *Physiologus*, Ristoro d'Arezzo nos ofrece el primer ejemplo de una prosa científica original.

Un impulso decisivo para la formación de una prosa artística vino de Bolonia, *caput exercitii litteralis, según la* definición de Boncompagno, y más concretamente del *ars dictandi* que floreció en esa Universidad. La obligación impuesta a los notarios de leer en lengua vernácula a las partes los documentos que redactaban en latín era ya un empujón para que se cuidara la lengua vernácula. Pero un empujón mucho más fuerte, y que animaba a ir más allá de las necesidades meramente prácticas, era una costumbre que se estaba instaurando en la vida municipal del norte y centro de Italia: podestà, capitanes, etc., debían celebrar de vez en cuando concesiones en el arengo público. E incluso en estas modestas contingencias se dejaba sentir el impulso hacia el culto a la forma.

Mientras algunos de los maestros más famosos del Estudio Boloñés, como Boncompagno da Signa o Bene da Firenze, se dedicaban exclusivamente a enseñar cómo debían pronunciarse las oraciones latinas ornamentadas, Guido Fava tuvo la idea de aplicar esas doctrinas a la lengua vernácula. Las fórmulas vernáculas de la *Gemma purpurea* y de los *Parlamenti ed Epistole*[72] "no sólo son uno de los más antiguos de nuestros textos vernáculos, sino también quizá el primer intento que se ha hecho de transponer las fórmulas de las letras a la lengua vernácula y de establecer una prosa literaria italiana".[73]y aunque nos parezca un tanto ridícula su pretensión al proclamarse (en la introducción de *la Gemma*) *Tullii* (*et*) *Ciceronis heredem* (¡esperemos al menos que la "*et"* no sea suya!), no podemos negar su importancia para un primer tufillo de prehumanismo. A pesar de las dificultades de reconstrucción del texto vernáculo,[74] vislumbramos en las fórmulas de Fava, junto a algunos rasgos genéricamente nórdicos y peculiaridades del boloñés más antiguo, visibles rasgos latinizantes; algunas huellas toscanas son malsanas.[75]

Más que pensar en un prestigio literario toscano que, para los textos escritos y copiados antes de mediados de siglo, es difícil de admitir, se puede pensar que el gran número de toscanos que estudiaban y enseñaban en Bolonia había traído a Bolonia ciertas influencias, y sobre todo la persuasión más o menos clara de que el toscano, como aquella entre las lenguas italianas que más se parecía al latín, tenía una distinción particular.

La estrecha dependencia de los textos de Guido Fava de las tradiciones de los dictadores latinos[76] puede verse en su uso del *cursus*, el paralelismo de miembros y otros recursos, con el objetivo de que quienes se adhieran a él puedan "favelare ornata mente e dire belleça de parole" (Parlam. 93, Gaudenzi p. 159).

Los escritos de este tipo son numerosos a lo largo del siglo y principios del siguiente, principalmente por parte de Bolognesi: Fra Guidotto en *Fiore di retorica* da sobre todo las reglas de la "favella giudiciale", Matteo dei Libri escribe "dicerie" vulgares. Del *Ars notariae* de Ranieri da Perugia, tenemos varias fórmulas vernacularizadas (que nos han llegado en copias de amanuenses de Viterbo). Giovanni da Viterbo, en el *Liber de regimine civitatum*, escrito probablemente en 1253,[77] proporciona a los futuros podestà o capitanes del pueblo esquemas de discursos en latín y en lengua vernácula.

In primis, sedato rumore populi, petat audiri, quod sic fieri consuevit: "Noi faimo pregu alla cavallaria et al popolo et a to ttutta l'altra bona gente, la quale ene en questu arengu, et generalmente a tottuttu 'l comunu di questa cittade, ke per lo vostro honore nui debiamo essere entisi [...]".

Es un ilustre umbriano, muy difícil de localizar.

Los objetivos prácticos de la retórica se elevan a la elocuencia literaria en la obra de Guittone d'Arezzo. Sus cartas, aunque dirigidas a particulares, son "cartas abiertas", disertaciones morales revestidas de una elegancia rítmica, con todos los expedientes enseñados por los dictadores: *cursus*, amplificaciones, simetrías, figuras etimológicas, etc. "Torpe, pero infatigable y valiente innovador" en sus canciones como en sus cartas, Guittone persigue, con "pompa cultural", "un tipo de expresión de humanidad superior".[78] Esfuerzo animado,[79] pero aún inmaduro, sobre todo en una época en la que todavía era necesario labrar la tierra, acostumbrar a la gente a leer en lengua vernácula.

Este era el objetivo de las vernacularizaciones del latín y el francés, que fueron numerosas en todo el norte y el centro de Italia, escasas en el sur y especialmente copiosas e importantes en Toscana. Tradujeron -además de obras de interés práctico, como estatutos de cofradías y gremios- obras retóricas, escritos morales y políticos, recopilaciones históricas.[80]

Brunetto Latini parafrasea libremente los 17 primeros libros del *De Inventione* de Cicerón en su *Rectorica*, manteniéndose bastante cerca de las formas simples de la prosa narrativa. Su esfuerzo de divulgación enciclopédica se manifiesta en explicaciones, recordatorios y epílogos, y su prosa consigue ser clara, aunque no firmemente orgánica.[81]

Andrea da Grosseto y Soffredi del Grazia de Pistoia vulgarizan los tratados morales de Albertano da Brescia, el primero con mayor seguridad estilística, el segundo con una coloración dialectal más marcada (la versión de Fantino da San Friano sigue inédita). Bono Giamboni traduce del latín Orosio, Vegezio y algunos otros, y del francés el *Tresor* de Brunetto. Taddeo Alderotti vulgariza (mal, a juicio de Dante) la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles (del latín, por supuesto).

Lucchese o pisana son las versiones de la *Navigatio Sancti Brendani*, el *Thesaurus Pauperum* y los pasajes del *Speculum historiale de* Vicente de Beauvais, que llevan el nombre de *Fiore e vita di filosofi*.

Venecianos son los traductores *del Pánfilo* (reducido a prosa a partir del texto medieval en pareados) y de la *Imago mundi* de Honorio de Autun. Dos romanos vulgarizan el *Liber Historiarum Romanorum,* mientras que una tercera versión está fuertemente toscanizada; también es obra de un romano la vulgarización de la *Mirabilia Urbis Romae*.

En esta época se traducen varios libros de la Biblia, especialmente para uso de comerciantes y artesanos.

También hay numerosas vernacularizaciones del francés y refritos más o menos libres: historias del ciclo de la Antigüedad (de Troya, de Tebas, del César), novelas artúricas; incluso algunas obras latinas se traducen a través de versiones francesas (*Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso, *De regimine principum* de Egidio Romano). Ya hemos mencionado la versión del *Tresor* de Brunetto.

En su mayor parte, la coloración local de estos textos es muy acusada; en cuanto al estilo, depende mucho no sólo de la estructura más o menos compleja del texto, sino también de la mayor o menor habilidad de los autores. Compárese el estilo pedestre y mayoritariamente paratáctico de la versión del *Miracole de Roma* (§ § Monjes):

En Porta Flamminea, Octabianus mandó hacer un castillo, que se llamó Agostus, donde fueron enterrados todos los emperadores de Roma. Los cuales fueron tabulados por varios sacerdotes. Et lo giro de mieso de sotto era cupo, et intravano per nasscoste vie. Et lo giro de mieso così be stabano le sepolture de li imperatori. Et in onne sepulture erano scripte lectere ke diceno così: Queste sonno l'ossa la cenere de Nerva imperatore, et la victoria ke fece.

con la compleja estructura de la vernacularización a partir de Orosio de Bono Giamboni (II, VIII):

Pero cuando Darío vino contra ellos, aunque hubieran pedido ayuda al pueblo de Lacedaemonia, no lo hicieron, sin embargo, inspirados por el hecho de que el pueblo de Persia estaba descansando por un ayuno de cuatro días, por esa razón, habiendo tomado esperanza, armados con sólo diez mil de sus ciudadanos y mil jinetes, setecientos mil hombres en los campos de Lacedaemonia se atrevieron a atacar.

En conjunto, gracias a este ejercicio amplio y constante, la lengua adquiere un léxico más amplio y una estructura periódica más firme. Las alusiones a "realidades" del mundo antiguo se transponen a menudo en palabras modernas, que a nosotros nos parecen disfraces: *citharoedus* = *bufón*, *iurisconsulti* = *sabios de razón*, *respublica* = *comuna*, pero

muchas otras palabras, sobre todo abstractas, entran en el léxico italiano por esta vía (véase § 18).

12. Hechos gramaticales

No existe una descripción exhaustiva de los fenómenos gramaticales de los textos de este periodo. Sin embargo, la rápida visión de conjunto esbozada por Matteo Bartoli en el apéndice de Crestomazia de Savj-López,[82] Manual de italiano antiguo de Wiese,[83] y el *Prospecto gramatical* de Monaci permiten una primera orientación general.

Para el florentino de esta época, comparado con otros dialectos toscanos, tenemos las excelentes introducciones de los *Testi fiorentini* de Schiaffini y los *Nuovi testi fiorentini* de Castellani.

En los párrafos siguientes, sólo señalaremos algunos fenómenos más característicos, limitando nuestras referencias a Italia central.[84] Señalamos aquí una exigencia que nos parece de capital importancia (aunque no siempre podamos ponerla de relieve en los brevísimos esquemas que siguen). Al estudiar la lengua de una época dada en sus institutos individuales, es necesario distinguir el uso de las localidades individuales, tal como nos lo atestiguan los textos de carácter práctico en los originales, del que nos aparece en los textos en prosa o verso artísticos, en los que siempre hay desviaciones más o menos fuertes del uso cotidiano. Es importante darse cuenta del alcance de estas desviaciones y valorar hasta qué punto se deben a meditadas intenciones artísticas.

13. Escritura a mano

La ortografía sigue siendo muy variable, ya que la firme tradición de escribir en lengua vernácula sólo empieza a establecerse en este periodo. En presencia de sonidos que el latín medieval no posee (por ejemplo, *cio*, *ciu*, *gio*, *giu*, *che*, *chi*, *ghe, ghi*, *gl*, *z* sorda de *za*, *zo*, *zu*), los diversos expedientes a los que se recurre luchan por cuajar en un método común.

La *k* sigue siendo muy frecuente, y la alternancia con la *c* es muy ocasional e irregular: en los *Capítulos de la Compagnia d'Orsanmichele* (1294) encontramos más a menudo *chiesa (iglesia),* pero también *kiesa (iglesia)*, en el códice laurentino-redense de las *Cartas* de Guittone sólo tenemos *k* en *karissimo*, etc.[85]

Pierden terreno las grafías *k*, *q* para *g* velar *(Kerardi*, *quadannio*, en el cuaderno de Pistoia de 1259) y la aún más rara de *c* para *g* palatal (*Ciunta*, *avantacio*, en el mismo cuaderno).

Para algunas peculiaridades puede darse una localización bastante precisa. El grupo *th* con el valor de *z* es de la Toscana occidental (Pisa, Lucca, Pistoia): tenemos por ejemplo *vethosa* por 'vezzosa' (Schiaffini, *Textos*, p. X), mientras que en Florencia los *Condes de Banqueros* tienen *Matzingo* etc., y el *Libro del Chiodo* (1268) da *Veczosus*.[86]

Existe una oscilación continua entre las grafías etimológicas (preferidas por los textos más cultos) y las grafías fonéticas (en los textos más populares).

La h etimológica es bastante frecuente (*homo*), pero desaparece cuando la palabra va precedida de proclítico (*lomo*). Dante manifiesta su preferencia por las grafías etimológicas en un pasaje del *Convivio*: "[Epicuro] dijo que este nuestro fin era *voluptade* (no digo *voluntade*, sino scrivola per *p*)" (IV, VI, 11).[87]

La indicación de refuerzos, especialmente en determinadas posiciones, por ejemplo, después del prefijo *a-*,[88] es tan fluctuante incluso en toscano que a menudo nos deja inseguros sobre si se trata de un fenómeno fonético o sólo gráfico.

14. Sonidos

El florentino hablado suele presentar el diptongo en Ĕ y Ŏ en sílabas libres, incluso después de grupos consonánticos seguidos de *r* (*priego*, *triema*, *pruova*, *truova*). El diptongo falta sobre todo en *los hijos* y a veces después de otras palatales.[89]

La reducción de *uo* a *u (del* tipo *furi*, *figliulo*, *Ceriulo*, *Cavicciuli*) es Arezzo-Cortonese-Umbra, y en Florencia sólo se encuentra en ejemplos esporádicos, ciertamente de esa zona. Aún más rara es la reducción de *ie* a *i* (cf. *priga*, *lita* en Iacopone). Numerosas formas no diptongadas (de los tipos *novo* y *vene*) aparecen en poesía, bajo la triple presión del latín, el provenzal y el siciliano.

Las formas del tipo *conseglio*, *someglio* y *ponto*, *onghia*[90] rodean Florencia por todos lados.

La pérdida de la *-i-* en los diptongos descendentes (*preite* se convierte en *cura*) debe situarse hacia mediados de siglo.

Sólo de la lengua literaria, y debido a la imitación de los sicilianos y provenzales, es la diptongación en la sílaba inicial de *o*, *u* en *au*: *aulire*, *aunore*, *ausignuolo*, *rausignuolo* etc.

En el vocalismo atonal recordamos el cambio de *-ar-* a *-er-*, característico del florentino (*loderò*), mientras que en el sienés también el *-er- cambia* a *-ar-* (*vìvare*); la síncopa en *avrò*, *dovrò*, *potrò* se produjo hacia mediados del siglo XIII. El diptongo *-ia- en* posición átona cambia a *-ie-* (*Bietrice*, *vie più*; también *sie*, *sieno*, *die sa*). *Ogni* vince *ogne* en las últimas décadas del siglo.

En el consonantismo, la sonorización sorda se observa en más voces de las que han sobrevivido (*imperadore*, *ambasciadore*, *armadura*, *savere*) y con mayor abundancia en los textos artísticos que en los documentales.

La reducción de -RJ- a *-i-* condujo como consecuencia a un paradigma nominal singular *denaio* plural *denari*, que sigue muy vivo (por ejemplo, en *la Tabla de Riccomanno Iacopi*). Pero también aparecen numerosas entradas con la media reducción a *-r-*: *contraro*, *memora*, *Grigoro*, *Melora*.

La prótesis de *i-* (más raramente de *e-*) delante de *s* impura es casi constante.[91]

15. Formularios

Por el nombre,[92] predominan con mucho, como sabemos, los tres tipos correspondientes a las tres primeras declinaciones latinas; pero también hay fuertes rastros de la quinta, en Toscana (*merigge*; *adornezze*, *altezze*, *bellezze*, *face* en Guittone) y aún más en los dialectos septentrionales y meridionales.

Restos de sustantivos nominativos se dan, además de en muchos sustantivos que siguen vivos (*hombre*, *sastre*, *orfebre*, *esposa,* etc.), en *tràito* (y *traìto*) 'traidor', *èdima* 'semana' y en el adj. *maggio* 'mayor'; también en los semidatos *maiesta*, *poverta* y en nombres propios cultos como *Cato*, etc.

Los vocativos del tipo *figliuole* (Dante), *Criste* (Bonvicino) aparecen a medio hacer; los genitivos singulares muy frecuentes en el uso notarial (*la figluola Guidi Tinaçi*, *el kapitale Arriki* etc.) y los genitivos plurales en *-oro* cristalizados en algunas fórmulas y en algunos topónimos (pero a veces extendidos a sustantivos en *-a*, como *regno femminoro*).

Para el plural se observan a menudo fluctuaciones cuando intervienen palatales y velares (*cuoci* 'cocineros', cronice 'crónicas', etc.). De los plurales en *-ora* todavía tenemos ejemplos en los textos toscanos (*bustora*, *campora, pratora*, *luogora*); mucho más amplio y firme es el uso en el sur de Italia.

El género del *amor*, *flor,* en la poesía lírica antigua suele ser femenino (por influencia provenzal).

Para el artículo, *lo* sigue siendo la forma predominante; *il*, que antes sólo era admisible cuando podía apoyarse en una vocal precedente, adquiere autonomía (*Il marito è morto*, Firenze 1277, en Castellani, *Nuovi testi*, p. 368). Del mismo modo, en el plural tenemos *li* (más raramente, pero también delante de la consonante *gli*) e *i*, ahora autónomas. *El* singular *el* y el plural *e' son* típicos de los dialectos occidentales, pero también hay algunos ejemplos en Florencia. En toscano meridional (y en umbro) tenemos el tipo en *elle sale* (Guittone), *en ella croce* (Iacopone), *en nella vigna* (Bestiario umbro-toscano).

Algunos comparativos orgánicos en los poetas de las primeras escuelas se deben al provenzal: *genzore* 'más suave', *forzore* 'más fuerte' (en *plusore,* el empuje provenzal converge con el francés).

En los pronombres, nótese la penetración por influencia siciliana de *meve* (*mevi)* y *nui* en sículo-toscano: el primero desapareció, el segundo permaneció en el lenguaje poético hasta Manzoni. *Eglino* (*egliro*) y *elleno (ellono*) se deben a la analogía con las formas verbales. En los pares de pronombres átonos se pasa del tipo *mi ne* al tipo *me ne* poco después de mediados de siglo; el tipo lo *mi* sólo empieza a ceder ante *me lo hacia finales* de siglo, pero persistirá durante mucho tiempo.[93]

Para el verbo,[94] observamos en presente las formas poéticas *aggio*, *deggio*, *saccio*, debidas a los sicilianos. *Abbo* (con la variante *abo*) aparece aquí y allá en toda la Toscana, pero pronto cae en desuso.

En el futuro, además de las formas normales en *-ò* tenemos ejemplos de *-aggio*, *-abbo*, *-abo*.

En el imperfecto, las formas *savamo* y *savate* para 'eran', 'estaban', perdurarán hasta finales del siglo XV. El imperfecto de *-ia* en los verbos en *-ere* es probablemente indígena (por cierre de *y* en hiato), pero en Florencia se expande en la lengua poética por influencia siciliana.[95]

En el pasado remoto, a menudo tenemos formas débiles donde más tarde prevalecerán las fuertes (*nascé*, Brunetto, *toglié*, Giamboni, *tacette*, Dante, etc.) y viceversa (*potti*, *cretti*); también, formas distintas de las que más tarde prevalecerán (*dolfe*).

En subjuntivo, las formas *dea*, *stea* son casi constantes en Florencia. El paradigma che *tu favelli* (1ª con.), *che tu conduche* (otra con.) es normal en Florencia en la segunda mitad del siglo XIII[96] y se encuentra en Dante, aunque en la época en que él escribía el uso general había cambiado (véase el cap. V).

Junto al paradigma popular toscano formado con el perfecto (*-ebbi*, *-ei*) encontramos en poesía el paradigma formado con el imperfecto (*-ia*) también de origen siciliano, y unas pocas entradas del pluscuamperfecto (cf. p. 176).

Al imperativo, el tipo *cree* es normal en la Toscana periférica.

16. Construye

En la sintaxis de los grupos y de la proposición, la fisonomía sintáctica del italiano se delinea ya claramente a partir del fondo común neolatino, que, salvo algunas peculiaridades, permanecerá estable. La sintaxis de la época se presenta de forma muy diferente en los escritos narrativos de tipo más o menos popular, como el *Novellino*, y en los escritos doctrinales dominados por modelos latinos, como los de Guittone.[97]

Sólo mencionaremos aquí algunas construcciones del siglo XIII italiano que ya se debilitarían o incluso desaparecerían en el siglo siguiente.

Dios se usa en algunas frases con el significado 'de Dios, a Dios': *si a Dios le place* (carta sienesa 1260), 'la amistad del mundo es *enemiga de Dios*' (Guittone, carta XXXVI, p. 41 Meriano); *la misericordia de Dios* persistirá durante siglos.

La construcción sin preposición, limitada a los nombres propios, *il campion San Pietro* (Pallamidesse), *lo dì San Vito* (Cron. Pisana, 1279), *la gente Gieso Cristo* (Fiore), *il nodo Salamone* (Dante, soneto a Forese), *il porco Sant'Antonio* (Dante, *Par*., XXIX, v. 124)[98] está vinculado a los genitivos de tipo notarial ya mencionados (*lo kapitale Arriki*, etc.) y se prolongará en los siglos siguientes en las construcciones *de casa i Frescobaldi*, *Piazza San Marco*.[99]

Otras palabras intensivas se admiten con superlativos: "Gorgias Leontinus, el retórico más antiguo" (Brunetto, *Rettorica*, c. 38); "Casandra se puso a llorar tanto" (*Istor*. *troiana*, ed. Gorra).

El pronombre indefinido de tercera persona se indica a menudo por *man*, *l'uomo*, pero como *man* siempre ha conservado también el valor completo, nunca se ha producido una gramaticalización completa como en francés.[100]

El posesivo enclítico, que en los siglos siguientes se restringió a las zonas media y meridional, sigue vivo en Toscana: en Florencia se tiene *mógliama*, *càsasa* (Castellani, *Nuovi Testi*, Gloss.), en Siena *fratelma*, *cognàtoma* (Mattasalà).

El indefinido *todo* se utiliza a menudo sin artículo: "a quella ch'ave tuto 'nsegnamento" (Rinaldo d'Aquino, "In un gravoso affanno", v. 20).

El comparativo puede tener su complemento en un posesivo: "quand omo è vinto da *un suo migliore*" (Guido delle Colonne, canz. "Amor che lungiamente..."), "chi contr *al suo forzor* vo star rapente" (Guittone, canz. V): es el tipo que se encuentra en "delli altri *miei miglior*" de Dante (*Purg*., XXVI, v. 98).

El verbo *solere* se utiliza en presente imperfecto ("E la rica alegranza c aver *soglio*": Bondie Dietaiuti, canz. "Greve cosa", v. 6) siguiendo probablemente el ejemplo provenzal.

La pasiva, además de *ser* y voces *ardientes* agregadas al paradigma del *ser* (*fia*, *fiano*)[101] puede regirse por *venire* o por *divenire*: "e tal è che non mai *venta dovene*" (Guittone, "Ai lasso", v. 41).[102]

Las numerosas construcciones perifrásticas son en parte propias del lenguaje poético: "e vede la tempesta sormontando" (Chiaro Davanzati), etc.[103]

En los pares de adverbios encontramos con frecuencia el tipo *villano y áspero* (Novellino).[104]

Nota *flor* con valor adverbial ("un nonnulla"; en frases negativas "punto"): "sé, ned amico, né Dio guarda *fiore*" (Guittone, "Ai lasso, che li boni", v. 54).[105]

Varias formas convergen en la conjunción: aún tenemos restos de *ca* (lat. QUAM) no sólo en los sicilianos, sino también en la Rime genovesa y en los toscanos.[106]

Frecuente en los textos de los siglos XIII y XIV es la para-hipotaxis, es decir, la repetición con *y* o *sí*: 'Y cazando de tal manera desde la hora de prima infino hasta la hora de vespero, *y* luego llegó a una fuente' (*Trist. Ricc.* Parodi, p. 3).[107]

Destacan algunas construcciones absolutas con tendencia a convertirse en fórmulas fijas: "lo Re d'onni rege [...] - fatto s'è sponso voi, *la grazia sua*" (Guittone, Carta X), "*e, grazia di Dio*, non poté" (Schiaffini, *Testi*, p. 104).

Algunos problemas de topología han sido bien estudiados: la regla que prohíbe el uso de proclíticos en la inicial, la llamada ley de Tobler-Mussafia,[108] observada con mucha regularidad.[109]

17. Hechos léxicos

Echemos un rápido vistazo a la consistencia del léxico tal y como se constituyó en los tres primeros siglos tras la aparición de los primeros documentos, es más, digamos al por mayor, del 950 al 1300. Antes del año 1000, podemos imaginar un léxico restringido a las necesidades más elementales de la conversación cotidiana; hacia 1300 nos encontramos con que el léxico de la lengua vernácula ya es capaz de expresar conceptos y matices científicos, filosóficos y literarios. Hemos pasado de un léxico del orden de magnitud de cuatro o cinco mil palabras a un léxico de quizá diez o quince mil.

Ciertamente, un léxico de esta amplitud no lo poseían todavía muchos hombres cultos aquí y allá, sobre todo en Toscana y los territorios vecinos, mientras que la inmensa mayoría sólo era capaz aún del uso espontáneo de un dialecto inculto.

Sin embargo, es precisamente a causa del léxico por lo que debemos esforzarnos por mirar en la medida de lo posible fuera de la Toscana. En todos los lugares donde actúa la actividad humana pueden acuñarse nuevas palabras o modificarse los significados de las antiguas, o aceptarse y adaptarse extranjerismos, al servicio de nuevas nociones que adquieren una fisonomía y un valor social consistentes. Y muchas de estas palabras, nacidas o transformadas o aceptadas en este periodo en diversas ciudades y regiones de Italia, serían más tarde plenamente aceptadas en el léxico nacional: palabras universitarias que adquieren un nuevo significado (en latín) en Bolonia (véase p. 213); *muelle* y *astillero en* Génova, *arsenal* y *catast*(*ic*)*o en* Venecia, *cuaderno* en Salerno, *almirante* y *portolano* en Palermo.

El fondo más estable y consistente está constituido por las palabras hereditarias llegadas de generaciones anteriores. A veces asistimos a la desaparición o degradación semántica de algunas de ellas, debido a la competencia de nuevas palabras. El lat. CALIGARIUS, todavía vivo, aunque no muy bien, en algunos dialectos del norte (*caleghèr* veneciano, etc.), en Florencia bajo la forma *galigaio* tomó primero el significado de "conciapelli", y luego desapareció.

La suerte de las palabras de origen germánico decayó, sobre todo debido al resurgimiento del derecho romano: *libero* ganó terreno a *franco*, etc.

Se acuñan innumerables palabras, con los procedimientos habituales. Junto a los sufijos hereditarios (para los sustantivos, *-aio*, *-ore*, *-acchio*, *-oio, -ura*, *-ia, -mento*, *-zione,* etc.), surten efecto algunos sufijos de origen extranjero, especialmente *-iere* y *-aggio*, procedentes del provenzal y del francés. Para los adjetivos, además de *-oso*, *-ano*, *-agno*, tenemos *-ale*, *-esco*, *-ingo*. Para los verbos se multiplica *-eggiare*.

Están en vigor los prefijos *a-*, *in-*, *dis-*, *s-*, etc., que también se utilizan para formar voces parasintéticas (*allibrare*, *indenaiato*, *sbarbare*).

Tenemos numerosos deverbales, tanto masculinos como femeninos (*comincio*, *estimo*, *frodo*, *lascio* etc., *dura*, *mena*, *monta* 'somma' etc.).

No faltan los compuestos de diversos tipos (*fattibello*, *tecomeco*, etc.), y se dan vivaces ejemplos con apodos (*Legalotre*, Lucca 1076, etc.).

Para las épocas de las que estamos mejor informados, y sobre todo en los textos literarios, podemos seguir ciertos gustos y modas individuales: pensemos en la fortuna de

los tipos *dolzore*, *riccore*, *calura*, *laidura*[110] o de participios pasados sustantivados débiles con valor abstracto (los *atribulados*, los *perdidos*)[111] a finales del siglo XIII.

En la nueva acuñación, junto a los motivos racionales, también aparecen a veces motivos lúdicos: piénsese, por ejemplo, en *scarsella*, propr. 'el que siempre anda escaso de dinero'.

En cuanto a los cambios semánticos sufridos por un gran número de palabras en este periodo, sólo podemos citar, por supuesto, algunos ejemplos característicos.

En primer lugar, recordemos el nombre de la institución típica de la Edad Media italiana, la *Comuna*; y el nombre *pueblo* es sinónimo de "régimen democrático". El símbolo de la Comuna es el *"carroccio"* (hallado en Milán ya en el siglo XI, en Florencia en el XIII). El centro político y cívico de la ciudad lleva diferentes nombres: recordemos la fortuna que tuvo en este sentido el *Broletto* milanés en muchos centros del norte de Italia.[112]

Y los nombres de las autoridades civiles, militares y judiciales son muy variados: muy extendido, junto con la institución, está el nombre de *podestà* (que hasta el siglo siguiente sería femenino, *la podestà*) "palabra de pura creación del valle del Po".[113] El mismo origen tiene también *padrone*, en el que el *patronus* latino se continúa con un nuevo significado. Fruto de acontecimientos muy complejos es también el cambio de significado por el que *contado* en vez de 'territorio sujeto a un conde' pasó a significar 'territorio del campo' sujeto a (y opuesto a) un municipio, y *contadino* pasó a significar 'agricultor de los campos'.

Se iba formando una terminología muy rica y precisa para todo lo relacionado con la circulación del dinero: *razón* en el sentido de 'cuenta' y 'contabilidad' (con el derivado *'ragioniere'*); *soldadura*, *descuento*, *cambio seco,* etc. *Monte* indica (en las letras sienesas del siglo XIII) 'unión de capitales'. *Tavola* es en el siglo XIII, en Florencia, el nombre habitual de "banco de prestamista o cambista" (en el siglo XIV prevalecerá *banco, que tendrá* con el derivado *banquero* fortuna internacional). *Cámara* se refiere en varios lugares a la tesorería. La severidad con la que la Iglesia condenaba la usura dio lugar a numerosos eufemismos[114] para indicar "interés": el propio término *interés* ya es eufemístico (indica propiamente la "mora", el período que transcurre entre el préstamo y la devolución); *regalo* hace aparecer deliberadamente la negociación desde otro aspecto; *mérito* es una metáfora tomada de las obras que procuran recompensa.

Las monedas tienen una nomenclatura muy variada según el lugar y la época: *agostaro* (lat. *augustalis*), *aquilino* o *aguglino* (der. de *águila*), *fiorino* (der. de *fiore*), *ducato* (de la inscripción que llevaba la moneda veneciana), etc.

La consecuencia semántica del título de *fraile* y *monja dado* a los religiosos de las nuevas órdenes es la restricción de esas palabras al uso eclesiástico, mientras que *hermano* y *hermana asumen* su significado común. *Pietanza*, además de su significado propio de "piedad" ("Villana morte che nonn a pietanza": Giacomino Pugliese) tiene el de "comida que se daba a los frailes en ciertas ocasiones" (a raíz de legados y similares).

Debido a la práctica de la enseñanza, la *gramática* había adquirido el significado de "latín". A la *gramática* enseñada en las escuelas se opone la expresión "*lengua materna"*, nacida, al parecer, en esta época.[115] El verbo *compitare se* refiere también al cálculo aritmético ("treinta y quatro soldi ci kompitano": Ricordi di Agliana, Schiaffini, *Testi*, p. 222).[116] y a la pronunciación exactamente deletreada ("secundo ke aio compitatu et voi hai (uditu) kosì zurarete": Volgarizzamento di Ranieri da Perugia, en Monaci, *Crestomazia,* p. 65).

18. Latinismos

Ya en algunos de los ejemplos de cambio semántico mencionados en el párrafo anterior, hemos invadido por necesidad un campo en el que ahora debemos entrar a propósito: el del latinismo. En un momento en que casi todo lo que se escribe se sigue escribiendo en latín, en que casi todas las manifestaciones de la cultura tienen lugar en esa lengua, la simbiosis es tal que es imposible mantener separadas como si fueran dos ríos distintos lo que son dos hebras, dos corrientes con intercambios continuos.

Y, por supuesto, cuando hablamos de latín, no debemos pensar tanto en Cicerón o Virgilio como en el latín tal y como se usaba entonces (cf. § 4): una lengua estable pero dúctil, apta tanto para el uso eclesiástico como para el del derecho, la filosofía y la ciencia, en cuyo léxico figuraban con igual derecho palabras clásicas, palabras evangélicas y palabras del Digesto, palabras acuñadas por los Padres de la Iglesia y los escolásticos, por

los médicos y los juristas; y cuando era necesario, no había escrúpulos en introducir palabras vulgares o extranjeras.[117]

Esta latinidad nos interesa también porque algunas palabras o significados nuevos, que expresan aspectos particulares de la vida espiritual de estos siglos, pueden haberse originado precisamente en esta forma latina, antes de ser recibidos en la lengua vernácula. Pensemos en la terminología universitaria, que surgió junto con el centro más antiguo de la vida universitaria en Italia, el de Bolonia: palabras como *universitas*, que junto al significado de 'corporación, cuerpo asociativo' lleva el de 'corporación de estudiantes', de ahí el de 'universidad';[118] *facultas*, *rector*, *doctor, lectura*, *artista* 'estudiante de la facultad de artes', *legista* 'estudiante de la facultad de leyes', *canonista*, *decretista*, etc.

El latín tal y como aparece en estos siglos es de gran importancia para estudiar una de las principales fuentes a las que recurrió la lengua vernácula para alimentar su léxico, ya que cosas que antes sólo se trataban en latín empezaron a tratarse en lengua vernácula.

Medicina: *coniunctiva*, *cerumen*, *extremitas*, *fontanela*, *pia mater,* etc.; alquimia: *aqua vitae*, *cohobare*, *cupri rosa*, *mercurius*, *vitriolum,* etc.; todas ellas, e innumerables otras, son y serán aprovechadas por la lengua vernácula en los siglos siguientes.

El contingente de latinismos que ha afluido al italiano maduro en estos siglos es especialmente copioso en lo que se refiere a las cosas del espíritu.

Ya hemos visto (cap. II) cómo palabras como *Cristo*, *espíritu*, *profeta*, *apóstol*, *mártir*, *demonio* debieron pasar del latín eclesiástico al uso popular, o mejor dicho, siempre recongninadas y rectificadas según las formas que el pueblo oía en la iglesia, desde muy antiguo.

Palabras como *edificare* (*adificare* en Guittone), *misericordia*, *divinitade* ("teología", Brunetto Latini) datan de la Baja Edad Media. De los místicos proceden palabras como *absorto*, *ratto* "arrobamiento místico", *aniquilar*.

Recordamos muchos términos filosóficos: *ciencia*, *conciencia*, *sabiduría*, *doctrina*, *sustancia*, *accidente*, *causa*, *género*, *especie*, *racional*, *real*, *actual*, *formal*, *virtual*, *corporal*, *natural*, *eterno*, *eterno*, *equívoco*, etc.

La mayoría de los términos que hacen referencia a la escuela están tomados del latín: *estudio*, *libro*, *capítulo*, *página*, *título*, *rúbrica*, *pertrattare* (vers. de Albertanus), *doctor*, *gramática*, *retórica,* etc. Y también los términos jurídicos: *legista*, *estatuto*, *legado*, *codicilo*, etc. Los más importantes son los que pasan de los libros al uso concreto: los cargos de *cónsul* y *senador* (renovados en Roma), el de *consejero, etc*. El título de *magnates* aparece aquí y allá en los escritores medievales que lo extraen de la Vulgata, pero en Florencia, en las últimas décadas del siglo XIII, se convierte en un término preciso (que expresa el punto de vista del popolo grasso); en la reforma del Statuto del podestà de 1281 hay un epígrafe "De securitatibus praestandis a *Magnatis* civibus". Y podemos estar seguros de que al mismo tiempo la palabra se utilizaba también en la lengua vernácula.

Varias ciencias (y pseudociencias) dan lugar a grandes contingentes de términos: aritmética (*arismetica*, *arismetrica*: por ejemplo, *número*, *multiplicar,* etc.); geometría (*esfera*, *pirámide,* etc.); música (*melodía*, *sinfonía,* etc.); astronomía (he aquí algunos términos utilizados por Ristoro d'Arezzo: *clima*, *declinación*, *deferente*, *excéntrico*, *epiciclo*, *exaltación*, *retrógrado*, *estacionario*, *zodíaco*).

Por diversos medios, innumerables términos genéricos entran en el léxico de la lengua vernácula: *alimento*, *consuelo*, *deseo*, *fastidio*, *alegría*, *miedo*; *singular*, *vago*, *veraz*; *exordio*, *vivificar,* etc.

Sin embargo, no quisiéramos que estos ejemplos, dados en lugar de una lista que sería demasiado larga, dieran la idea de una penetración ilimitada sin resistencia. En primer lugar, allí donde ya se utilizan palabras firmemente populares, los latinismos tienen dificultades para entrar. Una palabra como *facile* aún no existía en el siglo XIII (o, si apareciera un texto que la documentara, aún podríamos decir que era inusual): sólo se utilizaba *easy* para expresar ese concepto. Véase la historia de la penetración en la lengua vernácula de la palabra *esercito*, tal como la ha trazado Maggini con abundante documentación:[119] En el siglo XIII el uso de *oste* es casi constante, y sólo Giamboni al traducir Vegezio se ve obligado a usar *esercito* (o más bien *exercito*) para mantener una explicación etimológica: "L'oste che di pedoni e cavalieri è mescolata per lettera (i.e. 'in latino') si chiama *exercito*, cioè a dire operamento"; y sólo en los últimos años del siglo se encuentran ejemplos de *exercito* con el significado de "multitud".

A veces reconocemos una fuente precisa en la palabra, el pasaje de un escritor: el eco del virgiliano "Purpureus veluti cum flos *succisus* aratro" (*Eneida* IX, v. 435) se encuentra ya en

Bonagiunta ("che 'l core da lo petto / pare che mi sia diviso / com 'albore *succiso*", en la canz. "Novellamente amore"), luego en *las Rimas* de Dante ("come *succisa* rosa", en "Tre donne", v. 21), y por esta vía en la tradición literaria.[120]

Síntoma de una penetración laboriosa son las alteraciones que sufren las palabras latinas, que se presentan así a medio formar: *aliments* 'elementos', *dificio* 'edificio', *storlomia* 'astronomía', etc.

Las conciliaciones paretimológicas son a veces intentos doctrinales fallidos ("*herejes* son los que yerran de la verdad": Bono Giamboni) que han quedado sin consecuencias, pero otras veces influyen en la forma y fortuna de la palabra: *retórica* se escribe con -*tt*- (o -*ct*-) y se interpreta vulgarmente como el arte que sirve a los "rectores".[121]

El significado que los latinismos adquieren en italiano es, por supuesto, el que las palabras individuales tenían en el latinismo medieval: una palabra como (*i*)*storiare*, especialmente en la locución fija *dipinto e storiato* (*Tavola Rit*. etc.) se ajusta al significado que *historiare* tenía en el latinismo medieval tardío, es decir, "representar con imágenes".[122]

Más difíciles de detectar son los calcos del latín: por ejemplo, *dirozzare*, *digrossare* son probablemente calcos de *erudire*.

El resultado global es una notable ampliación del léxico vernáculo, que constituye una adquisición estable. Sin embargo, esto no se logró sin vacilaciones, y desde luego no por perezosa aquiescencia a la constatada "escasez de palabras vernáculas", ni por el deseo de incrustar unas cuantas palabras antiguas en la lengua vernácula, ennobleciéndola, sino más bien por un esfuerzo de actividad creativa, que encontró modelo e incentivo en el latín.

Dentro de este marco global, hay que evaluar los latinismos individuales, tanto los que hicieron algunas apariciones fugaces y luego no llegaron a arraigar (véanse, por ejemplo, los que citamos para Iacopone en el § 9), como los que han penetrado de forma permanente en el léxico literario y los que, aceptados por medios literarios o prácticos, han sido admitidos en uso de forma tan generalizada que todos los utilizan a diario.

No es posible separar la historia de los latinismos de la historia de los grecismos, tanto clásicos como eclesiásticos. Obras como el *Grecismus de* Eberardo de Béthune (1124), con nociones del tipo de éstas, no podían ciertamente contribuir a mejorar el conocimiento del griego:

Est universale *cata* fitque *catholicus* inde

...... Et *cata* sit fluxus, inde *catarrus* erit.

....

Est quoque mors *feron*, *feralis* dicitur inde,

Est *flegmos* sanguis, indeque *phlebotomus*.

....

Quod *moys* unda sit, hoc *Moyses* et *musica* monstrant,

ni los léxicos de Uguccione y Giovanni da Genova, que se inspiraban esencialmente en *el grecismo*.

Sin embargo, es precisamente a las reglas de los gramáticos a las que debemos remitirnos para explicar la acentuación en el siglo XIII, y a menudo posterior, de varios nombres propios y algunos comunes: *Semelè*, *Calliopè*, *Iliòn*, *aloè* etc.[123]

Hay que tener en cuenta los contactos políticos, comerciales y culturales con los bizantinos. El título de *στρατηγός* también se conservó en los territorios bizantinos que pasaron al poder de los normandos, tomando el significado de "juez penal"; Federico II aún conservó el cargo y el título en Mesina y Salerno.[124]

Los textos griegos se leían en la corte de Federico y también en la escuela de medicina de Salerno: de ahí, probablemente, la aceptación de *ana* en las prescripciones médicas, que ha llegado hasta nuestros días.[125]

Venecia, que siempre se mantuvo más o menos en contacto con Constantinopla, tomó de los bizantinos nombres como *liagò* 'terraza' de ἡλιακός; o como *dromo*, *squero*. Comenzó en el siglo XII la descripción de la propiedad 'línea por línea', *κατὰ στίεον*, de ahí *catasticum* y luego *catasto*.

De otras palabras, es muy difícil decir cómo penetraron en Italia y Europa: el *andanic* 'acero', Lat. med. *andanicum*, es Byz. ἰνδανικὸς σίδηρος; 'hierro indio', importado de la India a través de Persia.[126]

19. Galicismos

A la hora de enumerar los principales galicismos que penetraron en Italia entre 1000 y 1300, no faltan dificultades. En primer lugar, como ya se ha mencionado (p. 111), en muchos casos no disponemos de elementos para decidir si penetraron en época carolingia o postcarolingia. Además, a menudo es difícil determinar la vía por la que una palabra determinada pudo penetrar en Italia, ya que los contactos fueron muy variados: pudo ser traída por los normandos, aprendida en Levante de boca de los cruzados franceses, transmitida por peregrinos o comerciantes, pudo llegar por vía literaria, etc. En estos siglos, algunos de los aspectos fundamentales de la vida y la cultura europeas se regularon según el modelo francés: en primera línea, las instituciones feudales y la vida caballeresca. El hecho mismo de que las literaturas d'oil y d'oc contaran con obras maestras antes que las demás literaturas romances les otorgó una posición y una función privilegiadas como modelos.

La penetración de los afrancesamientos hasta los estratos más populares se debe en el sur de Italia y en Sicilia al contacto con los gobernantes normandos; pero también en el resto de Italia las relaciones son tan variadas y copiosas que muchos de los afrancesamientos que penetraron durante este periodo siguen vivos hoy en día, incluso en el uso dialectal.[127]

Algunos de los términos básicos del feudalismo (*vasallo,* etc.) ya habían llegado en siglos anteriores. Mencionemos algunos títulos: *conestabile* (el latín *comes stabuli* ya era un cargo en el Bajo Imperio), *siniscalco* y *camarlingo* (ambos en forma latinizada). Los *assizes* y *demesnes* entraron en Italia con los normandos. *Reame* procede del fr. ant. *reiame o reialme* (en el que el adjetivo *reial* 'real' se había inmiscuido en la palabra que se remonta a REGIMINE). También pertenecen propiamente a la terminología feudal el *homenaje* (declararse "hombre", es decir, vasallo, del señor feudal) y *el ligio*.

Knight, *squire* 'joven que aspira al rango de caballero', *baccelliere* 'ayuda de cámara; primer grado universitario'; el acto de armar caballero (propr. 'armar caballero') y los títulos de *sire*, *sere*, *messere*, *dama*, *madama*, damsel *-a*, *damisela -a hacen referencia a la* vida caballeresca.

La nobleza aprecia su *linaje* (fr. ant. *lignage*, propr. la 'línea' de descendencia).

Toda la terminología del caballo está llena de afrancesamientos: el *corcel*, el *corsiere*, el *palafreno* (prov. *palafrê*), probablemente el *ronzino, y* también el *somiero*.

Entre los numerosos términos de guerra encontramos *posadero*, *anfitrión* (prov. *esquiera*), *forraje*, *foriere* ('el que iba delante de las tropas para procurarse comida y forraje'), *berroviere* 'soldado de a pie', *mislea* (fr. antico *meslee*), *rehén, etc*. También hay nombres de armas: *arnese (*'armadura', más tarde 'equipaje'); *usbergo* o *asbergo*, *maglia*, *camaglio, cervelliera*, *targia*, etc. *Gonfalone* (fr. ant. *gonfanon*, del francés *gund-fano* 'estandarte de guerra') y probablemente *bandera proceden* también de contactos con Francia, y así *stendardo*, palabra que se extendió tras la Primera Cruzada. Con numerosas variantes debidas a conexiones partimológicas, el término *battifredo* 'torre de vigilancia', 'torre de asedio móvil' (fr. ant. *berfrei* etc.) aparece en Italia.

Loggia, *ciambra* o *zambra*, *sala* en el sentido de "habitación grande" se refieren a la casa y al mobiliario doméstico,[128] *cojín* y *origliere*, *doppiere*, *guastada*, etc.

Para prendas y adornos recordamos *cotta* 'vestido femenino y eclesiástico', *sorcotta*, *corsé*, *covricefo o covercefo (Fiore*; Castellani, *Nuovi Testi*, Gloss.); *guardacuore* etc.; *joya*, *broche* etc. Algunos nombres de colores también figuran en las entradas de moda: *amarillo* (fr. ant. *jalne*, lat. GALBĬNUS), *bermellón*, *bloio, etc*. (Fiore; Castellani, Nuovi Testi, Gloss.

Comer entra muy pronto en Italia[129] y durante algunos siglos luchó contra el equivalente indígena *man*(*d*)*ucare*, *manicare*. Un poco menos antiguo es *desinare*: pero *desinèa* ya está en el *Novellino*. Recordemos también *buglione* y *cervogia*.

El nombre de *jardines* y *verziers* pronto se extendió por toda Italia.[130]

Los caballeros demuestran su fuerza y destreza en *torneos*, *justas*, *bigordo*; y puede considerarse que la transición del fr. ant. manche 'manica' al ital. *mancia* (que significa 'regalo de una manga hecho por una dama') se produjo en tales ocasiones.

Otro pasatiempo caballeresco es la caza con halcones, que ha dado ocasión de recibir los nombres de *gavilán*, *azor*, *garra* (del prov. *artelh* "dedo del pie", aceptado en italiano como término cetrero), *reidor, etc*. La caza con perros también ha dado lugar a algunos términos franceses o provenzales: *veltro*, *levriere,* etc.

La música y la poesía trajeron a Italia muchas voces: *caribú*, *laúd*, *ribeba o ribeca*, *viola*, *cennamella,* etc., el nombre de *trovatore* (con el significado provenzal de *encontrar* "poesía"), *bufón*, *juglar* (al que los románticos llamarían más bien *juglar*).

Algunas palabras se refieren a viajes y peregrinaciones: *voyage*, *passage*, *bolgia* 'alforja', probablemente *host* 'el que da alojamiento y comida' (fr. ant. *oste*, lat. HOSPITE[M]), *hostel* (*ostero*, *stero*, fr. ant. *ostel*) etc. Específicamente religiosos son los términos *palmiere*, *cordigliere*, *cert*(*r*)*osa*, etc. La penetración de *grangia* (*grancia*) en Italia se produjo especialmente a través de los monjes cistercienses.[131] *Mantel* también se limita, en sus primeras apariciones, al uso litúrgico.

Existen numerosos términos cuya aceptación se debe al comercio: *derrata*, *llamada* "deuda", *civanza*, *gaggio* "prenda", *improntare*, etc.; *dozzina*; *alla* (nombre de medida); *tornese*, *provisino*, *mergugliese* (nombres de monedas), etc. También hay muchos nombres de tejidos: *celone*, *mosteruolo*, *rensa*, *razzese*, *sargia,* etc.

Y no faltan ejemplos de antiguos afrancesamientos en el ámbito de la medicina (*sagnare*, *segnare* 'sangrar' y 'salassare', *signera* 'sangría': Schiaffini, *Testi*, Gloss.) o de las artes y oficios (*ingeniero*; *copelli* 'trucioli' en el *Novellino*).

La vertiente literaria es muy importante. Algunos términos penetran a través de la épica (*paladín*, *prence*), otros a través de las novelas de caballería (*aventura*). Mucho más numerosos y profundamente penetrados son los que los poetas sicilianos tomaron prestados de los provenzales, y pasaron a través de ellos a los sículo-toscanos y luego, al menos en parte, a los estilnovistas y a la tradición lírica posterior. Basta con remitirse a la extensa lista que ya hemos dado (§ 7).[132]

A veces se trata de entradas italianas ya existentes que han adquirido un significado especial debido a la influencia provenzal o francesa.[133]

No sabemos si otros términos espirituales y abstractos llegaron por el camino de la poesía o por otro: *onta*, damaggio 'daño', *oltracotanza*, *mestiere*, *pensiero*, *preghiera*, *foggia*, *sorta*, *dibona*(*i*)*re*, *medes*(*i*)*mo*, *cominciare*, *corteare*, *donneare*, etc.

Y a la convergencia de varios empujes se debe la penetración de sufijos que también se han hecho productivos en Italia: *-aggio*, *-ardo*, *-iere*. El incremento que habían tenido los sufijos ya autóctonos *-enza*, *-anza*, *-ore*, *-ura* puede considerarse en cambio casi agotado con la desaparición de la influencia provenzal.

Los afrancesamientos y provenzalismos suelen reconocerse en comparación con las voces nativas por pistas fonéticas o morfológicas: así, *cavaliere se* opone a *cavallaio* o *cavallaro*, *somiere* a *somaio*, *ostaggio* a *statico*, *stadico*, etc.

A veces es menos fácil distinguir la vertiente francesa de la provenzal: en algunos casos, además de las pistas formales, es útil tener en cuenta la zona en la que las encontramos atestiguadas en la antigüedad. Hay algunos casos de doble penetración: *damisela* (fr.) - *damisela (prov.)*, *salvia* (fr.) - *salvia* (prov.)[134] etc. También hay que tener en cuenta la posibilidad de que estas palabras llegasen de Francia disfrazadas de latinas: éste debió de ser el caso de *marescalco* y *siniscalco*, *faldistoro* y otras.

Entre otras, también mencionamos algunas palabras que ahora han caído en desuso. Podríamos haber citado un número mucho mayor de ellas: tanto palabras atestiguadas muchas veces, como *maccherella* "mediano", *agenzare* "agradar", (*in*)*naverare* "herir" (también fig.), *perzare* "atravesar" etc., como entradas encontradas en autores individuales[135] o en circunstancias particulares.[136]

En siglos posteriores, como siempre ocurre tras una invasión de palabras tan masiva, muchas desaparecieron. Pero no hay que olvidar que, por ejemplo, *visaggio* se encuentra utilizada no sólo en *Fiore*, sino también en Dante y luego en Pulci, y después de nuevo en Davanzati.

20. Voces de origen oriental

Las relaciones con el mundo islámico afectaron principalmente a los árabes en este periodo, tanto por su dominio de Sicilia durante dos siglos y medio como por el predominio marítimo que ejercieron durante muchos siglos en el Mediterráneo, así como por la importancia que tuvieron los eruditos árabes, especialmente en ciertas ciencias (astronomía, medicina, etc.). En algunos casos, se trataba de influencia árabe-persa; los turcos apenas contaban.[137] Es obvio que sería importante saber para cada palabra por qué vía entró, siendo diferentes las conclusiones que se pueden sacar de una palabra que entró en el léxico por simbiosis sículo-árabe y una palabra aprendida en un puerto mediterráneo. Pero aunque las últimas investigaciones[138] apuntan definitivamente en esta dirección, para muchas palabras seguimos teniendo dudas.[139]

El problema no presenta dificultades en el caso de palabras cuyo ámbito es únicamente siciliano, como *giuggiolena* 'sésamo', *sciurta* 'centinela' (o siciliano recientemente extendido de Sicilia al resto de Italia como *zàgara* 'azahar'). Pero incluso en el caso de palabras procedentes de una zona muy amplia, en algunos casos el origen siciliano es históricamente demostrable: así para *almirante,* que primero indicaba 'jefe, comandante', y sólo en el siglo XII en Sicilia y en el XIII en otros lugares se fijó en el significado de 'jefe de las fuerzas del mar',[140] o para *sosa*, que se remonta al árabe *suwwâd*, utilizado para indicar diversas plantas litorales del género *Salsola* y luego las cenizas obtenidas de ellas.[141]

En otros casos, la penetración se produjo de otro modo. La misma expresión árabe *dârṣinâ'a* ('casa del comercio', luego 'lugar de construcción naval') encuentra aceptación en Italia bajo distintas formas: *arzanà* (más tarde *arsenal*) en Venecia, *darsena* en Génova, en Pisa *tersanaia*, en Ancona *terzenale*, en Palermo *tarzanà* (y también en castellano y catalán antiguo *daraçana*, *teraçana*). La primera forma tuvo, como es bien sabido, fortuna italiana y europea, y también, aunque en menor medida, la segunda.

Génova era también el centro de irradiación del *algodón*.[142]

Desde Salerno debió de difundirse el *Tacuinum sanitatis* (de *taqwîm* 'disposición correcta').

Recordemos rápidamente, sin excluir que algunas de las entradas que citaremos puedan haber entrado también después de 1300, algunos de los principales arabismos.

He aquí varios términos comerciales: *warehouse*, *fondaco*, *customs*, *gabella*, *tariffa*, *fardello*, *tara*; *zecca*, *cantàro*, *ròtolo*, *tómolo*, *carato*, *risma*, *sensale*, *dragomanno*, etc.

A través del comercio, llegaron *azúcar* y *azafrán*, *azur* o *lapislázuli*, *balascio*, etc.[143]

He aquí algunos términos marítimos: *libeccio*, *scirocco*, *gomena, sciàbica*, *càssero*. *Càssero nos ofrece* un buen ejemplo de un fenómeno frecuente entre los arabismos: nos lo transmitieron los árabes (con el doble significado de "ciudadela" y de "castillo de barco"), pero a su vez los árabes habían obtenido la palabra *κάστρον* de los bizantinos, y éstos de los romanos (*castrum*). También sirve para ejemplificar, por comparación con el español *alcàzar*, otro fenómeno: en España, los arabismos presentan a menudo (no siempre) formas en las que el artículo *al-* aparece conglutinado (cf. *alcachofa /* sp. *alcachofa*; *algodón* / sp. *algodón*; *fondaco /* sp. *alhóndiga*, e incluso *azúcar /* sp. *azúcar*), de modo que puede decirse que cuando un arabismo italiano empieza por *al-* ha pasado con toda probabilidad por España.[144]

Esta clave se encuentra a menudo en los términos de matemáticas, *álgebra*, *algoritmo,* etc.; y se sabe que a través de la España musulmana llegaron a Europa los números árabes, que los árabes habían recibido de los indios. *Dígito*, *zifra* era propiamente el "cero", es decir, la novedad esencial del nuevo sistema de numeración ("staraioce *per zifra* a la mascione", es decir, no contar nada: Iacopone, 43, v. 92).

Los términos de astronomía (*cenit*, *nadir*, *auge* "apogeo" de una estrella; *Aldebarán*, *Vega*, etc.) también llegaron a través de traducciones del árabe al latín realizadas en España: la forma de *zenit* se manifiesta como libresca debido a que la *m* original (*zemt capitis*, de *samt ar-ra* "dirección de la cabeza")[145] se ha cambiado por *ni*.

La terminología médica árabe tuvo una larga y fuerte influencia, ejercida, sobre todo en ciertas épocas, a través de Salerno. Ya hemos mencionado *cuaderno*, recuerde *nuca* (que hasta el siglo XVI significaba 'médula espinal'), *raqueta* (propiamente, originalmente, 'palma de la mano'), *jarabe*, *grosella,* etc. A menudo pasa por una forma latinizada.

La terminología árabe de *la alquimia* también ha dejado muchas huellas (*alambique*, *álcali*, *bórax*, *risagal,* etc.).

Cabe señalar, además de los ejemplos de esta última serie, que varios calcos de voces árabes pasan a la lengua vernácula a través del latín científico. Así, *imprimere* (*en*) es el término que indica la influencia ejercida por los cuerpos celestes sobre los mundos sublunares ("E se 'l cielo colla sua virtude ha a operare ed imprimere nella terra": Ristoro, VI, c. 3, p. 79 Narducci; "colui che 'mpresso fue / nascendo, si da questa stella forte": Dante, *Par*., XVII, vv. 76-77).[146] En anatomía, la *manzana de Adán*, la *pia madre*, etc. son calcos árabes.

La habilidad de los árabes como cultivadores y regantes de la tierra hizo que muchas plantas útiles penetraran a través de ellos en Europa: *naranjas* y *limones*, *albaricoques*, *alcachofas*, *espinacas*, *berenjenas* y *arándanos sable*.

Algunos nombres de instrumentos musicales también se remontan al árabe a través del provenzal: *leuto* o *laúd*, *ribeba* o *ribeca*.

También son árabes el juego de *la zara* y el del *ajedrez*, con algunos de los términos relacionados (*jaque mate*, *torre*, *alfil*, más tarde cambiado por *alfil*).

Algunas palabras hacen referencia a instituciones del mundo islámico: *soldado* (más tarde *sultán*), *califa*. Incluso el nombre de los *Asesinos,* antes de convertirse en un nombre común, se utilizaba con referencia precisa a la secta de fanáticos ismaelitas reunidos en torno al Viejo de la Montaña, y aludiendo más bien a la lealtad a su líder que a su letalidad.

21. Otras vertientes del léxico

Menos de lo que cabría esperar, dada la frecuencia de las relaciones con Alemania, es la penetración de los germanismos. Hay algunos términos políticos (como los de *güelfos* y *gibelinos*, aplicados en Florencia a las condiciones italianas; cf. p. 155), algunos términos de guerra (*saccomanno* y, a juzgar por el nombre propio derivado de ellos, *riccomanno*); alemanes son varios de los términos mineros importados por los trabajadores sajones y bohemios del Erzgebirge a las minas que empezaron a cultivarse con su ayuda (*guercus* 'obrero', *coffarum* 'cobre en bruto', etc.).[147]

El comercio con Inglaterra dio a conocer el *stanforte* y la *libra esterlina*.

En cuanto a los intercambios que se produjeron en estos siglos entre región y región, se vislumbran con bastante nitidez algunas corrientes: expansión de los artículos procedentes del Norte: *anchoa*, *casco*, *muelle*, *roca* de Génova, *arsenal* de Venecia; *espada* probablemente de las fábricas de armas lombardas; *cavezzo* "scampolo" de quién sabe qué ciudad norteña.

Ya hemos aludido a la influencia siciliana y boloñesa en la poesía toscana. Sin embargo, la documentación es aún demasiado escasa para poder trazar un panorama general con certeza.

[1] En cuanto a los bufones, con una de sus primeras leyes, promulgada en Mesina, los abandonó a la venganza de los ofendidos por sus palabras (Torraca, *Studi di storia lett.*, cit., p. 21).

[2] En el conocido artículo de la *Nuova Antologia* del 15 de agosto de 1884: "De Bolonia a Palermo: primordi della Scuola poetica siciliana".

[3] A. Sapori, *Studi di storia economica medievale*, Florencia 1940, p. 561.

[4] H. Rheinfelder, en *Rom. Forsch.,* LIV, 1940, p. 327. Ya hay ejemplos de *Taliano* como antropónimo a finales del siglo XII cerca de Varese y en Pallanza (P. Aebischer, en *Raccolta... Serra,* Nápoles 1959, p. 41).

[5] Ya en *Proverbios de femene,* v. 213, *Cecilio* (y también, v. 101, *Libio*) en la profecía de Merlín relatada por Salimbene aparece *ab Hispanianis* (p. 777 Bernini).

[6] Un ejemplo lingüísticamente interesante de oposición entre *lombardos y toscanos se encuentra en* el pasaje de Salimbene en el que se registra a un fraile Bernabé como "optime loquebatur Gallice, *Tuscice* et *Lombardice*" (*Cronica*, p. 851 Bernini).

[7] Una rica selección de textos latinos del siglo XIII se encuentra en el volumen antes citado de A. Viscardi, B. y T. Nardi *et. al.*, *Le origini*, Milán-Nápoles 1956, pp. 739-983.

[8] A. Huillard-Bréholles, *Vie et correspondance de Pierre de la Vigne*, París 1865, p. 299.

[9] Sobre los diversos estilos y formas de estos ornamentos, véase Schiaffini, *Tradición*, y la bibliografía allí citada.

[10] S. Caramella, en la revista *Il Comune di Genova*, 31 de julio de 1923.

[11] *Statuti di Bologna dall'anno 1245 all'anno 1267*, editado por L. Frati, II, Bolonia 1869, p. 185. Aún más precisas son las prescripciones del estatuto de 1252 (ibid., p. 186): "faciat singulos legere et reccitare scripturas quas fecerint et instrumenta que dixerint vel vulgariter vel litteraliter ibidem coram examinatoribus".

[12] A. Gaudenzi, *I suoni*, *le forme e le parole del dialetto di Bologna*, Turín 1889, pp. XXII-XXIII.

[13] F.L. Polidori, *Statuti senesi scritti in volgare*, I, Bolonia 1863, p. 43.

[14] A. Walz, *Santo Tomás de Aquino,* Roma 1945, p. 18.

[15] Véanse los fragmenti grammaticali con esercizi fondati sul volgare, publicados por R. Sabbadini, en *Studi medievali,* I, 1904, pp. 281-292; A. De Stefano, en *Revue des langues romanes,* XLVIII, 1905, pp. 495-529; G. Manacorda, en *Atti Acc. Torino,* XLIX, 1914, pp. 689-698, todos ellos de los últimos años del siglo XIII o los primeros

del XIV. Algo posteriores son las *latino-friulanas* publicadas por Schiaffini, *Riv. Soc. fil. friul.*, II, 1921, pp. 3-16, 23-105; III, 1922, pp. 1-31.

[16] Véase el artículo fundamental de P. Meyer, "L'expansion de la langue frangaise en Italie pendant le Moyen-âge", en *Atti del Congresso internazionale di scienze storiche (1903)*, IV, Roma 1904, pp. 61-104. El pasaje del rimador en Novati, *Attraverso il Medioevo,* Bari 1905, p. 298.

[17] Véase A. Viscardi, *Letteratura franco-italiana,* Módena 1941, y el capítulo sobre "Letteratura franco-italiana", en Viscardi, Nardi *y otros, Le origini*, cit., pp. 1053-1219.

[18] En el conocido pasaje en el que Brunetto explica por qué eligió el francés ("Et se aucuns demandoit por quoi cis livres est escrit en roumanç selonc le raison de France, puis ke nous somes italien, je diroie que c est pour .ii. raisons, l'une ke nous somes en France, l'autre por çou que la parleure est plus delitable et plus commune a tous langages (*var.*: gens)": I, 1, 7) el primer factor (la residencia en Francia) parece el preponderante. A pesar de la riqueza y el ingenio de la documentación, no nos parece aceptable la tesis de A. Pézard (*Dante sous la pluie de feu*, París 1950) según la cual Dante condenó a Brunetto por su "exceso" al elogiar el francés y dejar de lado el italiano: si éste fuera el motivo de la condena, no explicaría en absoluto el verso "sieti raccomandato il mio Tesoro" (*Inf.*, XV, v. 119).

[19] Cf. el estudio sobre la lengua, de P. Catel, en *Rend. Ist. Lomb.,* LXXI, 1938, pp. 305-348; LXXIII, 1940, pp. 39-63.

[20] Ricas en galicismos, como es obvio, son sobre todo las cuentas llevadas por italianos residentes en Francia. Véase, por ejemplo, Cepparello Dietaiuti de Prato, encargado de la "balia d'Alvernia": "Ricordanza k'io paghai a Parigi a messer Etaccia di Belmercieri per suoi ghagi alla Tusanti ottanta otto, libre cc tornesi" (1288): Schiaffini, *Testi*, p. 249; o un Libro de mercaderes florentinos en Provenza (1299-1300): "uno ronzino tavolato ferrante il quale fu di Messer Pere Giovanni ciantre di messer l'arciveschovo" (Castellani, *Nuovi testi*, p. 758).

[21] G. Bertoni, *I trovatori d'Italia, Módena* 1915; V. De Bartholomaeis, *Poesie provenzali storiche relative all'Italia*, Roma 1931; F.A. Ugolini, *La poesia provenzale e l'Italia*, Módena 1939; y numerosas ediciones de poetas individuales. Testimonio del interés por el provenzal en Italia es la recopilación de gramáticas (Ugo Faidit, Terramagnino da Pisa); y las vidas de los trovadores fueron compuestas con toda probabilidad por Ugo di Saint Circ en el entorno de Treviso.

[22] A. Monteverdi, en *Studi medievali,* XVI, 1943-50, pp. 161-175 (reimpreso en *Studi e saggi*, pp. 101-123).

[23] Y cuando Federico dice: "Dolze mea donna lo gire / non è per mia volontate, / che mi convene obediire / quelli che m'à 'n potestate" no hay que confundir la ficción poética con la realidad.

[24] El texto se conserva en el ms. A (Vat. 3793), y el nombre fue puesto por el erudito del siglo XVI monseñor Angelo Colocci, basándose, hemos de suponer, en fuentes hoy perdidas. La forma *Ciullo* no es más que una falsa lectura de la letra de Colocci.

[25] Existe una amplia bibliografía sobre el contraste: además de los escritos menos recientes citados en las notas de la antología, véase Monteverdi, *Studi e saggi, pp.* 101-123; A. Pagliaro, en *Saggi di critica semantica,* Florencia 1953, pp. 229-279; Id., en *Poesia giullaresca e poesia popolare*, Bari 1958, pp. 193-232.

[26] Ya se ha dicho que Monaci, en un artículo que tuvo mucha resonancia (*Nuova Antologia*, 15 de agosto de 1884) había creído incluso poder situar en Bolonia, centro universitario, el primer punto de encuentro de los que más tarde serían los poetas de la escuela siciliana.

[27] I. Sanesi, en *Giorn. stor.,* XXXIV, 1899, pp. 354-367.

[28] A.M. Tallgren, en *Mém. Soc. Néo-phil. de Helsingfors,* V, 1909, pp. 233-374.

[29] Parodi, en *Bull. Soc. Dant.*, XX, 1913, pp. 113-142 (reimpreso en *Lingua e letteratura*, pp. 152-188).

[30] Véase la excelente discusión de S. Debenedetti, "Le canzoni di Stefano Protonotaro", en *Studj rom.*, XXII, 1932, pp. 5-68. [Véase ahora O. Parlangèli, "La canzone siciliana di Stefano Protonotaro", en *Studi linguistici salentini,* II, 1969, pp. 55-70].

[31] Véase la demostración final de Monteverdi en *Studj rom*., XXXI, 1947, pp. 40-41 y 44-45.

[32] Hemos dejado de lado el famoso testimonio de Dante (*De vulg. el.*, I, XII), perentorio para los orígenes de la escuela poética, pero insuficiente para demostrar la mayor o menor sicilianidad de aquellos poetas. Recordemos también las palabras del catalán Jofre de Foixà, en sus *Regles* escritas en Sicilia entre 1289 y 1291 y dedicadas a Jaime II de Aragón: "Si tu vols far un cantar en frances nos tayn que y mescles proençal ne cicilià ne gallego" (rr. 220-222 Li Gotti): palabras que de alguna manera atestiguan la posibilidad de utilizar el siciliano ilustre como lengua literaria.

[33] Además de los escritos ya citados (entre los que hay que tener especialmente en cuenta a Parodi), y de las obras de Caix (*Le origini della lingua poetica italiana*, Florencia 1880) y Gaspary (*Die Sizilianische Dichterschule der XIII. Jahrhunderts*, Berlín 1878), que aún pueden ser útiles aunque sean muy antiguas, quisiera recordar los escritos de Santangelo (entre los que se encuentra principalmente "Il primato linguistico dei Siciliani", en *Atti Acc. Sc*, *Lett. e Arti,* XX, 1938, reimpreso con retoques en el pequeño volumen *Il siciliano lingua nazionale nel secolo XIII*, Catania 1947) y de Monteverdi (especialmente el conciso artículo "La critica testuale e l'insegnamento dei Siciliani", en *Essais de philologie moderne*, *Biblioth. Phil. Lettres Liège*, CXXIX, pp. 209-217), y la introducción al volumen de M. Vitale, *Poeti della prima scuola*, Roma 1951.

[34] Se ha debatido repetidamente si los textos poéticos contenidos en los *Memoriales fueron* copiados de manuscritos o reproducidos de memoria: indicios como éstos hacen más probable la primera hipótesis.

[35] Cf., por ejemplo, el verso 52 de "Madonna dir vi voglio" ("la nave / c a la fortuna gitta ogni pesanti"), donde los códices B y C (Palat. 418) tienen *pezante* y *pesante, mientras que* A (Vat. 3793) tiene *pesante* corregido a *pesantj*, es decir, un primer impulso de toscanizar rechazado después de que el copista viera la rima del v. 56 ("li mie' sospiri e pianti"). En la canción "Madonna mia...", en el v. 14 hay un "ogni amanti" en singular ("cui prega ogni amanti"), salvado en A, mientras que C lo toscaniza muy simplemente, escribiendo "a cui serven li amanti".

[36] F.A. Ugolini, en *Giorn. stor.,* CXV, 1940, pp. 175-176.

[37] Señalo en versalitas las pocas formas de color más siciliano (tomadas de Esteban o Rey Enzo); las demás se dan en la forma en que nos las dan los cancioneros.

[38] Gaspary, *Die Sizilianische Dichterschule, cit., pp*. 190-199; Cesareo, *Origini*, cit., pp. 281-287; Debenedetti, in *St. rom*., XXII, pp. 32-33.

[39] Gaspary, *Die Sizilianische Dichterschule,* cit., pp. 199-229; Bezzola, *Abbozzo*, passim; S. Debenedetti, en *St. rom*., XXII, pp. 34-43; G. Baer, *Zur sprachlichen Einwirkung der altprov. Troubadourdichtung auf die Kunstsprache der frühen italien. Dichter*, Zurich 1939; P.M.L. Rizzo, en *Convivium*, 1949, pp. 740-748, y en *Boll. Centro St. Sicil.,* I, 1953, pp. 115-129; II, 1954, pp. 93-151; W.T. Elwert, en *Homenaje a F. Krüger*, Mendoza 1954, II, pp. 85-112.

[40] Cf. § 19, dedicado a los galicismos.

[41] Petrarca dice *manavit*: "Quod genus [poesía vernácula] apud Siculos, ut fama est, non multis ante seculia renatum, brevi per omnem Italiam ac longius manavit" (*Famil*. I, I, 6 Rossi). [Para la mediación de Sicilia a Toscana: I. Baldelli, "Rime siculo-umbre del Duecento", en *Studi di filol. it*., XXIV, 1966, pp. 5-38, ahora en *Medioevo volgare da Montecassino all'Umbria*, Bari 1971, pp. 255-293].

[42] Parodi, en *Bull Soc. Dant.,* XX, 1913, p. 129 (= *Lingua e lett*., p. 171).

[43] Guittone subraya, en la conocida canción en honor de Giacomo da Lèona (XLVI), la conciencia técnica y la alta ambición lírica (el "proenzal labore") que anulan el fundamento dialectal "artino" en la obra de su amigo y en la suya propia: "Francesca lingua e proenzal labore / più dell'artina è bene in te, che chiara / la parlasti [...]".

[44] Vat. 3793 (A) es probablemente florentino; la primera y principal mano de Laur.-Red. 9 (B) es de un pisano; Pal. 418 (C) muestra rastros de un copista de Lucca. Una descripción de los códices antiguos en B. Panvini, en *St. di filol. ital.,* XI, 1953, pp. 8-70.

[45] La rima de una *e* abierta o de una *o* con la misma vocal cerrada no está permitida en provenzal.

[46] Una mano más reciente escribió una *i* sobre la *e* tónica*.*

[47] Parodi, en *Bull. Soc. Dant*., XX, 1913, p. 125 (= *Lingua e lett*., p. 166). Re Enzo rima *plenu* e *penu*.

[48] Parodi, en *Bull. Soc. Dant*., III, p. 98, XX, p. 132 (= *Lingua e lett*., pp. 178 y 225).

[49] "De los letristas procede el Dante *aggio,* que, sin embargo, también debió de proceder del toscano meridional" (*ibid*., p. 129 = *Lingua e lett*., p. 257).

[50] A. Schiaffini, en *Italia dial*., V, 1929, pp. 1-31.

[51] M. Corti, en *Atti Acc. Tosc.,* XVIII, 1953, pp. 9-60.

[52] G. Zaccagnini, *I rimatori bolognesi del sec. XIII, Milán* 1933, presentó *I rimatori bolognesi del sec. XIII en* forma emilianizada y encontró muy poco consenso. Véase el ensayo de G. Toja, *La lingua della poesia bolognese del sec. XIII, Berlín* 1954.

[53] Véase la "Introducción" a la *Vita Nuova,* 1ª ed., Florencia 1906, pp. CCLVI-CCLXXXV; 2ª ed., pp. CCLXXVII-CCCVIII.

[54] F. Ageno, en *Boll. Centro St. Sicil*., I, 1953, pp. 167-168.

[55] Más "arcaico" es Lapo Gianni (F. Figurelli, *Il dolce stil nuovo*, Nápoles 1933, p. 317).

[56] Véase también para la lengua, M. Marti, *Cultura e stile nei poeti giocosi del tempo di Dante*, Pisa 1953. Recuerdo la curiosidad por las variantes dialectales manifestada por uno de estos poetas (¿Cecco Angiolieri?) en el soneto "Pelle chiabelle di Dio..." (A.F. Massera, *Sonetti burleschi*, I, p. 134; M. Marti, *Poeti giocosi*, p. 247): repasa frases dialectales de Roma, Lucca, Arezzo, Pistoia, Florencia, Siena. La canción del florentino Castra (recordada en *De vulg. el.* y conservada en Vat. 3793; cf. más recientemente A. Camilli, en *St. fil. ital.*, VII, 1944, pp. 79-90) se burla de las peculiaridades del dialecto de las Marcas.

[57] Véase, por ejemplo, el artículo de G. Petronius sobre "La rima en la *inteligencia*", en *Giorn. stor.,* CXXIX, 1952, pp. 363-381.

[58] Las ediciones críticas más recientes e importantes son las dadas independientemente por V. Branca (en *Arch. francisc. hist.*, XLI, 1948, pp. 3-87) y por M. Casella (en *Studi medievali*, XVI, 1943-50, pp. 102-131). [Cf. ahora Contini, *P. Duec.*, I, pp. 29-34.].

[59] L.F. Benedetto, *Il Cantico di Frate Sole*, Florencia 1941, passim. Por poner sólo un ejemplo, piénsese en las discusiones suscitadas por *per*, que aparece tantas veces en el cántico en la fórmula "Laudato si, mi Signore, per...". (cf. Pagliaro, *Saggi di critica semantica,* cit., pp. 199-226).

[60] Asís 338, que de hecho, según Casella, es de la que derivarían todas las demás.

[61] Iacopone da Todi, *Laudi*, *trattato e detti,* editado por F. Ageno, Florencia 1953; sobre los criterios de reconstrucción, véase su ensayo sobre "Donna de paradiso", en *Rassegna lett. it.,* LVII, 1953, pp. 62-93 (y la discusión de G. Contini, *ibid.*, pp. 310-318).

[62] La tabla gramatical y el léxico que acompañan a la ed. de Ferri de 1910 siguen siendo útiles, a condición, claro está, de que coincidan con el texto de Ageno.

[63] Ageno, en *Lingua nostra,* XIII, 1952, pp. 109-110.

[64] Ageno, *Bull. Centro Studi Sic.*, I, 1953, pp. 152-184.

[65] *Poeti antichi lombardi*, Milán 1921.

[66] Atribuido por el editor más reciente, R. Broggini, a un pseudo-Uguccione (*Studj rom*., XXXII, 1956). Otros dos poemas, sobre *La misera vita de l'omo* y l'*Anticristo*, también fueron atribuidos a Uguccione por Levi, pero no es probable que sean de él.

[67] A. Mussafia, 'Darstellung der altmail. Mundart nach Bonvesin's Schriften', en *Sitzungsber. Ak. Wien,* LIX, 1868; C. Salvioni, "Osservazioni sull'antico vocalismo milanese", en *Studi. Rajna,* Firenze 1911, pp. 367-388; G. Contini, *Le Opere volgari di Bonvesin de la Riva*, Roma 1941. A la espera de la glosa de Contini, A. Seifert, *Glossar zu den Gedichten des B. da Riva, Berlín* 1886, puede resultar útil.

[68] B. Wiese, *Eine altlombardische Margarethen-Legende*, Halle 1890.

[69] Para Florencia tenemos las dos excelentes colecciones de Schiaffini, *Testi fiorentini del Dugento e dei primi del Trecento*, Florencia 1926, y de Castellani, *Nuovi testi fiorentini del Dugento*, Florencia 1952. También disponemos de varios textos (estatutos, libros de comercio, cartas) de Siena y otras ciudades toscanas (véase la bibl. de Castellani). Una excelente selección de textos literarios ofrece *La Prosa del Duecento* de C. Segre y M. Marti, Milán-Nápoles 1959.

[70] Véase, por ejemplo, la excelente colección de *Lettere volgari del sec*. XIII *escritas por Senesi y* publicadas por C. Paoli y E. Piccolomini, Bolonia 1871.

[71] Manacorda, en *Atti Acc. Torino,* XLIX, 1914, cit., pp. 689-698.

[72] El *parlamento en* lengua vernácula enuncia el tema, que a continuación es desarrollado en su mayor parte por tres *epístolas* latinas, una mayor, una menor y una mínima.

[73] Parodi, en *Miscell. stor. della Valdelsa*, XXI, 1913, p. 241 (= *Lingua e lett.*, p. 489).

[74] Monteverdi, *Saggi*, pp. 75-110; B. Terracini, "Osservazioni sul testo delle formule epistolari volgari della *Gemma purpurea*", en *Atti Acc. Scienze Torino,* LXXXIV, 1949-50, pp. 315-329; A. Castellani, en *St. filol. it., XIII*, 1955, pp. 5-78.

[75] Norteño es, por regla general, el tratamiento de los sordiales (*amigo*, *seguro, tenudo*, *fiada*, *savere*) y palatales (*çura*); boloñés antiguo es el tratamiento de *s-* delante de *i* (*sci*, *scia*); latinizante (es decir, correcto o hipercorrecto) es la escritura de dobles; toscano podría ser el tratamiento de átonos en *signure*, *signoria* (pero véase Castellani, art. cit, pp. 70-71), los actuales *diamo* y *s*(*c*)*iamo*, la forma epitética *ene*, etc.

[76] Véase el capítulo "Ars dictandi y la prosa de Guido Faba", en Schiaffini, *Tradition*.

[77] Publicado por G. Salvemini, en *Bibl. iuridica medii aevi*, III. Los pasajes en lengua vernácula fueron cotejados y estudiados por G. Folena, en *Lingua nostra,* XX, 1959, pp. 97-105.

[78] C. de Lollis, "*Arnaldo y Guittone*", en *Idealistische Neuphilologie*, Heidelberg 1922, pp. 159-173.

[79] Sobre las peculiaridades sintácticas y estilísticas de Guittone, véanse los capítulos "Guittone d'Arezzo" y "Guittone, Guittoniani, Rhétoriqueurs" en Schiaffini, *Tradizione*, y el capítulo especial en Segre, *Sintassi*. En cuanto a las peculiaridades fonéticas y morfológicas, desgraciadamente es casi imposible discernir lo que es de Guittone y lo que, en cambio, pertenece al copista lucchese o pisano del códice del que depende casi exclusivamente nuestro conocimiento del fraile de Arezzo, el Laur.-Red. 9. El léxico es rico en latinismos y provenzalismos poéticos, y merece ser estudiado con detenimiento.

[80] Véase especialmente F. Maggini, *I primi volgarizzamenti dai classici latini*, Florencia 1952, y los *Volgarizzamenti del Due e Trecento* editados por C. Segre, Turín 1953 (introducción y selección).

[81] Véase el excelente análisis de Cesare Segre en la segunda parte de su *Sintaxis de la época*.

[82] P. Savj-Lopez, M. Bartoli, *Altitalienische Chrestomathie*, Estrasburgo 1903.

[83] Wiese, *Elementarbuch*.

[84] Nos remitimos una y otra vez a los manuales de Meyer-Lübke, Rohlfs y Wiese.

[85] En cambio, el digrama *ch* tiene valor palatal aquí y allá en el norte de Italia y en Sicilia (S. Debenedetti, en *St. rom.,* XXII, p. 17; G. Contini, en *It. dial.*, X, p. 226); cf. p. 175.

[86] En el norte de Italia encontramos *th* (probablemente con valor de interdental sonora o sorda) en Brescia (G. Contini, en *It. dial.*, XI, 1935, p. 146) y en otros lugares (Id., en *It. dial.*, XIV, 1938, p. 223). En Lombardía, en la segunda mitad del siglo XIII, *dh* es frecuente (Id., en *Bonvesin,* Roma 1941, pp. LIII-LIV).

[87] En Bolonia, encontramos la grafía etimológica mantenida incluso en las conexiones con *l*: *compluta* por 'cumplido', *sclanti* por 'estrellarse', en los *Memoriali*.

[88] Véase el prefacio de Parodi al *Tristano de Riccardi*, Bolonia 1896, p. CLVII.

[89] Castellani, *Nuevos textos,* Glosa, s.v. *figliolo*.

[90] Es decir, sin *anafonía, por* utilizar el término de Castellani, *Nuevos textos*, p. 21.

[91] Véanse los extractos de textos del siglo XIII en W. Meyer-Lübke, *Behrens-Festschrift*, Iena-Leipzig 1929, pp. 24-30.

[92] Además de los tratados ya indicados, la *Teorica dei nomi della lingua italiana,* Florencia 1847, de V. Nannucci, puede prestar todavía útiles servicios, aunque muy antiguos.

[93] Castellani, *Nuevos textos*, pp. 79-105 (con discusión de estudios anteriores).

[94] También para el verbo tenemos los dos volúmenes de Nannucci, *Analisi critica dei verbi italiani*, Florencia 1843; *Saggio del prospetto generale di tutti i verbi anomali e difettivi*, Florencia 1853: no obstante, deben consultarse con extrema precaución, no sólo por su desactualización, sino por la física del autor de postular infinitivos indocumentados a partir de diversas formas flexivas.

[95] Schiaffini, en *Italia dial.*, V, 1929, pp. 1-31.

[96] Castellani, *Nuevos textos*, pp. 68-71.

[97] Carecemos de una sintaxis del italiano antiguo comparable a la de Foulet para el francés antiguo. Pero disponemos de varias monografías sobre fenómenos individuales, y de varias páginas importantes en los *Textos* de Schiaffini y en los *Nuevos Textos* de Castellani. Un rápido repaso de los fenómenos da el Wiese, *Elementarbuch*. Sobre la sintaxis de la época, que estudiada autor por autor debe identificarse con la estilística, véase especialmente G. Lisio, *L'Arte del periodo nelle opere volgari di Dante Alighieri e del sec. XIII*, Bolonia 1902; Parodi, *Lingua e lett.*, pp. 301-328; Schiaffini, *Tradizione,* passim; Segre, *Sintassi,* passim.

[98] Debenedetti, en *Bull. Soc. Dant.,* XXVII, 1920, pp. 75-81.

[99] Véase también *Torre de Babel* (Brunetto).

[100] R. Schlaepfer, *Die Ausdrucksformen für* '*man*' *im ltalienischen*, Zurich 1933, esp. pp. 38-67.

[101] Como es sabido, los antiguos dialectos septentrionales tenían otras formas: ejemplos en Monjes, *Crestomazia*, Prospetto.

[102] R. Kontzi, *Der Ausdruck der Passividee im älteren Italienischen*, Tubinga 1958 (*Beih. Zeitschr. rom. Phil.*, 99).

[103] M. Corti, "Studi sulla sintassi della lingua poetica avanti lo Stilnovo", en *Atti e Mem. Acc. Toscana*, XVIII, 1953, pp. 263-365.

[104] Migliorini, *Saggi ling.*, pp. 148-155.

[105] Numerosos ejemplos en Tommaseo-Bellini; cf. Dante, *Inf.*, XXV, v. 144, XXXIV, v. 26; *Purg.*, III, v. 135.

[106] Frecuente en el cód. A de Guittone, raro en el cód. B (véase el *Glosario* de Egidi); "porta più a la groppa *ca* a l'orekia" (Ristoro d'Arezzo).

[107] Schiaffini, *Textos*, 283-297; Sorrento, *Sintaxis románica*, cap. II.

[108] A. Mussafia, en *Miscellanea Caix-Canello*, Florencia 1886, pp. 255-261; véase también Schiaffini, *Testi*, pp. 275-283; Sorrento, *Sintassi romanza*, pp. 139-201; Rohlfs, *Hist. Gramm.*, II, § 470; Migliorini, en *Problemi e orient.,* II, 2ª ed., pp. 203-204; sobre el valor estilístico de los pares en los que hay libre elección, véase Chiappelli, en *Lingua nostra,* XIV, 1953, pp. 1-8.

[109] Se ha observado una excepción en Guittone ('E ci fa sol ragione om debitore', son. 143); otras pocas se encuentran en *Mare amoroso*.

[110] M. Corti, en *Rend. Acc. Lincei,* s. 8a, VIII, 1953, pp. 294-312.

[111] M. Corti, en *Arch. glott. ital.,* XXXVIII, 1953, pp. 58-92.

[112] G. Serra, en *Lingua nostra*, V, 1943, pp. 1-5.

[113] M. Bartoli, en *Lingua nostra*, VI, 1944-45, p. 4.

[114] Sacchetti advirtió (Nov. XXXII): "Y han bautizado a la usura con diversos nombres, como regalo de tiempo, mérito, interés, cambio, civanza, baroccolo, ritrangola, y muchos otros nombres.

[115] L. Spitzer, *Essays in historical Semantics*, Nueva York 1948, pp. 15-65.

[116] Cf. A. Castellani, *Textos sangimignos*, Gloss.

[117] "Nam cum ars habeat sua vocabula propria quemadmodum et cetere artium, et nos non inveniremus in gramatica Latinorum verba convenientia in omnibus, apposuimus illa que magis videbantur esse propinqua per que intelligi possit intentio nostra", dice el prólogo del *De arte venandi cum avibus* de Federico II, que de hecho presenta algunos afrancesamientos.

[118] C. Calcaterra, *Alma Mater Studiorum*: *l'Università di Bologna*, Bolonia 1948, pp. 48-49.

[119] F. Maggini, en *Lingua nostra,* III, 1941, pp. 76-79.

[120] Boccaccio, *Fiammetta*; Poliziano, *Orfeo*; Boiardo, *Amorum*, CLI y *Orlando inn.*, III, VII, 18: "poi che *soccisa* fu la bella pianta" (pero Berni corrigió *soccisa* por *tagliata*).

[121] Brunetto Latini escribe *rector*, pero da la definición correcta, la del *retórico clásico*: "*Rector* es el que enseña esta ciencia según las reglas y mandamientos del arte" (*Rettorica*, ed. Maggini, I, 5).

[122] P. Toynbee, "Nota sobre la *historia contada*", en *Mélonges Picot*, París 1913, pp. 195-208.

[123] Véanse las hermosas páginas de Parodi en *Bull Soc. Dant.*, III, 1896, pp. 105-107 (= *Lingua e lett.*, pp. 232-235; véase también 361-363). La regla según la cual todos los nombres "bárbaros", principalmente los hebreos (*Iacob*, *Esaú*, *Satanas*) debían acentuarse en la última, se había extendido, principalmente por influencia de la tradición escolástica francesa, también a los nombres griegos que no entraban en la declinación latina normal.

[124] *Rezasco*, s.v. *stradico* y variantes (*straticò* etc.).

[125] G. Folena, en *Lingua nostra,* III, 1941, pp. 81-83.

[126] Austin y Kahane, en *Byzantina Metabyzantina*, I, 1946, pp. 181-187.

[127] El ensayo de Bezzola, *Abbozzo di una storia dei gallicismi italiani nei primi secoli* (750-1300), Zúrich 1924 (= Heidelberg 1925), es muy útil, aunque no exhaustivo. Para un buen número de los términos que citamos a continuación, puede encontrarse más información en Bezzola.

[128] En cambio, *sala* en el sentido de "vivienda rústica" era ya una voz longobarda.

[129] Encontramos παρα *ιωάννου μαγγεαβόε* en un documento de 1140 (F. Trinchera, *Syllabus Graec. membr.*, doc. 123) y *comí* en las palabras de Malfredo en Travale, recogidas en el testimonio de 1158.

[130] Se tiene *gerdinos*, *jardinos* en el mapa semivolátil de Rossano, líneas 13 y 24 (Monaci, *Crestomazia*, p. 8).

[131] G. Serra, en *Dacorom*, III, 1924, pp. 947-948.

[132] En la p. 181 mencionamos también que cierto provenzalismo desconocido, que sepamos, por los sicilianos, fue aceptado por los sículo-toscanos. Sobre *leggiadro*, cf. p. 184.

[133] Se piensa en el significado de *man* ('vasallo'), *intendere* ('convien ch'*intenda* in donna di valore': Guittone), *ira*, etc.

[134] Cf. Baer, *Sprachl. Einwirkung,* cit., pp. 62-68.

[135] También sucedió que algunos pasaron desapercibidos y fueron identificados más tarde: Contini ha demostrado (*Giorn. stor.*, CXVII, 1941, p. 62) que Guittone utilizaba *abbo en el* sentido del provenzal *aip*, *ap* 'costumbre'.

[136] Por ejemplo, *curattiere*, *curattaggio* son usados comúnmente en el sentido de 'sensale' 'senseria' por los italianos que viven en Provenza y Brujas (Castellani, *Nuovi testi*, Gloss.): se trata del provenzal *corratier*, propr. 'corridore', que penetró en otras regiones en la antigüedad y dio lugar al mod. fr. *courtier*.

[137] Dos voces tártaras, *perro* (*khan*) y *horda, se* popularizaron con las noticias que circulaban sobre la Horda de Oro. *Horda* significaba propiamente "campamento", y así es como Juan de Pian del Carpine utiliza la palabra en el relato de su misión (1245-47) recogido en la *Historia Mongalorum*: "post haec pervenimus ad primam *ordam* Imperatoris", y passim.

[138] Especialmente los de A. Steiger, *Contribución a la fonética del hispano-árabe y de los arabismos en el ibero-románico y el siciliano*, Madrid 1932; Id., "Aufmarschstrassen des morgenländischen Sprachgutes", en *Vox Romanica*, X, 1948-49, pp. 1-62.

[139] El repertorio más conveniente (aunque dista mucho de ser original y no siempre es exacto) es el de Lokotsch. Para las influencias del siciliano, véanse los números 3689- 3695 de la *Bibliografía* de Hall (6525-6533 en la [2a] ed.). G.B. Pellegrini recopiló los arabismos de los mapas pisanos medievales (*Rend. Acc. Linc.*, s. [8a] XI, 1956, pp. 142-176: cf. los hallazgos venecianos recogidos por M. Cortelazzo, en *Lingua nostra*, XVIII, 1957, pp. 95-97). [Véase ahora G.B. Pellegrini, *Gli arabismi nelle lingue neolatine con speciale riguardo all'Italia*, Brescia 1972].

[140] M. Amari, *Storia dei Musulmani di Sicilia,* ed. Nallino, III, pp. 357-60.

[141] A. Steiger, J.J. Hess, en *Vox Rom.,* II, 1937, pp. 53-76.

[142] C. Battisti, L. Furlani, en *It. dial.*, III, 1927, pp. 234-246.

[143] Discutida, pero en mi opinión muy probable, es la etimología árabe (o árabe-persa) de *latón* y *bronce*.

[144] La proposición inversa no es cierta: las palabras sin *al-* no nos ofrecen ninguna pista sobre su origen.

[145] C.A. Nallino, en *Riv. studi orient.,* VIII, 1919, p. 376.

[146] *Ibídem*, p. 381.

[147] Véanse los capítulos mineros del estatuto de Massa Marittima, cuya parte principal es anterior a 1294, y en el texto que poseemos no es posterior a 1325 (*Ordinamenta super arte fossarum rameriae et argenteriae Civitatis Massae*, Florencia 1938, con glosario de M. Casella, pp. 101-104).

V

DANTE

1. Dante "padre del lenguaje

¿Es cierta, y en qué sentido, la expresión vulgata que llama a Dante "padre de la lengua italiana" o la otra, algo menos fuerte, pero no menos honorable, por la que Petrarca lo llamó (*Sen.*, V, 2) *dux nostri eloquii vulgaris*?

Si es cierto que el lirismo de Federico se inspira en Giacomo da Lentini, ¿por qué no habrían de pertenecerle a él estos títulos? Y si en el siglo XIII encontramos en Florencia y también en Bolonia textos escritos en una prosa vernácula con caracteres gramaticales y léxicos no muy distintos de los de la prosa de Dante, ¿cómo hablar de un "padre de la lengua"?

Pero, si se entiende "lengua" en el sentido de "lengua capaz de todos los usos literarios y civiles", es indiscutible que Dante merece los méritos de un demiurgo. Antes de él, la abrumadora preponderancia del latín y el uso ocasional de las dos lenguas de Francia, literariamente ilustres, sólo se veían contrastadas por dialectos en vías de disgregación y esporádicos intentos de elevarse al arte y la belleza. Toda la obra de Dante posee una nueva y poderosa "carga" espiritual, que en poco tiempo transformó la opinión pública en Toscana y más allá, e hizo que el italiano se elevara de un salto al nivel de gran lengua, capaz de alta poesía y especulación filosófica.

El pensamiento de Dante sigue estando, por todos sus elementos, íntimamente ligado al pensamiento medieval, pero es el primer laico de la Europa cristiana que llega a dominar toda la cultura de la época. El entusiasmo por la divulgación que ya animaba a su maestro Brunetto y a un pequeño grupo de vulgares latinos se convierte en él en un programa consciente: sabe que *clerus vulgaria temnit* (para usar las palabras de Juan de Virgilio), sabe que hay demasiados hombres de letras que han hecho de las letras una profesión, de hecho una mercancía, y por otra parte tantos otros que "por la malvada desusanza del mundo han dejado la literatura a los que la han hecho de mujeres meretrices; y estos nobles son príncipes, barones, caballeros y otros muchos nobles, no sólo varones sino mujeres, que son muchos y muchas en esta lengua, vulgares y analfabetos" (es decir, capaces de usar la lengua vernácula pero no el latín) (*Conv*., I, IX, 5). Ahora bien, Dante pretende "inducir a la ciencia y a la virtud", elevar a estas gentes a la verdadera nobleza por medio de la lengua vernácula: es decir, crear legiones de laicos cultos y dignos. La fe de Dante en el arte y su fe en el nuevo instrumento de éste animan conjuntamente sus obras literarias y sus escritos teóricos.

Por una feliz contradicción, Dante no piensa resolver el problema lingüístico de manera conforme a lo que serían los intereses de la monarquía universal, sino a los de Italia: el exilio se la ha hecho conocer casi toda, y a través de las muchas diversidades de las lenguas ha reconocido una conformidad sustancial que le permite imaginarla unida por una sola lengua. Su auditorio ideal es, pues, Italia, en todas las partes "a que se extiende esta lengua" (*Conv*., I, III, 4), en sus fronteras naturales, desde Varo y Quarnaro hasta Pachino.

Pensemos en las miserables condiciones políticas de Italia en los primeros años del siglo XIV: el Papado, tras el ultraje de Anagni (1303) y el cónclave de Perugia (1305), transmigrado más allá de los Alpes; el Imperio vacante; los municipios desgarrados por las luchas y los escuderos que empezaban a convertirse en tiranos; Sicilia que con la paz de Caltabellotta (1302) había tenido su rey y se encerraba en sí misma. Ciertamente este estado de cosas no autorizaba a la esperanza: pero Dante creyó, y creyendo obró el milagro. Italia no, en cuanto no era consciente de su sustancial unidad cultural, que le habría permitido acoger una lengua literaria y civil común, más apta que el latín para unir a todos los italianos. Dante sintió y reveló esta conciencia: así era Italia.

Para ello no bastaban los dos tratados incompletos en los que Dante habla de la lengua vernácula, ni habrían bastado cien obras doctrinales: en su lugar, valía la *Commedia*, la obra maestra en la que los italianos reconocieron su propia lengua, remodelada y sublimada.

2. Las ideas de Dante sobre la lengua vernácula

Dante expresó repetidamente su opinión sobre la lengua vernácula, brevemente en la *Vita nuova*, extensamente en el *De vulgari eloquentia* y en el *Convivio*, e incidentalmente de nuevo en la *Divina commedia*. Los dantescos han abordado repetidamente las doctrinas de Alighieri sobre la lengua en general y sobre la lengua vernácula en particular, deteniéndose especialmente en aquellos puntos (mayor nobleza del latín o de la lengua vernácula, mutabilidad de la lengua) en los que en sus diversas obras las doctrinas no coinciden o no parecen coincidir.

Aquí expondremos brevemente las doctrinas del *De vulgari eloquentia* y del *Convivio*: las primeras también por la importancia que tuvieron en las discusiones posteriores, las segundas por el cálido entusiasmo que manifiestan a través del firme esquema del razonamiento escolástico.

El *De vulgari eloquentia* y el *Convivio* son aproximadamente contemporáneos. La redacción de los capítulos que tenemos del tratado latino data probablemente de 1303, y tiene el aspecto de un primer borrador, poco acabado; cuando escribió el *Convivio, es decir,* según se cree, en los años 1303-1307, el poeta se propuso completar y publicar la otra opereta, que acababa de redactar; luego, cuando todo su tiempo y su entusiasmo se dedicaron al poema divino, los dos escritos teóricos quedaron inacabados.

Mientras que el *Convivio* trata de la lengua vernácula italiana en general, en el *De vulgari eloquentia* el problema es en parte más amplio y en parte más reducido. En los siete primeros capítulos del primer libro, Dante aborda el habla humana en general, tocando incluso algunas cuestiones que ahora parecen un tanto fútiles (¿habló primero el hombre o la mujer?), pero que pertenecían a la cultura de la época. En los capítulos VIII-X se ocupa de las lenguas de Europa y, en particular, de Italia. Dante divide las lenguas de Europa en tres ramas: la griega, la germánico-eslava y la triple lengua romance, que se subdivide en francés, lengua de oc (es decir, provenzal-catalán) e italiano. En su opinión, la tripartición mayor se remonta a la confusión babélica, mientras que las tres variedades del idioma romance se habrían diferenciado espontáneamente más tarde, debido a la inestabilidad del habla humana. En cuanto al latín, sería una fijación artificial del modismo triforme, regido por el consenso común de varios pueblos (y más parecido al italiano que a las otras dos lenguas, como demuestra la conformidad entre *el sic* y el nuestro *sí*).

Tras comparar rápidamente los méritos del francés, el provenzal y el italiano según los méritos de sus respectivas literaturas, restringe su tratamiento a la lengua vernácula de Italia ("vulgare latium"), y esboza la conocida división de la Italia dialectal en catorce secciones, sin contar las innumerables variaciones secundarias y subsecundarias.

Llegado al capítulo undécimo, Dante inicia un discurso que, aunque estrechamente relacionado con la división dialectal precedente, es bastante diferente. Hasta aquí (salvo el criterio de comparación entre las tres lenguas neolatinas, para el que había apelado a sus respectivas literaturas) sólo había hablado de lengua (*loquela*, *eloquium*, *ydioma*), había hablado, diríamos hoy, como glotólogo. Ahora empieza a tratar como erudito un problema de estilo: el "tratado sobre el arte de hablar en lengua vernácula" (*De vulgari eloquentia*) comienza verdaderamente aquí. Busca por toda Italia la lengua vernácula más elegante, y empieza por eliminar las lenguas peor habladas (románico, marqués y espoletano; milanés y bergamasco; friulano e istriano; casentino y frattego; y, por último, sardo).

Volviendo entonces al siciliano (cap. XII), Dante recuerda que ha tenido poetas ilustres, que florecieron en la corte de los reyes suevos, y que a esos predecesores se les dio y se les seguirá dando el nombre de sicilianos, no porque fueran todos isleños, sino porque el reino llevaba el nombre de Sicilia. Por otra parte, la lengua vernácula plebeya, como leemos en Cielo d'Alcamo, no tiene ningún mérito. Del mismo modo, el sur de Italia (Dante habla de *Apuli*, y se refiere a los territorios del reino de Nápoles) tenía poetas de arte, mientras que los dialectos plebeyos son bárbaros.

En cuanto a los toscanos (cap. XIII), es una insensatez arrogarse el privilegio de la ilustre lengua vernácula: Guittone d'Arezzo, Bonagiunta da Lucca, Brunetto Latini y otros han escrito versos municipales y no curiales. Las frases (o versos) individuales que cita Dante

muestran peculiaridades claramente municipales: de Florencia, por ejemplo: *Manichiamo introque, che noi non facciamo altro*.[1] No menos desagradable es el habla de los genoveses, con toda su *z*.

Al este de los Apeninos (cap. XIV), encontramos el romañolo demasiado femenino y el véneto demasiado erizado. Más agradable es el boloñés (cap. XV), atemperado hasta una suavidad digna de elogio por la mezcla de los caracteres opuestos (feminidad y desgreño): por supuesto, en lo que respecta al dialecto; en cuanto a la lengua vernácula cortesana, fue alcanzada por Guido Guinizzelli y otros maestros que se alejaron del dialecto e hicieron uso de su discernimiento ("vulgarium discretione repleti"). Demasiado cerca del límite están el trentino y el piamontés para que podamos examinarlos.

En ningún lugar de Italia logró encontrar el poeta (cap. XVI) la pantera olorosa que había ido a cazar (los bestiarios medievales fabulaban que los animales se sentían atraídos por el dulce olor de la pantera, de la que luego eran víctimas), es decir, la ilustre lengua vernácula. Para identificarla, hay que buscar la unidad de medida más simple (del mismo modo que el blanco es la medida de los colores, y que Dios, sustancia muy simple, brilla más en el hombre que en el bruto, más en el bruto que en la planta, etc.). Ahora bien, la lengua vernácula ilustre, cardenalicia, cortesana y curial es la que es de todas las ciudades italianas y no parece residir en ninguna.

Dante la llama *ilustre* (cap. XVII), es decir, resplandeciente porque está sublimada por el magisterio del arte y es capaz de conmover con su poder; *cardinal* (cap. XVIII), porque a su alrededor, como la puerta en su gozne, se mueven los dialectos; *cortesana, porque es digna* del palacio, si Italia tuviera un palacio; *curial*, porque es digna del tribunal supremo, si también tuviéramos esto.[2]

La lengua vernácula que pertenece a toda Italia es esta lengua vernácula ilustre (cap. XIX): una vez conocida ésta, pueden estudiarse las inferiores; y Dante prometió hacerlo en uno de los libros siguientes.

En los catorce capítulos del Libro II, el autor habla de la poesía a la que se adapta principalmente la ilustre lengua vernácula, es decir, la canción; en el Libro VII, explica cómo hay que seleccionar ('cribrare') las magníficas palabras ('grandiosa vocabula') adecuadas para la canción: por supuesto, sólo algunas exclusiones pueden basarse en criterios extrínsecos, mientras que casi siempre se trata de una cuestión de gusto.

Lo que debían contener los libros siguientes sólo lo sabemos por algunas referencias: tal vez el Libro III debía tratar de la prosa; Dante se remitió al Libro IV para la mediocre y humilde lengua vernácula. Tampoco se sabe con certeza si el tratado debía terminar con el Libro IV.

El carácter incompleto de la obra no sólo privó a la posteridad de la valiosa información que sin duda habría aportado Dante, sino que fue la causa principal de los malentendidos a que dio lugar el tratado en el siglo XVI.

La búsqueda de Dante, aunque se inspira en el estado lingüístico de la Italia de su tiempo, no es una búsqueda de la lengua (entendida como instrumento social, al servicio de la generalidad de los italianos), sino del estilo (es decir, una sublimación artística de la palabra). Dadas las premisas de Dante, así tenía que ser: si 'lo volgare seguita uso', es decir, no está sujeto a reglas estables como las fijadas artificialmente para el latín, sólo puede elaborarse individualmente, con el objetivo dirigido a un ideal de arte similar al que tenían los grandes poetas de la antigüedad ('lo bello stile', dirá Dante en la *Commedia*). Nada depende de reglas, todo del "discernimiento": nosotros decimos (con un término que, como sabemos, se remonta a los literatos españoles del siglo XVI) *gusto o buen gusto*, Dante habla escolásticamente de *discretio*.

El refinamiento, la sublimación a la que el poeta somete las materias primas que encuentra a su alrededor consiste sobre todo en un trabajo de eliminación: en la canción no deben aparecer más que palabras generales, extraídas de ese fondo que todos los italianos tienen en común, y por tanto distantes de la realidad minuciosa, tan variada, y ajena a todo lo que es provinciano o municipal.

Quienes no saben desprenderse de la realidad cotidiana para entrar en esta esfera ideal están fuera del arte, dondequiera que se encuentren, incluso los toscanos. Dado este carácter ideal del espléndido lenguaje artístico, no es posible encontrar un "lugar" donde resida. Un "lugar" que sólo podría encontrar (y aquí las esperanzas políticas se elevan por encima de la mezquina realidad de una península servil y dividida) si Italia volviera a tener una residencia soberana y una sede suprema de justicia.

Dante dirige su mirada a una multitud de poetas que realizaron su ideal de lenguaje artístico, después de los provenzales que fueron excelentes herreros de la lengua vernácula de su madre: los letristas de la escuela que suele llamarse siciliana; Guinizzelli, con algún boloñés; y luego los poetas del nuevo estilo: Guido Cavalcanti, Lapo Gianni, Cino da Pistoia y él mismo, Dante.

Puesto que su objetivo es el arte de escribir con elegancia, refinamiento estilístico y no el lenguaje de todos, Dante glosa lo que podrían haber sido variantes idiomáticas en sus predecesores (y después de todo, conocía a los poetas sicilianos ya algo toscanizados por los copistas).

Tenemos muy pocos detalles concretos sobre cómo retrató este proceso de refinamiento: sin duda consistió sobre todo en una eliminación de rasgos ofensivos por su municipalismo plebeyo, no en una especie de mezcla (el concepto de "mezcla" sólo está algo implícito en la *discretio*, y apenas insinuado aquí y allá, para el *vocabula curialiora* utilizado por los Apuli, I, XII, 8, y para la *commixtio oppositorum que* se produjo en el discurso de Bolonia, I, XV, 5).

En el *Convivio,* casi todo el primer tratado está dedicado a justificar y ensalzar la lengua vernácula, elegida con preferencia al latín para comentar los cantos morales del poeta; pero no contiene ninguna declaración notable sobre la norma a seguir.

Habiéndose presentado "casi a todos los itálicos" con una apariencia vil, Dante debe ahora dotar a su obra de un "estilo elevado", para darle "un poco de gravedad" (I, IV, 13). Ha elegido la lengua vernácula por tres razones (I, V): la primera es un escrúpulo de técnica artística (la conveniencia de que, ya que los cantos están en lengua vernácula, el comentario relativo esté también en la misma lengua); la segunda es su deseo de "pronta liberalitade" (es decir, el objetivo de triunfar más ampliamente haciéndose comprender por un mayor número de personas); la tercera es "lo naturale amore de la propria loquela" (el amor natural a la propia lengua). Es cierto que el latín es superior a la lengua vernácula "y por nobleza y por virtud y por belleza" (I, V, 7), por su estabilidad, por su capacidad de expresar cosas que la lengua vernácula no es capaz de hacer, por su mayor armonía, "aunque la lengua vernácula siguiera el uso y la latina el arte":[3] pero un comentario en latín se adaptaría mal a los cantos en lengua vernácula. Un comentario latino "habría dado su beneficio a pocos, pero la lengua vernácula servirá verdaderamente a muchos" (I, IX, 4).

El sereno razonamiento cobra vida cuando Dante llega a ilustrar la tercera de las razones aducidas para explicar la elección de la lengua vernácula, "lo naturale amore de la propria loquela" (I, X, 5). Quiere magnificar la lengua vernácula, protegerla de los riesgos que un mal traductor de un comentario latino podría hacerle correr, defenderla de los denigradores (I, X, 7-11). Por medio de ella, el autor podrá manifestar los conceptos "más elevados y más novedosos", y mostrar así "la gran bondad de la lengua vernácula": en la prosa se ve mejor el "brío" de la lengua que en la poesía, en la que hay "adornos accidentales" (I, X, 12).

"Li malvagi uomini d'Italia che commendano lo volgare altrui e lo proprio dispregiano", es decir, los que preferían y prefieren (sobre todo en el norte de Italia, como sabemos) el provenzal o el francés, merecen "perpetua infamia y depresión" (I, XI, 1) porque les mueve la ignorancia o la malicia (al atribuir a una incapacidad de la lengua vernácula lo que es su propia incapacidad) o la vanagloria (para hacerse admirar escribiendo en lengua ajena) o la envidia o la pusilanimidad: diversas excusas para tener "que vilipendiar esta preciosa lengua vernácula" (I, XI, 21). El "perfectísimo amor" a su propia loquela (I, XII, 2) nace en Dante de su proximidad a ella, en cuanto "una y sólo una es primera en la mente que cualquier otra" (I, XII, 5) y de su propia bondad. De la lengua vernácula recibió Dante "el don de grandes beneficios" (I, XIII, 2), porque unió a sus padres, porque le introdujo en el camino de la ciencia, "pues con ella entré en la lengua latina y con ella se me mostró: qué latín era entonces el camino para que yo fuera más lejos" (I, XIII, 5). Para la lengua vernácula sería beneficioso para su conservación "acostumbrarse a una mayor estabilidad" (I, XIII, 6),[4] y esto podría lograrlo convirtiéndose en una lengua poética. Así lo hizo Dante, vinculándose a ella por una larga costumbre.

Habiendo justificado así las bondades de la lengua vernácula y su aptitud para el comentario en prosa, y proclamado su afecto por ella, Dante cierra el primer libro de *las Convivio* con las célebres palabras de tono profético: "Ésta será nueva luz, nuevo sol, que saldrá donde el sol usado se pone, y dará luz a los que están en tinieblas y oscuridad, por el sol usado que no les da luz" (I, XIII, 12). Incluso quienes no sepan latín podrán por fin

acercarse a obras de alto pensamiento. Y, gracias también a la obra de Dante, la profecía se hizo realidad.[5]

3. El lenguaje de Dante desde los primeros poemas líricos hasta la Divina Comedia

Nunca está exento de riesgo comparar las doctrinas que profesa un escritor sobre el lenguaje y el estilo con sus obras de arte. En el caso de Dante, los malentendidos han sido especialmente graves en siglos pasados, cuando se pretendió encontrar aplicadas en la *Commedia* aquellas teorías que él refería exclusivamente al estilo sublime.

Esta clasificación en "géneros" no puede desdeñarse; tanto más si tenemos en cuenta que las experiencias artísticas de Dante abarcan deliberadamente un abanico muy amplio. "Vemos en Dante la epistolografía de tipo apocalíptico, el tratado escolástico, la prosa narrativa vernácula, la didáctica, la lírica trágica y humilde, la *comedia*".[6]

Incluso prescindiendo, como debemos hacer aquí, de los escritos latinos, Dante adapta su lenguaje en las distintas obras, es más, en las distintas partes de las obras, a estilos muy diferentes.

En su lírica, pasa de los primeros experimentos todavía ligados al provenzal sículo-toscano, a ese nuevo timbre suyo y de algunos amigos, que, según su propio juicio, llamamos estilnovistico.

En la *Vita nuova,* la prosa que, como llevando a cabo la sugerencia dada por las "razones" provenzales, acompaña a los poemas, sufre inevitablemente de la moda de la prosa ornamentada, con repeticiones, figuras etimológicas y otros refinamientos formales, pero consigue sin embargo, junto con la melodía de los cantos de alabanza, crear una atmósfera de incomparable levedad: y la eficacia de la *Vita nuova* como modelo estilístico no será inferior ni siquiera a la *Divina Comedia.* La frecuencia de palabras como *milagro* y *maravilla* y de expresiones superlativas contribuye a crear esta atmósfera.[7]

El canzoniere recoge numerosas y variadas experiencias artísticas: las rimas alegóricas por las que Dante pudo atribuirse el título de "poeta de la rectitud", los versos realistas del combate con Forese, las rimas pétreas y las sestinas en las que el poeta compite con el robusto y difícil Arnaldo Daniello, intentando "novedades / que no se han hecho antes en ningún tiempo"; luego, en los años del exilio, la breve y vigorosa canción "Tre donne" (Tres mujeres).[8]

La elección léxica en la alta lírica es siempre severa y repugnante, ni aparecen en ella aquellas palabras que el *De vulgari eloquentia* condena como "puerilia" (*madre*, *padre*) o "silvestria" (*cetera* o *cetra*, *rebaño*) o "urbana lubrica et reburra", como *hembra* y *cuerpo* (*cuerpo* aparece realmente en el Canto de nobleza, en el que Dante dice que debe dejar su "estilo suave"): en cambio, usará todas estas palabras sin escrúpulos en la *Comedia. A la* inversa, en las *Rimas* aparecen palabras que no aparecen en la *Commedia*: por ejemplo, *lagare*, *prenze*, *lastrare*.

El poeta reconoce que extrajo "lo bello stilo" mediante el estudio asiduo de los clásicos y, en especial, de Virgilio:

Tú eres mi maestro y mi autor;
Tú sólo eres aquel a quien quité
el hermoso estilete que me hizo honor.
(*Inf.*, I, vv. 85-87)

En verso, el poeta amplió el campo de la lengua vernácula al lirismo filosófico, en prosa da con el *Convivio* el primer ejemplo conspicuo de obra doctrinal en lengua vernácula. La experiencia de la latinidad clásica y escolástica se asimila a una sintaxis periódica, amplia y orientada no al ornato sino al razonamiento.[9] Sólo merece la pena mencionar un ejemplo:

Puesto que la inconmensurable bondad divina quiso reformar la criatura humana, que por el pecado de la prevaricación del primer hombre se había apartado de Dios y se había deformado, se eligió en aquel altísimo y unidísimo consistorio divino de la Trinidad, que el Hijo de Dios descendiera a la tierra para hacer esta concordia. Y, por lo tanto, en su venida al mundo, no sólo el cielo, sino también la tierra debían estar en la mejor disposición; y la mejor disposición de la tierra es cuando es una monarquía, es decir, todo a un príncipe, como se ha dicho anteriormente; ordenado por disposición divina fue ese pueblo y esa ciudad que iba a lograr esto, es decir, la gloriosa Roma (IV, V, 3-4).

En resumen, en el *Convivio* "la visión exquisitamente medieval se implementa con módulos tan perfectamente construidos, con tal dignidad de escritura, que podemos sentir un soplo de clasicismo entre los arcos góticos del proceso demostrativo".[10]

En la *Divina Comedia,* el poeta, aunque a través de las estrictas limitaciones que le impone la elección del esquema del tresillo, se comporta con una libertad muy grande en cuanto a la gama de estilos.[11] Partiendo de bases gramaticales y léxicas indudablemente florentinas, se sirve libremente de todos los recursos lingüísticos que ya han tenido consagración literaria.

En varios lugares del poema podemos encontrar versos "ilustres" en los que no hay distintivos locales. Versos como

Para ti fui poeta, para ti cristiano
....
Y la bella Trinacria, que caligrafía
....
Oh Beatrice dulce guía y querida
....

también podría haber sido escrito, hipotéticamente, por un poeta no toscano. Lo mismo puede decirse de algunos pasajes, digamos, opacamente doctrinales:

Toda forma sustancial, que sect
es de matera y está con ella unida
virtud específica ha recogido en sí mismo,
Que sin acción no se siente
(*Purg*., XVIII, vv. 49-52).

En cambio, encontramos en el otro extremo del espectro versos de estilo mediocre o incluso plebeyo, en los que por tanto aparecen vocablos no permitidos por el poeta para el alto lirismo por tener un fuerte colorido idiomático. Así el último verso del Canto XX de *Inferno*:

Sí, me hablaba y *entrábamos...*

y varias comparaciones realistas de otros cantos del *Infierno*:

Ya *ve* por *mezzul* perder o *lulla*,[12]
Como vi uno, así no pervierto
roto desde la barbilla hasta donde *trina*
(XXVIII, VV. 22-24)

Y nunca he visto *brujería* antes
un niño esperado por el *portador*
(XXIX, VV. 76-77)

Y así les bajó por las uñas la sarna
como escamas *de scàrdova*
(*ibíd.*, VV. 82-83).

No nos corresponde a nosotros analizar esas cualidades que hacen de Dante uno de los más grandes poetas de la humanidad: su milagrosa adhesión a lo concreto incluso allí donde se eleva a las cumbres de la espiritualidad, la armonía ora dulce ora solemne con que el sonido de las palabras acompaña el despliegue de imágenes y conceptos; no nos corresponde a nosotros, aunque la fortuna de Dante a lo largo de los siglos, y por tanto su perdurable eficacia en el lenguaje, se deban precisamente a esas cualidades.

El problema más propiamente nuestro es ver hasta qué punto puede decirse que la gramática y el vocabulario de Dante son florentinos. ¿Cambió Dante el carácter de su dialecto nativo más allá de lo que suelen hacer los poetas cuando subliman su habla "natural" en lenguaje artístico?

4. Gramática y vocabulario de la Divina Comedia

El uso de Dante[13] es en comparación con el uso "natural" del florentino de su época,[14] mucho más rico en duplicaciones.[15]

Tenemos *diceva junto* a *dicea* (como vemos con certeza en ejemplos rimados: *diceva* [*Purg.,* XXIV, 118] rima con *Eva*; *dicea* [*Purg*., XXVII, 99] rima con *Citerea*); *vorrei* (*Inf.,* XXXIII, 97) junto a *vorria* (*Par*., XXXIII, 15), *fero* e *feron* junto a *fenno* etc. El perfecto fuerte de *tacere* (*tacqui*, *-e) aparece* 10 veces, el débil (*tacetti*, *-e*) 4.

Padre alterna con *patre,* y *madre* con *matre*; *lasciare* tiene al lado *lassare*, casi otras tantas veces. *Manicare* y *manducare* se usan promiscuamente con *mangiare,* y lo mismo

sucede con *vendicare* (tres veces) y *vengiare* (otras tres): es evidente que Dante aprovecha de buen grado la posibilidad de usar una de cuatro sílabas o una de tres, aunque no sea éste el motivo exclusivo. *Re* y *rege*, *imago* e *image* se utilizan libremente, con una elección cuyos motivos no siempre son fáciles de escrutar. Junto a *espejo*, que es la forma "normal", utilizada 16 veces, Dante tiene en su paleta *speglio* (4 veces), *speculo*, *miraglio*; junto a *speranza* utiliza *speme* (7 veces) y *spene* (3 veces).

Esta libertad de elección basta para mostrar que Dante, al tiempo que se mantiene firmemente arraigado en su uso nativo, mira a su alrededor, y acoge junto a las palabras y formas del florentino contemporáneo, también voces y formas en desuso, algunas formas del toscano occidental y meridional, algunas voces raras de otros dialectos italianos, muchas voces latinas, varias francesas. Esta vastedad de horizonte tiene, sin embargo, una estricta limitación: mientras que el poeta admite formas y palabras florentinas allí donde las necesita, las demás deben haber tenido alguna consagración literaria. Así, las palabras latinas pueden aceptarse de pleno derecho, pero si utiliza el tipo *vorria* lo hace apoyándose en los sicilianos y sículo-toscanos; *vonno* (3ª pers. plur. del presente) procedía del umbro literario; *fenno*, *apparinno*, *terminonno* (3ª pers. plur. del perfecto) habían sido utilizados literalmente por los toscanos occidentales; la rima de *lome* (o *lume* lo que sea) con *nome* y *come* tiene precedentes en Cavalcanti y los boloñeses, etc.[16]

No es sorprendente que Dante se adhiera más bien a las formas que se usaban en Florencia en su juventud o en la generación anterior que a las que prevalecieron un poco más tarde. A propósito de ciertas formas verbales utilizadas por Dante, Parodi había concluido: "Parece que Dante, más que el uso de los letristas, ha seguido aquí el uso toscano de poco más de una generación anterior a la suya, dibujando en ese arcaísmo moderado nobleza y solemnidad del lenguaje;"[17] Castellani (*Nuovi testi*, p. 69), aunque no excluye que esas formas estuvieran aún vivas en la generación de Dante, concluye que "ciertamente en la época en que se escribió la *Divina Comedia* estaban en plena disolución".

En otro caso vemos a Dante utilizar alternativamente el tipo *vederai*, corriente en la generación que le precede, y el tipo *vedrai*, que prevalece entre sus contemporáneos ("*vedrai* li antichi spiriti dolenti [...] e *vederai* color che son contenti": *Inf.*, I, vv. 116 y 118).[18]

Dante no tiene escrúpulos en utilizar en la *Commedia* voces florentinas de todos los estratos sociales, incluso plebeyos. La comparación de otros textos o el testimonio de otros dialectos toscanos han permitido a menudo interpretar con precisión milimétrica el vocabulario de Dante, hasta entonces poco conocido:[19] Por ejemplo, *bastare* en el sentido de "durar" (*Purg*., XXV, v. 136) se encuentra en Pulci y en el proverbio "Tanto *bastasse* la mala vicina quanto *basta* la neve marzolina"; *burlare* por "tirar, esparcir" (*Inf*, VII, v. 30) está en la onomástica (*Burlafave* di Montepulciano, soldado en Florencia en 1290) y en Pucci; *piovorno lo* oyó Giuliani en Val di Nievole (y *rubecchio* en las montañas de Pistoia); *potere en* el sentido de "poder llevar" (*Par*, XVI, v. 47) sigue vivo en Toscana (y en otros lugares) en frases como *lo puoi?*; *punga* (*Inf*., IX, V. 7) tiene muchos ejemplos de los siglos XIV y XV "desaparecidos en su mayor parte de la imprenta, debido al cuidado demasiado cariñoso de los editores" (Parodi); etc.

A veces, la elección de palabras dialectales tiene por objeto caracterizar a personajes concretos (por ejemplo, la *issa* lucchese atribuida a Bonagiunta).

Muy amplia, casi diría ilimitada, es la apertura hacia las palabras latinas, clásicas, tardías y medievales. La admisibilidad teórica de todas ellas, incluso las más extrañas, queda demostrada por ese pasaje del *De vulgari eloquentia* (II, VII, 6) en el que Dante cita como utilizable en lengua vernácula la caprichosa acuñación del latín medieval "*honorificabilitudinitate*, quod duodena perficitur sillaba in vulgari, et in gramatica tredena perficitur in duobus obliquis".

Los latinismos abundan en los cantos de discusión doctrinal; de ahí que los encontremos cada vez más desde *Inferno* hasta *Paradiso*. Muchos debieron de ser ya aceptados en la escolástica italiana antes de Dante, pero muchos son ciertamente suyos.[20]

A veces, la abundancia de latinismos viene sugerida por la solemnidad del discurso atribuido a un personaje. Por citar sólo un ejemplo, en la ojeada a la historia del Imperio trazada por Justiniano (*Par*., VI), son muchos los que contribuyen al tono elevado del discurso: dal *cirro negletto fu nomato...tu labi... triunfaro...si cuba...colaiulo seguente...*dal *colubro / la morte prese subitana ed atra...al lito rubro...e il suo delubro...era fatturo...nel commensurar di nostri gaggi...alcuna nequizia...la presente margarita... Cive* aparece sólo en rima, y sólo en los elevados discursos de Beatrice ("e sarai meco senza fine cive": *Purg*.,

XXXII, v. 101), de Carlo Martello ("per l'uomo in terra, se non fosse cive": *Par.*, VIII, v. 116), de San Pedro ("ma perché questo regno ha fatto civi": *Par.*, XXIV, v. 43).

Otras veces es la adhesión a su fuente lo que sugiere latinismo a Dante: el *agricultor* del Canto de Santo Domingo (*Par.*, XII, v. 71) procede de la parábola del viñador; el *conservo del* papa Adriano (*Purg.*, XIX, v. 134) procede del *Apocalipsis*;[21] los *iaculi* serpenti di Libia (*Inf.*, XXIV, v. 86) son un recuerdo de Lucano; el *libito* y el *licito* intercambiados por Semíramis (*Inf.*, V, v. 56) ya se contraponen en un pasaje de Orosio; "l'alte fosse che *vallan* quella terra sconsolata" (*Inf*, VIII, v. 77) se remontan al libro de los *Proverbios*, ya parafraseados en un pasaje del *Convivio* ("cuando [Dios] con ley cierta y redonda *vallava* los abismos"); etc.).

Zingarelli, en el artículo citado, ha enumerado unos quinientos latinismos. Quien se propusiera recalcularlos tendría que intentar distinguir los latinismos propios de Dante de los que ya eran comunes en su época; pero no queremos intentar esta difícil empresa, ni buscar cuáles pudieron ser las razones de la elección del poeta en casos concretos: nos basta con haber señalado la amplitud del fenómeno.[22]

La ignorancia del griego por parte de Dante le impedía utilizar palabras griegas que no encontrara ya en los textos latinos que utilizaba (por ejemplo, *perizoma lo* encontró en la *Vulgata*, *latria* y *tetragonus* en Santo Tomás). Sólo excepcionalmente se aventura a reconstruir más de lo que sabe: como cuando toma por singular el plural *entoma* (presumiblemente encontrado en *De historia animalium* de Aristóteles) y deriva de él un falso plural *entomata* (*Purg.*, X, v. 128).[23]

Los galicismos que encontramos en Dante no son pocos, pero es difícil señalar alguno que no se encuentre también en otros textos y que, por tanto, pueda ser exclusivamente suyo. Incluso *flailli* (*Par.*, XX, v. 14), una adaptación del fr. ant. *flavel*, *flajel, hasta* ahora no documentada por ningún otro texto, puede haber llegado a Dante a través del siciliano si nos fijamos en el vocalismo.[24]

También es difícil establecer la frontera entre las voces acuñadas por Dante y las que pudo dibujar a su alrededor, a partir de fuentes de las que no tenemos constancia.

Probablemente hay varias derivaciones inmediatas, deverbales como *cunta* (*Purg.*, XXXI, v. 4) o denominativas como *alleluiare*, *golare*, *mirrare*.

Entre las numerosas derivaciones prefijadas (*adimare*, *appulcrare*; *dismalare*, *divimare*; *indracare*, *ingigliare*, *impolare*, *inurbarsi*, *inventrare*; *rinfamare*, *ringavagnare*; *sgannare*, *spoltrire*; *transumanare* etc.), varias son ciertamente suyas, especialmente las voces formadas por posesivos, pronombres, numerales, adverbios (immiare, intuare, inleiarsi, inluiarsi, intrearsi, internarsi etc.).Muchas son ciertamente suyas, especialmente las voces formadas por posesivos, pronombres, numerales, adverbios (*immiare*, *intuare*, *inleiarsi*, *inluiarsi*, *intrearsi*, *internarsi* [der. di *terno*], *incinquarsi*, *immillarsi*, *indovarsi*, *insemprarsi*, *insusarsi*). Sobre *imparadisare*, Tommaseo dice en el *Diccionario*: "Es de la lengua viva, y Dante lo habrá tomado de ella, no ella de Dante": pero en presencia de tantas acuñaciones de este tipo, parece más probable lo contrario.

Quizá también de acuñación dantesca sea alguna formación sufija: *pennelleggiare*, *torreggiare*.

5. Eficacia de Dante

En los siglos siguientes (y no dejaremos de mencionarlo a medida que avancemos) la influencia de Dante se desplegará constantemente, aunque ahora con mayor y ahora con menor fuerza. Influirá en el estilo (por ejemplo, Boccaccio está fuertemente influido por la *Vita nuova*; los escritores de "visiones" por la *Divina Comedia*), en la métrica (fortuna de la terza rima), en el léxico (como veremos ahora con algunos ejemplos).

Puesto que, desde el siglo XIV, la *Commedia ha sido asumida* casi como el libro sagrado de la nación, comentada del mismo modo que las páginas sagradas y leída en las escuelas de alto nivel, ha proporcionado y sigue proporcionando material para continuas citas, tanto de versos enteros como de frases que aluden más o menos estrechamente a episodios y figuras del poema o a conceptos dantescos: las *cañas codiciosas* (de Cerbero), la *comida feroz* (del conde Ugolino), la *risa desgreñada* (de la reina Ginevra), la *venganza alegre*, el *señorío malvado*, el *lugar natal,* la *gora muerta*, el *mundanal ruido*, la *muchedumbre vulgar*, el *veneno del sujeto*, el *sabor de los cítricos fuertes*, el *ondear de las banderas*, las *hembras acuñadoras*, y de nuevo, *risurger per li rami*, *raunar le fronde sparte*, *far tremere le venas y las muñecas*, etc.

Las palabras dantescas individuales también han sido afortunadas: no sólo las que se refieren a la estructura y las leyes del inframundo de Dante, como *bolgia* y *contrapasso* (del *contrapassum de* Santo Tomás: "lo que se sufre como contrapartida de la culpa"), sino varias otras: *lai* (véase p. 266), *loico*, *macro*, *grifagno*, *tetragono* (en el sentido abstracto de "inconmoviblemente firme", que está tomado de *Par*.

Pero más que las influencias individuales, lo que cuenta es la eficacia global de Dante, que con la *Commedia*, menos de un siglo después de los inicios del uso literario del italiano, estableció un monumento tan elevado de la poesía, "mostró lo que nuestra lengua podía".

[1] Rajna, apartándose de la autoridad de los manuscritos, propuso leer facciaNO *aTro*, con otras dos peculiaridades del antiguo plebeyo florentino. Pero no se dice, observa Marigo (p. 112 de su edición), "que el canto plebeyo deba contener una fea deformación en cada palabra".

[2] [Sobre la lengua vernácula curial: G. Devoto, *Linguaggio d'Italia*, Milán 1974, p. 249, y la entrada "Curial" de P.V. Mengaldo en *Enciclopedia dantesca*, II, Roma, 1970, p. 288].

[3] Sobre estas afirmaciones, en comparación con otras de *De vulgari eloquentia*, véase P. Rajna, en *Misc. Hortis,* Trieste 1910, p. 128; G. Busnelli y G. Vandelli, en su ed. del *Convivio*, pp. 87-89; B. Nardi, *Dante e la cultura medievale*, 2ª ed., Bari 1949, pp. 230-233.

[4] Un pasaje de *De vulgari eloquentia* (I, IX, 9) nos muestra cómo Dante consideraba la estabilidad de la lengua como un atributo indispensable de su función social: "sub invariabili sermone civicare" ("participar en una ciudadanía común por medio de una lengua invariable"). No parece probable, sin embargo, que pretendiera dar a la lengua vernácula una fijeza análoga a la del latín (Parodi, en *Bull. Soc. Dant*., III, p. 94 = *Lingua e lett.*, p. 220).

[5] Algunas de las afirmaciones de Dante sobre la favella humana y la lengua vernácula italiana se encuentran también en la *Divina commedia*: se citan en la "Categoria quinta" de *Concordanze dantesche de* G. Falorsi, Florencia 1920.

[6] G. Contini, en el volumen misceláneo de la Libera Cattedra sul *Trecento*, Florencia 1953, p. 98.

[7] Baste remitirse a Schiaffini, *Tradición*, cap. V.

[8] Cito sólo dos obras: el excelente comentario de Contini sobre las *Rime*, 2ª ed., Turín 1946, y F. Maggini, *Dalle* "*Rime*" *alla lirica del Paradiso*, Florencia 1938.

[9] Sólo me refiero a Schiaffini, *Tradición*, capítulo VI, y a Segre, *Sintaxis,* parte III.

[10] C. Segre, *Volgarizzamenti del Due e Trecento*, Turín 1953, p. 18.

[11] A. Schiaffini, "Sobre el "estilo cómico" de Dante", en *Momenti*, pp. 43-56.

[12] "Un verso que sólo los florentinos pueden entender [...] ¿Y quién hay que sepa lo que Dante quiso decir en ese verso *Già veggia* etc.? Ciertamente creo que nadie más que nosotros, los florentinos" (G. Della Casa, *Galateo*, XXII, tras las huellas de Bembo).

[13] Sería útil disponer de inventarios completos del uso gramatical y léxico de Dante; pero desgraciadamente sólo podemos disponer de repertorios envejecidos: la exigua disertación de H. Zehle, *Laut- und Flexionslehre in Dantes D. C.*, Marburg 1885, la concordancia de Fay (1888), los vocabularios de L.G. Blanc (1859), de G. Poletto (1885-87), de G.A. Scartazzini (1905), de G. Vivanti-Siebzehner (1954).

[14] Tal como lo conocemos sobre todo por los *Textos* de Schiaffini y los *Nuevos Textos* de Castellani.

[15] El juvenil artículo de N. Zingarelli, "Parole e forme della Divina *commedia* aliene dal dialetto fiorentino", en *St. di fil. rom*., I, 1884, pp. 1-202, todavía puede prestar un útil servicio. Muy importante para cualquier investigación sobre el lenguaje de Dante es siempre el luminoso artículo de E.G. Parodi, "La rima e i vocaboli in rima nella *Divina commedia*", en *Bull. Soc. Dant*., III, 1896, pp. 81-156 (reimpreso en *Lingua e lett*., pp. 203-284).

[16] Cf. el artículo de Parodi, tantas veces citado, y la concisa redacción de su artículo póstumo "Dante e il dialetto genovese" (*Lingua e lett.*, pp. 285-300).

[17] Parodi, *Bull. Soc. Dant*., III, p. 126 (= *Lingua e lett*., p. 253).

[18] Castellani, *Nuevos textos, pp*. 62-63. Otro ejemplo de "polimorfismo" añade Nencioni, *Fra grammatica e retorica*, pp. 14-19.

[19] Borghini ya hizo comentarios en este sentido, contradiciendo a Ruscelli. Véase entonces el artículo de G.B. Giuliani, *Dante e il livente linguaggio toscano*, Florencia 1872, el pequeño volumen de R. Caverni, *Voci e maniere nella Divina commedia dell'uso popolare toscano*, Florencia 1877 (exagerado en su tesis, lleno de errores históricos y etimológicos, pero de alguna utilidad), el sólido ensayo de I. Del Lungo, "Il volgare fiorentino nel poema di Dante" (en *Atti Acc. Crusca*, 1889, reimpreso en *Dal secolo e dal poema di Dante*, Bolonia 1898), y el muy citado artículo de Parodi.

[20] También eran ciertas del uso de las escuelas, en la medida en que se hablaba la lengua vernácula, las locuciones fijas del tipo *ab antico* (Inf., XV, v. 62) o las sustantivaciones de *ubi*, *necesse*, *quia* etc. *(Inf.,* XV, v. 62).

[21] [*Conservo se* encuentra también en el Evangelio de Mateo].

[22] Véase también E.R. Curtius, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna 1948, cap. XVIII, § 2.

[23] Para la acentuación de nombres como *Calliopè*, *Semelè*, etc., véase la p. 169.

[24] A. Schiaffini, en *It. dial.,* IV, 1928, pp. 229-230.

VI

DECIMOTERCERO

1. El siglo XIV

El siglo XIV es uno de los periodos más importantes de la historia de la lengua italiana: no porque en ese siglo la lengua y la literatura alcanzaran la cúspide de la perfección, como creían Bembo, Salviati, Cesari y Giordani, por razones en parte diferentes, sino porque en ese siglo vivieron y trabajaron los tres escritores que fueron históricamente los principales modelos de la unificación lingüística nacional.

En el marco de la civilización comunal, Florencia muestra, junto a la crudeza e iniquidad de sus luchas partidistas, una prodigiosa vitalidad propia. Giotto trabaja allí; Arnolfo construye "el templo más bello y admirable de la Toscana". Los mercaderes florentinos llevaron a cabo una enorme cantidad de negocios en toda Europa occidental: se sabe que Bonifacio VIII, al comprobar que doce de los embajadores enviados por diversas potencias para su coronación eran florentinos, los habría llamado "el quinto elemento del mundo".

El orgullo y la soberbia se perciben en las palabras de Villani, que en 1300 decidió empezar a escribir la *Crónica*, "considerando que nuestra ciudad de Florencia, hija y factura de Roma, estaba en su auge y perseguía grandes cosas, como Roma estaba en su caída" (VIII, cap. 26).

El auge de la nueva lengua fue principalmente el resultado de la civilización municipal: el latín corría el peligro de ser monopolizado por un pequeño grupo de profesionales y comerciantes, es decir, la columna vertebral más activa de la ciudad, los nobles, que ahora eran aceptados como ciudadanos, y las mujeres, que no solían ir a la escuela, quedarían excluidas de la cultura. El pensamiento y la poesía de Dante crecieron en este terreno cultural, y su prestigio repercutió inmediatamente en la lengua vernácula.

Decir que la civilización comunal de Florencia fue el terreno cultural propicio para el florecimiento de algunos grandes escritores no basta para explicar las elevadas cualidades de artistas por las que se establecieron como modelos, ni la afortunada combinación de circunstancias por las que los tres más excelentes surgieron todos de ese terreno.

¿Cómo habría sido y sería la lengua de Italia si Dante no hubiera nacido y en su lugar, digamos, Bonvicino della Riva hubiera tenido el corazón y el ingenio de Alighieri? Pero uno sabe que no se deben hacer tales hipótesis.

Al examinar los acontecimientos históricos y culturales de este periodo que guardan una relación más estrecha con la lengua, llegaremos por lo general hasta la muerte de Boccaccio, es decir, hasta 1375, porque el último cuarto del siglo se concilia mejor con las tendencias del siglo XV debido al humanismo ahora dominante.

2. Acontecimientos políticos

La civilización comunal, que se mantuvo durante más tiempo y con mayor firmeza en Florencia que en otros lugares (pero no sin el paréntesis dictatorial del duque de Atenas, y no sin cierto predominio de familias con tendencias oligárquicas), se estaba transformando en cambio en el norte y centro de Italia, con la aparición de los señores locales.

La tendencia, sin embargo, de algunas grandes ciudades a expandirse a una esfera más o menos regional se manifiesta tanto en Toscana, donde Florencia consigue extender su dominio sobre Pistoia, Pisa y Arezzo (pero no sobre Siena ni sobre Lucca), como en las otras partes del norte de Italia (intentos de los Carraresi, los Scaligeri, los Visconti) y del Medio. Cada señorío políticamente importante es la sede de una corte, y tiende a promover su propia *koinè*.

La importancia de Roma se veía cada vez más comprometida por la ausencia del Pontífice, ni el efímero señorío de Cola la elevaba. En el reino de Nápoles, la capital (en estrecho contacto con el resto de Italia, tanto en tiempos del rey Roberto como en los de Siniscalco Acciaiuoli) es mucho más importante que el resto del estado, donde la vida municipal es muy escasa.

Sicilia, que durante toda la época sueva se había extendido hacia la península, después de Caltabellotta (1302) formó el pequeño reino autónomo de Trinacria, encerrado en sí mismo y sólo preocupado por su propia fortuna. En Cerdeña, a la fuerte influencia pisana sucedió la penetración catalana, bajo el dominio de los aragoneses.

La peste negra, tras la masacre llevada a cabo en 1348 en toda la Península, reapareció varias veces en los años siguientes con menor virulencia: y afectó fuertemente no sólo a la estructura demográfica, sino a toda la vida de la época.

3. Vida cívica y cultural

Entre los muchos aspectos de la vida civil y cultural del siglo XIV, cabe mencionar los que ejercieron cierta influencia en la formación de una lengua común.

Los mercaderes realizan largos viajes, tienen contacto con hombres de diversos países y a menudo se establecen en otras naciones, sirviendo de conducto a las palabras extranjeras. La contabilidad según el método veneciano se generalizó en este siglo. También es digna de mención la costumbre de los mercaderes de leer por el camino obras escritas en lengua vernácula, más entretenidas que edificantes.

La navegación reúne a hombres de distintos países: los escritos náuticos (por ejemplo, la *Brújula del Navegante*) *o los* códigos de costumbres marítimas (como la *Tavola di Amalfi*) siempre tienen caracteres lingüísticos muy mezclados.

Podestátes, jueces y profesores pasan a menudo de una ciudad a otra: y las risas que a veces provocan sus peculiaridades lingüísticas les impulsan a eliminarlas.

Las milicias de riesgo, al principio a menudo extranjeras (recuérdense las tropas borgoñonas del duque de Atenas), fueron reclutadas más tarde en Italia, en las regiones más pobres.

Y pasando de ciudad en ciudad, de señor en señor, estaban los "hombres de la corte" en todas sus diversas gradaciones, desde poetas cortesanos a bufones: a veces solicitados y elegantemente acogidos, a veces rechazados por temor a su petulancia profesional (recuérdense, por ejemplo, las estrictas disposiciones de la Constituto di Siena, vulgarizadas en 1309-10, contra los bufones en las fiestas de boda).

Los deseos de lucro, las aspiraciones de gloria, el anhelo de belleza son impulsos eternos del alma humana: pero en pocas épocas y en pocos lugares han alcanzado una tensión tan fuerte como en Florencia y en la Italia de este periodo. El que destaca en primer plano es el humanismo que, principalmente a través de la obra de Petrarca y de su estandarte, Boccaccio, irradia desde Florencia toda Europa. Pero no hay que olvidar el nuevo estilo que se impone en las artes figurativas (Giotto, Arnolfo) y en la música (el *Ars nova* acogido y estabilizado en Florencia).

En este siglo, a las antiguas universidades se unieron las de Perusa, Florencia y Siena: y es importante recordar que gracias sobre todo a la labor de los dos ilustres intérpretes del derecho común, Bartolo da Sassoferrato y su discípulo Baldo, maestro durante muchos años en Perusa y luego en otras ciudades, la nueva doctrina jurídica se convirtió en patrimonio común italiano, incluso europeo.

Se han recogido numerosos testimonios sobre las relaciones culturales que se desarrollaron entre región y región: nos gustaría al menos recordar una de las más importantes de estas corrientes, la que llevó al Véneto un amplio conocimiento de los hombres, de las cosas y sobre todo de las letras toscanas: tanto más cuanto que estamos ampliamente informados sobre ella gracias a una buena monografía.[1]

4. Latín y vulgar

El latín y la lengua vernácula se encuentran en un sentido en relaciones de emulación y casi de antagonismo, en otro sentido de estrechísima conexión. La fuerte tendencia a extender el uso de la lengua vernácula para temas para los que antes sólo se utilizaba el latín beneficia sin duda a la nueva lengua y en cierto sentido disminuye a la otra. Pero

también hay que recordar que la lengua vernácula cobró protagonismo con el Dante prehumanista y con Petrarca y Boccaccio, precursores del humanismo, para concluir que sólo hombres que habían desarrollado una nueva concepción de la cultura, alimentada por la lengua y el pensamiento de los clásicos, fueron capaces de dar a la lengua vernácula una forma altamente artística y un nuevo impulso.[2]

La importancia de la lengua vernácula frente al latín[3] aumentó decisivamente en este siglo, tanto en el uso práctico como en el literario. En esto, Italia no fue en absoluto una excepción en Europa: por citar sólo un ejemplo, incluso en el uso de la cancillería imperial, el alemán (ya utilizado esporádicamente antes) ganó mucho terreno bajo Luis el Bávaro.

La correspondencia de carácter público continúa generalmente en latín: la tradición es muy fuerte en las cancillerías y, además, los notarios empleados en ellas proceden a menudo de otras ciudades.[4] Cuando encontramos actos públicos en lengua vernácula, como la paz entre Florencia y Pisa en 1328[5] o los pactos entre los municipios de Ancona y Venecia realizados en 1345,[6] probablemente no se trate del instrumento original, sino de traducciones realizadas para darlas a conocer al público. Otras veces se trata de actas anteriores a la redacción oficial.[7] Pero las órdenes e instrucciones dadas por los gobernantes a sus funcionarios y representantes suelen estar en lengua vernácula.[8]

El uso de la lengua vernácula se extendió ampliamente en este siglo por toda la legislación estatutaria. Sigue viva la costumbre de leer en lengua vernácula las resoluciones propuestas para su aprobación y, posteriormente, comunicarlas al público.[9] Pero esto no basta: también es necesario que las versiones se pongan por escrito.

En 1302, en Bolonia, los jefes de la compañía de albañiles pidieron al capitán, a los ancianos y a los cónsules de la ciudad que se hiciera una reforma contra las "novedades" políticas y "scripta e reformà volgare", "açò che sia publico et certo a ciaschuno de intendere".[10]

El estatuto del Arte della Seta (o Por Santa Maria) de Florencia (1335) está en latín, pero su última rúbrica establece que debe traducirse a la lengua vernácula y que todos los alcaldes deben leer el texto en lengua vernácula.[11]

Numerosos estatutos, tanto municipales como de corporaciones individuales, se vulgarizan en este siglo. En Siena se hizo una traducción de la Constituto en 1309-10 (ed. Lisini, Siena 1903), en Perugia se tradujeron los estatutos municipales en 1342 (ed. Degli Azzi, Roma 1913-16), en Ascoli en 1377 (ed. Zdekauer-Sella, Roma 1910), etc.

En Florencia, el estatuto del Arte dei medici, speziali e merciai, redactado en latín en 1314, se vulgariza en 1349, etc.[12] En 1355 se decide traducir los estatutos municipales, y en 1356 se encarga oficialmente a Ser Andrea Lancia la tarea de vulgarizar todos los estatutos y ordenanzas en el plazo de un año, encuadernarlos en un volumen y ponerlos a disposición del público.[13]

Por supuesto, los traductores deben ser precisos: el estatuto del Arte della mercanzia de Siena (1338) prescribe que el texto latino y el texto vernáculo "tengan la misma sententia, entendimento et concordia" (ed. Senigaglia, p. 155). Pero no se excluye que el traductor haga algunas correcciones formales 'con bellas y sustanciosas palabras mercantiles'.[14]

Los avisos públicos, las listas de bienes sujetos a impuestos se entienden en lengua vernácula. Bartolo, forzando la interpretación de los textos de Justiniano, amplía los límites dentro de los cuales la lengua vernácula puede ser admitida en los procesos y actos.[15]

Los testamentos y las peticiones a las autoridades también están a menudo en lengua vernácula, a la que debieron de prestar la pluma abogados "que vagaban por las curias al servicio del público".[16] Las cartas e instrucciones de la Cancillería de Florencia están muy a menudo en lengua vernácula.[17]

En cambio, entre un par de miles de informes médico-legales fechados entre 1245 y 1400 que se conocen en Bolonia, sólo uno, de alrededor de 1350, está en lengua vernácula.[18]

Las numerosas traducciones vernáculas y las escasas recopilaciones en lengua vernácula de obras sobre medicina, cirugía y agricultura que encontramos en este siglo responden principalmente a necesidades prácticas: por ejemplo, las versiones de Serapione, Pietro Spano, Guglielmo da Piacenza y Pier Crescenzi.

En el uso literario, la lengua vernácula gana terreno al latín. El *Convivio* es una afirmación consciente de la madurez de la lengua vernácula para los tratados filosóficos difíciles. Y lo que Dante había dicho en *De vulgari eloquentia* sobre la falta de cantores de armas impulsó a Boccaccio a componer la *Teseida*:

Pero tú, oh libro, primero a ellas [= a *las Musas]* canta

de Marte hacen las aflicciones sostenidas,
En el Lacio vulgar más desapercibido.
(l. XII, st. 84).

Tanto Petrarca como Boccaccio están doctrinalmente persuadidos de la mayor "dignidad" del latín, al tiempo que conceden a la lengua vernácula la parte que conocemos.[19]

El hecho de que Petrarca postule los autógrafos de las *Rimas* en latín (*hic non placet*; *dic aliter*; *hoc placet quia sonantior*, etc.), o que dé títulos latinos a *los Trionfi* demuestra que su lengua escrita habitual era el latín, mientras que la lengua vernácula era una lengua que podía utilizarse para experimentos poéticos en condiciones particulares. Pero esto no es ni mucho menos un hecho aislado: pensemos en el comentario latino con el que Francesco da Barberino equipa sus *Documentos de amor*; Graziolo dei Bambagliuoli también escribió su *Tratado de las virtudes morales* en verso y lo acompañó de un comentario latino; encontramos representaciones sagradas con leyendas latinas,[20] y los títulos del *Saporetto* de Prodenzani (*Mundus placidus*, etc.) están en latín. Y los títulos, las fechas y, a veces, incluso las firmas de las cartas vernáculas son latinas.

Continuaron las vernacularizaciones de obras latinas, como el Boecio de Alberto della Piagentina, las *Metamorfosis* de Simintendi, la *Eneida* de Ugurgieri y, sobre todo, la versión de la Tercera y Cuarta Deca de Livio, completada por Boccaccio sobre un texto preparado por Petrarca.[21] Gracias a la experiencia técnica de los traductores "se elabora una prosa especial que contrae mucho de la lengua latina (sobre todo en lo que se refiere al léxico), es asquerosamente ajena a la lengua vernácula común y muestra marcados signos de elegancia: una prosa modelada sobre el latín y destinada, porque encuentra un ambiente propicio, a alcanzar y extender un firme dominio también por cierto de su oficio correctivo y educativo".[22]

No es infrecuente que los autores escriban la misma obra en ambas lenguas: Bartolomeo da San Concordio escribe *De documentis antiquorum* y luego traduce la obra con el título de *Ammaestramenti degli antichi*; Ser Cristoforo Guidini traduce al latín el *Libro della divina dottrina di* santa Caterina, porque "el dicto libro era ed è per volgare e chi sa la grammatica o la scienza non leggere tanto volentieri le cose che sono per volgare, quanto fa quelle per lettera".

Toda la enseñanza se imparte normalmente en latín. Sin embargo, los profesores suelen utilizar la lengua vernácula como medio, como también sabemos por Dante ("con esso io entrai ne lo latino e con esso mi fu mostrato": *Convivio*, I, XIII, 5).

Pero existe una enseñanza elemental práctica: por ejemplo, en Florencia en 1313, un maestro se compromete a enseñar a un niño "ita et taliter quod [...] sciat [...] legere et scribere omnes licteras et rationes et quod [...] sit sufficiens ad standum in apotecis artificis".[23]

La Istoria del re Giannino se refiere a las condiciones de Siena en la segunda mitad del siglo XIV: "en pocos meses aprendió a hablar franciescho y aprendió a hablar latín, es decir, toscano, y estuvo dos años en la escuela, y aprendió a leer y escribir merchatantescho sin gramaticha, y luego aprendió albacho, es decir, a razonar" (p. 23 Maccari).

Cuántos eran los que estudiaban, nos dice Villani para Florencia, en sus páginas estadísticas de 1338: "los garzoni que aprendían el abbaco y el algorismo en seis escuelas, de mil a mil doscientos" (*Cronica*, XI, cap. 113), sobre una población de unas ochenta mil almas.

A veces también estudiaban las mujeres: Bernabò Lomellini elogiaba a su esposa Zinevra por ser más capaz "de leer y escribir y razonar que un mercader" (Boccaccio, *Decamerón*, II, 9, 10). Margherita Bandini, esposa de Francesco Datini desde 1376, aprendía a leer y escribir con ser Lapo Mazzei en 1396 (Mazzei, *Lettere*, I, p. 154 y 159 Guasti). Los más conservadores no apreciaban mucho que las mujeres estudiaran: "s'el' è fanciulla femina, polla a cuscire, e none a legiere, ché non istà troppo bene a una femina sapere legiere, se già non la volessi a fare naca" (Paolo da Certaldo, n. 155).

5. Conocimiento de otras lenguas

Su conocimiento de la lengua y la literatura francesas es notable, sobre todo en la primera mitad del siglo. Las frecuentes relaciones con los numerosos mercaderes y cambistas establecidos en Francia, los contactos con la corte de Aviñón, la influencia de la

moda y las costumbres francesas en la corte de Roberto de Anjou y de nuevo en tiempos de Juana I son los factores más importantes.[24]

El uso literario del francés por parte de los italianos está vivo en el norte de Italia (Rustichello escribe la narración de Marco Polo, y de nuevo en 1379 Raffaele Marmora comienza el *Aquilón de Bavière*); y no son infrecuentes las influencias de obras francesas (por ejemplo, en Vannozzo y Prodenzani).

El Canto 8 del 4º libro de *Leandreide* está puesto por el autor en boca del trovador Arnaut de Marueilh y escrito en provenzal.

Los que volvían de Francia enriquecidos y afectados en su conocimiento de la lengua eran satirizados por Angiolieri en la persona de Neri Piccolino (sonn. "Quando Ner Piccolin tornò di Francia"), que imprecaba "Mala *mescianza* / possa venire a tutti i miei vicini". Y contra Taccone, justiciero y fanfarrón, Sacchetti escribió los versos deliberadamente afrancesados "la roccia *imbroccia*, e 'ncontro a Bacchilone / scontra *le roi* e *Ciarlon imperiere*" (p. 224 Chiari).

Hacia finales de siglo, Benvenuto da Imola, haciéndose eco en tono menor de las reprimendas de Dante en el *Convivio*, protestó contra los galicistas de su tiempo: "Unde multum miror et indignor animo, quando video italicos et praecipue nobiles, qui conantur imitari vestigia eorum et discunt linguam gallicam, asserentes quod nulla est pulchrior lingua gallica; quod nescio videre; nam lingua gallica est bastarda linguae latinae, sicut experientia docet" (*Comentum*, II, p. 409).

Petrarca, enviado en 1361 por Visconti al rey de Francia, se disculpó por hablar latín en lugar de francés: "linguam gallicam nec scio nec facile possum scire".

El alemán no era muy conocido. El catalán siguió la influencia aragonesa en Sicilia y Cerdeña. Federico III de Aragón, partidario de la lengua vernácula siciliana en Sicilia, escribía poemas políticos en provenzal coloreado de catalán. En Cerdeña, los decretos del gobernador (*veguer)* dirigidos a los funcionarios ya se publicaban en catalán en 1337.[25] En 1372, la población sarda fue expulsada de Alguer y sustituida por una colonia catalana.

Calabria y Mesina fueron centros notables de la cultura griega. En la península, el prehumanismo y luego el humanismo trajeron consigo el estímulo para un conocimiento pleno del griego: es bien conocido el papel desempeñado por el rey Roberto (con los traductores que favoreció), Petrarca y Boccaccio. La primera enseñanza del griego en Florencia, la de Leonzio Pilato (hacia 1360), fue de carácter oral; sólo a finales de siglo (1397) se crearía una cátedra para Crisolora.

6. El vulgo en Toscana

En Toscana, el uso de la lengua vernácula con fines prácticos estaba ya más extendido desde el siglo anterior que en otros lugares. Pero lo más importante para nosotros es ver cómo alcanza su máximo esplendor en el uso literario. La *Vita nuova* puede considerarse el inicio del periodo en el que Florencia pasa a ocupar una posición de indiscutible supremacía en la literatura. Sobre un terreno muy fértil, debido a una tendencia innata y a una larga educación en la escritura bella y la dicción agradable,[26] los tres grandes escritores florecieron y alcanzaron una excelencia estilística como no se había visto desde la Antigüedad. El filón se secaría luego en las últimas décadas del siglo, debido al predominio del humanismo latinizante.

Junto a la *Commedia*, hay que mencionar la poesía lírica, ya que la imitación estilística y lingüística se dirigirá sobre todo a ésta: y es bien sabido que en la unificación de la lengua italiana, la poesía precede a la prosa.

El lirismo estilístico, con su concepción aristocrática de la vida y la poesía, se convierte muy pronto en una repetición mecánica de lugares comunes. Pero Petrarca, aunque estrechamente relacionado con él, crea nuevos temas y formas.

Poco esfuerzo de arte se encuentra en los cantari históricos y caballerescos, pero un ennoblecimiento de sus patrones se encuentra en las obras poéticas de Boccaccio. La poesía realista continúa la corriente ya iniciada en el siglo XIII y recoge el uso popular de un lenguaje colorista y enérgico, a veces estilizándolo por placer.[27]

De toda la Toscana surgen voces de poetas menores: de Lucca (Pietro Faitinelli), de Siena (Folgore da San Gimignano, Bindo Bonichi, Simone Serdini, orgulloso enemigo de Florencia y gran admirador de Dante, y varios más), de Arezzo (Cenne della Chitarra, Giovanni de' Boni).

En prosa, los textos doctrinales (por ejemplo, Dante, *Convivio*; Sacchetti, *Exposiciones*) muestran una fuerte influencia erudita en las divisiones y articulaciones escolásticas, que no son desconocidas para los místicos (Santa Catalina, San Juan de las Células).

Los historiadores y narradores de viajes se remontan en parte a la tradición de la crónica, en parte a los novelistas burgueses (recordemos sobre todo a Sacchetti, pero también, en las partes narrativas, a Passavanti, que continúa la vena del *Novellino*).

Los experimentos técnicos llevados a cabo en las últimas décadas del siglo XIII y a principios del XIV en el arte de la época, gracias a la labor de los vulgarizadores más que a las teorías de los tratadistas, habían creado para entonces un instrumento dúctil y listo para el artista que supiera servirse de él. Podemos hacernos una idea de las exigencias artísticas cada vez mayores a partir de ese pasaje en el que Filippo Villani dice que su padre Matteo "usaba el estilo que le era posible, preparando la materia a más dilicati ingegni d'usare più felice e più alto stile" (Proemio).

7. Petrarca

Lo que cuenta de Petrarca en una historia de la lengua italiana es sólo su poesía lírica; de prosa italiana no tenemos nada (las pocas líneas de una carta a Leonardo Beccanugi no cuentan); lejana e indirecta es la importancia de sus obras latinas.[28]

El ejercicio estilístico de Petrarca se mueve a partir de los estilnovistas, especialmente de Cino; las rimas pétreas de Dante cuentan por encima de todo; la *Commedia* influye especialmente en los *Trionfi*, y más por la prepotente grandeza de Dante que por el consentimiento del reacio y poco conciliador Petrarca.

Los trovadores cuentan; pero mucho más las constantes lecturas de los clásicos, con un canon diferente y mucho más amplio que el medieval, testimonio de un espíritu nuevo y más maduro. A través de una larga y paciente elaboración, el poeta alcanza una exquisita y decorosa elegancia, una templada música verbal y canora.

Describió el trabajo que estaba realizando al escribir el *De remediis como* "doble / entre el styl de' moderni y 'l sermon prisco" (son. 40), el esfuerzo por reconciliar el estilo de los escolásticos y el de Cicerón. El trabajo sobre el lirismo italiano es aún más difícil: su base es su toscanidad ya compuesta, superpuesta con recuerdos de la tradición poética anterior, desde los sicilianos hasta los estilnovistas, y de la autoridad latina. Así, se considera libre para usar *propio*, incluso en rima, y *proprio*, *tesoro* y *tesauro*, *-me* y *-mi*, *-se* y *-si* enclitici; *proverai* ma *lassarà* (28, 36); libre sobre todo para usar monoptongo o diptongo donde el florentino hablado tenía *ie* y *uo*. En rima encontramos más a menudo el monoptongo; pero que se deja guiar sólo por el oído se ve en casos como éstos: tenemos "Né per bei boschi allegre *fere* e snelle" (312, 4) pero "Né *fiere* han questi boschi così selvagge" (288, 13): 19 veces *fera* (o *fere*), frente a 5 *fiera* (o *fiere*) según la concordancia de McKenzie; incluso tenemos en el mismo verso "Ché *bono* a *buono* à natural desio" (*Tr. Fama*, I, v. 126).[29]

Los cambios de *pie'* por *pe'*, de *dover* por *dever*, de *begli occhi* por *belli occhi* muestran el esfuerzo por apartarse del uso hablado para ennoblecer la dicción arcaizándola ligeramente. Las formas latinizantes del tipo *fenestra*, *curto*, *condutto* (antes había escrito *condotto*), *consecrare van* en esta línea, y a veces van más allá de lo admisible: si es admisible un *impio* en el interior del verso, no se puede decir lo mismo de un *impie* (83, 8) que rima con *tempie*, *empie*, *scempie* (sólo se puede constatar que es de la mano del copista, no de Petrarca).

En morfología, Petrarca acepta los dos tipos de condicional en *-ia* y *-ei*, mientras que del tercer tipo (del pluscuamperfecto) sólo tiene el *fora*. Muy raros son los participios sin sufijo (*avria stanco*, 218, 4).

En el léxico, lo que más llama la atención es su deliberada estrechez: está "cerrado en un círculo de inevitables objetos eternos, alejado de la mutabilidad de la historia" (Contini, "La lingua del Petrarca", cit., p. 11). Casi nunca aparecen palabras características, raras, fuertemente expresivas: las poquísimas que se pueden citar aparecen en poemas de correspondencia, donde Petrarca no puede esquivar rimas difíciles (*Etiopia*, *inopia*, *sfavillo*, *stillo*, en la respuesta a Stramazzo da Perugia, 24), o en series binómicas o polinómicas (*lappole e stecchi*, 166, 8), en antítesis ("Oh poco mel, molto *aloè* con fele", 360, 24), en imprecaciones.[30]

Además de la pátina latinizante que domina la ortografía y la elección de las variantes, hay un número considerable (que aumenta desde las *Rime* hasta los *Trionfi)* de latinismos,

tanto léxicos (por ejemplo, *ivernale*, *sorore*) como sintácticos (por ejemplo, *credere* en el sentido de "confiar" u "obedecer"; el acusativo en el estilo griego; el orden de las palabras).

Los provenzalismos no van más allá de los que la tradición poética ya había consagrado (como *augello*, *despitto*, *dolzore*, *frale*, *savere*, *soglio* con el significado de 'solevo', etc.); de hecho, el poeta evita esas palabras en -*anza* de las que tanto se había abusado.

Podría extrañar encontrar en Petrarca un francesismo no utilizado antes que él, *retentire* (*In su 'l dì fanno retentir le valli*, 219, 2), si el valor onomatopéyico de la palabra no lo justificara.[31]

Hay muy pocas palabras presumiblemente acuñadas por el propio Petrarca: *disacerbare*, *inalbare*.

Por otra parte, la serie de expresiones figuradas, que Petrarca extrajo sólo en parte de sus modelos, es rica: *foco*, *fiamme*, *sole*, *tesoro*, *fenice* por 'persona amada', *liquid crystal* por 'agua', *rai* por 'ojos', amorosi *vermi*, *amorose vespe* por 'pasión amorosa', etc.: si algunas de ellas nos parecen triviales, ello se debe al mal uso que los petrarquistas hicieron de ellas en los siglos siguientes.

Antítesis, paralelismos, acumulaciones polisindéticas o asindéticas (*Fior*, *frondi*, *erbe*, *ombre*, *antri*, *onde*, *aure soavi,* 303, 5; *Non Tesin*, *Po*, *Varo*, *Arno*, *Adige* e *Tebro* etc., 148), adìnati y todos los demás elementos estilísticos con los que los imitadores posteriores creyeron hacer poesía contribuyen a la armonía y elegancia de la expresión.

8. Boccaccio

Incluso entre los escritos de Boccaccio, la posteridad operó una severa poda. Las primeras obras (*Filocolo*, *Filostrato*, *Ameto*, *Teseida*, *Fiammetta*, *Ninfale*) contaron poco en la codificación lingüística del siglo XVI, mientras que el *Decamerón contó mucho.*

En cuanto a las grandes compilaciones filológicas en latín, tuvieron su propia fortuna erudita en la época humanística, completamente desligada de la fortuna de la Centonovelle.

En las obras menores en lengua vernácula encontramos ya los signos más claros de su personalidad. "El espíritu de Boccaccio estaba teñido de alejandrinismo desde su nacimiento, y el amor por lo peregrino, lo lujoso, lo complicado, lo superabundante se mezclaba en él en indisoluble unión con el realismo más puro y recto, siempre amenazando con triunfar. Sobre su nueva alma burguesa-mercantil de florentino se encendió otra misteriosa, de ovidiano-apuleano".[32]

Las dos vertientes del arte de Boccaccio se entrecruzan de diversas maneras en las experiencias juveniles que intentó de múltiples formas, en prosa y en verso (tercetos, octavas, baladas, sonetos): el realismo directo, que se manifiesta en la narración rápida y a veces incluso descuidada, y el amor por los ornamentos suntuosos, como los que podían gustar al joven que vivía al margen de la brillante y voluptuosa corte angevina.

En el *Filocolo* predominan los colores tomados de Ovidio, Apuleyo y la prosa adornada con los recursos retóricos de los vernacularizadores de los clásicos, de modo que la novela manifiesta una exuberante "extremidad estilística".[33]

Pero tras los nuevos experimentos que siguieron a su regreso a Florencia, llegó la época de la obra maestra. El escritor amplió su público ideal a la burguesía, los comerciantes, el popolo grasso,[34] y su técnica, menos vistosa, se adapta mucho mejor a los tonos tan variados de la narración. Las figuras y los aspectos de la comedia humana, la celebración de la vida y la exaltación del ingenio humano, los grandes frescos de aquel mundo medieval que tras los años de la gran peste se volvía hacia el otoño, pero que las generaciones que acababan de pasar habían conocido abierto hacia Europa y Levante, florido, áspero y sin embargo amable, encuentran en las palabras ahora sencillas, ahora adornadas de Boccaccio la expresión más congruente.

El extremismo se ha atenuado en cierta medida: los latinismos han disminuido; las construcciones inversas han vuelto a un equilibrio más armonioso con las directas; los periodos amplios no abarrotan toda la obra; abundan en los Proemios, aparecen a veces en la narración, pero allí donde Boccaccio hace hablar a sus personajes aparecen sólo cuando una tensión ideal lo justifica: Compárese el tono vivo y popular de las palabras de Cisti el panadero (VI, 2), del cura de Varlungo a Belcolore (VIII, 2) o de Maso a Calandrino (VIII, 3) con los razonamientos de Ricciardo a Catella (III, 6), con los viriles discursos de Ghismonda (IV, 1) y con las elevadas oraciones de Zima (III, 5).

En conjunto, Boccaccio se adapta en el *Decamerón* a la norma gramatical del florentino de su época,[35] de acuerdo con su intención de escribir "in fiorentin volgare" (Intr. IV giorn.), pero la elección está dominada por la aspiración a un canon de noble regularidad. Las construcciones del tipo *mógliema* sólo se encuentran en boca de los personajes, no cuando habla el autor: un indicio de que ya estaban restringidas al uso plebeyo.

El léxico es rico, pero no más que la suntuosa riqueza de las primeras obras.[36] A veces, por razones de tono y de color local, el escritor utiliza palabras inusuales: por ejemplo, en la novela del Conde de Amberes (II, 8) abundan los afrancesamientos en el discurso de los personajes (piénsese en las palabras de la esposa del herrador Lamiens a Giannetta: *donare* 'dar', *giuliva*, *biltà* etc.);[37] Tancredi (IV, 1) es llamado *príncipe* o *prenze*; los venecianos son llamados dos veces (IV, 2; VI, 4) *bèrgoli, es* decir 'ligeros, charlatanes' (voz de burla utilizada entonces en el Véneto); Anichino va al jardín a golpear a Egano "con un trozo de *saligastro"* -y estamos en Bolonia (VII, 7)-; *Jancofiore* (VIII, 10) no sólo se dirige a Salabaetto con palabras de color dialectal, sino que Boccaccio narra que usa "jabón *moscoleato*"; y así sucesivamente. *Lucertola verminara* (II, 10, 6) "salamanquesa" es un término que Boccaccio debió aprender en Nápoles; y es probable que el meridionalismo *menne* "pechos" ("le fredde *menne*", "le ritonde *menne*", *Filocolo*, p. 361, 411 Battaglia) se deba más bien a razones biográficas (estancia en Nápoles) que estilísticas (recuerdo de poetas de la Escuela siciliana) (cf. p. 269.); cf. también el *cianus* del *Ameto*.

Más que en las elecciones léxicas, el sabor boccaccio aparece en la sintaxis, por ejemplo en el uso de participios y gerundios[38] o en la colocación del verbo: el verbo al final de la proposición (que en el siglo XVI se convertiría en uno de los ingredientes de la imitación de Boccaccio) es a veces simplemente una reliquia del uso retórico, a veces es utilizado por Boccaccio, consciente o inconscientemente, para conseguir un efecto sintético: pasar rápidamente por encima del resto para llegar al verbo final esperado.

9. Culto a las Tres Coronas

La difusión del poema sagrado suscita una admiración sin límites, que inmediatamente da lugar a imitaciones. Los poemas miserables que surgen de él apenas merecen mención en las historias literarias; pero en la métrica, la terza rima se afianza; y en el lenguaje, la influencia de Dante es más notable: tanto porque la admiración de la obra maestra lleva a la aceptación de la lengua en que está escrita (piénsese en el versificador veneciano Giovanni Quirini, en quien una ligera pátina dialectal apenas cubre la aceptada toscanidad), como porque las reminiscencias de locuciones y palabras dantescas pululan, en mayor y menor medida, en poesía y prosa. El poema se difundió en gran número de ejemplares; los comentarios se multiplicaron; se celebraron lecturas públicas en Toscana y en el extranjero (en Siena, lo leyó un maestro de Spoleto quizá incluso antes de 1360; en Florencia, Boccaccio; en Bolonia, Ferrara, Verona y Milán, otros maestros). En 1379, en Perugia, la obra de Dante se toma incluso con valor antonomástico: "livero de Dante o simiglie" es un artículo de la Gabella de ese año.[39]

En el renuente Petrarca encontramos de nuevo "il bel paese" (146, 13); "O Padre nostro che nei cieli stai" (*Purg*., XI, v. 1) encuentra eco en "Signor che'n cielo stassi" (*Trionfo della Morte*, I, v. 70); "l'ombra tutta in sé romita" del episodio de Sordello reaparece en el verso "con tutte sue virtuti in sé romito" (*Trionfo della Morte*, I, v. 152), etc. Pero en las obras de Boccaccio, apóstol del culto a Dante, encontramos frecuentes reminiscencias, señaladas por los comentaristas a cada paso; ya en el siglo XVI, los Diputados para la corrección del *Decamerón* habían observado (Anotación XXXI) muchas frases de la *Centonovelle tomadas* de la *Commedia*. Y no sólo influyó la Commedia: la *Vita nuova* influyó mucho en el estilo de Boccaccio.

Las "*mujeres de la torma* que guían a las demás" pueden leerse en *el Specchio* de Passavanti (p. 319 Polidori); la "dolenti note" y la "selva oscura" se encuentran en Pucci (*Merc. Vecchio*, v. 205; *Brito di Bretagna,* v. 49); etc.[40]

El modo en que Dante utiliza la palabra *lai* dos veces (*Inf.*, V, *Purg*. IX) le da un nuevo valor (ya no 'poesía para música', sino 'lamento'), y los comentaristas y poetas la emplean en este sentido (ya Antonio da Ferrara, en el *Credo* pseudodantesco, tiene 'con pianti e strida ed infiniti *lai*').[41]

Tan pronto como se difunde el conocimiento del Petrarca lírico y del *Decamerón*, la fama asocia a los tres escritores en la admiración. Son tan diferentes como siempre y, sin

embargo, están unidos por su enérgica pasión por la forma. Por fin el público tiene a su disposición tres grandes escritores, que pueden servir para lo mismo que el naciente humanismo hace servir a los grandes escritores latinos: se convierten en autores que no sólo pueden ser disfrutados, sino también considerados como modelos estilísticos y gramaticales.

En el culto a Petrarca y Boccaccio, como en el culto a Dante, los literatos vénetos estaban a la vanguardia: es significativo que el humanismo vernáculo despegara de la misma región donde Lovati, Ferreti y Mussato ya habían dado un primer, aunque modesto, arranque al humanismo.

Petrarca había pasado los últimos años de su vida en Padua, Venecia y Arquà, y con él Giovanni Dondi y Francesco di Vannozzo habían intercambiado correspondencia rimada. El soneto XXVIII de Francesco, que habla venecianamente de *fasse* ('fasce') y *zoioso destino*, se cierra con estos versos:

y la falda bermellón
partia con blanco (en *megio* era oro fino)
La cama de palma y la hermosa columna de brazos.

La imitación petrarquista lleva al versificador a decir *brazo* y no *brazzo*, y a hipertoscar *la mitad* en *megio*.

La influencia de Boccaccio es reconocible en la crónica de los Gatari paduanos, que ya revela el conocimiento del *Decamerón* y de *Corbaccio* hacia 1372.

10. Preeminencia de Florencia en Toscana y de Toscana en Italia

El hecho de haber tenido escritores excelentes, ¿otorga también un título de preeminencia al idioma en el que escribieron? Es algo que podría debatirse, pero que en Italia se acepta tácitamente como un axioma desde hace muchos siglos (cf. la "gloria *della lingua"* de Dante, que alude a la gloria literaria). La conciencia de una posición preeminente, debida a las obras literarias de sus hijos, ya despertaba orgullo en Florencia y en Toscana en general[42] a finales del siglo XIII y principios del XIV, provocando la irritación de Dante, que en *De vulgari eloquentia* juzgó usurpada la fama de más de uno.[43]

Una sombra implícita de jactancia parece escucharse en las repetidas afirmaciones de Boccaccio refiriéndose a sí mismo[44] y a Dante.[45]

Puede discutirse el alcance de la florentinidad de Petrarca (aceptamos la fórmula de Contini "florentinidad trascendental"), pero que se consideraba pertinente para Florencia es seguro: pensemos, entre otras cosas, en el soneto en el que dice que si sólo hubiera mirado a la poesía en soledad, Florencia tendría su propio poeta:

Si me hubiera quedado quieto en la cueva
donde Apolo se convirtió en profeta,
Fiorenza podría tener hoy a su poeta
non pur Verona et Mantoa et Arunca.
(son. 166).[46]

La conciencia de las cualidades del florentino se manifiesta también en el Proemio del *Specchio di vera penitenza* (1354) de Passavanti: "me rogaron que aquellas cosas [...] que durante muchos años [...] había predicado vulgarmente al pueblo [...] las redujera a un cierto orden por medio de la inscripción vernácula, tal como en nuestra lengua florentina las había predicado vulgarmente" (p. 6 Polidori).

Los florentinos parecen ser especialmente sensibles a las diferencias de otros dialectos: recordemos las frases dialectales que disgustaban a Dante y que recuerda en *De vulgari eloquentia,* o las palabras dialectales atribuidas por Boccaccio[47] y por Sacchetti[48] a los personajes de sus novelas.

Las acusaciones de Passavanti[49] con casi la misma severidad a todos los vernacularizadores de las Sagradas Escrituras, sin excluir a los florentinos, no deben entenderse como una comparación general entre los diferentes dialectos o pronunciaciones de Italia, sino que pretenden llamar la atención sobre los diversos peligros que corre la palabra de Dios en manos de los ignorantes.[50]

Un contemporáneo toscano de Dante, que vivió varios años fuera de su región natal, Francesco da Barberino, en el Proemio al *Reggimento e costumi di donna*, atribuye la palma a su propia lengua vernácula, si bien permite que algunas palabras, siempre que sean bellas y capaces de armonizar con el resto, puedan tomarse de otras lenguas:

Y hablarás sólo en la lengua vernácula toscana...
y mezclarás algo vulgar,
consonantes con él,
de los países donde más se utiliza,
tomando lo bello, y lo "no bello que se va.

El paduano Antonio da Tempo, en 1332, concluyendo su *Summa artis rithimicae*, proclamó la supremacía del toscano: "Lingua tusca magis apta est ad literam sive literaturam quam alam aleiae linguae, et ideo magis est communis et intelligibilis" (p. 174 Grion), añadiendo sin embargo: "non tamen propter hoc negatur quin et aliis linguis sive idiomatibus aut prolationibus uti possimus".

Más tarde, Benvenuto da Imola, en su comentario sobre Dante, afirma sin vacilar: "Nullum loqui est pulcrius aut proprius in Italia quam Florentinum" (*Comentum*, I, p. 336 Lacaita).[51]

El veronés Gidino da Sommacampagna, al tratar de los sonetos bilingües y trilingües, habla de "lingua vulgara o sia toscana" (p. 51 Giuliari) y de "versos, uno de los cuales está en lengua toscana, el otro en lengua littera y el tercero en lingua francescha" (p. 67).

E incluso un poco más tarde, en la Italia media, Monaldo di San Casciano dei Visconti di Campiglia reprochó a Simone Prodenzani que utilizara demasiadas voces de Orvieto, advirtiéndole:

Que el vocabulario y la profecía
de Patrimonio en el País Hesperiano
no se acepta en el Lacio materno,

es decir, según la paráfrasis de Debenedetti,[52] "las palabras y la pronunciación que utilizan al oeste del Patrimonio no son de buen italiano".[53]

11. El vulgo en el norte de Italia

Resulta muy difícil explicar brevemente cómo se utiliza la lengua vernácula en las distintas regiones. Todavía hacen falta ensayos monográficos que, ciudad por ciudad o región por región, muestren cómo se sustituye el latín por la lengua vernácula en la escritura; y luego con qué criterios, bajo la influencia de qué modelos se forman las diversas tradiciones locales. Lo que seguimos viendo al por mayor, en definitiva, es cómo, en la escritura de la lengua vernácula, actúan dos empujes: uno hacia el ennoblecimiento y otro hacia la generalización. Nos dirigimos así hacia una *koinè* cada vez más amplia, primero bajo la égida del latín, más tarde del toscano.

Se ve muy bien que Piamonte y Liguria están bastante aislados, mientras que el resto del norte de Italia, la Italia del valle del Po, como podríamos llamarla, o Lombardía, en el sentido medieval del término,[54] constituye un territorio ciertamente no unitario, pero con intercambios muy densos.

Hay que distinguir, pues, entre poesía y prosa; más aún, entre los diversos géneros de la poesía y los diversos géneros de la prosa. En la escritura en verso, la lucha entre los modelos francés y provenzal y los modelos toscanos aún no estaba bien decidida a principios de siglo,[55] pero entonces el gusto se decanta decididamente por los toscanos.

Una composición en verso de mediados de siglo, la canción "Prima che'l ferro" (Antes que el hierro) de Antonio Beccari, que ha llegado hasta nosotros en un texto muy probablemente autógrafo y en cualquier caso seguro, nos permite un análisis preciso del hibridismo aportado al lenguaje del lirismo por la imitación toscana. Rajna, en un artículo de capital importancia,[56] ha mostrado cómo es necesario distinguir los pocos textos auténticos de los transmitidos a través de transcripciones posteriores, cuando la toscanización estaba más avanzada.[57]

El versificador, que había dirigido una de sus canciones a Francesco Ordelaffi y Galeotto Malatesta con el fin de distraerlos de un duelo sobre el que ya se había corrido un desafío, escribió una copia, casi con toda seguridad de su puño y letra, unos años más tarde, en 1354. He aquí la primera estrofa según la edición diplomática de Rajna:

Antes de que la plancha queme los cabellos blancos
Et che uergogna et danno in uu se spiechi,
Scopritiue i-orechi,
Obtuso por la furia de nuestros coros.
¿Siti uu çoueneti, o siti uechi?

¿Es usted un plebeyo o un extranjero?
¿Sitios uu franchi, o uili?
¿Está usted en edad escolar o es estudiante?
Creo que ça diuersi honra
que he recibido en sus teatros:
Mi patri maçori,
Çaschun rafreni in si l'ardita mano
¡Al son de mia tronbecta!
Ch'a le parole d'una uedouecta
Tardoe ça de ferire el bon Traiano.
Et se mio dir fie uano,
El no ue manue finir questo opra,
Que daño y desenor conuen descubre.[58]

Algunos rasgos atestiguan la fidelidad de Beccari a las peculiaridades dialectales e interdialectales tradicionales del Valle del Po: por ejemplo, la metafonía (no sólo en *pili*, que podría ser también un latinismo, sino también en *accisi*, *arnisi*, *paisi*; pero *honori*, *segnori* sin metafonía), los pronombres tónicos *mi*, *si*, *vu* (antes *vui*), y sobre todo las segundas personas en *-ati*, *-iti,* que deben considerarse como una característica estable del ilustre Valle del Po, desde Guido Fava hasta Boiardo.

El latinismo aparece sobre todo en la pátina ortográfica (*obtusi*, *honori*, *theatri*, *-ct-* por *-tt-* legítimo o ilegítimo, etc.), pero también en el léxico (*angue*, *audienza*, etc.).

En cuanto al toscanismo, aparece, no sólo en el léxico, que se ajusta sustancialmente al de los poetas toscanos del siglo XIV, sino también en rasgos fonéticos y morfológicos: la *g-* palatal aparece (*ya 26*, *jovenecto* 28) junto a la *z* africada (*ça* 9, *çoveneti* 5); en la formación del futuro y condicional de la 1ª con., encontramos (junto a a *bastarebe* 44) una *mancherrà* (18), que revela no menos con la vocal *-e-* que con la geminada *-rr-* las intenciones toscanas; junto al sufijo más frecuente *-ero -era* (*mestero*, *cavalero*, *altero*; *schera*, *bandera)* aparece un ejemplo de *-iero* (plur. *destrieri*, 45).

El canto demuestra con absoluta claridad la orientación de los remediadores de la Italia del valle del Po a mediados de siglo; y al mismo tiempo nos muestra con qué circunspección debemos hacer uso de los textos junguianos en copias posteriores.[59]

En mayor o menor medida, lo dicho se aplica a los rimadores de esta época que florecieron en Milán, Verona, Padua, Treviso, Ferrara, Bolonia y Rávena, ya fuera como particulares o frecuentando las cortes.

Hay que tener en cuenta, en conclusión, estos cuatro factores: rasgos coincidentes con los del dialecto local; rasgos ilustres, interdialectales, arraigados en el uso escrito de zonas más o menos extensas; rasgos latinizantes; rasgos toscanos, procedentes de la imitación de poetas toscanos; y los textos nos muestran cómo este último factor gana importancia de generación en generación.

Menos perceptible es la influencia del toscano cuando se pasa de la lírica a otros tipos de escritura en verso, laudi, cantari, serventesi, lamenti, etc., y a las frottole, cuyo caprichoso realismo lleva más bien a la imitación del lenguaje popular en sus excentricidades. Ya en este siglo encontramos algunos ejemplos de "literatura reflejada" en dialecto: pensemos en el soneto caudato en dialecto de Pavía dirigido por Marsilio da Carrara a Francesco di Vannozzo:

Di-me, sier Nicolò di Pregalea,
si-vu sì embavò,

y la respuesta[60] a la frottola veneciana del propio Vannozzo,[61] o a la frottole boloñesa de Antonio Beccari.[62]

Volviendo a la prosa, debemos observar en primer lugar que no encontramos textos que puedan calificarse de prosa artística. En los tratados morales, ascéticos, didácticos, en las novelas épicas, en las crónicas, no oímos ningún aflato artístico: el latín sigue estando destinado al esfuerzo del arte. Menos aún podríamos esperar encontrarlo en textos declaradamente prácticos: cartas, testamentos, estatutos de cofradías, proclamas, estatutos municipales, etc.

Detengámonos un momento en la canción de Beccari, en el texto en prosa ("el tema") que la acompaña. Basta un examen superficial para ver que es mucho más "valle del Po" que la canción. Obsérvese, por ejemplo, el tratamiento de la *-t-* entre vocales: el texto en prosa tiene *inguadiada*, *fradello*, *armadi* (así como *parentado* y *servidore*), es decir, por

regla general, las sonoras; mientras que la canción tiene *recevuto*, *ardita*, *canuta*, *muta*, *togati*, *pentiti*, *date*, *prisato*, *coronato, es decir, por* regla general, las sordas.[63]

En cuanto a la morfología, se pueden hacer algunas observaciones similares: en la prosa encontramos un gerundio *siando*, del tipo habitual extendido por todo el norte de Italia (gerundio y participio en *-ando* para todas las conjugaciones: *dagando*, *corando*, *romagnando*, *digando*, etc.: Rohlfs, *Hist. Gramm.,* § 618), en el poema un *vincendo*, en el que al empuje principal toscano puede unirse el empuje latinizante.

A mediados de siglo, en resumen, los textos en prosa iban muy por detrás de los de verso en cuanto a la aceptación de una norma común basada en el toscano.

Los textos italianos del valle del Po de esta época difícilmente pueden atribuirse, si no es con la ayuda de datos extrínsecos, a un lugar preciso de origen, sino a lo sumo a una determinada zona relativamente vasta, porque los escritores tienden a eliminar los rasgos más destacados de su dialecto local, y si acaso conservan ciertos rasgos conservadores del mismo.

Salvioni ha estudiado este fenómeno mejor que nadie:[64] adviértase, sin embargo, que cuando, a propósito de Belcalzer, habla de "las condiciones de poca sinceridad lingüística de toda la literatura italiana altomedieval", no hace más que definir despectivamente precisamente esa aspiración a la *koinè* cuyas huellas estamos investigando.

De generación en generación, el acercamiento se hace más sensible. Consideremos un rasgo fonético muy extendido en vastas zonas del norte de Italia, la apócope de *-o* y *-e* final no sólo tras líquidas y nasales, sino también tras otras consonantes (o grupos de consonantes): *dit*, *corp*, *mes*, etc. En la escritura, se tiende cada vez más a eliminar este rasgo dotando a las palabras de una vocal final (que a veces no es la etimológica):[65] Compárese, por ejemplo, la abundancia de apócopes en Vivaldo Belcalzer, que escribió en Mantua antes de 1309 (*sot*, *element*, *serad* 'dentado', *did* 'dedo', *old* 'oda', *lus* 'luz', *spess*, *log*, *soreg*, *negr*, *monstr*, así como *musel*, *mor*, *man etc.*),[66] con la abundancia de vocales finales que encontramos dos generaciones más tarde en textos de la cancillería de Mantua (*fato*, *tuto*, *falso*, *parte etc.*; notables regresiones falsas como *lialmento* "lealmente", *cognossero* "saber", *voliro* "voluntad", *Esto* "Este").[67]

Esta tendencia también se ejerce sobre los dialectos hablados, especialmente en la región del Véneto, y modifica significativamente su fisonomía,[68] contribuyendo, con otros fenómenos que se manifestaron en este siglo (diptongación de *e*, *o*; entalladura de *pl*, *bl*, *cl*, *gl*) a hacer de los dialectos vénetos los más parecidos, en apariencia general, a los toscanos.

Pero, en resumen, varios rasgos regionales están aún firmemente establecidos en este siglo; y la orientación hacia el vocabulario y la gramática toscanos, que ya es fuerte para el verso, sólo está en pañales para la prosa.

12. El vulgo en la Italia media

También aquí hay que distinguir la poesía de la prosa.

En Umbría florece sin cesar la poesía religiosa, sobre todo la dramática. Hacia mediados de siglo, la influencia literaria y lingüística de Toscana se deja sentir también en Perusa: y los versos de Nuccoli y Ceccoli muestran una coloración algo menos peruana que los de Moscoli, unos años más antiguo.[69]

Ya hemos oído (p. 270) qué reproches se hacían a la lengua del orvietano Simone Prodenzani. En cambio, a finales de siglo, Federico Frezzi, de Foligno, escribió en una lengua en la que sobrevivían muy pocos rasgos umbros. Francesco Stabili también escribió la *Acerba en una lengua* con muchos rasgos gramaticales y léxicos ascolanos, pero en la que se revela el estudio del odiado Dante, el "poeta que finge imaginando cosas vanas", y del toscano literario.

La *Justa de Vicios y Virtudes* y el *Llanto de las Marías* muestran una *koiné* con muchos latinismos, algún provenzalismo, rasgos regionales sensibles (distinción entre *-u* y *-o*, 1ª pers. plur. ind. pres. en *-ima* etc.).

Los textos en prosa de Umbría y Las Marcas son casi todos de carácter práctico (y comparativamente no escasos en contraste con los latinos): también ellos siguen siendo fuertemente dialectales, aunque ya empiezan a evitarse algunos rasgos municipales y regionales. Se piensa en regresiones de tipo *colonda* en Perugia,[70] que muestran cómo se tiende a huir del tipo *quanno*.

El Lacio nos proporciona el único texto en prosa que puede calificarse de prosa artística fuera de Toscana, la *Historiae Romanae fragmenta*, conocida sobre todo por los capítulos que componen la *Vida de Cola*: el dictado sencillo pero vigorosamente incisivo revela a un verdadero escritor. Por desgracia para la lengua, es muy difícil decir hasta qué punto se desvía del lenguaje "natural" de Roma, tanto por la falta de textos que lo corroboren como por las incertidumbres en que nos deja la tradición manuscrita.[71]

Mencionemos también aquí a los Abruzos, aunque pertenecientes al reino de Nápoles: en la zona de L'Aquila encontramos una vida comunitaria y religiosa muy fuerte, que encuentra expresión en bastantes textos vernáculos. Los versos (el laude dramático, el *Detto dell'Inferno*, Buccio di Ranallo) muestran un lenguaje más diroizado que la prosa: piénsese en la *-u* final, que en verso se evita ahora con frecuencia, mientras que en prosa sigue predominando. Y, en los versos de Buccio, encontramos regresiones sintomáticas: *vedembo* 'vedemmo', *abembo* 'avemmo', etc.

13. La lengua vernácula en el sur de Italia y las islas

En el Reino de Nápoles[72] la situación en las primeras décadas del siglo es mayoritariamente similar a la de la Italia del valle del Po: tenemos varios poemas morales o didácticos (como el *Libro de Catón* o las *Termas de Pozzuoli*) en una *koiné* con varios caracteres meridionales. En el *Serventese del Maestro di tutte le arti, que es de* finales de siglo (o principios del siguiente) aparecen numerosos toscanismos (*así* junto a *saccio* etc.).[73]

De la época del rey Ladislao tenemos varios poetas petrarquistas, cuyos versos están contenidos en el códice laurentino Gadd. Rel. 198:[74] pero no podemos decir hasta qué punto la lengua fue toscanizada por el transcriptor.

En cuanto a la prosa, el monumento más importante, la llamada *Crónica de Partenope*, no sólo es un conglomerado de cuatro partes diferentes, sino que ha llegado hasta nosotros en una tradición variada y en su mayor parte tardía y mala,[75] de modo que apenas podemos basarnos en los textos publicados hasta ahora para el estudio de la lengua. Peor aún es el estado de la *Tabula Amalfitana, que ha* tenido diversas estratificaciones, la última de las cuales se remonta probablemente a los últimos años de Roberto de Anjou.

Varias vernacularizaciones de textos sobre moral y ciencia aplicada (agricultura, cirugía, ciencia masculina) están mal publicadas o aún inéditas.

La ausencia de vida municipal en el reino hace también que falten esos textos documentales locales de los que disponemos más o menos copiosamente en otros lugares. La Sicilia de las primeras décadas del siglo se encierra en sí misma y tiende a constituir una Sicilia cancilleresca, con una fisonomía bastante estable (la "vulgari nostro siculo", como se la llamaba entonces).

En la segunda mitad del siglo, incluso en Sicilia, el toscano empezó a tomar autoridad como lengua literaria; se leía a Dante, y Tommaso Caloiro, amigo de Petrarca, le dirigió un soneto toscano que testimoniaba la admiración de los sicilianos por el poeta de Laura ("Almen per lei voi già per nome / Cicilia tutta"). Hay pocos testimonios poéticos: la *Quaedam profetia* o *Lamento di parte siciliana*, probablemente de 1354, y poco más.[76] En prosa tenemos documentos de archivo y cartas,[77] constituciones religiosas[78] y luego textos morales e históricos (en su mayoría traducciones o recopilaciones): el *Dialagu de Sanctu Gregoriu*, el *Evangelio de la Pasión*, la *Istoria di Eneas*, *Valerio Massimo*, etc.

La excelente edición de *Dialagu* de Salvatore Santangelo[79] es también de una importancia paradigmática, porque nos muestra cómo el texto, transcrito en la primera mitad del siglo XIV por una mano siciliana (y completado más tarde por copistas calabreses), fue en el siglo siguiente ejemplificado en otros dos manuscritos, que nos parecen fuertemente toscanizados. Si nos quedáramos sólo con estos últimos, el juicio sobre la lengua del traductor sería muy diferente, e inevitablemente distorsionado. La *Istoria di Eneas*, como ha demostrado Folena en su edición,[80] depende de un texto toscano (una vulgarización de Andrea Lancia), que el vulgarizador no pocas veces malinterpretó (como cuando cambió *serocchia* de Lancia por *sochira*).

Formas toscanas como *giornu* y *más* aparecen en la vernacularización del Evangelio de San Marcos (en caracteres griegos) en la segunda mitad del siglo XIV.

14. Hechos gramaticales y léxicos

Una descripción de los hechos gramaticales y léxicos del siglo XIV, o más bien de las diversas fases del siglo XIV, no puede ciertamente hacerse en unas pocas páginas. Tampoco, por desgracia, se pueden señalar monografías que la sustituyan de algún modo.

Dado que el italiano normal de hoy en día sigue coincidiendo en su mayor parte con el italiano del siglo XIV, las descripciones que se han hecho[81] son, por regla general, "diferenciales" y no integrales, es decir, sólo, o casi sólo, dan cuenta de aquellas peculiaridades en las que el italiano del siglo XIV difiere del italiano moderno.

También tendremos que hacerlo en los párrafos siguientes, aunque siendo conscientes de que esta perspectiva es parcial y que, en cambio, una descripción rigurosa exigiría tener en cuenta tanto lo que está muerto como lo que aún sobrevive.

De lo dicho hasta ahora se desprende otra exigencia metódica. La descripción de los textos de Florencia y del resto de la Toscana debe mantenerse diferenciada de la de las demás regiones; y para éstas, hay que preguntarse hasta qué punto se satisface la aspiración a una *koinè mediante la* eliminación de las peculiaridades individuales, las comparaciones con los dialectos vecinos y la ayuda del latín, y a partir de qué punto se empieza a recurrir a los modelos toscanos en busca de ayuda.

15. Escritura a mano

La ortografía del siglo XIV es sin comparación más inestable que la nuestra. Los sonidos velares y palatales siguen siendo los más oscilantes: *dog* o *chane* (*la k* retrocede, pero no ha desaparecido del todo), *pace o pacie*, *degno* o *dengno*, *son* o *figlo* o *filglio*. Luego hay grandes dudas sobre si aplicar o no la ortografía vernácula a las palabras cultas: *honor* u *honore* (la mayoría se escribe *atti honesti*, pero *lonesto* y *donesto*, donde ahora usamos el apóstrofo), *rapto* o *ratto*, *letizia* o *letitia*,[82] *teatro* o *theatro*, etc.

Las escencias y los dobles son a menudo inciertos, sobre todo después de ciertos prefijos (*a*-, *pro*-); para representar el refuerzo de la *q*, Petrarca pasa del *giaqque* de los borradores al *giacque* del manuscrito final (en el son. 'Qual mi fec io').

La puntuación es en los manuscritos, sobre todo los vernáculos, todavía muy escasa (mientras que los tratadistas de esta época ya distinguen teóricamente muchos signos).[83] Por ejemplo, en el códice Trivulziano de la *Commedia hay* un punto al final de cada tresillo, y nada más. El uso de las mayúsculas, al menos en los manuscritos más precisos, se aproxima al de hoy (nombres propios o utilizados como tales). Hay unos pocos, pero muy raros, ejemplos de acento agudo. Y en los versículos, el punto subscrito para indicar expulsión es frecuente, aunque dista mucho de ser regular.[84]

No faltan las peculiaridades locales y regionales, aunque no siempre están delimitadas geográficamente. En la propia Toscana, sólo Lucca y Pisa distinguen la *s* sonora en la escritura, representándola con una *z*. En la Italia del valle del Po *ce*, a menudo *hay ze* y *zi*; en Génova la *c* palatal se expresa a veces con *ih* (*sihavo* por *sc'avo*); en el sur de Italia es frecuente la *cz,* además de la *z* sorda, para la *cc* palatal (*saczo*, es decir, *saccio*);[85] en Sicilia *ch* sigue siendo constante para *c palatal* (*chircari*; pero también para *kj*: *choviri*, *chudiri*); con el debilitamiento del uso de *k* y la penetración del uso continental de *ch* con valor velar (*chi* 'que') surgen incertidumbres (*¿cantichi* debe leerse con palatal o con velar?). Obsérvese el intento de traducir la *g velar* con *gk* (*longki* en *Regula di san Benedittu*, cap. 18, ed. Branciforti).

16. Sonidos

Lo que falta es un cuadro seguro como el trazado por Castellani para el siglo XIII florentino a partir de textos no literarios. A continuación nos contentamos con señalar rápidamente algunos fenómenos típicos.[86] Las formas diptongadas siguen prevaleciendo en las series *priego* y *pruova* (después de los grupos explosivos seguidos de *r*).

La reticencia contra el diptongo *au* (debida a una reacción contra la tendencia a mutar *otros* en *autro* y similares) se manifiesta en la alteración de latinismos que lo contienen: *lalda*, *altore* (que, sin embargo, son formas limitadas a los estratos más plebeyos).

Las formas sincopadas como *rompre*, *lettre (*tipo toscano occidental) también son posibles en poesía (Petrarca).

Es probable que en el siglo XIV en Toscana la *c* de *aceto*, *diez,* pasara de africada (aplanada) a espirante, igualándose a la *-c-* de *bacio*, *brucio* (Castellani, *Nuovi testi*, pp. 29-31, 161-162).

Los resultados en *c* y *z* palatales fluctúan no pocas veces: *tencione* (passim), *incalciare* (passim), y viceversa *bonazza*, *trezze*.

Es posible anteponer al pronombre *tu* la terminación de los verbos en *-si* y *-sti* y la conjunción *se*: *fostù*, *postù*, *pregastù*, *stu* etc.

La *r* final del infinitivo apocopado puede asimilarse a la consonante siguiente: encontramos en rima *vedella* 'ver' (Petrarca), *emendallo* (Boccaccio), *gittalla* (Pucci), *avella* (Canigiani), guidàgli 'guiar' (Folgore), *credégli* (Boccaccio), etc.

Fuera de la Toscana, la imitación de las características toscanas empieza a producir fenómenos de hiperurbanismo, es decir, regresiones. Encontramos en el Norte el tipo *gioglia*, *noglia*. A partir de la pronunciación toscana de *-aio* como trittongo, el autor del *Leandreide se* creyó autorizado a rimar *Nicolao* con *sezzao*. El orvietano Prodenzani extiende el diptongo *uo* a *roco* (de *raucus*) y lo convierte en *ruoco*, el boloñés Zambeccari escribe *mieco*, *grieco*, *arieco*, el *tristano Corsiniano* tiene *fiede* (por *fe*), *criede* (por *cree*). Y así sucesivamente.

17. Formularios

También aquí nos contentamos con hurtar algunos tramos.

En la inflexión del sustantivo observamos la vitalidad de ciertas variantes del plural cuando la terminación va precedida de determinadas consonantes: *cavallo*, plur. *cavagli* o *cavai* junto a *cavalli*; y similares. Antaño condicionadas por las palabras que las seguían, estas variantes están ahora a libre disposición de los escritores que deseen derivar de ellas efectos artísticos. Sólo un ejemplo, de la novela Lisabetta: "il maggior de' *fratelli*", "i *fratei* domandone" (Boccaccio, *Decamerón*, IV, 5, 6 y 10). *Raggio* puede tener como plural *rayos* o *rai* (perviviendo durante mucho tiempo en la tradición poética). En cambio, el paradigma fonéticamente regular, *danaio*, plur. *danari*, empieza a parecer extraño y a caer en desuso.[87] De los sustantivos y adjetivos en *-co* tenemos a menudo plurales diferentes de los que se impondrían más tarde: *fisichi* (Uberti), *grammatichi* (Uberti; Pucci), *salvatichi* (Boccaccio) etc. De varias palabras en *-a nos quedan los plurales* en *-i*: *le veni*, *le porti*, *far bocchi*. En numerosos ejemplos, y territorialmente en una vasta zona, tenemos el invariable plur. de sustantivos en *-e*: *le parte*, *le chiave* (pero Petrarca corrige *verde fronde* por *verdi fronde*, en el soneto 'L'aura serena'). Mucho más numerosos son hoy los plurales en *-a*: *le cannella*, le *delitta*, le *letta*, *le merla*, y los de *-ora*: *le borgora*, le *cambiora*, le *elmora*, le *palcora*, *le pegnora*. El plural de *malanno*, *maglianni* (Sacchetti, nov. 54) muestra que en ese sustantivo la yuxtaposición aún no es firme.

En cuanto a los pronombres, ya encontramos, aunque todavía raramente, algunos ejemplos de *él* y *ella* como sujetos; y construcciones como *per lo colui consiglio* (Boccaccio). La forma *gliele* se aplica a cualquier acusativo acompañado de cualquier dativo de tercera persona.

En los adjetivos posesivos no es infrecuente encontrar *mie*, *tuo*, *suo* usados para todo tipo y número (*al mie cor*, *e' mie desiri*, *la tua veste*, *la sua camera*, *i suo atti*), incluso en posición tónica: *da' lupi tuo* (Sacchetti).

En el artículo, hay una fuerte oscilación entre *il* y *el*, *lo* se utiliza por regla general después de consonantes, especialmente después de *per* y *messer* (per *lo fresco*, *per lo pane*, *messer lo frate*); también hay mayor libertad en el uso de las formas plurales *i*, *li*, *gli* (*stracciò li vestimenti*).

En numerales, el número *dos* sigue teniendo muchas variantes (*due*, *dui, duo*, *dua*); no son raras las formas sincopadas como *venzei*, *venzette*, tanto en prosa como en verso.

En cuanto al verbo, obsérvese en primer lugar que las diferencias entre tema tónico y tema átono siguen siendo numerosas: io *aiuto* alterna con *aitare*, *atare*; io *manuco* con *manicare*, etc. En las terminaciones de presente *tu ami es ahora* normal, pero *tu ame* persiste como variante poética. La terminación *-iamo se* ha generalizado para todas las conjugaciones (*noi amiamo*, noi *vediamo*, *noi finiamo*), pero *-amo -imo* aún persiste en Pisa, Lucca, Arezzo; algunas formas (especialmente *avemo*) aún son utilizables no sólo en verso (*avemo*, Boccaccio, *Tes*., V, 52, *Amor. Vis.,* XXXIII, 18; *vedemo*, *sapemo* y también *calchemo*,

Tes., XII, 7), sino a veces también en prosa ("sì come già più volte detto *avemo*": *Decamerón*, II, 7, 39).[88]

En el imperfecto, las formas en -*avate* predominan en el 2º con. (*avavate*, *ardavate*, *diciavate* tiene Boccaccio en prosa y verso).

La distribución entre pasados remotos fuertes y débiles no siempre coincide (*crese* por 'credette', *vivette* por 'visse', etc.); y las formas no siempre coinciden (*dolfe* 'dolse'). Las formas truncadas *perdé*, *salì* son ahora normales, conservándose junto a ellas las formas epitéticas *perdeo*, *salio*, de tono cortesano o plebeyo. En la 3ª pers. plur. la lucha entre varias terminaciones dura mucho tiempo: en las formas perfectas fuertes *scrissono*, *scrissoro*, *scrissero*, en las formas perfectas débiles *andaro*, *andarono*, *andorno*, *andonno*.[89] En el futuro y condicional de la 1ª con. los florentinos usan -*erò* etc., no sin algunas excepciones (*gittarà*, Boccaccio, *Decamerón* II, 10, 21). La síncopa es amplia: *lavorrò*, *lacerranno*, *dimorrò, rendrà*, *guarrò,* y también *dranno*, *srete*. Las formas sincopadas son opcionales: por ejemplo, Pucci utiliza *menerò* y *menrò según* la medida del verso. A veces también hay asimilación: *sarrò* 'salirò'. Por analogía con las formas sincopadas o metatéticas (*enterrà*, *mosterrò*), han surgido numerosas formas con -*rr*- no etimológica: *troverrò*, *griderrete*.

En los subjuntivos pasados, las terminaciones luchan por estabilizarse: io *avesse* (Sacchetti), *tu vedesti* (Petrarca), *(tu*) *prendesti* (Compagni), (*tu*) *credessi* (Boccaccio)

El imperativo en -*e* es frecuente en cuanto se sale de Florencia: *consente* (Bonichi), etc.

Hay numerosos participios sin sufijo: *busco*, *falta*, *toco*, *véndico*, *visso,* etc.

No pertenece al uso del tiempo, sino que es un recurso estilístico individual vivo, ese superlativo del gerundio que encontramos en Giordano da Rivalto: 'andronne in ninferno? Si bene, ritto, correndissimo' (*Pred.*, XXI, p. 119 Narducci).

Avere sigue teniendo varias formas paralelas: *aggio*, sobre todo en la tradición de la lengua poética; *abbo*, especialmente en Lucca. *Dea* y *stea* siguen siendo las formas predominantes para "dia" y "stia".

El auxiliar *avere* es frecuente con reflexivos de varios tipos: "quando non *se l'avesse* messo" (Passavanti, *Specchio,* p. 62 Polidori), "*s'avea* messi dinanzi da la fronte "Dante, *Inf*, XXXIII, v. 33), "*s'avea* posto in cuore di non lasciarla mai" (Boccaccio, Decamerón, III, 6, 49), "*avendosi* piacere" (Sercambi, *Nov*., p. 226 Renier), "ora te l'*hai* dimenticato" (*ibid.*, 300) etc. (Boccaccio, *Decamerón*, III, 6, 49), *"habiéndote* dado placer" (Sercambi, *Nov*., p. 226 Renier), "ahora lo has olvidado" (*ibid.*, 300) etc. (Boccaccio, *Decamerón, p.* 33).

En palabras invariables, recordemos la frecuencia de la construcción *incontrogli*, *dattornovi, addossoli*, *dentrovi*. Ahora también se puede usar *mediante* con plurales: '*a través de* muchos casos adversos' (Boccaccio, *Filoc*.).

A las brevísimas pistas dadas hasta ahora sobre las peculiaridades del uso toscano, hay que añadir numerosos tratados referidos a otras zonas, tanto para dejar constancia de fenómenos localmente arraigados como para ver los indicios más o menos sensibles de la penetración toscana. Nos limitaremos a indicar un par de ejemplos.

Ya hemos mencionado lo fuertes que son las terminaciones -*ati*, -*eti*, -*iti en la* 2ª pers. plural en la Italia del valle del Po. Los textos napolitanos tienen una característica que persistirá durante siglos, los infinitivos y los gerundios conjugados: "medici li quali sancza alchuna caritate domandano *essereno* pagati" (*Cron. di Partenope*, c. XXVI).

La expansión de -*iamo* en los indicativos en detrimento de -*emo* -*imo* se observa bien en Umbría, donde los textos en prosa (por ejemplo, el *Statuto* perugino de 1342) presentan siempre estas últimas formas, mientras que en las *laude y representaciones sacras* umbras (De Bartholomaeis, *Laude drammatiche e rappresentazioni sacre*, Florencia 1967, I) las formas -*iamo* aparecen en cierto número.

18. Construye

En cuanto a la sintaxis, nos limitaremos a mencionar algunas construcciones frecuentes en esta época y abandonadas posteriormente.[90]

El partitivo *di* es muy utilizado: "e domandar *del pane*" (Dante, *Inf.*, XXXIII, v. 39), "tra li uccelli à *di* valenti medici" (*Esopo*, Guadagni, XIII), "*di finissimi vini* e confetti fecer venire" (Boccaccio, *Decamerón*, I, 10, 14).

La construcción apositiva con *di* puede apoyarse en el sustantivo con el artículo determinativo simple ("il cattivel *d'*Andreuccio", Boccaccio, *Decamerón*, II, 5; "del cattivello

di Calandrino", *ibíd.*, VIII, 7, 1; "lo innamorato *di* Paolo", santa Caterina; es decir, "quel anima ardente d'amore che era San Paolo").[91]

La construcción 'en casa los Frescobaldi', 'en casa el diablo' no necesita preposición.[92]

El uso del artículo *con* el complemento sujeto sigue siendo libre, es más, si precede al artículo determinativo, se prefiere la preposición articulada ('le colonne *del* porfido': Boccaccio); más adelante, sin embargo, el uso de la preposición simple se hará obligatorio.[93]

El artículo indeterminativo se utiliza en las construcciones 'una sua madre', 'una sua donna' (Boccaccio, *Decamerón*, II, 6; III, 9; IV, 3).

El superlativo en *-issimo* puede tener a veces el valor de un superlativo relativo ("la Rettorica è *soavissima* di tutte l'altre scienze", *Conv*., II, XII, 14); admite junto a él otras palabras intensivas: "di *sì* nobilissima virtù" (Dante, *Vita nuova,* II, 9: cf. Barbi, *Vita nuova*, ed. crit. 1932, p. 10 n.), "*assai* picciolissima cosa" (Sercambi, *Novelle*, p. 200 Renier).

Los indefinidos de cantidad pueden emparejarse con los sustantivos partitivos que siguen: "Deh! com'ài *poca* di stabiliate" (Lapo Gianni, son. "Amor nova ed antica vanitate"); "quivi cresce con *tanta* di ferezza", (D. Frescobaldi, canz. "Un sol penser"), "l'altra [chiave] vuol *troppa* / d'arte e d'ingegno avanti che disserri" (Dante, *Purg*, IX, vv. 124-125); "en *pocos de* tiempos que con él fue (Boccaccio, *Decamerón*, VIII, 9, 10); pero también "aquí se conviene en usar un *poco de* arte" (Dante, *Purg*., X, v. 10; cf.)

El tiempo pasado lejano puede utilizarse en proposiciones principales: "y esto dijo, habiendo levantado un poco la linterna, *vieron* la maldad de Andreuccio" (Boccaccio, *Decamerón*, II, 5); "antes de que llegaran a Munich, el juez y sus leyes se le habían ido *de la* cabeza" (ibíd., II, 10); "dio un salto y *fue arrojada al* otro lado" (*ibíd.*, IV, 9), IV, 9); "hizo encender una lámpara y dar un resplandor, y *entró en ella*" (ibíd., VII, 2); "al lugar de su señor sin que se dieran cuenta de *que los había conducido*" (ibíd., X, 9); "No queriendo perderme de nuevo, Amor / *hizo dibujar* otro encaje entre la hierba" (Petrarca, 271).

El verbo impersonal suele ir introducido por un sujeto *he*: "*Egli* trapassavano poche mattine che io, levata, non salissi...". (Boccaccio, *Fiammetta,* p. 50 Pernicone); "*el* mi restava molte cose a dire" (*Filostrato*, parte II, p. 58 Pernicone); "Deh, che bellezza t'è *lui* cresciuta, o Biancofiore?" (*Filocolo*, p. 64 Battaglia); "desta la moglie, et ella gli fa accredere che *egli* è la fantasima" (Boccaccio, *Decameron*, VII, 1, Sommario).

Los participios y gerundios tienen más usos que en los siglos XIII y XVI, y su empleo estilístico es a veces bastante notable.[94]

El complemento agente con *a* se utiliza mucho más en los siglos XIII y XIV que posteriormente: "non ti fare pregare ne' suoi bisogni *a colui*" (Paolo da Certaldo, n. 335); "elli (Sansone) si lasciò vincere *a* sua femina" (Bencivenni, *Esposizione del Patern*, p. 55); "O chaste goddess, de' boschi lustratrice / la quale ti fai *a* vergini seguire" (Boccaccio, *Teseida*, VII, st. 79); "la fa uccidere e mangiare *a'* lupi" (Boccaccio, *Decameron*, II, 9); "*a* lui ti fa aiutare, *a* lui ti fa i tuoi panni recare..." (ibid., VIII, st. 8); "a lui ti fa i tuoi panni recare" (Boccaccio, *Decameron*, II, 9). (ibid*., VIII*, 7).

La secuencia asindética de dos imperativos ('*vete a llevar* esa cesta', Sacchetti, Nov. 118) es frecuente, y lo seguirá siendo, pero sólo en el uso popular. Lo mismo puede decirse de la construcción *dar mangiare*, *dar bere*.

Destacan los usos modales de *must*, *come*, *will*: "Pirro adunque cominciò ad aspettare quello che *dovesse* la gentil donna" (Boccaccio, *Decamerón*, VII, 9), "gli *venne* veduta una giovinetta assai bella" (ibíd., I, 4), "di così fatte femine non si *vorrebbe* aver misericordia" (*ibíd.*, V, 10).

El acusativo con infinitivo, especialmente con algunos verbos, es un indicio de tendencias clásicas.[95]

También bajo la influencia del latín están las construcciones de los verbos de miedo: "si ch'io temetti ch'ei tenesser patto" (Dante, *Inf*., XXI, v. 93); "temendo no 'l mio dir gli fosse grave" (ibíd., III, v. 80); "e temo no 'l 'secondo errore sia peggio" (Petrarca, 55); "e temo non chiuda anzi / Morte i begli occhi" (*ibíd*., 118); "li due fratelli, li quali dubavanavan forte non ser Ciappelletto gl'ingannasse gl'ingannasse" (Boccaccio, Decamerón, I, 1, 78); "donna e 'l giovane 35 mujer e giovane 34 118); "li due fratelli, li quali dubitavan forte non ser Ciappelletto gl ingannasse gl" (Boccaccio, *Decamerón*, I, 1, 78); "la donna e 'l giovane [...] subito sospettano che non fosse quello che era" (Sacchetti, nov. 84).

Un tipo de proposiciones concesivas se rige por *per che*, *porque*: "Non andare mai a casa di niuna femina mondana [...] *per ch*'ella mandi per te" (Paolo da Certaldo, n. 86); "Tu, *per ch*'io m'adiri / non sbigottir ch'io vincerò la prova" (Dante, *Inf*, VIII, vv. 121-122; cf. XV, v. 15; XXXII, v. 100; *Purg*., XXX, v. 55; *Par.*, XXI, v. 101); "da amare, *perché io* voglia, non mi

posso partire" (Boccaccio, *Fiamm*., V); "*Perch*'io t'abbia guardato di menzogna / a mio podere et onorato assai" (Petrarca, *Rime*, 49, 1; cf. 59, 1).

Algunos problemas de topología han sido bien estudiados: la regla que prohíbe el uso de proclíticos en la inicial, la llamada ley Tobler-Mussafia ("*Fecemi* la divina potestate", *Inf.*, III, v. 5 etc.),[96] y el orden de los pares pronominales *li mi porta*, *mi si presenta etc*.[97]

Se han fijado algunos otros: el orden del grupo sustantivo-adjetivo, a veces casi obligatorio, a veces libre (*latín*, *cólera alemana*, *guerra cartaginesa*),[98] el orden de las palabras en las proposiciones principales y dependientes, que tanta importancia tiene en Boccaccio y en sus futuras imitaciones.[99]

Esta mínima selección de observaciones sólo pretende mostrar la urgencia de una sintaxis amplia del italiano antiguo. Podrían hacerse muchas más teniendo en cuenta también textos no toscanos: piénsese, por ejemplo, en el complemento de persona construido con *a* en siciliano: "mandirà *ad Eneas* a lu infernu" en la *Istoria di Eneas* (XII, § 4 Folena).

19. Coherencia del vocabulario y sus cambios

La viva actividad espiritual y práctica del siglo XIV condujo a un considerable enriquecimiento del léxico: tanto en el lenguaje general como con el establecimiento de terminologías especiales cada vez más precisas, transferidas del latín a la lengua vernácula al tratar en la nueva lengua temas antes reservados al latín (por ejemplo, términos de filosofía, medicina, astronomía), o establecidos en el uso práctico (términos de comercio, artes figurativas, música, etc.).

Citemos como ejemplo algunos términos del arte que se tecnifican en el siglo XIV (llegamos hasta los últimos años del siglo para incluir a Cennini):

a(*c*)*querella* ("*acuarela*"): "e poi aombrare le pieghe d'*aquerelle d*'inchiostro; cioè aqua quanto un guscio di noce tenessi dentro due gocce d'inchiostro": Cennini, *Il libro dell'arte*, cap. VII;

aria, como atestigua Petrarca ("umbra quaedam et quem pictores nostri aerem vocant, qui in vultu inque oculis maxime cernitur"; *Famil*, XXIII, 19, 12) y Cennini lo utiliza ("contra natura sarà che a te non venga preso di sua maniera e di suo *aria"*, cap. XXVII); Petrarca también lo usa en verso ("quell'*aria* dolce del bel viso adorno", 122; "e mi contendi l'*aria* del bel volto", 300);

fresco: "trabajar al fresco, es decir, con cal fresca" (Cennini, cap. CLXXV);

ménsula está en Dante (*Purg*., X, v. 132), y Buti lo explica con numerosos sinónimos: "esta palabra significa la plomada, o el capitel, o el scedone, o leoncello che si chiama, que sostiene alguna viga";

sfumare: "l'acquerelle che vi dà su, non vi appariscono sfumanti e chiare" (Cennini, cap. XVII; cf. lo que Alberti, *Pittura*, p. 77 Papini diría más tarde: "*mancando il lume bianco, si perderebbero quasi in fumo*").

La ampliación del horizonte provocada por el tráfico queda atestiguada por la aparición de la nueva palabra *milione*: Faitinelli (en el son. "Se si combatte..." que data de 1315) escribe "e gente paladina un milione", pero Iacopo da Acqui, hacia 1330, aún tiene que explicar la palabra "quod est idem quod divicie mille milia librarum",[100] y lo mismo hace Giovanni Villani: "se encontró en el tesoro de la Iglesia en Vignone en moneda de oro acuñada el valor de dieciocho millones de florines de oro [...] que cada millón es un millar de millares de florines de oro la moneda" (*Cron*., XI, 20).

El lenguaje poético recibió fuertes improntas de los estilnovistas; pero ya a partir de Cino da Pistoia, los términos de ese léxico, los *disiri*, los *suspiros*, los *mártires*, se volvieron convencionales, mero repertorio. E incluso algunos (*ángel*, *estrella, tesoro*, *ojos ladrones*, etc.) se instalaron en el léxico común. Petrarca pasó entonces por el tamiz de todo ese vocabulario.

En los procesos de creación léxica no hay mucho que observar. En la derivación de prefijos, se nota el paso de moda de algunos procedimientos queridos del siglo anterior: por ejemplo, el tipo *oltramirabile*, *oltrapiacente*; *mis-* (*misavveduto*, *misavventura*, *miscadere etc*.) sigue siendo muy productivo. Algunos sufijos gozan de particular fortuna: -*esco*, -*evole*, -*ista* (*autorista*, *decretalista*, *tenorista etc*.; Franco Sacchetti tituló un soneto en 1381 a "Messer Antonio piovano / eccellente *dantista*"). La necesidad de expresar una noción nueva presiona a varios, y a veces produce una serie de intentos, una eflorescencia

desordenada, que sólo más tarde se calma en la elección de una sola palabra. Como adjetivo derivado de *poeta* tenemos *poetico*, tomado del latín (por ejemplo en Alberto della Piagentina y en Buti), pero también *poetevole* (en la vulgarización de Guido Giudice), *poetesco* (en Franco Sacchetti), *poetale* (en Zenone da Pistoia).

Siempre numerosas son las formaciones deverbales sin sufijo, de los tipos *bilancio*, *ploro* y *ruba*.

En la mayoría de los casos, a los tipos normales de acuñación de monedas les siguen anotaciones hechas en broma, como los "ventri *attopati" de la* novela 187 de Sacchetti (que son los que se comieron *los topistornelli* ofrecidos por Dolcibene a cambio de la *hierba gatera*).

En conjunto, incluso permaneciendo en Toscana, el léxico del siglo XIV presenta muy poca compacidad. Para expresar la noción de "hermana" tenemos, además de *sorella,* las formas *suora* (Dante, Villani), *suore* (Cavalca), *sorore* (Petrarca), *serocchia* (Villani, Lancia), *sirocchia* (Boccaccio), *sorocchia* (Sacchetti); sólo para una forma, *suoro, es* claramente visible una localización precisa, es decir, Siena. Así, junto a *lepre* encontramos *levre* (Dante), *lievre* (Botta di Montecatini, Ottimo, etc.), *lievore* (Simintendi); tenemos *sorice*, *sorico*, *sorcio*, *sorco, sorgo*, etcétera. Incluso donde cabría esperar que la analogía de las numerosas series en *-mente* interviniera para normalizar, tenemos, junto a lo *contrario,* también *othermenti*, *altrimente* y *altrimenti*: y ésta será la forma que prevalezca. Cuando se enfrentan una forma popular y una latinizante, a menudo prevalece esta última, como veremos en el apartado siguiente.

20. Latinismos

El léxico toscano del siglo XIV aceptaba y "digería" latinismos (y griegos) con una amplitud de la que apenas se puede uno hacer una idea.

Se pueden confeccionar listas para escritores o para obras individuales, y en algunos casos se pueden deducir de ellas importantes pistas sobre la cultura del autor, su actitud hacia los antiguos o hacia escritores latinos individuales, y quizá con esta ayuda discutir problemas de autenticidad o atribución.[101] Pero aquí sólo queremos considerar la asunción de latinismos en sus líneas generales, valorando su penetración estable en el léxico. Como siempre, se entremezclan motivos objetivos y afectivos.

En primer lugar, se aceptan muchos latinismos para satisfacer las necesidades de los compiladores de obras filosóficas y científicas en lengua vernácula, ya sean traducidas, abreviadas u originales.

Esto explica los numerosos latinismos para expresar conceptos abstractos: el autor del *Fiore di virtù* advierte que "las cosas espirituales no pueden expresarse tan adecuadamente mediante parábolas vulgares como mediante el latín y la gramática, debido a la escasez de palabras vulgares". Esto explica la aceptación de términos anatómicos y médicos como *conjuntiva*, *duodeno*, *ieiuno*, *poro*, *ulcerare*, o astronómicos como *exaltación* 'altura' (Iacopo Alighieri), *Leo*, *Virgo*, *Escorpio*, *Tauro*, *Pisce*, etc. Los traductores del latín, al percibir cada vez más la diferencia entre las 'realidades' antiguas y modernas, se ven inducidos a introducir palabras latinas que indican esta diversidad de noción: en la versión de la tercera deca de Livio, Boccaccio utiliza *república*, *milicia*, *legión* etc., y ya no los disfraces medievales (*commune*, etc.); así Ugurgieri, vulgarizando a Virgilio, conserva un término técnico como *infula* (p. 341 Gotti); Giamboni, al traducir a Vegecio, utiliza *pluteo*. Fazio degli Uberti, describiendo Roma, impulsado por el nombre antiguo no menos que por la supervivencia local, dirá: "Vedi *Termi* Dioclezian si bello" (*Dittamondo*, II, XXXI, v. 91).[102]

Muchas otras veces se aceptan los latinismos porque dan elegancia, prestancia, decoro, porque ayudan a elevar la lengua vernácula a la dignidad del latín.[103] A veces se utilizan latinismos porque se adaptan bien a un patrón dado: sobre todo cuando se necesitan palabras ligadas: "la traditrice *lepore* marina", es decir, Pisa (Faitinelli, son. "Poi rotti..."), "I' sento sbadigliar la madre *vetula*" (Alesso Donati, madrigal "Ellera non s'avvitola..."). Pero el hecho de que estas palabras no sobrevivieran demuestra que respondían a una oportunidad artística momentánea y no a una necesidad social. Otras veces, ni siquiera se trata de un impulso artístico, sino de pereza o capricho: "e quando viene en etate *nubilla"* (núbil), (Niccolò del Rosso, son. "La femmena..."). La adaptación de los latinismos no siempre es uniforme. A veces la palabra latina se reproduce tal cual, otras se adapta fonética y morfológicamente a los patrones italianos.

Existe la posibilidad, junto a *entrare*, *lottare, lecito, de* formas latinas como *intrare*, *luttare*, *licito*, sobre todo si sirven para la rima. Pero está *desco*, firmemente, y Boccaccio, que necesitaría expresar la noción de "disco" de los antiguos, no tiene el valor de hacerlo, y se atiene a *desco*: "con Sarpedone al *desco* allor giucando" (*Tes*., XI, st. 66).[104]

La adaptación popular *assempro se* contrasta con el éxito creciente con el *ejemplo*.

Los adjetivos latinos en -*undus* suelen adaptarse con la terminación -*ondo*, de acuerdo con el patrón de *profundus/profondo*, *secundus/secondo*; pero también se puede tener -*undo*, en prosa y en poesía (por ejemplo, *vagabundo*, Boccaccio, *Tes*., III, st. 76); y así se puede tener *verecondia* y *verecundia* ("*la verecundia* es un miedo a la deshonra por los actos sucios cometidos": Dante, *Conv*., IV, XXV, 10). Del mismo modo se tiene *defunto* (Dante) y *defonto* (Sacchetti). Oscilan -*anzia* y -*anza*, -*enzia* y -*enza*.

O pensemos en el tratamiento de la J: *Iove* alterna con *Jupiter*, *iustice* con *justice*, *dejection* con *degection*, *adjective con adjective*, *plebeian* con *plebeian, etc*. Oscillano *speciale* y *speziale*, *socio* y *sozio*, etc.

Morfológicamente, se suele adaptar la forma del acusativo despojándolo de la -*m* final.[105] Pero en los sustantivos de la tercera declinación, y no sólo en los de -*o* (*Apolo*, etc.), la adopción del nominativo es todo menos rara: *aspe*, *ospe*, *satelle*, *vime, y similares*; así como *maiesta*, *podesta*, *mortalita*, *Felicita*, *Trinita* y similares. Incluso en el siglo XIII y la primera mitad del XIV, la oscilación en los nombres propios antiguos es muy fuerte: piénsese en las diversas formas que adopta el nombre de *Venus* para indicar la diosa o el planeta: *Veno* (en el *Fiore* y el *Detto d'amore*), *Venusso (*en el *Fiore*), *Venus* (Boccaccio, *Tes*.; Sacchetti, *Battaglia* etc.). Pero el tipo de adaptación afrancesada[106] cede gradualmente al más moderno: Dante oscila entre *Cleopatras* y *Cleopatra*, Petrarca tiene a *Cleopatra*.

El acento, en algunas palabras más raras, y sobre todo en los nombres propios, tiende a menudo a pasar por encima de la penúltima: *Amazóne* (Boccaccio, *Tes*.), *Castóre*, *Nestore* (*ibid.*), *Ipocràte* (Sacchetti), *baltèo* (Boccaccio), *satìro* (Sercambi), etc.

Algunas partículas, algunas locuciones están tomadas del lenguaje jurídico, filosófico, etc.: *de plano*, *di nottetempore* (o *nocturno*)*, y conversо* y similares.

Se recurre, como es obvio, a la latinidad circundante en todos sus aspectos: se toman palabras no sólo de los escritores clásicos, sino aún más de los eclesiásticos (*condignus* del *condignus* de San Pablo, *gyrovagus* de la *Regla de* San Benito) y de los medievales (*duello*, *bravìo*; *brocardo*; *altimetria*, *planimetria*). Boccaccio, curioso por los escritores tardíos (Apuleyo, etc.), extrae también *vocabulario* de ellos (*meditullo*, *prosapia*). Y a veces los escritores menos eruditos recurren a una latinidad ficticia: así surgieron los plebesciti 'plebeyos' de Antonio Beccari (véase *más arriba*, p. 273), que debe de ser una confusión de *plebiscitum* con un supuesto participio pasado de *plebescere, la agnizia* de ser Filippo di ser Albizzo en un soneto a Sacchetti ('Credo che l'hai tu, se n'hai *agnizia*', LXXII a, ed., Chiari), Monaldo di San Pietro ('Credo che l'hai tu, se n'hai *agnizia*', LXXII a, ed., Chiari). Chiari), el *profazio* de Monaldo di San Casciano (véase *más arriba*, p. 270), los 'maneschi' *vàpoli* de Fazio degli Uberti (II, XV, v. 49), etc.).

El propio escritor que emplea un latinismo siente a veces la necesidad de aclararlo, para que no resulte oscuro a aquellos de sus lectores que ignoran el latín. He aquí algunos ejemplos de tales interpretaciones: "De este mes la ruda se siembra en lugares *abiertos*, es decir, en un lugar agradable y abierto" (Volg. Palladio, Marzo, XV); "Tayda era una *concubina*, es decir, la puta de Sansón" (Pucci, *Zibaldone*, cit. por D'Ancona, *Saggi*, p. 381); "tu lo visiti nel tempo *del diluculo*, cioè la mattina per tempo", "*diluculo* non è altro a dire, se non il dì che già luce" (*Mor. S. Greg*, 8, 20); "por *erubescencia, es decir*, por la vergüenza que hay en confesarse" (Passavanti, *Specchio*, p. 151 Polidori); "tan maduro y viejo, que todo color del estiércol se *exhala*, es decir, se sombrea" (Volg. P. Cresc, 4, 10, 3); "En el último lugar de las virtudes debe decirse de una virtud, que es el réquiem de todas las demás, y se llama *eutrapelia*, es decir, jocundidad" (Bartol. da San Concordio, *Amm. degli antichi,* IX, rubr.; Dante también usa *eutrapelia*: *Conv*, IV, XVII, 6); "he took a *"fiscella"*, i.e., a creel" (*Fiorita d'Italia*); "Avvegna che per molte condizioni di grandezza le cose si possono *magnificare*, cioè fare grandi" (Dante, *Conv*., I, X, 7); "quella *ostetrice*, cioè che lever i fanciulli" (*Pistola di S. Girol*.);[107] "queriendo narrar el juego del *gimnasio*, es decir, donde se prueban los campeones" (*Mor. S. Greg*., I, 6); "*proàulo* è il secondo, ch'uomo appella verone" (*Intell*., st. 61).

Glosas de este tipo demuestran que la palabra era poco menos que desconocida. De menor valor demostrativo son, por supuesto, las glosas de los comentaristas, que explican a propósito no sólo las palabras oscuras, sino también las que son un poco menos claras:

Boccaccio explica (*Tes*., VIII, 94) 'la *marzial* gente' con 'guerriera'; Buti glosa en Dante *cuna* y *larva* y *zona* y muchos otros latinismos.

La tendencia a introducir nuevas palabras latinas hace que las palabras que antes se utilizaban de forma exclusiva queden paulatinamente en desuso. Así, *ejército*, *oración*, *república son* sustituidas por *posadero*, *habladuría*, *comuna*;[108] *pintor*, al principio utilizado sólo como latinismo, acaba imponiéndose a *pintore* y *dipintore*.[109]

A ello se une la tendencia a relatinizar las palabras, es decir, a sustituir las formas alteradas según la fonética toscana por formas idénticas a las latinas. En los pares *cecero-cigno*, *diecimo-decimo*, *dificio-edificio*, *etterno-eterno*, *fedire-ferire*, *giogante-gigante*, *guagnelo/vangelo-evangel*(*i*)*o*, *ninferno-inferno*, *nicistà/nicessità-necessità*, *orrato-onorato*, *orrevole-onorevole*, *sanatore-senatore*, *sinestro-sinistro*, y muchos otros, se podría estudiar el lento progreso y el triunfo definitivo de la segunda forma a expensas de la primera. A veces la poesía precedía a la prosa; a veces los no toscanos inclinaban la balanza a favor del latinismo y en detrimento de la forma más "idiota". Véase, por ejemplo, con qué seguridad y estabilidad los toscanos del siglo XIV usaban, en prosa (Boccaccio) y en poesía (Dante, Petrarca) *Cicilia*, *cicilian* ("por la variedad de lenguas vernáculas de los habitantes es hoy llamada por ellos *Sicilia*, y por nosotros italianos *Cicilia*": Villani, *Cronica*, I, 8): luego *Sicilia*, apoyándose en el latín, acabaría imponiéndose definitivamente.

Por otra parte, en varios casos se ha rechazado la relatinización: no basta con que Petrarca rime una vez *bibo* y *describo*, o que Boccaccio escriba *limbo por lembo para que* el uso popular de *bevo*, *lembo* y el uso semidoctrinario de *descrivo* se vean afectados.

El léxico acaba teniendo muchos, muchos cientos de palabras: y no sólo en el uso literario, sino en el uso cotidiano (y quizá oficial, por ejemplo, *censo*, *recaudador de impuestos*).

He aquí una breve lista de latinismos que entraron en el léxico en el siglo XIV (sin que pueda excluirse que algunos se remonten al siglo anterior): *aduncular*, *ambrosial*, *antropófago*, *atroz*, *austero*, *auténtico*, *circunferencia*, *claudicar*, *compatriota*, *confabular*, *consímil*, *discolus*, *enérgico*, *existencia*, *eunuco*, *evaporar*, *temblar*, *frugal*, *vagabundo*, *perezoso*, *incoloro* (Cecco d'Ascoli), *indigente*, *industrioso*, *ingurgitate*, *invict*, *mellify*, *militia*, *ostare*, *premeditate*, *prolix*, *puerile*, *pusillanimous* (*-o*), *qualify*, *rubicund*, *silky*, *northern*, *drought*, *sophistic*, *spurious*, *lineage*, *transient*, *truculent*, *venereal, venustic*, *verecund*, *vigilant*, *vigilare*.

En cambio, otras muchas voces, utilizadas ocasionalmente por algunos escritores, no llegan a arraigar. He aquí también algunos ejemplos: *ablato* "cosa llevada" (Sacchetti, Nov. 293); (*h*)*alare "*respirar" (Cecco d'Ascoli, *Acerba*, 1. IV, c. 4); *cano "*blanco, canuto" (Sennuccio Del Bene, son. "Amor, tu sai ch'io son col capo *cano*"); *ceno "*barro" (Canigiani, *Ristorato,* cap. XL); *comere "*peinar, brillar" (Petrarca, *Trionfo Tempo*, v. 16); *complettere "*abrazar" (Canigiani, *Rist,* ch. XXXVIII)); *convizio "*insulto" (Maestruzzo); *conviziatore "*insultador" (Boccaccio, lett. Pino de' Rossi); *cornice* "cornacchia" (Petrarca, 210); *diversorio "*hotel" (Cavalca, *Specchio croce*, IX); *(h*)*ebere "*fracasar" (Petrarca, *Tr. Fama*, I, v. 91) etc.

En algunos casos, la desaparición de estos latinismos adventicios se explica bien. A veces es la homonimia la que los opone a otras palabras más vitales: *celare* "tallar" (de *caelare*) no resiste a *celare* "esconder"; *contento* de contemptus "desprecio" (Villani; *Fioretti*, etc.) e incluso contento en el sentido de "contento" no resisten en presencia de contento "feliz".) y también *contento en el sentido* de "contento" no se sostienen en presencia de *contento "feliz"*; *eretto* de *ereptus* "raptado" (Canigiani) no resiste *eretto "*erguido"; *fitto* de *fictus* "falso" (Passavanti) cede ante *fitto* "pegado"; *invito* de *invitus* "que hace contra su voluntad" (Boccaccio) desaparece de la familia de *invitar*, etc. En cambio, el latinismo *ostare "*estorbar" supera al galicismo *ostare "*quitar" (de *oster*, *ôter*). Incluso ciertas acepciones o construcciones propias del latín no llegan a imponerse, al lado de la acepción más general y más firmemente en uso: por ejemplo *instituir en el* sentido de "educar", *ofender en* y *ofender en el* sentido de "tropezar"; más vida tendrán en el uso literario *discorrere* en el sentido de "dar la vuelta".

21. Galicismos y otros forestierismos

Extenso, como hemos visto, es el conocimiento directo y literario de las cosas francesas. Una fuerte influencia directa se deja sentir en personas concretas, que viven o han vivido

en Francia: léase, por ejemplo, una carta escrita en 1330 por Balduccio Partini, pistoiese residente en Beaulieu: "Cuando estaba en Torso, el *alguacil* quiso quitarme 500 florines, que *deduciría por cierto* día en París" (rr. 29-31). 29-31); "en esta *última* carta que ha enviado" (rr. 54-55), "no hay *ayuda de cámara* ni *camarera* que pueda quedarse con él" (r. 140) etc.[110]

Y la fortísima influencia ejercida en el siglo anterior por los modelos francés y provenzal sobre el lirismo y la temática del romance (incluso sobre temas clásicos) sigue siendo perceptible. Véase, por ejemplo, la copia de franceses y provenzales en la canción Pregio de Dino Compagni ("Ché pregio è un miro di clartà gioconda / ove valor s'*agenza* e si pulisce [...] en guerra franco a mostrar sua valenza / e *driturier*, quando *impronta*, al pagare"). En la versión del *Libro de los Siete Sabios* leemos *accollare* "abrazar", *aggio* "edad", *astivo* "precipitado", *calangiare* "reclamar", *coprifuoco*, *dipardio!*, *merciare* "agradecer", *micieffo* ("il *micieffo* cioè il disastro", p. 70 D'Ancona), *musardo* "derrochador", *taccia* "mancha", etc.

Hacia mediados de siglo, persisten varios galicismos: y los utilizados en poesía sólo coinciden parcialmente con los empleados en prosa (tenemos por ejemplo *dammaggio*, *plusori* en la *Teseida*, *civire*, *civanza*, *saramento*, *sugliardo* en el *Decamerón*). Tras la rigurosa elección realizada por Petrarca, los galicismos que evitaba en verso (por ejemplo, *naverare*) desaparecerán definitivamente.

La afluencia de nuevos afrancesamientos se reduce ahora a poco: unos pocos sustantivos penetran ahora con objetos: por ejemplo *dorè* y *tanè* en el arancel florentino de tintoreros (1375), *bombarda*, mencionado por primera vez en relación con el sitio de Brescia en 1311 (que suena a francés por el sufijo), *petito* "medida para líquidos en la Italia media". Tampoco los afrancesamientos conservan siempre connotaciones elegantes y admirables: *ciambra*, *zambra* debía aceptarse originalmente, en el siglo XIII, como sinónimo elegante de *cámara*. Pero en el siglo XIV ya no era así: en dos sonetos de la misma corona, Pucci utiliza indiferentemente *cámara* y *zambra según la* necesidad de la métrica: "poi me n'andai in *camera* con lei", "po' che no' fummo nella *zambra* entrati"; en Siena, *ciambra* ha adquirido (ya en la vulgarización del Costituto, que data de 1309-10) el significado de "pozzo per lo spurgo di materie fetide" (bien para purgar materias fétidas), y el derivado *zambracca* (que ya está en *Corbaccio*) es despectivo.

Algunas palabras proceden de la península ibérica: recordemos el nombre del juego de cartas, que vino con ella, *nàibi* (del árabe),[111] el nombre de *mugàveri* o *almogàveri*. Las últimas décadas del siglo vieron la popularización de la mayólica, cuyo nombre aparece aún como nombre propio en Cennini ("belli vasi da Domasco o da *Maiolica*"; *Il libro dell'arte*, cap. CVII).[112]

Es difícil saber si los arabismos documentados ahora, como *cubebe* o *cup* o *chermisì* ('carmesí'), llegaron en este siglo o incluso antes.

Pocas voces penetran desde el alemán como el *piffero* (Pecorone), el juego de *la zighinetta* (Lucca 1362). El nombre *sciverta* 'espada' (de *Schwert*) no arraigó (sólo Prodenzani lo utiliza, *Sollazzo*, VI, v. 73). Algunos otros términos, como *luffomastro* o *luvomastro (Villani)*, *dicco* ('I Fresoni ruppono i *dicchi*, ciò sono gli argini': Villani), sólo se refieren a lugares de origen.

Lo mismo puede decirse de los términos utilizados por los comerciantes italianos en Inglaterra: *costuma* "aduana", *cochetto* "documento que certifica el pago de los derechos de aduana", *feo* "salario", etc,[113] o de los nombres griegos y orientales utilizados en las narraciones de viajes: por ejemplo, Leonardo Frescobaldi habla de "doscientos *calàri",* es decir, *caloiri*, *calògeri.*[114]

22. Voces no toscanas

No pretendemos hablar aquí de las palabras o frases dialectales que algunos escritores toscanos introducen en citas o narraciones para dar color local (cf. pp. 263-264 y 269). Y menos aún de las numerosas palabras dialectales o interdialectales que aparecen en escritores no toscanos: *enguana* "hada del agua", *treppare* "saltar", que leemos en los sonetos de Vannozzo en "italiano", *còttola* "enagua" en Correggiari, *ossorare* en Catenacci; y de las aún más numerosas palabras que aparecen en los escritos en prosa de autores no toscanos, que quedan como elementos de "sustrato". Por otro lado, queremos señalar que numerosas palabras de otros dialectos ya se incluían en el léxico en este siglo. Predominaban las voces septentrionales, procedentes del Véneto (*madrigal*), o de fogones

indeterminables de la Italia del valle del Po (*cavezza*, *corazza*, *rugiada*, *tregenda*, *filugello*).[115]

Incluso para algunas de estas voces, las oscilaciones son muy fuertes: baste mencionar las diversas adaptaciones del veneciano *dóṣe* (*doxe*): si Giamboni y Boccaccio tienen *dux*, Barberino tiene *dugie,* Villani *dogio*, 'Re Giannino' *dugio*, Sercambi *dogio* o *dugio*. Seguramente las variantes se deben a la influencia del latín *dux o* del vulgar *duca*, dado el estrecho contacto semántico (Barberino en *Reggim*., I, IV y I, V habla del *duca de Storlich* en verso y del *dugie de Storlich* en prosa).

Dentro de la propia Toscana, el comercio es fuerte: Florencia da y recibe;[116] y si en los textos de Lucca, Pistoia, Siena, Arezzo encontramos todavía fenómenos y palabras característicos, no los encontramos en estado puro, sino casi siempre, a estas alturas, mezclados con fenómenos y palabras del florentino literario: *ponto*, *fameglia*, *merolla,* tienen al lado *punto*, *famiglia*, *midolla.*

[1] A. Medin, "La coltura toscana nel Veneto durante il Medioevo", en *Atti Ist. Ven.,* LXXXII, 1923, I, pp. 83-154.

[2] El "padre del humanismo", Petrarca, llevó al "padre de la prosa italiana", Boccaccio, "a madurar particularmente en la prosa de Livio la sintaxis y el estilo que impuso a la todavía novedosa prosa italiana" (G. Billanovich, en *Giorn. stor. lett. it.,* CXXX, 1953, p. 330).

[3] No es éste el lugar para decir cuál era el latín comúnmente utilizado en documentos y escuelas, antes del triunfo del humanismo: a menudo la estructura de la época y el léxico están fuertemente influidos por la lengua vernácula. Algunos textos como el comentario latino de Francesco da Barberino a los *Documentos de amor*, el tratado de Antonio da Tempo, el comentario de Benvenuto da Imola o los comentarios de Bartolo o Baldo pueden dar una idea de esta latinidad.

[4] Sobre la persistencia del latín en la Cancillería florentina y los límites en que se hicieron excepciones a esta regla, véase D. Marzi, *La Cancelleria della Repubblica Fiorentina*, Rocca San Casciano 1911, pp. 416-421.

[5] P. Tronci, *Annali Pisani,* III, p. 138.

[6] Migliorini-Folena, *Testi Trecento*, nº 26.

[7] Es el caso del texto de los pactos propuestos por el municipio de Montefiore al de Fermo (1388): Migliorini-Folena, *Testi Trecento*, n. 58.

[8] Marzi, *Cancillería*, cit., pp. 422-423.

[9] *Ibídem*, p. 417; Fatini, "Lett. maremmana delle origini", cit., p. 89.

[10] Migliorini-Folena, *Textos Trecento*, nº 1.

[11] U. Dorini, *Statuti dell'Arte di Por Santa Maria*, Florencia 1934, pp. 159-160.

[12] Véanse las listas de estas lenguas vernáculas en A. Doren, *Die Florentiner Wollentuchindustrie*, Stuttgart 1901, II, pp. 770-786.

[13] Marzi, *Cancelleria*, cit., pp. 418-420, 571-572.

[14] A. Doren, *Le arti fiorentine*, Florencia 1940, II, p. 336.

[15] P. Fiorelli, en *Le français mod.,* XVIII, 1950, pp. 280-281.

[16] Marzi, *Cancillería*, cit., p. 418.

[17] Véase el texto de 127 de ellos, de 1311 a 1350, en Marzi, *Cancelleria*, cit., Apéndice III.

[18] Münster-Folena, en *Lingua nostra,* XV, 1954, pp. 8-12.

[19] Pero la discutida expresión *nugellae vulgares que* Petrarca utiliza para referirse a su lírica no es despectiva, sino una reminiscencia horaciana: también llama *nugae* a las letras latinas "que no tienen la dignidad y el aspecto de los libros" (V. Rossi, en *Dante e l'Italia*, Roma 1921, p. 317 n.).

[20] Véase De Bartholomaeis, *Laude drammatiche e rappresentazioni sacre,* cit., I y II, passim.

[21] Véase la citada colección *Volgarizzamenti del Due e Trecento,* editada por C. Segre.

[22] Schiaffini, *Tradición*, pp. 191-192.

[23] Contrato citado por S. Debenedetti, en *Studi medievali,* II, 1907, p. 346.

[24] Además del conocido artículo de P. Meyer (*Atti Congr. sc. stor.*, IV, Roma 1904), véase E. Levi, *Franc. di Vannozzo*, Florencia 1908, pp. 281-311; A. Altamura, *Convivium,* 1949, pp. 289-290.

[25] M.L. Wagner, *La lengua sarda*, Berna 1951, p. 13.

[26] Recordemos las recomendaciones de Pablo de Certaldo a los enviados como embajadores: "que habléis y declaréis vuestras palabras con palabras nuevas y que las entendáis, para que gusten mucho a la gente" (*Libro*, n. 275).

[27] Especialmente las frottole, que reproducen "verba rusticorum et aliarum personarum, nullam perfectam sententiam continentia" (Antonio da Tempo, p. 153 Grion), muestran en Toscana una curiosidad por las voces populares y algo extrañas (como la frottola de Sacchetti sobre "La lingua nova / che altrove non si trova"), mientras que en otros lugares las frottole están llenas de palabras dialectales. Véase el vol. cit. de Martí, *Cultura e stile nei poeti giocosi del tempo di Dante*.

[28] Para la lengua de Petrarca, una comparación de los esbozos conservados en el cod. Vat. Lat. 3196 (facsímil, Roma 1941; ed. diplomática Appel, Halle 1891; M. Pelaez, en *Bull. Arch. Paleogr. Ital.,* II, 1910, pp. 163-216; A. Romanò, *Il codice degli abbozzi* (Vat. *Lat. 3196*) *di F. Petrarca*, Roma 1955) y la redacción definitiva y parcialmente autógrafa del cod. Vat. Lat. 3195 (facsímil, Milán 1905; ed. diplomática Modigliani, Roma 1904). Véase: F. Giannuzzi Savelli, "Arcaismi nelle Rime del Petrarca", en *St. fil. rom.*, VIII, 1899, pp. 89-124; F. Ewald, *Die Schreibweise in der autographischen Handschrift des Canzoniere Petrarcas*, Halle 1907; A. Schiaffini, en *It. dial.*, V, pp. 140-143; Id., en *Cult. neol.*, III, pp. 149-156; Id., en *Momenti di storia della lingua it.*, 2ª ed., cap. III; G. Contini, *Saggio di un commento alle correzioni del Petrarca volgare*, Florencia 1943; Id, prefacio a la edición de Tallone, París 1949; Id., "La lingua del Petrarca", en el volumen sobre el *siglo XIV de* la Libera Cattedra, Florencia 1953, pp. 93-120.

[29] Una larga serie de duplicaciones puede verse en Ewald, o en Vitale, *Poetas de la primera escuela,* cit. pp. 95-96.

[30] Contini, "La lingua del Petrarca", cit., pp. 18-20.

[31] En cuanto a *dilivrare* en el sentido de 'liberar' ('Ben vino a *dilivrerme* un gran amigo', 81, 5), era común en prosa bajo la forma *diliverare*.

[32] E.G. Parodi, "La cultura e lo stile del Boccaccio", en *Poeti antichi e moderni*, Florencia 1923, p. 161.

[33] Schiaffini, *Tradición* (los dos últimos capítulos). Sobre la importancia de la vulgarización de Livio en el aprendizaje literario de Boccaccio, véase G. Billanovich, en *Giorn. stor.*, CXXX, 1953, pp. 311-337.

[34] Estos son los círculos en los que el *Decamerón* debía popularizarse (V. Branca, prefacio a su edición del *Decamerón*, p. XLVIII; Id., *Boccaccio medievale*, Florencia 1956, passim).

[35] En cuanto a los fenómenos individuales, Castellani formula algunas reservas: véase, por ejemplo, *Nuevos textos*, p. 120.

[36] No se encontrarían allí sin razón especial los afrancesamientos o arcaísmos que Boccaccio se permite en poesía; el *rivaggio* del *Ninfale*, el *vengiare* del *Ameto*, el *plusori de* la *Teseida*; *temenza*, *parvenza*, *gravenza, spiacenza*, *sicuranza*, *sembianza*, *membranza pueden leerse* en la balada del *Decamerón*, X, 7.

[37] *Biltà* 'belleza' está también en la balada insertada en la Conclusión de la Jornada II: 'che di biltà, d'ardir, né di valore'.

[38] Véase, por ejemplo, sobre los gerundios "independientes", muy utilizados por Boccaccio, G. Herczeg, en *Lingua nostra*, X, 1949, pp. 36-41.

[39] Migliorini-Folena, *Testi Trecento,* nº 49. Además, en un inventario siciliano de 1367 se encuentra "librum unum dictumn *lu Dante*, quod dicitur de Inferno", y "la figura retórica indica una obra universalmente conocida" (G. Santangelo, *Lineamenti di storia della letteratura in Sicilia*, Palermo 1952, p. 25).

[40] Las locuciones de Dante, especialmente del *Infierno*, aparecen en los cantari populares (V. Branca, *Il cantare trecentesco e il Boccaccio*, Florencia 1936, p. 22; G. Mariani, *Il Morgante e i cantari trecenteschi,* Florencia 1953, pp. 51-55) y abundan en los vulgarizzatori (Andrea Lancia, etc.).

[41] F. Neri, "*La* voce *lai* nei testi italiani", en *Atti Acc. Sc. Torino*, LXXII, 1936-37, pp. 105-119.

[42] Los límites de Toscana son muy claros allí donde los marcan el mar y los Apeninos, inciertos en el sureste y el sur. Perusa está excluida por Dante, que reconoce su dialecto como perteneciente a los dialectos medios ("propter adfinitatem quam cum Romanis et Spoletanis habent": *De vulg. el.*, I, XIII), pero la Signoria de Florencia, dando instrucciones a un embajador ante el papa, considera que Perusa está en Toscana (Marzi, *Cancelleria*, cit., p. 698). La "Nota di tucti li maestri di gramatica che sono in Toscana", que data de 1360 (ed. O. Bacci, Castelfiorentino 1895) incluye a maestros de Todi, Orvieto, Amelia y Rieti.

[43] "Post haec veniamus ad Tuscos, qui propter amentiam suam infroniti, titulum sibi vulgaris illustris arrogare videntur...", y todo el Cap. XIII del Libro I del tratado.

[44] "In leggier rima e nel mio fiorentino idioma" (Proemio del *Filostrato*); "le presenti novellette [...] le quali non sono solo in fiorentin volgare ed in prosa [...] ma ancora in istilo umilissimo, e rimesso": *Decamerón*, Intr. g. IV, 3 (con modestia polémica).

[45] "per costui la chiarezza del fiorentino idioma è dimostrata", Vita *di Dante, ed*. Macrì-Leone, p. 11; "Movono molti... una quistione così fatta [...] perché a comporre così grande [...] libro [...] nel fiorentino idioma si disponesse", *ibíd*., p. 71; cf. "Florentino ydiomate" in *Genologia*, 1. XV, c. 6. Así dice que compuso el *Convivio en* "lengua vernácula florentina" (*Vita*, ed. Macrì, p. 74). Por eso también quiso componer la *Vita "en* nuestro idioma florentino" (Macrì, p. 7). Cf. P. Rajna, en *Bull*. *Soc*. *Dant*., XIII, p. 8.

[46] La palabra *"poeta"* en esta época significa esencialmente (pero no exclusivamente: recuérdese *Par*., XXV, v. 8) "poeta en latín", y el verso siguiente alude a Catulo, Virgilio y Lucilio; pero así como la *spelunca* es a la vez Delfos y Valchiusa, quizá *poeta* no sea sólo "poeta en latín". Lo mismo puede decirse de las palabras con las que el obispo Giacomo Colonna saludó el grado capitolino de Petrarca, "del nuevo y digno *poeta florentino*".

[47] La veneciana Lisetta habla de "mio marido" (IV, 2), Chichibio canta a Brunetta "voi non l'avrì da mi" (VI, 4), Jancofiore dice a Salabaetto "tu m'hai miso lo foco nell'arma, toscano acanino" (VIII, 10), Tingoccio y el sienés Fortarrigo utilizan *costetto* para *ello* (VII, 10; IX, 4), etc. Por otra parte, recuérdese la carta en la que Boccaccio, en 1339, pone por escrito en broma el dialecto napolitano, contando a Franceschino de' Bardi el nacimiento de Machinta, amante de Franceschino, y las visitas y regalos que recibe (ed. F. Nicolini, en *Arch*. *stor*. *ital*., s. 7a. II, 1924, pp. 5-102).

[48] E. Mozzati, en Rend. Mozzati, en *Rend. Ist*. *Lomb*. *Lett.,* LXXXV, 1952. La viva curiosidad lingüística de Sacchetti se demuestra también en la conocida frottola, en la que acumula palabras campesinas, palabras de otros lugares de Toscana, diminutivos, palabras expresivas (cf. F. Ageno, en *St. fil. ital*., X, 1952, pp. 413-454).

[49] *El espejo de la verdadera penitencia*, Tratado de ciencia, p. 288 Polidori.

[50] El pasaje fue interpretado a su manera por Perticari en la *Proposta* de Monti (I, Milán 1817, p. 44; II, II, Milán 1820, p. 404), rediscutida por Galvani (*Sulla verità delle dottrine perticariane*, Milán 1845, pp. 299-307): véase G. Getto, *I. Passavanti,* Milán 1943, pp. 16-17.

[51] Además, Benvenuto aprecia especialmente a los florentinos que, viajando, han aprendido a eliminar sus idiotismos: "certe, quid quid dicatur, Fiorentini qui hodie peregrinantur loquuntur multo pulcrius et ornatius, quam illi qui numquam recesserunt a limite patriae, quia dimittunt vocabula inepta, quae sunt Florentiae, et assumunt alia convenientiora" (*Comentum*, V, p. 160 Lacaita).

[52] S. Debenedetti, *Il Sollazzo. Contributi alla storia della novella, della poesia musicale e del costume nel Trecento*, Turín 1922, p. 143.

[53] Esta preeminencia toscana en el uso literario no impide, sin embargo, que algunos toscanos trasplantados a otros lugares olviden su propia lengua y no se preocupen por ella: el pratense Piero Benintendi, llevado de niño a Génova, escribía en 1392: "Por todos soy tan conocido y más para los genoveses como por los genoveses, y así soy" (*Lettere di P. B.*, ed. Piattoli, en *Atti Soc. Lig*. *St. patria,* LX, 1932, p. 60). Benintendi escribe según el uso genovés, sin rastro del florentino.

[54] Véase por todos Levi, *Francesco di Vannozzo,* cit., pp. X-XI; M. Zweifel, *Untersuchung über die Bedeutungsentwicklung von Langobardus-Lombardus*, Halle 1921.

[55] Pienso en la "canción de Auliver", impregnada de provenzalismos y afrancesamientos, vernáculos y latinos: un caso "tal vez teratológico" (G. Contini, en *Paragone*, abril de 1951, p. 12), ciertamente caprichoso ("tut [ço] che de li savii eu sia el men savio"). V. G.B. Pellegrini, *La Canzone di Auliver,* Pisa 1957.

[56] "Una canzone di Maestro Antonio da Ferrara e l'ibridismo del linguaggio nella nostra antica letteratura", en *Giorn*. *stor*. *lett*. *it*., XIII, 1889, pp. 1-36. [Véase ahora Maestro Antonio da Ferrara (Antonio Beccari), *Rime*, ed. crítica de L. Beliucci, Bolonia 1967 (y 1972) y la reseña de A. Balduino, en *Lett. it., XX,* 1968, pp. 526-542].

[57] Lo que ocurrió con los textos de la Escuela Poética Siciliana, casi todos alterados por transcriptores posteriores, se repite más o menos aquí. Podríamos juzgar la lengua de los poetas septentrionales con mucha más certeza si dispusiéramos de abundantes textos autógrafos o casi autógrafos.

[58] Los otros cuatro códices ofrecen una lección de aspecto mucho más moderno, en la que se pierden los rasgos característicos del lenguaje de Beccari: el *pili* del primer verso, confirmado por la rima (*çentili*, *vilí*), se cambia por *peli*; *spiechi* se malinterpreta y se reproduce con *specchi* (mientras que el rimador pretendía *spieghi*), etc.

[59] Un crítico habitualmente prudente, Medin, había creído poder atribuir a un toscano, Zenone da Pistoia, el poema sobre las vicisitudes de Francesco Novello da Carrara, basándose en la apariencia toscanizada con que aparece en la edición de Lami (*Deliciae erud*, XVI); el descubrimiento de otro texto, más cercano al original, llevó a atribuirlo a Pavano de los Rizzoletti, familia de Francesco (A. Medin, en *Atti Ist. Ven.,* LXXXII, I, pp. 110-111, 148).

[60] E. Lovarini, *Antichi testi di lett. pavana*, Bolonia 1894, pp. 1-3; Vannozzo, ed. Medin, pp. 40-41.

[61] Vannozzo, ed. Medin, pp. 137-162.

[62] E. Levi, *Maestro Antonio da Ferrara*, Roma 1920, pp. 32-35. [Para los tres sonetos en veneciano, paduano y trevisano, hasta ahora atribuidos a Nicolò de' Rossi: M. Corti, "Una tenzone poetica del sec. XIV in veneziano, padovano e trevisano", en *Dante e la cultura veneta,* Florencia, 1966, pp. 129-142.].

[63] En la reseña de Rajna, p. 19, sólo se leen los tres ejemplos con sonante tomados de la prosa, y quien no escruta bien no se da cuenta de que el esfuerzo del maestro Antonio, su "innovación", está en las formas toscanizadas, las de la sorda.

[64] Recordemos el artículo sobre la lengua de Belcalzer (en *Rend. Ist. Lomb*., XXXV, 1902, pp. 957-970) o el relativo al *Libro dei battuti di Lodi* (en *Giorn. stor. lett. it*., XLIV, pp. 421-422).

[65] La frecuencia de la *-o* final en los textos veroneses, y no sólo en ellos, se explica así, mejor que por la necesidad fisiológica de una "vocal de apoyo".

[66] C. Salvioni, en *Rend. Ist. Lomb.,* s. 2a, XXXV, 1902, p. 962 (cita algunas reconstrucciones, como *zove* 'yugo').

[67] Véase la carta (1366 o 1367) y la proclama (1369), recogidas en Migliorini-Folena, *Testi Trecento,* nn. 39 y 40.

[68] Considérese la abundancia de apócopes en un dialecto muy próximo al veneciano, el de Lio Mazor: *dis*, *tu vegnis*, *me dies* (Migliorini-Folena, *Testi Trecento*, nº 5).

[69] Pero se conservan en el mismo códice, Barb. Lat. 4036, y nos resulta difícil evaluar en qué medida intervino el copista.

[70] En un inventario de la cofradía de 1339 (Migliorini-Folena, *Testi Trecento*, n. 20); *colonda*, de nuevo refiriéndose a la columna de la flagelación de Jesús, se encuentra también en laude dramática de Perusa (De Bartholomaeis, I, pp. 40 y 224).

[71] A falta de la edición crítica tantas veces prometida, hay que recurrir a la edición de A. Ghisalberti, *La Vita di Cola di Rienzo, Florencia* 1928 o a la de A. Frugoni, Florencia 1957. Cf. G. Bertoni, "La lingua della Vita di Cola di Rienzo", en *Lingua e pensiero, Florencia* 1932, pp. 73-84; F.A. Ugolini, "La prosa degli *Historiae Romanae fragmenta* e della cosiddetta *Vita di Cola di Rienzo*", en *Arch. Soc*. St. *St. Patria,* LVIII, 1935, pp. 1-68.

[72] A. Altamura, "Appunti sulla diffusione della lingua nel Napoletano", en *Convivium*, 1949, pp. 288-297; Id., *Testi napol. dei secoli XIII e XIV*, Nápoles 1949.

[73] Véase la edición e ilustración de Rajna, en *Zeitschr. rom. Phil.,* V, 1881, pp. 1-40. [Pero cf. Contini, P. Duec. [Pero cf. Contini, *P. Duec., I*, pp. 883-884 y 890-891].

[74] F. Torraca, "Lirici napoletani del sec. XIV", en *Aneddoti di storia letteraria napoletana*, Città di Castello 1925, pp. 99-134.

[75] G.M. Monti, "*La Cronaca di Partenope* (premessa all'ed. critica)", en *Annali Semin. Giur. econ. dell'Un. di Bari,* V, 1932.

[76] G. Cusimano, *Poesie siciliane dei sec. XIV e XV,* I, Palermo 1951.

[77] E. Li Gotti, *Vulgare nostro siculo,* I, Florencia 1951; véase también P. Palumbo, en *Boll. del Centro di st. filol. e ling. siciliani,* I, 1953, pp. 233-245.

[78] *Reglas, Constituciones, Confesionarios y Rituales* editados por F. Branciforti, Palermo 1953. Los capítulos de la primera compañía de disciplina de Palermo (1343) están redactados pensando en los de compañías similares de Florencia y Génova (p. X).

[79] *Libru de lu Dialagu de Sanctu Gregoriu translatato pir frati Ioanni Campulu di Messina*, in *Acc. Sc. lettere e belle arti Palermo*, Suppl. agli Atti, n. 2, Palermo 1933.

[80] *Istoria di Eneas vulgarizata per Angilu di Capua,* editado por G. Folena, Palermo 1956.

[81] Por ejemplo, la tesis, por lo demás mediocre, de C. Steger, *Appunti sulla lingua delle* "*Novelle*" *di F. Sacchetti*, Düren 1930 (el título está en italiano, el texto en alemán).

[82] Ya L. Salviati, en *Avvertimenti della lingua sopra il Decamerone,* I, III, da listas de manuscritos del siglo XIV que prefieren una u otra grafía. Battaglia, en la ed. de la *Teseida* (p. CXXIV) cita casos en los que Boccaccio oscila (*letizia*,

ma *malitia*, *tristitia*). La *h* se utiliza a veces para indicar que no hay asibilación de la *t*: por ejemplo, *malathia*, *mercanthia* en *Re Giannino*, *consenthio* en los *Estatutos de Perugia* de 1342, etc.

[83] Véase especialmente F. Novati, "Di un *Ars punctandi* erroneamente attribuito a F. Petrarca", en *Rend. Ist. Lomb.,* s. 2a, XLII, 1909, pp. 83-118.

[84] A falta de obras completas sobre ortografía y puntuación, conviene recurrir a los prefacios de las mejores ediciones críticas: *Vita nuova* de Barbi, *Testi fiorentini* de Schiaffini, *Teseida* de Battaglia, *Rime* de Sacchetti editadas por Chiari (véase también, para Sacchetti, F. Ageno, en *St. fil. ital*, XI, 1953, pp. 258-262), las obras de Torini editadas por I. Hijmans-Tromp, Leiden 1957, pp. 175-208. Sobre la letra de Petrarca, véase Parodi, *Lingua e letter.*, pp. 443-452 y la monografía de Ewald (citada en la nota de la p. 259).

[85] En Toscana también encontramos *cz*, pero por *zz*; véase *Areczo,* passim, en el Apéndice III de Marzi, *Cancelleria*; *fermecça*, *Firencçe* en *Statuti dell'arte dei vinattieri* (Florencia 1339) etc.

[86] En este párrafo y en los siguientes hacemos referencia a los tratados correspondientes de Meyer-Lübke y Rohlfs.

[87] Pero es más vívido en los *Estatutos de Perusa* de 1342: *campaio*, plur. *campare*; *denaio*, plur. *denare* etc.

[88] *El pregamote* de Sacchetti, nov. 169, se pone en boca de los Perugini.

[89] Véase sobre estas oscilaciones (y sobre las formas *scriverebbero*, *scriverebbono*, *scrivesse, scrivessono*) el ensayo de Nencioni, *Fra grammatica e retorica*: ottimo esempio di interpretazione di un fenomeno di grammatica storica alla luce della storia della cultura.

[90] Sólo tenemos algunos buenos ensayos para construcciones aisladas, y para la sintaxis de la época, que, estudiada en autores aislados, va de la mano de la estilística.

[91] A. Lombard, 'Li fel d'anemis', 'ce fripon de valet', en *Studier i mod. spr., XI,* 1931, pp. 1-69; S. Lyer, en *Zeitschr. rom. Phil.,* LVIII, 1938, pp. 348-359.

[92] G. Pasquali, *Lingua nostra*, I, pp. 8-10; C. Bianchi, *ibíd.*, cf. pp. 44-45.

[93] Migliorini, *Saggi ling.*, pp. 156-174.

[94] S. Skerlj, *Syntaxe du participe présent et du gérondif en vieil italien*, París 1926, passim; para Boccaccio, G. Herczeg, *Lingua nostra*, X, 1949, pp. 36-41; para Sacchetti, C. Segre, en *Arch. glott. it.,* XXXVII, 1952, pp. 9-17.

[95] U. Schwendener, *Der Accusativus cum Infinitivo im Ital.*, Säckingen 1923, passim; cf. Migliorini, *Lingua e cultura*, pp. 41-42.

[96] Véase *supra*, p. 208, n. 108.

[97] A. Lombard, "Le groupement des pronoms personnels atones en italien", en *Studier i mod. spr.*, XII, 1934, pp. 19-76.

[98] Schiaffini, *Tradición*, p. 229 (y bibliografía allí citada).

[99] *Ibídem*, pp. 194-199.

[100] Citado por L.F. Benedetto, *Il Milione*, Florencia 1928, p. 246.

[101] Uno piensa en las investigaciones de Maggini y Schiaffini, que concluyeron con la atribución a Boccaccio de la vernacularización de la 3.ª y 4.ª deca de Livio (Maggini, *I primi volgarizzamenti,* cap. IV; Schiaffini, *Tradizione,* cap. VII), confirmada más tarde de otro modo por Billanovich (véase *más arriba*, p. 263, n. 33). La lengua vernácula muestra ese afán que a veces tiene Boccaccio por reproducir al detalle la ornamentación latina, y se pueden leer latinismos "lacerantes" como *preera alla provincia*, *prefece*, etc., que no sólo son "lacerantes", sino también "lacerantes".

[102] Cf. st. 68 de la *Intelligenza*: "L'ottavo loco è *termasse* chiamato /s secondo lo latin de li Romani, / e per volgare si è stufa appellato".

[103] Lejos de ser habituales en esta época son mezclas como las que encontramos en un testamento veronés de 1324: "Imprima eo magistro Alberto *instituo*, ordino, dispono et faço magistro Guiduzo [...] meo hereso [...] commandarò *et legabo*" (Migliorini-Folena, *Testi Trecento*, n.º 11). Nada más que bromas poéticas son los poemas "semianalfabetos" como el de Gidino: "Per le parole del Corvo fedele / Phoebus iratus plenusque furore etc." (p. 48 Giuliari).

[104] No sería hasta mucho más tarde (siglo XVII) cuando el léxico daría cabida *al disco*.

[105] Algunos títulos, que ahora traducimos, solían citarse en latín: "Ovidio, en la quinta de *Metamorphoseos*" (Dante, *Conv.*, II, v. 14); "del rey Saúl leemos, en el libro *Paralipomenon*" (Passavanti, *Espejo*, p. 308 Polidori); y similares.

[106] Salvini (*Discorsi accadem*., CX) recuerda al "viejo Villani, que decía *Eneas Silvius*, y cien más a la manera franciscana".

[107] Migliorini, *Saggi ling*., pp. 132-134.

[108] Maggini, en *Lingua nostra,* III, 1941, pp. 76-79; VIII, 1947, pp. 1-3.

[109] En los documentos florentinos de principios del siglo XIV, los que están en latín tienen *pictor*, los que están en lengua vernácula *dipintore* (Davidsohn, *Firenze ai tempi di Dante*, pp. 379, 416). Los *Estatutos de Perusa* de 1342 tienen el *arte del pentore* (I, p. 124 Degli Azzi).

[110] L. Chiappelli, "Una lettera mercantile del 1330 e la crisi del commercio italiano nella prima metà del Trecento", en *Arch. stor. ital*., s. 7ª, I, 1924, pp. 229-256.

[111] Véase el testimonio de Debenedetti, *Il Sollazzo*, cit., pp. 161-162.

[112] Cf. el segundo tractatello *Dell'arte del vetro* publicado por Milanesi, cap. 40: "Prendi el vasello di terra secco che vuoi dipingere, secondo fanno quelli di *Maiolica*"; y en el título: "scodelle di *maiolica*".

[113] E. Re, en *Arch. stor. ital.,* LXXI, 1913, pp. 249-282.

[114] *La Franceschina del* P. Oddi, del siglo siguiente, habla también de "li *caloiri*, li quali sonno religiosi heretici" (II, p. 262).

[115] La palabra sigue significando, de acuerdo con el etimónimo (FOLLICELLU), "capullo": así *filogello* en el Constituto di Siena, 1309-10; "aprendió a sacar seda de *filugelli*" en Sercambi, p. 34 Renier; y también en el Paganino Emiliano Bonafé "per vermi da *folliselli*" (*Thesaurus rusticorum*, v. 590 del cod. Bologn., ed. Frati). En Lucca *filugello* significa "seda de desecho o seda sangrante" (*Statuti della Corte dei Mercanti*, 1376, Glossario).

[116] Ejemplos en Castellani, *Nuevos textos,* pp. 72-78, 104 y passim.

VII

EL SIGLO XV

1. Límites

Si, en lugar de los años seculares, quisiéramos poner límites menos convencionales a nuestra discusión, podríamos empezar con la muerte de Boccaccio, a partir de la cual comienza lo que, refiriéndose al conocido lamento de Sacchetti por la muerte de Boccaccio, los historiadores han llamado el "siglo sin poesía" (1375-1475).[1]

Una fecha importante, se juzgue como se juzgue la eficacia del acontecimiento, es la del *Certamen Coronario* (1441); muy importante es la de la impresión de los primeros libros en lengua vernácula (1470). Las fechas de la última década (1492, muerte de Lorenzo de Médicis, descubrimiento de América; 1494, expedición de Carlos VIII) han sido tan utilizadas y tan discutidas como fechas terminales de la Edad Media que podemos prescindir de discutirlas.

2. Acontecimientos políticos

Las ciudades-estado desaparecen e incluso los pequeños señoríos tienden a desaparecer, absorbidos por estados regionales con regímenes principescos u oligárquicos. Venecia extiende su dominio en tierra firme eliminando a los Scaligeri y Carraresi; Florencia conquista Pisa (1406) y compra Livorno (1421), etc.

En la primera mitad del siglo asistimos, tras los intentos de expansión de Gian Galeazzo, a los de Filippo Maria Visconti; después, a la conquista de la dinastía aragonesa de Sicilia, que, ganando la partida a los angevinos, consiguió reunificar la región napolitana con la isla. El Estado Pontificio sufrió gravemente las consecuencias de los cismas; y sólo con Nicolás V volvió a consolidarse y a tener peso entre los estados italianos. En las últimas décadas se estableció un cierto equilibrio, bajo los auspicios de Lorenzo de Médicis: pero los sentimientos de rivalidad entre los estados eran tan fuertes que fueron incapaces de actuar en común cuando Francia y España, habiéndose establecido como estados nacionales, acudieron con pretextos dinásticos para apoderarse de tierras italianas y resolver sus disputas en la península.

La caída de Constantinopla en manos de los turcos (1453) repercutió en la política y la vida cultural italianas. Y la expansión de los turcos por la península balcánica provocó la emigración y el asentamiento de numerosas colonias albanesas y serbocroatas en Italia.

La posición de los estados de Saboya a horcajadas sobre los Alpes contribuyó a dar a los franceses una posición importante en Piamonte. Cerdeña estaba en ese momento en manos aragonesas y la nobleza inmigrante obtuvo allí fuertes privilegios. Córcega depende políticamente de Génova, Malta del reino de Nápoles y la Dalmacia costera de Venecia.

Los príncipes dominan las cortes, donde el lujo, la ambición e incluso la cultura tienen la oportunidad de manifestarse. Si la fuerza, incluso la existencia, de estos Estados como tales descansa en la individualidad de los propios príncipes (basta pensar en la "deflación" del Estado milanés a la muerte de Gian Galeazzo y más tarde de Filippo Maria), es evidente que su influencia personal se manifiesta ampliamente tanto en la vida de la corte como en las cancillerías, de las que depende la organización administrativa de los Estados. Mucho más impersonal es la labor de las cancillerías en los estados oligárquicos.

Existe un movimiento muy considerable de personas, tanto dentro de los propios estados (fuerte migración del campo a la ciudad) como entre estados[2] (matrimonios, exilios, composición heterogénea de las Compañías de Fortuna, y posteriores asentamientos de soldados, actividades de diplomáticos, etc.), a veces con importantes consecuencias culturales[3] e incluso lingüísticas.[4]

Con los demás países europeos y mediterráneos se produjo un tráfico muy intenso, tanto por tierra como por mar (piénsese en los frecuentes viajes en galera entre Livorno y Brujas). Por otra parte, la expansión de los turcos causó graves daños a los asentamientos coloniales y al comercio, que se había desarrollado más fácilmente bajo el gobierno más tolerante de los emperadores griegos. La nueva ruta de las Indias, abierta por los portugueses con la circunnavegación de África, perjudicó aún más al comercio italiano.

3. 3. Vida cultural

El entusiasmo por el humanismo, que se propaga principalmente desde Florencia, se enciende en toda Italia. Se propone, mediante una búsqueda casi frenética de códices antiguos, el redescubrimiento, o más bien la reconquista del mundo clásico; y esta reconquista es a la vez causa y efecto de una renovada confianza de las fuerzas humanas en la construcción de una convivencia civilizada, de un nuevo sentimiento de la importancia del hombre en el mundo. La ciudad terrenal ya no se devalúa como mera preparación para la ciudad celestial, sino que se aprecia amorosamente en sus elementos materiales y espirituales.

A diferencia de la cultura medieval, de carácter casi exclusivamente eclesiástico, la cultura humanista es predominantemente laica, tanto por los objetos que le interesan como por las personas que la practican. A la orientación aristotélica, aún predominante en las escuelas, se contraponen las corrientes neoplatónicas y místicas, que ejercen una fuerte influencia en las últimas décadas del siglo, especialmente en Florencia. "Si el primer humanismo consistía en la exaltación de la vida civil, de la libre construcción humana de una ciudad terrenal, el final del siglo XV se caracteriza por una clara orientación hacia la evasión del mundo, hacia la contemplación."[5]

La expansión del estudio de la Antigüedad obligaba a quien se dedicaba a ello a dedicarle gran parte de su tiempo y, por tanto, a aspirar a vivir de ello y tal vez a enriquecerse. La profesión de hombre de letras se hace muy común en esta época. También están los que viven de recitar sus versos, como Serafino Aquilano -aunque hay quien lo considera un "juglar"-.[6]

El examen desprejuiciado de los textos recién descubiertos sienta las bases de lo que será la filología textual. Comenzaron a debatirse problemas de lingüística histórica: piénsese en la famosa discusión que tuvo lugar en Florencia en 1435, en la antecámara de Eugenio IV, sobre si existía en la antigua Roma una diferencia entre latinidad culta y latinidad hablada análoga a la que existía entonces entre latín y lengua vernácula,[7] o la página en la que Poggio reconoce una permanencia de la lengua hablada romana en España y Sarmazia.[8]

A la admiración por los escritores clásicos le sigue la intención de imitarlos: en lugar de escribir según la gastada tradición escolástica medieval, cada uno construye con esmero su propio lenguaje: unos escogen florituras de los diversos escritores, otros pretenden reducir el canon únicamente a Cicerón.[9] Giannozzo Manetti se hace intérprete de esta conciencia de los humanistas de ser los creadores de un nuevo lenguaje, cuando afirma[10] que el lenguaje no es un don de la Naturaleza, sino "sutile quoddam et acutum artificium".

Coluccio Salutati no sólo reformó su propia lengua, sino que, como canciller de la República de Florencia, introdujo un nuevo estilo cancilleresco.

Las normas a aplicar se debaten, a veces encarnizadamente. En primer lugar, los humanistas se oponen al latín tradicional de las escuelas y a los antiguos manuales, como *el Doctrinale* y el *Grecismus*.[11]

Las artes figurativas experimentan un brillante auge: hay un ferviente esfuerzo por liberarse de los esquemas medievales, obedeciendo a un nuevo realismo y asimilando las enseñanzas de los antiguos. Se diseñan ciudades ideales y se llevan a cabo atrevidos planes urbanísticos que dan un nuevo aspecto a muchas ciudades, dándoles la fisonomía que aún hoy conservan, con calles muy anchas para la época, sin el estorbo de los "baldresche" medievales, que Lodovico el Moro aborrecía y mandó demoler.

En los talleres convergen los esfuerzos artísticos y técnicos de maestros y alumnos: aún no existe un "científico" o "técnico" profesional, y Leonardo puede proclamar con razón "la operación mucho más digna de contemplación o de ciencia" (*Tratado de pintura*, § 20 Borzelli).

En las cortes, los príncipes favorecen sobre todo a los humanistas: ellos mismos han sido a veces alumnos de distinguidos maestros, o les confían sus hijos. Pero algunos promueven abierta y vigorosamente el uso de la lengua vernácula.

En Milán,[12] Filippo Maria Visconti, que también era capaz de improvisar un buen discurso en latín, se deleitaba con la lectura de Petrarca y Boccaccio. Hizo que Guiniforte Barzizza compilara (hacia 1440) un comentario sobre *el Infierno*, que el reticente Filelfo comentara a Petrarca, que Pier Candido Decembrio tradujera a Cesare y Curzio Rufo, y, fuera o no el iniciador deliberado del uso de la lengua vernácula en la cancillería milanesa, sin duda favoreció ese uso.[13] Varias décadas más tarde, si hacemos caso a Francesco Tanzi, editor de las rimas de Bernardo Bellincioni (1493), se dice que Lodovico Maria Sforza llamó a su corte "al gracioso poeta Belinzone, para que a través de su ornamentada habla florentina y sus ingeniosas, tersas e incitadas rimas, nuestra ciudad llegara a pulir y abrillantar su habla un tanto áspera" (I, p. 5, en la ref. de Fanfani). Y Lodovico el Moro declaró a Giambattista Ridolfi (quien informó de ello a Pietro de' Medici) que "la nación florentina en hablar y escribir en lengua vernácula supera a todas las demás".[14]

En Ferrara, donde el magisterio de Donato degli Albanzani, y más tarde el de Aurispa y Guarini, habían sembrado fértiles semillas de cultura humanística, la corte de Este fue también un semillero de cultura vulgar.[15] Ludovico Carbone cuenta (*Facezie*, CVIII) que un podestá de Módena, al leer en una carta del duque "capias *accipitrem* et mitte nobis ligatum in sacculo ne aufugiat", en lugar de enviarle un halcón, le envió al *arcipreste como* prisionero, y desde entonces las cartas ya no se escribían en latín, sino en lengua vernácula.[16] Al primer impulso de Nicolás III (que hizo comentar la *Teseida* de Boccaccio a Pier Andrea Bassi) siguió el trabajo cada vez más intenso de Leonello y Borso.[17] No menos partidario de la lengua vernácula fue Ercole I, impulsado quizá también por su esposa Eleonora, que ignoraba el latín.[18]

En la corte y cancillería de Nápoles, tras la decadencia cultural del periodo angevino, se produjo un fuerte renacimiento con los aragoneses. El latín y el catalán predominan en la cancillería,[19] y las cartas en napolitano ilustre de la época de Alfonso I son relativamente escasas. Pero cuando llegamos a la época de la política decididamente italiana, y no catalana, de Fernando I, la lengua vernácula italiana se impone,[20] y Pontano imprime su propio estilo a la correspondencia cancilleresca.

En este clima de fervor por el estudio, floreció la enseñanza, basada principalmente en el estudio de los clásicos latinos. Los libros para dicho estudio, que se multiplicaron en este periodo, utilizaban a menudo la lengua vernácula como instrumento: piénsese en las gramáticas[21] y los glosarios[22] en los que frases o palabras latinas se interpretan en lengua vernácula.

La enseñanza del griego también prospera, debido a la necesidad intrínseca del desarrollo del humanismo y a presiones extrínsecas convergentes (el Concilio de Ferrara y Florencia para la unión de las iglesias griega y latina; la emigración de varios eruditos tras la conquista turca de Bizancio). Las traducciones del griego rara vez son directas: en la mayoría de los casos se producen por mediación del latín.

También los hay que abordan el estudio del hebreo (Giannozzo Manetti, Giovanni Pico).[23]

Tampoco se descuida la enseñanza mercantil, como puede verse en tratados como la *Summa de Arithmetica*, *Geometria*, Proportioni *et Proportionalita* (Venecia 1494) de Luca Pacioli.

La predicación tradicional, en latín, en lengua vernácula y a veces en una mezcla de una y otra, suena en las iglesias. Algunas grandes voces se elevan por encima de las demás: San Bernardino de Siena, el Beato Giovanni Dominici, Savonarola. Y san Bernardino insiste en que el predicador hable "chiarozo chiarozo, para que los que oigan se sientan complacidos e iluminados y no avergonzados" (Pred. III, 1427, p. 77 Bargellini).

A veces, los predicadores se dirigían también al pueblo en las plazas. Y un poco para hacerse entender mejor, un poco para atraer la atención de sus oyentes, no dejaban de adaptar su discurso al del lugar donde predicaban: es sintomática la afirmación de san Bernardino: "Cuando voy predicando de tierra en tierra, cuando viajo por un país, procuro hablar siempre según sus palabras; he aprendido y sé hablar muchas cosas a su manera. *El mattone viene a* dire il fanciullo, e *la mattona* la fanciulla" (Pred. XXIII, p. 505 Bargellini).

Pero en las plazas se oían sobre todo las voces de los "cantatori in panca": así, en Florencia, en la plaza de San Martino. Y sabemos que los peruginos recurrían varias veces a Florencia (o Arezzo, Siena, Lucca) para conseguir buenos canterini.[24]

Muy apreciadas por el pueblo, para el que las preparaban eclesiásticos y laicos de mediana cultura, eran las representaciones sacras, que florecieron sobre todo en Italia central, aunque también se extendieron a otras regiones. En cambio, la recitación de comedias y tragedias de tema clásico -no sólo las antiguas representadas en latín, sino también las compuestas en lengua vernácula (*Orfeo* de Poliziano, 1480, *Cefalo* de Niccolò da Correggio, 1487, etc.), o traducidas del latín (*Anfitrión* de Pandolfo Collenuccio, 1487, etc.)- no era más que un pasatiempo cortesano.

El humanismo también contribuyó a los cambios en la escritura, el arte de copiar y el comercio de libros. Los libros latinos son tanto más numerosos que los vernáculos que quien busca estos últimos debe pagar más por ellos.[25]

Pero aquí el admirable fruto que el humanismo había parido en Alemania, la invención de la imprenta, cruzó los Alpes y produjo una revolución en todo el mundo cultural, con enormes consecuencias lingüísticas. Poco después de las primeras impresiones de libros latinos, Vindelino da Spira publicó en Venecia, en 1470, el canzoniere de Petrarca; no se sabe con certeza si la edición napolitana del *Decamerón* conocida como el "Deo Gratias" se publicó en 1470 o en 1471. De 1471 son el *Decamerón* veneciano de Valdarfer, el Petrarca romano de Lauer, dos ediciones venecianas de la Biblia y probablemente el *Fiore di canzonette* de Giustinian. En 1472 aparecieron tres ediciones de la *Commedia* (en Foligno, Mantua, Iesi o Venecia), una del canzoniere de Petrarca (en Padua), una impresión del *Decamerón*, dos del *Filocolo*, una de la *Fiammetta*, y otras de Burchiello, Giusto de' Conti y Cavalca. Venecia, Florencia y Milán estaban a la vanguardia de la publicación de libros en lengua vernácula, mientras que las ciudades "universitarias" más conservadoras (Bolonia, Roma) -las mismas que más tiempo se aferraron a la escritura gótica- publicaban pocos, en comparación con la gran masa de libros en latín.

Es sintomático comprobar cómo la prioridad, tanto cronológica como cuantitativa, en las primeras décadas de la imprenta, corresponde sin duda a los tres grandes escritores del siglo XIV. Las obras ascéticas también son numerosas entre los incunables vernáculos, como tampoco faltan las obras prácticas (medicina, aritmética, etc.).

Ya el establecimiento de librerías equipadas para producir numerosos manuscritos había empezado a ejercer ciertos efectos lingüísticos, haciendo desaparecer las peculiaridades más raras y difíciles de los textos copiados con frecuencia. Pero, en definitiva, mientras el libro es manuscrito, está destinado a una o muy pocas personas: cuando los editores empiezan a producir cientos o miles de ejemplares impresos, se preocupan de ser comprendidos por su público, y de no disgustar su gusto. Al principio, el impresor se limita a confiar al compositor el manuscrito que le llega; pero luego se hace necesario el trabajo de los correctores, y este trabajo será tanto más importante cuanto más preciso sea el gusto general. El corrector, más que velar por que el libro impreso se ajuste a los deseos del autor (preocupación que sólo se ha consolidado en los tiempos modernos), piensa en presentarlo con un aspecto gramatical correcto y coherente, y con palabras ampliamente inteligibles. Un manuscrito puede tal vez presentarse con grafías singulares y palabras un tanto extrañas; no así un libro que va a ser ampliamente vendido. Así es como la industria del libro promovió enérgicamente la aceptación de una norma común, tanto en gramática como en vocabulario. La generación de los últimos treinta años del siglo no fue, por supuesto, suficiente para producir efectos radicales; pero si consideramos también el desarrollo del italiano común en las dos generaciones siguientes, hasta mediados del siglo XVI, veremos que la imprenta contribuyó decisivamente a una mayor estabilidad y uniformidad de la lengua.[26]

4. La "crisis" del siglo XV

Si examinamos el estado de la lengua italiana en su conjunto durante el siglo XV, observamos una diferencia considerable entre la primera y la última parte del siglo, y entre la actitud de Toscana y la del resto de Italia.

En las primeras décadas, la lengua vernácula fue deprimida y menospreciada por la opinión general, en contraste con el latín exaltado por el humanismo triunfante: quedó reducida a funciones modestas, casi accesorias. No faltan quienes escriben en lengua vernácula, en poesía y en prosa; faltan quienes la cultivan con esmero, con amor, con conciencia de arte. En este estado de depresión, la norma en Toscana se hizo más indulgente y ecléctica, por no decir anárquica; el uso hablado florentino aceptó en gran

medida las nuevas formas, en parte procedentes del oeste y el sur de Toscana, y el uso escrito las aceptó sin escrúpulos, en competencia con las tradicionales, tal como las había fijado la literatura del siglo XIV. Puesto que los que quieren ser elegantes escriben en latín, la elegancia apenas la cuidan los que escriben en lengua vernácula.[27]

En los textos sin pretensiones (como las cartas deliciosamente frescas y espontáneas de Alessandra Strozzi a sus hijos, o los recuerdos domésticos de Ser Bernardo Machiavelli), el lenguaje fluye franco y sin florituras; pero si el escritor tiene la más modesta inquietud literaria, los latinismos de copia brotan inmediatamente de la pluma. Feo Belcari podía escribir versos como éstos:

Hacer ejercicio y no fatigarse *nimia*

....

Mantén tu corazón feliz sin una *nube*,

Si pronto no verás tu *funeral*:

Esto pido, espero, anhelo y *cupido*.

Con todas las virtudes se levanta en celebración y júbilo;

Porque de toda gracia y todo *munere* excelso

por fin encontrarás tu *bolsa* llena.[28]

En el siglo siguiente, Salviati advertía: "El que no estuviese tan adelantado que pudiese dictar en latín, que se acercase cuanto pudiese, y que usase modales, que de latín, obra gloriosa reputaba".[29] También Landino lo consideró necesario, en el conocido pasaje de la oración con la que inauguró sus lecturas petrarquistas: "Es necesario ser latino si se quiere ser un buen toscano [...]: queriendo enriquecer esta lengua, hay que usar cada día palabras latinas, no forzando a la naturaleza a derivarlas y conducirlas a nuestra lengua.[30] "Non sforzando la natura", decía Landino; mientras que con demasiada frecuencia la forzaban los prosistas y los poetas semi-doctos.

Por todas las condiciones que hemos visto (abandono, incertidumbre en la norma gramatical, abuso del latinismo en el léxico), se ha hablado, no sin razón, de una "crisis" de la lengua a principios del siglo XV.

Si para los usos literarios la lengua vernácula está desaprovechada, para los prácticos va ganando fuerza poco a poco. Los humanistas con sus esfuerzos por mejorar la latinidad, por exterminar la barbarie medieval poniendo en boga los modelos clásicos, acabaron por disminuir la utilidad práctica del latín. Una proclama escrita en el tosco y vulgar latín de la Cancillería era inteligible para muchos, aunque sólo fuera un poco; si la proclama se escribe en latín ciceroniano, puede ser entendida por unas pocas personas cultas, desde luego no por el pueblo. Y como los nuevos príncipes necesitaban el favor del pueblo, algunos de ellos se mostraron abiertamente partidarios de un uso más amplio de la lengua vernácula.

La crisis de la lengua vernácula y la del latín deben estudiarse en el juego de influencias recíprocas. Vemos así que el humanismo, tras haber deprimido la lengua vernácula por acción directa, acaba rehabilitándola por acción indirecta. Pero ahora la lengua vernácula, descuidada en Toscana y mescificada en la periferia, llena de latinismos mal absorbidos, ya no es capaz de satisfacer a los escritores que se han hecho más maduros y más exigentes en la escuela de los clásicos. Y en las últimas décadas del siglo XV resurge la lengua vernácula, aprovechando esta experiencia más madura: triunfa lo que se ha llamado humanismo vernáculo. Una vez más Florencia se eleva, con Lorenzo de Médicis y Poliziano, a una alta síntesis, tanto literaria como lingüística.

En las demás naciones de Europa occidental, la crisis humanista, que se produjo más tarde que en Italia, provocó profundas fracturas: el francés y el español (y también, *variatis variandis*, el inglés y el alemán), sacudidos en sus cimientos por las innovaciones léxicas e incluso gramaticales aportadas por la cultura humanista, llegaron incluso a dar la espalda al pasado y a crear, sobre nuevas bases, nuevos cánones literarios y lingüísticos, de modo que las fases medieval y renacentista de cada una de estas lenguas aparecieron claramente diferenciadas. En Italia, en cambio, hubo poco más que un reajuste, una crisis de crecimiento, tan firmes y ya prehumanistas eran los cimientos de la literatura y la lengua.

5. Latín y vulgar

La vida cultural de la Italia del siglo XV se desarrolló en las dos lenguas y, como hemos mencionado, la dinámica de los acontecimientos vernáculos no se entendería sin conocer

las vicisitudes del latín. Por tanto, también es importante ver en qué medida se utilizaba una u otra lengua y cómo se consideraban durante el siglo.[31]

Todos los hombres de letras saben, más o menos, latín. Pero mientras que en la primera época del humanismo encontramos a algunos de los más grandes escribiendo sólo o casi sólo en latín (por ejemplo, Salutati), más tarde encontramos a muchos que practican las dos lenguas con pericia, como Poliziano, Sannazzaro y Pontano.[32]

En el uso práctico, la lengua vernácula permanece firmemente instalada incluso en el periodo en que se deprime literariamente. El señorío de Florencia escribe en florentino a sus representantes,[33] y éstos suelen realizar sus oraciones en lengua vernácula: Messer Nello di Giuliano da San Gimignano, enviado como embajador ante Martín V en 1425, se expresa así:

También sería necesario ante tal Santidad hablar en gramatica con la ornamentación que sería necesaria y de aquella materia que nos ha sido impuesta por nuestra magnífica Señoría. Pero porque no es costumbre de otros oradores y embajadores florentinos, y también porque es más apropiado y más congruente con el propósito de quienes nos lo han encargado, será mejor satisfacer cada parte con esa facilidad y brevedad en lengua vernácula...[34]

Al pedir paso libre por el territorio de la República florentina, los embajadores de Carlos VIII hablan en latín, y se les responde en latín (1494). En cambio, los embajadores de Maximiliano (1496) solicitan *aetrusca lingua* la alianza de Florencia, y la respuesta se da en lengua vernácula.[35]

Incluso los escritos relativos a litigios comerciales tuvieron que redactarse en lengua vernácula en Florencia, después de que la Signoria y los Consejos Mayores, los días 27 y 28 de marzo de 1414, aceptaran y convirtieran en disposición la siguiente petición:

Se os ruega, Magníficos Señores, Priores de las Artes y Gonfalonier de Justicia, que tengáis a bien disponer, y por el Consejo del Pueblo y de la Comuna de Florencia, reformar solemnemente las cosas que a continuación se describen, esto es, que todos los escritos de los dictámenes y sentencias que hayan de hacer o hagan el Sexto o el Oficial de Asuntos Mercantiles, o en su tribunal, o en los tribunales de las Artes de la ciudad de Florencia, o en cualquiera de las Artes, se hagan y escriban en lengua vernácula, y no de otro modo: y si se hicieran de otra manera, no deberían vagar ni tener ningún valor o efecto verdadero. Y así se ha de observar. Y que el notario y cualquiera otra persona que hiciere las dichas escrituras de otra manera que en lengua vernácula, como se ha dicho, será sujeto a la pena, por cada vez, de mil liras *ec*. Y que la presente ley comienza el primer día del próximo mes de enero, y no antes.[36]

Otra disposición, fechada el 15 de febrero de 1451, establecía que los notarios de la Cancillería debían tomar nota de los gastos "escribiendo en lengua vernácula, para que pueda ser entendido por los contadores, quienes deberán comprobarlo con el Proveditore di decta Camera et col Camarlingho della Cassetta del Monte".[37]

En la correspondencia, pública y privada, el criterio de elección entre latín y lengua vernácula se manifiesta a veces abiertamente o puede determinarse. La preferencia por la lengua vernácula, en la correspondencia con otros municipios, la manifiestan explícitamente los florentinos en su respuesta a los sieneses que habían escrito en latín:

Y porque creemos que es más útil para Vuestra Excelencia y para nosotros declarar bien y abiertamente sin ningún punto de simulación o disimulo cuál es la verdadera intención y el propósito puro y sincero de cada uno de nosotros, hemos decidido haceros esta respuesta más rápidamente en lengua vernácula que en latín, para satisfacer mejor y más completamente nuestras mentes, y también para que Vuestra Excelencia no tenga necesidad de entender este propósito sincero nuestro de otra manera que no sea la nuestra, ni pueda ser entendido de otra manera que a través de la comprensión natural y verdadera de las palabras de nuestras palabras. Vuestra Excelencia no tiene necesidad de otra interpretación de nuestro sincero propósito que la nuestra, ni puede ser comprendido de otra manera que a través de la comprensión natural y verdadera de las palabras vernáculas.[38]

Sin embargo, si recorremos las 49 cartas enviadas entre 1435 y 1440 por el cardenal legado Vitelleschi a los priores de Viterbo,[39] vemos que están en parte en latín y en parte en lengua vernácula, sin que entendamos por qué: quizá según la oportunidad de tener a mano uno u otro secretario.

Se comprende que una petición dirigida personalmente a un príncipe con escasos conocimientos de latín se escriba en lengua vernácula: así, entre las numerosas cartas latinas de Biondo da Forlì, destacan las dos cartas en lengua vernácula dirigidas a Francesco Sforza, una para recomendar a su hijo (1459) y otra para solicitar una subvención para la publicación de la cuarta década de sus historias (1463): "la quale deca né altro non posso scrivere senza alturio de chi pò et a chi tocha".[40]

Entre los escritos no literarios, nos sorprende encontrar algunos en latín sobre temas muy familiares, por ejemplo dos tratados de cocina, probablemente del sur de Italia, de época angevina.[41]

Las traducciones del latín a la lengua vernácula (y también del griego, pero a menudo a través del latín) son muy numerosas en esta época: es frecuente que los traductores declaren haber realizado el trabajo en beneficio de los menos doctos; no menos frecuente es la de haber obedecido a la petición de un príncipe. Vemos al pobre Boiardo esforzarse, a petición de su duque (Ercole I), por traducirle rápidamente un fragmento del *De Architectura* de Alberti (carta del 17 de septiembre de 1488; II, p. 572 Zottoli): se comprende claramente que, aunque el duque tuviera el libro a su disposición, no podría interpretarlo con exactitud.

Que las traducciones sean más o menos buenas, siempre ha ocurrido y siempre ocurrirá. Se habla mucho de las disponibles en su época por Matteo Palmieri:

De algunos de ellos se han hecho traducciones, que en sus originales son elegantes, sentenciosas y graves, escritas en latín, pero se han corrompido por la ignorancia de los traductores hasta tal punto, que de muchos de ellos se han de reír los más dignos en latín, y más se reirían de mí si quisiera demostrar que Tulio, Livio, Virgilio y otros autores translarizados en nada se parecían a los primeros, pues no de otro modo se parecen a ellos que una figura retratada por el Giotto más perfecta, por la mano de quien nunca había trabajado el estilo ni el pincel, si se pareciese al ejemplo, que tenía nariz, ojos, boca y todos sus miembros, no sería menos diferente, como cada uno en sí mismo puede imaginar, y tal vez retratando con alas a Gabriel, no lo distinguirías del infernal Lucifer (*Vita civile*, Proemio).

Las imperfecciones de la traducción pueden depender de muchas cosas. En primer lugar, de dificultades intrínsecas del texto latino; a veces, de la inexistencia de palabras correspondientes en la lengua vernácula. Landino, en la introducción a su versión de Plinio, se disculpa: "No sé cómo interpretar *seminario* et *arbusto*, item *ablaqueare* et *interlucare*, si no es por circumlocutione o por la misma palabra".

También puede ser que el traductor tienda a alejarse: Battista Guarini, criticado por el duque Ercole por su versión de la *Aularia*, escribió al duque (26 de febrero de 1479) enviándole el *Curculio* traducido: "io mi forcio andare dietro ad le parole dil testo.[42]

Un juicio severo, en esta época, también puede estar dictado por opiniones diferentes sobre la norma lingüística. Giovanni Brancati de Matera, bibliotecario de Fernando de Aragón, censura, en una carta en latín a su rey, la versión de Plinio de Landino, no sólo porque considera al traductor un "filósofo", sino también porque no le gusta el toscano, difícil de leer y pronunciar.[43]

A través de las numerosas versiones de este periodo, entraron en circulación nuevas palabras. Vemos que es precisamente de la versión pliniana de Landino (la primera edición cierta es la de Venecia, Jenson, 1467) de la que se nutre Pulci en el bestiario que incluyó en el canto XXV del *Morgante*: de ahí vienen *caprimulgo*, *ippotamo* (sic), *ibis*, *rinoceronte* (en Landino *rhinocerote*), así como algunas palabras fantasma.[44]

No hay que olvidar que también existen varias versiones del italiano al latín: de las novelas de Boccaccio se tradujeron el Ciappelletto de Antonio Loschi, Tito y Gisippo de Filippo Beroaldo, Guiscardo y Gismonda de Leonardo Bruni, el rey Alfonso y Messer Ruggieri de Bartolomeo Fazio (después de Griselda, que Petrarca puso en latín en la última de las *Senili*).[45] *El De Prospectiva pingendi de* Piero della Francesca, escrito en lengua vernácula, fue traducido poco después por su compatriota Matteo. Además, Vespasiano da Bisticci dijo que había escrito su libro "con el fin de que si alguien quisiera esforzarse por hacer latinas estas vidas, pudiera tener ante sí los medios para hacerlo" (Discurso del autor).

A lo largo de toda la época humanística, la simbiosis entre el latín y la lengua vernácula es constante y operativa de diversas maneras. Son frecuentes los títulos latinos de obras italianas (*Amorum libri*, canzoniere de Boiardo; *De prospectiva pingendi*; *Hypnerotomachia Poliphili*, etc.). En las cartas vernáculas, muy a menudo el título, los saludos y la firma están en latín.[46] La carta de dedicatoria de la *Summa* de Pacioli a Guidobaldo d'Urbino está en italiano y latín.[47]

No es raro que en las cartas se mezclen frases enteras o trozos de frases latinas con un contexto vernáculo. Léase la carta en la que Taddea y Matteo Maria Boiardo se quejan a la comunidad de Reggio de que se permitiera a Barnaba Capraro construir un molino, "cosa ad nuy *non mediocriter molesta duplici ratione*, perché il non se può negare che..." (carta de 14 de enero de 1464). (carta de 14 de enero de 1464).

O el comienzo de una carta autógrafa del papa Sixto IV a Galeazzo Maria Sforza fechada el 28 de julio de 1474:

Queridísimos fili salutem et apost. benedict. Os hemos escrito muchos escritos por los que habéis podido comprender ampliamente nuestra justicia en los asuntos de Cita di Castello. Y por esta razón estamos muy sorprendidos y no podemos creer lo que se nos ha escrito desde Florencia, en el sentido de que no sólo habéis

incitado a los florentinos contra nosotros, sino que también les habéis prometido todo subsidio en nuestra contra. *A*, *fili carissime*, *quid tibi fecimus*? No recordamos haberte ofendido nunca, *ni de palabra ni de obra*; también te aportamos, por un amor singular, todo lo que hemos podido hacer por ti, lo hemos hecho y lo haremos siempre. A *a*, *numquid redditur pro bono malum? Quare foderunt foveam anime mee? A*, *fili carissime* consciderate la iustitia de le mie petitione. Considerate *contra quem agitur*.[48]

Protesta de los napolitanos contra Messer Lupo, lugarteniente del Vicariato (1479):

Imperò requerimo vui messer Lupo *ex parte Regiae Maiestatis et dictae civitatis et eorum civium in genere et in specie* sotto quella pena, la quale contenene in nelle diete constituciune, capituli, pragmatica et ordinacione fatte et ordinate *ut supra* et per quanto haviti cara la gratia de dicta Maiestà.[49]

Más evidente es que el orador florentino de Carlos VIII, Gentile Becchi, al informar a Piero de' Medici de lo que le dijo al rey en latín, intercala pasajes latinos en la carta.[50]

Eufemismo y solemnidad parecen escucharse en aquella parte de la carta de Bernardo Dovizi a ser Andrea da Foiano (21 de mayo de 1490) en la que habla de un creído atentado contra Lorenzo de' Medici: "se ha decidido que querían y venían a hacer una empresa de gran momento, esto es, *interficere patronum nostrum*;"[51] eufemísticas son las palabras de don Atteone (en la carta-novela de Sabatino degli Arienti, p. 418 Gambarin) sobre "capellano don Baptista, il quale *laborabat in extremis*".

Es frecuente encontrar frases y locuciones en latín sobre temas religiosos, al citar o resumir textos bíblicos o litúrgicos.

En las representaciones sagradas no es infrecuente que los personajes utilicen frases o incluso estrofas enteras en latín. En el *Morgante* (XXVII, st. 142), el arcángel Gabriel, que se aparece al moribundo Orlando, le recuerda las palabras de Job a su mujer citando pasajes bíblicos y traduciéndolos a continuación:

¿Y por qué se aflige la esposa
Me dijo: "Mujer, escúchame:
Dominus dedit, él lo dio,
Dominus abstulit, lo retiró,
Sicut Dominus placuit, *in ea*
Factum est, así es esta vez".
Y entonces '*Sit nomen Domini*' había dicho
"El nombre del Señor, bendito sea".

Aún más numerosas que en el siglo XIV o a finales del XVI son las palabras y locuciones, sobre todo adverbiales, que han pasado del estilo cancilleresco latino al italiano: *assiduo*, *autem*, etc.

La mezcla más curiosa es la que observamos en numerosos sermones de las últimas décadas del siglo. Junto a sermones en latín y en lengua vernácula tenemos muchos en los que se mezclan el latín y la lengua vernácula.[52] Por ejemplo, en el Sermón de *Cuaresma* del padre Valeriano da Soncino leemos:

Scis quod facit vulpes quando abstulit galinam illi pauperculae feminae? La se va in lo boscheto e se mette in la herba fresca e volta le gambe al cielo e stare a solazar cum le mosche. *Sic faciunt isti prophete,* questi gabadei, questi hypocritoni, sangioni dal collo torto, quando *habent plenum corpus* de galini, caponi, fasani, pernise, qualie e de boni lonzi de vitello e qualche fidegeti per aguzar lo apetito, e lo capo de malvasia, vernaza, vino greco, tribiani e moscatelli cum qualche prosuto, salziza, cerveladi, mortadelli, beroldi o vero cagasangui a la bresana per bere melio. Nunca viste, madre mía, a los profetas más melosos.

O:

Aliquis possit dicere: mundus nunquam fuit sceleratus sicut nunc. Dico quod non est verum: que mundus fuit semper una gabia de matti, figurata *per archam Noe* plena de ogni bestiame.[53]

O, en los sermones del beato Bernardino Tomitano da Feltre recogidos por un hermano de Brescia:[54] "*Quid est illa* ballarina *nisi una noctua que ludit* su *l*'archetto per farse remirar?" (p. 6); "Si *lex prohibet et non servatur*, ché non facciamo scartozi?" (p. 16); "*emisit illam infocatam orationem* come una bombarda, *et misit ad terram Paulum*" (p. 275) etc.

Y textos similares pueden encontrarse en Gabriele Bareleta, Cherubino da Spoleto, Giovanni dell'Aquila.

¿En qué medida correspondía esta mezcla al uso real? Si sólo tuviéramos uno o dos ejemplos aislados, podríamos interpretarlos como un accidente ocurrido en la transmisión. Es decir, podríamos suponer que los sermones se pronunciaban realmente en lengua vernácula, y luego se recogían mediante una especie de taquigrafía; como la taquigrafía enseñaba una serie de compendios de palabras latinas, el oyente traducía mentalmente las palabras al latín, y en latín se descifraban. Sin embargo, ante la presencia de textos bastante numerosos de este tipo, hay que descartar la hipótesis y admitir que la mezcla que nos

presentan los textos se corresponde bastante con la realidad. Dada la capacidad de los predicadores para utilizar con soltura las dos lenguas, la elección entre una y otra debió de estar dictada por diversas circunstancias: el carácter del auditorio, el lugar (más bien latín en las iglesias, siempre vernáculo en las plazas), el carácter del predicador,[55] el tema del sermón.[56] Como incluso en los sermones en lengua vernácula los textos bíblicos y patrísticos se citaban en latín, el auditorio se acostumbraba a escuchar un discurso mesurado, considerándolo perteneciente en cierto modo al rito eclesiástico, y contentándose, cuando no entendía, con rendirse al tono y los gestos del predicador. Algunos aprovechaban esta costumbre para insertar frases enteras o trozos de frases vernáculas en los sermones latinos, sobre todo para conseguir un tono más confidencial en las partes narrativas y anecdóticas.

Una nueva estilización artística de este hibridismo nació a finales del siglo XV en Padua, con Tifi Odasi, autor de la *Macaronea*, y Corrado, autor de *la Tosontea,*[57] el poema macarrónico.[58] La mescidanza es diferente de la de los predicadores, porque en la Macaronica se respetan esencialmente la gramática y la métrica latinas, y sólo en el léxico se mezclan palabras vulgares con fines burlescos. Nacido en ambientes universitarios y con formas humanísticas (como lo demuestra también el uso casi constante del hexámetro), el estilo macarrónico puede haberse inspirado bien en la lengua mescida de los predicadores, bien en otras mezclas latino-italianas, cuyos ejemplos no debían faltar en la universidad.[59]

Ahora que hemos visto, aunque muy brevemente, las formas en que el latín y la lengua vernácula se oponían o coexistían, nos queda abordar las disputas entre partidarios y detractores de una y otra lengua.[60]

Numerosos testimonios a favor de la lengua vernácula portan los personajes del *Paradiso de Alberti*,[61] pero no podemos contarlos como atestados individuales, sino más bien como signo de la tendencia favorable del autor Giovanni Gherardi.[62]

En su mayor parte, los debates no se centran en la lengua vernácula en sí, sino en el uso que de ella hicieron los tres grandes escritores. En el primer libro de los *Dialogi ad Petrum Histrum* de Bruni (es decir, a Pietro Vergerio de Koper) leemos la afirmación de Salutati de que Dante sería superior a los griegos y latinos si hubiera escrito en latín[63] y la diatriba de Niccoli sobre los errores de Dante, su mala latinidad y tosquedad que lo convierten en un poeta panadero;[64] en el Libro II Niccoli se retracta de la contumelie y elogia a los tres escritores; pero en resumen queda alguna duda sobre sus verdaderas opiniones.[65]

Cino Rinuccini, en una de sus *Invettivas,* culpa a los detractores de los tres poetas; Domenico da Prato, tras defender a Dante y Petrarca, elogia expresamente la lengua vernácula: "¡Oh gloria y fama de la lengua itálica! Ciertamente esta lengua vernácula, en la que escribió Dante, es más auténtica y digna de alabanza que el latín y el griego que ellos [los detractores] tienen."

Muy importantes por su ponderación y moderación son las opiniones de Leon Battista Alberti, por la autoridad del hombre, versado en muchas ciencias y artes, experto en muchas actividades y escritor seguro en ambas lenguas. En el Proemio al Libro III de La *Familia*, Alberti afirma que los escritores siempre han escrito para ser entendidos; por lo tanto

Tal vez los prudentes y avisados me alaben si, escribiendo de tal manera que todos me entiendan, intento primero ayudar a muchos antes que complacer a unos pocos: pues ya sabéis cuán pocos hay en estos tiempos [...].[66] quien quisiere ser más docto que yo, o tal como muchos quieren ser reputados, no hallará menos adornos en este hoy común que en aquel, que tanto preparan y tanto desean en otros [...] Y que el antiguo esté tan lleno de autoridad a los ojos de todos los pueblos, sólo porque muchos doctos escribieron en él, el nuestro ciertamente será semejante, si los doctos quisieren que se elimine y pula con mucho estudio y vigilancia...". (pp. 232-233 Pellegrini-Spongano).

Profundamente arraigada en esta persuasión, de que la lengua vernácula es capaz de expresar conceptos elevados mientras haya quien la cultive dignamente, está la competición promovida por Leon Battista Alberti, ayudado por Piero de' Medici, anunciada solemnemente por los Oficiales del Estudio, celebrada el 22 de octubre de 1441 en la iglesia de Santa Maria del Fiore. El nombre de *Certame coronario*, compuesto por dos latinismos, puede quizá desagradarnos, pero corresponde precisamente al objetivo de ennoblecimiento de la lengua vernácula que se proponía el concurso; y demuestra que, más que por el conocimiento -que Alberti probablemente tenía- de fiestas y concursos similares en Picardía, Toulouse y Barcelona, el inspirador del concurso se guiaba por un recuerdo más o menos vago de las fiestas romanas.[67]

Los versos leídos en el *Certame* por los ocho concursantes sobre el tema propuesto (la verdadera amistad) fueron muy sosos; y los solemnes jueces, que debían premiar al

ganador con una corona de laurel labrada en plata, decidieron no concedérsela. Una "protesta" que nos ha llegado anónimamente, y que parece haber sido escrita por una persona inducida, es probablemente del propio Alberti.[68]

El fracaso del concurso demuestra que en 1441 la rehabilitación de la lengua vernácula aún no se había producido en la opinión común de los ilustrados. Los jueces quizá se equivocaron al entender el concurso como un desafío al latín, y no, como lo concebía Alberti, como un medio de conseguir que la gente reconociera las capacidades de la lengua vernácula y cooperara en su perfeccionamiento.

Baste mencionar las opiniones contradictorias del cambiante y venal Filelfo, que comentó a Petrarca y a Dante, escribió un discurso en lengua vernácula (1451) "contra sus emuladores que decían que Dante era un poeta de zapateros y panaderos", y luego afirmó de la lengua vernácula "hoc scribendi more utimur iis in rebus quorum memoriam nolumus transferre ad posteros"; y las del elogiador del pasado Vespasiano da Bisticci, persuadido de que "en la lengua vernácula no se pueden mostrar las cosas con la ornamentación que se hace en latín" ("Vita di re Alfonso").

Por otra parte, Lodovico Carbone, en su Exhortación al duque Borso (1459), defiende a Dante y la lengua vernácula ("nientedimeno il volgare e materno idioma è tanto in esso limato e terso con ioconda rima e profonda sentenzia, che non meno lo faegno che se in latino fussi composto").[69]

Landino, profesor de retórica y poesía en el estudio florentino y canciller de la señoría, fue también comentarista de Dante y Petrarca y traductor de Plinio a la lengua vernácula: en la Oración inaugural ya mencionada (1460) deseaba que se cultivaran mejor las dotes espontáneas de la lengua vernácula ("lo que la lengua florentina muestra en sí misma de magnificencia y elegancia puede reconocerse más bien por su abundancia nativa, que atribuirse a la lima oratoria"). Más tarde, en un proemio a la *Sforziade* de Giovanni Simonetta traducida por él (1490), alabó "la lengua florentina, que no sólo es común a todos los pueblos itálicos, sino que por la nobleza de algunos de sus escritores se encuentra dispersa tanto en la Galia como en España" (c. 3 a). Pero entretanto habían transcurrido treinta años y el humanismo vulgar había avanzado mucho.[70]

6. Humanismo vulgar

El esfuerzo de Leon Battista Alberti por elevar la lengua vernácula, desde la baja condición en que había caído, hasta el nivel de las lenguas clásicas, por medio de sus escritos y del *Certame Coronario*, puede considerarse un importante comienzo para el humanismo vernáculo, que maduraría con Lorenzo y Poliziano, Boiardo y Sannazzaro.

Landino (en la tan citada Oración Inaugural) reconoció este mérito en Alberti:

> Pero hombre que haya puesto más industria en engrandecer esta lengua que Batista Alberti no hay ciertamente. Leed sus libros, que son muchos y de varias cosas compuestos. Ved cuánta industria puso en cada elegante composición y dignidad que se encuentra entre los latinos, y cuán ingeniosamente la trasladó a nosotros.

Para nosotros, la ortografía, la sintaxis y el léxico de Alberti dan la impresión de una intrusión exagerada de elementos latinos: pero era necesario pasar por esta etapa para llegar a una fusión más madura.

El alto arte de Lorenzo de Médicis y de Poliziano se corresponde con la certera conciencia que tenían de los méritos del lenguaje. La colección de lírica enviada en 1476 por Lorenzo a Federico, hijo de Fernando de Aragón (donde predomina el gusto estilnovista), va precedida de una epístola crítica, muy probablemente escrita por Poliziano, en la que se celebran los elogios de la lengua toscana:

> Que nadie desprecie esa lengua toscana como poco ornamentada y copiosa. Porque, si se estiman bien sus riquezas y ornamentos, esta lengua no será pobre, sino abundante y muy cortés. No puede imaginarse cosa gentil, florida, graciosa, adornada, ni aguda, ingeniosa, sutil, ni amplia, copiosa, ni otra magnífica y sonora, ni otra finalmente ardiente, animada, emocionada, de la que [...] con aquellos dos primeros, Dante y Petrarca [...] no brillen los clarísimos ejemplos.

Un elogio más ponderado hace Lorenzo de la "lengua materna", "común a toda Italia", en el *Comento sopra alcuni de' his sonnetti*, que debe ser algo posterior a 1476. Viene "considerando cuáles son aquellas condiciones que dan valía y perfección a cualquier modismo y lengua" y las reduce a cuatro: el elogio más verdadero de la lengua es el de "ser copiosa y abundante, y apta para expresar bien el concepto de la mente"; luego "dulzura y armonía"; después estar escritas en esa lengua "cosas sutiles y graves necesarias a la vida

humana" (es decir, poseer una importante literatura); finalmente "ser apreciada por próspero éxito de fortuna" (es decir, tener una amplia expansión territorial). Nos guardaremos de comparaciones anacrónicas con los criterios de la lingüística funcional moderna. En su lugar, es importante ver la persuasión segura de la alta dignidad del lenguaje, en la que los tres grandes florentinos expresaban "todos los sentidos". Y más se puede esperar del futuro: pues la lengua está apenas en su adolescencia, 'porque cada vez es más elegante y suave'.

Ya los tres grandes florentinos habían constituido el principal argumento para los defensores de la lengua vernácula en la primera mitad del siglo; en las palabras del Magnífico tenemos una página de exaltación incondicional de los tres, a los que se añade (lo que tampoco es sorprendente, conociendo los gustos estilnovistas de Lorenzo) Guido Cavalcanti.

No es éste el lugar para trazar la historia de la fama de Dante, Petrarca y Boccaccio durante este siglo,[71] ni para detenernos en ese capítulo concreto de la historia de la fama que es su aceptación como modelos escolásticos.[72]

Sólo recordamos ese verso de la inscripción que Bernardo Bembo, padre de Pietro, hizo colocar en la tumba de Dante en 1483:[73]

Nimirum Bembus Musis incensus Ethruscis:

En ella, el patricio veneciano no sólo se define a sí mismo, sino a todo el Humanismo Vulgar.

En resumen, en las últimas décadas del siglo, la lengua vernácula acogió las experiencias humanísticas y recuperó la confianza en sí misma apoyándose en los tres grandes escritores del siglo XIV. Ellos habían sido siempre el principal argumento de los defensores de la lengua vernácula; un signo de su creciente fama es su aceptación como modelos escolásticos.

Para nuestros fines, sería útil disponer de una investigación exhaustiva sobre las influencias estilísticas, léxicas y a veces gramaticales ejercidas por las tres coronas sobre los distintos escritores,[74] hasta el punto de penetrar en el lenguaje común.

Estrechamente relacionada con la celebridad de los tres grandes está la fama de Florencia por la dulzura, abundancia y elegancia del habla: y son frecuentes los juicios de este tenor emitidos por los defensores de la lengua vernácula. Un siciliano, probablemente Aurispa, dijo hacia 1420 que había olvidado el siciliano y el griego por la dulzura del toscano y el latín:

Inter tam dulcis quales fert Tuscia linguas
dedidici Graecam, dedidici Siculam.[75]

Entre las lenguas vernáculas, Filelfo juzgaba la florentina como "elegantissimus et optimus" y afirmaba que "ex universa Italia ethrusca lingua maxime laudatur".[76] El beato Bernardino da Feltre, predicando en Florencia, se disculpó: "No diré según el arte de decir que hay en Florencia, sino secundum evangelium.[77]

En cuanto al nombre de la lengua, los términos *vernáculo*, *florentino*, *toscano* e *italiano se* siguen utilizando de forma promiscua y casi indiferente:[78] todavía no han surgido disputas para aclarar las diferencias (o, más bien, para envenenar la cuestión sin aclararlas).

Una de las características del espíritu de expansión del humanismo vernáculo es la reconquista de "géneros" que las lenguas clásicas habían poseído y las vernáculas aún no: la tragedia, la comedia, la egloga y la sátira tienen sus primeros ejemplos en italiano precisamente en esta parte del siglo.

Un corolario natural del humanismo vernáculo es el esfuerzo por establecer normas para la lengua.

Tenemos noticias de que Augurello buscaba las reglas del lenguaje en Petrarca.[79] De los primeros intentos de establecer reglas, el único documento del siglo XV que nos queda es la grammaticatta que perteneció en 1495 a la privada Libreria Medicea con el título *Regule lingue fiorentine* o *Regole della lingua fiorentina*: el original se ha perdido, pero se hizo una copia en diciembre de 1508, era propiedad de Bembo y se encuentra en la Biblioteca Vaticana.[80] Las *Reglas* son anónimas, pero la identificación del autor con Leon Battista Alberti es ahora segura.[81]

Las primeras colecciones lexicográficas pertenecen también al siglo XV: glosarios en parte metódicos, en parte alfabéticos, en los que la voz italiana (veneciana) se interpreta en alemán (bávaro),[82] el *Vocabolista* en el que Luigi Pulci recogió varios centenares de latinismos,[83] la lista del vocabulario milanés realizada por curiosidad por Benedetto Dei,[84] un pequeño y astuto glosario,[85] el primer diccionario italo-latino, el de Nicodemo Tranchedino.[86]

7. El vulgo en Toscana

Los cambios gramaticales que aparecen en la lengua hablada en las últimas décadas del siglo XIV y principios del XV se manifiestan, como siempre, más abiertamente en la prosa que en el verso. El latinismo se infiltra en el léxico por doquier, en cuanto el escritor tiene la menor pretensión literaria.

Tanto en prosa como en verso, los escritos florentinos superan con creces a los del resto de la Toscana.

En prosa, además de cartas privadas (Alessandra Strozzi) y políticas (Rinaldo degli Albizzi), tenemos tratados civiles (Palmieri, Alberti) y ascéticos (Belcari, San Antonino), novelas y facciosas (el pratense Giovanni Gherardi el lucchese Sercambi, el sienés Sermini, *Grasso legnaiolo*, *Piovano Arlotto*), sermones sagrados (San Bernardino de Siena), memorias y crónicas (Giovanni Cavalcanti, Giovanni Morelli, el estrafalario Bindino da Travale,[87] Benedetto Dei), biografías (Vespasiano da Bisticci), comentarios (Landino), etc. Casi nuevo es el campo de la escritura técnica, "algo que no pertenece a los preceptos de la retórica" (Ghiberti, *Commentari*, p. 2 Morisani): Alberti, Ghiberti, Piero della Francesca, Leonardo; e igualmente el de las disertaciones filosóficas (Ficino). La prosa del Magnífico intenta introducir una nueva elegancia.

Versificadores más o menos populares continuaron en la primera mitad del siglo la épica (cantari), la dramática (representaciones sacras) y la poesía burlesca (Za, muy "de contenido", Burchiello, que a menudo buscaba la agudeza o el deleite puramente verbal: "Nombres fritos y mappamondi", "Sospiri azzurri di speranze bianche"). En la lírica, la rima cansina, más o menos petrarquista, se anima con intercambios con otras regiones, a menudo con la ayuda de la canción y la música (canzonette 'siciliane', calabresi, napoletane, veneziane, strambotti etc.).

La vena popolaresca continuará en la segunda mitad del siglo, y sin perder su frescura se elevará a los esplendores del arte en el cenáculo de Lorenzo: respetos, baladas, canciones de carnaval son uno de los muchos modales de aquel hombre y ambiente polifacéticos. El *Morgante* también se ciñe al tono popular. El cultivado lirismo de Lorenzo, con sus acentos neoplatonistas y la recuperación de motivos estilnóvicos, se desmarca claramente del petrarquismo "florido".

Estas palabras de Calmeta, escritas unos diez años después de la muerte de Lorenzo, dan testimonio del prestigio recobrado:

> la vulgare poesia e arte oratoria, dal Petrarca e Boccaccio in qua quasi adulterata, prima da Laurentio Medice e suoi coetanei, poi mediante la emulatione di questa [Beatrice d'Este] et altre singularissime donne di nostra etade, su la pristina dignitade essere ritornata se comprehende (*Vita di Serafino*, en las *Collettanee* publicadas en 1504, p. 11 Menghini, p. 72 Grayson).

En las coplas de carnaval, el lenguaje popular no sólo se imita, sino que se carga deliberadamente. La *Nencia* inaugura el "género" de los poemas rústicos, típico reflejo de la literatura dialectal.

La curiosidad por otros dialectos y la tendencia a satirizarlos que ya aparecían en algunos escritores toscanos del siglo XIV estaban más vivas que nunca en el siglo XV: se recuerdan los sonetos de Burchiello que se burlan de venecianos, sieneses y romanos; los de Luigi Pulci que se mofan de milaneses y napolitanos; los de Benedetto Dei que enumeran palabras típicas milanesas a granel.

Incluso en los novelistas encontramos más de un ejemplo de imitación realista o satírica de los dialectos: recuérdese el posadero marqués de *Piovano Arlotto* ("Messore, non dicere chiù, che se 'n ce vene", etc.: n. 50 Folena).

El furbesco empezó a ser utilizado ocasionalmente en broma por algunos escritores (Pulci, Pistoia, Arienti, etc.).

8. El vulgo en el norte de Italia

Otros pasos notables dio la lengua vernácula en comparación con el siglo anterior: tanto con su mayor difusión como con una mayor igualación interregional, que se produjo sobre todo a través de la aceptación de elementos latinos y toscanos. Los textos en prosa redactados sin intenciones literarias en las ciudades más importantes, donde más se deja sentir la influencia de la corte y la cancillería, nos muestran la resistencia de otras tantas variedades locales, que de generación en generación se desvían cada vez más de sus respectivos dialectos hablados y se aproximan.

Compárese un texto bresciano de 1412, con llamativos rasgos específicos ("O De omnipotent sempiterno, el qual revelast la tua gloria in Yhesu Christ a tuti li zeng, guarda per l'ovra de la tua misericordia che la tua giesia sparta per tut el munt debia perseverà cum fe stabella"),[88] con un texto de la misma ciudad, redactado en 1431 por un oficio municipal: "infrascripta si è la spesa fata per lo Comuno de Bressa per far la festa de Nostra Dona del messe de avosto de l'ano suprascripto fata per Antonio de Vachi e per mi Agostino de Mazii. El Comuno de Bressa de dare per comperar una vacheta per scrivere susso li rassó del comuno e de la fabbrica".[89] La conquista de Carmagnola y la anexión a la República de Venecia (1430) se sitúan entre uno y otro texto. O compárense los textos veroneses de esta época, tan mal caracterizados, con los de la época de Scaliger.

En lugares más alejados de la circulación de la cultura, tenemos textos más cercanos a la palabra hablada y, por tanto, más crudos. Hacia finales de siglo, desde un valle de la zona de Bérgamo, llegan testimonios como éste: "A y è quey da Nes che i ne voraf tor i nos grumey":[90] El alejamiento de los lugares de cultura y los escrúpulos como escriba convergen para darnos un texto todavía fuertemente dialectal.

Por el contrario, cuanto más intenciones literarias tiene el escritor, más se ennoblece su lenguaje. Compárense las cartas que nos quedan de Boiardo[91] con los prólogos a sus traducciones:[92] se observan diferencias no sólo en el tono, sino también en la gramática y el léxico. (Es cierto que de las cartas tenemos el autógrafo, de los prólogos no: así que no se puede excluir que éstos fueran algo reelaborados).

En definitiva, del mismo modo que los humanistas fueron uno a uno, con lento trabajo personal, fabricando su latinidad, desligándose de las enseñanzas medievales y acercándose cada vez con más precisión a los clásicos, así los que pretendían escribir en lengua vernácula con cierta elegancia se fueron adaptando a los modelos reconocidos. Y, como ya hemos visto, el verso se modeló según los grandes autores antes y más estrechamente que la prosa.[93]

En Piamonte, debido a su situación periférica y a su proximidad con el francés, la combinación con el toscano es rara y escasa. Fuertemente dialectal (y con influencias francesas) es el poema sobre la toma de Pancalieri (1410),[94] algo menos el laude de Chieri.[95] En cambio, el autor de la *Passione* di Revello (1490) quiere escribir en toscano literario, aunque se disculpa por su falta de pericia, debida al poco uso de la nueva lengua:

la *Pasión* en dicha lengua se hace
que es poco utilizado por nosotros
pues no es de extrañar
si no lo conociéramos bien.[96]

"Es precisamente la poesía religiosa la que atestigua la difusión del italiano en los estratos humildes y burgueses del Piamonte, en una época en la que los documentos públicos se escribían en latín y los judiciales en francés."[97] Galeotto Del Carretto "es quizá el único poeta piamontés que a finales del siglo XV, viviendo en la corte, poetizaba a la manera de los poetas cortesanos del resto de Italia".[98] En prosa, sólo se recuerdan algunas crónicas todavía muy toscas.

En Lombardía, ya hemos mencionado que la lengua vernácula había sido favorecida por Filippo Maria Visconti y, más tarde, por los Sforza: entre los demás poetas cortesanos destaca Gaspare Visconti, que se disculpa (en la epístola prefacio a la edición milanesa de 1493) "por nuestro poco cortés lenguaje natural milanés". Puede ser interesante recordar cómo él mismo glosó la palabra *fromba que* había utilizado en un soneto (quizá inspirándose en *Fiammetta* o *Morgante*): "*Fromba* in lingua toschana è quello che in lingua latina dicitur *funda*.[99]

Para la prosa, estamos bastante bien informados sobre el lenguaje de la cancillería.[100] Interesante, y aún poco estudiada, es la lengua de la *Patria historia* de Bernardino Corio, que narra los acontecimientos milaneses hasta 1499 (Milán 1503).

En Bérgamo, a principios del siglo XV, fray Stefano Tiraboschi copió, a veces resumiendo, el antiguo poema veronés sobre *santa Catalina*; y la comparación es muy instructiva. He aquí algunos versos de la edición veronesa:

L'imperaor Maxenço clama gi credenderi,
gi baron de la corto et altri cavaleri,
Y dijo: "Ahora entiendo lo que quiero decir;
e' v'ò clamado çae e fatovi vegnire:
Sabes de Katerina lo que me hizo,
para ella no es romaso ked es no sia mato,

ell'ae desorado lo nostro De del templo.[101]

Y aquí está el texto en la ya italianizante Bergamasque:

El emperador Masenzo hospedó a sus soberanos,
los barones de la corte y los demás soldados de caballería,
y dijo: 'Sabes lo que Katherina me hizo,
por ley no es romaso que no parecia loco.
Ella ha despresiado lo dio nostro del templo.[102]

En Mantua, la abundante correspondencia Gonzaga nos muestra una *koinè* muy avanzada.[103]

Del Véneto, en la primera mitad del siglo, se eleva la voz de Leonardo Giustinian: aunque es casi imposible reconocer sus características precisas, en medio del coro que ha suscitado a su alrededor en gran parte de Italia, destacan algunos fuertes venecianismos (por ejemplo, *golta* en rima con *volta*, etc.).

La expansión del "giustiniane", ayudada por la música, hizo que la apocopación en consonante delante de pausa ("Quel che in sogno tu me fai / fussel vero e poi *morir*"; en un chiste de Serafino "Non mi negar, signora, / di sporgerne la *man"*) se aceptara también fuera del norte de Italia.[104]

En una versión rimada de los *Siete Sabios*, de mediados de siglo, vemos a uno que "sin haber dominado, mediante el estudio, la lengua literaria, pretende escribirla".[105] Un poco más tarde, cuando el veronés Giorgio Sommariva traduce a Juvenal, y el paduano Cosmico, y el veronés Antonio Vinciguerra intentan la sátira moral en tercetos, escriben, aunque con algunos norteñismos, en ilustre toscano. Lee algunas líneas de la cuarta sátira de Juvenal en la traducción de Sommariva:

Aquí es donde también debo llamar
Crispino en todas partes por su vici,
monstruosidad sin virtud a la basura,

débil, enfermizo, pero fuerte en flagici,
excetto in le delicie viduile,
pero en el otro hace mil execrandi exici.

Qué cojo es tener al señorito
casas con bosques y posesiones a los lados
al foro, que no son ya cosas viles,

Si el alchun maligno no es bendecido[106]

o algún verso de su *Chronica vulgare*:

Manfredo, espurio a Federico filio,
muerto que era hermano de Conrad,
al reino de Sicilia;

gobernó trece años se inmiscuyó en ese
aunque a partir del cuarto anatematizado,
Yo digo Alexander, estar con su hostelo,

para tomar, muerto y muy golpeado
El Pueblo de Armas y Copias de la Iglesia[107]

en comparación con los versos dejados inéditos por el escritor y publicados modernamente) en los que Sommariva estiliza el habla rústica:

O consegieri, e ti nostro massaro,
y a todos los del pueblo mazorenti,
gritó la muerte, con gran furia,
de Pier Zafeta, nuestro pare caro [...].

El ne scavo da tuti sodè (*'soldados'*),
y byberoeri y otras malas personas,
que busca nuestra pobreza.[108]

En la prosa también encontramos gran variedad. Marin Sanudo en su *Diari* utiliza un veneciano de cancillería de sólido empaste, con varios rasgos dialectales firmes. Por otra parte, por citar sólo un ejemplo más, el anticuario veronés Felice Feliciano muestra en sus

cartas un lenguaje tan ilustre (con muchos latinismos y algunos toscanismos) que alguien podría incluso atribuirle la *Hypnerotomachia Poliphili*. Escucha el comienzo de una de sus cartas a Giovanni Bellini: "Le vixere de la profunda terra mi da gli preciosi metalli, e'l Tago e 'l Nyllo con le salse unde di Gangie le margherite, l'India l'avorio, e gli olenti ligni d'oriente li balsami, Y los árboles de Sabba me envían el incienso, Sydonia las marsopas, y los gusanillos de Siria las vellosas cortinas, los profundos y sombríos remolinos los peces escamosos, y las frondosas silvas las tímidas leporas, y las tenaces vísceras las aves voladoras. Y ese amor que me es más querido me da tu corazón", etc.[109]

El florecimiento de las imprentas de Venecia[110] hace de esa ciudad un baluarte de la difusión de la Toscana literaria: baste pensar en la importancia de las ediciones aldinas de principios del siglo XVI.

En Friuli (que pasó a dominio veneciano en 1419-20), se comprueba que la lengua vernácula es demasiado tosca, y el escritor se ciñe cada vez más a modelos venecianos y luego italianizantes.[111] El sacerdote Pietro dal Zoccolo (o Cavretto, o Edo) de Pordenone, en tres representaciones sagradas[112] y en un poema sobre *Amore e Fortuna,* escribió en toscano con algunos rasgos venecianos; y al publicar su vulgarización de las *Constituciones de la Patria del Friuli* (Udine 1484), explica qué criterio siguió para elegir entre "las lenguas italianas "la elegantia de la toschana" no le parecía conveniente "per esser troppo oscura a li populi furlani"; "la furlana" a su vez presentaba diversas dificultades ("non è universale in tutto il Friule", y "mal se pò scrivere, e pezo lezendo pronunziare"); Por tanto, acabó por ceñirse al "trivisano" ("Imaginai in tal translatione dovermi acostar piutosto a la lengua trivisana che ad altra, per essere assai expedita e chiara e intelligibile da tutti, come quilla che segondo il mio giudicio partecipa in molti vocabuli con tutte lingue italiane"). Pero, como se desprende también de estas pocas líneas,[113] se trata de un Véneto muy toscanizado.

En la región de Emilia, el centro más importante para la elaboración de la lengua vernácula fue Ferrara (cf. p. 310), para experimentos literarios de diversa índole. Entre los numerosos versificadores[114] destaca Boiardo: más importante que sus escritos menores es *Orlando innamorato*, en el que el ilustre emiliano se inclina decididamente hacia el toscano: junto a formas y palabras de uso regional (*gionto*, *panza*, *ziglio*, *cacciasone*, *fasso* 'fascio', *ve adunati*, *beccaro*, *pioppo* etc.) hay formas y voces toscanas (veniamo, *panza, ziglio, cacciasone, fasso* 'fascio', *ve adunati, beccaro*, *pioppo* etc.).) hay formas y voces toscanas (*veniamo*, *rubesto*, *stordigione etc.*), hipertoscanismos (*fraccasso*, *diffesa*, *gaglio* "gaio", *piaccia* "piazza", *struccio* "struzzo", *avancia* "avanza", *batteggian* "battezzan" etc.), latinismos (*strata*, *spata* etc.). El poeta aprovechó de buen grado las variantes disponibles para rimar: por ejemplo, *scudo* rima con *nudo*, *scuto* rima con *arguto*, etc. Sin duda, la mezcla no era del agrado de los remilgados literatos del siglo XVI y sus normas mucho más estrictas. Pero la dirección en la que se mueve Boiardo es la misma en la que se encontraría Lodovico Ariosto, unos pasos más adelante. Desgraciadamente, no existe ningún ensayo que ilustre dignamente el lenguaje de Boiardo en el contexto de su cultura.[115]

De la prosa literaria de Ferrara, las *Facezie* del Carbone nos dan una idea; Sabadino degli Arienti en las *Porretane* estiliza al ilustre boloñés, con ecos boccaccianos debidos al "género". Mucho más crudas son las crónicas y, en general, los escritos prácticos.

9. El vulgo en la Italia media

La corte de Urbino también nos regala algunos textos cultos. Giovanni Santi da Urbino, padre de Rafael, en su pedestre *Cronaca* in rima quiere airear *los Trionfi* de Petrarca, y muy raramente utiliza formas y palabras regionales (*agionto*, *vinti*, *Vinesa*) o hipertoscani (*chiuodo*); Angelo Galli se mantiene muy cerca de los grandes escritores del siglo XIV; sólo leves scabrezze dialectales muestran las rimas y la prosa (incluidas las cartas) de Collenuccio de Pesaro.

De Umbría proceden textos en verso ya poco dialectales como el *Sollazzo* y el *Saporetto* de Prodenzani, las 37 representaciones sacras reunidas en 1405 por Tramo di Leonardo d'Orvieto,[116] los numerosos laudarios de varias ciudades y, en la segunda mitad del siglo, los numerosos poemas de Lorenzo Spirito de Perugia.

En la prosa no literaria, encontramos el desajuste habitual entre las grandes ciudades que son centros de cultura, donde la lengua se italianiza rápidamente, y los lugares menos importantes, donde las características locales resisten más: en Perugia, la -e final por *-i* sigue apareciendo aquí y allá en las primeras décadas del siglo,[117] mientras que más tarde la

-i se generaliza; en Spoleto los *Anales de* Zambolini distinguen bien la *-u* y la *-o* finales, según el uso dialectal de esa zona. La crónica de Todi de Ioan Fabrizio degli Atti, a caballo entre los siglos XV y XVI, revela la lucha entre los empujes toscano y románico.[118]

En Roma, el lenguaje poético es habitual; no sólo en los petrarquistas, como Giusto de' Conti, sino por ejemplo en el lamento de Paolo Petrone, encarcelado en Viterbo en 1420:

Roma, ¿dónde está tu noble senado?
¿Dónde está tu César tan altivo?[119]

Por otra parte, el mismo Paolo Petrone, al escribir su *Mesticanza en* prosa, tiene una conspicua coloración románica (*tierra*, *muorto*, *aitro*, *monno*, *menao* etc.), al igual que otros cronistas (Paolo di Benedetto dello Mastro, Stefano Infessura) y el extensor de las *Visioni di santa Francesca*, Giovanni Mattiotti. Pero otros diaristas (Gaspare Pontani, Antonio da Vasco) utilizan un lenguaje discretamente toscanizante.

Si nos adentramos en los Abruzos, encontramos que el corifeo del petrarquismo florido, Serafino Aquilano, casi no tiene huellas regionales (después de todo, pasó parte de su vida en Roma y en las cortes del norte).[120] Pero los *Cantari de Braccio* son fuertemente dialectales; la crónica rimada aquiliana de Cola di Borbona está más toscanizada. Los rasgos dialectales y doctrinales se mezclan en la poesía dramática (especialmente en el laudario dramático dominico de L'Aquila).

Tenemos pocos ejemplos de prosa literaria,[121] mientras que los textos prácticos son fuertemente dialectales.[122]

10. El vulgo en el sur de Italia

El uso literario y práctico de la lengua vernácula, escaso en época angevina, escaso en época de Alfonso I,[123] se animó a partir de Fernando I.[124] Algunos caballeros napolitanos, con intenciones, si no resultados, similares a los del círculo de los Médicis, intentaron un lirismo de tono popular: de ahí con numerosos dialectalismos.[125]

Pero no faltan influencias petrarquistas; de hecho, éstas predominan en el cancionero de Pietro Iacopo De Iennaro,[126] mientras que en las *Sei etate de la vita umana* muestra una fuerte influencia dantesca; en conjunto, se nota que en su elección de varias formas posibles tiende a desviarse lo más posible del dialecto. El petrarquismo y el clasicismo tiñen los versos de Cariteo.

En los vigorosos sonetos del desafortunado conde de Policastro, Giannantonio de Petruciis, aparecen formas y palabras plebeyas junto a formas y palabras cultas: así, utiliza libremente el artículo *lo* o *el* delante de una consonante:

El sol con la luna y los vientos
El cielo con las estrellas es sucto al Destino
(hijo. I)
l cuerpo de dolores ahora descansa
(hijo. XLVI)
No sé si mi corazón te recompensa
....
el crudo fato credo che blastemi
(hijo. LII).

También son deliberadamente ricos en dialectalismos los *gliòmmeri* (nombre napolitano de lo que en otros lugares se llama frottole) y las *farsas*: aquí, por ejemplo, una escena de brujas de la farsa *Lo Magico* de Pietro Antonio Caracciolo (que se representó ante Fernando I):

Uno, el más valiente, - a la horca
nde *saglie* et là se corca - a la *bucune*
Y luego corta la cuerda, - y déjala caer
l'*inpisi* a le *yanare;* - et prestamente
que se saca un diente, - y que lenguas,
Y el que les quita su *botín*, - Y el que les quita sus *denochies*,
Y que luego saca los ojos, - Y que el *pelo*.[127]

Un inicio decisivo de la aceptación de la norma toscana se produce, tanto para el verso como para la prosa, con la *Arcadia* de Iacopo Sannazzaro; mientras que un primer borrador, que data de la penúltima década del siglo[128] tiene todavía una fuerte coloración napolitana, la edición definitiva, preparada por el autor hacia 1500 y publicada por

Summonte en 1504, se acerca mucho a la toscana literaria. La comparación entre las dos ediciones[129] permite examinar no sólo la obra del autor, sino en general las tendencias de su época, en un punto preciso. Los tres componentes principales (formas y palabras dialectales más o menos desarraigadas; formas y palabras toscanas, casi todas extraídas de lecturas literarias, principalmente Petrarca y Boccaccio; voces latinas) aparecen en ambas redacciones, en grados y combinaciones diversos:[130] pero la eliminación de las formas dialectales, en la redacción final, llega tan lejos que Varchi (*Hercolano*, Venecia 1570, p. 151) pudo elogiar al autor por haber compuesto su *Arcadia* sin haber estado nunca en Florencia, quejándose sólo de pequeñas transgresiones.

Dada la fuerte centralización, tanto cultural como burocrática, del reino de Nápoles, la actividad poética en las provincias periféricas es muy escasa.[131]

Para la prosa, ya hemos mencionado la importancia de la lengua de la cancillería y la influencia ejercida en ella por Pontano, que, umbro de nacimiento, pasó poco más de veinte años al servicio de los aragoneses.[132] Una moda literaria es la de las epístolas, amorosas o no: De Tummulillis incluyó algunas en su *Notabilia temporum*; Ceccarella Minutolo escribió varias sobre temas amorosos, imitando el estilo de las obras juveniles de Boccaccio.[133] En las memorias de Diomede Carafa, en el tratado *De maiestate* de Giuniano Maio, en el *Esopo* de Francesco Del Tuppo,[134] y en *el Novellino* de Masuccio Guardati, la única obra de importancia artística,[135] la coloración dialectal persiste en diversos grados, pero hay muchos elementos latinos y toscanos, principalmente de Boccaccio.

También son escasos los textos en prosa procedentes de otras provincias del Reino: los más literarios (el *Libro* Salentino *de Sidrac*, el *Quadragesimale* de Fra' Roberto da Lecce, la *Exposición del Pater noster* de Antonio De Ferrariis, también de Terra d'Otranto) no se desvían mucho del tipo ahora visto; incluso los raros estatutos vernáculos (Estatuto de Maria d'Enghien, Estatuto de Molfetta, Capítulos de la Bagliva de Galatina) muestran un fuerte hibridismo.[136]

En Sicilia, los escritos en verso de carácter religioso presentan rasgos gramaticales claramente sicilianos, pero la sintaxis y el vocabulario están muy influidos por los textos continentales. La *Istoria di la traslacioni di sant'Agata,* en octavas, de un autor probablemente de Catania, dice así:

dormendu Gislibertu et repusandu
Agatha santa virginella et pura
li apparsi in sompnu, bella si mustrandu
quali esti in chelu davanti a Cui ipsa adura,
Con el pelo cortado
di oru perfectu, tantu straluchìanu.[137]

El estilo familiar y jocoso explica el fuerte colorido dialectal siciliano de la comedia de Cayo Poncio Calogero (o Calorio o Caloria), natural de Mesina que había estudiado en Padua; he aquí los últimos versos:

La condannemu per questu in effectu
Que debes amarlo tanto como puedas amarlo,
Y para el cor robatu, lo quiera o no,
li daga lu cor so che staga in pegnu.[138]

Pero incluso aquí se nota la influencia de la Toscana literaria (incluso dejando de lado rasgos venecianos como *la volgia*, quizá debidos al copista). Más fuerte es en la burla del propio Poncio:

Por la guerra continua que con gran agravio
sustento, tengo mucho respeto
A quien el cuerpo cansado poco a poco llevo
A los muertos, que con gran placer espero,[139]

como en general en los fragmentos líricos que nos quedan del siglo XV en las citas de Mario D'Arezzo.[140]

En la Sicilia del siglo XV existía un conocimiento considerable de la tríada toscana y también de la literatura religiosa vernácula toscana y umbro.[141]

La prosa literaria está más toscanizada que la poesía: la *Leggenda della beata Eustochia*, compuesta en 1487-90, pretende estar en toscano literario, aunque no faltan los sicilianismos.[142] De los ocho incunables impresos en Mesina a principios de siglo, siete están en prosa fuertemente toscanizada, aunque traten temas locales (el octavo es *Santa Águeda en* verso).[143] El progreso de la toscanización es evidente en los protocolos notariales de

Mesina: los bandi, que comenzaban con las palabras *Bandu et comandamentu*, a partir de 1492 empiezan con *Bando et comandamento*.[144]

Antes de concluir este rápido repaso del estado de la lengua en las distintas regiones, mencionemos que los italianos que vivían en el extranjero, puestos en contacto con personas de orígenes diversos, tendían hacia las formas *koinè*. El *libro mayor* del Banco Borromei de Londres[145] es mucho más italianizante que los documentos milaneses contemporáneos.

11. La norma lingüística

El margen de fluctuación que se permite a los individuos es muy amplio durante el siglo XV; y sólo a finales de siglo comienza a sentirse la influencia coaguladora de la prensa. Al principio, la escasa protección ejercida por la lengua literaria; más tarde, con el predominio del humanismo vulgar, el hábito humanista de componer la lengua a su manera, como se hacía con el latín, hizo que la norma fuera muy escasamente imperativa.[146]

En resumen, muchas de las costumbres gramaticales y léxicas, en lugar de ser unívocas y más o menos imperativas, como en otras épocas, están abiertas en varias direcciones; en lugar de establecerse en esquemas prefabricados, el escritor puede recurrir libremente al modelo latino o al de los tres grandes toscanos. Boiardo, como hemos visto, escribe *scudo* según el uso lombardo y toscano, es decir, *scuto* alla latina, *piazza* o *piaccia*, *gaio* o *gaglio,* etcétera.

O, por citar otro ejemplo, los escritores meridionales, en lugar de adherirse al uso indígena del artículo *lo* en todas las posiciones, adoptan más o menos ampliamente las formas toscanas *el* o *il*.

Hacia finales de siglo, se empieza a formar un gusto colectivo; y, por supuesto, cuenta mucho el impulso de aquellos precursores cuyas obras eran más apreciadas, como Boiardo y Sannazzaro.

Cada transcripción tiende a eliminar las peculiaridades excesivamente dialectales del texto.[147] En mucha mayor medida, esto sucede con las obras impresas, porque los editores pretenden que sean comprendidas por un público muy amplio. A veces, el editor tiene la intención precisa de reelaborar el texto que quiere reproducir y, al eliminar idiotismos, lo toscaniza en la mayoría de los casos; otras veces, deja los idiotismos del original o introduce los suyos propios.[148] En algunos casos, en lugar de corregir, el tipógrafo prefiere glosar su texto.[149]

La amplia libertad de que goza cada escritor hace que el margen de elección estilística sea mucho más amplio en comparación con el de la norma estable, tanto para la gramática como para el vocabulario. Esto no quiere decir que no existan normas y tendencias, válidas en círculos culturales más o menos amplios.

Algunos tratados gramaticales y resúmenes léxicos pueden servir de guía para autores concretos y su entorno: para la Toscana, se puede recurrir especialmente a *Appunti sulla lingua* y *Glossario* (ed. Folena, Milano-Napoli 1953), de *Piovano Arlotto*, y a las recopilaciones de Grayson de los autógrafos de Leon Battista Alberti,[150] a los spogli de Tanaglia (ed. Roncaglia, Bolonia 1953), a la monografía de Ghinassi sobre *Il volgare letterario nel Quattrocento e le Stanze del Poliziano* (Florencia 1957); otras buenas investigaciones que tenemos para el norte de Italia[151] y para el sur de Italia.[152]

12. Escritura a mano

En manuscritos y grabados antiguos[153] la grafía es muy inestable, sobre todo en algunas peculiaridades: *dog* o *chane* o, esporádicamente, *hane*,[154] *digno*, *dengno* o *dengnio*, etc.[155] La fortísima influencia humanística conduce a un predominio de las grafías etimológicas: *maximo*, *apto*, *epso* etc;[156] son especialmente frecuentes en el norte y el sur de Italia, pero también en Toscana se utilizan mucho más que en los siglos XIII y XIV. El nexo *ci* + vocal alterna con *ti* + vocal (*ocio* - *otio*, *gracia* - *gratia etc*.) como en la ortografía latina de la época. *Ch*, *th*, *ph, y,* aparecen en las palabras griegas, y no siempre se colocan en su lugar.[157]

Las grafías regionales habituales aún resisten: en el norte *c* para *z* sorda (*anci*, *solacevole*, *discalci* plural de *discalzo* etc.), *x* para *s* sonora; en el sur de Italia *cz* y a veces *tz* para *z* sorda; en Sicilia *ch* aún se encuentra con *c* palatal, *x* con *sc.* Los nexos *lh* para *gl*, *ny* para *gn* aparecen esporádicamente en el sur (por ejemplo, en *Sidrac* otrantino).

La grafía *sg* que a veces se encuentra en Toscana (*indusgiare*, *collesgi*, *Luisgi* en Bernardo Accolti) no arraigará.

Leon Battista Alberti quiso evitar los equívocos derivados del doble valor, vocálico y consonántico, del signo latino *u,* y propuso la distinción gráfica entre *u* y *v* que sólo a finales del siglo XVII, tras muchas vicisitudes, entraría en uso.[158]

Los geminados consonánticos dentro de las palabras fluctúan considerablemente, especialmente en los compuestos con *ad- ob- sub*; en los tipos *que tenemos*, *fuggire* etc.: en Toscana la pronunciación sirve de guía, y como mucho puede haber influencia de la ortografía latina; pero en el norte de Italia, donde la pronunciación dialectal ignora los geminados al completo, la ortografía es muy inestable en este punto.

Aún más incierta es la representación gráfica de los fenómenos debidos a la fonética sintáctica: los refuerzos del tipo *a nnoi*, las asimilaciones del tipo *gram bene* e *illei* (= in lei), los fenómenos de enclisi y proclisi. En este caso, el afán de uniformidad promovido por la prensa ha conducido a una vigorosa simplificación. Especialmente para los refuerzos, el motivo funcional por el que es preferible tener una única forma para cada palabra (y así es mejor escribir *a lui*, di lui, *con lui* en lugar de *a llui*, *di llui*, *co llui*), convergió con un factor histórico: la importancia de la tipografía en Venecia, en un ámbito que ignora las geminadas debidas a la fonética sintáctica.

Para la representación de los fenómenos de proclisis y enclisis, la ortografía fluctúa durante mucho tiempo antes de estabilizarse en las posiciones que se han mantenido siempre: en los manuscritos y primeros impresos, las entradas proclíticas se escriben a menudo unidas (*ilbene*, *lacarne*, etc.); en algunos incunables se escriben unidas o separadas, según haya o no espacio en la línea.

Sigue faltando el apóstrofo, y se escribe *lanima*, *lerrore*, *longegno* (= *lo 'ngegno*); ha desaparecido la norma según la cual en los siglos XIII y XIV *huomo se escribía huomo* pero *luomo*.[159]

Todavía no se suelen utilizar signos para indicar la posición del acento en los truncamientos, y mucho menos en otros lugares. Pero ya algunos tipógrafos[160] imprime *e/*, *volonta/*, *mitigo/*. Giovanni Ridolfi, al copiar una lista de palabras milanesas recogida por Benedetto Dei, añade los acentos (agudo en el interior, grave en el último, siguiendo el ejemplo griego: *zighéra*, *pinchieruò*).[161]

En cuanto a la puntuación, la gramática humanística conocía el uso de tres signos diferentes (*virgula sine puncto*, *virgula cum puncto*, *punctus planus*), a veces cuatro o incluso más.[162] En los manuscritos y primeros impresos encontramos una puntuación escasa y fluctuante: algunos no utilizan signo alguno; otros, sólo punto; otros, punto y dos puntos; otros, punto, coma y dos puntos. No es infrecuente la barra oblicua, que equivale esencialmente a una coma (pero también puede servir, como acabamos de ver, para indicar el acento y, en el caso de una tipografía densa, para separar dos palabras entre sí). El punto en el medio, el punto en la parte superior y la barra oblicua con el punto en la parte inferior también se encuentran esporádicamente. Sólo en el siglo siguiente la puntuación se hizo más rica y regular.

13. Sonidos

En los escritores toscanos, los diptongos siguen predominando en la serie *triema*; *pruova*, *truova, ceraiuolo*; *puose*, *rispuose*. Parecen derivar de formas de la Toscana meridional como *venardì*, *iarsera*, también documentadas en Florencia. En contraste con *domane*, *stamane* del uso del siglo XIV aparece *domani*, *stamani*. Abundan las *-i-* protónicas de las series *filice*, *piggiore*, *mimoria*, *sicondo*, *tinore*.

En los textos en verso, la influencia de la tradición poética se deja sentir no pocas veces: Bernardo Giambullari utiliza *core* (*core)* en los versos más altos, *cuore* (*quore)* en los de tono popular. Boiardo en el canzoniere utiliza *suave*, en las églogas *soave*, en *Orlando innamorato* oscilla.

El resultado fonético normal -aio -*ari* (*danaio -danari*, *scolaio -scolari*) sigue apareciendo no pocas veces, aunque debilitado por la analogía.

Quizá el fenómeno más interesante de este periodo sea la reacción popular a la copiosa aceptación de latinismos, especialmente para aquellos grupos que no existían en el sistema fonológico toscano. El grupo *au*, que la gente sigue sustituyendo por *al* (*altore*, Leonardo) o simplificando en *a* (*arora*, Agazzari), sigue sin ser fácilmente digerible;[163] así como los

grupos consonánticos seguidos de *l*: *cripeato* "clipeato" (Gherardi, *Paradiso degli Alberti*), *compressione* "complessione" (Alberti), *Prinio*, *exempri* (en una carta de Bisticci), *frutto* "flutto", pepro "peplo" (en el *Vocabolista* de Pulci), *fragello*, *obrivione* (Leonardo); así *sopperire* nació de *sopplire*, *supplire* (Morelli etc.).[164]

La vocal protética ante grupos con *s* (y a *sc)* se produce no sólo tras consonantes (*per escriptura*, Palmieri, *Città di Vita*, III, XII, v. 137, *pere scriptura* en la ed. Rooke; *per iscienzia*, Piovano Arlotto; *per ispelonche*, Pulci); sino opcionalmente también tras vocales (*una sua ischiava*, san Bernardino; *fresco isposo*, Alberti; *cento iscudi*, *alcuna isperanza*, Piovano Arlotto).[165] También *gn* puede tener *i-* protética: un *tale ignocco* (Pulci, *Morgante*, XXII, v. 42), *ignuno* passim.

En Toscana progresan los populares tipos *stiena* para la *espalda* y *diaccio* para *el hielo*.

Delante de las partículas enclíticas *-lo -la* etc. se puede asimilar la *r del* infinitivo y la *m* de las primeras personas del plural: *coprilla* (Bisticci), *pensalle* (Pulci; pero también *lo encontramos* rimando con *Carlo*), *perdonalli* (Piovano Arlotto), *trovalla* (Poliziano); *vogliallo* (Bruni), *finirella* (Poliziano).[166] También mandàgli "enviarle" (Pulci).

Las síncopas del tipo *s'tu (Pulci)*, *vorres'tu*? (Alberti), *cades'tu*? (Piovano Arlotto), *vedes'tu*? (Pulci) y del tipo *guarii* 'mírate' (Pulci, Lorenzo de' Medici) son siempre frecuentes.

Los truncamientos de artículos, adjetivos indicativos, calificativos son menos frecuentes que las formas enteras: *uno giorno* (Piovano Arlotto), *alcuno riscaldamento*, *quello dono*, *quello bello vecchio* (Alberti); por el contrario, se admiten truncamientos como *buon padri*, *maggior bellezze* (Alberti).

Ya hemos aludido (pp. 341-342) a la nueva posibilidad, introducida por los rimadores septentrionales, del truncamiento consonántico en las pausas; en los prosistas meridionales tenemos algunos raros ejemplos de ello (*ir a arrobar*, Carafa), que deben interpretarse como una prolongación hipertuscana de los truncamientos en la secuencia del habla,[167] tal vez ayudada por el hispanismo.

No podemos detenernos en las peculiaridades fonéticas de los escritores no toscanos, que deberían estudiarse lugar por lugar, incluso texto por texto. Nos contentamos con indicar la extensión de los diptongos *ie*, *uo* a palabras que no los habrían tenido en toscano: *spiero* en una carta veneciana (Migliorini-Folena, n. 10, r. 24), *infidieli* en Carbone, *crudiele* en Boiardo, *tieco* en el boloñés Malpighi,[168] *duono en* Sannazzaro,[169] *buora en* Trieste[170] etc.

En franca regresión, como rasgo dialectal que no tiene contrapartida en toscano, está la metafonía, tanto en escritores del norte como del sur: *ambasiaduri*, pero *depentori* en una carta de Francesco da Carrara,[171] "armata de' *genoisi", pero* "scolari *bolognesi"* en Arienti (pp. 123 y 265 Gamb.), "*amorusi* sospiri" pero "*religiosi"* (*ibid.*, pp. 208 y 362), *ricchezze* e *ricchizze* (siempre plur.) en el mismo ms. de Giuniano Maio. Si acaso, la coincidencia de formas metafónicas con formas latinas en las que tenemos *i* o *u* les confiere mayor resistencia (*profundi* en Sannazzaro).

Los sonidos intervocálicos septentrionales ceden ante los sordos toscanos: en una carta (1440) de Antonio de Rido de Padua a los florentinos,[172] tenemos, junto a *deliberado*, *zurado*, *cognosudo*, también *deliberato* y *potuto*. Arienti, hipertoscanizando, habla (p. 227) de 'tocar lo dado' (dado). Y así sucesivamente.

En cuanto a la acentuación, cabe mencionar la frecuencia con la que los eruditos e inductores descuidan la cantidad latina en su uso de las palabras clásicas, prefiriendo normalmente la pronunciación llana a la resbaladiza: *arterìa*, *aurèo*, *funerèo*, *giubillo*, *ostìco* (e incluso *metonymìce* en rima con *allegorìce* y *tropìce*: Mombrizio, *Santa Caterina*, vv. 730-735); *Amazzóne*, *Antiòco*, *Borèa*, *Caucàso*, *Demostène*, *Driàde*, *Ecùba*, *Eschìne*, *Euridìce*, *Gorgóne*, *Iapèto*, *Leonìda*, *Origène*, *Palàde*, *Persèo*, *Prometèo*, *Proserpìna*, *Sermàti* ('Sarmati'), *Sisìfo*, *Sosìa*, *Tesifóne*, etc.

14. Formularios

En la inflexión nominal, encontramos con mucha abundancia, en la serie en *-a,* plurales en *-i*: *vaghe piumi* (Palmieri), *le porti* (Pulci), *le bianche areni* (Luca Pulci); en la serie en *-ca* tenemos muchos ejemplos latinizantes en *-ce*: *domestice*, *pubblice* (Alberti), *catolice* (Boiardo), *mendice* (Serafino Aquilano). En las series en *-co*, *-go* encontramos fluctuaciones entre velar y palatal: *sindachi*, *traffichi* (Cavalcanti), *tisichi* (Landino), *pratichi* (Poliziano), *fongi* (Cammelli), *Licurgi* (Ficino); con sustantivos en *-ello* es frecuente el plural en *-egli*:

frategli (Macinghi Strozzi, San Bernardino, Piovano Arlotto, Pulci), *stornegli* (Pulci), *agnegli* (Piovano Arlotto). En las series en *-e* son frecuentes los plurales invariables junto a los en *-i*: *coteste febbre* (Macinghi Strozzi), *le gente*, *le mente* (Pulci), l'*ardente fiamme* (Poliziano), *penne debole* (Leonardo), etc. Los singulares del tipo *amistà*, *nimistà*, suelen ir acompañados de plurales no truncados (*amistadi*, *nimistadi*).

Suelen ser de *opinión* masculina, de *pared*, de *tigre*.

Un intento de aclimatar los comparativos latinos se encuentra en Ghiberti (*densiore*, *suttiliore*); los superlativos de forma latina se encuentran en Alberti (*difficillimo*: *Famiglia*, passim; pero también *difficilissimo*, p. 203 Spong.).

Para el artículo, son muy frecuentes las formas *el*, plur. *e*; algo menos *il,* plur. *i*; pierden terreno *lo,* plur. *li* y *gli.* La palabra *re* suele llevar el artículo *lo*.[173]

En cuanto a los pronombres, *él* y *ella se* popularizan como sujetos, a pesar de la resistencia purista que sugiere la comparación con el latín: "entendemos *que* desea supremamente el acuerdo" (carta de 1434 de la señoría de Florencia, en Capponi, *Storia,* II, p. 506), "ma *lui* mi rispondea e dicea" (Alberti, *Famiglia, p*. 226 Spong.), "Dominus dedit, *lui* data l'avea" (Pulci, *Morgante*, XXVII, st. 142), "*lei* si percuote il petto e in vista piagne" (Poliziano, *Giostra*, I, v. 113).[174]

El uso del pronombre de tercera persona referido a *Su Señoría* comenzó en este siglo: primero *ella*, *esto*, *aquello,* luego también *ella,* que acabó convirtiéndose en el pronombre alocutivo más utilizado en el siglo siguiente: "pregando essa *V. Illma S*. se degna fare tal demostrazione verso il dicto Iacopo che lo predicto Matheo et soi comprendano per mio amore lo ha trattato bene et clemente" (carta de Giovanni Pontano para la cancillería aragonesa, 9 de julio de 1476); "l'opera qual habia facto [...] M. Augustino la comunicará íntegramente a *Vuestra Reverencia,* y entonces podréis significarla a Nuestro Señor" (carta de Galeazzo Sforza Sanseverino, 1494).[175]

En los numerales, recuérdese la gran variabilidad del *dos*: *duo* (Macinghi Strozzi, Lorenzo de' Medici), *duoi* (*moderno duoi*, Michele del Giogante), *due* (generalmente delante de femenino o en pausa, *un año o dos*, Lorenzo de' Medici), *dua*. *Veinte*, *treinta*, etc. se sincopan fácilmente delante de otros números: *venzei*, *cinquanzei* (Palmieri); recuérdese también el gracioso beccaio ('cuatro-dinero') *de Quazzoldi* en *Piovano Arlotto* (n. 43).

En la morfología verbal, en presente, 1ª pers. plur., las formas anteriores a la expansión de *-iamo* no han desaparecido del todo: *avemo* (Alberti), *cognoscemo* (Piovano Arlotto), "Amor qui la vedemo" (canción "Monti valli" atribuida a Poliziano), *avemo*, *conoscemo* (Lorenzo de' Medici, *Altercazione*, IV); metaplasmos como *vedimo*, *corrite* se encuentran sólo en el verso (Palmieri, *Città di vita*; Lorenzo de' Medici). *Siàno*, *facciàno*, *andiàno* son variantes populares.

En el imperfecto, la terminación *-o de* la 1ª persona es una innovación (en comparación con la *-a* del siglo XIV), pero en Florencia es con mucho predominante (y Tunica registrada por las *Reglas* Laurencianas); *potiva*, *sapia* para la 1ª persona son arbitrarias por Palmieri. La 1ª pers. plural de *ser* tiene *eran* y *savamo* (o también *savano*: Palmieri); la 2ª pers. *eravate* o *savate*. En otros verbos, la 2ª pers. plur. también tiene *-avi*, etc.: *voi cantavi*, *voi dicevi* (Alberti).

En el tiempo futuro, se observa la 1ª pers. plur. del tipo *daréno, que es del* tipo popular. Son frecuentes las alteraciones debidas a diversas combinaciones fonéticas con el tema verbal: *uccidrò* (Pulci), *misurrai* (Palmieri), *giosterrò* (Pulci), *proverrò* ('lo intentaré', Pulci), *troverrete* (Piovano Arlotto), etc.

En el pasado lejano, existen algunas formas fuertes diferentes de las que prevalecen posteriormente (*bebbi*, San Bernardino; *missi*, Pulci; *tretti*, *Regole* laurenziane). En la 1ª pers. del plural débil, la consonante suele estar mal colocada (*ragionamo* 'ragionammo': Pulci). En la 3ª fuerte del plural y en la 3ª débil del plural hay grandes oscilaciones: *andaro*, *andarono, andorono*, *andorno*; *dissero*, *disserono*, *dissono*, *disseno*.[176]

En el presente de subjuntivo de la 3.ª conjugación, la vocal *-i* puede aparecer en personas débiles (sobre todo en la lengua más andante): 1.ª pers. sing. *ricognoschi* (Pulci), 3.ª pers. sing. *possi*, *piacci*, *conoschi*, 3.ª pers. plur. *conoschino* (san Bernardino).

En el imperfecto cong., en la 3ª pers. sing. tenemos *lavorasse* y *lavorassi*, en la 3ª plur. *andassero*, *andasseno*, *andassino*, *andassono*. Con el verbo *ser,* prevalece *fussi*.[177]

En el condicional, las formas en *-ei* (1ª pers.), *-ebbe* (3ª pers.) prevalecen, en Toscana, sobre las en *-ia*.[178]

Algunos participios son diferentes de los predominantes posteriormente (*dolto*, Poliziano). Los participios sin sufijo son frecuentes en el uso popular ('voi mi hai *guasto*':

Piovano Arlotto, etc.). En cuanto a los auxiliares, el reflexivo sigue sin requerir *ser*: *aversi affannato* (Alberti), *s'ha sgretolato* (Pulci), *coperto m'ho* (Lorenzo de' Medici), io *mi ho allevato costui (Piovano* Arlotto) etc.

Limitaremos a muy pocas nuestras observaciones sobre la morfología del italiano en las distintas provincias.

En el centro y el sur de Italia tenemos considerables residuos de la 5ª declinación latina (*fermecze* 'firmeza' en Roma, *faze* 'cara').

En italiano septentrional, il (*el)* es normal ante *s* impuras (*il scudo*, Boiardo, *il sdegno*, Tebaldeo). En el italiano meridional, ya hemos mencionado la rápida penetración de *il* (*el) en* detrimento de *lo*.[179]

Entre los pronombres, algunas formas tónicas de colorido dialectal resisten tenazmente: encontramos *mi* no sólo en los poetas del valle del Po: "Misera *mi* che ho sedeci anni" en el lamento de una doncella de Ferrara del siglo XV (Fatini, *Le "Rime" di Ludovico Ariosto*, cit, p. 23); "O fa l'altri morire o *mi* campare" (Boiardo, *Orl. Inn.*, II, v, st. 23); pero también "lassa far a *mi"* en una broma, posiblemente de Serafino Aquilano, musicada por Josquin des Prés (Menghini, *Serafino*, pp. 36-38) y en el coro de las *Bacantes* al final del *Orfeo* de Poliziano, en la versión original mantuana:

Quién quiere beber, quién quiere beber,
vegna a bever, vegna qui.
Os rellenáis como guisantes.
I' vo' bever anchor *mi*.
Todavía hay vino para *ti*.
Primero déjame *a mí a* Bever.
Todos sigan, Baco, *tú*.

Sabemos que Savonarola, cuando llegó a Florencia, "dijo *mi* e *ti*, de lo que se rieron los demás frailes.[180]

En los verbos, observamos para el presente de indicativo la vivacidad del tipo -ati *-iti* (*pensati*, *haveti, risponditi*, *finiti*) en los escritores lombardos y emilianos, en prosa y poesía.[181]

En el imperfecto la 1ª pers. sing. forma en *-a*, si en Toscana está en regresión absoluta, persiste en el Norte y el Sur (io *ragionava*, Boiardo; *me maravigliava*, Arienti; *era*, Masuccio).

En un pasado lejano, la 1ª pers. plur. lomb.-ven.-emiliana termina en *-assimo*, *-essimo*, *-issimo* (o *-assemo* etc.): "*venissemo* a questa conclusione" (carta de G.F. della Torre a Lorenzo de' Medici, 1476); *confirmasemo* (Venezia 1436, en Monticolo, *Capitolari delle arti*, III, p. 26); "A caval *rimontassimo* in gran fretta" (Bello, *Mambriano*, VII, st. 57).

Una característica notable del napolitano ilustre es la presencia de infinitivos, participios de presente y gerundios conjugados en plural, es decir, con la adición de la terminación *-no* para la 3ª persona:[182] "pensa de quisto fragele mundo li beni non *esserono* se non ombra e fummo" (Del Tuppo, *Esopo*); "cose *spectanteno* ad uso del bene commune" (Giun. Maio, *De Maiestate*); *famosi*, *starnosi*, *fermarnosi* por "farsi, starsi, fermarsi" (Sannazzaro, *Arcadia*, egl. VIII).[183]

15. Construye

En los fenómenos sintácticos de este periodo a menudo tenemos ocasión de ver huellas de influencias latinas.

La construcción apositiva con *di apoyada* en el artículo simple está muy viva: "*il* traditor *di* Gano" (Pulci, *Morgante*, II, st. 43, IV, st. 50), "l'ottimo cittadino *di* Giovanni" (Cavalcanti, *Istorie*, 1. III, c. 6).

En el complemento sujeto prevalece ahora la construcción desarticulada (*la bola de oro*), mientras que en siglos anteriores se prefería dar al complemento el artículo determinativo cuando el sustantivo regente tenía también el artículo determinativo (*la bola de oro*).[184]

El superlativo puede reforzarse con intensivos: "*la più ottima* parte de' mortali" (Palmieri, *Vita civile*, Proemio); "*più ottimo* tempo" (Cavalcanti, *Istorie*, 1. XIV, c. 35), "(costumi) *molto lodatissimi*" (Alberti, *Famiglia*, p. 123 Spong.), "(luoghi) *tanto* alla famiglia *utilissimi*" (*ibid.*, p. 119), "*assai dolcissime* parole" (Masuccio, p. 225 Mauro), etc.

El posesivo *su* sirve a menudo para un tipo popular de repetición: "Della mia sopravvesta il *suo* colore" (Pulci, *Morgante*, II, st. 52).[185]

Muy frecuente es el *quale* simple con el valor relativo de 'que': 'Ganymede / *qual* di cipresso ha il biondo capo avvinto' (Poliziano, *Giostra*).

Uno de los rasgos más destacados de la sintaxis del siglo XV es la elipsis de *que*, tanto como pronombre relativo no accesorio como conjunción declarativa. Se trata probablemente de una moda derivada de la cancillería,[186] pero se encuentra tanto en prosa como en verso, tanto en Toscana como fuera de ella: "had a poor young man istava with him" (Piovano Arlotto, motto 141, r. 4); "per quel vedevo e udivo" (Lorenzo de' Medici, *Beoni*, II); "voglio questa mattina facciate" (Piovano Arlotto, motto 2, r. 26), "Parun di letizia ognun di loro osanni" (Palmieri, *Città di vita*, III, XXXII, v. 79), "(quel disio) / so vi consuma, mentre vi favello" (Lorenzo de' Medici, *Beoni*, V).

Las construcciones con infinitivo se extienden ampliamente, debido a la influencia latina, sobre todo en escritos literarios (Alberti, Lorenzo de' Medici), pero también en textos sin pretensión alguna.

Incluso en el modo de regencia tenemos algunas influencias individuales de construcciones latinas: por ejemplo, "vietono li ragi del sole entrare nel delectoso boschetto" (Sannazzaro, *Arcadia*, I, 34, etc.).[187]

Encontramos el subjuntivo por influencia latina en varios tipos de cláusulas dependientes: "La naturaleza de nuestro genio es tan universal [...] que [...] al mismo tiempo *realiza a veces* varias operaciones" (Palmieri, *Vita civile); "*vemos [...] que la amistad *es* más útil a los pobres" (Alberti, *Famiglia*, p. 145 Spong.); "E disse: Chiarion, dimmi chi *sia" (*Pulci, *Morgante*, XX, st. 82); "Colui che par di tanti pensier cinto / diss'io al duca mio, dimmi chi *sia*" (Lorenzo de' Medici, *Beoni*, VI); "a me pare che sien quattro, delle quali una o al più due, *sieno* proprie e vere lodi della lingua, l'altre piuttosto *dipendano*" (Lorenzo de' Medici, *Comento*).

En Alberti encontramos también el imperfecto de subjuntivo para el condicional, también por influencia latina: "¿Qué hombre austero no *huiría de* estos sollazzi?" (*Familia*, p. 127 Spong.).

Sin duda se debe al mismo ímpetu la supresión de la doble negación: "que en tal casa no trae consigo ni escándalo ni vergüenza" (Alberti, *Famiglia*, p. 50); "(los filósofos) de la materia no dejan nada" (*ibíd.*, p. 120).

En cuanto al orden de las palabras, la posición enclítica de las partículas átonas (ley Tobler-Mussafia) no es obligatoria en todas partes: "Vi *priego* che con attenzione mi ascoltiate" (Landino, *Orazione Petr*.); "*Ci fu* qui nuove" (carta de Piero de' Medici, 2 de enero de 1467); "*Si conveniva* che nel venire gli andasse incontro" (Vespasiano da Bisticci, "Don. Acciaiuoli"); "*Te dico*, cusina, quello ch'i' ho veduto" (*Passione* di Revello, I, v. 5978); "*Vi comandamo* che" (carta del rey Alfonso, 1454, en Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, n. 56); *M'è paruto* (carta de Poliziano, p. 63 Del Lungo), etc.). La tradición, sin embargo, sigue manteniendo discretamente la norma en los textos más literarios.[188]

Efecto esporádico pero sintomático del latín en el orden de las palabras es la posición que Alberti da a *adunque*, *anche*, colocándolas como *autem*, *quoque*: "Le prime *adunque* parti del dipingere" (Pittura, p. 59 Papini); "per le antiche istorie e per ricordanze de' nostri vecchi anche" (*Pittura,* p. 59 Papini); "per le antiche istorie e per ricordanze de nostri vecchi *anche*" (*Famiglia*, Proemio).

16. Coherencia del vocabulario

Ya hemos mencionado (p. 353) cómo la norma no es muy imperativa durante el siglo XV: dependiendo de la cultura de los individuos y de su procedencia, la mezcla léxica puede ser muy diferente. Los toscanos siguen sin escrúpulos su uso vivo, recurren ampliamente al latín, y también, casi aprovechando su herencia familiar, a los tres grandes escritores del siglo XIV: como es obvio, su léxico es más o menos doctrinal, más o menos popular según el tema que traten y según su temperamento.

Para los escritores de otras regiones, las cosas son diferentes: se esfuerzan cada vez más por evitar el vocabulario de la lengua vernácula nativa, recurriendo ahora al latín, ahora a los grandes escritores toscanos. Pero si el léxico latino ofrece un amplio abanico de vocabulario, el de los tres grandes trecentristas está lejos de proporcionar toda la gama de expresiones que uno necesitaría. (Tampoco hay que olvidar que sigue faltando cualquier tipo de repertorio al respecto).

Las explicaciones de los lemas latinos en los glosarios de Barzizza o Cantalicio son fuertemente dialectales, ya que sólo pretenden hacer comprender las palabras latinas a los escolares que sólo conocen su dialecto.

Los ámbitos en los que la intercomprensión es más difícil son los prácticos: para indicar, por ejemplo, objetos domésticos o plantas que no se utilizan prácticamente, no hay más nombres que los locales o regionales. Los nombres de pescado circulan un poco más, por las necesidades del mercado; pero lo que Sacchetti y Burchiello llaman *anchoas* son *anchiovi* para Boiardo.[189]

Las instituciones que surgieron o se difundieron en esa época, los nuevos objetos, las nuevas formas de pensar, hicieron que sus nombres se extendieran por toda la península.

El *catastro,* institución veneciana ya aceptada en otras ciudades en el siglo XIV, se introdujo en Florencia en 1427.

Post, a través de los significados de 'lugar asignado a un caballo', 'lugar donde se cambian los caballos', está cambiando al de 'transporte de correspondencia'.

Se crearon *monasterios de piedad* (el primero en Perusa en 1462, tras la predicación de Bernabé de Temi) (*monte* ya era común en el sentido de 'acumulación de deudas que devengan intereses': *Rezasco*, s.v.).

Los *cerretani*, gentes de Cerreto, cerca de Spoleto, que buscaban los hospitales de San Antonio, dan nombre a toda clase de vagabundos importunos.[190]

En la terminología política, el término *república,* junto a la acepción genérica de "Estado", adquiere una más restringida que lo contrapone a *reino* o *principado*.[191] Se va desarrollando una terminología diplomática precisa: la *autoridad adquiere un valor* concreto; *potenz*(*i*)*a adquiere también el valor* de 'estado'; se habla de *lettera credenzial* (Giov. Cavalcanti). En la vida militar, el término *coronel* para designar aproximadamente lo que hoy llamamos "regimiento" aparece en Milán en 1472.[192] Aparecen los *stradiotti*, milicia griega, y los *g*(*u*)*aluppi*, adscritos a los carboneros, y comienzan a utilizarse los *partigiane*. La palabra *portero* también data de este siglo.

El término *Accademia* en las primeras décadas del siglo todavía indicaba propiamente, entre los ilustrados, aquel bosquecillo en las cercanías de Atenas donde se reunían Platón y sus discípulos: "aquella santísima sede, único casi nido de todos los filósofos, donde se nutrían y crecían todas las buenas y santísimas artes o disciplinas para vivir bien y honradamente, lugar llamado *Accademia*" (Alberti, *Famiglia*, p. 126 Spong.). Como alusión a Cicerón (que había llamado *Academia a* su Tusculano, en recuerdo del jardín de Platón) Bracciolini, ya en una carta del 21 de octubre de 1427, llamó *Academia Valdarnina* a su villa de Terranova.[193] El paso al significado moderno de la palabra, por el que no pensamos en un agradable lugar de reunión suburbano, sino en un grupo de personas reunidas con fines de estudio, comienza con la reunión de jóvenes eruditos en torno al Argiropulo: en este sentido, encontramos el nombre de "academia" utilizado por primera vez en una carta de Donato Acciaioli (1455).[194] Más famosa es la que se reunió en torno a Ficino en Careggi: sigue existiendo la idea de lugar ("academiola Phoebo sacrata", "academiola Phoebea" es la propia villa), pero la idea predominante es ahora la de personas (Alamanno Donati es llamado "Martem Academiae", etc. en una carta de Ficino fechada el 29 de octubre de 1488).[195] Sólo en el siglo XVI se realizará plenamente el significado moderno.

La moda introduce *calzabraca*, *frappe*, *giornea* y quién sabe cuántos términos más.[196]

Se empiezan a cultivar *alcachofas*, se importa *caviar*, *rábano picante, morona* y *julebble*.

Merecería la pena dar una amplia ilustración de los términos de bellas artes moldeados, tecnificados o asumidos por las lenguas clásicas en este periodo. Por ejemplo, la palabra *medalla,* que designaba una moneda y adquirió un significado moderno con la aparición del nuevo arte de la medallística; o la palabra *torso*, transferida metafóricamente de las plantas a las estatuas mutiladas y a los cuerpos humanos. La terminología arquitectónica fue renovada casi por completo por Leon Battista Alberti.[197] Acepta sin reservas numerosas palabras antiguas: "Il capitello [...] partirassi per terzo: l'una parte serà il *plinto*; l'altra lo *echino* con l'*annulo*, il quale annulo sarà la sesta parte; l'altro terzo serà lo *hipotrachelio*. Lo *astragalo*' (Alberti, *I cinque ordini*). Pero otros tienen más escrúpulos: "El capitello è capo della colonna. Vetruvio lo llama *epistilo* [y aquí se equivoca, porque Vitruvio llama así al arquitrabe]. Utiliza estas palabras antiguas: no quiero hablaros de ellas, porque son toscas y no se usan hoy en día...". (Filarete, *Architettura*, c. 56 a del cod. Magliab.).

Junto a la *luz y la sombra*, *el blanco y el negro,* aparece el par asimétrico de *claro y oscuro,* y "el término adquiere en la atmósfera de Leonardo una intensidad particular y un valor semántico claramente colorista y tonal".[198]

Los nuevos términos a veces arraigaban, a veces eran rechazados: por ejemplo, dos términos geométricos utilizados por Alberti para sustituir a *circunferencia* y *diámetro*, respectivamente, resultaron desafortunados: *guirnalda* y *línea central* (*Pittura*, p. 17 Papini).

Los inventos técnicos conducen a la formación de nuevas terminologías: recordemos las numerosas palabras que se refieren a la imprenta: *imprimir*, *imprimir*, *informar*, *moldear libros, formar libros*, *componer*, etc.[199]

Las ciencias naturales, gracias al ejemplo de los antiguos y a la intuición de algunos pioneros, adquirieron una figura mejor definida y dieron lugar a nuevas terminologías. Ya hemos mencionado la importancia de la versión pliniana de Landino: a través de ella, no sólo penetraron en italiano ciertos nombres de animales y plantas individuales, sino también términos correspondientes a nociones científicas, por ejemplo, *insecto.*[200]

Las observaciones y experiencias de Leonardo también se concretan en términos técnicos: piénsese en su uso de *solo*, *stratum*, *grade*, en el sentido en que los geólogos emplearían más tarde *strato*,[201] o de *refrozen acre*, *freeze en el sentido* de conglomerate, conglomeración.[202] A medida que las ciencias y las técnicas van formando sus terminologías, los distintos grupos sociales adoptan los términos relacionados en grados diversos. Una viva curiosidad por las más variadas terminologías muestra Pulci en el *Morgante*: términos militares, marineros, musicales, farmacéuticos, etc.[203]

La curiosidad de Pulci se manifiesta también por los términos raros, dialectales, exóticos; y no es sólo la suya, sino la de todo un círculo de amigos, entre los que hay que mencionar especialmente a Benedetto Dei. Gracias a esta *curiosidad* penetraron en el Levante en este período,[204] sheriff ('alguacil, descendiente de Mahoma'), *balbuceando*.[205] Se aprende a conocer en Levante esos postigos enrejados a los que se atribuye (por el sentimiento que se presume les dio origen) el nombre de *jaleas* ("una puerta de cobre de tres pasos de altura, labrada con *jaleas*": Barbaro, en Ramusio, *Navig*. *e viaggi,* II, p. 105); se introduce su uso en Italia (Vitale, *Cancelleria*, Gloss.), y se extiende el uso de la palabra, aplicándola a ciertas mangas cortadas (Carbone, *Facezie*, c. 1470) y al método de multiplicación "per *gelosia"* o "per *graticola"* (Pacioli, 1494).

Incluso a través de los viajeros llegaban noticias y nombres de los mares del norte: por ejemplo, *stockfish*.[206]

Algunas palabras de argot enriquecen el lenguaje jocoso: parlare in gramuffa 'hablar en gramática, latinizando'.

Entre los cambios semánticos, algunos de los más notables se producen por la recuperación del antiguo significado en palabras de origen latino (*virtud* ya no, o no sólo, en el sentido cristiano, sino en el de "valor, heroísmo") o por su inclusión en la nueva cosmovisión de los humanistas ("*placer* ya no significa pecado, sino sentimiento, condición y manantial de la existencia").[207]

Esta correspondencia con las ideas de la época explica la boga de que gozan ciertas palabras:[208] por ejemplo, *unico*, que Petrarca aplicaba a la Virgen, y que en el petrarquismo florido se convirtió en un piropo ("Unico Bernardin, l'opra è sincera", son. de Serafino Aquilano a un pintor; *Unico Aretino*, epíteto honorífico de Bernardo Accolti). *Divino* ya se extendía en el uso, y su exitosa carrera culminó en el siglo XVI. La gran fortuna de *peregrino* en el sentido de "elegante" comenzó también en el siglo XV.[209]

En las metáforas nacidas en este periodo, hay ahora pulsiones perpetuas del espíritu humano, ahora pulsiones congruentes con el espíritu de la época, ahora destellos de ingenio individual: *perla* referida a la mujer,[210] *cigarra* "mujer parlanchina y murmuradora",[211] "*arpie overo aringe" referido a* caballos delgados[212] etc.

De las copiosas frases documentadas por primera vez en el siglo XV (*aver l'assillo*, *far la civetta*, *far castelli in aria,* etc.), ¿quién puede asegurar que se originaron entonces, y no mucho antes, y sólo se pusieron por escrito en ese siglo?

En los escritores toscanos, el componente fundamental del léxico es su uso espontáneo. Muchas palabras sienesas aparecen, por ejemplo, en San Bernardino o en Sermini. Los toscanos recurren a veces a palabras de otras regiones para designar cosas de origen extranjero[213] o por capricho estilístico.[214] Mucho más difícil de precisar es lo que queda de vocabulario "espontáneo", tradicional y dialectal en los escritores de otras regiones. Incluso quienes más se esfuerzan, para dirigirse a un público más amplio, en recurrir a palabras latinas o toscanas, conservan, sobre todo para asuntos domésticos, vocabulario dialectal o regional.

Bastará con echar un vistazo rápido a algunos textos más o menos literarios. En Boiardo *gallone* "flanco", *moglio* "mojado", *stanco* "siniestro", *strep*(*p*)*one* "bastardo, bribón", *zambello* "riña", y muchas otras palabras dialectales; incluso para indicar movimientos del alma Boiardo tiene algunos términos locales: encontramos en la lírica (LXVIII, LXXI, CI) *rissor* en el sentido de "desahogo, consuelo" (que parece ser un deverbal del verbo emiliano *arsurèr*, lat. *RE-EX-AURARE). Arienti tiene, por ejemplo, *barbano* 'tío', *calcedro* 'vasija de cobre', *ferletta* 'vara', *lambrecchia* 'trampa'.

En *la Franceschina de* Oddi encontramos *cerqua* 'roble', *pancella* 'delantal', etc.; en la Cantari de Braccio *fagungio* 'hoguera', *trappu* 'encogido', etc.

En Masuccio, leemos *àstrico* "terraza", *iopparello* "chaqueta", *làzaro* "leproso", *zabbattera* "mujer de zapatero" etc. En Sannazzaro, *àlvano* "álamo", *elcina "encina*", *lùg*(*g*)*iola* "acedera", *mantarro "capa", etc.*[215] En la *Leggenda della beata Eustochia*, *ammuchuni* "furtivo", *brandone* "vela", *brùgula* "tumor", *catoio* "letrina" y muchas otras entradas (ilustradas en el glosario de Catalano).

A veces el escritor, que sabe que en dos regiones distintas la noción se expresa con palabras diferentes, facilita al lector con un par de sinónimos: Leonardo, hablando de concreciones pétreas encontradas en las venas de ancianos, dice que "eran grandes como castañas, del color y forma de trufas, o de *loppa o marogna* de hierro" (*De anat*., folios B, c. 10 b).[216]

Es evidente, aunque no siempre identificable en detalle, la influencia ejercida en el léxico literario por los escritores del siglo XIV. Normalmente se trata sólo de los tres grandes; pero el cenáculo mediceo también tiene en cuenta a los estilnovistas. La influencia de Dante es reconocible por la aparición de palabras bastante raras: además de las habituales *lai*,[217] *cagnazzo*, *bolgia o caina d'inferno* (Pulci); *bobolce*, *incappellarsi*, *punga*, *sorpriso* (Poliziano); *lurchi*, *rubesto* (Boiardo) etc. Debido a la menor conspicuidad del léxico de Petrarca, es más difícil reconocer influencias de este tipo (*disacerbare*, *testore*, Poliziano; *ritentire*, Boiardo), pero toda la terminología amorosa sigue el modelo de Petrarca (Amor que golpea o captura como un cazador, que envenena, que se alimenta de ilusiones, etc.). Boccaccio influye no sólo con el *Decamerón,* sino también con las operetas juveniles. Ni que decir tiene que la investigación de las palabras individuales nunca puede separarse de los aspectos estilísticos.

En la formación de nuevas palabras se utilizan los procedimientos habituales. Hay derivaciones directas de adjetivos y participios: *furibondare* (Burchiello), *scultare* (Pulci), *sportare* 'sobresalir' (G. Rucellai), etc.

Entre los prefijos, aún no ha muerto *cata* ('si me pillas ahí, no me *cojas* ahí': San Bernardino, pred. XLII). *Dis-* agrada a Alberti, que crea, por ejemplo, *disgruzzolare*, *dislodare*.

Entre los sufijos, fértiles son *-ale* (*baccale,* Lorenzo de' Medici, *conale*, Ghiberti, *nazionale,* 1er ejemplo 1488, en *Rezasco*, *vampale*, Bernardo Giambullari; recuérdese también el *bugial* de Poggio, "mendaciorum veluti officina"), *-ardo* (*rossardo*, San Bernardino), *-ecchio* (*grossecchio*, Nencia), *-esco* (*burchiellesco*, Bellincioni), *-ile* (*verginile*, Palmieri), *-eggiare* (*setteggiare* "dividirse en varias sectas", Bruni) etc.

No es difícil observar las inclinaciones de los distintos autores hacia determinados tipos de formaciones: Giovanni Cavalcanti tiene numerosos ejemplos de adjetivos en *-esco* (*cerbiesco*, *cosimesco*, *volpinesco* etc.); Palmieri en *Città di vita*, en la que abundan las citas de Dante, vuelve a las formaciones parasintéticas del tipo *induare* etc. (imbenarsi, incrunare, inlotare); Alberti intenta formaciones de tipo latino ("Piladee e Lelie amicitie", Famiglia, p. 142 Spong. (*imbenarsi*, *incrunare*, *inlotare*); Alberti intenta formaciones al estilo latino ("Piladee e *Lelie* amicitie", *Famiglia, p*. 142 Spong.); Pulci se permite a menudo sus caprichos y llama dragón a un "golpe dado con un dragón" por un gigante (XIX, st. 38); en otra escena juguetona, inventa el nombre de un príncipe musulmán "el *archifanático* de Baldacco" (XXV, st. 294), y así sucesivamente. El uso más o menos variado, más o menos rico, de sufijos alterativos depende del gusto de cada escritor: los sustantivos y adjetivos en *-ozzo* son, como es sabido, muy frecuentes en San Bernardino; Pulci hace uso frecuente de diminutivos, aumentativos, peyorativos: "un'altra *malizietta* trovò strana", "Orlando è *corbacchion* di campanile", "Volle menargli d'un suo *bastonaccio*", etc. (XXV, st. 298). El círculo de los Médicis se deleitaba especialmente con las formas diminutivas: además del amplio y feliz uso que de ellas hacía Poliziano,[218] recordamos a Lorenzo[219] y Franco.[220]

La desaparición del uso oral toscano de palabras que estaban vivas en siglos anteriores merece una investigación especial (ciertamente difícil). El *avale de Nencia* parece

demostrar que la palabra quedó reducida al uso del contado. En cambio, el uso que Sannazzaro hace de *otta* no puede tener un valor similar (encontró la palabra en Dante y Petrarca). También observamos cierta recuperación consciente de palabras poéticas en desuso, por ejemplo la *desianza* de Poliziano (*Stanze*, I, 37).

17. Latinismos

Hemos visto en varias ocasiones cómo el punto de vista humanista supeditaba la lengua vernácula al latín. En cada autor y en cada texto se observa una mayor o menor influencia; de hecho, dentro de un mismo texto se observan diferencias según las distintas intenciones estilísticas del autor: el Proemio y el Libro IV de la *Familia* de Alberti están más latinizados que el resto. En algunos textos, la estructura gramatical vernácula soporta un léxico casi enteramente latino: léase, por ejemplo, un pasaje de la epístola de Ser Domenico da Prato a Giovanni di Salvi: "molti ferocissimi apri et onagri et linci dintorno alle foltissime selve veggio, et poi prospicio li nuovi bubi et milvi et vespertilii et noctoraci, che per l'aere volano. Quici non filomene en jaulas deliciosas oigo cantar, pero croando oigo las más monedolae.[221]

Un impulso que condujo al uso de varios latinismos fue la moda literaria del verso deslizante, favorecida por ciertos géneros, como la egloga,[222] pero sin limitarse a ellos (recordemos las *Pìstole* de Luca Pulci; o ciertos esquemas métricos con sdrucciole de Serafino Aquilano).

La curiosidad erudita impulsa al *vocabulario* a muchos que se dan cuenta de que aún les queda mucho por aprender,[223] es decir, a tomar nota de palabras raras, en su mayoría de origen latino o griego, que pueden utilizarse al escribir en italiano: Pulci así lo hizo,[224] en su *Vocabolista,* y Leonardo amontonó los resultados e hizo también su propia colección.[225]

En cuanto a la forma en que se reciben los latinismos en italiano, ya hemos visto que la ortografía varía mucho. La tendencia general es devolver a la grafía latina las palabras cuyo origen se reconoce: *apto* es más frecuente que *atto*, y cosas por el estilo. Pero mientras un toscano que acostumbra a decir *Affrica*, *piggiore*, *cicala* no escribe de otro modo, en otras regiones suelen deletrear *Africa*, *peggiore*, y quizá *cicada*. A pesar del apoyo unánime de los Trecentisti, *Cicilia* y *ciciliano* han llegado a compararse con *Sicilia* y *siciliano*: Macinghi Strozzi y Poliziano prefieren la forma con *c*-, mientras que Lorenzo escribe con *s*- (*Corinto*, v. 150; *Amori Ven.*, vv. 21, 106 Simioni).[226]

Por lo general, las desinencias de los latinismos se adaptan a las exigencias morfológicas italianas: hay algunos raros nominativos en -*o* de la tercera (*ingratitudo*, Pulci; *Rectitudo*, Del Tuppo) que se suman a los ya tradicionales (*Apolo*, *Cupido*, etc.). Para algunos sustantivos antiguos menos conocidos se conserva a veces la terminación consonántica del nominativo (*Venus*, *Saturnus,* Burchiello; *Sócrates*, *Demóstenes*, pero también *Sócrates*, en *Libro de la vita de filosofi*, 1480; *Ercules*, Del Tuppo; *Ceres*, Poliziano). Lorenzo de' Medici utiliza *nume* o *numine*. En palabras de tradición litúrgica, la consonante final recibe a menudo una vocal de apoyo: *chirieleisonne* (Burchiello), 'Por la virtud del *Tetragrammaton*' (Pulci, *Morgante*, XXV, st. 242).

Sólo los adverbios y conjunciones latinos ceden a alguna ligera adaptación fonética (*ipso facto*, *isso fatto* o incluso *esso fatto*, Alessandra Strozzi). Esta serie ha penetrado, como hemos visto (p. 355), en el uso de la Cancillería: *assiduo*, *autem*, *breviter*, *demum*, *etiam*, *ex tempore*, *immediate*, *immo*, *improviso*, *in futurum*, *ipso facto*, *maxime*, *nuper*, *praesertim*, *praeterea*, *pro viribus*, *quidem*, *quodammodo*, *quominus*, *quoniam*, *raro*, *solum*, *sponte*, *taliter qualiter*, *tanto minus*, *tantum*, *vero*, etc.

Los que emplean latinismos a veces, por consideración al lector, dan una explicación o añaden un sinónimo: "cierta flor que los antiguos llamaban *Amarantho*, porque nunca se seca: por la nuestra la veo llamada de diferentes maneras: su color es de un hermoso carmesán";[227] "*testudinato* ovvero in volta", "salotti ovvero *triclinii*".[228]

Las palabras antiguas se incorporan al italiano más o menos con el significado que tenían, en la medida en que el sistema léxico italiano es capaz de absorberlas. A veces, no se toma el significado que tenían, sino el que se creía que tenían. Un ejemplo típico es el verbo *tradurre,* que debe su significado actual a Leonardo Bruni:[229] *tradurre* se difundió durante el siglo XV con ese significado, eliminando los otros que había tenido anteriormente,[230] y sustituye a *traslatare*, *tralatare*, que antes era la palabra más utilizada en el sentido de 'traducir'.[231]

También hay algún intento de imitación del latín mediante calcos: Alberti en *Pittura* calca el adjetivo latino *simus,* dando al italiano *scimmio el* mismo significado: "altri aranno le nostici *scimmie* et arrovesciate aperte" (p. 88 Papini); Lorenzo adopta *selva* (*Selve d'amore*) en el sentido en que Poliziano había usado *silvae*, *sylvae.*

Para dar una idea de la enorme contribución que el latinismo del siglo XV hizo al léxico italiano, he aquí una lista (sólo a modo de ejemplo) de latinismos que parecen remontarse a ese siglo: *aggetto*, *amaranto*, *amatorio*, *ameno*, *adminicolo* (*adminicolo*: Alberti, *Fam.*), *anhelo*, *aplaudir*, *arbóreo*, *arbusto*, *armígero*, *bisonte*, *bonificación*, *catarata* (de río), *certame*, *cèrulo*, *club*, *concinnidad*, *connubio*, *aedicule* (term. eccl.), *emolumento*, *epidemia* (*epidimia*: Alberti, Luca Pulci), *desangrar*, *exaltar* (*exh*-), *exonerar* (en un sentido concreto y eufemístico: 'exonerar el vientre': Arienti), *facismo*, *fanático*, *fisetere* (*fisisteri*: Boiardo), *frontispizio* (term. arch.), *ilare*, *incile*, *insecto* (véase p. 408), *lenocinio*, *lepido*, *madido*, *marittimo*, *missiva*, *mutilo*, *obliterare*, *onomatopeya* (*-pia*: Landino), *opulento*, *ottemperare*, *pagina*, *paraninfo*, *plettro*, *prodigioso*, *quintessenza* (del lat. alchimico), *reboare*, *satellite* ("guardaespaldas"), *sodalità*, *specioso*, *stria*, *tragelafo*, *tragicommedia*, *trofeo*, *veemente*, *vitreo* etc.

Los artículos de la lista anterior ganaron la batalla y consiguieron abrirse camino en el uso culto o incluso cotidiano. Pero otros innumerables, entre los demasiados que lo intentaron en el siglo XV, tuvieron menos suerte. He aquí otro pequeño grupo de ejemplos de esta última serie: *aborrendo* (Masuccio, *Nov*., p. 232 M.), *àlere (*"aquella virtud que te ha producido y *alas*", Lorenzo de' Medici, sonn. LXXII), *alienigena* (lett. 1497, en Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, n. 119), *alimonia* (Cornazzano, *Prov*., I), *amitto* ("manto" en gen, Tanaglia, I, v. 157), *ammissura (*"acoplamiento" de animales, Tanaglia, passim), *animante* (Alberti, *Famiglia*, pp. 89, 125 Spong.), *arbuscolo* (Sannazzaro), *armo* ("hombro", Tanaglia, II, v. 136), *arvale* (Intenz. fav. Gualterio), *aspicere* (Arienti, *Porr*, p. 181 Gamb.), *assentatore (*"adulador", Alberti, *Famiglia*, passim), *assentazione* (Collenuccio, lett. 1491), *àtavo* (Boiardo, egl. II), *attitudine* (*ap*-, "oportunidad": Masuccio, *Nov*, p. 131; Pontano, en Miglorini-Folena, *Testi Quattrocento*, n. 99), *aure (*"orejas": G. Cavalcanti), *bàccare* (Arsochi, Sannazzaro), *bàcolo*, *bàculo* (Alberti, Pulci, Franco, Ghiberti, Sannazzaro), *cachinnare* (Cornazzano, *Nov*.), *calamo* (Sannazzaro), *calculo* ("guijarro": Alberti, *Fam*, p. 73 Spong.), *càpolo (Sannazzaro*), *càsside* (Refrigerio, *Rim. bol. Quattr*, p. 109), *castrame*(*n*)*-tato* (Zambolini), *cèntrico* (Alberti, *Pittura*, passim), *certare* (Sannazzaro), *cistula* (Sannazzaro), *clade* (Bracciolini), *cognitore* (Arienti, *Porretane,* p. 310 Gamb.), *collacrimare* (Sannazzaro), *collustrare* (Alberti, *Fam*, Proemio), *commorare (*Oddi, *Franceschina*, I, p. 123), *concertare*, -*atore*, -*azione* ('combate', Alberti, passim), *conlineario* (Alberti, *Pittura*, p. 30 Pap.), *conscendere* (Alberti, *Fam*, p. 13 Spong.), *correttorio* (subst.: Oddi, *Franceschina*, II, p. 348), *cortice* (Sannazzaro), *crotalo* (Sannazzaro), *cunicolo (Sannazzaro*), *de*(*h*)*iscere* (Sannazzaro), *desidia* (Alberti, *Fam*, passim), *detestando (*Masuccio, *Nov*., p. 246 M.), *diffignere* (Degli Agli, *Certame coronario*), *èbulo* (Sannazzaro), *ecciso (*"extirpato": Giun. Maio), *edo* (Tanaglia, passim), *elato* (Lorenzo de' Medici, I, p. 166 Sim.; B. Pulci), *elimare* (Alberti, Landino), *elongarsi* (Lod. il Moro, in Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, n. 120), *enervato* (Alberti, *Fam*, p. 54 Sp.), *equare (*"igualar": Roselli, en Flamini, *Lirica*, p. 405), *èquore* (Serafino, *Egl*., II, 278), *esizio* (Pulci), *esorare* (Gherardi, *Paradiso Alb*, passim), *estifero (*"come cicada sotto al sole *estifero*": Boiardo, Egl. VII), *estruso* (Tanaglia, III, v. 726), *estuante* (Sannazzaro), *esuvie* (*exuvie*: Alberti, *Fam*., 12 Sp.), *evaginare* ("desenvainar": Arienti, *Porr*, p. 68 G.), *exprobrare* (Collenuccio), *evenire* (Masuccio, *Nov*., p. 246 M.), *fenerare* (B. Machiavelli, *Ricordi*, p. 116), *fittore (*"escultor": Ghiberti, I), *fluvio* (Sannazzaro, Serafino), *fulgetro (*"rayo": "li fabbrica Vulcan le sue fulgetra": Lorenzo de' Medici, *Selve*), *gallicinio (Sannazzaro)*, *genitabile* (Sannazzaro), *gracculo* (Sannazzaro), etc.

En medio de tantos latinismos, no nos extrañará encontrarnos con adaptaciones abusivas, como cuando Luca Pulci (*Pist*., XIV, v. 92) utiliza "opera *coturna*" por "opera tragica", o ver cómo al descender a estratos populares, a veces se altera la forma o el significado (*lo Papa Mundi* "mappamondo": Giovanni da Uzzano, en Pagnini, *La Decima*, IV, p. 281).

18. Forestierismos

Una serie de extranjerismos entraron en el léxico debido a los frecuentes contactos con otros países de Europa y Levante.

Las más numerosas son las palabras francesas. Mencionamos algunos términos militares como *franc archer*, referido por Pulci con fuerte anacronismo a la época de Carlomagno,[232] o *forriere* (informe del embajador florentino en Francia, 1461). Algunos son dados a conocer por la expedición de Carlos VIII: "*polvereri* (como los llamaban) cincuenta" (carta de Boiardo, 26 de agosto de 1494), "*le gentedarme* regie" (carta del cardenal Federico Sanseverino, 19 de diciembre de 1494). No hace falta recordar que aquella expedición importó a Italia lo que se llamó el *mal francés*.

En este siglo aparecen sustantivos de objetos (*pattìni*, Pulci), de diversos pasatiempos (*farsa*, Luca Pulci; *scangè*, de *escourgée*, Piovano Arlotto), designaciones de personas (*ceraldo* '*charlatán*', de *charalt*; *mignotta*), términos de comercio (*mazzoneria*, Antonio Manetti), e incluso algunos genéricos como *dibatto (debate)*.

Los poemas caballerescos franceses no fueron olvidados (se sabe con qué fervor se leían en la corte estense): y los afrancesamientos abundan en los poemas caballerescos italianos: *far carnaggio*, *franco combattante*, *pitetto,* etc.

Las estrechas relaciones con Saboya y Francia explican la fuerte influencia francesa en Piamonte: la *Pasión de* Revello, que según las intenciones del autor está escrita en italiano, presenta numerosos afrancesamientos: *contrea*, *fassone*, *regname* (-*o*), etc.; sintomática es la presencia de la conjunción de *autos* "poiché".

Los iberismos son especialmente frecuentes en la zona napolitana y en Sicilia, debido a la influencia del aragonés (*verdatero*, Giun. Maio), pero algunos ya están extendidos por toda Italia (en Boiardo, por ejemplo, tenemos *algalia* 'civeta', *giannetta* 'lanza', *giannetto* 'caballo', en Pulci *marrano*, etc.).

Los escasos germanismos remiten a contactos militares: los *lanzi* ya hacen oír su *goden dacche* ('buenos días'). El adjetivo de color *fàlago* 'morello' (Pulci, *Morgante*, XV, st. 105) también puede haber llegado a través de los militares.

Insignificantes son los anglicismos: por ejemplo, *aldrimani* es mencionado en color local por Arienti (*Porr*., XXII).

Se importaron fragancias y dulces de Levante (*belgiuì*, *bongiuì*, Piovano Arlotto, Lorenzo de' Medici; *giulebbo*), se conocieron estilos de vestir (*albernuccio*, *bernuccio*; *ghelèr*, p. 406), y costumbres religiosas y civiles (*mezquita*, en lugar de la más antigua *meschita*; *ciriffo*; *falquiero* alteración de *faqîr*, Oddi; *tafferuglio* "fiesta ruidosa", luego "melé").[233]). El tártaro *urdū* se adapta en la forma *lordò "*campamento militar sin vallas".[234] Estas impresiones se deben a las estrechas relaciones de las ciudades marítimas con el Levante; pero también revelan la viva curiosidad de la gente por las tierras lejanas (cf. p. 372): una curiosidad que desempeñó un papel no pequeño en el descubrimiento del nuevo continente.

[1] B. Croce, *Poesia popolare e poesia d'arte*, Bari 1933, p. 233.

[2] Beccadelli, nacido en Palermo de familia boloñesa, vive en Siena, Pavía, Nápoles; Pontano es natural de Cerreto di Spoleto, etc.

[3] Vemos, por ejemplo, que Palla Strozzi, exiliado en Padua, es una de las piedras angulares de la penetración del Renacimiento literario y artístico en el Véneto.

[4] Las peculiaridades dialectales de la Toscana occidental y meridional aparecieron en Florencia (en la segunda mitad del siglo XIV y en la actualidad).

[5] E. Garin, *L'Umanesimo italiano,* Bari 1952, p. 103.

[6] Cf. el soneto puesto en boca de su madre (citado en *Scritti...* Monaci, Roma 1901, p. 201): "senza bisugnu a fa da ministriglie / 'n mezzo a Milano, Mantova et Urbinu.

[7] M. Vitale, en *Lingua nostra,* XIV, 1953, pp. 64-69 (con bibliografía previa); H. Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, Princeton 1955, pp. 304-312, 421-429.

[8] *Opera*, Basilea 1538, p. 54 (cf. E. Walser, *Poggius Florentinus*, Leipzig 1914, pp. 260-261).

[9] R. Sabbadini, *Storia del ciceronianismo*, Turín 1886.

[10] En el famoso discurso "De dignitate et excellentia hominis" (citado por G. Gentile, en *Giorn. stor. lett. it*., LXVII, 1916, p. 67).

[11] Salutati reprocha a Benvenuto da Imola su latín fraterno ("fratrum religiosorum more": *Epistolario*, ed. Novati, V, p. 15); Guarino Veronese (*Epistol*, II, p. 582) y muchos otros arremeten contra las pobres compilaciones sobre las que se estudiaba latín en las escuelas (G. Billanovich, *Lingua nostra*, XV, pp. 70-71); Niccoli, en el primero de los *Dialogi ad Petrum Histrum* de Bruni (p. 15 Kirner) se opone a los solecismos de los filósofos, al igual que Valla y muchos otros (Giovanni Pico responderá en su carta a Ermolao Barbaro diciendo que el consenso de los filósofos en su terminología vale más que estar de acuerdo con el antiguo uso romano; ver el texto en E. Garin, *Latin Prosatori del Quattrocento*, Milán-Nápoles 1952, pp. 804-823; la respuesta de Barbaro en pp. 844-863); en su venenosa polémica con Poggio, Valla le reprocha el uso de palabras como *certificare*, *dignificare,* etc., y el empleo de palabras como "*certificar", "dignificar"*, etc., que no se ajustan al antiguo uso romano.

[12] Sobre la cultura milanesa en el siglo XV, véanse (además de los capítulos I y X sobre el *siglo XV* de V. Rossi, [2a] ed., Milán 1933), F. Malaguzzi Valeri, *La corte di Lodovico il Moro*, Milán 1922, vol. IV. IV.

[13] Véase el preciso ensayo de M. Vitale, *La lingua volgare della cancelleria visconteo-sforzesca nel Quattrocento*, Varese-Milán 1953.

[14] A. Galletti, *L'Eloquenza,* Milán 1938, p. 574.

[15] V. Cian, en *Studi letterari e linguistici, dedicati a Pio Rajna nel quarantesimo anno del suo insegnamento*, Florencia 1911, pp. 263-205; G. Fatini, "Il volgare preariosteo a Ferrara", en Id., *Le "Rime" di Ludovico Ariosto*, Turín 1934 (*Giorn. stor.*, Suppl. XXV).

[16] Una narración similar, referida a la época de Nicolás III, se encuentra en una carta de Agostino Mosti publicada por Solerti (*Atti e mem. Dep. Storia patria Romagna*, s. [3a], X, 1892, p. 191).

[17] Carlo di San Giorgio (o, como él mismo se llamaba, el Polismagna) pidió al duque Borso que se disculpara ante quienes criticaban las palabras de una de sus traducciones a la ilustre lengua ferraresa: "io scio che tu sei ferrarese et io ferrarese... et però non saperia io adriciare la lingua se non al ferrarese idioma, il quale, secondo il mio parere, non ha mancho elegantia che alcuno altro italiano parlare". De hecho, había sido reprendido, quizá por el propio duque, por haber escrito la historia de la Conspiración de Pío en latín, y la reescribió en lengua vernácula (G. Bertoni, *La Biblioteca Estense e la cultura ferrarese*, Turín 1903, p. 123; Fatini, *Le "Rime" di Ludovico Ariosto*, cit., pp. 16-17).

[18] Fatini, *Las Rimas de Ludovico Ariosto,* cit., pp. 29-41.

[19] En la tesorería, los cupones se escribieron en catalán hasta alrededor de 1480 (Croce, citado por Folena, *Crisis*, p. 6).

[20] F. Nicolini, en su ed. de F. Galiani, *Del dialetto napoletano*, Nápoles 1923, pp. 113-114.

[21] El garabato gramatical de Caselle (en canavés) contiene frases en lengua vernácula acompañadas de la versión latina (Terracini, en *Rom. Review*, XL, 1911, p. 435); Filippo Beroaldo el Viejo, profesor de retórica y poesía en Bolonia, utilizaba a menudo la lengua vernácula (L. Thorndike, en *Rom. Review*, XLI, 1950, pp. 274-275), etc.

[22] Algunos ejemplos son el glosario de Gasparino Barzizza (1370-1430), que se imprimió muchas veces en el siglo XVI, el glosario latino-bergamasco publicado por Lorck (*Altbergam. Sprachdenkmäler*, Halle 1893, pp. 95-163) y el glosario cantalicio dado a conocer por Baldelli (*Atti e mem. Acc. tosc.*, XVIII, 1953, pp. 367-406), interesante por el colorido rético de las interpretaciones. Aún abunda el material inédito.

[23] Cf. J. Burckhardt, *La civiltà del Rinascimento*, trad. Valbusa-Zippel, I, Florencia 1921, pp. 231-232. Los judíos, por supuesto, hicieron uso de su lengua con fines litúrgicos e incluso prácticos (un testamento en hebreo leído al podestá en lengua vernácula, en Orvieto, 1434: Debenedetti, *Il Sollazzo,* cit., p. 112; uno en Sicilia, en *Boll. Centro St. Sic.,* II, 1954, p. 376, etc.).

[24] A. D'Ancona, *Varietà storiche e letterarie*, Milán 1885, II, p. 63.

[25] El 20 de mayo de 1429, Traversali, que estaba comprando libros en lengua vernácula para Leonardo Giustinian en Florencia, le escribió: "Piget pretii nimis magni: venerunt ecce iam carius vulgariter quam latine scripta.

[26] Los bibliófilos y bibliógrafos han llegado a comprender bien las actividades de los distintos centros del libro en la época de los incunables; sin embargo, faltan investigaciones que muestren hasta qué punto los impresores individuales tenían preocupaciones lingüísticas y cómo procedían al respecto.

[27] Casi se podría generalizar lo que dice Lionardo en la *Familia* de Alberti sobre las condiciones particulares de los dialogantes: "volvamos a nuestro propósito, del que hablaremos tan abierta y domésticamente como podamos, sin ninguna razón exquisita o excesivamente eliminada para decir, porque me parece que se requieren mucho más los buenos sententia que la gracia del discurso" (II, p. 155 Pell.-Spongano).

[28] F. Flamini, *La lirica toscana del Rinascimento*, Pisa 1891, p. 371.

[29] Salviati, *Advertencias de la lengua,* cit., I, II, VII.

[30] La oración está (mediocremente) publicada por F. Corazzini, *Miscellanea di cose inedite o rare*, Florencia 1853.

[31] En el folleto de M.T. Ruga, *Latino e volgare nella letteratura italiana dalle origini alla fine del Quattrocento*, Pescara 1912, se ofrece información confusa, aunque útil en algunas partes. El ensayo de P.O. Kristeller, "L'origine e lo sviluppo della prosa volgare italiana", en *Cultura neolatina,* X, 1950, pp. 137-156 (y, en inglés, en *Studies in Renaissance Thought and Letters*, Roma 1956, pp. 473-493) es excelente.

[32] Collenuccio escribió su trattatello *De l'educazione* en lengua vernácula, al tiempo que declaraba su preferencia por el latín: "Ahora no sé si he satisfecho a todos los hombres, por haber sido breve; esto sí sé bien que no me he satisfecho a mí mismo, porque escribo con más gusto en latín, y la dignidad del tema parece exigirlo" (citado por C. Varese, *P. Collenuccio umanista*, Pesaro 1957, p. 55).

[33] En 1401 el señorío escribió en lengua vernácula a sus embajadores en Bolonia, y en su lugar en latín a Giovanni Bentivoglio (véase la cita de los textos, publicada por Bosdari, en Kristeller, en *Cult. neol*., X, 1950, p. 145 n.). En 1454 el señorío de Florencia, protestando contra ciertos asesinos enviados contra *Poggio*, escribió en lengua vernácula a Santi Bentivoglio, y en su lugar en latín al señorío de Bolonia y al cardenal Bessarione, legado papal (textos en Walser, *Poggius Florentinus*, cit., pp. 389-391).

[34] Cod. Ricc. 2544, c. 123 a, citado por V. Rossi, *Quattrocento*, 2ª ed., p. 166.

[35] Galletti, *L'eloquenza,* cit., p. 575.

[36] *Miscelánea*. *Fiorentina*, I, pp. 28-29.

[37] Marzi, *Cancelleria,* cit., p. 591.

[38] Kristeller, en *Cult. neol*., X, 1950, p. 149.

[39] Pinzi, en *Arch. Soc. Rom. St. P.,* XXX, pp. 357-407.

[40] Biondo Flavio, *Scritti inediti e rari*, ed. B. Nogara, Roma 1927, pp. 210-212.

[41] M. Bouchon, en *Arch. Lat. Medii Aevi,* XXII, 1952, pp. 63-76.

[42] Bertoni, *La Biblioteca Estense,* cit., p. 131.

[43] B. Croce, en *Quaderni della Critica*, marzo de 1948, pp. 20-22.

[44] F. Meriano, en *Lingua nostra,* XIII, 1952, pp. 2-3.

[45] Ruga, *El latín y el vulgo,* cit., pp. 23-24.

[46] Ejemplos en Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, passim.

[47] Olschki, *Geschichte*, I, p. 152.

[48] L. von Pastor, *Historia de los Papas,* II, Roma 1931, p. 766.

[49] A. Altamura, *Testi napoletani del Quattrocento*, Nápoles 1953, p. 33.

[50] E. Santini, *Firenze e i suoi oratori nel Quattrocento*, Palermo 1923, pp. 205-206.

[51] G.L. Moncallero, *Il Cardinale Bernardo Dovizi*, Florencia 1953, p. 48.

[52] Galletti, *L'eloquenza,* cit., pp. 263-266; R. Grazia, "I sermoni maccheronici del Quattrocento", en *Annali della Facoltà di Lettere dell'Univ. di Cagliari, I*, 1928; A. Viscardi, "Il quaresimale di Pavia di Bernardino da Feltre (1493)", en *Cult. neol*., II, 1942, pp. 280-291.

[53] Manuscrito de la Biblioteca Universitaria de Génova, A. III, 18, cc. 65 y 67 (Grazia, "I sermoni maccheronici del Quattrocento", cit., pp. 23 y 18).

[54] *Sermoni* del beato Bernardino da Feltre, editado por el padre Carlo da Milano, I, Milán 1940 [(nueva ed. 1964)].

[55] El hermano Gabriel Bareleta era famoso por sus bromas, tanto que acuñó el lema "nescit praedicare qui nescit barlettare".

[56] Fra Cherubino da Spoleto advierte (serm. 38) que, al hablar del acto conyugal, "tu praedicator conare honeste dicere quantum potes, et quod non potes honeste dicere vulgariter dice latine".

[57] En siglos anteriores hemos visto algunos poemas con alternancias de versos en dos o más lenguas (la discordia de Rambaldo di Vaqueiras, el *Ai faus ris* atribuido a Dante, las alternancias de versos teorizadas por

Gidino da Sommacampagna): ahora (hacia 1485) Cantalicio compone un sáfico latino, en el que sin embargo en cada estrofa el último verso (el adonium) es un quinario en lengua vernácula: "Surge venantum cito turba surge.... / Call Allegretto".

[58] U.E. Paoli, *Il latino maccheronico*, Florencia 1959.

[59] En la *Representación de un peregrino* (citada por V. Rossi, *Quattrocento,* 2ª ed., p. 302), el maestro médico Balzagar dice a un compañero: "este arte significa práctica: / ser atrevido y bien cantado, y a veces hablar en gramática / en *es*, en *nos*, en *como*, y disputar". Proverbiales eran los errores de pronunciación del latín que cometían los cocineros, probablemente los frailes legos de los conventos: recuérdese la *Confabulatio coquinaria* (1435) de Ugolino Pisani (V. Rossi, *Quattrocento*, pp. 528 y 559) y la sentencia de Valla contra Poggio (c. 1452): "numquid a tuo coquo didicisti? [...] culinarium vocabulum est" (*Liber Poggii,* en *Opera*, Basilea 1540, p. 368). Se han escrito varios artículos sobre la expresión despectiva *latin de cuisine*, *Küchenlatein*: véase R. Pfeiffer, en *Philologus*, LXXXVI, 1930, pp. 455-459.

[60] V. Cian, "A favor y en contra de la lengua vernácula", en *Studi... Rajna*, cit., pp. 251-297.

[61] Se citan especialmente las palabras de un interlocutor paduano (Marsilio de Santa Sofía): "omai chiaro veggio e conosco che l'edioma fiorentino è così rilimato e copioso che ogni stratta e profonda matera si puote chiarissimamente con esso dire, ragionare e disputare.

[62] E. Santini, en *Giorn. stor.*, LX, pp. 290-291; en general, sobre la prudencia con que debe interpretarse *el Paradiso de Alberti,* véase Baron, *La crisis*, cit., pp. 67-75.

[63] "Dantem vero, si alio genere scribendi usus esset, non eo contentus forem, ut illum cum antiquis nostris compararem, sed et ipsis et Graecis etiam anteponerem" (p. 30 Kirner).

[64] "Quamobrem, Coluci, ego istum poetam tuum a concilio litteratorum seiungam atque eum zonariis (*alii*: lanariis), pistoribus atque eiusmodi turbae relinquam" (pp. 33-34 Kirner).

[65] En otro lugar (en la Vida *de Dante*, escrita en 1436) Bruni sitúa la lengua vernácula, en lo que a poesía se refiere, al mismo nivel que el latín: "escribir en estilo letrado o en lengua vernácula no tiene nada que ver con el hecho de ser o no poeta, ni es otra diferencia que escribir en griego o en latín. Cada lengua tiene su propia perfección y su propio sonido y su propia habla pulida y científica" (A. Solerti, *Le vite di Dante, Petrarca e Boccaccio*, Milán 1904, p. 106). Para las opiniones de Bruni sobre la lengua vernácula, véase Baron, *La crisis*, cit., pp. 422-429.

[66] Alberti ya había hecho una afirmación similar en su primera obra de esfuerzo escrita en lengua vernácula, *el Theogenius*: "e parsemi da scrivere in modo ch'io fussi inteso da' miei non litteratissimi cittadini" [(dedicatoria a Lionello d'Este, *Opere volgari*, editado por C. Grayson, II, Bari, 1966, p. 55)].

[67] Véase especialmente P. Rajna, "Le origini del Certame coronario", en *Scritti* varii.... *Renier,* Turín 1912, pp. 1027-1056; A. Altamura, *Il Certame coronario,* Nápoles 1952.

[68] Rajna (p. 1032) encuentra algunos paralelismos persuasivos entre el uso de Alberti y el de la Protesta (subjuntivo imperfecto con valor condicional: "per quale la terra nostra molto fosse onestata", etc.).

[69] *Borghini,* I, 1863, p. 114.

[70] Véase M. Santoro, "Cristoforo Landino e il volgare", en *Giorn. stor. lett. it.,* LXXI, 1954, pp. 501-547. [R. Cardini, "Cristoforo Landino e l'umanesimo volgare", I, en *Rassegna della lett. it., LXXII, 1968, pp*. 267-296, con una nueva edición de la prolusione de Landino a Petrarca que puede ser de 1467 (o 68, o 69); véase ahora, del mismo, *La critica del Landino*, Florencia, 1973, pp. 113-232].

[71] Es bien sabido que Giovanni da Prato habla de "tres coronas florentinas", mientras que en el primer diálogo de Bruni, Niccoli habla con desprecio de los "llamados triunviri" ("de hisce tuis, ut ita dicam, triumviris", p. 31 Kirner).

[72] Recuérdese el asombro de Pietro Dovizi al comprobar que en Venecia "sola nostrorum vatum Dantis ac Petrarche carmina infantiam imbuunt: quo fit ut elocutioni tantum vacent, mox liberalibus studiis adolescant. Quare nobis obiter gaudendum est, quod in patriam alienam tam prospere, tam celebriter vates nostri extra limen proferantur" (Letetra a Marsilio Ficino, 31 de marzo de 1496, en A. Della Torre, *Storia dell'Accademia Platonica di Firenze,* Florencia 1902, p. 58).

[73] C. Del Balzo, *Poesie di mille autori,* IV, Roma 1893, p. 167.

[74] Pensemos, por ejemplo, en las numerosas reminiscencias dantescas que afloran en Frezzi, Pulci y Poliziano; pero también hay muchas en los letristas menores ("e fiere in selva con gaetta pelle": Cino Rinuccini) y en los prosadores ("la corta buffa dei beni sottoposti alla fortuna": Palmieri, *Vita civile*, II; innumerevoli en Giovanni Cavalcanti). Véase más adelante, p. 375. Petrarca es imitado con diferentes intenciones: con una "función de refinamiento ingenuo" en *Innamorato*, como elemento de la extraña mezcla expresiva en *Morgante*, para extraer de

él notas melancólicas en *Giostra* de Poliziano y *Arcadia* de Sannazzaro (E. Bigi, *Dal Petrarca al Leopardi*, Milano 1954, p. 74), para alimentar los artificios conceptuales de Tebaldeo y Serafino, o del autor de aquel chiste al que alude Maria Savorgnan en una carta a Bembo (8 de agosto de 1500): "poso dir, come quela barzeleta, che d'affanni poi dentro avampa il core" (puedo decir, como esa barzeleta, que el corazón duele de preocupación); en general, el lenguaje amoroso de Petrarca, tan basado en la metáfora, ya era ampliamente utilizado. La influencia de Boccaccio se deja sentir sobre todo en la estructura de la época de los novellatori (Masuccio, Sabbadino).

[75] R. Sabbadini, en *Giorn. stor.,* Supl. VI, p. 84.

[76] V. Rossi, *Quattrocento,* 2ª ed., p. 120, hace referencia a cuatro cartas de Filelfo.

[77] *Sermones,* cit., I, p. XXVIII.

[78] Leon Battista Alberti habla de 'lengua toscana' en *Pittura* (p. 13 Papini), de 'nuestra lengua', 'nuestra toscana' en *Famiglia* (pp. 231, 233 Spong.). En el *Comentario,* el Magnífico habla de 'lingua vulgar', 'nuestra lengua materna', 'nuestra lengua', 'esta lengua', 'nuestros poetas florentinos'. El compendio jerónimo del Salterio es "traducido del latín a la lengua tosiana" por Marsilio Ficino para Clarice Medici Orsini (Della Torre, *Storia dell'Accademia Platonica*, cit., p. 846). Landino dice (en el *explícito* de la edición de Florencia de 1490) que tradujo la *Sforziade* de Simonetta "de sermone litterale in lingua firentina". Pero cuando se trata de comparaciones con otras lenguas vivas, se habla más bien del italiano. En el *Arlotto de Piovano*, traduciendo una frase valona, se dice que "las palabras significan esto en taliano" (Nov. CXI); de un marinero albanés se dice que "no sabía hablar italiano" (lema CLXIV). En *la Farsa dell'ambasciatore de Soldano* (F. Torraca, *Studi di storia letteraria napoletana* Livorno 1884, p. 277) hay un mensajero 'que no sabe hablar italiano' etc. (Nov.

[79] F. Flamini, *Il Cinquecento,* Milán 1902, p. 129.

[80] [Véase la edición de C. Grayson, *La prima grammatica della lingua volgare*. *La grammatichetta vaticana*, *cod. Vat. Reg. Lat. 1370*, Bolonia 1964 y en *Opere volgari*, III, Bari, 1973, pp. 175-193].

[81] Véase C. Trabalza, en *Studi*... *F. Torraca*, Nápoles 1912 (y en *Dipanature critiche*, Bolonia 1920). [C. Colombo, "Leon Battista Alberti e la prima grammatica italiana", en Studi *ling*. *it.,* III, 1962, pp. 176-187; y la introducción a la edición de Grayson, pp. V-XLVIII].

[82] Conservado en manuscritos de 1423 y 1424, y en incunables de 1477 y 1479 (A. Mussafia, "Beitrag zur Kunde der norditalien. Mundarten im XV. Jahrh.', en *Denkschr*. *Ak*. *Wien,* XXII, 1873; O. Olivieri, "I primi vocabolari italiani", en *Studi di filol*. *ital*., VI, 1942; L. Emery, en *Lingua nostra*, VIII, 1947, pp. 35-36).

[83] G. Volpi, "*Il Vocabolista* di L. Pulci", en *Riv. delle bibl. e degli archivi,* XIX, 1908, pp. 9-15 y 21-28. Las listas de vocabulario recopiladas por Leonardo (y contenidas en el manuscrito Trivulziano y en un folleto del códice Windsor) son en una pequeña parte alfabéticas, pero esto no prueba que tuviera, como algunos pensaban, la intención de compilar un vocabulario propiamente dicho. Véase A. Marinoni, *Gli appunti grammaticali e lessicali di Leonardo da Vinci*, I, Milán 1944; II, Milán 1952; allí la copiosa bibliografía anterior.

[84] G. Folena, en *Studi di filol. it.,* IX, 1952, pp. 83-144. Del mismo Dei es también una lista (inédita) de palabras turcas.

[85] Publicado por G. Volpi, en *Miscellanea Rossi-Teiss*, Bérgamo 1897, pp. 49-61.

[86] En los repertorios latino-italianos (Barzizza, Cantalicio, etc.: cf. en *Maqré Dardeqé* (*Il Maestro dei fanciulli*, glosario hebreo-árabe-italiano impreso en Nápoles en 1488) la lengua vernácula sólo tiene valor instrumental.

[87] Curiosa, en la crónica de Bindino, es la mezcla de versos o rimas, procedentes del ejemplo de los cantari: "e'l mille quatrociento nove chorriva / che re Vincilago a Siena veniva / (cap. L, p. 38 Lusini), / Iscì 'l castellano di Talamone e cavonne suo fornimento; / lassovvi il vino e 'l formento" (cap. CLXI, p. 130).

[88] Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 13.

[89] *Ibídem*, nº 28.

[90] *Ibídem*, nº 106.

[91] Por ejemplo, la del 21 de marzo de 1492: "Thomaso, vedere de remosscolare tuto Rezo per trovarmi uno strassinazo, et guarda che sia strassinazo proprio e non degagna [...] et cossì dilo a mia molgiera che ancora lei *fazza* cercare" (*ibíd.*, n. 112).

[92] Por ejemplo, el Prólogo de la *Ciropedia*: "Tendrás, pues, la vida y los hechos del primer Ciro escritos por el griego Jenofonte, que es mucho más útil que agradable [...] Aquí no se ve la increíble grandeza de Porro [...] Sino las leyes con que, aun siendo niños, se *hacen* virtuosos y obedientes los pueblos y los príncipes [...] Cómo se conservan y se *hacen* amigos desde el principio" (II, p. 717 Zottoli).

[93] Así lo señaló el desconocido autor paduano de una frottola de la primera mitad del siglo XV (G. Mazzoni, "Un libello padovano in rima del sec. XV", en *Atti e Mem. della R. Acc.* di *scienze, lett. ed arti di Padova,* VI, 1890), vv. 234-235: "Tal è che parla in rima / che non sa dir in pruosa.

[94] Migliorini-Folena, *Textos Quattrocento*, nº 12.

[95] C. Salvioni, *Lamentazione metrica sulla passione di N.S.*, Turín 1886; parcialmente reimpreso en Wartburg, *Raccolta*, nº 8.

[96] De Bartholomaeis, *Laude drammatiche e rappresentazioni sacre,* cit., III, p. 307.

[97] F. Neri, *Fabrilia,* Turín 1930, p. 85.

[98] G. Manacorda, en *Men. Acc. Torino,* XLIX, 1900, p. 58.

[99] *Rime*, ed. A. Cutolo, Bolonia 1952, p. 79. La lectura de la obra, editada por M. Vitale, pone de relieve la fuerte latinización y coloración nórdica del lenguaje de Visconti.

[100] Vitale, *Cancillería*.

[101] Monjes, *Crestomazia*, p. 426.

[102] R. Renier, en *Studi filol. rom.,* VII, 1894, p. 32.

[103] Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento,* nº 117 (cf. nº 121).

[104] Folena, *Crisis*, p. 40 n.

[105] P. Rajna, en *Rumanía,* VII, 1878, p. 26.

[106] Treviso 1480, c. 15 b. El Dr. Franco Riva me ha revisado este pasaje y los dos siguientes. Se han añadido acentos y signos de puntuación.

[107] Venecia 1496, c. 8 b.

[108] G. Fabris, *Sonetti villaneschi di G. Sommariva*, Udine 1907, p. 14.

[109] G. Fiocco, en *Archivio veneto-tridentino,* IX, 1926, p. 193.

[110] Cabe señalar que la impresión de los primeros libros vernáculos en Venecia fue financiada por mercaderes florentinos (E. De Roover, *Bibliofilia*, LV, 1953, pp. 107-115).

[111] En *el Fior di Battaglia* (1409-10) de Fiore dei Liberi (ed. Novati, Bérgamo 1902), surgen algunos raros rasgos fuertemente dialectales (*dent de zenchiar* 'dens apri') en medio del ilustre veneciano. Cf. la carta de 1437 con el memorial de 1477 en Migliorini-Folena, nn. 34 y 88.

[112] En el que no falta el hipertoscanismo: "Un terremoto forte e smesurato / non sol mi fa rizzire li capei, / ma sbigotir *ni* fece tutti sei / e cader giù allor, e mio *malgrato*. (De Bartholomaeis, *Laude drammatiche e rappresentazioni sacre,* cit., III, p. 298).

[113] O de cualquier pasaje: "Porque el oficio del zudexe es muy largo, ordenamos que el zudexe pueda prolongar los términos de una y más causas en ausencia de las partes o de una de ellas" (c. VI a).

[114] Véase el citado Fatini, *Le "Rime" di Ludovico Ariosto*, passim.

[115] [Véase ahora P.V. Mengaldo, *La lingua del Boiardo lirico*, Florencia 1963].

[116] Por ejemplo, junto a las formas dialectales *deliberamo*, *giudicamo*, *mandamo* etc. existen las formas toscanas *cantiamo*, *adoriamo*, *danniamo* etc. (De Bartholomaeis, *Laude drammatiche e rappresentazioni sacre,* cit., I, pp. 339-345).

[117] Per esempio *de li gentili homene*, *gli dicte tre frategli,* in "Richiesta di cittadinanza", Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, n. 19.

[118] Sobre la lengua de esta crónica, véase F. Ageno, en *Studi fil. it.,* XIII, 1955, pp. 167-227.

[119] A. Medin, L. Frati, *Lamenti storici,* II, Bolonia 1888, pp. 7-12.

[120] Si acaso, es más fácil advertir rasgos septentrionales (*arecordi*; *stati*, *pensati*, 2ª pers. plur.) que meridionales (*saccio*, *cresi* 'credetti').

[121] Como la redacción Chietina de la *Fiorita* de Armannino (Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 16).

[122] Por ejemplo, el inventario de la catedral de Teramo (Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, n.º 100): obsérvense regresiones como pandi 'paños'.

[123] Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nn. 42 y 56; véase el anuncio al pueblo de la paz con Eugenio IV en De Tummulillis, *Notabilia temporum*, p. 53 Corvisieri.

[124] Véase, además del cap. IX del Quattrocento de V. Rossi, A. Altamura, *L'umanesimo nel Mezzogiorno d'Italia*, Florencia 1941; Id., "Appunti sulla diffusione della lingua nel Napoletano", en *Convivium*, 1949, pp. 288-303; Id., *Testi napoletani del Quattrocento*, Nápoles 1953; Folena, *Crisis*, passim; M. Corti, *Rime e lettere di P.J. De Jennaro*, Bolonia 1956.

[125] Sus poemas están recogidos, junto con versos anónimos, en el silogio de Giovanni Cantelmo conde de Popoli (c. 1468), conservado en el códice 1035 de la Biblioteca Nacional de París, e impreso por M. Mandalari, *Rimatori napoletani del '400*, Caserta 1885. Véase también la colección de poemas contenida en el cód. Vat. lat. 10656, de tono más popular (ed. L. Berrà, en *Giorn. stor.,* LXXXIV, 1924, pp. 241-276).

[126] Sobre la progresiva adhesión de De Iennaro a las formas toscanas, véase M. Corti, en *Giorn. stor.*, CXXXI, 1954, pp. 305-351 y el vol. cit., passim.

[127] De un cód. de Munich, principios del siglo XVI: Torraca, *Studi di storia letteraria napoletana*, cit., p. 432.

[128] Y está representado principalmente por el cód. Vat. 3202, publicado por Scherillo.

[129] Recopilado por G. Folena en la excelente monografía *Crisis*, etc.

[130] Los elementos dialectales son especialmente firmes cuando encuentran apoyo en elementos latinos homólogos: por ejemplo, *medulla*, *giugo* ('yugo'), *cucumero*.

[131] Recordemos *El Giardino* de Marino Ionata de Agnonese, y el crudo lamento en tercetos de Giovanni Maurello de Cosenza (Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 91).

[132] Véase *Lettere inedite di* I. Pontano *in nome de' reali di Napoli*, ed. Gabotto, Bolonia 1893; las privadas fueron publicadas por Percopo. Por citar sólo un fenómeno, en la misma carta a Fernando de Aragón (7 de mayo de 1490), Pontano escribe "porque *el* médico que da medicina presume etiam que, después de la medicina, si hace *el* cristero" y "resignarò *il* sigillo" (Altamura, *Testi napoletani del Quattrocento,* cit., pp. 107-108).

[133] En la epístola reimpresa en Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento,* núm. 61, y en Altamura, *Testi napoletani del Quattrocento,* cit., pp. 89-90, se lee "se lo mio penuso core" ma "tollero el sospetto", *andaREla*, ma *sapeRne* etc., y "se lo mio penuso core" ma "tollero *el* sospetto", *andaREla,* ma *sapeRne* etc., y "se *lo* mio penuso core", pero "tolerero *el* sospetto".

[134] Sobre la lengua, véase la nota de De Lollis a su elección (Florencia 1880) y A. Mauro, *Francesco Del Tuppo e il suo Aesopo*, Città di Castello 1920, pp. 192-190.

[135] Véase el capítulo "Stile e lingua", en G. Petrocchi, *Masuccio Guardati,* Florencia 1953, pp. 120-168. [Véase ahora S. Gentile, *Postille ad una recente edizione di testi narrativi napoletani del '400*, Nápoles 1961, pp. 18-28].

[136] Sobre la lengua de los Estatutos de María de Enghien, véase M. D'Elia, en *Atti II Congr. stor. pugliese*, Bari 1954.

[137] G. Cusimano, *Poesie siciliane dei secoli XIV e XV,* II, Palermo 1952.

[138] V. Rossi, "Caio Caloria Ponzio e la poesia volgare letteraria di Sicilia nel sec. XV", en *Scritti di critica letter.*, II, Florencia 1930, pp. 417-451.

[139] *Ibid*.

[140] Sorrento, *Difusión*, pp. 31-35.

[141] *Ibídem*, pp. 42-48, M. Catalano, *La leggenda della beata Eustochia da Messina,* 2ª ed., Messina-Florencia 1950, p. 41.

[142] Véase la excelente ed. cit. de Catalano, que ha reconstruido críticamente el texto sobre dos códices, uno con ligeras huellas emilianenses y otro con influencia umbriana.

[143] *Ibídem*, pp. 41-42.

[144] *Ibídem*, p. 39.

[145] Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 31.

[146] Sobre la abundancia de variantes morfológicas verbales en Florencia, véase Nencioni, *Fra grammatica e retorica*, passim.

[147] Por ejemplo, el verso que en un strambotto napolitano suena "non vide che se chiava lo *tavoto*?" es transcrito por Boiardo, aunque falta la rima, "non vedi ch'el se apre la sepoltura?" (L. Berra, en *Giorn. stor.,* LXXXIV, 1924, pp. 252 y 272).

[148] Véase, por citar sólo un ejemplo, el diferente proceder de las ediciones milanesa (1483) y veneciana (1484) de Masuccio Guardati en comparación con la edición napolitana de 1476, de la que desgraciadamente no quedan ejemplares: véase la nota de Alfredo Mauro a la edición de Laterza y la nota de Giorgio Petrocchi a la edición de Sansoni.

[149] La primera edición impresa de un diccionario italo-alemán (Venecia 1477) daba, por ejemplo, las palabras *Luganica*, *Boldoni*, *Unto sutil*; la reimpresión de Bolonia 1479 da *Luganica* o *salciza*, *Boldoni* o *cervela*, *Unto sutile* o *butiero*.

[150] En *Lingua nostra,* XVI, 1955, pp. 105-110.

[151] Por Salvioni, sobre diversos textos antiguos lombardos, en su mayoría del siglo XV (en *Arch. glott. ital*., XII, pp. 381-384); por Bayot y Groult para *Santa Caterina* del Mombrizio, pp. 13-41 de su edición (Gembloux 1943); por Vitale para la cancillería milanesa (Varese-Milán 1953) y para Gaspare Visconti (Bolonia 1952).

[152] Véanse los volúmenes ya citados de Folena sobre Sannazzaro y de Corti sobre De Iennaro.

[153] Permítaseme remitir, para más información, a mi artículo "Note sulla grafia italiana nel Rinascimento", en *Studi di filol. italiana,* XIII, 1955 (y en *Saggi ling.*, pp. 197-225).

[154] Tanto en posición intervocálica (*la hasa*) como tras consonante (*per harità*): esto excluye un intento de representar la espirante (véase G. Folena, en *Studi di filol. italiana,* XIV, 1956, pp. 501-513).

[155] *El Esopo de Del Tuppo* tiene, por ejemplo, *rescignolo*, *risingiolo*, *rescingiolo*, *resignolo*, *rissungnolo* (Mauro, *Del Tuppo*, cit., p. 194).

[156] En una etimología falsa se funda *scio*, *scia* por *so*, *sa*, muy extendido en el norte de Italia.

[157] También hay algunas trasgresiones curiosas; por ejemplo, en un manuscrito de la *familia* Alberti se lee *phigliuolo*.

[158] Alberti lo menciona en un pasaje de De componendis *cyfris* (ed. Meister, p. 127), en el que dice que lo hizo "alibi, cum de litteris atque caeteris principiis grammaticae tractaremus": habiendo identificado la *v* consonántica ("quod medium quidpiam inter *b* atque *u* sonet"), Alberti cree que debe escribirse con tallo doblado ("hasta inflexa scribendam"). La distinción entre *u* y *v* se hace también en las *Reglas* Laurencianas, lo que ha llevado a varios (entre ellos Sensi y Trabalza) a identificar las *Reglas* con la escritura de Alberti aludida en *De componendis cyfris*. [La atribución es ahora segura (véase C. Colombo, en *Studi ling. it.,* III, 1962)].

[159] El Landino, por ejemplo, lleva impreso *dHecuba,* y en el Tanaglia se escribe *lhuomo* (y también *lhore con* la adición de *h*).

[160] Véase, por ejemplo, la edición de Landino de la *Commedia* con comentarios, Florencia 1481.

[161] G. Folena, en *Studi di filol. italiana,* X, 1952, p. 91. También aparece un acento en la versión toscana del ritual judío (1484).

[162] A. Roncaglia, en *Lingua nostra,* III, 1941, pp. 6-9.

[163] Cf. la rima de *fausta* con *guasta* e *basta* en *Città di vita* de Palmieri.

[164] A modo de reacción, se tiene *splimere* para *expresar* (M. Franco), *refligerio*, *plecipitare* (Leonardo); Pulci, definiendo *fleto* en el *Vocabolista* 'llanto y murmullo del mar', muestra que confunde *fletus* con *fretus*.

[165] En cuanto al timbre de la vocal protética, nótese que Sannazzaro corrige *esperanza* por *isperanza* (Folena, *Crisi*, p. 35).

[166] Pero en el *Stanze* nunca se da esta asimilación, sentida como popular.

[167] Folena, *Crisis*, p. 39.

[168] Cf. "dormire *miego"*, en palabras atribuidas a un embajador ferrarés en un chiste de Piovano Arlotto (n. 69).

[169] No se trata aquí sólo de una peculiaridad individual, sino que la penetración toscana ha descendido al dialecto: Folena, *Crisis*, p. 28.

[170] J. Cavalli, *Commercio e vita privata di Trieste*, Trieste 1910, p. 291.

[171] Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 9.

[172] Pastor, *Storia dei Papi,* cit., I, p. 739.

[173] Más detalles en Folena, *Piovano Arlotto*, p. 369. El hecho de que *lo re* sea la forma preferida se explica no sólo por la fórmula *messer lo re* (Folena, *ibíd*.), sino también por la influencia del uso meridional, es decir, el del Reino por excelencia.

[174] Un comentarista, leyendo en Sannazzaro (*Arc*., p. 63 Scher.): "(quel monile) *ley* per mio amore gliel puse", observa "*ella* dicere debuisset" (Scherillo, p. CCVIII).

[175] L. von Pastor, *Storia dei Papi*, *Supplemento*, Roma 1931, p. 499. Las distintas fases de los siglos XV y XVI se examinan en mi artículo "Primordi del *lei*", en *Lingua nostra*, VII, 1946 (= *Saggi ling*., pp. 187-196).

[176] El excelente ensayo de Nencioni, *Fra grammatica e retorica (Entre gramática y retórica)*, dedica las pp. 50-109 a ilustrar cómo se comportan los distintos escritores en su elección, y demuestra que la libertad no es capricho.

[177] [Sobre el uso del imperfecto de subjuntivo en L.B. Alberti: véase Gh. Ghinassi en M. Dardano, "Sintassi e stile nei 'Libri della famiglia' di L.B. Alberti" (*Cult. neolatina,* XXIII, 1963) en *Lingua nostra*, XXV, 1964, pp. 59-61, en p. 59].

[178] A. Schiaffini, en *It. dial*., V, 1929, p. 25. Poliziano prefiere *saria* en verso, *sería* en prosa. Grayson observó que en el manuscrito V de la *Familia de* Alberti algunas formas en *-ia han* sido corregidas a *-ebbe* (en *Renacimiento,* 1952, pp. 228-229).

[179] Pero Sannazzaro se aprovecha gustosamente del uso promiscuo, y rara vez corrige en el sentido toscano (Folena, *Crisis*, p. 69).

[180] G. Cambi, *Storia di Firenze,* en Capponi, *Storia della repubblica di Firenze,* II, p. 194.

[181] Las ediciones de Serafino oscilan (son. CIX) entre *vivete* y *viviti*.

[182] Mucho más raro es tener *-mo* y *-vo* para 1ª y 2ª.

[183] Varchi, en *Hercolano* (Venecia 1570, p. 151) expresó su asombro ante la inusual terminación: "No sé de qué manera puso este afijo; y más por discreción entiendo lo que significa, que por regla". Sobre el fenómeno, véase Savj-López, en *Zeitschr. rom. Phil.,* XXIV, 1900, pp. 501- 504.

[184] Migliorini, *Saggi ling.*, pp. 156-174.

[185] Getto, *Estudio sobre el Morgante,* cit., p. 138.

[186] Folena, *Crisis*, p. 75.

[187] *Ibídem*, p. 90.

[188] Véanse las observaciones de Folena, *Crisis*, pp. 73-74, *Piovano Arlotto*, p. 374.

[189] *Y también* para Benedetto Dei (florentino, pero que vivió mucho tiempo fuera de su ciudad natal).

[190] Migliorini, en *Rom. Phil.,* VII, 1953, pp. 60-64 (= *Saggi ling*., pp. 272-277).

[191] Maggini, en *Lingua nostra, VIII,* 1947, pp. 1-3; De Mattei, *ibíd.,* IX, 1948, pp. 13-18.

[192] P. Pieri, en *Arch. histor. prov. nap.*, 1933, p. 149.

[193] "His et nonnullis signis ("estatuas") quae procuro, ornaresolo academiam meam valdarninam, quo in loco quiescere animus est": *Epist.*, ed. Tonelli, I, Florencia 1832, p. 214.

[194] Della Torre, *Storia dell'Accademia Platonica,* cit., p. 364.

[195] En los versos del *Morgante*, c. XXV (uno de los cantos añadidos por Pulci al poema primitivo), la palabra sigue teniendo un significado predominantemente, pero no sólo, topográfico: "La mia *accademia un tempo*, o mia *ginnasia*, / è stato volentier ne' miei boschetti [...] / E così fuggo mille urban dispetti; / sì ch'io non torno *a'* vostri *ariopaghi*, / gente pur sempre di mal dicer vaghi. El primer verso recuerda el v. 18 del fragmento de Petrarca del *Triunfo de la Muerte*: "La mia Academia un tempo e il mio Parnaso" (y la yuxtaposición de *academia* y *gimnasio* se hace eco, quizá indirectamente, de Cicerón, *Acad. poster*., I, 4: "in Academia, quod est alterum gymnasium"). El pasaje de Pulci pretendía probablemente responder a las críticas de los ficinianos (Della Torre, *Storia dell'Accademia Platonica*, cit., p. 288). La definición del *Vocabolista* ("iscuola o setta di savi") insiste en las personas, pero sigue siendo bastante vaga.

[196] En Ferrara encontramos una temprana adaptación del *yelek* turco en forma de *ghelèr*, *ghelero*, *gilereto* (Bertoni, en *Arch. Rom*., IV, pp. 119-120).

[197] G. Folena, en *Lingua nostra,* XVIII, 1957, pp. 6-10.

[198] Id. en *Lingua nostra,* XII, 1951, p. 61.

[199] Una investigación especial sobre la terminología de la prensa sería deseable y, dada la riqueza del material reunido por los bibliógrafos, no sería difícil.

[200] Menos afortunado fue el término "*mollicchi*", que en la versión de Landino se refería a lo que más comúnmente se llamaban *animales blandos,* o incluso sólo *blandos*, hasta que apareció y triunfó el término *moluscos* (Cuvier, 1795).

[201] F. Rodolico, en *Lingua nostra,* II, 1940, p. 129.

[202] Cod. Leicester 8 b, en Fumagalli, *Leonardo omo sanza lettere*, Florencia 1938, p. 102.

[203] Getto, *Studio sul Morgante,* cit., pp. 146-149; véase también Ageno, en *Lingua nostra*, XIV, 1953, pp. 69-76.

[204] Migliorini, *Saggi ling*., pp. 300-303.

[205] Una carta de Pulci a Dei en 1481 comienza así: "a mi querido Benedetto Dei, *salamalec*" (p. 162 Bongi).

[206] Del viaje de Pietro Querini a las Lofoten, 1432 ("*stocfisi* seccano al vento et al sole senza sale": Messedaglia, en *Atti Ist. Ven*., CXI, 1952-53, pp. 1-27), de las noticias que Raimondo da Soncino envió desde Londres (Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 119).

[207] R. Spongano, en *Giorn. stor.,* CXXX, 1953, p. 297.

[208] Luego están las palabras queridas por los escritores individuales (por ejemplo, *verde, que da* el tono a tantas escenas bohemias, *matto*, *strano*, *ghiottone*, queridas por el *Morgante* de Pulci): no faltan investigaciones estilísticas de este tipo.

[209] B. Wiese, en *Romanistisches Jahrb.*, III, 1950, pp. 381-403.

[210] Flamini, *La lirica toscana,* cit., p. 411.

[211] En la balada de Poliziano Donne mie.

[212] Carta de Bernardo Bembo, 1478 (Pintor, en *Studi... Rajna*, p. 800).

[213] Por ejemplo, "Secchi miglior sono e' fichi di Marca / e nominati lì *fichi pinzuti*" (Tanaglia, I, vv. 952-953).

[214] Por ejemplo: "E non dura la festa mademane / crai e poscrai e poscrilla e posquacchera / come spesso alla vigna le Romane" (Pulci, *Morg*. XXVII, st. 55): sobre esta expresión, véase especialmente L. Spitzer, en *Italica*, XXI, 1944, pp. 154-169.

[215] Folena, *Crisis*, pp. 169-173.

[216] Véanse los pares tautológicos en la edición boloñesa del *Vocabulista* (véase p. 258 n.).

[217] Per mostrar giusti i suoi bugiardi *lai*", en la invectiva de G. Pegolotti contra los venecianos por el asesinato de Francesco da Carrara (Congedo, *Canzoni storiche del sec. XV*, Lecce 1895, p. 19); Boiardo, passim; en Poliziano, *Giostra*, I, st. 115 en el sentido de "dolor": "Li dolci acerbi *lai* che d'amor nascono.

[218] Parecen tan frescas e inmediatas y, sin embargo, el impulso y el apoyo vienen a veces de los antiguos, de los griegos, de Catulo" (Folena, en *Approdo*, abril-junio de 1954, p. 29).

[219] Tanto en el uso poético ("con munuscoli e lettruzze", canz. 92, combinación de un diminutivo humanístico con uno popular) como en la reflexión crítica (*Comento*, I, p. 85 Sim.).

[220] Leamos la carta de 1485 en la que Matteo Franco describe a los jóvenes Medici: "E Giuliano vivolino e freschellino com una rosa; gentile pulito e nettolino come uno specchio; lieto e tutto contemplativo con quei occhi. Messer Giovanni ha ancora una buona faccia, non di molto colore ma sana e naturale; e Iulio una cera morena e sana...". (M. Franco, *Un viaggio di Clarice Orsini de' Medici nel 1485*, ed. I. Del Lungo, Bolonia 1868).

[221] *Paradiso degli Alberti*, ed. Wesselofski, I, II, Bolonia 1867, p. 362.

[222] Sansovino ya había observado, a propósito de la oportunidad de utilizar palabras latinas que el verso oblicuo ofrecía a Sannazzaro: "el verso oblicuo, muy usado en aquellos tiempos, le dio también el valor de utilizar muchas palabras latinas y de formar otras nuevas" (citado por Folena, *Crisi*, p. 55).

[223] La palabra aparece registrada dos veces por Leonardo en el cód. Trivulziano (Marinoni, *Gli appunti grammaticali e lexicali di Leonardo,* cit., I, p. 31; II, *Repertorio*, s.v.).

[224] El *Vocabolista* nos permite en cierto modo evaluar el conocimiento que una persona de cultura mezquina y gran curiosidad tenía de los latinismos. Sin embargo, también hay que tener en cuenta la posibilidad de una intención pedagógica: si no, sería demasiado extraño ver registradas palabras que, usadas ya por alguno de los tres grandes escritores del siglo XIV, podríamos suponer bien conocidas: *adulto*, *aura*, *biga*, *borea*, *cloaca*, *cuna*, *egregio*, *fértil*, *frenesia*, *inexorable*, *insidie*, *mostro*, *opportuno*, *pristino*, *tortura*, etc. La definición es en algunos casos muy instructiva, porque nos muestra el significado con el que la palabra penetró por primera vez en el léxico: *pausa* "el punto, cuando se escribe entre un nombre y un sustantivo", *teatro* "lugar redondo donde se representaban justas" (Boccaccio también utilizó la palabra refiriéndose a teatros de tipo romano). Para algunas palabras Pulci confiesa

ser incierto (*simbiosis* "donde muchos hacen una cosa aparte, como creo"), es muy aproximado o incluso erróneo: *clima* "una parte de las tres, ya sea Asia o Affrica o Europa", *esbeston* "una piedra, que no se puede encender", *squalido* "no igual", *ulco* "inspección de la flacidez" (evidentemente creía que era *ulcus*, **ulci* en lugar de *ulcus*, *ulceris*).

[225] El modo de compilación y las intenciones de Leonardo se han debatido ampliamente: la obra citada de Marinoni, *Gli appunti grammaticali e lexicali di Leonardo,* llega a resultados persuasivos.

[226] Boiardo, que había escrito con *c*- en el Libro II (XXVII, st. 1 y 40), escribe con *s*- en el Libro III (V, st. 22).

[227] En el informe (1492) sobre la farsa *Il triumpho della fama* (Torraca, *Studi di storia letteraria napoletana,* cit., p. 420).

[228] Francesco di Giorgio Martini, *Architettura*, ed. Promis (citado por Olschki, *Geschichte*, I, p. 135).

[229] R. Sabbadini, en *Rend. Ist. Lomb.,* s. 2a, XLIX, 1916, pp. 221-224. Sabbadini cree que Bruni extrajo ese significado de un pasaje de Gellius (I, 28, 1), donde realmente significa "transportado" y no "trasladado".

[230] Por ejemplo, "habían *traducido* su edad en armas" (Alberti, *Fam.*, p. 185 Spong.); "mercantie... *tradocte* da quei' di casa nostra sin dalle streme provincie" (Alberti, *ibid*., p. 200).

[231] *Tra*(*s*)*latare* tiene numerosos ejemplos del siglo XIV; y de nuevo en el siglo XV *treletato* (Cola de Iennaro, 1479, en Migliorini-Folena, *Testi Quattrocento*, nº 93); "*Istralatata* fu la bella historia / nel mille quattrocento ottanta trene" (Francesco Cieco Fiorentino, *Il Persiano*). El francés, el español y el portugués también aceptan el tipo renacentista "to translate" del italiano, mientras que el inglés se ciñe al tipo medieval "*to translate"*.

[232] La ordenanza de Montil-lès-Tours (1448) llamaba *franco* al arquero que cada parroquia debía proporcionar, porque estaba exento de la *taille*.

[233] Migliorini, en *Atti Acc. Tosc.,* XVII, 1952 (= *Saggi ling*., pp. 300-303).

[234] Zacarías, *Colección*, p. 16.

VIII

EL SIGLO V

1. Límites

Las grandes fechas tomadas simbólicamente para indicar el final de la Edad Media y el comienzo de la Edad Moderna caen poco antes del comienzo del siglo: 1492, 1494. Es más difícil marcar una frontera poco convencional entre la última generación del siglo XVI y la primera del XVII, ya que las congruencias entre ellas son muy fuertes. Una frontera mucho más evidente podría establecerse poco después de la mitad del siglo, en 1559, fecha del Tratado de Cateau-Cambrésis, o en 1563, fecha de la clausura del Concilio de Trento: tan fuerte es la diversidad tanto en el tablero político como en el ambiente cultural entre la primera parte del siglo y la segunda.

Las fechas fundamentales, por lo que respecta a la historia de la lengua, son 1501, fecha de la publicación de la Petrarca aldino, que Bembo editó con especial atención a la ortografía, 1525, cuando se publicó la *Prose della volgar lingua*, del propio Bembo, 1582, fecha tradicional de la fundación de la Crusca (o 1583, año en que Salviati le dio nuevo impulso y dirección), 1612, fecha de la primera edición del *Vocabolario degli Accademici*.

2. Acontecimientos políticos

Francia y España, las dos grandes potencias que acababan de alcanzar la unidad estatal, y el Imperio, con el nuevo impulso que le dio la conjunción con el poder español tras la cuádruple herencia de Carlos V, llevaban a cabo sus guerras de predominio principalmente en Italia, después de que la caída de Carlos VIII hubiera puesto de manifiesto que la superioridad cultural italiana no se correspondía con la fuerza militar ni con la compacidad moral. Los príncipes italianos estaban atrapados en la maquinaria de estas potencias mucho mayores que ellos, e incluso aquellos que gritaban "fuera los bárbaros" y se proclamaban "defensores de Italia" no podían hacer nada para combatir a los extranjeros, sino apoyarse en otros extranjeros. Tras diversos avatares, Francia se vio superada por España, y ya la Paz de Cambrai (1529) y el Congreso de Bolonia (1529-30) sancionaron la sustancial victoria española; tras algunas sacudidas más, la Paz de Cateau-Cambrésis (1559) confirmó, incluso reforzó este predominio español; Francia se interesaría ahora más por el Rin que por los Alpes e Italia.

Los intentos esporádicos y los vagabundeos de la resistencia apenas mermaron la adhesión general a la "paz española". Milán, sometida a los virreyes, perdió así toda importancia política. En Piamonte, en cambio, Emanuele Filiberto consiguió expulsar a los extranjeros y llevó a cabo una vigorosa reorganización, que transformó el Estado feudal en un Estado absoluto. Génova, que había seguido siendo una república oligárquica gracias a Andrea Doria, recuperó entonces Córcega. Venecia es el único estado de Italia que puede llevar a cabo prudentemente una política antiespañola; pero su poder disminuye lentamente, debido a la presión turca y a la desviación del comercio producida por el descubrimiento de América.

Los Medici, repetidamente desterrados y repetidamente devueltos a Florencia, extinguieron sus espíritus republicanos; la independencia de Siena también fue suprimida; Cosimo, nombrado Gran Duque en 1569, reorganizó el estado con mano firme. El puerto de Livorno adquirió una importancia considerable bajo Fernando I.

El Estado eclesiástico, que en la primera mitad del siglo había visto con frecuencia papas guerreros y papas nepotistas (los Borgia, los Médicis, los Farnesio) compitiendo con los demás príncipes de Italia, se reorganizó firmemente en la segunda mitad del siglo (Sixto V); a la reconquista de Perusa y Bolonia siguió la de Ferrara. Las consecuencias de la

reorganización religiosa debida a los Papas de la Reforma católica, de Pablo III a Sixto V, se dejaron sentir antes y más que en otros lugares del Estado eclesiástico.

En los dos virreinatos de Nápoles y Sicilia los intereses de España prevalecieron con mucho sobre los de las poblaciones, y si hubo resistencia fue más en defensa de los privilegios de clases particulares que por el bien común. Pero, en definitiva, el comercio con el resto de Italia se mantuvo vivo; en cambio Cerdeña, sometida directamente a España, tuvo escasos contactos con la península.

Los judíos, que ya habían sido expulsados de Sicilia, fueron expulsados del reino de Nápoles en 1539; en Venecia en 1516, en Roma en 1555, más tarde en otras ciudades se vieron obligados a concentrarse en guetos; pero en Livorno y en algunos estados del norte de Italia fueron protegidos por los príncipes.

Tras el periodo de agitación, los Estados que habían recuperado una independencia siquiera relativa se reorganizaban, con una fuerte tendencia a la centralización en manos de sus soberanos: la burocracia crecía ya en número e importancia.

El arte de la guerra experimentó grandes cambios debido a la importancia que adquirieron las armas de fuego; la infantería prevaleció sobre la caballería; algunos Estados aceptaban ahora el principio en el que tanto había insistido Maquiavelo: el armamento de los súbditos en lugar de las tropas mercenarias.

3. Vida social y cultural

Si los acontecimientos políticos del siglo impidieron a Italia alcanzar, de un modo u otro, esa unidad política a la que ya habían llegado otras grandes naciones, el sentimiento de una civilización común (lingüística, literaria, artística) se ha convertido en una persuasión general; que se ve confirmada, más que sacudida, por las numerosas controversias. Cuando se discute cuál debe ser el canon de la lengua, ya se da a entender que se debe utilizar una única lengua como expresión de una única cultura nacional.

Es cierto que los protagonistas de estas disputas, como en general quienes tienen la pluma en sus manos en este siglo, pertenecen a las clases culturalmente superiores. De la vida, las opiniones, el habla de los plebeyos apenas se desprende aquí y allá: incluso los lamentos y las palabras de los campesinos o aventureros que oímos en las obras de Ruzzante no son voces auténticas de campesinos o aventureros, sino estilizaciones de un escritor culto.

El movimiento de personas es muy intenso, por los motivos más variados: la milicia, los cambios políticos que conducen al exilio (recordemos, entre los numerosos proscritos florentinos, a los Strozzi, Nardi, Giannotti, Bartolomeo Cavalcanti, Alamanni), el tráfico, etc.[1]

La Reforma también impulsó a muchos a emigrar, pero fuera de Italia: especialmente numerosos fueron los exiliados de Lucca.

Italia sufrió menos trastornos materiales como consecuencia de la Reforma y la Contrarreforma que otros países; sin embargo, las consecuencias fueron fuertes en la orientación de la vida pública y privada. Las definiciones doctrinales y las prescripciones disciplinarias del Concilio de Trento (1545-63) se aplicaron con rigor y particular celo en el Estado eclesiástico y en los territorios españoles. En muchos, las nuevas orientaciones condujeron a un sincero fervor religioso: prueba de ello es el surgimiento y florecimiento, tras la Reforma protestante, de nuevas órdenes religiosas (teatinos, capuchinos, barnabitas, jesuitas, somascos, carmelitas, hermanos de la doctrina cristiana, oratorianos) y los inicios de la predicación misionera fuera de Europa. Muchos otros, sin embargo, se contentaron con seguir la corriente, con el conformismo inerte o la hipocresía del "intus ut libet, foris ut moris".

Gracias al Concilio de Trento se crearon los registros parroquiales (de bautismos, confirmaciones, matrimonios, defunciones), lo que sin duda contribuyó a la estabilización de los apellidos. El Concilio reguló también la lectura de la Biblia, reservándola esencialmente a los que sabían latín. La institución del *Index librorum prohibitorum* dio lugar a las ediciones expurgadas; además, los autores empezaron a evitar palabras y frases poco ortodoxas (o que pudieran parecerlo).

La vida de sociedad es muy activa. Castiglione, en su *Cortegiano, nos ofrece* una vívida imagen de lo que eran las cortes en el primer cuarto de siglo como centros de conversación culta. Además de en las cortes principescas, en las casas nobles y entre las "cortesanas

honestas" se discuten problemas de amor y honor, o se practican juegos de sociedad,[2] cantos y bailes.

Los temas más variados se debaten en las academias, que surgieron en muchas ciudades y se convirtieron en lugares de intercambio cultural, casi siempre en lengua vernácula.

En las universidades predomina la cultura aristotélico-escolástica, en latín. Numerosos extranjeros llegaron de diversas naciones para estudiar en las universidades de la península, y en esta ocasión aprendieron más o menos bien el italiano. Principalmente de las enseñanzas de Robortello en la Universidad de Padua proceden las reglas literarias pseudoaristotélicas, tan en consonancia con las tendencias de aquella época.

Los príncipes y las repúblicas necesitan personas que sepan manejar bien la pluma para su correspondencia y asuntos administrativos, y de hecho varios ilustres hombres de letras dedicaron muchos años de su vida a ello: Ariosto, Guicciardini, Guidiccioni como funcionarios del gobierno; Maquiavelo, Bembo, Berni, Tolomei, Bernardo Tasso, Caro, Muzio, Contile y muchos otros como secretarios.

Otra ocupación práctica que absorbió la actividad de varios hombres de letras fue la edición, activa en varias ciudades y especialmente en Venecia: en esa ciudad se imprimieron quizá la mitad de todos los libros publicados en Italia en el primer tercio del siglo, e incluso después conservó el primer lugar. Ahora se trataba de una colaboración ocasional como la prestada por Bembo a Manuzio, ahora era una ocupación duradera: Doni, Dolce, Domenichi, Ruscelli, Sansovino y varios otros fueron revisores y compiladores profesionales durante años.

Los carteles satíricos (conocidos en Roma como *pasquinate*) y los avisos públicos empezaron a circular en forma manuscrita; las cartas y panfletos sobre los acontecimientos del día ya anticipaban el periodismo moderno (recordemos los nombres de Aretino, Doni, Giovio, Muzio).

Aunque las polémicas políticas y religiosas están, por supuesto, sujetas a fuertes limitaciones por parte de las autoridades, éstas no veían con malos ojos las polémicas sobre temas literarios y lingüísticos menos candentes.

La literatura y las artes, que en las primeras décadas del siglo se inspiraban en un individualismo alegre, que aspiraba a un mundo de perfección ideal (Ariosto, Castiglione, Rafael), se adentraron más tarde en un ambiente dominado por estrictos cánones intelectuales y morales, más serios, más pomposos, más sombríos, que sin embargo no impidieron, sino que contribuyeron a la aparición de una exuberancia fantástica (primeras manifestaciones barrocas en la literatura y las artes figurativas; nacimiento del melodrama). Con el único pretexto de divertir al pueblo, la commedia dell'arte (es decir, de los cómicos profesionales) esquematiza a sus personajes en máscaras.

4. Latín y vulgar

Tras un primer florecimiento en los siglos XIII y XIV, tras el levantamiento de escudos por parte de los humanistas que lograron reducir brevemente el uso de la lengua vernácula a límites muy modestos, el italiano consiguió en el siglo XVI conquistar una posición inamovible y superar el prejuicio que lo situaba por debajo del latín.

Aunque, por supuesto, no es posible separar claramente la historia de la expansión gradual del italiano de las polémicas que acompañaron a esta expansión, intentaremos primero dar una idea del progreso de la lengua vernácula sobre el latín, y luego dar un esbozo de las polémicas relacionadas.

La inmensa mayoría de lo que se escribe e imprime en la segunda mitad del siglo XV es en latín. En el siglo XVI, el uso de la lengua vernácula se extiende ampliamente en todos los campos, sin igualar todavía el volumen de lo escrito e impreso en latín. La cultura se hace más amplia y profunda, y se escribe e imprime mucho más que en la época anterior: por tanto, si en cierto sentido es cierto que la expansión de la lengua vernácula se produce a expensas del latín, hay que recordar que el volumen de escritos, tanto en lengua vernácula como en latín, es enormemente mayor.

Ni que decir tiene que el latín se vio profundamente modificado por el movimiento humanista. Mientras que todas las obras escritas en prosa latina en los siglos XIII y XIV presentaban una gama relativamente uniforme y escolástica, el humanismo condujo gradualmente a una enorme diferencia entre un tipo literario y elegante, que para la prosa se modeló con predominio absoluto en Cicerón, para la poesía con predilección en Virgilio,

y un tipo práctico, considerado por los literatos como bastante bárbaro, que persistió en los escritores de medicina y derecho, y en los usos administrativos y judiciales.

La victoria del ciceronianismo bembaldiano sobre el libre e ingenioso eclecticismo que había tenido a Poliziano y Pontano como ilustres representantes a finales del siglo XV, rigidizó y desvinculó severamente el latín de la lengua vernácula, no permitiendo ya esa adaptación consciente o inconsciente a la lengua viva, y esa continua creación de neologismos que había permitido al latín sobrevivir como lengua cultural durante toda la Edad Media. Así, el latín literario, purificado y embalsamado, queda realmente reducido a una lengua muerta. Y en comparación, la lengua vernácula se impondrá con mayor facilidad.

El latín tomará otro camino fuera de Italia, con el vivo eclecticismo de un Erasmo y un Mureto.

En cuanto a los usos prácticos del latín, la influencia ejercida sobre ellos por el purismo humanista es lenta y exigua: hay, sí, científicos y juristas que, en cierta medida, se acercan a la forma de escribir de los humanistas, pero una enorme cantidad de textos apenas se ve afectada.[3]

Enseñanza[4] se realiza en latín, con muy pocas excepciones: algunas escuelas prácticas para futuros comerciantes, y aquellas primeras clases en las que se enseñaba latín a niños que aún no lo conocían.[5] La enseñanza universitaria era toda en latín; tampoco tuvo ningún efecto la propuesta hecha en 1518 por el rector de los juristas de la Universidad de Padua de que las clases de la tarde (es decir, las menos importantes) de los profesores de Derecho fueran en italiano.[6]

Gelli cita como ejemplo notable el de Francesco Verino que en el Estudio "leyendo filosofía y viendo a veces venir a oírle el capitán Pepe, que no entendía el latín, se puso inmediatamente a leer en vulgar" y "poco antes de morir, para demostrar su inestimable bondad, leyendo públicamente en el Estudio florentino el libro duodécimo de la divina Filosofía de Aristóteles, quiso exponerlo en vulgar, para que todo tipo de hombre pudiera entenderlo".[7]

Habría sido incluso absurdo hablar de enseñanza de lengua y literatura italianas a principios de siglo. Trissino atestigua: "hoggidi, quasi a niuno se insegna Italiano, ma a tutti se insegna Latino, e poi lo Italiano se impara da sé".[8] Y Varchi precisa: "Recuerdo cuando era joven, que el primer y más estricto mandamiento, que los Padres generalmente hacían a sus hijos, y los maestros a sus discípulos era, que ni para bien ni para mal no leyeran como vulgares (por decirlo crudamente, como lo hacían ellos) y el Maestro Guasparri Mariscotti da Marradi, que era mi preceptor de gramática, hombre de lenguaje duro y tosco, pero de santísimos y buenos modales, habiendo entendido una vez de algún modo que Schiatta di Bernardo Bagnesi y yo leíamos a Petrarca a escondidas, nos dio una buena bronca por ello, y casi nos echó de la escuela".[9] Hasta 1589 no se creó en la Universidad de Siena la cátedra de "lettore di toscana favella", para la que fue nombrado Diomede Borghesi.

En otras universidades, muchos estudiantes extranjeros recibían clases de idiomas, sobre todo de profesores toscanos.

Mientras que las universidades eran baluartes del latín, las academias eran sobre todo centros de difusión de la lengua vernácula. Florido se queja hacia 1537 en su *Apología* de que quien ha pasado unos días estudiando la lengua vernácula se atreve a fundar una academia; y de hecho sabemos que no sólo en las academias de las ciudades toscanas, sino sobre todo también en las del norte de Italia, se lee a Dante y Petrarca, se discute de poética y retórica en lengua vernácula.[10] Menos numerosas son aquellas en las que predomina el uso del latín, como la Accademia Papinianea de Turín, fundada en 1573, donde se aplica la estricta prescripción: "Si quis in Academia temere aliter quam latine sermonem habuerit, iure statim reiicito".[11]

En la vida religiosa, la Iglesia prohíbe, en contra de las exigencias de los reformadores, el uso de la lengua vernácula en la liturgia.[12] Las versiones de la Biblia seguían circulando en el siglo XV y principios del XVI.[13] Pero la oposición de la Iglesia a que los laicos leyeran e interpretaran la Biblia a su manera se hizo cada vez más patente; y con el Concilio de Trento llegó la prohibición. El Índice de Pablo IV (1559) establece que todas las Biblias vernáculas no pueden imprimirse, leerse o conservarse sin licencia del Santo Oficio; las reglas aprobadas por Pío V en 1564 establecen la prohibición de leer traducciones vernáculas del Nuevo Testamento hechas por herejes, mientras que los obispos pueden dar permiso para leer traducciones heréticas del Antiguo Testamento; incluso para las

traducciones aprobadas los laicos deben tener permiso por escrito. Aún más estrictas son las prescripciones de los Índices de Sixto V (1590) y Clemente VIII (1596).[14]

En los usos administrativos y judiciales, la lengua vernácula se fue extendiendo cada vez más. Desgraciadamente, nunca se ha hecho un examen de los estatutos municipales desde este punto de vista; a partir de las bibliografías pertinentes no siempre es posible determinar con certeza las fechas de compilación y, en algunos casos, ni siquiera la lengua en que están escritos. La mayoría siguen estando en latín;[15] y se observará que los estatutos de ciudades toscanas como Arezzo y Pistoia también están en latín.

Pero varias están en lengua vernácula: di Molfetta de 1474 y 1519 (ed. Volpicella, 1875); dei mercatanti di Bologna de 1550 (ed. 1550); della Corte de' mercadanti di Lucca de 1555 (ed. 1557 y 1610); di Castiglion del Lago e Chiugi (sic) de 1571 (ed. 1750); di Corsica de 1571 (ed. 1843, retocada en la lengua). 1557 y 1610); di Castiglion del Lago e Chiugi (sic) de 1571 (ed. 1750); di Corsica de 1571 (ed. 1843, retocada en el idioma); del fondaco di Lucca de 1590 (ed. 1590); dei cavalieri di Santo Stefano de 1590 (ed. 1620).

Un caso interesante es el del estatuto de Lucca, que en 1539 se publicó simultáneamente en dos volúmenes, uno con el texto oficial en latín y otro con la traducción vernácula. Los motivos figuran en el reverso de la portada de la edición en lengua vernácula:

Las Leyes, siendo la norma y regla para las acciones de todos los hombres, fueron siempre merecidamente escritas por cada legislador en la lengua del pueblo al que fueron dadas. Y los romanos, habiéndolas recibido de los griegos en lengua griega, que muchos de ellos, pero no todos, entendían, las tradujeron a su propia lengua latina para uso común de todo el pueblo, fue durante un tiempo conservada por todos los gobernantes del citado Imperio, con lo cual, estando entonces declinada y reducida a unos pocos, el Magnífico Consejo General del Pueblo y Comuna de Lucca juzgó honroso y útil útil, que sus Leyes Municipales, para el bien público, sean traducidas de la lengua latina, entendida por pocos, a la más común, y universal lengua nativa toscana, para que sus Ciudadanos no puedan ser ignorantes de la razón en la que conversan, y por la que son gobernados, esperando que puedan ser estudiadas no por argucias, sino por el bien, y honorablemente, de vivir de acuerdo con esas leyes, y así es necesario.[16]

La correspondencia con los príncipes de allende los Alpes es siempre en latín, mientras que la mantenida con los italianos es ahora en latín y ahora en lengua vernácula. Por citar sólo un ejemplo, el papa León X escribe al cardenal Farnesio en latín (20 de julio de 1513), mientras que la carta solemne a Bembo (1 de enero de 1515) en la que le informa de su adopción en la familia Médicis, por lo que a partir de ahora podrá llamarse Pietro Bembo de' Médicis, está en italiano.[17]

Todo esto aún no ha sido estudiado en detalle; pero que en conjunto el uso de la lengua vernácula da pasos notables nos lo atestigua a mediados de siglo Gelli: en su *Dialogo sopra la difficoltà dello ordinare detta lingua* (fiorentina) (*Diálogo sobre la dificultad de ordenar la lengua* florentina) conjetura "que se hará más rica y mucho más bella" por dos cosas, una de las cuales es "el comienzo de los Príncipes, y de los hombres grandes y cualificados, a escribir en esta lengua las cosas muy importantes de los Gobiernos de los Estados, la conducción de las Guerras, y las demás negociaciones graves de los asuntos, que no mucho tiempo después se escribían todas en latín".[18]

En cuanto a los juicios, las preguntas a los acusados y testigos se hacían en lengua vernácula; en las actas, las preguntas se recogen ahora en lengua vernácula o resumidas en latín, mientras que las respuestas se recogen en su mayoría en lengua vernácula.

Con motivo de un proceso abierto contra el representante napolitano de los Gioliti por tenencia de libros prohibidos, Gabriele Giolito fue interrogado por el Santo Oficio en Venecia, y el acta decía lo siguiente:

Constitutus in Officio dominus Gabriel Giolitus de Ferrariis de Tridino Montisferrati mercator et impressor librorum Venetiis, degens iam annis [XLta], citatus pro habenda informatione super infrascriptis, medio iuramento quod prestititit, respondit ut infra.

Et primo interrogatus: "Dove et in che città et terre lui ha corrispondenza et bottega?" respondit "Ne ne ho una in Napoli, et un altro in Bologna, et un altro in Ferrara, et qui in Venetia alla Insegna della Fenice appresso il ponte di Rialto.

Int.: "¿Quiénes son sus factores y agentes en el taller de Nápoles?". A. "A Gio. Batta Capello Bolognese".

....

Quibus habitis non fuit ulterius interrogatus sed dimissus, animo etc. quatenus etc.[19]

A veces, los compiladores de las actas mezclan piezas sumarias en latín y piezas textuales en lengua vernácula: así se lee en el sumario del proceso instruido por el obispo de Squillace contra fray Tommaso Campanella (1599):

Mauritius Rinaldus dixit de auditu à Campanella de mense Julii 1599, non recordatur de contestibus, che volgari, subdens non recordari an dixerit de libris latinis de fide tractantibus che imbrogliare le gente che non intendono, et che volgari, subdens non recordari an dixerit de libris latinis de fide tractantibus che imbrogliare le gente.[20]

Si en los juicios es sobre todo el escrúpulo de reproducir textualmente las respuestas lo que lleva a utilizar la lengua vernácula en las actas, en otros casos se evita el latín para escapar a las dificultades de nomenclatura. Por ejemplo, cuando el tesorero de la iglesia de Treviso, tras la muerte del humanista Giovanni Aurelio Augurello, fue a su casa para hacer un inventario de los bienes (1524), redactó el principio y el final del acta en latín, pero la lista de los bienes en lengua vernácula.[21]

En el ámbito filosófico se utiliza casi exclusivamente el latín.[22]

Alessandro Piccolomini, al dedicar su *Filosofia naturale (Filosofía natural)* al Papa Julio III en 1550, se jactaba de ser el primero en tratar toda la filosofía natural y moral en italiano. Importante es la actitud de Bruno, rebelde contra el aristotelismo de las universidades y los preceptos humanistas, que escribió sus *Diálogos en* lengua vernácula durante su residencia en Inglaterra, impulsado por la constatación de que un pensamiento nuevo requiere un lenguaje nuevo.[23]

También vemos motivos inconformistas similares en el uso que Campanella hace de la lengua vernácula. En cuanto a la presentación que Sertorio Quattromani, bajo el nombre de Montano Accademico Cosentino, hizo de *la Filosofia ristretta in brevità e scritta in lingua toscana de Bernardino Telesio* (Nápoles 1589, rist. G. Troilo, Bari 1914), hay que considerar también que Quattromani era un estudioso de Bembo y un amante de la lengua vernácula.

En el vasto dominio de las matemáticas,[24] el uso de la lengua vernácula está muy extendido en los campos de importancia práctica: entre finales del siglo XV y principios del XVI, el fraile Luca Pacioli publicó la *Summa de Arithmetica*, *Geometria*, *Proportioni et Proportionalita (*Venecia 1494, 2ª ed. Toscolano 1533), escrita "in materna e vernacula lingua", pero con pasajes latinos de vez en cuando, y la *Divina Proportene* (Venecia 1509, rev. Viena 1889), también en una lengua vernácula muy poco aventurada.

En 1547 surgió una polémica muy instructiva entre Girolamo Cardano (secundado por su alumno, el boloñés Lodovico Ferrari) y el matemático de Brescia Niccolò Tartaglia: Cardano trataba de contraponer su cultura filosófico-matemática, expresada en numerosas obras latinas, a Tartaglia, que era autodidacta y escribía en lengua vernácula. Tras la publicación de *Quesiti et inventioni nuove* de Tartaglia, Ferrari lanzó (10 de febrero de 1547) una pancarta acusándole de plagio; y Tartaglia replicó amenazando con "lavar a ambos [Ferrari y Cardano] de un solo golpe, cosa que ningún barbero en Italia sabe hacer". Las maneras plebeyas indignaron a ambos, y Ferrari replicó (1 de abril de 1547) en latín, diciendo que quería volver a las buenas costumbres. Tartaglia replicó (21 de abril de 1547) que él era matemático y no hombre de letras:

Confieso sinceramente que nunca he profesado ni me he adentrado en ninguna clase de lengua. Es cierto que el gran deseo de comprender a los autores que han tratado de las disciplinas Matemáticas en lengua latina me ha obligado a hacer yo mismo algún trabajo sobre ella, con la ayuda de muchos expertos en vocabulario: & de los autores que se han esforzado por comprenderla en lengua vernácula, & así de esta manera he adquirido lo suficiente para entenderla.[25]25 para entender a dichos Autores, & tambien su tan larga respuesta.

Si lo hubiera escrito en latín", prosigue Tartaglia, "la respuesta sería quizá inferior a la de Ferrari.

Lo mismo podría ocurrir quizás con mi otra respuesta a usted escrita en mi lengua materna, es decir, siendo quizás muy inferior, tanto en ellegancia como en el más florido vocabulario toscano, a su primer cartel, escrito a mí en lengua toscana, porque en efecto, ya que soy brisciano (& Puesto que nunca he aprendido la lengua toscana, es necesario (no queriendo hacer uso de los que hacen profesión de esta lengua, como tal vez haces tú) que mi pronunciación me dé una nota para brisciano, es decir, un poco más toscana que aquella.

Pero, ¿qué tiene esto que ver con el fondo de la cuestión? ¿Si él, Tartaglia, sabía árabe y quería proponer las preguntas en árabe?

En el siguiente cartel (24 de mayo de 1547), Ferrari dice que ahora ha decidido escribir "en lengua vulgar, ya que confiesas claramente que nunca has sido estimado en latín ni en griego". Agotado el tema de la lengua, la polémica continúa ahora en italiano.

La astronomía era objeto de enseñanza universitaria, basada principalmente en el *Tractatus de sphaera* de Sacrobosco (siglo XIII). Pero no faltaron traducciones y comentarios en lengua vernácula: recordemos la explicación de la cosmografía ptolemaica que Alessandro Piccolomini escribió para una madonna Laudomia (Venecia 1540) y un *Dialogo [...] de la Sfera*, *e de gli orti et occasi de le stelle* (Venecia 1545) de Giacomo Gabriele (nieto de Trifone, amigo de Bembo). Al recibir el diálogo como regalo, Bembo elogió a

Gabriele por ser "no sólo un excelente astrólogo en el que se había convertido, sino también un maestro de la lengua toscana, que a nosotros los viniziani no nos resulta tan fácil aprender como para escribir bien y con regularidad con ella" (carta desde Roma, 25 de septiembre de 1545).

La perspectiva y la arquitectura se escriben ahora mayoritariamente en lengua vernácula.

En cuanto a la música, Pietro Aron, que ya había publicado *Il Toscanello in musica en* lengua vernácula en 1526, aún sintió la necesidad, al publicar el *Lucidario* (Venecia 1545), de justificarse por no haber elegido la lengua "más noble y más digna": optó por escribirlo "en nuestra Idiom nativa", "por la falta de esfuerzo" de los lectores.

En medicina, los grandes tratadistas (Fabrizi d'Acquapendente, Falloppio, Eustachio, Cesalpino) escribían en latín, y sólo unos pocos manuales prácticos estaban en lengua vernácula.

Las farmacopeas están en su mayoría en latín, pero destaca el extenso Receptario florentino, impreso por primera vez en 1499 (*Nuovo Receptario composto dal famossisimo* [sic] *Chollegio degli eximii doctori della arte et medicina della inclita cipta di Firenze*), y luego recompilado por orden de Cosme I (*El Ricettario dell'arte et Università de medici et spetiali della città di Firenze*, Florencia 1550).

La metalurgia, disciplina eminentemente práctica, encontró un tratadista en Vannoccio Biringuccio (*De la Pirotechnia*, Venecia 1540, 2ª ed. 1550; rist. del primer libro, Bari 1914).

Las narraciones de viajes y descubrimientos de principios de siglo siguen estando a menudo en latín; la gran colección de Giovanni Battista Ramusio *Delle navigationi et viaggi* (Venecia 1550-59) pone a disposición del público un potente conjunto de narraciones originales y traducciones vernáculas.

Estos pocos ejemplos demuestran que, para cada disciplina, el uso de la lengua vernácula es a veces más y a veces menos sólido en comparación con el uso del latín, debido a una convergencia diversa de impulsos: la fuerza de la tradición humanística y de la escolástica aristotélica, por una parte, y las necesidades prácticas y el humanismo vernáculo, por otra. En 1589, en la Accademia della Crusca, el archicónsul Pierfrancesco Cambi propuso la cuestión: "Si la lengua toscana es capaz de recibir las ciencias en sí misma" y el 21 de diciembre Francesco Marinozzi leyó su ponencia sobre el tema: es sintomático que se siga discutiendo, y aún de forma dudosa.

Además de escritos originales, también son traducciones. El siglo XVI es quizá el siglo en el que más obras científicas se tradujeron del latín y el griego (incluidas muchas obras de autores modernos).[26]

Aristóteles, que había sido conocido durante la Edad Media por medios indirectos (árabe-latín), y retraducido del griego al latín en el siglo XV (por Argiropulo), es traducido ahora directamente a la lengua vernácula. Bernardo Segni dedica su versión de la *Ética* (1550) a Cosme I, rogándole que no la desdeñe por estar hecha

> en este moderno, bello y querido por todos; en el que, lo que quizás se pierda por unos pocos que lo consideren esculpido en un material menos digno, será sin duda recuperado por muchos que lo verán en un material del que podrán participar y disfrutar más personas.[27]

Euclides fue traducido varias veces (por Egnazio Danti, por Niccolò Tartaglia); Cosimo Bartoli tradujo del latín, con cierta elegancia académica, el *Protomatesis* (1535) del delfiniano Oronce Finé (*Opere di Orontio Fineo*, Venecia 1587).

La importancia concedida a Vitruvio en la arquitectura renacentista explica la sucesión de traducciones: Cesare Cesariano (Como 1521), Giovan Battista Caporali (Perugia 1536), Daniele Barbaro (Venecia 1556), Giovanni Antonio Rusconi (Venecia 1590), así como otras que han permanecido inéditas.

Del mismo modo, la importancia concedida a la farmacología o "materia medica" de Dioscórides explica las versiones que se hicieron de ella: la de Fausto da Longiano (1542), la de Marcantonio Montigiano (1547) y la de Pietro Andrea Mattioli, profusamente comentada (vers. lat., Venecia 1544; vers. it., Brescia 1544).

Los *Mechanicorum libri* de Guidobaldo del Monte (Pesaro 1577) fueron traducidos por Filippo Pigafetta (*Le mechaniche*, Venecia 1581).

Las eruditas obras mineralógicas y metalúrgicas del alemán Giorgio Agricola se tradujeron al italiano y se publicaron pocos años después de las ediciones latinas originales (*De la generatione de le cose* etc., Venecia 1550; *De l'arte de' metalli*, traducción de Michelangelo Fiorio, Basilea 1563).

La importancia de la lengua vernácula en comparación con el latín es ya muy diferente si pasamos a la historia: la historiografía en italiano es sin comparación más considerable que la latina. En Florencia, los numerosos historiógrafos importantes escriben todos en italiano: una de las poquísimas excepciones son las *Historiae Florentinae* de Gian Michele Bruto, un veneciano antimediceo, que las publicó en Lyon en 1562. Fuera de Toscana, se escribe en cualquiera de las dos lenguas. Mario Equicola defendió su asunción de escribir en italiano con su *Crónica de Mantua* (Mantua 1521), aunque esperaba que se tradujera al latín.[28] Camillo Porzio, que había empezado a escribir la historia de la *Congiura dei Baroni* en latín, pasó a escribirla en lengua vernácula por consejo del cardenal Seripando.

Por regla general, los escritos de erudición histórica y anticuaria están en latín, pero no las elegantes disertaciones de Vincenzio Borghini.

También existen numerosas traducciones en este campo (Livio, Suetonio, Plutarco, etc.). Mención especial merece la competencia con el francés y el latín que Bernardo Davanzati quiso emprender con sus versiones de Tácito, buscando ante todo la concisión.[29]

En la oratoria sagrada predomina casi exclusivamente el italiano; en la oratoria civil, que tiene cada vez más su verdadera función de convencer a una asamblea pública y se está convirtiendo en una elegante ceremonia, se utilizan ambas lenguas según las circunstancias: Piero Angeli de Barga recitó la oración fúnebre de Enrique II de Francia en la catedral de Florencia en lengua vernácula (1559), y la del funeral del gran duque Cosme en la catedral de Pisa en latín (1574). Pero para entonces predomina la lengua vernácula.

Lo mismo puede decirse de la epistolografía. Vemos, por ejemplo, a Luca Contile intercambiar numerosas cartas en latín con uno de sus condiscípulos, Federigo Orlandini; Contile se pasa entonces al italiano, convencido de que todo orden de ideas puede expresarse en él cómoda y abundantemente, a veces mejor que en latín (carta del 12 de octubre de 1541).[30] Fracastoro y Aldrovandi sólo publicaron obras en latín, pero en la correspondencia privada utilizaron un italiano sencillo y realista.[31] El latín sigue prevaleciendo, por supuesto, cuando se tratan temas filosóficos y filológicos, y en la correspondencia con extranjeros.

A menudo, las cartas no se escriben para comunicarse en privado con un amigo, sino para expresar públicamente la propia opinión con elegancia de estilo.[32] De hecho, éste es el siglo en el que más abundan las cartas epistolares, tras el bullicioso ejemplo de Aretino.

En otros ámbitos literarios, esta evaluación comparativa entre obras escritas en latín y obras escritas en italiano no tendría razón de ser.[33] Sí podemos recordar que la actividad humanística en latín continúa, con églogas, elegías, poemas sagrados, didácticos y épicos, algunas comedias y tragedias, y que algunas de estas obras siguen siendo celebradas por su distinguido valor artístico. Y podemos observar que en todos los escritores en italiano aparece un fuerte sustrato clasicista. Pero ahora un triunfante sentido de la emulación anima a los escritores en lengua vernácula. La *Rosmunda de* Rucellai y la *Sofonisba* de Trissino fueron escritas hacia 1516 para renovar la tragedia clásica: *L'Italia liberata dai Goti* de Trissino habría querido ser el poema heroico moderno; Tolomei dice que escribió la *Orazione della Pace* (abril de 1529) "para mostrar al mundo cómo esta lengua toscana nuestra era capaz de expresar todos los grandes conceptos en la oración, lo que en aquellos tiempos no creían ciertos literatos de estómago débil" (*Lett.*, c. 61 a).

Ya hemos mencionado la importancia de las traducciones de las lenguas clásicas, muy numerosas en este siglo, también en el campo de la literatura. A los traductores les anima el deseo (desinteresado o no) de dar a conocer los clásicos a quienes no podrían leerlos en el original; a veces, la intención de abrir a la lengua moderna territorios en los que aún no se había ensayado; a veces, la intención de ponerla a prueba frente a las lenguas antiguas.[34]

La estrecha simbiosis que aún existía en este siglo entre el latín y la lengua vernácula dio lugar a diversos contactos y mezclas. A las cartas en lengua vernácula de Maria Savorgnan, Bembo añade al final algunas anotaciones, la mayoría en latín, relativas a las circunstancias de la época en que disponía de las cartas. En la correspondencia epistolar, las direcciones, los encabezamientos y a veces las firmas persisten durante mucho tiempo en latín. Y a veces, en contextos vernáculos, se cuelan pasajes en latín. He aquí, por ejemplo, la posdata de una carta de Scipione Forteguerri (conocido como Carteromaco) a Aldo Manuzio:

> Fui a ver al cardenal Adriano y le mostré esa parte de tu carta, que le fue muy agradecida. Hablamos mucho de cartas, *ac multa etiam de te*. Espero la copia corregida para entregárosla, *nec alia occurrunt. Vale iterum, et* scrivere spesso, *si potes,* et dirigete le lettere al Secretano dell'Ambasciatore veneto. Romae *die 19 decembris 1505. Tuus S. Cart.*[35]

O una carta del cardenal Rorario a Sadoleto (14 de febrero de 1525):

Habiendo resuelto Su Santidad *gerere se tamquam patrem omnibus communem* et servare la neutralità, el re di Franza... envió un ejército al estado de la Iglesia *ad temptandum regnum neapolitanum*: donde S. S. fue forzado *aut sumere arma*, *quibus nec poterat nec volebat uti*, *aut dare fidem regi neutralitatis*.

O el pasaje de una carta del nuncio Stella a Cervini, fechada en octubre de 1548:

ella [la Duquesa Renata] está casi convertida en riffuggio di simili [heretici], et s'ode da digne persone che *alioquin* essa signora ha buona mente, ma *arbitratur se obsequium prestare Deo* per le persuasioni di costoro[36].

El uso de adverbios y partículas latinas simples persiste ampliamente, sobre todo en textos sin pretensiones.

Las numerosas mezclas que se produjeron en la vida y en la literatura (italiano intercalado en latín, latín intercalado en italiano) se inspiran en dos estilizaciones utilizadas con fines artísticos, la maccheroniana y la pedantesco-fidenziana.

No hace falta recordar que en la latinidad macarónica el sabor cómico viene dado por la intrusión de palabras dialectales en un contexto correctamente latino;[37] mientras que en el pedantesco, los latinismos se intercalan en un contexto italiano en abundancia.

El macqueronianismo, iniciado ya en el siglo XV, da ahora su mayor prueba con Folengo. Nacido en los círculos universitarios, sigue refiriéndose al latinismo bárbaro utilizado por los filósofos universitarios:

Dum Pomponazzus legito ergo Perettus, et omnes
voltat Aristotelis magnos sottosora librazzos,
carmina Merlinus secum macaronica pensat
et giurat nihil hac festivius arte trovari
(*Baldus*, 1. XXII, vv. 129-132).

El pedantesco y el fidenziano satirizan a los ilustrados que no se conforman con la lengua vernácula y quieren hablar latín o intercalar palabras latinas en su habla italiana, intactas o con terminaciones italianas.

Castiglione, enemigo de toda afectación, reprochaba a quienes "cuando escriben o hablan a las mujeres usan siempre palabras de Polifilo" (*Corteg*., III, LXX). Esto creó un personaje de comedia, el pedante (Francesco Belo, *Il Pedante*, 1529; Pietro Aretino, *Il Marescalco*, 1533; Giordano Bruno, *Il Candelaio*, 1583; y en muchas otras comedias), con discursos como éstos:

Omnia vincit Amor, et nos cedamus Amori. Ciertamente parece al juicio de los expertos, que *totiens quotiens un* uomo esce dalli anni adolescentuli, *verbi gratia* un par nostro, non *deceat sibi* l'amare queste puellule tenere (Belo, *Il pedante*, I, sc. 4).

Otro pedante dice en *Marescalco* dell'Aretino (V, sc. 10):

La parsimonia de la sobria comida no me incita al expurgo, pero empezaremos en *latín*, pues Cicerón in le paradoxe no quiere que se hable del sacrosanto matrimonio en lengua vernácula.

Y el conde responde:

Háblanos tan a la carlona como puedas, que tu in *bus* et in *bas* está demasiado estreñido para entenderlo.

A menudo hay, en estas comedias contra la pedantería, algún personaje que subraya su ridiculez, defendiendo la inteligibilidad general del habla[38] es decir, fingiendo no entender palabras difíciles y confundiendo *copulae* con *scrofulae*, o pronunciando mal *hipócrita* en *pòrchita*, *ambiguo* en *anghibuo* y cosas por el estilo.[39]

La variedad "fidenziana" de esta lengua pedante debe su nombre a un tal Pietro Giunteo Fidenzio, pedante de Montagnana, que existió realmente, y a quien Camillo Scroffa atribuyó una serie de sonetos compuestos hacia 1550 y publicados en 1562 y posiblemente antes. He aquí uno de ellos:

El genule tumidule, el nigerrimi
ojos, el rostro peramplo y cándido
boca exigua, nariz decente,
mi barbilla dándome dolores amargos;

El cuello lácteo, los crinuli, los dexterrimi
miembros, el hermoso cuerpo simétrico
de mi Camillo, el lepor venustissimo,
costumbres modestas y rectas;

D'hora in hora mi fan sì Camilliphilo,
Que no tengo otro bien, ni otra leticia,
Que su suave reminiscencia.

No fue en nuestro lepido Polyphemus
de Polia su mucha concupiscentia,
Cuánto en mí de tan raras altas divisiones.

Aquí se satirizan no las terminaciones latinas más o menos ficticias, sino los latinismos léxicos utilizados por los pedantes, como en el *Vocabulario* de Luna (1536) las palabras de un caballero a sus mozos de cuadra: "O famuli, famuli, abreviatimi questi sustentacoli, che son troppo prolissi!"[40]

Si el problema de la elección entre latín y lengua vernácula seguía planteándose con frecuencia a los especialistas del siglo XVI, es obvio que los más notables defensores de una u otra lengua trataron de propagar sus puntos de vista.

En el Libro I de la *Prose della volgar lingua* bembesche, Ercole Strozzi defiende la lengua latina como más "digna y honrada" frente a la "vil y pobre" lengua vernácula, pero el autor hace que los otros tres interlocutores, Carlo Bembo, Giuliano de' Medici y Federigo Fregoso, respondan victoriosamente a sus argumentos.

En noviembre de 1529, al inaugurar solemnemente el curso académico en el Archiginnasio de Bolonia, el humanista de Udine Romolo Amaseo pronunció dos oraciones *De Linguae Latinae usu retinendo* (publicadas en *Orationum volumen*, Bolonia 1563-64), que suscitaron un gran debate debido a la solemne defensa del latín. En la primera oración, Amaseo sostiene que la lengua vernácula no es más que una corrupción del latín: ¿por qué entonces esforzarse en aprender dos lenguas, una de las cuales es buena y la otra corrupta? En la segunda oración, Amaseo refuta la opinión de que la lengua vernácula es útil, alegando los inmensos tesoros de sabiduría práctica depositados por los antiguos en sus obras. Además, no es cierto que el italiano cueste menos esfuerzo que el latín; no sólo porque el mayor esfuerzo empleado en aprender la lengua antigua se compensa con la difusión universal del latín, sino también porque en la propia Italia se discute si la lengua debe ser toscana o cortesana.

La presencia de los más altos representantes de la Iglesia y del Imperio en Bolonia brindó a Amaseo la oportunidad de celebrar juntos la restauración del Sacro Imperio Romano Germánico y de la lengua de todo el mundo civilizado. Pero ya sabemos lo anacrónica que resultaba entonces esta doble celebración.

En esos mismos años, en *De disciplinis* (1531), Lodovico Vives predijo el fin del latín, aunque lamentó que ello produjera un gran distanciamiento entre los hombres.

Las oraciones de Amaseo tuvieron un amplio eco. Bembo replicó a monseñor Soranzo, que le había informado sobre ellas, con un argumento *ad hominem*:

> He visto lo que V. Signor me escribe de la infamia dada a la lengua vernácula, y veo que la pobre muchacha estará muy mal por el momento, de esa manera vituperada por tan gran hombre. Pero me gustaría saber de él por qué él mismo, que la vitupera de esa manera, hace unos meses leyó y explicó a su hijo y no sé qué otro niño las reglas de esa misma lengua que yo había escrito, y por qué él las había aprendido diligentemente mucho antes para su propio uso, según dijo. Pero dejemos de hablar de eso, que es más que suficiente (*Cartas*, II, VIII, 24).

Muzio responde a Amaseo con tres libros *Per la difesa della volgar lingua* (compuestos hacia 1533, e incluidos más tarde en las *Battaglie* póstumas).

Pero también se reavivan los ardores de los latinistas: en una carta de aquellos años, Francesco Bellafini expresa su pesar a su amigo Marcantonio Michiel:

> quippe qui maiestatem Romani eloquii inepto quodam vernaculae linguae ardore contaminari et perditum iri cerno.

Hay gente que pierde el tiempo jugando al *Pape Satan Aleppe* en lugar de leer a los clásicos:

> Linguam, quae plebis est, plebi linque, linque institoribus, nugivendis, circulatoribus, laniis, fartoribus, ambubaiarum et id genus collegiis, historiae minime aptam, oratori inconcinnam, philosopho omnino repugnantem, quibusdam tantum fabellis et apologis, amatoriisque cantionibus gratam.

En su Apologia (c. 1537) *en L. Aedi Plauti aliorumque Latinae linguae scriptorum calumniatores* (1537), Francesco Florido fue duro contra todos los que habían escrito en lengua vernácula, y sólo con cierta indulgencia para Petrarca, que había escrito todas sus cosas serias en latín y sólo sus cosas frívolas en lengua vernácula

En el *Dialogo delle lingue* de Sperone Speroni (cuya acción se pretende que tuvo lugar en Bolonia en 1530, y cuya composición es unos años posterior), se alude al clamoroso episodio de Amaseo. El autor hace que Lazzaro Bonamico defienda el latín y se oponga a la lengua vernácula; mientras, un cortesano argumenta los méritos de la lengua hablada y Bembo los del italiano del siglo XIV. Dentro del diálogo hay un segundo diálogo, que el autor imagina que tuvo lugar años antes entre Giovanni Lascari y Pietro Pomponazzi, en el que se discute la misma cuestión con respecto a la filosofía, y Pomponazzi argumenta[41] que lo esencial es razonar bien, aunque se razone en dialecto.[42]

Alessandro Citolini de Serravalle (Treviso) responde con buenos argumentos a los defensores del latín en *Lettera en defensa de la lengua vernácula*, Venecia 1540.[43]

Un fanático defensor de la lengua antigua es, por otra parte, Celio Calcagnini, quien escribiendo a Giovan Battista Giraldi (Cinzio) (*Aliquot opuscula*, 1544) expresa el deseo de que se olvide el italiano y todas las obras escritas en esta lengua, como expresión de "foedissima barbaries".

Con un equilibrio más digno de un historiador, Carlo Sigonio, en un prólogo veneciano *De Latinae linguae usu retinendo* (1566) defiende el latín sin vilipendiar la lengua vernácula ("detur utrique quod utrique debetur"). Otros comparan los méritos respectivos del italiano y de las dos lenguas clásicas, celebrando las tres.[44]

Una discusión muy amplia e interesante por la riqueza de la argumentación y la concreción de los ejemplos es la contenida en el diálogo latino del genovés Uberto Foglietta (*De linguae Latinae usu et praestantia libri tres*, Roma 1547): el segundo libro está enteramente dedicado a responder a la pregunta de si el latín es adecuado para expresar conceptos modernos y en qué medida puede ampliarse el vocabulario clásico con este fin.

A medida que avanzaba el siglo XVI, en lo que respecta a la lengua literaria, el problema se resolvió con hechos; y la superioridad de la lengua vernácula se afirmó.[45]

5. Contactos con otras lenguas modernas

Las expediciones armadas de extranjeros, desgraciadamente tan frecuentes en la primera parte del siglo, ponen a la mayoría de los italianos en contacto, casi siempre rudo, con gentes de otras lenguas: españoles, franceses, alemanes. Y aún más fuerte es la influencia ejercida cuando las armas y las leyes ponen todo el poder en manos de uno u otro de los extranjeros ocupantes. No sólo sus partidarios, sino también otros, están sometidos a ella.

Por otra parte, muchos italianos también viajan o se establecen en el extranjero, bien por cuenta propia, bien como representantes de una potencia italiana, bien al servicio de una potencia extranjera. Algunos incluso cambian de idioma,[46] otros aceptan palabras o construcciones extranjeras en medida muy variable y con intenciones muy distintas: el caso más común es el de los extranjerismos aceptados en los escritos relativos a esos países.

Con diferencia, la lengua extranjera predominante en la Italia del siglo XVI es el español, debido a la intensa simbiosis establecida entre dominantes y dominados.[47]

Galateo, Bembo, Castiglione y Valdés aluden al conocimiento que los italianos tenían o tenían de la lengua española; y más adelante, Tansillo, *continuo del* virrey Toledo y compañero de armas de su hijo, confiesa que

la convivencia con españoles, el giro en el tiempo
Con españoles, me hicieron un hombre casi nuevo
Y casi me quitan la lengua.

Mientras que los demás embajadores recurrían sobre todo a intérpretes, los españoles hablaban en su propia lengua, por ejemplo ante el Senado veneciano:[48] y fue precisamente a los venecianos a quienes se pidió a Campanella (hacia 1595) una opinión "sobre si debían dejar hablar a los embajadores españoles y franceses en una lengua extraña y no veneciana en su Senado".[49] A Caro le había hecho una pregunta similar en 1562 Messer Alfonso Cambi Importuni sobre el estilo epistolar ("il discorso che mi dimandate, che a quelli che scrivono spagnuolo, non s'abbia da rispondere nella medesima lingua"); Y no había dejado de advertir lo delicado del asunto ("no se puede hablar de la lengua en este caso, que no se habla del imperio, y de la nación que domina, y de la nación que es dominada"), llegando sin embargo, como deseaba su corresponsal, a la conclusión de "que es mejor, con más decoro, con menos sospecha de adulación, y menos prejuicio de servidumbre, escribir, y contestar en la lengua propia, que en la lengua ajena".[50]

Numerosas obras españolas, buenas y malas, fueron traducidas al italiano, en su mayoría por artesanos,[51] y contribuyeron a dar a conocer lo español y a popularizar los hispanismos.[52] Los personajes españoles o hispanohablantes aparecen no pocas veces en las comedias.[53]

El francés era casi tan conocido como el español, y también se consideraba necesario para un caballero. La influencia francesa fue fuerte en Piamonte, debido a su proximidad a

Francia, a las repetidas ocupaciones militares y a la comunalidad dinástica con Saboya; muy fuerte en Asti, durante muchos años dominada por los franceses.[54]

Aquí y allá se suceden experiencias nada felices de incursiones soldadescas: Beolco hace repetir a uno de sus personajes (y explicar burlescamente a otro) las frases que debían oírse: "Càncaro, gi è superbiusi quando i dise: '*Vilà cuchìn pagiaro*, *per lo San Diu* a te magnarè la gola'".[55]

Entre los numerosos ejemplos de influencias eruditas figuran las ejercidas en la corte de Ferrara por Renata de Francia, hija de Luis XII, que tuvo a Marot como secretario y acogió a Calvino.

Emanuele Filiberto se inclinó voluntariamente por el uso del italiano, pero por el orador veneciano Giovan Francesco Morosini (1570) sabemos cuáles eran sus conocimientos: "Me ha dicho varias veces que si tuviera que hacer una larga argumentación de cosas serias, no sabría hacerlo mejor en ninguna lengua que en castellano. También habla excelentemente el francés, pues puede decirse que es su lengua natural, ya que todos los duques del pasado hablaron siempre francés, del mismo modo que su excelencia habla ahora italiano casi continuamente.[56]

Mucho menos conocido era el alemán, entre otras cosas por su mayor diversidad estructural. Las relaciones diplomáticas con el Imperio se llevaban a cabo, por supuesto, en latín. Pero las palabras de los soldados alemanes y suizos llamaban la atención por su aspereza, y se pueden encontrar migajas de palabras y frases alemanas en canciones de carnaval atribuidas a lanzadores venturianos: "Noi *trincare* un *flasche* piene / per le sante anime *fostre*", "*Trinche gote* malvasie / mi non biver oter vin", etc.[57]

En las fronteras de Italia, la presión es más fuerte: especialmente en la parte de Lombardía que pasó a manos de los suizos, y en los territorios del noreste dependientes del Imperio.[58]

Los venecianos oyen, en Oriente o en la propia Venecia, diversas lenguas exóticas, eslavas, griegas, turcas, árabes, gitanas; y en algunas comedias encontramos imitaciones más o menos precisas de ellas, debidas a ese mismo afán expresivo por el que se introducen personajes dialectales en las comedias.[59] Pero la sátira de los extranjeros en la comedia pronto acabó convirtiéndose en un recurso cómico muy inadecuado.[60]

El conocimiento en el extranjero de la vida y la lengua italianas se mencionará más adelante.

6. Lenguaje literario

Si leemos una página de prosa, incluso de prosa artística, de los últimos años del siglo XV o de principios del XVI, suele ser bastante fácil saber de qué región procede, mientras que en el caso de un texto de finales del siglo XVI resulta muy difícil. Lo que en siglos anteriores era una actividad desarrollada individualmente por individuos sobre diferentes sustratos regionales, se convierte en el siglo XVI en una actividad dominada por corrientes de gusto colectivo, en parte comunes y en parte conflictivas, y por normas gramaticales que obtienen una amplia aceptación.

En una vida social que aspira a la elegancia y el esplendor, junto a las bellas artes, el arte de la palabra en sus manifestaciones escritas y habladas (oratoria, etc.) ocupa un lugar eminente: la literatura, en suma, es una parte notable de las costumbres sociales.

Pero mientras que entre las personas cultas se está produciendo una considerable uniformidad en la lengua escrita, en lo que respecta a la lengua hablada seguimos muy retrasados.[61]

Anuncios, cartas, inventarios y, en general, todos los textos fuertemente ligados a contingencias prácticas, ya procedan de las cancillerías del Norte o del Sur, siguen estando fuertemente impregnados de regionalismos. Los escritos técnicos y científicos (sobre arte, arquitectura, farmacia, metalurgia, etc.) tienen algunos términos regionales aquí y allá, junto con numerosos términos técnicos de los que se difunden conocimientos.

Las comedias, además del argumento, suelen centrarse en el pimento lingüístico; con un acentuado uso idiomático en Toscana, y con personajes dialectales y extranjeros. El populacho se decanta por la commedia dell'arte, con personajes esquematizados en máscaras.

Las cartas auténticas no pueden desviarse demasiado de la palabra hablada; pero ya la publicación de numerosas cartas epistolares por los propios autores demuestra que la carta se considera un género literario reflexivo.

Los escritos más netamente literarios aspiraban a un lenguaje culto e ilustre: los autores no se contentaban con escribir para su propio placer y el de los demás, sino que querían construir algo duradero, algo "monumental". El culto al "estilo bello", la búsqueda de la elegancia, que son rasgos perennes de la lengua y la literatura italianas, predominan ahora hasta tal punto que se convierten en una "manera": para este periodo podemos hablar también, como los historiadores del arte, de "manierismo".

Los que, como Bembo, buscan una armonía agradable con la rigurosa elección y colocación de las palabras; los que se basan más bien, como Castiglione, en un equilibrio entre los distintos miembros de la frase. En Maquiavelo y Guicciardini, las exigencias lógicas y artísticas se concilian de diversas maneras. Sus contemporáneos no encontraban ni la prosa de Maquiavelo suficientemente elegante, inclinada a formas populares ya en declive en su época y muy dependiente en el léxico de los usos cancillerescos, ni la de Guicciardini, también sobreabundante en latinismos. A pesar de su diversidad, ambos apuntaban a las cosas mucho más que a las palabras.

En poesía, el tipo de petrarquismo platónico al que Bembo allana el camino reina casi sin oposición, salvo por la reacción antiacadémica y a su manera popular de Berni y Lasca. Alamanni intenta alcanzar un estilo elevado por otra vía, con su lírica pindárica. Ariosto maneja la octava de caballería, el tresillo y las ligaduras sueltas con genio fresco: cuando revisa sus propios escritos, se pliega, aunque con la poca regularidad que le permite su temperamento caprichoso, a las nuevas prescripciones gramaticales. Tasso, al modular los versos de su poema con una melodía a veces suave y a veces solemne, anuncia ya el barroco en su pompa y, aquí y allá, en sus arzigogoli, mientras que los versos cantados de *Aminta* anuncian la obra musical.

Las infinitamente variadas actitudes estilísticas de los distintos autores, sus poéticas sólo en parte conformes entre sí, y lo que en cada una de ellas depende del lugar y el entorno de donde proceden, condiciona también en parte su uso gramatical y léxico: y esto se nota sobre todo en las primeras décadas del siglo, cuando el abanico de oscilaciones es aún mayor y se admite que los individuos pueden recurrir a fuentes mucho más variadas.

El principio de imitación hace que se recurra ampliamente a los "autores", es decir, a los escritores que han alcanzado la cima en el arte de escribir.[62] Se admite que se puede recurrir libremente a modelos latinos; más o menos casi todos los escritores lo hacen, y esto tiene consecuencias leves para la morfología, fuertes para la sintaxis, muy fuertes para el vocabulario. En cuanto a los escritores italianos, las cosas no son tan evidentes. En general, se lee y admira a los tres grandes Trecentisti.[63] Pero hasta qué punto siguen siendo válidos como modelos, y cuál lo es más o menos, es objeto de mucho debate. Bembo, el "balio" de la lengua, imita de cerca a Petrarca y Boccaccio y cree que en el siglo XIV la lengua vernácula había alcanzado la perfección; pero (aunque había publicado una edición de la *Commedia* en 1502) su culto a la abstracción y al decoro hace que no sea muy tierno con Dante, tan concreto y a veces lleno de cuerpo. También conoce y aprecia a otros escritores del siglo XIV; y es suya la edición del *Novellino* del siglo XIII publicada bajo el nombre de Gualteruzzi (1525).

Conocemos la amplitud con la que se recibió la enseñanza de Petrarca, no sólo con la imitación de movimientos de estilo y ritmo, sino con la aceptación de muchas palabras selectas y llenas de gracia de su léxico: no sólo en poesía lírica, sino en otros géneros poéticos (piénsese en Ariosto), y también en prosa. No nos sorprende que Maria Savorgnan escribiera Petrarca a su Bembo ("Aspetto vostre letere, per hora *conforto di mia stancha vita*", lett. 34; "seria troncato *il filo dil mio stame*", lett. 40; etc.)); pero si Aonio Paleario puede escribir en la carta a su mujer, en vísperas de su tortura extrema (3 de julio de 1570): "atiende a la *desconcertada familia* que quedará", significa que para él la palabra de Petrarca es de carne y hueso y no mera literatura.

Sin embargo, ya desde las primeras décadas del siglo hubo quienes protestaron contra la excesiva imitación de Petrarca: eran ante todo toscanos, como Firenzuola, Aretino (en *Marescalco* y *Ragionamenti*; pero en las rimas petrarquistas él también es petrarquista), Berni, Doni, Grazzini; pero también no toscanos como Cornelio Castaldi y, más tarde, Giordano Bruno.

Firenzuola, Castiglione, Lenzoni, Nelli, etc. también protestan aquí y allá contra la empalagosa imitación de Boccaccio.

Salviati, en toda su obra decidido defensor del "buen siglo", investigador de textos del siglo XIV, y sobre todo admirador y estudioso de Boccaccio, encuentra que sólo un escritor contemporáneo ha llegado a identificarse perfectamente con las palabras y el estilo del siglo XIV, Della Casa in *Galateo*, "el cual, además de no tener una voz, o manera de hablar, que no se encuentre en los escritos de la mejor época, lo que es lo más grande, y que apenas parece creerse, es esto: que el Autor la moderna ligadura de las palabras, y el moderno sonido, teniéndolo continuamente en los oídos, pudo olvidar, y en el mismo, y propio, y verdadero estilo dictarlo de aquel buen siglo".[64]

Pero la principal piedra de toque es la actitud de los escritores ante el habla moderna. Bembo, aceptando la norma del siglo XIV, descartó la comparación: en la *Prosa* (Libro I) hizo decir a su hermano Carlo que "nacer florentino en estos tiempos, querer escribir florentino, no es de gran ventaja"; y a Ercole Strozzi, que sugirió mezclar la antigua y la nueva lengua toscana, Carlo Bembo respondió que "el pan de trigo no es mejor pan para mezclarlo con el sorgo" (conclusión del Libro I).

A la hora de dar forma a su lengua literaria, Bembo, y con él muchos no toscanos, prefirieron buscar una base sólida en los libros, en lugar de en los muy diferentes y fugaces modismos italianos, o en los usos toscanos o cortesanos, también más o menos vacilantes.

En cambio, los toscanos, que disponen ya por naturaleza de una gramática y un léxico ampliamente conformes a la norma aceptada, no tienen más remedio que servirse de ellos, aceptando a lo sumo algunas sugerencias de los grandes escritores del siglo XIV. Aprovechando con fines literarios los medios expresivos de que ya disponían, se dieron cuenta de que si querían recurrir al uso de la nobleza, la burguesía y el pueblo, podían cosechar y espigar frases vivamente expresivas para insertarlas en sus escritos. Firenzuola, Aretino, Doni, Varchi, Cecchi, Davanzati y muchos otros lo hacen ampliamente: es muy difícil decir (y sólo puede hacerse uno por uno, porque sus actitudes varían) hasta qué punto se trata de "retórica popular",[65] de esfuerzo manierista.

Son pocos los no toscanos que se esfuerzan por ajustarse al uso oral florentino. El más notable es Caro, de las Marcas, que en el *Comentario a Ser Agresto* afirmaba que no quería usar "ni el boccaccevole, ni el petrarchevole, sino sólo la pura y pretta toscana d'oggidì, y del comune aquella parte, que todavía es recibida por essi Toscani"; mientras escribía *Straccioni,* pidió a sus amigos florentinos que le proporcionaran formas de decir,[66] y en su controversia con Castelvetro, afirmó "tener más ventajas de las que crees, haber tenido a mona Sandra por enfermera, al maestro Pippo por pedagogo, la logia por escuela, Fiesole por villa, haber girado muchas veces el coro de Santa Riparata, haberme sentado muchas tardes bajo el techo de los pisanos, haber practicado durante mucho tiempo, por Dios, hasta Gualfonda para conocer la naturaleza de esta [lengua]".[67]

Otros, que también valoran mucho la importancia de la lengua hablada, y no quieren reconocer a Florencia y Toscana otra prioridad que la ya alcanzada con la actividad de los grandes Trecentistas, señalan la importancia de la lengua hablada en otros lugares de Italia. En primer lugar en las cortes, y en primer lugar en la de Roma, que es el centro internacional del catolicismo y uno de los principales lugares de encuentro de la vida política y cultural italiana; y también en cortes como las de Mantua, Ferrara y Urbino.

Los rasgos comunes que poseían estas variedades de "lenguas cortesanas" (muchos elementos idénticos debidos a la aceptación de modelos literarios del siglo XIV, un número considerable de latinismos del tipo *populo*, *communi*, *anatomia* frente a las formas toscanas *popolo*, *comune*, *notomia*, etc.) no constituían una lengua suficientemente compacta, pero eran sin embargo lo bastante numerosos como para ofrecer argumentos a los escritores que deseaban aceptar las formas y palabras en uso en las cortes, y no creían que debieran limitarse al uso del siglo XIV o inclinarse ante el uso toscano. Veremos en § 8 qué argumentos se esgrimen, en las primeras décadas del siglo XVI, para defender y oponerse a este punto de vista.

La libertad de elección es proclamada por quienes hablan de la lengua italiana, común y universal; y hay quienes creen que la lengua debe ser "mixta".[68]

Otros hacen profesión de utilizar la lengua de su ciudad: "Zoan" Gonzaga declara uno de sus opúsculos sobre el príncipe escrito "en lengua mantuana";[69] Giovanni Filoteo Achillini cree "ch'el fa mal chi die' dir quando si slingua", y por ello mantiene su "dir felsineo";[70] Baldassarre Olimpo da Sassoferrato declara: "La compositione mia [...] è secondo la mia dolce e cara patria dove so' inteso e non curo andare altrove, e perché ivi, in quel freddo, nudo et asperrimo Sasso nacque chi me costrenge a far tal cose";[71] Antonino Venuti dice que escribe "in siculo idioma constructo per essere in queste nostre parti con più facilità di

tucti inteso, nobilitato anchor dalcuni vocaboli da quella ecelsa et principale lengua toscana".[72] Estos y otros autores que hacen afirmaciones similares, sin embargo, no se apartan tanto como podría creerse del tipo de italiano literario que se generaliza.[73]

En la segunda mitad del siglo, con la proliferación de numerosos textos en verso y en prosa de escritores contemporáneos, las disputas sobre la lengua amainadas y las normas consolidadas en tratados gramaticales y repertorios léxicos, es ya raro encontrar declaraciones de opciones independientes entre los escritores: aunque el canon no sea uniforme, se tiende más bien a conciliar las diferencias que a exasperarlas. No faltan, sin embargo, quienes, como Bruno, mantienen su caprichosa independencia.[74]

7. El uso literario de las lenguas vernáculas

La toma de conciencia de que ya existía una lengua literaria común válida para toda Italia (conciencia que se alcanzó durante la primera mitad del siglo) impulsó el florecimiento de la literatura dialectal.[75] Los escritos en dialecto anteriores a esta época apuntaban, con pocas excepciones,[76] a una lengua lo más diroizada posible, lista para resolverse en una *koinè*; los escritos en lengua vernácula que ahora empezaban a aparecer se estilizaban en formas realistas, deliberadamente fieles a la tosquedad de las lenguas vernáculas individuales, ya que éstas se contraponían ahora a la lengua generalmente aceptada.

El "género" que mejor se presta a este contraste, a través del juego escénico de los distintos personajes, es la comedia: encontramos un villano que habla faentino en una *Commedia nuova* de Pier Francesco da Faenza (sin fecha, pero probablemente de principios del siglo XVI); en las farsas de Alione, los interlocutores de Asti se mezclan con el francés, un milanés, un "lombardo"; en la *Venexiana, el* veneciano fluido de las dos damas se contrapone al italiano un tanto atrofiado y afectado del joven y al dialecto bergamasco de un portero; en la primera comedia de Ruzzante, la *Pastorale*, dos campesinos de Pavía tienen que vérselas con un médico bergamasco y su criado.[77] La presencia de uno o varios personajes que hablan en su propio dialecto acabó convirtiéndose en un recurso cómico habitual en la comedia de la segunda mitad de los siglos XVI y XVII;[78] y la caracterización de las máscaras se produce también a través del dialecto atribuido a cada una de ellas.

Algunas comedias toscanas presentan también personajes rústicos con marcados dialectalismos.[79]

Bien entendido que, una vez que el público se ha acostumbrado al pimento dialectal, también puede haber comedias en las que todos los personajes sean plebeyos y hablen en dialecto: la oposición virtual a la lengua habitual siempre permanece.

No faltan escritos dialectales de otros géneros, sobre todo en la segunda mitad del siglo y en el norte de Italia: las rimas y letras en veneciano de Andrea Calmo, la lírica veneciana de Maffeo Venier; un poema heroico con reminiscencias ariostoescas, el anónimo *Pulon matt* de Cesena, y algunos otros líricos (Giovan Battista Maganza "pavano", Bartolomeo Cavassico de Belluno, Paolo Foglietta de Génova).

Distinta es la actitud de los sicilianos, que intentan un dialecto con muchos elementos locales pero culturalmente refinado.[80]

También hubo algunas estilizaciones literarias de la jerga furbish en el siglo XVI, o casi.[81]

8. La cuestión de la lengua

Todo el siglo XVI está plagado de polémicas literarias y, si se mira con atención, se podría extraer algún fruto lingüístico de cada una de ellas: las disputas sobre Petrarca y el petrarquismo, sobre Boccaccio, sobre Dante: la diatriba entre Caro y Castelvetro; las discusiones suscitadas por Tasso.

Pero la polémica más importante es la que recibió el nombre de "cuestión lingüística".[82] Es el producto de las reflexiones surgidas a raíz de la incertidumbre de la norma lingüística en las primeras décadas del siglo y del deseo de ponerle remedio. Algunos de los representantes más autorizados del gusto literario y lingüístico intervinieron en la discusión, defendiendo el tipo de lengua hacia el que se habían orientado como escritores.

En la primera mitad del siglo, pueden distinguirse claramente tres corrientes: la corriente arcaizante encabezada por Bembo, la corriente que tiende hacia un tipo de lengua ecléctica, más o menos inspirada en la *koinè* de las cortes y, por último, la corriente toscana, que considera que la lengua debe tomar como modelo el florentino o, más en general, el toscano moderno.

Comencemos por examinar los puntos de vista de Bembo. El erudito veneciano traslada esencialmente al humanismo vernáculo las teorías sobre la imitación de los clásicos que profesaba como escritor latino. En febrero de 1512 ya tenía listo el primer libro de la *Prosa della volgar lingua*, y el 1 de abril del mismo año envió el segundo libro a Trifone Gabriele y a otros amigos para recibir sus consejos, y en 1522 seguía trabajando en la obra, aunque cuando la publicó (en 1525) la presentó como definitivamente terminada antes de marzo de 1516 (seguramente para reclamar prioridad sobre Fortunio).

La *Prosa* aparece como un diálogo que supuestamente tuvo lugar en Venecia los días 10, 11 y 12 de diciembre de 1502 entre Giuliano de' Medici (más tarde duque de Nemours), Federigo Fregoso, Ercole Strozzi y Carlo Bembo (portavoz de las ideas de su hermano).

En el primer libro (después de la discusión, mencionada anteriormente, sobre los méritos de la lengua vernácula y el latín), se discuten los orígenes de la literatura vernácula y la influencia de los provenzales. A continuación se aborda la diversidad de la lengua vernácula en Italia y la opinión de Calmeta sobre la lengua cortesana en su libro (hoy perdido) sobre la poesía vernácula. Pero la lengua cortesana no es una verdadera lengua: es cierto que se habla en la corte papal, "pero", dice Giuliano de' Medici, "este favellare no es, sin embargo, una lengua, de modo que no se puede decir que cualquier favella que no tenga escritor sea verdaderamente una lengua" (una afirmación muy discutible, pero típica, y apta para explicar el enfoque literario siempre mantenido en Italia por la cuestión de la lengua). Para demostrar que el florentino es la lengua más regulada, Giuliano adjunta sus "dos Toschi", "el Boccaccio y el Petrarca sin más". Carlo Bembo explica cómo su hermano dictaba los *Asolani* 'in fiorentina lingua', del mismo modo que los griegos preferían la lengua ática porque era 'más vaga y suave'. La lengua florentina de los escritos reglamentados, por supuesto, porque cuando uno ve a los florentinos seguir la tendencia de la época, duda "que nacer florentino en estos tiempos, querer escribir florentino, no sea de mucha ventaja". Giuliano defiende a sus conciudadanos, afirmando que "los escritos, al igual que los vestidos y las armas, deben corresponderse y adaptarse al uso de los tiempos en que se escriben". Pero Carlo Bembo replica que "el lenguaje de las escrituras no debe acercarse al del pueblo, salvo en la medida en que, acercándose, no pierda gravedad, no pierda grandeza". ¿Y si lo antiguo y lo moderno se reconciliaran? sugiere Strozzi. No, no, responde Carlo: "el pan de trigo no se hace mejor mezclándolo con sorgo".

En el segundo libro, pasamos a hablar de la elección y la disposición de las voces. Hay que elegir "las más puras, las más mundanas, las más claras... las voces más bellas y agradecidas". Por tanto, es mejor dejar de lado a Dante, que a veces utiliza voces "groseras y deshonradas". Un oportuno equilibrio de gracia y agradabilidad hace bello cualquier escrito, y para lograrlo hay que prestar atención al "sonido", al "número" (es decir, al ritmo) y a la "variación". A continuación pasaremos a analizar la distribución de las rimas en el verso, la posición de los acentos (en las palabras y para obtener ritmo) y, por último, las voces arcaicas.

El tercer libro es una exposición de los puntos más importantes de la gramática italiana de Giuliano. La abundante ejemplificación está tomada en su mayor parte del *Decamerón* y de Petrarca, pero no faltan citas de Dante, de obras menores de Boccaccio y de poetas del siglo XIII.

El planteamiento de Bembo es, como hemos visto, eminentemente retórico: se dirige a los escritores y les insta a buscar un lenguaje elegante mediante la imitación de los mejores escritores toscanos del siglo XIV. Utiliza los términos "florentino, toscano, vernáculo" de forma promiscua: la disputa sobre esas palabras aún no había surgido, y más tarde Bembo evitó entrar en ella.[83]

Veamos ahora las opiniones de los defensores de las tesis eclécticas modernas (lengua cortesana, lengua común italiana).

El primer nombre que encontramos es el de Vincenzo Colli, conocido (por el nombre de un "pastor solennissimo" en *el Filocolo* de Boccaccio) como Calmeta.[84] Nacido de una familia "insubre" en Quíos en 1460, murió en 1508 y fue un poeta mediocre. Había escrito un tratado *Della vulgar poesia*, en nueve libros, que se ha perdido, y que sólo conocemos por lo que Bembo (en *Prose*) y Castelvetro (en *Correttione d'alcune cose nel Dialogo delle lingue di B. Varchi*, *et una Giunta al primo libro delle Prose di M. Pietro Bembo*, Basilea 1572).[85] Calmeta aconsejó a quienes quisieran escribir en verso que "encomendaran, además de todas las demás lenguas de Italia" la florentina, el estudio de Petrarca y Boccaccio, y para refinar y enriquecer la lengua que así se procuraran, les recomendó que se atuvieran al modelo de la corte de Roma: de ahí el nombre de *lingua cortigiana,* que Calmeta utiliza.[86]

Otros defensores del lenguaje cortesano son Mario Equicola, Angelo Colocci y Giovanni Filoteo Achillino, cuyos nombres encontramos, junto con el de Calmeta, en *las Collettanee Grece Latine e Vulgari* que se publicaron en 1504 para honrar la memoria de Serafino Aquilano.

Mario Equicola, nacido en Alvito (entre Sora y Cassino) en 1470, fue secretario de la familia Cantelmo de Sora y, posteriormente, de la corte de Mantua. Su libro *De natura de amore, que* había compuesto en latín en su juventud, fue traducido posteriormente por él (aunque creyó atribuir la traducción a su sobrino Francesco Prudenzio); el prefacio contiene una apología del lenguaje cortesano y una invectiva contra el toscano.[87]

En varios pasajes del libro, Equicola se detiene en la elección entre el habla florentina y la cortesana, inclinándose prácticamente por esta última. Elogia a Giovanni Iacovo Calandra, de Mantua, porque en su *Aura* "non con parole del latín fastidiosamente sacate ha su inventione vestita ma di parole con indefessa diligentia dalla corte elette" (c. 38 b de la ed. 1531). Más adelante, da consejos a quienes frecuentan las cortes sobre cómo hablar: es mejor evitar las formas plebeyas del propio dialecto natural, atenerse al florentino sólo si se está seguro de pronunciarlo bien, lo cual es muy difícil, deleitarse con palabras que no sean ajenas o alejadas del uso común (cc. 161-162 de la ed. cit.).

Angelo Colocci de Iesi, establecido en Roma desde 1497 con importantes cargos en la Curia, cultivó el estudio de las lenguas neolatinas además de las clásicas. En su *Apologia* di Serafino (en *las Collettanee* ya citadas), defiende a Ciminelli por no haberse familiarizado con el toscano:

> Si ponemos de un lado la autoridad de los toscanos, diremos que usó su lengua materna, y que era justo que en tantos de sus escritos y escritos quedara alguna señal suya. Et lassamo star che Dante, secondo che lui dice, con ogni industria sforzavasi ampliare la sua vernacula lingua, & pur nella alta Comedia più tosto dicer voler la nostra *pica* che la sua *ghiandaia* & altri nostri vocabuli infiniti, in ciò scusandolo se volte non è stato verecundo della novità delle vocabuli. Aunque ningún edicto nos prohíbe pronunciar esas palabras (tan ingenuas ellas) que nuestra nodriza nos ha enseñado con los cantos de la laguna y con el arte; sin que S[eraphino] esté sometido al reino de Nápoles, no por honestidad se ha conformado a veces con Sicilia, la madre de las rimas (p. 31 de la edición de Menghini).

De las notas de Colocci (conservadas en el manuscrito Vat. 4817) podemos conocer sus opiniones sobre la lengua, que difieren de las de Calmeta y Trissino: "La lengua es común. Pero cuando no es una lengua común en Italia, ciertamente la que Petrarca ha hecho de tantas lenguas por imitación, es común" (c. 1 a). El mayor inconveniente surge de los idiotismos, de los que abunda la lengua florentina ("le metaphore che da lingua a lingua sono diverse, e'in questa fanno ornato e difficoltà alli peregrini"); cita como ejemplos *cilecca*, *schembo*, *ribotoli*, *chente* y la dantesca *s'insala*; "la fiorentina è la più pericolosa di queste metaphore, che è quasi tra loro una cifra" (c. 54 a). Le gustaría vincular su "lengua común" a las lenguas prerromanas de Italia: "Es mi opinión que siempre fue el Vulgare. Una cosa era la lengua latina, otra el Piceno [citado en primer lugar entre otros por el autor de Jesolo], Osca y Tosca et Sabina. Nui che componemo nella comune lingua de Italia, non la latina, ma la comune cerchiamo imitare" (c. 115 a).[88]

También hemos citado entre los participantes en *las Collettanee a* Giovanni Filoteo Achillino, que fue, de hecho, su editor. Encontramos la expresión de sus ideas en las

posteriores *Annotazioni della volgar lingua* (Bolonia 1536), en forma de diálogo, en las que se satiriza la lengua toscana y se defiende la "común". Le gustaría escribir *cognosco* y no *conosco*, *Gieronimo* y no *Girolamo*, *Olempo y* no *Olimpo*, *epistola* y no *pistola,* etc. Algunas palabras de Dante, Petrarca y Boccaccio, que Achillino encuentra extrañas, son severamente reprendidas.

Los debates sobre el lenguaje celebrados en la corte de Urbino también están relacionados con las páginas de El *cortesano*, de Baldassarre Castiglione. Aunque, por el título de su famoso libro, se le consideraba partidario del "lenguaje cortesano" (como dice Tolomei en el diálogo *Il Cesano*), nunca utiliza este término.[89]

En los capítulos 28-39 del Libro I de El *cortesano,* Castiglione imagina que está informando sobre ciertas discusiones celebradas en la corte de Urbino en 1507: se decidió como broma "formar con palabras un perfecto cortesano", y entre las demás cualidades sociales que debe tener el cortesano está la del lenguaje. Los principales interlocutores son el conde Ludovico di Canossa, que interpreta las opiniones de Castiglione, y Federigo Fregoso, que defiende ideas muy similares a las de Bembo. Menos importantes son las intervenciones de otros, como el magnífico Giuliano de' Medici (a quien ya conocemos por las *Prosas* de Bembo), el cardenal Bibbiena y otros.

También por lo que respecta al lenguaje, el canon esencial es el del buen gusto social: evitar la afectación. Por tanto, sostiene Canossa, hay que evitar ante todo los arcaísmos. Pero no escribiendo, rebate Fregoso. Y Canossa se detiene en la relación entre la lengua hablada y la escrita: "es razonable que se ponga mayor diligencia en la lengua escrita, para hacerla más casta y castiza; pero no de modo que las palabras escritas sean disímiles de las habladas, sino que en la escritura se escojan las más bellas que se usan al hablar".

Por el contrario, Fregoso sostiene que, al escribir, es bueno utilizar palabras "no diré de dificultad, sino de recóndita agudeza". Lo mejor, también para evitar las dificultades que surgen de las diferentes costumbres de las ciudades nobles de Italia, es atenerse al uso de Petrarca y Boccaccio. Por otra parte, el ideal de Canossa es ecléctico: no es enemigo del toscano, pero está lejos de inclinarse a limitar la elección a él: quiere que usemos "escribiendo y hablando aquellas [palabras] que hoy son habituales en Toscana y en los demás loci de Italia, que tienen alguna gracia en su pronunciación". Hay que evitar los arcaísmos, pero no las palabras francesas y españolas "que ya están aceptadas por nuestra costumbre". En resumen, su ideal es una lengua que "si no fuera toscana pura y antigua, sería italiana, común, copiosa y variada".

En la carta dedicatoria (escrita en 1527 y prefijada a la edición de 1528, es decir, varios años después de las discusiones provocadas por Bembo y Trissino), Castiglione responde a la censura de su lengua, más que a las disensiones suscitadas por los argumentos del *Cortegiano* en quienes lo habían leído entretanto. Si en Toscana utilizan "muchas palabras claramente corrompidas del latín, que en Lombardía y otras partes de Italia han permanecido intactas y sin cambios", ¿por qué atenerse a las formas toscanas? Castiglione insiste aquí en los argumentos que ya había expuesto en el diálogo, relativos a pares como *popolo-populo*, *orrevole-onorevole* y similares (en los que, sin embargo, no se da cuenta de que las formas que considera que han permanecido intactas son, en cambio, latinismos). No "creo", concluye Castiglione, "que me equivoque por haber elegido ser conocido más como lombardo por hablar lombardo, que como no toscano por hablar demasiado toscano" (según la conocida anécdota de Teofrasto, que fue reconocido como no ateniense por hablar demasiado ateniense).

Es evidente que las discusiones sobre la lengua eran frecuentes en las cortes del norte (especialmente Urbino y Mantua) y en la corte papal a principios de siglo, y que en ellas se inclinaba la solución "cortesana".

Giangiorgio Trissino, un caballero de Vicenza, puso la autoridad de Dante, o al menos lo que él creía ver en *De vulgari eloquentia, del* lado de los partidarios de esa tesis cuando entró en posesión de una copia del tratado de Dante (es decir, la copia que más tarde pasó a la Biblioteca Trivulziana). Trissino dio a conocer el contenido de la obra (y tal vez mostró el manuscrito) a aquel grupo de eruditos que se reunían en los Orti Oricellari, durante una de sus estancias en Florencia, probablemente en 1514; y siguió hablando de ella durante sus estancias en Roma (1514-18, 1524, 1526).[90]

A mediados de noviembre de 1524, Trissino publicó su *Epistola de le lettere nuovamente aggiunte ne la lingua italiana*, en la que justificaba la nueva ortografía, con la ε y la ω, aplicada en su edición de *la Sophonisba* de septiembre del mismo año.

En la carta, el erudito de Vicenza hablaba, ya desde el título, de una "lengua italiana", y distinguía claramente, sobre todo en la pronunciación, entre un uso *toscano* (o *toscano*, *o florentino)* y un uso *cortesano y común.* Creía que la nueva ortografía ayudaría "admirablemente a seguir la pronunciación toscana y la cortigiana, que son sin duda las más bellas de Italia". En la *Sophonisba*, dice, 'imité el toscano tanto como creí que podría ser fácilmente entendido por el resto de Italia; pero donde el toscano me pareció difícil, lo abandonó; y me redujo al cortigiano, y común'. A veces "se acercaba demasiado al florentino", como en la pronunciación abierta de los diptongos *ie* y *uo, "de* modo que considero un pecado menor acercarse demasiado al toscano que alejarse demasiado de él".[91]

La Epístola suscitó un coro de protestas, principalmente entre los toscanos: Lodovico Martelli, Angelo Firenzuola y Claudio Tolomei (bajo el nombre de Adriano Franci) impugnaron las propuestas ortográficas de Trissino; a ellos se unió también un veneciano, Nicolò Liburnio. Junto a los argumentos estrictamente ortográficos, los oponentes de Trissino debatieron el nombre de "italiano" dado a la lengua por el erudito de Vicenza: especialmente Martelli apoyó la naturaleza florentina de la lengua y cuestionó la autenticidad de *De vulgari eloquentia*.

Trissino replicó en el diálogo *Il Castellano*, compuesto en 1528 y publicado en 1529. La acción del diálogo se sitúa poco después de la publicación de la *Epístola*: los participantes son Giovanni Rucellai (nombrado por Clemente VII castellano de Castel Sant'Angelo y fallecido en 1525, que presenta las opiniones de Trissino, su fraternal amigo), Filippo Strozzi (que a menudo cita literalmente pasajes de Martelli), Iacopo Sannazzaro, Antonio Lelio y Arrigo Doria: este último es quizá el hermano de aquel Giovanni Battista Doria a quien Trissino atribuye la traducción de *De vulgari eloquentia* en la edición de ese mismo año 1529. Hay que señalar que los dos interlocutores principales (Rucellai y Strozzi) son florentinos.

Al principio, Trissino está a la defensiva. Sus adversarios le reprochan haber "despojado a la Toscana del nombre de su lengua"; en absoluto: sólo habló de "lengua italiana", luego que considera que la lengua toscana es italiana, y una de las más distinguidas entre las lenguas italianas. Luego pasa a la ofensiva (de nuevo por boca de Castellano): no es cierto que los escritores más antiguos usaran el toscano: los poetas más antiguos eran los sicilianos, "a cuyas canciones y sonetos encontrará más parecidas las rimas de Dante y Petrarca que las de los que escribían en florentino puro, como Burchiello, Battista Alberti, Matteo Franco, Luigi Pulci y otros" (p. 21 de la ed. de Daelli). De hecho, Petrarca evitaba escribir palabras "propiamente florentinas", como *testé*, *costì, costinci*, *cotesto*, *guata*, *allotta*, *suto*. Strozzi se opone, citando las palabras de Martelli: traten de tomar los escritos de Dante, Petrarca, Boccaccio, o quizás los del mismo Trissino, y traten de hacerlos leer en la campiña de Ferrara, o de Vicenza o de Génova, y luego en cambio en la de Florencia: verán que sólo aquí "por todos naturalmente entendidos serán". Unas páginas más adelante (pp. 37-38 Daelli) el Castellano dirá en respuesta:

> Os diré que Petrarca se entiende mejor en Lombardía que en Florencia; [...] que Petrarca se entiende naturalmente en otra parte que en Toscana, pueden conocerlo no sólo los hombres, sino también las mujeres, en quienes la pureza del habla de sus regiones permanece más que en los hombres, porque no andan por ahí ni tienen tanta práctica con los extranjeros como ellas. Los de Lombardía entienden ciertamente mejor a Petrarca que los nuestros de Toscana; y esto sucede porque en Petrarca hay mucho del habla común, y poco de nuestra particular florentina.

Para entender esta extraña afirmación, debemos referirnos evidentemente a las damas de compañía que frecuentaba Trissino, y no a las mujeres de los estratos populares a las que Martelli se refería en cambio.

Las discusiones sobre el nombre que debe darse a la lengua se llevan a cabo con definiciones y clasificaciones escolásticas: se discuten géneros y especies, sustancias y accidentes, sin llegar a nada. Se intenta aclarar la cuestión del nombre de la lengua mediante una comparación con una persona (Filippo *Strozzi* puede llamarse *Filippo Strozzi* como individuo, u *hombre como* especie, o incluso *animal* como género): es una comparación que volverá a menudo en la disputa, a pesar de su falacia (la individualidad histórica de una lengua es muy diferente de la de una persona, porque es más multiforme y diurna).

Las doctrinas de Dante que Trissino extrae de *De vulgari eloquentia* están continuamente presentes, aunque el tratado sólo se cite hacia el final. Pero Trissino interpreta el tratado de Dante a su manera: en primer lugar, identificando sin lugar a dudas

la ilustre lengua vernácula buscada por Dante con la lengua italiana; a continuación, adjuntando la *Commedia como* prueba de la manera en que debe ensamblarse el lenguaje:

La propia Commedia lo pone de manifiesto, pues está llena de palabras y expresiones procedentes de toda Italia, de las que en modo alguno puede decirse que sean florentinas.

El criterio de *discretio* de Dante, que es ante todo "eliminación", es entendido por Trissino como "mezcla":

para conocer mejor la lengua de Dante y Petrarca, tomemos sus escritos en la mano, y veamos si las palabras de aquellos son todas florentinas, o no; y veremos claramente, que no son todas florentinas: Por tanto, y *aggio*, y *foraggio,* y *dissero,* y *scrarono, y* muchas semejantes, que son formaciones sicilianas; y *poria,* y *diria,* y muchas semejantes, que son lombardas, y *guidardone*, *alma*, *salma*, *despitto*, *respitto*, *strale*, *coraggio*, *menzonare*, *scempiare*, *dolzore*, *folia*, *cria*, *scaltro*, *quadrella*, *mo*, *adesso, sovente*, y muchas otras se leen allí, que no son florentinas. Por lo tanto, puesto que sus palabras no son todas florentinas, ni toscanas, su lengua no puede llamarse verdaderamente florentina, ni toscana (pp. 45-46).

Por último, cabe señalar que, al apoyar su tesis en *De vulgari eloquentia*, Trissino no hace distinción alguna entre las condiciones de la época de Dante y las de la suya propia.

Con toda probabilidad ligeramente posterior a la *Epistola* de Trissino, es decir, de 1524 (aunque la acción del diálogo se sitúa en tiempos de León X), es el *Dialogo della volgar lingua* del humanista de Belluno Giovanni Pierio Valeriano, o Giovan Pietro Bolzani.[92] Valeriano imagina que Angelo Colocci informa a Angelo Marostica y Lelio Massimi (partidarios, como él, de la lengua cortesana, y despreciadores de la corriente toscanizante que se puso de moda en tiempos del papa León) sobre un diálogo que el clérigo jesuita habría presenciado en la corte del cardenal Giulio de' Medici (futuro Clemente VII): Trissino, Alessandro de' Pazzi, Claudio Tolomei y Antonio Tebaldeo participan en él, tras unas palabras del propio cardenal declarándose neutral.

Parte de la conversación gira en torno a los orígenes remotos del italiano, es decir, sus relaciones con el latín, el griego y el etrusco; y podemos pasar por alto este punto. Evidentemente, el autor se puso de parte de las ideas sostenidas con cortesía y moderación por Trissino (y, con más decisión y dureza, por Tebaldeo): pero no tanto como para no dejar que Tolomei y Pazzi expusieran la tesis toscana con cierta eficacia.

Pocas veces llegamos a ejemplos concretos, y casi siempre en el campo léxico: Trissino niega que palabras como *corpo*, *regno*, *vasi*, *fiumi* puedan decirse toscanas, porque toda Italia las posee: mientras que considera voces propiamente toscanas *cinguettare*, *cavalcioni*, *civanza*, *tuttatré*... *arrubinargli*... *gnaffe...*: son palabras que podían leerse en Boccaccio, pero que no habían entrado en el uso común. Cuando pasa a considerar alguna peculiaridad fonética toscana, Valeriano apunta a los plebeísmos: de un *laudando* de Petrarca extrae, por boca de Trissino, un doble argumento contra los florentinos modernos que pronuncian *laldando* (vicio que atribuye también a la gente culta, hasta el punto de hacer leer así a Pazzi); y a favor del amplio uso de los latinismos (*laudare* en lugar de *alabar*), uso propio de la lengua cortesana, mientras que el toscano prefiere las formas propias, que se han desviado del latín (lo que para Tolomei era un alarde, y para Trissino un demérito).

A medida que avanza el siglo, las menciones al lenguaje cortesano se hacen cada vez más raras e inciertas.[93]

Girolamo Muzio (o más bien Hieronimo Mutio, para ceñirnos a su voluntad) también defendió el nombre y el concepto de la lengua italiana. El volumen póstumo titulado *Battaglie in diffesa dell'italica lingua* (Venecia 1582) incluye escritos concebidos y compuestos en distintos periodos, de 1530 a 1573: desde la réplica a los dos famosos discursos de Amaseo a *Varchina*, dirigidos contra el *Hercolano* de Varchi. A lo largo del libro, con mayor o menor severidad según los tratados, Muzio niega cualquier supremacía del florentino: Bembo había dicho con cierta consideración que no era una gran ventaja nacer florentino; él lo considera incluso una desventaja. Apunta siempre a la lengua de los escritores "que se entiende universalmente en toda Italia" (c. 31 b de la citada ed. de 1582). Los extranjeros que vienen a Italia pueden aprender fácilmente el italiano, pero no el florentino, tan lleno de idiotismos (c. 79 a).

Es necesario que los que quieran que sus escritos sean recibidos con alabanzas de todas las regiones de Italia, estudien y den trabajo a los buenos libros, y también conversen con otros italianos (hablo a los toscanos) para teñirlos con los colores de nuestro tinte, tanta diferencia harán los que quieran escribir con la lengua aprendida de las enfermeras y del pueblo, que habrán dado trabajo a los adornos que digo; Digo que habrá tanta diferencia entre los escritos de unos, y los de otros, como de la Eneida a la Queronea (c. 80 b).

De los libros hay que aprender a escribir, echando para atrás la opinión de los que tienen las niñeras, & el pueblo, como maestros del buen lenguaje (c. 116 b).

Culpado una vez en Florencia, en casa de Tullia de Aragón, de no saber escribir bien en florentino por ser extranjero, replicó con un soneto neoplatonista a Tullia (c. 35 a), cuyo último terceto proclama:

Y se verá que no los ríos Thoschi,
Pero el cielo, el arte, el estudio y el santo amor
Dan espíritu y vida a nombres y tarjetas.[94]

Como se ve, incluso más que los defensores de la lengua cortesana, que apelan a un modelo social, aunque difícil de aprehender, Muzio insiste en la necesidad de que los individuos tengan un refinamiento literario ecléctico para alcanzar una lengua ideal.

Los defensores de la lengua "común", "cortesana", "italiana" apelan principalmente contra las formas excesivamente idiomáticas del florentino y del toscano en general, pretendiendo tanto la nobleza de la expresión como su universalidad. En sus peculiaridades fonético-léxicas, prefieren ajustarse al latín antes que al toscano (*febre*, *obedire*, *patrone*, *populo*, *Capitolio*, *dicere*, *facere*, *honorevole* y no *horrevole*, *palazzo* y no *palagio*), acogen con agrado las formas analógicamente regulares (como *leggei*, *leggiuto*) y rechazan los toscanismos que se oponen a la tradición literaria establecida (*messi*, *detti,* per *misi*, *diedi*). Ciertamente es válida la objeción de los toscanos de que no se trata de una "lengua" completa, sino sólo de particularidades individuales, sobre las que no hay acuerdo entre los diversos antitoscanos: esta pretendida lengua, objeta Martelli, "tanto me parece que llamarla cortigiano es digno, como el humo odorífero de las víctimas sagrificadas, sagrificata carne chiamar si deve" (*Respuesta a la epístola de Trissino*, c. 5 a).

Lo que tienen en común estas teorías es la aspiración a una lengua común liberada de la dependencia del toscano y basada en la literatura; cada escritor podría y debería haberla formado a su manera, con la libre elección de su propia elocución.

A estas tesis eclécticas de diversa índole se opusieron los toscanos, y especialmente los florentinos, en los que debemos detenernos ahora. Las discusiones sobre la lengua, que sin duda también habían tenido lugar en Florencia en los siglos XIV y XV, se reavivaron con el descubrimiento por Trissini de *De vulgari eloquentia*: el recuerdo de las conversaciones mantenidas en los Orti Oricellari sobre el trattatello permaneció vivo durante décadas y fue recogido por Gelli y Varchi.

[95]Fue entonces (probablemente en otoño de 1514) cuando Maquiavelo tuvo que coger la pluma y escribir su *Discorso ovvero dialogo, en el que examina si la lengua en la que escribían Dante*, *Boccaccio y Petrarca debe llamarse italiana o florentina.* Argumenta a favor de la naturaleza florentina de la lengua contra los "menos inonestos" que quieren que sea toscana y los "más inonestos" que la llaman italiana. Hay que comparar, dice, la lengua de Dante, Petrarca y Boccaccio con la de todos los lugares de Italia; para simplificar, sólo se pueden tener en cuenta las "provincias", es decir, Lombardía, Romaña, Toscana, la tierra de Roma y el reino de Nápoles. Si además se tiene en cuenta, como es necesario, la "pronunciación", las "circunstancias", las palabras, y se comparan los escritos de las tres coronas con "algún mero escrito florentino o lombardo o de otra provincia de Italia, donde no es arte, sino naturaleza" (para Florencia, Maquiavelo toma a Pulci), se verá que escribían en florentino. Este es el escenario del diálogo en el que Niccolò se enfrenta cara a cara con Dante y, con buenos argumentos mezclados con argucias de abogado, hace reconocer al poeta que está equivocado.

No hay lengua, continúa Maquiavelo, que sea simple, todas son mixtas: lo que más importa es la capacidad de absorber bien las palabras extranjeras:

Esa lengua se llama lengua de un país, que convierte en uso propio las palabras que ha tomado de otros, y es tan poderosa que las palabras que ha tomado no las desordena, sino que las desordena: porque lo que toma de otros, lo toma para sí de una manera que parece propia.

De ahí que incluso una serie de palabras tomadas de otras fuentes no impidan que una lengua siga recibiendo el mismo nombre, siempre que las características fonéticas y morfológicas permanezcan intactas:

tú [Dante], que has puesto veinte legiones de palabras florentinas en tus escritos, y usas casos, tiempos, maneras y terminaciones florentinas, ¿quieres que las palabras adventicias cambien la lengua?

Si a continuación consideramos el habla de las distintas cortes, veremos que es muy variada y cambiante. Maquiavelo señala que gran parte de la homogeneidad del lenguaje que existía entre los italianos cultos de su época se debía a que el culto a los tres grandes escritores del siglo XIV se había extendido en las distintas regiones, y "muchas de nuestras

palabras fueron aprendidas por muchos extranjeros, y observadas por ellos, de modo que de las nuestras se han hecho comunes".

Luego, cuando los no toscanos abordan géneros literarios en los que faltan modelos antiguos, como es especialmente el caso de la comedia, deben recurrir al toscano, si no quieren hacer mezclas demasiado desagradables, como a veces le ocurrió a Ariosto en los *Suppositi* (Maquiavelo cita el primer borrador, en prosa). Si ahora se ve "escribir bien a los muy Ferraresi, Napoletani, Vicentini y Veneziani" (el autor alude a Ariosto, Sannazzaro, Trissino y Bembo), se debe a que Dante, Petrarca y Boccaccio escribieron antes que ellos, por lo que la "barbarie natural" quedó olvidada en las distintas regiones.

Si dejamos a un lado los animados pero discutibles argumentos contra Dante, los escritos de Maquiavelo están llenos de ideas notables: especialmente la reivindicación de la importancia de los rasgos fonéticos y morfológicos, y la afirmación relacionada de la capacidad de las lenguas para remodelar estructuralmente las palabras adventicias.

Otra vigorosa defensa de la tesis florentina es la de Lodovico Martelli: a ella está dedicada la primera parte (cc. 2 a-8 b) de la *Risposta alla Epistola del Trissino delle lettere nuovamente aggionte alla lingua volgar fiorentina* (publicada en Florencia a finales de 1525). Martelli se opone a lo que dice Trissino en su carta, cuando habla de "tres de las lenguas italianas [...] ciò è Toscana, Fiorentina et Cortigiana". Puesto que "toda lengua nace del uso del hablante" (c. 2 b), intenta Trissino tomar los escritos de Dante y Petrarca, y ver si "per il Ferrarese contado, ò Vicentino, ò Genovese od altri simili [...] estos escritos son entendidos por los hombres vulgares de aquellos lugares" (c. 3 a); en cambio en los "condados toscanos y particularmente de Florencia [...] todo será naturalmente entendido": porque la patria de una lengua es propiamente aquella donde "por naturaleza" se habla (c. 4 a). En cuanto al *De vulgari eloquentia*, Martelli duda de que sea de Dante.

Tanto Maquiavelo como Martelli impugnan principalmente la tesis cortesana o italiana, al tiempo que consideran juntas la florentina y la toscana ("il Fiorentino, delle Toscane pronontie ha fatto una elettione, et è in Toscana quella lingua istessa, quanto al pregio, che in Grecia l'Atheniese": Martelli, c. 5 a).

En el *Castellano*, como ya hemos mencionado, Trissino respondió a Martelli poniendo en boca de Filippo Strozzi varios pasajes de Martelli, debidamente citados.

Otro participante autorizado en el debate es Claudio Tolomei, que en sus estudios (algunos de los cuales se han perdido, o permanecen en compendios) vio o vislumbró muchas de esas verdades que la lingüística del siglo XIX descubrió más tarde en su nombre.[96] Sienés, Tolomei apoya a los florentinos en la lucha contra la tesis arcaizante y la cortesano-italiana, pero a la hora de elegir entre la formulación "florentina" y la "toscana", se decanta por esta última.

En el *Polito*, escrito por Tolomei y publicado en 1525 bajo el nombre de Adriano Franci, se habla de las nuevas letras de Trissini, y no se habla del tipo de lengua ni de su nombre: sin embargo, se menciona con frecuencia "Toscana lingua", "Toscane parole", "Toscana eloquentia".

En cambio, la cuestión se aborda de lleno en el diálogo *Il Cesano*, escrito en la segunda mitad de 1527 o 1528, y publicado en 1555.[97] Tolomei pretende dar cuenta de un diálogo celebrado en la mesa del cardenal Ippolito de' Medici, entre abril y septiembre de 1525 (de hecho, allí se reclama la publicación de la *Prosa* de Bembo). En realidad, más que un diálogo, el escrito es una serie de cinco discursos pronunciados posteriormente por Bembo, Trissino, Baldassarre Castiglione, Alessandro de' Pazzi y Gabriele Cesano (amigo y portavoz de Tolomei). Bembo defiende el nombre *vulgar*. Trissino, maravillado de que esta defensa la haga él ("¿quién hubo alguna vez entre los espíritus nobles, que buscara tanto distanciarse de lo vulgar como Bembo?"), argumenta que hay que hablar del *italiano* o de la *lingua di sì*. Castiglione defiende el nombre de *lingua cortigiana*, en referencia a Dante. Alessandro de' Pazzi apela a la comparación con la lengua hablada, porque la lengua literaria fuera de Toscana es adventicia, y en la propia Toscana tiene su sede principal en Florencia ("ella in Fiorenza è nata, ivi ha fatto il nido suo, ivi è nutrita, ivi cresciuta, ivi si parla, ivi s'usa perfettamente").

A continuación, Tolomei aborda, por boca de Cesano, la naturaleza de la lengua, la función del uso, la formación de "nuestro toscano", que considera que tiene "mucho" de latín, "un poco" de etrusco y "parte" de las lenguas de los bárbaros invasores.[98] En estas páginas, Tolomei responde a quienes consideran que el toscano no es más que una lengua latina corrompida, y cómo atribuye al toscano ciertas peculiaridades, como el artículo. Dicho esto sobre la naturaleza del toscano, pasamos a hablar de su "excelencia". A

continuación, Cesano retoma la discusión sobre el nombre, respondiendo a los argumentos de cada uno de sus predecesores. La parte más interesante de la discusión es la dirigida a Alessandro de' Pazzi. Cesano (que es de Pisa y habla en nombre de los tolomeos de Siena) quiere que todos los toscanos disfruten con los florentinos de la gloria y el mérito de la lengua. Reconoce, hablando de la lengua de Boccaccio, que

> se fuora d'una sola città non la distender la vogliamo, fiorentina era certamente; se conoscere quanto ella con pari forme si distendere, toscana senza dubbio; perché le differenze che sono tra le terre di Toscana nel parlar loro non sono tali, che deve fare in guisa alcuna lingua nuova (p. 101 Daelli).

No es necesario tener en cuenta algunas pequeñas diferencias, como entre *aggiunto* y *aggionto*, *bramarei* o *bramerei*: tanto más cuanto que, si no, uno se encontraría también riéndose de formas vulgares florentinas como los *versos mia*, *i' vo' dargnene buona parte*, *sta sera*, etc. Además, Dante y Ficino y Alamanni también hablaban de palabras *toscanas* y de la *lengua toscana*. En conclusión, desea

> en prosa, en verso, razonando, disputando, escribiendo de todo noble espíritu esta lengua tan florida, toscana siempre y siempre llamada y estimada (p. 109 Daelli).

El escrito de Tolomei es importante, porque él (que en su siglo fue precursor de muchos de los conocimientos lingüísticos que sólo se afirmarían en el siglo XIX) tiene en cuenta que una lengua también existe al margen de las exigencias literarias ("En primer lugar, naturalmente, están las palabras, después los escritores, que hábil y elegantemente las componen juntas"; *Cesano*, p. 104 Daelli), aunque, por supuesto, reconoce que "nunca será que una lengua tenga esplendor, si no está iluminada por este sol claro y casi eterno de la escritura" (p. 104). 104 Daelli), aunque, por supuesto, reconoce que "nunca será que una lengua tenga esplendor, si no está iluminada por este sol claro y casi eterno de la escritura" (pp. 62-63 Daelli).

[99]La tesis "florentina" fue ardientemente defendida hacia mediados de siglo por un pequeño grupo de eruditos, Giovan Battista Gelli, Pierfrancesco Giambullari, Carlo Lenzoni, Benedetto Varchi: aquellos a quienes la Accademia Fiorentina había encargado la redacción de una gramática en 1550.

Pierfrancesco Giambullari (autor de una obra dedicada a Gelli, y por tanto titulada *Il Gello*, 1546, en la que expone su estrafalaria idea de la descendencia del florentino del etrusco y de éste del arameo) presentó en 1548 en forma de manuscrito a don Francesco de' Medici, hijo mayor de Cosme, su trattatello *De la lingua che si parla e scrive in Firenze*, publicado en 1552 (1551 fior.), que es la primera gramática de un autor toscano posterior a las *Reglas* del siglo XV.

El trattatello va acompañado de un *Ragionamento sopra le difficoltà di mettere in regole la nostra lingua*, escrito por Giovan Battista Gelli en forma de diálogo entre el propio Gelli y Cosimo Bartoli, y dedicado a Giambullari.

Hay diferencias entre una ciudad y otra de la Toscana, y despertaría gran envidia extraer las reglas sólo de Florencia 'no habiendo ninguna ciudad que gobierne toda la Toscana', y peor aún 'hacer un compuesto de todas ellas'. Los 'extranjeros' no cuentan, y mala suerte tuvieron los toscanos que aceptaron algunas palabras introducidas abusivamente por aquellos, y permitieron que se llamara lengua *italiana*.

La lengua debe considerarse en su apogeo, y aunque algunos, sobre todo los no toscanos, creen erróneamente que alcanzó su apogeo en el siglo XIV, Gelli y Bartoli coinciden en que "es mucho más universalmente bella que en su época", ya que "está viva y va hacia arriba". Si una academia no debe asumir oficialmente la espinosa tarea de establecer las reglas, un particular, como Giambullari, puede hacerlo muy bien.[100]

Carlo Lenzoni compuso una *Defensa de la lengua florentina* (publicada póstumamente en 1556 por Cosimo Bartoli, después de que Giambullari asumiera el cargo y él también muriera).

En la primera jornada de la obra, participan en el diálogo Lenzoni, Giambullari, Gelli, Cosimo Bartoli y un caballero extranjero en busca de consejo, y la discusión se desarrolla principalmente entre Gelli y el extranjero, el signor Licenziado; las ideas defendidas son, de hecho, muy próximas a las expuestas por Gelli en sus escritos.

Ecos de las conversaciones mantenidas hacia 1550 en Florencia, con argumentos y ejemplos similares a los de Gelli y sus amigos, se encuentran también en *los Marmi* (1553) de Doni: son curiosas las tres cartas escritas una "en toscano", otra "en lengua vernácula", otra "en italiano", leídas por uno de los dialogantes (Libro I, Ragion. 8, disc. 4): la que está en toscano es similar en lenguaje y tono a la escritura habitual de Doni, la "italiana" está mezclada con dialectalismos (en otra parte de los *Marmi* desaprueba este "italiano" que

consiste en usar "una palabra de Orvieto, la otra de Apulia, la otra de Calabria"), la "vulgar" está en un estilo refinado y grosero.

Partidario de la tesis florentina, pero con importantes aproximaciones "tácticas" a la tesis de Bembo, es el *Hercolano* de Varchi, terminado en 1564 y publicado póstumamente (en 1570). El diálogo se refiere principalmente a la cuestión de la lengua, y de pasada a la disputa entre Caro y Castelvetro sobre la canción "Venite all'ombra de' gran gigli d'oro" (disputa que sólo en pequeña parte atañe a la lengua, y en la que por tanto no nos detendremos).

Junto a la tesis de la florentinidad, Varchi aborda varios temas de filosofía del lenguaje (toda una primera serie de preguntas está dedicada a los argumentos que Dante expuso en *De vulgari eloquentia*), y la exposición es bastante farragosa y pesada. Varchi define la lengua como: "a favellare d'uno o più populi, il quale o i quali usano, nello sprimere i loro concetti, i medesimi vocaboli nelle medesime significazioni, e co' medesimi accidenti" (p. 87 de la edición de Venecia, Giunti, 1570), y da mucha importancia, con razón, a las particularidades fonológicas y morfológicas ("accidenti"). Lo esencial para las lenguas es que se hablen:

la escritura no pertenece a la sustancia de las lenguas, sino que es algo accidental, porque la naturaleza propia y verdadera de las lenguas es que son habladas y no escritas, y cualquier lengua que se hable, aunque no se escriba, es una lengua en todos los sentidos (p. 91).

Por tanto, "una favella que no tiene escritores puede, o más bien debe, sólo si está en uso, llamarse lengua" (p. 101): prueba de ello es el euskera ("la favella biscaina"); es cierto, sin embargo, que no será una "lengua noble".

Llegando a buscar el modelo de la lengua en Florencia, distingue cuatro estratos: los letrados, los no idiotizados (que pueden ser nobles y ricos, pero no han estudiado griego ni latín), los idiotizados y, por último, "la infima plebe y la escoria del popolazzo", y considera "vero, e buono uso principalmente quello de' letterati, e secondariamente quello de' non idioti" (p. 180). No considera posible que uno escriba perfectamente en una lengua viva sin haberla aprendido de quienes la han recibido por naturaleza, al menos hasta que uno haya escrito en esa lengua sobre todos los temas (p. 182). En cuanto a la "opinión de los que sostienen que se debe escribir como se habla", es "manifiestamente falsa" (p. 186).

Se dedica un largo capítulo a los méritos que pueden atribuirse a las lenguas (riqueza, belleza, dulzura, nobleza, gravedad, honestidad), y a la comparación del toscano con el latín y el griego.

Para coronar la obra, llegamos a la discusión del argumento que Varchi había anunciado desde el principio (p. 21) (diciendo, sin embargo, que era necesario aclarar primero "muchas y diversas cosas sobre las lenguas"), a saber, "si la lengua vulgar, es decir, aquella con la que hablaban y escribían Dante, Petrarca y Boccaccio, debe llamarse italiana, o toscana, o florentina". El razonamiento es del tipo escolástico habitual, y no falta la tradicional comparación con los nombres de personas: "quien la llama Fiorentina, la llama Cesare, quien la llama Toscana huomo, quien la llama Italiana animale: el primero la considera como un individuo, el segundo como una especia, y el tercero como un género" (p. 258): por tanto, según Varchi, el primero tiene razón. El *De Vulgari eloquentia es* rechazado como probablemente espurio, y a Trissino se opone con elogios Martelli.

Aquí y allá, a lo largo del libro, Varchi aprovecha para enumerar numerosas series de sinónimos y modismos florentinos: por ejemplo, las pp. 39-86 están dedicadas a la sinonimia de palabras referidas al *habla*. Su objetivo es mostrar la riqueza de la lengua, y especialmente del florentino hablado. Pero aunque haya que situar a Varchi entre los florentinistas, su posición difiere considerablemente de la de Maquiavelo y Martelli. Y la razón reside principalmente en esto: que en los cuarenta años transcurridos entre Bembo y Varchi, los literatos florentinos han aceptado en gran medida la codificación de Bembesca, han aceptado el principio de que dentro del uso florentino, tan amplio y variado, es necesario hacer una elección, según los modelos escritos del siglo XIV y la esquematización que de él han hecho y hacen los gramáticos.

Basta ver los calurosos elogios de Varchi a Bembo como escritor y como historiador; incluso con respecto a la frase que había causado tanto escándalo entre los defensores de la Florentina moderna, que nacer florentino no era beneficioso, Varchi se esfuerza por exonerar a Bembo: no, por supuesto, aceptando la sentencia, sino refiriéndose a las condiciones de cuarenta años antes.

Incluso la división de los florentinos en cuatro estratos, esbozada por Varchi, está al servicio del compromiso emergente: los florentinos cultos son aquellos que conocen el latín

y el griego, y que han aceptado la codificación gramatical. Y Varchi deja muy claro que no pide en absoluto que escribamos como hablamos: sólo quiere que mantengamos el contacto con los "no idiotas", con la lengua hablada por la alta burguesía.

Un aire de conformismo, político, religioso, cultural, se respira en toda la vida social italiana: y no menos que en Florencia, bajo Cosme I, Francisco I, Fernando I. Abundan los historiadores, los eruditos, los gramáticos, faltan escritores de primera fila. Todo esto ayuda a explicar cómo los florentinos cultos se acercan fundamentalmente a la formulación bembeziana. Por hablar *florentino* o *toscano* entendemos ahora principalmente la lengua de los grandes escritores del siglo XIV, y sólo de forma secundaria el florentino o toscano hablado.[101]

Contribuyeron especialmente al predominio del arcaísmo florentino Leonardo Salviati y la Accademia della Crusca.

Salviati ya había escrito en 1564 una *Oración en alabanza de la lengua florentina, en la que* hace grandes elogios de la lengua de Boccaccio y reprocha a quienes "maremmanamente parlando" (en dialecto de la Maremma) afirman que la lengua de Boccaccio es "tan suya como nuestra". Cree que debido a la "dulzura incomparable" del florentino y al "deleite" que toda Italia siente por él, pronto se extenderá incluso sin que el "imperio" contribuya a ello.

Salviati dedicó muchos estudios al texto y a la lengua del *Decamerón, con* ocasión de la infame "puesta en orden". En 1573, los "Deputati" habían preparado una edición de la obra de Boccaccio depurada de moral y religión; tampoco pudieron evitar recortes demasiado vigorosos. A la mala acogida que tuvo la edición, el Gran Duque quiso poner remedio, con el consentimiento de Sixto V, encargando a Salviati que curara las heridas demasiado profundas infligidas a la obra; y la nueva edición salió en 1582.

Los estudios filológicos y las observaciones gramaticales de Salviati se recogen en los dos volúmenes *Degli Avvertimenti della lingua sopra 'l Decamerone* (Venecia 1584; Florencia 1586; el tercer volumen, que debía completar la obra, nunca llegó a escribirse). Salviati discute, principalmente en el segundo libro del primer volumen, los criterios de uso y la necesidad de la gramática. El ideal de Salviati es la lengua del siglo XIV, "el siglo bueno": desde entonces ha entrado en decadencia, sobre todo debido a un exceso de latinización; la lengua escrita ha empezado a mejorar de nuevo desde la afijación de Bembo y Casa a los clásicos, mientras que "piccol racquisto" s'è fatto "nell'opera del favellar domestico". Aquellos que deseen escribir para las edades venideras deben proponerse imitar el lenguaje puro, dulce y grácil del siglo XIV, y aquellos secretarios que se aferran al sucio uso actual lo hacen muy mal.

Salviati anunció en los *Avvertimenti* (I, p. 129) su intención de compilar un vocabulario; en 1589 murió sin dejar esta obra, pero pronto se dispuso a entregarla a la Accademia della Crusca.

Algo distinta era la postura de Bernardo Davanzati, quien, observando la diferencia entre la lengua florentina viva y "esa lengua común italiana que no se habla, sino que se aprende como lenguas muertas en tres escritores florentinos, que no han sabido decirlo todo" (carta a Baccio Valori, [102]20 de mayo de 1599) y reconociendo que "en ese italiano muchos grandes han escrito admirablemente", consideró sin embargo que "se habrían superado a sí mismos, si hubieran escrito en este florentino como esos tres", y reclamó para sí el derecho a escribir en florentino "sin cortar los nervios a la lengua, que son las propiedades", es decir, las frases vivamente expresivas. En una carta al sienés Belisario Bulgarini, afirmaba "que cada país debe escribir como habla, y hablar como lo hacen los nobles, aunque quizá menos bien que otro" (27 de julio de 1602).[103]

Los filólogos sieneses, siguiendo el insigne ejemplo de su máximo representante, Tolomei, profesaron en general la tesis de la lengua toscana: así Diomede Borghesi y Celso Cittadini, uno tras otro lectores de la lengua toscana en el Estudio de Siena. Orazio Lombardelli ponderó los méritos de las dos ciudades, y concluyó que "a voler dir lingua Toscana perfetta, si dee dir, come si dice in Fiorenza per proverbio, Lingua Fiorentina in bocca Sanese".[104] Un destello de vivo parroquialismo se encuentra en cambio en Scipione Bargagli (*Il Turamino*, Siena 1602), secundado por Adriano Politi y Belisario Bulgarini: pero tendremos ocasión de discutirlo en el capítulo IX.

En los frontispicios de muchas obras (sobre todo traducciones, en las que es necesario decir a qué lengua se traduce) encontramos a menudo la lengua indicada por un nombre que manifiesta de algún modo las opiniones del autor y del editor. El nombre más frecuente es *vulgar*, *lingua volgare*, *volgar lingua,* no pocas veces acompañado de epítetos

complementarios (*nostra vulgare*, lingua volgare *toscana*, *lingua vulgare fiorentina*) o laudatorios (*buona lingua volgare*, vulgare *elegantissimo*). Otros prefieren *esta lengua* o *lengua materna*. Muchos hablan del *toscano*, lingua *toscana, lingua tosca*, *thosco idioma*: y éstos son tanto toscanos como no toscanos partidarios de la lengua del siglo XIV (por ejemplo, Liburnio). Rara es la afirmación de lengua *florentina* y lengua *sienesa;* y también bastante rara lengua *italiana*, *lengua regulada italiana.*[105]

9. Gramáticos y lexicógrafos

El florecimiento del humanismo vernáculo hizo necesario disponer también de reglas precisas para la lengua vernácula.[106] Las reglas de la *lengua florentina* permanecieron manuscritas hasta nuestros días y, por tanto, tuvieron poca influencia. Los primeros gramáticos procedían del Véneto: mientras Pietro Bembo tardaba en presentar al público su *Prose della volgar lingua* (que no vio la luz hasta 1525), Gian Francesco Fortunio (un hombre de leyes de Pordenone, que había ocupado altos cargos en Trieste) solicitó en 1509 un privilegio al Senado veneciano para publicar un opúsculo de "regule grammaticale di la tersa vulgar lingua, cum le sue ellegantie et hortografia" (reglas gramaticales de la lengua vulgar, con sus ellegancias y ortografía), y en 1516 publicó en Ancona sus *Regole grammaticali della volgar lingua*, que se reimprimieron muchas veces en los años siguientes. La opereta consta sólo de dos libros, que tratan "il variar delle voci" (morfología) y "l'orthographia": el autor nunca publicó los otros tres libros que prometió, que debían tratar "delli più riposti vocaboli, della construttione varia delli verbi, della volgar arte metrica". Fortunio sigue el modelo de los gramáticos latinos, especialmente Priscianus, también para la terminología, y basa su ejemplificación en los tres grandes escritores del siglo XIV. Las páginas sobre ortografía prestan especial atención a instruir al lector sobre la grafía simple o geminada de las consonantes, una dificultad muy sentida por los norteños.

En la *Prosa della volgar lingua* (1525) de Bembo, la parte más propiamente gramatical está contenida en el tercer libro; y está siempre en función de una retórica y una poética basadas en la imitación. Así como quien quiere escribir con elegancia en latín imita a Cicerón en prosa y a Virgilio en poesía, en italiano hay que seguir sobre todo a Boccaccio en prosa y a Petrarca en poesía. Pero la ejemplificación no se limita a estos dos escritores: Dante se cita a menudo, aunque no siempre con elogio; Guittone y otros duecentristas no son infrecuentes. Los términos gramaticales, en consonancia con el tono discursivo que lleva el diálogo, se reducen al mínimo, y a menudo se sustituyen por indicaciones de apariencia menos técnica: el "infinitivo", por ejemplo, se denomina palabra *sin término*, el "imperfecto" *tiempo colgante*. Del verbo, Bembo admite cuatro *maneras, es* decir, "conjugaciones", como en latín.

El efecto producido por la *Prosa* de Bembo, como ya hemos mencionado, fue grande: muchos literatos se propusieron seguir sus reglas, y gramáticos menores compilar manuales conformes a sus principios. Tales son, por ejemplo, *Le tre fontane* (1526), de Nicolò Liburnio, que contienen listas de entradas tomadas de los tres grandes florentinos, mezcladas con observaciones gramaticales y retóricas.

En 1529, Trissino (que ya en 1524, cuando competía por la reforma ortográfica, dijo tener lista una gramática desde hacía "muchos años") publicó la *Grammatichetta,* que (salvo por la aplicación de los principios ortográficos del autor) es esencialmente descriptiva y se basa en paradigmas. Ese mismo año, Trissino publicó *Dubbii grammaticali*, que trata principalmente de cuestiones ortográficas.

El Véneto, como vemos, estuvo a la vanguardia al expresar la necesidad de una codificación gramatical de la lengua, y al preverla. Pero también en el sur de Italia se publicó en 1533 la *Grammatica volgar dell'Atheneo* (Marco Antonio Ateneo Carlino), que sólo contenía el primer razonamiento "Del Nome": la base de su canon era Petrarca, Sannazzaro y los *Asolani* de Bembo.[107]

A mediados de siglo, el número de tratados se multiplicó (Jacomo Gabriele, *Regole grammaticali, Venecia* 1545; Rinaldo Corso, *Fondamenti del parlar toscano*, Venecia 1549; Lodovico Dolce, *Osservationi nella volgar lingua,* Venecia 1550); y sólo entonces encontramos la primera gramática de un autor toscano, después de las *Reglas* Laurencianas del siglo XV: la de Giambullari, *De la lingua che si parla e scrive in Firenze.* En el tratado de Giambullari, publicado, como se ha dicho (p. 444), en 1551-52, encontramos varias

innovaciones terminológicas. Giambullari también llama *pendente* al imperfecto, *demostrativo al* indicativo, etc.; acuñó toda una serie de nombres nuevos para sustituir a los nombres griegos de las figuras gramaticales (aún no en uso en su época): *aggiugninnanzi (*prótesis), *aggiugninmezo* (epéntesis), *lev'innanzi* (aféresis), etc. Entre los numerosos tratados de la segunda mitad del siglo, cabe mencionar la extensa y farragosa compilación gramaticorretórica de Girolamo Ruscelli, *De' commentarii della lingua italiana libri sette*, Venecia 1581.

El problema más grave al que se enfrentan los gramáticos es la dificultad de formular en pocas palabras reglas claras y fácilmente accesibles, un uso que oscila mucho, tanto por el carácter intrínseco de la lengua como por la falta de consenso a la hora de reconocer una regla única. En muchos casos, los gramáticos acaban decantándose por una u otra de las formas en pugna, reduciendo así el abanico de opciones: y la elección recae sobre todo en las formas arcaizantes. Pero, sobre todo cuando se trata de gramáticos no toscanos, no dejan de suscitar el disgusto de quienes se consideran los únicos custodios legítimos del buen uso.[108] No obstante, existe un fuerte deseo de "reducir a los eruditos a seguir lo mejor con razón y autoridad, y así también la lengua a la unión".[109]

En algunos estudiosos, el interés por los problemas gramaticales forma parte de intereses filológicos más amplios y ricos. Ya conocemos la amplitud del horizonte de Claudio Tolomei.[110] Incluso los escritos de Castelvetro (*Giunta fatta al ragionamento degli articoli et de verbi di messer Pietro Bembo*, Módena 1563; *Correzione d'alcune cose nel* "*Dialogo delle lingue*" *di Benedetto Varchi*, *et una giunta* etc., Basilea 1572), a pesar de las sutilezas y argucias, muestran perspicacia y amplitud de intereses.

Con motivo de la revisión eclesiástica de Boccaccio, varios eruditos florentinos habían profundizado sus investigaciones filológicas sobre la lengua del siglo XIV. Importantes observaciones figuran en las *Annotationi et discorsi sopra alcuni luoghi del Decameron fatte dalli [...] Deputati sopra la correzione* (Florencia 1574), debidas a la pluma de Vincenzio Borghini, el "prior de los Innocenti", cuyas escasas obras publicadas y copiosas notas inéditas nos lo dan a conocer como un estudioso muy competente de la lengua del siglo XIV.[111] No menos importantes son los ya mencionados *Avvertimenti della lingua sopra il Decamerone* de Leonardo Salviati (1584-86), que contribuyeron a la orientación arcaizante de la naciente Accademia della Crusca.

En Siena, la enseñanza de Tolomei tiene algunos ecos en Diomede Borghesi (*Lettere familiari*, 1578-1603), Orazio Lombardelli (con numerosas obras, la más importante de las cuales es *Arte del puntar gli scritti*, Siena 1585), Celso Cittadini.

[112][113]Estos intereses filológicos (y similares estudios y discusiones francesas) están ligados a la primera y aún asombrosa investigación etimológica: dejando a un lado las rarezas por las que se hicieron famosos el *Gello* de Carafulla y las aberraciones de Giambullari, recordemos a Varchi y Ascanio Persio, en su *Discorso intorno alla conformità della lingua Italiana con le più nobili antiche lingue*, *e principalmente con la Greca*, Venecia 1592.

Las mismas aspiraciones que impulsaron la compilación de gramáticas condujeron también a la redacción de los primeros léxicos italianos.

Dejando a un lado los repertorios latino-italianos, los primeros vocabularios propiamente dichos no surgieron hasta después de las *Prosas* de Bembo. En primer lugar, tenemos los glosarios: las *Tres fuentes* de Liburnio (1526), ya mencionadas, consisten principalmente en tiras léxicas; Lucilio (o Lucio) Minerbi antepone un *Vocabulario* a su edición del *Decamerón* (1535).

El primer repertorio completo es el *Vocabulario di cinque mila vocabuli Toschi*, publicado en Nápoles en 1536 por un bizarro hombre de letras, Fabricio Luna. En él se leen errores muy extraños, como cuando Luna, habiendo leído en Ariosto que los franceses beben vino con gusto, quedando *como lasca all'esca* (es decir, cogidos como peces en un anzuelo), no entiende (porque no conoce ese pez llamado *lasca*), y adivina explicando 'favilla del foco'. Así que confunde '*estro'* con *'ostro'* y *'Delos'* con *'Delphus'*, y escribe *'limosina'* y *'luterano' con* apóstrofo. Pero al menos estos últimos son probablemente descuidos de su impresor, "John Sultzbach alimanno".

En la segunda mitad del siglo XVI se sucedieron diversas obras que respondían cada vez mejor a las necesidades lexicográficas: las de Alberto Acarisio (*Vocabolario*, *grammatica*, *et orthographia della lingua volgare*, Cento 1543), Francesco Alunno (*Le osservazioni sopra il Petrarca, Venecia* 1538; *Le ricchezze della lingua volgare sopra il Boccaccio*, Venecia 1543; *La fabbrica del mondo, Venecia* 1546-48), de Alessandro Citolini (*La Tipocosmia, Venecia*

1561), de Giovanni Marinello (*La copia delle parole*, in due parti, Venecia 1562), de Giovanni Stefano da Montemerlo (*Delle Phrasi Toscane*, Venecia 1566); la más afortunada de todas, el *Memoriale della lingua volgare* de Giacomo Pergamini (Venecia 1602), que siguió reimprimiéndose incluso después de que la Crusca hubiera publicado su vocabulario.[114]

En la tercera década del siglo comenzaron a aparecer las primeras rimas, la de Pellegrino Moreto o Morato, de Mantua, *Rimario di tutte le cadentie di Dante e Petrarca* (Venecia 1528), seguida por las de Giovanni Maria Lanfranco (Brescia 1531), de Benedetto Di Falco (Nápoles 1535) y luego por el de Girolamo Ruscelli, que ocupa una gran parte de su tratado *Del modo di comporre in versi nella lingua italiana* (Venecia 1559) y fue reimpreso numerosas veces en el siglo XVI y en los siglos siguientes.[115]

El interés por los proverbios (que ya había dado lugar en siglos anteriores a la recopilación de series proverbiales e ilustraciones novelescas, como la de Cornazzano) dio lugar a varias colecciones, como la muy extensa de Serdonati, aún inédita en gran parte, y la de Pescetti (Venecia 1598, reimpresa y rehecha varias veces).

10. Intervenciones de las autoridades. Labor de las academias

La ordenanza de Villers-Cotteret de 1539, tan importante para promover el uso del francés en lugar del latín en Francia, también se aplicó durante unos años en Saboya y en las partes del Piamonte ocupadas por los franceses.[116]

En 1560, Emanuele Filiberto promulgó un edicto similar, prescribiendo que en los asuntos jurídicos y administrativos ya no debía utilizarse el latín, sino la lengua vernácula, cada provincia la suya (es decir, el italiano y el francés según sus respectivos cargos).[117]

[118]En 1561, especificó en otro edicto que el francés debía utilizarse en el Ducado de Aosta, y se negó a acceder a las demandas para restaurar el uso del latín.[119]

Los intentos de influir en una solución unificada de la cuestión lingüística mediante intervenciones consensuadas o autoritarias se quedaron en meras ilusiones. [120]Un "consejo de la lengua" intentado en 1525 en Roma por Tolomei y Firenzuola no pudo llevarse a cabo; tampoco un segundo intento, realizado en noviembre de 1529 por el propio Tolomei, con motivo de la presencia en Bolonia de Bembo y un "bosque de gentiles ingenios".

Tampoco podían haber tenido mejor resultado las esperanzas expresadas por Di Falco en su *Rimario* (Nápoles 1535): "Quiera el cielo... que alguna signoria romana, como hoy la veneciana, con la consulta de los eruditos reforme el idioma italiano, y que sea una sola lengua común a todos, y que se use generalmente sin reproche, como hubo una latina en todo el mundo...".

Cabe mencionar aquí los tenaces intentos de Cosme I por promover el estudio de la lengua y regularizarla. [121][122]Davanzati, en su oratoria a la muerte del gran duque, resume así su labor: "creó la Accademia fiorentina, obtuvo a Boccaccio de Roma, solicitó a Machiavello; quiso regular la lengua vulgar florentina" (II, p. 469 Bindi).

En esta "política lingüística", Cosimo pensó ante todo en recurrir a una academia.

No hay que subestimar la labor de las academias en favor de los estudios vernáculos: una minuciosa investigación demostraría que fueron, en muchas ciudades, importantes centros de difusión de la literatura vernácula y, por tanto, de la lengua.

Ya en los Orti Oricellari había habido discusiones sobre la lengua, y ya la Accademia Senese, bajo los auspicios de Tolomei, había tenido la idea de una reforma ortográfica. Ahora Cosme pensaba utilizar una reunión privada de sabios (el Seggio degli Umidi, en torno al padre Stradino) y convertirla en un órgano de su régimen. Con un decreto del 23 de febrero de 1541-42 confirió a la Accademia Fiorentina la "autoridad honor y privilegios, grados salariales y emolumentos" del Rector del Estudio de Florencia (con su propio tribunal y jurisdicción sobre libreros, alumnos, etc.), para que los académicos siguieran las reglas de la Accademia.[123]), para que los académicos siguieran "sus doctos ejercicios, interpetrando, componiendo, y de toda otra lengua en este nuestro reducir" Cosme quiso que la Accademia fijara por escrito las "reglas de la lengua"; el 3 de diciembre de 1550 encargó a cinco de sus miembros (Giambullari, Gelli, Lenzoni, Varchi, Torelli) la tarea de redactarlas; Lasca castigó a los reformadores dando a conocer las expectativas del público:

Se les espera con gran confianza
estas reglas suyas por el pueblo,
pero que en poco tiempo todos esperan

escribir y favellar correctamente;

y de nuevo en 1564 Salviati, en su *Orazione* in lode della fiorentina favella, lo prometió ("De aquí saldrán los escritores, esta Academia dará las reglas de la lengua"); [124]Habiendo expresado de nuevo el Gran Duque su intención de hacer redactar las reglas, para ser leídas en las escuelas, Borghini, en carta a Baccio Baldini (28 de diciembre de 1571), dio algunos consejos, tras lo cual Cosme, el 2 de enero de 1572, escribió al cónsul de la Accademia para "hacer entender a Baccio Barbadori", a Bernardo Davanzati y Giovan Battista Cini que recopilaran las "reglas de la lengua toscana", consultando poco a poco con Vincenzio Borghini y Giovan Battista Adriani, "porque parece que la pureza de la lengua florentina está hoy muy corrompida, y que se corrompe cada día, lo que no parece ser para el honor de la ciudad".[125] Pero ni siquiera esta vez se cumplió el deseo del Gran Duque.

De gran importancia para la lengua fue la Accademia della Crusca.[126] Surgida de conversaciones amistosas, menos compasivas que las de la Accademia Fiorentina, entre sus diversas ocupaciones filológicas asumió la que sería su principal, la compilación de un gran vocabulario de la lengua. Se nos escapan las fechas de las primeras reuniones amistosas de la brigada *Crusconi*, en las que se celebraban *cruscate* (término que, como sus sinónimos *pappolata*, *pastocchiata*, *favata*, significaba "discursos sin pies ni cabeza"); la fecha de la fundación la fijan los fragmentos del diario de Trito (Piero de' Bardi) en 1582; pero mucho más importante es la transformación que se produjo cuando Salviati (admitido en octubre de 1583 entre los Crusconi), dijo, según el citado diario: "Ya no nos llamamos *Crusconi*, sino *Académicos de la Crusca*."

Fue el propio Salviati quien interpretó el nombre de *salvado en* otro sentido: "casi para decir que la Academia tenía que hacer una elección entre los buenos y los malos". Los primeros años estuvieron dominados por la actividad del Infarinato (los Salviati): baste recordar cuánto ruido hizo la polémica taxativa que dirigió. Transfirió a la Accademia no sólo sus opiniones sobre la lengua (prioridad de la florentina del siglo XIV), sino también la idea de una obra que se había propuesto realizar personalmente y que no pudo completar debido a su muerte en 1589: un vocabulario en el que esperaba recoger y declarar "todas las palabras y maneras de hablar que hemos encontrado en los buenos escritos que se hicieron antes del año 1400".[127] El 6 de marzo de 1591, la Academia discutió 'la manera de hacer un vocabulario' y se asignaron a los académicos las primeras tiras que debían confeccionarse.

En 1592 se habían reunido unas 1.300 entradas para la letra A. En 1597, todavía se debatían numerosas cuestiones técnicas ("Si se debe citar la autoridad de los modernos en las palabras de uso", etc.); mientras tanto, la expectación por el diccionario se había extendido (O. Lombardelli, *I Fonti toscani*, Florencia 1598, p. 61). La obra se publicó, como sabemos, en 1612, y tendremos ocasión de volver a hablar de ella en el capítulo IX.

11. Intentos de reformas ortográficas

Nos ocuparemos más adelante de los cambios ortográficos y de algunos refinamientos puntuales que entraron en uso a lo largo del siglo (por ejemplo, el apóstrofo y el punto y coma) (véase el § 14). Por otra parte, fracasaron algunos intentos más masivos de introducir nuevos signos para que el alfabeto latino se adaptara mejor a las necesidades fonológicas del italiano.

[128]Giangiorgio Trissino emprendió la tarea con fervor, con el objetivo de perfeccionar la ortografía italiana en tres puntos: la distinción entre las vocales abiertas y cerradas *e* y *o*; la distinción entre *i* y *u con* valor vocálico y con valor consonántico; la distinción entre *z* sorda y sonora. Para la primera distinción recurrió a las letras griegas ε y ω; para la segunda, a las variantes ya existentes en la escritura (*j*, *v*, *ç*). En cambio, renunció, por el momento, a la distinción entre *sorda y* sonora.[129]

Con estas innovaciones, Trissino hizo imprimir la *Canzone* a Clemente VII y la *Sophonisba* entre mayo y julio de 1524; y luego, en noviembre, la *Epistola de le lettere nuovamente aggiunte ne la lingua italiana*, que es el manifiesto de la ortografía reformada.

Por lo demás, la ortografía de Trissino es bastante conservadora. Conserva la *h etimológica, a* pesar de estar convencido de su inutilidad funcional, conserva la *x* y varios grupos consonánticos en los latinismos aún reconocibles como tales, y también *y*, *th*, *ph* en los griegos. También conserva, en esta edición, la etimológica *ti* y escribe *pronuntia*, *innovatione* etc. No le importa el doble sonido, velar y palatal, de *c* y *g,* y sigue escribiendo

cia ce ci ciò ciu, *ca che chi co cu,* y lo mismo para *g*. Tampoco para *gl*, *gn*, *sc hay* propuestas de innovación.

[130]La reforma de Trissini ya había empezado a discutirse desde la primavera de ese año; pero la tormenta se desató inmediatamente después de la publicación de *la Epistola*, con el *Discacciamento delle nuove lettere* (1524) de Firenzuola, la *Risposta alla Epistola del Trissino* (1524) de Martelli y el *Polito* de Tolomei, publicado (1525) bajo el nombre de un joven de Siena, Adriano Franci.[131] Nicolò Liburnio también se manifestó en contra de la reforma de Trissino al año siguiente (1526), en un breve diálogo al final de *Tre fontane*.

El único partidario de la doctrina de Trissino, y no muy bueno ni en fuerza argumental ni en claridad de estilo, fue Vincenzo Oreadini, de Perusa, en una carta en latín dirigida a su conciudadano Tommaso Severo degli Alfani (Perusa 1525).[132]

Trissino no se inmutó lo más mínimo por el eco desfavorable que despertó, hasta el punto de que en los últimos meses de 1528 y principios de 1529 comenzó a publicar de nuevo sus escritos, para los tipos de Tolomeo Gianicolo (un bresciano establecido en Vicenza), con algunas innovaciones más.

[133]Sólo la *Epistola* se reimprimió de Gianicolo con los caracteres del primer estilo; en el *Castellano*, compuesto e impreso poco antes de enero de 1529, en la traducción de *De vulgari eloquentia*, en los *Dubbii grammaticali*, en la *Poetica*, en la *Sophonisba*, en la *Grammatichetta*, en el rarísimo *Alfabeto*, todos impresos en los meses siguientes, se utilizan los caracteres del segundo estilo. En él:

sigue siendo válida *y* abierta;

ya no designa la *o* abierta como en la primera forma, sino la *o* cerrada*;*

se aplica para indicar la *s* intervocálica sonora*;*

designa el sonido *z;*

sirve para la consonante;

sirve para la consonante:

indica el paladar lingual (*dolja*, *lji*)

j

se aplica *chi*, seguida o no de vocal (*ki*, *kiamo, kiodo*, *genocki*).

i

También se utilizan caracteres especiales para las mayúsculas. Se confirma el uso de *x*, *y*, *h*, *th, ph,* para las entradas griegas y latinas. No hay novedades para *ch*, *gh*, *sc, gn*.

[134]A pesar de la pertinacia de Trissino, nadie aceptó sus innovaciones para las dos vocales *e* y *o ni* entonces ni más tarde; *j* y *v* sí entraron en uso, pero mucho más tarde, y sólo *v* para permanecer indiscutible: *ƒ* fue aceptada como signo ortofónico en algunos vocablos modernos (pero en paralelo con ʒ, lo que demuestra que la innovación se debe más bien a Tolomei o Giambullari que a Trissino).

El más notable de los escritos a los que dio impulso la *Epístola* de Trissino fue *el Polito* de Claudio Tolomei, del que es necesario partir para conocer el sistema de reforma ortográfica del erudito sienés.

Tolomei estaba tan convencido como Trissino de que el alfabeto latino se adaptaba imperfectamente a la lengua italiana; de hecho, afirma que él mismo y sus compañeros de la Accademia Senese Taverne disputaban "ya hace doce años o más" (*Polito*, c. 18 a). Se encargó un alfabeto completo, algunos lo utilizaron, y Trissino pudo enterarse: "si aquellos nobilísimos jóvenes lo apreciaran, le obligarían a quitarse esas plumas que se había puesto para parecer un pavo real" (*Polito, c*. 44 a).

Un particular no puede arbitrar la introducción de innovaciones tan grandes como las que la Academia no se atrevió a introducir en su tiempo: sólo podía llevar a cabo la reforma deseada mediante el consenso de los eruditos y la autoridad de los príncipes.

Tolomei señala los defectos y errores de Trissino (no se da cuenta de que las vocales átonas son cerradas, revela con sus transcripciones su conocimiento imperfecto de la pronunciación de ciertas palabras); le disgustan las letras griegas, etc. La actitud incierta y contradictoria del trattatello se deriva del contraste entre el consenso sustancial sobre la conveniencia de la reforma ortográfica y el resentimiento porque Trissino había dado el primer paso; también había cierto desacuerdo técnico.

Cartas de Tolomei de varios años después muestran que había compilado dos alfabetos diferentes: "uno para mantenerlo en secreto y disfrutarlo sólo con unos pocos amigos queridos, el otro para ampliarlo y dejar que siguiera su curso" (carta a Felice Figliucci, en *Lettere*, c. 224 b). La primera era "enteramente nueva [...] con bellos misterios y sutiles

advertencias" (carta a Alessandro Citolini, *ibíd., c. 121 b*), con letras trazadas de tal manera que se podía reconocer inmediatamente si era vocal o consonante, muda, líquida, etc. (carta de Fabio Benvoglienti a Mino Celsi, 15 de septiembre de 1547, *ibíd.,* c. 234 a), y no tenía ninguna aplicación práctica, también a instancias de Tolomei. En el segundo, no hay nuevas formas de letras, sino sólo variantes elegidas para no molestar a los que no quieren saber nada de estos problemas, y en cambio ayudar a los que se preocupan de distinguir las dos *o*, las dos *e,* las dos *s*, las dos *z*, y algunas peculiaridades, "de tal manera que todos estarán en riesgo de ganar, y no de perder" (ibid., c. 234 a). El alfabeto fue aplicado (salvo algunos olvidos) por Benvoglienti en la edición Giolitina de las *Lettere* (Venecia 1547); y esto queda plenamente ilustrado por la clave proporcionada por el propio Benvoglienti al principio de la *Tabla*. [135]La inclusión inapropiada de algunas cartas políticas en el epistolario causó grandes disgustos a Tolomei y Benvoglienti, y les obligó a justificarse laboriosamente ante las autoridades sienesas; en las ediciones posteriores de las cartas no hay rastro de las peculiaridades ortográficas introducidas en la edición de 1547.

Mientras tanto, en 1544 habían aparecido dos obras con indicaciones ortofónicas. Un pequeño tratado de Marsilio Ficino sobre el amor platónico (escrito en latín por Marsilio y luego traducido a *la lengua vernácula* por él mismo) titulado *Marsilio Ficino sopra lo Amore o ver' Convito di Platone*, se publicó en Florencia en 1544: el editor, bajo el nombre de Neri Dortelata, en una larga carta a los "Amatori della lingua fiorentina" explica por qué se esforzó en hacer "inteligible la Pronunzia florentina ... sin haber alterado la escritura de tal manera, que cualquier otro hombre no pueda hacer uso de ella como antes". Pero probablemente nunca existió un individuo con el nombre de Dortelata, y la letra del pequeño volumen se debe a Pierfrancesco Giambullari y Cosimo Bartoli (que abre el volumen con una breve dedicatoria al duque Cosimo, con una exhortación a seguir "dando espíritu a los estudiosos de esta lengua").

Las indicaciones ortofónicas se refieren en primer lugar al acento, que se marca en todos los polisílabos de forma aguda; en las palabras truncadas y en los monosílabos tónicos hay circunflejo. La *e abierta* se indica con un pequeño gancho en la esquina superior derecha, la *o abierta* con un carácter más grande. La vocal *u se* distingue de la consonante *v.* La i sorda se utiliza para la *i* semiconsonante o simplemente diacrítica (*blanca*, *como*, *piaggia*). [136]La *s corta indica la* sorda, la *s larga la* sonora; y análogamente la *z* corta indica la sorda y la *z* caudada la sonora. El método, en definitiva, es intermedio entre el de Trissino y el de Tolomei, que quizá ya conocieran Giambullari y Bartoli.[137] La obra de Giambullari, *De'l Síto*, *Fórma & Misúre dello Infèrno di Dánte*, se publicó también el mismo año bajo el nombre de Neri Dortelata y con el mismo alfabeto.[138]

Muchos discutieron el nuevo método, muy pocos se adhirieron a él.

[139]Al método de Tolomei se remontan los expedientes ortofónicos adoptados por Citolini en su gramática, aún inédita en gran parte, dedicada hacia 1565 a Lord Hatton, pero probablemente compuesta mucho antes, y el aplicado por Giovanni Florio en sus obras para la enseñanza del italiano a los ingleses.[140]

Ruscelli también había preparado el manuscrito de sus *Commentarii* con indicaciones ortofónicas del tipo de las dadas por Tolomei, pero la obra se publicó tras su muerte sin esas indicaciones.

Giovanni Andrea Gilio, en sus *Due dialogi* (Camerino 1564, cc. 32-33) propuso utilizar mayúsculas para la *e* y la *o* abiertas *(huOmo*, *pOrto*, *lascerEbbe*, *farEbbe*).

Vincenzo Buonanni, probablemente siguiendo el ejemplo de Dortelata ("algunos de nuestros antiguos [...] colocaron una *t delante* de la zeta, y escribieron *belletza*, *patzo*, *matza & spetzo*", p. 25), imprimió un *Discorso sopra la prima cantica del divinissimo theologo Dante d'Alighieri...* (Florencia 1572) en el que la única peculiaridad es el uso del digrama tz para la z (gratzia, accortetza, altzare, metzo, etc.). (Florencia 1572) en el que la única peculiaridad es el uso del digrama *tz* para *z* (*gratzia*, *accortetza*, *altzare*, *metzo* etc.).[141]

[142]La lista de 29 letras que encontramos en un manuscrito de Varchi (ms. Rinucc., filza 9, inserto 23), el inventario de 32 "pronzie" dado por Salviati en *Avvertimenti* (I, III, I, part. III), la lista de 35 "caratteri degli elementi de la favella Toscana" dada por Giorgio Bartoli en su tratado *Degli Elementi del parlar toscano* (Florencia 1584), no representan intentos de introducir nuevos signos en el uso general, sino inventarios de fonemas italianos.

Debido a un cúmulo de circunstancias, pero fundamentalmente al carácter fuertemente conservador del entorno literario, los intentos de reformar la ortografía habitual fracasaron.

12. Aceptación de la norma

Hemos visto cómo las normas gramaticales y léxicas tienden hacia un rigor cada vez mayor. Unos pocos precursores establecen los preceptos, la gran mayoría se esfuerza, con resultados más o menos felices, por seguirlos; sólo una minoría no obedece la tendencia general o incluso reacciona ante ella.

La importancia adquirida por la edición contribuye decisivamente al establecimiento cada vez más riguroso de la norma: las obras de autores vivos y más aún las de autores muertos son objeto de revisiones lingüísticas a veces muy fuertes. A principios de siglo, las intervenciones son aún esporádicas, pero algunas son distinguidas y llenas de consecuencias (pienso en el trabajo conjunto de Bembo y Manuzio con las ediciones del *Canzoniere*, 1501 y de la *Commedia*, 1502). Más tarde, la actividad de los tipógrafos, editores ellos mismos o asalariados por los editores, se convirtió en una verdadera profesión: Dolce, Domenichi, Ruscelli, Porcacchi y Sansovino prepararon numerosos volúmenes para la imprenta, retocándolos más o menos según su gusto y sus opiniones gramaticales.

No hay que olvidar que los tres grandes clásicos también ejercen su influencia no bajo una apariencia genuinamente decimonónica, sino con una grafía algo más humanista. Por citar sólo un ejemplo, he aquí cómo aparece en el autógrafo de Petrarca un verso del primer soneto del cancionero petrarquista:

Quādera ī parte altruom de ql que soy

y así se lee en la edición de 1501 editada por Bembo y en la de 1521 editada por Vellutello:

Cuando era en parte otro hombre de eso, que soy.

[143]Por lo general, los editores procuran que la ortografía sea más regular, la puntuación más rica y racional; pero a veces se sustituyen arcaísmos, dialectalismos y latinismos excesivos, con un método que nos parece intolerablemente arbitrario, aunque a veces se respalde con la afirmación gratuita de que los propios autores habrían corregido así sus obras.[144]

Bastantes revisiones de textos se deben a los propios autores, y a menudo es posible discernir qué correcciones se deben a un cambio de concepción, cuáles a la adaptación a un nuevo gusto estilístico, cuáles a la aceptación de normas gramaticales prescritas como imperativas.

Algunos escritores meridionales, como Sannazzaro y Cariteo, retocaron sus textos; entre los escritores septentrionales, las revisiones más conocidas son las de Castiglione y Ariosto.

La laboriosa formación lingüística de Castiglione fue reconstruida por Cian y luego por Ghinassi con el estudio de los numerosos manuscritos de Castiglione que han llegado hasta nosotros, entre los que destaca el manuscrito laurentino del *Cortegiano* (que es un apógrafo de 1524, con correcciones manuscritas de Castiglione y del bembí Giovanni Francesco Valerio).[145]

Pero el ejemplo más distinguido del paso de un ilustre "paduano" vernáculo a un toscano literario es el de Lodovico Ariosto, un paso sobre cuyas etapas estamos bastante bien informados. Nos queda una rica correspondencia de Ariosto, y conocemos muchas de las modificaciones que hizo a las comedias y sátiras; pero sobre todo podemos comparar las tres ediciones de *Orlando furioso* completadas por impresores bajo su supervisión (pero sin su satisfacción) en 1516, 1521 y 1532.[146]

El texto de 1516 sigue estando muy influido por el ilustre valle del Po (aunque es mucho más toscano que *Orlando innamorato* o *Mambriano*). En consonantismo, hay mucha oscilación en el uso de dobles; en el uso de *c y z* delante de *e* e *i* (*roncino* es más frecuente que *ronzino*); en el uso de *sc*; comunes son los tipos *giaccio*, *giotto* e *iusto*, *Iove*. Abundan los latinismos léxicos: *cicada*, *crebro*, *dicare*, *difensione*, *mal dotato*, etc. Cierto arrepentimiento es evidente en la errata corrige: Ariosto redacta dos pasajes en los que había utilizado *mano en plural* (se le escapa un tercero, que corregirá en la segunda edición).

Las revisiones para la edición de 1521 son relativamente pocas: por ejemplo, *volgo* cambió a *vulgo*, *ciucca* a *zucca*, *perse* a *perdette,* etc.; pero más interesantes que las correcciones introducidas en el texto son las intenciones expresadas en la errata-corrige: desea haber escrito no *summo* sino *sommo*, no *reverire* sino *riverire*, no *devere* sino *dovere*, no *volontieri* sino *volentieri*, no *parangone* sino *paragone*; desea *di* y *del* y ya no *de* y *dil,* etc.

Las correcciones de los fragmentos autógrafos, las de los Cinque Canti y las de la edición de 1532 se hacen en esta misma línea, pero con mucha mayor amplitud y firmeza tras la

publicación de la *Prosa* de Bembo (1525). Para algunas peculiaridades Ariosto procede con decisión deliberada, para otras con más vacilación, tanto que a veces retrocede. Todo el trabajo de corrección está dominado por la adhesión al gusto y a la gramática de Bembo: pero esta adhesión no es servil ni consecuente, porque Ariosto no es un gramático sino un poeta (¡y los poetas se distraen a menudo!).

Introduce los diptongos *uo* e *ie* muchas veces (*rueda*, *escuela*, *hijo*, *truova*, e *viene*, *priego*, *tibio*). *Dreto se* cambia siempre por *atrás*; viceversa, corrige *atrás* por *schena*.

La duplicación se acerca mucho más al uso toscano que en las dos primeras ediciones (sin embargo, también cambió *comodità* por *comodità*, *uccellator* por *ucellator*, *verone* por *verrone*, etc.).

La x (*experimento*, *ejemplo*; en fragmentos autógrafos, *exempio* o *essempio*) se omite en la mayoría de los casos.

La serie *gianda*, *giotto* persiste también en la edición de 1532. Predomina el tipo *mare*, *just*, *Jupiter* (excepto en algunos prenombres: *Iocondo*, *Iulio*).

[147]El uso del artículo se ajusta casi siempre a las reglas y la práctica de Bembo: se abandona *el* por *el*, y en el plural *y* por *i*; delante de *s* se introduce impura *lo*; los grupos *en lo*, en *la*, *en l'* se sustituyen por *nel*, *ne lo*, *ne la* (o de otro modo, si el verso no lo permite).

Las partículas pronominales también se utilizan en la actualidad.

En el presente de indicativo, las formas en -amo -emo -*imo* suelen cambiarse por -*iamo*. Los imperfectos de primera persona en -*o* (*ero*, *andavo*, *potevo*) se abandonan por los de -*a*, en contra del uso del florentino hablado, pero de acuerdo con las prescripciones de Bembo.[148] El cambio de *presto por tosto* también se debe a ellos.[149]

También hay pruebas directas de la deferencia de Ariosto por el ilustre maestro: la carta que le dirigió el 23 de febrero de 1531 ("Estoy a punto de terminar de revisar mi *Furioso*: entonces vendré a Padua para conferenciar con Vuestra Santidad, y aprender de vos lo que no soy capaz de saber"), y los versos en su honor añadidos a la edición de 1532:

Allí veo a Peter
Bembo que nuestro puro y dulce idioma,
Elevado del uso vulgar lúgubre,[150]
Como diosas, nos ha mostrado con su ejemplo
(XLVI, st. 15).

Si, una vez terminada la revisión, aún quedaban en el poema algunos rasgos povales o latinizantes, en conjunto la fisonomía de la tercera edición de *Orlando se ajustaba* al tipo del toscano literario. Un escritor maldito como Lasca también celebra la lengua de Ariosto:

Pero dónde, dónde queda Ariosto
que bien no nació florentino
tan florentino la subasta arresta
¿quién puede decirse que es su paladín?[151]

Junto a las revisiones realizadas por los propios autores (de las que el ejemplo más destacado es el que acabamos de ver), existen numerosas revisiones de obras anteriores realizadas para adaptarlas a las nuevas exigencias estilísticas y gramaticales: a veces con cierta delicadeza, a veces con mano dura.[152]

Desgraciadamente, falta una exploración amplia de las ediciones del siglo XVI con la mirada puesta en estos retoques: los pocos ejemplos que daremos aquí muestran el interés que podría tener la investigación.

[153][154]Si la lección en la que el imolés Girolamo Chiaruzzi (el Claricius) presentó la *Amorosa visione* de Boccaccio en su edición de 1521 se basa en una segunda redacción de la que se han perdido otros vestigios, o si se trata de una nueva versión debida al Claricius, aún no está definitivamente establecido: lo cierto es que, incluso en la primera hipótesis, el imolés introdujo numerosos cambios gramaticales, métricos y estilísticos.[155]

Un desconocido introdujo en 1526 una serie de correcciones gramaticales y léxicas en el manuscrito autógrafo de la *Fenice* y en el canzoniere de Lorenzo Spirito, que aún se conserva en Perusa, destinadas principalmente a eliminar peruginismos y latinismos (*ive*, *ogge* corregidos por *ivi*, *oggi*, *longo* por *lungo*, *satisfare* por *sodisfare* etc.), así como otras modificaciones sugeridas por un gusto petrarquista más refinado.[156]

El texto de las *Istorie del Regno di Napoli* de Pandolfo Collenuccio fue publicado por Ruscelli en 1552 con muchas modificaciones "al encontrarlo lleno de desviaciones y errores en la lengua y en otras partes": así, ya no tenemos *exprobrare*, *eversioni*, *instrutti*, sino *rimproverare*, *rovine*, *informati*, etc.[157]

El texto, todavía muy teñido de milanés y lleno de latinismos, de la *Patria Historia* de Bernardino Corio (Milán 1503) fue remodelado con poco respeto por Porcacchi (Venecia 1554).

La Spiritata de Lasca puede servir de ejemplo de las correcciones que hacían los impresores: en 1561, Giunti publicó la comedia en Florencia, e inmediatamente después Rampazetto la reimprimió en Venecia, cambiando *uffizio*, *benefizio* por *ufficio*, *beneficio*, *qualunche* por *qualunque*, *doppo* por *dopo*, *sopperire* por *sopplire,* etc.[158]

La *Chronica de Mantua* de Mario Equicola (s. 1., 1521) había sido corregida por Francesco Sansovino en 1574; un texto "reformado según el uso moderno de escribir historias" fue publicado en Mantua por Francesco Bernardino Osanna en 1607 (y de nuevo en 1608 y 1610).

Mucho más allá de los retoques gramaticales y léxicos están los remakes de Boiardo: junto al remake más famoso, el de Berni (terminado en 1531 y publicado en 1541), que tuvo tres siglos de éxito, está el de Domenichi (1545).[159]

En otros casos, al observar que el lenguaje de los textos antiguos es difícil, el editor añade glosarios.

El deseo de ajustar la lengua a las reglas gramaticales, cada vez más rigurosamente prescritas, llevó a algunos escritores a someter uno de sus escritos a uno competente: Cellini solicitó la revisión de Varchi, Vasari la de Caro, pero ambos encuestados se limitaron a unas pocas sugerencias; Miguel Ángel sometió algunos de sus poemas a la revisión de Giannotti y Riccio. Guarini pidió la opinión de Salviati sobre *Pastor fido,* y aunque hizo poco caso de las observaciones relativas a la acción, aceptó casi todas las sugerencias lingüísticas.[160]

Si la adaptación a la norma gramatical es una tendencia ampliamente sentida en toda la Italia periférica, los toscanos no son tan entusiastas al respecto: si hay Guicciardini que, como hemos visto, se preocupa por las reglas bembescas, muchos son reacios: [161]por ejemplo, Aretino protesta "por las notomías que todo pedante hace de la favella toscana", Grazzini, en el Principio della *Strega*, se queja de que "la poesía italiana, sea toscana, vulgar o florentina, ha llegado a manos de pedantes" (*Teatro*, p. 186 Grazzini).

13. El italiano fuera de Italia

En la segunda mitad del siglo XV y durante todo el siglo XVI, alcanzando quizá su apogeo en la primera mitad del siglo, cuando los ejércitos franceses, españoles, suizos e imperiales pisotearon la península, la cultura italiana en todos sus aspectos (no sólo el arte y la literatura, sino también la ciencia, la moda, los juegos) ejerció una enorme influencia en toda Europa.

El comercio se ejerce por innumerables vías además de las dos más importantes de la guerra y el comercio: son italianos que emigran poniendo sus habilidades al servicio de soberanos extranjeros (Colón, Vespucio, Caboto; Leonardo, Cellini), son princesas que van a cortes extranjeras como novias (Caterina de' Medici en Francia, Bona Sforza en Polonia), son clérigos y laicos que emigran abjurando del catolicismo (Ochino, Vergerio, los Morata, los Socini, los Burlamacchi, Alberico Gentile, los Citolini, Michelangelo Florio); son españoles o franceses encargados de funciones gubernamentales, que vienen a estudiar a nuestras universidades más famosas, que viajan por educación, por salud, por placer en la península, que practican sus artes en Italia (como el belga Orlando di Lasso, maestro de capilla en Letrán). En Lyon, en Londres, en otros lugares, muchos libros se imprimen en italiano.

La literatura italiana está reconocida como una de las grandes literaturas clásicas, al mismo nivel que el latín y el griego, y ejerce una enorme influencia en las literaturas regeneradas por el soplo del Renacimiento. Pensemos, para Francia, en la escuela de Lyon o en Margarita de Navarra, para España en Boscán y Herrera, para Inglaterra en Wyatt, Sidney y Spenser.

Petrarca está en todas partes y aparecen nuevas formas métricas calcadas de las italianas (soneto, terza rima). Se multiplican las traducciones de libros italianos: Castiglione, Bandello, Leone Ebreo, Maquiavelo y muchos otros autores pueden ser leídos en las principales lenguas europeas incluso por quienes no saben italiano.

Pero en las clases altas, saber italiano es signo de distinción, de refinamiento. Carlos V lo habla y lee los libros de Giovio en italiano; Francisco I conversa en italiano con Benvenuto

Cellini; Isabel de Inglaterra se entusiasma con nuestra lengua y es capaz de escribir cartas en ella; Montaigne escribe su diario de viaje en italiano, empezando por su estancia en Bagni di Lucca y terminando en Moncenisio.

La moda del italiano llega al punto de encaprichamiento en algunos, y naturalmente encuentra impugnadores. En la reivindicación del español de Luis de León se oyen los ecos de Bembo; en *Deffence et Illustration de la langue françoyse* de Joachim du Bellay se encuentran los argumentos del *Dialogo delle lingue* de Sperone Speroni.

Al servicio de los eruditos italianos, comenzaron a publicarse gramáticas: Jean-Pierre de Mesmes publicó una *Grammaire italienne composée en françois* (París 1548), siguiendo el modelo de Bembo; William Thomas compiló las *Principal Rules of the Italian Grammar*, *with a Dictionarie for the better understandyng of Boccace*, *Petrarch and Dante*, Londres 1550; Giovanni Mario Alessandri dibujó *Il Paragon della lingua toscana e castigliana*, Nápoles 1560.

Como a menudo la lengua más familiar para los extranjeros cuando llegan a Italia es el latín, el napolitano Scipione Lentulo (1567) y el florentino Eufrosino Lapini (1574) escribieron gramáticas latinas para uso de los extranjeros; y el galés John David Rhys (Rhoesus), que vivió unos años en Italia, publicó un *De Italica Pronunciatione et Orthographia libellus* (Padua 1569).[162]

[163]Giovanni Florio (hijo de Michelangelo Florio, que había emigrado por motivos religiosos y era autor de un libro de gramática titulado *Regole de la lingua thoscana*), compuso tratados para la enseñanza del italiano, el *First Fruites* (1578), el *Second Fruites* (1591), y un diccionario italiano-inglés titulado *A Worlde of Wordes* (1598).[164]

El primer vocabulario italiano-español y español-italiano, de Cristóbal de las Casas, *Vocabulario de las dos Lenguas toscana y castellana*, Sevilla 1570 (reimpreso varias veces), y el primer italiano-francés y francés-italiano, de Giovanni Antonio Fenice (Phénice, Félis), *Dictionnaire françois et italien* e viceversa, Morges y París 1584 (otras ediciones, a partir de Ginebra 1598, llevan el nombre del revisor P. Canal).

También son dignas de mención las ediciones políglotas de Calepino y las colecciones de coloquios en varias lenguas.[165]

A estas importantes posiciones italianas en el continente europeo se unen las del Mediterráneo. [166]En primer lugar, están las posesiones directas de Venecia, especialmente en el Adriático : pero aún más importante es el prestigio. Mientras que en las cortes de los países continentales, observa Muzio, es posible hacerse entender en italiano, y en algunas incluso en latín, en el Levante el latín es desconocido y predomina el italiano: "Ve a la Corte del Señor de los Turcos, encuentra a alguien que sepa latín: encuentra a alguien que sepa latín: encuentra a alguien que sepa latín cerca del Rey de Túnez, en el reino de Garbo, de Argel, & en otros lugares; encontrarás nuestra lengua por todas partes".[167] En los países de dominio directo, pues, los súbditos deben aprender veneciano (o italiano teñido de veneciano) "por la necesidad de comparecer ante los tribunales de los magistrados en razón".[168]

[169]En las relaciones con los turcos, el italiano era de uso bastante común: la cancillería florentina, que había escrito al Gran Turco en griego en 1501, le escribió en italiano en 1508, en 1528: también hay textos italianos de correspondencia y tratados con otros países.[170]

Dadas estas circunstancias, la penetración de palabras italianas en las lenguas europeas continentales y mediterráneas fue muy fuerte durante este periodo.

14. Escritura a mano

A continuación examinaremos rápidamente los principales rasgos gramaticales y léxicos de esta época, prestando especial atención a las novedades con respecto a los siglos anteriores. Y empezamos por la ortografía (y la puntuación).[171]

A principios de siglo, treinta años después de la impresión de los primeros incunables, la situación ortográfica, tanto en los escritores como en los libros, sigue siendo muy caótica. La ortografía que la influencia humanística había impuesto a la lengua vernácula, es decir, la ortografía etimológica, prevalece definitivamente: *h* donde la tiene el latín, *ti* por *zi*, digramas (*ch*, *th*, *ph*) en las palabras griegas, grupos consonánticos latinos no asimilados (*ct*, *pt*, *x*, *ps* etc.), algunos ejemplos esporádicos de *ae*, *oe.* Pero, sobre todo gracias a la intervención de un gran editor y filólogo, las condiciones estaban a punto de cambiar. [172]En

1501, Aldo Manuzio il Vecchio publicó *Le cose volgari di Messer Francesco Petrarca*: el original sobre el que se realizó la edición aún nos queda, y es el manuscrito Vat. 3197, editado por Pietro Bembo. [173]En comparación con el autógrafo de Petrarca, Vat. 3195, la Aldina está en parte más latinizada y en parte menos. Bembo tomó la *h* (*ho*; autogr. *o*), la *ti* (*spatio*, *gratia* como en el autogr., pero también *topati;* autogr. *topaçi*), los digramas griegos (*cethera* "cetra", autogr. *cetera*), pero en cambio representó decisivamente la asimilación de los grupos consonánticos (*tt,* non *ct*, *pt*): una peculiaridad que es, si se quiere, una vuelta a lo que era la ortografía dominante en Petrarca, pero que marca un alejamiento decisivo de la ortografía dominante de aquellos años. También encontramos este método aplicado por Bembo en los *Asolani* (1505); y el método fue ganando terreno, aunque lentamente, de modo que a mediados de siglo podemos considerarlo de considerable prevalencia. La *x* también se abandona casi por completo en este periodo, sustituyéndose por *ss*: el único punto que da lugar a divergencias notables es la serie de entradas que tenían en latín *ex-* y que al principio se transcriben también con *-ss-* (*essempio* etc.), mientras que más tarde, a través de oscilaciones que duran todo el siglo, pasan a *-s-*.

En cambio, las demás peculiaridades, la *h, el* grupo *ti* y los digramas griegos, sobre todo en los nombres propios, se mantuvieron más o menos estables en la primera mitad del siglo, salvo en los reformadores más radicales (Trissino y Tolomei tendieron a eliminarlas, aunque con métodos diferentes y con cierta acomodación al uso; los grabados de Neri Dortelata siguen una ortografía sistemáticamente fonética: la *h* y los digramas se suprimen y los digramas se sustituyen por *zi*). Pero, en la segunda mitad del siglo, los toscanos abandonan progresivamente todas estas peculiaridades latinizantes; por el contrario, el Norte y el Sur se muestran mucho más reacios a abandonar las grafías tradicionales, que ofrecen a los escritores la ventaja de apoyarse en el latín. [174]En cuanto a la *h,* Ariosto, según el testimonio de Giraldi, ya había dicho que "quien eleva la H al *hombre* no se sabe hombre y quien la eleva al *honor* no es digno de honor". Y si *Hercole* viera que se la quitaban de su nombre, se vengaría de la persona que se la había quitado, golpeándole la cabeza con una maza'. Bruno atribuye a un pedante toscanófilo (De *la causa*, I, p. 167 Gentile) la intención de suprimir la *h,* y lo deja en mal lugar. En cuanto a la *z*, tanto en las voces cultas que tenían en latín *ti* (como *gratia* = *gracia*), como en las que tenían *ti* precedida de una consonante como *actione* (= *azzione* = *acción*), hubo agrias discusiones en los últimos años del siglo entre los toscanos partidarios de la *z* y los no toscanos, que en general se oponían.[175]

Como consecuencia del abandono de las peculiaridades gráficas latinizantes, se producen o más bien se revelan varios homónimos. Ciertas distinciones que se mantenían, al menos para el ojo, por la grafía, desaparecen y, en consecuencia, o bien subsisten en la lengua dos palabras (homófonas y homógrafas) con significados diferentes (por ejemplo, *atto* de *acto* y *atto* de *apto*), o bien los inconvenientes de la homonimia conducen a la eliminación de la menos utilizada de las dos voces (*ortho* de *ortus*, *externo* de *hesternus*, *corrección*, *dirección* de *correptio*, *direptio*, mientras que *ortho* de *hortus*, *externo* de *externus*, *corrección*, *dirección* de *correctio*, *directio* sobreviven).

Las oscilaciones son bastante frecuentes en el uso de los dobles, sobre todo cuando el toscano no concuerda con el latín. No hay que olvidar que en el norte de Italia las dobles son casi desconocidas en la pronunciación dialectal: por eso los gramáticos, empezando por Fortunio, dedican gran atención a este punto. A lo largo del siglo no se distingue entre *u* y *v* ni entre las distintas funciones de la *i*, a pesar de los intentos realizados en este sentido, aunque en distintas direcciones, por Trissino, Tolomei y Dortelata.

La separación de palabras sigue siendo incierta a principios de siglo cuando se trata de proclíticos (*libros* o *ilibri*).

Una notable contribución a la claridad ortográfica es la introducción del apóstrofo, debida a Bembo y Manuzio. El signo, aceptado siguiendo el ejemplo del griego en la escritura de la lengua vernácula, para indicar la elisión, aparece por primera vez en el Petrarca aldino de 1501, y penetra muy lentamente en el uso; a mediados de siglo está generalmente aceptado, y sólo quedan fluctuaciones entre el ámbito de la elisión y el del truncamiento, y para algunas peculiaridades menores (*su'l* etc.).

Los acentos gráficos se inspiran también en el uso griego, como se desprende de la preferencia dada a la aguda en el interior de las palabras (en los raros casos en que se escribe) y a la grave al final. [176]Tras algunas apariciones esporádicas en el siglo XV (véase p. 357), es introducido por Bembo y Manuzio en los *Asolani* (1505), que tienen la grave en la terminación algunas veces (*menò*, *altresì*; pero también *amista*, *castita* etc.) y el acento en el interior algunas raras veces (*restío*).

Incluso la puntuación, muy escasa en los manuscritos y caótica en los impresos a principios de siglo, se fue enriqueciendo y regularizando, y en conjunto a finales de siglo era muy similar a la actual, y había encontrado tratadistas que la regulaban minuciosamente.[177]

En la escritura, la puntuación sigue siendo escasa y confusa durante más tiempo. "Ariosto conoce el punto (que también sirve para la coma y el punto y coma), la coma y el punto doble (que son equivalentes), el interrogativo, el paréntesis, el acento y el apóstrofo; pero apenas los utiliza en la escritura habitual".[178] Guicciardini sólo conoce la coma (en la forma /), los dos puntos (aplicados también para el punto y coma y el punto final al final de una frase), el punto final (sólo al final de un punto), el signo de interrogación, pero los utiliza muy escasamente.[179]

Son también los tipógrafos más autorizados los que abogan por una mayor regularidad y uniformidad: tratadistas como Dolce y Lombardelli ya lo advierten.

Junto a textos con puntuación somera (con sólo punto y coma; o con punto, dos puntos y coma) encontramos textos con puntuación elaborada. [180]En el Petrarca aldino aparece, al parecer, por primera vez el punto y coma, para indicar una pausa intermedia entre la coma y los dos puntos. Bembo lo utiliza (y lo utilizará en obras posteriores) en muchos casos en los que hoy usaríamos la coma simple, sobre todo delante de proposiciones relativas.[181]

En la edición aldina de los Carmi dell'Augurello latinos (1505), el punto y coma se utiliza con una función diferente: aparece al final de cada letra como pausa absoluta.

Cabe señalar que el punto se utilizaba para marcar dos pausas diferentes: la que se hacía al final de una proposición seguida inmediatamente de otra (en cuyo caso se denomina "punto menor" o "punto móvil", y tras él se encuentra el minúsculo), y la más larga, al final del punto ("punto final").

El signo de exclamación ('afectuoso') llegó muy lentamente a distinguirse del interrogativo y a imponerse en el uso. [182]Aldo Manuzio lo describió claramente, pero sin utilizarlo en sus ediciones.

Giambullari, Dolce, Ruscelli y Salviati dedican varias páginas a la puntuación; Orazio Lombardelli la trata con amplitud y minuciosidad a veces pedantes.[183]

15. Sonidos

Incluso en lo que se refiere a las peculiaridades fonéticas, las divergencias son muy fuertes a principios de siglo, mientras que se nivelan en gran medida a medida que se impone una norma gramatical. [184]Los toscanos diferían de los norteños y de los sureños, los prosistas de los poetas; pero incluso si comparamos el uso de dos florentinos cuyos autógrafos nos han llegado, Cellini y Guicciardini, podemos discernir diferencias apreciables.

El diptongo todavía prevalece en el tipo *truova*, *pruova* (de hecho tenemos una *trova* corretto en *truova* en Guicciardini: Spong. LXXXIII); *brieve* está en Maquiavelo y Cellini, pero en Guicciardini predomina *breve*.

La alternancia entre formas diptongadas en la tónica y formas monoftongadas en la atonal es bastante respetada por los toscanos: Varchi (*Hercolano*, p. 143) y Salviati (*Avvert.* I, III, parte. III) observaron la regla y la prescribieron.[185] Fuera de Toscana, en cambio, la analogía viola a menudo la alternancia.[186]

La terminación de *-er-* a partir de *-ar-* es normal en Florencia y sus alrededores, mientras que en Siena y Arezzo persiste *-ar-*.[187] En las series de futuros y condicionales, se imponen las formas en *-erò*, *-erei*, de acuerdo con las prescripciones de los gramáticos.[188]

Algunos escritores septentrionales o meridionales todavía se adhieren a las formas en *-arò*, *-arei* (como Giovio en sus cartas, etc.); pero como Vergerio usaba *invocarò*, *pendarò*, *trovarete,* Muzio le reprocha la transgresión (*Battaglie*, c. 51 a): evidentemente se le escapó que las formas futuras en *-erò* eran de origen florentino.

Mientras que aquí la serie destacó por su valor morfológico, en otros casos (por ejemplo, en los tipos *-eria*, *-erello*, etc.) las formas en *-er- tuvieron* un camino menos fácil. Los propios gramáticos no llegaban a comprenderlo: por ejemplo Salviati (*Avvertimenti*, I, III, II, parte. XI), aunque encuentra ambas formas en Boccaccio, prefiere *Barberia* a *Barbaria porque* le parece que esta última "lleva el extranjero dentro". Castiglione escribe *vecchiarella*, Valeriano habla de los *jóvenes dottarelli*, Ariosto en la ed. de 1532 utiliza *pescarecci* y

vecchiarel, pero *Bulgheria*, el sienés Piccolomini *vestarella*, Pietro Aretino *petrarchescaria*, mientras que Muzio acuña el término *fiorentinaria*.

Un punto en el que sigue habiendo mucha fluctuación es la adaptación de latinismos con *u* corta: *vulgo/volgo*, *conjunción/conjunción*, *traducción/tradición* (Contile), *suggetto/sujeto*, *sustanza/sustancia*, *facultà/facultad*, *capitulo/capítulo*, etc.

En los latinismos que contenían *au* se había extendido una pronunciación *al* (*laldare*, *aldace)* que Castiglione, Valeriano, Muzio y Lombardelli consideraban una rareza florentina que no debía imitarse.

La *yod* inicial de la palabra en los latinismos se conserva, ahora se traduce con *g* palatal (*iocondo/giocondo*, *Iulio/Giulio* etc.).[189]

[190]Las alternancias en el uso de las palatales sibilantes (*bacio/bascio*) son ya raras; no faltan las vacilaciones entre sorda y sonora (*brugiare* por ejemplo en Caro; *spaginare* en Vasari); fuera de Toscana, la *g* palatal se sustituye a menudo por la doble (*malvaggio*, *raggione* en la carta de Raffaello y Baldassar Castiglione sobre las antigüedades de Roma, *caggionare* en Bruno, etc.).

Existen oscilaciones entre el tipo *cingere* y el tipo *cignere* (*aggiugnere*, *dipigne*: Guicciardini; *istignere*: Cellini; *cignerò*: Cecchi etc.), que a los gramáticos les costó entender.[191]

El tipo *mugliare*, *ragliare*, *Figline* gana en este siglo *mugghiare*, *ragghiare*, *Figghine*, como reacción a la pronunciación campesina del tipo *migghia* por *millas*.[192]

La lucha entre formas plebeyas y civilizadas se da también en Toscana en las series *esclavo/stiavo*, *hielo/diaccio* (*stiavo*: Maquiavelo; *stiaccia*, *mastio*: Cellini; *diacere*, *diacitura*: passim; *diaccido*: Soderini etc.); y quedan algunas huellas de ella (*mastio* como término de fortificación, *diaccio* etc.).

[193]En cambio, la alteración que había empezado a manifestarse en Florencia en los grupos *l* + cons. (*aitro*) no dejó huellas.

De los fenómenos de fonética sintáctica, algunos quedan un tanto borrados por la estabilización ortográfica debida a la imprenta (*a ellos*, el *rey,* aunque la pronunciación toscana es *laurel*, *irré*).

En los truncamientos, cuando una *m está en* la terminación, suele cambiarse por *n* (salvo delante de una labial): *possian dire*, etc.[194] En el caso de los enclíticos, la asimilación se sigue practicando ampliamente: por ejemplo, para *r* + *l*: *vedetta*, *cascallo*, *fermallo* (Ariosto, *Orlando furioso,* in rima); *pensallo*, *lasciallo*, *ristorallo* (Maquiavelo, *Mandragola*); *vedello* (Lasca); *vedelle* (Tasso, *Ger*. *lib*., in rima).[195]

Hasta qué punto se puede o se debe truncar en prosa y en verso es objeto de muchas discusiones, ya que es casi imposible establecer reglas. [196]En prosa, mientras que las costumbres espontáneas toscanas se reflejan en textos familiares, en los escritores no toscanos se deja sentir a veces la influencia de las formas de Boccaccio: por ejemplo, "quella *perfezion*, qual ch'ella si sia" en la dedicatoria del *Cortegiano*. Ruscelli considera que decir "signore giusto" y similares sin truncamiento "sería muy feo, et come proprio del parlar' abbruzzese" (*Commentarii*, cit., p. 155).

[197]La legitimidad de truncamientos como los de Ariosto "Il signor, o 'l *tiran* di quel castello", "*Mirabil* voci e *sollazzevol* balli", o el de Tasso en *Gerusalemme liberata* "Amico, hai vinto: io ti *perdon...*, perdona" (infelizmente cambiado en la *Conquistata* por "Amico hai vinto; e perdono io, perdona") se discute en verso.

16. Formularios

La eliminación de las variantes morfológicas es en general bastante fuerte, y se debe en gran parte a los gramáticos.

En la morfología del sustantivo, se observa la estabilización tardía del paradigma *la* mano/le *mani*: la forma etimológica *le mano*, utilizada por Ariosto en el primer borrador, se elimina posteriormente; la forma analógica *la* mana/le *mane* es utilizada por Cellini.[198]

En el plural de los sustantivos en *-ca* y *-ga,* y en los adjetivos correspondientes, la oscilación, debida a la influencia latina, es muy fuerte, y encontramos numerosos ejemplos contrarios a los patrones que se consolidarían más tarde: *pratice* (Ariosto), *famelice* (Ariosto), *diabolice*, *filosofice*, *grece* (Doni), *Filippice* (Speroni), etc.

La oscilación para sustantivos y adjetivos en *-co* y *-go* es también muy fuerte: *equívoco* (Tolomei), *sindachi* (Nardi), *distichi* (Baldi), *diptongos trittongi* (passim), *diálogos* (Contile); *pratichi* (Salviati), etc.[199]

Para el artículo, en la primera mitad del siglo hay algunos ejemplos de *el* también en florentinos: Cosimo firma a menudo *el duca di Fiorenza*. Pero luego acaba imponiéndose el uso de *il,* que es la forma recomendada por los gramáticos.[200] La distribución de *il* y *lo* codificada por Bembo (*Prosas*, p. 91) incluye también los tipos *de 'l* y *lo*' *nganno*; delante de *s* implícita los gramáticos (Bembo, Varchi, Muzio, Salviati) recomiendan *lo*, pero de hecho encontramos numerosas excepciones. Delante de *z se* usa *el*. Bembo (*Prosa*, p. 92) prescribe *lo* después de *per* e *messer*; pero la regla está lejos de encontrar un consenso general (*per il passato*, per il *futuro,* Gelli; *per il passato*, Lenzoni; *perilche*, Giambullari; per il *contrario*, Guicciardini; per il *fango* accanto a *per lo suo buon verso* en las *Annotazioni* dei Deputati etc.; en otro nexo postconsonántico *far lo satrapo*, Caro); en Ruscelli (*Commentarii*, cit, p. 516) ya suena provinciano ("abruzzese") para el *Papa*; Montemerlo elogia a Aretino por haber escapado a la "superstición" de usar *lo* dopo *per*, mientras que Salviati (II, II, XXII) admite *que está* "favorecido por la voz de nuestro pueblo, que nunca dice otra cosa" y le *achaca el* "moderno estilo cortesano". *En la,* combatido por Bembo (*Prosas*, p. 155), perdió mucho terreno: y Ariosto lo eliminó a menudo en su revisión.

Para el plural, la distribución es análoga a la del singular: *e* está en fuerte regresión, etc. En cuanto a la oscilación entre *li* y *gli,* Salviati (II, II, XXII) discute que Bembo tenga razón al preferir *li* a *gli*, Ruscelli (*Commentarii*, cit., pp. 511-512) recomienda no usar *gli* cuando otra *gli* está cerca.

Para los numerales, seguimos teniendo numerosas formas para indicar 2: *duo*, *dui*, *doi, duoi*, *due, du'*, *dua*. Los distintos autores utilizan mayoritariamente dos o tres formas ahora promiscuas, ahora según el género del sustantivo siguiente, según la colocación del numeral (antes del sustantivo o después) y a veces según el sonido inicial de la palabra siguiente (*du'* antes de una vocal). Hay cierta tendencia en los poetas a distinguir *duo para el* masculino y *due para el* femenino, según la regla latina y ejemplos frecuentes de Petrarca (*duo amanti*, 115, 1; *due rose fresche,* 245, 1): es la regla que siguen Ariosto (no sin excepciones, y con el logro de que los plurales en *-a* signifiquen mayoritariamente *dua*: dua *dita*, *dua corna*) y Tasso. En prosa *dua* abunda en los florentinos (Maquiavelo, Gelli, Guicciardini) y se les reprocha (cf. Salviati, *Avvertimenti,* I, II, 19); *duoi* es también más bien del florentino hablado. La Crusca, abandonando toda distinción de género, recomienda *due en* prosa y *duo* en verso.

Un punto en el que los gramáticos no consiguen imponerse es el ostracismo que conceden a *Él* y *Ella* como sujetos. Ni siquiera la hostilidad con que varios de ellos impugnan el nuevo valor alocutivo de *Ella* y Él consigue oponerse a la oleada de la alocución en tercera persona. Pueden distinguirse tres fases de expansión:[201] En la primera fase (que tiene lugar principalmente en el siglo XV), el uso de los pronombres *quella*, *ella*, essa, *questa*, *lei se* generaliza en referencia a alocuciones abstractas como *Vostra Signoria*, *Vostra Magnificenza* etc. (alocuciones que triunfan en el siglo XV). (En la segunda fase *(*primeras décadas del siglo XVI), el uso de los pronombres *'señor*' a todos (véase p. 494) se populariza por influencia española, y el tratamiento de '*señorío' se generaliza*, dejando paso a uno solo, *Ella/Lei* (con *Ella* como sujeto y *Lei* para complementos con preposición; pero también con *Lei* como sujeto); en la última fase (mediados del siglo XVI) la alocución adquiere una fisonomía propia, intermedia entre *Voi* y la *Vostra Signoria* completa.[202]

El para 'a ella', frecuente en el uso, es reprochado por Ruscelli, Strozzi y Salviati, *el* para 'a ellos', también frecuente, es reprochado por Varchi.[203]

Gliele, como forma para todas las clases y números, es recomendada por Bembo (*Prosa*, p. 110 Dion.) y se encuentra a menudo (incluso bajo la forma más popular *gliene* o *gnene*); pero a finales de siglo Strozzi recomienda evitarla (*Osservazioni*, publicado como apéndice de Buonmattei).

Se empezó a utilizar en este siglo, sobre todo en el sur de Italia (por ejemplo, en Bruno) y es un españolismo.[204]

El demostrativo *cotesto* es mal empleado por los no toscanos: por ejemplo, Bandello, hablando de sus propios escritos, habla de "*cotesta* sorte di novelle" (*Proemio*, Parte I), o evitada (véase el testimonio de Ruscelli, *Commentarii*, cit., p. 132).

El posesivo enclítico del tipo *fratelmo*, *màtrema*, que ya en el uso toscano se limita a unos pocos ejemplos y a los estratos más bajos de la población, aparece sólo en algunos textos populares (en comedias de Maquiavelo y Cecchi, en modismos citados por Doni); los gramáticos, que encuentran algunos ejemplos en Dante y Boccaccio, explican las formas, pero las desaconsejan ("bassissima voce": Bembo; "per lo più parlare di volgo": Varchi; "voci plebee": Citolini); incluso en el uso plebeyo toscano desaparecieron pronto.

En cuanto al verbo, se eliminan progresivamente algunas de las formas surgidas en el siglo XV y que seguían teniendo cierta boga a principios de siglo. Así, se recuperan las formas de tercera persona del plural del presente de la 1ª conjugación en *-ono* (*pensono*, *s'ingannono*: Maquiavelo; *prestono*, *somigliono*: Gelli etc.).[205]

Los imperfectos en *-o* (*-avo*, *-evo, -ivo*, *ero*) son utilizados exclusivamente por los escritores florentinos más espontáneos (Cellini); otros escritores oscilan entre *-o* y *-a*, y los no toscanos obedecen de buen grado a los gramáticos (Bembo, Trissino) que sólo admiten -*a*: fue así como Ariosto pasó, en la última revisión del *Furioso*, a las formas *-a.* En la segunda persona del plural, la forma en *-avi*, *-evi*, *-ivi*, ampliamente atestiguada en el uso vivo (voi *davi*, Cellini; *voi potevi*, Gelli; *voi havevi*, Doni; *voi gli volevi dare*, Bramante), es condenada por Salviati.

Las formas de 3ª pers. del imperfecto cong. en *-ossi*, *-essi*, *-issi* (*mancassi*, *volessi*, Maquiavelo) son aborrecidas por los gramáticos (Tizzone Gaetano se burla de ellas en su edición de Poliziano).

En el condicional, las formas en *-ia se* limitan ahora a la poesía, salvo algunos ejemplos en prosa (en Cellini, Vasari: ¿quizá por aretinismo?).

Las formas de los perfectos fuertes en *-ono* (*scrissono) dieron* paso en la segunda mitad del siglo XVI a las formas en *-ero*, a las que Bembo y otros gramáticos habían dado vigor.[206]

Los paradigmas son mucho menos estables que los actuales y abundan las formas aberrantes (perfectos débiles como *vivette*, Varchi; *morette,* Davanzati; participios como *fonduto*, Cellini, etc.). Y aún mayor es la oscilación en los escritores periféricos: por ejemplo, en el pasado remoto y en el condicional, las formas en *-assimo*, *-essimo*, *-issimo* (*noi andassimo* "andammo", *noi potressimo* "potremmo") afloran con los norteños, a pesar de la advertencia de Bembo; con los escritores meridionales encontramos todavía infinitivos, participios y gerundios con afijos plurales ("*per essemo* essi usciti in campo a spasso": Bruno, *De la causa*, I, p. 150 Gentile; "avendono quelli a spasso", I, p. 150). 150 Gentile; "*avendono quelli a* sue male spese imparare": Bruno, *Cena delle ceneri, I, p. 25* Gentile etc.).

La construcción tranquila *y pacíficamente, que el* italiano antiguo había poseído pero que no había sido adoptada por los principales escritores del siglo XIV, reaparece ahora en el uso, especialmente en la Cancillería: Varchi escribe en el Libro V de su *Storia fiorentina* "muy *larga y particularmente* (para usar esta nueva forma de hablar)", y esta nueva introducción en el uso nos hace estar seguros de que se trata de un hispanismo.[207]

17. Construye

Todavía se utiliza mucho en el siglo XVI en la afijación con el *de,* junto al tipo con el demostrativo ("*esa* cigarra de Brígida": Gelli), el tipo con el artículo simple ("*el* simple del puercoespín": Firenzuola; "*el* pico de su marido"; "*el* fastidio de su cuñado": Bandello).[208]

El uso del artículo con elipsis de sustantivo, como ejemplifica un pasaje de la dedicatoria de *Orazia de* Aretino a Paulo III (1547): 'la vida de Jesucristo y la vida de *la* Virgen María, y *la* vida de Tomás de Aquino' o en una carta de Parabosco ('Esta mañana he tenido *la* de V.S.': *Lettere*, Venezia 1546, e. 19 a), es sin duda un españolismo.

Tutti puede ir seguido del sustantivo sin el artículo: *tutti mali*, *tutti corpi* (Tejón).

Los comparativos y superlativos se presentan a veces todavía con adverbios intensivos: 'lo *que* es *mejor*' (Bembo, *Prosa,* p. 42 Dion.), 'bebe siempre *los peores* vinos' (Aretino, *Cortig*., III sc. 6).

El pronominal enclisi al principio de las proposiciones sigue predominando, sobre todo en los escritores arcaicos (por ejemplo, Bembo), pero ya los ejemplos negativos se alternan con los positivos (*si può*, *ti ringrazio*, ma *dirotti* en la misma escena de *Pinzochera*, I, esc. 6, de Grazzini).

En los pares pronominales, el tipo *se gli* (*si ellos*), *se le*[209] es más frecuente que gli *si*, *le si*; el tipo *lo mi*, *la mi etc.* es más raro que *me lo*, *me la* etc:[210] Sin embargo, no faltan ejemplos.[211]

En las construcciones participiales absolutas, el participio suele permanecer en masculino singular: "fatto Pasqua" (Bembo, carta de 1503), "stracciato la scritta e licenziato Nicodemo" (Grazzini, *Spiritata*, I, sc. 3), "restato la femmina contenta" (Doni, Nov. XIII), "gli operai, vistosi in vergogna" (Vasari), "conchiuso le proposizioni a rovescio" (Davanzati), etc.

La tendencia a la periodicidad sostenida, y por tanto a la subordinación compleja, es demasiado conocida para que la discutamos aquí (tanto más cuanto que un examen analítico requeriría un discurso demasiado largo). Se avanza mucho en la construcción del acusativo con el infinitivo.[212] La acción consciente de los gramáticos, con los escrúpulos de claridad que introduce, hace retroceder bruscamente la elipsis de las *cláusulas* relativas y declarativas; sin embargo, todavía hay ejemplos de ellas ("de lo que hay de bueno": Maquiavelo; "traición había hecho a su señor": Vettori).[213]

En las proposiciones concesivas, sin *embargo,* se utiliza casi siempre con el indicativo, *aunque* con el subjuntivo: "le quali cose *se bene piacevano* allo universale" (Guicciardini, *Ricordi*, C 21 Spongano), "[Guido] non poteva, *sebbene gli dispiace*, tenere le risa" (Vasari, *Vita di Buffalmacco*).[214]

18. Coherencia del vocabulario

En este párrafo y en los siguientes sólo podemos tocar algunos fenómenos más generales, por supuesto, sin poder detenernos en la peculiar fisonomía que adquiere el léxico de los individuos según el timbre de su personalidad.

El conocimiento del vocabulario durante el siglo XVI se amplió considerablemente, tanto por la cantidad de vocabulario dominado por personas de alguna cultura como por el creciente número de éstas.

Los toscanos tienen la ventaja de poder contar con su léxico patrimonial, y muchos de ellos buscan con curiosidad palabras y frases pintorescas (algunas de las cuales son apenas inteligibles para los no toscanos, y son aceptadas por ellos sólo hasta cierto punto). Los norteños y los sureños se entregan a sus dialectalismos en menor medida. Para mantenerse en el terreno firme de la tradición escrita, son mucho más proclives que los escritores toscanos a aceptar los latinismos.

Las afirmaciones programáticas distan mucho de coincidir con el uso real: el "lombardo" Castiglione tiene, en general, pocos lombardismos y el arcaizante Bembo tiene, como ya señaló Caro, muchas voces que no habían sido utilizadas por Boccaccio.

La lengua del siglo XVI conserva muchas palabras que, juzgadas desde el punto de vista actual, parecen arcaicas, pero que estaban muy vivas entonces y sólo fueron sustituidas en los siglos siguientes: pensemos en elementos como *estufa* "baño público" o *suministro* para "acabado". Otras palabras, en cambio, estaban ya en decadencia, y sólo permanecieron en uso en el lenguaje de las clases bajas.

Los intercambios entre regiones, asegurados por una civilización literaria activa, son siempre animados y contribuyen a igualar las diferencias. Sin embargo, los literatos tienden a separarse de la vida, a hacer casi una casta de sí mismos. El ambiente se va haciendo cada vez más cerrado, pesado, conformista: buscan lo serio, lo heroico, lo pomposo. Los latinismos y españolismos se espesan.

La importancia concedida a los modelos del siglo XIV consolidó un número considerable de duplicaciones, que los gramáticos justificaron de algún modo atribuyendo a cada una una porción de uso: aquellas distinciones entre formas populares y más o menos literarias por las que los grandes escritores del pasado se habían regido según su gusto, se convirtieron ahora en objeto de prescripciones más o menos estrictas. No sólo se distingue

entre palabras adecuadas para la prosa y palabras adecuadas para la poesía, sino entre palabras más o menos adecuadas para determinados géneros literarios.

La aparición de cosas nuevas, el conocimiento que se adquiere de ellas, la elaboración de nuevos conceptos y el cambio del ángulo de visión hacen que aparezcan muchas palabras nuevas y que muchas otras cambien de significado.

Por lo que respecta a la vida civil y social, he aquí algunos ejemplos. *Estado, que,* refiriéndose a la política, aún tenía el significado de "régimen" en el siglo XIV, a partir de finales del siglo XV se refería cada vez más al "territorio" sobre el que se ejercía un señorío, y Maquiavelo contribuyó a aclarar este significado de la palabra, que se generalizó en Europa en el siglo XVI.

También de este siglo es la difusión de la *raison d'état*, basada en la frase clásica *ratio reipublicae*.[215]

El término *democracia* aparece contrastando, en los primeros ejemplos en los que aparece (Francesco Baldelli, etc.), con los de *monarquía* y *aristocracia*, según la conocida tripartición aristotélica.

Signore, el título que antes sólo se daba a la persona o personas que ejercían el poder (el *señorío*), se extendió mucho, debido a la influencia española: Ariosto se quejaba en su sátira dirigida a su hermano Galasso (1519) de que dieran este título incluso a extranjeros y cortesanas:

"Señor", voy a decir - "hermano" ya no se utiliza
desde la cobarde adulación española
¡pon al señor en el burdel! -
"Señor" (si estaba bien hilado)
Diré

(vv. 76-80).

Y *dama* podía significar en el siglo XVI, sin ningún otro epíteto, 'cortesana'. Además, el propio término '*cortesana' adquiere* un significado despectivo precisamente por su uso eufemístico en ese siglo.

El adjetivo *galante* (que entró en el italiano en el siglo XV procedente del francés, pero no sin influencias españolas concomitantes) expresa las múltiples cualidades del hombre de mundo: la cortesía se combina con la elegancia, el refinamiento, la probidad, una amabilidad a veces ceremoniosa, a veces atrevida con las mujeres; el *galantuomo* es un tipo de perfección social (y entre las cualidades acaba prevaleciendo la probidad).

En el *campesinado,* la noción de "trabajador" predomina ahora sobre la de "habitante del campo".[216]

El deterioro de la vida monástica que llevó a la colación de las anualidades de varias abadías como beneficios eclesiásticos hizo que *abad quedara reducido* a un simple título: "he aquí un señor que tiene un hijo de diez años que es *abad*" (House, *Prose*, II, p. 35).

El sustantivo *bravo* designa a un "hombre varonil" (Giannotti), con "el cuchillo al cinto" (Doni): una figura característica de la vida de esta época, a menudo representada en las escrituras;[217] *bravare*, *bravata*, *bravura,* son también de esta época.[218]

Las habilidades más valoradas en esta refinada civilización se consideran *virtudes*: de ahí el nuevo significado de *virtuoso* nacido en las cortes y aplicado a artistas, hombres de letras, cantantes.[219]

El establecimiento de usos teatrales estables conduce a la concreción de una terminología precisa: en *el Nigromante* de Ariosto, los versos terminales de la edición de 1520 son sustituidos, ocho años más tarde, por otros en los que la forma es más expeditiva y la terminología renovada:

Ahora
con alegres *aplausos*, oh *espectadores*, *pretendan*
que no te importara este cuento.[220]

Espectadores también aparece como término consagrado en el remake de Berni, que es de aquellos años.

Peripezia, referida por primera vez a las vicisitudes de la trama teatral en las discusiones aristotélicas (Speroni, etc.), se aplica más tarde a las vicisitudes de la vida (Sassetti); *catástrofe se* remonta probablemente también a la *Poética* de Aristóteles.

Las figuras y los nombres de varias máscaras teatrales también tomaron forma en el siglo XVI: *Zanni, personificación* del campesino bergamasco llegado a Venecia, *el Magnifico*, personificación del anciano veneciano (al que poco después se atribuyó el nombre de *Pantalone*), *el Dr. Graziano*, con los rasgos del médico boloñés, *el Capitano* (*Cap. Spavento*,

Cap. *Fracassa*, *Cap*. *Matamoros*) mayoritariamente napolitano o español, etc. En la máscara de *Arlequín,* un comediógrafo italiano que estuvo en París hacia 1570-80 (posiblemente el bergamasco Alberto Ganassa) fusionó los rasgos de la figura tradicional de *los Herlequinis* (degeneración bufonesca del *mesnie Hellequin*, procesión de los condenados, conocida desde el siglo XI)[221] con las características de los *Zanni*.

La costumbre y el vocabulario de *improvisar* (en varchi también *provvisare*) surgieron en este siglo.

A principios del siglo XVI se fija, al parecer, el significado musical de *concierto*.

Se dan muchos nombres nuevos a danzas nuevas: recordemos la *moresca* y la *pavana* (véase p. 534).

En Roma nacieron las *pasquinate*, sátiras adheridas al torso de Pasquino, y en Venecia los primeros *avisos* y *gacetas* manuscritas (llamadas así por el nombre de la moneda que bastaba para pagar un ejemplar).

El nuevo ducado de ceca tomó el nombre de *zecchino* en Venecia (1543).

El nombre de *humanista*, destinado a adoptar más tarde múltiples significados, aparece (en latín a finales del siglo XV, en lengua vernácula a principios del XVI) como término escolástico para designar a quien enseña *las humanae litterae*.

El renacimiento no tomará su sentido periodístico moderno hasta el siglo XIX: pero Vasari se propone ya escribir sus *Vidas* distinguiéndolas en tres épocas, "desde el *renacimiento* de estas artes hasta el siglo en que vivimos" (Prefacio Parte II: II, p. 95 Milanesi).

El gótico, tomado del nombre de los godos, considerados los principales subversores de la civilización romana, fue aplicado por los humanistas a la arquitectura ojival, que consideraban "bárbara".

Pedante, forjado como nombre decoroso del repetidor que acompaña a los escolares, puede tener aún valor objetivo ("Pierfrancesco pratese, stato *pedante* del duca": Segni), pero la burla de Aretino, Caro y Grazzini acaba por darle una connotación despectiva; y despectivos son todos los derivados (*pedantuzzo*, -*eria*, -*aggine*, -*esco*, -*are*).

El término *gusto*, *buon gusto*, se trasladó en España de las sensaciones corporales a los sentimientos estéticos, y también se aceptó en Italia en este sentido ('l'aver avuto in poesia buon *gusto*' en el conocido verso de Ariosto, *Orlando furioso*, XXXV, st. 26).

Mientras que *Accademia adquiere* ahora firmemente, como hemos mencionado, su significado moderno, *Liceo* y *Museo dan sus* primeros pasos desde las antiguas cartas a la realidad: una reunión de eruditos en Roma en casa de Claudio Ptolomeo se denomina *Liceo,*[222] Paolo Giovio llama *museo a* su propia villa de Como, con una colección de retratos.[223]

Las convulsiones provocadas por la Reforma y luego la restauración católica tienen numerosos ecos. Se utilizan nombres como *luterano* (al principio también *luterano*), *hugonote*, *protestante* (elegido como más objetivo, menos "odioso" que *luterano*);[224] se designan nuevas instituciones católicas (por ejemplo, *capuchinos*, *jesuitas*).

El nombre de *gueto* pasó de Venecia a otras ciudades, ya que los judíos se veían obligados a residir en un barrio aislado.

A los que no observan la religión se les acusa fácilmente de *ateísmo*.

El nuevo rigor instituido por la Contrarreforma condujo a la *depuración de* muchos libros: los nombres de *suerte*, *destino*, *fortuna* y similares se eliminan a veces o se sustituyen por *Providencia*; *divino*, que se había utilizado en las últimas décadas del siglo XV y principios del XVI con increíble abundancia,[225] retrocedió rápidamente cuando la Contrarreforma se hizo sentir;[226] frases como per *Dio*, *per la tua fede*, e incluso *vatti con Dio* se evitan por miedo a molestar; ciertos nombres odiosos se sustituyen por perífrasis (ya no se habla de Maquiavelo, sino del *Secretario florentino*); con ocasión de la "puesta en orden" del *Decamerón*, los revisores romanos quisieron que se suprimieran expresiones como *belleza eterna* y *non potere* (que parecían negar el libre albedrío). Pero no faltan huellas lingüísticas de reacción ante la hipocresía rampante, como la acuñación de *collotorto* o la connotación despectiva dada a *chietino*.

En los diversos estados, la organización de los cargos adquiere aspectos modernos: pero como cada estado es autónomo, las instituciones, incluso las similares, aunque sean de nueva creación, suelen tener nombres diferentes. Las *congregaciones creadas* por Sixto V para el gobierno del estado de la Iglesia no son muy diferentes de lo que en otros estados se llamaban *consejos*, *juntas*, *alguaciles*, etc.; Emanuele Filiberto creó un *senado* en Turín y otro en Chambéry (correspondientes a los "parlamentos" franceses).

La expansión de la organización burocrática hace que se acuñen muchas palabras y construcciones nuevas; y el estilo y el vocabulario chocan a los literatos tradicionalistas.[227]

Incluso la abundancia de tecnicismos no agrada a los literatos, que prefieren lo tradicional y lo genérico: en cambio, los especialistas, que sienten su necesidad, no dejan de defenderlos. Ramusio, después de haber hecho ciertas observaciones sobre un diálogo (latino) de Fracastoro (1548), expresó su oposición a aceptar algunas de ellas: le parece contrario a la verosimilitud "dar a la persona de Navagero, su eloquentia, y no usar ciertas distinciones dialécticas y escolásticas, que no oyen los que se usan en los estudios humanos, pero aquí hay que considerar si el Diálogo las sufrió o no, pues veo a Platón lleno de ellas".[228]

Lomazzo (en la conclusión del *Trattato dell'arte de la pittura*, Milán 1584, p. 680), se defiende de la acusación de haber utilizado términos técnicos, tal vez semidialectales: "En cuanto a las palabras menos aprobadas, son tan propias de este arte y, por consiguiente, tan significativas para los pintores, que no podían en modo alguno tratar de entenderlas, queriendo ser inteso: pues con otra palabra sola no era posible significar lo mediano, y queriendo circunscribirla con muchas, se llegaba antes a intrigar las cosas que a aplicarlas.

Me gustaría poder presentar algunas de estas terminologías, teniendo en cuenta los incrementos y reajustes que sufrieron a lo largo del siglo; ya se tratara de artes figurativas o de música, de artillería o de metalurgia, los resultados serían importantes.[229]

Me contentaré con dar un breve esbozo de la terminología gramatical. Es evidente que palabras que ya se utilizaban en la gramática latina se trasladaron a la gramática italiana: así encontramos en Bembo *vocal* y *consonante*, *sílaba*, *sustantivo*, *verbo*, *género*, *número*, *pretérito condicional*, *pasiva,* pero muchos otros términos que también aparecen en los gramáticos contemporáneos (*apócope*, *síncopa*, *transitivo*, *adverbio,* etc.) se buscarían en vano en la *Prosa*. En cambio, es evidente un cierto esfuerzo por recurrir a palabras del lenguaje común para sustituir términos que debían de parecer demasiado técnicos (*género masculino*: *voz participante* por *participio*; *tiempo colgante* por *imperfecto*; *proposición o signo de caso* por *preposición*, etc.) (cf. p. 452).

Giambullari también acepta varios de los términos tradicionales (*sustantivo*, *verbo*, *pronombre*, *subjuntivo, participio,* etc.), pero para otros se muestra reacio: no habla del modo *indicativo*, sino del *demostrativo o pronunciativo,* y acuña toda una serie de palabras nuevas para las figuras gramaticales y retóricas (*aggiugninnanzi*, *aggiugninmezo*, *aggiugninfine* para *prótesis*, *epéntesis*, *paragoge*, *rompepalabras* para *tmesi,* etc.) (cf. p. 453).

En los capítulos de la gramática para los que no existía una terminología latina firme, hay muchas incertidumbres: mientras Dolce y Salviati llaman *coma a la* coma (y Toscanella a la *coma*), Giambullari y Lombardelli llaman *coma a* los dos puntos. Salviati llama punto *y coma a* nuestros dos puntos, mientras que Lombardelli llama *punto* y coma al punto y coma, etc.

Por otra parte, aquellos términos que cuentan con el apoyo de las correspondientes palabras latinas o griegas van ganando terreno a las innovaciones propuestas, "pues si se dice *pronombre*, *participio*, *conjunción, se* entiende mejor por la mayoría, que si se dice *vicenome*, *participio*, *conjunción, etc.*" (Salviati, *Avvertimenti, Parte* I, Proemio del III libro).

Para acuñar nuevos términos se recurre a las fuentes habituales. Tenemos algunas onomatopeyas nuevas: el juego del *tric trac* mencionado por Maquiavelo, y "un *tric trac* di pianellette" en Piccolomini; *bronfiare* en Aretino, *barbandrocco* en un soneto de Caro, etc.

Los sufijos siempre fértiles son *-ezza* (*rarezza*, Caro), *-ità* (*medesimità*, Borghini; *petrarcalità*, Caro; *sororità*, Corbinelli), *-mento* (il Muzio, *Battaglie*, c. 54 a, se queja de los demasiados resúmenes de Castelvetro en *-mento), -erta (petrarcherie* y *bemberie,* Lasca), *-ale* (*invierno)*, *-ario* (*banquero)*, *-esco* (*concubinesco,* Davanzati), *-ile (fratile*, Nelli) etc.)

Imitando a Boccaccio, Bembo había forjado numerosos adjetivos en *-evole* (*difendevole*, *diportevole*, *noievole*, *sirocchievole*, etc.); el sufijo es también muy frecuente en Giovio (*cartellevole*, *salamandrevole*, etc.); y precisamente para satirizar la imitación de Boccaccio forjó *boccaccevole* (Tasso, Cecchi, Salviati).

Entre los prefijos son muy fértiles *in-* (*indefenso*), *anti- (antisátira*), etc. *Pseudo-* ya tiende a llevar prefijos: *pseudogazza*, *pseudolaude* (Giovio).

No faltan las formaciones parasintéticas (*attoscaneggiare*, Tolomei; *imparnasare*, *spoetarsi*, Caro; *svescovato*, Muzio) y directas (*complimentare*, *statuare*, Cellini; *ghiribizzare*, Vasari; *concerto* tratto da *concertare* etc.).

Entre los compuestos, junto a las numerosas formaciones del tipo imperativista habitual ("esos *minuzzapetrarchi*, *lambiccaboccacci* y otros *straccalettori*": Firenzuola), tenemos

varias formaciones latinas (*piovifero*, Alamanni; *moltifronte*, Caro: *metallificare*, Biringuccio; *univalve*, Citolini etc.). Los elementos griegos también empiezan a utilizarse solos o en combinación con elementos latinos para formar neologismos: sobre todo, pero no exclusivamente[230] para nuevas doctrinas (*filografía* de Leone Ebreo, *ornitología* de Ulisse Aldrovandi, etc.) y para nuevos instrumentos científicos (*grafómetro*, *holómetro*, *planisférico*, etc.).[231] La formación erudita de estos nombres facilita su circulación internacional: y de hecho algunos de los términos mencionados fueron forjados fuera de Italia y acogidos entre nosotros.[232]

También hay numerosas innovaciones léxicas del siglo XVI debidas a cambios semánticos: *bachelor, que pasa* de significar 'libre' a 'soltero', *cotto* por 'borracho', *balaustre* transportado del cogollo de la granada a la columna imitando su forma, etc. Los lenguajes especiales proporcionan muchas metáforas: *percance extraído de la* equitación o la esgrima, *dar en el descarte* tomado de los juegos de cartas, etc. Las más difíciles de interpretar son las frases que se refieren a personas o lugares de los que se ha perdido la noticia: por casualidad sabemos que *parere il secento* por "pavonearse" tiene su origen en el apodo de un caballo al que la familia Benci había pagado seiscientos florines. Pero, ¿quién habría sido (es más, habría existido realmente) al que aludía *Buraffa* en la frase *más docto que la lata de Buraffa*?[233]

19. Latinismos

En el siglo anterior, latinismos y grecianismos habían afluido sin medida al léxico; ahora la afluencia está más regulada, debido al mayor respeto por la lengua vernácula; pero las nuevas ramas de las letras y las ciencias que empiezan a tratarse en italiano en lugar de en latín requieren numerosos términos nuevos, y la manera más fácil, cuando los antiguos ya habían elaborado esas nociones, no es acuñar términos nuevos, sino extraerlos de las dos lenguas antiguas.

Así, de las traducciones de Euclides fluyen hacia el léxico numerosos términos que se afianzarán en el léxico italiano: por ejemplo, *lema.* Aún más importantes son las traducciones de Vitruvio,[234] de las que muchos términos penetrarán también en la práctica: *escenografía (en* el sentido de "perspectiva"), *estría*, *vestíbulo*, *voluta*, *euritmia*, *simetría*, etc.; las traducciones de Dioscórides para la terminología botánica, las de Ptolomeo para las entradas geográficas, etc.

Algunos traductores son muy conscientes de su tarea con respecto a la lengua. Filippo Pigafetta, al traducir el tratado de Guidobaldo del Monte (Venecia 1581) bajo el título *Le Mechaniche (Los mecánicos)*, se justificó conservando algunos latinismos, prometiendo explicarlos sobre la marcha. Algunos arraigaron definitivamente, a modo de *equilibrio*,[235] otros desaparecieron, como *trutina*.[236]

Un mejor conocimiento del pasado y un mayor respeto por sus instituciones hace que los historiadores se esfuercen por evitar los anacronismos. En el *Arte della guerra, por* ejemplo, Maquiavelo subraya algunos términos antiguos: "il *deletto* di essi [hombres], ché così lo chiamavano gli antichi; che noi dire *scelta*, ma per chiamarlo per nome più onorato, io voglio gli serviamo il nome *deletto*"; "l'ufficio *del tergiduttore*, che così chiamavano gli antichi quello che era preposto alle spalle dell'esercito. Y escuchen lo que observa Borghini en varios de sus escritos: "Dije *equite* y *equestrian*, y no *knight* y *chivalry*, porque [...] representaría algo muy distinto del uso y propiedad romanos", "encerraban en él, para usar sus voces, el *gimnasio,* el *gymnasium*", "el vestido del César (que en la Expedición llamaban propiamente *paludamento*)", "una deliberación del senado público, que se diría en el *senatoconsulto* romano", "aquellos otros [Cónsules] *Sufectos* (que diríamos en la aventura sustituidos o sustitutos)", etc.

También hay numerosas palabras como *probar*, *dispensar*, *firmar, que* pasan del latinismo jurídico al uso burocrático.[237]

Más que por conveniencia técnica (e incluso los escrúpulos históricos de Maquiavelo o Borghini representan una forma particular de tecnicismo), el uso de latinismos puede depender de un deseo de elegancia o solemnidad. Esto explica muchos de los latinismos utilizados por Tasso;[238] y como tal gusto estaba muy extendido en su época, varios han arraigado firmemente. Pensemos en el adjetivo *precoce (precoz),* que Tasso consideraba una licencia estilística: "con frutti di cortesia (se è lecito d'usare una parola latina) *precoci*"

(carta al march. Boncompagni, 1580, en *Lettere*, II, p. 87 Guasti), y que luego entró en uso corriente.

A la hora de adoptar palabras concretas, los autores a menudo no se basan en un uso genérico latino o griego, sino que recurren (y a veces aluden) a un pasaje preciso. Bembo alude a un conocido pasaje de la *Eneida* (VI, v. 420) cuando utiliza *offa* en los *Asolani* ("al cuerpo se le da lo suficiente, casi un offa a Cerbero, para que no muera"); Giordano Bruno, en la dedicatoria del *Candelaio,* habla del *becerro informe* refiriéndose a la parábola del hijo pródigo (Lucas, XV, v. 23), y así en muchísimos casos. A veces se reutilizan latinismos o griegos de Dante o Petrarca, como cuando Davanzati en un soneto llama al gusano de seda "infelice *entòma",* o se usa *aspe* por "aspide", *cornice* por "cornacchia", *pave* por "teme", *serpe* por "serpeggia", etc., como recuerdo petrarquista.

Persisten los adverbios, las locuciones adverbiales y las conjunciones, que ya hemos visto ampliamente aceptadas como migajas de latinidad curial en el uso del siglo XV (*autem*, *continuo*, *etcétera*, *solum*, etcétera): pero abusar de ellas se considera pedantería.[239]

Por otra parte, salvo algunos casos de cita o alusión, los sustantivos, adjetivos, verbos[240] se adaptan a los patrones de inflexión italianos. En cuanto a la ortografía, ya hemos visto el contraste entre las distintas tendencias en algunos puntos importantes: grupos consonánticos (*ausente/ausente*), *h*, *ti*, letras griegas. Muchas palabras de impronta popular se contrastan con las formas latinas correspondientes. En otros casos (*singular/singular*, *vulgo/vulgo,* etc.) se trata de adaptaciones más o menos radicales de las mismas voces aprendidas. He aquí algunos ejemplos de estos pares en los que suele acabar triunfando una u otra forma: *adonco/adunco*; *ancella/ancilla*; *angosto/angusto*; *ariento/sargento*;[241] *aumento/augumento*; *Campidoglio/Capitolio*; *carena/carina*; *celabro/cerebro*; *cerusico/chirurgo*; *cicala/cicada*; *Chimenti/Clemente*; *coltura/cultura*; *conchiudere/concludere*; *contempio/contemplo*; *detto/ditto*; *degno/digno*; *Giorgio/Georgio*; *Girolamo/Hieronimo*; *ingegnoso/ingenioso*; *lettere/littere*; *lio*(*n*)*fante/elefante*; *loico/logico*; *maestrato/magistrato*; *òmero/ùmero*; *openione*, *oppenione/opinione*; *oriuolo/orologio*; *ortolano/*(*h*)*ortulano*; *padre/patre*; *padrone/patrone*; *partefice/partecipe*; *particolare/particulare*; *pontefice/pontifice*; *premessa/premissa*; *prencipe/principe*; *propio/proprio*; *quaresima/quadragesima*; *sagro/sacro*; *seno/sino*; *soave/suave*; *soggetto/suggetto*; *squittin*(*i*)*o/scrutinio*; *volgo/vulgo* etc.

Precisamente en este tipo de palabras se centró la disputa entre los defensores de la lengua cortesana o italiana y los defensores de la lengua florentina o toscana: los primeros aconsejaban atenerse a las formas latinizadas,[242] los segundos defendían las formas de la tradición popular toscana.[243]

El derecho a recurrir más o menos ampliamente al léxico latino (y griego) ha sido discutido por muchos, ya sea genéricamente o refiriéndose a palabras concretas para defenderlas u oponerse a ellas.

Los gramáticos y lexicógrafos de las primeras décadas del siglo suelen ser bastante favorables: De Falco alaba los latinismos de Ariosto y Bernardino Martirano, Acarisio aprueba los de Boccaccio, etc., pero más tarde se produce una fuerte reacción, y no sólo por parte de toscanos como Borghini. Pero más tarde se produce una fuerte reacción, y no sólo por parte de toscanos como Borghini,[244] los Salviati,[245] los Borghesi, los Lombardelli,[246] pero también en los no toscanos: Castelvetro reprocha a Caro algunos latinismos en la famosa canción, y Muzio (*Battaglie*, cc. 46-49) enumera muchos de los latinismos de Maquiavelo y Guicciardini, considerándolos un grave defecto.

Un indicio de este cambio de actitud son los latinismos sustituidos en las reediciones o remakes: Ariosto los elimina,[247] Berni los cambia (escribiendo, por ejemplo, *stabilito* en lugar de boiardesco *statuito*), Ruscelli los suprime (por ejemplo, *compilazione*, *eversione*, *vilipendio*) al publicar *las Historie* de Collenuccio; Tasso, tras diversas oscilaciones, dijo estar dispuesto a eliminar algunos de los latinismos de *Gerusalemme* que se le reprochaban.

Una historia detallada de los latinismos debería tener en cuenta no sólo la introducción y expansión de palabras concretas, sino también las repugnancias y reprimendas de los gramáticos[248] y la regresión en el uso.

Los autores que emplean una palabra latina o griega que aún no ha calado en la costumbre a veces creen oportuno explicar por qué debe aceptarse, o añadir alguna aclaración: ya hemos visto la actitud de Pigafetta ante el *equilibrio* y la de Tasso ante *la precocidad*, y podrían añadirse muchos pasajes similares.[249]

Las palabras griegas aparecen a veces en forma no adaptada, escritas en caracteres griegos[250] o en caracteres latinos,[251] y con algunos rastros de inflexión griega.[252] Obsérvense

también algunas huellas de la pronunciación griega del siglo XVI: *η* pronunciada *i* (*rittorici,* Liburnio: *ritorico*, Castelvetro; *tecmirio* o *temmirio* de *τεκμήριον*, Caro; *sisamo*, Serdonati; etc.), οι pronunciada *i también* (*sinalife*, Tolomei) etc.).

Una breve lista, sólo a título de ejemplo, dará una idea de los latinismos (y griegos) que empezaron a utilizarse en el siglo XVI (por supuesto, con la reserva habitual de la posibilidad de retrotraerlos): *abolire* (Guicciardini), *aliquot* (Firenzuola), *anfibología* (Tolomei), *ocurrencia* ("los antiguos los llamaban todavía refranes; ahora algunos los llaman *ocurrencias*": Castiglione, *Cortegiano*, II, cap. 43), axioma (Varchi), relevante (Caro, Guicciardini), canoro (Ariosto), circunflejo (Firenzuola), circunspección (Guicciardini, II, cap. 43). 43), *axioma* (Varchi), *pertinente* (Caro, Guicciardini), *canoro* (Ariosto), *circunflejo* (Firenzuola), *circunspección* (Guicciardini), *clínica* (*clinice* en la versión de Caporali de Vitruvio), *comparable* (Ariosto, Guicciardini), *congénito* (Gelli), *congerie* (Zuccolo), *continente* (Giacomini), *crisálida* (Domenichi), *decoro*, sost. (Caro, Vasari),[253] *dialecto (*Salviati), *ecatombe* (Martirano, cit. en *Lingua nostra*, III, p. 99), *excéntrico*, *excentricidad*, *elocución* (Muzio), *entusiasmo* (Camilla, *Enthosiasmo de misterii*, Venecia 1564), *exagerar* (en el sentido moderno, Davanzati), *etra* (Ariosto), *gimnico* (Segni), *iliberal* (Caviceo), *industre* (o *industrio*) (Ariosto), *minatorio (*Guicciardini), *mirteto* (Martirano), *munificencia* (Caro), *nenia* (Firenzuola), *obeso* (Salviati, Soderini), *homónimo* (Caro), *óptica* (Della Porta), *paráfrasis* (Firenzuola), *paroxismo* (Sanudo), *peninsola* (Giambullari *peninsola, Caro*), *peripezia* (Speroni), *plastico* agg. (Garzoni), *plastica* (Lomazzo), *preferire* (Firenzuola), *pugile* (Caro), *questuare* (Guicciardini), *rapsodia* (Giraldi), *scenografia* (Barbaro), *somministrare* (Firenzuola), *stolido* (Davanzati), *tirocinio* (Guidalotti, *Tyrocinio de le cose vulgari*, Bolonia 1504), *trilingue* (Caro), *tripode* (Caro), *utero* (Ariosto), *villoso* (Caro), etc.

Otras palabras, que en siglos anteriores habían hecho apariciones esporádicas, entran ahora en el uso corriente: *cortés*, *elegante*, *frívolo*, *peculiar,* etc.

Por supuesto, también hay que tener en cuenta los significados latinos particulares: por ejemplo, *número* en el sentido de 'ritmo'. *Fórceps* se sigue utilizando en femenino y se toma en el sentido latino de 'pinza' (Rucellai), no en el específicamente obstétrico. *Interpellare sigue teniendo* el significado de 'interrumpir' en Calmeta (el legal está en Varchi). El latín *seminarum* 'guardería' se transfiere al uso de 'escuela para futuros eclesiásticos' por las disposiciones del Concilio de Trento, mientras que en Génova *seminario* indica (a partir de 1576) aquellos 120 ciudadanos entre los que debían sortearse los magistrados (*Rezasco*, s.v.). *Excéntrico*, *heteróclito* designan ya en sentido figurado a personas y cosas 'extrañas'.

Numerosos calcos del latín y el griego requieren una mención por derecho propio. Mencionaré algunos de los que finalmente no arraigaron: *aia* en el sentido de que en su lugar prevalece el latinismo de *área*:[254] *vagar* por el *planeta* (πλανήτης)[255] etc.[256]

Una lista de latinismos y grecismos que finalmente no arraigaron sería larguísima, debido a la contundencia de las razones que hemos expuesto.[257] Daremos una brevísima muestra: *aligero* (Ariosto), *allicere* (Bembo, Tasso), *amurca*, *amorca* (Alamanni), *apro* (Ariosto), *arto* ("orsa", Tansillo), *àtavo* (Firenzuola, Speroni), *bibliopòla* (Caro), *bure* (Alamanni), *càlato* (Molza), *clade* (Ariosto), *clivoso* (Bruno), *coalire* (Soderini), *còmpedi* (Maquiavelo), *contennendo (*Machiavelli), *cospissarsi* (Quattromani), *cultro* (Caro), *demolcere*, *demulcere* (Calmeta, Achillini), *direptione* (Machiavelli, Guicciardini), *discrime* (Bruno), *displicenza* (Paruta), *efficere* (Cesariano), *efflagrare* (Cariteo), *èlego* ("verso elegíaco": Ariosto, Firenzuola), *erugine* (Giovio), etc.

20. Voces dialectales y regionales

Si hojeamos una antología de textos literarios del siglo XVI, encontramos muy pocas peculiaridades de carácter dialectal: pero encontraríamos muchas más, sobre todo en la primera mitad del siglo, si hojeáramos textos de carácter práctico. No sería difícil continuar hasta 1550 e incluso un poco más allá una colección de "textos no toscanos" (similar a la que he reunido con un joven colega para los siglos XIV y XV).

Ya hemos visto (en § 7) cómo la persuasión de que ya se ha alcanzado una lengua literaria común ha llevado a una clara decantación entre la escritura en italiano y la escritura en dialecto: en muchos lugares surge una literatura dialectal reflexiva y, a la inversa, se intenta cada vez más hacer desaparecer las huellas locales de la escritura italiana.

Los que aún podemos encontrar deben considerarse en función del variado entorno cultural de cada autor, es decir, en primer lugar según el lugar, luego también según la época (es decir, teniendo en cuenta el abandono cada vez más rápido de las peculiaridades locales) y, por último, según el tema: ya sea en poesía o, por ejemplo, en prosa filosófica, no cabría esperar encontrar rastros de dialecto,[258] se encontrarán más en la poesía satírica y lúdica y, en prosa, en los avisos, inventarios, diarios, cartas, etc.: tanto más conspicuos y numerosos cuanto más nos acerquemos a las contingencias de la vida práctica, que sigue encontrando su expresión en palabras que a menudo difieren según el lugar.

En la propia Toscana, es posible discernir algunas diferencias léxicas (además de gramaticales) en escritores sieneses, como Tolomei, Biringucci y Mattioli. Pero en varios escritores toscanos, sobre todo florentinos (Berni, Doni, Varchi, Cecchi, Davanzati), hay que tener en cuenta también una particular búsqueda de idiotismos léxicos (metáforas, locuciones coloristas): casi una ostentación de una peculiar riqueza florentina.

Citemos algunos ejemplos de peculiaridades dialectales en los escritores de principios del siglo XVI. El Equicola tiene algunas palabras meridionales (como *roscio* 'rojo') y términos del valle del Po (*scarana* 'silla', *zenzala* 'mosquito'). El Castiglione tiene numerosas entradas específicamente mantuanas o genéricamente del Valle del Po: *angonia*, *cerasa*, *fodra*, *sentare*, *varola*.[259] Trissino escribe e imprime, por ejemplo, *acciale*, *cappa "*bica", *faglia* "covone", *di sbrisso* "di scancio", etc.; su conciudadano Antonio Pigafetta escribe *armellino* "albaricoque", *braghessa*, *garbo "*ácido, agrio", *guchiarollo* "agoraio", *occato* "pato", etc.[260] Bembo tiene varias voces venecianas, sobre todo en las letras: *calmo* (di vite) "injerto", *coppo "*teja", *frezzoloso*, *frisetto*, *zenzala etc*. Ariosto, que tiene algunas palabras ferrarenses en sus comedias (por ejemplo, *bigonzoni* -que le reprendió Maquiavelo- en *Suppositi*, *bambola di specchio* en *Negromante*), utiliza pocos dialectalismos léxicos en *Furioso.* Giovio, en sus caprichosas cartas, no sólo está apegado a sus propios norteñismos (*ponteghe vecchi,* lett. 262 Ferrero), sino que también busca de buen grado expresiones dialectales pintorescas ("maturare presto questo *bugno*, come dicono li Bolognesi", lett. 262). Pietro Nelli, un sienés que vivió mucho tiempo en Venecia, tiene muchos venecianismos en su *Satire alla carlona* (*cazza* "mestola", *galozza* "zoccolo", *gàttolo* "fogna", *morbino* "ruzzo", *santolo* "padrino", etc.) y se entrega de buen grado a peculiaridades fonéticas venecianas que coinciden con las sienesas (*onto* "unto", sustantivos en -*aria*).

Giovanni Mauro, de Arcano (Udine), en cambio, pasó la mayor parte de su vida en Roma y utiliza romanismos en sus *capítulos:*

Tal que una vez fue *pinche* o posadero
Ahora es amable; y como hace unos años
gritó *alesse caliente* y *asados calientes*.

En el diario autobiográfico (1535-41) del arquitecto militar Giovanni Battista Belluzzi, conocido como Sanmarino, encontramos palabras locales como *carabina* 'filedra', *lasta* 'tira', *mercatale* 'mercado', etc.

Ligeramente diferente es el carácter de las voces regionales que encontramos en Annibal Caro, porque se debe a un preciso diseño estilístico. Le gusta incluir en sus textos, para darles viveza, no sólo términos de la Italia media, sobre todo de la región de Las Marcas (*catollo* "trozo grande", *scomberello* "vasija", etc.), sino también palabras de la lengua hablada florentina (*colleppolarsi*, *incapperucciare "hacerse* monje", etc.).

En la segunda mitad del siglo, aunque el moteado dialectal es menor, encontramos lombardismos en Lomazzo (*anta*, *civiera* "apero agrícola", *scosso* "vientre", *sferlo* "ramita", *zibra* "zapatilla"), venetismos en Palladio (*arpice* "gancho", *gorna "*canalón"), umbrismi en Caporali (*biocca "*gallina", *cerqua* "roble", *chiòchena* "cacareo", *pigna* "olla", *vettina* "vasija"), napolitanismos en Bruno (*balice "*maleta", *iùiuma* "azufaifo", *lescìa*, *streppare*, *verzaglio* etc.).): sobre todo en textos de carácter realista o técnico.

Los individuos necesitan mantenerse en contacto con su entorno; la circulación entre ciudad y ciudad, región y región, que está abierta para las nociones superiores, para las que el vocabulario ya está establecido, es, en cambio, muy escasa para muchos campos de la vida práctica.

Consideremos dos casos extremos. ¿Cómo podría Bembo en sus cartas, al referirse a las instituciones venecianas, decir otra cosa que *daìa*, *pieggerìa*, *podestaressa*, *pregadi*, *procuratìe?* Y es fácil ver que esta necesidad permanecerá viva en los siglos siguientes.

A la inversa, vemos lo que ocurre con los nombres de los días de la semana. El tipo sin -*dì* sigue predominando en el italiano septentrional de las primeras décadas del siglo (Bembo,

Pigafetta, Castiglione siguen utilizando *luni*, *marti*, *mèrcore*, giove *o giobia*, *vènere*). Pero la correspondencia de estos sustantivos con los de tipo toscano con *-dì* era evidente, y la lengua escrita no tuvo más remedio que aceptar una única regla,[261] y pronto los sustantivos en *-dì se* generalizaron.

En numerosos casos, intermedios entre ambos, se dieron algunos pasos hacia la unificación, pero muy cortos, hasta el punto de que aún hoy existen numerosos pares o tripletes de palabras equivalentes pero con una base territorial diferente ("geosinónimos"): *cacio/queso*; *filugello/gusano de mar*; *lace/trina/pizzo*, etc.

Junto a *naranja* (*-a)* tenemos *narancio* (*-a*) (Ariosto, Tasso etc.), y luego *melarancia* (Cecchi etc.), *melagrancia* (Grazzini), *poma rancia* (Alamanni).

Junto con el *mosquito* más común tenemos *zenzara* (Tasso), *zenzala* (Equicola, Nelli etc.), *zampana* (en la *Relazione di Moscovia* de Raffaello Barberino de Viterbo, 1565).

El deseo de ser ampliamente comprendido (y a veces cierto gusto por exhibir vastos conocimientos) hace que algunos escritores enumeren varios nombres de un mismo objeto.[262] Tales ecuaciones onomasiológicas son muy frecuentes en los tratados naturalistas[263] y en los vocabularios.

Los vocabularios, cuyo objetivo es hacer comprender al lector una palabra que no entiende más que sugerirle cómo debe escribir, suelen ser muy abiertos a la grabación de vocabulario regional. Los vocabularios de Valla y Scobar están llenos de sicilianismos, el de Scoppa de napolitanismos, etc.

Los autores de vocabularios latino-italianos, adaptando más o menos el Calepino, añadieron entradas dialectales de forma italianizante: por ejemplo, en el Calepino de 1592 encontramos toda esta serie de variantes a la entrada *stilla*: *goccia*, *ghiozza*, *goccio, ghiozzo*, *gozza*, *gocciola*. Los compiladores de vocabularios italo-latinos, además de recurrir a las palabras que utilizaban espontáneamente, se basaban en estos materiales híbridos, de modo que encontramos, por ejemplo, en las palabras de cabecera del *Dittionario* (italo-latino) de Minerbi (1554) numerosas palabras regionales, especialmente venecianas y emilianas, y varias ecuaciones de este tipo: "Buttiro vai smalzo, burro et onto sottil. *Buthyrum*, *ri*".

Sansovino, en su *Ortografia* [...] *o vero Dittionario volgare et latino* (1568), tras traducir *Refe* con *filum*, añade "Voc. fiorentino, *accia* dicono a Venetia"; traduce *Ritorte* con *vincula* y añade otros sinónimos: "*legami*, *vincigli,* decía Bocc., *stroppe*, a Padova".

Incluso los primeros vocabularios explicativos, también con fines prácticos, utilizan muchas entradas dialectales tanto en las palabras clave como en las interpretaciones.[264] y equivalencias sinonímicas.[265]

Los compiladores de manuales para la enseñanza del italiano a extranjeros o de lenguas extranjeras a italianos también suelen atenerse a este criterio. Sirva de ejemplo la obra de Giovanni Florio, que ya había incluido muchas palabras regionales (*àmeda*, *nezza*, *soppiare*, etc.) en los *Primeros frutos,* y en el *Worlde of Wordes* (1598) se propuso explícitamente incluir todas las palabras que pudiera, no sólo de los lenguajes técnicos, sino también de los dialectos.[266]

Para completar el cuadro de los intercambios interregionales, hay que tener en cuenta también las palabras dialectales aceptadas en el uso general o técnico para la difusión de las "cosas" correspondientes. Mencionemos el *carrusel* napolitano, que originalmente era un juego en el que caballeros vestidos a la usanza morisca lanzaban bolas de arcilla llenas de ceniza a sus adversarios. El juego fue importado a Nápoles por los españoles, pero el nombre es de origen dialectal (*carosiello* 'hucha', remontado al español *alcancía* 'id.'), y pronto se extendió por toda Italia (Tasso dice en su diálogo *Il Romeo* que 'giuoco è quel delle canne e de' *caroselli*' ('el juego de las cañas y *los carruseles*').[267] Así se dio a conocer la costumbre veneciana de las *regatas*. Y debemos al arte veneciano de hacer libros la difusión de términos como *proto*.

El *corredor* que en Roma conectaba el Castel Sant'Angelo con San Pedro era tan conocido que incluso en Florencia, Vasari llamó así al pasillo que construyó desde el palacio de los Uffizi hasta el Palazzo Vecchio.[268]

De la jerga también se desprenden algunas palabras raras, como *mongioia* 'dinero'.

21. Voces anticuadas

En una lengua en la que, hipotéticamente (pero sabemos que es una hipótesis poco realista), la única norma sería el uso hablado, la desaparición de una palabra del uso haría imposible utilizarla literalmente. Pero para el italiano, la existencia de los tres grandes escritores del siglo XIV y el culto dedicado a ellos y a su siglo han mantenido abierta la posibilidad de recurrir, dentro de ciertos límites, a las palabras que utilizaron.

En primer lugar, sin embargo, hay que ver hasta qué punto el uso oral toscano ha dejado caer en desuso palabras del siglo XIV y hasta qué punto los literatos han conseguido revivirlas. Muchos centenares habían desaparecido en la propia Toscana, como *agenzare*, *assempro*, *baratta*, *brollo*, *caleffare*, *casso*, *croio*, etc.; Gelli señala en Boccaccio "infinidad de palabras, hoy aborrecidas y huidas de los escritores, como verbigrazia *buona pezza*, *la bisogna*, *gravenza*, *abitanza*, *niquitoso*, *avaccio*, *autorevole*, *contezza*, *deliberanza*, *sezzaia*" (*Ragionamento* premesso alla grammatica del Giambullari, p. 35). Por otra parte, vemos que algunas otras voces antiguas tienen algún resto de vitalidad, aunque ahora estén confinadas al uso plebeyo o rústico, como podemos deducir de testimonios o contextos: tales son *atanto* (Cellini, Giambullari, Sassetti), *avale* (Cecchi), *calla*,[269] *dónora* (Firenzuola, Cecchi), *finare* (Cocchi), *gina* (Lasca), *maisì*, *mainò*, *otta* (especialmente en las locuciones *otta catotta*, *otta per vicenda*), etc. Muchas otras, que han desaparecido del uso hablado, sólo han sobrevivido en cambio en el uso literario, especialmente poético: *aita*, *alma*, *feruta*, *u'* etc. (Firenuola, Cecchi, Cecchi).

La tendencia a imitar el siglo XIV siguiendo los pasos de Bembo también tiende a revivir muchas voces que se han vuelto rancias (*proximano* negli *Asolani, y* similares); y seguiríamos y seguiríamos si quisiéramos enumerar las protestas provocadas por quienes utilizan voces toscanas antiguas fuera de turno. Ya en el diálogo de Valeriano, Marostica protesta contra los "extraños galavroni" que se pasean por Parione utilizando *a menudo*, *eglino*, *uopo*, *chente*, y reprochando a los demás "acentos o vocablos o figuras del habla que no son toscanas" (es decir, de toscanos clásicos). Citolini, en su *Carta en defensa de la lengua vernácula* (Venecia 1540) protesta contra aquellos "que no creen que puedan ser considerados buenos escritores, si sus papeles no apestan a *uopo*, *testé*, *hotta*, *altresì*, *guari*, *costinci*, *sezzai,* e *se* non ficcano *unquanco* in un sonettuzzo". Gelli (*Capricci*, Rag. V) protesta contra el uso de *guari*, *altresì*, *sovente*, *adagiare*, *soverchio*; Lenzoni (*Difesa*, cit., p. 22) contra *guari*, *altresì*, los participios acortados (*gonfio*, *pago*, *scaltro*), *amar meglio* etc.; Marcellino (*Diamerone*, Venezia 1565, pp. 29-30) no quiere *alpostuto*, *peritoso*, *mora*, *meslea*, *burbanza*, *atare*, y menos que nunca *altresì*. Incluso un defensor del siglo XIV, monseñor Della Casa, a quien Salviati elogia por adherirse fielmente al siglo XIV, achaca (*Galateo*, XX) *epa*, *spaldo*, *uopo, primato*, *sezzaio*.

La sátira ampliamente difundida del toscanismo arcaico da lugar a la expresión *favellare per quinci e quindi*.[270]

Cabe mencionar la particular actitud de Davanzati, que, apuntando a lo popular y lo característico, tiende sobre todo a salvar aquellos idiotismos a punto de desaparecer, del tipo de los ya mencionados: *atanto*, *finare*, *gina*. En conjunto, la tendencia a volver a poner en circulación los toscanismos arcaicos no tuvo un efecto muy notable: sin embargo, un cierto número de palabras, como *altresì*, *guari*, *autorevole*, *sovente*, *soverchio*, *testé*, *uopo* y algunas otras, volvieron a entrar en el uso literario en este periodo, y algunas incluso volvieron al uso cotidiano de este modo.

22. Jerarquías de palabras

De diferentes maneras, un gran número de formas múltiples se han abierto camino en el léxico literario: variantes fonéticas y morfológicas y duplicados léxicos, debidos a diferentes orígenes territoriales, a la afluencia de latinismos, al resurgimiento de peculiaridades y palabras arcaicas por imitación literaria.

Recordemos como ejemplo de oscilaciones entre formas de diversos lugares, la *mantequilla* y *el suero de leche*;[271] *cereza*, *ciriegia* y *ciregia*; *fatiga* y *fatiga*,[272] *flecha* y *frezza;* la ya mencionada tríada *leñador*, *carpintero* y *marangone*[273] etc. Los gramáticos y lexicógrafos se sienten a menudo obligados a advertir contra el uso de formas que deben considerarse dialectales.[274]

La tendencia a los latinismos, particularmente viva, como hemos visto, fuera de Toscana, opone, por ejemplo, *cerebro* a *celabro*, *chirurgo* y *chirurgia* a *cerusico* y *cirugia*, *officio* a *ufficio,* etc.

La autoridad de los antiguos opone *dio* a *dijo*, *rindió a rindió*, *hirió* a *hirió,* etc.

Los autores individuales, enfrentados quizá a más opciones estilísticas que en ningún otro periodo de la historia de la lengua, tenderían a ceñirse a los hábitos culturales de su entorno; pero no pocas veces se dejaron dominar por el prestigio de reconocidos maestros del estilo y la lengua: así vemos a Castiglione y Ariosto siguiendo las prescripciones de Bembo.[275]

No pocas veces, los consejos de los gramáticos, basados en criterios diferentes, eran discordantes: basta hojear los *Tre discorsi* de Ruscelli contra Dolce, o los libros de Castelvetro, o las *Lettere discorsive* de Borghesi, para imaginar el desconcierto en que debían encontrarse los lectores, que ansiosos por fiarse de una norma se encontraban ante afirmaciones y consejos contradictorios.

Dado que la norma que tendía a predominar era la imitación de los trescentistas, y que éstos presentaban formas diferentes, es obvio que las dificultades para llegar a formas únicas eran insuperablemente grandes.

Si los modelos eran literarios, literarios eran también los criterios de elección: gramáticos y retóricos aconsejaban ceñirse a palabras "bellas", "amables", "honestas", "vagas", "ilustres", y evitar "feas", "viles", "deshonestas", etc.

Ante la imposibilidad de decidir entre dos o más variantes, apoyándose en autores diferentes pero todos autorizados, los gramáticos y lexicógrafos tienden en muchos casos a atribuir a cada una su propio ámbito, reconociendo una especie de jerarquía entre las formas y voces que deben reservarse a la prosa y las que deben emplearse en el verso.

Los críticos más sensatos señalan los ejemplos y dejan a la discreción de los escritores el seguirlos más o menos estrictamente;[276] pero hay una distinción que se hace a menudo con intenciones normativas precisas, la que existe entre palabras en prosa y palabras poéticas. Así distinguimos, no sin arbitrariedad, *también* (prosa) de *anco* (verso), *gastigare* (p.) de *castigare* (v.), *fraude* (p.) de *frode* (v.), *maraviglia* (p.) de *meraviglia* (v.), *menomo* (p.) de *minimo* (v.), *mutolo* (p.) de *muto* (v.), *spirito* (p.) de *spirto* (v.), *veduto* (p.) de *visto* (v.) etc.[277]

Luego hay frecuentes discusiones sobre el grado de las palabras, sobre su adecuación a las circunstancias, y los gramáticos intentan en la mayoría de los casos imponer su opinión. Gelli fue censurado por haber llamado a una de sus obras la *Sporta,* un nombre "demasiado vulgar y bajo" (véase la dedicatoria de la obra), Varchi utilizó la palabra *ciurma (tripulación)* en el discurso en el que rindió el consulado de la Accademia y fue reprendido; y llenas de tales censuras de palabras y construcciones individuales están las polémicas sobre Caro, Tasso y Ariosto.

Esas diferencias que en el Poliziano o Lorenzo de' Medici eran gradaciones libremente elegidas por el autor en una gama tonal están ahora sujetas a normas extrínsecas: lo que habían escrito los grandes escritores del pasado deja de ser un ejemplo brillante para convertirse en una limitación y una restricción.

No de otro modo surgen ahora, de una interpretación miope de Aristóteles, las reglas de las unidades teatrales. Esta es la tendencia de esta época, en todas sus manifestaciones.

De este modo, cierto número de palabras reciben el estatus de palabras "poéticas" (y ciertas peculiaridades gramaticales se consideran admisibles sólo en verso), y durante más de tres siglos dominarán en la alta poesía.

Que este léxico especial y esta "alta poesía" estuvieran entonces tan alejados de la vida cotidiana es la dolorosa consecuencia de la estrechez de esta civilización literaria del siglo XVI, que en lugar de formar parte de una unidad social y práctica alcanzada por todos los italianos, es sólo el fruto logrado por un círculo relativamente pequeño de literatos, en nombre de un ideal de belleza considerado accesible a unos pocos elegidos.

23. Forestierismos

Las lenguas que más influyeron en el léxico italiano de este periodo fueron el francés y el español; pero debido a la gran apertura del horizonte por los descubrimientos geográficos, hay que tener en cuenta otras muchas fuentes.

Los contactos bélicos y culturales con Francia hicieron que un número nada desdeñable de afrancesamientos entraran en el italiano en este periodo.

Naturalmente, los escritores que hablan de cosas francesas utilizan muchas más de las que realmente se han llegado a usar: y ese uso es evidente cuando se trata de títulos, instituciones, peculiaridades francesas.

Maquiavelo, por ejemplo, en su *Ritratto delle cose di Francia* (escrito en 1510, después de tres misiones a Luis XII) habla de "*fauta* d'*argento*", del "*preboste* del *albergue*", de los *lingi* "es decir, manteles y servilletas", etc. Equicola, en una carta de Blois (1505), habla de "tucte *le gendarme*". Y, más adelante, en el *Libro de natura d'amore, al tratar de* los poetas en las dos lenguas de Francia, habla de *trovadores* y *jocosos* que compusieron *chanson*[*s], senvantes* (sic) *coupeletz et lettres et ballades d'amour* (c. 181 a de la ed. 1531), y menciona a un poeta que canta "in laude de sua *maestressa*" (c. 185 b). Federigo Fregoso, que vivía en una abadía cerca de Dijon, adonde se trasladó en 1526 con la esperanza de recuperar la autoridad en Génova bajo la égida francesa, escribe a Montmorency con un afrancesamiento muy fuerte ('che non m'avessero tenuto per così *sotto*').[278] En lugar de decir "rey de Francia", se dice a menudo *Roy*.[279]

Los embajadores en Francia dan frecuentes noticias de las cosas e instituciones de allí: Giuliano Soderini habla de que el rey de Francia recibió al embajador imperial "en una gran sala o *galería* bien adornada con *tapices" (es decir,* "tapices": carta de 1528, en Sanudo, *Diarii,* XLVII, col. 238), y más adelante Cellini narra cómo el rey quiso poner a Júpiter "en su hermosa *galería*. Ésta era, como diríamos en Toscana, una loggia, o realmente un androne" (*Vita*, II, cap. XLI): se trataba de un uso querido por Francisco I, y el hecho de que tengamos que explicar la palabra demuestra que aún no era conocida en Italia. Los oradores venecianos en Francia hablan de los *lacayos del* soberano (Soriano, 1562), del *gabinete* en el que el rey recibe a sus consejeros más cercanos (Michiel, 1572), de la noche de San Bartolomé en la que "se hizo la *masacre*, es decir, la matanza, como dicen los franceses" (*ibid.*), de la "porción de bienes" del príncipe heredero "o (como dicen en Francia) de su *apanamiento*" (Michiel, 1578),[280] de los "nobles postnates, de quienes dicen que son *cadetes" (*Duodo, 1598)[281] voces todavía referidas a cosas francesas, mientras que más tarde las encontramos también empleadas con referencia a costumbres que habían penetrado en Italia.[282]

Ludovico Guicciardini, en su *Descrittione di tutti i Paesi Bassi* (1567), explica qué es la *Bolsa,* término originario de Brujas,[283] qué son *las demaines, es decir, los* bienes del Estado,[284] qué es el *doario, es decir, la renta* de la reina viuda.

Más importante es ver cómo algunas palabras francesas han penetrado ya en el uso italiano. Tenemos varios términos militares: *batería*, *convoy* o *convoy*, *foriere* o *furiere*,[285] *marcha*, *petardo*, *pica*, *trinchera* o *atrincheramiento,* etc. Maquiavelo, en los *Discorsi sopra le deche*, observa que el término *fatti d'arme* está siendo sustituido por la "palabra francioso *giornate*" (p. 162 Mazzoni-Casella). En *rollo* (más tarde *rol*) y en *tropa (*más tarde *tropa)* convergen y luchan las influencias españolas y francesas.[286]

Hay algunos términos marineros, como *tripulación*.

Para la indumentaria, citamos el nombre de un paño, el *grograno*. El término *dorura* no es, como podría creerse, un afrancesamiento individual de Cellini ('gioie e *dorure* franzese', en la *Vita*), sino que es común en Florencia a finales del siglo XVI (véanse los ejemplos de Tommaseo-Bellini).

En cuanto a la comida y la bebida, destacan el *potaggio* (*potagio en* Tansillo) y el *gigotto* (*zigotto* en Scappi), *el claretto* y la *cerveza* (*bira* en Sanudo).

Algunos términos franceses de esta época (como sobre 'envoltorio', entró en Venecia procedente de Levante, *paquete* 'paquete de cartas') se refieren a las comunicaciones. Y también aparecen términos generales como *regretto*, *recurso*.

Podríamos enriquecer mucho esta ejemplificación si incluyéramos también entradas regionales, especialmente piamontesas (por ejemplo, *desbauciarsi* 'seguir con la locura' en el *Promptuarium* de Vopisco; *brisa* en Botero -y Giovio-; etc.).

Aún más numerosos que los afrancesamientos son los iberismos en este periodo.[287]

Muchos se refieren a la vida social: *besar*, *piropear* y los relacionados *complire* (es decir, "halagar"), *creanza* ("nueva palabra de España": Lenzoni, *Defensa*, cit, p. 135) y también *crear* en el sentido de "nutrir, educar" y *creado* "familiaridad", *privanza* "familiaridad", *compromiso* y *desentendimiento*, *esfuerzo* "atrevimiento, bravura" y *sforzato* "enérgicamente laborioso", *despreocupación*, *sussiego*, *pompa*; incluso la nueva acepción de *flema* ("calma, lentitud") es de origen español. Al susceptible sentido del honor se refieren el *desdén* y *la puntillosidad* (el "puntito" de honor). Entre las personas que ayudaban a los señores, además de *creato*, se recuerdan *aio* y *mozzo* "que Ariosto ofrece italianizado, pero aún caliente de su procedencia extranjera: *se fosse ben mozzo da spuola*".[288]

No faltan, como suele ocurrir, los términos insultantes: *marrano*, *fanfarrón*, *cobarde*; los españoles, por sus frecuentes interjecciones, reciben el epíteto de *Juradios*.

Siguiendo el ejemplo español, los títulos de *lord* (cf. p. 494) y *don* ('quel *don* sì caro allo Spagnuol ventoso': Caporali) se extienden ampliamente. *Marchese* da lugar al femenino *marchesa por* influencia española. El título de *grande de España es* apreciado, la institución del *Mayor o Majorasco* también es acogida en Italia.

Por lo que respecta a la casa, el término "*piso"* ("copia de habitaciones o, como los llaman hoy, *pisos*": Borghini) penetra en Italia. Tenemos nombres para los tejidos (*laniglia* "tela fina"), para los adornos (*can*(*n*)*utiglia*), para la ropa (*faldiglia*, *zamarra* o *zimarra*, *montiera* "especie de berretta"), para los adornos (*maniglia* "pulsera"; pero también "manico" y "manetta"), para los perfumes (*ambracane*), etc.

Luego vienen nombres de alimentos: *comer blanco*, *mirausto* o *miragusto*, *sopressata* (sp. *sobreasada*), *turrón* (hecho con almendras tostadas), *mermelada* (del portugués *marmelada* 'membrillo').

Varias palabras hacen referencia a la vida militar: *continuo* 'guardia virrey', *necesidad* 'nuevo soldado',[289] *guerrilla*, *casco*, *morrión*, *mochila*, *desfile, cuadrilla* "alineación de cuatro hombres", etc. Recordemos también los numerosos términos que hacen referencia a los caballos: *alazano* 'sauro' (Giovio), *rabicano*, *ro*(*v*)*ano*, *ubèro*, *pariglia* 'pareja de caballos', etc.

También hay muchos términos marítimos: *almirante*, *flota*, *ruta*, *bahía*, *cala*, *cubierta*, *puerto, arpón*, etc.; y muchos más si contamos también las voces aprendidas en las gestas marítimas llevadas a cabo bajo los auspicios de España y Portugal (véase *más adelante*). Incluso los nombres de los puntos cardinales, *norte*, *este*, etc.; aunque son, como es bien sabido, de remoto origen anglosajón, llegan ahora al italiano a través del español.[290]

Algunos términos se refieren a la administración: *empresa*, *despacho* y *expedición*, etc.

También recordamos algunas medidas (*quintal*, *ton*(*n*)*ellata*) y varios objetos (*estuche*, dal catal. *estoig*, *cartouche,* etc.).

También nos damos cuenta de la fuerza de penetración ejercida por los iberismos en nuestro léxico a través de las numerosas palabras generales que penetraron en él en su momento: *cuidar*, *pagar la pariglia*, etc., *grandioso*, *lindo*, etc. En algunos casos, el españolismo afecta incluso a la gramática: ya hemos mencionado el uso de *lo che*, particularmente vivo en los escritores meridionales.

Otros numerosos ejemplos de españolismos podrían citarse en aquellos autores que tuvieron una relación más estrecha con la vida española (por ejemplo, Sassetti) y en pasajes de escritores que hablan de cosas o personas españolas: "la regina *duenna* Elisabel" (Guicciardini); "molti spagnuoli quando vive a le spese loro [...] d'uno *ravaniglio e di* pane e d'acqua si pascono" (Bandello, *Novelle*, I, p. 141 Flora); *maravedì* etc.

Como siempre ocurre en estas olas irresistibles de la moda, el reflujo trajo palabras en cantidades enormes, y tras el reflujo muchas menos quedaron firmemente establecidas en el uso.[291]

Los contactos con los países germanófonos (Suiza, Alemania, Austria) dan lugar a la importación de vocabulario militar: se conocen *los lanzi*,[292] *raiters*, *alabardas*.

Las luchas religiosas se desarrollan mayoritariamente en latín y son insignificantes los ecos lingüísticos alemanes: sólo podemos recordar un término como *hugonote* (pasado de Suiza, vía Ginebra, a Francia; y de allí a nosotros con referencia a los calvinistas).

El comercio dio a conocer primero los nombres de las monedas: *thalers*, *bezzi*, *craice* (nombre reajustado a *crazie* cuando también se acuñaron en Toscana). El nombre de *postemaster* (Franzesi) no arraigó con firmeza.

El uso de *brindis* se originó en los países alemanes: el nombre fluctúa ampliamente entre *brindis*, *brindes*, *brinzi, y desde hace tiempo se sabe que* es una costumbre exótica;[293] la locución *trinchesvaina se* refiere al brindis de lanzi.[294]

La metalurgia, que tiene como centros principales los países de habla alemana, influye a través de los maestros del arte y los tratadistas (como Agricola): aquí están *bis*(*e*)*muto*, *confrustagno* (*Kupferstein*), *mergola*, quizá *copparosa*.

Se sabe que ciertos términos de las instituciones son característicos de los países germánicos: "las tierras tienen sus *burgomaestres*" (Maquiavelo), en el Tirol se paga la *esteura* (Sanudo, *Diarii*, XXXIX, col. 15), etc. La autoridad de Uri y Schwyz, en el Tesino, es ejercida por los *Lanfoges*.

Las estrechas relaciones comerciales con los Países Bajos dieron lugar a la importación de *drogas,* término que se utilizaría mucho en el comercio de ultramar, y al conocimiento de vocablos como *caramessa (*'feria', *kermesse*), *stapula* 'depósito'. También se sabe de

dunas y diques 'diques' ('lo que hay dentro de los diques de los Bajos Países Bajos'; Chiabrera) y de *turba* o *turba*.

Los anglicismos son escasos, y casi todos se refieren a cosas de la isla de las que tienen conocimiento los que han estado allí (los embajadores, los exiliados refugiados en Inglaterra, como Bruno y Florio). Citamos, por ejemplo, *ala* 'especie de cerveza', *esmalte* 'malta'. A menudo hay, en la adaptación de voces inglesas, oscilación, como se ve por ejemplo en el nombre de la Orden de la Jarretera: la orden "del *Gartier*" (Castiglione, *Cortegiano*, III, II), "de la *Jarretera* [...] una faja de las piernas, llamada en inglés *garter*" (Giacomo Soranzo, en Alberi, VIII, p. 56), "della *Gartiera" (*Sansovino, *Della origine de Cavalieri*, Venecia 1570), "il Nobile Ordine de la *Garatjèra*" (Florio, Dedicatoria de los *Primeros Frutos*, 1578), "Niccolò Careo, cavalier *gerrettiero*" (Davanzati, *Scisma*, in *Opere*, II, p. 378 Bindi), etc.

En cuanto a Europa Central y Oriental, las palabras eslavas y húngaras que proceden de ella pasan a menudo por el alemán (*carro*, *fusil*, *trabanti*, *húsares*). Pero algunas proceden directamente del croata: *sabre ('*lo que los corvatti llaman *sabglie'*: Sansovino),[295] *stravizzo* 'invitación a beber',[296] tal vez *pavo,* así como palabras coloreadas localmente como dono, etc.

De los griegos viene la moda de los *bigotes*.[297] Palabras árabes, turcas, persas penetran a través de los densos contactos con Oriente Próximo: *sofá*, *diván* (que en Levante significa "lugar de audiencia" y "camita"; por supuesto, la primera acepción sólo aparece en descripciones de color local, mientras que la segunda viaja con el propio objeto). El *quiosco* y la *casa de fieras se conocen* como los palacios del sultán. Entre las prendas orientales, el nombre del *dolimán* y el del *turbante* vuelven con frecuencia.[298] Hay noticias de *sorbetes* (en forma de *tzerbet*, *scerbet*, pronto cambiado a *sorbire*) y *café*, con el nombre árabe de *buna* (P.A. Michiel) y el turco de *cavè* (*caveè* en el informe de G.F. Morosini, 1585). También existe un nombre de color tomado del turco, el de *mavì*.

La influencia árabe aún se deja sentir en algunas ciencias: tenemos, por ejemplo, *alcohol* "sulfuro de antimonio" (por influencia de Paracelso, el término tomará más tarde el significado que utilizamos hoy), *loc* "sustancia medicinal semifluida", *rob* "zumo de fruta concentrado", etc.

La apertura de la era de los grandes descubrimientos tiene importantes consecuencias para la lengua: en primer lugar, la importación, o al menos el conocimiento, de animales y plantas hasta entonces desconocidos, lo que aporta nuevos nombres al léxico, bien extraídos de las lenguas indígenas, bien acuñados en las lenguas de los exploradores, bien creados en Italia.

Las noticias más importantes llegan de Estados Unidos,[299] a través del español o el portugués, más raramente del francés.[300] Hay nombres de animales, como *caimán*, *cóndor*, *iguana*, *vicuña* (palabras indígenas) y *cochinilla* (palabra española), etc. Hay nombres de plantas y frutas, como *piña*, *ñame* y *patata*, *cacao*, *maíz*, *tomate*, *coca*, *guayaco, etc*. Pero a veces en lugar de la palabra exótica, o junto a ella, se acuña una nueva palabra o locución: junto a *maíz* tenemos *maize* (en el sentido de 'grano de origen exótico'), junto a *tomate,* tenemos *tomato,* junto a *guaiacum* tenemos *holy wood*, junto a *tabaco* en Toscana tenemos *erba tornabuona* (de mons. Niccolò Tornabuoni que importó la planta bajo Francesco I de' Medici) etc.

También recordamos los nombres de varios objetos, como la *canoa* y la *piragua*, la *hamaca* y la *cicchera*.

En la navegación, uno se encuentra con el *salgazo o sargazo* (más tarde cambiado por influencia francesa a *sargazo*); Ciertas formaciones geográficas llaman la atención, como las *zavane* (más tarde *sabanas*) y *los volcanes* (cuyo nombre, obviamente tomado del mitológico, y localizado primero en la más meridional de las islas Eolias, se extendió a Europa en relación con los volcanes de Centroamérica) y los fenómenos atmosféricos (*huracanes*, típicos del golfo de México, que los nativos llamaban con el nombre del dios de las tormentas Hurakan, "el de una sola pierna").

El error cosmográfico de Colón da al antiguo nombre *India*, *indio* una extensión anormal. El nombre étnico de los caribes se extendió, en forma de *caníbales*, con el valor de "antropófagos" ("earum terrarum incolae *Canibales* esse affirmant, *sive Caribes*, humanarum carnium edaces": Pietro Martire d'Anghiera, dec. VIII, cap. 6).

Las expediciones a la India propiamente dicha y al Extremo Oriente también aportan nuevos conocimientos y nuevas palabras:[301] También aquí se trata de palabras indígenas fuertemente deformadas (el nombre del té, que aparece en forma de *qua* en Sassetti y de

chia en Maffei traducido por Serdonati, *pagodo* "ídolo", *bonzo*, *monzón*, *tifón,* etc.), y de palabras portuguesas con nuevos significados, a veces tomados tal cual (*casta*, *coco*), a veces recalculados (vientos *generales* "vientos periódicos"). Incluso *cebra*, utilizada por los portugueses para designar a un animal que descubrieron en el Congo, no es una voz indígena sino iberorromance.[302] *Banana* procede del África ecuatorial.

24. Italianismos aceptados en otras lenguas

Ya en siglos anteriores, la importancia del italiano, sobre todo en los ámbitos marítimo y comercial, había dado lugar a una considerable penetración de italianismos en diversas lenguas europeas; ahora que todos los países occidentales ven en Italia un modelo de civilización superior, la afluencia a sus léxicos se hace mucho más copiosa, y nos permite ver ese ideal de civilización superior plasmado en una serie de nociones cuyos nombres proceden del italiano.

En la vida social, asistimos a la expansión del término *cortesana* (aceptado en español en 1490, en francés en 1539, en inglés en 1587); aún más aceptado es el femenino *cortesana*, con el significado despectivo que pronto adquirió (el fem. se encuentra también en alemán en 1566).

Entre los nombres de prendas de vestir, podemos mencionar el *capuchón* (fr. *capuchon*, sp. *capucho*, ted. *Kapuze*, etc.). Entre los alimentos, indicamos *macarons (fr*. *macarons*, 1552, más tarde *macaroni*; sp. *macarrones; ted*. *Macoronen,* ing. *macaroni*, 1599);[303] la *cervellata (fr*. *cervelat*, 1552, más tarde *cervelas*), la *mortadela* (fr. *mortadelle*, 1505); entre las plantas de jardín, mencionamos la *alcachofa* (it. sett. *articiocco*, de donde fr. *artichaut*, 1530, eng. *artichoke*, 1531, ted. *Artischocke*, 1556). Entre los accesorios de elegancia, citamos *el perfume* (rehecho en francés en *parfum,* y del fr. ramificado en ing. y alemán) y *la pomada* (fr. *pommade, 1540*, etc.).

De los términos referidos al transporte recordamos *portero*[304] (fr. *faquin*, 1534; sp. *faquín*). Muchas palabras referidas al comercio y a la circulación del dinero (*banco*, *billete,* etc.) ya se habían extendido antes del siglo XVI: ahora *presupuesto-balanza*, *tarifa*, *número,* e incluso *cero*, que pasó al francés, al español y al inglés (mientras que el alemán en el significado de 'cero' recurrió al italiano *nulla*: *Nulle*, más tarde *Null*).

Varios términos referidos a la vida militar fueron ampliamente aceptados en el extranjero: *soldado* (fr. *soldat*, 1548; sp. *soldado*, ted. *Soldat*, 1522 etc.), *cabo* (fr. *caporal*, 1552; sp. *caporal, 1537; ref.* en ted. en *Corporal*, 1608), *coronel (fr*. *coronel*, 1542, y más tarde *coronel*, sp. *coronel*, 1511; eng. *colonel*, 1548), *centinela* (fr. *sentinelle*, 1546; sp. *centinela*, 1525), etc. No menos numerosos son los que se refieren a la arquitectura militar: *casamata* (fr. *casemate*, 1539; sp. *casamata,* 1536; eng. *casemate,* 1575), *baluarte*, *parapeto*, *muralla,* etc.

Incluso para la navegación, varios términos ya se habían extendido en siglos anteriores; ahora le siguen otros. *Piloto* se encuentra ya en francés bajo la forma *pilot* en el siglo XIV, y en español había entrado en las primeras décadas del XV, pero todavía en una carta de 1502 Cristóbal Colón necesita explicar la palabra (*Scritti*, II, p. 162, en Terlingen, p. 241); *portolano da* el fr. *portulan,* 1578, y el sp. *portulan,* 1512; *compass da la* forma española, alterada por la etimología popular, *brúxula*, 1492 (mod. *brújula*) y el fr. *boussole*, 1564; el nombre del *imán* aparece en fr. *calamite*, 1512, y en sp. *calamita*, 1520; *tramontana* (en el sentido de 'viento del norte') aparece en sp. *tramontana*, 1502, en fr. *tramontane*, 1549, en ing. *tramontane*, 1615.

Los términos relativos a lo religioso dependen más a menudo de palabras latinas de la Curia (fr. *nonce*, *caudataire* etc.) que de palabras italianas: aquí, sin embargo, *cappuccino* (fr. *capucin*, sp. *capuchino*, ted. *Kapuziner* etc.).

El contingente más rico e importante de italianismos en las lenguas europeas es el relativo a las letras y las artes. Las formas poéticas italianas que penetraron en otras literaturas en esta época llevan consigo sus nombres: el *soneto (*sp. *soneto*, siglo XV; fr. *sonnet*, 1525; eng. *sonnet*, 1589), el *madrigal* (fr. *madrigal*, 1542, eng. 1588, ted. 1596, sp. 1615), la poesía *macaronica* (fr. *macaronique*, 1546; sp: *macarrónico*; eng. *macaronic*, 1611), etc.

También existe algún término musical, como *fuga* (sp. *fuga*, 1553; fr. *fugue*, 1598; vía francesa, ingl. *fugue*, 1597; ted. *Fuge,* 1619).

Varios nombres de máscaras son populares: *zanni* (fr. *zani*, 1550, eng. *zany*, 1588) y *pantalone* (fr. *pantalonnade*, 1597, eng. *pantaloon*, 1590); ya hemos visto (p. 361) que *el arlequín* es de origen italo-francés.

Entre los muchos términos de bellas artes se encuentran *fachada (*fr. *façade*; sp. *fachada*), *pedestal* (fr. *piédestal*, 1545; sp. *pedestal,* 1539; eng. *pedestal*, 1563), *balcón* (fr. *balcon*; sp. *balcón*, 1591; eng. *balcony*, 1618), *cartón* (fr. *carton*, 1570; sp. *cartón*), etc.

Estos pocos ejemplos, entre los muchos que podrían citarse, bastan para dar una idea de la amplia penetración cultural del italiano en las lenguas occidentales.

Con la investigación realizada hasta ahora[305] se puede observar que la influencia en Francia y España se produjo principalmente a través de las clases cultas, pero no sin una considerable participación popular; en Inglaterra, la mediación llevada a cabo por los "italianos" cultos, principalmente durante la época isabelina, se limitó a las clases altas; en los países de habla alemana y holandesa, la acción fue múltiple, pero discontinua; en Polonia, el principal contingente se debió a la corte de la reina Bona.

En cuanto a los países escandinavos, los italianismos llegaron allí más tarde, casi siempre por mediación francesa o alemana.

Muy distinto es el panorama que se desprende de los italianismos aceptados en Levante, primero en griego y luego, sobre todo a través del griego, en turco: la gran mayoría son palabras relativas a la vida material. Tenemos palabras relacionadas con la casa *(άλτάνα, καντίνα, σοφίτα*), los muebles *(βάζο, λαβέτσι, μβρόκα*), la ropa (βέστα*, κάλτσα,* όμβρέλα), la cocina y la comida (κουζίνα*, πινιάτα, σαρδέλα, φροῦτα*). Otras se refieren a la guerra *(άρτελλαρία*, *μουσκέτο*) y a la navegación marítima (*τραμοντάνα*, *στίβα*). Pero algunas de estas voces penetraron en el neohelenismo después del siglo XVI,[306] y nos ha parecido oportuno mencionarlas sólo para esbozar el diferente carácter de la expansión de los italianismos en Levante.

En cuanto a las entradas italianas aceptadas en las lenguas occidentales, numerosos problemas relativos a ellas merecerían ser estudiados con detenimiento. *Pomeranze*, siglo XV, el Pol. *pomarańcza* procede de *pomarancia*, el Gr. *ναράντσα,* el Hung. *naranch* (1481), mod. *narancs*, reproduce la *naranza* veneciana. Pero no podemos entrar aquí en detalles[307] como podría hacer una deseable monografía sobre los italianismos europeos, con un extenso glosario en el que la expansión de las palabras italianas debería considerarse no lengua por lengua, sino en su conjunto. Así se vería, por ejemplo, que *pavana*, nombre de un baile rústico italiano de la campiña de Padua,[308] llegó a España, tomó allí un carácter aristocrático, y España se convirtió, unas décadas más tarde, en un nuevo centro de expansión de la palabra (como puede mostrar la forma *pavaniglia,* que es ciertamente un hispanismo).

Por otra parte, se podrían citar otros numerosos ejemplos de palabras que, habiéndose originado en un país y emigrado a otro, encuentran en éste un nuevo centro de expansión: *fragata* es griega, pero es de Italia de donde llega al francés, etc.; *boceto* da lugar al inglés *sketch* no directamente, sino a través de los holandeses *schets*, etc.

El complicado entramado de intercambios entre las distintas lenguas de Europa debe desentrañarse de vez en cuando considerando la *concordia discors* con la que las distintas naciones han operado durante siglos.

[1] Torquato Tasso, nacido en Sorrento, de padre bergamasco y madre napolitana de Pistoia, vivió en su juventud en Salerno, Roma, Urbino, Venecia, Padua y Bolonia, antes de encontrar apoyo en la corte de Ferrara.

[2] Que nos describen I. Ringhieri (*Cento giuochi liberali et d'ingegno*, Bolonia 1551) y Girolamo y Scipione Bargagli (G.B., *Dialogo de' giuochi che nelle veglie sanesi* si *usano di fare*, Siena 1571; S.B., *Trattenimenti*, Venezia 1587).

[3] El desdén que se siente por estos escritos prácticos desde el siglo XVI ha hecho que nadie se haya molestado en estudiarlos desde el punto de vista lingüístico; tampoco se ha remediado aún esta carencia.

[4] Desgraciadamente, se carece de una obra exhaustiva similar a la de Manacorda para la Edad Media.

[5] Esta es la única excepción al uso del latín, prescrito por la *Ratio studiorum* (Nápoles 1598) para todas las escuelas dirigidas por jesuitas.

[6] I. Facciolati, *Fasti Gymnasii Patavini*, Padua 1752, III, p. 3.

[7] *Los caprichos de Cooper*, p. 194 Gotti.

[8] *Dubbii grammaticali*, Vicenza 1529, c. 3 a.

[9] *Hercolano*, Venecia 1570, p. 186.

[10] Así, los Affidati de Pavía ("il tutto si recita nella commune lingua italiana": S. Breventano, *Istoria della antichissima nobiltà* etc., Pavía 1570, c. 13 a), los Infiammati de Padua etc., y los Infiammati de la ciudad de Padua etc., que también se llaman "los Affidati".

[11] A. Germonius, *Pomeridianae sessiones*, Turín 1580, p. 170.

[12] Las cuestiones del lenguaje litúrgico y las discusiones tridentinas están ampliamente expuestas por el P. H. Schmidt, *Liturgie et langue vulgaire*, Roma 1950.

[13] En 1471 se publicaron en Venecia dos ediciones de la Biblia completa, una basada en una versión anónima del siglo XIV, la otra del benedictino N. Malerbi o Malermi. En 1530 los Giunti publicaron en Venecia la traducción del Nuevo Testamento de A. Brucioli, en 1532 la de toda la Biblia, en 1537 otra traducción de S. Marmocchini. Cellini, encarcelado en Castel Sant'Angelo tras su fuga, hizo que le trajeran algunos de sus volúmenes y leyó su "libro di Bibbia vulgare" (*Vida*, Libro I, CXVII).

[14] La autoridad eclesiástica prohibió incluso a los judíos tener libros de oración en lengua vernácula (B. Terracini, en *Rom. Philology*, X, 1956-57, p. 258).

[15] He aquí, a título de ejemplo y no exhaustivo, una breve lista: Cesena 1475 (ed. 1589); Conegliano 1488 (ed. 1610); Génova 1489 (ed. 1498); Parma 1494 (ed. 1494); Reggio nell'Emilia 1501 (ed. 1582); Scandiano 1500 (ed. 1669); Fermo 1506 (ed. 1589); Roma 1519 (ed. 1519-23); Perugia 1523 (ed. 1523-28); Trento 1527 (ed. Gar, 1858); Sinigio 1527 (ed. Gar, 1858). 1519-23); Perugia 1523 (ed. 1523-28); Trento 1527 (ed. Gar, 1858); Sinigaglia 1531 (ed. 1533); Arezzo 1535 (ed. 1536); Modena 1546 (ed. 1590); dei notai di Modena 1548 (ed. 1549); Valtellina 1548 (ed. 1668); Urbino 1556 (ed. 1559). 1559); Castro y Ronciglione 1558 (ed. 1558); Montegranaro 1564 (ed. 1564); Ferrara 1566 (ed. 1567); Brescello 1569 (ed. 1697); Mondovì 1570 (ed. 1570); Carrara 1574 (ed. 1574); Montegiorgio 1577 (ed. 1730); Pistoia 1579 (ed. 1579); Roma 1580 (ed. 1590). 1579); Roma 1580 (ed. 1580); civiles de Génova 1588 (ed. 1589); pañeros de Bolonia 1593 (ed. 1594); Colonia Veneta 1593 (ed. 1762); San Marino 1599 (ed. 1834); criminales de Savona 1600 (ed. 1610). La distribución geográfica es muy irregular, porque el Mezzogiorno tiene muy pocos estatutos, y en las ciudades del norte y centro de Italia los estatutos se reformaban con bastante frecuencia, pero sólo se reimprimían a intervalos muy largos. Debo la mayor parte de la información a la competencia y cortesía de mi amigo Piero Fiorelli.

[16] A veces se conoce o se vislumbra alguna intervención personal decisiva. En 1546, en Lucca, el Offizio sopra le scuole redactó los nuevos capítulos en latín, por influencia de Aonio Paleario, "a diferencia de muchos que se hicieron antes y después, y hay muchos, que están todos en lengua vernácula" (P. Barsanti, *Il pubblico insegnamento in Lucca*, Lucca 1905, p. 151).

[17] Pastor, *Storia dei Papi,* cit., IV, II, pp. 638 y 641.

[18] *Ragionamento intorno alla lingua,* en Giambullari, *De la lingua che si parla e scrive in Firenze*, 1552, p. 38.

[19] S. Bongi, *Annali di Gabriel Giolito de' Ferrari,* I, Roma 1890, pp. CIII-CIV.

[20] L. Amabile, *Fra T. Campanella*, *la sua congiura*, *i suoi processi* etc., Nápoles 1882, III, p. 439. Compárese el certificado (1601) de un médico napolitano, en el mismo proceso: "Por esto yo, Giulio Jasolino, médico en Nápoles [...]. Siendo, pues, persona maliciosa, como se dice, vafer, callidus, et astutus; si es de dudar que su locura sea simulada; de eo tamen nihil certi affirmare studeo: remettendome al custodi che continoamente l'osservano" (*ibid.*, p. 502).

[21] G. Ravanello, *Un maestro del Quattrocento*, *G.A. Augurello*, Venecia 1905, pp. 258-262.

[22] Tengamos presente, aquí y más adelante, la fina y segura investigación de L. Olschki (*Gesch. wiss. Lit.*, I, 1919; II, 1922): la obra merecería encontrar a alguien que la continuara y profundizara para las disciplinas individuales.

[23] Y quizá también del desarrollo que la prosa científica estaba tomando en aquellos años en Inglaterra (G. Aquilecchia, en *Cult. neol.*, XIII, 1953, pp. 165-189).

[24] *La Bibliografia matematica* de P. Riccardi, Modena 1870-80 es siempre muy útil.

[25] Tanto es así que es capaz de traducir los elementos de Euclides (cf. p. 401.

[26] Todavía hoy resulta indispensable, porque no ha sido sustituida por una obra similar más moderna, la *Biblioteca degli volgarizzatori* de F. Argelati, Milán 1767.

[27] *L'*Ethica *d'Aristotile tradotta in lingua vulgare fiorentina et comentata per Bernardo Segni*, Florencia 1550, pp. 4-5.

[28] "No sé qué nativo se atrevió con razón a reprobar que escribo en el común idioma itálico.... Io desio che questo mio compendio sia equalmente a tutti esposto; e, se ad extere nationi è più intelligibile la composizione latina, io poco curo che miei scritti passino mare o alpi, di miei cittadini lectori contento: et forse latino si leggerà più tosto che altri non existima" (p. 209).

[29] "Parmi aver pareggiato Cornelio, se non di maestà, di viveza; e superatatolo di chiareza e purità: tanta è la possanza e la destreza e l'eccellenza della favella fiorentina che vive, e nel mare della natura sceglie, chi punto vi bada, voci e maniere operantissime" (carta a Baccio Valori, 1595, prefacio a la vernacularización del primer libro de los *Annali*, Florencia 1596).

[30] L. Contile, *Lettere,* Pavía 1569, I, c. 45.

[31] Olschki, *Geschichte,* II, p. 328.

[32] Speroni protesta contra la publicación de cartas poco elegantes (*Lettere volgari*, Venecia 1553, I, p. 112).

[33] O bien tendría un carácter exclusivamente anecdótico: se dice, por ejemplo, que Ercole Strozzi pasó de la elegía latina, en la que destacaba, a los sonetos petrarquistas por amor a Barbara Torelli, a la que le gustaban los versos rimados (véanse los versos de Daniel Fini citados por Carducci, *Opere*, XIII, p. 340).

[34] Recuérdese la carta de Caro sobre su traducción de la *Eneida* "comenzada como una broma" y continuada "entre las exhortaciones de otros y un cierto deleite que he encontrado en hacer nuevas estas lenguas con el latín" (carta del 14 de septiembre de 1565); y el ya mencionado prólogo de Davanzati (1595) a su versión de los *Anales*.

[35] *Lettere di scrittori ital. del s. XVI*, ed. G. Campori, Bolonia 1877, p. 171.

[36] G. Spini, *Tra Rinascimento e Riforma*: *A. Brucioli*, Florencia 1940, p. 107.

[37] "El latín macarrónico [...] presupone un perfecto conocimiento del léxico latino, del estilo poético, de la prosodia y de la métrica. Las desviaciones de las formas regulares son voluntarias, y precisamente por ello distribuidas, graduadas, adaptadas con un finísimo sentido del arte" (U.E. Paoli, *Il* "*Baldus*", Florencia 1941, p. 59). Se puede encontrar un análisis más detallado en el pequeño volumen del mismo autor, *Il latino maccheronico*, cit.

[38] Hablar "in *bus* e in *bas"* también es objeto de burla en la *Sátira* de Nelli (II, XX): "Usavan quel ch'hoggi usano i pedanti, / parlare in *bus* e in *bas*" y en la *Lettera in difesa de la lingua volgare* de Citolini (Venecia 1540). Gelli, en *Capricci del bottaio,* V (p. 195 Gotti), nos habla de un tipo extraño, apodado *Ceccoribus*, cuyo latinismo consistía únicamente en dar desinencias que sonaban latinas a palabras italianas. De nuevo, Galilei recordará la sátira de Ruzzante de las "cosas escritas en *baos*" (carta a Paolo Gualdo 1612), y Renzo de Manzoni protestará contra el *siès baraòs trapolorum* de Dottor Azzeccagarbugli.

[39] La pronunciación incorrecta de las palabras, sobre todo de las cultas, es la característica principal del lenguaje conocido como "grazianesca": véanse algunos ejemplos en A. Bartoli, *Scenari inediti della Commedia dell'arte*, Florencia 1890, p. L, CXXIII, y en V. Balando, *Lettere pacate e chiribizzose in lingua antiga*, *venitiana*, *et una alla gratiana etc.*, París 1588.

[40] Otras variantes en Migliorini, *Lengua y cultura*, p. 27.

[41] También en el *Dialogo della istoria*, Speroni atestigua que Pomponazzi "tenía la costumbre de favellar volgar lombardo alla maniera della sua patria, senza curarsi della gramatica".

[42] Se oye un eco de la disputa similar que tuvo lugar en el siglo XV sobre el latín, entre filósofos ciceronianos (Ermolao Barbaro) y filósofos "bárbaros" (G. Pico della Mirandola). Cf. p. 309.

[43] En el que las lenguas *vivas* aparecían por primera vez claramente contrapuestas a las lenguas *muertas* (R.G. Faithfull, en *Modern Lang*. *Review*, XLVIII, 1953, pp. 278-292).

[44] G. Della Casa, "Frammento d'un trattato delle tre lingue", en *Opere*, III, Venecia, 1728, pp. 381-384; V. Borghini, Nella novella allegorica di Ellas, Lazia e Tyrsine, en *Lingua nostra*, I, 1939, pp. 38-40.

[45] Sobre los argumentos respectivamente esgrimidos por los "latinistas" y los "vulgaristas" (el alcance de las dos lenguas en comparación una con otra; los méritos intrínsecos de una y otra; la dependencia de la lengua moderna respecto de la antigua o viceversa su autonomía; la existencia de reglas para la lengua vernácula) véanse mis alusiones en *Problemi e orient.,* III, pp. 6-9.

[46] Así, por citar el más distinguido de los ejemplos, Cristóbal Colón: pero algunos italianismos (y varios lusitanismos, debido a que empezó a escribir en español durante su residencia en Portugal) fueron revelados en sus escritos por el agudo análisis de Menéndez Pidal, en *Bull. Hispanique,* XLII, 1940, pp. 5-28 (reimpreso en volumen aparte, *La lengua de C. C.*, Buenos Aires 1942).

[47] Croce, que ya había esbozado un lúcido cuadro del saber español y de la influencia que ejercía en el ensayo *La lingua spagnuola in Italia,* Roma 1895, retomó este tema más brevemente, pero situándolo en el marco más amplio de las relaciones italo-españolas, en el volumen *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari 1915 (y ediciones posteriores).

[48] Croce, *España*, cit., p. 156.

[49] Pero su "opinión" no permanece entre nosotros: cf. L. Firpo, *Bibliogr. degli scritti di T. Campanella*, Turín 1940, p. 181 (n. 67).

[50] *Lettere familiari,* II, Venecia 1587, pp. 163-64.

[51] Indicaciones bibliográficas en E. Toda y Güell, *Bibliografia espanyola d'Italia*, 5 vols., Escornalbou 1927-1931.

[52] Mambrino Roseo, al publicar traducido el *Libro de agricoltura utilissimo* (Venecia 1557) de Gabriel de Herrera, había escrito *berengena*, probablemente sin darse cuenta de lo que era: luego, al darse cuenta de que era berenjena, la mencionó en el "avviso al lettore" (L. Messedaglia, en *Ann. Acc. Agric. Torino*, XCIV, 1951-52, p. 129).

[53] Por ejemplo, la de A. Ricchi, *I tre tiranni, representada en* Bolonia en presencia de Clemente VII y Carlos V y publicada en Venecia en 1533, tiene un personaje que habla español.

[54] Claude de Seyssel, en el prólogo a la traducción de Justin (1509), dirigiéndose a Luis XII, atestigua que "là où les Italiens reputoient jadis les Français barbares, tant en moeurs qu'en langage, à present s'entrentendent sans truchement les uns les autres et s'adaptent les Italiens, tant ceux qui sont soubs votre obeissance que plusieurs autres aux habillements et maniere de vivre de France. Et par continuation sera quasi tout une mesme façon ainsi que l'on voit de ceux d'Astisane et de tout le Piemont'. Se sabe que Alione de Asti compuso varias canciones en francés y que hay personajes que hablan francés en sus comedias.

[55] *Parlamento de Ruzante...* en R. Viola, *Due saggi di lett. pavana*, Padua 1949, p. 86.

[56] E. Trees, *Rel. de Embajadores Fri.,* II, I, p. 158.

[57] C.S. Singleton, *Canti carnascialeschi*, Bari 1936: Id., *Nuovi canti carnascialeschi*, Modena 1940, passim; cf. F. Chiappelli, en *Lingua nostra*, XIII, 1952, pp. 44-45.

[58] En 1523, los de Trieste escribieron a los de Carniola, a propósito de un caso que debía discutirse en el Consejo del Imperio, que tenían la intención de responder en latín y no en alemán; en 1581, los de Tolmin pidieron que las escrituras de recaudación de ciertos impuestos se hicieran en alemán, y los de Gorizia respondieron que era su derecho y su deber redactar las escrituras "en italiano oro Latina" (F. Pasini, *Idioma e parola*, Turín 1948, pp. 83 y 139).

[59] E. Teza, "Voci greche ed arabe nelle commedie del Giancarli", en *Rend. Acc. Lincei,* 5a s., VIII, 1899, pp. 135-145; G. Sala, "La lingua degli stradiotti nelle commedie e nelle poesie dial. del sec. XVI", en *Atti Ist. Ven.*, CX, 1951-52, pp. 141-188, 291-343.

[60] Y Lasca, en el Prólogo a la *Spiritata* (1561), aseguraba que en su comedia "no se oirá a alemanes, ni a españoles, ni a francos gorjear en una lengua de papagayo, odiosa, y no entendida por vosotros [el público]".

[61] "Mientras la lengua italiana no se reduzca a una sola forma para todas las naciones de Italia, como [...] he dicho que espero, con el favor de Dios, estará pronto en manos del pueblo no vulgar, no alabo, o más bien considero contrario al decoro e inicuo hablar lo ordinario entre ellos, por más que un lombardo o calabrés quiera hablar toscano, lo que le haría digno de risa de todos. De aquí se ve que con gran prudencia en este agradecido Senado veneciano, cuando hablan o razonan personas muy doctas, y que saben y escriben perfectamente nuestra buena lengua, cuidan de no apartarse de su habla ordinaria, en cuanto a voces se refiere, usando entonces toda aquella clase de adornos que el decoro y el asunto de la cosa pueden recibir" (G. Ruscelli, *De' commentarii*, Venezia, 1581, p. 543).

[62] G. Santangelo, *Il Bembo critico e il principio d'imitazione*, Florencia 1950.

[63] El sienés Sinolfo Saracini, embajador toscano en Francia, declaró a Enrique Esteban que el francés no podía, además de ser superior al italiano, ni siquiera compararse con él, porque Francia no tenía más autores famosos que el entonces vivo Ronsard, mientras que Italia tenía los tres famosos y otros (S. Bargagli, *Il Turamino*, Siena 1602, pp. 35-36).

[64] *Avvertimenti,* cit., I, Venecia 1584, p. 94. La opinión de Bembo y Salviati de que la lengua había alcanzado su apogeo en el siglo XIV si tiene muchos defensores también tiene muchos negadores. Lorenzo de' Medici pensaba que la lengua estaba todavía en su "adolescencia", Castiglione que era "tierna y nueva", Gelli estaba seguro de que "está viva y va hacia arriba", Varchi creía que "todavía no se había puesto las latas". Valerio Marcellino seguía sin saber si la lengua "sube hacia el mediodía, o si declina hacia el sur".

[65] A. Momigliano, *Studi di poesia*, Bari 1948, p. 72.

[66] "Io ricordo vi, che voi faceste già ricolta di molti proverbi toscani; se mi poteste mandare, mi tornerebbero forse in qualche luogo a proposito" (carta a Luca Martini, junio de 1543: *Lettere famil*., I, p. 278 Greco).

[67] A. Caro, *Apologia de gli Academici di Banchi*, Parma 1553, p. 168.

[68] Don Anselmo Tanzi, de Milán, en su prefacio a la versión de Boecio (1520) dice que utilizó "un volgar piano, chiaro et intelligibile, non in sola lingua Napolitana, ne Tosca ne Lombarda, ma mista, et in comune, et dimestico parlare" (citado por Argelati, *Biblioteca d. volgarizzatori*, cit., I, p. 164).

[69] Cian, *Estudios... Rajna*, cit., p. 292.

[70] *Fedele*, 1. II, c. XVII (en Del Balzo, *Poesie di mille autori*, IV, p. 544).

[71] Ed. 1539 (citado en *Arch. rom*., IV, 1920, p. 90).

[72] *De agricultura opusculum*, Nápoles 1516 (citado por L. Natoli, *Studi su la letteratura sicil. del s. XVI*, I, Palermo 1896, p. 17).

[73] En cambio, el ilustre siciliano teorizado por el siracusano Mario d'Arezzo, en su *Osservantii dila Lingua siciliana et Canzoni in lo proprio idioma*, Messina 1543, se desvía bastante de esto; por ejemplo "disputando si la lingua siciliana, la quali hogi noi tenimo, per havir tutti soi vocabuli distisi, & interi, non mezi & mutilati, et per potirsi schietta scriviri, et per tutta Italia intendiri, appari tanto bona, corno di tutti altri contrati chiusi di l'Appi, & di l'uno, & l'altro mari" (c. 10 a: tengo en mente la reimpresión editada por G.B. Grassi, Palermo 1912): se trata de un curioso pero poco significativo experimento "autonomista". Véase el capítulo IV del ensayo de L. Sorrento, *Diffusione*. Tampoco tuvo éxito el intento de Girolamo Araolla de dotar a Cerdeña de una lengua literaria (basada en el logudorés septentrional, con italianismos y españolismos en los casos en que faltaba la voz sarda): véase la reedición de *Rimas espirituales* editada por Wagner, Dresde 1915, y del mismo, *La lingua sarda,* cit., pp. 49-51.

[74] Y, de vez en cuando, alguien protesta todavía contra el toscanismo arcaizante: así el milanés Lomazzi (*Grotteschi*, Milán 1587, p. 290) o el perugino Caporali (*Viaggio di Parnaso*, parte II, *Il pedante*).

[75] 'La realización de libros en el dialecto propio de autores no toscanos comenzó tarde y fue por diversión', observaba ya G. Capponi, en *Nuova Antologia,* XI, 1869, p. 676. Véase B. Croce, "La letteratura dialettale riflessa, la sua origine e il suo ufficio storico", en *Critica*, XXIV, 1926 (reimpreso en *Uomini e cose della vecchia Italia*, I); L. Sorrento, "La poesia dialettale e il Parnaso siciliano", en *Rassegna*, XXXV, 1927, pp. 105-122; Id., "Per la storia della poesia dial. in Italia", en *Atti I Congr. tradiz. popol*., Florencia 1930; B. Migliorini, "Dialetto e lingua nazionale a Roma", en *Capitolium,* julio de 1932 (reeditado en *Lingua e cultura*, pp. 109-123); M. Sansone, "Relazioni fra la letteratura italiana e le letterature dialettali", en *Problemi e orient.,* IV, pp. 261-327. J. Gilliéron también distinguió en la historia del francés la *"ére des dialectes"* de la *"ére des patois"*.

[76] Hemos encontrado excepciones sobre todo en el Véneto: hemos mencionado a Francesco di Vannozzo y a Antonio Beccari en el siglo XIV (p. 275); pero citando al veronés del siglo XIV Giorgio Sommariva hemos observado también que sus sonetos rústicos no se publicaron hasta mucho más tarde (p. 342).

[77] Los criados y porteadores llegaban de los valles bergamascos a Venecia en gran número, y la tosquedad de su dialecto hizo proverbial a Bérgamo como patria del habla inculta: véanse los numerosos testimonios adjuntos por Cian sobre la frase de Castiglione ("non vi ristringendo voi a dichiarir qual sia la migliore, potrebbe l'omo attaccarsi alla bergamasca come alla fiorentina": *Cortegiano*, 1.1, cap. XXX). Davanzati, postulando su traducción de los *Anales* (IV, 14), señaló que una "lengua bergamasca o norcina muy torpe" era utilizada "por Zanni o Ciccantoni" para hacer reír.

[78] En la Commedia *La vedova* (1569) de Giovan Battista Cini hay personajes que hablan veneciano, bergamasco, siciliano y napolitano. Los textos de este tipo no suelen darnos muchas garantías de autenticidad; pero para el dialecto pavano, la documentación que nos proporciona Beolco es preciosa, y para el románico de la primera fase, el testimonio del viejo criado Perna representado por Cristoforo Castelletti en *Stravaganze d'amore* (1585).

[79] Uno piensa especialmente en los de los Rozzi di Siena; pero también en algunas comedias de Cecchi hay algunos personajes que hablan florentino plebeyo.

[80] Sorrento, "La poesia dialettale e il Parnaso siciliano", cit.; C. Naselli, "Una sacra rappresentazione siciliana del sec. XVI", en *Pallante*, VI (reimpreso en *Studi di antica letteratura sicil*., Catania 1935).

[81] R. Renier, "Cenni sull'uso dell'antico gergo furbesco nella letteratura italiana", en *Miscellanea Graf,* Bérgamo 1908 (reimpreso en *Svaghi critici*, Bari 1910, pp. 1-30).

[82] Un amplio relato del debate figura en mi artículo publicado en *Problemi e orient*., III, pp. 14-42. De los numerosos escritos sobre la cuestión, baste citar V. Vivaldi, *Controversie* (fárrago pero útil); Th. Labande-Jeanroy,

Question; B.T. Sozzi, *Aspetti* (que subraya sobre todo los aspectos sociales de la cuestión); M. Vitale, *La questione della lingua,* Palermo 1960.

[83] Bembo aparece también como protagonista en el *Dialogo delle lingue*, compuesto poco después de 1530, por Sperone Speroni de Padua. En el diálogo, además de la disputa sobre la preeminencia del latín o de la lengua vernácula (véase p. 410), se debate entre el Cortigiano y Bembo el argumento ya expuesto en la *Prosa*. "Entonces, si quiero escribir en lengua vernácula", dice el Cortigiano, "¿será mejor nacer toscano otra vez?" "No nacer", responde Bembo, "sino estudiar toscano: pues es mejor nacer lombardo que florentino; porque el uso de hablar toscano hoy es tan contrario a las reglas de la buena lengua toscana, que perjudica a los demás nacer en esa provincia más que beneficiarlos" (p. 59 De Robertis). Speroni retoma, y acentúa, la oposición de Bembo al toscano vivo, que no tiene defensor en el diálogo, ya que Bembo sostiene su tesis arcaísta y el Cortigiano la del uso de las cortes (las pocas palabras que este último parece gastar a favor del florentino moderno -p. 60- sólo sirven para provocar la refutación de Bembo). Speroni también cantó las alabanzas de Bembo en una oración fúnebre (1547), y volvió sobre la cuestión de la lengua en el tardío *Dialogo della historia*.

[84] Todo lo que queda de Calmeta fue publicado por C. Grayson, Bolonia 1959.

[85] Los testimonios no coinciden del todo, probablemente porque Bembo, que había conocido a Calmeta y había debatido con él en Urbino, se refiere a las ideas de Calmeta tal como las recordaba, mientras que Castelvetro se ciñe más al libro.

[86] P. Rajna, "La lingua cortigiana", en *Miscellanea linguistica [...]* G.*I. Ascoli*, Turín 1901, pp. 295-314; F. Neri, "Nota sulla letteratura cortigiana del Rinascimento", en *Bulletin italien,* VI, 1906 (reimpreso en *Letteratura e leggende*, Turín 1951, pp. 1-9). [Véase ahora P.V. Mengaldo, "Appunti su V. Calmeta e la teoria cortigiana", en *Rass. lett. it.*, LXIV, 1960, pp. 446-469].

[87] En el texto impreso del *Libro de natura de amore*, Venecia 1525, Equicola expone sus ideas mucho más brevemente (en la dedicatoria a Isabella d'Este). Véase el texto del prefacio en Renier, en *Giorn. stor. lett. ital.*, XIV, 1889, p. 227; para la atribución de la traducción y las páginas introductorias véase ahora G. Castagno, en *Lingua nostra,* XXIII, 1962, pp. 74-77.

[88] G. Salvadori, "Lingua comune e lingua cortigiana negli appunti di A. Colocci", en *Fanfulla della domenica*, 16 de mayo de 1909.

[89] Probablemente, como pensaba Rajna, para no confundirse con los partidarios de la tesis de Calmeta.

[90] De los coloquios florentinos surgió una animada opereta polémica de Maquiavelo, de la que hablaremos más adelante (pp. 439-440).

[91] Este pasaje aparece muy abreviado en la segunda edición de la *Epístola*, publicada en 1529. Sin embargo, lo cito a partir de la edición original, abandonando las peculiaridades gráficas de Trissini.

[92] El diálogo se publicó en Venecia en 1620, y luego se reimprimió en Belluno en 1813, y en Milán en 1829 y 1842. Sobre la actitud de Valeriano, véase B. Croce, en *Critica*, XLII, 1944, pp. 113-120.

[93] De nuevo Paolo Giovio, al principio de su *Dialogo delle imprese*, compuesto hacia 1550, profesaba que no quería estar atado "por la severidad de las leyes de esta Toscana elegida; porque quiero en todo ser libre para hablar con la cortesana".

[94] Igualmente en el *Arte de la poesía* (c. 70): "Como a los griegos, y como a los latinos / nacer mucho no era griego ni latino, / así el nacimiento toscano no basta. / La belleza, la claridad del lenguaje / se conserva entre los libros, y de los escritores / a escribir se aprende, y no de la multitud errante.

[95] P. Rajna, "La data del *Dialogo intorno alla lingua* di N. Machiavelli", en *Rend. Acc. Lincei,* s. 5a, II, 1893, pp. 203-222. [Véase ahora H. Baron, "Maquiavelo en vísperas de los 'Discursos': la fecha y el lugar de su 'Dialogo intorno alla nostra lingua'", en *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance,* XXIII, 1961 pp. 449-475. Las dudas sobre la atribución de este *Diálogo* a Maquiavelo han sido planteadas por C. Grayson, "Machiavelli and Dante. On the date and attribution of the 'Dialogo intorno alla nostra lingua'", en *Studies and Problems in Textual Criticism,* II, 1971, pp. 5-28; el artículo de Grayson suscitó un amplio debate, aún no concluido].

[96] Tolomei escribió mucho sobre la lengua, pero quizá debido a su intención de publicar una vasta obra de conjunto, no publicó ni una sola obra lingüística con su propio nombre: Polito se publicó con otro nombre, Cesano sin que él lo supiera. De los materiales que quedaron inéditos a su muerte, Celso Cittadini hizo un amplio (de hecho, demasiado amplio) uso.

[97] Cf. P. Rajna, "¿Cuándo fue compuesto *Cesano*?", en *Rassegna*, XXV, 1917, pp. 107-137.

[98] Probablemente, el largo fragmento sobre la lengua en general y los méritos del toscano resulta de una inserción en el diálogo de material tomado del primer libro de una obra *De l'escellenza de la lingua toscana, que*

Tolomei había comenzado, de la que perdió el segundo libro durante el saqueo de Roma, y que en repetidas ocasiones tuvo intención de completar.

99 P. Fiorelli, "P. Giambullari e la riforma dell'alfabeto", en *St. filol. ital.*, XIV, 1956, pp. 177-210.

100 Las ideas de Gelli se reiteran en otras partes de sus escritos: por ejemplo en su carta del 15 de noviembre de 1551 a Bartolomeo Tolomei (*Opere*, Florencia 1855, pp. 445-446) y en *Capricci del bottaio*, donde Gelli afirma que sólo los florentinos escriben con belleza y gracia: Martelli ha demostrado muy bien que la lengua es "propiamente florentina", y que "quien no ha nacido y crecido en Florencia, no la aprende perfectamente" (*ibid.*, pp. 200-201). [Sobre Gelli véase ahora A. De Gaetano, "G.B. Gelli y la Questione della lingua", en *Italica*, XLIV, 1967, pp. 263-281; Id., "G.B. Gelli y la rebelión contra el latín", en *Estudios sobre el Renacimiento*, XIV, 1967, pp. 131-158].

101 Hay que recordar que entretanto, con la anexión de Siena (1555), el Estado florentino se había convertido en el Estado toscano, y Cosme I había obtenido el título de Gran Duque de Toscana en 1569: así pues, motivos políticos favorecieron la difusión del término *toscano*, que salvaguarda mejor el amor propio de los toscanos no florentinos (según el argumento de Tolomei), mientras que los florentinos tendían a interpretarlo como "la lengua hablada en todo el Estado, de la que el florentino es la mejor variedad". El Gran Duque, escribiendo al Consolo dell'Accademia Fiorentina el 2 de enero de 1572, habla de "reglas de la lengua *toscana*" y de "parlar *fiorentino*". En 1589, Diomede Borghesi fue nombrado catedrático de lengua *toscana* en Siena.

102 *Opere*, Florencia 1853, I, pp. LXXIV-LXXV.

103 II, p. 546 de la citada ed.

104 *I Fonti toscani*, Florencia 1598, p. 29.

105 Pero podemos ver que esta expresión gana terreno: mientras que Don Pietro da Lucca de sus propias *Reglas de la vida espiritual* había dicho (1538) que estaban "en lengua materna, y toscana", el editor de Venecia 1592 afirmó que estaban en "italiano" ([M. Regali], *Dialogo del Fosso di Lucca e del Serchio*, Lucca 1710, p. 56).

106 Las breves indicaciones de este párrafo pueden ampliarse mediante Trabalza, *Storia gramm*. y Kukenheim, *Contributions*.

107 M. Corti, "M.A. Ateneo Carlino y la influencia de los gramáticos latinos en los primeros gramáticos vernáculos", en *Cult. neol*., XV, 1955, pp. 195-222.

108 Por citar sólo algunos ejemplos entre muchos, N. Granucci en su *Specchio di virtù* (Lucca 1556) se queja "de las reglas y observaciones que salieron en aquel tiempo sobre la lengua como si ya no fuera una lengua del suelo nativo dado a la provincia; sino una ciencia hecha con arte por los hombres"; Borghini reprocha a los gramáticos no toscanos que se aferren a la analogía cuando no conocen suficientemente el uso de los grandes escritores y hablantes de hoy: "la analogía [.... is a cotal regola che va dietro al simile e vuol essere il riparo di chi è straniero in una lingua, o sa poco della propria natura" (*Annotazioni dei Deputati*, p. 45 Fanf.); "molto e' [il Ruscelli] s'appicca all'analogia, che gli è gioco forza, perché e' non ha l'uso" (*Ruscelleide*, I, p. 23) etc. En las *Argute e facete lettere* (Brescia 1562, p. 165) C. Rao afirma que "los bergamascos escribieron ciertas reglas toscanas y las enviaron a los florentinos, para que fueran observadas por ellos".

109 Ruscelli, *Commmentarii,* cit., p. 375.

110 Tolomei recomendó a sus amigos que le familiarizaran con textos antiguos (véase carta a Paganelli, 1546, en *Lettere*, Venecia 1547, c. 206 b).

111 Suya es la edición de 1575 del *Novellino*, realizada en parte sobre el códice Panciatichiano.

112 F. Ageno, en *Lingua nostra,* XX, 1959, pp. 1-3.

113 L. Sorrento, *Benedetto Varchi y los etimólogos franceses de su siglo*, Milán 1921.

114 O. Olivieri, "I primi vocabolari italiani", en *St. filol. it.,* VI, 1942, pp. 64-192; Id., en *Cult. neol.*, III, 1942, pp. 268-275; C. Messi, en *Atti Ist. veneto*, CII, 1942-43, pp. 589-620.

115 O. Olivieri, "I primi rimari italiani", en *Lingua nostra*, III, 1941, pp. 97-102.

116 Gelli (*Ragionamento*, cit., p. 22) conocía la ordenanza y elogió a Enrique II por aplicarla.

117 C. Duboin, *Raccolta per ordine di materia delle leggi, editti ecc. della Real Casa di Savoia,* III, I, p. 318.

118 *Ibídem*, V, pp. 844-845 (cf. P. Fiorelli, en *Arch. Alto Adige*, XLII, 1948, pp. 370-371).

119 Fiorelli, *ibídem*, p. 370.

120 Véase la carta a Firenzuola, erróneamente fechada el 8 de noviembre de 1531 en la edición de 1547 de las *Lettere*, c. 77 (P. Rajna, en *La Rassegna,* XXIV, 1916, pp. 1-13).

[121] Es decir, obtuvo el consentimiento para la nueva revisión del *Decamerón*.

[122] Es decir, que Maquiavelo sea eliminado del Índice.

[123] I. Rilli, *Notizie [...] intorno agli uomini illustri dell'Accademia Fiorentina*, Florencia 1700, p. XXI; E. Bindi, prefacio a las *Obras de* Davanzati, I, p. XVII.

[124] M. Barbi, en *Il Propugnatore,* n.s., II, 1889, t. II, p. 37.

[125] R. Galluzzi, *Storia del granducato di Toscana*, rist. Capolago 1841, III, p. 135.

[126] G.B. Zannoni, *Storia dell'Accademia della Crusca,* Florencia 1845; C. Marconcini, *L'Accademia della Crusca dalle origini alla prima edizione del Vocabolario*, Pisa 1910, y el opúsculo *L'Accademia della Crusca*, Florencia 1952.

[127] Salviati, *Advertencias*, I, II, XII.

[128] Como vimos en el capítulo VII, L.B. Alberti ya había distinguido la *v* de la *u al* proponer, en *De cifra,* escribirla *hasta inflexa,* y Nebrija en *Gramatica de la lengua castellana* (1492) también había aplicado la distinción de forma práctica.

[129] P. Rajna, en *La Rassegna,* XXIV, 1916, pp. 257-262; Migliorini, en *Lingua nostra,* XI, 1950, pp. 77-81.

[130] Véase la carta de Alessandro de' Pazzi a F. Vettori, citada en los dos artículos citados anteriormente.

[131] P. Rajna, en *La Rassegna,* XXIV, 1916, pp. 350-361.

[132] Los opúsculos de la polémica están todos reimpresos en la edición de las *Obras* de Trissino editada por Scipione Maffei (Verona 1729): pero en los escritos del sabio de Vicenza no se utilizan las letras especiales, y en los de los demás la ortografía está algo modernizada.

[133] Pero en esta edición, Trissino utiliza en latinismos *zi* y no *ti*: *pronunciación*, *innovación*.

[134] La única excepción es el repertorio adjunto a las *Regole* del Gigli (véase p. 642).

[135] L. Sbaragli, *Claudio Tolomei*, Siena 1939, p. 93.

[136] Se aplica tanto a las palabras de tipo *amistad* como a las de tipo *destrucción,* para las que el autor del prefacio declara que no "resolvió duplicarla" (p. 25).

[137] Tolomei, agradeciendo a Lenzoni el haberle enviado el pequeño volumen de Dortelata, señaló las semejanzas, absteniéndose de hacer un juicio, pero no una insinuación: basta con que no sepa si se trata de robo o imitación, o semejanza de espíritu. Estas cosas se discutieron, disputaron y resolvieron en una de nuestras Academias, y se comunicaron a muchos" (*Lettere*, cit., c. 80 b).

[138] Giambullari aplicó parcialmente la misma escritura ortofónica en su propio autógrafo de las *Regole della lingua fiorentina* (cod. Magliab. IV, 59) y en otros manuscritos (P. Fiorelli, en *St. filol. it.,* XIV, 1956, pp. 193-198).

[139] L. Fessia, "Alessandro Citolini esule italiano in Inghilterra", en *Rend. Ist. Lomb.,* LXXIII, *Lettere*, 1939-40, pp. 213-243.

[140] Pero si distingue las vocales abiertas y *o* de las cerradas (*e* enganchada *o* normal para las vocales abiertas frente a a *y* normal *o* cursiva para las cerradas), aplica entonces (por ejemplo, en *New World of Words*, Londres 1611) el signo de la vocal abierta también a aquellas palabras derivadas en las que la *e* y la *o están en* posición átona, ignorando la regla ya destacada por Tolomei en *Polito*.

[141] El intento fue juzgado severamente por Salviati, *Avvertimenti*, I, III, I, parte. 14.

[142] La opereta fue publicada póstumamente por otro Cosimo Bartoli (homónimo del aquí estudiado), y es de considerable importancia lingüística (E. Teza, "Un maestro di fonetica italiana nel Cinquecento", en *St. filol. rom.,* VI, 1893, pp. 449-463).

[143] En el Sonn. 219 de Petrarca, "Il cantar novo e 'l pianger de li augelli / in su 'l dì fanno *retentir* le valli..." se lee, a partir de Aldina, *risentir*.

[144] Véase, por ejemplo, el prefacio al *Laberinto d'amore* de Bernardo Giunta (Florencia 1516): "He empleado tanta diligencia en enmendarlos, que me atreveré a decir que el propio Boccaccio no los habría contado de otro modo".

[145] V. Cian, *La lingua di Baldassarre Castiglione*, Florencia 1942 (véanse especialmente los capítulos III y IV "Le prime redazioni del *Cortegiano*" y "La lingua del *Cortegiano* nel testo definitivo"); [Gh. Ghinassi, "Postille all'elaborazione del 'Cortegiano'", en *Studi e problemi di critica testuale,* III, 1971, pp. 171-178].

[146] Debenedetti ha demostrado que se introdujeron algunas correcciones durante la tirada de los pliegos individuales. De los nuevos episodios que pasaron a formar parte de la tercera edición, así como de algunas

estancias rechazadas, disponemos de fragmentos autógrafos. Para estudiar las variantes, se puede recurrir a la reimpresión literal de F. Ermini (Roma 1909-13); para la 3ª edición, hay que tener en cuenta la excelente impresión laterziana editada por Debenedetti o la impresión ricciardiana de Caretti (que aprovecha también los pliegos dejados por Debenedetti). Del mismo autor, véase la edición de los *Frammenti autografi dell'Orlando Fur*., Turín 1937. También son importantes para la lengua los "Studi sui Cinque Canti" de C. Segre, en *St. di fil. ital*., XII, 1954, pp. 23-76. El ensayo de M. Diaz, *Le correzioni all'Orlando Furioso*, Nápoles 1900, y los artículos y ediciones comparativas parciales de G. Lisio pueden ser todavía útiles; mi artículo "Sulla lingua dell'Ariosto", en *Italica*, XXIII, 1946 (reimpreso en *Saggi ling*., pp. 178-186) intenta captar los rasgos esenciales; pero sería muy oportuna una monografía que considerase todos los materiales disponibles.

147 Dolce (*Modi affigurati*, cc. 300 b-301 a) señaló que Bembo, después de escribir "Una sol voce in allettando *il spirto*" había corregido el verso por "una sol voce in allettar *lo spirto*", y en otro lugar "Et odo dir *in l'herba*" por "Et odo dir *ne l'herba*".

148 S. Debenedetti, en *St. rom*., XX, 1930, pp. 223-225. En los fragmentos autógrafos todavía se ha *podido*.

149 *Ibídem*, pp. 217-222.

150 El "volgar uso tetroggine" es el de los poetas cortesanos de finales del siglo XV, como Serafino y Tebaldeo: y por esta época, Ariosto incluía sin duda a su ilustre predecesor, Boiardo, entre los poetas que participaban de esa penumbra.

151 Sólo más tarde, en las agrias disputas entre los partidarios de Tasso y los de Ariosto, Benedetto Fioretti censuró con pedantería las formas y palabras no toscanas del *Furioso*.

152 "¿Quién diablos repararía ciertos tipos de impresión? Ché un correttore corregge in un modo e quell'altro a un altro, chi lieva, chi pone, certi scortano e certi altri intaccare la pelle" (A.F. Doni, *I Marmi*, I, p. 94 Chiorboli). Para evitar tales inmundicias, Federigo Badoaro había propuesto que la Accademia della Fama supervisara a los correctores (M. Maylender, *Storia delle Accademie*, V, Bolonia 1930, p. 438).

153 Como sostiene Branca, en su erudita edición crítica, Florencia 1944,

154 V. Pernicone, en *Belfagor,* 1, 1946, pp. 474-486; E. Raimondi, *Convivium,* 1948, pp. 108-134; 258-311; 438-459.

155 G. Contini, en *Giorn. stor.,* CXXIII, 1946, pp. 75-83.

156 I. Baldelli, "Correzioni cinquecentesche ai versi di Lorenzo Spirito", en *St. filol. ital*., IX, 1951, pp. 39-122.

157 Véase la nota de Saviotti a la ed. Laterza, I, pp. 330-331, y C. Varese, *Pandolfo Collenuccio umanista*, Pesaro 1957, pp. 130-133.

158 A. Grazzini, *Teatro,* ed. G. Grazzini, Bari 1953, p. 591.

159 Si bien los aspectos estilístico-literarios de las correcciones se han estudiado discretamente (M. Belsani, en *Studi di letteratura italiana,* IV, 1902; V, 1903; P. Micheli, *Saggi critici*, Città di Castello 1906 etc.), aún no se ha realizado un análisis lingüístico comparativo preciso. Puede observarse que, si bien la gran mayoría de las correcciones de Berni se ajustan a las tendencias generales de la época, en algunos casos va hacia atrás, por así decirlo, como cuando corrige *giacere* en *iacere*.

160 V. Rossi, *Battista Guarini e il Pastor fido*, Turín 1886, pp. 212-213, 304.

161 Carta de 1531 (I, p. 31 Nicolini). Cf. lo que dice de él Montemerlo: "el primero que salió libremente de ciertas ataduras de la superstición, no se mantuvo más tiempo dentro de las prisiones de aquellas reglas, que ponían freno a algunas voces y texturas muy cotidianas, y más de lo necesario, o prohibían que se viera todo: como no poner la voz *él* en el primer caso: no añadir *el* artículo después de la partícula *per*: no negarse a aceptar la voz *ahora* como buena, y otras cosas que se hacían de modo semejante" (G. S. Montemerlo, Le phrasi toscane..., Carta a los lectores, p. 31 Nicolini).S. Montemerlo, *Delle phrases toscane...,* Lettera ai lettori).

162 Sobre Rhys y Thomas, véase T.G. Griffith, *Avventure linguistiche del '500*, Florencia 1961.

163 Cf. G. Pellegrini, en *St. filol. ital*., XII, 1954, pp. 77-204.

164 F.A. Yates, *John Florio*, Cambridge 1934.

165 La primera edición de los *Coloquios* de Berlaimont que contiene también italiano es la de Amberes 1558 (L. Emery, en *Lingua nostra*, VIII, 1947, pp. 36-38).

166 En la costa dálmata, la mayoría de los hombres "hablan francamente", es decir, se hacen entender en italiano (N. Vianello, en *Lingua nostra,* XVI, 1955, pp. 67-69). En este siglo nació en Ragusa una literatura en lengua croata, inspirada en modelos italianos.

[167] Muzio, *Battaglie*, cit., c. 192 b.

[168] Castelvetro, *Correttione,* cit., p. 224. Véase, para las condiciones de Corfú, M. Cortelazzo, en *Lingua nostra,* VIII, 1947, p. 45.

[169] G. Müller, *Documenti delle relazioni delle città toscane [...] coi Turchi*, Florencia 1879; Marzi, *Cancelleria*, cit., p. 413.

[170] Véase, por ejemplo, E. de la Charrière, *Négociations de la Trance dans le Levant*, I, pp. 122-129, pp. 285-294. Pero rara vez se conservan las actas originales y es difícil distinguir, sin una investigación especial, en qué lengua se redactaron por primera vez los documentos.

[171] Profundicé en las diversas peculiaridades ortográficas en mi artículo "Note sulla grafia italiana nel Rinascimento", en *St. filol. ital.*, XIII, 1955 (reimpreso en *Saggi ling.*, pp. 197-225).

[172] En 1499 salió de la misma imprenta la elegantísima *Hypnerotomachia Poliphili*, también latinizante en su ortografía (incluso con *ae*, *oe*), en 1500 la *Epistole devotissime de Sancta Catharina da Siena*, también con la ortografía y puntuación habituales.

[173] Que en aquella ocasión Bembo probablemente sólo utilizó para la retroalimentación, y que adquirió mucho más tarde: cf. G. Salvo Cozzo, *Il cod. vaticano 3195 e l'edizione aldina del 1501*, Roma 1893, G. Mestica, in *Giorn. stor.*, XXI, 1893, pp. 300-334.

[174] "Dei Romanzi", en *Scritti estetici*, rist. Daelli, I, pp. 141-142.

[175] Véase especialmente O. Lombardelli, *La difesa del zeta*, Florencia 1586.

[176] Petrarca y el Dante aldini sólo tenían el verbo *es* con acento grave.

[177] Sería especialmente deseable disponer de estudios amplios y precisos de autógrafos y textos impresos para este siglo, en el que las normas están surgiendo de forma similar a la adoptada posteriormente en italiano y otras lenguas modernas.

[178] Debenedetti, *I Frammenti autografi dell'Orl. Furioso,* cit., p. XXXVII.

[179] R. Spongano, en la ed. *Ricordi*, Florencia 1951, pp. LXXIX-LXXX.

[180] Como signo tipográfico, ya aparecía en los incunables de algunas imprentas en la abreviatura enclítica latina *que* (*q*) y también en italiano en *dunq*; y similares.

[181] Tenemos, por ejemplo, en la aldina de Petrarca, c. 9 a: "Se l'honorata fronde; che prescriue / L'ira del ciel, quando 'l gran Gioue tona; / Non m'hauesse disdetta la corona". O, en la edición del Príncipe de la *Prose della volgar lingua* (1525), c. III a: "Era por aventura quel di il giorno del suo natal: che a dieci di Dicembre veniva; ne doveva ritornar piu; se non in quanto infirm e con poco vita."

[182] "Puncto scilicet ad imam litteram, supra posita linea, si interrogatio fuerit, retorta, si affectus recta": *Institutionum grammaticarum*, p. 181 de la ed. Giuntina de 1516.

[183] Primero más brevemente en *De' punti e de gli accenti che ai nostri tempi sono in uso...*, Florencia 1566, luego en *L'arte del puntar gli scritti*, 1585. Véase también G. Vittorij, *Modo di puntare le scritture vulgari*, *et latine*, Perugia 1598.

[184] Véanse los buenos extractos de C. Hoppeler, *Cellini,* de R. Spongano, en *Ricordi*, cit.; véanse también los de E. Raimondi, en su ed. de los *Dialoghi* de Tasso (vol. I).

[185] Pero leemos un *huomaccio* en Cellini (Hoppeler, p. 7).

[186] Vedo nel Bembo *inhispagnuolita* (*Prosa*, Venezia 1525, c. XII), *truovare* nel Sansovino, *vuolere* e persino *buontà* nell'Agostini etc.

[187] Tolomei distingue en el Polito entre *-arà* de verbos en *-are* y *-erà* de verbos en *-ere*. Sabemos por Fabio Benvoglienti que Tolomei se adhirió voluntariamente a ciertas particularidades gramaticales, como *amarò* por *amerò*, ley imperativa por *leggi*, *vedeno* por *vedeno* (Tolomei, *Lettere*, Venezia 1547, c. 34 b), probablemente porque consideraba las formas sienesas más justificadas históricamente que las florentinas. Pero era todo menos proclive a aprobar otros sieneseísmos, como se desprende de su carta a Cinuzzi, fechada en 1543: "En cuanto a la gramática, me parece que te has dejado llevar un poco demasiado por el uso de la lengua sienesa, que si podría defenderse diciendo que escribes en la lengua toscana de tu ciudad, como muchos poetas y escritores griegos lo han hecho en la lengua de su patria: sin embargo es mejor siempre huir de toda roca, por pequeña que sea, que chocar contra ella, aunque el barco no se rompa. Y ciertamente, en nuestros tiempos han crecido ciertos juicios molestos, que no se pueden soportar por demasiada debilidad de estómago" (*Lettere*, cit., c. 10 b).

[188] "Era de necesidad que, en todos los verbos de la primera manera, la *a se colocara* en la penúltima sílaba... Pero la costumbre del lenguaje ha llevado a colocar la *e* en ese lugar, y se dice *amerò*, *porterò*" (P. Bembo, *Prosa*, p. 131 Dionisotti). Trissino en la *Grammatichetta* sólo da *honorerò*, *honorerei* etc. Salviati (*Avvertimenti*, I, II, XVI) reprocha las formas *portarò*, *portarei*, "que algunos escritores de nuestro tiempo han querido introducir (Nencioni cree que aludía a Varchi, ecléctico en el uso de los dos tipos).

[189] A veces incluso donde la *i* era vocal: Muzio reprocha a Varchi haber escrito *gionica* porque la i era vocal (*Battaglie*, c. 110) - y quiere llamarse *Hieronimo*. Dortelata, en cambio, imprime *San Jerónimo* y lo mismo *Intergonimus*; *conghiettura* se encuentra desde el siglo XIV al XVI.

[190] Pero Norchiati, en su conocida carta a Varchi (1540), atestigua que algunos pronunciaban *rucello* en lugar de *ruscello*, y ya no *bascio* y *camiscia* (*Prose fiorentine*, p. IV, vol. I, lett. 52).

[191] Sansovino (*Ortogr*., s.v.) afirma que "*dipignere* dicono i poeti", pero a continuación dice también que "*cingere* è del verso".

[192] A. Castellani, en *Lingua nostra,* XV, 1954, pp. 66-70.

[193] Muzio (*Battaglie*, c. 38 b) afirma que "il Varchi maestro della lingua [...] pronontiava *ascoita* et *una aitra volta*". Pero debió de tratarse sólo de una alteración embrionaria: Salviati asegura que el sonido "parece una *i [*...] a aquellos a quienes el idioma es extraño" (*Avvertimenti*, I, III, parte. VI).

[194] Así tenemos, por ejemplo, *dipartianci* (canción de carnaval "Quanto è dura..."), *recarenci* (Tolomei, *Polito, c*. 17 a), "lieta la *rivedren* di puro argento" (Alamanni, *Coltivazione*, 1. VI, c. 99 b de la ed. Firenze 1549), "*Aspettianlo* qui" (Gelli, *Sporta*, III, sc. 6), etc. La regla está codificada por Salviati (*Avvertimenti,* I, III, II, parte. XXXVII).

[195] Ruscelli habiendo reprochado a Petrarca el verso "E chi noi crede vengh' egli a *vedella*", "il qual verso non fu molto più felice di lingua che di pensiero", Borghini en su postilla defiende al poeta: "Io non so per cui cagione questa bestia reprocha il Petrarca qui nella lingua, parlando lui benissimo, e seguendo l'uso della buona vena" (*Ruscelleide*, I, p. 41).

[196] Una amplia descripción del uso de Cellini en Hoppeler, *Cellini*, cit., pp. 9-13.

[197] Giraldi (*De*' *Romanzi*, I, pp. 144-145 Daelli) señaló que truncamientos similares de plurales ya se dan en Petrarca ('sì mirabil tempre').

[198] *La melena* también por Maquiavelo en la *Mandragola* y por Casa en un capítulo (Hoppeler, *Cellini*, cit., p. 49): pero aquí se trata del tipo no infrecuente *le carne* (Bibbiena), *le ragione* (Guicciardini), etc.

[199] Véase también *domestichissimo* (Castiglione), etc.

[200] Bembo (*Prosa*, p. 91 Dion.) registra sólo *el,* y lo mismo hace Trissino: Acarisio (p. 1) conoce *el* sólo "in compositione" (por *y el*); Ruscelli (*Commentarii*, cit., p. 517) considera *el* (y el plural *e*) "no sólo vitio, sino horrendo & spaventoso mostro nella lingua nostra".

[201] Migliorini, "Primordi del lei", en *Lingua nostra*, VII, 1946 (reimpreso en *Saggi ling*., pp. 187-196).

[202] Así se desprende de Alessandri, en *Paragone della lingua toscana e castigliana,* cit., c. 64: "Reina hoy otra mala costumbre, que es la de algunos señores, que, hablando o escribiendo a alguien que creen que le deshonra con *Voi* y le honra demasiado llamándole *Signoria,* le hablan y escriben en tercera persona*: él*, *ellos*, *ella*, *su*, *su, su,* y otros, de modo que muchas veces es imposible sacar de ello sentimiento alguno".

[203] Pero, como señala Labande-Jeanroy (*Cuestión,* cit., I, p. 185), se encuentra al menos una vez en *Herculano*.

[204] D'Ovidio, *Variedades,* pp. 294-301.

[205] Tizzone Gaetano disuadió a Poliziano de eliminar las formas en -*ono*: después de cambiar *erono* por *erano*, para salvar la rima tuvo que cambiar también *posa ferono* por *fine imperano*, y así sucesivamente (véase la "Introducción" de la ed. Pernicone, p. XXXIX); Ruscelli y Salviati también condenaron al ostracismo las formas en -*ono*. [Para las reglas establecidas por Trissino, véase M. Vitale, "Di alcune forme verbali nella prima codificazione grammaticale cinquecentesca", en *Acme*, X, 1957, pp. 235-275].

[206] Nencioni, *Fra grammatica e retorica*, passim.

[207] Migliorini, *Saggi ling*., pp. 148-155.

[208] La explicación de Salviati que ve en el primer miembro una sustantivación abstracta ("dove l'addiettivo *infelice* per lo sustantivo *infelicità* è posto senza alcun fallo: *Avvertimenti*, II, II, X) no es aceptable: basta pensar en femeninos como "la *trista* della volpe" (Firenzuola).

[209] es decir, el tipo V de la clasificación de Lombard, en *Studier mod. spr.*, XII, 1934, pp. 19-76.

[210] Tipo III de Lombardo. Bembo, que opone un uso "italiano" a un uso "toscano" (*Prosa*, p. 106 Dion.), se da cuenta de que este último está perdiendo terreno (pero por su cuenta prefiere atenerse al uso arcaico).

[211] Muchos en Bembo; "perché *la le* diè Astolfo" (Ariosto, *Orl*., XXXII, st. 48); "cercando pur di *torlomi* davanti", (*ibid.*, XXIV, st. 39); "*la ti* chero" (Giraldi, *Hercole*, VIII); "ditelemi" (Lenzoni, *Difesa*, p. 20) etc.

[212] U. Schwendener, *Der Accusativus cum Inf. im Italienischen*, Säckingen 1923.

[213] Salviati, a propósito del pasaje de Boccaccio "io credo, se più fosse perseverato... il mio duro proposimento si sarebbe piegato" (III, nov. 7), advierte que "il lasciare spesso il *che* è usanza del Boccaccio e graziosa proprietà della lingua" (*Avvertimenti,* I, XIV).

[214] Otros ejemplos en Spongano, *Ricordi*, cit., p. CXXXVII, Scoti-Bertinelli, *Giorgio Vasari scrittore*, Pisa 1905, p. 200.

[215] R. De Mattei, en *Lingua nostra*, II, 1940 pp. 97-100.

[216] "El término *'campesino'* es otra cosa muy distinta, si desde hace algunos años algunos de los nuestros lo emplean mal y lo toman por 'obrero'" (V. Borghini, *Discorsi*, II, p. 518).

[217] F. Nicolini, "I *bravi* nella letteratura del Cinque e del Seicento", en *Nuova Antologia*, enero de 1945, pp. 33-42.

[218] En el norte de Italia, el nombre *bulo* aparece a menudo junto al de *bravo*. Véase, además de la nota a pie de página de V. Cian en *Lingua nostra*, X, 1949, pp. 41-43 (que habla de los *buli en relación con* una carta de Aretino de 1549), el verso de Nelli (*Satire alla carlona*, II, p. 54): "E i *bravi* e i *buli* fanno star a segno".

[219] Isabella Estense - cuenta Calmeta (*Vita di Seraphino*, p. 70 Grayson) - "no sólo favorecía y recompensaba a los *virtuosos*, sino que también se deleitaba ejercitándose con suprema alabanza en toda preclarissima *virtude*", "este caballero (dice Cellini en *Trattato dell'Oreficeria*, p. 77 Milanesi) amaba y favorecía a los hombres *virtuosos* por encima de todo, tanto amaba la virtud". La referencia a la música y al canto (que prevalecerá en los siglos siguientes) está por ejemplo en Grazzini, *La Strega*, V, esc. 8: "Taddeo innamorato vuol sonare il cembalo per mostrare d'esser *vertuoso*.

[220] Folena, *Crisis*, pp. 154-155.

[221] De donde derivan también el *Alichino de* Dante y el *Alchino* de Ariosto (*Orlando furioso*, VII, st. 50).

[222] L. Contile, *Cartas,* Pavía 1504, I, c. 19 b.

[223] Carta a Aretino de 1538 (I, p. 207 Ferrerò) y otras cartas, passim. Poco después, Alberto Lollio creó otro *museo.*

[224] Por el contrario, el de *reformador* suscitaba escrúpulos católicos (S. Speroni, *Orationi*, p. 67).

[225] Por ejemplo, "estos señores han formado tan excelente cortesano, y con tan *divinas condiciones"* (Castiglione, *Cortegiano*, II, § 98). El propio Ariosto acreditó el epíteto dado a Aretino: "el azote / de los príncipes, el *divino* Pietro Aretino" (*Orlando furioso*, XLVI, st. 14) y a su vez recibió el mismo título (en la edición príncipe de *Erbolato*, etc.). Muy legítimamente, el epíteto *divino, que se* había referido repetidamente a Dante y a su poema desde la época de Boccaccio, adquiere consistencia definitiva en el título de la *Divina Comedia*, a partir del frontispicio de la edición de Giolitina editada por Dolce en 1555 (O. Zenatti, *La* "*divina*" *commedia e il* "*divino*" *poeta*, Bolonia 1895).

[226] La dedicatoria de los *Madrigali* de Cassola, hecha todavía en 1544 al *divinissimo Signor Pietro Aretino, se* cambió al año siguiente por una dedicatoria al *excelentísimo Signore*. (Así, en la comedia *Aquilana* de Torres Naharro, "aquella *divina* mano", giorn. I, v. 58, se sustituye, en la ed. censurada, por *bendita* o *admirable*).

[227] Léase el capítulo dedicado por Salviati (*Avvertimenti*, I, II, V) al lenguaje de los "cancilleres modernos, o como se les llama hoy, secretarios de la corte", demasiado propensos a las voces "de la nueva prensa"; muchas censuras son dirigidas a voces individuales por D. Borghesi en *Lettere discorsive*.

[228] *Lettere di XIII uomini illustri*, Venecia 1560, p. 724.

[229] F. Chiappelli ha demostrado finamente (*Estudios sobre el lenguaje de Maquiavelo*, Florencia 1952, passim) cómo Maquiavelo da precisión terminológica a una serie de palabras políticas relativas a la biología de los Estados.

[230] He mencionado en otro lugar (*Lengua y cultura*, p. 241) el griego *ἀθεΐα* reformulado en el *ateísmo*.

[231] Recordemos, después de *Polifilo*, el *Philolauro* (comedia, Bolonia 1520) y los nombres de la Accademia dei *Filarmonici,* Verona 1543, dei *Filomati*, Siena 1571, etc.

[232] *Descrittione et uso dell'Holometro per saper misurare tutte le cose...* per Abel Fullone valletto di camera del re di Francia, Venezia 1564.

[233] Cf. F. Ageno, "Nomignoli e personaggi immaginari, aneddotici, proverbiali", en *Lingua nostra*, XIX, 1958, pp. 73-78.

[234] Por otra parte, ya en el siglo anterior, L.B. Alberti, F. di Giorgio Martini y el autor de *Poliphilo* habían aceptado condiciones de Vitruvio.

[235] "Donde se lee esta palabra latina *equilibrio, se* entiende contrapeso igual, es decir, pesar tanto de un lado como del otro en lanzas iguales, ò libra, ò bilancia che si dica" (c. 29 a).

[236] *"Trutina* es aquella cosa que sostiene toda la balanza, la cual Trutina toma el Pivote, o el Sesgo, y se llama en estos países Gioa, en otra parte Giovola, oro l'orecchie della Bilancia, & en otros países Scocca, de tal manera que hasta ahora no se ha encontrado en Italia ninguna palabra que se use comúnmente para ella, ni se entendería ninguna de éstas para todo. De aquí que haya escrito la Trutina de esta manera, esperando que se convierta en término y palabra general para todas las naciones de Italia" (c. 2 a-2 b).

[237] A veces se trata de anotaciones de acuñación muy dudosa (por ejemplo, *interinare*, importada en Piamonte y Lombardía en tiempos de Luis XII del latín legal francés).

[238] Me remito a los dos ricos artículos de R.M. Ruggieri, en *Lingua nostra*, VI, 1944- 45, 44-51; VII, 1946, pp. 76-84.

[239] Por ejemplo, en *la Cortigiana* de Aretino, Alvigia dice al Rojo: "*al tandem ella* verrà", y el Rojo responde: "Dillo in volgare, ché il tuo *tamen*, il tuo *verbi gratia* e il tuo *al tandem* non lo intendebbe il maestro delle cifere" (IV, esc. 19); cf. los siguientes chistes. A bromas de este tipo debemos expresiones como *conquibus* ("Con *conquibus*, dijo el Gonnella": Aretino, *Ragion*., p. I., g. III, p. 128), *do coramvobis*; cf. los adverbios en *-aliter*, *-iliter* que encontramos intercalados en la prosa vernácula de Tommaso di Silvestro (*corruscaliter*, *processionaliter*) o de Giovio (*caldarostaliter*, *campaniliter*).

[240] El "Di quelle che non fan per te *intelligitur"* de Ariosto (*Lena*, III, s.c. 2) es un latinismo aislado, debido al esfuerzo por terminar el verso con una ligadura.

[241] "También Ariosto, en la primera impresión de su *Furioso*, colocó siempre *ariento*. Pero después, considerando que la voz *argento* es más plena, además de no estar en absoluto alterada por el latín, la levantó y colocó también *argento*" (Dolce, *Modi affigurati*, cit., p. 227).

[242] Entre las muchas afirmaciones en este sentido (Equicola, Castiglione, Achillini, Castelvetro), citamos esta muy explícita de Trissino: "Cuando las palabras se encuentran en dos o más usos diferentes, según las distintas lenguas de Italia, aquel uso me parece que es el que debe elegirse, y estimarse más Illustre e Cortigiano, que está más cerca del latín": por tanto, *nudrire* debe preferirse a *nodrire*, *sopra a sovra*, etc. (*Dubbii grammmaticali*, c. 11 b).

[243] Habiendo recomendado Ruscelli en el *Rimario*: "*Scrutinio* bellissima voce, se ben non so per qual fato di questa favella sia chi gode di dire *squitinio*", Borghini en el *Ruscelleide* (I, p. 71) replicó que "la lingua nostra ha più caro le sue voci che quelle d'altre", y encontró *el scrutinio* pedantesco.

[244] Borghini la toma con Ruscelli, no sólo en el pasaje ahora citado, sino a menudo en otros lugares, por ejemplo en relación con la entrada de las *lanzas* (*Ruscelleide*, II, p. 50).

[245] En *Advertencias, I,* II, VII; I, II, III, y passim.

[246] Lombardelli reprocha al padre Cornelio Musso el exceso de latinismos en sus sermones.

[247] Dolce (*Modi affigurati, cit.*, p. 366) cita el ejemplo de una voz sustituida "demasiado latina" (*traje*).

[248] *"Affettare* [...] non si trovando in libro niuno, ne usandosi per niuno, se non per persone ignoranti, che parlano latino in vulgare, come sono notai & maestri da scuola, che insegnano le prime lettere a fanciulli, & simili" (Castelvetro, *Correttione*, cit, p. 58); "el verbo *Espurgare ha* sido hasta ahora merecidamente disuelto, y debe serlo antes que cualquier escritura toscana grácil y noble" (Borghesi, *Lettere, cit*., p. 345); y numerosos pasajes similares.

[249] Augusto "rogó a los dioses que le concedieran a él y a todos sus semejantes *la eutanasia* [...] que significa una buena muerte" (Del Rosso, en traducción de Suetonio, 1554, p. 114); "Hay algunas voces latinas que no se pueden explicar en lengua vernácula: como peraventura es *equità*, que vale justitia, pero hay algo de diferencia entre una y otra" (Dolce, *Modi affigurati*, cit., p. 240).

[250] "Decir *Ἄρπύια* sería una cosa muy *κακοφωικά* (carta de G. G. *Trissino*, 1507, en Morsolin, *Giangiorgio Trissino*, cit, p. 384); "algunas cosas [...] que los griegos han llamado τὰ *προλεγόμενα"* (Segni, *Ethica*, Florencia 1550, c. 11); "le llaman *ἀνακόλουθα*" (Borghini, *Annotazioni dei Deputati*, Ann. XIV); (Bembo) "κορουφαῖος; et invero degnio di esser praiso da tutti" (Borghini, ms. Magliab, II, X, 80, c. 5), etc.).

[251] "Aquel signo por el que se demuestran algunas trapisondas, Grecialmente llamado *Parentesis*: voz, que es pronuntia con el agudo en el antepenúltimo" (Dolce, *Osservationi*, p. 171 de la ed. 1566); el *Panteón* (Serlio, passim).

[252] Quedándonos con el ejemplo de *προλεγόμενα*, Gelli (*Espos. di Dante*, lez. I) escribe: "se llamaban por ellos en griego *prolegómenos"*; Varchi (en *Lezioni*, II) adapta la palabra: "se llamaban por ellos en griego *Prolegomeni*".

[253] El concepto de "decoro", tomado de la *Retórica* de Aristóteles, se convirtió en un lugar común entre todos los críticos del Renacimiento (J.E. Spingarn, *La critica letteraria nel Rinascimento*, Bari 1905, p. 87).

[254] Casa nuova si stima ancora che sia sull'aia della vecchia formata" (Tolomei, *Cesano*, p. 65 Daelli); "chiunque ha il diametro di qualsivoglia tondo, sa ancora l'*aia*, cioè il suo pieno" (Varchi, *Lezioni su Dante*).

[255] *Stella errante* se utiliza a menudo; Tasso emplea la palabra sustantivada en masculino: 'los siete *errantes*' (*Mondo creato*, g. IV).

[256] Ya hemos visto toda una serie de calcos en los términos gramaticales y retóricos elaborados por Giambullari con la intención de sustituir los correspondientes términos griegos.

[257]

[258] Aretino tuvo buen juego al burlarse (*Cortig*., II, esc. 11) de aquel patricio boloñés Cinotto que escribió: "Fa che tu *sippa*, Padre santo, in mare, / el Turco deroccando e *tartusando*.

[259] Véase la sección sobre "dialectalismos" en Cian, *La lingua di Baldassarre Castiglione*, cit., pp. 80-86. Para *cerasa* véase ahora G. Rohlfs, en *Medium Aevum Romanicum*, Munich 1963, p. 291.

[260] Sobre las peculiaridades de Pigafetta, véase D. Sanvisenti, en *Rend. Ist. Lomb., LXXV*, 1941-42, pp. 469-504, LXXVI, 1942-43, pp. 3-33.

[261] Es decir, no había posibilidad de asignar las dos formas distintas a dos matices de significado diferentes, como se hacía en otros casos.

[262] "Uno de estos *putte*, que vosotros llamáis *arrendajos*" (Firenzuola, *Disc. anim*.); "y entretanto hizo hacer *serpientes a* dos de sus pueblerinos; lo que en Florencia llamamos el *columpio*; y en Pisa el *anciscocolo*; en Colle el *pendoio*; en Roma *la prendifendola*; en Génova el *balsico*; en Nápoles la *salimpendola*; y en Milán la *lidoca*, para que lo entendáis mejor" (A.F. Doni, *La seconda libraria*, lett. I); "un *legnaiolo*, che gli altri dicono *fa legname*, ò *marangone*" (Varchi, *Hercolano*, p. 48); "quegli animaletti che sonetti *vermicelli*, *o bacchi* [sic], o *cavalieri*, o *bigatti*, o *brache*, o *bargelli*, o *mignati*, o *bombici*, o *cuculli*, secondo i luoghi d'Italia diversi" (T. Garzoni, *Piazza universale*, Disc. CL) etc.

[263] Por ejemplo, en *Discorsi* a commento della *Materia Medicinale* di Dioscoride de Mattioli ("Nosotros en Toscana llamamos al aligustre, Guistrico, otros lo llaman Olivetta, otros Olivella, y otros Ghambrossene", 1. I, cap. I, cap. 105; "Algunos llaman al Periclimeno Matriselva, otros Vincibosco y otros Caprifoglio", 1. IV, cap. 14; y passim). I, cap. 105; "Algunos llaman Matriselva al Periclimeno, otros Vincibosco y otros Caprifoglio", 1. IV, cap. 14; y passim), o en los tratados de agricultura de Soderini ("l'*appio* è quella pianta d'erba che dai volgari si chiama *selino*, e dai più idioti *sedano*").

[264] O. Olivieri, en *St. fil. it*., VI, passim.

[265] Por ejemplo, "*Taccola* proferito breve, come fiaccola, in Lombardia è quel uccello, che noi domandiam *mulacchia*, e in molti luoghi chiamano *pola*" (T. Porcacchi, *Vocabolario nuovo* in appendice alla *Fabrica* dell'Alunno).

[266] V. Spampanato, *Sulla soglia del Seicento,* Milán 1926, pp. 93-120.

[267] *Diálogos*, III, p. 513 Raimondi.

[268] Por ejemplo en una carta de 1564, en Scoti-Bertinelli, *Vasari*, cit., p. 137.

[269] Véase Borghini, *Ruscelleide*, cit., I, p. 92.

[270] Quinci se cita entre las palabras arcaizantes en un capítulo del perugino Alfano Alfani, hacia 1545 (ed. de A. Rossi, Perugia 1887).

[271] *"Burro per butirro* pur di Dante", observó Ruscelli, "pero que se deje freír para no ponerlo nunca en el alimento de los buenos escritos"; y Borghini se compadeció de él: "O poveretto, i' ti vo' dire, che tu sei arrivato bene: come se queste voci si usassino mai altrimenti in Toscana nostra!" (*Ruscelleide*, II, p. 23).

[272] *La fatiga* es frecuente en los sieneses (A. Piccolomini, etc.).

[273] Estas tres entradas están registradas en el vocabulario de Bevilacqua.

[274] 'Usaban los thoscani *poppa* [...] y no *poppe*: como decimos los vinitiani' (Dolce, *Modi affigurati*, c. 225 b). Una palabra que da lugar a mucha discusión es *ahora*: la recogen Tolomei y Aretino, pero otros la consideran abusiva.

[275] El primero cambia, por ejemplo, *palagio* por *palazzo* (Cian, *La lingua di Baldassarre Castiglione*, cit., p. 63), el segundo *presto* por *tosto* (véase p. 470).

[276] Véanse, por ejemplo, las páginas de Minturno, en *Arte poetica*, Venecia 1563, pp. 301-304, 321-322.

[277] Y de nuevo: "Dopo si doppia da Prosatori; ma nel verso non si pone altrimenti, che con sola P" (Dolce, *Osservationi*, ed. 1566, p. 145); "*Buio*, voce popolaresca, e non da versi leggiadri, se ben molto Toscana" (G. Ruscelli, *Del modo di comporre in versi*, s.v.); "*soffre* è de' Poeti, e non de' Prosatori" (D. Borghesi, *Lettere disc.*, p. 197), y de forma similar en muchos autores, muchas veces.

[278] G. Molini, *Documenti di storia italiana,* I, Florencia 1836, p 216.

[279] "El martes por la mañana nuestro Señor, al despuntar el alba, se dirigió a la corte con dos o tres caballos y un halcón en el puño, porque así se lo había ordenado *el Roy*" (carta de B. Castiglione, 8 de octubre de 1499); también "Si come io so senza dubio, ò *Sire Roy* di Navarre" (S. Speroni, en *Orationi*, Venecia 1596, p. 40).

[280] Ya en este primer ejemplo la palabra está tergiversada en la ortografía (debería ser propiamente *appanage* 'lo que sirve para procurarse pan').

[281] Véanse los informes respectivos en la colección Alberi.

[282] En el *Gianluca* de Tasso encontramos *lecchè* refiriéndose a las condiciones italianas (*Dialoghi*, ed. Raimondi, I, p. 305).

[283] Henry, en *Lingua nostra,* XIV, 1953, p. 19.

[284] Evidentemente, el término *demanio,* importado por los normandos en el sur de Italia, le era desconocido.

[285] Ya utilizado en el siglo anterior por los embajadores florentinos en Francia (Zaccaria, *Raccolta*, p. 295).

[286] El primer ejemplo de *rollo* citado hasta ahora es de influencia española, ya que se refiere a una lista de oficiales españoles capturados por los venecianos en abril de 1528 (M. Sanudo, *Diarii,* XLVII, col. 383).

[287] El ya citado ensayo de Croce, *La lingua spagnuola in Italia*, Roma 1895, y el compendio que de ella hizo en el volumen sobre *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari 1915 (4ª ed. 1949) enmarcan admirablemente los iberismos en la historia cultural de la época; rico pero no siempre seguro material ofrece E. Zaccaria, *L'elemento iberico nella lingua italiana,* Bolonia 1927.

[288] Croce, *España*, cit., p. 156.

[289] Zaccaria registra *necesidad* entre los iberismos; mientras que Terlingen (*Los italianismos en español*, Amsterdam 1943, s.v.) lo considera un italianismo: es una palabra nacida en Italia del contacto entre las tropas españolas y la población italiana según la explicación que da en la *Comedia soldadesca* Bartolomé de Torres Naharro, que pasó la segunda mitad de su vida en Nápoles y Roma, a principios del siglo XVI: "*¿Y* por qué causa o razón / los llamáis bisoños todos? [...] Porque si quieren pedir / de comer a una persona / no sabrán sino decir: / 'Daca el bisoño, madona'", II, vv. 46-47, 51-54; cf. la rica nota de Gillet a su ed. de la *Propalladia*, III, pp. 418-420).

[290] Al principio, son más frecuentes las formas hispanizantes *norte*, *oeste*, etc., desbancadas más tarde por las formas preferidas en Francia.

[291] Desaparecieron la mayoría de los términos de administración, que entonces habían entrado en uso en las provincias sujetas a España: por ejemplo, *arrendamento* "contratación de impuestos", *veedor*(*e)* "veedor", etc. Entre otros muchos términos utilizados en el siglo XVI que más tarde cayeron en desuso están *almuada "*almohada" (Giovio), *primor "*cuidado, solicitud", *posata "*parar", *cagliare "*callar", *nada* "nada", *a pesare di* "a pesar de" (Giovio), *opera di "*sobre" (Sassetti), etc.

[292] En este nombre convergen dos palabras alemanas diferentes, como se desprende de las dos formas, también atestiguadas, de *lanzimanni* (*Lanzmann*) y *lanzi*(*i*)*chinech* (*Landsknecht*).

[293] Monseñor Della Casa (*Galateo*, XXIX) habla de una 'palabra extranjera', y de nuevo en el siglo siguiente B. Corsini (*Torracchione desol*., II, st. 51) habla del 'tan querido uso alemán / di farsi *brindis*'. Los españoles también contribuyeron a la popularización de la voz: no sólo encontramos *brindis* en español -y no desde 1609 (Corominas), sino desde alrededor de 1532 (J.E. Gillet, *Propalladia*, III, p. 531)-, sino que el verbo *brindare* imita la formación análoga española.

[294] *Lingua nostra,* XIII, 1952, pp. 44-45.

[295] Zaccaria, Obras *Completas*, p. 330.

[296] G. Vidossi, en *Lingua nostra,* XIII, 1952, p. 108.

[297] G. Reichenkron, en *Zeitschr. franz. Spr.,* LVIII, 1934, pp. 48-55.

[298] Y se sabe que *tulipán* no es más que una transposición metafórica del nombre del *turbante* (Migliorini, *Lengua y cultura*, p. 286).

[299] En G. Friederici, *Amerikanistisches Wörterbuch*, Hamburgo 1947, se pueden encontrar numerosos pasajes de escritores y discusiones sobre el origen de palabras concretas; para las primeras atestaciones italianas se recurrirá principalmente a E. Zaccaria (*Raccolta* y *Elemento iberico*). Una rica serie de artículos de L. Messedaglia aportó valiosas aclaraciones.

[300] Los españoles extrajeron un conjunto inicial de palabras de los aruak de las Antillas Mayores (y ellos mismos difundieron algunas de estas voces por todo el continente, por ejemplo, *canoa*), otras las tomaron en México de los aztecas, otras en Sudamérica del quechua. Los portugueses tomaron numerosos términos en Brasil del tupí y el guaraní; los franceses en Norteamérica del algonquino y el urión. Ocurrió no pocas veces que voces que penetraron en este periodo en Italia en forma española fueron sustituidas más tarde por duplicados en forma francesa o inglesa (véase el cap. X).

[301] Se pueden consultar con provecho (además de los folletos de Zacarías): H. Yule, A.C. Burnell, *Hobson-Jobson*, Londres 1903; R. Dalgado, *Glossario Luso-Asiatico*, Coimbra 1919-21.

[302] El etimónimo es probablemente *equifer*.

[303] Los macarrones aún podían tener forma esférica, una especie de ñoquis (U.E. Paoli, en *Lingua nostra*, IV, 1942, pp. 97-99), hasta el punto de que el nombre "amaretti", que tienen la forma de los antiguos "macarrones" (fr. *macarons*, eng. *macaroons*, ted. *Makronen*), también procede del mismo término italiano.

[304] También encontramos la palabra con un significado despectivo, como en italiano, no sólo en francés y español, sino también en polaco, donde *fakin* y *facin* también significan 'chico de la panadería' y 'bueno para nada'.

[305] Sobre la expansión de los italianismos, véase B.E. Vidos. *La forza di espansione della lingua italiana,* Nimega-Utrecht 1932, y C. Battisti, "Risonanze italiane nel vocabolario europeo", en *Italiani nel mondo*, Florencia 1942, pp. 389-414. Para cada lengua, además de los vocabularios históricos y etimológicos y los repertorios de forestierismos, se puede recurrir a estas monografías: para el francés B.H. Wind, *Les mots italiens introduits en français au XVIe siècle*, Deventer 1928, B.E. Vidos, *Storia delle parole marinaresche italiane passate in francese,* Florencia 1939; para el español, J. Terlingen, *Los italianismos en español*, Amsterdam 1943; para el alemán no hay monografía, pero tenemos ricas noticias en los artículos de E. Öhmann, en los *Annales Ac. Scient. Fennicae, B,* LI, 2 y B, LIII, 2, y en las *Neuphilol. Mitteilungen*, XL, 1939 y ss. y en el estudio de M. Wis, en *Mém. de la Société Neophil de Helsinki*, XVII, 1955; para los holandeses, E. Öhmann, en *Verslagen en Med. K. Vlaamse Academie,* 1955, pp. 131-152; para las lenguas escandinavas, K. Nyrop, *Italienske Ord i Dansk,* Copenhague 1922, P. Höybye, "Nogle norditalienske laaneord", en *In memoriam K. Sandfeld*, Copenhague 1943, pp. 94-100; para el húngaro, F. Karinthy, *Olasz Jövevényszavaink*, Budapest 1947; para el neogriego, G. Meyer, *Neugr. Studien*, IV, en *Sitzungsber. Ak. Wiss. Wien*, Ph.-hist. Kl., CXXXII, 1895; H. Kahane, en *Arch. rom.*, XXII, 1939, pp. 120-135; para el turco, H. y R. Kahane, A. Tietze, *The Lingua Franca in the Levant*, Urbana 1958; para otras lenguas bastará remitirse a mis notas bibliográficas en *Un cinquantennio [...] V. Rossi*, II, pp. 25-26 y a las de Battisti, Italian Resonances, cit., pp. 414-415.

[306] Aunque nos resulta difícil, tanto por el propio carácter de estas palabras, atestiguado en gran medida por fuentes dialectales, como por la condición de la lexicografía griega, decir con certeza de cuándo datan.

[307] Por otra parte, no hay que olvidar que la mayor o menor aceptación de ciertas palabras depende en parte de la estructura de las lenguas accipientes: el español, por ejemplo, acepta fácilmente palabras de argot (*ándito*, *esdrújulo)* que son difíciles para el francés y, si se aceptan, se deforman (por ejemplo, *boussole*).

[308] A. Messedaglia, en *Atti Acc. Agric.*, *Scienze e Lettere di Verona*, s. 5a, XXI, 1942-43, pp. 91-103. El primer ejemplo citado hasta ahora es de 1508: J.A. Dalza, *Pavana alla venetiana cioè danza padovana scritta secondo il sistema dei musicisti di Venetia*.

IX

EL SIGLO VI

1. Límites

Términos más razonables que años seculares podrían ser para el comienzo los que se han indicado delimitando el siglo XVI (1563, fecha de la clausura del Concilio de Trento; 1582-83, fundación salviatesca y reforma de la Accademia della Crusca), para el final esa fecha de alrededor de 1670 que marca un cambio en la filosofía, en la literatura, en las propias modas;[1] también es sintomática la fecha de la fundación de la Arcadia (1690).

2. Acontecimientos políticos

El mapa político de Italia permanece prácticamente inalterado, en comparación con los contornos fijados por el Tratado de Cateau-Cambrésis. Sólo se producen algunos cambios en el norte de Italia, a raíz de las dos guerras de sucesión de Mantua y Monferrato. Después de Ferrara (1598), Urbino (1631) pasa a formar parte de los Estados Pontificios. Valtellina, tras ser disputada, permaneció en posesión de los Grisones durante este siglo y el siguiente.

Las luchas entre Francia y España sólo afectaron episódicamente a la península (el estado más afectado fue Piamonte, que participó a menudo en la guerra), pero las repercusiones fueron continuas y muy fuertes: los territorios sometidos a España siempre tuvieron que aportar contingentes de hombres y dinero; en los estados independientes, el dilema de apoyarse en una u otra potencia dominó la política y la diplomacia.

El Tratado de los Pirineos (1659) marcó el fin de España como gran potencia europea; Luis XIV aspiraba a mucho y consiguió mucho.

Venecia participó principalmente en las guerras de Levante; perdió Candía, pero conquistó el Peloponeso. Su resistencia a la expansión turca hacia Occidente no fue menos importante que las luchas que se mantuvieron con el mismo fin en el continente (asedio turco a Viena, 1683; liberación de Buda, 1686).

La división de Italia en pequeños estados dificulta, pero no impide, una amplia circulación de hombres y libros. El sentimiento de pertenencia a una misma nación está muy extendido, pero no tanto como para que, sobre todo en la periferia, no se oigan algunas voces discordantes.[2]

La decadencia económica es grave, especialmente en las provincias sometidas a España.

3. Vida social y cultural

Tras la época boyante de los descubrimientos humanísticos, al equilibrio maduro y sereno del Renacimiento sigue una época de estancamiento: es una civilización supra-madura, que vive de las rentas acumuladas de las épocas anteriores.

En la vida social dominan las cuestiones de forma, por lo que se presta gran atención a la precedencia, los títulos y el ceremonial. A la pompa externa corresponde la ostentación. Y a la presión política y religiosa corresponde el disimulo.

La ola de la Contrarreforma es todavía fuerte en las primeras décadas del siglo; la censura eclesiástica suele ser bastante severa.[3]

El gusto mundano envolvía fuertemente la vida eclesiástica: bastaba recordar la sensualidad de tantos cuadros y estatuas sagradas, y los muchos sermones que se ajustaban al gusto del siglo; incluso se oía "cantar el miserere en la ciaccona" (Rosa, *Sátira*, I, v. 204).

La existencia de numerosos estados y otras tantas capitales hace progresar la comparación dentro de cada región, más que entre región y región. En Milán, Nápoles y

Palermo, la vida autónoma fue aplastada por el peso de la dominación española. Venecia y Génova mantuvieron firmemente su independencia (la cuestión del entredicho en Venecia) aunque no siempre con suerte (la resistencia de Génova a Luis XIV). Florencia ya no ocupaba una posición de supremacía literaria o artística, pero su tradición de serena compostura constituía un freno a la oleada barroca que se desplazaba desde Nápoles y Roma; Galileo y sus discípulos la convirtieron en un centro científico muy importante.

Roma, centro político y diplomático del mundo católico, y centro de la nueva actividad de las misiones (creación de la Congregación *De propaganda fide*, 1622) es también el centro de las noticias, el "depósito de todas las noticias del mundo",[4] y un centro lingüístico de gran importancia, ya que los cortesanos se despojaron de sus peculiaridades lingüísticas locales al acercarse a los toscanos, y lo mismo hicieron los propios toscanos en Roma.[5]

Las artes figurativas (Bernini, Borromini, Caravaggio) son fácilmente comparables con las de la literatura, siempre debido al diferente "material" y técnica: tanto es así que el epíteto *"barroco" se* ha trasladado de las bellas artes a la literatura en la época moderna.

El predominio que los sonidos tomaron sobre los conceptos en el gusto barroco dio lugar a un nuevo tipo de espectáculo, el drama musical: en los libretos de Ottavio Rinuccini (*Dafne*, 1594; *Eurídice*, 1600; *Ariadna*, 1608), y en los innumerables que siguieron, la palabra está al servicio de la música. La ópera musical echó raíces tan firmes que se fundaron teatros especiales, en los que una escenografía espectacular contribuía al deleite del público.

La observación y el razonamiento ya no se aplican únicamente a catalogar hechos, sino a esclarecer el curso de la Naturaleza. La necesidad, de la que Galilei es precursor, de llegar a leyes objetivamente constatables, conducirá a un nuevo hábito científico radicalmente distinto del de los peripatéticos, filósofos *de libro*. Ciencias como la óptica y la mecánica, fecundas en resultados teóricos y prácticos, prosperarán, mientras que pseudociencias como la astrología y la alquimia quedarán definitivamente desacreditadas. El nuevo espíritu de observación también llevará a las ciencias biológicas a nuevas cimas.

La vieja erudición y las nuevas ciencias se encuentran y a veces chocan en las academias, que en este siglo se multiplican como nunca. Son, en su mayoría, salones que se amplían para acoger a los "letrados" de las ciudades, que diseccionan allí según normas más o menos estrictas.

La Accademia della Crusca, de cuya obra hablaremos más adelante, la Accademia dei Lincei, precursora de la investigación científica, la Accademia del Cimento, que fue útilmente activa en su corta vida, han dejado huellas perdurables.

Inmediatamente después de la fundación de Arcadia (1690), sus "colonias" se extendieron por toda Italia: más que los beneficios y perjuicios que trajo consigo el gusto arcádico, nos interesa esta amplia difusión niveladora.

Los eruditos no sólo amasaron vastas colecciones de información sobre épocas pasadas en sus repertorios, sino que también acumularon libros; algunos de los más ricos depósitos de libros italianos (la Angélica, la Casanatense, la Magliabechiana, etc.) datan de este siglo.

Además de la siempre densa correspondencia política y diplomática, ahora se entrelaza la correspondencia entre eruditos de toda la "república literaria", que intercambian las últimas noticias sobre libros, descubrimientos, etc.

Fue también el siglo en el que comenzaron a imprimirse periódicamente *avisos*, que hasta entonces habían corrido en forma manuscrita, con noticias de sucesos políticos y noticias de actualidad. También comienzan a publicarse reseñas eruditas, como el *Giornale dei Letterati* (Roma, 1668 y ss.) o la *Galleria di Minerva* (Venecia, 1695 y ss.).

4. Latín e italiano

El latín sigue teniendo una posición privilegiada en muchos campos. La enseñanza universitaria se imparte exclusivamente en latín, y sólo las clases particulares[6] y ciertos compendios comparables a nuestros folletos están en italiano. En cuanto a la enseñanza inferior, recordemos que la *Ratio studiorum* de la Compañía de Jesús de 1661 sigue sin considerar en absoluto la lengua materna.

Los tratados filosóficos y científicos están en su absoluta mayoría en latín. En el *Ragguaglio* 73 de la primera centuria de Boccalini, los "virtuosi d'Italia" piden a Apolo que "permita a la bella lengua italiana tratar las cosas de filosofía"; pero Apolo se niega, con el consentimiento de las ciencias, que "en modo alguno querían verse reducidas a la

vergüenza de ser tratadas con los insípidos circunloquios italianos, sino que querían ser disputadas con sus términos latinos ordinarios". Fioretti es reprochado por "gente de gran literatura" por haber escrito sus *Proginnasmi en* toscano en vez de en latín; y él se defiende (I, prog. 14).

De capital importancia a este respecto es la postura de Galilei. Ya en 1610 había publicado el *Sidereus nuncius* en latín para reivindicar sus derechos de prioridad ante todos los eruditos. Después de trasladarse a Florencia, empezó a escribir preferentemente en italiano: la carta a monseñor Dini sobre los planetas de los Médicis data de 1611, el *Discorso intorno alle cose che stanno sull'acqua* y las tres cartas a Welser sobre las manchas solares de 1612; todas sus obras importantes serían más tarde en italiano. Es su designio declarado[7] alejarse del lenguaje escolar, cerrado y alejado de la vida, y dirigirse a hombres de armas, políticos y técnicos reales y vivos. Y ello aun siendo consciente del peligro de debilitar sus contactos con los eruditos de otros países: de hecho, no le faltaría el reproche de Kepler, que le acusó de *crimen laesae humanitatis*; y los editores y libreros extranjeros seguirían solicitando traducciones latinas de sus escritos.

Los peripatéticos dicen que utiliza la lengua vernácula para atraer a los iniciados; su cultura está tan ligada al latín escolástico que fuera de él se sienten como pez fuera del agua: todavía en 1640 el erudito Fortunio Liceti (ligur, profesor en Bolonia) teniendo que responder a Galilei, que impugnaba (en la *Lettera sopra il candore della luna* las conclusiones de su *Litheosphorus*, prefirió seguir utilizando el latín, "sendo a me più facile per esplicare li miei concetti di cose scientifiche".[8]

El ejemplo de Galilei y el de sus discípulos directos, como Castelli, Torricelli y Viviani, fueron muy eficaces. Mientras que las publicaciones de los Lincei a principios de siglo estaban en latín, las *Saggi di naturali esperienze* del Cimento están en italiano.[9]

En las ciencias médicas, junto a la producción preponderante en latín, tenemos algunos escritos en italiano; en latín están las obras de Marcello Malpighi y también las de Lorenzo Bellini; los *Discursos anatómicos* de Bellini (que no fueron publicados hasta el siglo siguiente por Antonio Cocchi) tienen un tono de divulgación caprichosa ("Os muestro aquí [...] Mirad aquí cuántos músculos [...] Los conocedores de la notomía llaman a la parte purpúrea de cada músculo, el vientre del mismo").

Obviamente, en la lengua vernácula hay muchos manuales de medicina práctica, partería (Scipione Mercuri, *La commare o raccoglitrice*, impreso varias veces), veterinaria, recetarios farmacéuticos, etc.

El uso de la lengua vernácula avanza en la legislación y el procedimiento de los distintos estados italianos, con Toscana a la cabeza,[10] mientras que los Estados Pontificios fueron los más reacios a abandonar el latín. El cardenal De Luca, en su interesante disertación *Difesa della lingua italiana (Roma* 1675), aboga, con vivo sentido de la concreción, por el uso del italiano, en relación con esa especie de enciclopedia jurídica que es el *Dottor volgare* del mismo autor (Roma 1673).

En la vida pública, el uso de las dos lenguas se yuxtapone constantemente. Escogiendo al azar dos ceremonias similares, vemos que con motivo del nombramiento de Leonardo Donà como dux de Venecia (1606) varios oradores, enviados de ciudades del dominio veneciano y de otros estados, hablan en lengua vernácula, pero el orador del duque de Mantua habla en latín; para el nombramiento de Pietro Durazzo como dux de Génova (1620) se imprime un volumen honorífico, con poemas italianos y poemas latinos.

Desde el púlpito, los predicadores hablaban mayoritariamente en lengua vernácula, pero había quien prefería el latín, hasta el punto de que, por ejemplo, los capítulos de la Congrega dei Cento di Empoli, en la que participaba Buonmattei, establecían la obligación de predicar en lengua vernácula y no en latín.[11]

Algunas obras se representaban también en latín, principalmente como ejercicio escolar. Pero si, con ocasión de la representación de una tragedia del padre Stephonius en el Colegio Romano, los espectadores[12] empezaron a gritar a los malvados "¡Dagli! Dagli!", Fagiuoli cuenta que de niño escuchó un *San Genesio en latín,* y que la mayoría se marchó sin haber entendido nada.

5. Escritos literarios y prácticos

Para quienes consideran cómo se escribía en el siglo XVII en su conjunto, se presenta de inmediato el llamativo fenómeno de la literatura barroca, acompañado de la resistencia activa y pasiva que suscitó.

La moda estilística establecida por los escritores barrocos encontró seguidores y admiradores,[13] pero no duró mucho. Sus innovaciones tenían (por necesidad intrínseca de la poética del "asombro", que exigía continuos estallidos de novedad) un carácter ocasional: metáforas audaces, colocaciones llamativas por paralelismo o yuxtaposición, etc. En consecuencia, tan pronto como la moda barroca cayó en desgracia, no dejó casi ningún sedimento en el uso lingüístico estable.

Si los arquitectos barrocos rehacen sin escrúpulos las iglesias románicas y góticas superponiéndoles sus propios aleteos, la actitud de sus literatos contemporáneos es igualmente irrespetuosa con la tradición literaria italiana, incomprendida y en general despreciada. Están entusiasmados consigo mismos y firmemente convencidos de que sus obras son mucho mejores que las de siglos anteriores, y de que su lenguaje es mucho más elegante.[14]

Los poetas siguen distinguiendo un "estilo noble", pero a diferencia de los líricos y épicos del siglo XVI, cuyo léxico sólo permitía vocablos elevados y decorosos, los versificadores barrocos no tienen grandes escrúpulos en utilizar palabras concretas, con cuerpo, y tal vez términos científicos o técnicos.

El *Adonis*, con el carácter enciclopédico que adquiere en muchos lugares, contiene largas listas de cosas, a lo sumo adornadas con algún epíteto o complemento,[15] y no evita los términos filosóficos o científicos.[16]

Hay letristas que utilizan sin escrúpulos términos como *átomo*, *epiciclo*, *genealogía*, *hipérbole,* etc;[17] el Lubrano, en un soneto sobre el gusano de seda, entrelaza latinismos y locuciones perifrásticas con términos técnicos del tejido:

Convierte la comida en estambre; y retuerce y aprieta
de las entrañas de su brillante globo;
subbio del sen, spola del dente
deforma la saliva extrema en tramas.[18]

El juego caleidoscópico de imágenes, la búsqueda artificiosa de conceptos ingeniosos "se asemeja a la cola de un pavo real desplegada ante el Sol: tan variada en colores como inconstante";[19] esos "sentidos ingeniosos" son "más aptos para pellizcar el cerebro que para conmover el corazón";[20] y los propios escritores conceptistas no podían dejar de darse cuenta de ello.[21]

El barroco hizo estragos un poco por todas partes: pero también provocó reacciones severas en escritores de diversa procedencia (Stigliani, Rosa, Schettini) y sobre todo en Toscana: en Florencia, filólogos y no filólogos estaban imbuidos de respeto por los grandes artistas del siglo XIV, considerados glorias de la ciudad; y la actitud sobria y racional -la misma que favoreció el desarrollo del método galileano en Florencia- era poco sensible a la turgencia barroca.

El lirismo tradicionalista tenía poco valor artístico y escasa importancia lingüística. Más importante era la melica, que se desarrollaba en el voluptuoso ambiente musical de finales del siglo XVI, con el fraseo más estudiado de un Chiabrera o el fraseo más andante de la villanelle. La chiabrera ensaya diversos recursos métricos y rítmicos: versos cortos y fuertemente rítmicos, versos sueltos, coplas no rítmicas, versos truncados en consonante;[22] del 'ditirambi' diremos en un momento.

Otra moda del siglo XVII fue la de la poesía heroicómica y lúdica: también fundada en la poética de la maravilla (obtenida en este caso mediante yuxtaposiciones incongruentes), también toda artificial, pero confesadamente así. La *Secchia rapita* de Tassoni, el *Scherno degli Dei* de Bracciolini, la *Eneida disfrazada de* Lalli, *el Asino* de Dottori, el *Malmantile* de Lippi, *la Presa di Saminiato de* Neri, *el Torracchione desolato* de Corsini tienen mayor interés estilístico y lingüístico que las decenas de poemas épicos escritos en el siglo XVII. La acentuada expresividad surge sobre todo de yuxtaposiciones inesperadas de lo antiguo y lo moderno, lo solemne y lo trivial, lo italiano y lo dialectal: se abre así el camino a una gran variedad léxica.

Los toscanos (y, más que los demás, Lippi) aprovecharon para espolvorear en sus versos palabras y frases populares que, al no haber sido utilizadas por los clásicos, aún no habían encontrado un lugar en los vocabularios.

Esta preocupación ajena, por aportar contribuciones a un museo ideal de la lengua toscana, no aporta ciertamente nada a la espontaneidad y sinceridad de estos poemas. Pero

si su valor artístico es escaso, la documentación recogida por esta vía indirecta no carece de interés, y no dejó de repercutir en el desarrollo ulterior de la lengua, ya que a través de la lectura de estos textos y de los comentarios que se hicieron sobre ellos[23] y a través de los ejemplos que de ellos se extrajeron para la Crusca y otros vocabularios, una gran serie de palabras y locuciones toscanas acabaron penetrando en el uso general.

Los vínculos de esta literatura humorística con la Crusca son evidentes en la persona de Miguel Ángel Buonarroti el Joven, que trabajó en la primera y segunda ediciones del *Vocabolario* y compuso, además de un poema lúdico, el *Aione*, dos comedias, la *Fiera* y la *Tancia*.[24] La *Fiera* (1618) representa, en cinco jornadas de cinco actos cada una, una multitud de escenas a menudo animadas que el autor imagina sucedidas durante una feria; por el contrario, otras escenas alegóricas son frías. La *Tancia es* una comedia rusticale: "rusticale" es la variedad toscana de "dialectal", y es bien sabido que la literatura reflejada en dialecto tuvo un desarrollo muy amplio en el siglo XVII (véase más adelante, § 7).

La poesía fidelenziana, que ahora también se presentaba como un ejercicio lúdico más que como una sátira del latinismo excesivo, contaba con numerosos devotos.

Otra forma caprichosa, muy apreciada en el siglo XVII por su cargada expresividad, es el ditirambo. Los primeros en componer ditirambos en italiano fueron Chiabrera y Fioretti (*Polifemo briaco*, 1627); el más felizmente logrado, o más bien el único que merece ser recordado desde el punto de vista artístico, es *Bacco in Toscana*, de Redi; pero desde el punto de vista lingüístico, incluso los menos logrados nos interesan porque contribuyeron a popularizar un nuevo tipo de palabras compuestas (*ebrifestoso*, etc.) (véase p. 605).

La sátira tuvo también una notable vitalidad, y merece ser mencionada porque los satíricos, en sus frecuentes pinceladas realistas, utilizaban de buen grado palabras plebeyas o dialectales: hay que reconocer que esto es cierto para toda la poesía jocosa.[25]

Los daños causados a la poesía barroca por la poética de la maravilla llevada al extremo también invalidaron más o menos una parte considerable de la prosa. En la oratoria sagrada, los "conceptos predicables" llegados de España vía Nápoles están de moda.[26] Se trata, como es bien sabido, de sermones que de arriba abajo despliegan una metáfora principal a través de todas sus posibles ramificaciones.

Otra seriedad intrínseca se encuentra en los sermones de Segneri, cuya "poderosa rapidez" atraía a Tommaseo.

En prosa descriptiva sobresalió Daniello Bartoli, importante no sólo por su interés estilístico y el ejemplo que dio a los neoclasicistas (Giordani lo juzgó "terrible, estupendo, único, singular"), sino también por su riqueza terminológica.[27]

En los representantes más ilustres de la prosa científica aún no se había producido el divorcio que en los siglos venideros separaría radicalmente la ciencia de la literatura: piénsese en Galileo, quien, aunque haciendo aquí y allá algunas concesiones al gusto de la época, realiza demostraciones científicas en las que el "discurso" es claro y sobrio sin ser árido e impersonal. La intención de Galileo de mantener su tono accesible a las personas cultas, aunque no sean especialistas, tiene como corolario el método que sigue cuando necesita términos técnicos: en lugar de recurrir al griego o al latín para derivar vocabulario nuevo, prefiere recurrir a palabras habituales, asignándolas permanentemente a una noción específica.[28] El camino elegido por Galileo sigue siendo hoy, en general, el preferido por los físicos: y su influencia en este campo parece segura. Otros científicos de otros campos prefirieron el camino opuesto: piénsese, por poner un punto de comparación, en la enorme proporción que tienen los elementos griegos y latinos en terminologías como la medicina.

Los que se inspiraron en Galileo como maestro del método sintieron también su eficacia estilística: la "claridad", la "evidencia" a las que aspira Redi son aspiraciones galileanas más que cartesianas.

Magalotti combina el deseo de claridad con un gusto vivo por el sabor de las palabras; la severidad contra los extranjerismos que vemos en sus escritos de juventud es superada más tarde por un cosmopolitismo comedido.

Si, en todas las ediciones del *Vocabolario* del siglo XVII, la Crusca estuvo siempre muy lejos de abarcar términos científicos y técnicos, promovió sin embargo (con esos modestos efectos que puede producir una intervención extrínseca) una literatura científica de tono tradicional: lo atestigua Orazio Rucellai en una carta de 1665:[29] "[La Crusca], porque en nuestra lengua no tenemos escritores sobre temas científicos, ha dado el cuidado al Sr. Carlo Dati, al Sr. March. Vincenzio Capponi, al Sig. Lorenzo Magalotti, y a mí, que nos tomemos la molestia de intentarlo".[30]

No faltan los escritos jurídicos en lengua vernácula, como ya se ha dicho, repletos de términos técnicos transportados del latín curial.

Los términos doctrinales también abundan en compilaciones eruditas (como *los Proginnasmi* de Fioretti o las *Stuore* de Menochio), en las que se hace alarde de amplios conocimientos anticuarios.

Descuidada e incluso pretenciosa es, con raras excepciones, la prosa de las novelas, escrita "con locución atrofiada y tullida", como lamentaba Stigliani.[31]

En los escritores históricos y políticos, la necesaria adhesión a múltiples hechos e instituciones hace que abunden palabras hasta ahora ajenas al lenguaje literario.

Esto es aún más notable en los escritos prácticos, administrativos y similares redactados por los secretarios. Sabemos cuánto despreciaba Salviati esa forma de escribir; en cambio, Politi, en el prefacio a su traducción de Tácito, escrita bajo el nombre de Orazio Giannetti (1603), considera útiles sus aportaciones al léxico, "ya que era necesario dar un aumento equilibrado al vocabulario, al que también han dado mucho impulso los secretarios de los nobles y prelados". Acuñadores de neologismos administrativos, los secretarios también se deleitaban utilizando palabras "ilustres" y a veces arcaísmos.

Cuanto más bajan de nivel los escritos prácticos para mantenerse en contacto con el pueblo llano, es de esperar que encontremos en ellos rastros de lengua vernácula. He aquí dos fragmentos de escritos burocráticos llenos de términos dialectales, entre los innumerables ejemplos que podrían citarse. He aquí un pasaje de un informe redactado en Nápoles en los primeros años del siglo: "tutte le taverne che faranno *cocina* e teneranno tavola de comodità da *mangniare*, pagaranno un tanto per ciascheduna taverna, accausa che per li soverchi forestieri [.... ganarán demasiado; todos los *potecari* de l'arte lorda, como los que venden manteca de cerdo, *cascio*, *presotta*, *salcicioni* u otros alimentos salados apropiados a su avaro, pagarán mucho por cada *poteca*".[32] Una proclama publicada por el capitán de Palazzolo (Siracusa) en 1613 prescribe: "Por cartas de Su Excelencia dadas en Palermo el 31 de enero p. p. todos los maestros *caldereros de* esta tierra no se atreverán a vender trabajos de *cojro a* más de un *precio*, v. d. scarpi di *cordovano* alla francesa a *dui soli*, a *tarì 5,10*, li *calzeroni* di *agnilotto* a tarì 5,10".[33]

Incluso ciertos tratados sobre artes estrechamente relacionados con nombres y costumbres locales abundan en palabras dialectales: por ejemplo, el traductor veneciano de un tratado sobre el *Arte de cortar árboles* de Monsù de la Quintinyè (es decir, Jean de la Quintinie),[34] distinguiendo las distintas especies de injertos, nos dice que "*Incalmo* en *Subiotto se* utiliza para Maroni, Castagne y *Figheri*", etc.

6. Artificios del conceptualismo

Todos los escritores, de hecho todos los hombres, han hecho siempre uso del lenguaje figurado; pero en los escritores conceptuales, las figuras no surgen espontáneamente: las buscan, las ostentan, las acumulan, las prolongan.

El principal teórico del discurso ingenioso, Tesauro, da esta definición de metáfora: "palabra peregrina, que significa rápidamente un objeto por medio de otro",[35] y a continuación la divide en ocho especies (metáfora de proporción, de atribución, de equívoco, de hipotiposis, de hipérbole, de laconismo, de oposición, de engaño) con abundantes ejemplos latinos e italianos y aplicaciones prácticas. "Si llamas al Amor *fuego*: si quieres exagerar, puedes llamarlo *Horno portátil*, *Rostro de Megera*, y no de Amor, *Relámpago de Cupido* [...], una *Bomba animada,* un *Mongibello del pecho*, una *Zona tórrida[...*] Y así puedes seguir discutiendo todo el Índice de Sustancias Naturales, o Artificiales, Verdaderas o Fabulosas; describiendo también los Epítetos, Verbos, Adverbios, Superlativos". Para fabricar entonces "Propositione Hiperboliche", se puede recurrir al índice de categorías, y recurrir a la cantidad (por ejemplo, *el Vesubio es una pequeña chispa de esa llama*), a las relaciones de semejanza y contrariedad (*Un dechado de ese fuego*, *todo otro fuego es nieve*), etc.

Por la propia naturaleza del lenguaje, la repetición constante tiende a hacer que estas imágenes pierdan todo valor expresivo (como, por ejemplo, cuando Marino dice de un tuerto que era "del destro *sole* orbo rimaso": *Adone*, XIV, st. 123), lo que impulsa a los escritores barrocos a buscar metáforas siempre nuevas. "Sol mundi mensor dictum est perantiquum. Ingeniosius iam videatur", ironiza Famiano Strada en sus *Prolusiones Academicae* (Roma 1617, p. 346), "si plusculum audeas, eumque appelles *coeli tabellarium*,

pistoremque lucis, *umbrarum carnificem*, *arvorum coelestium aratorem*".[36] Y Salvator Rosa puede quejarse (*Sat*., II) de que "las metáforas han consumido el sol".

Si una sola metáfora no parece suficientemente expresiva, se amontonan varias: "Esta pequeña demostración de mi devota observancia [...] es una chispa del horno, una destilación del océano, un escaso reconocimiento de mis infinitas obligaciones" (Marino, *Epistolario,* cit., I, p. 176).

Otra forma de reactivar la vivacidad de una metáfora ya algo gastada es prolongarla, deduciendo de ella una serie de metáforas colaterales. "Si llamas a la Rosa la *Reina de las Flores",* enseña Tesauro (*Cannocchiale*, p. 321), "puedes comparar todas las Circunstancias de la Rosa con las de una Reina: haciendo de esa sola metáfora de proporción, como de una raíz fértil cultivada con ingenio, arrancar mil vástagos de peregrinos traducidos para cada categoría":

Rosa	Reina	
Planta eminente	Dignidad sublime	(Sustancia)
Enrojecimiento de las hojas	Manto púrpura	(Quantitas)
Olores	Perfumes	(Qualitas)

Así se construyeron los "conceptos predicables" ya mencionados: por ejemplo, la ración de penitencia como lavado saludable se compara minuciosamente con las operaciones de la lavandera, descritas una a una, en un conocido sermón del padre Emmanuele Orchi, "La penitencia diferida hasta la muerte".[37]

De gran importancia para los conceptualistas es la elección de los epítetos, para complementar, reforzar, corregir los efectos obtenidos con los sustantivos.[38] Un esquema muy utilizado por el Barroco es la inversión de la relación entre sustantivo y adjetivo, de modo que en lugar de *pájaro cantor se* habla de *canto volador*, o de *violín alado*, con otras innumerables variantes.[39] Un "espeso bosque" es para Marino (*Adonis*, VIII, st. 23) un *horror frondoso*; las "liebres" de un soneto del padre Lubrano[40] se convierten en *temblores animados*, etc.

La antigua metáfora "cristal" = "hielo" adquiere una nueva apariencia en un soneto de Artale,[41] para el que los cristales son nieves espesadas ("Non per temprar l'altrui crescente ardore / sui occhi usa costei nevi addensate").

En un caso así, el agradable asombro que el autor quiere provocar en el lector se asemeja al placer de quien resuelve un enigma: al fin y al cabo, la moda de los enigmas nació y floreció en el siglo XVII. Recordemos las perífrasis con las que Testi (canción "Con artificj egregj") habla de los papiros y pergaminos utilizados como material de escritura:

Desde el pantano egipcio
Con hermosos robos eslingó a extranjeros
Y de sombrío color te clavó;
rebaño lanudo extinguido
y con pluma astuta en varios disfraces
marcaron los restos de los corderos ancisos.

Otro de los expedientes que producen asombro es el contraste de dos expresiones vecinas: un contraste que puede adoptar formas muy diferentes. Las tres octavas en las que Marino da una serie de definiciones del Amor (VI, st. 172-174) están casi todas formadas por antítesis:

lobo voraz con piel de cordero [...].
lince sin luz, Argus con los ojos vendados,
viejo infante y antiguo niño.

Otras veces los autores se centran en el contraste entre lo concreto y lo abstracto: por ejemplo, Valeriano Castiglione (*Statista regnante*, c. XLV) habla de Carlos Manuel I, que "con los montones de fomento en sus ciudades, consigue [...] montones de alabanzas eternas".

El resorte principal de la poesía heroicómica y generalmente lúdica consiste en el contraste entre lo solemne y lo trivial, como por ejemplo en el st. 54 del canto I de la *Secchia rapita* de Tassoni:

Los anzianos con encaje a la espalda
seguidos a caballo en una larga fila
En algunas de sus mulas, afligidas y gordas,
que parecía un retrato del hambre.

Los dos últimos versos cierran burlescamente una octava que parecía solemne. Inesperado, aunque no siempre contrastado, el cierre irrumpe a menudo en los sonetos de Marino y de los marinistas: aquí, por ejemplo, en un soneto caudado (*Murtoleide*, fischiata

36) Marino enumera, con la alegría de un pintor de "naturalezas muertas", una congerie de verduras:

Honor de l'insalata inclito, erbette
rosas, bórax, coles de hoja

y así en dieciocho versos: luego los dos últimos lanzan un dardo al adversario, y surge un cuadro a la manera de Arcimboldi:

tejes el grado triunfal
para hacer inmortal a Murtola.

Cuentan con el asombro que producen las rimas difíciles no sólo de Marino y sus seguidores -.

Pero si nació del roble robusto
Yo estaba allí entre los refaianos, entre los arimaspianos,
y si borracho del extremo Tana
las olas heladas que tenía o el hielo de Caspi,
Si de sangre y veneno la Hircana
regazo de tigre alimentado con álamos temblones.
(Marino, *Adone*, XII, st. 247)

- sino también un antimarinista como Salvator Rosa (*Anaximandri*: *Lycandri*, sat. II, vv. 905 y ss.; *Iris*: *Busiride: Osiris*, sat. III, v. 41, y passim).

Donde más alardean los secentistas es en las paronomasias o bisticismos: palabras iguales o parcialmente parecidas colocadas a propósito en posiciones vecinas:

Primero tan *agradecida* y luego tan *penosa* angustia
(Marino, *Adone*, I, st. 4)
De la *bella rubella* in voce amara
(IV, st. 34)
Hace una escena obscena de su propia infamia
(VII, st. 184)
Oh mi *dorada* y *adorada* Diosa
(XV, st. 99)
Corrí a mis labios, y, qué *ardiente ardiente*
con *agradecimiento* luego no *grave*
violencia leve
(*Poemas varios*, ed. Croce, 47)

etc. A veces las dos palabras pertenecen a la misma familia y tenemos la "figura etimológica": [los perros de Acteón] "al loro re *sconosciuto* / si mostrar *sconoscenti*" (*La Sampogna*, 'Atteone', vv. 199-200).

El uso de una palabra de origen latino en su acepción etimológica es otro artificio no infrecuente:

De esmeraldas cayendo *serpientes*
se deja al sen con sagaz negligencia
(*Adonis*, VIII, st. 33)
[la ola brillante]
Que en tan rico canal mientras vaga
sus *ambiciosas* delicias admiran
(*Adonis*, VIII, st. 51).

Una figura no infrecuente incluso en siglos anteriores, pero que ahora se utiliza con singular frecuencia, es la antonomasia: "los Homeros modernos no tendrán entre las tinieblas de la antigüedad que rogar a *Aquiles"* (Achillini, carta a Luis XIII, 1629), "el *Aquiles* de los argumentos" es "el más fuerte",[42] "las buenas letras [...] hacen que los intelectos ciegos se conviertan en *Arghi"* (Boccalini, *Ragguagli*, cent. I, rag. 89), "Chi fa dell'opre sue virtù l'*Arturo*", "a chi la libertà ha per *Arturo*" (Rosa, *Sat*, I, v. 501; V, v. 213), "Scudo faceano ai due felici amanti / con torte braccia i *Briarei* selvaggi" (los árboles del bosque: *Adone*, VII, st. 107), "tu del ciel, non del mar *Tifi* secondo" (es decir, Galileo: *Adone*, X, st. 45), "il *Zoilo* della poesia" (es decir, Stigliani: Herrico; *L'Occhiale appannato*, p. 51), etc. Otras antonomasia están tomadas de topónimos: "Un *Caucaso* di nevi ho su le chiome" (sonn. de Giuseppe Battista, en Croce, *Lirici marinisti*, p. 432), "il crin s'è un *Tago*" en el conocido soneto de Giuseppe Artale sobre Magdalena ("Gradir Cristo ben dee").

La desmesura barroca se aprecia en las enumeraciones: "Son que*"* *Zerbinotti*,[43] quei *Adoni*, que' *Ganimedi*, che han per nobil vanto' (Brignole Sale, *Il Satirico innocente*, Génova

1648, p. 263), quizá combinado con juegos verbales "La *Medea*, la *Medusa* e la *Megera* / che ne l'alba al mio dì portò la sera" (*Adone*, XIV, st. 237).

Los títulos de los libros ofrecen ricos ejemplos de metáforas llamativas.[44] Las colecciones eruditas se titulan *Jardín*, *Tesoro*, *Teatro*,[45] *Galería*, *Escena* (Calvi, *Scena letteraria degli scrittori bergamaschi*, Bérgamo 1614), *Cornucopia*, *Taller*, *Mina*, etc. Las obras más específicas indican su contenido con metáforas más o menos pertinentes: La *Pietra del paragone politico* de Boccalini se propone comprobar el oro y el oropel de la política de los príncipes; el *Astrolabe di stato de* Della Torre (Génova 1647) se propone "recoger las verdaderas dimensiones de los sentimientos de Cornelio Tácito"; la *Visiera alzata* de Aprosio (Parma 1689) indica los autores de numerosas obras seudónimas; la *Chiave della Toscana Pronunzia* de Ambrogi (Florencia 1674; 1a ed. se titulaba *Lucidoro*; cf. p. 459) sirve para "el cierre y la apertura de las vocales E, y O", etc. La hipérbole tiene poco en cuenta la modestia: piénsese en el *Oracolo della lingua d'Italia* de Franzoni (Bolonia 1645).

A menudo se produce una irradiación sinonímica, es decir, una metáfora da lugar a otras similares: *Libra* va con *Stadera* y con *Libra* (e incluso el *Saggiatore* galileo se refiere deliberadamente al título de la *Libra de su* padre Sarsi: "E tanto è più esquisita una bilancia da saggiatori, ch'una stadera filosofica!").

En el propio título, o en las divisiones en capítulos, hay a veces una continuación de la metáfora inicial: Giovanni Battista Racani escribió una *Navicella grammaticale*, *nella quale chiunque s'imbarcherà con corso felice*, *e breve*, *arriverà al bramato Porto di quest'Arte* (Venecia-Macerata 1686), la *Bottega dei Ghiribizzi* de Cesare Giudici (Milán 1625) está dividida en "cajas", la *Ghirlande vaghissime di canzonette musicali* de Giovanna Lirinda (Pavía 1659) está dividida en "tramas", la *Biblioteca volante* de Giovanni Cinelli (1677 y ss.) consta de varias "scansie", el Cane di Diogna de Francesco Fulvio Frugoni está dividido en varios capítulos.) consta de varias "scansie", el *Cane di Diogene* de Francesco Fulvio Frugoni (Venecia 1687 y ss.) está dividido en siete "latrati" (es decir, otros tantos volúmenes), y así sucesivamente. También aquí abundan los nombres mitológicos e históricos, tomados para aludir al tema de la obra: recordemos el *Euterpe*, colección de canciones de D. Brugnetti de Bolonia (1606), la Flora *overo cultura di fiori* de Giovanni Battista Ferrari (impresa primero en latín, 1633, y luego en traducción italiana, 1638), el *Mercurio, overo historia de' correnti tempi*, publicado durante muchos años (a partir de 1635) por Vittorio Siri,[46] etc.[47]

Otro campo en el que el ingenio daba rienda suelta era la elección de los nombres académicos: normalmente "deben tener en cuenta el concepto general que significa la empresa de la Academia":[48] Así, por ejemplo, en la Crusca, los Académicos eligieron (a partir de 1590) nombres que hacían referencia al trigo, al salvado, al pan, a la panadería y a conceptos afines: *Inferigno*, *Lievitato*, *Macinato,* etc.Los Apatistas, por su parte, recurrieron a anagramas (*Ostilio Contalgeni*, nombre académico de Agostino Coltellini, etc.); los Arcadios a un nombre griego o griego simulado de pastor, acompañado de un nombre étnico también griego (*Alfesibeo Cario*, nombre académico de Crescimbeni), etc.

El amor de los secentistas por la novedad les hace bastante favorables a la acuñación de nuevas palabras: pero ya hablaremos de ello más adelante. Hablaremos aquí más bien de una forma particular de utilizar jocosamente las palabras que estuvo de moda durante algún tiempo, el llamado *lenguaje jonádico*.[49] Se trata de la sustitución de muchas palabras por otras que empiezan por las mismas letras: en lugar de *habas* se decía *faisanes*, en lugar de *mejillas coloradas*, *codos rotos*, y para decir a uno *te venero de todo corazón se* podía decir *te visto de todo cuero*. Sobre este "idioma chocante" (como lo llamó el propio Panciatichi) Orazio Rucellai y Lorenzo Panciatichi hicieron una cicalata y una contraccicalata a la Crusca en 1662:[50] No hace sino exagerar hasta la monstruosidad esas mascaradas de palabras que encontramos extendidas en el uso popular y que aquí y allá afloran en la literatura desde los primeros siglos.[51] Estas mascaradas se hacían sobre todo con nombres propios de persona y lugar, y esto seguía siendo así a principios del siglo XVII.[52]

A partir de este ejemplo, también, vemos que no hay, se puede decir, un solo tipo de artificio del siglo XVII que no se haya utilizado en otras épocas: sólo que en ésta se utilizó sin discreción. Y poco o nada ha sobrevivido.

7. Uso real y reflexivo de los dialectos

Los dialectos siguen floreciendo: debemos suponer que, fuera de Toscana y Roma, el toscano literario apenas era popular en el uso oral cotidiano, y que en cada lugar predominaba el dialecto respectivo, siempre que la gente hablara entre conciudadanos. Sólo las personas más elevadas hacían algún esfuerzo.[53] Pero en la escritura, la norma es utilizar el italiano, aunque aquí y allá queden algunos rastros de dialecto. Sabemos por sus biógrafos que Salvator Rosa, que escribía en verso y en prosa y sólo utilizaba el italiano (aunque se daba cuenta de que de vez en cuando tropezaba: "il tosco mio guasto idioma", dice), seguía utilizando su propio dialecto incluso en Roma y Florencia, y las sátiras que dirigía a sus amigos eran comentadas con frases napolitanas ("*Siente chisso vè*, *auza gli uocci*").

Los numerosos escritos dialectales que encontramos en el siglo XVII deben considerarse casi todos no como escritos por plebeyos para el pueblo, sino como obra consciente de personas cultas, que utilizan el dialecto como pimento expresivo, como color literariamente inusual:[54] algo parecido a un baile de máscaras con trajes de plebeyos.[55]

Tenemos numerosos poemas lúdicos, a menudo con escenas de la vida local (por ejemplo, el *Maggio romanesco* de Peresio), traducciones a varios dialectos de poemas clásicos y modernos (entre ellos varias versiones completas o parciales de *Gerusalemme liberata*), novelas y diálogos en prosa (es merecidamente famoso el *Cunto de li cunti* del napolitano Basile),[56] comedias con personajes dialectales.[57]

No son infrecuentes los pasajes en dialecto que aparecen en los poemas teatrales italianos, puestos en boca de personajes individuales.

Textos de esta literatura dialectal reflejada pueden encontrarse en casi todas las grandes ciudades, centros de la vida intelectual. En Toscana, sin embargo, adopta un aspecto ligeramente distinto: la lengua que el poeta estiliza es el habla "rusticale". Tampoco aquí faltaron precursores, desde *Nencia* en adelante: pero ahora los textos se multiplican (*Tancia de* Buonarroti, *Cecco da Varlungo* de Baldovini, etc.).

Mientras que las composiciones rústicas acentúan la caricatura del campesino atribuyéndole un gran número de palabras mal pronunciadas, los escritos dialectales no pocas veces atenúan el colorido dialectal, a veces más, a veces menos, que el italiano habitual. Un ejemplo típico es el *Maggio romanesco* de Peresio, que en la edición impresa (Ferrara 1688) es notablemente menos dialectal que en una edición anterior,[58] *Il Jacaccio overo il Palio conquistato*: el autor temía (o el editor se lo hizo temer) parecer demasiado plebeyo.

En algunos casos, el uso consciente del dialecto, además de la búsqueda del color local, surge de un apego a la patria regional: como cuando Boschini en su *Carta del navegar pittoresco* (Venecia 1660) declara: "Mi che son venezian in Venezia, e che parlo de pitori veneziani, ho da andarme a stravestir?". Una *captatio benevolentiae basada* en el valor patriótico del dialecto quiso ser la de Carlos Manuel I cuando, tras la muerte de Enrique IV, escribió en veneciano a los venecianos para solicitar su alianza:

Tenemos sangre zentil y no villana,
creemos en Dios, y si somos cristianos
pero sobre todo boni Italiani [...].
Estamos juntos muy unidos
como corresponde a nuestra libertad.

El amor por las campanas y el antitoscanismo convergen en el elogio del milanés,[59] boloñeses, napolitanos y sicilianos hacen de sus dialectos algo más antiguo e importante que el toscano.[60]

8. El vocabulario de la Crusca

Entre los diversos ejercicios literarios y filológicos a los que se dedicó la Accademia della Crusca en las primeras décadas de su vida (véase p. 459), surgió cada vez más la actividad lexicográfica. El 31 de mayo de 1606, el vocabulario estaba casi listo, y la expectación, de los Académicos y de muchos literatos italianos, era ya grande. El título, con el que la Accademia pensaba reafirmar su posición en materia de lengua, fue largamente discutido: en 1608, se decidió titular la obra *Vocabolario della lingua toscana degli Accademici della Crusca*; en 1610, se decidió añadir un importante inciso: Vocabolario *della lingua toscana cavato dagli scrittori e dall'uso della città di Firenze dagli Accademici della Crusca; en* 1611, en vísperas de la publicación, se prefirió una redacción menos comprometedora:

Vocabolario degli Accademici della Crusca; y con este título salió el volumen el 20 de enero de 1612 en la imprenta Giovanni Alberti de Venecia, adonde había ido Bastiano de' Rossi para supervisar la impresión.

El prefacio y la forma en que se desarrolla la obra permiten ver la estricta adhesión al criterio del florentinismo arcaizante. La obra pretende ante todo "preservar la lengua", apoyándose en los usos escritos, especialmente los del siglo XIV. Los Académicos profesan adherirse al canon defendido por Bembo: "Al compilar este Vocabolario (con la opinión del Ilustrísimo Cardenal Bembo, de los Diputados para la corrección de Boccaccio en el año 1573 y por último del Cavaliere Lionardo Salviati) hemos considerado necesario recurrir a la autoridad de aquellos escritores que vivieron cuando este modismo florecía", es decir, en el siglo XIV. Para la lista de escritores, los Académicos se remiten también a Bembo, Borghini y principalmente a Salviati. Dante y Petrarca, Boccaccio y Villani, y en todo caso los escritores florentinos o los que querían escribir en florentino, se citan en la primera línea: de los no florentinos, sólo se citan las palabras "bellas, significativas y de nuestro uso".

Las entradas de menor autoridad (tomadas del siglo XVI o de la lengua hablada) se citan al final de las entradas más autorizadas: así, *calappio* o *galappio* bajo *accalappiare*; *carota* y *carotaio* bajo la entrada *cacciare*, bajo la cual se cita la frase *cacciar carote*; *cifera* y *gergo* se mencionan bajo *enigma*, etc.

Se registran numerosas variantes de palabras (*avolterio-adulterio*, *notomia-anatomia*, *cecero-cigno*, *spelda-spelta*, etc.), que pueden explicarse dado el criterio de lectura, pero que dan mucha vergüenza a quienes recurren al diccionario para asesorarse en caso de duda.

Para cada acepción se citan ejemplos de poesía y prosa siempre que es posible. Los refranes y proverbios se recogen con cierta amplitud, aunque no estén documentados en los autores.

El Vocabulario representó un progreso considerable respecto a las obras de sus predecesores, debido al mayor número de palabras, la riqueza de las subdivisiones y el esfuerzo por definir en lugar de explicar mediante sinónimos. El enfoque salviatesco le dio un aspecto global bastante arcaico: quienes esperaban encontrar una codificación de la mejor lengua contemporánea se sintieron decepcionados; pero la notoriedad y los méritos intrínsecos de la Academia dieron al Vocabulario una posición preeminente que le granjeó (como veremos en el apartado siguiente) fieles seguidores y encarnizados adversarios.

Se introdujeron pocos cambios en la segunda edición, publicada también en Venecia en 1623 por Iacopo Sarzina (editado de nuevo por Bastiano de' Rossi): se añadieron algunas palabras olvidadas, tanto de la tradición literaria (como *héroe*) como del uso.

En los años siguientes la Academia tuvo un periodo de muy poca actividad; se produjo un vigoroso renacimiento cuando Benedetto Buonmattei se unió a los Académicos (1640) y se convirtió en su secretario. Los trabajos sobre el *Vocabulario se* reanudaron en 1641; habiendo vuelto a ralentizarse, recibieron un nuevo impulso en 1663, cuando Carlo Dati fue elegido secretario. El príncipe Leopoldo, protector de la Academia,[61] hizo recoger para esta edición voces científicas, voces náuticas y voces de artes y oficios,[62] pero se incluyeron pocas, porque siempre prevaleció la opinión de excluir los términos de profesiones y artes.

En 1664, el *Vocabolario* comenzó a copiarse para la imprenta; pero, de nuevo a causa de la muerte de Dati, el trabajo se ralentizó, reanudándose en 1677 con el nuevo secretario Alessandro Segni. Uno de los académicos más eruditos y abiertos de mente, Magalotti, expuso a algunos de sus colegas (el abad Strozzi, Redi, el canónigo Bassetti) ciertos criterios que, de haberse aplicado, habrían beneficiado enormemente al *Vocabolario*.[63] Los extranjeros se quejan, dice, "de encontrarse engañados por el diez veces el ocho por el *Vocabolario* della Crusca, porque incluye demasiados arcaísmos" (carta a Redi, 7 de noviembre de 1677); "porque el *Vocabolario* no sólo es útil para los toscanos, sino también para los romanos, milaneses, napolitanos, franceses, suizos e incluso indios, ¿cómo sabrán que es posible decir *dame el espejo* y no decir *dame el espejo*, cuando descubrirán que *el espejo* y el espejo son una misma cosa?" Le gustaría, por tanto, que para distinguir si las voces son arcaicas, poéticas o plebeyas, "se añadieran diversas marcas, como se hace con las ciudades en los mapas, que a los obispos se les coloca un báculo en el campanario", etc. Está muy bien acoger ampliamente los rumores, pero para no merecer el reproche de dar "mezclado el salvado, o más exactamente los restos y la misma paja, con la harina" hay que hacer todas las advertencias debidas, tanto a italianos como a extranjeros (carta al canónigo Bassetti, cit.). Pero era demasiado tarde para aplicar estos criterios sin trastornar

el trabajo ya realizado, y demasiado pronto para que pudiéramos esperar superar la fuerza de la tradición.

La tercera edición apareció en 1691, en tres volúmenes, publicada por la Stamperia dell'Accademia della Crusca. Unos cincuenta autores antiguos y otros tantos modernos habían sido eliminados de las ediciones anteriores: Tasso e incluso Pallavicino habían sido finalmente incluidos.[64] Para enriquecer el número de lemas, se buscaron ejemplos de resúmenes verbales y se añadieron como entradas separadas muchos diminutivos, acres y superlativos.[65]

Ninguna otra lengua moderna disponía, a finales del siglo XVII, de un vocabulario que pudiera competir dignamente con el de la Crusca.

9. Debates sobre la norma lingüística

"Si vedon hoggi", escribió Scipione Herrico en 1629 desde Mesina a Gaspare Trissino,[66] "más opiniones contrarias y diferentes sobre esta gramática y ortografía de las que se oyen en las escuelas: y es más fácil aprender las reglas de cualquier otra lengua más boscosa que de ésta, en la que comúnmente se habla". Que se habían dado muchos pasos hacia una relativa unidad de la lengua literaria es indudable; pero seguían existiendo fuertes desacuerdos sobre los criterios fundamentales.

Por supuesto, los debates sólo se celebraban entre personas educadas de las clases altas.[67] Las opiniones se polarizaban principalmente a favor o en contra de la Crusca, que se había convertido en la precursora de un toscanismo arcaizante. Ya antes de la aparición del *Vocabolario*, G.B. Pinelli, en su vulgarización de los Salmos de san Buenaventura (1606), decía que se remitía al juicio de la Crusca, de la que había sido nombrado académico, en lo que se refería a la lengua. Cuando se publicó el *Vocabolario*, encontró seguidores que se sintieron obligados a seguirle arcángelizándolo. "Sé de quienes las buscan [las voces antiguas], como se dice, con una ramita, para adornar, según creen (y bien, si lo hacen juiciosamente), sus composiciones. Y no hace mucho que vi una oratoria de un hombre digno, en la que había quince o veinte de ellas. Así lo atestigua Pescetti, que en su *Respuesta a la Anticrusca* había salido en defensa de la Accademia contra las acusaciones de Beni.[68]

El Beni, profesor en Padua,[69] se opuso al enfoque arcaizante del *Vocabolario* y se sintió ofendido por la escasa consideración que Bastiano de' Rossi tenía de los literatos vénetos,[70] el mismo año de su publicación, publicó *L'Anticrusca overo il Paragone dell'italiana lingua: nel quale si mostra chiaramente che l'Antica sia inculta e rozza: e la Moderna regolata e gentile*, Padua 1612. Beni sostiene la superioridad de los dieciséisecentistas sobre los catorceecentistas; defiende enérgicamente a Tasso, y en cambio combate a Boccaccio, reprochándole sus formas y construcciones (y como experimento reescribe el principio de la novella de los tres anillos en estilo dieciséisecentista). Discute la superioridad del florentino ("o perche fia meglio dir *mandorlo* e *mandorla*, che *mandolo* e *mandola*, o pur, *amandolo e amandola* come costuma quasi il restante d'Italia?", p. 13), y sobre todo se queja de que los Cruscanti, "intanto che lo stile e de' Cari e de' Tassi lor pute", hayan exhumado "le *Tavole ritonde*, i Giacoponi, i *Morganti*" e incluso los "Quaderni de' conti" (p. 81).

La Crusca dudaba si defenderse o no; luego se decidió por el no: no sólo no se publicó la respuesta ya redactada bajo el título de *Antiminosse*, sino que Bastiano de' Rossi indujo a Fioretti a suprimir el *Frullone dell'Anticrusca* que había preparado. En su lugar, Orlando Pescetti, de Marradi, intervino personalmente con su *Risposta all'Anticrusca* (Verona 1613), en la que defiende a Boccaccio y la denominación "lingua fiorentina". Beni replicó con otro opúsculo *Il Cavalcanti overo la Difesa dell'Anticrusca*, escrito bajo el nombre de Michelangelo Fonte y dedicado al gran duque Cosimo (Padua 1614): reiterando sus argumentos, acusa a Salviati de haberse jactado de la superioridad absoluta de la lengua y los autores florentinos; a favor de los modernos, adjunta los *Pensieri* de Tassoni, recientemente publicados; a continuación, rebate los argumentos que Pescetti había utilizado contra él.

Alessandro Tassoni, que había sido nombrado académico de la Crusca y le había dedicado la primera parte de sus *Pensieri diversi* en 1608, quedó decepcionado cuando se publicó *el Vocabolario*: demasiadas antigüedades, demasiadas entradas modernas que faltaban. Unos años más tarde, en 1612, envió a la Accademia un fascículo titulado *Incognito da Modena contra algunas entradas del Vocabolario de los Crusca,* y se enfadó

mucho cuando, al salir la segunda edición, vio que no lo habían tenido en cuenta. El expediente enviado a la Crusca se ha perdido, pero Muratori había visto y citado una copia de la minuta; además, tres borradores de postilla hechos por Tassoni a la segunda edición nos dan una buena idea de su actitud, que también se desprende de algunas de las notas hechas a la *Secchia rapita bajo el* nombre de Gaspare Salviani.[71]

Culpa a los idiotismos florentinos, como *abituro*, *agghiadare*, *contradio*, *guari*, *testé,* y pregunta: "¿por qué *moccichino*, *popone, si* toda Italia dice *fazzoletto*, *melone?*". Culpa a voces arcaicas y pedantes como *abbagliore*, *abbassagione*, *abitaggio*, *accalappiare*, etc., señala "*despitto* oggi è un rancidume", y añade "delle voci arcaiche" al título del *Vocabolario.* Echa en falta muchas entradas como "*accanto*, *amaranth*, *anemone*, *azzardare*, *circospezione*, *cumulo*, *davvero*, *decoro*, *delitto*, *delitto, equestre*, *lusso*, *nazionale*, *orrendo, plurale*, *regalare*, *scena*, *vigliacco*, y muchas otras". Encuentra fallos en las definiciones, por ejemplo en lo que se refiere al *cubo* "un recipiente oscuro de cobre o hierro con el que se saca agua": señala "¿por qué no de madera?

Una nota a *Secchia* sobre la voz *pitale* subraya la importancia que Tassoni concede al uso culto romano: "era de la opinión de que la favella de la corte romana era tan buena como la florentina, y mejor entendida para todo.

Otro conjunto de *Anotaciones* a la primera edición de la Crusca, aunque publicado por Fontanini con el nombre de Tassoni (Venecia 1698), es en cambio obra de Giulio Ottonelli.

Otro foco de oposición a la norma florentina se produjo a principios de siglo en Siena. Tolomei, Borghesi, Cittadini y Lombardelli se habían esforzado en el siglo XVI por mantener a Siena al mismo nivel que Florencia, pero sin insistir demasiado en las peculiaridades diferenciales: Por el contrario, Scipione Bargagli (*Il Turamino*, *ovvero del parlare e dello scriver sanese*, Siena 1602) subraya mucho las diferencias, incluso las que ahora estaban borradas o se estaban borrando: contrasta las formas y voces de Florencia con las correspondientes de Siena: *povaro*, *dipegnare*, *longo*, *lassare*, *bacoca*, *citta*, *rantacare*, *stare a gallo*, etc.; e insiste en que "da' Borghesi, Cittadini, Lombardelli en el siglo XVI se habían esforzado por mantener a Siena al mismo nivel que Florencia".E insiste en que "por los Ciudadanos de Siena, sin embargo, debe ser puesto en papel (no sólo hablado y razonado), en la forma pura, y en la manera directa, que la Naturaleza misma les presenta y enseña" (p. 115).

Cuando se publicó el *Vocabolario della Crusca,* el sienés Adriano Politi (1542-1625), que no se entusiasmó en absoluto con él, pensó sin embargo en utilizarlo, resumiendo las palabras clave y las definiciones y colocando su equivalente sienés junto a las entradas claramente florentinas (cf. pp. 661-662). El volumen de Politi se titulaba llamativamente, no sabemos si por deseo del autor o del editor, *Dittionario toscano*, *Compendio del Vocabolario della Crusca* (Roma 1614), pero la Accademia protestó vehementemente, y en las reimpresiones posteriores (que se sucedieron desde 1615 hasta 1691) la obra sólo se tituló *Dittionario toscano.*[72]

Palabras y frases en toscano arcaizante son satirizadas por escritores no toscanos.[73]

Otros se contentan con expresar su disconformidad exponiendo los criterios a los que desean atenerse: así Pietro della Valle, al publicar las cartas sobre sus viajes: "No debo olvidar decirte, curioso lector, que nunca presumí de escribir estas cartas en una lengua toscana pura, escogida y elegante, que pudiera servir de ejemplo a los demás o hacer autoridad en el idioma, del tipo que sin duda se le habría dicho a un orador o a los buenos historiadores; sino que me bastó con dictarlas *según el dialecto romano de mi madre*, sin error, con el habla ordinaria y corriente, sin siquiera afectación de exquisitez, que es precisamente lo que uno quiere usar y buscar en las cartas familiares."

Marc'Antonio Savelli, en la *Pratica universale* (cit. p. 541, en nota a pie de página) se disculpa por no haber "observado las reglas de la Crusca, e bel parlare Toscano", ya que le parecía que "el asunto, y el propósito no implicaban tal ostentación".

De los gramáticos hablaremos más adelante. En general, abrazan el canon toscano y extraen en gran medida sus ejemplos de escritores del siglo XIV: lo mismo hace el padre Daniello Bartoli, quien, aceptando el nombre y el concepto de "siglo bueno", achaca sin embargo la afectación del arcaísmo[74] y reivindica el derecho a utilizar palabras y modismos ajenos al italiano del siglo XIV (*Il Torto e il Diritto del Non si può*, Roma 1655, cap. LXXX).

Hemos visto que incluso algunos académicos de mente abierta, como Magalotti, eran muy conscientes de las dos funciones distintas que cumplía la Crusca: el registro de voces arcaicas, plebeyas, etc., y el sello de autenticidad que otorgaba a la "flor más bella" de las voces clásicas.

La división tradicional de las palabras en "tres rangos" persistió en la enseñanza retórica. Así es como Pallavicino (*Considerazioni sopra l'arte dello stile, e del dialogo*, Roma 1666, cap. XXI) establece la distinción: "El primero es de las palabras que nos es habitual oír en boca y escritos de personas reputadas [...].El segundo grupo es de aquellas palabras que han encontrado igual comercio con la nobleza y con el pueblo [...] El tercero, finalmente, es de aquellas voces que se han degradado tanto en la domesticidad con sólo la plebe de los hombres y conceptos que contaminarían las plumas y pensamientos de los más nobles.

Una de las censuras que Stigliani dirige con más frecuencia a Marino, de acuerdo con los principios retóricos, es la de haber utilizado "voces bajas": por ejemplo, *accattare*, *asticciuola*, *guercio*, *scarmigliato*. Fioretti (Nisieli), al compilar su *Rimario* (Venecia 1644), se propuso recoger sólo palabras "adecuadas al estilo sublime". Menzini, después de haber utilizado, en el tercer libro del *Arte poetica,* la voz *muso*, anota: 'Palabra baja, y del vulgo. Pero aquí se conserva el carácter de los poemas familiares y jocosos", y tras citar las *Sátiras* de Dante y Ariosto, añade: "Para los poetas satíricos, las palabras tomadas de entre el vulgo son tan dignas como las palabras nobles lo son para los heroicos" (*Opere*, II, p. 208).

Pero, ante la dificultad de establecer de una vez por todas los distintos "rangos" de palabras, los tratadistas (¡menos mal!) se remitieron al "gusto", al "juicio" de hablantes y escritores.

Volviendo al hilo principal de nuestro discurso, recordemos que hacia 1680 Lionardo di Capua, médico y naturalista, antiaristotélico y antimarinista, inició en Nápoles una escuela pro toscana y arcaizante, que se llamó de los "Capuisti" y contaba con Vico entre sus seguidores.[75]

Puede decirse, en resumen, que durante todo el siglo, la Crusca fue la piedra de toque en las numerosas discusiones sobre la norma lingüística.

En cuanto al nombre de la lengua, aunque aparecen las tres denominaciones de "florentino", "toscano" e "italiano", predomina con mucho la segunda, utilizada a veces incluso por quienes no aceptan la disciplina de la Crusca.[76] En primer lugar, que yo sepa, Loreto Mattei habla de "nuestra favella nacional".[77]

10. Gramáticos y lexicógrafos

Bastará con mencionar los tratados gramaticales más importantes: quienes deseen más detalles pueden acudir a la obra de Trabalza.[78]

El *Trattato della lingua* de Giacomo Pergamini di Fossombrone (1ª ed., Venecia 1613) tiene un esquema claro y es bastante adecuado para la enseñanza. Más rico en intereses generales y más fino en el análisis de los fenómenos gramaticales es el tratado de Benedetto Buonmattei *Della lingua toscana* (Florencia 1643; se publicaron primero ediciones parciales con el título *Delle cagioni della lingua italiana,* Venecia 1623; *Introduzione alla lingua italiana,* Venecia 1626). Buonmattei no acepta la reducción de las partes de la oración a siete, como había hecho su padre Sánchez, sino que las aumenta a doce, considerando también las interjecciones.

También son importantes las *Osservazioni della lingua italiana (Observaciones de la lengua italiana)* del padre Marco Antonio Mambelli (conocido como Cinonio), que tratan de las Partículas (es decir, el artículo, el pronombre, el adverbio, la preposición, la conjunción, la interjección) (Ferrara 1644) y del Verbo (Forlì 1685). Benedetto Menzini trató finamente la relación entre gramática y estilo en su tratado *Della costruzione irregolare della lingua toscana* (Florencia 1679).

Il Torto e il Diritto del Non si può publicado por el padre Daniello Bartoli con el nombre de Ferrante Longobardi (Roma 1655, con 150 observaciones, aumentadas a 270 en la edición de Roma 1668) se opone a las censuras pronunciadas con demasiada facilidad en nombre de los principios de la Crusca: no deben considerarse como criterio exclusivo "las decisiones de los gramáticos, ni el uso o bien del pueblo o bien de los más elegidos, ni las prerrogativas de la época", sino "el buen gusto procedente de un buen juicio".

El cardenal Sforza Pallavicino publicó una serie de *Avvertimenti grammaticali per chi scrive in lingua italiana bajo el nombre* de Francesco Rainaldi (Roma 1661).

También son dignos de mención varios tratados dedicados a campos concretos de la gramática, especialmente los de mayor interés práctico: ortografía, puntuación, pronunciación.[79]

Las numerosas ediciones que se hicieron de varios de estos escritos demuestran hasta qué punto era vivo el interés por el lenguaje y hasta qué punto se sentía la necesidad de reglas.

Reimpreso varias veces, incluso después de la publicación del *Vocabolario* della Crusca, fue el *Memoriale della lingua volgare* de Giacomo Pergamini (Venecia 1602; prefacio fechado en 1601), con discretas tiras de autores y anotaciones como "nob.", "pop.", "di verso", "di prosa". Ya hemos mencionado la Crusca, así como el *Dittionario toscano* de Politi.[80]

Agnolo Monosini, en su fárrago *Floris Linguae Italicae libri IX*, Venecia 1604, ofrece una amplia colección de proverbios y modismos.

Los materiales que Giovanni Battista Doni había reunido para una gran Onomástica, cuyos veinte libros debían incluir todo el vocabulario de las ciencias, las artes y los usos domésticos, se han perdido.[81] Nos queda, sin embargo, un importante diccionario especial, el *Vocabolario toscano dell'arte del disegno* de Baldinucci, Florencia 1681.

También empezaron a aparecer los primeros vocabularios etimológicos. Carlo Dati había comenzado, en colaboración con otros Académicos de la Crusca, un *Etymologico toscano*, pero Egidio Menagio (Gilles Ménage) se adelantó a sus colegas florentinos con sus *Origini della lingua italiana* (París 1669; 2ª ed., Ginebra 1685).[82] Hay muchas etimologías absurdas; pero muchas son correctas: la filología se está enucleando lentamente de la erudición.[83]

11. Relaciones con otras lenguas

Con diferencia, la lengua extranjera más conocida en Italia en la primera mitad del siglo era la de los gobernantes, el español, y sabemos de autores italianos que escribían en español (por ejemplo, Pier Salvetti), compañías de teatro que representaban en español en Nápoles, etc.[84] El francés fue poco conocido al principio:[85] vemos que sólo poco a poco los dramaturgos pusieron en escena el personaje de *Claudio* o *Claudione* o *Raguetto* o *Raguetta*, que representaban en francés,[86] confiándole el uso de palabras de esa lengua.[87]

Más tarde, el esplendor del Rey Sol repercute en el prestigio cultural y el conocimiento de la lengua. Salvatore Rosa cierra una carta a un amigo (1654) con la fórmula "con queste e con molte altre belle *sciose*" (ed. De Rinaldi, p. 70); Redi en Bacco *in Toscana* hace que Baco, tras alabar el "Regio Senato" de la Crusca, diga al secretario Segni que escriba sus actas "e spediscane *courier / A monsieur l'abbé Regnier*", y continúa diciendo de Malvasia: "È buona per mia fé / e molto *a gré* mi va. No faltan los signos de una amplia difusión del francés: y Menzini en las *Sátiras* se lamenta de ello.

Veremos más adelante (§ 19) un ensayo sobre la serie bastante numerosa de españolismos y afrancesamientos que penetraron en Italia en aquella época.

En cuanto al conocimiento del italiano fuera de Italia, sigue siendo notable. Muchos extranjeros vienen a estudiar a las universidades más famosas de la península y aprenden allí italiano.[88] Para la correspondencia científica, los eruditos extranjeros utilizan sobre todo el latín, pero a veces también el italiano.[89]

En la Francia de Luis XIII y Luis XIV había muchos que conocían bien el italiano y apreciaban las comedias interpretadas por nuestros actores y las obras de los maestros italianos (recordemos que Lulli está ambientada en París). Baldinucci en la biografía de Lippi[90] narra que cuando Lorenzo Panciatichi fue a presentar sus respetos a Luis XIV, éste "le recibió con estas formales palabras: 'Signore Abate, estaba leyendo vuestro gracioso *Malmantile*'". El Ménage, el Chapelain conocía muy bien el italiano,[91] el Régnier;[92] y también algunas señoras.[93]

Orgulloso adversario de nuestra lengua era, por otra parte, el padre Bouhours (autor de *Entretiens d'Ariste et d'Eugène*, París 1671, y de *Manière de bien penser sur les ouvrages de Vesprit*, París 1687), que encontraba cursi el italiano con todos sus diminutivos (cf. p. 602 n. 163): "si l'Espagnol est propre à représenter le caractère des matamores, l'Italien semble fait pour exprimer celui des charlatanes. p. 602 n. 163): "si l'Espagnol est propre a représenter le caractère des matamores, l'Italien semble fait pour exprimer celui des charlatans".

Antoine Oudin y el ginebrino Natanaele Duez habían compilado vocabularios discretos (París 1639-40; Leiden 1641); y los doctos padres de Port-Royal, Lancelot y Arnauld, compilaron un *Nouvelle Méthode pour apprendre facilement et en peu de temps la langue italienne* (París 1660).

En los países de habla alemana, el conocimiento del italiano estaba relativamente extendido entre las clases altas. Ya hemos mencionado a Marco Welser, de quien Guarini dijo "que sus cartas le parecen dictadas por un hombre nacido y criado en Florencia".[94] En Viena, escribió Magalotti en 1675, "no hay nadie que tenga cara y ropas de caballero, que no hable italiano con fluidez y perfección". El emperador Fernando III elogió a Antonio Abati, autor de *las Frascherie*, "con un madrigal acróstico, cuyo italiano tiene algo del sabor imperial alemán";[95] y su hijo, el archiduque Leopoldo, fundó una Academia Italiana.[96]

El italiano se estudiaba con manuales de conversación, gramáticas, vocabularios, en latín o alemán.[97]

En Inglaterra, el interés por lo italiano que se despertó durante el Renacimiento sigue vivo hoy en día.[98] Recordemos que Shakespeare utilizaba los manuales y vocabularios de Giovanni Florio, y que Milton compuso algunos sonetos en italiano. Un diplomático inglés, que había pasado algún tiempo en Zúrich, mantuvo a su regreso a Inglaterra (en 1649 y años siguientes) una correspondencia en italiano con el jefe de la Iglesia de Zúrich.[99]

El diccionario de Florio, publicado por primera vez en 1598, apareció de nuevo ampliado por el autor en 1611, y reelaborado por Giovanni Torriano en 1659 y 1687-88.[100]

12. Hechos gramaticales y léxicos

Los acalorados debates sobre las normas gramaticales nos demuestran que estamos lejos de un uso compacto o, al menos, relativamente uniforme de la lengua.

Il Torto e il Diritto del Non si può, del padre Bartoli, que trata precisamente los problemas gramaticales más controvertidos, da una idea de las fluctuaciones en el uso; de hecho, debemos suponer que eran aún más amplias en el uso real, si tenemos en cuenta matices dialectales que un gramático podría considerar dispensado de registrar, por manifiestamente erróneos.

También en el léxico encontramos variantes en un número muy considerable: y la Crusca, en lugar de presionar para suprimirlas, con sus extensos extractos de escritores antiguos más bien contribuyó a aumentarlas.

Todavía se oscila entre *dopo*, *dopò* y *doppo*, se discute si *truppa* debe escribirse con dos *p* o no; junto a la forma toscana *crogiuolo* hay quien escribe *crocciuolo* (Marino) o *cruciolo* (Vannozzi). *Prencipe se lee* con frecuencia junto a *principe*. Algunos escriben *butirro* (Buonarroti), otros *butiro* (Redi), otros *biturro* (Tassoni). Los sieneses siguen prefiriendo *fadiga* a *fatiga*, en Roma se escribe a menudo *abbrugiare*, *defonto*, *lograre*, *sagro*; y así sucesivamente. El impresor romano que estaba a punto de imprimir el tratado de Galileo sobre *Macchie solar lo* había compuesto completo; Galilei quiere que se imprima *completo* (*Opere*, V, p. 18).

A veces se caracteriza una variante respecto a la otra con notaciones ambientales: forma plebeya, voz poética, etc. Especialmente extensa es la serie de formas y palabras calificadas de "poéticas"; habiendo abandonado el uso hablado, tienen ejemplos en Petrarca, Tasso, etc., y, por tanto, siguen siendo admisibles en verso.[101]

Quienes deseen estudiar estos fenómenos en detalle no pueden prescindir de recurrir directamente a manuscritos y textos impresos, porque las gramáticas y vocabularios contemporáneos están todos, más o menos, escritos con intenciones normativas, y por tanto presentan un tipo de lengua mucho menos variado de lo que era en realidad; y las reliquias modernas, debido a la escasa consideración en que se tuvo a la literatura barroca, incluyen poco más que a escritores florentinos.

13. Escritura a mano

Los casos más importantes de oscilación en la ortografía del siglo XVII son cuatro: en tres (el uso de la *h*, el uso de *ti* o *zi*, la *s* scempia o doble de *ex*-) vemos la resistencia hecha en la periferia ceder gradualmente a la ortografía de la Crusca; en el cuarto (la distinción entre la vocal *u* y la consonante *v*) la sugerencia trissiniana es adoptada por unos pocos aquí y allá, y triunfa sólo después de haberse generalizado entre los impresores más allá de los Alpes.

La *h* etimológica en la primera y segunda ediciones del *Vocabolario* della Crusca sólo aparece en *ho*, *hai*, *ha*, *huomo y derivados*; para *huopo*, *huosa*, *huovo*, *huovolo nos* remitimos

a las entradas sin *h*. En la tercera edición, sólo persisten *ho*, *hai*, *ha,* mientras que para *huomo y derivados* sólo hay una referencia a *uomo*.

Los gramáticos e impresores toscanos siguen mayoritariamente la Crusca, y Fioretti dice que fue "desgarrado por muchos Aristarcos" por ello. Magalotti quiere ir aún más lejos: es partidario de *ò*, *à* en lugar de *ho*, *ha*, que no tienen otra razón a su favor que la costumbre.[102] Incluso el milanés Lampugnani es "desfavorable a la H", y el romano Pallavicino la conserva sólo en toda la conjugación de *havere* y en *huomo*. Pero Diodato Franzoni y Domenico d'Aquino la defienden; Bartoli no la menciona, pero sigue utilizándola. Y en general, los tipógrafos no toscanos siguen prefiriéndola.[103]

El uso de la *h* en los digramas griegos casi ha desaparecido: pero Marino sigue escribiendo *theatro*, *thesoro*, *christallo*;[104] y a veces aparece alguna *h* inesperada.[105]

Incluso para la *z* (en *grazia*, etc.) el ejemplo de Salviati y los Crusca es aceptado por los toscanos, y sólo gradualmente por los demás. Recordemos que con el problema de la sustitución de *ti* por *zi se* entrelaza otro, el de la scempia o doble: los conservadores escriben generalmente *ti* donde en latín había *ti*, pero *tti*, donde había *cti* o *pti*; los innovadores se dividen en dos bandos: los que distinguen *zi* de *zzi*, los que escriben como los Crusca siempre *zi.*

En la controversia entre Beni y Pescetti, vemos que el antinómico Beni escribe *ti* y *tti* (*gratta*, *construttione*), el Pescetti siempre *zi* (*locuzione*, *diccionario*). Galileo hizo imprimir las *Operaciones de las Brújulas* en 1606; pero al releer una de sus cartas a Nozzolini donde el amanuense había escrito *affetione* superpuso *zz*; y en los autógrafos encontramos mayoritariamente *zz* incluso donde cabría esperar *z* (*confutazzioni*, *dimostrazzioni*, etc.).

De Luca acepta la grafía con *z*, pero distingue la *z* scempia (*alteración*) de la doble *z* (*erezzione*, *adozzione*): no sabemos si también en la pronunciación.

Los gramáticos toscanos y algunos otros defienden la *z*: Buonmattei recomienda sólo la *z* (*grazia*), excluyendo tanto *gratia* como *grazzia*. Lampugnani es reprendido por su *zectación*; Franzoni, en cambio, defiende la grafía con *ti*, y Bartoli, aunque deja libre la elección (de acuerdo con la línea habitual de su *Torto e diritto*), se decanta por *ti* y se atiene a ella en sus escritos (*osservatione*, ma *scorrettione*). También Menagio se pronuncia a favor de ti, quien, respondiendo en 1657 a la censura de la Crusca por sus observaciones sobre la *Aminta*, se defiende adjuntando a Muzio.[106]

En cuanto a la distinción entre *z* scempia y *z* doppia entre vocales para distinguir *z* sonora y *z* sorda (*gaza*, *rozo* frente a *asprezza*, *bellezza*) todavía hay quien la observa (por ejemplo, Marino; los Crusca habían renunciado a ella escribiendo, por ejemplo, *azzimo*, *gazza*, *rozzo* como *asprezza*, *bellezza*, *polizza*, etc.).[107] La propuesta del desconocido autor de una *Neagrammalogía* de recurrir, como ya había hecho Trissino, a la *ç* no tenía visos de cuajar.[108]

En las palabras con la inicial *es-* o *ess-* de *ex-*, el uso todavía tiene alguna fluctuación a principios de siglo: Galileo escribe de las dos maneras *essempio* o *esempio* etc.; Marino como norma *essaltare*, *essangue*, *essercizio*, *essule* etc. La Crusca sólo usa *es-* en su *Vocabolario*; y Bartoli (*Ortografia*, c. IX, § 5), aunque adjunta numerosos ejemplos antiguos con *es-*: dice ser partidario de la ortografía y pronunciación con *es-*; Spadafora en su *Prosodia*[109] se refiere de *essala*, *essarcato*, *essodo, essotico* a *esala*, *esarcato, exodo*, *esotico* (no así para *essagono*).

En cuanto a la distinción entre la vocal *u* y la consonante *v,* se impuso muy tarde: en la primera mitad del siglo la grafía casi constante es *v* (o *V) en* la inicial, *u* dentro de las palabras, tanto con valor vocálico como consonántico. Después empiezan a aparecer algunos ejemplos esporádicos de división: por ejemplo, el padre Aprosio en uno de sus opúsculos (Galistoni, *Il Buratto*, Venecia 1642) distingue la *u* y la *v de forma* moderna. El ejemplo procede sobre todo del extranjero: varias ediciones italianas del Elzeviri (*Il Nipotismo di Roma* del Leti, Amsterdam 1667, Il *Pastor fido,* 1678, *Il Goffredo*, 1678) distinguen la vocal de la consonante.[110]

Mientras que la edición veneciana de *Cuaresma* (1685) de Segneri sigue el método antiguo, el *Instructor cristiano* (1685) de Florencia sigue el nuevo;[111] en 1695 el Mattei[112] señala cómo la distinción "se observa ahora en las Imprentas más correctas, del mismo modo que la observan rigurosamente todas las Imprentas oltramontanas".[113]

En la tercera edición de la Crusca, la *u* y la *v* se distinguen según el uso moderno en el texto, pero siguen considerándose una sola letra en mayúsculas y en orden alfabético (AVARO, AVDACE, AVELLO...).[114]

La *j sirve* sobre todo como variante de la *i* después de otra *i*: principalmente al final de las palabras (*incendij*), pero también dentro (*proprijssimo*, *pronuntijno*). El recurso de considerar la *j* final como un compendio de *i* + *j* gana terreno, siempre que la *i* sea átona y el grupo cuente como una sola sílaba: en el *Arte poetica* de Menzini (ed. 1688) encontramos *incendj*, *precipizj*, pero "ne' *Pierij* campi" (de cuatro sílabas).

Cada vez más, una u otra de las formas italianas *e* o *ed se sustituye por escrito por* la *et* latina, representada por el compendio &: pero hay quien insiste en conservar el signo latino.[115]

El acento se marca muy raramente dentro de las palabras: hay quienes indican así algunas palabras inusuales, generalmente utilizando el agudo (por ejemplo, *lúcere*, *intrépido*, *giúe* en el *Mondo nuovo de* Stigliani, Roma 1628, *Quadrúpedi*, *malédici*, *Decóro*, *asílo* en el *Vergine trionfante* de Tesauro, Turín 1673, etc.), pero a veces también el grave (ancòra, sèguido, metròpoli en el Turamino de Bargagli, Siena 1602, etc.).), pero a veces también la tumba (*ancòra*, *sèguito*, *metròpoli* nel *Turamino* del Bargagli, Siena 1602).

Bastante abundante es la acentuación de monosílabos, aunque Buonmattei señaló su inutilidad y la reservó exclusivamente para distinguir monosílabos homófonos (*e-è*, *di-dì*, *la-là*, *si-sì*).

En puntuación, observamos el uso casi constante de la coma delante de *y*, *o*, *que*.

La hinchazón del siglo XVII encuentra su expresión en la abundancia de mayúsculas, vanamente combatida en Marino por Stigliani.[116] Ejemplos al comienzo del libro: "So corrupt is Historia in questo Secolo, che appresso a molti horamai di Arte Liberale, è divenuta Mecanica: deposta la Tromba, suona dell'Arpa" (Tesauro, *Apologia contra la esamina del dottor Capriata*, Torino 1673, p. 1); "L'Humana loquela è proprietà così naturale della Ragionevolvole Creatura, che meglio dell'esser Risibile distingue l'Huomo da' bruti, che perciò muti animali si dicono" (Mattei, *Teorica del verso volgare*, cit, p. 87).[117]

14. Sonidos

Las variantes fonéticas que observamos en algunas series se deben en parte a antiguas oscilaciones no eliminadas en la codificación del italiano literario, en parte al afloramiento de peculiaridades locales y en parte a la variada forma en que se asimilaron los latinismos.

La terminación florentina *-er-* a partir de *-ar-* en futuro y condicional predomina con mucho, incluso en los no toscanos (formas como *soverchiarebbe*, Rosa; *spiegarà*, Mattei son más bien raras).[118] Más frecuentes son las excepciones fuera del sistema verbal: por ejemplo, *sonnarello,* Marino; *zàccare*, Rosa; *ballarina*, Sempronio, etc.; el uso cancilleresco romano tiene *Cancellaria*, *Dataria*, etc.

El diptongo *uo* en posición libre se mantiene bien en Florencia, mientras que en Roma hay una marcada tendencia al monotongado: en el glosario publicado por Baldelli[119] contrasta el uso florentino de *cuori*, *camiciuola*, *lenzola* con el romano de *cori*, *camiciola*, *lenzola*.

La regla del diptongo móvil a menudo se respeta mal, como demuestran los numerosos ejemplos contrarios,[120] y por la propia forma de hablar de los defensores de la regla (Pallavicino, Mattei).

La aféresis de la *i* inicial *(lo* '*nvocare* e sim.) es aplicada por la Crusca, pero encuentra fría aceptación.[121]

La apócope en la secuencia del discurso está sujeta al gusto más que a las reglas: la libertad concedida entonces no sólo en verso[122] sino también en prosa, era mayor que ahora: "hombres de bien y *buenos* cristianos" (carta de Niccolò Lorini, 1615, en Galileo, *Opere,* XXIV b, p. 297), "esos *buenos* Padres" (carta de Redi al padre Kircher), etc.

El apócope al final del verso es característico de la melica.

En el consonantismo, existe una fuerte oscilación entre la hendidura y el doble; y el caso más difícil es cuando el uso florentino, vivo o codificado en los clásicos, se desvía del uso latino, ya sea por hendidura o por reforzamiento. Los gramáticos son tolerantes en estos casos: "en algunas voces", observa el padre Sforza Pallavicino (*Avvertimenti gramm*., p. 46), "la pronunciación florentina difiere de la del resto de Toscana e Italia; como al decir *Abate*, *Ufizio*, *Roba,* con las consonantes simples: *Immagine*, *Innalzare*, *Ovvidio*, con las dobles. En estos y otros casos semejantes no será digno de reprobación quien siga una u otra manera". El propio Pallavicino utiliza, por ejemplo, *immitare, immitation*, *scommunica*.

Las letras para las que hay mayor incertidumbre son la *b* y la *g* palatal (sobre todo por la tendencia meridional a pronunciarlas reforzadas): *preggia* (Herrico), *palaggi*, *Pariggi*, *naufraggio* (Rosa) y viceversa *sogetto* (Rosa), *exaggerare*, generalizado contra *exagerar* (cf. pp. 428-429) etc. Pero también oscilamos para otras consonantes: tenemos *zuffolo*, y en cambio *pifero* (Marino): hay un soneto en el *Murtoleide* (XXXVI) en el que Marino habla de *popponi*, *carcioffi*, *carotte, tartuffi* y *spinacci*: todas palabras para las que no había, puede decirse, tradición literaria.

Se discutía en qué casos había que reforzar la unión de un enclítico a una palabra truncada: como Stigliani había utilizado *votti* "ti voglio" (en el verso "Roldano, con mia man punir non *votti*"), la Crusca lo censuró, y él se defendió bastante bien (carta de 1619, en Marino, *Epistolario*, cit., II, pp. 276-288).

También se producen oscilaciones en el refuerzo tras los prefijos: *sobrenatural* (Galileo), *perforar* (Marino), etc.

Las dos palabras populares toscanas *sti*- per *schi*- y *di*- per *ghi*- aparecen en algunas palabras puestas en circulación por escritores toscanos: además de *mastio* ya utilizada por Cellini, que ahora aparece en acepciones técnicas, tenemos por ejemplo *mustio*, *stidione* (Buonarroti il giov.); *diaccio*, *diacciare* no despiertan escrúpulos, mientras que *diacere se* oye como meramente popular.

La prótesis vocálica delante de *s* impura (*no istare*, *por isposa*) se observa bien en el uso popular, mientras que a veces hay un error en la escritura.

En los sustantivos poco comunes el acento no siempre se ajusta a la cantidad latina: *frammèa* 'framea' (Rosa), *Pegàso* (Marino, Herrico; Spadafora lo admite como licencia), *Archilòco*, *Gorgìa* (Rosa), *Inarìme* (Marino), etc. Junto a *dissenterìa,* en Florencia se escuchaba *dissentèria* (Menzini; cf. Spadafora, s.v.).

15. Formularios

Para el artículo, se utiliza normalmente *il* delante de *z*, mientras que en el plural prevalece *gli*. Hay ejemplos de *li delante* de consonante, sobre todo fuera de Toscana; Buonmattei aún admite la variante, mientras que Pio Rossi la condena rotundamente. Junto con la preposición*, los* gramáticos más rigurosos exigen el artículo *lo* (*para lo*, plural *para li*), pero Politi, Bartoli, Mambelli y Menagio lo declaran admisible también *para il*.

En la morfología del sustantivo, el tratamiento de los sustantivos en *-co* y *-go* es siempre muy incierto, lo que en opinión de Buonmattei (tratt. VIII, c. XXIV) "no puede reducirse a una regla": en muchos casos el uso es diferente del que prevaleció más tarde: *aprici*, *bifolci*; *fantastichi*, *reciprochi*, *stitichi*, *teologichi*,[123] *diálogos,* etc. Oscilaciones similares se encuentran en los superlativos (*catholicissimo*, *laconichissimo*, *diabolichissimo*).[124]

Los plurales en *-ei* a partir de *-ello* (*bambinei*, *ruscei) se* limitan ahora al uso poético, que también admite algunos plurales en *-a* ahora no aceptados en prosa (*le poma*).

En los numerales, prevalece definitivamente *el dos* (pero todavía hay ejemplos de *dua,* no infrecuentes en Galilei, de *duo*, de *doi*).

Él, *ella*, *ellos* como sujetos son frecuentes en el uso, pero casi todos los gramáticos los combaten: no sólo Buonmattei, sino también Bartoli (*Torto*, c. XXXXII).[125]

Ahora ha adquirido una fisonomía propia como tratamiento alocutivo desvinculado de *Su Señoría* (cf. p. 536).[126] Pero tanto *Lei* como *Signoria Vostra* luchan por penetrar en el uso popular.[127]

Esto dificulta su aceptación fuera de la Toscana, y a menudo se malinterpreta (Buonmattei, *Della lingua toscana*, tr. XI, cap. X; P. Rossi, *Osservazioni,* p. 243).

Se utiliza a menudo tanto para "a ella" como para "a ellos" ("la naturaleza... nunca trasciende los términos de las leyes que se le *imponen":* Galileo, carta a la Gran Duquesa Cristina: *Opere,* V, p. 316; "al padri Gesuiti... gli potrà dar *gli* copia della lettera": *Opere*, V, p. 295), a pesar de la oposición de los gramáticos (Buonmattei, y también Bartoli). La forma *gnene* por *gliene aparece* también en algunos escritos no pellet ("io *gnene* darò un tocco prossimo martedì": carta de Francesco Redi, 5 de enero de 1681-82). Todavía encontramos algunos ejemplos del orden acusativo + dativo en secuencias de pronombres átonos ("no se puede dudar de ello, ni *se* puede contradecir": Galileo, *Nuove scienze*, en *Opere*, VIII, p. 130, y passim).

Todavía tenemos algunos ejemplos de *mia* como plural de *my* ("*my* affectionate masters": Galileo, carta del 19 de noviembre de 1629; "E io cheto, e vo a fare i fatti *mia*": Salvetti).

En los pares adverbiales, no es infrecuente que se pierda el primero de los dos *-mente*, según el ejemplo español: 'favellando poetica, ed amatoriamente risponde il poeta a Laura...'. (Tassoni) etc.

Volviendo a las peculiaridades de la morfología verbal del siglo XVII, encontramos en el presente de indicativo de la 1ª conjugación que la terminación *-e* de la 2ª pers. subsiste sólo en poesía (*apprezze*, *ti vante*); la terminación *-ono* de la 3ª pers. plur. (*trovono*) sigue viva, pero es reprobada por los gramáticos.

En cuanto a las formas en *-isc-* de la 3ª conjugación, hay algunos ejemplos también en las voces arizónicas (*rapischiamo*, Neri, al cong.); Buonmattei admite sin *-isc-* sólo la 2ª pers. plur. del indicativo *sustantivado*, pero querría evitar la 1ª pers. plur. del indicativo y la 1ª y 2ª pers. plur. del subjuntivo de estos verbos, considerándolos todos defectuosos: "non si dica mai non solo *ambischiamo* né *colpischiamo* ecc. pero tampoco *ambiamo*, ni *colpiamo, ni ambiate,* ni *colpiate*", y sugiere sustituirlos por sinónimos (*somos ambiciosos* y similares): "sólo *finiamo* par che alcuna volta si lasci sentire, al menos de boca de la gente, y en particular en ese afijo *finianla*, o *finiamola*" (Trat. XII, cap. XXXXII).

Observamos también, en 1ª pers. plur. (ind. y cong.), las formas *tenghiamo*, *venghiamo, ponghiamo*, *salghiamo*, exclusivas o muy frecuentes.

En el imperfecto, la forma en *-a* para la 1.ª pers. es por regla general en el estilo más solemne; junto a ella se encuentra con frecuencia, sobre todo en los escritores toscanos, la forma en *-o* (por ejemplo, en el *Saggiatore* de Galileo se tiene *solevo*, *dije*, pero *tuve*). Entre los gramáticos, Buonmattei admite ambas formas, mientras que el padre Bartoli, normalmente tolerante, considera arbitraria la *-o.* El tipo *hada* es admisible no sólo en verso, sino también en prosa. En la 2ª pers. plur. es frecuente el tipo *eri*, *meritavi*, *desidervi* (Galileo); pero Buonmattei lo juzga 'vulgar'.

En futuro, junto a las formas en *-erò* para la 1ª conjugación, aparecen algunos ejemplos en *-arò* en sienés o no toscano (cf. p. 643); pero los gramáticos los rechazan de plano.[128] A veces tenemos la *-rr-* del florentino hablado (*troverremo*, Galileo). *Avrò* prevalece sobre *arò*, que también tiene algunos ejemplos (Galileo).

En el pasado lejano tenemos una serie de formas fuertes en lugar de débiles o viceversa (*veddi*, Galileo; *creddi*; *volsi* etc.), formas desconocidas por los gramáticos o desaconsejadas por ellos (Bartoli también desaconseja *persi* y recomienda *perdei*).

En la 1ª pers. plur. los norteños, y a veces también los sureños, siguen usando las desinencias -*assimo*, *-essimo*, *-issimo aplicadas al tema* débil (*vedessimo* 'vedemmo', Rosa), y también -*imo* aplicada al tema fuerte (*discorsimo*, Rosa). En la 3ª pers. plur. desaparecen las desinencias en *-orno* y *-orono (pensorno*, *si fermoron,* Galileo).

En el presente de subjuntivo de las conjugaciones 2ª y 3ª, las desinencias *-i* para la 3ª pers. sing. y *-ino* para la 3ª pers. plur. se siguen utilizando (*possi*, *debbi*, *vadino*, *eschino*, *intendino*, Galileo; *aggiunghino*, Politi; *ferischino*, Villani), pero los gramáticos las condenan.

No faltan formaciones anómalas, diferentes de las que prevalecieron más tarde: *vadia* "vada" (Galileo), *vaglia* "valga", *togga* (Galileo), *sagga, sagghiate* "salga, saliate" (Magalotti), etc.

En el imperfecto de subjuntivo, oscila especialmente la 2ª pers. plur.: se voi *l'avesse*, *se voi mi dicesse* (Galileo); dialectalmente es *vorrei che mi spiegassivo* (Rosa).

En el condicional, el tipo en *-ia* es frecuente en verso: pero se encuentra utilizado en prosa, incluso familiar ("mi *bisogneria* liberarmi di alcuni obblighi": carta de Galileo, 18 de junio de 1610; "per farene quel capitale che si *dovrebbe*, si *richiederia*": carta de Panciatichi, agosto de 1674). En cuanto al futuro, tenemos algo de *-rr-* florentino (*crederrei*, Galileo). En la 1ª pers. plur., encontramos también una forma con *-ebb-* en la terminación (*lauderebbamo, Galileo*), así como las formas norteñas habituales en *-aressimo*, *-eressimo*, *-iressimo* (consideradas por Bartoli un "pecado mortal de la lengua").

16. Construye

También nos limitaremos aquí a algunos casos destacados.

El acusativo con infinitivo está en regresión: Beni, tras citar varios ejemplos de Boccaccio, advierte que "tal modo de razonar, como el que ahora se usa mucho menos, no puede menos de ofender a los oídos" (*Anticrusca*, p. 37).

Las construcciones de *in* (sin artículo) son frecuentes con el infinitivo (in *dipigner*: Dati: "*In sentarvi* lodar le nostre donne": Rosa) y con el gerundio ("Siccome i fiumi *in ricevendo* i rivi": Corsini; "*in sentendole* leggere a me": carta de Redi).

En un siglo propenso al énfasis, abundan las formas y construcciones elativas. Tenemos superlativos de sustantivos: *padronissimo* (Allegri; Fagiuoli), *elefantissimo* (Galileo), "questa mia *spadissima*" (*esta espada mía)*, *mulissima* (Marino), *bricconissimo* (Bellini); superlativos relativos y absolutos de adjetivos que ya tienen valor elativo: "le fortezze *più principali*" (Bentivoglio), "*ottimissime* sono state le tre mutazioni" (Redi), "*arciscioperatonaccissimo*" (Redi); superlativos de locuciones adverbiales: "Dante *a propositissimo*" (Fioretti). Ahora entra en uso también *stessissimo*, foggiato, según afirma Fioretti (introducción a *Polifemo briaco)* sobre un modelo griego.

Es típico el refuerzo del adjetivo y el sustantivo mediante la repetición de la misma palabra con un afijo elativo: "vera arcinegghientissima negghienza" (carta de Redi, 1656); "affetti casti, castissimi" (Magalotti, carta a Redi 1679); "chiara, evidente, evidentissima, arcievidentissima" (Redi, carta a Magalotti, 1683); "è dovere arcidovere consolarelo" (Redi, carta a Alessandro Segni, 1680): "è una frottola frottolissima" (Redi, carta a Segneri, 1682); "una scodellissima tonda" (Magalotti, carta sobre los buccheri, 1695); "quell'acqua di fior d'aranci [.... se encontró entonces que era de retama ginestrissima" (Magalotti, *Lettere scient*, ed. 1721, p. 95), "un vero taglio taglissimo" (Bellini, *Disc*., XI).[129]

Otro tipo elativo de uso frecuente es el de origen bíblico "rey de reyes": encontramos en Marino, además de "la reina de' regi" (IV, st. 15) y "reina... de le reine" (XI, st. 95), "il bel del bello in breve spazio accolto" (III, st. 196); "quel piacer de' piacer ch'ai mondo è solo" (VIII, st. 40), etc. Y recordemos el título de la obra de Basile, *Lo Cunto de li cunti*.

Es probable que la construcción exclamativa formada por *che* delante del adjetivo aislado: "¡Che bello!", construcción aún mal aceptada en Toscana, procediera de España y arraigara primero en el italiano septentrional. La encontramos, por ejemplo, en Orchi: "¡Qué bendita es la oreja![130]

17. Coherencia del vocabulario

El léxico hereditario sufrió muchos cambios y recibió numerosas adiciones de diversas partes, para satisfacer las distintas exigencias de la época: de una sociedad formalista y disimuladora, de una literatura enfática y ávida de novedades, de una erudición sacarina, y también de los admirables pasos dados por las ciencias experimentales.

Allí donde la vida de esa época palpita con más fuerza, observamos que palabras que antes eran raras se convierten en habituales y a veces adquieren nuevos significados; palabras de nueva acuñación; palabras tomadas de lenguas clásicas y extranjeras.

Efímera es, en conjunto, la influencia del conceptualismo, porque el esfuerzo estilístico que lleva a emplear una palabra en un sentido nuevo y sorprendente se siente como momentáneo: la conciencia de un uso normal y estable, por debajo y más allá del esfuerzo brillante, no se pierde; y la búsqueda continua de producir nuevas maravillas impide que estos significados momentáneos se afiancen.

El uso de *foriero*, *foriere* en el sentido de 'el que precede y anuncia' ('l'aprile / vago *forier* d'un odorato maggio': Achillini; 'Fin che col terzo di l'Alba *foriera* / da l'onde uscì: Ghelfucci, *Rosario*, XXV, 4) debió de originarse en este siglo como metáfora de los foragistas que precedían a los ejércitos.

Las reflexiones y polémicas sobre la forma de hablar y escribir dieron lugar a numerosas acepciones o palabras nuevas: *concetto* pasó del significado filosófico al de "ingenio", y de él se derivaron los verbos *concettare* (Pallavicino) y *concettizzare* (Tesauro), así como alteraciones como *concettuzzo* (Rosa) y *concettino* (Magalotti). *Brillante* se aplica a quien sabe conceptuar bien y a sus habilidades (una persona "de espíritus vivos y *brillantes*": Redi), mientras que *freddura* toma el sentido de "ingenio mal elaborado" ("le medesimi voci, che col discreto uso sembiono scintille, con l'abuso saran freddure": Tesauro, *Cannocchiale*, p. 170). Es fácil que a uno le consideren *amanerado* o *sofista*.[131] Parodiar" toma su punto de partida de la *Eneida disfrazada de* Lalli (1634). *Exagerar*[132] era un término retórico que significaba "amplificar": la palabra se utiliza ahora en las circunstancias más

variadas: Achillini, con la intención de 'celebrar' la altura de los Apeninos, tituló un soneto 'Altura *exagerada* del monte Apenino'; de los ejércitos que han logrado la victoria se dice que deben 'publicarla, *exagerarla*, continuarla, prensar las reliquias del ejército vencido' (Montecuccoli); los cómicos del arte *exageran* cuando desahogan ruidosamente sus sentimientos en escena ('Valerio mientras *exagera* deja de lado a su hijo'; 'Valerio después de la *exageración* dice a su hijo *Vien* etc.'.)").[133]

En este siglo en el que se da tanta importancia a las formalidades externas, *el ceremonial* se traspone de su significado anterior de 'libro que enumera las ceremonias prescritas' a 'conjunto de ceremonias' y 'superabundancia de ceremonias'; el término '*etiqueta' se* toma del español.[134]

El formalismo y el *formalismo* también penetran en el uso. El *homenaje* ya no tiene más que el sentido extensivo de "manifestación de homenaje".

La aspiración a títulos cada vez más nuevos y elevados dio lugar a numerosas intervenciones de la autoridad (por ejemplo, Urbano VIII en 1630 concedió el título de *Eminencia* a los cardenales, etc.); pero la oficialidad extendía continuamente los títulos más allá de los límites legítimos ("esta vanidad ha llegado a tal punto que la gente ha empezado a llamar a alguien *marqués* por adulación, y muchos se dejan llamar *marqués* sin responder en absoluto": así los recuerdos de Tommaso Rinuccini sobre Florencia en los años cercanos a 1670).

Las misiones internas y externas y los *misioneros* (más tarde *misioneros*) se multiplican en la vida religiosa. Pero también es el siglo en el que resurge la antigua lacra del *nepotismo,* y ya la acuñación del nuevo nombre suena condenatoria. *Lubric*, que según el ejemplo latino sólo significaba 'resbaladizo', adquiere el nuevo significado de 'impúdico'; y se forja una palabra que sirve de adjetivo junto a *pecado*, es decir, *pecaminoso. La* meditación sobre la muerte se fija insistentemente en el *punto*; Chiabrera declara en su autobiografía que no dejó de "pensar en el *punto de* su vida", y Bartoli considera *L'Huomo al punto, es decir, el hombre al punto de la muerte* (Roma 1667). Los hombres religiosos condenan a *los libertinos* (en el doble sentido, intelectual y moral); pero a la inversa, hay quienes se burlan de la devoción exagerada acuñando los nombres de *bacchettone* y *baciapile*.

Uno de los términos del arte es *pintura de género* (es decir, originalmente, la que se limita a un solo género de cosas),[135] la *bambocciata*, pintura realista-burlesca en la línea del Bamboccio (Pieter van Laer), y la *caricatura*, a la que el nombre fue dado probablemente por Annibale Carracci.[136]

En los teatros triunfó *la ópera, que era,* propiamente dicha, una representación en la que cooperaban la actuación, la música y diversas máquinas escénicas:[137] Se acuñó el nombre de *"tramoyista"* para la persona que se ocupaba de estas máquinas.[138]

Los *escenarios de* la commedia dell'arte describen lo que tienen que hacer los actores, incluidos *los lazzi*. Y a las máscaras antiguas se añaden otras nuevas, como *Meneghino* y *Pulcinella*.

Se ponen en circulación nuevos medios de transporte: las *sillas de manos* (introducidas en Génova en 1645),[139] los *gigs* o *sillas rodantes que* llegaron de Francia.[140] Las *poltroncine* también llegaron de Francia en 1672, según el testimonio de Tommaso Rinuccini, pero se les dio un nombre italiano (propr. 'carruajes adecuados para quienes desean transportarse cómodamente', con rehabilitación semántica de la palabra *poltrone*).

Ciertamente no podríamos enumerar todas las innovaciones de la moda: pero debemos mencionar en primer lugar los términos *fashion* y *modante*, y algunos nombres como *marsina*, *pastrana* (más tarde *pastrano*), *ciamberga*, los tres, al parecer, a partir de los nombres de las personas que iniciaron su uso.

Entre los colores, a uno le gusta *el amaranto*.[141] La moda de los perfumes hace estragos: de ahí el nombre de *bùccheri* 'vasijas de barro perfumadas'; el de *moscardino* ('tableta perfumada con almizcle', de ahí 'zerbinotto') y todos los bien conocidos por la secta de los *odoristas* (Magalotti).

Algunas bebidas que en el siglo anterior habían sido conocidas como cosas exóticas pasaron a ser de uso familiar, y sus nombres se hicieron conocidos: *chocolate*,[142] *café*, *té*.[143]

El consumo de tabaco condujo a la introducción de la *pipa*.

En las operaciones militares, se empieza a hablar de *regimientos*, y de cuerpos individuales (*fusileros*, *granaderos)*.

La curiosidad por los monumentos antiguos y los lugares famosos da lugar a *los ciceroni*.[144]

En cuanto a las disciplinas individuales, en muchas de ellas las terminologías individuales se vuelven más precisas y amplias; y varios términos tienden a penetrar en el lenguaje cotidiano.

El uso cada vez más frecuente del italiano con fines jurídicos hizo que gran parte de la vasta terminología de las distintas ramas del Derecho recibiera ahora una traducción, que en la mayoría de los casos fue una simple adaptación: muchos términos jurídicos tienen como primer testimonio italiano la vasta compilación que es *Il Dottor volgare* (1673) del cardenal De Luca.

Sin embargo, el lenguaje literario no se acomoda fácilmente a los términos netamente jurídicos. Politi, habiendo utilizado la voz *patrocinio (abogacía)* en su traducción de Tácito, un crítico le dijo que debía dejarse "a los procuradores y abogados", a lo que él contestó: "Tiene quizá razón al no querer admitir el uso de esta voz (Malavita y Guicciardini también la utilizan), porque como él dice, siendo la voz de los médicos, no conviene a los idiotas".[145] A Carlo de' Dottori se le reprochó haber utilizado en *Aristodemo* las voces curiales *competente* e *incompetente*.[146] La hostilidad a los términos filosóficos era igualmente grande: Pallavicino advierte explícitamente: "Domesticando los dichos términos en los más escogidos escritos, podrían poco a poco deponer aquella cobardía, que ahora en el concepto de los hombres, más que los términos de cualquier arte mecánica, tienen los de la filosofía; por haber sido recibidos menos que todos los demás en la familiaridad de elegante redacción".[147]

En derecho, se trataba esencialmente de recurrir a un léxico ya firmemente arraigado en las fuentes antiguas y medievales. En las ciencias físicas y naturales, en cambio, había un fervor de novedad: los objetos de observación, las explicaciones que se daban de ellos y los aparatos científicos ideados impulsaban a acuñar nuevos nombres. Y, a pesar de los esfuerzos realizados por Galileo y su escuela para revitalizar el uso de la lengua vernácula en las ciencias, la necesidad de intercambios intensos con científicos que tratan los mismos temas en otros países, y que siguen haciendo uso del latín, sigue estando muy viva.

Para designar las nuevas nociones y los nuevos objetos, Galileo prefiere las palabras populares: *momento*, *candor*, *ancla*, *balanza*, *péndulo,* etc. Esta preferencia, que ya se desprende de los ejemplos, se profesa explícitamente en la correspondencia con Federico Cesi: cuando los Lincei estaban a punto de publicar sus observaciones sobre las manchas solares, a pesar de la preferencia de Cesi por *Celispicio o Helioscopia* la obra se tituló, seguramente según los deseos de Galileo, *Istoria e dimostrazioni intorno alle macchie solari e loro accidenti*.[148]

Todavía quedan rastros de esta preferencia galileana en el léxico de las ciencias físicas: además, los intercambios con la ciencia de otros países llevaron a la aceptación de numerosos latinismos y griecismos.

Pensemos en las palabras tecnificadas o puestas de moda a principios de siglo por Kepler: eje "axis" (como término óptico), *convergente*, *divergente*, *menisco*,[149] *satélites*,[150] *penumbra*.

Junto a los dos nombres que Galileo dio a su invento principal, *cañón* o *espectáculo,* surgieron otros muchos, y los de *telescopio* y *microscopio*, acuñados por los dos académicos lynceanos Giovanni Demisiani (1611) y Giovanni Faber (1624), para designar los dos tipos de aparatos ópticos[151] fueron muy populares.

Similar es la historia de muchos términos de diversas ciencias que se desarrollaron técnicamente o se acuñaron en este siglo: *espectro* como término de óptica (*ispectrum*, Newton), *eléctrico* (*electricus* se atribuye a William Gilbert, autor de *De Magnete*, 1600, pero no se documenta hasta más tarde), *elástico* (*vis elastica* está en Pecquet, *Dissertatio anatomica de circulatione sanguinis*, 1651),[152] *logaritmo* (acuñado por John Napier, *Mirifici Logarithmorum Canonis descriptio*, 1614), *trigonometría*, *dinámica* (la dinámica fue fundada por Galileo, desarrollada por Huygens y Newton, pero sólo a finales de siglo Leibniz le dio este nombre), *pantógrafo*, *barómetro* (la idea procede de Viviani, experimentada por Torricelli, el nombre se lo dio Boyle), etc.

Así, no es infrecuente que uno tenga al lado un término popular y otro erudito: *bilancetta,* como decía Galileo, o *idrostammo*, preferido por los académicos del Cimento; *specola* u *osservatorio*, etc.

Incluso cuando el investigador se ve obligado a fijar una noción, dándole un nombre, se pregunta primero si ya existe una palabra para designarla. Donato Rossetti, de Turín, pidió a Redi que buscara un título para cierto libro suyo, *Agghiacciamenti,* y el nombre tendría que incluir hielo, nieve, escarcha, niebla helada, humedad helada, etc.; Redi respondió: "Por

mi parte, no sé qué decir. Un nombre general, que lo incluya y especifique todo, no me parece que exista en nuestra lengua; y componer una palabra de media milla a partir de voces griegas me parecería una pedantería' (carta del 31 de enero de 1685-86, en *Lettere*, I, p. 132, ed. 1779).

El propio Redi publicó (con el nombre de Giovan Cosimo Bonomo) sus *Osservazioni intorno a' pellicelli del corpo umano*: son los que en el siglo siguiente los científicos llamarían más bien con el nombre griego de *ácaros*.

En las consultas y cartas de Redi encontramos a menudo, como es obvio, las voces empleadas por los médicos y las farmacopeas de la época; pero no sin alguna protesta contra "los términos ocultos y misteriosos que se emplean en el arte de la medicina" y contra "sus nombres griegos, árabes y bárbaros que *hacen tímidos a los perros*" (*Consulti*, p. 41 ed. Manni). 41, ed. Manni), "con esos Iere, con esos benditos *laxantes*, con esos Diacattoliconi, con esos Diafiniconi, Diatriontonpipereoni, y otros nombres *para hacer espiritar a los perros*" (carta del 12 de junio de 1688: I, p. 186, ed. 1779).

La lengua escrita no está dispuesta a aceptar la afluencia de palabras de la lengua hablada, salvo con mucha cautela y limitada a ciertos "géneros". Los poemas heroicómicos gustaban, la literatura ribobolaia (la *Feria de* Buonarroti, *el Malmantile* de Lippi) gustaba en Florencia (pero no así en otros lugares). Muchas palabras populares fueron aceptadas en el *Vocabolario* della Crusca por esta vía; por el mero hecho de ser registradas, palabras como *ammazzasette*, *lestofante* adquirieron mayores posibilidades de entrar en el uso literario y luego general.

Esto sucedió a pesar de que muchos se rebelaron contra la hegemonía florentina sobre la lengua, como ya hemos visto. Por otra parte, si Fioretti afirmaba que sólo los florentinos tenían "dispensa ampliativa", Magalotti era muy consciente de que no podía utilizar una palabra como *sollo* sin explicarla, y de hecho añadió entre paréntesis (en *Saggi di naturali esperienze*, p. 111) "así decimos en Florencia de la nieve cuando nieva, y antes del agghiacciare". Cuando Ottavio Falconieri (a quien Magalotti envió a revisar los pliegos de los *Ensayos* antes de que se imprimieran) criticó como toscanismo afectado la voz *asolare* por "dar la vuelta a un lugar con frecuencia", Magalotti la defendió como palabra viva en el uso toscano: "Creo que algunas palabras no serán entendidas por los no toscanos: pero si esto fuera de esperar, de poco serviría haber nacido en Toscana, y aprender la favella más perfecta de Italia, si en ocasión de escribir uno tuviera que abstenerse de sus mayores bellezas, para ser entendido por quienes hablan una lengua inferior." No obstante, Magalotti no se negó a llegar a un compromiso: "Sabed, sin embargo, que todos aquellos modales nuestros que, sin detrimento de la claridad para nosotros los toscanos, puedo levare, le levo" (carta del 5 de agosto de 1664: I, pp. 89-90, ed. 1769). En otra parte de los *Ensayos,* se lee *cenquaranzeesima*: pero los Académicos lo habían querido, Magalotti se había negado (*ibid.*, p. 92).

Algunos testimonios, que contrastan el uso sienés y romano con el florentino, nos permiten conocer varias de las diferencias. Para Siena, tenemos las anotaciones del *Dittionario* de Politi, como las siguientes:

camperello: sen. campitello, dim. de campo.
camporeccio: fl. de salvaje.
rallador: sen. anco grattacacia.
enfermo: fl. de enfermo.
mark: fior. de marco, mark.
musgoso: sen. de hierbas, frutos u otras cosas, que se marchitan y languidecen.
null: fl. para nil.
pimaccio: sen. cabecera.

Sin embargo, al juzgar estas anotaciones, hay que recordar que a menudo la indicación "florentino" no se refiere al florentino vivo, sino al florentino del siglo XIV registrado por la Crusca.

Más genuina, aunque más esquemática, es la pequeña colección de un anónimo, conservada en Roma en la Biblioteca Angélica y publicada por Ignazio Baldelli.[153] Se trata de anotaciones tomadas de la vida cotidiana que, en general, ignoran el uso escrito y se refieren al uso hablado de Florencia y Roma. La mayoría se refieren a variantes fonéticas: (F.) *camiciuola/*(R.) *camiciola*; *cuori/cori*; *lenzuola/lenzola*: *abate/abbate*; *gabella/gabbella*; *moscadello/moscatello*; *cucchiaio/cucchiaro*; *guantaio/guantaro* etc.: en otros lugares se trata de variantes léxicas.en otros lugares existen variantes léxicas: *beccaio/macellaro*; *burro/butirro*; *ciottoli/selci*; *galletto/pollastro*; *giubba/giustacore*; *grembiule/zinale*;

guanciale/cuscino; *legnaiolo/fallegname*; *magnano/chiavaro*; *oriuolo/orologio*; *pesche/perziche*; *pesciaiuolo/pescivendolo*: *trapera/pañuelo*; *pizzicagnolo/pizzicarolo*; *popone/melone*; *tailor/sartore*[154] etc.

Se observará que en algunos casos siguen existiendo las dos variantes; la mayoría de las veces ha prevalecido la forma florentina, más raramente la romana.

La incertidumbre de la nomenclatura obliga a veces a los escritores, incluso toscanos, a tener en cuenta sinónimos territoriales: "ese mal que en Florencia se llama Vaiuolo y en Roma se llama Morviglioni", escribe Redi en una consulta.[155]

Diversas noticias y pistas nos permiten darnos cuenta del origen de palabras y locuciones comúnmente aceptadas hoy en día. Por Stigliani sabemos que *alzarsi,* utilizado en sentido absoluto para "levantarse de la cama", es un napolitanismo; por el testimonio de Redi (*Voci aretine*) y el uso de *Malmantile* ('*folla* di gente') sabemos que en Florencia folla aún sólo significaba "muchedumbre, multitud", mientras que en Arezzo y Roma *folla* ya significaba "muchedumbre de gente".

Las variantes dialectales (no crudamente vernáculas, sino restauradas a un disfraz fonético italianizante) afloran con especial abundancia en los textos prácticos (cartas, actas, inventarios, estatutos): en Bolonia, por ejemplo, tenemos los *Statuti dell'Honoranda Compagnia de' Gargiolari* (1667),[156] en Roma, los Statuti *dell'antica e nobile arte de' Ferrari* (1690), etc. En las cartas de Vincenzo Gonzaga[157] se habla con indiferencia de *césani*[158] o *cisnes*.

Salvator Rosa utiliza varios dialectalismos en sus cartas, y algunos también en las *Sátiras*: por ejemplo el despectivo *faldone* en la carta del 23 de febrero de 1653 ("Comedie non ne ho voluto sentir nessuna, attesoché sono troppo *faldone*", p. 105 Limentani) y en la Sátira III, v. 236 "talun che col pennel trascorse / a dipinger *faldoni* e guitterie".[159]

También Marino es bastante amplio al aceptar, no sólo en la correspondencia sino también en el verso, variantes fonéticas (*librazzo*, *poemazzo*, *scaramuzza*, *seguso*, *trutta* 'trota') y voces regionales (*alare* 'anelare', *letturino* 'leggio', etc.). Sin embargo, los teóricos que permitían palabras familiares en el "estilo humilde" (por ejemplo, en la sátira) no las permitían en la épica y la lírica.

La aceptación de palabras regionales que no estuvieran ya sancionadas por el uso literario es mucho más escasa en este siglo que en los anteriores. Pero si se reprime la aparición de dialectalismos "de sustrato", hay escritores que se complacen en colorear la expresión recurriendo a dialectalismos de otras regiones, como cuando Salvator Rosa utiliza en una carta el veneciano *spegazzo* 'sgorbio' ('simple *spegazzo* de pensamiento', carta de 1663, p. 130 Limentani), o Magalotti recurre al napolitano *smaferare in* a cicalata.

Una de las formas en que surgen un cierto número de dialectalismos y tienden a extenderse en el uso es la difusión del conocimiento de las peculiaridades locales, los fenómenos naturales, las formas de vida, los alimentos, los procedimientos utilizados en determinados lugares. El florentino Antonio Neri, al describir la técnica de la fabricación del vidrio (*L'Arte vetraria*, Florencia 1612), utiliza algunos términos venecianos (*pùliga* "burbuja", *riàvolo* "rastrillo de vidriero"), lo que se explica por el florecimiento del arte de la fabricación del vidrio en Venecia. Cuando Geminiano Montanari describe las pequeñas islas de juncos que se desprenden del fondo de las lagunas y flotan en la superficie, las llama[160] con el nombre veneciano de *quore* (*cuora*, femm., del latín *coria*). Boccone (*Osservazioni naturali*, Bolonia 1684, p. 368) conoce "la *Sciara*, o esa masa ferruginosa producida por materia ignivoma, que vomitó el Etna". Magalotti (*Lettere*, I, p. 9) habla de la "*Zolfatara* di Pozzuoli". Y así sucesivamente.

En cuanto a los vocabularios, mientras que el de la Crusca sólo recoge buenas entradas florentinas, los compilados con fines prácticos abundan en términos no toscanos, tanto en las palabras principales como en las explicaciones: Girolamo Vittori (Victor), en su *Tesoro de las tres lenguas* (francés, italiano y español), Ginebra 1609, utiliza palabras como *fioppa* 'álamo', *lasina* 'axila', *regabio* 'oriole' para traducir entradas francesas o españolas, y lo mismo hacen otros compiladores extranjeros de vocabularios políglotas. También el padre Spadafora, al registrar en su *Prosodia Italiana entradas* cuyo acento puede dejar dudas, abunda en la inclusión de lemas dialectales: *bonìgolo*, *cótica*, *grancévola*, *mammana*, *pirone*, *ràgano*, etc., añadiendo a veces que se trata de entradas "lombardas" o diciendo de qué escritor las extrae.

En cuanto a los arcaísmos, hay que distinguir entre las numerosas palabras que desaparecieron hace tiempo de la lengua hablada y que, en cambio, formaban parte integrante del lenguaje poético; y la exhumación de voces de los siglos XIII o XIV. Mientras

que el uso de las voces de la primera serie no causó ningún reparo a los poetas, sólo unos pocos escritores (y en verso más que en prosa) se atreven a recurrir a voces verdaderamente arcaicas. A algunos les induce a ello la admiración por aquellos siglos y aquellos escritores a los que la Crusca dio la palma: como cuando Dati escribe (*Dell'obbligo di ben parlare*) "le *diffalte* della plebe ignorante" (*De la obligación de hablar bien*); algunos otros por virtuosismo lingüístico u oportunidad de rimar, incluso Marino en *Adone* adopta *feruta*, *maternale*, *visaggio* (y también, por errónea reminiscencia, *ammiraglio* en el sentido de "espejo", VIII, st. 29). Pero cuando Fioretti adopta en su ditirambo *Polifemo briaco* voces como *approccia*, *allegranza*, *faraggio* (y no deja de señalarlo, en el "Documento" que ilustra *Polifemo*, *Proginn*., III, lo hace principalmente por su extrañeza.

El Lepòreo, aunque en un soneto profesa la búsqueda de "palabras nuevas", en realidad se ciñe más bien a voces antiguas revividas:

Vo a caccia, e in traccia di parole, e pescole,
Del Rio del Cupo Oblio los purgo, e inciscole
....
por ferrugine y rugine refrescante
Y del molde, y ruffa antiguo spriscole.[161]

La mayoría están en contra de los arcaísmos: Tassoni (*Pens*. *diversi*, IX, quisito 15) declara que deben usarse muy raramente, y en *Secchia* (X, st. 7) se burla del conde de Culagna que exalta así a su mujer:

- Oh dicho, bellor del universo
bien merecida tengo tu *benevolencia*.

Los mismos Cruscanti constatan que muchas voces de Boccaccio han muerto: Orazio Rucellai dice (*Lettere*, pp. 5-6 Moreni) que en sus propios escritos filosóficos no se encuentran "muchas afectaciones toscanas al estilo de Boccaccio", "ni *chente*, ni *neghienza*, ni *tracotanza* o somiglianti".

El deseo de ennoblecer el lenguaje, además de con palabras ilustres y sonoras, con palabras anticuadas tentaba también a los analfabetos: Pánfilo Pérsico (*Del Segretario*, Venecia 1620, p. 88) admite que las voces "dal uso comune del parlare... intermesse, ritornino quasi dall'antichità a fargli gratia, ornamento, quali sariano *malore*, *retaggio*, *arroge*, *trapelare*".

En general, la gran mayoría de las palabras recordadas como arcaicas permanecieron como tales: pero unas pocas consiguieron revivir, como *malicia* o *traición o filtración*.

La formación de nuevas palabras, sobre todo como capricho estilístico, es abundante en este siglo, aunque las que arraigan no sean especialmente numerosas.

Se producen algunas voces onomatopéyicas, como *cicisbeo*. Hay cambios de categoría semántica, como el adjetivo *péndulo tomado por* Galileo como sustantivo,[162] formaciones inmediatas (sin sufijo) de sustantivos (*il gonfia*, *una deroga*), de adjetivos (*concia frangipana*, *tela sangalla*), de verbos (*romanzare*, *velocitare*; *accipitrare*, *cespugliare*, *mongibellare*: Tesauro).

La formación de nombres femeninos se extiende a nuevos nombres, incluso de animales (*augella*, *corsiera*, Marino) y cosas (*vocessa*, spreg., Tassoni).

Los alterativos, muy adecuados para transformar las palabras manteniendo los vínculos con la tradición, eran muy frecuentes: piénsese en un triple alterativo como el *scrupolettucciaccio* de Redi.[163]

En la formación sufijal de nuevos sustantivos, tenemos numerosos sustantivos de agente (*missionante*, *fuciliere,* etc.) incluyendo muchas formaciones en -*ista* (*ariostista*, Fioretti; *bombista*; *caffeista*, Redi; *casista*; *fattista*, De Luca; *galenista*, Redi; *galileista*; *marinista*, Stigliani; *odorista*, Magalotti; *quietista*, y un sinfín más). Para los abstractos, hay varios en -*ismo* (*heroísmo*, *nepotismo*, *quietismo,* etc.), en -*aggine* (*sanesaggine*, Bargagli), en -*eria* (*franceseria*; *romanzeria*, Tassoni).

Incluso para los adjetivos, junto a las numerosas formaciones de carácter intelectual (*calamítico*, Galileo; *geográfico,* Galileo; *algebraico*; adj. y sustantivo *cicloide*, etc.) tenemos innumerables de carácter afectivo (*moscareccio*, Lalli; *metaforuto, cuya* formación Stigliani atribuye a Marino, etc.).

Entre las formaciones prefijadas, *arci*- (*arcasino*, Vannozzi; *arcimusa*, irónico, Stigliani; '*arcinasarca* di tutti i nasi', Marino: *arcifreddissimo*, *arcilunghissimo*, Redi), el *oltra*-, el *sovra*- (Stigliani culpó a *oltrabello*, *oltramortale*, *sovramortale* utilizado por Marino; *anti*- (Guarini, *Anticupido*, Ferrara 1610; Beni, *Anticrusca*, Padua 1612) y *vice*- (*Vicefebo*; el papa es llamado *Vicedio* en la canción de Testi a Inocencio X, mientras que Bartoli llama *Vicedio a*

Moisés) abundan. También hay numerosas formaciones negativas con *dis-* e *in-* (*disartifizio*, Fioretti; *disamabile*, Chiabrera; *disappassionato*, Redi; *impassibile*, *inconspicuo*, *indispensable*, *infrangibile*, utilizado por Galileo en los *Massimi sistemi,* y escuchado como nuevo por Paganino Gaudenzio, según declaró en una carta de 1633 a Buonmattei).

Entre los nuevos verbos formados con sufijos, hay algunos en *-ialismos* (*conceptualizar*, *familiarizar*, *confraternizar*)[164] e innumerables en *-eggiare*: algunos nacidos de la oportunidad terminológica (*anticheggiare*, Fioretti; *fraseggiare*, Menzini; *ritmeggiare*, Doni), muchos formados ocasionalmente (*ametisteggiare*, *asineggiare*, *augelleggiare*, *colombeggiare*, *coralleggiare*, *cristalleggiare*, *cuccioleggiare*, *edereggiare*, *gondoleggiare*, *isoleggiare*, *labbreggiare*, *usignoleggiare*...: "ahí están las minas inagotables", advertía Mattei, *Teorica del verso*, p. 102) para expresar apariencias irisadas ("tener el color de la amatista") o acciones metafóricas momentáneas ("besar como palomas"). Se puede ver lo bien que le sienta esta vertiente neológica al siglo amante de las apariencias cambiantes: pero, por supuesto, había pocas posibilidades de que tales acuñaciones momentáneas arraigaran de forma permanente.

También hay numerosas formaciones parasintéticas: algunas nominales (*correligionario*, Magalotti), muchas verbales (*disanellare*, *discifrare*, *disviscerare*... *immedesimare*, *imporporare*, *inareare*, *inartigliare*, *infielare*, *ingarzonire*, *instellare*...; *sfilosofarsi*, *sgemmare*...).[165] A Fioretti le gustaban mucho estas palabras: "si en nuestro idioma compusiéramos *interribilire*, por su aspereza sería magnífico, y attonato al subbietto; por su novedad, tendría peregrinación en él" (*Proginnasmi*, IV, prog. 37).

Muy fecunda es la composición, que satisface bien la doble necesidad sentida en todos los tiempos y más en éste: la "necesidad" de las ciencias y la "gracia" o "amenidad" de los poetas (Fioretti, *Proginnasmi*, III, prog. 164).

En general, los procedimientos cultos están más en boga que los populares. Hay algunos compuestos imperativos como *scalzacane*, *scalzagatto*, *sputaincroce* 'ateo', *facibene*, *facimale*, *facidanno*: Chiabrera, que en el diálogo *Il Bamberini* encuentra el procedimiento 'sin gracia', y cita 'il reo *tagliaborse*' como ejemplo, en su ditiramb utiliza sin embargo *cacciaffanni*, *spezzantenne.*

Las yuxtaposiciones de dos sustantivos se explotan a menudo con fines jocosos: *pesciuomo* (Stigliani), *donnadragone* (Tesauro): aún más artificioso es el *asinibbio* (*burro* + *cometa*) de Peresio.

Numerosos compuestos artificiales surgen con la poesía ditirámbica. Aristóteles había dicho en el *Arte Poética* que "los nombres compuestos son los más adecuados para los ditirambos", y cuando en una escena de la *Feria de* Buonarroti (1618) un estudiante habla del carro *perlado de* Teti, otro le interrumpe diciendo "Ahora así: dame algo del ditirambo / pues hoy es más que nunca el estilo de los poetas" (Giorn. III, acto II, esc. 13).

En su autobiografía, Chiabrera se atribuye el mérito de haber introducido en la poesía ditirámbica el uso de palabras compuestas como *oricrinita fenice*, *crocaddobbata aurora*. Su "Ditirambo al uso de los griegos" es probablemente anterior al *Polifemo briaco* de Fioretti (1627);[166] Sobrecargados de compuestos están los ditirambos de Francesco Maria Gualterotti, de Carlo Marucelli (1628), de Nicola Villani (1634); más comedido, y más afortunado, fue el de Redi (1673, terminado en 1685).

En estos ditirambos encontramos muy diversos tipos de compuestos y yuxtaposiciones. Tenemos una serie de sustantivos con formación verbal ("Bacco *cacciaffanni"*, Chiabrera; *a struggicuori*, Gualterotti), o en los que un primer elemento está coordinado con el segundo (*liricetra*, Gualterotti) o sostenido por el segundo (*ventipreda*, Gualterotti). Tenemos verbos copulativos (*cantipiange* "canta y llora", Gualterotti) o formados con un complemento, que puede ser directo (*sonniprendere*, Gualterotti) o también referirse al verbo de forma más vaga ("*infernifoca* il mio core", Redi). La mayoría de los compuestos ditirámbicos están formados por adjetivos: parejas de adjetivos coordinados (*lietofestoso*, *leggiadribelluccia, Redi*); parejas con reducción de sufijos (musimagico "musico + magico", Gualterotti, *homicavallico*, Marucelli), compuestos en los que el primer elemento tiene valor de adverbio, como en los compuestos latinos de tipo *altitonans* (*dolcipungente*, Gualterotti), etc.

Esta ampliación arbitraria de las posibilidades compositivas del lenguaje[167] conduce a menudo a resultados monstruosos, y debe considerarse como un breve capricho estilístico de los poetas ditirámbicos y, en menor medida, de los heroicómicos, y no como un enriquecimiento real del léxico.

Pero también las lenguas filosóficas, jurídicas y científicas tienen cada vez más necesidad de palabras compuestas, que arraigarán si son necesidades permanentes. Recordemos sólo algunos de los numerosos elementos compositivos que ya tenían este valor en latín, pero que ahora dan lugar en gran medida a nuevas palabras: entre los sustantivos formados con *-cida, coricida* (Fioretti) y *fioricida* (Marucelli) aparecen y desaparecen, *amanticida* (Neri) también desaparecerá, mientras que *ussoricida* (Allegri) permanecerá, al estar vinculado a un concepto jurídico: *moschicida*, forjado por diversión por Lalli, volverá a utilizarse cuando se comercialicen los productos contra la mosca.

Se podrían hacer consideraciones similares para las palabras acuñadas en este siglo que tienen el primer elemento latino: las muchas con *semi-* (términos eclesiásticos como *semidigiuno*, *semiluterano*, *semipelagiano*, "consistorio *semipúblico*", o entradas jocosas como *semidottore*, Tesauro; *semifilosofo*, Buonarroti; *semigigante*, Mascardi; *semilibro*, Galileo etc.), las citadas (p. 484) con vice-: las con onni- (omnívoro, Oudin; omnifecondo, Bellini; omnifecondo, Bellini etc.) y con uni- (unisilábico o unisilábico, Bellini etc.).), las citadas (p. 484) con *vice-*: las con *omni-* (*omnívoro*, Oudin; *omnifecondo*, Bellini) y con *uni-* (*unisilábico* o *unisilábico*, Fioretti) etc.

Pero, como es bien sabido, en latín la composición se limitaba a unas pocas series; en cambio, el griego tenía posibilidades ilimitadas. En la acuñación de terminología científica, el griego se utilizó a menudo para forjar nombres de ciencias, nombres de instrumentos, títulos de libros: primero en latín (*ornithologia*, Aldrovandi, 1599, *giologia* "geologia", Aldrovandi, 1603; *phytoiatria*, en las *Tabulae phytosophicae de los* Lincei; *kosmologia*, Boldoni, 1641; *telescopium*, *thermometrum* etc.), luego en la lengua vernácula (por ejemplo, Etopedia Menzini o Ginipedia o la Ginecología de la Tierra, en los Lincei, 1603).), luego también en lengua vernácula (por ejemplo, la *Etopedia de Menzini o la Ginipedia ovvero avvertimenti civili per donna nobile* de Vincenzo Nolfi, Bolonia 1662).

No se pueden contar los términos con *proto-* y con (*p*)*seudo-* fusionados ahora. Pero más importante es la instalación en italiano de compuestos de tipo *toscano-romano*, *melico-cómico*, *heroico-sátrico*, *céfalo-faríngeo*, cuya vocal copulativa, que es *-o- según el* ejemplo de los compuestos griegos, permanece por regla general invariable en la inflexión: por ejemplo, Carlo Cesare Scaletti, *Scuola mecanico-speculativo-pratica*, Bolonia 1611, Matthias Kramer, *Ragionamenti Tedesco-Italiani secondo la favella Toscano-Romana*, Nürberg 1679. Menos frecuente es el método de considerar los dos adjetivos como simplemente yuxtapuestos, aunque estén unidos por un guión: Torriano, *Della lingua Toscana-Romana, Londres 1657*, *Dimostratione Historica-Astronomica* (Tesauro, *La vergine trionfante*, p. 97).[168]

Pero no faltan ejemplos de compuestos, incluso no burlescos, con la vocal copulativa *-i-* (*amante stoltisavio*, Stigliani, *traducción prosopográfica*, Fioretti); los adjetivos en *-e* permanecen simplemente yuxtapuestos (*fábula moral-política*, 1617).

18. Latinismos

La reserva de la latinidad (y, en límites algo más estrechos, la de la grieidad) está siempre abierta de par en par para que el léxico italiano se nutra de nuevos vocablos.[169] Los científicos y los hombres de letras recurren a la latinidad clásica, cristiana y escolástica, así como a la que van configurando las nuevas ciencias.

Los latinismos se aceptan en el léxico italiano ante todo para servir de términos doctrinales de las disciplinas más variadas (sobre todo las que antes se trataban en latín, como las distintas ramas del Derecho).

Si bien no se duda, podría decirse, en utilizar términos técnicos siempre que se permanezca en el ámbito de las disciplinas individuales, existe una cierta resistencia a los términos más generales, y quienes utilizan nuevos latinismos sienten que deben poner las manos por delante: Buonarroti il giovane en el proemio al *Aione habla* de las "horas que un buen pedante llamaría *sussecive*"; Villani, en *Ragionamento sulla poesia giocosa*, p. 101, habla del elogio que Lalli está a punto de adquirir por ser "olímpico, por así decirlo, en el escenario de la poesía". 101, habla del elogio que Lalli está a punto de adquirir por ser "*olímpico, por así* decirlo, en el escenario de la poesía".[170]; *intransitivo* es aún nuevo cuando Segneri lo utiliza en *Manna dell'anima*: "en cierto sentido, como se dice, *intransitivo"*, etc.

La resistencia está atestiguada de diversas maneras. Una de las críticas que Stigliani dirigía con frecuencia a Marino era que utilizaba palabras latinas de estilo "noble" que

tenían un tono demasiado técnico: por ejemplo, *biblioteca*, *lindo*, *disco*. Cuando el epíteto que Benedetto Fioretti había elegido para sí mismo, *Apatista*, fue aplicado con su consentimiento por Agostino Coltellini a la Accademia degli Apatisti, alguien no quiso saber nada de ello, diciendo "ch'ei poteva chiamare it degli *Spassionati*, nome più intelligibile, & a noi più naturale, che quello di Apatisti".[171]

Los especialistas que se dirigen a los no especialistas se detienen a veces a explicar sus términos: "[una joven] dotada de un cuerpo carnoso, a la que los Médicis llaman *pletórica* con una palabra griega" (Redi, *Consulti*, I, p. 6).

Una breve lista de los términos científicos que han entrado en el léxico italiano en este siglo (salvo retrospectiva, que siempre es posible) dará una idea de la importancia de esta afluencia, aunque la lista sea meramente ilustrativa: *anfratto*, *antenna*, *antictoni*, *apogeo*, *bubbone*, *bulbo* (de pelos), *caruncula*, *cell*, *coerente*, *condensare*, *conoide*, *crostaceo* (*crustaceo*, Redi), *cuticola*, *deferente* (anat.), *digresión* (astron.), *extruir*, *almidón*, *igniculum*, *inyección*, *hipérbole* (mat.), *molécula* (de la filosofía de Gassendi), *ocular* (oct.), *oviducto*, *papila*, *patología*, *placenta* (anat.de *placenta uterina*), *pleura, pleuritid*, *podice*, *precession*, *prism* (crystall.), *projectile*, *pubis*, *rarefaction*, *skeleton*, *scrotum*, *sfacelo* ('gangrena'), *stratify*, *vortex* etc.

Junto a éstos, cabe mencionar otros numerosos latinismos que, utilizados por uno u otro científico en un intento de hacer de ellos términos técnicos, no han tenido suerte, habiéndose preferido otras palabras: *distraer* y *distractible* en el sentido de "dilatar, dilatable", *eyaculación* como término eléctrico, *incalescere* (med.), labefattare ("labefattata la virtud urdidora del mismo estómago", dice Redi sin ironía, *Consulti*, I, p. 194), *lazione*, *lubricare*, *perspicuità* (oct.), *stertore*, *titubazione* etc.

Otra serie notable es la de los términos jurídicos que empiezan a penetrar en el italiano: *aggression*, *agnazione*, *censire*, *condominio*, *consulente*, *dirimere*, *grassatore*, *patrocinio* (cf. p. 594), *premorienza*, *prescindere*, *subornare*, *società* (commerciale), *tergiversare*, *usucapione,* etc.[172]

De las más diversas disciplinas reciben el aire otros innumerables latinismos: *acróstico*, *alidéreo*, *analfabeto*, *ascítico*, *absurdo*, *convellere*, *conspicuo*, *cromático* (mus.), *elaborado*, *elogio*, *emanación* (teol.), *incongruente*, *incongruencia*, *inducir*, *indagar, investigación*, *letal*, *monótono*, *-ia*, *notula*, *onomástico*, *oriundo*, *panegírico*, *parodia*, *posponer*, *sintaxis*, *síntesis* (gramm.), *taumaturgo*, *tesis*, etc.; así como innumerables otras que han arraigado poco o nada: *anile*, *exardere*, *exolete*, *expiscare*, *fasce*, *ferrugine*, *novercale*, *parergo*, *sinoride*, etc.

Algunos latinismos, ya utilizados esporádicamente en siglos anteriores, se están generalizando: por ejemplo, *átomo*, *entusiasmo*, *excandescencia,* etc.

Como este recurso a los latinismos es un fenómeno común a toda la Europa culta, sucede ahora a menudo, y sucederá cada vez más en los siglos siguientes, que las palabras no se extraen directamente de la lengua antigua, sino de una lengua moderna que a su vez ha recurrido al latín: algo que se deriva ahora de un testimonio directo, ahora de alguna peculiaridad de forma o significado. Por ejemplo, Stigliani (*Arte del verso*, p. 162) nos dice que el término *assonante* (en el sentido métrico moderno, para indicar un tipo de rima imperfecta) se extrajo del español ("llamada por los españoles Rima assonante, es decir, de sonido no igual pero próximo"). Y que otro latinismo, *pòcolo*, es de origen español se desprende de la semántica ("beber" en lugar de "copa"). Los numerosos latinismos (y griegos) científicos acuñados, como hemos dicho, en los distintos países de la Europa culta circulan libremente: Galileo no habría hablado de *selinografía*[173] si Bacon no hubiera utilizado ya el término (bajo la forma *selenographia*).

La presión de las entradas latinas se ejerce también sobre la forma de varias entradas italianas, sobre todo científicas: *anatomia* gana terreno a *notomia* (también porque el adjetivo es sólo *anatómico*), *chirurgo* se prefiere a *cerusico* y *cirugico*, *clistere* gana a *christeo* o *cristero*, *emorroidi* se prefiere a *moroide* o *morice*, etc. La forma *proprio*, que corresponde mejor al latín que *propio*, se lee ahora en la mayoría de los escritores.[174]

En los no toscanos se aprecia cierta preferencia por las formas latinizadas: Marino escribe, por ejemplo, *ebeno* y *África*; entre *oriuolo* y *orologio,* los romanos prefieren *orologio* (véase el glosario citado en la p. 598), etc.

Los grecismos suelen adaptarse mediante formas latinas, con algunas excepciones de escritores más eruditos ("algunos *ἀνέκδοτα* de Priscianus": [Villani], *Considerazioni di Messer Fagiano*, p. 257; "esta figura por los griegos se llama *παρῳδία*": Redi, *Annotazioni al Ditirambo*, p. 53).

19. Forestierismos

En una época de sometimiento político y escasa independencia cultural, es obvio que los extranjeros abundan en la vida común, Algunos escritores los acogen sin muchos escrúpulos, y a veces incluso lo declaran;[175] por el contrario, los conservadores más estrictos protestan contra esta afluencia.[176]

En la primera parte del siglo continuó la afluencia de españoles que ya había allanado el camino en el siglo XVI.[177]

Tenemos, en primer lugar, entradas relativas a la vida social: luego, en el primer cuarto del siglo XVII, aparece la entrada *brio*: ya hemos mencionado (p. 591) la *etiqueta*; añadimos *paraguanto en el* sentido de 'propina'.

Uno de los términos más de moda es el *guardinfante*, introducido en Nápoles en 1631 y cantado por Francesco Fulvio Frugoni en su poema *La Guardinfanteide* (Perugia 1643),[178] la *marsina*, la *pastrana*, la *ciamberga* ya mencionada, la *mantiglia*, la *pistagna,* etc.

Entre los objetos domésticos, están los *cubiertos* (en el sentido de "lugar en la mesa" y "utensilios de mesa"), las vasijas *bucchero* (o *buccheri),* entonces muy utilizadas, el *escarabajo*, el *baúl,* etc.

Entre los alimentos, *destaca la ogliapodrida*; se populariza el nombre de *bacalao*, que antes sólo se utilizaba en las traducciones del español.[179]

El chocolate y las *tabletas* son bienvenidos.

El nombre *escorzonera* (que a primera vista parece un compuesto italiano) procede de la sp. *escorzonera*, catal. *escurçonera*, porque la raíz de la planta se consideraba un antídoto contra los animales venenosos.

También son numerosos los hispanismos referidos a la vida militar en este siglo: *recluta* (que Spadafora considera una palabra llana y define como 'llenar, o abastecer una escuadra'), *borgognotta*; el abovedamiento del caballo en la paz y en la guerra se denomina *caracollo* (sp. *Caracol* 'caracol'; fig. 'abovedamiento')[180] y *caracollare* (*caracolear*).

Más numerosos son los términos navales como *contramaestre* (del esp. *nuestramo*) o *contramaestre*.

Entre los nombres de juegos y pasatiempos están *pilotta* o *pillotta* (sp. *pelota*), *ciaccona* y *sarabanda*, el juego de *las sombras* (*hombre*, un juego de cartas).

Lazzarone se extendió en Nápoles en la época de la revolución de Masaniello[181] y pronto se dio a conocer en el resto de Italia (mientras que *el guappo* tuvo una difusión más limitada).

También aparecen términos generales como *floppy.*

Muchos de los iberismos que habían alcanzado cierta difusión en este periodo desaparecieron en los siglos siguientes. A veces se trata de palabras relacionadas con costumbres u objetos que luego desaparecieron: por ejemplo *candiero* 'bebida de huevos, leche y azúcar' (del sp. *candiel*), *polviglio* 'droga en polvo', *sciotta* 'polvo que se echaba sobre el chocolate' (del *achiote*) (Magalotti) etc. (Magalotti). Otras veces se trata de palabras utilizadas para el lujo, para la elegancia, para bromear, como *amariglio* 'amarillo' (Marino), *ammucciarsi* 'cubrirse con el manto', *mogno* 'moño de pelo', *lastima* 'pena', *cotorera* 'chismorreo',[182] *corazzone* ("Forato avea già il petto e 'l *corazzone*": Lalli, *Eneida trav*., IV, st. 2) etc.

Muchos de los términos burocráticos también estaban destinados a desaparecer: por ejemplo, la *ayuda costera* "soprassoldo" o *estimar preciso*, utilizada en el Gridari milanés en el sentido de "estimar necesario".

Otras palabras se referían a personas y cosas de España: durante mucho tiempo todo el mundo conoció al típico "pícaro mendigo" hecho famoso por la novela de Mateo Alemán, *Vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (traducida por Barezzo Barezzi, 1615): *piccaro*, *piccaresco*, *piccariglio*.

La penetración de los españolismos fue considerable en el dialecto lombardo y aún más fuerte en el napolitano. En algunos casos, las palabras sobreviven en algunos dialectos: por ejemplo, *ammuinare*, que cuenta con varios ejemplos de escritores del siglo XVII en la lengua, aún pervive en napolitano. El adjetivo comparativo *masgalano*, sustantivado en locuciones como *combattere il masgalano*, *portare il masgalano* y similares, sigue indicando uno de los premios del palio de Siena. Y *papello*, *papiello*, voz jocosa para "documento", también debe remontarse a esta época, aunque no existen ejemplos antiguos.

Unas pocas entradas alemanas o flamencas penetran en Italia a través del español (por ejemplo, *bellicone* "especie de cristal", a través del sp. *velicomen*). Y, a través del español o,

mucho más raramente, del portugués, siguen llegando al léxico italiano voces americanas (*chinachina*, *sasafrás*, etc.) y orientales (*mandarín* "alto funcionario chino", Carletti).

Pasando ahora a los galicismos, observamos en primer lugar que en muchos casos convergen las influencias española y francesa: por ejemplo, el significado abstracto de *carrera* o el nombre de *baupr*és (fr. *beaupré*, catal. *bauprès*, sp. *baupr*és) se deben al empuje concomitante de las dos lenguas. *Viglietto, que* aparece ahora junto a *biglietto*, parece deberse a la pronunciación española de la palabra. *Caserma* procede de Francia en la primera mitad del siglo, y en Milán encontramos paralelamente la forma italiana *case herme* y la española *casas yermas*, con *casein* uniéndose al adjetivo *ermo* (*yermo*).[183]

La influencia francesa, que aún se dejaba sentir débilmente en las primeras décadas del siglo, se hizo predominante en tiempos de Luis XIV y superó con creces a la española, en franca decadencia.

Mencionaremos algunos de los principales términos que penetraron en el italiano en este periodo. Algunas palabras que antes sólo se utilizaban para referirse a cosas francesas también entraron en el uso común: por ejemplo *lacayo* y *gabinete*.

Para la vida social, recordamos la semántica de *servicial* y *susceptible*; *libertino* y *libertinaje* en el sentido de "libertad de espíritu".[184]

En cuanto a la moda, mencionemos en primer lugar el término *moda* propiamente dicho, y a continuación el *chintz*, la *escarapela*, *los galones, la lencería*, la *yuxtaposición,* y los adjetivos de color como *dorè*, *gridelin* (*gridelin*, *gris de lin*), *ponsò*.

Desde Francia, el uso de la *peluca* se extendió a Italia, lo que provocó un cambio en el significado de la palabra, que en siglos anteriores había significado "cabello natural" en Italia, y había adoptado el nuevo significado en Francia.[185] de "cabello postizo".

Entre el mobiliario, aparecen el *bufé* y el *canapé*; en las ciudades están las *barreras*.

En el ámbito del transporte, entran en escena los términos *convoy* (*convoy*), *tren* y *tripulación* (que ya se había utilizado como término naval en el siglo anterior); junto a las cosas aparecen los nombres *calesa* y *silla rodante* o rodante.

Los términos militares incluyen *pelotón*, *regimiento*, *destacamento*, *bloqueo*, *vivac, diligencia*, *ramparo*,[186] *decamp*, *bandoleer*. Los departamentos de *gendarmes* se establecieron en Piamonte en 1676.

Piattaforma aparece como término militar y marítimo; recordemos también el otro término marítimo de *brulotto*.

Introduce el nombre de *periquito*, aplicado tanto al loro como a un tipo de ala.

Entre los bailes, *el burè estaba* de moda: se empezaron a utilizar *fichas* en los juegos.

Hay numerosas palabras generales: *riesgo*, *retroceso*, *detalle* (Magalotti), *rango*, *notable*, *salvaguardia*: si hay objeciones a éstas, los latinismos ejemplificados en francés arraigan más fácilmente, como *actuar*, *instalar*, *planear*: y lo mismo ocurre con los elencos de locuciones figuradas, como *hacer de abogado del diablo* (Redi), *valer la pena* (Magalotti), *poner sobre la alfombra...".*[187] etc., y así también *a menos que*, *casi*.

Todavía se prefiere, por regla general, "domesticar" (Fioretti, *Proginn*., IV, prog. 37) los francesismos, es decir, adaptarlos a la fonética italiana; pero las palabras escritas y pronunciadas a la manera francesa empiezan a aparecer con cierta amplitud: Marino adapta *parterre* in *perterra* ("wander perterra di grottesche erbose": *Adone*, XI, st. 21),[188] Neri (*Presa di Saminiato*, V, st. 8) habla de *hacer rendevosse*; pero Magalotti escribe *parterre* y *rendez-vous*, y en otros lugares *recurso*, *calzoni aux bas roulés*, *pigliar le contrepied*, *guardare de haut en bas* etc.

Muchos de los afrancesamientos que se introdujeron durante este periodo se suprimieron posteriormente: *alea* en el sentido de "avenida" (Marino),[189] *allianza* para 'matrimonio' (Marino), *agrimani*, *buena mina* (Magalotti), *menageria* (Magalotti) etc.

Más receptivo en comparación con otras regiones es siempre el Piamonte, donde ya encontramos, por ejemplo en el uso burocrático, el término *intendente* (1696: ley citada por *Rezasco*, s.v.).

En comparación, menos numerosos e importantes son los forestierismos que llegaron a Italia de otras fuentes: por ejemplo *patrona* y *provianda* (Montecuccoli) del alemán, *reno del* escandinavo, *musulmán* del persa (antes *musliman*, 1623, en Pietro della Valle), etc.

Se conocen productos orientales, como *el cacciù*, el *capòc*, el *ginsèng*, y algunas costumbres de esos países, con sus nombres, por ejemplo, *palanchino*.

20. Italianismos en otras lenguas

El gran prestigio de que gozaba la Italia del Renacimiento se desvanece pero no se extingue en los demás países de Europa: sobre todo, continúa la admiración por las obras de arte antiguas y modernas; y aumenta la fascinación por la música italiana.

Vemos así numerosos términos de arte que han entrado en el francés y en otras lenguas: attitude "actitud (plástica)" (fr. 1653; ing. 1668), *calquer*, *costume* ("un peintre qui ignore ce qu'on nomme *il costume*": Fénelon), *coupole (fr*. 1666; ing. tiene *cúpula* desde 1549), *filigrana (fr.* 1673; ing. 1668; alemán 1688), *fresco* (1669; ing. tiene *fresco* desde 1548; alemán *fresco malen* en 1697), *frontón* (fr. 1653; ing. 1698), *miniatura* (fr. 1653; para ing. hay un ex. desde 1586), etc.

Los términos teatrales incluyen *ópera* (que en Francia fue introducida por el cardenal Mazarino hacia 1646; ing. 1644; ted. 1680); en francés también *extras* y *virtuose* (ing. *virtuoso*, *virtuosa*). El alemán y el sueco dan la bienvenida a *violin (que* ya había entrado en inglés en el siglo anterior); en inglés *adagio*, *grave*, *largo* como términos musicales (Purcell, 1683).

Entre los nombres de máscaras que triunfaron en el extranjero figuran *Pulcinella* (fr. *Polichinel*, más tarde *Polichinelle*; Engl. *Polichinello* y *Punchinello*, de ahí la abreviatura *Punch*). *Scapin*, de Molière, también se remonta a la máscara de *Scappino* (derivado de *escape*).

El mito del dolce *far niente de los italianos* comenzó a extenderse ("personne n'est plus touchée que moi du *farniente* des Italiens": carta de Madame de Sévigné, 1676). El conocimiento de las fiestas italianas llevó a la aceptación del nombre de la *girandola* (fr. *girandole*, 1642; eng. *girandola*, 1644) y la *regata* (eng. *regatta*, 1642; fr. *régate*, 1679).

Entre los alimentos destacan *el apio,* que emigra bajo la forma romana de *sèlleri* (fr. *céleri*, 1680; Engl. *celery*; alemán: *Sellerie*), y *los fideos* (fr. *vermicelle*, 1675; Engl. *vermicelli* 1669).

Algunos términos comerciales también pasan a otras lenguas, como *agio* (fr. 1679; ted. 1695), *fattura (*ted. *Factura*, 1662; fr. tiene *facture* en este sentido desde 1611, y quizá deba considerarse también italianismo), *franco (ted*. 1695).

Varios términos militares (*Grenate*, 1616; *Kaserm*, *Kasarm*, que aún se mantienen en los dialectos bávaro y suabo, mientras que en otros lugares prevalece el afrancesamiento *Kaserne*) y voces referidas al transporte (*Carotze*, sustituido más tarde por *Karrosse*) también se extendieron por los países germanos.

En lenguas más periféricas, los italianismos que ya se habían difundido antes en lenguas vecinas no llegan hasta ahora: por ejemplo, en sueco, *bandido*, *altan*, *gondol*, *lasarett*, *bastant,* además de *violín* ya mencionado, entran en el siglo XVII. Sin embargo, aún queda mucho por explorar en este campo.

[1] B. Croce, *Storia dell'età barocca*, Bari 1929, p. 211.

[2] A Alessandro Segni, en la corte de Turín en 1605, le decían constantemente "Esos otros italianos" y le daba "asco tanto afrancesamiento" (G. Imbert, *Seicento fiorentino,* 2ª ed., Milán 1930, p. 312).

[3] Advertencias como la siguiente son muy comunes en los prefacios de las obras literarias: "Quien tenga buen juicio y esté versado en las formas poéticas entenderá por Destino, Fortuna, Destino, Afortunado, Destino y otras palabras semejantes, siendo estas últimas ministerios de la suprema Providencia; y bajo las palabras Paraíso, Diosa, Ídolo, Divino, Bendito, Santo, Sagrado y Adorar, nada más que lugar delicioso, mujer hermosa, objeto amado, criatura perfecta, hombre feliz, cosa honesta, cosa gloriosa y con humildad reverenciar" (Marino, *Lira,* 3ª parte, Venecia 1625); "Pregoti poi à scusare le parole Fato, Sorte, Destino, Fortuna, Gloria, Deità, Adorare, Paradiso, Dio, e somiglianti parole applicate a persone perverse, e vitiose; perché si dovranno ricevere in semplice senso di scherzo poetico, senza pregiudicio della Catolica purità; in traduttione massime di Poeta Gentile" (Lalli, *Eneide travestita*, 1634). En *los Poemas* de Melosio, las palabras *divino* y *cristiano se* sustituyen por puntos, y el Eritreo narra en su *Pinacoteca* que el impresor del poeta Rómulo Paraíso sustituía la palabra Paraíso por tres estrellas siempre que se refería a cosas profanas. Generalmente se menciona al *Secretario florentino para* evitar el odiado nombre de Maquiavelo (cf. p. 399), y Buonmattei prefiere decir el *autor de la Junta* en lugar de nombrar al herético Castelvetro.

[4] M. Bisaccioni, *L'Albergo*, Venecia 1637 (citado por Croce, *Storia dell'età barocca*, cit., p. 99).

[5] La observación es de A. Politi, al final de la introducción (fechada en 1613) al *Dittionario toscano*, Roma 1614.

[6] Tenemos noticias de que Gustavo Adolfo quería a Galileo "en la misma casa que él (con el interés de ejercitarse juntos en la vaguedad de la lengua toscana) para oír la explicación de la esfera, las fortificaciones, la perspectiva" (*Opere*, ed. naz., XIX, p. 629).

[7] Véase especialmente la carta a Paolo Gualdo (16 de junio de 1612) y los demás pasajes citados en mi volumen *Lingua e cultura*, pp. 137-144.

[8] Carta del 3 de agosto de 1640, en *Opere,* ed. naz., XVIII, p. 22.

[9] Pero todavía en el siglo siguiente, Pieter van Musschenbroek los tradujo al latín (*Tentamina experimentorum naturalium*, Leiden 1731).

[10] Marc'Antonio Savelli de Modigliana, auditor de la rueda penal de Florencia, se disculpa en el prefacio de su *Pratica universale* (Venecia 1697; 1ª ed. 1665) por no haber escrito en latín, por haberse "conformado a los Originali all'uso de' Tribunali, e Archivi di questi Stati", y por haber escrito *sapientibus et insipientibus*.

[11] En 1640, como el predicador designado no quiso reescribir en lengua vernácula un sermón ya preparado en latín, ni escribir uno nuevo, Buonmattei tuvo que sustituirle (*Diario de la Congregación*, conservado por Buonmattei, ms. Magl. VI, 161, c. 210).

[12] En efecto, "la gente de buen sentido" dice Sforza Pallavicino, que narra el episodio (B. Croce, *Nuovi saggi sulla letteratura italiana del Seicento*, 2ª ed., Bari 1949, p. 150).

[13] Marino apelaba al "gusto universal del mundo, cansado ya de canciones secas" (carta a Stigliani), y Minozzi (*Impazienze d'amore*, Florencia 1633, p. 122, citado por Croce, *Storia dell'età barocca*, cit, p. 176), afirmaban que "las rosas de un estilo puro, que hoy se califica de simple y torpe, no gustan si no están rodeadas de las espinas chispeantes de sutiles ocurrencias, de ingeniosos lametones del intelecto".

[14] Tassoni, planteando la cuestión "Si trescientos años están mejor escritos en lengua vernácula o en la época actual" (*Pensieri*, l. IX, quisito 15), compara el proemio de Villani con el de Guicciardini, y concluye recomendando evitar los arcaísmos; Beni, ya desde el subtítulo de su *Anticrusca o Paragone dell'italiana lingua, se* propone "mostrar claramente que lo Antiguo es inculturado y tosco, y lo Moderno regulado y suave"; Pallavicino (*Considerazioni sopra l'arte dello stile*, Roma 1646, p. 353) considera a los modernos superiores a los catorceurentistas; Tassoni, en su libro "La *lengua italiana es una lengua del siglo XIV",* p. 353, afirma que "los modernos escriben mejor en lengua vernácula que los catorceurentistas". Pallavicino (Considerazioni sopra'arte Idioma Italiano, Roma 1646, p. 353) considera a los modernos superiores al siglo XIV; Tesauro, en *Cannocchiale aristotelico*, tras comparar a Dante, Petrarca y Boccaccio con Ennio, Cecilio y Plauto, concluye "la perfetta Virilità dell'Italiano Idioma esser' questa che incominciata nel passato Secolo, và tuttavia maturando" (p. 164 de la edición de Bolonia de 1675). Otras afirmaciones similares son citadas por Croce, *Storia dell'età barocca,* cit., pp. 206-208.

[15] Véanse, por ejemplo, las listas de aves en c. VI, st. 26-38, o las listas de armas en c. XII, st. 36-37 y en XIV, st. 16.

[16] "En ese gesto lastimero y *atrayente* / Con el que el ojo lascivo ríe lánguidamente" (III, st. 111); "Vedi per la *rascetta* a passo dritto / Due parallele andar non molto grosse" (XV, st. 77; un término de anatomía y quiromancia), etc.

[17] G. Getto, *Marinisti,* Turín 1954, p. 73.

[18] *Ibídem*, p. 410.

[19] D. Bartoli, *Dell'huomo di lettere*, Florencia 1645, p. 175.

[20] *Ibídem*, p. 178.

[21] Marino, hablando de uno de sus discursos, reconoce que tiende por naturaleza a lo ornamentado y a las "florituras": "en él he mantenido un estilo amenazador para ser popular, y en esto he durado mucho tiempo, pues mi pluma, incluso en prosa, tiende más rápidamente a lo ornamentado que a lo trivial; pero es necesario variar la idea de escribir según el tema, y aquí he querido apretar más en las doctrinas que en las florituras" (*Epistol*., I, p. 226 Borzelli-Nicolini).

[22] A veces la influencia de las *Odelettes* de Ronsard se combina con la de las villanelles: recuérdese lo que ya se ha dicho en el capítulo VII sobre las *Justinianes*.

[23] El *Malmantile* tuvo un extenso comentario de Paolo Minucci, amigo del autor, y en el siglo siguiente otras eruditas postillas de A.M. Biscioni (Florencia 1731).

[24] *La Feria* y la *Tancia contó* también con un extenso comentario de A.M. Salvini (Florencia 1726).

[25] Menzini codifica esta norma en el *Arte Poética*: "Tu che dell'umil stil contento sei / gl idiotismi, et i proverbi, e i motti / pur della Plebe in mente aver tu dei" (l. III, vv. 280-282).

[26] "Aquellos Pensamientos de los Sagrados Oradores, que vulgarmente se llaman *Conceptos Predicables*: con tanto favor; y con tanta admiración recibida del Sagrado Teatro, que la Divina Palabra parece hoy día tan inescrupulosa, y ayuna, si no está azucarada con tanta dulzura" (Tesauro, *Cannocchiale aristotelico*, p. 43 de Bolonia 1675). Más adelante, dedica una buena mitad del Cap. IX a un "Tratado de los *Conceptos Predicables"*: dice cómo "algunos ingenieros españoles naturalmente ingeniosos, y muy perspicaces en doctrinas escolásticas, encontraron, no hace mucho tiempo, esta nueva manera de enseñar deleitando, y enseñar deleitando, por medio de estos ingeniosos argumentos; vulgarmente llamados *Conceptos Predicables*" (ibid., p. 333). 333); "debemos, pues, a los españoles la gloria de esas nuevas mercancías; las cuales, a causa del comercio español por tierra y mar, desembarcaron también en Nápoles; de modo que en Italia, que aún no las conocía, se llamaron *Concetti Napolitani*" (*ibid*.).

[27] Cf. G. Gamba, en *Arch. glott. it.,* XLII, 1957, pp. 1-23.

[28] Véanse los ejemplos que puse en las pp. 145-152 de mi ensayo sobre "Galileo y la lengua italiana", en *Lingua e cultura*.

[29] *Saggio di lettere d'Orazio Rucellai*, Florencia 1826, p. 5.

[30] Y Panciatichi se burlaba del alarde de terminología científica de Rucellai: "Usted quiere con docta ambición ser tomado por otro Bartolini (... del favello notomista), pasteggiando a tutt'andare co' gli *esofagi*, *mesenteri* e *peritonei*" ("Contraccicalata", en *Scritti vari*, Florencia 1856, p. 97).

[31] Carta del 4 de marzo de 1636, en G.B. Marino, *Epistolario*, editado por A. Borzelli y F. Nicolini, Bari 1911, II, p. 345.

[32] Spampanato, *Sulla soglia del Seicento,* cit., p. 312.

[33] *Boll. Centro St. Fil. Sic.,* II, 1954, p. 405.

[34] En la *Galería de Minerva,* II, 1696, p. 345.

[35] Cannocchiale, p. 203 de la ed. cit. Cf. E. Raimondi, en *Lingua nostra,* XIX, 1958, pp. 34-39 e *Il Verri*, agosto 1958, pp. 53-75.

[36] Citado por Belloni, en *Giorn. stor.,* XXXI, 1898, p. 380.

[37] *Prediche quaresimali*, Venezia 1650 (cf. p. Giovanni [Pozzi] da Locarno, *Saggio sullo stile dell'oratoria sacra nel Seicento esemplificata sul p. Emmanuele Orchi*, Roma 1954).

[38] Un repertorio especial, el *Giardino degli epiteti* de G.B. Spada, tuvo dos ediciones (Bolonia 1648 y 1665).

[39] J. Rousset, *La littérature de l'âge baroque en France*, París 1954, pp. 184-189.

[40] Getto, *Marinistas,* cit., p. 413.

[41] *Ibídem*, p. 403.

[42] Migliorini, *Del nombre propio*, p. 139.

[43] Incluso *zerbino, como* sabemos, procede de un nombre propio, el *Zerbino* de Ariosto (Migliorini, *Dal nome proprio*, p. 163), pero en el siglo XVII la palabra ya se había generalizado, como demuestran sus derivados (*zerbinotto*, *zerbineria*) y su paso al léxico francés.

[44] Ya había ejemplos de ello a finales del siglo XVI, aunque no tan numerosos y ostentosos. T. Garzoni, por ejemplo, había dado a sus obras una serie de extraños títulos metafóricos: *Il Teatro dei veri e diversi cervelli mondani (Venecia* 1583), la *Piazza universale* (Venecia 1585), la *Sinagoga degli ignoranti (Venecia* 1589), l'*Hospidale dei pazzi incurabili* (Venecia 1589), etc.

[45] Numerosos ejemplos en Calcaterra, *Parnaso en revuelta*, Milán 1940, pp. 167-168.

[46] El primer ejemplo citado hasta ahora de aplicación del nombre "Mercurio" a las colecciones de noticias es el *Mercurius gallo-belgicus* de M. van Iselt, Colonia 1592. *Mercurio* también se convirtió en un nombre genérico para una "publicación periódica" (*Del nombre propio*, pp. 145-146), y todavía se utiliza y puede utilizarse como título.

[47] Sin embargo, otros títulos, incluso de obras no científicas, están revestidos de palabras eruditas, sobre todo griegas: recordemos la *Partenodoxa* (Siena 1604) de C. Cittadini, es decir, la exposición de Petrarca del canto a la Virgen, *los Proginnasmi* de B. Fioretti, la Cefalogia fisiologica (Bolonia 1630) de C. Ghirardelli, la Cronoprostasi felsinea (Bolonia 1653) de Montalbani, etc. (cf. p. 4). Fioretti, C. Cefalogia fisiologica de Ghirardelli (Bolonia 1630), *Cronoprostasi felsinea de Montalbani (Bolonia* 1653) etc. (cf. p. 487).

[48] B. Buonmattei, citado en *Vita* di lui escrita por G.B. Casotti.

[49] Consideran que la mejor [...] es esta favella de la lengua jónica, y de hecho del Ática, un retrato fidelísimo" (cicalata de O. Rucellai).

[50] *Prosa fiorentina,* ed. 1723, parte III, I, pp. 132-161; L. Panciatichi, *Scritti vari*, Florencia 1856, pp. 91-107.

[51] Por ejemplo, en su disputa con Orlanduccio, el rimador del siglo XIII Pallamidesse (cod. Vat., núm. 699) dice *venire al Batastero* por 'ven a la batalla'; Dante en su disputa con Forese usa *cortonese* por 'corto'; y así sucesivamente en Sacchetti, Burchiello, Pulci, etc.

[52] Véase la carta burlona de Pupolo a Pupola y la respuesta de Pupola a Pupolo escrita por Marino: "Signora, io son così fattamente nel labirinto d'Amore che mi veggo *Persio*, né per uscirne so far sapere ritrovare il *Varchi*, se la vostra cortesia non mi fa il *Guidoni*" etc. (*Epistolario*, cit., II, pp. 93-96). Ejemplos de ello (casi siempre con nombres propios) nos los dan A. Monosini, *Flos Linguae Italicae*, Venecia 1604, pp. 423-428 y N. Villani, *Ragionamento dell'Accademico Aldeano sopra la poesia giocosa*, Venecia 1634, p. 80 (*el alma de Petrarca* "de piedra", *leer a Mattioli "*estar un poco loco", *enviar a Legnaia* "golpear", *quedarse en Bellosguardo* "mirar a los demás sin hacer nada", etc.).

[53] Testi escribió a Francesco I d'Este en 1641: "Ciertamente esperaría que con la lectura de los más selectos autores toscanos o con la asidua conversación de gentes de Florencia, Siena o Lucca, el Príncipe se apoderara de nuestra lengua, sea vernácula o italiana o toscana, como quieran llamarla, no tanto por la escritura como por ese educado habla ordinaria que tan bien se da en boca de las grandes personas".

[54] Disponemos de algunas representaciones sacras con escenas en italiano de colorido regional y escenas en dialecto, obra de personas cultas o semicultas: la composición de *Gelindo* piemontese, representación sacra pastoral, data del siglo XVII (véase el texto de R. Renier, Turín 1896), al igual que el poema en verso siciliano con muchos elementos semidocumentales, titulado *Historia siciliana supra lu riccu Epuloni cu Lazzaru*, de Vito Di Renda, Mesina 1668.

[55] Sobre esta bibliografía, véase, además del artículo fundamental de B. Croce, "La letteratura dialettale riflessa", cit., la bibliografía citada en p. 423.

[56] Además de lo dicho por Croce al respecto, véase. L. Häge, *Lo cunto de li Cunti de G. Basile*: *eine Stilstudie*, Tesis, Tubinga 1933.

[57] También se exhumaron algunos textos dialectales antiguos: la *Vita di Cola* se publicó por primera vez en Bracciano en 1624.

[58] Permaneció inédita durante siglos, y fue publicada en manuscrito por F. Ugolini (Roma 1939).

[59] *El Prissian de Milan de la parnonzia milanesa* (en *Varon Milanes...*, Milan 1606) se jacta del dialecto milanés como "el più bel che sia al Mond"; en cuanto a "la lengua Fiorentenna", "l'è nassù da la nosta, ma lor ai l'an lecà inscì on pochin" etc. (p. 57).

[60] Trabalza, *Storia gramm*., p. 344.

[61] En 1641, Leopoldo había inaugurado el uso de la gerla con una pala de trigo para los respaldos en las sedes de los Académicos.

[62] "El príncipe Leopoldo hizo venir a un pueblo de tintoreros para conocer la escala de colores para el Vocabolario, pero no se pusieron de acuerdo entre ellos". Así reza una nota de la edición de Cambiagi a una carta de Redi (*Lettere familiari*, I, Florencia 1779, p. 22).

[63] Véase concretamente la carta a can. Bassetti, en Magalotti, *Lettere familiari,* II, Florencia 1769, pp. 66-70.

[64] Pero esto pareció demasiado atrevido a los compiladores de la cuarta edición, que suprimieron los ejemplos. [Sobre estas innovaciones, véase ahora M. Vitale, "La III edizione del *Vocabolario della Crusca*. Tradizione e innovazione nella cultura linguistica fiorentina secentesca", en *Acme,* XIX, 1966, pp. 109-153].

[65] Fue precisamente esta búsqueda de entradas que añadir lo que dio a Francesco Redi, compilador de numerosas entradas para esta edición, la tentación de falsificar algunos ejemplos ficticios, atribuidos a autores cuyos códices el propio Redi decía poseer. La historia de estas falsificaciones fue trazada por G. Volpi, en *Atti della R. Accademia della Crusca*, año 1915-16, pp. 33-136.

[66] Sc. Herrico, *L'Occhiale appannato*, Nápoles 1629, p. 84.

[67] "Hoggidì toda la Nobleza de Italia se ha acostumbrado a hablar y escribir de un modo muy toscano. Digo la Nobleza: que, por otra parte, es bien sabido que toda Ciudad conserva sus Idiotismos del pueblo popular, y plebeyo": así lo afirma, hacia finales de siglo, L. Mattei, *Teorica del verso volgare e prattica di retta pronunzia*, Venecia 1695.

[68] Más de medio siglo después, el Card. De Luca (*Defensa de la lengua italiana*, p. 34) afirma que no pretende profesar "la favella Italiana culta" ni "ser uno de los assistenti ò magnati dell'Accademia della crusca (frenesí hoy tan común por muchos)".

[69] U. Cosmo, en *Giorn. stor.,* XLII, 1903, pp. 132-137; A. Belloni, "Un professore anticruscante all'università di Padova", en *Arch. veneto-trid*., I, 1922, pp. 245-269.

[70] *Cavalcanti*, p. 44.

[71] T. Casini, "Il Tassoni e la Crusca", en *Riv. crit. lett. ital*., II, 1885, p. 93-94; U. Renda, "A. Tassoni e il Vocabolario della Crusca", en *Miscellanea Tassoniana,* Módena 1908, pp. 277-324.

[72] C. Neri, "Il *Dittionario toscano di* A. Politi", en *Lingua nostra*, XII, 1951, pp. 5-10.

[73] Por ejemplo, en la *Secchia rapita* de Tassoni (X, st. 6), en *los Ragguagli* de Boccalini (III, ragg. 82), en el *Viaggio di Parnaso* de G. Cesare Cortese (Venecia 1621, V, pp. 21-29), en el *Rivolte di Parnaso* de S. Herrico (Venecia 1626, II, V), en la comedia *Il Servo finto* de G.C. Monti (Viterbo 1634), en la *Sátira* de Salvator Rosa (II, vv. 487-495), etc.

[74] Para satirizarlo, inventa una frase: "Quien no hace los placeres de la voluntad divina, debe ir a los lugares del oscuro nirvana de Ninferno", etc.

[75] F. Nicolini, *La giovinezza di G.B. Vico*, Bari 1932, passim. [Véase ahora M. Vitale, "Leonardo di Capua e il capuismo napoletano. Un capitolo della preistoria del purismo linguistico italiano', en *Acme,* XVIII, 1965, pp. 89-159].

[76] El bizarro Leporeo profesa el uso de palabras "etruscas sí, pero no idénticas Cruschi" (*Raccolta di ingegnose*, *vaghe e varie composizioni*, Roma 1698, p. 73).

[77] *Theorica del verso vulgare*, cit., p. 127.

[78] *Storia gramm*., capítulos IX-XI. Véase también la sección sobre los estudios lingüísticos en el siglo XVII, en *Ricerche letterarie* di F. Foffano, Livorno 1897, pp. 288-312.

[79] El escrito del P. Bartoli, *Dell'ortografia italiana* (Roma 1670), es tan ecléctico como Il *Torto e il Diritto*. La *Prosodia italiana del* P. Placido Spadafora (Palermo 1682, reimpresa varias veces) ofrece un léxico de palabras de acento dudoso, y reglas de pronunciación. G.M. Ambrogi en su diálogo *Lucidoro* (Roma 1634; más tarde B. Ambrogi, *Chiave della toscana pronunzia*, Florencia 1674) y Mattei, *Teorica del verso volgare*, cit, dan reglas para la pronunciación de las palabras con las vocales *e* y *o.* (Junto con observaciones sensatas, encontramos en Mattei freddure como ésta: "Y así *tejado*, ¿quién puede adivinar por qué debe pronunciarse cerrado? tal vez el que fue el primero en pronunciarlo, temía que no lloviera dentro de su casa, si el *tejado* no estaba bien cerrado": *Teorica del verso volgare,* cit. p. 101).

[80] En cambio, el repertorio "delle men note, e più importanti voci", obra póstuma del P. Pio Rossi, publicada con el título de *Osservazioni sopra la lingua volgare* porque contenía también dos tratados gramaticales (Piacenza 1677), tuvo poca difusión.

[81] G.B. Doni, *Lyra Barberina*, Florencia 1763, I, pp. 184-185.

[82] J. Zehnder, *Les* "*Origini della lingua italiana*" *de Gilles Ménage*, París 1939; F. Branciforti, "Carlo Dati [...] e i suoi appunti di *Origini*", en *Siculorum Gymnasium*, n.s. III, pp. 126-143.

[83] Muy inferior es el *Origines linguae Italicae* de O. Ferrari, Padua 1676.

[84] En Cerdeña, la vida cultural se desarrollaba casi exclusivamente en castellano: sintomático es el hecho de que los dramas sagrados escritos en campidanés por el capuchino Antonio Maria di Esterzili tuvieran sus pies de foto en castellano (cf. R.M. Urciolo, en su edición de la *Comedia de la Pasión*, Cagliari 1959).

[85] La bromista carta a don Lorenzo Scoto en la que Marino expresa su asombro ante lo que vio al llegar a París (1615) demuestra que su interlocutor sabe poco o nada de francés: "Infino il parlar è pieno di stravaganze. El oro se llama *plata*. El desayuno se llama *ayuno*. Las ciudades se llaman *villas*. Doctores, *médicos*. Obispos, *ancianos*. Putas, *gasas*. Los proxenetas, *macarrones*. El caldo, un *buglione*; como si fueran de la estirpe de Goffredo" (*Epistolario*, cit., I, p. 201). Carlo Umberto di Savoia (1626), al recibir una comunicación de un oficial en francés, respondió que no sabía escribir en esa lengua C. Calcaterra, *Il nostro imminente Risorgimento*, Turín 1935, p. 486). El P. Segneri, en una carta a Cosme III, dijo que no sabía francés (Viani, *Dizionario di pretesi francesismi*, I, p. XLV).

[86] Croce, *Nuovi saggi sulla letteratura italiana del Seicento,* cit., pp. 217-224.

[87] V. Verucci, en la comedia *Li diversi linguaggi* (1609), recurre casi exclusivamente a la mala pronunciación de palabras italianas mediante una *e* final; F. Richelli, en la *Serva astuta* (1632) hace decir a Monsù delle Scarpette, por ejemplo: "Che diable è possibile, che non le posse tener dantre la masone queste pultrone.

[88] Véase lo que Bargagli (*Turamino*, p. 68) y Politi (*Lettere*, p. 397) dicen de Siena.

[89] M. Welser (de Augsburgo, antiguo alumno de Padua) escribió en italiano no sólo a Galileo, sino también a otros eruditos alemanes que vivían en Roma, como el P. Clavius y Giovanni Faber.

[90] *Notizie de' professori di disegno,* t. XVIII, Florencia 1773, p. 14.

[91] La disputa entre ambos sobre la interpretación del verso de Petrarca "Forse (o che spero) il mio parlar le duole" se sometió a la Crusca; y se decidió (en 1654) a favor de esta última.

[92] Según Panciatichi, Régnier hablaba la lengua toscana "demasiado bien", con halagos a la boquilla y frases de Petrarca diluidas en prosa (lett. a Magalotti, 2 de enero de 1671, p. 266 Guasti).

[93] El propio Panciatichi dice que la duquesa de Vitry le habló "en nuestra lengua mejor de lo que el prior Rucellai escribe en ella" (lett. 24 de octubre de 1670, p. 260).

[94] O. Pescetti, *Respuesta a Anticrusca*, p. 16.

[95] Carducci, *Opere,* VI, p. 247.

[96] A. De Gubernatis, en *Atti Acc*. *Crusca*, 1905-06, pp. 35-37, Santoli, en *Problemi e orient.*, IV, p. 233.

[97] Véase la serie de artículos de L. Emery, "Old Italian-German Manuals", en *Lingua nostra*, VIII-IX-X.

[98] Información, especialmente sobre textos para aprender el idioma, da R.C. Simonini jr., *Italian Scholarship in Renaissance England*, Chapel Hill 1952.

[99] G. Calgari, en *Lingua nostra,* XVI, 1955, pp. 69-73.

[100] Simonini, *Italian Scholarship,* cit., pp. 55-68 y 74-80, A.L. Messeri, en *Lingua nostra*, XVII, 1956, pp. 108-111.

[101] Por ejemplo, Marino todavía *havièno* 'tenía' (y M. Zito, *La bilancia critica*, Napoli 1685, pp. 30-33, defiende a Tasso que usaba *uscieno*).

[102] Carta a O. Falconieri (1664) en *Lettere familiari,* cit., I., p. 88.

[103] No sin algunos abusos: por ejemplo "a mense *abhominande* e crude" (G. Graziani, *Conquisto di Granata*, c. XXII).

[104] La *Partenodoxa* de Cittadini (Siena 1604) lleva esta grafía en el frontispicio, pero los títulos actuales llevan *Parthenodoxa*.

[105] Mattei, que en su *Theorica del verso volgare* escribe también *Theorica*, *ortografia*, *ditirambo*, escribe a continuación *etherogeneo* y *etheroclito*.

[106] *Mescolanze*, Venecia 1736, p. 108.

[107] Ottonelli en las *Anotaciones* (que sin embargo se llaman siempre *Annotationi* en el título actual) defiende la grafía *poliza*.

[108] Véase la discusión de Mattei, *Teorica del verso volgare,* cit., pp. 223-240.

[109] Spadafora nos da también el curioso testimonio de una pronunciación *discit* per *dixit* "de ciertos ancianos, que a veces se oye, no sin risa, y burla": se trata sin duda de una pronunciación siciliana debida al valor que antiguamente se atribuía a la *x* en español.

[110] Pero en el volumen Galileo *Discursos y demostraciones matemáticas,* 1638, todavía hay *nuoue ciencias*, un *centro de gracia*.

[111] G. Hartmann, en *Rom. Forsch.,* XX, 1905, p. 213.

[112] *Teoría del verso*, pp. 230-231.

[113] Para la doble *v*, a veces encontramos la grafía *uv* (por ejemplo, *auviene*, *auvilite*, etc., en el libro de Mattei).

[114] *El Baco en Toscana* de Redi (Florencia 1685) también tiene sólo *V en* las mayúsculas, mientras que distingue *u* y *v* en el interior de las palabras.

[115] M.A. Severino, *La querela dell'& accorciata*, Nápoles 1644.

[116] "Escribe más Giardino con la primera mayúscula, y Nume, y Garzone, y Vecchio, y Giovane, y tantos otros apelativos, que ordinariamente deben ir todos con minúscula. (*Occhiale*, p. 503).

[117] Y todo el mundo recuerda la profusión de mayúsculas, en el pasaje atribuido a la torpeza ambiciosa del anónimo secentista en la Introducción a las *Promessi sposi* de Manzoni: una imitación muy feliz, salvo quizá por una

a menos, que me parece un afrancesamiento que entró en Italia un poco más tarde, cuando el barroco español dio paso al afrancesamiento (los primeros ejemplos están en Magalotti).

[118] Gagliaro admite una forma *peccareste* 'benché sanese' para evitar la sucesión de demasiadas *e*, dejando prevalecer el criterio retórico de la eufonía sobre el gramatical (Trabalza, *Storia gramm*., p. 317).

[119] *Lingua nostra,* XIII, 1952, p. 38.

[120] En el *Malmantile* de Lippi se encuentra, por ejemplo, *giuocando* (I, st. 42).

[121] Politi, en la Introducción al *Dittionario,* encuentra *el invocare* "manera no sólo más segura, sino más natural y más ordinaria que este lenguaje".

[122] A Tasso se le reprochó el truncamiento de algunos plurales ('Espugnar di Sion le *nobil* mura'): Zito, *Bilancia critica*, Napoli 1685, p. 9, lo defiende.

[123] Beni, *Anticrusca,* p. 117, culpando a Boccaccio de *filosofar* y afirmando que "ahora uno amaría a *los filósofos*" parece insinuar la prevalencia de *-ci* en los adjetivos cultos.

[124] Y también en algunos derivados, como *catolicismo* (Panciatichi) o *catolicismo* (De Luca, Baldinucci).

[125] Politi, en el prefacio *Apologia* a su vulgarización de Tácito, advierte que en Siena se prefieren.

[126] Vannozzi, *Suppellettile degli Avvertimenti politici etc.,* III, Bolonia 1613, pp. 300-301 se queja: "Algunos acostumbran a hablar en tercera persona con aquellas personas a las que no quieren dar ni el Illustrissimo ni la Eccellenza, y les parece que éste es un gran remedio, y muy adecuado para librarse de una gran intriga: pero yo nunca lo he tenido por un remedio ni bueno ni hermoso".

[127] La *Tancia* (II, esc. 5) caricaturiza una curiosa yuxtaposición de *la Signoria Vostra* a la *voi* campesina. Cecco comienza torpemente un discurso: "Si quisiera su señoría...".

[128] Buonmattei declara: "No se dice que *amarò* no sea una voz toscana; puesto que es usada por personas eruditas, y por numerosas gentes de Toscana; sino que no es de esa lengua, de la que estamos hablando aquí", y recurre a las normas dadas por Bembo y Acarisio, quienes, como no toscanos, no pueden parecer parciales (*Della lingua tosc*., tratt. XII, cap. 37).

[129] Redi inventó el ejemplo de *luissimo*, incluido por su testimonio en el vocabulario de Crusca ('Si accorse esser lui *luissimo*'), atribuyéndolo a Giordano da Rivalto, que había utilizado un curioso superlativo del gerundio: '¿Andronne in ninferno? Sì bene, ritto, correndissimo' (G. Volpi, en *Atti Acc. Crusca*, 1915-16, p. 49).

[130] P. Giovanni da Locarno, *Saggio*, cit., p. 111.

[131] *Lambiccare, to lambicco* nace ahora, probablemente por radiación sinonímica de la ya antigua locución *distillarsi il cervello (destilar el cerebro)*.

[132] Según el etimónimo latino (*exaggerare*, de *agger*), en el siglo XVII se tiene *exagerar*, reducido en Toscana por falsa regresión a *exagerar* (ésta es la grafía dada por la Crusca desde la [3ª] edición): cf. p. 583.

[133] A. Bartoli, *Scenari inediti della Commedia dell'arte*, Florencia 1890, p. 38 y passim.

[134] La 'tarjeta' de *etiqueta* francesa, que había llegado a la corte española a través de la casa de Borgoña, había tomado la forma de *etiqueta* y el significado de 'protocolo escrito en el que se fija el ceremonial de la corte', y luego en general de 'costumbre, estilo'. Magalotti cuenta cómo, a su llegada a España en 1668, empezó a usar él mismo la palabra; y lo mismo hicieron otros en aquellos años, de modo que "cuatro jóvenes vueltos de España fueron buenos, puede decirse, para hacer la fortuna de una voz" (*Lett. scient*., ed. 1721, pp. 238-239).

[135] Croce, *Nuovi saggi sulla letteratura italiana del Seicento,* cit., pp. 330-337; Id., en *La Critica*, XXVI, 1928, pp. 385-390.

[136] Así lo afirma G.A. Mosini en el prefacio a *Diverse figure... disegnate... da A. Carracci*, Roma 1646.

[137] Calcaterra, *Poesía y canto*, Bolonia 1951, pp. 238-240.

[138] La palabra se utiliza, por ejemplo, en el Prefacio de la tragedia musical *Irene* de G. Frigimelica, Venecia 1695.

[139] Bianchini, Nota a las *Sátiras* de Soldani, Florencia 1751, p. 111.

[140] Panciatichi, *Scritti*, cit., pp. LXXXI y 177-178.

[141] "'Declá ralo amaranto, y estará de moda', dijo hace unos años el Condestable al Príncipe de Belvedere, que no se había resuelto a comprar un carruaje de terciopelo rosado para su yerno" (Magalotti, *Lett. scient*., ed. 1721, p. 109).

[142] Migliorini, *Lengua y cultura*, pp. 245-251.

[143] De los dos nombres *cià* y *tè* (que proceden de dos dialectos chinos diferentes), ahora prevalece el segundo (también por influencia francesa).

[144] Migliorini, *Del nombre propio*, pp. 141-142.

[145] *Apologia*, en la edición de 1604 de su versión de Tácito. La Crusca incluye *patrocinare* pero no *patrocinio* en la 1ª ed. del *Vocabolario* (en cambio *patrocinio* aparece también en la 3ª); en el *Dittionario* Politi incluye *patrocinare* y *patrocinio* con breves explicaciones. Cf. p. 675.

[146] N. Busetto, *Carlo de' Dottori*, Città di Castello 1902, p. 320.

[147] *Considerazioni sopra l'arte dello stile*, p. 398. Cf. lo que dice Politi contra *anagogía* y derivados: "*Anagogía*, *anagógicamente* y *anagógico* son términos teológicos, y no de este lenguaje" (*Dittionario*, s.v.).

[148] Migliorini, *Lengua y cultura*, pp. 146-148.

[149] Ronchi, en *Lingua nostra,* V, 1943, pp. 15-16.

[150] Cuando Galileo descubrió los pequeños planetas alrededor de Júpiter, a los que llamó *estrellas Mediceas* (1610), el astrónomo y geógrafo G.A. Magini, al dar noticia de ellos a Kepler, los llamó *famuli Joviales,* y Kepler (en una carta del mismo año y más tarde en la *Narratio* della scoperta di Galileo) empezó a llamarlos *satélites* (como metáfora del latín *satelles* 'guardaespaldas, bufón').

[151] G. Gabrieli, en *Lingua nostra,* II, 1941, pp. 87-91; Migliorini, *Lingua e cultura*, pp. 149-150; E. Rosen, *The* Naming of the *Telescope*, Nueva York 1947 la acuñación del nombre del *telescopio se* debe a Demisiani, y se atribuyó al príncipe Cesi por información inexacta o adulación de Della Porta).

[152] Vacca, en *Rend. Acc. Lincei,* Cl. scienze fisiche, s. 5a, XXV, 1916, pp. 30-37.

[153] *Lingua nostra,* XIII, 1952, pp. 37-39.

[154] También se observa a *Sartore como* "orador romano" en la *Feria de* Buonarroti, II, IV, esc. 13a.

[155] *Consulti*, en *Opere*, t. VI, Florencia 1726, p. 6.

[156] Es el "canapaio" *garzulär* boloñés.

[157] En la edición de Laterza de *los Ragguagli di Parnaso* de Boccalini, pp. 348 y 352-354.

[158] Véanse las formas dialectales citadas en *REW*, nº 2435, s.v. *cycnos*, *cycinus*.

[159] Sobre las voces napolitanas de Salvator Rosa tenemos un pequeño artículo de E. Rocco, en la revista *Giambattista Basile*, VII, pp. 75-76. Baldinucci (*Notizie dei professori...*, XIX, p. 7) habla de las "divertidísimas diversiones" de Salvator Rosa, y yo me inclino a ver un napolitanismo introducido por el propio Rosa entre sus amigos florentinos.

[160] *Il Mare Adriatico*, en *Raccolta di autori italiani che trattano del moto dell'acqua,* IV, Bolonia 1822, p. 467.

[161] *Colección*, cit., p. 24.

[162] *Lingua e cultura*, pp. 146-147 (para una comparación con algunos usos populares toscanos de la palabra, véase *Lingua nostra,* VII, 1946, p. 19).

[163] En las notas a *Bacco in Toscana,* Redi, a propósito de los versos "O di quel che vermigliuzzo - brillantuzzo - fa superbo l'Aretino", advierte: "Un escritor muy amable y limpio exalta la lengua francesa moderna, porque no permite los diminutivos; culpa a la antigua, porque solía usarlos; no alaba a la italiana, porque le sobran. Yo sería de la opinión contraria, y creería que los diminutivos deben contarse entre las riquezas de las lenguas, y particularmente si se usan con finura de juicio, y en lugar y tiempo. La lengua italiana hace uso no sólo de los diminutivos, sino que emplea diminutivos de diminutivos, y hasta la tercera y cuarta generación" (p. 53 de la edición de Florencia de 1685).

[164] Además, se popularizan verbos ya antiguos en *-ización*: *organizar*, que existía en la lengua desde la época de Dante, adquiere ahora el significado extensivo de 'ordenar, disponer'; *cristalizar* entra en uso como término de física (el Nuevo Testamento tenía *κρυσταλλίζειν* en el sentido de 'ser transparente como el cristal'; y quizá *cristalizar* sea formación moderna e independiente).

[165] Stigliani, en un soneto en el que satiriza el estilo entonces de moda, abunda en versos de este tipo: "il baldo nibbio... scorre indi e boemi / e l'arrostita zona e l'*annevata*; / poi giù piombando ove il terren s'*imprata* / ...." (Croce, *Lirici marinisti*, p. 19).

[166] Véase Fioretti, además del prog. 164 de l. III, el ditirambo y el "Document lo sopraddetto Ditirambo", al final de l. III: afirma allí que "el principal privilegio del ditirambo es la composición de varias voces en una sola dicción, ya que es *cimbalicrotalitmpanizante*".

[167] No faltan fuertes derivaciones arbitrarias en los poetas ditirámbicos: por ejemplo, Gualterotti (*Morte di Orfeo*, v. 121) modela *mucho la derivación,* sobre la que luego se modeló *precipitadamente* (Moneti, *La Cortona convertita*, III, st. 65): véase Natali y Migliorini, en *Lingua nostra*, XVIII, 1957, p. 55.

[168] Véase, además de mi mención en *Essays on the Language of the Twentieth Century,* pp.26-27, la sólida monografía de A.G. Hatcher, *Modern English Word-Formation and Neolatin*, Baltimore 1951, donde está muy bien documentado el origen de esta -*o*- del griego para el término en latín científico.

[169] "Cada uno puede extraer de él [del latín] lo que necesite, excepto su deber de juicio y de uso" (D. Bartoli, *Il Torto e il Dir.*, obs. CCXIII).

[170] El P. Spadafora, en *Prosody*, da *Olympionice como* palabra llana.

[171] [F. Cionacci], "Vita di B. Fioretti", prefacio a *Osservazioni di creanze*, autor Udeno Nisieli, Florencia 1675, p. XXIII.

[172] Estos versos del *Malmantile* de Lippi (VI, st. 87-88) pretenden burlarse del abuso de los términos legales: "ed io sarei stimato anc un Marforio / a consentire a un atto perentorio. / Porque siempre de iure prima si cita / l'altra parte a dedur la sua ragione; / poi se ella è in mora viensi a un'inibita / e, non giovando, alla comminazione, / che in pena caschi delle forche a vita: / e se la parte innova lesione, / allora può condennarsi, avendo dared / di far, causa pendente, un attentato.

[173] *Lengua y cultura*, p. 151.

[174] Franzoni, L'*Oracolo della lingua d'Italia,* cit., pp. 110-111.

[175] "Afirmo que me he servido de muchas voces extranjeras, pero no involuntariamente, sino porque me han parecido más significativas que las otras, y de mayor fuerza para explicar los conceptos de las materias que trato...". (G. Frachetta, *Il seminario dei governi*, Venecia 1613, Introducción).

[176] M. Buonarroti el joven en una cicalata (*Prose fior*. III, I, p. 28) hace notar que los barbarismos, que quieren entrar en una procesión de máscaras, son tenidos en asco por los Académicos "que rigurosamente, como sabéis, ven la lengua irse al garete por su introducción, y tienen un fastidio con estas nuevas palabras *regali*, *viglietti*, *stipi*, *gabinetti*, *bauli*". Y Dati (en el discurso *Dell'obbligo...*): "Que sea por algunos modernos que de repente, sin necesidad y sin gracia, insertan en sus composiciones voces latinas, españolas, francesas, románicas y lombardas.

[177] Recurrimos principalmente a los escritos citados de Croce y Zaccaria (*Elem*. *iberico*).

[178] Croce, *Storia dell'età barocca, cit.*, pp. 389-390; *Nuovi saggi sulla letteratura italiana del Seicento,* cit., pp. 247-248.

[179] Zacarías, *Elemento ibérico*, pp. 39-40 y 429-430.

[180] Ya C. Corte, *Il cavallerizzo*, 1573, tiene: "enseñar al *caragol*, sobre el caracol".

[181] Croce, en *Arch*. *trad. popol*., XIV, pp. 187-201 (reimpreso en *Aneddoti di varia letter*., III, pp. 198-211).

[182] *Lingua nostra,* XIII, 1952, p. 50.

[183] Prati, *Voc. etim.*, s.v.; en España *cuartel* sólo aparece más tarde (Corominas, *Dicc*. *etim*. *critico*, s.v.).

[184] Frugoni, *Del cane di Diogene*, Venecia 1687 y ss., III, p. 363, VII, p. 309 culpa a la cosa; Magalotti, en una carta de 1690, defiende la palabra.

[185] En 1615, Marino señalaba en París esta extraña costumbre: "mantienen otra cabeza postiza con pelo postizo, y se llama *peluca*" (*Epist*., I, p. 198). En 1681, Redi, escribiendo a Carlo de' Dottori (*Opere*, IV, Florencia 1731, pp. 112-113) daba el significado de "postizo" y las formas de *peluca* y *peluca como* normales en Florencia: "Es cierto que hay algunos jóvenes remilgados que dicen *perruca* para acercarse al francés original: pues les da náuseas todo lo que no venga de Francia y no huela a francés". Pero los temores de que esta forma se impusiera resultaron infundados.

[186] *Ramparo* 'terraplén' es aceptado por muchos, pero rechazado por otros (Redi escribe a Magalotti: "Ma perché vuol ella [en una canción] dire *rampari*, essendendo la voce *ripari*?", lett. del 1 de marzo de 1682-83), y finalmente no arraigó.

[187] "Quisiera aún que no fuésemos tan rencorosos como para no admitir muchas expresiones nobles tomadas de lenguas extranjeras, que todos los que conocen esas lenguas, veo que se les hace para traducirlas a la nuestra, un argumento de su fuerza, o nobleza. Se me ocurre ahora: *poner una tienda sobre la alfombra*, que los franceses dicen de la alfombra de la mesa del consejo, me parece un poco más noble, que nuestra *puesta sobre la mesa*" (Magalotti, lett. de 1677 a Redi: I, p. 223).

[188] Otras adaptaciones de Marino son mucho más arbitrarias: *fusetta* por *fusée*, *pavese* por *pavé*. Recordemos que Baldelli ve en los afrancesamientos "la novedad más fuerte del léxico de *Adone*" (*Atti 2° congr. Studi ital.*, Firenze 1958, pp. 148-151).

[189] Que sin embargo encontramos aún viva en *la laa* piamontesa.

X

EL SIGLO VII

1. Límites

Por siglo XVIII entendemos con Croce "culturalmente, aproximadamente, el siglo que va del último cuarto del siglo X al final del tercer cuarto del siglo X".[1] Una fecha característica -y que podría considerarse como inicial- es la de la fundación de Arcadia (1690), mientras que al final, cabe destacar la fecha de la supresión de la Crusca por decreto de Pietro Leopoldo (1783) y, capital, la de la invasión francesa (1796).

A mediados de siglo, el año de la Paz de Aquisgrán (1748) marcó una importante demarcación: a partir de entonces, la península prosiguió más activamente la búsqueda de una vida mejor civilizada; hasta que las consecuencias de la Revolución Francesa la arrojaron de nuevo al torbellino.

2. Acontecimientos políticos

En las primeras décadas del siglo Italia se vio envuelta en numerosas guerras, mientras que desde el Tratado de Aquisgrán hasta la invasión francesa hubo un largo periodo de paz. Los territorios de la Casa de Saboya se extendieron hasta el Tesino; la anexión de Cerdeña (1718) fue importante, porque la vida administrativa y cultural de la isla, que hasta entonces se había desarrollado en español, se orientaba, aunque muy lentamente, hacia el italiano.

En este siglo se extinguieron las dinastías de los Gonzaga, Farnesi, Médicis, Cybo y Estensi, con cambios en el orden político-territorial.

Los ducados de Milán y Mantua pasan a manos austriacas (mientras que Valtellina sigue en poder de los Grisones). Dos dinastías borbónicas se instalan en Parma (1731) y Nápoles (1734). En Toscana, Francesco Stefano de Lorena se convirtió en gran duque (1737), pero la influencia lingüística francesa de sus cortesanos loreneses duró poco: la orientación política austriaca pronto predominó en Toscana, debido al vínculo matrimonial entre los Lorena y la Habsburgo María Teresa.

Mientras Lombardía, Toscana y los napolitanos emprendían más o menos rápidamente el camino de la reforma, los antiguos estados no dinásticos (los Estados Pontificios, Génova, Lucca, Venecia) no podían o no querían acceder. Génova, impotente para dominar la enésima insurrección de Córcega, más peligrosa por estar dirigida por un hombre de fuerte carácter, Pasquale Paoli, cedió la isla a los franceses (1768); pero quizá los corsos no habrían dado la espalda a la cultura y la lengua italianas, predominantes hasta entonces en exclusiva, si el hombre que iba a cambiar la faz de Europa en nombre de Francia no hubiera nacido en Córcega.

Gran parte de Istria, partes de Dalmacia y Albania y las islas Jónicas siguen en manos de la República de Venecia.

El peso de Inglaterra, convertida en potencia mediterránea, se hacía sentir ahora en los mares italianos. La Guerra de Independencia americana (1776-1783) provocó ecos considerables; y la Revolución francesa fue mucho más fuerte. Pero la agitación comenzó con la campaña italiana de Bonaparte (1796) y todas sus consecuencias.

3. Vida social y cultural

El cosmopolitismo del que tantos se enorgullecen significa, en esencia, el reconocimiento de que Italia ha perdido su primacía cultural en Europa y que es necesario ponerse a la altura de los demás países europeos, y especialmente de Francia, adoptando sus opiniones

y costumbres. Pero esta corriente general sólo afecta directamente a las personas más cultas, y de manera nada uniforme: a las capas más bajas de la sociedad sólo llega lo que se filtra a las clases cultas.

La comparación con la situación en Francia e Inglaterra hace sentir la falta de cohesión de los italianos, la falta de una capital, de un centro al que todos pertenezcan.[2]

Las divisiones entre estado y estado dificultan la circulación de personas e ideas. Si Alfieri quiere "spiemontizzarsi", es decir, italianizarse plenamente, en la comedia piamontesa *Il conte Pioletto* "surge la sensación de lejanía, distanciamiento y contraste hacia los habitantes de las otras partes de Italia. *El conde Piolett se* estremece al ver a Pippo haciendo un gesto como si desenvainara su espada: "¡Alla larga! D' volte *sti italiano* a pôrto d' stilet'".[3]

El racionalismo en sus diversas vertientes (cartesianismo, Ilustración, sensualismo) es, con mucho, la corriente predominante, no sólo en los pensadores, sino en quienes los repiten y refritan. El método experimental se impone al peripatético, y la visión del mundo es predominantemente naturalista y racionalista.

Los mitos que dominan el siglo son los de la Razón, de la Naturaleza, de la Humanidad. La oposición entre *razón* y *sentimiento* se elabora ahora y penetra en el pensamiento y el discurso cotidianos.

Algunos grupos, entre los que cabe mencionar en particular el grupo *Café*, están a la vanguardia de la promoción de una cultura basada en "cosas" y no en "palabras", difundiendo la "ilustración" y acabando con abusos y prejuicios. Los filántropos entienden la mejora social, sobre todo, como un principio del bienestar material.

El catolicismo fue atacado desde diversos flancos: por los racionalistas, los jansenistas, los jurisdiccionalistas; y un orgulloso revés fue la supresión de la orden de los jesuitas, que el Papa tuvo que permitir. La masonería penetró en Italia, al principio con fines predominantemente humanitarios, al estilo inglés; más tarde, sin embargo, con intenciones jacobinas y actividades decididamente pro-francesas.

Las reformas exigidas por la Ilustración encuentran eco en la cúspide, en los principios reformadores: se suprimen instituciones y costumbres anticuadas, con considerables avances en la vida civil, sobre todo en Lombardía y Toscana. Mientras la nobleza, en su mayor parte, observa a regañadientes y la plebe, pasivamente, la burguesía está en alza. Se produce un marcado retorno a la tierra, con numerosas obras de recuperación (Val di Chiana, etc.) y mejoras en los cultivos.

En la vida cultural, las academias locales siguieron ejerciendo cierta influencia. Pero junto a ellas surgió la Arcadia, que con sus "colonias" fue la primera en cumplir la tarea de una academia nacional, propagando su enseñanza estilística y su hedonismo cortés en las distintas ciudades. En la segunda mitad del siglo, las academias orientadas a la utilidad social se multiplicaron con estudios agrarios, económicos y civiles (recordemos al menos la Georgofili, Florencia 1753, y esa academia de nuevo estilo que fue la Società dei Pugni, Milán 1761).

La vida social se anima en las "conversaciones" celebradas en los salones de la nobleza y la burguesía. Numerosos ensayos, a veces en forma de diálogos, se encargan de difundir la cultura. Y la labor de *periódicos* y *gacetas adquiere* cada vez más importancia (en Venecia se funda el primer diario, la *Gazzetta di Venezia*).

Con la moda de las colectas (con motivo de bodas, esponsales, etc.), la poesía y el ejercicio del lenguaje poético se convirtieron en cierto modo en una obligación social; y la moda de los improvisadores hizo también de la poesía un juego social.

En cuanto a la música, hay que recordar la gran importancia que asume el melodrama: Metastasio da el ejemplo de un lenguaje extremadamente sencillo y claro.

El comercio se encuentra en tal estado de desarrollo que Baretti lo considera "la enfermedad del siglo", y Alfieri dedica una sátira (la XII) a "la deidad de este siglo borsal" (v. 2).

En la industria, se está iniciando la transición de la fase artesanal a la fase mecánica. Comienza a utilizarse la hulla.

Las ciencias naturales y experimentales se practican con fervor, en algunos casos con resultados notables (Galvani, Volta). Y se mantienen estrechos contactos con científicos de otros países (con repercusiones considerables en las nomenclaturas de diversas ciencias, que gracias a los intercambios llegan a ser muy similares en todos los países cultos).

No existe aún esa separación entre hombres de letras y hombres de ciencia que la especialización impondría más tarde: pensemos en un Manfredi o un Mascheroni, científicos y poetas.

En medicina aparecieron nuevos procedimientos, como la inoculación (de la viruela humana) y, a finales de siglo, la vacunación (de la viruela vacuna).

Los primeros experimentos aeronáuticos despiertan gran curiosidad.

Muchos extranjeros viajan a Italia, muchos italianos viajan y se quedan en el extranjero. A la curiosidad por las cosas francesas e inglesas (que en algunos se convierte en francomanía o anglomanía), se añade la curiosidad por los países exóticos (China, etc.).

4. La lengua hablada

¿En qué medida y de qué manera se hablaba italiano fuera de Toscana? Poco, debido al predominio de los dialectos; y mal, debido a la dependencia del uso hablado de un uso escrito muy fluctuante. Escuchemos lo que dice Baretti, aunque el testimonio sea caprichoso y un poco demasiado colorista:

¿Dónde está la ciudad, la corte, el lugar en Italia, en el que se habla con corrección, vivacidad, variedad y elección de palabras y frases sólo mediocres? En cada una de nuestras tierras, desde Novalesa en las estribaciones de los Alpes hasta Reggio di Calabria, existe un dialecto particular, del que cada habitante respectivo, ya sea grande, pequeño, noble, plebeyo, culto o no, hace uso constante en su conversación diaria tanto dentro de su propia familia como fuera de ella. Y cuando ocurre que alguien quiere alejarse de los demás hablando, ¿cuál es su recurso? Ay, que tuscaniza su dialecto al punto, ¡al punto! Y como no ha frotado de buena mañana su memoria con la lectura estudiada de nuestros buenos escritores, llega a formar un lenguaje arbitrario, porque no tiene prototipo: un lenguaje tan impuro y disímil y bizarro en sus voces, en sus frases, en su pronunciación, que es justo que, al oírlo, todo el mundo se horrorice, o se estremezca, o tiemble, si posee el menor asomo de esa cosa, que ya he dicho, llamada "gusto por el lenguaje".[4]

En Roma, basta con oír la "mala lengua" que los Arcadi hablan entre ellos en el Bosco Parrasio (y luego el discurso se desvía hacia la "lengua hablada y escrita en la Roma de hoy"). En las demás grandes ciudades, los que quieren "hablar un poco menos plebeyo que de costumbre" hacen su propio "toscaneggiamento di ca' del diavolo". En Francia, incluso en los "individuos más bajos" "el cianciar familiar va muy raramente sin su porción suficiente de propiedad y elegancia" (p. 461); no así en Italia; donde además "quien se esfuerza fuera de Florencia por hablar toscano, como todo hombre de bien debe hacer [...] es considerado por la mayoría como un afectado, un tuttesalle, un sputacuiussi" (*ibíd.*). En la propia Toscana, la población, no numerosa ni "grande", poco dada a la lectura, ha decaído, y con ella la lengua "de tal manera que la conversación común de Florencia me sucede hoy en día de un nervio tal, de un dolciato tal, de una flojedad tan miserable, que una población de eunucos se avergonzaría de ella, si la tuviera" (p. 464). Pero el juicio de Baretti sobre esta "linguerella" (p. 465) es ahora evidentemente un juicio estilístico-literario, no lingüístico.

Quedan otros testimonios sobre el italiano hablado, desgraciadamente menos numerosos de lo que nos gustaría.[5]

En cuanto a la Toscana, Salvini se queja de la pronunciación *béne*, *témpo* con vocal cerrada, de "algunos affettatuzzi florentinos" (nota a la *Tancia*, I, sc. 4), lamenta que *magnare* tienda a sustituir a *mangiare* (*ibid.*)[6] y que *fazzoletto*, *uffiziolo*, *saccoccia* tiendan a suplantar a *pezzuola*, *libriccino della Madonna*, *tasca (*nota alla *Fiera, III*, IV, sc. 11).

En el famoso artículo que tanta polémica suscitó, el padre Onofrio Branda ensalza la pronunciación de los toscanos:

ni me cansé de alimentar... el oído de aquel habla, que en boca de las familias de los posaderos y de los mozos de litera, que nos guiaban, me parecía superar en dulzura, gracia y toda gracia a aquel lenguaje pedante, que sentíamos llamarse toscano, tanto más agradecido y dulce como el sonido de una armoniosa cítara, que el estrépito de olvidados tambores.[7]

En Pisa, Algarotti captó expresiones del toscano hablado que le parecían "vivas y bien": *cima* (de col), *cesto d'insalata*, *raspìo*, *tramenìo*, *schioppettìo*, etc. (carta a Antonio Niccolini, enero de 1763),[8] y de Alfieri sabemos cuánto admiraba y se esforzaba por imitar al florentino y al sienés hablado.[9] Pero casi siempre los elogios o reproches al toscano hablado deben vincularse a su uso en la lengua escrita, y los elogios o reproches al florentino del siglo XIV, al florentino de la Crusca.[10]

En las ciudades y el campo del Norte y el Sur, la gente suele hablar en dialecto:[11] y no sólo el pueblo llano (Balilla -si es que existió- gritó su frase incitadora en genovés y no en italiano), sino también la burguesía y la nobleza: sólo excepcionalmente (en presencia, por ejemplo, de extranjeros) la lengua de conversación es el italiano veteado de dialecto;[12] en ocasiones más solemnes (oraciones, sermones, arengas y similares) predomina el italiano tal y como se escribiría.[13]

Hay, sin embargo, algunas excepciones notables: en las cortes vénetas, las arengas se hacen en un ilustre dialecto véneto, intermedio entre lengua y dialecto.[14]

Y también los predicadores, si quieren ser comprendidos por los fieles, deben mantenerse entre la lengua y el dialecto.[15]

5. Escritos en verso y escritos en prosa

Se mantiene una distinción muy clara, en la práctica y en la teoría, entre los escritos en verso y los escritos en prosa, a través de varias peculiaridades gramaticales, léxicas y estilísticas, admisibles sólo en una u otra categoría: y los tratadistas consideran que esta distinción es una dotación conspicua del italiano, en comparación con el francés, que casi no tiene rastro de ella.[16]

Las primeras décadas están dominadas por la Arcadia, de gran importancia por los principios que propugnaba: la reacción al secentismo y, por tanto, al abuso de las traducciones, la vuelta al canon de la imitación (de los clásicos y de Petrarca), el culto a la pericia formal; pero aún más por haber difundido este programa entre los literatos de toda Italia, introduciendo la poesía en las costumbres sociales. Si de ello no nacieron obras maestras, fue un esfuerzo bien concertado que contribuyó a reducir las tendencias particularistas.

Ahora florece la canzonetta, un poema de muy escasa consistencia que, sin embargo, con la ayuda de la música, puede llegar al pueblo. Ennoblecida por poetas de mayor alcance, la canzonetta se convertirá en oda (y los versos resbaladizos favorecerán la adopción de latinismos).

Tras el "estruendo" de Frugoni y sus seguidores, la poesía se hizo cada vez más "neoclásica", decorosa y llena de alusiones al mundo grecorromano (Savioli, Parini, y luego Monti).

La reacción a Arcadia desacredita en el gusto general algunos módulos de su parafernalia poética: ciertos tópicos mitológicos, como las *monjas castas*, *el Apolo rubio,* etc,[17] el abuso de lánguidos diminutivos,[18] y, en general, todo el *pastoreo*.[19]

Los versificadores descriptivos y didácticos oscilan entre cierto realismo y el gusto por la perífrasis. En el lirismo político, algunos toques realistas se mezclan con disfraces clásicos.[20] Y no pocas veces aparecen nombres extranjeros, a veces con terminaciones italianas, pero casi siempre en su forma original.[21]

Las traducciones en verso tienen una importante función mediadora: incluso más que las de las lenguas clásicas,[22] las que proceden de lenguas extranjeras. Cesarotti recuerda los esfuerzos que tuvo que hacer para traducir las canciones de Ossian:

> Sin un ejemplo que me sirviera de escolta, con una lengua fértil sí, pero histerizada por la tiranía gramatical, tuve que recurrir a una pantalla particular e inventar vislumbres y actitudes de nuevo cuño.[23]

El lenguaje teatral de Maffei (*Merope*, 1714) presenta un vocabulario poético sostenido pero sencillo. Esta simplificación alcanza su máxima expresión en los melodramas de Metastasio: el vocabulario poético es tradicional, pero, para ser inteligible a un público más amplio, el poeta evita las palabras raras y arcaicas; las palabras siguen teniendo su importancia, y no se reducen, como sucedería más tarde, a un mero apoyo para la música. No hay que olvidar la inmensa fortuna que tuvieron durante mucho tiempo los melodramas metastásicos: aún hoy, algunos fragmentos de estrofas metastásicas siguen siendo de uso común.[24]

En las antípodas del lenguaje armonioso y a veces vacuo de los melodramas de Metastasio se encuentra el de las tragedias de Alfieri, denso, áspero, netamente individual.

En prosa, se advierte en primer lugar la menor importancia en este siglo de las obras que aspiran a la belleza formal frente a las históricas, políticas, económicas, jurídicas, naturalistas: en suma, las que persiguen la utilidad social:[25] y observamos que los autores de estas obras también son llamados *hombres de letras*.

Esta actividad se desarrolla en toda Italia, pero con especial intensidad en el norte y Nápoles.

Se abandona la vacua chispa de la prosa del siglo XVII, pero hay quien apunta al siglo XIV (como muchos napolitanos, incluido Vico), quien apunta al siglo XVI (como Muratori). Baretti, siempre imaginativo en la elección y acuñación de las palabras, conserva una pizca de sus ejercicios juveniles berneses.

En todos ellos, la influencia francesa se deja sentir a medida que nos adentramos en el siglo; incluso los que quisieran defenderse consiguen evitar los afrancesamientos léxicos, pero abrazan los periodos cortos y la construcción directa.

Sintomático es el caso de Algarotti, muy sensible al empuje de las modas: a través de sus propias declaraciones y de los tres borradores del *newtonianismo* vemos las diversas etapas por las que pasó: alumno de los dieciséisistas al principio, seducido luego por "lo ultramontano y el fantasticismo de lo ultramontano",[26] más tarde se convirtió en un "abogado de la propiedad" estudiando a los catorceuristas (*ibíd*.), pero en definitiva siempre un defensor del principio de que "quien dice... cosas útiles y buenas a la sociedad civil, puede prescindir de las bellas palabras".[27]

A finales de siglo, predominan los colores prerrománticos.

La historiografía se está convirtiendo en una obra de erudición más que en un ejercicio de oratoria: basta recordar el nombre de Muratori. Y abundan las obras de anticuario y, en general, las obras de erudición.

El lenguaje forense suele ser muy bárbaro, debido a la abundancia de latinismos y tecnicismos y a la complicada subordinación;[28] conectado como está con las costumbres y la legislación de los distintos Estados, presenta considerables variedades de términos en diferentes lugares.[29]

Un nuevo campo de actividad es la economía; en los escritores de esta disciplina se aprecia un esfuerzo por superar el lenguaje tradicional, con sus periodos complejos y su vocabulario genérico, apostando por un lenguaje concreto y preciso, llano y accesible.[30]

Se escribe extensamente sobre cada tipo de ciencia y cada rama de la tecnología, con apego concreto a las miles de cosas de las que se ocupa. Los naturalistas buscan la sencillez y la inteligibilidad, dejando de lado "las descripciones pomposas y las frases turgentes y rebuscadas".[31] Por otra parte, el lenguaje científico no tiene aún la concisión a la que llegará más tarde,[32] ni está tan desligado del lenguaje literario que no pueda permitirse ciertas elegancias.[33]

Vallisnieri, Cocchi y Spallanzani tienen páginas de prosa científica escritas con estilo artístico. Los tres elegantes diálogos de Francesco Maria Zanotti *Della forza dei corpi che chiamano viva* (Bolonia 1752) están vinculados a la tradición de los diálogos galileanos, mientras que el *newtonianismo* de Algarotti remite más bien a Fontenelle.

La comedia tiene poco vigor: y la causa reside sobre todo en la falta de un lenguaje de conversación válido para toda Italia (cf. § 4). Las comedias de Fagiuoli, Gigli y Nelli tienen el único mérito de la toscanidad; las comedias de Goldoni carecen -a diferencia de sus comedias dialectales- de espontaneidad. En el prefacio a la primera colección de sus comedias (1750), afirma que no tuvo "escrúpulo en utilizar muchas frases y voces lombardas" (= italiano del norte) "para la comprensión incluso de los plebeyos más bajos" de las ciudades septentrionales en las que iban a representarse; en cuanto al estilo, intentó que fuera "el apropiado a la Comedia, es decir, sencillo, natural, no académico y elevado" (I, p. 773 Mondadori). A pesar de la aparición de numerosos dialectalismos[34] y de formas literarias raras y pedantes,[35] consigue infundir incluso a las comedias su admirable sentido del "habla".[36]

Las traducciones del francés son innumerables y en cantidad superan con creces a las de cualquier otro idioma. Las hay de todo tipo, desde literatura divertida hasta textos científicos, y sin duda contribuyeron mucho a popularizar las construcciones y el vocabulario franceses.

6. Debates sobre la norma lingüística

La elaboración de un nuevo gusto lingüístico general es extremadamente laboriosa, ni quienes discuten sobre la norma lingüística se dan cuenta siempre del carácter ideal de esa norma[37] y del alcance de los cambios que se preparan.

Detengámonos un momento para señalar los puntos más discutidos.[38]

La principal disputa se plantea entre los partidarios y los detractores del "scriver toscano" (es decir, el toscano del siglo XIV, tal como aparecía principalmente en Boccaccio y se codificaba en el *Vocabolario della Crusca,* que entretanto había publicado su cuarta edición, 1729-1738).

A pesar de la acción restauradora de Arcadia en favor del principio de imitación, muchos se preguntan por qué la imitación debe dirigirse a escritores tan alejados y poco formados del gusto dominante. El toscanismo interesa en dos aspectos, el léxico (los arcaísmos de los decimoterceros y decimocuartos y la posibilidad de seguir utilizándolos) y el sintáctico (complejidad y duración de los periodos, orden inverso seguido a menudo por los decimocuartos).

Otro punto muy controvertido es el de los afrancesamientos. Partimos de un hecho, que es la muy fuerte penetración en el uso común (hablado y escrito) de formas y construcciones francesas. En contra de este consenso, muy amplio y poco razonado, se mueven algunos valedores: no hay, por otra parte, puede decirse, nadie que adopte una posición explícita en defensa de los afrancesamientos. Pero los resultados finales fueron en conjunto contrarios a los rigoristas.

En el sur de Italia, la escuela de Lionardo di Capua en Nápoles había suscitado un amplio movimiento pro-potoscano. Como consecuencia de ello, narra Galiani,[39] "se resolvió abrazar con fervor, no el italiano común, sino el franco idiotismo toscano [...]; todos se entregaron a volcar vocabularios, gramáticas y reglas del buen hablar toscano". A esta corriente se debe el tratado de Niccolò Amenta, *Della lingua nobile toscana* (Nápoles, 1724).[40] y la reedición de algunos autores del siglo XIV y de los *Avvertimenti* de Salviati (Nápoles 1712); a esta corriente debemos también un fuerte impulso de la actitud de Giambattista Vico hacia el siglo XIV.[41] "El eruditísimo signor Lionardo da Capova", dice Vico (*Autobiografía*, p. 21), "había vuelto a poner en prosa la buena favella toscana, revestida toda ella de gracia y gracejo..." En la "necesidad" que sentía "de hacer su propia especia de favellare" (*ibid*., p. 227), Vico recurre estudiadamente no sólo a latinismos, sino también a voces del siglo XIV como palabras de la edad "heroica" del lenguaje. "De ahí el carácter particular del purismo de Vico, que no es sólo el purismo de Lionardo di Capua y Niccolò Amenta, sino el purismo de un espíritu vuelto hacia el pasado y deseoso de conservar su voz en su página."[42] De ahí el uso de palabras arcaicas como *appellagione*, *assemprare*, *avacciare, avolio*, *calogna, calognare*, *danaio*, *negghienza*, etc.; de ahí las correcciones que Vico hizo en la *Scienza nuova primero* y luego transmitió en obras posteriores: cambió *anatomia* por *notomia*, *delicato* por *dilicato*, *magistrato* por *maestrato*, *proprio* por *propio*, etc.[43]

Esta búsqueda estudiada de flosculi del siglo XIV no era del agrado de un cruzado como Anton Maria Salvini, que se quejaba de ciertos "napolitani" de su tiempo que "querrían la Lingua Toscana, una lengua muerta, por no tener la molestia de estudiar, salvo los Libros de un solo siglo", sin tener en cuenta que la afectación es siempre un vicio; y que "Sallust fue criticado como un rebanador de voces antiguas".[44]

En la misma Toscana, el lucchese Donato Antonio Leonardi y Matteo Regali, en Dialogo *dell'Arno e del Serchio y Dialogo del Fosso di Lucca e del Serchio* (Lucca 1710), disputaron la autoridad de la Crusca en varios puntos de ortografía (*pruova*, *esercizzi*, *giugnere* etc.); y un pendenciero y bizarro sienés, Girolamo Gigli, hizo la guerra a la Crusca con su *Vocabolario Cateriniano* (1717 ss.). Acusaba a la Accademia, que había aceptado tantas voces florentinas antiguas, de haber descuidado en cambio las obras de santa Catalina de Siena en absoluto, incluyéndola incluso entre los autores citados.[45]

En el norte de Italia, el veronés Giulio Cesare Becelli se anticipa a Cesari preguntándose en cinco diálogos *Se oggidì scrivendo si deve usare la lingua italiana del buon secolo* (Verona 1737), y concluye que "quasimente tutti al dì dì dì oggi nelle rime imitano la lingua de' maggiori nostri; dunque si dee altresì nelle prose la lingua de' maggiori nostri imitare".

Ese mismo año, un abogado veneciano, Giovanni Antonio Querini, atestigua que "el Secolo, igual que es delicado en el lujo, también lo es en las letras; quiere Crusca, quiere estilo, quiere lo que no sabe que quiere".[46]

Esta moda es satirizada por la tragicomedia del padre Francesco Arizzi, *Il Toscanismo e la Crusca* (Venecia, 1739), que presenta a Cruscanzio, Seicentuccio, Neutralio y Anticrusco, que compiten por obtener la mano de Cruschetta, hija de ser Toscanismo: el simulacro de Boccaccio acaba entonces dando la razón a Neutralio.[47]

Otros cultivan más bien a los del siglo XVI: según una carta de Algarotti (15 de mayo de 1747) "esa devoción que antes había en las clases de filosofía hacia Aristóteles, parece haber pasado actualmente a las clases de gramática y retórica hacia Bembo y esa escuela".

En varias cartas a amigos, Algarotti se detiene en las tendencias a las que él mismo obedecía y que se reflejan en las tres ediciones del *Newtonianismo* (cf. p. 630). Con respecto a los Crusca, su actitud siguió siendo siempre sustancialmente hostil, como se desprende de numerosas alusiones en sus cartas.[48]

La oratoria forense y eclesiástica también apostó de buen grado por los adornos en los toscanos de los siglos XIV y XVI.

Baretti (carta a Carlo Antonio Tanzi fechada el 19 de abril de 1758) atribuye la toscanización de ciertos clérigos a su vanidad: "¿No oyes sus vocabularios cruscantissimo? sus frases del siglo XVI? sus bellos periodos en estilo certaldese?". Escuche cómo Bettinelli satiriza a tales predicadores:

Otros, la mejilla
polita siempre y siempre encrespa la crin
con gracia en cifras comparativas
El sumergido en Arno astutas palabras;[49]

y Mascheroni más severamente:

Otros estudiaron durante toda una década
que tiene mucha escoria en puras frases aceptadas,
de Certaldo y Etruria onor primiero;
y hace una colección de lemas florentinos,
Y el pan celestial adulterando incrustaciones
a la brigada horrevolente, que lo escucha.
Admiro la graciosa lengua etrusca;
Culpo a ese tedioso empapamiento
Que cada pensamiento de frases desconocidas oscurece.
El Gran Vocabulario cada momento
cuadrarse para saber
del evangelio que recorre el sentimiento.[50]

El padre milanés Onofrio Branda, en su diálogo *Della lingua toscana* (Milán 1759), después de haber elogiado el uso toscano vivo (cf. la cita de la p. 625), proclama la necesidad de evitar los arcaísmos, y elige como modelos para la prosa a dos escritores del siglo XVI muy próximos al uso vivo: Casa y Caro.[51]

Pero la oposición más radical al culto del siglo XIV y a la Crusca provino del grupo milanés de la Ilustración. Alessandro Verri hace en el *Caffè* (julio de 1764) su "solemne renuncia a la pretendida pureza de la *favella toscana*" declarando su hostilidad a los "aburridos riboboli" (tomo I, pp. 30-31);[52] y otros artículos suyos y de otros se hacen eco.[53]

Otro orgulloso opositor es Giuseppe Baretti, en varios de sus escritos sobre lo que debería ser la norma del lenguaje.[54] Su gusto, sus reflexiones sobre las demás lenguas europeas que conocía y la influencia de sus amigos ingleses le llevaron a reclamar una lengua viva y expeditiva también para los italianos, que pudiera expresar las necesidades de toda la nación. Pero para ello había que apuntar a las cosas y no limitarse a cubrir el vacío con meras elegancias del lenguaje.

Su abierto reconocimiento de la esencial toscanidad de la lengua literaria, y el hecho de que en Florencia se hable un dialecto más elegante y "escribible", no le impiden culpar a los florentinos cuando escriben,[55] Según Baretti, el *Vocabolario* está lleno de "stomachevoli vocaboli e modi di dire, parte tratti da molti de' loro ribaldi prosatori e poeti, e parte raccolte ne' chiassi e lupanari di Firenze" (*Frusta*, n. XVIII). XVIII); tiene una vacua riqueza de palabras que no se pueden utilizar porque son arcaicas, o viles, o demasiado específicamente locales, o sucias; tiene demasiadas palabras duplicadas o incluso triplicadas (como *abbadessa, abadessa*, *abadesa*). La Crusca se equivoca al prescribir como modelo "no sólo cada paroluzza que actualmente sale de la boca de esa gente, sino incluso cada pequeño ette que se encuentra en sus numerosos y mezquinos escritos". Y la admiración que los primeros académicos no equivocadamente tributaron a Boccaccio tuvo como consecuencia que éste, "sin culpa suya, ha sido la ruina de la lengua de Italia, es más, ha sido la causa primera de que Italia no tenga todavía una lengua buena y universal": "el carácter artificialmente latino" de Boccaccio y de otros escritores antiguos hace "que no haya habido ni habrá modo de hacerla leer universalmente y con placer por nuestro pueblo" (*Frusta*, n. XXV).

Baretti justifica de diversas maneras el hecho de que reprochara tanto a Boccaccio y a los demás antiguos que "no siguieran *el orden natural de las ideas* en sus respectivos

estilos" (*Frusta*, n. IV): ahora lo achaca a la "naturaleza de la lengua toscana" (*ibid*.), ahora, más correctamente, a la influencia latina.[56]

Alfieri había recurrido al toscano hablado, al "bello idioma", desde 1776 en su esforzada búsqueda técnica para acostumbrarse "a hablar, oír, pensar y soñar en toscano" (*Vita*, IV, 2); y alternaba lecturas de los clásicos y observaciones sobre la lengua viva.[57]

Casi tres años después del decreto de Pietro Leopoldo por el que se suprimía la Accademia della Crusca (véase § 7), Alfieri compuso el conocido soneto en Colmar, el 18 de marzo de 1786:

El suave lenguaje sonoro y puro,
Por el que las arenas de Arno se volvieron doradas,
Ahora yace huérfano, afligido e inseguro;
Desprovisto del que arrancó su flor más bella.
Cetro boreal, inexorable, duro,
su madre extingue; y una madrastra crea
Que ilegítimo y oscuro,
que rico el otro y claro el fea.
La antigua madre, es cierto, está abarrotada de inercia,
tuvo sus artes descuidadas durante muchos años:
pero para ella quedó la sombra del gran nombre.
Italia, a cuyas infames garras estás siendo conducido
¡que no sea por los godos en absoluto!
¡Tus voces desnudas también están prohibidas!

No puede decirse que el soneto contenga una aceptación del punto de vista de los Cruscanti,[58] sino más bien un sincero pesar por un noble edificio que fue objeto de vandalismo.

El antirregorismo encontró su representante más típico en Melchior Cesarotti. En 1785 se publicó en Padua un tratado firmemente concebido, el *Saggio sopra la lingua italiana,* que se reimprimió en 1800 con el nuevo título *Saggio sulla filosofia delle lingue* y la adición de algunas notas.

El tratado, breve y conceptual, pretendía sobre todo acabar con ciertos prejuicios viciosos y hacer que la lengua fuera "sabiamente libre". Los libros primero y segundo constituyen un tratado de lingüística general; en el tercero, el autor considera más de cerca las condiciones italianas. "La lengua escrita", dice (III, 3,4), "debe considerarse como el dialecto particular de una nación no circunscrita a ninguna ciudad, sino extendida por todas las partes de Italia, una nación formada por la flor de los hombres cultos de las diversas provincias, que se gobierna a sí misma como una república, que tiene los mismos principios reguladores para todo, y cuya libertad no reconoce otras limitaciones que las de la razón". "Pero si una nación separada en diferentes provincias, sin una capital que ejerza jurisdicción monárquica sobre las demás, tiene un dialecto principal y una lengua común, no puede decirse que el uso, incluso general, del dialecto principal esté autorizado por el consentimiento de la nación, y aceptado en la lengua común" (III, 11, 1).

Tras demostrar que Italia debe "liberarse para siempre del vínculo de las palabras estampadas como los insurgentes de América se liberaron del vínculo del papel" (IV, 13), y negar así su obediencia al *Vocabolario* della Crusca, termina proponiendo un Consejo Nacional de la Lengua, en el que la Academia florentina estaría flanqueada por los consejos provinciales, y todos juntos resolverían los asuntos relativos a la lengua, con el fin de "purificar y aumentar el erario de la misma y mantenerla en un estado de juiciosa libertad y sana y floreciente vitalidad"; se debía compilar un amplio vocabulario basado en nuevos principios. Entre otras cosas, si se observaba que faltaba una palabra para expresar un concepto determinado, debía elegirse entre los diversos términos dialectales "el más claro, el más común, el mejor deducido, el más expresivo, el más conveniente".

Se observó que se trataba de una vuelta a otra "gabela", aunque más razonable y moderada. Pero también es cierto que, mientras no se formara de forma natural un uso lingüístico vivo en toda Italia, era bueno intentar promoverlo, aunque fuera académicamente.

Las mayores críticas se dirigieron a Cesarotti por su actitud hacia el afrancesamiento. Aunque se pronuncia repetidamente contra la afluencia de tantos afrancesamientos innecesarios, considera que seguir demasiado de cerca el gusto francés en la construcción directa de los periodos hace que la lengua resulte excesivamente lógica,[59] sin embargo, su

ilustración de los principios según los cuales un pueblo que recibe de otro alimento para el pensamiento recibe también palabras, parecía un aval dado a cualquier licencia.[60]

Contra Cesarotti se dirige principalmente el tratado *Dell'uso e dei pregi della lingua italiana* (Turín 1791) del conde Gianfrancesco Galeani Napione, el más conocido de los hombres de letras que participaron en las dos Academias turinesas conocidas como la Sampaolina y la Filopatria.[61] La obra pretende principalmente que se utilice el italiano en lugar del latín y el francés para todos los usos: pero no faltan consideraciones tanto contra la laxitud de Cesarotti como contra la Accademia della Crusca, que "pretendía ejercer la tiranía más dura que jamás haya existido".

Otro feroz opositor a la laxitud fue Carlo Gozzi, que había fundado la Accademia serio-faceta dei Granelleschi para "aferrarse firmemente al estudio de los antiguos maestros, firmemente a la sencillez y seductora armonía de la elocuencia sensible, y escrupulosamente a la pureza de nuestra lengua literal".[62] Estas son las ideas fundamentales *de su Chiacchiera intorno alla lingua litterale italiana* y *Ragionamenti sopra una causa perduta*, *que permanecieron inéditos en su momento*.[63]

Sobre la polémica provocada por la irrupción de los galicismos, nos detendremos más adelante (§ 10). Estos debates sobre la norma que debe mantenerse en materia de lengua (toscanismo y antitoscanismo, simpatía o antipatía hacia el arcaísmo, rigor o laxitud en la aceptación de nuevos términos, sobre todo franceses, etc.) naturalmente no se producen de forma aislada, sino que están ligados a problemas estilísticos (Arcadia y Antiarcadia, el francés y el)) naturalmente no se producen aisladamente, sino que están ligadas a problemas estilísticos (Arcadia y Antiarcadia, frugonianismo o no) y culturales (la expansión de las ciencias y el nacimiento de nuevos términos científicos); pero en esencia las disputas revelan cuán profundas eran las desavenencias entre quienes mejor podían reflexionar sobre el pasado y el futuro de la lengua italiana, cuán grave, en definitiva, era su crisis.

7. Gramáticos y lexicógrafos

Los gramáticos y lexicógrafos, en su mayoría ligados a concepciones rígidamente conservadoras, presentan muy pocas novedades.

En medio de numerosas compilaciones insignificantes, destacan las dos gramáticas de Girolamo Gigli, el anticruscante: *Regole per la toscana favella* (Roma 1721), y *Lezioni di lingua toscana* (Venecia 1724), la primera en forma de diálogo, seguido de algunos ejercicios en los que se corrigen expresiones erróneas o dudosas, y un repertorio ortofónico, el segundo en forma de tratado, con los mismos ejercicios. Los dos volúmenes de Niccolò Amenta, *Della lingua nobile d'Italia* (Nápoles 1723-24), tratan minuciosamente problemas gramaticales y léxicos, centrándose principalmente en el florentino del siglo XIV. Domenico Maria Manni trata muchos puntos gramaticales y retóricos controvertidos (con discusiones de pasajes de escritores, lecciones de códices y ediciones) en *Lezioni di lingua toscana*, Florencia 1737 (3ª ed. renovada, Lucca 1773).

La gramática descriptiva de mayor éxito fue la del padre Salvatore Corticelli, *Regole ed osservazioni di lingua toscana ridotte a metodo* (Bolonia 1745).

Luego, sobre todo por influencia de Port-Royal y los sensuistas,[64] Luego, sobre todo por influencia de Port-Royal y de los sensuistas, comenzó la moda de las gramáticas razonadas: recordemos la del padre Francesco Soave, *Grammatica ragionata della lingua italiana* (Parma 1770), y, con mayor insistencia aún en la relación entre gramática y lógica, la del abad Ildefonso Valdastri, *Corso teoretico di Logica e Lingua italiana* (Guastalla 1783).[65]

El centro de la actividad lexicográfica sigue siendo la Accademia della Crusca, aunque su autoridad, como hemos visto, es discutida por muchos. La cuarta edición se publicó en Florencia en seis volúmenes, de 1729 a 1738: trabajaron en ella Anton Maria Salvini (tras su muerte, se citaron muchos ejemplos de sus obras), Giuseppe Averani, Giovanni Bottari, Domenico Maria Manni y muchos otros, utilizando también fragmentos de Redi y Cionacci. Se amplió la serie de autores citados, divididos en dos clases (los del buen siglo y los añadidos por adición o confirmación); se mejoraron muchas definiciones.

La aparición de la nueva edición reavivó las disputas entre partidarios y adversarios. La tragicomedia del padre Francesco Arizzi, *Il Toscanismo e la Crusca o sia Il Cruscante impazzito* (Venecia 1739) (véase p. 636), se reimprimió varias veces (ignoro si llegó a representarse, pues parece imposible que se mantuviera en escena). El padre Giovan Pietro

Bergantini inició, casi en competencia con la Accademia, copiosas tiras. Su inmenso repertorio *Della volgare elocuzione* quedó truncado, habiéndose publicado sólo el primer volumen con las letras A y B (Venecia 1740). Sus otras colecciones son también de cierta utilidad, aunque las citas son demasiado breves: *Voci italiane d'autori approvati dalla Crusca nel Vocabolario d'essa non registrate*, *con altre molte appartenenti per lo più ad arti e scienze (Venecia* 1745); *Voci scoperte e difficoltà incontrate sul Vocabolario ultimo della Crusca* (Venecia 1758); *Raccolta di tutte le voci scoperte sul Vocabolario ultimo della Crusca* (Venecia 1760); *Scelta d'immagini o saggio d'imitazione di concetti* (Venecia 1762).

La propia Crusca pensaba en una nueva edición, pero todavía muy apegada a su tipo tradicional: en 1741 Rossantonio Martini realizó un *Ragionamento... per norma di una nuova edizione del Vocabolario toscano* (impreso posteriormente, Florencia 1813). También se hicieron reimpresiones no oficiales del *Vocabolario,* con un pequeño número de añadidos, en Nápoles (1746-48)[66] y en Venecia (1763).

Las voces de los descontentos acabaron imponiéndose y, el 7 de julio de 1783, Pedro Leopoldo abolió la autonomía de la Accademia della Crusca, fusionándola con la Accademia Fiorentina y la Accademia degli Apatisti, bajo el nombre único de Accademia Fiorentina.[67] El abad Giulio Perini, vicesecretario, elogió la "nueva libertad" en su discurso inaugural, y al año siguiente el padre Ildefonso Frediani presentó un *Plan* ... *para la nueva compilación del Vocabolario*,[68] en el que proponía hacer una gran parte de entradas técnicas, mientras que los barbarismos se compilarían simplemente en una tabla, indicando las 'buenas entradas' equivalentes. En 1786, los Académicos encargados de esta tarea seleccionaron a varios escritores que serían despojados para una futura reimpresión.[69] Pero el proyecto no tuvo continuidad.

En cambio, un particular, el abad niçois Francesco D'Alberti di Villanuova, que ya había traducido del francés el *Dictionnaire du citoyen* de Honoré Lacombe de Prezel, París 1761 (*Diccionario del ciudadano*, Niza 1763, reimpreso varias veces)[70] y compiló un extenso diccionario francés-italiano y viceversa (1772, muchas veces reimpreso), consiguió completar, aunque no ver publicado en su totalidad, un *Diccionario crítico enciclopédico universal* (Lucca 1797-1805) antes de su muerte. Hay muchas entradas nuevas, pero las citas son a menudo inexactas e incompletas. También se incluyen numerosas entradas de uso, sin atestación de escritores. La mayor novedad reside en la gran inclusión de entradas científicas y de artes y oficios: D'Alberti había viajado por la Toscana tratando con artesanos y menestrales; por eso el suyo es el primer gran vocabulario italiano que remedia las lagunas de la Crusca en estos campos léxicos.

Muchos ya se habían quejado de la falta de vocabularios especiales[71] y algunos habían intentado suplirla directamente, como Vallisnieri (del *Vocabolario filosófico-medico* que había iniciado, tenemos el *Saggio alfabetico d'istoria medica*, *e naturale*: *Opere*, III. Venecia 1733, pp. 364-481) y Pasta (*Voci*, *maniere di dire e osservazioni di toscani scrittori... che possono servire d'istruzione ai giovani nell'arte del medicare...*, Brescia 1749);[72] muchos se habían dedicado a traducir vocabularios especiales franceses.[73]

Girolamo Andrea Martignoni intenta una ordenación léxica diferente en su *Nuovo metodo per la lingua italiana la più scelta* (2 vols., Milán 1743-50), en el que todas las entradas de la Crusca están dispuestas en párrafos metódicamente ordenados.

También cabe mencionar la colección de Sebastiano Pauli, *Modi di dire toscani* (Venecia 1740), y el vocabulario de sinónimos de Carlo Costanzo Rabbi, *Sinonimi ed aggiunti italiani* (2 vols., Venecia 1751).

Entre los diccionarios bilingües, cabe mencionar al menos dos que tuvieron numerosas reimpresiones tanto en el siglo XVIII como en el siguiente: el italiano-inglés y viceversa de Baretti (1760) y el ya mencionado italiano-francés y viceversa de Francesco D'Alberti (1772).

8. Latín e italiano

El italiano sigue ganando terreno al latín,[74] pero la lengua antigua sigue ocupando posiciones de fuerza en muchos campos.

En las bellas artes, donde ahora predomina el italiano, se escribe en latín incluso sobre temas que parecen requerir la lengua vernácula por su relevancia para la vida cotidiana: piénsese en las sátiras de Cordara (que continúan la tradición de Sergardi). Casi sólo las inscripciones se escriben en latín; Gravina redactó las leyes de Arcadia en latín arcaizante.

En las obras de erudición histórica se utiliza mucho el latín: Muratori hace uso de ambas lenguas (y después de haber escrito en latín las *Antiquitates Italicae Medii Aevi*, Milán 1738-43, él mismo las resume en italiano en las *Dissertazioni sopra le antichità italiane*, publicadas póstumamente, Milán 1751-55); Vico escribe primero preferentemente en latín y sólo más tarde pasa al italiano; Fabroni escribe en latín biografías de escritores de los siglos XVII y XVIII (*Vitae Italorum doctrina excellentium qui saec. XVII et XVIII floruerunt*, Pisa 1778 ss.) etc.). En anticuario, Anton Francesco Gori publicó sus colecciones en latín, mientras que Giovanni Lami escribió en italiano sus *Lezioni di antichità toscane* (Florencia 1766) y Luigi Antonio Lanzi el *Saggio di lingua etrusca* (Roma 1789).

En muchos campos de la ciencia, muchas obras fundamentales siguen estando escritas en latín. Las actas del Instituto de Bolonia son redactadas en esa lengua durante muchos años por Francesco Maria Zanotti (*De Bononiensi Scientiarum et Artium Instituto Commentarii*, Bolonia 1731-1791); personas muy conocidas en el ámbito de las letras italianas también escriben obras científicas en latín: Eustachio Manfredi, *Ephemerides motuum coelestium* (Bolonia 1715-1750), Lorenzo Mascheroni, *Adnotationes ad calculum integrale Euleri* (Pavía 1790-92).

Casi todos los tratados botánicos están en latín (Pier Antonio Micheli, *Nova plantarum genera*, Florencia 1720, etc.), muy pocos en italiano (por ejemplo, *Istoria delle piante che nascono ne' lidi intorno a Venezia* di Gian Girolamo e di suo figlio, Venecia 1735: cf. pp. 499-500, n.º 204).

Algunas obras tienen un texto bilingüe: así, por ejemplo, la *Istoria dell'incendio del Vesuvio accaduto nel mese di maggio dell'anno 1737*, escrita para la Accademia delle Scienze, (Nápoles 1738), está escrita por orden del rey Carlos III (VII) "no sólo en lengua vernácula, sino también en latín [...] para satisfacer el genio de los Señores de los Países Bajos".

En Derecho, las obras teóricas suelen estar en latín: recuérdese, por ejemplo, el tratado de Gravina, *Originum iuris civilis libri tres*, Leipzig 1708. La legislación de los distintos estados está por regla general en lengua vernácula: en el reino de Nápoles se empezó a redactar una codificación bilingüe (latín-italiano) por orden del rey Carlos III (VII) por Giuseppe Pasquale Cirillo y otros jurisconsultos, pero este *Codex carolinus* nunca llegó a promulgarse.[75]

En los estados de Saboya, la legislación está en italiano para los países cisalpinos. Se sabe que algunos jueces aún persistían en el siglo XVIII en redactar las sentencias en latín.[76]

En la Iglesia, el uso del latín está siempre generalizado; exclusivo en el ámbito litúrgico, aunque se oigan algunas voces que reclaman la celebración de la Misa en lengua vernácula.[77] La lectura de la Biblia en versiones aprobadas se permite actualmente por decreto de Benedicto XIV (1757).[78]

En la enseñanza secundaria, el latín desempeña un papel enorme, como materia de estudio y como lengua instrumental. A muchos les gustaría que el italiano no se quedara atrás: Muratori lo exige;[79] en Piamonte, el Magistrado de la Reforma ordenó en 1729 que en las escuelas no universitarias el estudio del latín fuera paralelo al del italiano;[80] en Lombardía, A. Volta se queja (1775) de que el estudio de la lengua italiana "no menos errónea que imperceptiblemente ha sido descuidado, y es aún descuidado por nuestros Fidenzj, vagos sólo del modismo en *o o nosotros*";[81] en Nápoles, el padre Gaetano Niccola Onorati[82] se queja de que en las escuelas "toda la aplicación se limita a los rudimentos de la lengua del Lacio", descuidando el estudio mucho más necesario de la lengua materna.

Carli, Gorani, Filangieri y Gozzi exigieron que el italiano prevaleciera sobre el latín.[83]

En las universidades, la enseñanza sigue impartiéndose por regla general en latín;[84] y causó un gran revuelo en Nápoles que Antonio Genovesi, en noviembre de 1754, diera conferencias en italiano en la nueva cátedra de Economía Civil, fundada por Bartolomeo Intieri con la condición precisa de que las conferencias se impartieran en italiano.[85]

Por supuesto, según la tradición de las distintas ciudades, la posición del latín es más o menos firme en cada una de ellas. Veamos cómo ve Goldoni la situación en Bolonia: en una carta de 1762 dice: "*nihil inveni*. Digo algunas palabras en latín porque estoy en Bolonia, donde las mujeres todavía hablan latín, y los perros y los gatos quieren decir latín" (*Opere*, ed. Mondadori, XIV, p. 250).

Gaetana Agnesi, que tiene que hablar de matemáticas y física con un colega francés, se siente más cómoda hablando latín que francés.[86]

No faltan cartas, artículos, disertaciones sobre la conveniencia de escribir en una u otra lengua, sobre todo en aquellos campos como la filosofía, la erudición, la ciencia, donde el

juego era aún incierto: Vallisnieri[87] y Algarotti[88] defendían la preferencia del italiano, el padre Girolamo Lagomarsini[89] defiende el uso del latín.[90] Pero más que estas disputas, de naturaleza un tanto declamatoria, lo que cuenta es el uso real.

9. Uso escrito de los dialectos

Aunque los dialectos locales prosperan, el uso escrito de los dialectos no es una manifestación de plebeyos, sino de hombres de letras, muy conscientes de que están haciendo uso de un medio particular que ofrece ciertos recursos y les permite dirigirse, aunque en un ámbito geográficamente más restringido, a estratos algo más profundos (si no al pueblo).

El carácter netamente literario de este uso escrito resulta también de la influencia de la lengua poética toscana y cortesana sobre los letristas dialectales, casi todos arcádicos: influencia perceptible en el veneciano (Gritti, Lamberti), muy fuerte en Meli.[91] Abundan las sátiras (recuérdense los *tonos* piamonteses), los poemas heroico-cómicos, originales o traducidos al dialecto, lo que confirma, por si fuera necesario, el carácter reflejo de la literatura dialectal. Las intenciones populares tienen almanaques (Giovanni Anastasio Pozzobon de Treviso comienza su *Schiesón*).

El teatro, al poner en escena personajes de las distintas clases sociales, se acerca más al dialecto hablado en todas sus variedades: sobre todo en un observador de la realidad como Goldoni. Pero más bien artificial es la alternancia en escena de personajes que hablan en dialecto con otros que hablan en la lengua (como tenemos en Goldoni, en Chiari, en Carlo Gozzi). Incluso en las comedias toscanas encontramos algunos personajes con acentuados caracteres dialectales: por ejemplo, Gigli en la comedia *II marito più onorato del suo bisogno* abunda en idiotismos florentinos y sieneses en los personajes de Ser Lapo notaio y Prizia servetta. La figura del campesino Ciapo, que Fagiuoli introdujo en varias de sus comedias acentuando sus características rústicas, gustó en Florencia pero no fuera.[92]

En cuanto a la posibilidad de un uso "serio", "noble" y "oficial" del dialecto escrito, es incompatible con la posición que ha adquirido el italiano en la actualidad. Si todavía existe un uso noble y oficial en Venecia, es sólo en el uso forense hablado, y es antihistórico apelar a la comparación con el "celo patriótico de los venecianos" para intentar elevar el dialecto napolitano a un uso similar, como esperaba Galiani (*Del dialetto napoletano*, rist. Nicolini, p. 7; véase en adelante el § 4). Tampoco era más coherente la intención de la Accademia dei Pescatori Oretei de Palermo, fundada en 1745 con el objetivo de "refinar cada vez más la favella siciliana":[93] baste decir que se prescribía que los discursos se pronunciaran en italiano.

El valor y la función de los dialectos se discutió especialmente en la polémica suscitada por el padre Onofrio Branda: y Parini le reprochó con razón haberse burlado de "esa lengua, que, siendo a la vez la más natural y la más pura e incorrupta de nuestra ciudad, debe ser considerada, en consecuencia, la más bella" (*Prosas*, I, p. 55 Bellorini; véase en adelante § 6).

En la segunda mitad del siglo se publicaron varios diccionarios dialectales: el Vocabolario *bresciano e toscano atribuido* al abad Gagliardi (Brescia 1759), el anónimo *Raccolta di voci romane e marchiane* (Osimo 1768), el *Vocabolario veneziano e padovano* del Patriarchi (Padua 1775, 2ª ed., 1796) y el extenso Vocabolario etimologico siciliano, italiano e latino de Pasqualino (Palermo 1785-95). 1796), el extenso *Vocabolario etimologico siciliano*, *italiano e latino* de Pasqualino (Palermo 1785-95), y el *Vocabolario delle parole del dialetto napoletano che si deviano più deviano dal dialetto toscano* de Ferdinando Galiani y Francesco Mazzarella Farao (Nápoles 1789). Obedecen, además de a fines prácticos, a un interés al menos embrionariamente científico. Tampoco faltan autores, como Bettinelli y Cesarotti, que ven en la recopilación de entradas dialectales el camino hacia posibles incrementos del léxico nacional.

10. Relaciones con otras culturas y lenguas europeas

En un siglo cosmopolita, es evidente que el conocimiento de algunas lenguas extranjeras es indispensable para las personas cultas. Muchos italianos se dan cuenta de que no es posible quedarse quietos: aun sin renegar de las tradiciones de la cultura renacentista que

tanta luz habían arrojado en y desde Italia, es necesario ponerse al día con la cultura europea.

Para ello, en primer lugar era necesario entrar en contacto con aquella civilización y aquella lengua que se habían extendido y mantenían la hegemonía en Europa en el siglo XVIII, creyendo que incluso habían alcanzado la "universalidad", es decir, la civilización y la lengua francesas.[94]

Factores de orden e importancia variables convergen para crear esta atmósfera. En primer lugar, la admiración por la nueva filosofía racionalista, primero cartesiana, más tarde sensista y enciclopedista; después, la gran influencia política, reforzada por algunos hechos muy importantes: la instalación de la dinastía de los Lorena en Florencia (1737) y la de Felipe de Borbón (esposo de Luisa Isabel, hija de Luis XV) como duque de Parma (1749). Aún más fuerte será la eficacia de las invasiones de los ejércitos de la revolución en los últimos años del siglo.[95]

La literatura francesa está de moda: escritores de la época de Luis XIV y contemporáneos (Voltaire, Rousseau, Diderot e innumerables autores menores de todos los géneros, pero sobre todo novelas y novelas cortas) se leen en el texto original y se traducen. En los diversos campos de las ciencias, las obras francesas se consultan, traducen y resumen en publicaciones periódicas fundadas a tal efecto. Algarotti, quejándose del excesivo "clamor que levantan los libros franceses", afirma que "se recurre a ellos para todos los temas de estudio; sólo a ellos se lee, a ellos se da fe".[96] "Dimandate a Libraio Opere Italiane", se queja Matteo Borsa,[97] "y pide perdón, pero debido a la dificultad de venta, esta clase falta por completo. Proponed una impresión: si no tiene todo el aire de una traducción, o de una copia incluso en el título espiralado de vezzi franceses, parecerá como si estuvierais mendigando; tanto que encontraréis al impresor soberbiamente molesto. Recorre por fin las casas; encontrarás libros extranjeros en cada esquina, mientras nuestros buenos italianos duermen con los griegos en las bibliotecas públicas." Y Cesarotti:[98] "la lengua francesa es ahora muy común en toda Italia: no hay persona poco instruida a quien no le sea familiar, y casi natural: la biblioteca de las mujeres y de los hombres del mundo no es otra que francesa."[99] No sin razón, pues, Devoto tituló el capítulo dedicado al siglo XVIII en su *Perfil* "el nuevo bilingüismo".

Para hacerse una idea del considerable papel que desempeñaron las compilaciones lexicográficas y enciclopédicas francesas en la cultura italiana, basta consultar el diligente repertorio que de ellas hace Battisti (cf. p. 645, n. 73): allí encontramos diccionarios (a veces publicados en múltiples ediciones) de geografía, erudición histórica (religiosa y profana), matemáticas, física, química, industria, comercio, agricultura y marina. Y se sabe que la *Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot se reimprimió dos veces en Italia en francés (con anotaciones destinadas a atenuar su tendencia anticristiana).

La influencia francesa se extiende por toda Italia, pero es especialmente fuerte en dos estados: el Piamonte, debido a su proximidad, y la estructura bilingüe de los estados de Saboya,[100] y Parma, que se convierte en centro de irradiación francesa bajo Felipe de Borbón y su ministro Du Tillot.

Un potente conducto para el conocimiento del francés es el asentamiento de numerosos franceses en la península, sobre todo en algunas ciudades (como Parma) y para determinadas profesiones (como cocineros, peluqueros, sastres, maestros de baile, sombrereros), la presencia de numerosos viajeros, etc.

Por otra parte, muchos italianos viajaron y se instalaron en Francia, o recorrieron diversos países de Europa, haciendo uso del francés como lengua internacional. Entre ellos, no pocos dejaron importantes escritos en francés, como Galiani, Goldoni, Denina y Lagrange.

En la correspondencia de la época se encuentran cartas en francés, no sólo con franceses o personas de otras naciones, sino incluso, a veces, entre italianos.[101]

La influencia de la cocina y la moda, sobre todo la femenina, se ejercía mucho más a través de las personas (y las cosas) que de los libros. La *piàvola de Franza* ('muñeca francesa'), expuesta en la Merceria de Venecia, sirvió de modelo indiscutible. Y, aunque todas estas manifestaciones deben estar conectadas, es muy posible que el aborrecimiento por los regicidas y las masacres no elimine la curiosidad por las últimas modas francesas, como en aquellas damas satirizadas en un soneto por Parini en 1793:

Madamm, gh'ala quaj noeva de Lion?
Massacren anch'adess i pret e i fraa
quij soeu birboni de franzes, che han traa

¿la lege, la fe y todo eso en monton?

....

A proposit; let her see

Ese capell ahí que tiene dintorna en vel:

¿lo inventaron después de que saquearan al rey?

Eel el primm, ch'è rivaa? ¡Oh campana! ¡Oh campana!

¡Oh i gran franzes! Besogna dill, non gh'è

personas, que saben hacer las mejores cosas.[102]

Los defensores de la moda y el vocabulario franceses son ante todo los jóvenes elegantes. Paolo Mattia Doria hace en un diálogo[103] "el retrato de un afectado petit maître italiano laudatore de las máximas y costumbres de los *petits maîtres* oltramontani y cicisbei"; "ciertos jóvenes remilgados", advierte el padre Corticelli,[104] 104 "han introducido en la lengua italiana tantos modales de otro mundo, que mueven a la gente de buen gusto a la indignación y a la risa"; el padre Rosasco[105] deplora "las palabras francesas, que de repente salen de su boca, recibidas y admiradas como tantas perlas, y signos de un bello espíritu".

Dos de estos jóvenes se nos presentan en el *Raguet*[106] de Scipione Maffei (1747). Así habla Alfonso, en el Acto II, esc. 3a:

Y *me concedo el honor*

Señor, para darle *un millón de gracias*.

Es una gran *propiedad* suya hacer

tal *honestidad* a los extranjeros. Esto *marca*

la bondad de su corazón: *haré en*

que siempre se *todo para ella*.

O Ermondo, en el Acto III, esc. 2a:

No te daré comida plebeya: guazzetti,

guisos, salsas, estofados

....

Te daré *ragù*, *farsì*, *gattò*,

chuletas, *crocande*: y nada de comida cocinada

estará alguna vez *en el asador*

o más bien *la jarra*. No seré malo

credo nunca poner sobre la mesa

un capón, si no en *fricandó*.

No comerá buñuelos ni presciutti,

ni vil comida de pato, sino siempre

canàr, *sambòn*, *bignè*...

Un personaje de la obra anónima *Lo spirito forte* (Venecia, 1772) -irreligioso y afrancesado- halaga así a una muchacha: "Ojos *azules*, pelo rubio, es un prodigio en Italia; tu *tinte* tan blanco, y bermellón, supera al de los moscovitas; la *taille* no he visto su igual".

En la obra de Giovanni Gherardo De Rossi *Le sorelle rivali*, I, sc. 5a (*Commedie*, II, Bassano 1791) una condesa se dirige a otros dos personajes: "Luigia voi qui? Voi in *rendevù* col Marchese? E non *venire di aver detto* jeri sera che lui non è per voi? e tu (*a Colombina*) che *rollo* giocasti fra loro?" etc.

En textos de este tipo, la intención satírica lleva a exagerar el número y la calidad de los ejemplos (¿de verdad se decía a veces *à la broche* por *à la broche*?), pero de todos modos podemos hacernos una idea.[107]

La penetración en el lenguaje cotidiano se evalúa bien a través de textos no literarios, como la correspondencia,[108] notas personales,[109] y similares.

Destaca la presencia de numerosos afrancesamientos en los dialectos,[110] pero incluso a los florentinos se les reprochaba su abuso.[111] La influencia es tan general que nadie escapa a ella. Se podría, sí, hacer una lista de francófilos y francófobos, en política y en literatura, pero las intenciones declaradas no siempre coinciden con la mayor o menor recepción que se da a los afrancesamientos. Algarotti, en una carta de 1756,[112] reprocha a Redi y a Salvini que intentaran *hacer de abogado del diablo*, *poner una cosa sobre la alfombra*, reprocha a Magalotti que hubiera querido acoger *faire les yeux doux*, *le petit maître*, *la prude*; en su *Discorso sopra la ricchezza della lingua italiana ne' termini militari*, se queja de la abundancia de afrancesamientos en los escritos sobre temas militares; en otra carta de 1763[113] deplora que los florentinos utilicen *dettaglio*, *regretto*, *debosciato*, etc. Pero a su vez

escribe *capo d'opera*, *colpo d'occhio*, *cochetta*, *il poema il più galante che ci sia* ecc. Bettinelli, que en su poema sobre las Obras *Completas* achaca la venida

Franquismo en el vestir italiano

....

fripponi armado con *ramaggio* extraño

culbutar toda buena lengua[114]

y en otro lugar se opone a "los Targioni, los Grazzesi [...] y otros en los que encuentro palabras y frases francesas",[115] a su vez utiliza decenas de ellas.

Estas observaciones no pretenden ser reproches personales póstumos, sino sólo mostrar lo impregnada de afrancesamiento que estaba toda la cultura de la época.[116]

La influencia inglesa, aunque sin comparación menos amplia que la francesa, es también muy considerable,[117] y se debe a una admiración (que en algunos llega incluso a ser manía) por muchos aspectos de la vida inglesa: las instituciones, la filosofía (Newton es universalmente admirado, Locke y Hume suscitan contrastes), las ciencias, la literatura, la industria. Los viajes de los ingleses por Italia (en el "tour de Europa", de moda en las clases más pudientes) y los viajes y a veces largas estancias de bastantes italianos en Inglaterra (Cocchi, Rolli, Angiolini, Rezzonico, Alfieri y muchos otros) contribuyeron a la difusión de noticias (y por tanto de palabras); la influencia más eficaz en uno y otro sentido fue quizá la de Baretti. El número de los que sabían inglés en Italia crecía rápidamente.[118]

Se traduce a Pope (varias veces), Addison, Defoe, Richardson, Swift, Sterne, Young. Se empieza (bastante tarde) a conocer y traducir a Shakespeare. Las traducciones de novelas llegan a raudales, aunque la mayoría se hacen sin saber inglés.[119] Se popularizan las compilaciones enciclopédicas (la *Cyclopaedia* de Chambers se tradujo tres veces).

Especialmente en las últimas décadas del siglo, los prerrománticos están bajo la influencia de los motivos dominantes entonces en la literatura inglesa: la melancolía, la noche, la muerte.

No menos que para los literatos, el inglés se hizo necesario para los comerciantes, debido a la importancia del comercio inglés en el Mediterráneo en este siglo. Tejidos, cerámicas y relojes de fabricación inglesa circulan por los mercados italianos.

El conocimiento del español, en comparación con el siglo anterior, está en declive, aunque no faltan grupos pro-españoles. Las dos dinastías borbónicas trasplantadas de España tienen poca influencia: la de Parma es la promotora de las influencias francesas; en la de Nápoles, el español desaparece definitivamente de los actos de la cancillería después de que Fernando IV se emancipe (1767) de la tutela de su padre.[120]

En Cerdeña, tras la entrega a la Casa de Saboya, el español perdió terreno, pero muy lentamente: no fue hasta 1764 cuando el italiano se convirtió en lengua oficial en las cortes y la enseñanza.[121] Una raccolta di *Editti*, *pregoni ed altri provvedimenti...* (3 vols., Cagliari 1775), recoge todas las leyes promulgadas en los últimos cincuenta años en texto italiano, incluidas las que habían sido promulgadas en español.[122]

Recibieron más de lo que dieron (lingüísticamente) los jesuitas españoles que se instalaron en Italia tras la supresión de la Compañía de Jesús.

El conocimiento del alemán es muy escaso, a pesar de la poderosa influencia política ejercida por Austria y el consiguiente intercambio de personas y los no infrecuentes viajes en ambas direcciones. Sólo más tarde, en la época prerromántica, empezaron a conocerse algunos autores alemanes y a hacerse traducciones.[123]

En cuanto al conocimiento del italiano en otras naciones europeas, sigue siendo discreto entre la gente culta. En un siglo musical como el XVIII, era bueno conocer la lengua en la que se escribían los libretos de casi todas las óperas: "Aquí", escribía Baretti desde Londres al canónigo Agudio (8 de agosto de 1754), "la lengua italiana está recuperando terreno, gracias a la Ópera que por fin se ha restablecido." Y hubo quien aprendió italiano para leer escritos científicos.[124]

Numerosos aventureros y algunos hombres de primera fila -un Baretti en Londres, un Goldoni en París, un Metastasio en Viena- contribuyeron a dar a conocer nuestra lengua.

Para Francia, Voltaire consideraba que el inglés y el italiano eran "les deux langues de l'Europe nécessaires à un journaliste".[125] y él mismo (aunque Baretti lo discute) conocía bastante bien el italiano.[126]

Goldoni, escribiendo un manifiesto en 1783 para un *Journal de Correspondance Italienne et Françoise* (que no llegó a ver la luz del día) declaró: "Cette Langue est en vogue en France plus que jamais. Le goût de la nouvelle musique y a beaucoup contribué; les Bibliothèques à

Paris abondent en Livres Italiens, on les lit, on les goûte, on les traduit, et les voyages des Français sont devenus plus fréquens" (*Mémoires*, III, cap. 35).[127]

Las cosas no son muy diferentes en Inglaterra,[128] en Holanda,[129] en Baviera, Austria, etc.[130] No hay que olvidar que la tradición del "poeta cesáreo", que debe escribir melodramas en italiano, está viva en la corte vienesa.

En la Europa danubiana y en el Levante, el italiano funcionaba como lengua internacional: sabemos, por ejemplo, que el boyardo rumano Ienăchiţză Văcărescu hizo uso del italiano al escribir al mariscal de campo ruso Rumjancev-Zadunajskij, que lo había hecho prisionero (1770), y como intérprete para otros boyardos de José II (1773).[131]

11. Hechos gramaticales y léxicos

Al presentar los hechos más destacados de la lengua del siglo XVIII, debemos repetir una vez más que las fluctuaciones en el uso escrito (y, más aún, en la medida en que podemos conjeturar, en el uso hablado) fueron mucho mayores de lo que podría pensar quien lee en ediciones modernas los autores habituales escogidos entre los más conocidos. Una lectura exhaustiva de los libros en las ediciones originales (y más aún de los manuscritos de la época) muestra que las disimilitudes son mucho más notables.

En la lengua escrita de Italia septentrional y meridional, las peculiaridades que se remontan a las respectivas lenguas vernáculas siguen apareciendo en gran medida; en cuanto al canon toscano, sigue siendo muy incierto, no tanto por las diferencias que presentan los usos locales, sino porque las variantes de la lengua escrita registradas por la Crusca son numerosas y, en su mayor parte, sin una clara declaración de preferencia: vemos por ejemplo (en el primer volumen de la 4ª impresión) *acquidotto* y *aquidoccio*; *apostle* y *appostolo*; *circonstanza* y *circostanza*, *circonstanzia y circostanzia, circunstanza, circunstanzia* y *circustanza*. A veces, la preferencia se indica mediante una referencia cruzada: en *cirimonia*, hay simplemente una referencia cruzada a *ceremonia*.

De los innumerables ejemplos de fluctuaciones en el uso que podrían enumerarse, citemos los que nos vienen a la mente. *Príncipe*; *delicado/dilicado*;[132] *miscuglio/mescuglio*; *burrasca/borrasca (por ejemplo,* en P. Chiari); *sbobocciare/sbucciare* (siempre en el sentido de "florecer": por ejemplo, C. Gozzi, Meli); *unzione/onzione* (Vallisnieri); *diritto/dritto* (sost.), etc. El *temblor* prevalece sobre el *terremoto*, *el trueno* sobre el *tono*.

O, por poner algunos ejemplos de variantes consonánticas, tenemos: *sacro/sagro*; *bruciare/abbrucciare* (Vallisnieri)/*brugiare* (Gigli, Algarotti)/*abbruggiare* (*Caffè*); *glandula/glandola/ghiandola*; *pranzo/pranso* (por ejemplo, Vallisnieri, Lazzarini, Chiari, Algarotti); *gingiva/gengìa*; *chirurgia/cirurgia/cirusia*; *congettura/conjettura/conghiettura*; *paralello/parallello*, etc. La *c* y la *z* delante de una vocal anterior se intercambian en un gran número de palabras, especialmente en los escritores del norte: *French/Franzese*; *socio/sozio*; *commercio/commerzio*; *specie/spezie* (en el sentido de "especias"); *speciale/speziale* (en ambos sentidos); *sufficiente/suffiziente* (Cesarotti); *bilanciare/bilanziare* (C. Gozzi); *pernicioso/pernizioso*; *Confucio/Confuzio* (Maffei) etc.

En la duplicación consonántica había oscilaciones, sobre todo en las series en las que el uso toscano difería del latino: *academia/academia*; *imagine/imagine*; *femina/femina* (y viceversa *grammatica/gramatica*, *commodo/comodo*); *mattematica/matematica*; *opio/oppio*; *camelo/cammello*; *tolerare/tollerare*, etc. Aún no se había hecho una elección definitiva entre *procure* y *procure*, *provide y provide*; ni entre *raise y raise*, *forward* y *forward*, *flood* y *flood*. Junto a *autore*, *pratico hay* quien escribe *auttore*, *prattico*, más acorde con la etimología.[133]

Al escribir partículas compuestas (*sì che/sicché*, *tanto più/tantopiù*), los toscanos y los meridionales podían ajustar su pronunciación para saber si doblar o no, mientras que los norteños se equivocaban a menudo. A estas alturas se suele ignorar que *viepiù* no es más que una *via più*[134] y se escribe *vieppiù* (Baretti, etc.).

Pero incluso en otras innumerables palabras, en las que la norma toscana era estable y se recogía regularmente en los léxicos, los autores y tipógrafos del norte duplicaban o pronunciaban mal con extremo descuido (con especial frecuencia en posición protónica y donde se suceden dos pares de consonantes, pero también en otros lugares). Aquí están, por ejemplo, *drapello* (Algarotti), *ippocondriaco* (Patriarchi), *trapellare* "gotear" (C. Gozzi), *disabbitato* (Vallisnieri), *beffana*, *schiffo*, *soffà*, *zuffolare* (C. Gozzi), *stroffinare* (A. Verri), *Catterina* (*Caffè*), *reatino* "reattino" (Vallisnieri), *succido* (p. Branda), *flacidez (Vallisnieri*),

sfogio (Beccaria), *diriggere* (Cesarotti), *compaggine* (Parini), *sceleragine (Parini), valetto* (Parini), *barille* y *regallo* (culpados por Baretti en el poema lúdico *La barcaccia di Bologna*), *guereggiare* (Beccaria), etc. El abad Chiari, en sus comedias, escribe *plebbe* para que rime con *vorebbe*, *vacche* con *lumacche*, *stuffa* con *baruffa*, *malvaggio* con *coraggio*, *non calle* con *spalle*, y, seguro de que los actores vénetos equipararán actuar, pone *quattro* con *teatro*, *brutto* con *aiuto*, etc.

También es frecuente encontrar formas opcionales en las terminaciones: *lapid/lapid*, *abdomen/addomina*, *mestiere/mestiero*, *pensiere/pensiero*, *magisterio/magisterio*, *alveare/alveario*, *calesse/calesso*, *cioccolata/cioccolato/chocolate*, etc.

Se entiende que todas estas variantes no son del todo indiferentes: un autor, según su bagaje cultural, utilizará constantemente una en lugar de otra, o elegirá una u otra en función de su propio gusto o de la conformidad con un determinado modelo, etc. Así, Vico escribe *iconomia* en lugar de *economia*, quizá por arcaísmo; Baretti adopta *lapida* porque encontró esta forma en Berni y Cellini; Parini prefiere *mercadante* porque esta variante le habrá parecido más adecuada para la poesía (o quizá por un recuerdo preciso de Ariosto), etc.

12. Escritura a mano

Desde las últimas décadas del siglo XVII, la ortografía no ha fluctuado mucho, ya que las principales controversias han remitido.

El expediente de distinguir la *e* y la *o* tónicas abiertas mediante un acento circunflejo, propuesto por Anton Maria Salvini a la Accademia della Crusca el 10 de febrero de 1723-24[135] y aplicado en su versión Oppiano (Florencia 1728), no es de carácter general, sino que sólo pretende ser un recurso didáctico para facilitar la pronunciación a los no toscanos.

Ahora distinguimos *u* de *v*[136] y casi siempre *j* de *i*: encontramos *j* sobre todo en palabras como *jattura*, *gennajo*, *conjugale*, casi siempre en el plural de sustantivos y adjetivos en *-io*: *proprj*, *municipj*, *vizj*, *vestigj*.[137]

La *i* meramente ortográfica abunda a veces, sobre todo en escritores del norte: *cappuccietto* (Goldoni), *pregievole* (Vallisnieri), *scielta* (Becelli), etc.

La *y* ha desaparecido, salvo en algunos raros casos de adaptación fallida en voces griegas (por ejemplo, Carlo Gandini, *Gli elementi dell'arte sfygmica*, Génova 1769; Giovanni Arduino, "Saggio fisico-mineralogico di Lythogonia (*sic*) e Orognosia", en *Atti Acc. delle scienze di Siena*, V, 1774).

La *h* ya sólo se utiliza en las interjecciones y, en su mayor parte, en las cuatro voces del verbo *tener*:[138] La obra de Martelli *Il piato dell'H*, publicada como apéndice del *Vocabolario cateriniano de* Gigli, no es más que una perorata contra la h.[139] Sólo en raros casos de voces cultas hay alguna *h* etimológica, casi manteniendo la voz latina o grecolatina en el texto italiano: Pirro Maria Gabrielli escribió un tratado sobre *L'Heliometro*, Siena 1705; en una consulta Vallisnieri habla de "una apoplesia parcial, llamada *Hemiplexia*" pero justo debajo usa "Hemiplegia".[140] También hay algunos raros casos de retención de *la h* en los digramas griegos: Salvini (Oppiano, p. 5) escribe *Parthi*, Vallisnieri (*Opere*, II, p. 215) *Lapathj* (nombre de planta); Giovanni Battista Sottovia trata *Della Loica*: *l'Ideografia e l'Alethologia* (Mantova 1748); por eufemismo y para evitar malentendidos con *falo* Parini escribe "il turpe *Phallo*" (*Mattino*, v. 544).

No hay rastro de *k* excepto en la palabra *kavaliere* (como título caballeresco) en Venecia. La *c* y la *q* se separan como se sigue haciendo hoy en día (salvo algunos ejemplos aberrantes: por ejemplo, *risquotere* en *Celidora* de Casotti o *Commedie* de Fagiuoli).

La grafía con *zi* ha sustituido por completo a la de *ti*: *oración*, etc. Sigue habiendo cierta incertidumbre en el uso de la doble *z*, tanto en palabras como *vizi* (*vizzi* como plural de *vizio* es opuesto por Leonardi),[141] como en los casos en que el grupo latino *ti* iba precedido de una consonante.[142]

Los acentos gráficos se escriben, por regla general, en forma de acento grave, sobre palabras truncadas; sólo en contadas ocasiones el acento está en el cuerpo de la palabra (ahora en forma de acento agudo, ahora en forma de acento grave: *ironía* o *ironìa*), en algunas obras de carácter didáctico se utilizan más abundantemente.[143] El uso en monosílabos es muy variable (*fù*, *sà*, *quì* se acentúan con más frecuencia).

Algunos signos (sobre todo el acento agudo) empezaron a utilizarse en poesía para indicar la diéresis.[144]

El uso del apóstrofo es muy similar al actual; Corticelli da la norma de que *hay* que escribir *hombre* (*Regole*, 1. III, cap. 4), mientras que Gigli (*Lezioni di lingua toscana*, cit.) sigue escribiendo *hombre*. Las mayúsculas se siguen utilizando con bastante frecuencia. He aquí algunos ejemplos tomados al azar de un capítulo de Girolamo Gigli (en las *Lezioni* citadas):

Dijo uno de ellos: Que entres por fin
Como en el Infierno los Doctores de la Ley.
Entonces esas bestias espirituales
Entraron en el establo cien, cien,
Como si el Pastor lo hubiera evitado.

O del tratado de Maffei *Della scienza chiamata cavalleresca (*Roma 1710, p. 39): "Quest'Onor Cavalleresco è un Idolo vano, un nome senza soggetto, ed una mera invenzione di questi Autori". O del *Newtonianismo* de Algarotti (Nápoles 1737, p. 2): "La Penisoletta di Sirmione, Patria del Vezzoso Catullo, e i Monti che tante volte ripeterono i bei versi di Fracastoro, due punti dirò così tanto famosi nella Carta Poetica facano di lontano prospetto all'elegante Palagio sù di questa gentil Collina piantato.

14): "en vista de nuestra constitución política, el neologismo extranjero debe ser el primer carácter constitutivo del actual gusto italiano en literatura"; en *Saggio sopra la lingua italiana* de Cesarotti (Padua 1785, p. 54): "hace cada vez menos apetecibles a los autores de las lenguas cultas", "algún otro Cinquecentista, adaptando las frases idolátricas de los romanos a la liturgia del cristianismo", etcétera.

Ferdinando Caccia, de Bérgamo, propone una reforma ortográfica general.[145] Su "ortografía filosófica de sólo diez-nueve caracteres" suprimiría la *j*, la *v* y la *z*. Mantendría la h sólo en ho, hai, hanno, oh, ahi, deh. Mantendría la *h* sólo en *ho*, *hai*, *hanno*, *oh*, *ahi*, *deh*. Escribiría *otsio*, *gratsia*, *petso* y también *metsto;* suprimiría la *u* después de la *q* (*aqa*), aboliría la *g* en *palia*, *filio*; escribiría *inprudente*, *bonba* y aboliría las dobles antes del acento (*scritore*, ma *scritto*). Ya no habría signos de puntuación, ni siquiera el punto, ni el apóstrofo, ni el guión al final de línea. Incluso se suprimirían los acentos, si se escribiera, como él aconseja, *bateo* por *batté*, *virtute* por *virtue*. Huelga decir que la reforma de Caccia, que aplicó sin demasiada coherencia, no tuvo continuidad.

13. Sonidos

Algunos de los gramáticos toscanos intentan aclarar las cuatro letras de pronunciación ambigua (*e*, *o*, *s*, *z*): Gigli en su "Raccolta di tutte le voci italiane di buon uso" (incluida en sus *Regole per la toscana favella*, Roma 1721) distingue (pero con numerosos olvidos) las palabras de pronunciación incierta; otros gramáticos, sin embargo, sólo insinúan el problema: por ejemplo Corticelli: "*E* [. . .] presso i Toscani ha due suoni, l'uno più aperto, come in mensa, remo; l'altro più chiuso, e assai frequente come in refini...] presso i Toscani ha due suoni, l'uno più aperto, come in *mensa*, *remo*; l'altro più chiuso, e assai frequente, come in *refe*, *cena*. Cotal suono però appresso i Poeti non fa no noja alla rima. Petrarca, canz. 24: *Fa subito sparire ogn'altra stella*, *Così sembra ora men bella*. E pure *stella* ha il suono chiuso e *bella* aperto" (l. III, cap. I; se da un párrafo similar para *o*).

Las conjunciones *e* y *nè* siguen teniendo un sonido abierto, como se desprende de la transcripción (ê, nê) dada por Salvini en su versión opiana.

La moda franciscana ha hecho que muchos adopten la pronunciación uvular de la *r a la manera* francesa, y el testimonio de Carlo Gozzi nos permite saber que alguien también pronunciaba la *u* a la manera francesa.[146]

La regla del diptongo móvil es ampliamente ignorada, incluso por los toscanos (*risuonasse*, Cocchi; *cagnuolina*, Minzoni; *scuolare, scuolaretto*, Baretti), aunque los gramáticos siguen prescribiéndola (Gigli, en las historias que corrige para ejercitar en sus *Lezioni*, cambia *suonando* e *muoveva* por *sonando* e *moveva*).

La reducción del diptongo *uo* a *o* en el toscano hablado, que aún no era perceptible en las primeras décadas del siglo (a juzgar por los chistes florentinos de Gigli),[147] debió popularizarse más tarde: el padre Ildefonso Fridiani documenta '*Omo* secondo il tronco pronunziare del volgo anche presente'.[148]

No faltan incertidumbres acentuales: por poner algunos ejemplos, los *toscanos* prefieren *prepàro*, *sepàro*, mientras que en otros lugares se oyen a menudo los latinismos *prèparo*, *sèparo* (Rosasco, *Della lingua toscana*, Turín 1777, II, p. 463). 463); se oscila entre *dìssipa* y

dissìpa, *dìsputa* y *dispùta*, *proìbito* y *proibìto* (Salvini, Annot. alla *Fiera*, V, II, 4); Chiari (*Il Medico viniziano al Mogol*, II, I) acentúa *ipocòndria* al latín más que al griego. Como la escritura común no aconseja cómo acentuar las palabras, las más raras se aprenden a veces, y luego se repiten, con acentos erróneos: así *coltrìci* de Parini[149] o *Megàra* ('Talía') de Cerretti o *Peripàto* ('O mio Vigan...') de Mascheroni.

El truncamiento de la vocal absoluta final tras líquida y nasal está permitido en poesía ("Es la culpa y no el castigo / lo que puede hacerme palidecer": Metastasio, *Temístocles*; "Muggir di mare e rimbombar tuon": Mazza), pero suena falso cuando los versos son prosaicos ("Per ora non vado a spasso, vado per un affar": Goldoni).

En cuanto a los truncamientos de la vocal final cuando una palabra enlaza con la siguiente (*volgar lingua*, *ragion che sopravvenga*), no sólo son muy frecuentes en verso, sino que abundan en varios prosaturistas de la segunda mitad del siglo XVIII: Foscolo arremetió repetidamente contra este "vicio de truncar las palabras", que consideraba "aticismo de los últimos jesuitas".[150]

Cuando se une un enclítico a la palabra truncada, no hay asimilación, al menos en la escritura: *passiamla* (Fagiuoli, *Il cavaliere parigino*, II, sc. 6).

14. Formularios

Las fluctuaciones que observamos en las formas gramaticales siguen siendo en cierto modo las mismas que en el siglo XVII. Delante de *z,* sigue prevaleciendo el artículo *il:* pero en los pasajes del padre Segneri retocados por el padre Bandiera, éste corrige *'l zelo* en *allo zelo*. Algo más respetada es la regla que prescribe *lo*, *gli* delante de *s* impura: Baretti, comentando un soneto de un poeta frugoniano (*Frusta lett*., n. X) advierte: "*ai scritti* (tenía que decir *a los escritos*)". Cesarotti, que señala estas particularidades entre aquellas sobre las que "timorati grammatici fanno schiamazzo" (*Saggio*, III, I), emplea libremente ambas formas. La forma *li* para el plural del artículo está perdiendo terreno, pero todavía está lejos de ser rara, especialmente delante de una consonante: Gigli dice que de la elección entre los dos artículos *i* y *li* "el oído será el juez" (*Lezioni*, p. 42), mientras que Mirapelli (*Delle parti del volgare parlamento*, Casale 1728, p. 26) dice que *li* es "más del Poeta que del Prosator". Sólo en el verso está *lo* delante de una consonante ("i migliori che *lo* ver non sanno": Gozzi, *Serm*., XIV), a no ser que se trate de la preposición articulada *per*, porque en este caso los gramáticos siguen prescribiendo *per lo* (plur. *per li*), que es escuchada por varios (pero, por ejemplo, Genovesi escribe *pel desiderio*). *Ai*, *dei*, *nei se* sustituyen casi siempre por *a'*, *de'*, *ne'*. En verso hay quien prefiere escribir las preposiciones articuladas desligadas cuando no están apostrofadas: por ejemplo Parini escribe (en poesía, no en prosa) *ne le Gallie*, ma *dell'opre*. La preposición entre se escribe a veces unida ('qualche rosa *fralle* mie spine', Fagiuoli).

En el plural de los sustantivos y adjetivos en *-co* y *-go,* continúan las incertidumbres: *intonachi* (Targioni Tozzetti), *ittiofaghi* (Cesarotti), *filologhi* (Becelli), *paralitichi* (Fagiuoli), *astrologhi* (Gozzi), *reciprochi* (C. Gozzi, Casti), *lombrici* (Cocchi), *bruci* (Targioni Tozzetti), *catalogi* (Zannichelli), *omologi* (Galiani); Cesarotti, que en el *Saggio* había escrito *theologhi*, en la 3ª ed. corrigió a *teologi*. Incluso en superlativos, tenemos *cattolichissimo* (Marmi), *filosofichissima dissertazione* (Baretti), *ascetichissimo y teologichissimo* (Fr. Fridiani), etc. Algunos plurales en *-a* son exhumados por arcaísmo (*le coltella*, G. Gozzi; *le pugna*, C. Gozzi).[151] Para el plural de los sustantivos en *-elio*, encontramos no sólo *capegli*, sino también *campanegli* (Baretti); en verso también *-ei* (*augei*, Cerretti).

Algunos numerales compuestos por *seis* o *siete* siguen apareciendo en forma contraída: *cinquansei* (Saccenti), *cinquanzettimo* (Cocchi), *venzett'anni* (Baretti).

Los gramáticos siguen debatiendo la vieja discusión, si *él* y *ella* son permisibles como sujetos; Bertini (*Giampagolaggine*, p. 140 Bacci) y Salvini en a cicalata[152] los admiten en varios casos, Gigli (en el prefacio a *Don Pilone*) pide que "se dé al idiotismo plebeyo de la propia Toscana, que sucede al más propio, al más gracioso".

En las formas atonales objetivas *li* y *gli*, *lo* e *il se* siguen utilizando promiscuamente. Probablemente por influencia francesa, *lo* empezó a utilizarse en referencia a una frase anterior: "el Académico es un personaje distinto del Profesor, como tan brillantemente demostró mi valiente Colega" (Cesarotti, "Reflexiones sobre los deberes académicos", en *Obras escogidas*, I, p. 330 Ortolani).

Atones con sentido plural es también utilizado por un purista como Carlo Gozzi: 'né vergogna / *gli* prende [= agli uomini] a dare il core alle più vili' (*Turandot*).

El toscano *gliene* para 'glielo, gliela etc.' es utilizado, por ejemplo, por Fagiuoli y, por arcaísmo, por Gasparo Gozzi ('Presemi ella la mano. Vorrei che aveste veduto con qual garbo io *gliene* baciai': *Osservatore veneto*, XXIX).

Junto a las formas enclíticas normales *mi*, *ti*, las formas *me*, *te*, *se son* admisibles en verso; de hecho, Parini cambiaba a menudo *saettarti* por *saettarte* y similares al corregir su poema ya impreso.

En plural, *ne* por 'allí' es también muy frecuente en prosa. Algunos escritores norteños, calcando el dialecto, confunden *ci* con *si*: "nos servimos del estilo familiar [...] para no separarnos de la verosimilitud" (Goldoni, *Teatro comico*, II, esc. 2).

En las secuencias de pronombres átonos, *se gli*, *se le* por "gli si", "le si" aún persisten, en verso y en prosa: "In questo mentre Gano *se gli* getta / ai piedi" (Forteguerri, *Ricciardetto*, XXIV, st. 69); "*se gli* facciano [al fanciullo] tirar due righe di scrittura" (Genovesi, *Lez. civ. econ*, I, p. 203); "se goza de que se presente la ocasión" (Spalletti, *Saggio sopra la bellezza*, p. 27 Natali); "no se obedece al médico y no se *le* pregunta" (Goldoni, *Finta ammal*., II, sc. 2a).

Ci y *vi* como adverbios de lugar, que solían significar 'en este lugar' y 'en aquel lugar', han llegado a confundirse, como atestigua Gigli en el *Vocabolario cateriniano*, s.v. *Partículas*; el padre Bandiera recomienda que *vi* signifique también 'en este lugar'; en cambio, Parini defiende la distinción de significado.

Muy frecuente en el siglo XVIII es la construcción cuyo *libro*, cuya *carta ("*Ei si lusinga, che siate un giorno *la di lui* sposa": Goldoni, *Le smanie per la vill*., I, sc. 11). También es frecuente *el que ("*S'egli pur ti piacesse, *lo che* sperar non osa": Chiari, *La Veneziana in Algeri,* V, sc. 2).

Unos pocos pueden usarse todavía en plural: "un manojo de *algunas* bellas operaciones lingüísticas" (Salvini, *Prose toscane*, I, p. 210); "*algunas* ofertas de empleo" (Parini, carta de 1769 al conde Firmian), "*algunas* antigramaticalidades" (Alfieri, *Vita*, año 1783), etc.

El adjetivo posesivo *his* se utiliza a veces con referencia a un plural: así, por ejemplo, Gigli ("tante Eccelse, e robust Monarchie dalle *sue* fondamentazioni divelte", oración de 1714, en *Lectures*, p. 161),[153] Becelli ("[né il Bembo né l'Ariosto] lasciarono di scrivere Toscanamente, perché in altra guisa parlassero i terrazzani *suoi"*: *Se oggidì scrivendo..., p.* 74), Goldoni ("Le Muse, che non abbandonano i *suoi* divoti": *Il Poeta fanatico*, II, sc. 7): la influencia latina se combina en estos últimos ejemplos con la dialectal.

Dialectal es también el refuerzo con *el* de pronombres relativos y adverbios: "Pazzi, pazzi quanti *che* siete" (Goldoni, *I malcontenti*, II, sc. 8), "Povera me, in che condizione miserabile *che* mi trovo!" (Goldoni, Le smanie per vill., I, 7), "come che c'è male male" (Chiari, Il Tesoro, I, sc. 2), "dove che c'è male" (Chiari, I, 2), "dove è male" (Chiari, I, 2). (Goldoni, *Le smanie per la vill*., I, 7), "come *che* fanno i cani" (Chiari, *Il Tesoro, I, esc. 2*), "dove *che c'è* del male" (Chiari, *La bella pellegrina*, II, esc. 1) etc.

En la inflexión verbal abundan las variantes, entre las que los gramáticos se esfuerzan por poner orden. Gigli, en sus *Lezioni di lingua toscana,* junto a la columna en la que registra las formas "correctas", tiene otras tres, una de las cuales está dedicada a las formas "antiguas", otra a las "poéticas" y la última a las "corruptas". Sin discutir la pertinencia de esta clasificación[154] observamos la importancia concedida a las formas poéticas: se trata en general de formas arcaicas aún utilizables en verso. Por supuesto, el juicio sobre la pertenencia de una forma a una u otra categoría es en parte discutible: por ejemplo, Gigli registra, junto a *vediamo* e *veggiamo* corretti, *vedemo* como forma arcaica. No nos sorprende encontrar la terminación en *-emo* en Vico que, como sabemos, arcaiza ("il di più che noi *godemo* sopra gli antichi"), ni encontrarla en poesía ("Veder ciò che *vedem* tu solo ed io": Manfredi).

Los escritores en verso aprovechan en gran medida la libertad de utilizar formas "poéticas": encontramos la *-e* en la tercera persona del subjuntivo de los verbos en *-are*, no sólo cuando el poeta aspira a un tono noble ("E l'amo ancor che il suo destin l'*annode /* con sacro laccio a più felice amante": Zappi; "né perché roco ei siasi, o dolce ei *cante*": Zappi, "Il gondolier...."; "quanta avvien che olezzante aria *rinnove":* Varano, *Visioni*, I; "Una certa grandezza / splende, che si può dir che nulla *manche*": C. Gozzi, *Marfisa bizzarra*, VI, st. 85)[155] pero también en pasajes prosaicos, donde la forma se elige sólo para encontrar más fácilmente la rima ("A sé mi chiama il Duca; fa che l'udienza *aspette":* Goldoni, *T. Tasso, II, esc.* 1a; "Si cangi quanto vuole; ma trovi chi *l'ascolte*": Chiari; *Il poeta comico,* III, esc. 2a). Si se reconoce a los versificadores el derecho a hacer uso de las formas poéticas, ¿por qué

privarse de ello? Así, Chiari llega a exhumar un arcaico *sièno* per *siano*, cuando necesita una rima en -*eno*: "No digo que todos los hombres *sean* insoportables" (*Il filosofo viniziano*, I, sc. 1a).

Entre las variantes generalmente admisibles se encuentran las dos formas de la 1ª persona del singular del imperfecto. Junto a las formas *ero*, *amava*, *vedeva etc.*, que predominan con mucho, tenemos las formas *ero*, *amavo*, *vedevo* etc. (utilizadas, por ejemplo, por Chiari y P. Verri). Otra forma oscilante es la 2ª persona del singular del presente de subjuntivo: *che tu hai* o *che tu hai*.[156]

Las formas de la 3ª persona del plural del subjuntivo del tipo *vadino*, *venghino* están muy extendidas, pero proscritas por los gramáticos.[157]

Para la segunda persona del plural del imperfecto de indicativo, los toscanos prefieren las formas más cortas *voi andavi*, voi facevi a las pesadas terminaciones regulares (*voi andavate*, voi *facevate*), pero, a excepción de Fagiuoli, son pocos los que se atreven a escribirlas.[158]

En el condicional, las formas de 3ª persona en -*ia son* frecuentes en verso, pero también se dan en prosa. Las formas de 1ª persona del plural en -*aressimo*, -*eressimo*, -*iressimo* aparecen aquí y allá, pero los gramáticos no las toleran: *correressimo* (Vico), *vedressimo* (C. Gozzi), *saressimo* (Cesarotti), *potressimo* (Alfieri). En la 3ª persona del plural, las formas en -*ebbono* siguen siendo admisibles.

No acabaríamos aquí si quisiéramos enumerar la mayor o menor observancia de formas verbales menos regulares: observamos, sin embargo, que los escritores no toscanos tienen cierta tendencia a aplicar paradigmas regulares: *potiamo* (passim), *anderà*, *averà*, *goderà* (Goldoni), *s'opposerà* (Chiari), *veniremo* (C. Gozzi), etc.

El auxiliar de los verbos reflexivos impropios sigue siendo *avere*: "*si hanno preso* la briga" (Galiani), "se *si avrebbe seguito* l'ampio campo" (Conti), "mio fratello *se l'ha sposata* [la Bergalli]" (C. Gozzi), "me parece que *se ha hecho* más honor del que merece" (Mazzuchelli), "creo que [...] el agua *ha cavado el* canal más estrecho" (Targioni Tozzetti), "la idea que estos señores se *han formado* de mí" (Meli), etc.

La inflexión personal de las formas indefinidas, antaño característica de los dialectos meridionales y del italiano escrito basado en ellos (*essereno*, *essendono*), ya no existiría, si Vico no la hubiera utilizado con deliberado arcaísmo.

15. Construye

La influencia francesa se deja sentir mucho en este ámbito. El francés es del tipo 'pollo *en el asador*' (reprendido como tal en *Raguet*, III, esc. 2a de Maffei; cf. p. 476) *El* partitivo se extiende más allá de lo que era el uso tradicional: 'con más *que* energía', 'el demasiado *de* variedad' (Algarotti).

La fortuna del superlativo relativo con el artículo repetido se apoya en el francés: "le anime *le* più sonnacchiose" (Genovesi), "il poema *il* più galante che ci sia", "le verità *le* migliori dimostrate" (Algarotti), "la musica *la* più eccellente" (Goldoni), "l'uomo *il più* grave, l'uomo *il* più plumbeo della terra" (P. Verri), "el hombre *el más* psíquico de la tierra" (Parini), "el arte *el* más necesario" (Filangieri), etc.

La construcción "*Es Antonio* (o *es él*) *quien* me lo ha escrito" se modela en francés con valor enfático: "Hace tanto tiempo que no tengo noticias de él" (Algarotti, *Opere*, XVII, p. 27), "tal vez por eso vienen a verme a menudo" (Bettinelli, *Opere*, V, p. 89), etc.[159]

Y la construcción "*no* le di de limosna *más que* un penique" también está influenciada por el francés.[160]

Lo mismo puede decirse del tipo *per poco che (*"per poco ch io cambi non sono più io": Bettinelli, *Opere*, V, p. 123) y del *too... per* type ("egli è troppo saggio e prudente per approvare": Fontanini).[161]

Las dos construcciones perifrásticas *vengo di dire*, *vado a fare se* han popularizado (y Maffei las reprocha en *Raguet)*.

El gerundio preposicional *en lectura* (Algarotti, G.P. Zanotti) es promovido por la construcción francesa análoga, pero tiene ejemplos antiguos en escritores de los siglos XIV (*in aspettando*: Petrarca) y XVI, por lo que se considera legítimo.[162] *Malgrado ("a* pesar de la distancia", Zanotti; "a pesar de los celos frecuentes", Bettinelli) tiende a sustituir a la construcción tradicional a *pesar de, según* el ejemplo francés. La repetición con el relativo

("el dialecto particular de un pueblo ilustre de Italia, *qué dialecto"*, Parini) también parece deberse a la influencia de construcciones francesas similares.[163]

Pero, aún más que en las construcciones nuevas o refrescadas, la influencia francesa se deja sentir en la elección de un periodicismo distinto del tradicional. La frase lineal tiende a sustituir a la arquitectónica: muchos prefieren periodos largos, ricos en nexos subordinados ('estilo periódico'), periodos cortos con poca sindicación ('estilo quebrado' o 'interrumpido'). Además, antes el orden de las palabras era rico en inversiones, y se regulaba en un giro amplio concluido preferentemente por un verbo, según los modelos latinos de Boccaccio o Casa; ahora muchos escritores prefieren el orden directo. Los dos problemas son diferentes, aunque están estrechamente relacionados;[164] en Francia los gramáticos los discutieron largamente, bajo la influencia de las ideas de Descartes y Port-Royal, buscando sobre todo la máxima claridad; en Italia los novadores como Algarotti, Verri, Cesarotti, no perdieron ocasión de alabar los méritos del estilo quebrado y del orden directo;[165] Beccaria bromea sobre el "arte superfino de arrancar un pensamiento, aunque sea común, con algunos centenares de palabras, y amasar luego toda la mezcla en un hermoso periodon de tamaño gigantesco, y todo combado de vicios, y sostenido por tantas partículas minúsculas, que constituyen entonces el secreto del arte" ("Lettera sulla lingua", *Il Caffè*, tomo I, Brescia 1765, p. 70).[166] Galeani Napione, por el contrario, defiende períodos muy variados,[167] y considera una ventaja del italiano admitir tanto la construcción directa como la inversa; Gasparo Gozzi no puede sufrir el estilo quebrado.[168] Baretti insiste repetidamente en los méritos del orden directo,[169] pero no es muy partidario del periódico quebrado.[170]

La secuencia moderna por la que el atributo con valor limitativo sigue al sustantivo al que se refiere tiende a fijarse cada vez más: en particular los participios, los adjetivos étnicos, los adjetivos que indican materia o forma o color. La regla dista mucho de ser absoluta: puede contravenirse tanto en la lengua poética, que no renuncia a su antigua libertad, como en la prosa por influencia latina. Metastasio recuerda el *fénix árabe* en la conocida cuarteta de *Demetrio* (II, esc. 3a); *Veneta Marina* es el uso oficial de la República veneciana; Parini habla de la *cimmeria nebbia*, dell'*itale voci*, dell'*italian Goffredo, etc.*; Baretti habla de "algunas *islas septentrionales*"; Alfieri en su *Vita* recuerda una época suya "de *gramáticas gastadas* y *vocabularios cansados...* y de *raccozzati propositi*".[171] etc.

Entre las transposiciones más o menos atrevidas de las que la lengua poética conserva el privilegio, recordemos una particularmente frecuente en Parini,[172] la inserción de un complemento entre el adjetivo atributivo (o incluso el artículo simple) y el sustantivo: "e le gravi per molto adipe dame" (Parini, *Notte*, v. 268); "le dal sol percosse / del suo fiotto inegual spume d'argento" (Bettinelli, "All'abate Benaglio"); "Su la d'olivo inghirlandata prora" (Fantoni, "Sorgi Laware..."); "la rauca di Triton buccina tace" (Mascheroni, *Invito a Lesbia Cidonia*, v. 88) etc. (Parini, Notte, v. 268).

Las groseras transposiciones de Alfieri impactaron por igual a lectores y oyentes: prueba de ello es aquel verso paródico que un fino ingenio acuñó en el Teatro dei Dilettanti de Roma una noche durante un pobre concurso: "¡Oh poca quanto in the theatre people!"[173]

16. Coherencia del vocabulario

Si observamos lo que los italianos habían recibido por tradición a principios de siglo, veremos que en sus elementos esenciales era lo mismo que en siglos anteriores. Pero a la tendencia conservadora se contraponían fuertes tendencias innovadoras, en consonancia con la inclinación general del siglo XVIII a rebelarse contra la tradición allí donde no se correspondía con la "naturaleza" y la "razón". Y como Francia fue la precursora de este movimiento, gran parte de las innovaciones procedieron de los afrancesamientos: tanto palabras propiamente francesas como palabras de formación grecolatina que salieron de Francia para extenderse por todas las lenguas europeas.

Echemos un rápido vistazo a algunas de las palabras que empiezan a utilizarse o que están adquiriendo nuevos significados y nueva moda en este siglo.[174]

Filósofo y *filosófico tienen* un significado muy general, referido no específicamente a la ciencia de los primeros principios, sino a cualquier actividad que implique reflexión. Por ejemplo, Targioni Tozzetti advierte: "Considerando atentamente con ojo filosófico esta llanura horizontal de Pisa, se ve que el Arno en tiempos antiguos la ha dominado en varios lugares" (*Relazioni d'alcuni viaggi*, 2ª ed., Florencia 1768, II, p. 94); P. Verri habla de la

"peregrinación filosófica a América" de La Condamine (*Il Caffè*, tomo II, Brescia 1766, p. 273). Muchos hablan de *filosofismo (y* de hecho el abate Cataneo expone *Il filosofismo delle belle*, Venecia 1753); y se designan diversas ramas y escuelas de *filosofía* (por ejemplo, *psicología*; *fatalismo*, *materialismo*, *monismo*, etc.).

La persuasión de que hemos llegado a la era del triunfo de la razón da valor de mito a las expresiones *ilustración* (*siglo de las luces, filosofía de la ilustración*), *ilustrado,* etc., que aparecen con mucha frecuencia, tanto en los partidarios del nuevo espíritu, por ejemplo bajo la pluma de los escritores del *Café*,[175] como, irónicamente,[176] en los elogiadores de la antigüedad.[177]

Literato tiene también un sentido mucho más amplio que hoy: como la división entre literatura y ciencias aún no se había profundizado, *literato se refiere* a ambas, en pocas palabras significa "docto" (el Journal des *Letterati* corresponde al francés *Journal des Sçavans*).

Un concepto propio de la filosofía de la época, pero también bien conocido por los no filósofos, es el de *buen gusto*: Muratori lo discutió, como es bien sabido (Lamindo Pritanio, *Riflessioni sopra il Buon Gusto intorno le Scienze*, *e le Arti*, Venecia 1708).

Si la *razón* es uno de los mitos del siglo, no menos importante es la función atribuida al *sentimiento*:[178] nació entonces el término *sentimental*,[179] mientras que *sensible* pasa a significar "que se conmueve fácilmente", "que tiene sentido de la humanidad".

Entra en uso *emocional*, adquiere boga *sublime*.

La distinción ya existente entre *genio* e *ingenio* se profundiza en el siglo XVIII, y *el genio* se aplica no sólo a los impulsos espontáneos del alma, sino a una fuerza creadora excepcional, y luego también al hombre en quien se manifiesta esta fuerza: "Estamos aquí (*sic) en* presencia, bajo los ojos, por así decirlo, de... un genio tan grande como Dante" (Salvini, *Prosa toscana*, III, p. 2).[180] Otra exigencia del siglo XVIII es la de la tolerancia, opuesta al *fanatismo*.[181] Los incrédulos amplían el ámbito del *prejuicio para* incluir toda manifestación religiosa,[182] y protestan de sí mismos como *espíritus sin escrúpulos*, *fuertes* y *librepensadores*.[183] Muchos se declaran *filántropos* y *cosmopolitas*.

El antiguo significado de *"patria"* y *"nación"* referido a la ciudad o pequeño estado al que se pertenece aún persiste; pero la referencia a toda Italia es cada vez más frecuente.[184] *Patriota*, *patriotto,* que en el siglo XVII significaba 'compatriota', adopta ahora el significado de 'amante de la patria'; le siguen *patriot*(*t*)*ico* y *patriot*(*t*)*ismo*.[185]

Democracia y *despotismo* también entran en circulación en el siglo XVIII. En la segunda mitad del siglo, aparece el término "*Risorgimento"*, como expresión del deseo de salir del estado de inferioridad en que se encontraba entonces Italia; más que en otros lugares, en Piamonte la palabra se impregnó de pensamiento político ("nuestro inminente Risorgimento": Conde de San Raffaele, 1769).[186]

Vinculado a las discusiones sobre el lenguaje aparece el *linguaio*, el *paroleo*, el *purismo* y el *neologismo*.

La acepción extensiva de *abad*, referida en general a cualquier clérigo (cf. p. 495), y la popularización de *cicisbeo* son típicas de este siglo. También lo son la moda de los *improvisadores* y la de las *colecciones*.

La introducción del uso del doble septenario se recuerda tomando su nombre del del autor: *martelliano*, de Pier Iacopo Martelli. "El siglo XVIII distinguía la *gazzetta* del *giornale,* y el *gazzettante*, recopilador de noticias urbanas y políticas, del *giornalista*, recopilador de noticias literarias: mestierante el primero, letterato, o *savant*, dotto di scienze e di lettere, el segundo".[187]

Algunos nombres proceden de obras literarias del siglo XVIII: *vanesio del* nombre del protagonista de la comedia de Fagiuoli *Ciò che pare non è* (1724), *ciana* del protagonista del *melodrama* de Agostino Valle *Madama Ciana* (1738), *liliputiense* de *Los viajes de Gulliver* de Swift, y otros.[188]

La letra de la ópera en música se entrega a un *libreto*: el término puede remontarse a finales del siglo XVII, pero en cualquier caso aún no estaba bien establecido a principios del XVIII, ya que Muratori en su tratado *Della perfetta poesia* (1706) escribe: "Mancando all'uditore il *libricciuolo* (come suol chiamarsi) dell'Opera.

En el campo de las doctrinas históricas y críticas aparecen numerosas palabras nuevas: *biógrafo*, *editor*, *diplomático* (junto con *diplomático* y *diplomático*), etc.

Secentismo y *secentista* toman un sentido despectivo en la primera mitad del siglo XVIII.[189] *Romance*, que a principios de siglo no era más que un adjetivo relativo a la *novela*, aunque con un tinte despectivo,[190] 190 hacia el final adquiere el sentido para el que luego

prevalecerá la palabra *Romántico*: "una mezcla de culto y salvaje, de agradable y horrible, de risueño y sublime forma una escena verdaderamente admirable y *novelesca*": así Pindemonte, en su novela *Abaritte* (1790).[191] También están en boga entre los prerrománticos lo *patético* y lo *pintoresco*.

Algunas locuciones con *bello*: *bello ingenio* tuvo buena suerte,[192] *bellas artes*, *bel mondo* (véase § 21).

En las últimas décadas del siglo se populariza el adjetivo *barroco*, referido a la arquitectura y escultura del siglo XVII.[193]

Abundan las nuevas palabras que hacen referencia a las nuevas modas, en su mayoría procedentes de más allá de los Alpes: *andrienne*, *falpalà*, etc. (enumeraremos varias de ellas en el § 21).

Aparecen algunos vehículos nuevos, como el *svìmero*.

Numerosos inventos, tanto italianos como extranjeros, dieron lugar a nuevos objetos, que entraron en circulación con sus respectivos nombres: recordemos el *piano,* bautizado por primera vez con el nombre de su inventor, el paduano Bartolomeo Cristofori, el *clavicordio con piano y forte* (la noticia del descubrimiento fue divulgada por Scipione Maffei en el *Giornale dei letterati d'Italia* en 1711).[194] Y luego el *ventilador*, el *aerostato,* etc. La tendencia al sentido práctico se manifiesta con la aparición del adjetivo *tascabile*, que Algarotti (carta del 1 de enero de 1763) dice haber aprendido del uso hablado toscano.

Aparecen nuevos juegos (como el *Faraón*); el juego de la *lotería se* populariza en Italia (desde Génova, donde se apostaba por el *seminario*, es decir, el sorteo de los nombres de los magistrados mayores entre los 120 primeros elegidos).

En el ámbito jurídico, algunas palabras nuevas se deben especialmente a medidas jurisdiccionales: piénsese en *manomorta*. Persisten fuertes diferencias de nomenclatura para instituciones similares, debido a la conservación de tradiciones distintas en cada Estado. Sabemos, por ejemplo, que en 1706 en Roma, el Tribunale della Rota, teniendo que decidir si *majorasco* significaba 'herencia que recae en el hermano mayor', como se usaba en Florencia y había codificado la Crusca, o en cambio 'hijo primogénito', como se usaba en Siena, se pronunció por la segunda acepción.[195]

El nuevo fervor con que se anima el comercio entre los diversos países y el interés que despiertan los estudios económicos conducen a notables innovaciones terminológicas.[196] Aparecen términos como economía *política* (con los sinónimos economía *pública* y *economía civil*) y *economista* derivado; *moneda*, *mercancías*, *monopolio*, (*libre*) *competencia*,[197] *exportación* e *importación*;[198] *biglion* 'plata barata', *millonario*,[199] *aggiotatore*, *cambista,* (*letra*) *de cambio*, *sujeto pasivo*, *capitalista*, etc.

La fabricación y el *establecimiento* pasan, según el ejemplo francés, del significado abstracto de los nombres de acción al concreto.

Los nombres de las antiguas instituciones que desaparecieron y de las nuevas que se crearon durante el periodo de reformas deben enumerarse estado por estado: en Milán, por ejemplo, bajo María Teresa se realizó el primer *censo* en 1749, el *catastro se implantó* en 1760, las *ferme* y los *fermieri* se abolieron en 1771; bajo José II se crearon las *cámaras de comercio* en Lombardía, etc. Además de los nombres de las instituciones públicas, cabe mencionar los de importantes instituciones privadas: por ejemplo, el *jardín de infancia* creado en Génova en 1757 por Lorenzo Garaventa.

El gran desarrollo de las ciencias en el siglo XVIII hizo que las terminologías de botánica, zoología, física, química, etc. experimentaran enormes cambios. Aparecen miles de nuevas entradas, muchas de las cuales se abren paso en el uso común: varios términos, junto a su significado común, adquieren uno técnico; otros desaparecen del uso, y así sucesivamente. Mientras que para algunas ciencias estamos exactamente informados, desgraciadamente para otras lo estamos mucho menos, porque los especialistas no siempre sienten curiosidad por la historia de sus respectivas disciplinas.

El progreso científico y la consiguiente revolución terminológica se producen paralelamente en los distintos países de Europa: y mientras que la contribución de Italia es muy considerable en algunos campos, por ejemplo la electrología, en otros es más bien receptiva que expansiva. La cooperación de científicos de varios países en la elaboración sistemática de conceptos y nociones se manifiesta de distintas maneras, cuyas huellas pueden verse en sus respectivas terminologías. A veces la renovación está ligada a personalidades únicas de influencia abrumadora (pensemos en Linneo para la botánica y la zoología, o en Guyton de Morveau y Lavoisier para la química), otras veces al trabajo lento

y paciente de varios científicos, que tejen la red de sus disciplinas a lo largo de varias generaciones.

La inmensa amplitud de estas terminologías y la imposibilidad de recurrir a trabajos preparatorios para muchas de ellas nos disuade de dar la más mínima ejemplificación de términos nuevos o que han cambiado de significado; más bien lo intentaremos, recurriendo a los campos mejor explorados,[200] dar una idea de los principales procesos a los que asistimos en la formación de estas terminologías, y del esfuerzo realizado por los científicos para llegar a nociones cada vez más rigurosas y sistemáticas.

La observación de la naturaleza conduce al conocimiento de objetos y fenómenos de todo el mundo. Así, se aceptan numerosos términos extranjeros (como *platina*) y particularmente exóticos (como *orangután o urango*); pero, sobre todo, se recurre a palabras dialectales hasta ahora confinadas a un uso estrictamente local. Pensemos en términos como *lava* (Magalotti, Della Torre)[201] o *mofeta*. Spallanzani observa el fenómeno del *calòfaro,* nombre que en Mesina indicaba un "cruce de corrientes" cerca de Cariddi.[202] En Livorno, Targioni Tozzetti, visitando dos talleres donde se cortaba coral, recoge de la voz de los trabajadores catorce nombres utilizados para designar otros tantos tonos de rojo: *espuma de sangre*, *fior di sangue*, etc.[203]

Por otra parte, son tantas las ciencias que han utilizado y utilizan el latín de forma tan generalizada para sus terminologías que resulta obvio extraer de él muchas entradas. Pensemos en la lenta adaptación de nuestros científicos a la nomenclatura botánica de Tournefort y luego a la de Linneo,[204] y la del propio Linneo para la zoología.[205] Los innumerables términos de la nueva química -en la que los nombres de los elementos se acuñan en su mayoría con elementos griegos o latinos, y los compuestos se indican ingeniosamente mediante prefijos y sufijos- pasan con fácil adaptación del francés al italiano, gracias a su estructura latina moderna, es decir, internacional.[206]

Los fenómenos que observamos en italiano encuentran a menudo correspondencia exacta en otras lenguas de Europa occidental: *platina* entra del español como voz femenina, pero poco después es sustituida por el masculino *platino*, por analogía con los nombres de otros metales.[207]

No sólo en los repertorios de términos científicos, como el ya citado de Vallisnieri (*Opere fisico-mediche*, III), sino también en los de escritores encontramos con frecuencia pares, tríos, cuaternas de sinónimos. A menudo se trata de variantes de distintas regiones de Italia (o a veces incluso de lenguas extranjeras). "*Calmella" es* el nombre dado por los agricultores a la pequeña rama utilizada para injertar la esfera.... *Innesto*, *nesto la llaman* los florentinos [...] *Marza es lo mismo* que *calmella*" (Vallisnieri, III, p. 282); "*Mignatta*, [lat.] *Hirudo*, *Sanguisuga*. Los lombardos la llaman *sanguettola*" (*ibid*., p. 423); "su *galletta* o *capullo*, que él [el autor de Turín] llama *coccone*" (*ibid*, p. 574); "a estos pájaros hay que añadir el *braviere,* que en pisano se llama *stiattaione* y por los romanos *strillozzo*" (Targioni Tozzetti, *Relazioni*, V, en Rodolico, *La Toscana*, p. 226), "una enorme *lavina*, o *smotta* di terreno" (Id, *Relazioni, X*, en Rodolico, La *Toscana, p*. 191); "*turfa* o *torba*" (*ibid*., p. 209); "tumoletti chiamati da noi *tomboli* e dagli oltramontani *dune*" (id., p. 173). Cuando la patata se popularizó a finales del siglo XVIII, la Società Patria di Genova publicó un folleto *De' pomi di terra ossia patate*, Génova 1793.

Cuando se citan nombres de animales o plantas, las obras destinadas a un público bastante amplio suelen citar las formas latinas italianizadas junto a las italianas;[208] en cambio, las obras más estrictamente científicas, aunque estén escritas en italiano, se atienen a la terminología latina sistemática: los Zannichelli, en *Istoria delle piante... ne' lidi intorno a Venezia, que* acabamos de citar, parten de los nombres latinos, pero luego los italianizan; Biagio Bartalini, en el *Catalogo delle piante che nascono spontanee intorno alla città di Siena* (Siena 1776), ofrece listas de plantas según las nomenclaturas de Tournefort y Linneo; Lazzaro Spallanzani intenta siempre añadir el nombre científico para aclarar el nombre vernáculo: el lago de Orbitello, feracissimo di grosse eels (*Muraena anguilla*), la cui pesca si fa in ogni stagione" (*Viaggi alle Due Sicilie*, V, p. 42), etc.; y lo mismo hace un poeta como Mascheroni, quien, tras los versos "Dal calice succhiato in ceppi stretta / la mosca in seno al fior trova la tomba" (*Invito*, vv. 491-492), añade el nombre científico de la planta, *Muscipula Dionea,* en una nota a pie de página.

No es infrecuente que un naturalista delimite exactamente entre las diversas formas y significados que presenta el uso popular;[209] la que él propone como válida para el uso científico: por ejemplo Spallanzani, en el 2º y 3º Panfleto como apéndice de sus *Viaggi alle Due Sicilie (Viajes por las Dos Sicilias)*, define exactamente el *rondicchio* y el *rondone*:

rondicchio: "Este es el nombre que se le da en varios lugares de Italia, y es lo que llamaré la golondrina negra azulada con el dorso negro azulado y el vientre blanquecino, que es la *hirundo urbica* de Linneo"; "En varias provincias de Italia, rondicchio significa aquella especie de golondrina que es más grande que las dos especies precedentes (rondine comune y rondicchio), que tiene un aspecto blanquecino bajo la garganta, y que es negruzca en el resto del cuerpo".[210]

Los científicos se esfuerzan por hacer corresponder una noción fijada científicamente con una palabra concreta. A veces puede ser útil un término del léxico habitual, al que se atribuye un significado delimitado: digamos "saturado", al que los químicos dan un nuevo significado (*saturado* es el líquido en el que se disuelve la máxima cantidad posible de una sustancia determinada).

Se prestan bien a expresar nociones científicas que se aclaran con palabras latinas y griegas de significado próximo; piénsese en *corola* o *polen* en su significado botánico especial, distinto del antiguo.

Las nuevas concepciones científicas llevan a ampliar o restringir el significado de ciertas palabras: por ejemplo, *ovario* es ampliado de animales ovíparos a vivíparos por los "anatomistas modernos" (Vallisnieri, *Opere*, III, p. 429).

En otros casos, es mejor acuñar palabras nuevas: después de que Juan Arduino llegara a la conclusión de que los estratos de la Tierra debían dividirse en "cuatro órdenes generales y sucesivos", es obvio que llegaría a hablar de *orden terciario* y *cuaternario*.

El establecimiento o la creación de nuevos términos no siempre tiene éxito. Puede ocurrir que surjan en función de sistemas científicos que luego se abandonan (cf. *flogisto*, etc.: p. 710). Puede ocurrir que, en los intentos que diversos científicos hacen por clarificar científicamente una noción, se utilicen varios sinónimos con el mismo fin, de los cuales sólo uno acabará persistiendo: piénsese en la multiplicidad de nombres utilizados por los científicos del siglo XVIII para designar los volcanes: *volcán*, *montaña volcánica*, *montaña ignivomo* o incluso sólo *ignivomo*, *montaña flamígera*, *Vesubio*, *mongibello*.[211] *Duna* ganó *tombolo* y también *montone* y otros sinónimos regionales;[212] *lava*, que todavía en Targioni Tozzetti tiene la doble acepción de "desprendimiento", "lavina" y "flujo volcánico", sólo sobrevivirá en esta segunda acepción.

El desarrollo de las ciencias físicas y naturales tiene un fuerte impacto en la cultura y la vida. Algunas aplicaciones penetran inmediatamente en la vida práctica: basta pensar en las ciencias médicas con sus nuevas especialidades (*oftalmología*, *obstetricia*), la identificación de nuevas enfermedades (*pelagra*, *escarlatina*), la aplicación de nuevos métodos de tratamiento (*injerto*, *inoculación* o incluso *inserción*; sólo más tarde existirá la *vacuna*).

En los tratados destinados a los especialistas, es evidente que los términos técnicos están ampliamente admitidos: sin embargo, también se siente mucho la necesidad social de evitar las palabras especiales cuando se quiere ser ampliamente comprendido: Baretti (*Frusta*, n. XI: I, p. 301 Piccioni) reprocha a un naturalista modonés, Domenico Vandelli, no haber ahorrado en uno de sus tratados (*Analisi di alcune acque medicinali nel Modonese*, Padua 1760) "ciertas palabras completamente desconocidas para noventa y nueve de cada cien de los lectores más eruditos: como *glossopetre*, *patelle*, *dentali*, *spatose...* y otros adjetivos y sustantivos tan diabólicos que las brigadas enloquecían tratando de adivinar sus significados".

Aún más delicada es la posición de los poetas didácticos: ahora insertan algunos términos técnicos en los versos:

Ahora los *epiciclos de los* planetas, y el vasto
rotar laberinteo *excéntrico*
el temblor observa...

(Rezzonico, *El sistema del cielo*)

El *nautilus se* retorcía en auras amistosas
abrió la vela...
El pecho surcado de espinas
el *cacto* bárbaro

(Mascheroni, *Invitación*)

prefieren ahora las descripciones alusivas y las perífrasis estudiadas (cf. § 17).

El vocabulario científico pulula en los oratorios sagrados de moda:

Y mientras de Elocuencia codicia el reino,

de Física, Historia y Aritmética
no sin esfuerzo, su discurso está preñado.
Gracia eterna a la *virtud magnética*
odiar agarrando, *atraer* explicando,
burlándose de la locura peripatética.[213]

Y en la sociedad elegante, caballeros y damas conocen afectuosamente las ciencias y sus respectivas terminologías. Se escucha a Parini:

Si alguno de Zoroastro o Arquímedes
discípulo se sentará contigo a la mesa,
A él te diriges: con él razonas;
aprendes su lenguaje, y eso entonces,
Como si fuera innato en ti, alta repetición.
(*Noon*, vv. 876-880);
Tú con tus ojos y tus oídos bebes
la Señora de tus labios embelesada;
con un gesto de aprobación
doblar a menudo: y *cálculo*, *masa*,
Y *la razón inversa* sigue sonando
En su boca amorosa. Ahora ya no odia
De las escuelas el sermón Amor maestro.
(*ibíd.*, vv. 983-989).

Cordara también se burla de la afectación de los grecismos científicos en una sátira latina que citamos en la versión de Carducci (*Opere*, XVII, pp. 145-146):

[...] Egregiamente
hablarás si a cada paso
fábulas cuentan un helenismo que llueve,
y un doble y sin embargo de linaje griego
nueva voz. Ni ahora más redonda
pero *cíclico* para ti es la sartén
y *elíptico* el huevo y el *microcosmos*
hombre...

Los usos extensivos o metafóricos basados en nociones científicas son, de hecho, muy frecuentes en escritores de todo tipo: "[una capital] donde se *electrifican* juntas de ochocientas a novecientas personas", escribe Algarotti, por ejemplo (carta a Voltaire, 1746); Baretti dice que los pensamientos del padre Buonafede "no tienen una *elasticidad* excesiva": y ni que decir tiene que al padre Buonafede no le gustaba la imagen (*Frusta*, nº XXXII: II, p. 384 Piccioni). Brighella, en el *Mostro turchino* (IV, esc. 6a) de Carlo Gozzi, habla no sin ironía de la "*inoculación del* buen sentido". En un folleto titulado *Italia* (1778), se dice que en Florencia se usaba una *cicisbeatura matemática por la que* en las conversaciones galantes se oían frases como éstas: *en la razón compuesta de tu afecto*, en la *razón inversa de tu languidez*, *los cuadrados de los tiempos de mi esperanza son como los cubos de la distancia de tu consentimiento*, etc.[214] Pietro Verri (en "Meditazioni sull'economia politica", § 22) dice que "el capital es a las ciudades lo que éstas son a las provincias", en obvia referencia a las proporciones matemáticas.

A las pretensiones de los remilgados, que en nombre de la tradición reprochan las metáforas científicas,[215] Cesarotti replicó: "Si la lengua sufre la electricidad en el cuerpo, bien debe permitir que el espíritu se *electrice*: si la virtud del imán tiene el nombre de magnetismo, ¿cómo impedir que el corazón de un enamorado sienta la fuerza *magnética* en los ojos de su belleza?" (*Saggio*, III, XIV, p. 109 de la edición de 1785).[216]

Es posible que algún término científico del siglo XVIII, abandonado por los científicos, siga utilizándose hoy en día: Vallisnieri y Targioni Tozzetti utilizan el adjetivo *antediluviano* con un valor naturalista preciso, mientras que hoy en día *antediluviano no es más que* un sinónimo hiperbólico de "antiguo".

Otra serie de palabras que ocupan su lugar en el léxico italiano son las que se refieren a objetos y costumbres de otros países: palabras que en algunos casos seguirán siendo raras y sólo de carácter enciclopédico, en otros penetrarán con fuerza en la vida y el uso lingüístico italianos. Pensemos en las noticias sobre la Guerra de Independencia americana (*insurgentes*, etc.) o la Revolución francesa (*notables*, *Estados Generales*, etc.), en los reportajes de viajes sobre otros países (copicco 'copeco': Algarotti; *vampiro;* el *sachemi* de Norteamérica; la *ciccia* 'especie de bebida fermentada' y el *poncio* de Sudamérica, etc.).

En el origen de muchas palabras o acepciones individuales se encontraría, buscando con cuidado, la onomaturgia: sabemos de varios escritores que tuvieron una gran fecundidad verbal. En lugar de acuñar neologismos, Vico manifiesta su personalidad en la elección de palabras arcaicas o raras (*dignidad*, *héroe,* etc.).[217] Anton Maria Salvini, en sus traducciones del griego y otras lenguas, acuñó innumerables palabras nuevas, sobre todo compuestas;[218] pero, aunque la Crusca aceptó muchas de ellas, muy pocas sobrevivieron.

Para Baretti, la acuñación de neologismos momentáneos, especialmente con determinados sufijos, es una manía estilística: *barbitondere*, *boccacceria*, *brunocchiuto*, *cinquecentesco*, *creanzuto*, *cruscheria*, *donnaio*, *eglogaio*, *etruscaio*, *fazzolettata*, *frugoneria*, *giovanesco*, *illustrità*, *incatalettarsi*, *incavallarsi*, *insignignità*, *magistratesco*, *malmantilesco*, *medagliesco*, *pastorelleria*, *posereccio*, *ragazzeria, ragazzesco*, *scarabocchiatorio*, *scredente*, *subarcadico* ('de las colonias provinciales de Arcadia'), *versiscioltaio* (-*ato*, -*eria*), *vossignorare* etc.

Alfieri es también un gran acuñador de neologismos, sobre todo en algunos escritos (en la *Vita*, o más bien en el segundo borrador; en la *Sátira*): *banceresco*, *berlinale*, *cardinalume, disappassionarsi*, *disebriare*, *disferocire*, *disinventore*, *distemere*, *disvassallarsi*, *domacavalli*, *galanteismo*, *gallicheria*, *gallicume*, *gallume*, *gazzettario*, *giovesco*, *immilanarsi*, *incalessato*, *induchessato*, *inreticellato*, *infrangi-legge*, *italichesco*, *madrignale*, *microscopo*, *misogallo*, *odiosamato*, *omiccino*, *oltremontaneria*, *repubblichino* (spreg.), *sbastigliato*, *scuriosarsi*, *semipollo*, *semi-tiranno*, *serventismo* ("cicisbeismo"), *sesquiplebe*, *smetrizzare* ("errar en la métrica"), *sparruccarsi*, *spensare*, *spiemontizzarsi*, *sprotetto*, *sreligionato*, *tragiabile, tragediessa*, *tramelogedia*, *vendi-sangue*, *vicetiranno*, *vocaboliera*[219] etc. Algún alfierismo ha entrado en el uso literario (*misogallo*, *odiosamato*); parece probable que incluso *snaturato* deba su fortuna a Alfieri,[220] contando poco con los raros ejemplos de *snaturato* y *disnaturato* de los siglos XIII y XIV.

No hay novedades particulares en la formación de las palabras, si podemos prescindir de la ilusión de encontrar extrañas las muchas palabras que no han arraigado, mientras que un cierto número menor se ha establecido firmemente en el uso.

No faltan los sustantivos deverbales (usurpus 'usurpación', *villeggio* 'veraneo'), ni los verbos denominativos (*diferir*, *parodiar*, *estilizar*).

Los nombres formados por sufijos siguen formándose gradualmente para denotar personas (*cambista*), cosas, abstractos (*cicisbeísmo)*; ahora por motivos objetivos,[221] ahora para motivos afectivos (*sonneteer*).

También se acuñan muchos adjetivos con los sufijos habituales, -*ale* (*semanal*, Casti; Cesarotti moda *nocional*, que Carlo Gozzi ironiza[222]), -*ico* (*centaurico*, Targioni Tozzetti; *nordico*, Cesarotti), -*esco (*recuérdense los numerosos ejemplos citados de Baretti), -*abile* y -*ibile* (*capibile*, Vallisnieri; *riflessibile*, Algarotti), a diferencia de los de -*evole* que se toman sobre todo de sustantivos y tienen una connotación arcaizante o jocosa, etc.

Entre los verbos formados con sufijos, abundan los en -*eggiare* (*inneggiare*, *tantaleggiare*) y los en -*izzare*, a veces de formación local (*panizzare*), pero más a menudo calcados de verbos franceses similares.

Se tienen varias formaciones prefijadas del tipo de *antiescorbútico* (Vallisnieri), *coacadémico* (Gozzi), *condenable*, *innegable*, *intragable* (Salvini), *protoperiódico*, *subescala*, *vicepiè* (en la locución jocosa *un vicepiè de madera*, Gigli).

También abundan los parasintéticos: *antediluviano*, *ingesuitato* (Muratori), *scocollato* (Martinelli), etc.

Entre los compuestos, recordemos en primer lugar los de tipo imperatival habitual: *guardaportoni* o, en broma, *parastrepito* (Vasco). Compuestos como *occhi-pietoso* (Fantoni), *occhi-azzurro* (Cesarotti) o incluso *vini dolcepiccanti* (Rolli), *brunocchiuto* (Baretti) etc. siguen el modelo de las lenguas clásicas. Continúan las formaciones ditirámbicas arbitrarias: "*amorarmicant* filastrocca" (Saccenti), "della *fiorbellaccoglitrice* Crusca" (Arisi), etc.

Algunos sufijos se utilizan igualmente en el lenguaje poético y en la terminología científica: cf. por una parte *ondifero* (Varano), *racemifero* (Lamberti), y el lúdico *quaglifero* (Saccenti), por otra *bilifero* etc. (Vallisnieri). Pero volveremos sobre esto dentro de un momento, mencionando los latinismos.

17. El "lenguaje poético

El siglo XVIII heredó de los siglos anteriores, como hemos visto, el canon de que ciertas palabras distintas de las de la prosa son apropiadas para la poesía. *Alma*, *augello*, *etra*, *frale*, *guardo*, *ostro*, *prence*, *pria*, *rai*, *suora son las* palabras que deben emplearse en verso, con preferencia o incluso con exclusión de sus equivalentes en prosa.

Por otra parte, muchas de las palabras normales no estarían permitidas en verso (o sólo en ciertos "géneros" considerados inferiores, como la sátira). Maffei reprochó a Carlo Maria Maggi el uso en sus versos de palabras como *apetito*, *refutar*, *felicitar*, *olvidar*, *misericordia*, *operar*, *tribular*.[223] Y Metastasio escribió a Algarotti: "Tú a veces (aunque no con frecuencia) con tal de que una palabra exprese tu idea, y goce de la ciudadanía florentina, no tienes repugnancia en hacer uso de ella, aunque sea extraña a los poetas. Tales como *imbriacare*, *rinculare*, *banderuola*, *molla* u otras similares, son palabras excelentes y sonoras: pero no empleadas hasta ahora en absoluto, o muy poco en las obras poéticas, hacen tal disonancia del tenor de todo el resto, y presentan pensamientos no revestidos de toda esa decencia que (como la ropa) depende en gran parte de la costumbre.[224]

Interpretando formalistamente la regla, sucede así que, por el mero hecho de escribir en verso en lugar de en prosa, un autor se considera autorizado a utilizar palabras reservadas al verso. Las comedias en verso de Chiari y Goldoni contienen, incluso en pasajes muy pedestres, ejemplos como éstos:

No temáis la violencia; calmad la *rai*

(Chiari, *L'innamorato di due*, I, sc. 4)

Si difiero su dinar, es porque no lo *merezco*

(Goldoni, *El filósofo inglés,* III, esc. 17).

Por otra parte, aunque no faltan los intentos "realistas" de poetas que no dudan en utilizar palabras prosaicas o incluso técnicas, es frecuente el esfuerzo por sustituirlas por perífrasis. En el soneto de Giambattista Felice Zappi sobre el *Moisés* de Miguel Ángel ('Chi è colui...', en *Rime*, Venecia 1723), la barba se indica así:

Este es Moisés. Ben mel dijo
Honor de la barbilla, y el doble rayo en la frente;

y la perífrasis permaneció entonces en circulación.

Zaccaria Betti, en su poema *II baco da seta,* nombra así al rocío:

Y sin embargo, cuando el sol verde oscuro
Con su calor *quitado al alba el llanto*

(c. IV, vv. 30-31).

Parini define el café en *Mattino* (vv. 141-142):

la legumbre... de Alepo
conjunta y de Moca.[225]

La "pasta de almendras" es (*ibid.*, vv. 268-271):

el picadillo de esa fruta del árbol
Que en Ròdope ya era una doncella vaga,
y llama en furgoneta bajo apariencia cambiada
Demofoon sigue siendo Demofoon.

Chiari en la *comedia Il poeta comico* (II, esc. 5a) llama al "schioppo" la *caña de hierro*, y quién sabe cuántos otros habrán utilizado esta perífrasis antes de que la empleara Leopardi.

Una porción de "chocolate a la taza" es para Frugoni ("Sermón al conde Aurelio Bernieri"):

abil coppier que feliz
De drogas índicas, y de espuma olorosa
amplio consuelo me trajo en borla
del trabajo chino.

Así habla Bondi del "molinillo de café" en el *Día de Villereccia:*

otros en ordnance trita
y polvo que extrae de ella diminuta y suave.

Cesarotti, queriendo evitar nombrar a las "mulas", las llama:

las hijas paternas
de tener descendencia.

Mascheroni, que en la *Invitación* no duda en utilizar incluso términos técnicos poco comunes, abunda en perífrasis y descripciones alusivas; del galvanismo habla así:

con fino argumento metálico

cuestionan las ranas resentidas;
el nombre de la concha *Venus literata* se transpone en estos versos:
a los
como Diosa del mar de palabras desconocidas
¿esparció la espalda de ébano?

Como puede verse en varios de estos ejemplos, la intención de evitar la palabra adecuada no es más que el punto de partida de un refinado juego de elegancia.

18. Arcaísmos

Si el lenguaje poético admite o incluso exige el uso extensivo de arcaísmos, que han desaparecido de la lengua común y sólo permanecen vivos a su manera en la tradición poética, la prosa espontánea, por su propia naturaleza, no los admite. Pero la prosa investigada, estudiada, lamida, abunda en ellos, y si pensamos en el todavía escaso conocimiento de un léxico común, y en la forma en que se aprendía la lengua (leyendo a Boccaccio, consultando la Crusca), no nos sorprenderá ver aparecer aquí y allá palabras del siglo XIV sacadas de los libros. Y esto con especial frecuencia en aquellos círculos donde el respeto por el italiano del siglo XIV era mayor.

En Florencia, el culto doméstico a los escritores Crusca estaba atemperado por el uso nativo; pero en Nápoles había seguido la escuela Capuista, a cuyos principios se adhirió Giambattista Vico; en el Véneto encontramos al veronés Giulio Cesare Becelli y a Carlo Gozzi con sus Granelleschi. Pero también Pietro Verri escribe (*Osservazioni sulla tortura*): "Levò, col passarvi il mantello, la *polve*".

No tendría sentido elaborar una extensa lista de arcaísmos léxicos desvinculados de su contexto estilístico (y de aquellos arcaísmos gramaticales que les son afines: *vosco*, *mel darete*, *mancheranti* y similares); bastará una brevísima lista de ejemplos para dar una idea del fenómeno: *apparare* (C. Gozzi), *avacciare (*Vico), *a bistento* (Di Gennaro), *calogna* (Vico), *continovare* (Parini), *daddovero* (Cesarotti), *danaio* (Vico, Gozzi), *diffalta* (Becelli), *durazione* (Becelli), *entragne* (Vico), *erbolaio (Gozzi*), *gualoppare* (Gozzi), *lunghesso* (achacado en varios autores por Baretti), *maestrato* (Vico), *negghienza* (Vico), *orrevole (Gozzi*), *ricadìa* "molestia" (Gozzi) etc. Gasparo Gozzi, recordando una novella de Sacchetti (CLIII) en la que habla de un "hombre grande de su persona, y muy amarillo, y casi *impolminato" (es decir*, "amarillento como quien está enfermo de los pulmones") refunde la palabra según el *etimónimo*: "giallo che parea *impolmonato*" (*Gazzetta Veneta*, 29 de mayo de 1760).

Pero, como ya hemos dicho (§ 6), a los fanáticos de la Crusca, del "siglo bueno", de las flores de la lengua, se oponen, en mayor número, sus adversarios: el principal de ellos Baretti, que censura repetidamente a los escritores propensos al arcaísmo (Genovesi, en el n. II de la *Frusta*, Di Gennaro, en el n. IV, etc.). Quizá la palabra más rechazada por Baretti y los anticrustianos sea *conciossiaché*, con sus variantes *conciossiacosaché*,[226] *conciofossecosaché*,[227] *conciossiacosaché*.[228]

Los poetas dictadores molestan a Bettinelli, que se queja (*Le Raccolte*, III, st. 41) de la
mil tontos
Que han llenado de *forúnculos* cada canción
y son exhumados
Y el *berze* y el *sene* y peor muchos
rancio.

Poco sabríamos de los arcaísmos intentados en esta época por los escritos de los parodistas: la ya mencionada "tragicomedia" *Il Toscanismo e la Crusca*, en la que Ser Toscanismo y el Signor Cruscanzio hablan un lenguaje caricaturesco del siglo XIV, los chistes anti-cruzados de algunas comedias de Goldoni, etc.[229]

Que algunos de los arcaísmos lograron finalmente ganar su batalla (o que los críticos no los definieron exactamente como tales) puede verse en el hecho de que hoy usamos comúnmente palabras que en su momento fueron reprobadas: así *altanero*, *no pertinaz, smagato*, *Ferragosto, que* Baretti (I, p. 93, II, p. 257 Piccioni) encontró intolerables; o caparbio, carezzavole, dappoco, tepido, instigare, ambos, tenere billi (I, p. 93, II, p. 257 Piccioni). 93, II, p. 257 Piccioni) encontraban intolerables; o *terco*, *acariciador*, *dappoco*, *tibio, instigare*, *ambos*, *tenere billi (*que leemos en una lista en *Toscanismo*, Acto I, esc. [9a]).[230]

El propio Baretti, tan reacio a los arcaísmos, utiliza algunos a modo de broma o ironía: por ejemplo, *sirocchia* ("m accommiatai da quella angiolella e dalla sua formosissima *sirocchia*": *Lett. fam*., XXXVII), *calonaco* (en sus cartas al canónigo Agudio).

19. Dialectalismos y regionalismos

Es bien sabido que el lenguaje del alto lirismo ha sido equiparado durante siglos, y no cabría esperar encontrar en él ningún matiz de carácter local; y lo mismo puede decirse de la prosa más elevada y abstracta. Pero ya hemos visto al hablar del lenguaje científico, y especialmente de las terminologías naturalistas, cómo se comportan los autores en relación con las voces locales.

Como la nomenclatura agrícola, por ejemplo, o la nomenclatura marítima tienen muchas palabras diferentes de una región a otra o incluso de un lugar a otro, los autores de un tratado agrícola o de un glosario marítimo, que se dirigen ante todo a su círculo inmediato, utilizan naturalmente los términos de su propia región. Baretti, en su reseña de *L'Agricoltura* di Cosimo Trinci pistoiese (*Frusta*, n. 24: II, pp. 239-241 Piccioni), observó que el editor había añadido a la obra un tratado que hablaba de las *moreras*, pero sin darse cuenta de que repetía lo ya expuesto por Trinci en su tratado sobre las *moreras,* y además que había añadido una memoria de Zaccaria Betti *sobre la ruca de' meli*. ¿Qué es esta ruca*? no es otra cosa que* la voz veronesa para *oruga*. Ahora bien, 'el que no quiera escribir usando la lengua toscana en ciertos casos, que al menos nos diga cómo se llama en Toscana aquello sobre lo que quiere escribir, para que recurriendo al diccionario podamos entender cuál es el tema sobre el que escribe. ¿Cómo, sin ser Veronés, puede saber que quien escribe sobre *orugas* escribe sobre *orugas?*".[231]

El gran desarrollo de la producción de seda en Piamonte, con una rica nomenclatura propia, hace que el conde Felice San Martino afirme con franqueza: "Cuando se habla de seda, se pueden adoptar sin escrúpulos las voces piamontesas.[232]

En cuanto a la marinería, Venecia, Génova y Nápoles aún no sentían la necesidad de abandonar su vocabulario: por ejemplo, en la traducción del *Dizionario istorico*, *teorico e pratico di marina* de Savérien, publicada en Venecia en 1769, abundan los venecianismos; Algarotti habla de la "angustia de' *cantieri* dell'arsenale vecchio", pero también del "carpintero de un *scoerro di* Amsterdam". Las partes de la ciudad, las partes de la casa tienen diversos nombres en diversos lugares, y Goldoni habla de los *calli de* Venecia y de su *mezà*.

Los distintos estados tienen instituciones que llevan sus propios nombres: por ejemplo, esa magistratura que en Piamonte y Niza recibe el nombre de *consulado de comercio corresponde a* los *cinco salvadores de mercancías* en Venecia y al *magistrado supremo de comercio* en Nápoles y Palermo. En Ferrara, en 1747, se publicó una *Tarifa o calmiero perpetuo per il pane che si fabrica dalli fornari di Ferrara*: es decir, surgió en el uso escrito la voz *calmiere* o *calmiero*, hasta entonces típica de los dialectos del nordeste de Italia. ¿Y cómo podrían Goldoni o Gozzi haber llamado de otro modo a los cupones emitidos a quienes jugaban a la lotería que *firmas de lotería*, si ése era el nombre oficial y habitual en Venecia? ¿Y no debería Galiani haberse sentido autorizado a escribir (en *Moneta*, passim) *coniata*, *impronto*, *zeccare*, si esos eran los términos utilizados oficialmente en la ceca de Nápoles?

En los escritos de Beccaria, los términos económico-administrativos varían según el público al que se dirige: mientras que en las "consultas", que sólo tienen un horizonte regional, habla de *"prestinari"*, "*sfrosi"* y *"melgone"*, en otros escritos, que se dirigen a un público no sólo lombardo, habla de *panaderos*, *contrabandistas* y *trigo turco*.[233]

En las narraciones de cosas familiares, en las cartas privadas, en las notas personales, afloran a menudo voces regionales o dialectales. Cesarotti habla en sus cartas de su *brolo* y de su *Spàresi*: Parini en sus "Appunti per il Vespro e per la Notte" anota: "*Cavagnola*, fichetti, cartelle..." y más adelante "Dialetto della *cavagnola*",[234] pero el nombre dialectal del juego (una especie de tómbola con cartas figuradas) no aparece donde el poeta da su descripción en verso (*Notte*, vv. 564-681).

En las comedias (también en verso) de escritores no toscanos encontramos ocasionalmente algún dialectalismo: por ejemplo en Martelli (*Che bei pazzi*!, II, sc. 1a) "e inviarmi al prosciutto, al cacio, ai *bigoli*", en Chiari (*Il poeta comico*, II, sc. 1a) "abbiam nelle finanze / agenti che per scrivere patiscon le *buganze"*; en el *Augellin belverde* de Carlo Gozzi

se menciona la *spazzacucina* ("fregadero") y la *scaffa* ("fregadero") o la *cottole* ("pettane"), y cuando el propio Gozzi escribe *muraio* en lugar de *muratore en sus Memorie inutili (Memorias inútiles*), no hace más que calcar el *murèr* veneciano con un sufijo italiano.

De un dialecto del norte, la entrada *pelagra* entra en el italiano científico (y en el latín).

En resumen, los dialectos que siguen floreciendo en las regiones septentrionales y meridionales aportan numerosas palabras a la lengua escrita en la medida en que no existen o son insuficientemente conocidas en el idioma: y ello para expresar nociones más bien terrenales, que rara vez se han expresado en la literatura (nombres de partes de la casa, utensilios domésticos, alimentos, ropa, etc.). En resumen, tenemos muchos afloramientos espontáneos de sustratos dialectales.

En la medida en que alguien se da cuenta de que junto a la voz única dialectal o regional hay otros sinónimos, y algunos que tienen más derecho a imponerse en el uso nacional, se tienen esas parejas o tríadas que ya hemos visto, sobre todo entre los naturalistas.

En algunos casos es la afectividad la que confiere a la palabra dialectal su abbrivo: así se explica la fortuna de *birichino* (originalmente *birichino di Bologna*).[235]

A veces, en los escritos literarios, es visible la intención de subrayar la voz dialectal para favorecer su aceptación en el uso general: recuérdese que Cesarotti (*Saggio sulla filosofia delle lingue*, III, X) se apoyaba mucho en palabras dialectales para "suplir otras que faltan en el dialecto principal".[236] Así defiende Vallisnieri la distinción "lombarda" entre *crin de* hombre y *crena* de caballo (*Opere*, III, pp. 396-397).

Tal vez fuera una simple broma que Pietro Verri y sus amigos dieran el título de *La Borlanda impasticciata* (Milán 1751) -es decir, "bazzoffia, broda"- a su colección satírica en varias lenguas y dialectos.[237]

También se da un uso consciente de las voces dialectales cuando algún escritor se considera autorizado a utilizarlas, encontrándolas en autores antiguos. Por ejemplo, en uno de sus sermones (el II) Gasparo Gozzi habla de los que no saben más que 'le oziose *lacche* / ripiegar sui sedili'. Las *lacas* son las 'piernas', según el uso véneto, que aquí encontró apoyo en un verso de Burchiello.

Y así, cuando Gozzi escribe *puttina* (*Gli Osservatori veneti*, n. VII) o cuando (en una carta a Seghezzi) habla de la *scuriada, es decir,* de los golpes de látigo dados a los caballos, considera que el uso dialectal está validado por el arcaico. No de otro modo encontramos en Genovesi (*Lezioni di economia civile*, I, p. 30 Custodi) *pezzire* per "chieder l'alemosina", que es a la vez napolitanismo y arcaísmo.

Lenta y laboriosamente, las palabras nacionales fueron ganando terreno a las locales: Muratori, que en la edición de 1714 de su tratado *Del governo della peste* había escrito "le *Persiche*, o sia i *Persici*" (p. 151), corrigió "le *Pesche*, o sia le *Persiche*" (p. 128) en la edición de 1722. Pero aún a finales de siglo se publicó un *Tratado sobre el cultivo de percas y árboles frutales* (Venecia 1792).

En su mayor parte, surgen voces toscanas, pero en algunos casos también se expanden palabras de otras regiones. Sabemos por Salvini[238] y de los Regali[239] que en Florencia y Lucca se prefería la palabra románica *magnare* para *comer*, porque parecía más elegante. Pero si esta costumbre desapareció, permanecieron los romanismos *cocciuto*, *pupazzo* y gioco delle *bocce*. Del dialecto napolitano se difundieron los nombres de *malocchio* e *iettatura*.

20. Latinismos

En un siglo en el que predominan las corrientes antitradicionalistas, no cabría esperar que aparecieran muchos latinismos de nuevo cuño. En cambio, se puede afirmar sin temor a equivocarse que no son menos numerosos que en siglos anteriores.

Y el latinismo se utiliza principalmente en los dos ámbitos en los que la vida cultural del siglo es más vibrante: en las ciencias y en la poesía neoclásica.

Por supuesto, cada escritor tiene su propia actitud hacia los latinismos y los griegos. Vico, por ejemplo, que anhela una prosa majestuosa, recurre a los latinismos a cada paso: *edurre*, *perrompere*, *urente*, etc., *infermo en el* sentido de 'débil', etc., etc.[240] Salvini, en su múltiple labor de traductor, abunda en palabras latinas (*hiattola*, *inspergere*, *irsuzia*, *sagena etc.*) y muchas otras las acuña a partir de modelos latinos y griegos. Parini emplea numerosos latinismos,[241] en su mayor parte, felizmente: *accenso*, *capripede*, *cucurbita*, *lituo*, *pàtera*, *pàtulo*, *ridolente* (lat. *redolens*), *scutica*, *solvere*, *testudo*, *venenoso etc.*; a veces se trata de palabras cotidianas a las que restituye significados antiguos: *esaurire* 'vuotare

suggendo', *flagello* 'frusta' etc;[242] hay que señalar que algunas han tenido buena suerte, y no sólo poética, por ejemplo *àlacre*.

Se puede encontrar cierto latinismo incluso en los escritores de la Ilustración: por ejemplo, en el *Caffè* de 1764, Pietro Verri escribe que aunque el hombre "no es en su mayor parte sensible a las atracciones de la verdad por sí misma, sin embargo, por un *niso secreto* la siente";[243] y al año siguiente Cesare Beccaria observa que "existe un *niso* hacia la igualdad mayor que en el pasado".[244] Pero debe de haber sido sugerido por el *niso de la* Ilustración francesa.

Las disciplinas anticuarias necesitan varias palabras extraídas de las lenguas clásicas, como *laterculum* (Gori) o *loculus* (F. Buonarroti).

En las ciencias, la afluencia de nuevos latinismos y grecismos y la acuñación de nuevas palabras formadas con elementos clásicos se deben a las exigencias terminológicas cada vez mayores, a la profundización de nuevas ramas de las distintas ciencias y a la aparición de nuevas disciplinas especializadas.[245] Señalemos sólo algunos ejemplos: *animalcle*; *corolla*, *gluma*, *laciniate*, *monopetal*, *pistil*, *polypetal*, *rhizotome*; *stalagmite*; *acidulus* (*-ol*), *clinical*, *diagnosis*, *prognosis*, *pathema*, *prophylactic*, *rachitid* (del lat. scient. *raquitismo*), *escarlatina* (del lat. scient. *escarlatina*), *specillum*, *tòrmini*; *aberración* (t. oct.), *centrífuga*, *centrípeta*, *cohesión*, *eolípila*, *ondulación*, *oscilación* (*-atoria*, *-acción*); *heliocéntrica*, *geocéntrica*; *catenaria*, *elipsoidal*.

Los neologismos formados con elementos latinos o griegos son especialmente frecuentes para los nuevos inventos: *aeronáutica*, *aerostato*, *ventilador*.

Mientras que en la asunción o acuñación del vocabulario científico y técnico prevalecen las pulsiones intelectuales, los latinismos literarios se deben a menudo a pulsiones afectivas: cuando Parini habla en el diálogo *Della nobiltà* dei familiari "che udivano e vedevano le vostre sciocchezze taciti e *venerabundi" (De la nobleza de los familiares* "que oyeron y vieron vuestras tácitas y *venerables* tonterías"), es evidente que ironiza; cuando Baretti en *Frusta letteraria* (n. XII: I, p. 316 Piccioni) dice que "Goldoni tiene el *διάρροια* teatral", mezcla broma y eufemismo.

El uso de algunos fragmentos del lenguaje de la Cancillería en cartas, comedias, sátiras, poemas heroicómicos es también afectivo, lúdico-irónico: "*Quare* quell'albergo da masnadieri sia chiamato Venta o alloggio del Duca" (Baretti, *Lettere familiari*, 20 de septiembre de 1760); "Il Padre in far *quotidie* l'apparecchio / dicea" (Fagiuoli, *Rime*); "ma questo in quel *protunc* non le fa pro" (Casotti, *Celidora*, VI, st. 24), etc.[246]

Los versos escurridizos, frecuentes en ciertos esquemas métricos, inducen a recurrir a palabras escurridizas en latín: "Ha colmo il sen *tornàtile* / che neve par non tocca" (Mazza, "Il talamo"), "Laide erudita *pèllice /* del bimare Corinto" (Cerretti, "La vendetta").

Palabras clásicas que ya habían aparecido en siglos anteriores siguen en el limbo de las palabras desconocidas para la mayoría: *miríada*, palabra que ya había aparecido en el siglo XVI, se populariza ahora, como atestigua Vallisnieri ("palabra bárbara, que ahora ponen en uso no pocos": *Opere*, III, p. 423). Otras palabras, destinadas a gran fortuna, aparecen tímidamente con significados especiales. Salvini aún siente la necesidad de glosar *eróticamente* cuando habla de los "libros *eróticos*, o amorosos, de los griegos" (*Discorsi*, II, p. 140). *Inaugurare* e *inauguration* siguen teniendo sólo el significado de 'elegir solemnemente, elección solemne', mientras que en el siglo XIX adquieren un significado más amplio.[247] *Adepto* o *adepto* significa esencialmente "hallador o buscador de la piedra filosofal" (D'Alberti, s.v. *Adetto*), y apenas empieza a adquirir un significado más amplio: "[los libros impresos] arrebataron el saber de las manos de unos pocos *adeptos*" (Beccaria, en *Caffè*: tomo II, p. 9). En cambio *sofo*, utilizado con predilección por Rezzonico ("[l'Ilisso] / baciò de' *sofi* ossequioso il piè": "Per la coronazione di Corilla Olimpica"; "d'altri *Sofi* antichissimo drappello": "Il sistema de' cieli")[248] y también aceptado por Parini ("I nuovi *sofi* che la Gallia e l'Alpe / esecrando persegue": *"Mezzogiorno"*, v. 941) no tuvo entonces suerte.

Ni siquiera los términos científicos estaban todos destinados a sobrevivir: *flogisto*, *oritogenia, oritología,* por citar sólo algunos ejemplos, desaparecerían del uso científico en el siglo XIX.

La diferencia de significado que a veces se observa entre la palabra antigua y la italiana se debe a menudo a su uso en latín medieval, o renacentista, o incluso del siglo XVI-XVIII: esto explica, por ejemplo, el significado ya visto de *adepto*, o el significado físico de *éter* (debido a Newton) o el químico (debido a Frobenius); así *fecola* indica ahora el "almidón

obtenido de diversas plantas" ("extraer almidón o fécula de las patatas": Targioni Tozzetti) y no, como la palabra latina *faecula*, el "tártaro" o una "cierta decocción medicinal".

Los latinismos y los grecismos, como es bien sabido, a menudo no reproducen directamente palabras clásicas, sino un préstamo que otra lengua moderna ya ha hecho del latín o el griego.

Inmoral podría extraerse del latín (el adverbio *immoraliter* está documentado), pero Salvini elogia *inmoral* como voz propia del inglés y "de gran fuerza[249] nos atestigua que no se trata de un latinismo, sino de un anglolatinismo.[250] Los Baretti,[251] hablando del adjetivo *terraqueo* (compuesto copulativo que el inglés había tomado del latín científico desde mediados del siglo XVII), defiende su legitimidad ("florentino o no florentino que es esa voz").

He aquí una lista recapitulativa de latinismos y grecismos llegados a través del francés:[252] p. 708), *patriot*(*t*)*a* (antes la palabra existía en italiano con el significado de 'compatriota'), *progreso* (en sentido absoluto: 'progreso de la civilización'), *refractario*, *técnico*, etc.

Y he aquí algunos anglo-latinismos: *adept*, *colony* (en el sentido de 'grupo de extranjeros que viven en una ciudad': 'la colonia inglesa que está en Livorno': Algarotti), *exhibition*,[253] *inmoral*, *imparcial*, *insignificante*,[254] *inocular*,[255] *rebus*, *transacción* ("memoria científica")[256] etc. Luego está la serie de palabras políticas: *constitucional*, *legislatura*, *sesión*, *petición*, etc. A la *insurrección americana* debemos el nuevo significado de *presidente* 'jefe de un Estado republicano'.

Los germanolatinismos son menos frecuentes: por ejemplo, *dicaster*(*i*)*o*,[257] *estética*,[258] *éter* (en el sentido químico, debido a Frobenius), *inaugural,* etc.

Otros latinismos habrán llegado al italiano por otras vías: por ejemplo, la terminología botánica y zoológica italiana se ve afectada por la nueva ordenación dada a toda la terminología botánica latina por el sueco Linneo.

No se pueden separar de los latinismos y grecianismos en sentido estricto los innumerables compuestos y derivados en los que literatos y científicos han recurrido a elementos latinos y griegos para acuñar nuevas palabras. Las palabras inventadas como broma (*lettericidio*, Gigli; *nasologia*, Baruffaldi; *bibliotafio*, Targioni Tozzetti; *quaglifero*, Saccenti; e sim.) o por conveniencia estilística momentánea (*nubiaduna*, *procellipede*, *profondigorgo* etc.) no han entrado en la lengua griega, Salvini) no han entrado en la tradición; en cambio, se han impuesto varios términos generales: *anglomanía*, *bibliófilo*, *bibliómano*; *aeronauta* y *aerostato* han tenido buena fortuna; y se han impuesto muchos términos científicos: *bilifero* (Vallisnieri) y muchos otros compuestos en *-fero*; *anguillifero*, *proteifero* y muchos otros compuestos en *-forme*; *xilología* (Algarotti) y otros nuevos nombres de ciencia en *-logy*[259] etc.

Aún más numerosos que los compuestos son los derivados formados a partir de latinismos con prefijos y sufijos: las formaciones en *-ismo*, *-ista*, *-inise* multiplican más que nunca en esta época; a veces siguiendo el modelo de palabras similares ya formadas en otras lenguas europeas, a veces de manera autónoma. Así tenemos, por ejemplo, *despotismo*, *fratismo*, *moderantismo*, *neologismo*, *purismo,* etc.; *botánico*, *cambista*, *capitalista*, *cinquecentista*, *deísta*, *economista*, *materialista*, *secentista, etc*.; *caracterizar*, *deificar*, *electrizar*, *legalizar*, *tranquilizar*, *humanizar,* etc. El medio extranjero a veces sólo puede documentarse mediante el examen crítico de los ejemplos más antiguos: vemos por ejemplo que *purista* aparece por primera vez en la versión de Giuseppe Antonio Costantini de *los Caractères* de La Bruyère (1758), y Algarotti confirma que se trata de "una palabra tomada del francés para significar los protectores de la pureza de la lengua".[260] Otras veces, el origen exótico se desprende de la forma de las propias palabras. *Fanatismo* en lugar de *fanatismo se debe a* la tendencia francesa a suprimir *-ic-* delante de *-isme*.[261] *Analysing* y *paralysing se deben* a una mala adaptación de las palabras francesas análogas *analyser* y *paralyser*, como si contuvieran el sufijo *-iser* = *-iser* y no se extrajeran en cambio sin sufijo de *analyse* y *paralys*(*i*)*e*. *Estasiare* se remonta al fr. *extasier*. También son abundantes los ejemplos de formaciones adjetivales tomadas con sufijos de voces latinas y griegas; aquí también, no sin fluctuaciones debidas en parte al ejemplo de otras lenguas europeas: junto a *embrionico* (Cocchi) se afirma *embrionico*; *energico* se impuso probablemente con ayuda de la forma francesa análoga (Fioretti había utilizado *energiaco*, Salvini y Genovesi *energetic*).

La adaptación de palabras latinas y griegas a los patrones italianos se hace por regla general como en siglos anteriores en lo que se refiere a las desinencias: así por ejemplo Mascheroni tiene *cacto* (*Invito*, v. 468), Parini *Odeo*. Es muy raro que se conserven

latinismos crudos; por ejemplo cuando Vallisnieri (*Opere*, III, p. 454) llama *Chelae a* las pinzas de las gambas.

Las vocales latinas también se adaptan según los patrones habituales: son excepcionales algunas *y* (véase p. 665) y algunas ae *oe* etimológicas (recordamos la *Oenologia* de Manetti, 1773). En cambio, el tratamiento de los grupos consonánticos fluctúa mucho, sobre todo en las palabras de nueva adopción: así tenemos *adepto* o *adepta*, *anécdota* o *anécdota*. En el siglo XVII, Dati escribía *sinopsis*; ahora Algarotti y Baretti, quizá siguiendo el modelo inglés, prefieren *sinopsis.* La Crusca, basándose en una vulgarización del siglo XIV, escribe *epilepsia,* mientras que Vallisnieri (*Opere*, III, p. 509) tiene *epilepsia*. Pallavicino y Magalotti habían adaptado el latín *captiosus* en *cazioso*, mientras que Salvini (*Discorsi accad*., III, p. 143) escribe etimológicamente *captioso* (¡con *t*!). Cuando *ginnastico* y *ginnastica se* añaden al no aleatorio *ginnasta* 'acróbata', aparece con *-mn-*: Giustiniano Borassatti [= Giovanni Battista De' Rossi], *Il gimnasta* (Venecia 1753).

Puede decirse que, en general, a pesar de algunas excepciones, los toscanos prefieren las formas asimiladas (*pimmeo*, Saccenti; *ennico*, Marmi; *ammosfera*, Targioni Tozzetti), mientras que los no toscanos se atienen más bien a las formas etimológicas, sin asimilación.[262]

21. Franquismo

Si numerosos afrancesamientos ya habían penetrado en el italiano en las últimas décadas del siglo XVII, ahora la ola es aún más amplia, tocando todos, podríamos decir, los ámbitos de la vida y de la lengua.

La penetración es amplia, pero no por ello menos desigual. En vanguardia están, por las razones ya mencionadas, Piamonte y Parma. Los afrancesamientos abundan más en determinados escritores y géneros; fuerte es también, como hemos visto, la penetración en el lenguaje cotidiano y en los dialectos.

Veamos, agrupados por campos semánticos, los principales afrancesamientos que entraron en uso (o, al menos, tendían a entrar en uso) en el siglo XVIII.[263]

Aquí está[264] algunas palabras que se refieren a la vida social: *boarding*[265] y *boarding*, *coc*(*c*)*hetta* (Algarotti, Bettinelli, Cerretti) y *cochetteria*, *cotteria*.[266] *Madama* y *madamosella* se extienden ampliamente.

Muchas entradas hacen referencia a la moda: *disabigliè*;[267] *andrienne* 'vestido de cámara de mujer, largo y cerrado', puesto de moda por la actriz Thérèse Dancourt al representar la *Andrienne,* reelaboración de la *Andria* del Barón de Terencio (1704),[268] *bonè*, *dominò*, *falbalà o falpalà*, *fisciù* o *fissù*, *ghette*, *mariage* "vestido de novia", *mantò*, *roclò*, *surtù* "abrigo"; *bottoniera*, *chenille*, *franela*, *mollettone*; *brelocco*, *buccola*; *cignone* o "crocchia",[269] *frisare*, *frising*, *papigliotti*, etc. También recordamos *sanspareille*, y algunos nombres de colores: *bleu* (o *blo*, o *azul*), *lila*, *sucì*.[270]

He aquí algunas palabras relacionadas con el hogar y su mobiliario: *bidè*, *burò* 'tipo de escritorio', *cabarè*, *etichetta* 'etiqueta con el nombre', *flac*(*c*)*one*, *ghiridon* 'mesa de un pie' (fr. *guéridon*: C. Gozzi, *Memorie inutili,* II, XVIII), *ridò*, *surtù* 'triunfo de la mesa', *tirabussone*, *trumò* etc.

Se refieren a la cantina: *bignè*, *cotoletta, fricandò*, *ragù*; *postre*; *framboesia* o *frambuè*, *sciampagna*, etc. También hay que mencionar el tabaco *rapè*.

Los medios de transporte son *cabriolè*, *cupè*, *fiàccaro* (Martelli), *landò*; *malla* es la "bolsa de correo"; las carreteras se denominan *aceras*.

Con respecto a la vida militar: *bayoneta*, *ametralladora, montura*, *bloquear*, *comprometer, piquete*, *ranzonare*.

Algunos términos de navegación: *maniobra*, *bote salvavidas*, *deriva*.

Para artesanía e industrias recuerde: *tapón*, *bisagra*, *fundición*, *tombaca* o *tombac*,[271] *zinc*.

Se importan varias palabras por economía:[272] *agiotage*, *aggiotatore*, *beni-fondi*, *billon*, *bureau* o *burò* 'oficina', *conto corrente*, *fermiere*, etc. Algunos términos administrativos aparecen aquí y allá en los diferentes estados: por ejemplo *dipartimento* en Piamonte, y en Toscana en la época de los Lorenese, visare por 'vistare' en Piamonte. Una fiumana vendrá después de 1796.

En el caso de las artes, el propio término *bellas artes* debería mencionarse en primer lugar.[273] *El uso del arte rupestre está* de moda.

Para teatro, música, danza, recuerde *parterre* en el sentido de "platea", *marioneta*; *overtura*, *rondó*; *oboe* u *oboe*; *minué*, *rigodone*, etc.

En los juegos de cartas, como el *Faraón, se* utilizan *fisce*.

En ciencias, muchos términos se importan de Francia, pero casi siempre son latín-francés o griego-francés. De los demás, recuerde *cretino, cretinismo* (de *crétin, crétinisme*),[274] *marne*. Para la técnica, citemos el uso transitivo del verbo *montar* (un mecanismo y sim.).

La profundidad de la penetración queda patente por la abundancia de términos generales: *alarmante*, *cicana*, *desbordamiento*, *invironare*,[275] *daddy* (ayudado en su expansión por el simbolismo fonético), *regrettare*, *rimarco, rimpiazzare*, *risorsa*, etc.

En varios casos, se añaden nuevos derivados a palabras francesas que ya habían penetrado en siglos anteriores; junto a la antigua palabra francesa *garden, se* acuña ahora *gardening*; y lo mismo ocurre con *chincaglierie*, *congedare,* etc.

Muchas alteraciones semánticas por reparto en palabras que el italiano ya poseía son menos llamativas, pero no por ello menos debidas a la influencia francesa: *abile* (usado absolutamente, sin complemento), *addrizzare* ("dirigirse"), *adorare* (hiperbólico, de mujer o cosa), *affascinare* (extensivo, por reparto de *encantador*), *affiorare* (como término. geol.), *alianza (*"matrimonio, parentesco"), *autorizar (*que antes significaba "dar autoridad", y ahora toma el significado de "permitir"), *café (en* el sentido de "cafetería"), *caña* ("bastón"), *quimera* ("ideal inalcanzable"), *competencia*, *consuelo*, *decadencia*, *égida* ("protección"), *embrión* (fig.), *extracción (*"origen"), *felicitate* (el antiguo significado de "hacer feliz" está retrocediendo, el nuevo de "felicitar" está de moda), *furiously* (hyperbol.), *genio* ('hombre de intelecto elevado'), *gente de letras* ('literati'), *jugar* ('sonare; recitar'), *jurar (*'blasfemar'), *grossezza (*'embarazo'), *ganar* 'vencer (en el juego, en la guerra)', *ilustrado* ('docto, sin prejuicios'), *encantar* (extensivo, por elenco de *encantador*), *interesante*, *emprendedor, emprendedor*, *licor* (antes significaba sólo 'líquido'), *flatter* (por el elenco de se *flatter*), *manufacture* (que pasa de significar 'hecho a mano' a 'lugar donde se lleva a cabo una industria'), *brand (por* ejemplo, de amistad), *march* ('tendencia'), *raw material* (en significado industrial), *mingle (*de algo, fr. *se mêler de*), measure ("medida"; y en la locución *a misura che*), *spring (en el sentido* figurado de *ressort*),[276] *mundo* ("pueblo"), *obligar*, *obligado* ("agradecido"), *patriot*(*t*)*a* (en el sentido de "amante de la patria"), *plan* ("diseño de un edificio, de una obra"), *ser llevado* ("tener inclinación"), *prejuicio* ("preconcepción"), *preveniente*, *prevención* ("preconcepción"), *producto* (sustantivo), *progreso* (usado abs. en el sentido de "progreso de la civilización, de la humanidad", noción típicamente ilustrada),[277] *audiencia (sustantivo*, "aquellos a quienes se dirige un libro o un espectáculo"), *calidad* (en expresiones como *carácter de calidad*), *embelesado (*"complacido"), relación ("relación entre personas"), *sabio* ("artículo"), *desagüe* (en el sentido de "eliminación", fr. *écoulement*: Genovesi), *sensible* ("que se conmueve fácilmente"), *sensibilidad*, *matiz* (tomando el sentido del fr. *nuance*),[278] *sufrir* (absol.: *he sufrido mucho)*, *superficial* (fig.), *tocar ("conmover"), conmover (*"conmoverse"), *girar* o *tornear* ("giro [de frase]", recordado *tour*),[279] *transporte (*'entusiasmo'), *travail (*'trabajo'), *tropa* ('compañía de teatro'), *humanidad* ('humanidad'), *viñeta*, *vista* ('objetivo, dibujo'), etc.

Más o menos profundamente penetradas en el uso están ahora también las frases que calcan en palabras italianas las análogas francesas: *belle arti* (cf. p. 716 n. 273), *bel mondo*, *buon tono*, colpo d*'occhio*, *colpo di mano*, *gioco di parole*, *presenza di spirito*, *sangue freddo*, *spirito forte*; *avere un bel dire*, *dar carta bianca*, *far la corte*, *mostrarsi difficile*, *essere al fatto* di qc., *vigilar la* cama ("quedarse en la cama por enfermedad"), hacer la *honradez* ("hacer cortesías"), *tener honor*, *pescar en el fango*, *saltar al ojo*; hasta el punto *de que*, *más adelante*, *a cabezazos*, etc.

También nacen nuevas palabras por reparto: *profundizar* ("no ahondan *en* los asuntos; no *profundizan*, como dicen los franceses": Salvini, nota a la *Feria*); *faniente* (de *fainéant: Algarotti*), *impagable* (la respuesta "es realmente, diría un francés, *impagable*": Cesarotti, *Saggio*, III, XI), *pasable* ("mediocre"), *reservoir* (de *réservoir*: Algarotti), *development* (de *développement*: Algarotti) etc.; y ya hemos visto numerosas formaciones en -ism, -ista, -izzare, en las que la voz francesa análoga ha servido de modelo.; y ya hemos visto numerosas formaciones en *-ismo*, *-ista*, *-inise, en las que la voz francesa análoga* ha servido de modelo.

En las listas anteriores, también hemos recogido palabras francesas ya desaparecidas; y muchas otras que podríamos haber recogido pero que tuvieron una vida efímera: *apprentici (*'aprendices': *Dizionario del cittadino*), *badino (Bettinelli*), *blé delle Indie*

(Vallisnieri), *degaggiato* (reprendido por Carlo Gozzi), *glissato (*id.), *griffa* ('artiglio': Bettinelli), *malonesto* (P. Verri), *peaggio* (Algarotti), *plagiato (id*.), *rilieffo* (Paoli), *tracasseria* (A. Verri), y un sinfín más.

Valdría la pena, junto a las palabras que aparecen y tienden a arraigar en italiano, dejar constancia de la oposición que encontraron entre los más fieles a la tradición, Maffei, Gozzi, Galeani-Napione, etc. Algunos cambiaron de opinión con el tiempo: hemos visto, por ejemplo (p. 630), que Algarotti, al principio despreocupado por cualquier vacilación, se volvió más tarde mucho más riguroso.[280]

A la hora de aceptar los afrancesamientos, se podría proceder de tres maneras: o adaptarlos a la fonología y ortografía italianas, o aceptarlos tal cual, con su ortografía, o, por último, reproducirlos con un molde.

La adaptación es, en general, señal de que la palabra ha llegado por medios populares o ha penetrado ampliamente en el populacho; los otros dos modos son indicios de un origen más culto. Ya en Magalotti tenemos varias palabras o frases citadas del mismo modo; y muchas más se pueden encontrar en Bettinelli: *négligé*, *petit maître*, *badinerie*, *bon mot*, *impromptu*, *joli*, *piquant*, *charmant*, *art de plaire*, etc.; y de nuevo *à notre tour* (Baretti), fare *amende honorable* (A. Verri), etc.

Pero para varias palabras osciló, y de hecho para algunas sigue oscilando hoy en día. Típico es el ejemplo de *toilette*, que algunos escriben a la manera francesa, otros adaptan a *tueletta*, *toeletta, toletta*, *teletta*;[281] alguien recurre finalmente a la (falsa) traducción *tavoletta* (Parini, C. Gozzi): aún hoy la palabra se escribe al menos de cinco maneras: *toilette*, *toletta*, *teletta*, *toelette*. También existen notables variantes de *dettaglio*: ésta es la forma predominante (Goldoni, Bettinelli, Beccaria, Parini, etc.), pero también existe *detaglio* (Maffei) o, para evitar el mal adaptado afrancesamiento, *ritaglio* ("questa sorte di critica minuta, o critica di *ritaglio*, come vogliam chiamare": Baretti, *Frusta*, nº XV. I, p. 397 Picc.).[282] Y así encontramos que alternan: *bleu/azul* y *blo* (cf. los testimonios del *Vocabolario etimologico de Prati*); *bureau/burò*, *burrò* (*Raguet*; Goldoni, Chiari); *chicane/cicana* (en Lucca: Bianchini; Paoli); *débauche/deboscia* (Fagiuoli), *debocciato* (*Raguet*); *fiche/fiscia* (Algarotti); *framboise/flambuese* (Trinci), *framboesia* (*Raguet*), *frambuè* etc. (cf. Prati, *Vocabolario etimologico). (cf.* Prati, *Vocabolario etimologico*); *pièce/pezza* (A. Verri); *ragoût/ragù* (G. Gozzi, Algarotti); *sans pareille/sampareglie* (Bettinelli); *pot pourri* (*potpourry*, P. Verri)*/popurì* (Salvini) etc.

Otras veces prevalecen las formas italianizadas, pero con muchas variantes, p. ej. *amuerro*, *amoerre*, *moerro*, moerre, *muerre* (fr. *moire*); *tup*(*p*)*è*, *top*(*p*)*è* (fr. *toupet*).

No hay que olvidar que el francés ha servido de conducto más o menos reconocible para la introducción en italiano de muchas otras voces, europeas y exóticas. El nombre de los "Francmasones" aparece raramente en forma inglesa (*Frimesson* en la retractación de Minerbetti, 1740), más a menudo en forma francesa, adaptada o no (*Franmassone*: L. Pascoli, citado por Bergantini, 1745), y también no pocas veces en forma traducida (*liberi muratori*; *congregazione* [...] *detta dei Muratori*, en una carta de Diodati a Nicolini, 1737, relativa al proceso contra Crudeli). Así, la palabra inglesa *riding-coat* se convierte en francés *redingote*, de donde el italiano *redengotto*, *rodengotto*; *packet-boat* a través de *paquebot se* italianiza en *paccheboto* (Algarotti), etc.; el nombre *contradanza* refleja la adaptación francesa *contredanse* y no la forma original *country-dance*.

La *platina* española pasó probablemente por el francés antes de convertirse en *platina* y luego en *platino*.[283] *La acción*, en sentido económico, es registrada por Alberti como "francés comercial", pero es, al parecer, de origen neerlandés.[284] De las lenguas nórdicas procede *narval*, a través de las compilaciones naturalistas francesas,[285] y por el mismo camino viene *estepa* que es *"paso* ruso" pasado por *paso francés*, *paso*. Las voces indígenas americanas, que en siglos anteriores llegaban a menudo en español, vienen ahora sobre todo en adaptación francesa: *canoto* (Targioni Tozzetti), *piroga*. Y otras entradas exóticas llegan por la misma vía: *kaulin* 'caolín' está en la traducción del *Dizionario del cittadino*, Niza 1763, s.v., *porcellana*. Algarotti utilizó *mussoni* (del fr. *moussons*) para *monzones*, pero acabó imponiéndose la voz utilizada anteriormente.

22. Otros forestierismos

En un capítulo dirigido al padre Angelico Martignoni, Passeroni se quejaba de que

además de las numerosas palabras francesas

adoptar día a día
voces y frases de otros países.[286]

El contingente principal procede de Inglaterra, aunque la mayoría de ellos no sean inmediatamente reconocibles, ya sea porque se trata de anglolatinismos (véase más arriba, p. 711) o de calcos (*banknote*, *insurgent* 'rebel', *free mason*, *free thought*, *common sense*, *white verse*, etc.), ya sea porque están alterados por la mediación francesa.

Entre las palabras que hacen referencia a la vida social están *Milord*(*o)* y *Miledi, que son* populares tanto como títulos de personajes ingleses como en sentido figurado para referirse a quienes llevan una vida ostentosa y derrochadora.[287]

Se aprenden varios términos propios de la vida política: el *Giornale dei letterati d'Italia,* XVIII, 1714, explica a sus lectores el significado de *whig* y *tory*.

Y uno sabe quiénes son los *cuáqueros*. Uno conoce los *panfletos*[288] y se da el título de *Almacén* a algunas publicaciones periódicas.[289]

Las comidas y bebidas incluyen *pudding*,[290] *tostadas*,[291] el *ponche*.[292]

Entre los vestidos figuran el *redengotto* (véase p. 721) y el *schincherche*. Una aleación metálica inventada por el relojero *Pinchbeck se* llamaba *princisbech* (Goldoni).

La literatura inglesa nos habla de *sílfides* y *gnomos* (nombres acuñados por Paracelso, pero popularizados en Europa por *El erizo raptado* de Pope); por *Los viajes de Gulliver*, de Swift, conocemos a *Liliputte* (Baretti) y *Lilliputiense* (Algarotti). A partir de la conocida novela de Richardson, el nombre de *Pamela se populariza* en novelas y obras dramáticas; a partir de *Joseph Andrews*, de Fielding, también se generaliza el nombre de *Fanny* (pronunciado a la manera francesa).

Pocas voces proceden ya de los países hispanohablantes: *flottiglia*, *fandango*, *seguidiglia* (*zighediglia*, Baretti), *platina* (cf. p. 721).[293]

De los países alemanes llega la moda de *los cafàus*[294] la de *svìmeri* 'carroza', *mùfferle* perros, *chifel* etc. También proceden de allí algunos términos mineralógicos: *cobalto* o *cobolto*, *feldespato*, *níquel* o *nìccolo*, *scorillo* o *scorlo* (de *Schorl*),[295] spizio 'cúspide' (de *Spitz*).[296]

De las lenguas eslavas proceden las noticias y los nombres de los *vampiros*: es difícil saber si directamente del serbocroata o por mediación del alemán o el francés. Los viajes a países eslavos conducen al conocimiento de términos locales: por ejemplo, Algarotti utiliza *czar* (femm. *czara*), *copicco,* etc.

Y así llegan, a través de informes de viajes, etc., palabras orientales (*nabab*, Cesarotti, 1792; *tattow*, en la traducción de los *Viajes* del capitán Cook, Nápoles-Livorno 1787, IV, p. 222) y americanas (*maogano*, Baretti, *Frusta*, n. XIV: I, p. 369 Picc.; o *maogani*, Id., carta del 10 de noviembre de 1796, en *Epist.*, I, p. 421 Picc.; i *sachemi,* Algarotti, carta del 4 de julio de 1757).

23. Italianismos en otras lenguas

La cultura italiana sigue estando presente en la cultura europea: esto se nota también en el discreto número de italianismos transmitidos a las principales otras lenguas.

Algunos se refieren a la vida social, como *cicisbeo (introducido* en español en 1717, en francés en 1765 como *sigisbé*, más tarde *sigisbée*, ted. 1784, ing. 1718), *casino (*fr. 1740, ted. 1775, ing. 1789), *villa* (fr. 1743, ing. 1755).[297] La locución (*dolce*) *far niente* (véase también p. 616), ahora denostada y ahora envidiada por los italianos, se extendió por toda Europa.[298]

Entre los términos artísticos se incluye el *pintoresco*, referido principalmente a paisajes de naturaleza salvaje, como los de Salvator Rosa (fr. *pittoresque* 1721, eng. *picturesque* 1703, ted. *pittoresk* 1768).

Para la música mencionamos de nuevo *piano* (fr. 1774, y abreviado a *piano* 1798; ing. 1767; el alemán oscila entre *Fortepiano* 1775 y *Pianoforte* 1786; el sueco, evidentemente a través del alemán, también tiene *fortepiano* 1779), *mandolina (fr.* 1762, ing. 1708; el alemán tiene *Mandoline*, 1795, a través del francés), *violonchelo* (fr. *cello* 1709, *violoncelle* 1743; ing. 1724; alemán. 1739, también *Cello* 1784); y luego *barcarola (fr.* 1798, ing. 1779), *bravo* como aclamación (fr. 1782, ing. 1761, ted. 1774).

Dilettante era principalmente, en el siglo XVIII, un 'virtuoso' de la música y, en el extranjero, el aficionado a la música italiana (fr. 1740, ted. 1764; ing. 1733, en el sentido más general de "aficionado a las bellas artes").

Cicero, en el sentido de 'guía de objetos antiguos u otras curiosidades', pasa al fr. (1773), al alem. (1729), en ing. (1726).

Los protagonistas aparecen por primera vez en francés en las *Mémoires* de Goldoni.[299]

El *improvisador* (y la *improvisadora*) presentan un aspecto típico de la literatura del siglo XVIII (fr. 1765, ted. 1787, eng. 1795).

Dos epidemias de "grippe" (en 1743 y 1782) difundieron ampliamente el nombre italiano *influenza* (eng. 1743, fr. y ted. 1782, sved. *influensa* 1783).

Hemos elegido algunos ejemplos típicos, que por sus fechas de primera aparición (con todo lo aleatorio de estas pruebas) nos muestran la penetración mayoritaria contemporánea en tres grandes lenguas europeas.

Para las distintas lenguas se dispone, o se podría disponer, de listas de vocabulario mucho más amplias[300] y sólo parcialmente concordantes; especialmente variadas son las fechas en que viajeros o escritores individuales presentan su nación con peculiaridades cromáticas locales.[301]

[1] *La letteratura italiana del Settecento*, Bari 1949, Prólogo.

[2] "La verdadera academia es una capital, donde las comodidades de la vida, los placeres de la fortuna, te llaman de cada provincia la flor de una gran nación, donde ocho en novecientos mil personas se electrizan juntas [...Habrá entonces un arte de conversar; las cartas se escribirán con facilidad y gracia, la lengua se enriquecerá sin afectación": Algarotti, carta a Voltaire (1746, en *Opere*, IX, pp. 85-86); "En Italia cada provincia tiene un Parnaso, un estilo, un gusto, y según el genio del clima un partido, una liga, un juicio separado de los demás...". Me parecía muy agradable ir cambiando de naciones y costumbres cambiando de caballos de correo, y encontrar a cada paso la novedad, que es el premio del viajero. Pero también me fastidiaba no saber nunca dónde estaba Italia, ni dónde acertar [...]. A decir verdad, creo que si Italia tuviera un centro, un punto de unión, sería mucho más rica en las artes, en las letras y quizá en las ciencias que cualquier otra nación": S. Bettinelli, *Lettere inglesi,* II (*Opere,* 2ª ed., XII, pp. 157-159).

[3] Croce, *La letteratura del Settecento,* cit., p. 129.

[4] *Cartas familiares escogidas,* Parte II, 26, p. 332 Piccioni.

[5] Parini, en sus "Appunti per il Vespro e per la Notte", señala que a los extranjeros "las milanesas [...] responden con la lengua y la pronunciación milanesas"; mientras que el marido de una dama "todavía hace sonar la pronunciación de las montañas por donde bajó" (*Poesie*, ed. Bellorini, I, pp. 269, 271). Carlo Gozzi reprocha una moda a la francesa de pronunciar la *r con la* úvula y la *u* como *ü* (cf. § 13).

[6] Regali, *Dialogo del Fosso di Lucca e del Serchio*, Lucca 1710, p. 42, vincula *magnare* a la oscilación entre *giungere* y *giugnere*: pero el origen de *magnare* es ciertamente románico.

[7] *Della lingua toscana*, Milán 1759, p. 6.

[8] En *Lettere filologiche*, Venecia 1820, pp. 180-182.

[9] Se piensa, además del soneto en el que declara que "al vago dir che l'alma Flora inonda, / e *labro e* penna ed anima volgea" ("Uom, che barbaro...", II, XXXIX), en el otro soneto conocido, relativo al verbo *"ragnare"*, sobre Madonna Nera ("Che diavol fate voi...", II, LIV), o al testimonio de su secretario Francesco Tassi: "Alfieri tenía una excelente pronunciación, hablaba florentino con gusto [...].", II, LIV), o al testimonio de su secretario Francesco Tassi: "Alfieri tenía una excelente pronunciación, hablaba florentino con gusto [...] Cuando el abad Caluso venía a Florencia, Alfieri a veces hablaba con él en piamontés, pero más a menudo y con gusto en florentino, y ponía mucho cuidado en hablarlo en su propia lengua" (G. Barbera, *Memorie*, p. 87). El 5 de octubre de 1786 escribió a su amigo Mario Bianchi para pedirle un secretario, un camarero y un criado sieneses, de modo que no encontrara "a su alrededor más que trozos de vocabulario vivo" (*Lettere,* ed. 1903, CXXII).

[10] Así, por ejemplo, en Salvini, passim.

[11] Y ya hay quien se da cuenta del valor intrínseco de este uso espontáneo: Parini en polémica con el P. Branda (*Prosa*, I, p. 55 Bellorini) se queja de que el antagonista se burla del dialecto (cf. más adelante, § 9).

[12] Véase más adelante la mención de los dialectalismos (§ 19).

[13] Las primeras conferencias universitarias pronunciadas voluntaria y regularmente en italiano, las de Genovesi (1764), fueron leídas en voz alta (véase § 8).

[14] El *abogado veneciano* de Goldoni profesa arringare con su "veneto stil, secondo la pratica del nostro foro, che vai a dir col nostro nativo idioma, che equivalente nella forza dei termini e dell'espressione ai più colti e ai più puliti del mondo". Y las *Tre azioni criminali a difesa (Tres acciones criminales en defensa),* de M. Barbaro, Venecia 1780, nos dan una idea clara de este "estilo veneciano": "*Correo*, *Compartecipe*, *Provocator*; ste parole che per parte del Fisco contesta principalmente el ponto in questione, ste parole che ha formà el soggetto della disputa dell'Eccell. Sior Avogador le permetta le me, che le analyzemo, che cerchemo coschemo che le significa" (pp. 41-42). Véase N. Vianello, en *Lingua nostra,* XVIII, 1957, pp. 68-73. Galiani lamentaba que las condiciones en Nápoles fueran diferentes y esperaba que cambiaran: "¿Quién sabe si un día nuestro dialecto no alcanzará la fortuna más inesperada: defender pleitos en él, pronunciar decretos, promulgar leyes, escribir anales en él y, en fin, hacer todo lo que el celo patriótico de los venecianos hizo con su *dialecto* no más armonioso?

[15] "Ya según usted, o Becelli, los predicadores no deberían hablar en un italiano tan perfecto para no ser malinterpretados por sus oyentes": así se expresa uno de los interlocutores en el 3er diálogo de G.C. Becelli (*Se oggidì scrivendo si deve usare la lingua Italiana del buon secolo*, Verona 1737, p. 58) refiriéndose al 6º libro de la *Rhetorica* de Becelli.

[16] Parini: "eso que se llama *lenguaje poético*, por lo que la lengua italiana se distingue tan notablemente de las lenguas modernas, y que enlaza con el griego y el latín antiguos": *Corso di belle lettere*, II, VI (en *Prosa*, I, p. 299 Bellorini).

[17] Baretti, *Látigo*, nº XIII: I, p. 351 Piccioni.

[18] "Es necia y ridícula [...] la presunción de quienes creen que toda la vehemencia de la Poesía vaga y graciosa no consiste en otra cosa que en mentovare... la *hierba* y el *cordero*, la *quadrella* y la *pastora*" (G.B. Casti, con el nombre arcádico de Niceste Abideno, en el prefacio a *I tre giulj*, Roma 1762, p. XII); "Oltre alle *pecorelle* che pascono l'erbe *tenerelle*, voi venite via con le *rugiadose stille*, coi *teneri agnellini*" etc. (Baretti, *Frusta*, n. XXIV: II, p. 227 Piccioni).

[19] La palabra, como sabemos, es de Baretti (II, p. 382 Piccioni).

[20] "Ya del Codano sen (= el golfo de Finlandia) tocco le sponde / .... / di velivoli abeti ecco le ingombra / il non pieghevol Mosco, orror del Trace, / ma, benché stampi il mar di minore ombra / non è lo Sveco di timor capace."(C.C. Rezzonico, "Musa, le spiagge artoe...")

[21] "En la sucinta y elegante estrofa horaciana de Fantoni, las disonancias de los nombres franceses e ingleses -sobre todo ingleses- burdamente añadidos, atestiguan, con evidente coquetería, los derechos inalienables de la realidad inmediata tal como nos llega de un mundo anticlásico por excelencia, en el seno de una poesía que tiene gravedad de intención y entonación clásica. Fantoni necesitaba la nomenclatura histórica, como otros Arcadi, Rezzonico della Torre y sus compañeros necesitaban la nomenclatura científica peregrina; como los numerosos autores de poemas didácticos de la época necesitaban el estricto tecnicismo de tal o cual arte; como Parini, preocupado por las intenciones civiles y sociales, pero también, como el más importante de ellos, por la restauración de la literatura, necesitaba, sin ninguna afectación, ese realismo del lenguaje que el propio Carducci ya ha documentado en parte": De Lollis, *Saggi forma poeta*., pp. 105-106.

[22] Salvini hizo varias, entregándose a la acuñación de innumerables palabras compuestas.

[23] Y en el *Diccionario de Ossian* (*Obras*, V, tomo IV), recogió algunas locuciones más difíciles, en su mayoría perifrásticas: *las tormentas del acero* por 'batallas', *las hijas del arco* por 'cazadoras', etc.

[24] "Es la fe de los amantes / como el fénix árabe: / dónde está nadie lo sabe". (*Demetrio, II, sc. 3); "*Que tiempo pasó, *Eneas*, / *que Dido pensó en ti*". (*Dido Desamparado, II*, esc. 4); "Si a cada uno la angustia interior / se le leyera en la frente escrita, / cuántos alguna vez que la envidia hacen / se compadecerían de nosotros." (*José reconocido*, parte I)

[25] "Los pocos que aquí profesaban seguir a las Musas han desaparecido.... Aquí todo se ha convertido en política y filosofía": así una carta de Parini en 1768 (*Prosa*, II, p. 161 Bellorini).

[26] Carta a F.M. Zanotti, 10 de diciembre de 1752, en *Opere*, IX, 251 (y en *Lettere filol*., cit., pp. 116-117).

[27] Carta a A. Zanon, en *Lettere filol*., cit., p. 186.

[28] Un ejemplo de ello es un pasaje en lenguaje curial napolitano de 1717: "fare la causa pro ut de jure con processo e riconoscimento del carattere di detto biglietto, usque ad sententiam diffinitivam inclusive, precedenti le trine pubbliche citazioni ad comparendum" (*Critica* XXXV, p. 472). En el *Dialogo fra un Mandarino chinese e un sollecitore* di P. Verri (en el *Caffè*, tomo II, p. 39), el Procurador se expresa así: "Estos dos puntos bocárdicos son: el primero es ver si se debe preferir el varón de la hembra en el fedecommesso en competencia con un extraño: el otro es hacer la graduación de una competencia entre los chirografari y los istromentari, y distinguir la poziorità, y liquidar las dotes y los bienes atados"; y el Mandarín no entiende.

[29] Mientras que, como hemos visto, en el foro veneciano las arengas se hacían en veneciano ilustre, las sentencias son en italiano, naturalmente con algunos términos especiales: en el *Avvocato veneciano* de Goldoni la sentencia es de este tenor: 'Omissis etc.. Consideratis considerandis etc. Decretò e sentenziò, y decretando y sentenciando *corte*, revocó y declaró nula la donación hecha por el difunto *Domino* Anselmo Aretuso a favor de *Domina* Rosaura Balanzoni."

[30] A.M. Finoli, "Osservazioni sulla lingua degli economisti italiani del Settecento", en *Lingua nostra,* VIII, 1947, pp. 108-112.

[31] G. Santi, *Viaggio per le due provincie senesi*, Pisa 1798, pp. 4-5 (citado por F. Rodolico, *La Toscana descritta dai naturalisti del Settecento*, Florencia 1945, p. 11).

[32] "En este mes [agosto de 1778] el calor ha sido grande [...] y el día 18 fue el mayor, habiendo subido el espíritu del vino en el termómetro de Reaumur a 31 1/2 grados por encima del signo de la helada": G.L. Tilli (en F. Rodolico, *La Toscana,* cit., p. 213).

[33] "Parece que el límite fijado por la naturaleza a la piedra es también el prescrito por el arte para un cultivo regular pleno y extenso. De hecho, todo hacia Trespiano se encuentra en el más floreciente estado de cultura; no hay rincón de tierra que no esté consagrado a Ceres, Baco y Pomona": V. Chiarugi, "Osservazioni georgiche", en *Atti Acc. Georgofili*, V, 1798 (en F. Rodolico, *La Toscana,* cit., p. 129).

[34] Por ejemplo: "poco a poco se fue *extraviando*" (lett. 2 de mayo de 1752), "no veo a nadie en absoluto" (*Innam*., I, 2); etc.

[35] Por ejemplo: "el disgusto de que la dolencia de tu corazón se haya originado en mi casa" (*Un curioso accidente*, I, esc. 8); "¿No me excitaste a volver a casa de mi tía, diciéndome que allí se presentaría el señor teniente?" (*ibid*., III, esc. 5); "Dove mai *eglino* andati? (Pamela mar., II, esc. 8); "Vadasi a precipitar quest'indegno" (*ibid*., III, esc. 6); "Vi torno a dire che io non amo donna veruna" (*Il bugiardo*, I, esc. 7); "un fazzoletto di seta, che era l'unico mobile che mi era rimasto" (*Il poeta fanatico*, I, esc. 8) etc.

[36] G. Folena, "L'esperienza linguistica di C. Goldoni", en *Lettere ital.,* X, 1958, pp. 21-54.

[37] El pasaje de Parini es importante a este respecto: "[la noble lengua italiana común] se asienta [...] en el complejo de las buenas escrituras; por tanto, en su esencia, ya no depende de la voluntad del pueblo: está fijada, es, por esta parte, de la naturaleza de las que se llaman 'muertas'" (*Corso di belle lettere*, parte II, cap. VI).

[38] Puede consultarse con provecho la rica antología *Discussioni linguistiche del Settecento* editada por M. Puppo, Turín 1957.

[39] *Del dialetto napoletano*, ed. F. Nicolini, Nápoles 1923, pp. 197-198 (obsérvense las ricas notas).

[40] *Niccolò* alla toscana, nota, no *Nicola*.

[41] Entre los eruditos napolitanos de aquellos años, Giannone, en cambio, se rebeló contra la Crusca, como se deduce de un opúsculo de *Observaciones* (cf. V. Cian, en *Bibl. delle scuole italiane*, agosto-sept. 1900).

[42] M. Fubini, *Stile e umanità di Giambattista Vico*, Bari 1946, p. 122.

[43] *Scienza nuova prima*, ed. F. Nicolini, pp. 333-334, Fubini, *Stile e umanità di Giambattista Vico,* cit., pp. 122-123.

[44] L.A. Muratori, *Della perfetta poesia*, Annot. di A.M. Salvini, Venecia 1730, II, p. 136.

[45] Migliorini, en *Lingua nostra,* II, 1940, pp. 73-80 (reimpreso en *Lingua e cultura*, pp. 167-189).

[46] G.A. Querini, *Il foro all'esame*, Venecia 1737, Prefacio.

[47] Goldoni en *Torquato Tasso* (1755) pone en escena a un Cavalier del Fiocco cruscante que monta en cólera con frases florentinas (*far celia*, *tornare a bomba*) y voces arcaicas (por ejemplo, *utole* 'útil'); en el primer borrador del *Impresario delle Smirne* (1760) una tal Lucrezia afecta a expresiones florentinas que se explican (ahí está de nuevo *celia*).

[48] Véase especialmente la dirigida a F.M. Zanotti el 2 de marzo de 1764 (*Opere*, X, pp. 203-220; también en *Lettere filol*., pp. 204-217).

[49] *Versi sciolti di tre eccellenti autori*, Venecia 1758, poemetto IX. En otro lugar (en *las Raccolte*, c. II, st. 60-61) Bettinelli la toma con los dantescos (véase § 18).

[50] En el sermón *Sopra la falsa elocuencia del púlpito*, 1779, vv. 175 ss.

[51] La larga polémica que suscitó el diálogo (y en la que participó Parini, como sabemos) se debió sobre todo a la hostilidad que Branda mostraba hacia los dialectos, especialmente el milanés. Cf. G. Salinari, "Una polemica linguistica a Milano nel sec. XVIII", en *Cult neol*., IV-V, 1944-45, pp. 61-92.

[52] El título del artículo es *Rinunzia avanti Nodaro degli Autori del presente Foglio periodico al vocabolario della Crusca* (en la errata corrige del tomo I *Nodaro* se corrige por *Notajo*).

[53] Sin embargo, en una carta de 1768, muestra cierta resipiscencia: "si De Felice quiere traducir *el Caffè,* me gustaría que no tradujera la *Rinuncia alla Crusca*, *Le leggi sul Pedantesimo*, [...] en las que reina un mal tono en todas las producciones, y sería necesario purgarlas del mal humor y de cierta inquieta infelicidad que transpiran" (*Carteggio*, I, II, p. 225).

[54] Véase especialmente la carta al "Signor Filologo Etrusco" en *Frusta*, n. XVIII (II, pp. 57-66 Piccioni) y la "Diceria di Aristarco Scannabue da recitarsi nell'Accademia della Crusca il dì che sarà ricevuto accademico", en *Frusta*, n. XXV (II, pp. 252-262). Véase también, sobre los arcaísmos, § 18.

[55] "Ni los toscanos en general ni los florentinos en particular, cuando componen obras de tinta, las componen en tal o cual dialecto de su provincia, sino en una lengua que necesita ser algo más que toscana o florentina para conocerla" (*Prefazioni e polemiche*, p. 194 Piccioni).

[56] El "orden *natural de las* ideas" en la construcción de la época es uno de los méritos que muchos gramáticos franceses reivindicaron para su lengua: cf. A. Viscardi, en *Paideia,* II, 1947, pp. 193-214.

[57] Véanse los *Appunti di lingua* publicados por C. Jannaco, Turín 1946.

[58] Y además, en la sátira *I pedanti*, Alfieri se burla de Don Buratto: "Ed io gliel dico, che il verbo *vagire* / non è di Crusca.

[59] Sin embargo, Cesarotti también es más duro contra las transposiciones al estilo de Boccaccio (cf. Viscardi, art. cit., p. 214).

[60] El *Ensayo* debe completarse con los *Riesgos apologéticos* y la Carta a Napione (*Opere*, I, pp. 158-197 Ortolani).

[61] Sobre las actividades filológicas de las dos academias, véase Calcaterra, *Il nostro imminente Risorgimento,* cit., pp. 447-519.

[62] *Memorias innecesarias*, Parte I, c. XXXIII.

[63] Véase la ed. de N. Vaccalluzzo, Livorno 1933, y cf. A. Accame Bobbio, "C. Gozzi e la polemica su la lingua italiana", en *Convivium*, 1951, pp. 31-58.

[64] Es la época en que el álgebra se considera el modelo de las lenguas: "raisonnons avec des mots comme nous calculons avec des chiffres, et les langues sont pour les peuples ce qu'est l'algèbre pour les géomètres" (Condillac, discurso preliminar al *Cours d'études*).

[65] Para información más detallada, véase Trabalza, *Storia gramm*., capítulos XI-XIV.

[66] Véase también la *Giunta di vocaboli raccolta dalle opere degli autori approvati dall'Accademia della Crusca*, [Nápoles] 1751.

[67] Véase el texto del motu proprio del P. Leopoldo en *Atti Acc. Crusca*, 1909-1910, pp. 73-75.

[68] Tampoco se publicó hasta más tarde (Florencia 1813).

[69] Desde diversos ámbitos se abogaba por una ampliación del canon y, sobre todo, por una mayor inclusión en futuros léxicos de escritores no toscanos: véase especialmente Cesarotti, *Saggio*, IV, XVI, 9.

[70] P. Ciureanu, "Il *Dictionnaire du citoyen* y su traducción italiana", en *Boll. Fac. econ. e comm. Univ. Génova,* III, 1954, pp. 69-87.

[71] Por ejemplo, Antonio Vallisnieri hijo lo menciona en la edición de los escritos de su padre (*Opere*, III, p. 363).

[72] *El Diccionario de artes y oficios* de G. Griselini, continuado posteriormente por Ab. M. Fassadoni, 18 vols., Venecia 1768-1776, es más una enciclopedia técnica que un diccionario.

[73] C. Battisti, *Note bibliografiche alle traduzioni italiane di vocabolari francesi enciclopedici e tecnici francesi nella seconda metà del Settecento*, Florencia 1955.

[74] Hay más obras escritas en latín a principios que a mediados de siglo (G. Maugain, *Essai sur l'évolution intellectuelle de l'Italie de 1657 à 1750*, París 1909, p. 372).

[75] P. Del Giudice, *Storia del diritto italiano*, *Fonti,* II, Milán 1923, pp. 55-57.

[76] Galeani-Napione, *Dell'uso e dei pregi*, I, p. IX.

[77] [G.M. Isotta], *Della Messa in lingua volgare*, Vercelli 1788. Los jansenistas italianos, como es sabido, querían que los fieles participaran activamente en las ceremonias sagradas respondiendo al clero en italiano.

[78] Y los jansenistas recomendaban la lectura diaria de la Sagrada Escritura en italiano (cf. C.A. Jemolo, *Il Giansenismo in Italia*, Bari 1928, p. 253 y 283).

[79] "Via maggiore profitto si recherebbe al pubblico da chi ha cura in Italia d'ammaestrar nelle lettere la gioventù, se nell'insegnar la lingua latina si volesse, o sapesse nel medesimo tempo insegnar l'Italiana": Muratori, *Della perfetta poesia ital*., Modena 1700, p. 106.

[80] T. Vallauri, *Storia delle Università degli studi del Piemonte,* III, Turín 1846, p. 90.

[81] Informe al Firmian, publicado por M. Gliozzi, en *Rassegna di cultura e vita scolastica*, noviembre de 1953, p. 10.

[82] En su mediocre compilación *Dizionario di voci dubbie italiane*, Nápoles 1783.

[83] G. Calò, *Dall'umanesimo alla scuola del lavoro*, I, Florencia 1940, pp. 221, 225-226, 228, 231, 267.

[84] En Turín, la persistencia del latín tiene una justificación particular: a la universidad acudían tanto estudiantes procedentes de los territorios cisalpinos del Estado, de lengua italiana, como estudiantes procedentes de los territorios transalpinos, de lengua francesa (Calcaterra, *Il nostro imminente Risorgimento*, cit., p. 489).

[85] "Grande fue mi asombro al oír dictar italiano, hasta que, habiéndome dado cuenta de ello al comenzar mi explicación, tuve que partir de los méritos de la lengua italiana, y enfrentarme al prejuicio de las escuelas de Italia": carta a G. De Sanctis, 23 de noviembre de 1754. Las obras filosóficas de Genovesi están en su mayor parte en latín; pero en 1765 escribió a un amigo que estaba componiendo un tratado sobre la historia de la filosofía para demostrar que la ciencia y la filosofía pueden "hablar así el italiano, como antes hablaron el griego y después el latín" (*Lettere familiari*, Venezia 1787, II, p. 36).

[86] C. De Brosses, *Lettres d'Italie,* I, Dijon 1927, p. 87.

[87] Carta a A. Pegolotti, en *Opere fisico-mediche,* III, Venecia 1733, pp. 254-268.

[88] *Opere,* IV, Venecia 1794, pp. 3-28.

[89] En una *Oratio pro Lingua Latina* de 1737, impresa en la *Raccolta d'opuscoli scientifici e filol*. de Calogerà, t. XVI.

[90] Salvini (*Disc. accademici*, III, Florencia 1733, pp. 62-63), después de defender el italiano, aconseja sin embargo escribir en latín sobre temas científicos "para tener un teatro mayor, que escuche más". Y Denina en la *Bibliopea* (Turín 1776, p. 53): "Escribiendo únicamente para personas eruditas, y de materias absolutamente no populares, deben usar más bien el latín". También hay alguna defensa de la utilidad del latín frente a las opiniones de D'Alembert (G. Ferri, *Pro linguae latinae usu*, Faenza 1771).

[91] "Meli era una persona culta y escribía para personas cultas: ¿cómo no iba a ser culta su lengua?": S. Santangelo, "La lingua di G. Meli", en *Studi su G. Meli*, Palermo 1942, pp. 81-163 (esp. p. 97).

[92] En una nota escrita a *Fagiuoli* por orden de la gran princesa Violante, se dice que "le ruegan dos nobles venecianos el favor de dos de sus bellas comedias [...] pero con esto, sin embargo, que no haya Ciapo, que no hagan más" (M. Benci, *Il vero G.B. Fagiuoli*, Florencia 1884, p. 159).

[93] S. Santangelo, en *Studi su G. Meli*, cit., p. 102.

[94] Basta con remitirse a la excelente panorámica de H. Bédarida y P. Hazard, *L'influence française en Italie au dix-huitième siècle*, París 1934, y, en lo que se refiere en particular a los problemas lingüísticos, a las ricas y lúcidas páginas de Schiaffini, *Momenti,* pp. 91-132.

[95] "La lengua francesa, que ya era la lengua de los *bellos espíritus*, se convierte en la lengua de los patriotas y de los héroes" (G. Natali, *Il Settecento*, Milán 1929, p. 343).

[96] Carta de 1752, en *Cartas filológicas,* cit., p. 115.

[97] *Del gusto presente in letteratura italiana*, Venecia 1784, p. 18.

[98] *Ensayo sobre la filosofía de las lenguas*, IV, XIII.

[99] Cesare Beccaria, contando a su traductor, el francés Morellet, la historia de su propia conversión del "fanatismo" a la "filosofía", llega a declarar: "Todo se lo debo a los libros franceses" (carta de 1766, citada por Natali, *Il Settecento*, p. 269).

[100] Por citar sólo un ejemplo, el saboyano padre Gerdil, más tarde cardenal, pasó muchos años de su vida en Turín como profesor en la universidad y tutor del futuro Carlos Manuel IV: la mayor parte de su obra como profesor y escritor fue en francés. Sabemos por Alfieri, Galeani Napione y otros muchos testimonios, que en Turín las clases altas casi sólo utilizaban el francés o el dialecto.

[101] Véanse, por ejemplo, en la correspondencia de Cesarotti, cartas en francés a Taruffi y Toaldo. El mineralogista Giorgio Santi llevaba un diario en francés. Etc.

[102] "El magon dii dam de Milan per i baronad de Franza", en *Poesie*, II, p. 278 Bellorini.

[103] *Lettere e ragionamenti varii*, t. II, parte 1a, Perugia 1741.

[104] S. Corticelli, *Della Toscana Eloquenza*, giorn. I, disc. 2a, Bolonia 1752, p. 34.

[105] G. Rosasco, *Della lingua toscana,* Turín 1777, dial. VII.

[106] Sobre las primeras apariciones del tipo de *Raguet*, véase cap. IX, § 11. Para un análisis de los afrancesamientos en la obra de Maffei, véase M. Cigna, en *Lingua nostra*, XVIII, 1957, pp. 63-68.

[107] ¡Es interesante observar que a veces los personajes menos cultos fingen no entender: así a menudo en *Raguet*; así en Goldoni (*Figlia obbediente*, I, esc. 13): "Tiò, Lumaga averzi quel *cofrefort*. / Che significa questa parola? / Eh poverazzi! Vualtri in Italia non savé gnente. Cofrefort es una palabra alemana, significa.... Esa cosa que está ahí / Un pequeño escritorio, un pequeño baúl".

[108] Los afrancesamientos abundan, por ejemplo, en la correspondencia de los hermanos Verri, mientras que son muy raros en las cartas del ministro B. Tanucci, toscano de nacimiento y antifrancés en política: sin embargo,

también él utiliza, por ejemplo, *rotina* (lett. a Galiani de 1767, II, p. 72 Nicolini) y, a propósito del Arno, el verbo *debordare* (carta a Viviani de 1769, p. 178 Viviani).

109 "*Bandò* o nastro da notte o ricamato a caratteri amorosi dalla bella", en las notas de Parini para el *Vespro* e la *Notte* (I, p. 269 Bellorini).

110 Schiaffini (*Momenti*, p. 114) menciona numerosos ejemplos de Milán, Mantua y Venecia. Para la Italia media, da muchos afrancesamientos en la citada *Raccolta di voci romane e marchiane*, Osimo 1768.

111 "Un giardino / quale il Toscano anche ei *Parterre* chiama / da poi che l'Arno è fatto parigino" (T. Valperga di Caluso, *Il Masino*, Turín 1791, XI, 57).

112 *Cartas filológicas,* cit., pp. 126-129.

113 *Ibídem*, cit., p. 183.

114 *Obras*, XVII, p. 48.

115 *Ibídem*, I, p. 62.

116 Muchos otros, además de los que hemos tenido ocasión de mencionar, polemizaron contra la irrupción de los afrancesamientos: Matteo Borsa, Carlo Gozzi, etc. A finales de siglo, un crítico alemán, F. Haupt (cuya *Lettera sull'infranciosamento della lingua italiana* fue reeditada por P. Fanfani, Florencia 1871, y estudiada por A. Buck, en *Zeitschr. rom. Phil.,* LXIX, 1956, pp. 123-129).

117 A. Graf, L'anglomania e'influsso inglese in Italia nel sec. XVIII, Turín 1911, lo examinó con rica información y perspicacia. Graf, L'*anglomania e l'influsso inglese in Italia nel sec. XVIII*, Turín 1911.

118 Por citar sólo un ejemplo, recordemos la carta de Baretti al canónigo Agudio (abril de 1754), en la que dice haberse enterado de "que en Milán se ha introducido ahora la moda de que las señoras estudien la lengua inglesa" (*Epistol*., I, p. 98 Piccioni).

119 "Las traducciones italianas eran, nueve de cada diez veces, traducciones de traducciones francesas" (Graf, *L'anglomania*, cit., p. 242).

120 F. Nicolini, nota a F. Galiani *Del dialetto napoletano,* cit., p. 114.

121 M.L. Wagner, *La lengua sarda*, Berna [1951], p. 187.

122 P. Del Giudice, *Storia del diritto ital.* cit., *Fonti,* II, p. 18.

123 Pero G. Gozzi traduce *La muerte de Adán* de Klopstock a partir de una versión francesa, y Monti (carta a C. Vannetti, julio de 1778: *Epistolario*, I, pp. 51-52) cree que es posible traducir a Klopstock sin tener que estudiar esa "lengua cometa".

124 Véase el testimonio de Santi, citado por F. Rodolico en *Lingua nostra*, V, 1943, p. 14.

125 *Oeuvres complètes*, XXII, p. 261 (citado por Brunot, *Hist. de la langue française*, cit., VI, p. 1224).

126 E. Bouvy, "Voltaire et la langue italienne", en *Voltaire et l'Italie*, París 1898. Algunas *Lettres d'amour de Voltaire à sa nièce, París* 1957, en un italiano muy incorrecto, fueron descubiertas y publicadas recientemente por Besterman. [Sobre el uso del italiano en Voltaire, véase ahora G. Folena, "Divagazioni sull'italiano di Voltaire", en *Studi in onore di V. Lugli e D. Valeri,* Venecia, 1961, pp. 391-424].

127 Y en otro lugar había testimoniado: "El linguaggio italian, con mio contento / caro de venta a la nazion francese, / e tutti i cortigiani e i parigini / cerca maestri e compra l'Antonini" (*La Piccola Venezia*, 1765): cf. G. Folena, en *Lettere ital*., X, 1958, p. 32.

128 Véase el capítulo de A. Graf, "Italian Language and Literature in England", en el volumen citado sobre *L'anglomania*, pp. 80-104.

129 Una carta del banquero lucchés Ottavio Sardi (1773) advierte de que en Ámsterdam "el dialecto toscano [...] es muy honrado y muy querido, pues no hay dama o caballero de condición que no sepa algo de él, o que no intente conocerlo. Ya muchos y muchas hablan muy bien de ella, particularmente aquellos caballeros que han viajado por Italia. Metastasio está de gran moda, y es tan conocido como en Italia...". (*Miscell. Lucch. di studi storici*, Lucca 1931, p. 333).

130 Véanse los testimonios recogidos por V. Santoli, en *Problemi e orient*., IV, pp. 237-238.

131 R. Ortiz, *Per la storia della cultura ital. in Rumania*, București 1916, pp. 230-231.

132 Véase la discusión en [M. Regali], *Dialogo del Fosso di Lucca e del Serchio*, cit. pp. 33-35.

[133] Maffei (*Rime e Prose*, Venezia 1719, Al Lettore) rechaza explícitamente *lo público*; Denina (*Bibliopea*, cit., pp. 107-108 n.) aconseja *imaginazione*, *rinovare*, *procurare*, *academia*; Gigli (*Regole*, Prefazione) quiere *grammatica* y no *gramatica*.

[134] Pero en Benvoglienti (*Opuscoli diversi*, Florencia 1721, p. 56) leemos *más*.

[135] Véase el "razonamiento" en su *Prosa toscana*, I, Florencia 1725, pp. 189-192.

[136] Extraño es el método de algunos tipógrafos de escribir *v* en palabras como *noccivolo*, *givochi*, *vova* (pero *suyo*, *hombre*): este es el uso seguido en las *Opere* del Vallisnieri, Venecia 1733.

[137] *La Celidora* de Casotti (Florencia 1734) tiene *exequias,* pero en su lugar *arcolaio*, *buiosa*.

[138] Pero hay quien intenta evitar esta segunda función: en el *Newtonianismo* de Algarotti (Nápoles 1737) se lee *ô*, â, ânno; el P. Ildefonso Fridiani, que suele escribir *ho*, *hai*, *hanno*, no se atreve sin embargo a introducir la *h* al publicar las obras de Fra Girolamo da Siena, *y prefiere escribir ò*, *à*, ma *âi*, *ânno* (*Delizie degli eruditi toscani*, I, Florencia 1770, p. CLV).

[139] "Pero, ¿qué ha hecho esta H, tan indefensa y tan inocente, / a las fauces del Arno, donde tantas veces habita, / que de los escritos de otros la quieren desterrar, / mientras que nunca saben olvidarla hablando de ella?" (p. 362 de la ed. fechada por Manilla).

[140] *Obras*, III, p. 522.

[141] *Dialogo dell'Arno e del Serchio,* cit., p. 18; *lezzi* está en *la Celidora* de Casotti, VIII, st. 30.

[142] En los escritos de Vallisnieri se lee *decozione* o *decozzione;* Rolli tiene *traduzzione*; Baretti, en el primer número de la *Frusta*, censura al P. Morei que escribe *produzzioni* "con due zete alla romana"; Amenta, *Della lingua nobile*, cit, I, p. 59, defiende las grafías *lezzione*, *concezzione* (del latín *ct*, *pt*) "contra el uso de los propios Académicos florentinos"; Gigli dice que quien quisiera escribir *lezzione*, *concezzione* "no podría culparse, ya que derivan de *ct* y *pt*, en latín, y muchos escritores lo han hecho" (*Lezioni*, cit.).

[143] Por ejemplo, en la *Scelta di lettere familiari* editada por Baretti (Londres 1779) para el uso del inglés 'damsels'.

[144] A. Camilli, en *Lingua nostra,* XIX, 1958, pp. 24-26.

[145] Véase el pequeño volumen compuesto de varios opúsculos publicados en diferentes fechas y pomposamente titulado *Opere*, Bergamo 1762-66.

[146] "Bello è sentire la lettera *u* pronunziata alla bergamasca, che ci faceva ridere, la lettera *r* pronunziata nell'ugola, che era difetto d'organo viziato, diventate grazie e vezzi di pronunzia in Italia' (per influenza francese): C. Gozzi, *Chiacchiera intorno alla lingua literale italiana*, p. 65 Vaccalluzzo (cf. *Lingua nostra*, XVII, 1956, pp. 80-81).

[147] Migliorini, *Lengua y cultura*, p. 182 n.

[148] *Delizie degli eruditi toscani,* I, Florencia 1770, p. CLIV.

[149] "Il Sonno / ti sprimacci le morbide coltrici" (*Mañana*, vv. 85-86); más tarde Parini se dio cuenta del error, y en las variantes insertó un resbaladizo *coltrici.*

[150] Seconda lezione pavese, en *Opere*, ed. naz., VII, pp. 93-94; *Discorso storico sul testo del Decamerone*, en *Opere*, ed. naz., X, p. 357.

[151] En los prosaicos versos de la *Notte critica* (II, sc. 10), el padre Chiari junto a dell'*ova* escribe *sobre ovi* y *l'ove*.

[152] En *Raccolta di prose fiorentine*, Florencia 1741, Parte III, II, p. 200.

[153] Cf. en las mismas *Conferencias,* p. 57: "a veces queda alguna duda sobre el Pronome *suo*", etc.

[154] La cuádruple división sugerida a Gigli por F.O. Tondelli es aceptada por G.B. Pistolesi, *Prospetto di Verbi Toscani*, Roma 1761; y una división similar será dada, en el siglo siguiente, por Mastrofini y Compagnoni.

[155] Parini, que en *Mattino* había escrito "Sì temerario che in suo cuor ti *beffi*" (v. 633), "E chi vuoi ch'*osi*" (v. 650), etc., retocó el poema corrigiendo *"ti beffe*, *ose* etc.".

[156] Cesarotti, en cualquier caso, aboga al menos teóricamente por la forma "inserviente alla distinzione delle persone" (*Saggio*, III, II, 2), es decir, por *amavo* y *abbi*. Incluso Rosasco (*Rimario*, en la terminación -*oschi*) prefiere *que sepas a que sepas.*

[157] Natali, al reeditar el *Saggio sopra la bellezza* (1765) de G. Spalletti, advierte (Florencia 1933, p. 82) que ha eliminado formas como *convenghino*, *apparischino*, *rimanghino*.

[158] En una escena del *Cavaliere Parigino* de Fagiuoli (II, esc. 17, en *Commedie*, III, Florencia 1735, p. 116), un personaje pregunta: "¿Lo *querías*?" y otro responde: "Eh, no lo quería [...] lo quería este señor.

[159] El italiano ya poseía construcciones como "Es Antonio, que ha venido a saludarme" y "Es manifiesto que tiene razón", en las que el nuevo tipo podía apoyarse fácilmente.

[160] Así Gigli, *Lezioni,* cit., p. 63: "si adopta per *altro che*, *fuor che*, *più che* alla Franzese" (la construcción antigua era *non... si no...: "*las grullas *no* tienen *más que* un muslo"; Boccaccio, *Decamerón*, VI, 4, 10).

[161] Cf. para esta última construcción el reproche de G.G. Orsi (*Considerazioni sopra un famoso libello franzese*, I, Módena 1735, p. 720) y Becelli (*Se oggidì scrivendo*, cit., p. 80).

[162] M.V. Setti, en *Lingua nostra,* XIV, 1953, p. 12.

[163] G. Folena, en *Lingua nostra,* XVIII, 1957, pp. 22-23.

[164] Véanse, especialmente sobre el segundo tema, A. Viscardi, "Il problema della costruzione nelle polemiche linguistiche del Settecento", en *Paideia*, II, 1947, pp. 193-214; y M. Puppo, "Appunti sul problema della costruzione della frase nel Settecento", en *Boll. Ist. lingue estere Genova,* V, 1957, pp. 76-78.

[165] Véase Algarotti en el prefacio al *Newtonianismo* de 1737: "El estilo que he procurado seguir es el que he creído apropiado al Diálogo, limpio, claro, preciso, interrumpido y salpicado de imágenes y sales. He evitado cuanto he podido esas frases largas y entorpecedoras con el verbo al final, enemigas de los pulmones y del sentido común, que son, mucho menos de lo que se cree, del genio de nuestra lengua, y que no deben ser menos del genio de los que quieren hacerse entender. Se los he dejado enteramente a los que han abandonado el *Saggiatore* por *la Fiammetta*"; o su carta a E. Zanotti desde Potsdam, 15 de mayo de 1747, en la que profesa evitar "a toda costa esos períodos obstructivos y largos con el verbo al final, enemigos de los pulmones y del sentido común".

[166] Los gramáticos franceses, y especialmente Condillac, habían insistido en la inutilidad de las partículas subordinantes en las numerosas oraciones en las que la dependencia era ya evidente.

[167] G.F. Galeani Napione, *Dell'uso e dei pregi della lingua italiana*, Turín 1846, l. II, cap. II, § 10.

[168] "Hoy en día se acostumbra a usar no periodos, sino sollozos; y eso es periodare que gusta más, que se rompe más a menudo... Cuando [el niño] estudie las novelas escogidas de Boccaccio, yo le señalaría la pureza, variedad y propiedad de su estilo; pero la armonía de aquel periodicismo ya no es comprendida por nuestros oídos, que se han vuelto tímidos ante el estilo interrumpido continuo, frenético y en sollozos, que se usa hoy, gracias a las traducciones francesas y a la culpa de los traductores" (*Scritti scelti* da N. Tommaseo, Firenze 1849, II, pp. 225 y 240).

[169] Véanse los pasajes de la *Frusta letteraria* (15 de noviembre de 1763, 1 de abril de 1764, 15 de enero de 1765) y de la *Scelta delle lettere familiari* (lett. XXVI) recordados por Viscardi, "Il problema della costruzione nelle polemiche linguistiche del Settecento", cit.

[170] O al menos a ese mismo estilo entrecortado que Voltaire utilizó en su carta dirigida a Goldoni "hijo de la naturaleza": "no sabe al fin que no escribimos en perioditos entrecortados, como él lo hace en esta grame letteruzza suya, sirviéndonos para ligar nuestros pensamientos y nuestros periodos con un poco de gracia y armonía" (*Frusta*, nº XXII, 15 de agosto de 1764: I, p. 187 Piccioni).

[171] Véanse las observaciones de M. Fubini, en *Lingua nostra,* XV, 1954, p. 109.

[172] Pero de la que ya había ejemplos en Martelli (Carducci, *Opere*, XVII, pp. 154-155).

[173] I. Bernardi, C. Milanesi, *Lettere inedite di V. Alfieri*, Florencia 1864, p. 74.

[174] Conviene tener presentes las observaciones y ricas notas de A. Schiaffini, en el capítulo V, ya citado, de sus *Momentos*.

[175] "Cuanto más ilustrado es un hombre, menos sucesos atribuye a la fortuna": P. Verri, *Il Caffè,* tomo II, p. 153; "ilustrada la opinión pública se establece un modo más razonable y menos feroz de trazar los crímenes": Id., "Osservazioni sulla tortura", en *Opere varie*, I, p. 357 Valeri etc., p. 357.

[176] "¡Benditos los escritores ilustrados!": C. Gozzi, *Marfisa bizzarra*, XI, st. 33; [costumbres y caracteres] "reformados por escritores perniciosos y por la ciencia de nuestro siglo llamado ilustrado": Id., notas a la *Marfisa*; "ciencia que anima la corrupción bajo el hipócrita disfraz de la ilustración": Id., *Chiacchiera*, p. 78.

[177] Sobre estas expresiones, cf. P. Hazard, *La pensée européenne au* XVIIIe *siècle de Montesquieu à Lessing,* III, París 1946, pp. 26-31; M. Fubini, en *Problemi e orient.*, III, p. 590; en particular sobre *la Ilustración,* A. Natta, en *Belfagor,* I, 1948, pp. 603-607.

[178] E. Lerch, en *Archivum Roman.*, XXII, 1938, pp. 338-349; M. Fubini, en *Problemi e orient.*, III, p. 569.

[179] Introducida en Italia, al parecer, en 1792, con la primera versión del *Viaje sentimental* de Sterne (A.L. Messeri, en *Riv. lett. med.,* nº 15-16, 1954, pp. 102-103).

[180] Véanse los ecos de la reacción purista en Viani, *Dizionario di pretesi francesismi*, cit., s.v.; para el francés, véase Zumthor y Sommer, en *Zeitschr. rom. Phil.,* LXVI, pp. 170-201, Matoré y Greimas, en *Franç. Mod.,* XXV, 1957, pp. 256-272.

[181] F.G. Morelli en El *caballero ilustrado*, Padua 1746, prefirió utilizar, de acuerdo con su modelo inglés Dorell, *fanatismo*.

[182] *El prejuicio*, según C. Gozzi (*Memorias innecesarias*, parte I, c. XXXIII), es el término con el que los "innovadores filosóficos" creían poder burlarse de la religión, de la justicia estricta, de la morosidad de las mujeres, etc.

[183] Se vuelven irreligiosos (observa Genovesi, *Lezioni di economia civile*, p. 268) "los que se creen *grandes pensadores*".

[184] Compárense los diferentes significados de estos dos pasajes de Baretti, ambos de 1764: "ogni buon cittadino d'ogni italiana patria": *Frusta lett.*, n. 7 (I, p. 173 Piccioni), "Questo ragguaglio non vi parrà troppo onorifico a questa mia cara patria": *ibid*., n. 13 (I, p. 343); en el volumen II de *Caffè* (1765), pp. 9-13, apareció (anónimo) el conocido artículo *Della patria degli Italiani* de Gian Rinaldo Carli.

[185] Schiaffini, *Momentos*, p. 112.

[186] C. Calcaterra, *Convivium*, 1947, pp. 5-32. Cf. también: "Amo a mi país, compadezco sus males, y moriré antes de que su *resurgimiento* me desespere" (P. Verri, "Pensieri sullo stato politico del Milanese", 1790).

[187] G. Natali, *Il Settecento,* p. 39, cita la definición de Maffei de los *periódicos* en la Introducción al *Giornale dei letterati* d'Italia: "esas obras sucesivas, que de vez en cuando dan regularmente detalles de los diversos libros que vuelven a salir, y de lo que contienen" (lo que hoy llamaríamos una "reseña bibliográfica").

[188] Migliorini, *Dal nome proprio*, pp. 188-190, donde, sin embargo, se incluyen también entradas nacidas en el siglo XIX para referirse a personajes del siglo XVIII: por ejemplo, *pamela* 'sombrero de paja de ala ancha para mujer', etc. Se puede añadir el nombre *clelia*, dado por el matemático P. Guido Grandi a una curva, en honor a la condesa Clelia Borromeo.

[189] Cf. la carta de Metastasio a Algarotti del 1 de agosto de 1751: "desde hace medio siglo, no hay barcarolo en Venecia [...] que no deteste, que no condene, que no se burle de esta plaga, que entre nosotros se llama *secentismo*"; o la *Historia de la lengua italiana* de Baretti: "Tampoco se puede dar un carácter más oprobioso a un mal escribiente moderno, que llamándole *un secentista*" (*Prefazioni e polemiche*, p. 137 Piccioni).

[190] "Es más fácil que los jóvenes se aficionen a los [libros] y novelas malos que a los buenos": Vallisnieri, *Opere*, III, p. 259.

[191] U. Bosco, en *Problemi e orient.,* III, p. 621.

[192] Sobre lo cual véase Baretti, *Látigo*, nº VIII: I, p. 213 Piccioni.

[193] Se remonta al adj. francés *baroque* (de origen portugués) superpuesto al término *baroc*(*c*)*o*, que ya existía en italiano como palabra mnemotécnica artificial para indicar una forma de silogismo (G. Getto, *Letteratura e critica nel tempo*, Milán 1954, p. 148; O. Kurz, en *Lettere ital*, XII, 1960, pp. 414-444; Migliorini, en [Accademia dei Lincei], *Manierismo*, *Barocco*, *Rococò*, Roma 1962, pp. 39-49).

[194] Pero un *istrumento* "piano e forte lavorato tutto a rabeschi d'hebano con il suo organo sotto" ya figuraba en un inventario-ampliación de 1598.

[195] C. Lucchesini, *Della illustrazione delle lingue antiche e moderne,* 2ª ed., Lucca 1826, I, p. 67. Recuérdese también rampassimo *Parere intorno al valore della voce Occorrenza* de P.F. Tocci, Florencia 1707.

[196] Véanse las observaciones y reseñas de A.M. Finoli, en *Lingua nostra*, VIII, 1947, pp. 108-112; IX, 1948, pp. 67-71.

[197] En el sentido de "competencia" Baretti había intentado el neologismo *competenza*: "hacer competir nuestros vinos, diría yo, con los de Francia" (*Frusta*, nº VII: I, p. 174 Piccioni).

[198] "*Exportación* y *exportar* son frecuentes, pero junto a ellos los economistas emplean también el más genérico *extraer*, *extracción*. Rara es la *importación,* a la que se prefiere *immettere*, *introduzione*, *intromettere*; pero *la importación* prevalece sobre *immettere*, *introduzione* y la rarísima *intromissione*" (Finoli, en *Lingua nostra*, IX, p. 69; en nota las referencias a los autores individuales). Hay que añadir que Bettinelli utiliza *exportación* (*Opere*, XXI, p. 211) y lo escribe en cursiva.

[199] La palabra sigue ligada al recuerdo de la inflación que siguió a las operaciones de Law: "todos los que en la época del sistema de París se llamaban *millonarios*" (A. Genovesi, *Lezioni di economia civile*, Parte II, cap. VII, § 14).

[200] Cito en primer lugar los excelentes artículos que F. Rodolico dedicó en *Lingua nostra* a numerosos términos de geografía física, geología, mineralogía, y especialmente los artículos "Terminologia geomorfologica settecentesca" (*Lingua nostra*, XVII, 1956, pp. 91-94, 112-116; XVIII, 1957, pp. 12-14, 52-55). Al propio Rodolico debemos la valiosa antología *La Toscana descritta dai naturalisti del Settecento*, Florencia 1945, con un útil glosario.

[201] Prati, *Voc. etim.*, s.v.; Rodolico, art. cit., XVIII, pp. 12-13.

[202] *Viaggi alle Due Sicilie*, en Bonora, *Letterati*, *memorialisti e viaggiatori del Settecento*, Milán 1951, p. 957.

[203] *Lingua nostra,* XVI, 1955, p. 28.

[204] En la *Istoria delle piante che nascono ne' lidi intorno a Venezia* de Gian Girolamo Zannichelli y su hijo Gian-Jacopo (Venecia, 1735), las plantas se enumeran por orden alfabético, con los nombres latinos con los que se habían indicado hasta entonces, con especial referencia a las *Institutiones Rei herbariae* de Tournefort, París 1700; el tratamiento es en italiano, pero mientras que para las plantas más conocidas se utiliza el nombre vernáculo habitual (*Chamaemelum* = *Manzanilla*; *Sonchus* = *Cicerbita*) para las menos conocidas se italianiza el nombre latino (*Cicorea*, *Ciperoide*, *Dissaco*, *Melanoscheno*, *Pseudocipero*, *Xanzio*), sólo en muy raras ocasiones se mantiene el nombre latino sin cambios ("La *Bursa pastoris* porta i suoi fiori..."). En la descripción abundan los términos científicos tomados de botánicos anteriores: *pétalo* (*apetal*, *monopetal*, *polipétalo)* de Tournefort, *corimbífera* de Vaillant, etc. Véase B. Di Tullio, en *Lingua nostra,* XVIII, 1957, pp. 97-100.

[205] F.L. Gilii, *ΦΙΣΙΩΓΕΝΩΓΡΑΦΙΑ* (sic) *or both Delineazione dei generi naturali in VI classi a norma del sistema di Linneo*, Roma 1785-87, da términos linneanos al principio de cada párrafo, pero luego en el interior o bien los traduce (a veces con las voces propias de la Italia media: por ejemplo, *Lanius* = *carnicero* o *castrica*, *Torpedo* = *occhiatella*) o bien los italianiza (*Ginnoto*, *Pleuronetto*, *Teute*).

[206] La terminología de la química antigua está recogida por P. G. Macquer, *Diccionario de química*, con notas de A. Scopoli, Pavía 1783-84; la nueva se encuentra en la versión del *Trattato elementare di chimica* de Lavoisier, con notas de V. Dandolo, Venecia 1792; y encontramos por ejemplo en el *Viaggio al Montamiata* de G. Santi, términos como *ácido carbónico*, *nitrato de plata*, *acetita de plomo*, etc. utilizados. El P. E. Pini combate la nueva nomenclatura (y la teoría de la que depende): "Osservazioni sulla nuova teoria e Nomenclatura chimica come inammissibile in Mineralogia", en *Mem. di Mat. e Fisica della Soc. It. delle Scienze*, VI, 1792, pp. 309-368; le responde, defendiéndola, el ab. Tomaselli. Spallanzani era partidario de la nueva nomenclatura "aujourdhui enseignée dans toutes les écoles célèbres de l'Europe" (*Ann. de Chimie*, XXVI, 1798, p. 335, citado por Guareschi, *Suppl. Enc. Chim*., 1909-10, p. 427).

[207] Rodolico, en *Lingua nostra,* XVI, 1955, pp. 117-118.

[208] Por ejemplo, *Relazione dell'erba detta da' Botanici Orobanche e volgarmente Succiamele*, *Fiamma e Mal d'occhio*, Firenze 1723; P. Moscati, *Saggio di storia naturale dell'Alopecuro chiamato in Lombardia Covetta*, Milano 1772.

[209] Algunas dificultades en la tecnificación de términos vernáculos pueden proceder de la semántica: Ferber señala, por ejemplo, que *peperino* tiene significados diferentes en el monte Amiata y cerca de Roma (Rodolico, en *Lingua nostra*, V, 1943, p. 14).

[210] Bonora, *Letterati*, *memorialistas y viajeros,* cit. p. 960 y 962.

[211] F. Rodolico, en *Lingua nostra,* XVII, 1956, p. 115; XVIII, 1957, pp. 12 y 14.

[212] Id. en *Lingua nostra,* XI, 1950, pp. 88-91.

[213] Mascheroni, sermón 'Sopra la falsa elocuencia del pulpito', vv. 119-124. Algarotti, Bettinelli y Gozzi también reprochan esta moda.

[214] C. Cantù, *L'abate Parini,* Milán 1854, p. 400.

[215] Por ejemplo: "Recorre toda la literatura moderna y encontrarás a cada paso, y sobre nada, un alboroto de frases técnicas tomadas de la Química, las Matemáticas y la Teología, un frenesí de uso de comparaciones científicas cien veces más oscuras que la cosa que se supone que ilustran" (Borsa, *Del gusto presente*, cit., p. 41).

[216] Sin comparación, menos numerosas son las metáforas extraídas de otros ámbitos, como cuando Cesarotti recurre a un término teológico al hablar de los "Gramáticos temibles, que en cosas tan celosas no admiten la *paridad de la materia*" (*Saggio*, III, I, p. 74).

[217] Algunos ensayos sobre términos individuales de Vico han sido dados por G. Aliprandi, en *Lingua nostra*, V, VI; sobre el estilo, véase Fubini, *Stile e umanità di Giambattista Vico*, cit. (esp. los dos primeros capítulos).

[218] "Salvini en sus desafortunadas traducciones inventó muchos de ellos (adjetivos compuestos), lo que hizo más por desacreditar su uso que por recomendarlo" (Cesarotti, *Saggio*, III, IX, p. 98 ed. 1785).

[219] Recordemos el *rispondiero*, *-diera* que Alfieri debió oír en Toscana (está en la serie de "Modos franceses y toscanos", p. 49 Jannaco) en correspondencia a "Une femme, servante ou fille qui répond à son père, mari, ou maître".

[220] F. Torti, *Il purismo nemico del gusto*, Perugia 1818, p. 166; Id., *Antipurismo*, Foligno 1829, p. 170.

[221] Hablando de *los coraloides,* Vallisnieri explica cómo el sufijo manifiesta la frecuencia de las formas transitorias en la naturaleza: "Son también un eslabón, por así decirlo, de la conexión de los géneros o especias, y de esa admirable progresión y vínculo que todas las cosas creadas tienen juntas" (*Opere*, III, pp. 395-396). Vallisnieri utiliza la palabra como sustantivo masculino (en el *Museo di fisica* de P. Boccone, 1697, la palabra se utilizaba como adjetivo).

[222] *Chiacchiera...*, p. 77 Vaccaluzzo.

[223] M. Fubini, *Dal Muratori al Baretti: studi sulla critica e sulla cultura del Settecento*, Roma-Bari 1975, p. 84.

[224] En la edición Palese de las *Obras* de Algarotti, XIII, pp. 16-17.

[225] En el Mascheroni *Invitational,* vuelve "la legumbre de Alepo".

[226] Al leer *conciossiacosaché al* principio de *Galateo*, Alfieri tira el libro por la ventana (*Vita*, ep. IV, c. 1). La forma *conciossiacosacché es* incorrecta, y no infrecuente: así escribe Becelli (*Se oggidì...*, p. 86), así Genovesi (sec. Baretti, *Frusta*, I, p. 40).

[227] Casti, en la *Conspiración de Catilina, pone* la palabra en boca de Cicerón y provoca confusión en el Senado cada vez que la pronuncia.

[228] En *Toscanismo*, cit. (Acto I, esc. 9), y en una parodia del estilo arcádico del joven Galiani (D'Ancona y Bacci, *Manuale*, IV, p. 403).

[229] El P. M. Carmeli en una nota "A' leggitori" de sus *Storie di vari costumi*, 3ª ed, Venecia 1778, escribe varios pasajes llenos de refranes groseros: "Dios tenga cuidado de los que se acuestan en el banco de las moradas ociosas, si dicen palabras de su trabajo, es cosa de pasarse, cuando se saca de ello una línea aguda", y luego explica que tenía justa causa para hablar "con estas maneras de hablar, que parecen buscadas con una ramita...".

[230] Hay que advertir que, tanto en las discusiones de los críticos como en la práctica, no es fácil distinguir entre expresiones arcaicas y "florentinismos", ya que con "florentinismos" no se pretende aludir al florentino hablado moderno, sino al florentino registrado por la Crusca. Cuando Goldoni dice (*Il teatro comico*, III, sc. 3): "Este joven tiene brío. Pare un poco girellajo, come dicono i Fiorentini..." probablemente no oyó la palabra él mismo, sino que la leyó en *Malmantile* (o en un diccionario que la citaba de *Malmantile*).

[231] Baretti también aplica esta regla por su cuenta cuando escribe: "nosotros, que teníamos nosco una tacchina, como dicen los florentinos, o un gallinaccio, como decimos nosotros" (*Lettere familiari*, XXXVI).

[232] Calcaterra, *Il nostro imminente Risorgimento,* cit., p. 489.

[233] G. Folena, "Lombardismi tecnici nelle Consulte del Beccaria", en *Lingua nostra,* XIX, 1958, pp. 41-49.

[234] *Poemas*, I, pp. 269, 273 Bellorini. El nombre aparece en una grida de 1739 que enumera los juegos "perjudiciales" (Cantù, *L'abate Parini,* cit., p. 129).

[235] G. Folena, en *Lingua nostra,* XVII, 1956, p. 66.

[236] Bettinelli manifestó intenciones similares (*Opere*, IX, p. 53).

[237] A Verri le encantaba bromear con los dialectos: escribió una *Cronaca di Cola de li Piccirilli* (1763), una parodia de la lengua vernácula de los antiguos cronistas del sur.

[238] Nota a la *Tancia*, IV, esc. 1a.

[239] *Dialogo del Fosso di Lucca e del Serchio*, p. 42.

[240] Véase la ejemplificación y el comentario de Fubini, *Stile e umanità di Giambattista Vico,* cit., pp. 115-120.

[241] Con buen gusto, Carducci comenta estilísticamente algunos de ellos en "Glosario del *Giorno"* (*Opere*, XVII, pp. 261-268).

[242] En algunos casos, el propio Parini se convenció de que había latinizado demasiado: en sus correcciones a *Mattino* propuso eliminar el *versar de' libri amati*, *sobole*, etc.

[243] *El Café*, tomo I, p. 21.

[244] *El Café*, tomo II, p. 5.

[245] D'Alberti, en el prefacio de su *Dizionario universale,* apelando a Bellini y Lami, defiende el derecho de los científicos a acuñar nuevas palabras y el de los lexicógrafos a registrarlas.

[246] En una broma aún más llamativa, la reina Celidora emite *un evrattetur* (*ibid.*, st. 32).

[247] P.G. Goidanich, en *Lingua nostra*, IV, 1942, pp. 56-57.

[248] Rezzonico veía *la sofía como* "la unión de todas las doctrinas y virtudes humanas" (*Ragionamento sulla filosofia del sec. XVIII,* 1778, citado por Natali, *Il Settecento*, p. 261).

[249] Anotaciones a la *Feria de* Buonarroti (II, v, esc. 3), p. 428.

[250] Uno de los primeros ejemplos (como señaló Bergantini) se encuentra en *Gentiluomo istruito* de Dorell, traducido por F.G. Morelli, Padua 1746.

[251] En una nota a una de las *Cartas familiares* (ed. Piccioni, p. 431).

[252] Es posible que en algunos casos el francés recibiera a su vez la palabra (o el nuevo significado de la palabra) del inglés.

[253] No en el sentido de "ofrenda", que ya está en Redi, sino en el de "exposición": "En Londres, en la *Exposición*, vi esta famosa abadía muy bien representada en un cuadro" (Rezzonico, en el diario de su viaje a Inglaterra, 1787-88, en Bonora, *Letterati* etc., p. 1004).

[254] Véase el lugar de Salvini antes citado, e, *ibídem,* p. 439.

[255] como dicen allí (en Inglaterra) *inoculan*" (Baretti, carta del 27 de septiembre de 1760).

[256] J. Gibelin, *Compendio de las Transacciones Filosóficas de la Real Sociedad de Londres*, Venecia 1793-98.

[257] Se cita como "voz alemana" en el anónimo *Paralello* (sic) *della lingua italiana colla franzese*, Vercelli 1769, p. 25.

[258] En el sentido fijado por A.G. Baumgarten en el título de su tratado (*Aesthetica*, 1750).

[259] Encontramos muchos griegos en los títulos de los libros: *Alimurgia*, de G. Targioni Tozzetti; *Bibliopea*, de C. Denina; *Diceosina*, de A. Genovesi; *Gamologia*, de Di Cerfool; *Gerotricamerone*, del P. A. Bandiera; *Nomotesia*, de F.M. Pagano (una palabra que Platón utilizó en la *República*); *Oenologia toscana*, de S. Manetti (Béguillet ya había publicado una Oenologie); Orizonomia, de A. Chinaglia; Ornitogonia, ovvero la brova de' canari, del P. Basilio. Manetti (Béguillet ya había publicado una *Oenologie*); *Orizonomia* de A. Chinaglia; *Ornitogonia*, *ovvero la brova de' canari de Fr*. Basilio della Concezione, etc.; recuérdese también *Musogonia* de Monti (1793).

[260] F. Neri, "Purista", en *Atti Acc. Sc. Torino,* LXXVIII, 1942-43, pp. 52-56 (reimpreso en *Letteratura e leggende*, Turín 1951, pp. 118-122).

[261] Migliorini, *Saggi ling*., p. 147.

[262] Vallisnieri habla de *Capsola en* sentido botánico, y añade: "Sería mejor decir Cassetta, para huir del latinismo, que hará cruzarse de brazos a quienes se deleitan en hablar toscano" (*Opere*, III, p. 383).

[263] Compárense las listas dadas por Brunot (sobre notas de G. Maugain) en *Histoire de la langue* fr., VIII, pp. 132-137 (pero los autores se equivocaron al extraer del "insípido" *Raguet* también voces francesas disfrazadas para reírse: *bel padre* 'suegro', *scatola di bosco* 'de madera', *volare* 'robar' y sim.), y los ejemplos dados por Schiaffini en el capítulo ya citado de *Momenti.*

[264] A continuación se enumeran otras palabras y frases ya utilizadas en italiano, que ahora adquieren nuevos significados por influencia francesa.

[265] La palabra es utilizada por Salvini y Algarotti; Maffei la reprocha en *Raguet*, pero la emplea en su epistolario.

[266] Bettinelli defiende la palabra en las *Letras Inglesas*: "Tampoco en Italia hay una palabra mejor que *cotteria,* que ha sido tomada del francés, y se usa entre nosotros para expresar ciertas compañías de personas cultas reunidas en el café o en cualquier otro lugar" (*Opere*, XII, p. 221).

[267] Así, por ejemplo, en *Relazione alle fashions correnti fatta ad una dama che fa petanza da un cavaliere per sua istruzione* (1703), ed. A. Albertazzi, Bolonia 1889; por otra parte, Goldoni habla de *una mujer deshabituada* (carta del 28 de abril de 1759, en *Opere*, XIV, p. 216 Mondadori), y Baretti advierte que "alla corsa non si va se non *disabbigliato*, come dicono i francesi" (*Lettere familiari*, XI, p. 48 Piccioni).

[268] Migliorini, *Del nombre propio*, p. 188.

[269] No sólo en *Raguet* (V, esc. 6: *cignon*), sino también en C. Gozzi (*Marfisa bizzarra*, VIII, st. 69: *cignone*) y en Bettinelli (bajo la forma *chignone*).

[270] Del fr. *souci* "calendola": "la Ruggine [...] comparisce d'un bel giallo chiaro, quale presto diventa ranciato, o *suci, come* dicesi in oggi, poiché la moda necessita a barattare i buoni nomi antichi Toscani, nei moderni Franzesi" (Targioni Tozzetti, *Alimurgia*, Florencia 1767, I, pp. 289-290).

[271] Oro de doce quilates (llamado por los antiguos *electrum*, y que quizá sea nuestro *tombaca*)": Galiani, *Della moneta*, II, VI, p. 140 Nicolini; definición diferente en otras fuentes (cf. *DEI*, s.v. *tombacco*).

[272] A.M. Finoli, en *Lingua nostra,* VIII, 1947, pp. 108-112; IX, 1948, pp. 67-71.

[273] Vasari ya había hablado de *bellissime arti* y Baldinucci *de arti belle s'adopra il disegno*, pero el nombre de *beaux arts* cristalizó en Francia a finales del siglo XVII, y en Italia la expresión volvió de Francia, como se desprende del hecho de que se hable de beaux *arts* y no de *arti belle*. Cf. L. Venturi, en *La Cultura*, VIII, 1929, pp. 385-388.

[274] Procedente de dialectos franco-provenzales: cf. Migliorini, *Dal nome proprio*, pp. 326-327.

[275] Se recoge en *Ortografía italiana moderna*, Venecia 1796, p. 99.

[276] Cf. lo que Metastasio dice al respecto en dos cartas a Algarotti (Algarotti, *Opere*, XIII, pp. 17 y 22).

[277] Véase, para el francés, F. Brunot, *Histoire de la langue française des origines à 1900*, París 1947, VI, p. 109.

[278] E.W. Bulatkin, en *Publ. Mod. Lang. Ass. Am.,* LXXII, 1957, pp. 823-853.

[279] Cf. una carta de Manfredi (8 de enero de 1738) sobre *el newtonianismo*: "tiene el genio de esa lengua [francesa] en las maneras de unir las cosas y darles lo que llaman *giros*".

[280] Sin embargo, consideraba lícito emplear aquellos francesismos que contaban con documentación antigua, aunque modernamente estuvieran en desuso: por ejemplo, *allumare*, *altra volta*, *amar meglio*, *avvantaggio*, *prender guardia*, *aver ricorso*, *tutto giorno*, etc.: cf. M.V. Setti, en *Lingua nostra,* XIV, 1953, pp. 8-13.

[281] Véanse las formas en el *Voc. etim. toelette* de Prati. Las formas con *ua* mencionadas por Prati (*tualette*, *tualetta*) son del siglo XIX (*oi* en el siglo XVIII todavía sonaba *ue*).

[282] D'Alberti, en el *Dizionario universale*, juzga *Dettaglio* "Pretto franzesismo, che l'uso, sovrano signore della lingua, ha cominciato a stabilire, ed anche ad introdurre negli scritti di persone colte". Anteriormente, en el diccionario franco-italiano (cito la edición de Bassano, 1777) el mismo autor había traducido *détail* 'un minuto, un ritaglio, particularmente'; en el diccionario italiano-francés no registró *dettaglio.*

[283] Para los primeros ejemplos italianos, véase F. Rodolico, en *Lingua nostra*, XVI, 1955, pp. 117-118.

[284] Y, a distancia, italiano; cf. *acción* en el glosario de *Nuovi testi fiorentini* de Castellani.

[285] Los daneses y otros pueblos septentrionales cazan un pez muy grande, al que llaman *Narwal*": [Pluche], *Espectáculo de la naturaleza,* 2ª ed., II, 1745, p. 121. Prati, *Voc. etim*., cita un ejemplo del vocabulario siciliano de Del Bono.

[286] *Raccolta di poesie satiriche scritti nel sec. XVIII*, Milán 1827, p. 251.

[287] Graf, *L'anglomania,* cit., pp. 119, 120, 135. Chiabrera ya había escrito *milorte* (*Serm*., V), y Zaccaria, *Raccolta*, p. 317, recoge un ejemplo de *milord* de 1643.

[288] Bien por su denominación inglesa ("un libricciolo [...] del genere di quelli che gli inglesi chiamano *pamphlets*": Algarotti, *Opere*, V, p. 413), bien en forma italianizada: *panfletti* ("innumerabili *panfletti*, e magazzini, e fogli a imitazione dello *Spettatore*": Baretti, *Frusta*, n. IX: I, p. 245 Picc.) o *panfleti* (que son "hojas diarias en Londres que no perdonan a nadie": Bettinelli, *Opere*, XIV, p. 190).

[289] *Magazzino toscano*, Livorno 1754; Magazzino *italiano,* Venezia 1767; *Magazzino enciclopedico Salernitano*, 1798 etc. Algunos títulos de publicaciones periódicas se basan en el esquema de *Spectator*: *L'Osservatore, etc*.

[290] Ahora en forma inglesa (Baretti), ahora adaptado a *pudino* o *puddingo* (Algarotti); más tarde más bien *pudino* o *bodino*, por cruce con fr. *boudin*.

[291] "preclaro / Dottor di *tosti* e thè, di ponchi e birre" (I. Pindemonte, *I viaggi*, poco después de 1796); cf. *tostare* (las mujeres "las *tostamos*, es verdad, pero también las acompañamos a las frutas": Bettinelli, *Lettere inglesi,* cit., I: *Opere*, XII, p. 150).

[292] Bajo las formas *ponc* (Goldoni), *puncio* (Baretti), *ponchio* (Pindemonte) y otras (cf. Prati, *Voc. etim*., s.v. *ponce*).

[293] Baretti utiliza muchos de ellos para dar color local a sus cartas (*goliglia*, *posadera*, *quinta*, etc.); Muratori (*Il Cristianesimo felice nelle missioni... del Paraguay*, Venecia, 1743-49) tiene varios términos relativos a la vida en las misiones de Sudamérica, como *cascabel* 'sonaglio', *poncio*, *rancheria*, *riduzione*, etc.

[294] Pero a su vez el ted. *Kaffeehaus* se remonta al *café inglés*.

[295] "riñones llenos de pequeños *scorilli"*: G. Santi, *Viaggio secondo*, Pisa 1798, p. 13; "cristallizzazioni di *scorlo* verdastro": A. Bertola de' Giorgi, *Viaggio sul Reno,* editado por A. Baldini, Florencia 1942, p. 249.

[296] F. Rodolico, en *Lingua nostra*, VII, p. 65.

[297] *villeggiatura* (*villégiature*, 1761) entra también en francés, eco de la "mania per la villeggiatura" que hacía estragos en Italia.

[298] B. Gerola, en *Festskrift A*. *Boëthius*, Gotemburgo 1949, pp. 31-47.

[299] Folena, en *Lettere ital.,* X, 1958, p. 48.

[300] Véase, por ejemplo, para el francés, Brunot, *Histoire de la langue française,* cit., VI, II, pp. 1236-1238.

[301] Por ejemplo, *el marrasquino* (mencionado por el Presidente de Brosses) o *los grisines* (que Rousseau menciona en las *Confesiones* y en *Émile bajo la* forma de *grisses*).

XI

PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX
De la invasión francesa a la proclamación del Reino de Italia (1796-1861)

1. Límites

Poco antes del cambio de siglo, el año 1796 marcó el inicio de un nuevo periodo histórico con la invasión francesa. Con la unión del Norte con el Sur y la proclamación del Reino de Italia (1861), la unidad política estaba prácticamente lograda, aunque Venecia y Roma y Trento y Trieste seguían faltando en el concierto de ciudades políticamente italianas. Por su importancia, la fecha de 1861 puede servir de límite a esta discusión. Como fechas intermedias, cabe destacar especialmente la que marca el nuevo predominio de las fuerzas reaccionarias, 1815, y el gran estallido de 1848.

2. Acontecimientos políticos

Tras los grandes y repentinos cambios provocados por la invasión francesa de 1796, y después de las luchas y los pasos alternos de tropas extranjeras en muchas partes de la península, se produjo una consolidación del poder francés en toda la Italia peninsular: junto a los territorios sometidos directamente a Francia, que incluían Piamonte, Génova, Parma, Toscana y Roma, estaban los otros dos estados vasallos, el Reino Itálico y el Reino Muratán de Nápoles. A pesar de esta dependencia, y del tributo de dinero y sangre que la dominación francesa costó a Italia, los italianos empezaron a disfrutar de los beneficios de la igualdad civil y a creer posible el advenimiento de una Italia libre e independiente. La caída de Napoleón trajo consigo el sometimiento a la dominación austriaca y el restablecimiento de casi todos los antiguos estados. Liguria se anexiona al Piamonte y el Véneto se somete a Austria. Valtellina permanece unida a Lombardía. El Cantón del Tesino deja de ser vasallo de los cantones alemanes más allá del San Gotardo y se convierte en cantón soberano de la Confederación Helvética.

Los levantamientos de 1821 y 1831 muestran la progresiva maduración de la idea nacional, especialmente a través de la labor de las sociedades secretas. Muchos exiliados vivieron como refugiados en Toscana, donde el gobierno era más tolerante que en otros lugares.

En 1848-49 se encendieron grandes esperanzas, y durante unos meses Milán, Venecia, Florencia, Roma y Palermo vivieron en libertad y creyeron que la palingenesia italiana era inminente. Los parlamentos funcionaron, se formaron partidos políticos. Lamentablemente, cayeron bajo las fuerzas reaccionarias: pero para entonces el Piamonte se había convertido en el centro de acción por la independencia, y en el asilo de los exiliados. Y en el 59 la campaña franco-piamontesa contra Austria condujo a la unión de Piamonte y Lombardía, seguida pronto por los plebiscitos de Toscana y Emilia. La empresa relámpago de Garibaldi (1860) unió Sicilia y Nápoles al reino de Víctor Manuel II. Tras liberar también las Marcas y Umbría, la nación estaba ahora casi toda unida en un solo Estado: se proclamó el Reino de Italia (17 de marzo de 1861), y pocos días después Roma fue aclamada como su próxima capital.

Sin embargo, se pierde Niza, que, a pesar de tener un dialecto de tipo provenzal, había utilizado el italiano como lengua cultural hasta su anexión a Francia (1860).

Malta, ocupada por los británicos en 1800, permaneció en su poder; en las islas Jónicas, Dalmacia e Istria, el dominio veneciano cesó con la caída de la república.

3. Vida social y cultural

No existía un "trueno social" común en la Italia aún dividida;[1] pero se dieron grandes pasos para conseguirlo en los años del Reino de Italia, y luego en los años decisivos para la

unidad nacional. Pensemos en los acontecimientos de los años comprendidos entre 1796 y 1815, que arrastraron como un torbellino a miles de hombres que, de no haber sido así, probablemente habrían permanecido en sus lugares de origen; pensemos en los numerosos exiliados que entablaron relaciones entre sí en las ciudades donde vivían, en Florencia, en Turín, en París, en Londres, en otros lugares.

Los contactos entre clase y clase en sentido "vertical" son también muy importantes, aunque el "popolo" minuto a minuto sigue contando muy poco: el Risorgimento, como es bien sabido, fue esencialmente obra de la burguesía, que cobra gran impulso en los años del Reino itálico, principalmente en Lombardía, pero también en los ducados y legaciones. Roma, en cambio, es estática; en el Reino de Nápoles se dejan sentir las consecuencias de la reacción de 1799, que aplastó a sus mejores representantes.

Se dio más importancia que en épocas anteriores a la administración de toda la vida civil, que en esta época adquirió en el Reino Itálico muchos rasgos modernos.

En los primeros años del siglo se introdujo el sistema métrico decimal según el modelo francés, que perduró (mientras que el calendario republicano desapareció pronto).

El Código Civil, redactado (por orden de Napoleón) sobre firmes bases romanistas, fue promulgado en el Reino de Italia en 1806 en un texto bilingüe, italiano y francés;[2] textos similares se promulgan en toda Europa bajo la hegemonía francesa. Su influencia persistirá incluso después de la caída de Napoleón.

Crece la importancia de la prensa periódica. Austria protege la *Biblioteca Italiana* y supervisa *al Conciliatore* con una estricta censura.[3]

La Antologia de Vieusseux tuvo muchas bendiciones para la cultura italiana. Tampoco lo fueron las del *Politécnico*, iniciado por Cattaneo en 1839, y luego las del *Crepuscolo* de Tenca. La prensa diaria ejerció su influencia sobre todo bajo el régimen de libertad de 1848-49: en Toscana, los diarios "da una crazia", al divulgar opiniones políticas, se atenían a una prosa menos cortesana que la utilizada en los tiempos del "codine".

Tenemos los primeros inicios de la publicidad, primero referida a especialidades medicinales.

La vida teatral es muy ferviente: y Rosini señala con razón cómo el teatro en prosa podría ser "el primer paso para hacer que la lengua sea común en boca de la gente culta de Italia".[4] Los nombres y las alusiones se extraen fácilmente de los melodramas más populares.

La educación sólo afectaba a las clases altas y rara vez llegaba al pueblo. La enseñanza elemental se hace obligatoria para todos hasta los nueve años (pero aún sin sanciones) mediante la ley Casati (13 de noviembre de 1859). En las escuelas secundarias, la enseñanza del italiano se pospone o se subordina a menudo a la del latín, a pesar de la advertencia de Melchiorre Gioia de no "invertir el orden natural de los conocimientos, como se hace enseñando el latín antes que el italiano".[5] En las universidades se sigue enseñando predominantemente en latín: León XII reafirmó su uso para la Universidad de Roma; en las universidades del Estado de Cerdeña no se abolió el uso de la enseñanza latina hasta 1852.

Pocas academias eran realmente activas: la Accademia delle Scienze de Turín y el Istituto Italiano, con sede en Milán bajo el Reino de Italia (más tarde, bajo Austria, dividido en el Istituto Lombardo y el Istituto Veneto). En 1808, la Accademia Fiorentina se dividió en tres clases (del Cimento, della Crusca, del Disegno): reapareció el nombre de la Crusca y su plena autonomía fue restaurada en 1811 por Napoleón. Se presta mucha atención a los premios literarios que distribuye, mientras que su actividad lexicográfica es más bien floja (véase § 9).

Las ciencias, tanto puras como aplicadas, progresan considerablemente. Y los Congresos de Científicos (empezando por el de Pisa, 1839) son importantes por los contactos que generan y el fermento unitario que los impregna.

Los nuevos inventos llegaron a afectar a la vida civil. Las aplicaciones del vapor dieron lugar a nuevas industrias, sobre todo en el norte de Italia, y modificaron profundamente el tráfico terrestre (primeros ferrocarriles, 1839) y marítimo (barcos de vapor). Al telégrafo óptico siguió el telégrafo eléctrico. Las ciudades se iluminan con gas (Milán, 1845). Aparecen las cerillas fosforadas (1832) y se introduce la fabricación de puros.

La taquigrafía se populariza en Italia; se experimenta con el clavicordio de escritura (Giuseppe Ravizza, 1855), precursor de la máquina de escribir. La litografía tiene mucho éxito; aparece la fotografía.

En las bellas artes, el gusto neoclásico predominó en la época napoleónica y se mantuvo durante mucho tiempo, junto a las manifestaciones románticas (en arquitectura, por ejemplo, el neogótico).

Huelga decir que tales indicios sumarios no pueden dar una idea del progreso de las ideas y las cosas en su complejidad: hemos citado algunos ejemplos sólo para recordar que quien quiera estudiar la aparición de nuevas palabras y nuevos significados durante esta época tendrá que remitirse a premisas de este tipo (cf. § 16 y ss.).

4. Principales tendencias del cambio lingüístico

La Ilustración y el afrancesamiento habían afectado fuertemente al lenguaje cotidiano, que a finales del siglo XVIII estaba más afrancesado que nunca. La invasión francesa trajo consigo nuevos afrancesamientos, neologismos administrativos y una oleada de retórica.

Pero al igual que el sometimiento pronto da lugar a un nuevo espíritu de independencia en la política, el descuido general del estilo y la difusión de voces afrancesadas y burocráticas llevan a los literatos a reaccionar. Botta protestó, en la Academia de Turín, con un soneto alfieriano (1803); Monti protestó, en la *Prolusione agli studj dell'Università di Pavia per l'anno 1804*:

Estaría tentado de despotricar un poco contra el bárbaro dialecto miserablemente introducido en las administraciones públicas, donde miserables plumas propagan y consagran todo el día la ignominia de nuestro idioma. Pero tú, quienquiera que seas que pretendas buscar empleo político, si tienes voz de merecerlo, trabaja, mientras tengas tiempo, en el estudio de la elocuencia; cuídate de que por demorarte demasiado no refuerces el infeliz hábito de escribir y hablar con saña.

Frente a las necesidades puramente prácticas, los literatos reafirman, de acuerdo con la tradición italiana que tanta importancia concede al culto de la forma, la importancia de una escritura bella.[6] Hay una tendencia a reintroducir el principio de imitación, remontándose a las glorias del pasado: los clasicistas se atienen sobre todo a los siglos XIV y XVI, mientras que su cohorte más rigurosa, los llamados puristas, insiste sobre todo en el siglo XIV.

En 1816 comienza la polémica sobre el Romanticismo: los románticos repudian el principio de imitación, proclaman muerta la vieja mitología y desean una literatura y una lengua que expresen las ideas de una Italia joven y fresca, al unísono con el resto de Europa. De ahí la necesidad de un estrecho contacto entre la lengua escrita y la hablada, para adherirse mejor a la realidad de las cosas.

Una cuestión que pasó a primer plano en este periodo (especialmente a través de la obra de los románticos) fue la de la unidad de la lengua como instrumento social de una nación espiritualmente unida.

Manzoni vaga an Italia

de armas, de lengua, de altar,
de recuerdos, sangre y corazón,

Poerio lo defiende

floreciente - poderoso
de una lengua.

Pero las vías para acercarse a este ideal eran aún más difíciles para los románticos que para los clasicistas y puristas. Para estos últimos, que volvían los ojos al pasado, se trataba de elegir entre varios modelos más o menos ilustres; pero los románticos, que apuntaban a la lengua hablada, ¿a qué modelo atenerse?

Algunas de las necesidades expresivas podían satisfacerse bien mediante dialectos individuales (y de hecho Porta dio un brillante ejemplo de ello, y defendió la legitimidad del dialecto frente a Giordani); pero evidentemente había que tomar otro camino para una literatura y una lengua nacionales. ¿Recurrir al toscano hablado? Este fue el camino que Manzoni emprendió cada vez con más decisión, encontrando muchos adeptos, pero también objeciones y reticencias.[7]

Mientras que el número de los que aspiraban a la unidad territorial (entre las distintas regiones de Italia) crecía rápidamente hasta convertirse en una avalancha, todavía eran muy pocos los que pensaban en una posible unidad social, uniendo las capas más altas con las más bajas: el "pueblo" del que hablaban rara vez iba más abajo del "tercer estado".[8] Además, ¿cómo podía ser de otro modo si, al final del periodo que nos ocupa, cuatro quintas partes de los italianos seguían siendo analfabetos?

Se podría hacer una lista interminable de quejas de escritores contra la escritura chapucera de periodistas, burócratas, científicos, bárbara en vocabulario, cuando no también en gramática, y despreocupada del estilo:[9] reproches muy fundados, aunque a menudo desproporcionados, porque no se puede esperar que un periodista o una secretaria escriban como un escritor de arte.

Sin embargo, ni la enseñanza de los clasicistas y puristas ni la de Manzoni quedaron sin efecto en la prosa cotidiana. Los puristas sirvieron sobre todo como antídoto contra la ramplonería y el afrancesamiento, mientras que el ejemplo de Manzoni fue de gran ayuda "para erradicar de las letras italianas, o del cerebro de Italia, el antiguo cáncer de la retórica" (G.I. Ascoli, en *Arch. glottol. ital.*, I, p. XXVII).

Pero todavía en torno a los años sesenta, es posible distinguir no sólo en los escritores que pueden sostener una pluma en sus manos, sino también en la prosa habitual, una vertiente más bien clásica y otra más bien simple y expeditiva.[10] Será tarea de las décadas siguientes, sobre todo en los intercambios más densos debidos a la unidad nacional, reducir la diferencia entre estas dos vertientes en la prosa actual.

Muchos científicos no eran indiferentes a estos problemas; pero les preocupaba más la tumultuosa multiplicación de las terminologías científicas, que, según Breislak, amenazaba con "una gran confusión en las ideas de una ciencia que nunca podrá progresar con certeza y rapidez mientras no se establezca su lenguaje".[11]

5. La lengua hablada

Aunque los intercambios entre regiones son mucho más intensos que en siglos anteriores, el italiano sigue siendo esencialmente una lengua escrita y, fuera de Italia central, muy poco hablada. Escuchemos a Foscolo: "La gente culta de los demás países de Europa aprovecha la lengua nacional y deja los dialectos a la plebe. Ahora bien, en Italia esto sólo es privilegio de quienes, viajando por las provincias circundantes, hacen uso de una lengua tan común que puede entenderse, y que podría llamarse *mercantil* e *itinerante*. En cambio, quien, viviendo en su propio país, apenas se aparta del dialecto del municipio, corre el doble riesgo de no dejarse entender en absoluto por la gente, y de que en el bello mundo se rían de él por su afectación a la literatura.[12]

Manzoni describe[13] lo que, en las primeras décadas del siglo, se llamaba en Milán *parlar finito*: "significaba utilizar todas las palabras italianas que se conocían, o las que se creían italianas, y suplir el resto como se pudiera, y en su mayor parte, por supuesto, con palabras milanesas, tratando, sin embargo, de evitar aquellas que incluso a los milaneses les hubieran parecido demasiado milanesas, y les hubieran hecho reír; y dando a todo junto la terminología de la lengua italiana.

Para hacerse entender por la gente, en el norte y el sur de Italia, no había más remedio que hablar en dialecto (o en un italiano impregnado de dialecto): y así ocurría a menudo en la predicación y la catequesis.[14]

Muy pocos sentían la necesidad de remediar esta situación. Algunos, sin embargo, admiraban el florentino o los dialectos de la campiña vecina e intentaban amoldarse a ellos. Foscolo dice, hablando de sí mismo bajo la figura de Didimo Chierico, que "uno volvía a habitar en el campo, entre Florencia y Pistoia, para aprender un idioma mejor que el que se enseñaba en la ciudad y en las escuelas".[15] El conde piamontés Carlo Vidua aconsejó a un amigo, en 1815, que fuera al Mercato Vecchio a escuchar a los "pizzicagnoli" y a los campesinos.[16] Y en algunas familias piamontesas era tradición enviar a sus hijos a Siena para estudiar en el Collegio Tolomei.[17] En su carta a Giordani del 30 de abril de 1817, Leopardi, además de los ejercicios y las lecturas, proponía "quizá también (lo que me parece muy necesario) algunos años de residencia en un lugar donde se hable la buena lengua, algunos años de residencia en Florencia". Pero Giordani, en su carta del 16 de mayo de 1817, contestó en una recisa posdata: "No hay país en toda Italia donde se escriba peor que en Toscana y Florencia; porque no hay país donde se estudie menos la lengua, y se estudie a los maestros escritores de ella (sin lo cual nunca se puede escribir bien en ninguno): y además de esto, no hay país que hable menos italiano que Florencia. No tienen nada de bien hablado, excepto el acento:[18] las palabras, las frases son allí mucho más bárbaras que en otras partes". Y Leopardi accedió "a su sentencia" alabando la pronunciación de Recanati (carta del 30 de mayo de 1817).

No es necesario insistir en la importancia que Florencia tuvo en la concepción de Manzoni, y en el valor de mito que contribuyó a darle. Su ideal es la lengua hablada por los florentinos cultos; otros insisten más bien en la franqueza del habla popular y campesina. Pero quedaba mucho y mucho por hacer para que el italiano se convirtiera realmente en una lengua hablada de una u otra forma.[19] Cuando los diputados del Parlamento de Turín se esforzaban por hablar italiano, hablaban una lengua muerta, en la que no tenían costumbre de conversar.[20]

Y el anecdotario nos habla repetidamente de frases dialectales de hombres ilustres: de Prina, que aconsejado a esconderse durante los disturbios milaneses del 20 de abril de 1814, respondió: *I saria nen piemonteis*; de Cavour, que en un momento de cólera, la víspera de la elección de Rattazzi como presidente de la Cámara, exclamó: *¡A l'è na ciula*, *a l'è na ciula!*; de Vittorio Emanuele II, Leopoldo II, Fernando II.

6. El lenguaje de la prosa

Por encima de la prosa cotidiana, como la de un periódico, un informe administrativo o una carta confidencial, se eleva la prosa con intenciones artísticas. Entre la prosa de un "actuario" de la corte y la de un Giordani hay infinitas gradaciones, que dependen no sólo de la habilidad del individuo, sino también del mayor o menor deseo de escribir bien, con elegancia.

Clasicismo decimonónico[21] aspira a una lengua muy digna, que se aleja de la "bajeza del lenguaje moderno" (Giordani), de "ese italiano servil y macarrónico que la mayoría de los italianos de hoy hablan o escriben cada día" (Botta), para reencontrarse en cambio con la lengua de los autores más nobles de los siglos XIV y XVI; Daniello Bartoli se cuenta entre los modelos más ilustres, mientras que el siglo XVIII se considera una desgracia. Para el léxico, los clasicistas se atienen, en la medida en que pueden y saben, a las palabras pertenecientes a la tradición noble: por lo tanto, nada de forestierismos de los últimos siglos, nada de neologismos, allí donde no son estrictamente necesarios. Leopardi insiste en el encanto de las palabras "vagas" (mientras que deben evitarse los "términos" científicos y técnicos demasiado precisos). También se permite recurrir moderadamente al léxico poético.

Se dedica un estudio especial al arte de la época, que debe construirse con miembros de anchura medida, cuidadosamente conectados para lograr una agradable armonía.

Naturalmente, estas aspiraciones generales se manifiestan de las formas más variadas en los distintos escritores. Botta, al inspirarse no sólo en escritores de tono más elevado (sobre todo Guicciardini), sino también en el divulgador Davanzati, en los novelistas y en los cómicos, utiliza no pocas veces un léxico forzado y compuesto;[22] y el esfuerzo se percibe también en las numerosas inversiones.

Leopardi también recurre a veces al vocabulario familiar y dialectal, pero con resultados muy diferentes.

Los "géneros" en los que la prosa clasicista hace sus mayores intentos son la historia, las oraciones y las disertaciones generales. Un nuevo campo es la epigrafía;[23] en el que Giordani y Muzzi dieron lo mejor de sí.

Aún más "librescos" y partidarios del principio de imitación que los clasicistas son los puristas, que, si por algo se caracterizan, pueden considerarse una variedad más estricta de los clasicistas, casi su "extrema derecha",[24] en otro aspecto divergen de ellos, ya que aprecian mucho más la sencillez dorada del siglo XIV que la redondez del siglo XVI.[25] Los dos principales representantes del purismo, el padre veronés Antonio Cesari (1760-1828) y el marqués napolitano Basilio Puoti (1782-1847), reunieron a su alrededor a numerosos seguidores. Más que por su labor como escritores, pobre y árida (se piensa sobre todo en aquellas *Novelle* en las que el padre Cesari intentaba tratar las cosas modernas al estilo del siglo XIV), hay que recordar su actividad como lexicógrafos, gramáticos y profesores, a la que tendremos ocasión de volver más adelante.

Como ejemplo de la imitación que Cesari hacía de los modales del siglo XIV, he aquí un pasaje de una carta a Pederzani en 1813: "En verdad dicen [de este diálogo] *tanto bien*, que no sólo superó *mis expectativas en pedazos*, sino *incluso más de lo que* mi propio amor hubiera podido desear.[26] En la carta de 1827 en la que rompía relaciones con su infiel discípulo Villardi, comenzaba: "Queridísimo *hermano*" y concluía: "*A Dios*, *Sozio*".[27]

Ciertamente, es mérito de los puristas que el estudio cuidadoso y directo de los textos (y la publicación de muchos de ellos) haya vuelto a ser honrado, aunque limitado a su canon

del siglo XIV (algunos puristas del siglo XVI y Daniello Bartoli fueron apreciados por ser ellos mismos admiradores del siglo XIV).

Sus llamamientos a un cambio radical de lengua suscitaban asombro, y a veces casi escándalo: recuérdese el diálogo entre el jovencísimo De Sanctis y Costabile, ya alumno de Puoti, que le invitaba a asistir al "estudio" del marqués: "¿Y crees que todavía tengo que aprender italiano? - "Claro, que italiano hay otra cosa" (*La Giovinezza*, p. 57 Russo). Y muchos rechazaron el yugo que pretendían imponer los puristas: ya en 1816, Berchet los consideraba "un ejército de escrutadores de palabras, infinito, inevitable, siempre alerta y siempre pródigo en anatemas";[28] y de nuevo en 1854, Mamiani observó: "Leyendo, por ejemplo, a Puoti, hay tantas voces bárbaras usadas hoy en día, que en verdad no sabría cómo abrir la boca sin escupir una mariposa, y el pobre escritor italiano se ve reducido por él a la condición de alguien que baila sobre huevos".[29]

Las pretensiones de algunos puristas iban a veces más allá de sus premisas, de por sí hostiles: tanto es así que uno que se contaba entre sus filas, Luigi Fornaciari, creía tener que pronunciar dos discursos "Del soverchio rigore dei grammatici".[30]

Pero, en conjunto, la labor de los clasicistas y puristas tuvo una indudable influencia en el italiano, en primer lugar como antídoto, que sirvió para hacer desaparecer ciertos barbarismos y para que otros quedaran confinados al uso no literario; en segundo lugar, para mantener y fomentar el uso de palabras subidas de tono y volver a poner en circulación voces y locuciones desconocidas o mal conocidas (véase § 18).

Los románticos se inspiran en principios muy diferentes. Hay que ser natural, espontáneo, mantenerse al unísono con los contemporáneos en lugar de ir en busca de cómo escribían los antiguos. Recordemos que los románticos libraron sus primeras batallas en el *Conciliatore*, una publicación periódica que no pretendía ser únicamente literaria, sino que perseguía abiertamente fines sociales. Hay que expresarse no con términos generales y abstractos, sino con realismo, captando las cosas en sus características concretas, y llamando sin escrúpulos por su nombre a los animales, a las plantas, a las cosas.[31] Hay que evitar "ese estilo fraseado y convencional, que se está introduciendo ahora en la prosa, como hace tiempo que se ha establecido en la poesía": nada, pues, de darse *a un estudio*, *dejar el puñal de Melpómene* y *socavar el coturno*.[32] ¿Por qué tantos recuerdos clásicos, tanta mitología vacía? Si es cierto que hay que servir ante todo a las necesidades de la sociedad italiana contemporánea, no es menos cierto que no hay que alejar a la nación de lo que se hace y se piensa en el resto del mundo: de ahí que sea necesario conocer las otras grandes lenguas y literaturas europeas.

Uno de los "géneros" en los que mejor se manifiesta el romanticismo es la novela histórica, sugerida por el ejemplo de Walter Scott e idónea para satisfacer la tendencia hacia lo característico, pero sin perder cierto distanciamiento de lo cotidiano, por la lejanía de tiempo y lugar.

Los temas de la prosa, al igual que los de la poesía, se renovaron ampliamente: trovadores y juglares, castillos y monasterios; hadas, brujas, genios, duendes, sílfides, espectros, larvas; puñales y venenos; verdugos y horcas; danzas macabras, cadáveres, esqueletos, calaveras; barrancos, avalanchas, gamuzas; brisas y rocíos; tempestades y huracanes se pusieron de moda con la moda de la Edad Media...: así aparecen en parte voces nuevas, o nuevas al menos para el lenguaje literario.

Pero el problema de la renovación lingüística implica novedades mucho más profundas que la aceptación o la difusión de algunas palabras nuevas: toda la lengua literaria tradicional, demasiado exclusivamente libresca y demasiado poco popular, está en entredicho.

Por supuesto, las cosas no cambian de un año para otro: todavía encontramos palabras como *pria* en el *Conciliatore*, *aere* en una carta de Pellico, appo *Lei* en una carta de Manzoni: pero la necesidad ya está establecida, y tarde o temprano *pria*, *aere*, *appo* tendrán que desaparecer de la prosa (y luego también del verso).

La tendencia general de los románticos es revivir la lengua escrita vinculándola a la lengua hablada.[33] Pero como no existía una lengua hablada de difusión general, esto significaba para los toscanos recurrir a su propia habla (con palabras y construcciones comunes toscanas, o florentinas, o lucchesas, o de Livorno, o de cualquier otra ciudad); y había quien la utilizaba y quien abusaba de ella: a Giusti, por ejemplo, que tanto gustaba a los manzonianos, se le reprochaba haber abusado de los modales toscanos, dando lugar a una "retórica en mangas de camisa". Por otra parte, los no toscanos tenían dos caminos: o

recurrir al italiano regional (piénsese, por citar sólo un ejemplo, en Nievo) o referirse también al toscano.

Mientras la mayoría procedía por ensayo y error y de vez en cuando se adhería con mayor o menor coherencia a una u otra solución, Manzoni, con creciente claridad en la teoría y con cada vez mayor resolución en la práctica, se decidió por la florentina, apuntando a ella con el razonamiento y el ejemplo. Esa norma, es decir, ese gusto colectivo que Manzoni quería establecer, no existía todavía, y la elección se dejaba aún al gusto de los individuos. Así surgió en muchos no toscanos la moda de inspirarse en el toscano hablado; a veces con exageraciones y errores. Cattaneo, en un artículo del *Politécnico*,[34] en un artículo en el Politécnico, se enfadó con los que "vagan por la Toscana para hacer ladrar a los perros de las alquerías, para recoger nuevos átomos con los que hacer lengua", y reprochó a Tommaseo el uso de palabras como *daddoli*, *damo*, *coso*, *sgargiante*, *giucco*, *tarpano* en *Fede e Bellezza*.

Incluso los florentinos se mostraban en general bastante escépticos ante estos esfuerzos: en 1835, Capponi se expresaba así en su conferencia en la Crusca sobre la Historia de la lengua italiana: "donde antes la sorna lombarda respondía a las eleganze de Mercatovecchio, hoy es tan grande el amor a esas mismas eleganze, que viéndolas o mal elegidas o mal empleadas, nos vemos obligados a disminuir el celo que hace que los no toscanos vuelvan a nosotros".[35] Y de varias formas, parafraseó el conocido dicho de Teofrasto:

el estilo

demasiado toscano no acusa Toscano;[36]

de demasiado

Toscano veo que no eres Tosco.[37]

La lucha entre las instancias clasicistas y puristas y las instancias románticas se prolongó durante mucho tiempo, y toda la prosa, incluso la más humilde y sin pretensiones, acabó sintiendo los efectos de una u otra de estas corrientes.

7. El lenguaje de la poesía

Una tradición de casi cinco siglos dio a la lengua del lirismo y la épica una solidez excepcional; y los clasicistas siguen sirviéndose de ella, a veces con gran maestría, conservando sus características esenciales. La gramática conserva algunas formas tradicionales (*nui*, *saria*, *fora*); el léxico es rico en palabras arcaicas o latinizantes (*alma*, *destriero*, *fiata*, *ostello*; *calle*, *delubro*, *ulto* "vengado"; *luna* "mes", *sole* "año", *polo* "cielo", etc.), y los poetas reivindican el derecho a inspirarse libremente en el latín (cf. § 19). Los nombres geográficos modernos, demasiado realistas, se sustituyen por otros antiguos: así, por ejemplo, "Vidi il *tartaro* ferro e *l'alemanno* / strugger la speme dell'*ausonie* spiche" (Monti, *Mascheroniana*, I).

La perífrasis sirve a un propósito similar, el de evitar palabras demasiado realistas, precisas, modernas: las ranas son "los estridentes habitantes del estanque" (Monti, *Mascheroniana*, IV); los cañonazos y fusilazos son "el tronar de cables / metales fulminantes" (Monti, *Bardo della Selva Nera*, IV), "el bramido de los tormentos ígneos" (G. C. Ceroni, La presa Tarragona), "un tronar de cañas de hierro" (Leopardi, Il passero solitario).C. Ceroni, La presa *di Tarragona*), "un tonar di ferree canne" (Leopardi, Il *passero solitario*); la mitraglia es el "folgorato / intorno a te col tuono / nembo di ferro" (Scalvini, *La plebe*); el claustro es para Mamiani "femineo cenobio", "penitente gineceo", "romito albergo", "devoto ostello" etc. (G. C. Ceroni, La presa *di Tarragona*). A menudo aparecen relatos mitológicos (en lugar de "morir", *descender al Erebo*, *irrumpir en el Tártaro*). Abundan algunas construcciones desconocidas para la lengua común (por ejemplo, el acusativo griego); el orden de las palabras es muy libre.

Sin embargo, es muy rara la aceptación de términos especiales, salvo en los "géneros" considerados menos nobles (por ejemplo, cuando Arici, en *Origine delle fonti*, IV, habla de *"pecci* atri" o "*baccare* solinga").[38] También se excluyen, por regla general, las palabras demasiado familiares: Leopardi se justifica en una "anotación filológica" por haber utilizado *evviva*, *evviva* en la canción *All'Italia*; y fue ciertamente audaz, a los ojos de los clasicistas contemporáneos, cuando describió a Aspasia lanzando besos en los labios curvados de sus *hijos* (en otra parte, en la canción *All'Italia*, había utilizado *parvoli*).[39]

Las escuelas inculcaban principios clasicistas a los jóvenes: escuche cómo describe Cantù las enseñanzas de su profesor de retórica:

La poesía, me dijo, es la favella de los dioses, y cuanto mejor es, tanto más se purga del habla del vulgo profano. Y en primer lugar, en cuanto a las palabras, no dirás *abrucia*, *affligge*, *cava*, *inaudible*, *spada*, *patria*, la *morte*, *la poesia*; sino *adugge*, *ange*, *elice*, *estolle*, *lice*, *brando*, *terra natia*, *fato*, *musa*; y así *merto*, *chieggio*, *oceàno*, *imago*, *virtude*, *andaro*, *destriero*. De ideas bajas, que recuerdan cosas demasiado cercanas a nosotros que aborreces, hijo mío. Sustituyes los nombres propios por un bello circunloquio; no dirás el *amor*, sino *el arquero con los ojos vendados*; no el *vino*, sino el *licor de Baco*; no el *león*, ni el *águila,* sino la *reina de las voladoras*, el *rubio emperador del bosque*, y así los *reinos oscuros*, el *tiempo edáculo*, la *estación de las flores*, el *cristal líquido*, la *estrella de plata*, la *cruda parca*. ¿Ves el Monti? no dijo el *gallo*, sino el *hermano cristífero de* Meleagro...[40]

La fuerza de la tradición es tan irresistible que cuando los románticos intentan hacer valer sus principios fundamentales también en poesía, se encuentran en apuros; y cuando quieren expresar cosas que se refieren a la vida moderna, sobre todo en sus aspectos más humildes, tropiezan con dificultades muy serias: "la poesía épico-lírica", advertía Berchet en su prefacio a la *Fantasía*, "es una desdichada que no quiere doblegarse al uso del estilo gacetillero".[41]

Es casi imposible *lograr* una mezcla satisfactoria entre las palabras de la antigua tradición poética y las modernas y realistas. Todavía encontramos arcaísmos y latinismos más o menos abundantes en los poetas románticos: leemos en Berchet: "ei *preferse* i tetri abeti", "dal fratello ricevi un *aita,*", "dalle membra è svanito un *algore*", "e co' baci una lagrima *elice*"; o en Carrer: "l'ermo *ostello*", "i fulminei *cocchi",* las "*armille* preziose"; en la novela en verso *Pia de' Tolomei* de Bartolomeo Sestini (1822) leemos que

sobre la *lanza* injusta
hacer que las cosas prevalezcan,

y el paiuolo se convierte en un "*lebete* suspendido"; en los titulados *Canti per il popolo* del Prati encontramos:

Pero, ¿quién la mató? - Un soldado extranjero
que *su velo virginal*
intentó secuestrarlos...

Quien lee *La Fuggitiva* de Grossi en el borrador original en milanés (1816) y en la versión italiana del mismo autor queda sorprendido por la enfática artificialidad de este segundo borrador. Véase, por ejemplo, la estrofa 29 en milanés:

I lacrim, el tremôr, l'abbattiment
m' hanno strozzaa lì i paroll dent in la gora,
tanto que en ese acto no fui capaz de decir nada,
y tuve tiempo mientras tanto para pensar en ello
al desproposito que estaba haciendo en ese momento:
Vi todos los precipicios: entonces
m'è cascaa i mani, sont dada indree trii pass,
y me quedé como una piedra

y en italiano:

Los gemidos, las lágrimas, los temblores
se enrolla en los labios a las palabras que tropiezan,
Lo que me repugnaba en el corazón:
un destello de razón pasó
para iluminar mi oscuro error
del precipicio y muéstrame la salida.
Aterrorizado entonces mis brazos cayeron
y la vergüenza veló mi rostro.

Al elegir escenarios medievales u orientales, los poetas se ponen en situación de utilizar palabras que, aunque nuevas para la poesía y aptas también para la prosa, tienen sin embargo cierta distinción.[42]

Al igual que los poetas clasicistas, los románticos tienen la cítara como instrumento distintivo de su profesión ("infrangasi... / questa mia cetra": Fusinato, "Addio a Venezia"). En una época en la que abundan las invocaciones bélicas, incluso los poetas románticos no mencionan en su mayoría armas modernas, sino antiguas o medievales: "Arriba, blande la *lanza de* guerra", "se ve un bosque de *lanzas*" (Rossetti), "del *casco* de Escipión se ciñe la cabeza" (Mameli), "donde el *cimier* del bárbaro / aparece siniestramente" (Prati); los "cañones" son, también para Prati, cables de *bronce* ("Noi e gli stranieri", 1846); los proyectiles disparados por los austriacos sobre Venecia son para Fusinato ("Addio a

Venezia"), "le ignivome / palle roventi" (donde *ignivome* es, como mínimo, impropio). Y así, un coche de caballos es para Prati (*Edmenegarda)* un "agil *cocchio* tratto da *palafreni*", el "ferrocarril" es, para un poeta de ocasión en 1856, una *calle de hierro*, el "tren" es en el himno de Mercantini un *carro de fuego*, para Nievo un *monstruo ardiente*, etc..;[43] los hilos telegráficos son para Regaldi (1856) *ferrei stami, dóciles estambres*, *hilo eléctrico*.

Pero cuando, como observó De Lollis, las cosas modernas aparecen llamadas por sus nombres (como cuando Prati en la letra "Después de la batalla de Goito" habla de *mosquetes*, de *ametralladoras*, de *barricadas*), la yuxtaposición de voces tradicionales y modernas resulta chocante por su discordancia. El estridente contraste entre la solemnidad del primer verso y la familiaridad del andante del último en la cuarteta del *Canto d'Igea* de Prati

Ni los que *perecen*
con olas y tormentas
de nuestra flor se viste
si el mar *no se lo lleva*

no es un defecto estilístico de un solo pasaje o de un solo poeta, sino un síntoma característico de la crisis del lenguaje poético en esta época.

También hay algunas voces burocráticas latinizantes ("Sei delatore": Prati, "El Delator") y, lo que es aún más infeliz, algunas voces del italiano regional: Prati escribió en 1855 en "Satana e le Grazie":

Y los ojos *al* arco de plata
Paralítica y muda estaba Latona.[44]

Sin embargo, con el paso de las décadas, la poesía de tono elevado tiende cada vez más a abandonar palabras arcaizantes (como *aita*) y, algo menos, latinizantes. Depende, por supuesto, en primer lugar de la individualidad del poeta, pero también un poco del giro de los tiempos si Tommaseo tiene menos de ellas y son menos pronunciadas que Berchet o Carrer.

En la poesía de tono menor, por ejemplo la satírica y la lúdica, el contraste es mucho menos sensible: tradicionalmente, la gente era más reacia a admitir arcaísmos y más proclive a aceptar popularismos. Y luego que en este "género" en Milán, Venecia y Roma se prefería escribir en dialecto, los toscanos como Pananti o Guadagnoli o Giusti ocupaban el campo, que utilizaban gustosamente en sus versos palabras del uso hablado toscano, de hecho a veces específicamente de sus ciudades (véase § 17).

8. 8. Debates lingüísticos

Algunos de los más grandes escritores y varios de los menos importantes, además de realizar su ideal lingüístico a través de la escritura, expresaron sus opiniones sobre la lengua y polemizaron en torno a ella. Como una cronología sería demasiado larga y tediosa, nos limitaremos a los principales episodios con los que se manifestó la cuestión lingüística en el siglo XIX: el movimiento purista suscitado por el padre Cesari, la polémica montiana, la teoría de Manzoni.[45]

Como hemos visto, el precursor de la escuela de los puristas[46] fue Antonio Cesari, de Verona, sacerdote del Oratorio. Con sus ediciones de textos ascéticos del siglo XIV, con sus traducciones del latín, con sus operetas religiosas y literarias, pero sobre todo con su reedición de la Crusca (1806-1809) y con *Le Grazie* (1813), el padre Cesari sostenía que sólo era posible salvarse de la contaminación general volviendo a la lengua del siglo XIV. El italiano tuvo entonces su edad de oro: "todo el mundo en aquella bendita época de 1300 hablaba y escribía bien. Los libros de cuentas de los mercaderes, los maestros de las aduanas, los resúmenes de la gabela y de cada tienda hablaban el mismo oro. Sin que todos fueran ajustados y corregidos, brillaba en ellos cierto candor natural, una gracia de modales francos y dulces, que nada más."[47]

El padre Cesari retoma así, en esencia, la tesis de Salviati, pero sin esforzarse en demostrarla. "¿Qué es esta belleza del lenguaje? Es algo que bien puede sentirse no difundido, si no tan ampliamente; porque al final esta belleza no vuelve a nada más que a un no sé qué" (*ibid*., p. 146).

Ni siquiera su oposición a los barbarismos utilizados en el lenguaje corriente se basa en la discusión o la comparación: se contenta con enumerar palabras y frases a granel, tal vez pensando que eso basta para escandalizar a los lectores de buen gusto.[48]

Cesari estaba convencido de que quienes habían estudiado a fondo la lengua del buen siglo podían decir lo que quisieran: "Se ha tardado mucho tiempo en vituperar esta lengua del siglo XIV [...] Ahora, alabado sea Dios, por fin hemos visto con nuestras propias manos que todo es de otro modo [...] Se puede decir todo lo que el hombre quiera, y quizá mejor.[49]

Renunció en aras de la ingenuidad y la frescura a cuatro siglos de vida italiana, y culpó a su propia época de "secoletto miterino" (es decir, digno de llevar la "mìtera" en la cabeza por castigo, como los condenados a la picota).

No estrictamente limitada al siglo XIV, pero aún firme en el objetivo de "côrre il più bel fiore dalle opere degli antichi" es la doctrina del marqués Basilio Puoti.[50] Se sabe que su labor como profesor fue mucho más importante que sus escritos; más aún que sus ediciones de textos, en las que da pruebas de una filología muy débil,[51] de interés son sus escritos de introducción al arte de escribir, sus *Regole elementari della lingua italiana* (Nápoles 1833, reimpreso varias veces), su *Vocabolario domestico napoletano-toscano* (Nápoles 1841, 2ª ed. 1852), escrito no para documentar las formas dialectales napolitanas, sino para familiarizar a sus conciudadanos con las voces del toscano literario, el *Dizionario de' francesismi e degli altri vocaboli e modi nuovi e guasti* etc. (Nápoles 1845, cartas A-E).[52] Si en las lecturas con sus alumnos llegaba hasta Alfieri y Monti, le hubiera gustado que el canon de la Crusca fuera más estricto: en su carta a Luigi Ciampolini (1844), consideraba que no había que ir más allá del siglo XVII, considerando que Magalotti "debe asignarse entre los primeros corruptores de la lengua". Si hubiera que incluir a los modernos, habría que pensar en Leopardi.[53]

Bastante numerosos fueron los seguidores y amigos de Cesari y Puoti en las diversas regiones de Italia: recordemos, entre los que más se implicaron en los estudios lingüísticos, a Marcantonio Parenti, Luigi Fornaciari, Giuseppe Manuzzi, monseñor Tommaso Azzocchi, de actividad diversa.

En cuanto a la lengua, fue sin duda un acierto haber revigorizado la oposición a la entrada irrestricta de toda barbarie; no lo fue haber diferido el juicio a la beneplacencia exclusiva de un gusto literario arcaizante.

Vincenzo Monti aporta más amplitud a la cuestión. Su gran interés por los problemas lingüísticos le llevó a posicionarse en contra de los esfuerzos de Cesari por recuperar el culto más riguroso del siglo XIV y de la Crusca. En el *Polígrafo de* 1813 empezó a publicar anónimamente algunos artículos satíricos: por ejemplo, en el diálogo "Il Capro, il Frullone della Crusca e Giambattista Celli", el *macho cabrío* viene a quejarse de haber sido excluido del *Vocabolario*, mientras que su nombre había sido utilizado por Ariosto, Guarini, Menzini y otros: la Crusca incluyó en su lugar la voz menos noble de *becco (pico)*; en el diálogo 'Il 31, il 36 e il 46', ataca la Crusca de Cesari por lo anticuado de las cosas que ha recogido (*quaranzei* y similares) y lo incompleto de las ejemplificaciones.

Con más vigor, Monti se puso a trabajar en lexicografía cuando el Istituto Lombardo, en los últimos días del régimen napoleónico y los primeros del austriaco, tomó la iniciativa de compilar un nuevo gran *Vocabolario a cargo de* eruditos de toda Italia. Monti, que preparó un elaborado informe y lo presentó al Instituto en 1816, vio que era vano esperar un acuerdo con la Crusca; no obstante, el gobierno quiso que se hiciera la propuesta (el encargado del asunto en las oficinas milanesas era Giuseppe Bernardoni, con el visto bueno del gobernador Saurau), y los directores de las dos clases del Instituto la hicieron, el 6 de julio de 1816.

La Crusca respondió el 10 de septiembre que ya había iniciado los trabajos por su cuenta y que, por lo tanto, "ya no era el momento de ponerse de acuerdo con el Real Instituto y asignarse mutuamente las máximas preliminares, las normas y el método a seguir".[54]

No este episodio, que en el mejor de los casos puede ser una causa ocasional, sino toda la actitud de Monti durante estos años explica el tono de la obra que publicó de 1817 a 1824, la *Proposta di alcune aggiunte e correzioni al Vocabolario della Crusca*.

Son cuatro volúmenes divididos en no menos de siete tomos, que incluyen, además de la mayor parte que es de Monti, y consiste en una serie de postillas críticas a la Crusca por orden alfabético de las entradas, dos tratados de Giulio Perticari (yerno de Monti), *Degli scrittori del Trecento e de' loro imitatori* y *Dell'amor patrio di Dante*,[55] y disertaciones y comunicaciones de diversos eruditos (Giuseppe Grassi, Giovanni Gherardini, etc.).

En los prefacios a los distintos volúmenes, Monti aclara su actitud en favor del italiano ilustre, e insiste en la importancia de un "vocabulario ordenado con los métodos de la filosofía, purgado de toda inmundicia, sellado por el consenso universal de la nación" (Parte II: dedicatoria a Barnaba Oriani). Del rechazo de la Crusca

Muchos se maravillaron; pero era una consecuencia natural de la vieja opinión con uñas firmes que negamos de los Académicos, de que la lengua italiana es enteramente propiedad sólo del pueblo toscano, y que por lo tanto el Instituto, entrando en los asuntos del Vocabulario, metía su guadaña en mieses que no eran suyas. Esto, por el honor del país, no debía permitirse; ya que, según su sentir, debían mantenerse firmes en la máxima de que el habla de toda Italia, sin excluir la de los doctos, debía tomar ley del dialecto *ático* de Camaldoli, y que no podía permitirse que la elocuencia italiana bebiera de otros arroyos que no fueran los del Arno (III, II, p. IX).

Monti parece haber demostrado suficientemente

El intento, quiero decir, de reducir el modismo común italiano a la miserable condición de lengua particular bajo la tiranía del dialecto toscano, que, por mucho menos triste que se quiera que sea que los otros, no deja de ser un dialecto, es decir, la lengua de algunos, pero no de todos; y lo que es más, una lengua rebosante de idiotismos y proverbios que a pocos pasos de la franja de tierra donde nacieron carecen de valor porque nadie los entiende (III, II, pp. X-XI).

La crítica contra la Crusca (y contra Cesari, que al rehacerla había exacerbado sus defectos) encuentra su raíz en esta actitud de Monti, reacio al provincianismo y al arcaísmo rancio, y adopta la forma de un análisis minucioso y severo de numerosos defectos técnicos.

Las entradas arcaicas deben ser extraídas y convertidas en un glosario por derecho propio, "separando el vocabulario de los muertos del de los vivos", comenzando o perfeccionando el despojo de autores erróneamente olvidados (Ariosto, Rucellai, Alamanni), eliminando citas de escritos irreflexivamente admitidos (*Pataffio*, Burchiello, las astutas escenas del *Granchio* de Salviati), suprimiendo demasiadas palabras deshonestas.

Monti insiste repetidamente en que se eliminen las "depravaciones de los ignorantes": no sólo hay que eliminar *fistiare*, *frebotomia*, *paralello*, *rema* ('reuma'), *ritropico* ('idropico'), *sanatore* ('senatore') del vocabulario que normalmente debería servir a la nación, sino que prefiere decididamente *arena* y *arenare* a *rena* y *arrenare* (I, II, pp. 56-57), *asse* a *sala* (III, II, p. 72), etc., etc.

Una parte del léxico que la Crusca ha descuidado injustamente es "el lenguaje científico, para el cual, abandonando los floridos campos de la literatura amena, es necesario situarse en los rigurosos caminos de la filosofía y separarse por completo del habla de la multitud".

La *Propuesta* suscitó un amplio debate y, en general, encontró consenso. Cuando Monti murió (en 1828), Mazzini escribió de él: "lamentamos la caída del autor de *la Proposta*, que da el último respiro a la tiranía en materia de lengua".

En Florencia, el abad Giovanni Pagni, bajo el seudónimo de Farinello Semoli, rebatió amargamente varias de las acusaciones de Monti contra la Crusca en sus *Osservazioni all'opera tituladas Proposta* (1819).

Francesco Torti, en su escrito contra el purismo de Cesari (*Il Purismo nemico del gusto*, Perugia 1818) saludó con entusiasmo el primer volumen de la *Proposta*; Pero más tarde, reimprimiendo el opúsculo con otros escritos (*Antipurismo*, Foligno 1829), objetó que Monti "demostrando que aplastaba *el purismo veronés*, o *Trecentismo*, quería sustituir con igual tiranía el purismo del siglo XVI, excluyendo del Vocabulario todas las palabras nuevas consagradas por el uso, y por el ejemplo de ilustres escritores" (p. 30). 30).

Vinculadas a las ideas de Monti están la teoría y la obra de algunos milaneses que, en las décadas siguientes, mantuvieron viva su oposición a la Crusca y al florentinismo en general: Gherardini (véase p. 818), Cattaneo, que expresó repetidamente su oposición al toscanismo y, sobre todo, a ciertas formas plebeyas aceptadas por la Crusca,[56] Tenca, que al publicar artículos de sus colaboradores en *Crepuscolo* corrigió el lenguaje.[57]

De capital importancia en la vieja cuestión de la lengua fue la intervención de Alessandro Manzoni.[58]

Si Monti representaba las reivindicaciones del clasicismo, Manzoni era el portavoz de las reivindicaciones románticas. Pero no sólo de las reivindicaciones literarias: la gran innovación de Manzoni consiste en transformar lo que hasta entonces había sido una disputa de literatos en un problema civil, que implica a toda la nación italiana.

La necesidad que le movería a lo largo de toda su vida es la que el joven, que aún no había cumplido los 21 años, expresaba en una carta a su amigo Fauriel el 9 de febrero de 1806: "debido a nuestra desgracia, el estado de Italia dividida en fragmentos, la pereza y la ignorancia casi general han colocado tal distancia entre la lengua escrita y la lengua hablada que esta última casi puede calificarse de lengua muerta", lo que aleja la posibilidad de "educar a la multitud".

En 1821, en plena madurez (es el año de *marzo de 1821* y de *Adelchi,* y el año de comienzo de la novela), Manzoni manifiesta su idea en versos en los que canta a Italia

de armas, de lengua, de altar,

de recuerdos, sangre y corazón,

y en una carta a Fauriel (3 de noviembre de 1821) plantea todo el problema. Mientras que un escritor francés que utiliza una determinada expresión ya sabe qué efecto producirá en su público, porque tiene 'un sentiment presque sûr de la conformité de son style à l'esprit général de sa langue', el hecho de que en Italia no se traten oralmente grandes temas en la lengua nacional, y que haya tan pocas obras relativas a las ciencias morales significa que, si no es toscano, "il manque complètement à ce pauvre écrivain ce sentiment, pour ainsi dire, de communion avec son lecteur, cette certitude de manier un istrument également connu de tous les deux". ¿Cómo juzgar si escribe en "italiano" cuando este término se define de maneras tan diferentes? Sin embargo, "dans la rigueur farouche et pédantesque de nos *puristes* il y a, à mon avis, un sentiment général fort raisonnable; c'est le besoin d'une certaine fixité". Si estos son los pensamientos y sentimientos que Manzoni siempre tuvo, y que meditaba al escribir *Fermo e Lucia*, las formas en que se propuso superar las dificultades siguen siendo muy eclécticas:

hay que pensar mucho en lo que se va a decir; haber leído mucho a los clásicos italianos y a los escritores de otras lenguas, sobre todo franceses; haber hablado de temas importantes con sus conciudadanos...Con ello se puede adquirir una cierta prontitud para encontrar en la lengua, lo que llamamos buena, lo que puede proporcionar a nuestras necesidades actuales, una cierta aptitud para extenderla por analogía, y un cierto tacto para sacar de la lengua francesa lo que se puede encontrar en la otra, sin que se produzca una fuerte disonancia.

Pero al trabajar en el primer texto publicado de la novela (el que leemos en la edición de 1825-27), fue abandonando poco a poco este criterio de componer una lengua compuesta y recurrió al uso toscano vivo, como los libros podían enseñarle. En sus investigaciones, observó con gran sorpresa que existía una concordancia mucho mayor entre los usos florentinos y los de los distintos dialectos italianos y, en particular, el que más le interesaba, el milanés. La "lengua tosco-milanesa" que dice anhelar, en una carta a Rossari de 1825,[59] es la que se manifiesta en tales concordancias: Manzoni descubre con alegría que *impiparsi dell'Olanda* es la manera lombardo-toscana; si se tiene en milanés *matt de ligà* y en toscano *matto da legare*, así debe decirse, aunque Cherubini traduzca *pazzo da catena*.[60]

El viaje de Manzoni a Florencia en 1827 fue como una revelación; aquella lengua tan laboriosamente buscada en los libros, aquí estaba viva, ágil, real, en los florentinos cultos con los que entró en contacto. Quiso hacer revisar el *Vocabolario milanese* de Cherubini por el Dr. Gaetano Cioni y el canónigo Giuseppe Borghi; después de trabajar en la misma Florencia para recoger las observaciones de Cioni y Niccolini sobre el lenguaje de la novela, pidió a Cioni (el 24 de noviembre de 1828) "que hiciera retocar por usted ese libro mío, para que un lector toscano no se encontrara perdido en una segunda lectura". Luego, poco a poco, se detiene en sus reflexiones sobre el concepto de Uso: véase lo que escribe a Borghi sobre la palabra *horda*: "donde el Uso se da a entender, el Vocabulario ya no cuenta nada para mí" (carta del 25 de febrero de 1829), y, a propósito de la palabra *horda*: "usted sabe que el Vocabulario es una autoridad para mí, ya que representa el uso que usted hace de ella: [.... tanto sus testimonios como su silencio [...] a los toscanos, y a los florentinos en particular, no me parecen en absoluto opuestos" (carta del 7 de abril de 1829).

Manzoni, con reflexiones siempre nuevas, consolida su idea de que como norma del italiano literario debe aplicarse el uso toscano, o mejor dicho (dadas las variedades dentro de Toscana) el uso de los florentinos cultos.[61]

En los años 1830-1840 trabajó en una obra sobre el lenguaje, que también ocupó gran parte de su tiempo en las décadas siguientes, pero que nunca llegó a terminar: nos quedan numerosas notas y varios borradores.[62]

Y esperó (inmediatamente después de su segundo matrimonio, 1837) para reescribir *Los novios,* valiéndose no sólo de la ayuda de Cioni y Niccolini, sino también de la de una florentina, Emilia Luti, dama de compañía de sus dos últimas hijas.

La revisión de las *Promessi sposi (Las prometidas), en la que* no podemos detenernos aquí, pero que debemos mencionar para aclarar la posición de Manzoni,[63] tenía por objeto, en primer lugar, eliminar aquellas expresiones que Manzoni había aceptado de la tradición literaria sin que tuvieran correspondencia en el uso oral florentino: palabras y maneras arcaicas (o al menos rancias) o dialectales.

En otros innumerables casos, Manzoni sustituye palabras y frases de tono literario por otras más familiares: *accidioso-uggioso*; *adesso-ora*; *ambedue*, *ambo*, *entrambi-tuttutt e due*; *confabulare*, *chiacchierare*, etc.

Muchas veces se trata de variantes fonéticas florentinas sustituidas por variantes literarias: *dimandare-domandare*; *image-imagine*; *lion-leon*; *obey-ubbidire*; *publico-pubblico*; *sofferire-soffrire*; etc. (pero también sustituye, nótese, *angel* por *ángel*, *limosina* por *limosna*).

Manzoni también acepta la pronunciación toscana *o la* mayoría de las palabras con *uo*; sustituye los imperfectos de primera persona en *-a* por imperfectos en *-o*. *El* pronombre *él* se suprime a menudo o se sustituye por *lui*: no obstante, a lo largo de la novela se sigue utilizando 61 veces (en 18 de las cuales se refiere a Dios).

El cambio no es sólo de estilo, sino también de lengua: Manzoni no sólo elige, entre dos variantes igualmente posibles y de tonos diferentes, las más acordes con el toscano familiar, sino que propone un fin paradigmático, a saber, que le gustaría que las formas más rancias fueran abatidas por el ostracismo. En resumen, no se contenta con permanecer en el ámbito de la lengua tal como es, sino que le gustaría cambiarla o al menos contribuir a cambiarla en su sistema, reformarla como institución social.

Afortunadamente, las necesidades artísticas casi siempre se imponen a las doctrinarias. Por ejemplo, Manzoni encuentra *natio* un poco literario, y a veces lo sustituye por *nativo*; pero en el famoso pasaje: "Addio, casa *natia*, dove, sedendo, con un pensiero occulto, s'imparò a distinguere dal rumore de' passi comuni il rumore d'un passo aspettato" (cap. VIII), incluso introduce *natio*, mientras que en el primer borrador había escrito *natale*.

Las intenciones de Manzoni en la revisión (aunque involuntariamente algo tergiversadas por la maduración de las concepciones manzonianas a lo largo de las décadas) y la acogida dada al texto revisado (en particular la anécdota de la lectura comparativa de Giusti de un pasaje en las dos ediciones) fueron narradas con gran brío por Manzoni al marqués Casanova en su carta del 30 de marzo de 1871.

Manzoni no siempre consiguió adaptarse a la perfección o con suficiente aproximación al uso florentino de 1830-40: ya entonces se plantearon dudas, y más tarde se presentaron otras más estrictas.[64] Tampoco esta adaptación tuvo siempre éxito desde el punto de vista artístico (cf. pp. 805-806). No obstante, la novela logró el objetivo que Manzoni se había propuesto: acercar lo escrito a lo hablado, asestar un golpe mortal a las florituras retóricas que habían halagado a la literatura italiana durante siglos.

El tratado sobre el lenguaje en el que Manzoni trabajó durante tanto tiempo sin terminarlo, por un cierto gusto en detenerse en las dudas siempre nuevas que le planteaba la meditación, debía constar en primer lugar de un primer libro, de carácter filosófico, sobre la naturaleza de las lenguas. Un segundo libro debía examinar las diversas soluciones propuestas para la cuestión del lenguaje (nos queda el fragmento en el que Manzoni examina el "sistema del padre Cesari", además de la formulación pública precisa de su propio sistema, que ahora comentaremos). Por último, el tercer libro debía tratar de la manera de difundir esa forma de lenguaje que él reconocía como verdaderamente tal (y también nos damos cuenta bastante bien de esta parte a través de algunos escritos publicados).

En la parte filosófica, basada en la lectura y meditación de gramáticos y pensadores de las más variadas orientaciones, pero sobre todo en los sensistas e ideólogos franceses, Manzoni vuelve a menudo sobre ciertas ideas fundamentales: hay que estudiar lo que es la lengua en general, y no exclusivamente la lengua bella; cada lengua constituye un todo; el uso es el señor de las lenguas, y el único señor, ya que cualquier otro criterio (analogía, etc.) debe ceder ante él.

Mientras Manzoni ensayaba con meticulosidad y circunspección los principios generales de la filosofía del lenguaje, iba precisando cada vez más sus ideas sobre la lengua italiana. Después de varias ocasiones para exponer su sistema, ocasiones que se le presentaron por un momento y que, debido a su inconstancia, abandonó, decidió en 1846 (mientras que la impresión de las *Opere varie* comenzó en 1845) exponer su opinión sobre la cuestión de la lengua de forma resumida, a propósito de la publicación de la primera parte de *Prontuario... per saggio di un Vocabolario metodico della lingua italiana* de Giacinto Carena.[65] Aquí, por primera vez, Manzoni declara en público que profesa "aquella opinión excomulgada, burlada, compadecida, de que la lengua italiana está en Florencia, como la lengua latina estaba en Roma, como la francesa está en París", y por ello cree que el beneficio que Carena ha hecho a los estudiosos con su *Prontuario* habría sido aún mayor si hubiera dejado de lado aquellas frases "que no son del uso vivo de Florencia". "Lo que constituye una lengua, no es pertenecer a una mayor o menor extensión de país, sino ser una cantidad de vocabulario adecuada a los usos de una sociedad realmente verdadera". El error en el que

se cae comúnmente es el de "asociar al nombre de lengua no la idea universal y perpetua de un instrumento social, sino un concepto indeterminado y confuso de un algo-o-otro literario". Por otra parte, el mero hecho de que haya habido una disputa sobre la lengua durante tanto tiempo es una prueba "de que los italianos no poseen realmente una lengua común". Para llegar a ella, algunos recomiendan recurrir primero al "dialecto" de Florencia, y después a los de otras ciudades. Pero "cuando se trata de sustituir la unidad por la multiplicidad, si se dice: éste es el primero, la lógica añade: y el último". Y como "la Toscana puede tener lenguas muy diferentes, pero no tiene una sola lengua", Florencia tendrá que detenerse. Y será necesario que el consenso se convierta en una posesión efectiva y completa en toda Italia; y no sólo en la llamada lengua escrita, ya que "la formola lingua scritta no es más que un verdadero abuso de palabras, que enuncia y propaga un concepto, no metafórico, sino falso" (sólo la lengua hablada en una sociedad efectiva y continua tiene el carácter de universalidad, mientras que la lengua escrita no es más que una "mezcla fortuita y variada").

Tener tantas voces para una sola noción no es riqueza, sino miseria: cuando Carena añade otras cuatro denominaciones a la *crema de* voces, "¿de qué nos sirve tener un guía hábil y experimentado, si nos conduce a una encrucijada, y nos dice: tomad por donde queráis?

¡Qué bonito sería que los florentinos se hubieran decidido de una vez por todas a dotar a Italia de un vocabulario de la lengua que realmente utilizan, similar al de la Academia Francesa! Por supuesto, Manzoni reconoce que las condiciones de Italia no son las de Francia, y que no es necesariamente posible conseguir mediante estas "ayudas artificiales" lo que Francia ha logrado con la ayuda de las circunstancias. "Pero es el único medio de acercarse, en la medida de lo posible, a tal resultado. A falta de sol, decía Franklin, enciende las velas".

Manzoni ha llegado a la formulación definitiva de su teoría; sus meditaciones filosóficas y el conocimiento de las teorías anteriores le llevan no a una definición o a un análisis histórico, sino a un programa político-civil: pretende alcanzar un fin, la unidad lingüística, e intenta llegar a él por el camino que le parece más lógico.

La carta provocó algunos ecos, pero no el vasto movimiento que Manzoni tal vez esperaba. Y en los años siguientes siguió trabajando, con mayor o menor empeño, en la redacción de su libro sobre el lenguaje ("mi obra eterna, como comprenderás, *aparte de ante*": carta a Giovanni Battista Giorgini del 10 de diciembre de 1856), debatiendo las siempre nuevas objeciones que le llegaban. En 1855 discutió largamente los problemas lingüísticos con Tommaseo, que nos dejó un testimonio preciso (*Colloquii col Manzoni*, ed. T. Lodi, Florencia 1929). En 1856, aprovechó dos breves encuentros con su amigo Gino Capponi para redactar, con su ayuda, algunas entradas de muestra para el vocabulario de uso que anhelaba (*Saggio di vocabolario italiano secondo l'uso di Firenze*, ed. G. Macchia, Firenze 1957). Pero sólo en los años decisivos para la realización de la unidad nacional Manzoni salió a la calle para defender en público su teoría (véase cap. XII, § 8). En estas disputas sobre la norma lingüística tomaron parte muchos otros, como ya hemos mencionado: pero bastará con haber indicado las principales corrientes de ideas.

9. Gramáticos y lexicógrafos

En el ámbito gramatical, la disputa entre los partidarios de la gramática lógica y razonada, que da importancia al análisis lógico y postularía al menos teóricamente la prioridad de la razón sobre el uso, y los que se oponen a ella, entre los que destaca De Sanctis, es más ferviente que nunca.[66]

Entre las numerosas gramáticas, algunas se titulan "filosóficas" o "razonadas"; otras se refieren más o menos abiertamente a las premisas del purismo, como la concisa *Regole elementari della lingua italiana* de Puoti, Nápoles 1833; la mayoría se basan en pasajes de los clásicos y sólo secundariamente en el uso. Se siguieron utilizando las gramáticas de siglos anteriores; Luigi Lamberti reeditó las *Particelle* de Cinonio con adiciones (Milán 1809-13), y Pietro Del Rio, también con adiciones, la gramática de Corticelli (Florencia 1845).

La obra de Gherardini *Appendice alle grammatiche italiane* (Milán, 1847) es rica en fragmentos originales de autores de varios siglos y todo menos conformista (sobre todo por las teorías ortográficas antiescocesas del autor).

Todavía no existen gramáticas que piensen deliberadamente en describir el uso toscano moderno.[67]

Varios gramáticos se detuvieron a describir las formas de los verbos: la colección de Marco Mastrofini, *Teoria e prospetto o sia Dizionario critico de' verbi italiani coniugati*, Roma 1814 (2ª ed. Milán 1830), compilada a partir de extensas lecturas, fue resumida y revisada por Compagnoni. Los volúmenes de Vincenzo Nannucci se basaban en lecturas extensas pero en premisas filológicas cuestionables: *Analisi critica dei verbi italiani, Florencia* 1843, *Teorica dei nomi della lingua italiana*, Florencia 1847, *Saggio del prospetto generale di tutti i verbi anomali e difettivi*, Florencia 1853.

Más intensa que la actividad de los gramáticos es la de los lexicógrafos. Entre 1806 y 1811, el padre Cesari se procuró una nueva edición no oficial de la Crusca (la llamada "Crusca veronese"), insertando en la 4ª edición unas 30.000 entradas, suyas y de sus amigos, tomadas en su mayoría de escritores del siglo XIV; pero si su intención era proporcionar nuevas entradas áureas, muchos de los materiales son arcaísmos imposibles de recuperar, variantes dialectales o filológicamente deterioradas.

Habiendo restablecido la Accademia della Crusca con plena autonomía en 1811, reanudó los trabajos sobre una quinta edición en 1813, chocando pronto, como hemos dicho, con Vincenzo Monti, cuya *propuesta* se volvió casi totalmente contra la obra de la Accademia y la de su continuador veronés.

En las décadas comprendidas entre 1920 y 1940, abundaron las empresas lexicográficas: el diccionario conocido como diccionario de Bolonia (editado por Francesco Cardinali y Paolo Costa, Bolonia 1819-28), el diccionario de Livorno (Carlo Antonio Vanzon, Livorno 1827), el diccionario de Padua (o "della Minerva", editado por Luigi Carrer y Fortunato Federici, Padua 1827-30) y, el más importante de todos, el diccionario de Nápoles (*Vocabolario universale italiano*, editado por la Società tipografica Tramater e C., Nápoles 1829-40), reeditado posteriormente con varias adiciones en Mantua, 1845-56. Al tiempo que da a conocer inmediatamente al lector qué entradas son de Crusca y cuáles no, el Tramater incluye muchas entradas nuevas; varias procedentes de colecciones literarias, otras muchas de repertorios científicos y técnicos.

Como un remake de la Crusca, mejorado en los detalles pero ateniéndose esencialmente a los cánones tradicionales, es el *Vocabolario della lingua italiana* de Giuseppe Manuzzi, al que Leopardi proporcionó varias entradas (1ª ed., Florencia 1833-42; considerablemente mejorada es la 2ª edición, 1859-67).

La quinta edición oficial de la Crusca comenzó a publicarse en 1843 y se publicaron siete fascículos hasta 1852, lo que suscitó duras críticas.[68] Puoti reprochó la excesiva amplitud del canon (véanse pp. 751-752), Gherardini se quejó de que sus *Voci e maniere di dire* etc. habían sido plagiadas. La Accademia decidió finalmente suspender la publicación de la obra y comenzarla de nuevo tras una nueva preparación.

El muy activo Gherardini, a quien hemos mencionado más arriba como gramático, ya había comenzado su labor de lexicógrafo en 1812, publicando anónimamente en Milán una colección de *entradas italianas admisibles, aunque proscritas en la Lista del Sr. Bernardoni*; a él debemos vastas y buenas colecciones de escritores, cuyos resultados se consignan en dos colecciones: *Voci e maniere di dire additate ai futuri vocabolaristi, Milán* 1838-40, y *Supplimento ai vocabolari italiani*, Milán 1852-57. La *Lessigrafia italiana* (Milán 1843, 2ª ed. Milán 1849) se dedica en cambio a defender sus teorías ortográficas.

Un género de repertorios lexicográficos que floreció especialmente en este periodo fue el de las listas de barbarismos. Alberti ya había prometido, pero luego no completó, una lista de "modales anticuados y abusivos". Giuseppe Bernardoni recopiló, a instancias de Vaccari, ministro del Interior del Reino de Italia, una *Lista de algunas palabras de uso frecuente hoy en día que no figuran en los vocabularios italianos*, Milán 1812. Se trata sobre todo de entradas administrativas y jurídicas de acuñación más o menos bárbara: para algunas de ellas Bernardoni propuso una amnistía, para muchas otras sugirió otras entradas en sustitución. Se dio cuenta (y Gherardini insistió mucho más sobre el tema en el volumen de 1812 ahora citado) de que, por muy purista que se quiera ser, no se puede proscribir una palabra utilizada en una ley o en un código.

Otros repertorios de este tipo, más o menos severos, más o menos sensatos, son los siguientes: A. Lissoni, *Ajuto allo scrivere purgato*, Milán 1831;[69] L. Molossi, *Nuovo elenco di voci e maniere di dire biasimate,* Parma 1839-41; M. Parenti, en una serie de strennas continuadas durante muchos años bajo los títulos de *Catalogo di spropositi*, Módena 1839-43, y luego *Esercitazioni filologiche*, Módena 1844-58; B. Puoti, *Dizionario de' francesismi e*

degli altri vocaboli e modi nuovi e guasti, Nápoles 1845 (incompleto; cf. p. 752); G. Valeriani, *Voci e modi erronei,* Nápoles 1846 (2ª ed. con el título de *Vocabolario di voci e frasi erronee al tutto da rifuggersi nella lingua italiana*, Turín 1854); F. Ugolini, *Vocabolario di parole e modi errati*, Urbino 1848 (2ª ed., Florencia 1855). Con seria documentación defendió varias palabras condenadas P. Viani, *Dizionario di pretesi francesismi*, Florencia 1858-60.

Algunos repertorios pretendían ofrecer voces "bellas" y poco conocidas: así, una *Frasologia* de Lissoni, que tuvo dos ediciones (Milán 1826 y 1835), el *Vocabolario domestico* para napolitanos de Puoti (Nápoles 1841) y el de Azzocchi para romanos (Roma 1839, 2ª ed. Roma 1846), las *Bellezze di modi comici e familiari* de Consolo (Ancona 1858).

Existen también algunos vocabularios *metódicos* (G. Barbaglia, Venecia 1845, incompleto; G. Rambelli, Bolonia 1850; F. Zanotto, Venecia 1852-55), pero especialmente importante es el de Giacinto Carena (*Vocabolario domestico*, Turín 1846, 2ª ed. 1851; *Vocabolario metodico d'arti e mestieri,* Turín 1853; se publicó una tercera parte póstuma, Turín 1860), también porque dio ocasión a la crítica de Manzoni (véanse pp. 762-763).

Tommaseo publicó por primera vez su merecidamente conocido *Diccionario de sinónimos en* Florencia en 1830-32; reapareció en 1838-40 más que triplicado gracias a su propio trabajo y al de un grupo de amigos, y también fue retocado por el autor varias veces a partir de entonces.

Todavía disponemos de varios diccionarios especiales traducidos del francés y algunos del inglés; no pocos fueron compilados por italianos, entre los que cabe mencionar al menos algunos de los más importantes: G.B. Gagliardi, Vocabolario *agronomico, Milán* 1804 (3.ª ed. 1822); S. Stratico, *Vocabolario di marina, Milán* 1813; G. Grassi, *Dizionario militare italiano,* Turín 1817 (2ª ed. Milán 1833); L. Bossi, *Spiegazione di alcuni vocaboli geologici, lithologici e mineralogici*, Milán 1817; O. Targioni Tozzetti, *Dizionario botanico italiano*, Florencia 1809 (2ª ed. Florencia 1825).

Los vocabularios de términos griegos (Bonavilla, Milán 1819-21; Marchi, Milán 1828-41) son también esencialmente repertorios de términos científicos.

Los numerosos vocabularios dialectales (algunos de los cuales siguen figurando entre los mejores que se conservan hoy en día, como Cherubini para el milanés, Milán 1814, 2ª ed. Milán 1839-56, Boerio para el veneciano, Venecia 1829, 2ª ed. Venecia 1856, Monti para el dialecto de Como, Milán 1845) persiguen el doble objetivo de documentar las entradas dialectales y proporcionar las entradas italianas correspondientes para quienes no las posean.

10. Relaciones con otras lenguas

La influencia del francés sobre el italiano, muy poderosa en el siglo XVIII, se desbordó durante la época napoleónica, ya que a los efectos de la ocupación militar, la anexión a Francia de un buen tercio de Italia, dividida en departamentos; y la supremacía ejercida por Francia en el Reino Itálico y el Reino de Nápoles se sumaron la influencia cultural. Así, por ejemplo, la partida de nacimiento de Verdi se protocoliza en francés en 1813 en "Busseto, département du Taro". Por decretos de 1809, en Toscana y Roma se equiparó expresamente el uso del italiano al del francés. El territorio donde más se utilizaba el francés era el Piamonte:[70] no sólo bajo la ocupación francesa, cuando Denina llegó a proponer el uso del francés como lengua cultural general,[71] sino también más tarde, cuando la Restauración restableció el estado bilingüe en el caballero de los Alpes, Saboya volvió a hacer sentir todo su peso, hasta 1860. Escuche cómo le fueron las cosas a De Laugier en Turín en 1831:

En la puerta de entrada a Turín, y en la calle que la sucede, atónito leo: *¡Porta d'Italia! ¡¡¡Via per l'Italia!!!* Nada más bajar a la posada, pido explicaciones sobre el rebus. Me responden: *¡¡¡Est-ce que vous ignorez*, être *en Piémont, et non plus en Italie!!!* En los cafés, paseando por la ciudad, no oigo hablar más que francés, ¡o la lengua vernácula del país! Tenía cuentas que saldar con el librero Pomba, por varios ejemplares que le había enviado de los *Fasti e vicende degli Italiani.* Me los muestra tal cual, sugiriéndome que los devuelva, imposible dudar: "Aquí -dice- sólo se lee y se escribe en francés, empezando por el rey y los ministros. Incluso las tropas se mandan en francés".[72]

Los acontecimientos que llevaron a vivir más o menos durante mucho tiempo en Francia, el deseo de una mayor difusión internacional llevaron a algunos eruditos italianos a escribir algunas obras en francés en lugar de en italiano: sobre todo escritos sobre ciencia, pero también obras históricas, de anticuario, etc.[73]

Se decía de varios escritores que conocían mejor el francés que el italiano;[74] y "conocer mejor" puede significar a veces simplemente saber utilizar el francés con esa confianza que es fácil de conseguir dada su estabilidad, y en cambio dudar ante las muchas incertidumbres del uso del italiano.[75]

El conocimiento del francés que tenían todos los italianos cultos explica la abundancia de afrancesamientos (véase § 20): numerosos en las traducciones, reprimidos por razones puristas en la literatura más sostenida y controlada, abundantes en los escritos confidenciales (notas personales, cartas).

Ya hemos mencionado las consecuencias lingüísticas de la anexión de Niza a Francia (1860); a partir de 1860, la escasa influencia italiana que la capital Turín ejercía sobre Saboya también disminuyó. En cuanto a Córcega, las funciones del italiano como lengua cultural retrocedieron de generación en generación: pero todavía en este periodo los libros impresos en italiano en Córcega eran una ligera mayoría,[76] y la predicación seguía haciéndose mayoritariamente en italiano.

Sin comparación, más escaso que el conocimiento del francés es el del alemán, a pesar de la presencia de la dominación austriaca en Italia. Sin embargo, no faltan traducciones, literarias y no literarias, tanto del alemán como del inglés. Una vertiente de la anglofilia (y cierto conocimiento del inglés) se debe a la admiración por las instituciones británicas.

El conocimiento del latín seguía estando muy extendido entre las personas cultas; el del griego era menor, pero aún considerable. Y hay numerosas traducciones importantes en este periodo, naturalmente realizadas por clasicistas.[77]

En cuanto al conocimiento de la lengua y la cultura italianas fuera de Italia, no es muy amplio: la mayoría no se preocupa de profundizar en la literatura y la vida italianas, pero muchos quieren saber tanto italiano como el que necesitan para cantar. Sin embargo, no faltan los contactos gracias a los numerosos viajeros que llegaron a Italia procedentes de diversos países europeos, y a la labor de nuestros exiliados en Suiza, Francia, Bélgica e Inglaterra.

En las costas orientales del Adriático, la posición del italiano seguía siendo discreta: Dalmacia dio a la cultura italiana hombres como Tommaseo y Paravia, las islas Jónicas hombres como Foscolo y Mustoxidi. Pero el auge de la lengua y la cultura "ilirias", es decir, serbocroatas, y el resurgimiento de Grecia mermaron la función del italiano como lengua cultural.[78]

Malta, ocupada por los británicos en 1800 y ya no devuelta a la orden de los Caballeros, conserva el uso cultural del italiano.

En las costas mediterráneas, sobre todo en el Este, el italiano sigue siendo ampliamente conocido en el uso oral bajo la forma simplificada de "lingua franca",[79] y en el uso escrito como lengua diplomática.[80]

Varios rumanos, en la fase de crecimiento y occidentalización en la que se encontraba su lengua, recurrieron al italiano en busca de consejo. Por ejemplo, Petru Maior, escritor de la escuela transilvana, realizó su traducción de Fénelon (*Intîmplările lui Telemah*, Buda 1818), más que sobre el texto francés, sobre una versión italiana, que le ofrecía un vocabulario más fácilmente asimilable (*carcaj*, *isla*, *incuda* "yunque", *spesele*, *străpurtà* etc.);[81] Ion Heliade Rădulescu inició la corriente llamada "italianista", partiendo de la premisa de que el italiano y el rumano eran dos dialectos de la misma lengua; propuso abandonar los caracteres cirílicos, siguiendo una ortografía muy cercana a la italiana, y abundó en italianismos en sus escritos (*ciarlatanie*, *contagiu*, în *darn*, *scheletru etc*.).[82]

11. Oscilaciones en uso

Se sabe que, cuando el recambio lingüístico es más vivo e intenso, se produce un proceso de selección espontánea que conduce a la eliminación o, al menos, a la reducción entre varias formas o palabras equivalentes.

En la época que nos ocupa, este proceso actúa mucho menos de lo que cabría esperar. En primer lugar, la diferencia cada vez mayor entre el lenguaje de la prosa y el de la poesía y el deseo de muchos poetas y de algunos prosistas de recurrir a variantes más o menos peregrinas contribuyen a mantener vivas numerosas duplicaciones.

Entonces, por un lado, los defensores del italiano antiguo reviven formas y palabras que de otro modo habrían desaparecido; por otro, los devotos del uso vivo tienden a poner en circulación voces y formas regionales. Además, como siempre, los neologismos y

forestierismos recién adquiridos suelen aparecer en formas divergentes; y se necesita tiempo para que uno triunfe sobre los otros.

A lo largo de los siguientes apartados -tanto si se trata de fenómenos gramaticales como léxicos- podremos darnos cuenta de esta falta de compacidad de uso.

12. Escritura a mano

En el alfabeto tradicional, el uso de *j*, tanto en la inicial como dentro de la palabra para expresar la *i* semiconsonántica, es incierto,[83] así como en la final, como compendio de *ii*: quizá los que la usan, sobre todo en la final, superan ligeramente a los demás. Leopardi, que en sus escritos de juventud utilizaba la *j*, la abandonó más tarde resueltamente (en sus instrucciones a Brighenti, carta del 5 de diciembre de 1823, para la impresión de los cantos, prescribe: "No utilizar la *j* larga, ni minúscula ni mayúscula, en ningún lugar, ni en los pasajes italianos ni en los latinos"); sin embargo, cuando el editor Stella le pidió un artículo "para desterrar .... de los buenos escritos esa bárbara *j*", responde que condena "esa letra por inútil, pero que carece verdaderamente de autoridad y antigüedad" (carta del 9 de febrero de 1827).

Manzoni fluctuó mucho en el uso de la *j*: en los primeros grabados encontramos el signo, mientras que en los últimos ya no aparece; pero en los manuscritos autógrafos persiste incluso en años muy tardíos.[84] Se oponen a *la j* Puoti, Gioberti, Carena, Peyron y Lambruschini.

En el uso de los dobles, vemos oscilaciones muy fuertes: y no sólo las debidas a la reverencia purista por la Crusca (*appostolo*, *paralello*, *proccurare etc.*) o las debidas a las conexiones con el etimónimo, impulsadas principalmente por Gherardini (*Academia*, *catolico*, *publico* etc.), y viceversa *commune*, *millione etc.*): muchos norteños, cuya pronunciación nativa no les permite distinguir bien scempie de doppies, sobre todo en escritos confidenciales, se permiten frecuentes intercambios: en las cartas de Foscolo encontramos *cattarro*, *creppare*, *diriggere*, *piacciuto*, *tacciuto* y un *soqquadro* corretto en *soquadro*, en Berchet *cerrettani*, *schiffoso*, *piacciuto*, *griggi*, en Prati *tranguggiare* y *fantastagini*, en Rajberti *zuffolare* etc. Pero Leopardi, que escribe *carcioffo*, puede haberlo pronunciado así; y ciertamente con *-gg- lo* pronuncia Puoti que escribe, en sus cartas, *faggiolata* y *leggittimo*.

La falsa duplicación por parte de los escritores norteños abunda también en las palabras compuestas: *anzicché*, *sempreppiù* (*Conciliatore*), *dippiù* (Borsieri); incluso Foscolo y Manzoni llegan a escribir *stassera*. En cambio, Gherardini y los gherardinos escriben *adirittura*, *dacapo,* etc. (Borsieri). Muzzi, en sus inscripciones, utiliza *aqqua*, *naqqui*.

Otra fuente de oscilación es la ortografía de los palatales: *spregievole* (Borsieri), *sciegliete* (Rosmini), *camice* (plur. di *camicia*) (Cantù), *villaggietto* (Nievo), etc. Foscolo escribe, en una carta, *oglio* por *aceite*.

En las palabras extranjeras no adaptadas, se aplica en la medida de lo posible la pronunciación de los idiomas respectivos. Y cuando se escribió *guillotina* y *daguerrotipo, hay que* suponer que se leía (como se escribió después) *guillotina* y *daguerrotipo*.

No existe una regla definida para la asimilación de enclíticos tras formas verbales truncadas: Monti y Leopardi escriben *sovviemmi*, Guerrazzi *gittarommi*, mientras que otros prefieren *tienmi*, etc.

Palco scenico se sigue escribiendo en dos palabras (Pellico, *Concil*., 25 de julio de 1819), al igual que *Terra Santa* o *Terra-Santa* (Grossi); Guadagnoli y Giusti escriben *pian-forte;* en el mismo pasaje de la traducción de la *Geografia universale* de Malte-Brun (1815) se mencionan *altiplanos* y *mesetas*; en 1851 el Reino de Cerdeña emitió el primer *sello de correos,* mientras que Toscana emitió un *sello de correos.* El guión en palabras compuestas del tipo *italo-griego* y similares adquirió boga según el ejemplo francés.[85]

Se mantiene la tradicional escasez de acentos tónicos. Se atribuye una nueva función al circunflejo, la de indicar contracciones *(tôrre*) o creídas (*andâr* para *andarono*), con el fin, en su mayor parte, de evitar posibles homonimias.[86]

La diéresis vocálica se utiliza cada vez más en los textos poéticos: algunos emplean, como en francés, los dos puntos, mientras que otros prefieren un acento (generalmente agudo): "La cascata parer di Niagara" (F. Pananti, *Il poeta di teatro*, XXXIX, st. 27, ed. 1824).[87]

En el uso de las mayúsculas hay fluctuaciones, sobre todo las honoríficas: el joven Manzoni escribía *rey*, *emperador* y *papa* en minúscula, lo que provocó el enfado del padre Soave,[88] mientras que Cesari mantenía: "Siempre hago *rey*, y no *rey*; y creo que mejor hecho" (carta del 15 de febrero de 1815).

En cuanto a la puntuación, hay quienes le prestan muy poca atención, mientras que otros son muy cuidadosos: Leopardi, consciente de "que a menudo una sola coma bien colocada da luz a todo el período" (carta a Giordani, 12 de mayo de 1820), era "muy sofista" a este respecto (carta a Brighenti, 5 de diciembre de 1823), e incluso se propuso escribir un *Tratado sobre la puntuación*.[89] A menudo, en los textos tal como los leemos, la puntuación fue regularizada por los redactores.[90]

Las propuestas de reforma del sistema ortográfico no tuvieron eco, como la de un N.N., *Proposta per la rettificazione dell'alfabeto ad uso della lingua italiana*, Milán 1830, que quería introducir *la k* y la *y*, marcar la *i* y la *u* semivocal o semiconsonante con un gancho debajo, distinguir la *z* fuerte con un acento grave, indicar la *sc* palatal con un guión encima de la *c*, la *gl* palatal con dos puntos encima de la *g*, la *gn* con un punto encima de la *g.* Lambruschini habría visto con buenos ojos la introducción de *la k* en el alfabeto.

Sin proponerse reformar el sistema ortográfico, Gherardini, como hemos visto, se propuso en cambio retocar la ortografía de numerosas palabras sueltas, recurriendo a la etimología y a la analogía. Desarrolló, o más bien llevó hasta las últimas consecuencias, una tendencia que puede observarse a lo largo de los siglos (*anatomía* prevaleciendo sobre *notomia*, *África* sobre *Affrica,* etc.): así, quiso que no sólo se escribieran *academia*, *alume*, *amazone*, *bubone*, *catolico, etc.*; y *abbate*, *commodo*, *sabbato* (con la scempie y dobles según el uso latino), sino también *adomine* (por *abdomen*), *asente* (por *ausente*), *altretale,* etc. No le faltaron algunos seguidores: recordemos especialmente a Cattaneo, que aplicó y defendió una reforma muy próxima a la de Gherardini;[91] y aplicaciones del método de Gherardini vemos en escritores más o menos importantes (Giuseppe Ferrari, Rajberti, Dossi, e incluso, en algunas peculiaridades, Ascoli); pero en conjunto no logró imponerse.

13. Sonidos

Norteños y sureños empiezan a darse cuenta de ciertas peculiaridades de la pronunciación toscana que están mal representadas por el alfabeto (cf. p. 738).

La reducción de *uo* a *o* en el habla florentina (*bono*, *novo*, etc.) se remonta a las últimas décadas del siglo XVIII (cf. p. 669) y a principios del XIX.[92] En el uso literario, *uo* permanece estable, a pesar de la postura de Manzoni:[93] las oscilaciones que se producen en algunos pares se remontan a la tradición y no a esta novedad del toscano; así por ejemplo Leopardi utiliza *cuopre* y *scuopre en* prosa, *scopre* en verso. En cuanto al diptongo móvil, la regla es considerada por algunos como una reivindicación injustificada de los puristas[94] y es ampliamente ignorada, incluso por los escritores toscanos (*scuolare* en Giusti, *Lettere*, passim; *tuonare*, *tocado* en las *Memorie* de Montanelli).

La regla según la cual las palabras con *s* impura deben ir precedidas de *i* cuando van precedidas de consonante empieza a resquebrajarse: Guadagnoli escribe *no isviluppi*, *per isgravio*, sino también *in scuola*, y dos gramáticos de opiniones tan diferentes como Fornaciari (*Alcuni discorsi, cit.*, pp. 109-118) y Gherardini (*Appendice alle grammatiche*, cit., p. 556) coinciden en relajar el rigor de la regla.

La asimilación de la *r del* infinitivo a la *l* del pronombre enclítico sólo se da en el uso toscano plebeyo; en su mayor parte, los ejemplos que encontramos de ello en verso no son más que un recuerdo literario: *pagalli in rima* con *cavalli* en el *Poeta di teatro* de Pananti (c. L, st. 4), y, peor aún, *vedelli* in rima con *chiovelli*, en una versión de un romance español de Berchet (I, p. 261 Bellorini). En cambio, el toscano plebeyo es aludido por Giusti en "Delenda Carthago", v. 56: "E non vogliam Tedeschi: *arrivedello*".

En fuerte regresión es el truncamiento sintáctico. Leyendo en Ugoni *una versión de esta obra*, Foscolo querría corregirla (*Epist*., IV, p. 45), considerando este uso un vicio de los jesuitas del siglo XVIII, y "un prettissimo barbarismo" (2ª lección de Pavía). También Tommaseo (*Memorie poetiche*, p. 18 Salvadori) dice que esta "mala costumbre de truncar las palabras" le persiguió hasta los veinticinco años.[95] También en esto Manzoni intentó atenerse al uso florentino, pero sólo lo consiguió hasta cierto punto.[96]

14. Formularios

En el plural de los sustantivos, las principales fluctuaciones son las de los sustantivos en *-co* y *-go* (*traffichi*, que prefieren Gioberti y Manzoni; *parrochi*, *asparaghi*).[97] Para los sustantivos en *-a* observamos *camerata* (Foscolo). En los sustantivos en *-ello* existe el plural *capegli* no sólo en poesía sino también en prosa (D'Azeglio): siguiendo este modelo, Torelli escribe *zampigli* como plural de *zampillo*.

Entre los plurales de los compuestos, destacamos *sordi-muti*, que prevalece a principios de siglo (*Conciliatore*, passim), mientras que más tarde cambia a *sordomuti* (p. Ricci, *Prose letterarie* etc.).

Para los adjetivos, la principal fluctuación en el plural (y en el superlativo) es también la de las entradas en *-co* y *-go*: *aprici* (Clasio), *reciprochi* (Foscolo), *pratichi* (Puoti, Tommaseo), *poetichissimo*, *sofistichissimo* (Leopardi), *laconichissimo* (Manzoni).

Para formar el elativo, los puristas exhumaron el prefijo *tra-* (*trasuperbo*, Cesari, *tragrande*, Gioberti, Giordani, Mamiani, Farmi) y aún lo defienden los "Amici Pedanti".[98]

El superlativo relativo con el artículo repetido es todo menos raro: 'el estado el *más crudo de los* hombres' (Pecchio); 'el hombre el *más seguro de la* malicia de los hombres' (Leopardi, *Zibaldone*), 'el hombre *el más desesperado*' (Giusti), 'Gratis, e con dem dem demore *il più pudico*' (Guadagnoli) etc. (Leopardi, *Zibaldone).* De *acerrimo* algunos han perdido la noción de que es un superlativo: 'más *acerrimo* que nunca' (Giusti, *Cron*. *fatti Toscana*, p. 110).

Los numerales abreviados del tipo *venzei*, *quaranzette* no han desaparecido del todo, al menos en Toscana ("Son ventisette lire; ma per lei / Si ha da fare all'agevole, *venzei*": Pananti, *Il poeta di teatro*, cit., c. LVI; "più di *vensette* anni fa": Tommaseo, *Colloquii col Manzoni*, p. 31 Lodi), aunque Monti, al encontrar ejemplos en la Crusca de Cesari, se burló de ellos (véase p. 753).

En cuanto a los pronombres, es frecuente el uso de *he* junto a *ei* (también en prosa): Manzoni, al encontrarlo demasiado solemne, en la revisión de *Promessi sposi (Los novios)* lo sustituyó casi siempre por *lui* (cf. p. 760). *Eglino*, *elle*, *elleno* vuelven a utilizarse a veces ("O che novità sono *elleno* queste?": Guerrazzi, *Il buco nel muro*).

Bastante extendido, incluso en escritores no toscanos, está el uso de *gli*, *la, le como sujetos* ("Un re che *gli* era, fin dalla balia / pazzo pel pel gioco dell'altalena": Carbone, *Re Tentenna*; "*gli* è un castello di carta": Farini; "*la* è carriera di delitto e di sangue": Mazzini; "formola vaga e quasi mistica come le sono tutte le quelle del Mazzini": Farini) y de *e'* como sujeto impersonal ("*e'* v'è": Mazzini; "queste ferocie non sono credibili, ma *e'* sono avvenute tali e quali": Giusti).

Li y *gli*, como partículas objetivas de la tercera persona del plural, se intercambian con mucha frecuencia: algunos autores las utilizan promiscuamente, dejándolo "a juicio del oído" (Parenti, *Exercitazioni filologiche*, n. 2), mientras que otros (Gioberti, Manzoni) utilizan *gli* delante de vocal, *li delante de* consonante ("laddove l'ingegno trae fuori li, *li* fonde, *li* cola, *li* purga, *gli* opera, *gli* aggiusta": Gioberti, *Rinnovamento*).

Gli per *le (dativo* sing.) no es infrecuente (también aparece en Leopardi), mientras que *le* per *gli* es un dialectalismo (por ejemplo, en las cartas de Quirina Mocenni). *Gli* para *ellos (dativo* plur.) se encuentra en Leopardi, Tommaseo, Manzoni.

En los escritores del Véneto se confunde a veces *ci* y *si*: 'io e la Pisana fa gazzarra, contenti e beati di *vedersi* dimenticati' (Nievo, *Confessioni*). Sigue siendo bastante común *ci* ('nosotros, a nosotros').

En la posición enclítica, el lenguaje poético puede tener, además de *mi*, *ti*, *si, ci*, también *me*, *te* etc., una libertad que aprovechan no sólo los clasicistas (*Deporse*, Monti) sino también los románticos ('Del monte ove Gesù *trasfigurosse*': Grossi, *I Lombardi*).

Los pares de partículas cuyo segundo elemento es *lo* o *ne* también se contraen a menudo en prosa; *mel*, *tel*, *cel, vel* (y también *nosotros*). De acuerdo con el uso toscano, antiguo y moderno, a veces *gliene* también se aplica a *glielo*, etc. (rimandargliene por 'devuélvele', en una carta de Leopardi, 5 de marzo de 1836).

Todavía hay numerosos casos de pares de partículas en los que el dativo sigue al complemento de objeto: y no sólo en poesía ("*lo si* raccolse all'odoroso seno": Monti); tenemos por ejemplo "che *se gli* possa fare una camicia": Leopardi, Annot. canz. III; "*facendosegli* il freddo sentir sempre più": Manzoni, *Promessi sposi*, XVII; "il cuore *se gli* serrava": Cantù, *Margh*. *Pusterla*; "alle domande che *se le* facavano": Carrer, *Racconti*; "chi lo *si mise* patientemente in tasca fu lo Sgricciolo": Nievo, *Il Varmo*; etc.

Algunos plurales como *algunos profesores* (Berchet), algunas *decenas* (Tommaseo), algunas *esperanzas* (Cantù), *algunos años* (Carrer) están cayendo en desuso: Manzoni, que

tenía algunos ejemplos en la edición de 1827, los suprimió en la revisión. Véase también *nessune trattative* (Nievo).

Observamos algunos intercambios en el uso de *que* y a quien ("la nube de maldiciones, de *la que* le agravan los siglos": Mazzini), de *que* y *a quien* ("Francia, *a quien* se atribuye": Amari), algunos ejemplos de plural a quien ("a *quien* continuaron los ladrones" [= los que perseguían]: Giusti).

¿Qué?" encuentran los defensores (Fornaciari, Gherardini).

En cuanto al artículo determinativo, se observan en primer lugar estas dos peculiaridades: el plural *li* sigue existiendo, aunque en fuerte regresión;[99] ante *s* y *z* impuras, ambas formas se emplean casi libremente. *Li* persiste sobre todo en el lenguaje de los oficios, pero todavía es utilizado a veces, en prosa y en verso, por escritores clasicistas e incluso románticos ("*li* suoi pseudo-liberali": Breme, 1818; "se a forza di sproni *li* fianchi t'ho aperti": Prati). Gherardini y Cattaneo utilizan casi regularmente *li* ante vocales y *s impuras* (*li articoli*, *li uomini* etc.). Especialmente persiste *li ante s impura* (*li strilli*, Bresciani; *Alli spettri del 4 settembre 1847*, Giusti; *su li stinchi*, Carducci) y tras *per* (véase *más adelante*). Delante de *s* impura hay una gran oscilación, tanto en prosa como en poesía, en toscanos y no toscanos por igual: como mucho, se puede observar que en los norteños abundan los ejemplos del tipo con *i*: "ha sepoltura / già vivo, e *i stemmi* unica laude" (Foscolo); *i stenti* (Berchet); *i stupendi marmi* (Carrer); algo menos frecuente es el singular: "più azzurro *il scintillante* Eupili ondeggia" (Foscolo), *a spergiuro* (Berchet). También es más libre la alternancia entre el tipo *il zio*, *i zii* y *lo zio*, *gli zii*:[100] por citar sólo un ejemplo entre mil, en la misma página Rosini escribe un *zelante* y *degli zelanti* (*Risposta al cav. Monti*, p. 33).

Incluso en el uso de formas enteras o apostrofadas la libertad es muy grande, no sólo en verso sino también en prosa: leamos *un anillo* (Leopardi), *la istoria* (Colletta), *la idea*, *tutta la Italia* (Guerrazzi),[101] y viceversa *l'amicizie (*Foscolo), le *lettere e l'arti* (Mazzini), *l'ore* (Mazzini), *nell'idee* (Niccolini) etc.

En cuanto a las preposiciones articuladas, observamos en primer lugar la frecuencia de las formas *a'*, *de', ne'*, *co'*: la elección entre formas enteras y apostrofes se rige a menudo por razones de eufonía (por ejemplo, Mazzini escribe *de' bisogni e dei desideri*, para no repetir dos veces la misma sílaba). En el uso de los poetas, oscilan entre preposiciones articulares unidas (*dello*, *allo*) y preposiciones articulares separadas *(da lo*, *a lo*): por ejemplo, Leopardi pasa, de la *Batracomiomaquia de* 1815 a la de 1821, del primer método al segundo.

Después de *per* (e incluso después del raro *ver* 'verso') muchos usan *lo*, *li, de* acuerdo con la regla de los antiguos gramáticos: Leopardi observa constantemente la regla en prosa y verso, y considera 'error de lenguaje' *su ofensa* (reseña juvenil del Salterio versificado por Gazola, en *Scritti letter*., II, p. 168),[102] y así escriben no sólo Cesari, Monti, Perticari, Gioberti, sino también Amari (*per lo momento*, en carta de 1849) y Prati (per lo *deserto*, *per lo mondo*).[103] Carducci de la época de los "Amici Pedanti" escribe en una carta a Chiarini (1857) "rispondimi *per lo* procaccia" (respóndeme por la procesión); pero en la lírica a la muerte de su hermano, que es del mismo año, tiene las dos formas: *per li verdi oliveti* y *per i lieti campi*. Los menos respetuosos con estas prescripciones son los toscanos (para los campos *alegres*, Guerrazzi; *para los malos*, Giusti); y Fornaciari (*Alcuni discorsi*, cit., pp. 103-104), apelando a Bartoli, declara que la regla no es absoluta. Manzoni, que había utilizado *pel* (y *pello*, según la posición) en las *Promessi sposi* de 1825-27, cambia a *per il* (*por lo*) en la edición de 1840.

Para los verbos tenemos una gama muy amplia de variantes.[104] En primer lugar, en la lengua poética siguen siendo utilizables terminaciones y formaciones que han caído en desuso: *avemo* (Manzoni, 'Nome di Maria'), *avièno* (Monti, *Mascher.,* III), *ghirlandorno* (Monti, *Mascher*., III) etc. Pero incluso en prosa encontramos con frecuencia variantes que los gramáticos clasifican como antiguas o poéticas: *dee* o *debbe*; *dicea*, *parea*; *fia* ('cuando la tocan sus hijos', de nuevo en una carta de Guerrazzi de 1865); *saria* etc.; *corre*, *sciorre*, *torre* per *cogliere*, *sciogliere*, *togliere*.

Tampoco son raras las formas peculiares que afloran en los toscanos: "cuando *me hablaste de ello*", 2ª persona del plural: Fanny Targioni Tozzetti, carta de 1838; "*fuiste* amigo y compañero del heroico Giovannetti": De Laugier, *Concisi ricordi*, cit, p. 200; "en terciopelo y grandes botas como *nosotros":* Giusti, carta de 1841 a P. Thouar, en *Epistol*., I, p. 388 Martini; curiosas las formas del pasado remoto y del condicional utilizadas por el general elbano De Laugier, que no era muy letrado: *raccolsamo*, *sparsemo*, *avrebbemo*,

traverserebbemo;[105] más afortunado que los demás, aunque no inmune a la crítica, el constructo *vamos:* "*Si par* di carne, e siamo / costole e stinchi ritti" (Giusti, "La terra dei morti"); "tutti *si può* mancare" (Manzoni, *Promessi sposi,* cap. XIX) etc.

Entre los no toscanos, aparecen aquí y allá formas regionales, como las habituales -*assimo*, -*essimo,* -*issimo*, terminaciones septentrionales y románicas para la primera persona del condicional ("*vedressimo* tanto volentieri": Giulia Manzoni Beccaria, carta de 1826; "quello che noi *vorressimo*": Costanza Arconati, carta de 1832).[106]

En el presente de indicativo, en la 1ª persona del plural, es frecuente un endurecimiento del sujeto antes de la terminación: *tenghiamo*, *ponghiamo*, *distrugghiamo* y también *conoschiamo*. Las mismas formas se dan para el subjuntivo, que también tiene formas similares para la 2ª persona: *accolghiate*, *dirighiate*.

En el imperfecto sigue muy viva la primera persona en -*a*, pero junto a ella es igual de frecuente la forma en -*o (*que "se ve en presente en la escritura fina": así Mastrofini, hablando del paradigma del *temere*. Los escritores toscanos conocidos utilizan también las formas en -*a* (*era*, *aspettava*, *sapeva*: Giusti), alternándolas a veces, con algunas páginas o algunas líneas de diferencia, con las formas en -*o* (*conchiudeva*, *doveva*, ma *amavo* en la *Apologia* de Guerrazzi). Manzoni, en sus *Promessi sposi (Los novios)* de 1825-27, y en las cartas anteriores y de algunos años después, utiliza casi siempre la forma en -*a* (sólo he marcado un *bramavo* de 1829, frente a muchas formas en -*a*); en la edición de 1840 corrige *faceva*, *non pensava* en *facevo*, *non pensavo,* y se atiene a esta forma en cartas posteriores (*sapevo*, 1850).

En un pasado lejano, formas del tipo *ebbimo* aparecen no pocas veces, en 1ª persona del plural, en toscanos (mencionamos a De Laugier) y no toscanos (*vidimo*: Gargallo; *ebbimo*: Rajberti; *seppimo*: Nievo).

La terminación -*i* para la segunda persona sigue siendo común en el subjuntivo: *abbi*, *facci*, *vadi, vogli*.

Las formas condicionales en -*ia* siguen apareciendo aquí y allá, incluso en prosa, y el uso debe examinarse autor por autor: por ejemplo, Leopardi en la *Operette morali* prefiere el tipo *saria*, *dovria delante* de una consonante, pero *sarebbe*, *dovrebbe* delante de una vocal.[107]

Sigue siendo muy frecuente el uso de *avere (tener)* como auxiliar de verbos construidos habitualmente con ese verbo, incluso cuando se usan como reflexivos: "quand anche non *si fosse conseguita l*'indipendenza, *si avrebbe giovato all*'onore italiano": Foscolo, carta de 1815; "pare che il poeta *si ha proposto*": Leopardi, in *Nuovo Ricogl*, 1825; "un fraile se *ha encargado de enviarme* vuestros libritos": Puoti, carta de 1845; "todo el vino que *habéis bebido"*: Guerrazzi, *Apologia*; "aquel día *debería haberse* instalado solemnemente la nueva Señoría": Capponi, *Storia della repubblica di Firenze*, II, p. 439.

Algunas observaciones sobre las palabras invariables.), *mo* (Manzoni, *Promessi sposi*, 1827), *oggimai* (Mazzini), *avvegnadio* (Guerrazzi), *appo* (Manzoni, carta de 1826; *tenere appo Renzo* en Promessi *sposi de* 1827 se sustituye por *tenere presso di Renzo*), *contra* (Breme), *fuora* (Manzoni, carta; un par de veces en *Promessi sposi* de 1827; en verso, en el himno de Garibaldi por Mercantini "Va' *fuora* d'Italia").

15. Construye

Las tendencias opuestas se reflejan en las construcciones más que en otras partes. Los clasicistas abundan en construcciones inspiradas en el latín y el griego y en los escritores clásicos italianos: acusativos con infinitivo (muy copiosos, por ejemplo en Gioberti), acusativos a la griega, ablativos absolutos, infinitivos históricos, etc.; los puristas, además de utilizarlos, recuperan construcciones arcaicas: por ejemplo, Puoti utiliza alegremente el acusativo con infinitivo (muy copioso, por ejemplo en Gioberti), el acusativo griego, los ablativos absolutos, los infinitivos históricos, etc.Los puristas, además de hacer uso de ellos también, reviven construcciones arcaicas: por ejemplo, Puoti utiliza alegremente la elipsis de *que* ("todo lo que haces por mí": carta a Luigi Fornaciari, 1846; "que me dijiste": carta a Salvatore Betti, 1846). Por otra parte, se nota una fuerte influencia francesa; y los toscanismos y dialectalismos afloran en diversos grados.

El artículo con los apellidos se omite a menudo, sobre todo con los más ilustres (y también con los de los extranjeros): véase la discusión de 1817 entre Leopardi y Giordani (*Epistol*., I, pp. 99 y 106) y las excelentes notas de D'Ovidio sobre el uso de Manzoni.[108]

No es raro utilizar el partitivo después de adverbios de cantidad: más que *fidelidad*: Leopardi, 1816; *más que precisión*: Berchet; *mucho de regularidad*: Torelli, *Ettore Santo*, p. 310; cf. también *una decena de volúmenes*: Giusti, carta del 22 de diciembre de 1846.

El participio presente con pleno valor verbal es muy raro, y suena literario ("a me giovane annunziante che il Rosmini verrebbe": Tommaseo, *Colloquii col Manzoni*, cit., p. 181) o burocrático ("i Rappresentanti il Municipio": en un manifiesto, Cesena 1828; "Firmado al pie del original: / Minosse presidente il Tribunale": Guadagnoli, *Poesie*, p. 521 De Rubertis).

Rara y meramente literaria es también la construcción de gerundio con *in*: "ma il cor mi rode acerba / doglia *in pensando*": Monti, *Iliade*, XVI; "O sopiti *in aspettando*": Manzoni, *Resurrezione*: también en prosa: "*in leggendo* quel tenero vostro Sonetto": Monti, a Rosini 1818.

Aún más raro es el infinitivo con *in*: "mucho me dolió *leer* que eras": Puoti, carta de 1844.

Hay mucho que señalar sobre las regencias de los verbos, a veces influidas por el uso dialectal ("lo intesi *a* russare": Torelli; "pensate... che turbamento mi produsse il sentire il Manzoni *a* proporre...": Bonghi), y en el uso de tiempos y modos (para expresar un futuro dependiente de un pasado es frecuente el condicional simple: "mi pareva che quell'architettura, trasportata sotto il sole d'Oriente e tra le nebbia britanniche, *armonirebbe* del pari": Tommaseo, "I monumenti di Pisa", en *Bellezza e civiltà*, 1832).[109]

En el orden de las palabras, los clasicistas siguen poniendo a veces el verbo al final para elevar el tono de sus escritos ("la vita mia che ormai verso l'occaso inchina": Botta, carta del 20 de diciembre de 1831). Con la misma finalidad, en los grupos de sustantivo y adjetivo, los adjetivos con valor limitativo y los adjetivos étnicos preceden a veces al sustantivo en lugar de seguirlo ("en esta Europa occidental": Farini, *Lo Stato Romano*, I; "le tracce delle fortuna napoleoniche": *ibíd*.; "nel vedersi molto appianata la via nel parlamentare arringo": Cavour, discurso del 5 de febrero de 1852).

Los versos conservan una amplísima facultad de transposiciones, incluso de los románticos ('Ma il periglio d'Ulrico ogni malnata / mitigando pur venne ira scortese': Grossi, *Ulrico e Lida*, I; 'Sento un soave di patir desio': Tommaseo).[110]

Abundan los encierros pronominales, incluso en la prosa más prosaica: podemos pensar en una intención un tanto arcaizante cuando leemos en una carta de Botta (20 de diciembre de 1831): "*Tienmi* Parigi e ancora *terrammi*", pero ciertamente no hay una intención similar cuando Borsieri escribe (*Concil*, n. 70): "Su padre *lo había* destinado al estado eclesiástico; sin embargo *fue a* Gotinga", o cuando Rosmini escribe a Tommaseo (22 de septiembre de 1831): "Manzoni *me ha escrito* una hermosa carta", o en los numerosos *puossi*, *diessi*, *trasportossi*, *lasciommi*, delle *Mie Prigioni* de Pellico, o cuando De Laugier escribe: "aquellos entre nuestros conciudadanos que *os niegan* esta justicia" (*La milizia toscana*, p. 38). La abundancia de enclíticos en las cartas de Carducci a Chiarini, en los años de los "Amici Pedanti" ("*Mandoti* subito il sonnetto", 1856; "Sceglierai questi, *metteraili da* parte", 1857), quizá no sea sin intención.

En cuanto a la estructura del periodo, a pesar del esfuerzo dedicado por los clasicistas a restaurar el arte de los periodos amplios armoniosamente equilibrados, el esquema de periodo corto impuesto en el siglo XVIII sigue prevaleciendo en el uso común. Tanto es así que en algunas reimpresiones de los clásicos, los editores se toman la libertad de introducir pausas: Moreni, en el prefacio a *Ricordi* del cinquecentista Domenico Mellini (Florencia 1820, p. 17) se queja de que en la reimpresión de Pisa de Guicciardini "con atrevido empeño se cortan los períodos con pausas para facilitar la lectura, y no cansar los pulmones de los lectores con su pretendida excesiva duración". Gioberti defendió el derecho de los escritores a desplegar muchas ideas "con un solo circuito sabiamente urdido", en lugar de "con diez puntos estrangulados, como se hace en nuestros días".[111] Y Mamiani observó[112] que mientras "en el siglo XVI los maestros del arte adaptaban varios estilos a varios estilos de época..., hoy somos tímidos e intolerantes con cualquier amplitud de época, y queremos romper no que desatar todos los miembros del discurso". "Podría citaros", añade, "un autor nuestro que despierta merecidamente gran fama por su sabiduría y facultades muy raras, que no abandona para siempre sus construcciones regulares del nominativo, verbo y acusativo. Juicios incompletos, ciertamente; pero tengo la impresión de que quienes ampliaran debidamente su búsqueda verían corroboradas las observaciones de Mamiani.

16. Coherencia del vocabulario

No pretendemos dar más que una pálida idea del léxico de principios del siglo XIX y de sus innovaciones en comparación con el léxico de los siglos anteriores.

En primer lugar, recordemos las repercusiones de la fuerte sacudida que supuso para la vida italiana la invasión francesa y todo lo que siguió hasta 1814. Al principio sólo conocíamos los acontecimientos de Francia y el vocabulario correspondiente; ahora muchas de esas palabras del vocabulario se aplican a los nuevos acontecimientos italianos.

El modenés Bartolomeo Benincasa, en el *Monitore Cisalpino* de mayo de 1798,[113] da una lista de palabras "recién llegadas a Italia, o de nuevo significado, o de antiguo, pero cambiadas y tergiversadas": *adjourn*, *alarmist*, *aristocracy*, *arrest*, *activate*, *avocation*, *citizen*, *civism*, *cliscian*, *corporation*, *correctional, correction*, *constituent, constituted*, *democracy*, *equality*, *emigrant, emigration*, *ex* (particle preposta), *federalism*, *federalist*, federative, *federation filantropía*, *libertad, libertario*, *masa*, *mención honorífica*, *moderantista*, *monarquía*, *movimiento*, *nación*, *oligarquía*, *organizar*, *patriota, patriotismo*, *pueblo*, *provisional*, *informe*, *resolver*, *revolución, revolucionario*, *sanculot*, *scioano*, *teocracia*, *teofilantropía*, *tiranía*, *vendista*.

Más tendencioso fue el anónimo que publicó en Venecia en 1799 un *Nuovo Vocabolario filosofico-democratico (Nuevo Vocabulario filosófico-democrático), indispensable para todo aquel que anhele comprender el nuevo lenguaje revolucionario*.

Si hiciéramos un repaso completo de los neologismos surgidos hasta 1814 a raíz de la nueva organización de los departamentos anexionados a Francia y de los nuevos estados satélites, encontraríamos importantes innovaciones. *El* ya citado *Elenco di alcune parole oggidì frequentemente in uso*, le *quali non sono ne sono ne ne l' vocabolari italiani*, de Giuseppe Bernardoni (Milán 1812) nos da una idea.

Algunas entradas entraron en uso brevemente y luego desaparecieron (como los nombres de los meses del calendario republicano), otras arraigaron con fuerza (como los nombres de las medidas: *gramo*, *metro,* etc.). Numerosas palabras fueron introducidas en el uso por el Código napoleónico (por ejemplo, *bienes raíces*, *libertinaje*, *régimen de propiedad comunal, etc.*), y muchas de ellas persistieron más allá. Lo mismo puede decirse de varias instituciones judiciales, administrativas, militares (*tribunal de casación*, *oficial*, *real*, *suboficial, etc.*); y en general de un gran número de rúbricas burocráticas (*cajero*, *control*, *proceso verbal*, *cerdos,* con valor colectivo; *mensual* en lugar de *mensual*, *aduana*, *postal*, *retroactivo*; *centralizar*, *monopolizar,* etc.).

El nombre *tricolor,* que en el momento de su aparición sólo indicaba la tricolor francesa (azul-blanca-roja), pronto designó la nueva bandera italiana (verde-blanca-roja), bandera de la Cispadana y luego de la Cisalpina: tras diversos acontecimientos, en 1848 fue reconocida por todos como el símbolo de la Italia constitucional.

La Restauración restableció parcialmente las antiguas terminologías. Después, se produjeron muchos cambios nuevos en la terminología oficial de los distintos estados durante los levantamientos de 1848 y luego en 1859 y 1860. Luigi Carlo Farini dijo en 1859: "En el nuevo año, desde Piacenza hasta Cattolica, todas las leyes, reglamentos, nombres e incluso alguna que otra palabra serán piamonteses". Pero de esto hablaremos en el capítulo XII.

Los acontecimientos, a veces turbulentos, a los que se vio sometida la vida política en estas décadas explican la multiplicación de palabras referidas a la vida política. El nombre de *Risorgimento*, que ya había designado en el siglo XVIII en Piamonte y Lombardía una aspiración más o menos vaga a una mejora de la suerte de Italia, adquirió en 1847-48 un significado decididamente político (recuérdese *Il Risorgimento* fundado por Cesare Balbo el 15 de diciembre de 1847).[114]

Las sectas llevan diversos nombres: tanto la de *Carbonari* (con los términos relacionados de *barraca*, *venta*) como la antitética de *Calderari* siguen el patrón semántico de *los masones* (*libres*); otras son acuñaciones cultas: *Adelfi*, *Apofasimeni*, etc.

Si sólo se puede hablar de verdaderos partidos, en el sentido moderno, a partir de 1848, los nombres de tendencias y agrupaciones aparecen mucho antes. Si algunos de estos nombres son exclusivamente italianos (como *sanfedista*, *olonista*, *albertista*, *muratista*), la mayoría se relacionan con nombres similares franceses o ingleses: *derecha* e *izquierda*, *liberal*, *absolutista*, *legitimista*, *conservador*, *moderado*, *radical*, *constitucional*, *progresista*, *oscurantista*, *comunista*, *socialista*, etc.

Liberal, por ejemplo, tiene una larga incubación, que del significado latino de 'generoso, de mente abierta' lleva la palabra a un significado político. Ya Baretti, en una carta de 1766, habla de los italianos unidos "bajo el mismo gobierno, ya sea liberal o despótico". Dos

episodios acentúan el significado político de la palabra: M.me de Staël que en 1790 declara "je défends les idées libérales", Napoleón, que en su proclama del 19 de Brumario de 1799, el día después del golpe de estado, proclama que "les idées conservatrices, tutélaires, libérales sont rentrées dans leurs droits". Y, finalmente, en las Cortes de Cádiz, mientras se discutían las finanzas, el grupo *liberal,* que, habiendo renunciado a sus emolumentos, defendía las libertades públicas, se separó del grupo *servil*, partidario de los viejos abusos económicos y de las opiniones retrógradas: con este último paso, la palabra se convirtió en nombre de partido.

El fusionista entró en circulación en 1848, cuando se debatía si Lombardía y los demás que habían recuperado su libertad debían "fusionarse" con Piamonte o no; *el separatista nació* en Niza en 1859, cuando algunos planeaban ahora "separarse" de Piamonte para unirse a Francia.

Reaparecen nombres políticos afectivos: bien referidos despectivamente a los extranjeros (a los austriacos se les llama *caiserlicchi*, *mangiasego* o *segoni*, *patatucchi*, *plùfferi*, *tognini*; dottamente también *lurchi*), bien a diversas tendencias o partidos: *codini* y *parrucconi* (nombres nacidos en 1799, de la peluca que aún llevaban los conservadores, mientras que los revolucionarios habían renunciado a ella), *funari* (apodo dado en Lucca en 1848 a los retrógrados), *malva*, *malvini* (moderados), *cupolini* (en Florencia 'campanilisti'), *arruffapopoli* (voz acuñada por Giusti, de gran éxito). También encontramos a menudo apodos jocosos dados a diversas milicias (*lucernini* 'carabinieri', *polpini* 'soldados croatas' en 1848, etc.).

Incluso las *alianzas implican* una implicación política; son las "patillas" como las llevaba Francisco José, y por tanto implican una "fe", un "certificado político" como buen súbdito austriaco. Los *héroes de la Sexta Jornada* aluden a los Cinco Días de Milán. El *Cuarenta y ocho* 'incendio político sin consecuencias duraderas' expresa las decepciones que siguieron a las esperanzas del Cuarenta y ocho. El nombre *barabba* surgió en el levantamiento milanés del 6 de febrero de 1853. También fueron numerosos los lemas históricos popularizados en esta época: la *carne de cañón* (atribuida a Napoleón), el *concierto europeo* (Acuerdo de Chaumont, 1814), los *hechos consumados* (Barrot, 1831), la expresión geográfica ("Italia es una expresión geográfica": Metternich, 1847), la *lucha de clases* (Marx, 1848), Italia se hará *a sí misma* (lema de la sociedad secreta de los Rayos, refrendado por Carlos Alberto en 1848), la *negación gubernamental de Dios* (popularizada por Gladstone, 1851), el *grito de dolor* (en el discurso de Víctor Manuel II del 10 de enero de 1859), etc.[115] Primero la mística jacobina, luego la de Mazzini, trasladaron a menudo palabras de origen religioso al terreno patriótico (los *mártires de la libertad*; "los muertos de nuestra *religión nacional*": Mazzini, carta del 29 de agosto de 1855, etc.).

Los acontecimientos literarios también tuvieron una gran influencia en el lenguaje cotidiano: la restauración neoclásica, el purismo, el advenimiento del romanticismo. Monti utilizó el latinismo *reducido en* la *Ilíada* (y Manzoni en un sentido ligeramente distinto en el coro de Ermengarda): luego, en 1848, se organizó en Roma un batallón de *veteranos*.

Para designar los nuevos inventos se utilizaban a menudo formas clásicas: así, el *velocípedo*, el *celerípedo*, la *cerilla*.

El movimiento *romántico* apareció también en Italia: el término, tras una larga incubación anglofrancesa (siglos XVII-XVIII), adquirió un valor netamente literario en el círculo de M.me de Staël, en el que se fijó la oposición entre *romántico* y *clásico;* y sabemos qué importancia adquirieron la noción y la palabra en Italia.[116] El Romanticismo modificó ampliamente el vocabulario, con la importancia concedida a todo lo sentimental (*ideas color de rosa*), con el realismo empujando a describir cosas que antes se habrían pasado por alto (ambientes populares, rústicos, etc.), con el amor por lo fantástico, lo exótico, lo medieval (cf. pp. 742-743). La polémica de los románticos contra la mitología vuelve un tanto ridículas perífrasis como *el santuario de Temis*, el *reino de Neptuno*, tan queridas por los clasicistas. Con el romanticismo nace el adjetivo *primaveral* (que al principio competía con *primavera)*, se extiende el *otoñal*, antes muy raro. Se acuña *medieval* (junto a *medieval*, luego desaparecido). Entra en el uso *vespertino*. Nuevas formas poéticas son la *balada* (diferente de cómo se llamaba en la Edad Media) y el *romance*. Eufemismo romántico es el nombre de *mal sottile*.

Entre los escritores, algunos son más proclives a acuñar neologismos, mientras que otros los evitan. Giusti, por ejemplo, escribió *arfasatteria*, *arlecchineggiare*, *arruffapopoli*, *articolaio* (véase p. 798), *birrocratico*, *castrapensieri*, *grinzume*, *innaiolo*, *insugherire*, *meritometro*, *nipotame*, *puerpero*, *scalessare*, *sonniloquio*, *vanume*, etc.; Gioberti, además de

renovar numerosas palabras grecolatinas e italianas de los primeros siglos, acuñó contrascossa, contrascossa, que era el más común.Gioberti, además de renovar numerosas palabras greco-latinas e italianas de los primeros siglos, acuñó *contrascossa*, *chronotopo*, *fogliettista*, *scattedrare*, *scriviarticoli*, *torcilegge, etc*.; Mamiani acuñó *bronzeo (que arraigó*) y *quercioso* (que no arraigó).

Y numerosas palabras y frases de escritores individuales se divulgan con valor alusivo y luego a veces genérico: la *sombra de los cipreses* de Foscolo y el *Sardanápalo lombardo, el procombere* y los *papeles sudados* de Leopardi, la *deshonra del Gólgota* de Manzoni y la *Perpetua* de Manzoni (y también *Perpetua* - véase p. 800).

El melodrama afecta al lenguaje de diversas maneras: con reminiscencias popularizadas de frases, como *il suon dell'arpe angeliche* (de *Poliuto de Donizetti, libreto de Cammarano*), *una furtiva lacrima* (de *Elisir d'amore de* Donizetti, libreto de Romani), *ultimo avanzo / d'una stirpe infelice* (de *Lucia di Lammermoor* de Donizetti, libreto de Cammarano), *invenzione prelibata* (de *Barbiere di Siviglia* de Rossini), *disperato è l'amor mio* (de *Francesca da Rimini de* Pellico), *di quella pira l'orrendo fuoco* (de *Trovatore* de Verdi, libreto de Cammarano) etc., y además con la boga que recibieron ciertas palabras. Las cartas de Byron a la condesa Guiccioli, escritas en un italiano bastante aproximado, están llenas de palabras, gestos, truncamientos que revelan como fuente el lenguaje del melodrama: "con quei soavi palpiti", "todo depende de ti, mi vida, mi amor, mi honor".[117] *Palpito*, aunque existía al menos desde el siglo XV, y había sido utilizado por algunos escritores de principios del siglo XIX (Leopardi, Guadagnoli, Rosini), no estaba registrado en los vocabularios: pero "la famosa cavatina *Di tanti palpiti - di tante pene*[118] ha introducido en todos los oídos, e impreso en todos los corazones italianos, su sonido y su significado";[119] *traviata* ha adquirido un amplio valor debido a la moda de la ópera de Verdi; y antonomas como *Dulcamara* "el farmacéutico charlatán" (de *Elisir d'amore* de Donizetti, 1832) y *Figaro* (que se remonta a Beaumarchais, pero debe su fortuna italiana a Rossini) se deben al conocimiento de los personajes del melodrama. Nacieron las máscaras de *Stenterello* (1798) y *Gianduia* (1808). De un tal Luigi Anzampamber se derivó el nombre *Anzampàmber* para "guitto" (*Enciclopedia italiana*, s.v.), que persistió durante mucho tiempo en el lenguaje teatral del siglo XIX.

Algunas expresiones surgen en el lenguaje de los teatros y se extienden más o menos también fuera de ellos*: hacer furor*, *ser sesentero*.[120]

El periodismo político e informativo refleja, casi siempre sin originalidad y en cambio con frío énfasis, las tendencias literarias de la época, oscilando entre el clasicismo y el romanticismo. De un artista fallecido se dice que "deja un lugar de viuda en el arte", de un político que "recibe las manifestaciones más frenéticas"; los temas son "palpitantes de actualidad".

Se abusa de los resúmenes en los periódicos y en los escritos de los literatos. Tommaseo se queja: 'de un hombre célebre que habla en Francia se dice (y ciertos italianos fangosos repiten) *una cumbre*, una *ilustración*, *una celebridad*: y éstas son las figuras de nosotros los italianos. A partir de ahora, para decir Ariosto diremos *ariostizzazione* y para *Petrarch petrarchità*";[121] y Giusti, en su sátira "Los humanitarios", opina que

se hablará
una lengua mescificada
todas las frases aéreas;
y ya por ciertos tales
en poemas y periódicos
empiezas a escribir.

Se hace un amplio uso del vocabulario burocrático y de los forestierismos. La reacción contra estas palabras, especialmente mantenida por los puristas, suscita muchos escrúpulos. Los diversos autores de esa tendencia son ahora más o menos estrictos, y no pocas veces se encuentran en contradicción entre sí:[122] pero, en conjunto, su obra no ha sido inútil. Si no consiguieron deshacerse de la mayoría de las palabras contra las que luchaban (*control*, *perecer*, *insignia*, *función*, *inspector*, *licencia*, *masacre*, *privativo*, *proclamación*, *protocollare*, *provisional*, *traslado*, *mudanza y* mil palabras más fueron aceptadas por todos), otras cayeron en desuso (*cadò*, *mantò*, *merìa*, *tirabussòn* etc.; degradación, extremare, delitos, etc.; degradar, extremare, delitos, etc.).Otros cayeron en desuso (cadò, mantò, merìa, tirabussòn etc.; *degrado*, *estremare*, *reatizzare*, *renuenza*, *speranzare etc.*); otros quedaron en una especie de limbo: aceptados por la mayoría, pero considerados

ilegítimos o confinados al uso de oficina por otros (*bisutería*, *dettaglio*, *rimarco*; *miglioria*, *dilazionare* etc.).

En cambio, con menos reparos puristas, fluyen en el léxico palabras referidas a nuevos objetos de la vida práctica. Así tenemos nombres que se refieren a la ropa masculina (civil y militar) y a la femenina: *pantalones*,[123] la *corbata*, el *paltò*, el *raglán, el (sombrero de copa* o) *staio*, la *tuba*, el *gibus*, el *corsè*, el *figaro*, el *miriñaque*, el *peregrino*, la *boa,* etc. Recordamos el *percal* y la *tela escocesa,* y los nombres de colores *magenta* y *solferino*, acuñados con motivo de las dos batallas. También mencionamos algunos nombres de bailes que se pusieron de moda en estos años: la *mazurca*, la *polca*, el *vals*.

El uso de *puros* (y, tras la guerra de Crimea, de *cigarrillos*) se generaliza; en 1832 aparecen las *cerillas* fosforadas, que sustituyen a las antiguas y poco prácticas *cerillas* de azufre.[124]

En el ámbito del tráfico, cabe citar los *celerifers* y los *omnibuses*; *los velocifers*, *las draisiennes*, las *bicicletas*; y una rica nomenclatura de tipos de coches de caballos: *tilbury*, *padovanelli*, etc. Con la introducción del *ferrocarril* en Italia (1839) comenzó una terminología totalmente nueva:[125] *locomotora*, *vapor*,[126] *vagón*, *ténder*, *raíl* (más tarde sustituido por *raíl*), *túnel*, *viaducto, etc*. *Ferrocarril* aparece un poco más tarde, en 1852.[127] Un proyecto de *tranvía* ("ferrocarril tirado por caballos") aparece en 1856.[128]

El gran progreso de las ciencias lleva a una fuerte expansión de la terminología casi al mismo tiempo en todas las lenguas de Europa Occidental; las aplicaciones de las ciencias en la vida práctica y el conocimiento que el público tiene de ellas hacen que muchos de estos términos se conozcan ampliamente.

Así vemos surgir en estas décadas innumerables términos nuevos de la química, como *boro*, *cloro*, *aluminio*, *calcio*, *yodo*, *sodio*, *dextrina*, *glicerina*, *parafina*, *estearina*, *morfina*, *ácido carbólico*, *cloroformo,* etc.

La medicina identifica la *difteria*, la *encefalitis*, la *flebitis*; estudia el *tifus*, la *cirrosis*, *el vibrio*, *las bacterias*, etc. Se utiliza la *auscultación; se* desarrolla la *higiene*; surgen la *homeopatía* y la *frenología*, que ganan muchos adeptos (de la frenología procede la expresión *tener un bulto* por 'tener una habilidad marcada').

Los zoólogos (por ejemplo, *plantígrado*) y los botánicos forjan muchas palabras nuevas; algunas que sólo se utilizaban en los tratados científicos entran en el uso común. Por ejemplo, *libellula pasa* del latín al italiano;[129] y así *medusa*; el término linneano *criptógamas,* que sólo conocían los especialistas, se popularizó hacia mediados de siglo, con la difusión del oídio de la vid, que suele denominarse *criptógama*.

Del mismo modo, *gas,* de ser el término físico que era, pasó a ser la palabra habitual cuando se generalizó el uso del gas de alumbrado (en la segunda década del siglo).

La geografía física empieza a hablar de *altiplanos* o *mesetas*; los mineralogistas acuñan palabras como *dolomita*; los geólogos estudian la *estratigrafía de* las rocas, acuñando numerosos términos nuevos (*aluvial*, *trias*, *lias*, *eoceno*, *plioceno*, *devónico*, *pérmico,* etc.); nace la *paleontología.*

Y nacieron otras muchas ciencias o ramas de la ciencia: por ejemplo, la *lingüística* o la *glotología*, la *antropometría*; nuevas técnicas como la *litografía*, la *fotografía* (al principio *daguerrotipia* o *daguerrotipo*). Grandes y pequeños se divirtieron con el *caleidoscopio; los* primeros experimentos de mecanografía se realizaron con el *taquígrafo* o *taquiotipo*, mientras que el nombre de *dactilógrafo* designó por primera vez un instrumento con teclas utilizado para conectar a ciegos y sordomudos.[130]

Estos pocos indicios bastan para darnos una mínima idea de lo que amplias investigaciones metódicas, llevadas a cabo en diversas vertientes, podrían decirnos sobre el movimiento del léxico en este periodo.

Los procedimientos derivados son los habituales. Detengámonos en algunas de las formas más frecuentes. Entre los prefijos, el *in*- negativo está muy en boga: a veces las acuñaciones reproducen directamente un modelo latino o moderno; más a menudo son formaciones directas. Aquí tenemos, por ejemplo, *illacrimato* (Foscolo), *illodato* (Perticari), *impoetico* (Leopardi), *imponderabile* (Gioberti etc.), *impremiato* (*Conciliatore*), *inaffettato* (Leopardi), *indelibato* (Leopardi), *inesatto* (Foscolo etc.), *infilosofico* (Pellico), *inobbedito* (Foscolo), *inoffensivo* (Pananti), *insalutare* (Colletta) etc.[131] Entre los prefijos elativos, hemos visto que los puristas han intentado reintroducir *tra*-; pero sigue prevaleciendo *stra*- (la *Straultra*, Giusti, 1848), y no falta *supra*- (*supra-romántico*, Visconti).

Entre los sufijos, cabe destacar la fortuna de -*aio* para formar voces jocosas: "vo' siete -*minestraio*, *lessaio*, *fritturaio*, - *pasticciaio*, *arrostaio*, *polpettaio*" (Pananti, *Il poeta di teatro*,

c. 37), *catalogato* (Di Breme), *articolaio* (Giusti),[132] *gesuitaio (*Cattaneo), *libertaio* (Gargani), etc. El sufijo -*ista tiene mucha* suerte en el lenguaje político (cf. p. 790); pero es igualmente productivo como sustantivo de profesión: aparece ahora como *pianista, por* ejemplo.

También merece la pena estudiar la fortuna internacional de ciertos sufijos en el lenguaje científico: por ejemplo, -*oid* en *asteroide*, *metaloide*, *antropoide*, *alcaloide*.

El sufijo -*ializar* está muy de moda, siguiendo el modelo francés, sobre todo en el lenguaje burocrático (*centralizar*, *economizar*, *movilizar*, *monopolizar*, *numerizar*, *popularizar*, *cociente*, *utilizar,* etc.), pero también, por ejemplo, en el filosófico (Rosmini utiliza *individualizar* y *universalizar*).[133] Los puristas[134] se opusieron enérgicamente, lo que explica que muchos verbos en -*ialismos,* en boga en este periodo, hayan desaparecido desde entonces (por ejemplo, *movilizar* ha sido sustituido por *movilizar*).

La derivación inmediata da lugar a numerosos deverbales en el lenguaje burocrático: *accompagno*, *allargo*, *ammanco*, *sodisfo, spreco*; *compensa*, *consegna* etc. Actualmente se pasa de sost. *agrario* a adj. *agrario,*[135] bajo la influencia del análogo *regnicolous*[136] y el fr. *agricole* agg.

Son frecuentes los sustantivos de adjetivos, tanto en el lenguaje científico (lo *calórico*, lo *eléctrico*) como en el burocrático (el *balance final*, el *presupuesto*).

Entre los compuestos, el tipo imperatival está siempre en boga para indicar personas, como *arruffapopoli* (Giusti), *sciupateste* (Id.), *vendilettere* (Foscolo), o cosas, como *paracadute*, *paragrandine*, *paralume*,[137] *turncoat,* etc.

Los compuestos con elementos griegos y latinos abundan sobre todo en el lenguaje científico (véase § 19 *infra*); y entre ellos no faltan los híbridos (por ejemplo, *neonato*). En cambio, son muy raros los compuestos de otros tipos, como *cormental* (Maroncelli), *codafestante* (Nievo). Existen incluso algunas formaciones mediante acrónimos: Lampredi, al satirizar el acrónimo U.F. (Ugo Foscolo), hizo de él un verbo *ufeggiare*.[138]

También se producen numerosos cambios semánticos, como consecuencia de cambios en las cosas o en los conceptos, ya sea en Italia o fuera de ella: por citar sólo algunos ejemplos, he aquí el nuevo significado político que se da al *rojo o a la derecha* y a la *izquierda*; la predicación de Mazzini transporta numerosas palabras de la esfera religiosa a la patriótica (*nuestra religión nacional*, etc.). He aquí una *exposición* que adquiere un valor concreto. *Panificio, que en el* siglo XVIII significaba "panadería", adquiere el significado de "horno" (con cierta pretensión). *Carruaje, que antes se* refería sólo al vehículo tirado por caballos, se aplica también a los vagones de ferrocarril, y así también *tren pasa del significado de* 'tripulación noble o militar' al de 'conjunto de carruajes o vagones de ferrocarril'. *Coche pasa del significado* abstracto de "transporte" al de "vagón".

Incluso en la terminología científica tenemos cambios debidos al encuadramiento en nuevos sistemas conceptuales: *fósil*, que antes indicaba cualquier cuerpo que formaba parte de la corteza terrestre, se limita a principios del siglo XIX[139] a los restos de organismos antiguos. Varios nombres de personajes conocidos adquieren valor metafórico, como un *Fígaro*, un *Dulcamara*, un *Mefistófeles*, un *Azzeccagarbugli*, *una Perpetua*,[140] *una Carneade* (desconocida para Don Abbondio, por tanto "persona desconocida"), *una Girella*, etc., o metonímico -como un *Napoleón de* oro-;[141] y no menos numerosas son las palabras procedentes de topónimos (un *marengo*).

Las palabras, por supuesto, no deben examinarse una por una, sino en su campo semántico: así vemos que el deterioro y la progresiva desaparición de *criado* y *servil* deben considerarse junto con el uso más extendido de *doméstico*. Y este mismo ejemplo nos muestra cómo no debemos olvidar nunca la fuerte influencia ejercida en la semántica italiana por el modelo de otras lenguas, y especialmente del francés.

Cuando aparece un nuevo objeto, a veces el nombre tarda en fijarse: cuando en lugar de doblar hojas de cartas se empiezan a utilizar *sobres*, durante un tiempo el nombre fluctúa: se tiene el *enveloppe* francés, o el *sobre de* adaptación, o *suprapapel,* o *supraportada*, hasta que prevalece *sobre.* Y así tenemos, junto a *dirección*, los términos *superíndice, superíndice*, *dirección* o incluso a veces *tarea*, *misión*.

La posibilidad de utilizar dos o más palabras para expresar la misma noción es, como es bien sabido, un hecho frecuente en italiano: no hay diferencia conceptual entre *Constitución* y *Estatuto* (en el sentido en que la palabra fue utilizada por Carlo Alberto en 1848); hay una larga vacilación entre *patata* y *manzana de tierra*; entre *racimo*, *piña* y *cerradura*, entre *crestaia* y *sombrerero*; entre *balocco* y *giocattolo*; entre *pedignone*, *gelone* y *buganza*; entre *fazzoletto*, *pezzuola* y *moccichino..."*.[142] etc: el uso práctico es oscilante, y los lexicógrafos recomiendan una forma u otra según sus orígenes y teorías.

Tanto estas variantes léxicas como las variantes formales menores de la misma palabra son muy numerosas.

La Crusca, como es bien sabido, registró muchas variantes arcaicas en su 4ª edición y en la nueva de Cesari; y ya hemos mencionado cómo Monti (seguido por Gherardini y Cattaneo) insistió en que se suprimieran las "depravaciones de los ignorantes": *paralello*, *sanatore*, etc. Leopardi, anotando uno de sus cantos (IX, v. 43), advierte, para justificarse por haber usado *fratricida*: 'El Vocabolario dice sólo *fraticida* y *fraticidio*. Pero yo, no encontrando que Abel se haya hecho fraile, llamo a Caín *fratricida* y no *fraticida*".

Pero los escritores más fieles a la autoridad de la Crusca se atuvieron a las formas registradas en ella: por citar sólo uno, Manno, en su tratado *Della fortuna delle parole* (Turín 1831, reimpreso varias veces), escribió *cucuzzolo*, *sustanza*, *fenestrella*, *nimico*, *nissuno*, *nudrimento*, *instruzione*, *sagro* etc. A la inversa, Manzoni prefería, sobre todo en la redacción de 1840, las variantes del florentino hablado: *lazzeretto*, *maraviglia*, *suggezione*, etc. Un antitoscano de talento, Gherardini, intentó acreditar con sus escritos gramaticales y lexicográficos numerosas variantes remodeladas sobre el latín: *vulgo*, *dubio*, *febre*, *atimo*, *catolico*, *legitimo*, *academia*, *scelerato*, *contraporre*; *esaggerare*, *commune*; *secreto; etc.*; propuso generalizar la distinción entre *in-* negativo e *inn-* 'immissivo' (*innalveare etc.*) etc.

Si dispusiéramos de un gran número de las palabras individuales con variantes, encontraríamos una serie de pares o tríadas considerablemente mayor que la actual; y si observáramos las formas más utilizadas, en ocasiones encontraríamos que difieren de las nuestras. Así, *physonomia* prevalece con mucho sobre *physiognomy*, *tremor* sigue siendo frecuente frente a *earthquake*, *thunder* también se utiliza a menudo con el significado de 'tono',[143] *nodrire* (utilizado, por ejemplo, por Pindemonte, Borsieri, Pellico, Perticali, G. Torti, Guadagnoli) y *nudrire* (que encontramos en Guerrazzi, Farini, A. Maffei e incluso en *Promessi sposi,* cap. IX) prevalecen sobre *nutrire*.

En algunas entradas se observa la lucha entre *-er-* florentino y *-ar-* del resto de Italia: *lazzeretto* (registrado por la Cuarta Crusca con un ejemplo de *Malmantile* y otro de Galileo) alterna con *lazzaretto*, que prevalece más tarde; en el mismo artículo de Pecchio, en el *Conciliatore* del 30 de septiembre de 1819, se lee *Ungheria*, pero *ungarese*; Giovanni Torti en el mismo poema ('Scepticismo e religione') escribe *vecchierella* y *vaccherella* con pocas líneas de diferencia, pero 'chiesa *villareccia*'; en el 'Cadetto militare' v. de Guadagnoli. 18 suena aretinamente *¡Scioccarello! Vanarello!*; Giusti utiliza *-erello* y *-arello* casi con la misma frecuencia. Manzoni sustituyó *santarella* en 1827 por *santerella*.

Entre las innumerables variedades a que da lugar la adaptación de los latinismos, cabe mencionar la oscilación entre los sufijos átonos *-olo* y *-ulo,* que es aún más fuerte que hoy: junto a *cumulo* tenemos *cumulus*, *inmaculate* junto a *inmaculada*, *formola* es más común que *formula*; etc.

La adaptación de los grupos consonánticos también da lugar a fuertes fluctuaciones: si se produce incluso cuando prevalece entonces la forma no asimilada (Leopardi escribe *Calisso* por *Calipso*, Manzoni *se ahoga* por *abnegación*, Mussafia, 1857, prefiere *la circolocución*), o en el caso contrario (Rosini, 1808, escribe *escepticismo*).

El intercambio entre *-iere* y *-iero* está ampliamente admitido, no sólo en poesía (*cavaliero*, Foscolo; *mestiero*, Pananti; *pensiere*, *forestiere*, Guadagnoli), sino también en prosa: Leopardi escribe *passeggere*, Borsieri *bicchiero*, Carrer *battelliero*.

La pulmonía y la *neumonía se* encuentran junto a la *neumonía* y la *neumonitis*. El *oxígeno* y el *hidrógeno* ceden lentamente al *oxígeno* y al *hidrógeno*.

A veces, el mantenimiento de una u otra forma está vinculado a las costumbres oficiales (administrativas, judiciales) de los distintos Estados: así, *officio*, ufficio y *uffizio*; *officiale* y *ufficiale*; *procedura* y *processura*; *fidecommisso*, *fideicommisso* y *fedecommesso*; *garantia*, *guarentia* y *guarentigia* (mientras que *garanzia* aparece muy tarde: en 1865 según el *DEI*).

La aceptación de extranjerismos da lugar a muchas variedades, como ya hemos mencionado. Una fuente de divergencias es, entretanto, mantener o no la grafía original: *burò* o *bureau*; *valz*, *valtz, walser*, *walzer*. Los nombres del calendario republicano francés se adaptan diversamente: *floral* y *florido*; en sus cartas, Foscolo escribe *vendemiese* en el año VIII (1799) y *vendemmiatore* al año siguiente (*Epistolario*, I, pp. 73 y 87). Al aceptar el sistema métrico, oscila entre *gramma* y *gram*, *ara* y *aro*. *Gendarme está junto* a *giandarme* (así escribe, por ejemplo, D'Azeglio). Junto a *trovatore*, forma ya utilizada desde hace siglos, hay quien prefiere *trobadore* (Romagnosi). Las grandes epidemias de *cólera morbus estallaron* (a partir de 1832), y el nombre *cólera*, que antes en el lenguaje de los médicos era resbaladizo y significaba "cólico bilioso", ahora se pronuncia *còlera* ahora *colèra*, ahora

masculino ahora femenino.[144] Se introducen los cigarros y hay quien dice *sìgaro*, quien dice *cìgaro, quien dice zìgaro*, ni hay quien prefiera *sigarro*. Junto a *jaguaro* tenemos *giagaro* (Tramater) y *sciaguaro* (Leopardi). Algunos escriben *fetish*, otros *fetisce*, mientras que Gioberti prefiere *fetisso.* Y se podría continuar fácilmente la lista.

17. Voces populares modernas

Más que en siglos pasados, la lengua literaria (con excepción de la poesía en los "géneros" más ilustres) se inclina, sobre todo tras la difusión de las ideas románticas, a acoger voces de acuñación popular, extraídas de la lengua hablada.

Para los toscanos, esto sucede espontáneamente, a menudo sin que se den cuenta: lo notamos sobre todo cuando recurren a palabras de un ámbito algo restringido. El mugelano Pananti escribe no sólo *scagnozzo (esbirro),* sino *mascagnotta* (chica astuta), *far la stummia (hacer una stummia)* 'darse importancia', etc.

Giusti, que estaba atento al habla popular y disfrutaba incorporando sus palabras y modismos a su prosa y poesía, utiliza, por ejemplo, *altogatto* 'álamo', *balenare en el* sentido de 'vacilar', *chiòvina* 'cloaca', *garga* (*garga femenina* 'astuta'), *meggiona* 'mujer gorda', *rave* 'despeñarse', *scianto* 'divertirse', *storgere* ('torcer el hocico'), *trullaggine* 'tontería', etc., etc., etc., y frases como *trovarsi di balla (*"estar de acuerdo"), *montare i fùteri ("*enfadarse"), *deber más que la liebre*, etc,[145] a veces amontonándolos cariñosamente: "elegir una ciudad tan pequeña [Lucca] para una reunión tan solemne [el congreso de los doctos] es como *poner el burro sobre el caballo*; sin embargo, esos Lucchesi hicieron tanto por *levantar las piernas* mejor de lo que uno hubiera imaginado". El duque "se *peleó* en Dresde [...] porque *apenas hirvió la olla* para él y los suyos sintió que no podría salir de ella con honor" (carta del 12 de octubre de 1843, I, p. 535 Martini); "de una hora a otra podían agarrar a otros y *afeitarle los rastrojos a* Francesco Domenico, que estaba *en las once onzas* de convertirse en dictador o de *volver al pan de bellota*" (*Cronaca dei fatti di Tosc*, p. 187 Pancrazi).[146]

Guadagnoli, de Arezzo, utiliza *fitta* en el sentido de "gran cantidad",[147] *gazzerare* para 'engañar', etc.

Guerrazzi utiliza varias voces y locuciones livornesas: *brameggio* "cebo", *caso morto* y *caso vivo* "desgracia grave, desgracia leve", *diligine* "smilzo", *mattarullo* "scimunito", *novitoso*, *sbrizzarsi* "dispersar", *mettere a picca* "incitar", *a vanvara* etc.[148]

Mientras que los toscanos no hacen más que recurrir a su lenguaje espontáneo, muchos no toscanos intentan informarse lo mejor que pueden: y no es infrecuente que recurriendo a vocabularios se engañen a sí mismos creyendo utilizar palabras de la lengua hablada, cuando se trata de voces ya en desuso.

En su razonada adopción del florentino culto como norma del italiano escrito, Manzoni utilizó metódicamente las sugerencias de Cioni, Niccolini, Borghi y luego Emilia Luti para corregir el texto de 1825-27: así sustituyó *chicche* por *dolci*, *filastrocca* por *larga enumeración*, *impiparsene* por *ridersene*, *pezzo d'asino* por *matto minchione*, *pigionale* por *inquilino,* etc. No siempre, como sabemos, fue capaz de evitar la exageración[149] y malentendidos, como la *impropia tafferia* del cap. VI[150] o *accozzare il pentolino en* lugar de *accozzare i pentolini* "poner la comida en común" en el cap. XXIX.[151] A continuación, seguía aprovechando todas las ocasiones para aprender expresiones de la lengua viva y comunicarlas a los amigos de su círculo.[152]

Así vemos que, en parte siguiendo la estela de Manzoni, escritores no toscanos, Grossi, Cantù, Tommaseo,[153] D'Azeglio y muchos otros extraen (de diversas maneras y en distintos grados y con diferentes resultados) palabras y frases del toscano hablado.

Sucede, en fin, que varias palabras antes desconocidas o muy raras penetran en el uso común: por citar algunos ejemplos, *bécero*, *canèa*, *figuro*,[154] *despotricar*;[155] los Gelmetti[156] atribuye a Giusti la difusión de *birba*, *musoneria*, *vattelappesca*, *ciurlare nel manico*, *grattare la pera*, *sbarcare il lunario* etc.; Nieri[157] le atribuye la fortuna del *espadachín*.

Pero las voces de los dialectos o lenguas regionales también surgen ampliamente en este periodo. Ante todo, en el uso práctico. Por ejemplo, en el uso administrativo del Reino de Italia aparecen numerosas entradas lombardas, que los repertorios de Bernardoni y Gherardini nos hacen conocer: y no se trata sólo de términos de oficina, como *finca* 'cotejo de papeles para cuentas de oficina',[158] o *ragionateria* junto a *ragioneria*, sino entradas referidas a esas infinitas cosas de las que se ocupa la administración: *el acaparamiento*,[159] *anta*, *tenement,* (substitute) *room, prestinaio*, *roccolo*, *table* etc.

Algunos más de estos idiotismos son registrados unos años más tarde (1831) por Lissoni, por ejemplo, *mantino*, mientras que para Emilia los conocemos por Molossi, para Roma por Azzocchi (que achaca, por ejemplo, *biocca*, *dindarolo*), para Nápoles por Puoti.

Si se popularizan los objetos, naturalmente también se popularizan sus nombres, como ocurre con los *grissini* piamonteses, el *stracchino* lombardo y *los cotichini* (*cotechini*, *coteghini)* emilianos. La palabra lombarda *brusone*, nombre de una enfermedad del arroz, también es admitida por los escritores toscanos cuando hablan de los arrozales.[160] En algunos raros casos, disponemos de información fiable sobre los pasajes de una ciudad a otra o de una región a otra: por ejemplo, Moroni (en el *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica*, s.v. *Università*) atestigua que en Roma "a partir de 1860 se introdujeron los *barriles* con forma de un caballo, vulgarmente llamados *botte*, a imitación de Nápoles, donde la corte se había retirado tras el declive de 1848".

Los dialectalismos también afloran en la lengua literaria en muy distinta medida según los autores, según el "género" y el tono, más o menos confidencial, según los temas. Abundan sobre todo en la correspondencia de quienes utilizaban el dialecto con familiares y amigos. Foscolo, en sus cartas a los miembros de su familia, no tiene escrúpulos en escribir veneticamente "temo pero que el *verdadero* (= "el anillo de matrimonio") no esté demasiado apretado para madre" (carta del 26 de septiembre de 1814). Manzoni utiliza a menudo voces dialectales italianizadas en sus cartas confidenciales: "mi vien voglia di *giavanare" ("me apetece javanear") (*"perder el tiempo en tonterías"), carta de 1822, "*pivelli* rispettosi, ma feroci" ("*novatos* respetuosos, pero feroces"), carta de 9 de marzo de 1822, "vite uccellina" ("enredadera de *pajaritos*"), carta de 9 de noviembre de 1830, "en cuanto llegue otra *gubbia*" ("ataque de tres caballos o mulas"), carta de 14 de septiembre de 1852; a veces, sobre todo con su amigo Grossi, recurre a expresiones dialectales: tu ci hai *brusàa el pajon"*, carta de 1825. O, por citar sólo un ejemplo más, leemos en la correspondencia de Michele Amari: "a veces *sferru* a scrivere e non la finisco più" (carta del 29 de noviembre de 1848).

En las obras literarias comprometidas, hay que distinguir entre los dialectalismos que se les escaparon a los autores porque no se dieron cuenta de que lo eran y, por el contrario, las voces utilizadas conscientemente para conseguir fines documentales (el color local o histórico de las narraciones ambientadas en determinados lugares y épocas) o estilísticos. Cabe citar algunos casos entre los muchos que podrían citarse.

Leopardi, que había escrito *pesciarello* en la primera edición del *Dialogo della moda*, prefirió *pesciolino* en la edición de 1835.

Las Promessi sposi (Las prometidas) de 1825-27 están llenas de lombardismo, en gran parte involuntario,[161] y, a pesar de la intención estricta del autor de eliminarlos por completo, algunos permanecieron en la edición de 1840.[162]

Romagnosi dice que "la violenta subversión llevada a cabo por Sulla, lejos de acelerar la caída de la república, más bien habría vigorizado su *suste*" (es decir, "los resortes, los mecanismos") (*Dell'indole e dei fattori dell'incivilimento*, 1829, p. 149 Sestan).

En *Confesiones de un italiano*, de Nievo, abundan los venetismos (involuntarios y voluntarios): *bagiggi* 'cacahuetes', *coppa* 'nuca', *guantiera* 'bandeja', *resta* 'lisca', *secchiaio* 'fregadero', *sfregregolare* 'arruga', etc. También encontramos los mismos u otros venecianismos en obras menores (*Il Varmo*, etc.).

También aparecen numerosos dialectalismos, con valor técnico, en obras documentales, como descripciones geográfico-etnográficas y similares: Cattaneo, en sus *Notizie naturali e civili su la Lombardia,* 1844, habla del uso de cultivar "in *ronchi* le pendici dei monti" (en forma de *ronchi)*, el padre Bresciani, al tratar de *Dei Costumi dell'isola di Sardegna*, 1850, describe por ejemplo "una *lor* danza a suono della *lionedda"* (una danza al son de la *lionedda)*, etc.

Los dialectalismos en la lengua poética, en cambio, son muy raros; algunos, si los hay, aparecen en poemas de tono familiar. Monti, en su traducción de Persio, habla de la "raschiatura / del rigustato *salarin"* utilizando una voz de Ferrara (y del Véneto). Y Pananti, en un *poema de* tono andante como *Il poeta di teatro (El poeta de teatro)*, habla de "De' buoni maccheroni col *sughillo*" (c. XXXVII), término de color local (pseudonapolitano). Mamiani utiliza *el roccolo* "specie di paretaio" en el idilio *Rispetti d'un Trasteverino (Respetos de un Trasteverino),* y lo defiende en el prefacio como la voz de las Marcas y del Lacio (también era, como hemos visto en la p. 807, septentrional).

Ya hemos dicho (p. 749) cuánto disgustaba a los críticos la arremetida de Prati.

18. Voces literarias y arcaicas

En la lengua poética sigue reinando el léxico tradicional, en el que subsisten muchas voces ya muertas en la lengua hablada y en la prosa actual, y se siguen empleando latinismos (de los que hablaremos enseguida). Como ejemplo de versos estudiadamente ricos en arcaísmos del siglo XIV, cabe citar el *Appressamento della morte* de Leopardi (*atare* 'ayudar', *roggio* 'rojo', etc.).

Ya hemos mencionado (§ 7) cómo la tradición es tan fuerte que se impuso no sólo a los clasicistas, sino también a los románticos, a pesar de sus esfuerzos por una renovación en sentido realista.

Pero incluso en la prosa tenemos poderosos hilos de conservación y, en algunos escritores, de arcaísmo. En primer lugar, hay cientos de palabras tradicionales que desaparecerían más tarde, utilizadas no sólo por los escritores clasicistas, sino también no pocas veces por los románticos: por ejemplo, *estimazione*, *eziandio*, *guiderdone*, *laudare*, *nomare*, *ob*(*b*)*livione*, *permissione*, y muchas otras.

El retorno de los clasicistas y puristas a los escritores antiguos hace que también encontremos en ellos muchos otros términos deliberadamente exhumados: leemos en Cesari *auspizio*, *capitanio*, *carminare* 'examinar estrictamente', *orrevole*, *poffare*, *sempremai*, *soprano* y *sottano*,[163] *sozio*, *tornagusto*, etc., así como numerosas frases como *andare in cappa*, etc.; sin embargo, Cesari profesaba querer evitar arcaísmos como *diffalta*, *dottanza*, etc., y ante las reiteradas acusaciones de haber escrito *carogna* por "cadáver",[164] retó a sus oponentes a citar el lugar.

Botta escribió *convento* 'reunión', *girandola* 'engaño', *maestrato* 'magistrado', *masserizia* 'ahorro', *rivilicare* 'rebuscar', *sospizione* 'sospecha', etc.

El uso que Leopardi hace de las palabras antiguas es especialmente notable: las emplea profusamente en su prosa,[165] pero procura distinguir las palabras que aún son revivibles de los verdaderos arcaísmos:

Odio los arcaísmos, y esas palabras, aunque sean muy claras, aunque sean muy expresivas, muy bellas, muy útiles, siempre consiguen resultar afectadas, refinadas, atrofiadas, sobre todo en prosa. Pero nuestros escritores antiguos y muy antiguos abundan en palabras y maneras que hoy no se usan, las cuales, además de ser del más abierto sentido para cualquiera, caen tan natural, suave, fácilmente en el habla, están tan lejos de todo sentido de afectación o estudio en su uso, y en fin, son tan frescas (y al mismo tiempo bellas etc.) que el lector que no sabe de dónde vienen no puede darse cuenta de que son antiguas, sino que debe estimarlas como muy modernas y novísimas; palabras y maneras donde la antigüedad puede conocerse, pero en modo alguno sentirse... Y aunque hayan sido desechadas durante mucho tiempo, ya sea por escrito, ya sea hablando, o en ambos casos, no parecen haber sido olvidadas, sino como si hubieran sido puestas a un lado, y guardadas, para ser retomadas más tarde.[166]

Gioberti arcaiza eclécticamente: *animastico*, *bugiare*, *celabro*, *chieresia*, *miluogo*, *norte*, *saporetto* 'leccornia', *soprano*, *sozzopra*, *tribo* etc.; a menudo utiliza *en barbagrazia* 'verbigrazia, por ejemplo' (tomado de los poetas burlescos).

Un género en el que abundan los arcaísmos es la epigrafía: "Qui dorme - Nunziata di Luigi Fossati - *Fancellina* soavissima e dolcissima" (Giordani).

Hemos visto cómo incluso en los escritores románticos hay numerosas palabras raras, sin uso, arcaicas (entre las que, sin embargo, no hay que incluir las palabras históricas, referidas a instituciones y costumbres de siglos pasados). La presencia de tantas de estas palabras no depende de intenciones arcaicas, sino del modo libresco de aprender la lengua. Así, encontramos *cocchio*, *compungimento*, *doppiere*, *forese*, *garzoncello*, *rangolo*, *sanie* en *Promessi sposi (Los novios)* de 1825-27; *aere*, *egro*, *esponimento*, *garrire*, *martirare*, *nomare*, *trabocchello* en *Mie prigioni (Mis prisiones)* de Pellico; *catollo*, *forbottare*, *gavazza*, *lampaneggio* "vigilia al aire libre", *torniello* "torneo" en *Margherita Pusterla* de Cantù; *farsi innanti* en Amari etc.

Capponi, al darse cuenta de que se le había escapado un *testé*, lo consideró "como un jarrón etrusco en el fondo de un hipogeo".[167]

Incluso en el lenguaje habitualmente chillón de memorialistas y periodistas aparecen no pocas veces formas muy literarias o arcaicas: por ejemplo, en la obra de Farini *Lo stato romano dall'anno 1814 ai nostri giorni*, Turín 1850-53, leemos *chieresia*, *le peccata*, *satellizio*, *scelleranza*, *sitire*, etc.; De Laugier, que suele utilizar un lenguaje fluido y a menudo descuidado, escribe *en la noche avanzada riedo in mia casa*, *pria di rispondere*, *il Prence comanda* y cosas por el estilo.

Otra cosa es el uso jocoso o irónico de los arcaísmos: como el *unquanco* en la conclusión de *la semiseria Lettera de Crisóstomo*: "Y tú, cuando salgas del internado, prepárate para

declararte enemigo de toda novedad, o no me verás la cara unquanco sereno. *Unquanco*, digo, y que sólo este adverbio te haga creer que respeto el Vocabolario della Crusca"; o como en una carta de Manzoni a Grossi en 1822: "la carroza y el auriga están a tus órdenes" (*Carteggio*, II, p. 42). Una sátira de los arcaísmos escribió Jacopo Landoni bajo el nombre de Maestro Ircone, haciéndose pasar por purista:

no hay miembro de nuestra secta que no conozca la difícil summa de disponer de las palabras más extrañas y desconocidas, de las frases y antífrasis más obsoletas y caducas, de las bellas maneras más abstrusas y refutadas, con que los adornos más novedosos y graciosos refrescan y completan la oratoria con inexplicable dolor que inunda al lector.[168]

Más tarde, las "habladurías" de Giuseppe Torquato Gargani *Di Braccio Bracci y otros poetas de nuestro tiempo*, la *Giunta alla derrata* degli "Amici Pedanti" y las "*Risposte ai giornalisti fiorentini"* de Gargai (Florencia 1856).[169] hacen alarde de frecuentes arcaísmos, en consonancia con la profesión de "pedantes" de los autores.

Es muy difícil decir cuántas y qué entradas se restauraron a principios del siglo XIX: podemos hacernos una idea viendo que en la lista de palabras y frases que los Borsieri[170] culpa en Botta de haber sido exhumadas inútilmente (*mai sì*, *mai no*, *all'avvenante* "a proporzione", *popoleschi*, *dar la spogliazza* "predare", *confortarsi cogli aglietti* "con baie" etc.) hay también algunas que hoy usamos sin escrúpulo, como *aver alle costole* y *rinfocolare*.

Y De Sanctis, en su artículo sobre "El último de los puristas" (reimpreso en *Ensayos críticos*), enumera entre los modales queridos por el marqués Puoti también el *ir a por todas* y *mantenerse firme*, lo que no nos sorprendería hoy.

19. Latinismos

Es obvio que bajo el nombre de latinismos deben incluirse no sólo las palabras tomadas prestadas por primera vez del latín en este periodo, sino también aquellas que todavía se consideraban más propias del léxico latino que del italiano, aunque se hubieran utilizado a veces en siglos pasados (por cierto respeto, podemos considerarlas por tanto palabras de uso literario poco frecuente, como las que hemos examinado en el párrafo anterior). Así, *clade* y *procombere*, utilizadas por Leopardi, ya se encontraban en Ariosto y Baretti; *munuscolo* y *trutina* están en Monti, pero Lorenzo de' Medici ya había utilizado *munuscolo*, y Biringuccio y Galileo *trutina*; *precingere* de Foscolo ya estaba en Cavalca, y así sucesivamente. La cuestión de si los autores del siglo XIX se inspiraron en autores latinos o en italianos antiguos puede tener interés estilístico para pasajes concretos; pero lo más importante es que el léxico latino se considere complementario del italiano. En cuanto al *incombe* de la primera estrofa de la canción *Ad Angelo Mai*, Leopardi observó (*Annotazioni filol*., canzone III):

Estas y muchas otras palabras, y muchos significados de palabras, y muchas formas de hablar usadas en estos Cantos, no fueron tomadas del Vocabolario della Crusca, sino de ese otro Vocabolario del que todos los escritores, prosistas o poetas clásicos italianos (para no ir más allá de la autoridad), desde el padre Dante hasta los mismos compiladores del Vocabolario della Crusca, derivaron incesante y libremente todo lo que les pareció apropiado, y que convenía a sus necesidades o conveniencias; sin importarles si lo que prudentemente tomaban del latín era o no utilizado por sus mayores.[171]

La poesía de los clasicistas abunda en latinismos. He aquí algunos de los muchos que se leen en los Monti: *acervato*, *annuire*, *cassitèro* 'lata', *cicada*, *cipèro* 'planta de papiro', *comburere*, *crine*, *èpate* 'hígado', *lararium*,[172] *nitente*, *oberato*, *transire*,[173] *versuto* etc.

Pero incluso en los poetas románticos no faltan los latinismos: *callido* (Poerio), *cincinno* (Cantù), *lebete* (el *suspendido lebete* no es más que un "paiolo" en la novela romántica de Sestini *Pia de' Tolomei*), *pregnante (*"a pregnante annosa", Manzoni), *rabula* (Pananti, Giusti), *sonito* (Manzoni), *uliginoso* (Grossi, Prati) y un sinfín de otros, en contextos estilísticamente a veces felices y a veces no.

Entre los prosistas, los latinismos nuevos y menos nuevos son más frecuentes en las obras de escritores que aspiran a una prosa ilustre: por ejemplo en Foscolo de las lecciones de Pavía, en Botta (que tiene por ejemplo *eruscatore*, *impellersi*). Leopardi los tiene no sólo en sus obras más trabajadas, en las que abunda especialmente el latinismo semántico (*ferocia* 'orgullo', *imbecilidad* 'debilidad', *sentencia* 'opinión', etc.), sino también no pocas veces en el *Zibaldone* (*illecebre*, *obruto*, *oppidano*, *tentame*). En el estilo epigráfico se

intercalan; *innubo*, *sospite*, *vivituro*; Muzzi llegó a utilizar los comparativos *celebriore* y *salubriore*.

En Gioberti pululan incluso latinismos y grecismos: *circuminessione*, *perennare*, *pistrino*, *satellizio*, *succedituro*, etc.; *acroamatico*, *antagonia*, *cosmopolitia*, *steresi*, *zoolatrico*, etc.

Impulsos lógicos y afectivos llevan a cada autor a adoptar latinismos o griegos individuales. Cuando Maroncelli en *Addizioni* alle *Mie prigioni habla del* "conde Bolza ed *assecli* suoi", quiere expresar un desprecio irónico. Cuando Leopardi escribe en el *Zibaldone* "io amo la *μονοφαγία*" (7 de abril de 1827) para significar "me gusta comer solo", disfruta recordando eruditamente a Josefo, que utilizaba la palabra en este sentido, o a los léxicos que lo citan.

Y una acumulación y entrelazamiento de tales empujes tendrá que asentarse en el léxico general de latinismos de significado general, como *blaterare* o *comercial o monumental* o *silencioso* (pero estos tres últimos podrían ser también galilatinismos, ya que aparecen en francés antes que en italiano).

Una verdadera avalancha de latinismos se produce en el ámbito de la vida pública: en el derecho, la política, la administración. Piénsese, por ejemplo, en *casación*, *testar*, *reclutar*, *deportar*, *dilapidar*, *objeción*, *robo*, *evadir*, *lazo* (de tiempo), *plebiscito*, *redactar*, *rehabilitar*, *restaurar*, *sovventore*, *tramite*, *usuario*, *velite*, *vigilante* (sost.) etc:[174] También en este caso se trata en una pequeña parte de palabras tomadas directamente del léxico latino, en su mayoría francolatinismos o anglo-latinismos. Los *prefectos* fueron instituidos en 1802, tomando el antiguo nombre con el nuevo significado francés; la *casación* es una institución napoleónica; las *velites* son batallones añadidos por Napoleón a la infantería de su guardia (y *velites* encontramos en Piamonte incluso después de la Restauración). El nombre de *centuriones se* dio a una milicia voluntaria papal, establecida por el cardenal Bernetti; los *vigilantes* fueron llamados "bomberos" en Roma en 1847; un *batallón de veteranos* se estableció en Roma en 1848 bajo Pío IX, mientras que la República Romana renovó el nombre de *triumviri.*

La terminología política y parlamentaria (*iniciativa*, *presupuesto*, *comisión*, *moción*, etc., *conservador*, *liberal*, *radical, etc.*) se compone casi exclusivamente de palabras latinas (o derivadas: *constitucional*, *absolutismo*, *comunismo*, *socialismo*, *cesarismo,* etc.) a las que se ha dado su significado moderno en Inglaterra o Francia.

La forma más frecuente de designar una invención, una institución nueva o renovada es darle un nombre latino o griego, extraído de la antigüedad o de nueva acuñación: ya hemos mencionado *los fósforos*,[175] y otras palabras clásicas. Las *ambulancias* (en el sentido de "hospital ambulante") habían aparecido al paso de los ejércitos napoleónicos; se fundaron *orfanatos*, *orfelinatos*, *asilos* (el de Aversa se llamó durante un tiempo *morotrófico*), etc.; se erigieron *juegos de pelota.*

Hemos mencionado (p. 797) la considerable expansión del léxico de diversas ciencias, varias de las cuales están adquiriendo en estas mismas décadas la fisonomía que conservarán más adelante. En algunas de ellas (por ejemplo, las ciencias médicas) la mayoría de los términos proceden del latín o del griego[176] o conformados según esos modelos, y se aplican con pequeñas variaciones ortográficas a todas las lenguas. Hay miles de palabras, muchas de las cuales se han abierto camino no sólo en la cultura dominante, sino incluso en el uso cotidiano. Por ejemplo, *morfología fue* acuñada por Goethe (en el sentido de "ciencia de todas las formas orgánicas") y se extendió gradualmente a todas las lenguas occidentales, con diversas especificaciones de significado.

Por supuesto, lo que más importa es el nuevo concepto que se quiere expresar: así, el significado que se da a la palabra griega o latina no suele ser el mismo que el original. El *tifus* descrito por los clínicos del siglo XIX es muy distinto del *τῦφος* de Hipócrates. Los científicos que hablaron por primera vez de *animales* y *plantas parásitos* tecnificaron un nuevo significado, muy distinto del antiguo. *Auscultar adquiere* un significado especial exhumado por los médicos con un valor técnico, opuesto a la *escucha* común. El padre Barsanti, al patentar (1854) el *motor de* combustión interna, dio a la palabra un significado específico.

Gay Lussac (1812) extrae el francés *iodine* del griego *ἰώδης* 'violeta' por el color violáceo de sus vapores; y los químicos italianos aceptan *iodine o yodo*. Tampoco sorprende ver que a veces se manipulan las reglas: en *parafina* el modo de composición de *parum* y *affinis* es muy arbitrario; en *mioceno* la unión de *μείων* 'menor' y *καινός* 'nuevo' es de lo más bárbara. *Telegrama, si se hiciera según las* buenas reglas, sonaría *telegráfico*.[177]

Mientras que la adopción o formación según patrones griegos o latinos de nuevos términos por parte de un erudito queda en la mayoría de los casos limitada a su uso individual, la aceptación en el lenguaje jurídico-administrativo o en la terminología de una ciencia o en la vida práctica garantiza fácilmente su uso estable. *Moschicida fue* intentado en vano en el siglo XVII por Lalli; en cambio, arraigó con la popularización del *papel matamoscas*. Cuando Gioberti intentó el uso de *telúrico* ('l'infmità *tellurica* [= de los terrestres, de los hombres] non è incurabile': *Primato*, Bruselas 1843, II, p. 8) no encontró eco, mientras que el significado científico de la palabra ('que concierne a la tierra y más precisamente a los fenómenos que tienen lugar en ella': *movimientos telúricos*, etc.) arraigó con firmeza.

Junto a estas adopciones de latinismos y grecismos en el léxico, hay que tener en cuenta la influencia formal que ejerce sobre ciertas palabras el modelo latino: esa adaptación que en algunos autores es una influencia esporádica (por ejemplo, Monti escribe *destruttore* o *nepote según el* modelo latino) se convierte en un programa en Gherardini, que querría borrar todo lo posible del "idiotismo" toscano de la lengua, devolviéndola a la ortografía latina (cf. pp. 776 y 802).

20. Franquismo

Como ya se ha dicho, la poderosísima influencia política y cultural del francés sobre el italiano aumentó aún más las filas de los afrancesamientos, ya tan numerosos en el siglo XVIII. Si, en la lengua literaria más elevada, algunos afrancesamientos retrocedieron como consecuencia de la reacción purista, en la lengua más popular, hablada y escrita, abundan. Así, por ejemplo, en un escrito hecho para uso propio como el *Zibaldone* de Leopardi los encontramos a menudo:[178] "el placer que tomamos [...] de la *raillerie*" (27 de julio de 1822); "su defecto es plegarse al *roideur*" (30 de junio de 1823); "se requiere imaginación continuamente fresca y activa para poder *saisir* los informes" (17 de octubre de 1823); "elles seront *bien fâchés* de se trouver seulement" (6 de juillet de 1826); "une femme de vingt, de vingt-cinq ou de trente ans a peut-être plus d'*attraits*, plus d'illecebre" (30 de juin de 1828); "donner unité, ensemble, *liaison* scambievole" (30 de auguste de 1828) etc.[179]

En la correspondencia, pues, encontramos esto en abundancia: no sólo, por ejemplo, en las cartas de Giulia Manzoni Beccaria, sino también en Berchet ("ahora que los amores de la patria me han *desencantado* tan infamemente", carta del 3 de agosto de 1848), en el propio Manzoni: "making *une halte* in Cassolo" (carta del 9 de octubre de 1855),[180] "mi mujer sale de una *grippe" (carta del 11 de enero de 1858*), en De Sanctis: "ella sabe que debe morir, lo leo en esos ojos *égarés*" (carta del 10 de junio de 1858), etc.

Uno de los ámbitos en los que abundan los afrancesamientos es el de lo militar: *busto*, *ambulancia*, *pasar lista*, *puesto avanzado*, *armería, cuartel*, *silenciador* (más tarde extendido más allá del uso militar), *pionero* "soldado ingeniero", etc.

Muchos afrancesamientos políticos penetran primero en referencia a las cosas francesas (*club*, *comité*, *jacobino*, *asignado*, etc.), para aplicarse después, cada vez en mayor número, a nuestra vida política (*presupuesto*, *balance, presupuesto*, nombres de partidos, etc.).

Para la vida administrativa, la penetración es muy fuerte: *bureau* o *burò* (en Piamonte se aceptaba también el derivado *buralist*), *borderò*, *control* (*control*, *controlador*), *maire* (y *meria* 'mairie'), *paraf*(*f*)*are*, *regìa*, sello ('bollo'), etc. Además de la administración de justicia (*casación*, juez de *paz*, *jurado, etc.*), hay que tener en cuenta la influencia de los modelos franceses en los códigos y la legislación (*vagabundage,* etc.) en la época napoleónica.

No hay que olvidar la difusión del nuevo sistema métrico: *metro*, *litro*, *gramo*, etc.; la abreviatura *chilo* suena a veces *chilò* (aún se pronuncia así en Livorno y Siena), y durante mucho tiempo pudo utilizarse como invariable.

Algunos términos entran en el léxico marítimo: *pompa* (de donde luego *pompiere*) se documenta por primera vez como término marítimo; *rullìo*, etc.

En la terminología de la casa, encontramos entradas para habitaciones *(boudoir*) y muebles (*cislonga*, *tocador*, *psyché*,[181] *secrétaire, etc.*), términos de cocina (*grill*, *casserole*, etc.; *entremets*, *tartine*, etc.; véase también *tractor*, *trattoria*); términos de jardinería (*pepiniera*, *invernadero*, etc.).

Muchas palabras relacionadas con la ropa *(tirantes*, calzones, *corsés*, *paltò*, *percal,* etc.); algunas, al principio referidas a prendas militares (*pom-pon*), pasaron más tarde al uso común. Los colores también siguen el camino de la moda (*bistro*, etc.).[182]

Los vehículos incluyen el *faeton*, el *fiacre*, la *furgoneta*.

De la vida teatral tenemos, por ejemplo, el *estreno* y la *puesta en escena*.

Para las bellas artes, recuerde *el Rococó* y el conocimiento de las *danzas macabras*.[183] En cuanto a los juegos, mencionamos la moda de *las charadas*.

In the terminology of the various sciences, in addition to the innumerable Latinisms and Greekisms suggested by the analogous French voices, many French words of a more or less popular type are also accepted: for example in medicine cramp, grippe *etc.*, in z*oology* cormorant, penguin etc., *in ethnol*ogy me*stizo (w*hereas in previous centurie*s mestiz*zo was preferred according to the S*panish exampl*e) etc., in geology moraine, peak etc., in ethnology mestizzo (or mestizz*o, as t*he Span*ish* call it) etc., in ethnology *mestizzo (or mestizzo, as the Spanish* call it) etc., in ethnology mestizzo (or mestiz*zo, as the Spanish call it) etc., in e*thnology mestizzo (or mestizzo, as the Spanish c*all it) etc.*

El ámbito en el que mejor se mide la fuerte penetración de los afrancesamientos es el abstracto: recuérdense los ejemplos citados al principio de este párrafo de escritos confidenciales, casi todos referidos a conceptos abstractos; y piénsese en las no infrecuentes quejas de escritores por no poder plasmar bien en italiano matices que posee el francés.[184]

A falta de palabras que expresen la noción genérica (agrícola, minera, industrial) de *exploiter*, *explotación*, las palabras francesas se utilizan en su forma original o adaptada (*esploatare*), hasta que *explotación se* amplía para abarcar todo el ámbito semántico de *exploiter.*

En presencia de un verbo como *entrevoir*, que no tenía una correspondencia precisa en una sola palabra, sino para el que era necesario recurrir a perífrasis ('ver un poco, empezar a ver'), surge el deseo de recalcularlo. Algunos intentan un *travedere* (reprochado por Cesari, *Dissert*., cap. XI),[185] pero luego prevalece la *mirada* (Gioberti, Capponi, Mazzini). Desde el siglo XVI se usaba *saputa*: ahora, para traducir *à l'insu, se* usa *all'insaputa*. Y del mismo modo, a pesar de las protestas de los puristas, nacen y acaban imponiéndose palabras como *autodenominado*, *disparate*, *mientras tanto*, *malentendido*, *cuenta*, *descuido, etc.*, y frases como *ser consciente,* etc. Mucho más raros son los resúmenes en los que la palabra francesa se adapta en lugar de calcarse: *scamotage*, *trantran* y similares.

No se puede contar el número de palabras que ahora se conforman según el modelo francés directo, vinculándolas a otras palabras italianas o latinas preexistentes: *bonomìa*, *contable*, *floral*, *responsable*, *mentalidad*, *espesor*, *tasa* (t. econ.), *sesgo*, *escaparate*, *base*, *revolución*, etc. La existencia de un prefijo italiano *de-* tomado del latín *de-* facilita la entrada de palabras como *debordare*, en la que el prefijo francés tiene otro origen (*déborder* de *dis-*). Las palabras en *-age* se multiplican (*cordage*, *drainage, washing*, *vagabondage,* etc.). No sólo se aceptan fácilmente algunas palabras que contienen el sufijo *-ista* (por ejemplo, *modista*); pero como en francés el sufijo también había tomado, sobre todo en el lenguaje político, el valor de un adjetivo de inherencia, un uso similar se extiende en italiano: por ejemplo, *la iglesia sansimonista* (Romagnosi, 1832), el *análisis materialista* (Mazzini, 1850), *la escuela socialista* (Minghetti, 1858), junto a *las órdenes comunistas* (Giusti, 1849), etc.

En varios casos, se debe al ejemplo francés para pasar a otra categoría gramatical: el uso de *comerciante*, *industrial*, *doméstico* como sustantivos de persona, de *uniforme* como sustantivo de cosa.

Y el cambio de significado de acuerdo con el modelo francés es frecuente: criado, precisamente, toma el significado de "sirviente", *niebla* de "niebla"; *jurado*, que había tenido varios significados administrativos y jurídicos, toma el de "miembro de un jurado"; *dirección* además del significado de "acto, efecto de dirigir" toma el de "personas que dirigen"; *farmacia*, que sólo significaba el "arte de componer medicamentos", pasa a indicar la "botica"; *fase pasa* del significado astronómico al general; *tara, además de* "peso que se deduce", pasa a significar "defecto grave"; *actualidad toma el significado* de "cosa más moderna"; se empieza a hablar de *centros de enseñanza secundaria según el* modelo francés, etc.

En los ejemplos que hemos dado hasta ahora, casi siempre hemos excluido los francesismos que no han arraigado en el uso: pero quienes amplíen la búsqueda a los que han hecho apariciones aisladas o efímeras encontrarán cientos y cientos de ellos: p. ej. *abbutire*, *appuntamenti* en el sentido de 'salario', *attaccato* ('atado'; atado *al buró*, Monti,

1798), *in sul campo* ('*sur le champ*, subito'), *cifrone ('chevron*'), *flambò*, *limiere* ('sabueso'), *mortissa* ('*mortaise*, atrapamiento'), *revancia*, *rinvegno* ('*revient*': rinvegno *price*: Cavour, 1836), *sabretascia*, *sarrò*, *vammastro ('vaguemestre*, quartiermastro') etc.[186]

No menos numerosos son los afrancesamientos aceptados, efímera o firmemente, en zonas limitadas: *barège* en Lucca y otros lugares, *boetta*, boatta, *buatta* (de *botte*) en diversas zonas, *preposeo* (de *préposé*) en Lucca (también *preposè* en Piacenza); *retrè* ('gabinete', de *retrait*) en diversas regiones, *sciarabbà* (de *char-à-bancs*) en dialectos meridionales (también *sciabarà* en Pisa), etc.[187]

En cuanto a la adaptación, se siguen los dos caminos habituales: en las palabras más cultas, se mantiene la grafía francesa, mientras que cuando la palabra ha penetrado en el uso popular, se tiende a adaptarla en la escritura. Esta es la razón más fuerte de la oscilación en la ortografía de los afrancesamientos: *brochure* o *brossura*, *bureau* o *burò*, *début o début*, *fiacre o fiacchere*, *percale* o *percalle*, *rendez-vous* o *randevù* (Guadagnoli), etc. Muchos escriben *bleu,* mientras que otros siguen utilizando *blo*; la mayoría utiliza ahora el *azul*. Junto a *débauche* y *deboscia está* la popular adaptación florentina *bisboccia*.

A veces oscila entre la adaptación y el calco: cuando entra *porte-monnaie,* algunos lo escriben al estilo francés (Fusinato, 1847), luego algún dialecto lo adapta (milan. *pormonè*), mientras que la lengua escrita lo calca en *portamonete*; *coupon* se adapta en *cupone* o *copone*, es decir, se traduce como *cupón* o *cupón*.

No hay que olvidar que el francés, además de haber transmitido al italiano en este periodo muchas palabras propias y numerosos latinismos adaptados o modelados a partir de él, también le transmitió varias palabras de otras lenguas. En primer lugar, tenemos los anglicismos (*frac*, *rosbif*, *macadam*, *tender*); a veces alterados en su forma o significado por su paso por el francés (el inglés *waggon* "vagón cubierto" toma en Francia la grafía *vagón* y el significado ferrocarril; *review se* escribe *revue en* Francia, y en italiano se traduce por *rivista*; *honeymoon se* traduce por *lune de miel* y luego por *luna de miel,* etc.). Para el alemán citamos *Thalweg*, término geográfico aceptado por la diplomacia, que encontramos por primera vez en un decreto de Napoleón de 1811. *Colza es* una palabra flamenca (*kolzaad*) aceptada en francés. El nombre del tocado de los húsares *(sciaccò*) es húngaro (*csakó*), pero nos llega a través de Napoleón. Y la mayoría de las palabras orientales que penetraron en nuestro léxico en este periodo nos llegaron a través de viajeros, geógrafos, compiladores franceses: los escritores sobre cosas orientales, desde el siglo XV al XVII, conocían *bazarro* o *bazzarro* por "mercado" (Persia, India): en la segunda década del siglo XIX *bazar* volvió a entrar en Italia con la grafía francesa y en el sentido europeo moderno de "emporio" (Visconti, *Conciliatore*, 1819). *Masaje* (o más bien, al principio, *massagio) se habla por* primera vez con referencia a los usos orientales y ya con el sufijo francés.

21. Otros forestierismos

Menos numerosos que los francesismos, pero bastante copiosos, son los anglicismos: a veces directos, más a menudo, como hemos visto, pasados por el francés. Mientras que a los anglicismos les cuesta aclimatarse, la aceptación es mucho más fácil para los anglo-latinismos.

Los más abundantes son los políticos. Ya algunas de ellas se habían hecho familiares en el siglo XVIII, con referencia a la vida inglesa (*constitution*, *committee*, *majority*, *opposition*, *petition*); ahora ellas y muchas otras penetran también en Italia en diversas épocas (a menudo, como ya se ha dicho, después de haber penetrado en el léxico político de Francia).

En la constitución siciliana de 1812, otorgada bajo presión inglesa y redactada según modelos ingleses, se habla de *bill*. Luego tenemos *presupuesto*, *líder*, *reunión*, *autogobierno, discurso*, *conservador*, *radical*, *absentismo,* etc. Incluso *la prima* (seguro) sigue el modelo inglés.

Los caballos, los carruajes, las carreras de caballos siguen el modelo del gusto inglés: tenemos *poney* (con grafía francesa, en lugar de *pony*), *brougham*, *tilbury*, *steeple chase*, *jockey*, *turf*, etc. También *bulldog*, etc.

En su mayor parte, la terminología ferroviaria nos llega de Inglaterra; *rail*,[188] *vagón* (cf. p. 823), *ténder*, *túnel*, *locomotora*, *viaducto*; ferrocarril *o ferrocarril* fue pronto sustituido por *vía férrea*, *vía ferrata*, más tarde por *ferrocarril*; *tranvía* duró mucho tiempo.

Osteriggio 'refugio de cristal' es una adaptación marítima de la *mayordomía*.

Varios términos se refieren a la indumentaria: el *mantón* o *chal* ("¿Pero qué es *eso que* se retuerce y vuela?": Pananti, *Il poeta di teatro*, cit., c. 99), la *spencer*, el *raglán* (que se extendió con la guerra de Crimea), etc. La atención y sobre todo la admiración por las cosas de moda se manifiestan en la aceptación del *dandi* y del *león*, de la *moda y de* la *alta vida*.

Confort (o también en francés *confort* o italianizado *conforto*) se refiere a las comodidades y conveniencias de la vida ("ese confort que los ingleses llaman *comforts* con tan bella palabra, y de donde vino que llamen cómodo a todo lo que en el mobiliario es a la vez útil para el uso y agradable a la vista": S. Pellico, *Conciliatore*, 2 de mayo de 1819: II, p. 532 Branca).

En cuanto a la comida y la bebida, destacan el *roastbeef* (*rosbif*, *rosbiffe*) y *el ponche* (*ponce*).

La práctica del *drenaje* también pasa en Italia, después de Francia.

El humor y el *spleen se* reconocen como cualidades características de los ingleses. Y son numerosos los términos que aparecen por primera vez en Italia refiriéndose a cosas inglesas; y algunos de ellos se popularizan más tarde (por ejemplo, *plaid*, que aparece por primera vez en las traducciones de Walter Scott; *dock,* etc.).[189]

Hay menos germanismos, a pesar de la fuerte influencia política austriaca: algunos términos militares (*feld-marshal*), algunos nombres de divisas (*svànzica*)[190] algunas voces de moda (*vals*, mal pronunciado: véase p. 803).

La tensión contra los austriacos ocupantes dio lugar a algunos rumores de burla: *caiserlicchi* "austriacos", *radeschi "*pisados" (el mariscal Radetzky había pateado una vez a su hijo, que había insultado a un sacerdote milanés).[191]

No faltan entradas de estilo griego o latino forjadas en los países alemanes: por ejemplo, *morfología* (véase p. 816), *estilística*.[192]

En el lenguaje abstracto hay algunos calcos: *devenir*, *no-ser*, *no-yo*; el *meísmo* de Rosmini traza *Ichheit*.[193]

A veces, el alemán ha servido de conducto para entradas procedentes de otras lenguas de Europa del Este: por ejemplo, el toscano *pechèsce*, *peghèsce* 'abrigo con solapas largas', del alemán. *Pekesche* (del polaco *bekiesza* 'abrigo de piel').

Incluso de las lenguas escandinavas proceden, sobre todo indirectamente, algunas palabras: *scaldo*, *Valhalla*, *géiser*.

Del español recordamos algunas entradas relativas a la política (*camarilla*; recuérdese también *liberal*, p. 790) y al *toreo* (*corrida*, *torero*, *matador*).

22. Italianismos en otras lenguas

La influencia italiana en este periodo es relativamente escasa. Un grupo notable de italianismos se da en Francia en un campo, el de la música operística, en el que el genio italiano se manifiesta especialmente con Rossini. Así tenemos una serie de términos, para varios de los cuales el mediador fue Stendhal: *maestro* (Stendhal 1824; en inglés ya 1797), *libretto* (fr. 1827; eng. ya 1742; ted. 1837), *impresario (Stendhal* 1824; Engl. ya 1771); *diva* (Gautier 1832; Engl. 1867; Swed. 1850); *brio (Stendhal 1824;* Engl. 1855); *fioriture* (Stendhal 1824); *fiasco* (fr. 1841, Engl. 1837) y otros. *Dilettante,* que ya se había utilizado esporádicamente en el siglo XVIII, se arraiga ahora en Francia con el significado de "aficionado a la música italiana" y el derivado *dilettantisme*.[194] Cf. también *piccolo* 'flauta pequeña' (alemán, c. 1801, inglés 1856, francés 1828). Algunas palabras entraron en Francia por contacto oral: *flemme* (1821), quizá *frisquet* (1827), etc.

A través del conocimiento de Italia por parte de los viajeros, se extendió el conocimiento de las peculiaridades geográficas, étnicas, etc.: *fata morgana* apareció en alemán en 1796, en inglés en 1818 (al igual que el italiano aceptó la palabra francesa *miraggio como* término científico), volcanic *fumarole* (eng. *fumarole* 1811, fr. *fumerolle* 1829), *bora* (Stendhal la menciona en una carta desde Trieste en 1830; Engl. 1864), *pelagra* (Engl. *pellagra* 1811, fr. *pellagre* 1834), etc. Los *confetis de* carnaval se consideran desde hace mucho tiempo una característica de Roma (Goethe 1789, fr. 1852; en francés la palabra entró en uso más tarde por el carnaval de Niza, 1873). La palabra *venganza* se extendió desde Córcega (fr. 1803, ing. 1861). *Fantasía*, en el sentido de "baile desenfrenado de los nativos" (Engl. 1831, Fr. 1842), es probablemente una palabra italiana que pasó a la "lingua franca".

La invención de Volta difunde el nombre *pila* en varios idiomas (fr. *pila 1800;* ing. 1800; el alemán prefiere el molde *Säule*).

Algunas voces italianas que antes habían penetrado en las principales lenguas occidentales se filtran ahora en las lenguas periféricas (a menudo a través del alemán): por ejemplo, en sueco entran *soprano* (bajo la forma *soprano*, luego *sopran*), en húngaro *ópera*, *casino*, *cúpula*, *gripe, etc.* (*opera*, *kaszinó*, *kupola*, *influenza*), etc. En rumano, se aceptaron muchos italianismos, como mencionó Ion Heliade Rădulescu, pero no tuvo suerte.

[1] G. Leopardi, *Zibaldone*, 3546-47, 28 de septiembre de 1823.

[2] La traducción italiana se hizo en Milán; cuando se consultó entonces a los juristas del Reino de Nápoles para que propusieran las modificaciones necesarias antes de aplicarla en los territorios napolitanos, la juzgaron "bárbara, ni siempre fiel" (N. Rodolico, *Storia degli Italiani*, Florencia 1954, p. 592). Dado que el léxico jurídico italiano se vio fuertemente influido por ella, merece ser estudiada con detenimiento.

[3] Incluso llegó a impedir la publicación de estas palabras de Pellico: "la noble necesidad de la estima pública y del apoyo de la opinión pública".

[4] G. Rosini, *Risposta ad una lettera del cav. V. Monti sulla lingua italiana*, Pisa 1818, pp. 81-82.

[5] También por el prejuicio de que no es necesario "d'imparà l'itajjano a un itajjano" (G.G. Belli, son. "La lezione del padroncino", 8 de abril de 1834).

[6] Y obtienen cierto reconocimiento oficial: el decreto napoleónico de 1809 "para la conservación de la lengua" (véase el texto en los *Atti dell'Acc. della Crusca*, 1909-10, pp. 97-98), las recomendaciones de Vaccari, Ministro del Interior del Reino de Italia, contra el uso de barbarismos burocráticos (G. Bernardoni, *Elenco di alcune parole...*, Milán 1812, p. III), etc.

[7] Podemos hablar, esquemáticamente, de instancias clasicistas e instancias románticas, aunque procurando no dividir a clasicistas y románticos en dos bandos: es ya una observación trillada que los clasicistas Monti y Leopardi están impregnados de romanticismo, y Manzoni la cabeza de la escuela romántica. Del mismo modo, es ocioso discutir si existe o no un paralelismo entre las tendencias literario-lingüísticas y las tendencias políticas, y preguntarnos si Pellico tenía razón cuando afirmaba que en Turín "para decir liberal se dice romántico" (carta del 18 de agosto de 1819), o si Botta (1828) tenía razón al llamar a los románticos "traidores de la patria" (el joven Carducci volvió a hacerse eco de él en 1853, en una carta a Gargani); tampoco es menos ocioso discutir si Puoti era un "borbónico" o un "patriota": su escuela contribuyó mucho a la formación de una profunda conciencia civil, y eso es lo que cuenta. 'Hubo allí', dice De Sanctis, 'toda una revolución ignorada tanto por los actores como por los espectadores y las víctimas. Y tales revoluciones son las menos reprimibles y las más eficaces" ("L'ultimo dei puristi", en *Saggi critici*).

[8] U. Bosco, en *Probl. e orientam*., III, p. 623. El deseo de una "literatura popular" vuelve varias veces en las meditaciones de Leopardi; paradójicamente, llegó a pensar, para conciliar la reconocida altura de la literatura y el deseo de una literatura popular: "Tener dos poesías y literaturas, una para los entendidos, otra para el pueblo. Así aquellos no perderían, mientras que éste se recuperaría", etc. (*Zibaldone*, 4388, 21 de septiembre de 1828). Encontramos una definición precisa de lo que Tommaseo entendía por "popular" con respecto al lenguaje en las *Memorie poetiche (Memorias poéticas)*, donde habla de la indagación que hizo al interrogar a Geppina Catelli sobre las palabras registradas por la Crusca: "Elegí a una mujer, y no a un hombre de letras, porque ya sé demasiado sobre lo que dicen los hombres de letras: elegí a una mujer para conocer el uso del pueblo que está entre el culto y el vulgo mendigo". Cuando Bonghi se preguntaba "por qué la literatura italiana no es popular en Italia", entendía por tono "popular" el tono "converso" de "un salón burgués bien educado" (C. Muscetta, prefacio a F. De Sanctis, *La scuola Cattolico-liberale*, Turín 1953; véase también E. Vuolo, en *Società*, XII, 1956, pp. 897-914).

[9] Pilucco en diversos campos. Foscolo satiriza (1813) al "periodista" que "un embrollo latino-italiano-griego / resucita indigesto de la garganta" (capítulo a L. Cicognara). Recordemos la definición que De Sanctis hace de su propia lengua y de la de sus contemporáneos, en el Nápoles de 1830-32: "Yo escribía italiano en un estilo pomposo y retórico, un italiano corriente, medio francés, a la manera de Beccaria y Cesarotti [...] En las escuelas de la capital se progresaba más en los estudios. El latín pasaba de moda; las cosas escolásticas se escribían en un italiano incorrecto, pero claro y fácil" (*La Giovinezza*, pp. 15, 29 Russo). Amari se refería a los mismos años cuando escribía en 1886 sobre su propia juventud: "Allá en Sicilia, como en la península, las aspiraciones políticas nos llevaron a reaccionar, entre otras muchas cosas, contra ese cierto italiano que se escribía comúnmente: pobre, bajo e incluso débil, lleno de palabras y maneras extranjeras" (citado por N. Rodolico, *Dalla vita e dalla storia contemporanea*, Città di Castello 1913, p. 297). En Toscana no se escribía mejor que en ninguna otra parte: "así escriben en Toscana como podemos escribir en Lombardía, sin nada especial, vivamente, que no se puede vivir con ello, y no digo si Manzoni se enfada" (D'Azeglio, carta del 8 de octubre de 1844 a Giusti, en *Epistolario* del Giusti, Florencia 1859, p. 449). No mencionemos las quejas de las que se nutren las listas y repertorios de modales erróneos. Tomemos cualquiera de ellas: "Ciertamente no se necesita un esfuerzo hercúleo para hacer una colección [de voces y modales bárbaros], pues basta con entrar entre nuestras más altas brigadas (y cuanto más altas sean, más abundancia proporcionarán), basta con poner el pie en las obras que hoy se imprimen, y muy pocas quisiera excluir, y, por

último, basta con tomar en la mano nuestras grandes hojas periódicas y sólo en éstas, que escriben en cualquier otra lengua que no sea el italiano, encontraremos lo suficiente para componer otra biblioteca alejandrina" (G. Valeriani, *Vocabolario di voci e frasi erronee*, Turín 1854, p. 14).

[10] A veces, las dos maneras coexisten en el mismo autor y quizá en la misma página: De Sanctis lo señala en *Saggi critici*, a propósito de las *Memorie* (1853) de Montanelli, que también adscribe a "esa escuela que, tras las plagas de Manzoni, ha arrojado de la prosa italiana toda esa sonoridad vacua, todos esos rellenos y giros y perífrasis y afectaciones, que llaman elegancia, y le ha dado un estilo franco y expeditivo".

[11] *Mem. dell'Ist. del Regno Lombardo Veneto,* III, 1824, p. 39 (citado en *Lingua nostra*, XVII, p. 92).

[12] "Discorso III sulla lingua italiana", en *Prose letter.*, IV, Florencia 1851, p. 187 (con algunas diferencias también en "Discorso storico sul testo del *Decameron*": ed. naz. delle *Opere*, X, p. 337).

[13] En un fragmento de su tratado *Della lingua italiana*: véase *Opere inedite o rare,* V, p. 348.

[14] Galeani Napione, escribiendo a Rosini (27 de marzo de 1819) habla de un orador sagrado que predica en piamontés en Turín "emulando a Grisóstomo" (G. Rosini, *Nuove lettere sulla lingua italiana,* Pisa 1820, p. 83); Biamonti, *Lettere di Pamfilo a Polifilo*, Firenze 1821, pp. 8-9, habla de la enseñanza del catecismo en dialecto para Piamonte, Génova y Bolonia.

[15] "Notizia su Didimo Chierico", § V (*Opere, ed. naz.*, V, p. 176). En una carta de 1813, leemos que su "barítono" "le ayudó a aprender la pronunciación toscana" (*Epistol., ed. naz., IV*, p. 297).

[16] G. Mazzoni, *Ottocento,* 2ª ed., Milán 1964, p. 330.

[17] Rodolico, *Storia degli Italiani,* cit., p. 679.

[18] Sin embargo, el "acento" que Giordani alababa irritaba a Stendhal: "Je vole au théâtre du Hhohhomero, c'est ainsi qu'on prononce le mot *cocomero*. Je suis furieusement choqué de cette langue fiorentine, si vantée. Au premier moment, j'ai cru entendre de l'arabe [...] la prononciation arabe du florentin vous dessèche le coeur': Stendhal, *Rome*, *Naples et Florence,* 2a redaz., rist. Calmann-Lévy, pp. 211 y 229.

[19] Tenemos varios testimonios sobre individuos. De Carlo Alberto, por ejemplo, sabemos que hablaba bien, debido a sus largas estancias en Toscana. Pasquale Galluppi le daba lecciones "con el acento agudo de su dialecto" (L. Settembrini, *Ricordanze della mia vita*, Bari 1934, I, p. 53). Manzoni se asombraba de que Giordani "considerara su pronunciación gala como piacentina" (N. Tommaseo, *Colloquii,* p. 107), mientras que por su cuenta se había esforzado en hablar florentino, y cuando Salvagnoli elogió su pronunciación mejorada, se alegró (*ibíd.*). Tommaseo había aprendido muy bien la pronunciación florentina: Ariodante Le Brun, que fue su secretario, nos dice: "Yo, florentino, en muchos años encontré que sólo dos palabras no las pronunciaba como se acostumbra aquí: *bosco* e *apposta* con *o* stretto" (*Di N. Tommaseo*, Torino 1875, p. 12). Un alumno napolitano de De Sanctis, Nicola Marselli, nos cuenta que el maestro pronunciaba la *s* di chiosa "de un modo verdaderamente bárbaro" (citado por Russo, en su comentario sobre *La Giovinezza*, p. 125): esto significa que la pronunciaba sonoramente, mientras que Marselli y sus compañeros ignoraban que ésa era la pronunciación toscana correcta.

[20] El comentario es de la marquesa Arconati, en una de sus conversaciones con un erudito inglés (N.W. Senior, *L'Italia dopo il 1848*: *colloqui etc.*, ed. A. Omodeo, Bari 1937, p. 34).

[21] Véanse los buenos ensayos de G.G. Ferrero, *Prosa illustre dell'Ottocento, Turín* 1939-41 (2ª ed., con el título *Prosa classica dell'Ottocento*, Turín 1945).

[22] Las ediciones de 1819 y 1820 de la *Historia de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América* van acompañadas de un "Índice alfabético de algunas palabras y frases italianas menos comunes... con explicación".

[23] En una carta del 20 de abril de 1810 (*Epist.*, ed. naz., XVI, p. 376), Foscolo había afirmado que "las inscripciones en italiano no pueden tener éxito si no son débiles", y que "lo único que queda es intentar no hacer el mal, ya que hacer el bien sólo es posible en latín". Pero es muy posible que no tuviera ganas de escribir las inscripciones que se le pedían.

[24] Polemizaron mucho entre ellos; especialmente Cesari y Monti. G. Marchetti en el soneto *Il Monti e il Cesari*, imaginando que los dos se encuentran "oltra quel varco che al ritorno è chiuso" (más allá de ese pasaje que se cierra al regreso) les hace decir en reconciliación: "Solo è bello (dicen) quel varco che l'antica / età consente e la moderna intende.

[25] Tanto es así que Cardarelli (*La Ronda*, III, p. 130) pudo compararlos con los prerrafaelitas.

[26] G. Guidetti, *La questione linguistica e l'amicizia del p. A. Cesari* etc., Reggio Emilia 1901, p. 21.

[27] *Ibídem*, pp. 141-142.

[28] *Lettera semiseria*, en *Opere,* II, p. 11 Bellorini.

[29] Carta a P. Fanfani, en *Bibliobiografia* di questo, p. 50.

[30] Los discursos fueron pronunciados en la Academia de Lucca (1835 y 1839) y reimpresos en *Alcuni discorsi filologici*, Lucca 1847.

[31] "La revolución romántica puede definirse también con una metáfora fácil como la extensión del derecho de ciudadanía a todos los elementos de la realidad" (G. Contini, en el volumen misceláneo *Studi* pascoliani, Faenza 1958, p. 41).

[32] P. Borsieri, en *Conciliatore*, 27 de diciembre de 1818 (I, p. 531 Branca).

[33] "Sin el canon de la favella hablada, la ilustre lengua de los escritores ya no es una lengua viva [...] *Gravedad*, *gravedad*, éste es el único, el insoportable mérito de todos los escritos" (N. Tommaseo, "Nuova proposta di correzioni e di giunte al Dizionario italiano", en *Nuovi scritti*, IV, Venecia 1841, p. 108).

[34] Rist. en *Scritti letterari*, Florencia 1881, I, pp. 114-126.

[35] Véase el extracto del Diario de Guasti (C. Guasti, *Opere*, III, pp. 217-218).

[36] G.B. Niccolini, *Opere,* III, p. 293.

[37] G.B. Giorgini, prefacio al *Novo Vocabolario della lingua italiana*, p. LVI.

[38] Sin embargo, las palabras que tienen un aspecto clásico pueden aceptarse sin dificultad: Mamiani advierte (prefacio a las *Poesie*, p. LVII) que *fibrilla* "era un término primero científico, luego bajo la pluma de Monti se hizo grácil y poético".

[39] Manzoni tiene *pargoli* y *bamboli*; Borghi *bamboli*; etc. En prosa, Giordani recomienda a Caterina Franceschi Ferrucci: "No tengas el impulso de hacer de tu *bamboccio* un Salomoncino prematuro" (carta del 16 de enero de 1832). Manzoni, que en la primera edición de *Promessi sposi* (cap. XXXV) había escrito 'balie con *bamboli* al petto' (niñeras con *muñecas en* el pecho), en la segunda corrige a los *niños*.

[40] En *Ricoglitore italiano e straniero,* III, I, p. 309 (reimpreso en *Alessandro Manzoni*, Milán 1882, I, p. 230).

[41] Siempre vivas y luminosas son las páginas dedicadas por Cesare De Lollis a los "conati realistas" de los poetas del siglo XIX (*Saggi forma poetica*); felices pistas en D. Petrini, *Dal barocco al decadentismo*, Florencia 1957, passim, y en W.Th. Elwert, "La crisi nel linguaggio poetico italiano nell'Ottocento", en *Anales del Instituto de Lingüística,* IV, 1950, pp. 36-81.

[42] Léase la carta en la que Pellico habla de *la Carmagnola* de Manzoni: el tema permitía al poeta evitar "modales y vocabulario no semejantes a la prosa", y de este modo "desviarse poco del discurso común de hoy" (carta del 8 de enero de 1820, en *Carteggio* di A. Manzoni, I, p. 457).

[43] A.L. Messeri, en *Lingua nostra,* XVI, 1955, p. 74.

[44] Cherubini, *Vocabolario Milanese-ital*., s.v. explica el mil. *sferlà* como 'squarciare, sdruscire (sic), stracciare, strappare, sbrandellare'. Y Harvest, en *Saggi critici,* Nápoles 1874, p. 104, señaló: '¿No veis que estos dos versos chocan, y que uno es cómico, el otro alta poesía? Y si de sonido se pone al servicio de un arco de plata, ¿qué será, cuando me habla de un divino arco de plata?".

[45] De los tratados generales sobre la cuestión de la lengua, el más importante para el siglo XIX sigue siendo el de D'Ovidio, *Correzioni*.

[46] Sobre Cesari, véase M. Vitale, "Il purismo di A. Cesari", en *Lettere italiane*, II, 1950, pp. 3-35.

[47] *Dissertazione sopra lo stato presente della lingua italiana*, 1808, reimpreso en *Opuscoli letterari e linguistici*, ed. Guidetti, Reggio 1907, p. 145.

[48] Véanse las listas en *Panfletos,* cit., pp. 179-181, pp. 587-588.

[49] *Ragionamento sulla vita di Gesù Cristo*, Milán 1841, p. XIII.

[50] Sobre Puoti siguen siendo fundamentales los testimonios de De Sanctis (en *Giovinezza* y en el citado ensayo sobre "L'ultimo dei puristi"). V.N. Caraffa, *B. Puoti e la sua scuola*, Girgenti 1906.

[51] Puoti no tenía escrúpulos en sustituir una palabra por otra, cosa que le reprochaba Fornaciari; y Bonghi recordaba cómo, para decidir si un período de la obra de Serdonati debía imprimirse *potrebbono* o *potrebbero*, leía el período una y otra vez "procurando que l'orecchio gli deliberasse, se l'una o l'altra terminazione tornasse più sonora" (Prefacio a *Perché la letteratura italiana non sia popolare in Italia*, 1855, p. XV).

[52] L. Rosiello, en *Lingua nostra,* XIX, 1958, pp. 110-118.

[53] *Epistolario*, ed. Guidetti, pp. 254-264.

[54] Cf. N. Zingarelli, "Vincenzo Monti, l'Istituto Lombardo e la lingua italiana", en *Rend. Ist. Lomb.,* LXI, 1928, pp. 581-619 (reimpreso también en *Scritti di varia letteratura*, Milán 1935, pp. 496-522).

[55] La idea común entre Monti y Perticari era la de la *lengua ilustre*: pero mientras Monti defiende la escritura culta frente a la inculta, lo noble, lo gentil, lo elegante frente a lo municipal, lo plebeyo, lo casero, Perticari glosa sofísticamente los textos de Dante, resucitando las teorías de Trischini.

[56] Véase, por ejemplo, *Scritti letterari,* cit., I, pp. 115-116, 257-272.

[57] Véanse las quejas de Camerini en su prefacio a los *Anales* de Tácito traducidos por Davanzati.

[58] Existen numerosos escritos sobre las concepciones lingüísticas de Manzoni, de los que sólo mencionaremos los principales. El volumen de D'Ovidio, *Correzioni*, y las páginas que prologó a la reedición del *Proemio de* Ascoli, Città di Castello, 1914 (reimpreso en *Opere*, VI) son siempre muy útiles. A. Momigliano (en *Alessandro Manzoni*, reimpresión de la 3ª ed., Messina 1945, pp. 105-135) esboza excelentemente la filosofía del lenguaje de Manzoni, tal como resulta de sus escritos inéditos (cf. también E. Gabbuti, *Il Manzoni e gli ideologi francesi*, Firenze 1936). B. Croce examina el pensamiento y la obra manzonianos a la luz de su propia filosofía ("Alessandro Manzoni e la questione della lingua", en *Letteratura della nuova Italia*, I, y en *Alessandro Manzoni*: *saggi e discussioni*, Bari 1930, pp. 69-84). A. Schiaffini examina "Le origini dell'italiano letterario e la soluzione manzoniana del problema della lingua dopo Graziadio Isaia Ascoli", en *Italia dialettale,* V, 1929, pp. 129-171. Para el desarrollo de las ideas de Manzoni y la cronología de sus escritos, véase M. Barbi, "Piano per un'edizione nazionale delle Opere di Alessandro Manzoni", en *Annali manzoniani, I, 1939*, pp. 23-153; B. Reynolds, *The Linguistic Writings of Alessandro Manzoni*, Cambridge 1950; F. Forti, "L'eterno lavoro e la conversione linguistica di Alessandro Manzoni", en *Giorn. stor.*, CXXXI, 1954, pp. 352-385; C. Baglietto, "Il problema della lingua nella storia del pensiero e della cultura del Manzoni sino al 1836", en *Ann. Sc. Norm. Pisa,* 2ª s., XXIV, 1955, pp. 1-49, 182-236; G. Nencioni, "Conversioni dei *Promessi Sposi*", en *Rassegna lett. it.,* LX, 1956, pp. 53-68.

[59] *Correspondencia*, II, p. 192.

[60] De Robertis ha demostrado (*Primi studi manzoniani*, Florencia 1949, pp. 84-98) la importancia que tuvo el estudio del *Vocabolario milanese* de Cherubini para los distintos borradores de la novela.

[61] Tommaseo hizo objeciones sobre este punto en conversaciones que mantuvo con él en 1855: "'Pero, ¿sabe Ella cuántas lenguas florentinas viven?' Y él, con la franqueza de los hombres engañados: 'Tomo la de los mejores hablantes'. Y yo: '¿quieres decir la de los barberos, o la de los marqueses, o la de quién?'" (carta a G. Capponi, 15 de enero de 1858; cf. también *Colloquii col Manzoni*, Florencia 1929, p. 95).

[62] Barbi distingue (*Annali Manzoniani*, I, 1939, pp. 123-125) cinco fases, que van desde un capítulo introductorio (hacia 1830), pasando por un manuscrito ya en posesión de Giorgini (que representa la fase de 1831-34), y por *Sentir messa* (que sería la fase de 1835-36), hasta los dos borradores publicados por Bonghi en los volúmenes IV y V de las *Opere inedite o rare* (que corresponden al estado de la obra en los años 1843 ss, e 1850-58). Reynolds, *The Linguistic Writings of A.M.*, cit., y Forti, "L'eterno lavoro e la conversione linguistica di A.M.", cit.

[63] La comparación entre las ediciones de 1825-27 y 1840 puede hacerse con la edición comparativa publicada por R. Folli (Milán 1877, muchas veces reimpresa), o más bien con la reimpresión de Mondadori de las tres ediciones (*Fermo e Lucia*; 1825-27; 1840).

[64] E. Bianchi, en *Annali manzoniani,* III, 1942, pp. 281-312.

[65] El texto fue enviado por Manzoni a Carena el 26 de febrero de 1847.

[66] Véanse los capítulos XV y XVI de la *Storia della grammatica* de Trabalza. Sobre De Sanctis grammatico, véase C. Sgroi, en *Discere*, I, 1950, nn. 3-4, pp. 9-25.

[67] Pero un purista educado e inteligente como L. Fornaciari puede dar testimonio del uso toscano vivo, oponiéndose al "excesivo rigor de los gramáticos" al condenar *el* interrogativo.

[68] G. Volpi, "Il primo tentativo della quinta edizione della Crusca", en *Rassegna nazionale,* 2a s., XL, 1923, pp. 242-250.

[69] Con una estela de polémica: [Anónimo, prob. G. Gherardini], *Aiuto contro l'aiuto del signor Lissoni*, Como 1831; *Risposta al libercolo* "*Aiuto contro l'aiuto*", Milán 1831; *Osservazioni intorno ad un libro intitolato* "*Ajuto allo scrivere purgato*", Milán 1832.

[70] Recordemos que C. Lucchesini (*Della illustrazione delle lingue antiche e moderne,* 2ª ed., cit., II, p. 252): "De regreso de Francia, en mayo de 1799, visité en Turín al anciano marqués de Barol. Hablando con un italiano, creí que debía hablarle en italiano, pero después de algunas palabras pronunciadas mutuamente, me rogó que utilizara el francés, diciendo que tenía poca práctica de la lengua italiana".

[71] C. Denina, *Dell'uso della lingua francese*: *discorso in forma di lettera diretto ad un letterato piemontese*, Berlín 1803; y de nuevo en una carta dirigida en 1809 "au citoyen préfet du département du Po".

[72] *Concisi ricordi di un soldato napoleonico*, rist. Ciampini, Turín 1942, p. 113.

[73] Leopardi, en una carta del 8 de agosto de 1317, reprochaba a E.Q. Visconti de haber "olvidado Italia [...] habiendo abandonado no sólo su tierra sino también su lengua", y decía que si alguna vez "estas cosas que tienen que ser europeas" debían escribirse en latín. Guerrazzi se quejó de forma similar en 1829 de Guglielmo Libri.

[74] Por ejemplo Pellico (G. Ravelli, en *Giorn. stor. lett. ital.*, CXV, 1940, p. 45).

[75] Este es un punto en el que Manzoni insistió mucho: baste recordar su carta a Fauriel de 1821 (citada en pp. 757-758).

[76] Véase la lista de escritores corsos del siglo XIX recogida por P. Arrighi en el volumen *Visages de la Corse*, París 1951, pp. 130-132. En la tumba de Salvatore Viale, poeta de *Dionomaquia, están* inscritas las palabras: *Córcega a su poeta*.

[77] Mazzoni, *L'Ottocento,* 2ª ed., cit., pp. 402-420.

[78] Sobre el progresivo declive del italiano en las islas Jónicas bajo la administración inglesa (1815-64) y más aún tras la anexión a Grecia, véase M. Cortelazzo, "Vicende storiche della lingua italiana a Corfù", en *Lingua nostra,* VIII, 1947, pp. 44-50.

[79] "Tuo console nuovo star buono, non cercare me né buono né male, inscialla tutti li consoli star come isso", dijo el pachá de Trípoli Yusuf Caramanli a un súbdito sardo en 1825 (E. Rossi, en *Rivista delle colonie italiane,* 1928, número especial, p. 150). "El italiano se habla y se entiende tan fácilmente en Esmirna como en Jerusalén, en El Cairo como en las montañas del Líbano" (F. Gabrieli, en *Nuova Antologia*, sept. 1946, pp. 65-71, a propósito de las memorias del inglés A.W. Kinglake, que viajó hacia 1835).

[80] Sobre la importancia del italiano en Egipto a principios del siglo XIX, véase A. Sammarco, *Gli Italiani in Egitto*, Alessandria 1937. En 1859, el acuerdo comercial entre Austria y el bey de Túnez se redactó en italiano (Rossi, en *Rivista delle colonie italiane,* cit., p. 151).

[81] G. Pascu, *Istoria literaturii romîne din sec. XVIII*, Iași 1927, III, pp. 271-274.

[82] C. Tagliavini, en *L'Europa Orientale,* VI, 1926, pp. 313-359; Rosetti, en Academia Rep. Pop. Romîne, *Contributii la istoria limbii rom.*, Bucuresti 1956, pp. 56-66.

[83] Excepcional es el uso de *ij* dentro de palabras para evitar dos *i* consecutivas: *poesijna* (F. Pananti, *Il poeta di teatro*, III, st. 6, ed. 1824).

[84] F. Ghisalberti, en *Annali manz.*, IV, 1943, p. 215; A. Manzoni, *Poesie rifiutate*, ed. Sanesi, pp. L-LI.

[85] Pero se le opone Gioberti (*Pensieri e giudizi*, editado por F. Ugolini, Florencia 1859, p. 175).

[86] "Esempj pel nuovo segno *circonflesso* o *doppio acuto* aggiunto modernamente nella poesia italiana: *Fuggîr* l'oro e i palagi ogni misura" (G. Donini, *Sillabario italiano teorico pratico*, Perugia 1831, p. 236).

[87] "apóstrofos, acentos y diéresis o treme, como oigo que algunos los llaman [...] Hoy en día, no se advierte al lector de ninguna manera en particular de que dos vocales unidas no deben pronunciarse en una sola respiración: algunos utilizan la diéresis, es decir, dos puntos al final de la primera vocal, otros el acento" (I. Casarotti, Sopra la natura e uso diittongi italiani, Padua 1813, p. 123, quien considera inútil el recurso, confiando en la inteligencia de los lectores. Casarotti, Sopra *la natura e l'uso dei dittongi italiani, Padua 1813, p*. 123, que considera inútil el expediente, confiando en la inteligencia de los lectores). Véase A. Camilli, en *Lingua nostra,* XIX, 1958, pp. 24-26.

[88] Cantù, *A. Manzoni,* cit., I, p. 19. Sobre el uso de las mayúsculas en los primeros poemas, véase F. Ghisalberti, *Annali manz*., IV, 1943, pp. 203-206; en *Promessi sposi*, véase M. Barbi, *La nuova filologia*, pp. 222-223.

[89] Sobre la puntuación de *Leopardi*, especialmente en las *Operette morali,* véase F. Colagrosso, *Leopardi's Stylistic Doctrines,* Florencia 1911, pp. 200-230.

[90] En una carta a Le Monnier (3 de agosto de 1846), Giusti se queja del exceso de signos de puntuación añadidos a su ensayo sobre Parini.

[91] Véase el artículo "Della riforma dell'ortografia", en *Scritti letterari,* cit., I, pp. 257-272. Cattaneo propuso también, muy acertadamente, acentuar las palabras resbaladizas y más que resbaladizas, y aplicó este sistema en sus *Notizie naturali e civili su la Lombardia*.

[92] P.G. Goidanich, en *Atti Acc. d'Italia*, s. 7ª, II, pp. 167-218.

[93] Sobre la manera de Manzoni de conservar o suprimir el diptongo, véase D'Ovidio, *Correzioni,* [4a] ed., pp. 57-61. En una carta del 13 de abril de 1856 se lee "dammi *bone* notizie" (dame buenas noticias), pero "Il Signore è *buono* anche quando colpisce" (El Señor es *bueno* incluso cuando golpea): una oscilación debida a la diferencia de tono.

[94] "Manfredini escribe desde Viena para ser *buonissimo*, o *bonissima* como desean los puristas, la salute" (carta a I. Pindemonte, 15 de enero de 1803). El propio Tommaseo se muestra bastante escéptico respecto a la norma, y acepta no sólo el *trueno bueno*, sino también *el sonoro* ("Nuova proposta", en *Nuovi scritti*, IV, p. 65).

[95] Pero en otros lugares, se atuvo a algunas elisiones populares toscanas: *du' altri*, *i' ho dato*.

[96] E. Bianchi, en *Annali manzoniani,* III, 1942, pp. 288-291.

[97] Un tratado de Casarotti en la ed. de Padua 1813 lleva en su título *diptongos*, en la de Milán 1834 *diptongos*.

[98] *Giunta alla derrata*, p. 120 del rist. Pellegrini.

[99] Sin embargo, ya no se antepone el singular *lo* a una consonante: lo encontramos, quizá como alusión al uso meridional (dada la referencia al rey de Nápoles) más que como arcaísmo, en un stornello político de Dall'Ongaro: "Cuando el pueblo no tenía harina / *Lo re* diceva: Mangiate aves de corral".

[100] Pindemonte, en carta a Bettinelli (23 de noviembre de 1799) escribe "*el tío* (porque nunca diré *tío*) escribe las memorias de su sobrino", y en carta a Pieri (18 de mayo de 1810) "digo entonces *celo* y no *celo*, y le ruego que se guarde de tal afectación". También Cesari (carta a A. Chersa, 25 de abril de 1828) polemiza con "ciertas personas repugnantes" que quieren decir *a Zoilo*, *azúcar*, *azufre,* mientras que Boccaccio tiene *Zima* y similares.

[101] El periódico florentino *La Zanzara* del 15 de mayo de 1849 reprochaba "al gran menante Francesco Domenico" que escribiera *Europa* en lugar de *Europa*, y decía que por eso Giusti le había propuesto como Academico della Crusca (G. Giusti, *Epistol*., IV. p. 290 Martini).

[102] Así, "per li patrii lidi" (*All'Italia*), "per lo libero ciel fan mille giri", "per li campi esulta" (*Il passero solitario*) no tienen ninguna connotación estilística para Leopardi, sino que son una simple aplicación de la regla.

[103] *Al Código de Napoleón el Grande para el Reino de Italia* (Milán 1806) se opone el *Código* Borbónico *para el Reino de las Dos Sicilias* (Nápoles 1819).

[104] Muchas de ellas se encuentran en el repertorio de Mastrofini (*Teoria e prospetto*, cit.), que, aunque se basa en atestaciones clásicas, documenta sin embargo a menudo el uso contemporáneo: por ejemplo, al verbo *cuocere* muestra que *cuocia* sustituye a *cuoca* ("el uso parece querer insertar una *i*"), entre *valga* y *vaglia* declara más común *vaglia* en la locución *y vaglia il vero* etc.

[105] *Gli Italiani in Russia*, Italia 1826-27, passim, citado por R. Ciampini, en el prefacio a su ed. de *Concisi ricordi di un soldato napoleonico*, Turín 1942, p. 14.

[106] En la [2a] edición de la *Imitación de Cristo* traducida por él, Cesari sustituyó un *vorresimo* por un *vorremmo*, pero lo hizo para evitar una repetición.

[107] E. Bigi, *Dal Petrarca al Leopardi*, Milán-Nápoles 1954, p. 134.

[108] *Correcciones*, pp. 79-80.

[109] El propio Tommaseo mezcla el condicional pasado con el condicional presente: "No preveía que, como exiliado voluntario, dentro de quince años *habría enviado* a Italia un libro sobre las miserias y esperanzas de la nación y [...] lo *llamaría*" (*Rivista contempor*., XXXVIII, 1864, pp. 125-126).

[110] A Betti, que en nombre de la tradición clásica italiana había censurado la transliteración de Píndaro por Lucchesini por demasiadas inversiones, Fornaciari respondió adjuntando numerosos ejemplos de poetas del siglo XIV e incluso de prosistas con fuertes transposiciones (*Alcuni discorsi*, cit., pp. 3-37).

[111] Citado en Mazzoni, *Ottocento,* cit., [2a] ed., p. 604.

[112] *Della italianità e dell'eleganza*, [2a] carta (París 1842), en *Prose letterarie*, Florencia 1867, pp. 251-252.

[113] V. *Lingua nostra,* II, 1940, p. 58.

[114] Pero Ferrari utilizaba *Risorgimento* aludiendo al renacimiento de la civilización italiana, desde el origen de las Comunas hasta el triunfo de los Señoríos, mientras que Spaventa y Fiorentino lo empleaban en el sentido en que hoy decimos Renacimiento (E. Sestan, en *Opere di G. Romagnosi*, *C. Cattaneo*, *G. Ferrari*, Milán 1957, p. 1057). Gioberti (*Rinnovamento civile d'Italia*) habría querido distinguir entre *Risorgimento* (hasta 1849) y *Rinnovamento* (después de 1849).

[115] Por otra parte, la afirmación de Pío IX de que había llamado *barbacani a los* voluntarios de la *Santa Sede* (Génova di Revel, *Umbria e Aspromonte*, Milán 1894, p. 50) tenía por objeto burlarse, debido a su ignorancia del significado propio del término, y a la similitud con *barba* y *perro*.

[116] El primer ejemplo dado hasta ahora figura en una nota del nº 3 del *Spettatore Italiano* (1814); en los nºs 11-12 de la misma revista se dice: "este gusto moderno que M.me de Staël y los alemanes llaman romántico". Para la historia de la palabra en italiano, véase C. Apollonio, *Romantico*: *storia e fortuna di una parola*, Florencia 1958, y la "Antologia di testimonianze sul romanticismo" recogida por E. Mazzali como apéndice a su reedición de *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica* di G. Leopardi, Bolonia 1957; para otras lenguas europeas, véase sobre todo F. Baldensperger, en *Harvard Studies and Notes Phil. Liter.*, XIV, 1937, pp. 13-105, R. Wellek, en *Compar. Literature*, I, 1949, pp. 1-23.

[117] M. Praz, *Crónicas literarias anglosajonas,* I, Roma 1950, pp. 68-72.

[118] De *Tancredi* de Rossini, libreto de G. Rossi.

[119] L. Molossi, *Nuovo elenco di voci e maniere di dire*, Parma 1839-41, s.v.; cf. Viani, *Dizionario di pretesi francesismi*, cit., s.v.

[120] Pananti, *El poeta teatral*, cit., c. VI.

[121] "Nueva propuesta", cit., p. 19.

[122] Bernardoni (*Elenco*, s.v.) habría querido, por ejemplo, que se evitara *la deportación*; y Gherardini (*Voci italiane ammissibili*) señala que "utilizar los términos *bandire*, *relegare*, *esiliare en* su lugar llevaría a alterar el valor de esta pena": el *Código de Delitos y Penas* cuenta más que la opinión de los gramáticos. Lissoni (*Ajuto*, s.v.) culpa a *imbarcazione,* y Gherardini (*Aiuto contro l'aiuto*) objeta que la palabra también aparece en francés y español, y por tanto puede aceptarse. Azzocchi, que lucha por el ejemplo de *diputado,* es especialmente severo. A Puoti no le gustaría saber nada de *circunstancias*; y así sucesivamente.

[123] La voz francesa, como sabemos, tiene su origen en la máscara italiana de Pantalone: pero como término de moda, es "una voz introducida y naturalizada aquí después de la revolución política" (G. Boerio, *Dizionario del dialetto veneziano*, s.v.).

[124] El nombre neoclásico de *fósforos* se impuso pronto a los otros que aparecieron entonces: *accensibili*, *lumiferi* (cf. inglés *lucifer*, 1831); aún vive en el norte de Italia *fulminante*, en el sur *pròspero*, alteración paretimológica de *fosforo*; en otros lugares persisten los nombres antiguos (*solfino*, *z-*; *solfanello*, *z-*).

[125] En realidad, ya existía una traducción del tratado francés de Biot, *L'architetto delle strade ferrate,* Milán 1837.

[126] *Vaporiera* también se utilizaba para "barco de vapor" ("en los barcos de vapor del Po y del Adriático, hasta el puerto de Fiume": discurso de C. Cattaneo "Ai prodi Ungari", 5 de abril de 1848).

[127] A.L. Messeri, en *Lingua nostra,* XVI, 1955, pp. 73-74.

[128] *Bollettino delle str. ferrate*, 12 de marzo de 1856 (citado por A.L. Messeri, en *Lingua nostra,* XVI, 1955, p. 9).

[129] G. Carena, *Osservazioni intorno ai vocabolari della lingua italiana*, Turín 1831, p. 76.

[130] *Conciliatore*, 3 de octubre de 1819 (ed. Branca, II, pp. 402-403).

[131] A propósito de *inlune,* P. Costa dice (*Opere*, Bolonia 1835, p. 9): 'Esta palabra es latina. Yo me tomo la libertad de hacerla italiana, porque se entiende fácilmente, teniendo la partícula in-fuerza de negación'.

[132] "Gli *articolai* (dacché si fa mestiere di tutto vien fatto di lucidare il nome d'ogni razza di mestierante sulla parola *bottegaio*)": carta de 1841 a M. D'Azeglio, *Epist.*, I, p. 405 Martini; en otro lugar "*religionai* non religiosi".

[133] Gioberti, por su parte, para evitar los verbos correspondientes en *-ializar*, utiliza *organare* y *utilificare*; pero viceversa tiene (siguiendo los pasos de Salvini) *unizzare*.

[134] Y también algunos escritores bastante tolerantes, como Cattaneo, que satiriza así la moda del sufijo: "el italiano *prodiga frases para regularizar la marcha de la civilización y la moralización de las clases trabajadoras*" (*Scritti letter.*, I, p. 117 Bertani); D'Azeglio habla de "ese sistema que en el diccionario vandálico-burocrático lleva el nombre de *centralización*".

[135] A través de la fase de adjetivo invariable *agrícola* (cf. *papel de mosca*) que aún se encuentra en Romagnosi: "un núcleo *agrícola* e industrial" (*Dell'indole e dei fattori dell'incivilimento*, p. 238 Sestan).

[136] Migliorini, *Saggi Novecento*, pp. 147-149.

[137] Leopardi, en la *Operette morali* ("Proposta di premi fatta dall'Accademia dei Sillografi") imagina que "de mano en mano, tenemos que encontrar, a modo de ejemplo (y agradezcamos la novedad de los nombres) alguna parainvidia, alguna paracalunnie o paraperfidia o paraphrodi".

[138] N. Tommaseo, *Dizionario estetico,* 4ª ed., Florencia 1867, col. 380.

[139] Probablemente debido a la influencia francesa: cf. los ejemplos citados por F. Rodolico, en *Lingua nostra*, XVII, 1956, p. 116.

[140] Ya en una carta de G. Giudici a Manzoni, prob. 1830, se menciona la "Perpetua indolente" de un antiguo párroco (Manzoni, *Carteggio*, II, p. 639).

[141] Migliorini, *Del nombre propio*, pp. 197-198 y passim.

[142] En el *Conciliatore* (29 de octubre de 1818), Di Breme escribe *pañal de bolsillo*.

[143] Grassi, *Saggio intorno ai sinonimi,* s.v. *tuono*, propuso distinguir entre *trueno* ('ruido del rayo', 'trueno') y *tono* (de voz, etc.), pero hasta nuestro siglo no se hizo la distinción.

[144] Migliorini, *Saggi ling.*, p. 79. Cf. también en un soneto de Belli (4 de agosto de 1835): "Bbasta, o sse chiami *còllera* o *ccollèra*", y la discusión en la *Strenna de* Veratti *de 1885*, s.v. *cólera*.

[145] A veces Giusti tiene escrúpulos: después de utilizar "oggi s'insacca / la carne *a macca*" en el *Gingillino,* preguntó a Francioni, Académico de la Crusca, si la locución estaba documentada; se defendió (*Epist.*, II, p. 484 Martini) por haber utilizado las expresiones *sfilinguellare* y *giubba sversata*; etc.

[146] El glosario con la "Explicación de ciertas voces y frases tomadas de la lengua hablada" que acompañaba a la edición de Le Monnier (1852) de los *Versi editi e inediti y el* glosario análogo junto con los *Consigli*, *giudizi*, *massime*, *pensieri tratti dalle opere di G. Giusti* contienen muchos centenares de palabras tomadas de sus versos y prosas: pero la gran mayoría de ellas ya habían sido utilizadas por los escritores.

[147] La palabra también es utilizada por Giusti, y recogida (sin ejemplos) por Manuzzi.

[148] A. Beccani, en *Lingua nostra*, IV, 1942, pp. 58-60.

[149] Como cuando el posadero del Plenilunio refiriéndose a Renzo le llama *ese guapo agachadizo*. Siguiendo sus pasos, Grossi (*Marco Visconti*, c. XXV) pone en boca de Tremacoldo estas palabras: "tu hai un cavallo più grosso, cecino mio bello e galante.

[150] M. Barbi, en *Annali manzoniani,* I, 1939, pp. 178-180; Bianchi, *ibíd.,* III, 1942, p. 701.

[151] Barbi, *La nuova filologia, p*. 222, intentó defender la expresión de Manzoni; pero cf. Bianchi, en *Ann. manz*., III, p. 312. Giusti, en *Cronaca dei fatti di Toscana, p*. 71, ha *reunido las vasijas*.

[152] El 27 de septiembre de 1852, escribe a su mujer: "Tengo pegado al *muro* (así lo he oído decir ahora, y Stefano [su hijastro] puede escribirlo a Rossari) también el deseo de Pistoia y Volterra" (*Manzoni intimo*, Milán 1923, III, p. 28).

[153] Cattaneo protestó contra las palabras que Tommaseo habría "con tanto estudio rastrillado a lo largo de los almiares de Val d'Elsa o en el interior de los ossarii de la Crusca" para insertarlas en *Fede e bellezza* (*Scritti letter*., I, pp. 114-126); Rajberti no le perdonaba haber utilizado *la polenda* en su elogio de Rosmini, *Il Viaggio di un ignorante,* Milán 1857, p. 152).

[154] Giusti lo utiliza, y Tommaseo, en una carta de 1834 a Vieusseux, aún advierte de su carácter regional: "quel che in Toscana si dice *figuri*.

[155] Existen algunos raros ejemplos toscanos a partir del siglo XVI; Alberti lo registró como "voz grave".

[156] *La lingua parlata di Firenze e la lingua letteraria d'Italia,* II, 1864, pp. 308-309.

[157] Prefacio al *Vocabulario de Lucca*, § 55.

[158] Debe de tratarse de una voz que penetró en la época de la dominación española, y que sólo ahora emerge. Igualmente emergente (de los dialectos meridionales) es el antiguo hispanismo *disfrazado* (cf. *Lingua nostra*, IX, p. 73).

[159] Los vocabularios sólo registran las formas toscanas *caparrare* o *incaparrare*: cf. Bernardoni, y Gherardini que le contradice.

[160] E. Canevazzi, F. Marconi, *Vocabolario di agricoltura*, s.v.

[161] Se ha escrito mucho al respecto; véase D'Ovidio, *Correzioni*, pp. 34-46.

[162] Bianchi, en *Annali manz*., III, p. 299.

[163] En una versión del latín, Cesari había escrito "toda la gente de los Alpes, que del mare *soprano al sottano* tenevano", y elogiaba así a Manuzzi (carta del 12 de marzo de 1828): "Torcerassi per avventura il naso da alcuno al *sottano* e *soprano*; ma nol muterei, se sperassi di piacere a Semiramide stessa".

[164] "Al Cristo morto poté dir *carogna"*, según la acusación de Villardi (*Varie operette*, Padua 1832).

[165] Véase, para las *Operette morali*, Colagrosso, *Le dottrine stilistiche del Leopardi e la sua prosa, cit., pp.* 100-114; F. Moroncini, Discorso proemiale all'edizione delle *Operette*, pp. XLIX-L; Bigi, *Dal Petrarca al Leopardi,* cit., pp. 118-121.

[166] *Zibaldone*, 28 de mayo de 1821, 1098, I, p. 738 Flora.

[167] *Correspondencia Tommaseo-Capponi*, II, p. 186.

[168] Lo Maestro Ircone Ravignano, *Dello pulcro vulgare eloquio della prisca simplicitate*, *naturalezza e grazia rinnovellato*, Rávena 1823, pp. 31-32.

[169] Véase la reimpresión de los dos opúsculos editados por C. Pellegrini, Nápoles 1915.

[170] P. Borsieri, *Avventure letterarie di un giorno*, Milán 1816, p. 42.

[171] Y, por citar sólo un ejemplo más, recuérdese lo que dijo el P. Mauro Ricci a quienes le reprochaban que *asintiera*: "Dicen que Monti lo usó en la *Ilíada*. Aparte de Monti! todos nuestros padres latinos la usaron; y según mi pobre juicio, la fuente latina es una buena fuente" (*L'allegra filologia di Frate Possidonio da Peretola*, Firenze 1861, p. 303).

[172] Es evidente que Monti no habrá sacado esta palabra directamente de Lampridio, sino de los arqueólogos de su propia época.

[173] En realidad, la forma *transe* que Monti adopta en la *Mascheroniana* (II, v. 163), "Pietà gridammo, ma pietà non *transe* / al cor de' cinque", es una adaptación directa y excepcional del perfecto latino *transiit*, al que la semejanza de otros perfectos fuertes (la palabra rima con *franse*, *pianse*) mantiene el valor de perfecto.

[174] No pocos, sin embargo, han aparecido y luego han muerto: *egreference*, *enisso* (*enixus*), *innutto* (*innuptus*), etc. Así no arraigó el *estorre* (de *extorris* 'exilio de la propia tierra') exhumado por Cattaneo ("una de las tribus eslegi ed estorri parece ser la de los Zingari": "Dell'India antica e moderna").

[175] El término aparece como sustantivo, en su nueva acepción, en 1832; como adjetivo, Boccaccio ya lo había tomado del latín, y más recientemente lo había utilizado Di Breme, que en el *Conciliatore* (I, p. 186 Branca) había hablado del "sanbenito non fiammifero".

[176] Cattaneo (en el artículo "Di nuove voci greche", reimpreso en *Scritti letterari*, I, cit., pp. 250-257) protestó contra el abuso del griego, el estiramiento del significado en comparación con las voces antiguas, las dificultades de adaptación fonética al italiano.

[177] La adaptación de esta terminología internacional al italiano no siempre es fácil: se oscila entre *séptico* y *settico*, mientras que se tiene sólo *sepsis* (y no *sexos*); unos escriben *oftalmia*, otros *octalmia*; a veces se conserva el diptongo *ei* en lugar de transcribirse a la manera latina con *i* o con *e* (*calidoscopio* o incluso *calidoscopio* en lugar de *calidoscopio*, etc.); a veces el diptongo *oi se* traduce con *i* (*omiopatia*, *dispnia*). En algunos casos, se reconoce el medio extranjero (sobre todo francés) a través del cual han llegado muchas de estas palabras: considérese, por ejemplo, la fluctuación en el acento y en la terminación de *aeròliti* plur. (Marchi), *aerolìta* (Pananti), *aerolìte* (Tramater), y lo mismo en otros de estos compuestos en *-lito*. También se deben a la influencia extranjera los latinismos con desinencias no adaptadas, como *album*, *humus*, *maximum*, *memorandum*, *ultimatum* (pero Foscolo, en 1810, prefirió *ultimato*; Pananti, en 1817, escribió *memorandi*).

[178] Ya en notas y recuerdos de 1819: "Mie reverie sopra una giovine di piccola condizione" (*Scritti vari inediti*, p. 277).

[179] También en una carta del 8 de octubre de 1832: "Estoy realmente *abîmé* de debilidad", etc.

[180] Dirigido a *Madame Thérèse Manzoni née Borri*, Lesa (Lago Maggiore).

[181] "Dándose una última mirada en el *psychè* [en nota: "Allo specchio impernato"] y rociando su pañal de bolsillo con mil gotas de *millefleurs* o *muselina*, Alfonsino" (L. Di Breme, en *Concil*., 29 de octubre de 1818: I, p. 275 Branca). Más tarde se llamará *psique*.

[182] Cf. *rouge* 'pintalabios', ya en la versión de Foscolo del *Viaje sentimental* de Sterne (cap. X).

[183] De ahí el adj. *macabro,* que, sin embargo, sólo adquirirá un sentido general más tarde, con los últimos coletazos del romanticismo.

[184] Para definir el concepto de *suffisant* "los italianos carecen quizás de una palabra adaptada": D'Azeglio, *Ettore Fieramosca, cap. XII; "*Neppur essa [la reazione] è stata capace di farmi mai rimpiangere (benedetto *regretter* che non ha equivalente esatto fra noi) Napoleone ed il dominio francese": D'Azeglio, *I miei ricordi*, cap. VIII (I, p. 166); "un spectacle féerique: una palabra que no puede traducirse adecuadamente, porque fue inventada por los parisinos sólo para París": G. Azeglio, *Ettore Fieramosca,* cap. XII. VIII (I, p. 166); "un spectacle *féerique*: una palabra que no puede traducirse adecuadamente, porque fue inventada por los parisinos sólo para París": G. Rajberti, *Il viaggio di un ignorante*, Milán 1857, p. 80.

[185] Pero también la utilizaron Leopardi (carta a Giordani, 30 de abril de 1817) y Manzoni (*Promessi sposi,* comienzo del cap. III): "Ambos [Renzo y Agnese] se volvieron [...] *revelando* [...] una pena distinta" (ed. 1825-27 y ed. 1840).

[186] Abundan especialmente los términos militares: basta hojear el *Dizionario delle voci guaste o nuove e più de' francesismi introdotti nelle lingue militari d'Italia*, Turín 1853, de D'Ayala, para encontrar decenas de ellos.

[187] "Incluso ahora", atestigua Cantù, *Sull'origine della lingua italiana*, Nápoles 1865, p. 182, "pero hace más bien pocos años, los piamonteses mezclaban en su dialecto un gran número de palabras puramente francesas; y decían *cependant*, *jamais*, *ce matin*, *désormais*, *en attendant*, *vite*, *c'est-à-dire*, *à mon tour*, *au pis aller*, *voilà*, *c'est ça* etc. La aristocracia nunca habría dicho lo contrario".

[188] La palabra perduró mucho tiempo, tanto en la práctica (adaptada a *raile*, plur. *raili*) como en la legislación (por ejemplo, en el *código penal* sardo *de* 1859): más tarde fue sustituida por *guía*, *varilla*, *raíl,* hasta que prevaleció esta última.

[189] Véase la serie de anglicismos del siglo XIX cuidadosamente recopilados por A.L. Messeri, en *Lingua nostra*, XV, 1954, pp. 47-50; XVI, 1955, pp. 5-10 y 73-74; XVIII, 1957, pp. 100-108.

[190] Recuérdese también el *schei* veneciano, del nombre *Scheidemünze, que se* leía en las monedas.

[191] Varios austrianismos del dialecto milanés (no todos del siglo XIX y no todos seguros) son citados por Cherubini en el *Suplemento a* su *Vocabolario milanese-italiano,* 2ª ed., V, pp. 257-258.

[192] Los alemanes, los primeros en cultivarla, la llaman *estilística*" (R. Bonghi, *Perché la letteratura italiana non sia popolare*, 1855, lett. XIV).

[193] *Slancio* no arraigó como calco de *Entwurf* en el sentido de "esbozo"; G. Gautieri, *Slancio sulla genealogia della terra*, Jena 1805.

[194] G. Antoine, "Dilettante-Dilettantisme", en *Mélanges de linguistique française offerts à M. Charles Bruneau*, Ginebra 1954, pp. 161-176 (de donde he tomado también los ejemplos de Stendhal ahora citados).

XII

MEDIO SIGLO DE UNIDAD NACIONAL (1861-1915)

1. Límites

En este último capítulo de nuestra exposición, examinaremos los principales acontecimientos de la lengua, empezando por la proclamación del Reino de Italia (1861) y terminando con la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial (1915). Huelga decir que también podríamos haber empezado a partir de 1870, es decir, cuando se alcanzó casi por completo la unidad nacional y Roma se convirtió en la capital real del reino.

2. Acontecimientos políticos

La primera década del reino se caracteriza por una temblorosa aspiración a reunificar Venecia y Roma con el nuevo estado: objetivos alcanzados a través de los conocidos acontecimientos de 1866 y 1870. Los años de Florencia como capital (1865-70) constituyen una etapa breve pero importante. Un punto de inflexión decisivo fue el traslado de la capital a Roma, con el que se puso fin al ciclo más que milenario del poder temporal de los papas (dando lugar a conflictos de conciencia y excusas políticas). La creación de estructuras civiles y militares uniformes en todo el reino, que ya había comenzado en 1859 y con más fuerza a partir de 1861, continuó con creciente intensidad. El marco administrativo, iniciado por la honesta, aunque a veces mezquina, burocracia piamontesa, comenzó ahora en Roma.

El gobierno del país fue detentado durante unos años (hasta 1876) por la Derecha; luego pasó a la Izquierda: pero a veces se trataba más de un cambio de hombres que de programas, sobre todo desde que Depretis inauguró la política que se dio en llamar *transformismo.* Las posteriores ampliaciones del sufragio, especialmente las promovidas por Giolitti, condujeron a una participación cada vez más amplia de las clases bajas en los asuntos públicos.

Como en el resto de Europa, la tendencia a hacer coincidir las nacionalidades con los Estados seguía muy viva: así nació el irredentismo. Más tarde nació el nacionalismo, con fines expansivos.

La tendencia a las empresas coloniales, que domina en Europa, y que en Italia se establece no sin contrastes, conduce también a las expediciones a Abisinia y luego a Libia.

La emigración, especialmente numerosa en los años de mayores dificultades económicas, es a veces temporal (participación en el túnel del Gotardo, etc.), a veces estable (y da lugar a la formación de "pequeñas Italias" sobre todo en Estados Unidos, Argentina y Brasil).

El italiano se encuentra en condiciones políticas peculiares en el cantón del Tesino y en los valles italianos de los Grisones. En los territorios italianos sometidos a Austria (Trentino, Trieste, centros italianos de Istria y Dalmacia) se producen fuertes impulsos nacionalizadores. En Córcega, los dialectos están cada vez más bajo la influencia francesa y la lengua culta italiana es ya conocida por pocos. En Malta, lucha por mantener la paridad con el inglés como lengua cultural.

3. Vida social y cultural

La unidad política trajo consigo una circulación más intensa de ideas, de cosas, de palabras. A partir de 1870, Roma (que pasa de 220.000 habitantes en 1871 a 542.000 en 1911) adquiere una importancia cada vez mayor en la vida nacional; pero las demás grandes ciudades, en particular Milán, la "capital moral", Turín, Bolonia, Florencia, Nápoles,

Palermo, siguen influyendo no sólo en las regiones tradicionalmente vinculadas a ellas, sino a una escala más amplia. Los ferrocarriles se multiplican; también las carreteras. Las industrias del norte se desarrollan cada vez más, mientras que las del sur languidecen. Leyes uniformes entran en vigor en todo el reino: el Código Civil se promulga en 1865, el Código Penal en 1889, y poco a poco toda la legislación elaborada por el Parlamento. El aparato administrativo extendió su influencia sobre la vida cotidiana; y aunque se habló mucho de descentralización, la centralización de las oficinas en la capital fue en aumento. Especialmente en los primeros tiempos de la unidad, la influencia piamontesa fue muy fuerte; más tarde, sin embargo, el predominio numérico de los empleados de origen meridional se hizo sentir.

Incluso en la organización militar, el predominio piamontés, muy fuerte al principio, se desvaneció pronto; y contribuyó a igualar las ideas y la lengua, aunque lentamente, el reclutamiento sobre una base nacional.

La distancia entre las clases sociales, que era muy fuerte, se mantuvo: sólo muy lentamente, y a través de conflictos no siempre leves, las masas campesinas y obreras empezaron a tomar conciencia de su pertenencia a la estructura social, guiadas en sus reivindicaciones materiales y morales por un socialismo inicialmente romántico y humanitario. En lo que respecta al idioma, las clases bajas hacían uso de dialectos en la vida cotidiana y apenas conocían aún la lengua nacional.[1]

Las diferencias sociales y culturales entre el Norte y el Sur también siguen siendo muy fuertes: quienes debaten la "cuestión del Sur" son conscientes de que sólo una acción a muy largo plazo hará que estas diferencias se atenúen.

En la enseñanza elemental se lograron avances significativos, aunque todavía insuficientes: la obligación de educar a todos los niños mayores de seis años se consagró en la Ley Coppino de 1877 y se confió a los municipios; así, los analfabetos, que en 1861 eran el 78%, se redujeron a menos del 50% en 1910.[2]

La enseñanza secundaria (estatal y privada) es el principal agente de transmisión de la cultura científica y literaria, mientras que gran parte de la actividad científica, filosófica y filológica más elevada tiene lugar en las universidades y en torno a ellas. Ocupando una posición preeminente entre las academias está la de los Lincei, recién fundada en 1875 por Quintino Sella.

La cultura tradicional, hacia 1870, está toda trastornada: "hoy todo se renueva", exclama De Sanctis en 1869, "de todo florece un mundo nuevo: filosofía, crítica, arte, historia, filología". El positivismo emerge prepotente; las ciencias físicas y naturales reclaman y adquieren un lugar cada vez mayor en la cultura y en la vida; las ciencias morales reciben también una influencia fuerte y diversa.[3] Las generaciones de principios del siglo XX reaccionarán ante esta tendencia con una nueva oleada de espiritualismo e idealismo.

La prensa diaria y periódica adquiere cada vez más importancia. En los diarios, junto a la información política nacional y extranjera, encuentran su lugar noticias diversas; a menudo un apéndice a pie de página contiene la entrega de una novela; en 1901 nació la "tercera página", reservada a la literatura y la cultura (véase p. 885). Entre los diarios y las grandes revistas (como la *Nuova Antologia*, a partir de 1866) surgieron los semanarios literarios.

El amor por el teatro es siempre vivo (y los actores que, a partir de 1881, salieron de la escuela de Luigi Rasi aportaron a Italia una pronunciación florentina culta, así como una dicción expresiva).

La ópera, sobre todo la de Giuseppe Verdi, goza de un reconocimiento popular aún mayor: y los ecos de los textos de los libretos siguen pasando al lenguaje común.

Varios deportes penetraron en Italia: algunos destinados a hacerse extremadamente populares, como el *ciclismo* (llamado *velocipedismo desde el principio*) o *el fútbol* (al principio con el nombre inglés de *football*); otros limitados a círculos más restringidos, como *el alpinismo* o el *automovilismo*. El turismo, al principio limitado a los extranjeros ricos, también se fue introduciendo poco a poco en las costumbres de los italianos.

4. Principales tendencias del cambio lingüístico

La consecución de la unidad nacional, con la influencia ejercida por la nueva capital (durante un breve periodo Florencia, luego definitivamente Roma), conduce a una activa igualación lingüística. Y la nueva participación de clases cada vez más amplias en la vida cívica hace que el uso de la lengua escrita y hablada amplíe progresivamente su alcance.

Hacia 1860-70 el purismo había perdido toda fuerza persuasiva:[4] uno piensa en los muchos escritores que, tras su aprendizaje en su escuela, salieron del apuro: De Sanctis,[5] los Carducci,[6] los D'Ancona, Adolfo Bartoli y muchos otros. En sus *Memorie (Memorias),* Gaspero Barbera, hablando del mercado del libro en 1863, advertía, a propósito de la edición de los *Marmi* de Doni, que "empezaba a decaer el amor por aquellos libros cuyo principal valor era la lengua".[7] Y, observando este cambio, el historiador católico Pietro Balan instaba a tenerlo en cuenta: "Ha pasado el tiempo de las palabras vacías y elegantes, no ordenadas por razones sólidas: más que flores del lenguaje, se necesita el vigor de la argumentación y la abundancia de pruebas."[8]

Los literatos, en busca de una forma bella y expresiva, la persiguen según diversas tendencias, pero ya no hay nadie que acepte a los escritores del pasado (siglo XIV, siglo XVI) como modelo a imitar servilmente. Entre los analfabetos, pues, se difunde más o menos conscientemente la idea de que el lenguaje es una norma social, y que se puede escribir correctamente incluso sin necesidad de recurrir a modelos literarios predeterminados con mayor o menor precisión. En otras palabras, ya no obedecen al ejemplo de los clásicos tradicionales, sino que conforman su lenguaje a periódicos, manuales, disposiciones legales y, en el mejor de los casos, a novelas, tal vez traducidas.

Tabarrini, en un discurso pronunciado en 1869,[9] vislumbra el alcance de los efectos que la nueva vida de la nación está teniendo en el lenguaje,[10] y aunque se da cuenta de los peligros que traen consigo la "impetuosa barbarie" y la imitación indiscriminada del lenguaje burocrático, confía en que

cuando la nación reanude su camino, segura de sí misma, activa más que charlatana, redescubrirá sus nobles instintos; y su lengua se extenderá sin corromperse; porque la vida de un pueblo libre, cuando se desenvuelve por sus propias virtudes, siempre encuentra para expresarse en el habla formas que no repugnan a su genio y a sus tradiciones (p. 29).

Todo impregnado de confianza en la eficacia que la "actividad laboriosa" ejercería sobre la lengua es el famoso Proemio escrito por Ascoli en 1872 para el primer volumen del *Archivio glottologico italiano* (1873) (véase § 8 infra).

En las universidades cesó la enseñanza de la "elocuencia", sustituida por el estudio crítico de la literatura. En cuanto al profesor medio, los cánones clásicos persistieron durante mucho tiempo; pero hubo quien se adhirió a las teorías de Manzoni; y las lecturas adheridas a la lengua viva se fueron abriendo paso poco a poco (piénsese en las antologías de Martini y Pascoli)[11] y ejercicios más modernos.

Por supuesto, sólo medio siglo de vida unificada no bastaría para unificar la lengua escrita, y mucho menos la lengua hablada. Pero en las distintas regiones del Norte y del Sur, y sobre todo en las ciudades, grupos cada vez más numerosos, junto a su dialecto, son capaces ahora de utilizar, escrita y oralmente, la lengua nacional:[12] no exactamente de forma idéntica, pero conservando algunas peculiaridades locales o regionales en el uso escrito y aún más en el oral.[13]

A su vez, los dialectos, sobre todo los urbanos, sufren una italianización muy fuerte, no sólo en vocabulario, sino también en fonética y morfología.

5. La lengua hablada

Como de costumbre, hay que distinguir entre la Toscana y las zonas limítrofes, donde las diferencias entre la lengua hablada espontáneamente y la lengua escrita son muy pequeñas, y las regiones del norte y del sur, donde los dialectos siguen muy vivos: es en estos territorios donde cada vez más personas se forman en italiano hablado, sobre todo los funcionarios del Estado, a menudo trasladados de un lugar a otro, los militares,[14] comerciantes, etc.

Esta difusión del uso hablado de la lengua nacional es mayor en las grandes ciudades, y especialmente grande en Roma, donde se reúnen empleados, políticos y empresarios de todas las regiones de Italia, que necesariamente deben hablar italiano entre ellos; si han traído a sus familias, pueden seguir hablando dialecto en casa: pero las generaciones más jóvenes crecen absorbiendo del entorno un italiano con tintes románicos, y lo llevan a sus familias.

Sin embargo, los pasos dados son en general muy lentos: salvo en Toscana y Roma, la situación es más o menos la descrita por Finamore para los Abruzos en 1880:

Nuestra lengua está educada para pronunciar de una determinada manera, y nunca, con una gimnasia diferente, llegaría a la pronunciación perfecta según un orden distinto de movimientos. De ahí que, incluso para los más educados, hablar en dialecto sea como usar la mano derecha: hablar según las normas del buen italiano es como usar la mano izquierda, por muy educado que se quiera ser. De modo que, en todo Abruzzo, -no digo ni siquiera por un alcalde, un abogado o un diputado; sino incluso por un profesor de literatura italiana y latina, cuando no está alerta- se oye: *Aldo* (= alto), *Calge* (= cal), *Penzjìero...*[15]

Disponemos de testimonios precisos sobre la pronunciación de algunas personalidades: léanse las descripciones que D'Ovidio nos da de la pronunciación de De Sanctis y Bonghi, que pueden servir para ilustrar dos casos opuestos: el de la pronunciación semidialectal, más frecuente, y el de las confusiones que se producían en quienes querían adaptarse a la norma toscana sin demasiado esfuerzo.[16]

En cuanto al vocabulario, mientras que para los ámbitos superiores, los debates de ideas, la actividad política, etc., no hay discrepancias notables, para las cosas relacionadas con la familia, el hogar, la tierra, hay enormes diferencias entre una región y otra y, a veces, entre un lugar y otro. La mayoría no se preocupa por ello: pero varios creen que la única manera de salir de esta situación es difundir el conocimiento de la nomenclatura familiar toscana; pensemos en los diálogos de Enrico Luigi Franceschi y Policarpo Petrocchi[17] y los capítulos sobre la "lengua que no se conoce" y la necesidad de estudiar el vocabulario en *Idioma Gentile*, de De Amicis.

En estos años se multiplicaron los vocabularios dialectales, que pretendían, junto a su finalidad documental, proporcionar las entradas italianas correspondientes a quienes las desconocían;[18] y colecciones de entradas regionales italianas consideradas erróneas; piemontesismi, venetismi, abruzzesismi, sardismi, etc.[19]

En conjunto, el italiano hablado en este medio siglo ha ampliado considerablemente su uso en detrimento de los dialectos, aunque es difícil precisar objetivamente el alcance de esta expansión.

6. El lenguaje de la prosa

Quien eche un vistazo panorámico a la prosa tal y como se escribía actualmente antes de la unidad nacional y después de los primeros cincuenta años de vida en común, notará sin duda un progreso considerable tanto en términos de unidad (es decir, expresar las mismas ideas con las mismas palabras) como de cercanía a la lengua hablada. Merece la pena mencionar un ejemplo. En 1877 apareció *Assommoir*, de Émile Zola, y poco después los traductores italianos se pusieron manos a la obra para dar a conocer ese producto típico de la escuela naturalista francesa. He aquí una media página, traducida por el napolitano Emmanuele Rocco, de tendencia tradicionalista (1879), y el pistoiese Policarpo Petrocchi, de tendencia manzoniana (1880):[20]

Gervasia, que siempre respondía con complacencia, miraba a través del cristal, entre las tazas de fruta al brandy, el movimiento de la calle, donde la hora del desayuno reunía a una extraordinaria muchedumbre. En las dos aceras, en el corto espacio entre las casas, se veían pasos apresurados, brazos que se lanzaban, un continuo chocar de codos. Los que llegaban tarde, obreros retenidos por su trabajo, con los rostros distorsionados por el hambre, cruzaban la calle a grandes zancadas, entraban en la panadería de enfrente; y cuando reaparecían, con una libra de pan bajo el sobaco, se dirigían tres puertas más arriba, al *ternero de dos cabezas*, para comer un plato de seis peniques. Había también, junto a la panadería, una mujer de tres cabezas que vendía patatas fritas y tellinae de perejil; una fila continua de obreras, con largos delantales, se llevaban cartones de patatas y tellinae en tazas; otras bonitas doncellas peinadas, con aire delicado, compraban racimos de rábanos.

Cuando Gervasia se inclinó a un lado, divisó también una pizzería, llena de gente, de la que salían niños sosteniendo en la mano, envuelta en papel engrasado, una chuleta crujiente, un tronco de salchicha o un trozo de morcilla caliente. Mientras tanto, a lo largo de la carretera bordeada de limo negro, incluso cuando hacía buen tiempo, entre el repiqueteo de la multitud paseante, algunos trabajadores ya salían de las tabernas, bajaban en tropel, paseaban, aplaudiendo con los muslos abiertos, atiborrados de comida, tranquilos y lentos entre los empujones de la tumultuosa muchedumbre.

Se había formado un grupo delante de la puerta del cobertizo.

- Di arriba, Bibi la Parrillada, preguntó una voz áspera, ¿nos invitas a una copa alrededor de vitriolo?*

É. Zola, *L'Assommoir* (El *escáner*). Trad. de Emmanuele Rocco, Milán 1879, pp. 40 y ss.

* Espíritu de vino

La Gervasa, en el tiempo en que respondía complacida, miraba a través del cristal, entre las macetas de fruta gouache, el movimiento de la calle, donde la hora del desayuno traía un gran tropel de gente. Por encima de las dos aceras, en el estrecho desfiladero de las casas, se oían pasos apresurados, balanceos de brazos, codazos interminables. Los jornaleros tardíos, que se habían quedado trabajando, con los cuellos aburridos de hambre, cruzaban la acera a chorros, entraban en una panadería de enfrente, y cuando reaparecían, con una libra de pan bajo el brazo, iban tres puertas más allá, al *ternero de dos cabezas*, para comerse una pieza habitual de treinta céntimos. Había también, junto a la panadería, un frutero que vendía patatas fritas y tellinas con perejil; un desfile continuo de obreras con delantal se llevaban cartones de patatas y tellinas en tazas; otras, muchachas bonitas de pelo, con aire delicado, compraban racimos de raíces.

Cuando Gervasa se agachó, pudo ver también una carnicería llena de gente, de donde salían jóvenes con una chuleta empanada en la mano, envuelta en papel grasiento, una salchicha o un biroldo caliente y humeante. Mientras tanto, a lo largo del negro camino embarrado, incluso con buen tiempo, debido al repiqueteo de la multitud en movimiento, algunos trabajadores ya salían de las tabernas, bajando en grupos, holgazaneando con las manos abiertas y colgando los brazos y los muslos, vestidos de forraje, silenciosos y lentos en medio del clamor de la multitud.

En la puerta del Assommuàr se había formado un tumulto.

- Dime entonces, Bibi-braciola, preguntó una voz tenue, ¿pagas por una ronda de guarradas?

É. Zola, *L'Assommuàr*. Trad. en italiano hablado por el Prof. Petrocchi y el Prof. Standaert, Milán 1880, pp. 34 y ss.

Dejemos a un lado por un momento las personalidades de los dos traductores y considerémoslos representantes de dos tendencias que, con innumerables matices, se mantuvieron en el campo durante varias décadas después de la unificación. En 1910, dos traducciones tan profundamente diferentes serían impensables.

La mediación había sido preparada por lo que Carducci llamó despectivamente "prosa burguesa" (De Amicis, etc.),[21] Pancrazi, en cambio, reconoce sus méritos: "la prosa *burguesa* que se estaba formando en aquellos años sobre la tradición manzoniana y los moldes regionales y sobre el ejemplo del naturalismo francés, respondía a una necesidad vital...: era la prosa de nuestra vida media, sería la prosa de la novela y de la novela italiana".[22] Entre los críticos, por supuesto, hay quienes tienden más bien a subrayar esta reconciliación progresiva, quienes se quejan de que aún no se ha logrado una conformidad suficiente.[23]

Como hemos mencionado, el gimnasio de la vida fue el primer lugar en el que se realizó esta equiparación en el lenguaje escrito cotidiano.

Las revistas literarias (la *Fanfulla della Domenica*, fundada por Ferdinando Martini en 1879, debe mencionarse como el primer y más notable ejemplo; hacia 1910, *La Voce* contaría por encima de todas) y los periódicos mejor escritos tuvieron un importante efecto mediador.

Pero es bien sabido que el ejemplo de los escritores de arte también ejerce una fuerte influencia en el lenguaje escrito cotidiano. De las principales corrientes, bastará aquí una brevísima mención.

Mientras la vertiente tradicionalista se agotaba en algunos rezagados (como los escritores de la "escuela romana"), Carducci creó un nuevo ejemplo de prosa elevada, atemperada por la familiaridad con los clásicos latinos e italianos, pero con felices toques de toscanidad autóctona. Y a él, más o menos, pertenecen todos los que abogan por la dignidad de la ilustre lengua literaria: "una lengua literaria culta y aristocrática -dice Edoardo Scarfoglio en el nuevo prefacio (1911) a su *Libro del* Quijote- no puede alimentarse de los cien torrentes impetuosos de la lengua hablada, sino de la noble reserva de la lengua escrita, la lengua de los oradores, de los historiadores y de los poetas latinos.[24]

En cuanto a la influencia de Manzoni, hay que hacer una distinción: si bien se reconoce generalmente que el ejemplo de *Los novios* es eficaz para enseñar a "escribir con naturalidad",[25] hay muchas objeciones a su teoría (cf. § 8) y ataques contra quienes la aplican: muchos se oponen al conocido experimento de Broglio, la *Vida de Federico el Grande*, en la que tantas veces palabras, formas, frases toscanas familiares sonaban falsas porque eran demasiado populares en relación con el tema.[26]

De tono muy distinto era la toscanidad autóctona que resonaba en Collodi o Yorick, en Martini o Fucini, y más tarde en Papini o Palazzeschi.

Tras la breve temporada de los antirretóricos Scapigliati, que cantaban lo horrendo, lo macabro, lo diabólico, la tendencia verista dominó durante unas décadas, en las formas más variadas: los autores se propusieron dar vida en sus novelas a los ambientes populares, de las ciudades y del campo; y esto también es importante para la historia de la lengua, porque si la mayoría se limita a utilizar, para conseguir color local, algunas expresiones en dialecto, Verga consigue en las mejores de sus novelas reabsorber las construcciones dialectales en el tejido narrativo. Es cierto que su estilo pareció demasiado audaz en su época y tuvo poca influencia. Tampoco se puede decir que influyera el originalísimo impasti de un Dossi,[27] un Faldella, o un Imbriani.

Por encima de la llaneza general de la prosa, la de Gabriele d'Annunzio, que era ante todo un "artífice de la palabra", se alza como una "voz de altura".[28] Para expresar las sensaciones más variadas, humanas, sobrehumanas, asilvestradas, amplió su vocabulario mucho más allá de los límites habituales, recurriendo a voces arcaicas, dialectales, técnicas (tomadas, por ejemplo, de la *Historia natural* de Pokorny o del *Vocabolario marino e militare* de Guglielmotti), recurriendo al latín o al griego (directamente o quizá a través de los simbolistas franceses). "La vida", dice Bellonci,[29] "desde las cartas de los amantes hasta las proclamas de la política, adoptó las formas de D'Annunzio; y las mujeres se convirtieron en las *elegidas* donde los hombres eran los *déspotas*". Esta influencia se hizo sentir sobre todo en el periodismo, en el que se popularizaron numerosas palabras y conjunciones d'annunzianas: *teoría* en el sentido de "procesión, fila", *avión*, *irreal*, *malicioso*, *aromal*, *lilial*,[30] *sinfonía de olores*, *la declinación del día*, *fascinación de continentes desconocidos*, las *penas de nuestro pueblo*, *ese rostro de joven dios*, *temido no acaso que tenía* etc.

El movimiento futurista hizo mucho ruido, propugnando innovaciones radicales: "la impetuosidad de la emoción del vapor hará estallar el tubo de la época, las válvulas de la puntuación y los cerrojos de la adjetivación" (Marinetti, *Zang tumb tumb*, Milán 1914, p. 10). Pero la influencia en el lenguaje común fue insignificante.

Incluso más que los narradores, los dramaturgos luchan por encontrar un tono cortés y natural, principalmente porque su uso hablado es poco fluido y desigual. Ayuda en cierta medida a la fluidez, pero desde luego no a la pureza de la lengua, que la mayoría de los dramas que se representan en Italia sean malos refritos de dramas franceses.

Por supuesto, quien quiera tener en cuenta el lenguaje de la prosa en su conjunto no sólo no podrá pasar por alto a los escritores de ciencias morales (historiadores, filósofos, etc.), sino que también deberá tener en cuenta a los "escritores útiles pero no artísticos" (como los llamó Ascoli): por citar sólo un ejemplo, la terminología de Cesare Lombroso y su escuela es interesante en sí misma, e interesante en la medida en que algunos de sus términos se filtran en el léxico habitual (por ejemplo, *mattoide*).

La terminología científica y técnica también es muy importante: un gran número de palabras (de medicina, por ejemplo, o electricidad, en su mayoría de acuñación internacional) penetran en el uso cotidiano. La terminología jurídica es muy importante, sobre todo por las precisas delimitaciones conceptuales que establece.

La influencia del lenguaje administrativo es más fuerte que nunca, y los puristas se oponen a ella más que nunca:[31] Además de la acuñación de palabras sueltas como *realización*, *peritaje* y similares (véase p. 887), así como nuevas locuciones (*mujer que atiende en casa*), el mal uso de fórmulas fijas es característico del lenguaje administrativo: *prelodato* puede estar bien si se refiere a una persona con autoridad, pero puede ocurrir que un burócrata escriba en un informe 'los *prelodati* lupi' (los lobos *preludiados*); y así se explica bien 'una injuria *basada en* calumnias', pero no tan bien 'una reyerta *basada en* cascos'...

No menos fuerte es la acción ejercida sobre el lenguaje escrito común por el periodismo, que también contribuye a propagar lugares comunes y fórmulas fijas (el florecimiento de los *ciudadanos*, bajo la *égida del alcalde*, *los dichosos contertulios,* etc.).

Quienes vuelvan sus ojos al arte de escribir admirarán al clásico y sin embargo vivaz Carducci, al exuberante D'Annunzio, al reflexivo y compuesto Croce: pero hay que reconocer (por desgracia) que sobre la prosa escrita cotidiana (en las cartas, digamos, de un tipo corriente) la acción ejercida por el lenguaje burocrático y periodístico es más fuerte que la de un Carducci, un D'Annunzio o un Croce.

7. El lenguaje de la poesía

Las décadas que cerraron el siglo XIX llevaron aún más lejos la progresiva reducción del lenguaje cortesano tradicional que había iniciado el romanticismo. El realismo tiende a introducir en los versos temas cotidianos, domésticos, burgueses, y a servirse así de voces corrientes: "Suoni l'ode alla calce e al rettifilo" (A. Boito, *Case nuove*, 1866); "Si stava assai benino / un tempo a la Regina: / buona cucina, / ottimo vino" (V. Betteloni, *Per una crestaia*); "Y frente a un helado de vainilla" (E. De Amicis, *Fra cugini*); "Junto al fuego huele la salchicha y brilla el vino" (S. Ferrari, *Nostalgia*), etc.

Pero surgen irreparables disonancias estilísticas entre este léxico andante y lo mucho que aún persiste del léxico cortesano:[32] "col falerno / diamo la baia al verno" (Prati, *Iside*); "gli umidi campi redolenti / di nepitella" (Rapisardi, *Ottobre*), "le iperboree sizze" (Rapisardi, *Giobbe*)[33] etc.

Sin embargo, el hábito del vocabulario cortesano sigue siendo tal que incluso los poetas que desearían ser leídos por el pueblo escriben de un modo que sin duda les resultaría ininteligible. En una letra de Eliodoro Lombardi, *Scienza e lavoro (Ciencia y trabajo)*, hablan los trabajadores del brazo: "Ci escluser dal santo *retaggio* comune / ci hanno *colmi* e pasciuti di fiele e di oltraggio" (Nos han excluido del santo *patrimonio común* / nos han *llenado* y alimentado de hiel y ultraje). En una letra de Giovanni Raffaelli, *Ospizi marini* (1868), el poeta exhorta: "Ed ora la *salma frale* / d'*inopia* e di fatica, / perché, scarce mortal / non *credi* all'onda amica? Vittorio Betteloni, reprendido por unos, alabado por otros por haber escrito sus versos en lenguaje hablado, utiliza *funesti augelli*; *spirto*; *omero mio*; la Morte dice alla Fanciulla di esser la *suprema aita*, etc. Felice Cavallotti, llamado el "bardo de la democracia", abunda en expresiones cortesanas: "E l'*oste* egizia *fu*" (*Marcia di Leonida*); *"prischi evi*", "il caro *fral"* (*Lucerna di Parini*).

Las perífrasis queridas por la tradición cortesana se enrarecen: pero Zanella, para hablar del tren, menciona "sobre las alas comprimidas del fuego / los vagones voladores" (*Alla Madonna di Monte Berico*); en la misma lírica, el telégrafo es "el acento / como un relámpago transmitido"; para Bonacci Brunamonti, los telescopios son "tubos cóncavos": "Muchos secretos a los cóncavos / tubos ausentes la distancia aérea" (*Stelle nere*, II, en *Nuovi canti*).

Mucho vocabulario poético tradicional se encuentra todavía en el joven Carducci; pero en sus mejores años, renueva su léxico sobre todo enriqueciéndolo con latinismos, si no nuevos, no gastados por el uso poético de siglos anteriores: *adamante*, *buccina*, *cortice*, *delubro*, *ilice*, *buitre*; *cerulo*, *flavo*, *fumido*, *occiduo*, *virente etc.: se* notará que entre estos latinismos abundan las palabras escurridizas, particularmente adecuadas a los nuevos metros inaugurados por el poeta. Otras voces las toma de buena gana de antiguos poetas italianos, sin haber pasado por la tradición: *aulente*, *piovorno etc*.

Gabriele d'Annunzio también se alejó de él, antes de tomar su propio camino. Su alejandrinismo le lleva a buscar palabras bellas y raras, su decadentismo le hace degustar la palabra como una música o como un sabor. Recurre con profusión a latinismos y griegos, dialectalismos y tecnicismos: en resumen, amplía el léxico poético como quizá nunca antes lo había hecho. Pero las palabras de la tradición cortesana se reducen ahora a muy pocas.[34]

Para Pascoli, la tradición cortesana está ya completamente superada: evita no sólo las palabras ajenas al uso popular, sino también las demasiado genéricas, queridas por larga costumbre por los poetas desde Petrarca en adelante;[35] en cambio, ama la concreción de las palabras rústicas, romañolas o lucchesas, hasta el punto de resultar a veces ininteligibles:

Significan que tienen una *tiglia* firme
más que *nimo* otros
traer el *caestro* o la *bardella*

(*Il ciocco*, I, en *Canti di Castelvecchio*).[36]

Esta tendencia pascoliana es, en esencia, un modo de preciosismo; como puede verse en otros lugares por la frecuencia de palabras técnicas (*meteci*, *mirmilloni*, *mistofori, pezeteri*, *pulte*, *teda* etc. en *los Poemi conviviali*). Por otra parte, Pascoli tiene a menudo una preferencia decadente por las palabras vagas, indeterminadas, que por su musicalidad pueden sugerir al lector una apertura hacia mundos desconocidos.

Incluso para los crepuscolari, anti-carducciani y antidannunziani, el léxico poético tradicional está ya muerto: si acaso, Gozzano se sirve a veces de él para evocar su viejo mundillo (recuérdese, en "Viale delle Statue", el ava que peregrina "lungh essi / i bussi e i cipressi").

En los futuristas, el esfuerzo por liberarse de todos los viejos hábitos (véase p. 843) se combina con un metaforismo exagerado que recuerda a los secentistas ("¡Oh viento crucificado por los clavos de las Estrellas!": Marinetti, *Distruzione*, 1911).

Vemos, en suma, que el verso y la prosa se han fusionado mucho: el verso se asemeja a la prosa y la prosa al verso. Abolido, salvo algunos restos esporádicos, el léxico poético tradicional, los únicos expedientes lingüísticos de que disponen los poetas cuando quieren servirse de los versos al uso (y muchos tienden en cambio al verso libre) son una cierta libertad en los truncamientos y diéresis, y una mayor libertad en el orden de las palabras ("E ancor ne odora la *campestre via*": Bertacchi).

Incluso el lenguaje del teatro en verso (Cossa, Giacosa, Cavallotti) no se desvía mucho de la prosa. El melodrama, en cambio, suele conservar "ese ambiguo gusto lingüístico, entre romántico y clásico, en nombre del cual Francesco Maria Piave, con abuso retórico, hacía *subir a* Alfredo Germont hasta el *eminente umbral* de Violetta, y le declaraba que tenía *necesidad de* lágrimas, queriendo decir que tenía ganas de llorar.[37]

8. 8. Debates lingüísticos

Las primeras décadas de vida del nuevo reino están llenas de las disputas revividas con fervor juvenil por Manzoni.[38]

De hecho, en los años en que se sentía inminente la realización de la unidad política con Roma como capital, habían surgido algunas dudas en el propio Manzoni en torno a su tesis de que el italiano debía tomar Florencia como modelo.[39]

Pero la principal manifestación de las tesis florentinas de Manzoni se produjo durante el breve periodo en que Florencia fue la capital. Nombrado ministro de Instrucción Pública (el 27 de octubre de 1867), el milanés Emilio Broglio, gran admirador de Manzoni y seguidor de sus ideas, pensó que lo mejor era salir del punto muerto y dar luz verde al ansiado *vocabulario*, del que Manzoni "iba a ser el maestro de capilla" (Prefacio al *Novo Vocabolario*, vol. III, p. XIV). El 14 de enero de 1868, se nombró una comisión con la tarea de "investigar y proponer todas las medidas y formas en que la noticia de la buena lengua y la buena pronunciación pudieran ser ayudadas y hacerse más universales en todos los órdenes del pueblo": la comisión se dividió en dos secciones, una milanesa y otra florentina; Manzoni fue presidente general, Lambruschini vicepresidente. A pesar de tener más de 80 años, Manzoni se puso a redactar el informe "con una presteza, casi diría una furia, verdaderamente prodigiosa a esa edad" (Broglio, 1. c.). Ya el 19 de febrero envió el texto autógrafo a Broglio, acompañándolo de una carta en la que se mostraba agradecido por haber recibido "una tarea que me honra, y que tanto corresponde a una vieja pasión mía".

En el informe (titulado *Dell'Unità della lingua e dei mezzi per diffonderela*) Manzoni muestra la necesidad de una lengua común para toda la nación, y argumenta "que la aceptación y adquisición del idioma florentino es el medio que puede, de hecho, dar a Italia una lengua común". La lengua "no es, si no es un todo; y tomarla un poco aquí y un poco allá, es imaginarse perpetuamente haciéndola, sin haberla hecho nunca". Responde, una a una, a las principales objeciones que imagina que se le podrían hacer en torno a la elección de Florencia, y en torno a la utilidad de un vocabulario de uso florentino vivo.[40] El informe concluye rindiendo homenaje al ministro por haber "puesto en el verdadero camino un asunto de tanta importancia; pues después de la unidad de gobierno, de armas y de leyes, la unidad de lengua es la que más sirve para hacer estrecha, sensible y provechosa la unidad de una nación".

Mientras que la carta a Carena, publicada en el volumen *Opere varie* había tenido una resonancia limitada (pp. 652-653), la *Relazione*, publicada inmediatamente en la *Nuova Antologia de* Florencia y en la *Perseveranza* de Milán, tuvo una gran resonancia. Habían pasado más de veinte años e Italia se encontraba en el periodo decisivo de su unificación política. Además, la iniciativa ya no se presentaba como la crítica privada de un escritor distinguido a un vocabulario demasiado compuesto, sino como una propuesta precisa, formulada por mandato oficial, que en cierto modo invitaba a un debate público.

Muchos se levantaron para aplaudir y hacerse eco, muchos para contradecir con libros, panfletos, artículos. Luigi Settembrini escribió a Broglio el 22 de marzo de 1868: "¡Qué me has hecho, honorable señor ministro! *Confregisti opus quinquaginta annorum*! me has estropeado la antigua y bella estatua de Alessandro Manzoni, a quien tú, lombardo,

deberías haber conocido, respetado y no hecho hablar. ¿Por qué obligar al viejo y venerable Príamo a tomar de nuevo las armas y lanzar *telum sine ictu*?".

El animado anciano, ahora en medio de la refriega, luchaba con ardor. Aquí argumentó en una carta "sobre el libro *De vulgari eloquio*" (*Perseveranza*, 21 de marzo de 1868) que en el tratado de Dante "no se trata de una lengua, ni italiana ni ninguna otra". Aquí respondía a Tigri, un pistoiese (que había escrito: "No dudo en absoluto que cuando Manzoni decía que el idioma nacional debía ser *el florentino*, no se refería al *buen toscano*"), que, dadas las variedades que también existen en Toscana, en realidad se refería *al florentino*, y que "el concepto de esta unidad que es la vida de las lenguas" es "también la condición para poder difundirlas; ya que para caminar hay que ser".

Por último, retomó la pluma, entre finales de 1868 y principios de 1869, para responder al otro informe presentado al ministro por Lambruschini (en nombre de la subcomisión florentina), lleno de respeto hacia Manzoni, pero sustancialmente negativo.[41] El pequeño volumen de la respuesta se titulaba *Appendice alla Relazione intorno all'unità della lingua e ai mezzi per diffonderla* (Milán 1869).

El *Apéndice* es menos orgánico que el *Informe* y salta un poco "de polo a polo", porque Manzoni quiere aclarar su pensamiento sobre los puntos en los que parece haber sido malinterpretado. Así, niega que exista una serie de palabras "reservadas al uso particular de las personas de Letras"; discute que la compilación del diccionario de Uso pueda hacerse por un proceso de eliminación. Comparando algunos de los artículos del diccionario de la Academia francesa con los correspondientes del *Vocabolario* della Crusca, lamenta que la autoridad del Uso no haya sido reconocida en Italia como en Francia, pero señala que ello se debe en parte a las diferentes condiciones de los dos pueblos. Aprovecha la ocasión para confirmar brevemente algunas "leyes generales de la lengua" aplicadas "a las circunstancias particulares de Italia", y confirma así su definición del "Uso verdadero y completo de las lenguas; es decir, una totalidad de signos producidos por una totalidad de relaciones, tal como existe, por efecto natural, en una población unida y que cohabita". Acepta del informe florentino la sugerencia de un manual de galicismos, ya que son superfluos, siempre que existan junto a ellos las entradas correspondientes en el uso florentino. Niega que su propuesta provoque "una conmoción, una revolución general de la lengua".

Termina con una exhortación basada en un recuerdo patriótico: "Hace veintiún años, entre las diversas opiniones (no lo eran entonces, ni podían ser otra cosa) sobre la estructura política que mejor convendría a Italia, había una que llamaban utopía, y a veces, por tendencia, una bella utopía. Ojalá que la unidad de la lengua en Italia sea una utopía como lo fue la de la unidad de Italia".

Entretanto, el 24 de octubre de 1868, Broglio había constituido por decreto "una comisión encargada de compilar el Diccionario de uso de la lengua florentina", con cuatro miembros ordinarios y algunos extraordinarios; de hecho, se había nombrado a sí mismo presidente, para que el trabajo no se detuviera cuando él ya no fuera ministro.

Cuando la obra empezó a publicarse, con el título *Novo Vocabolario della lingua italiana secondo l'uso di Firenze*, Graziadio Isaia Ascoli aprovechó la ocasión para pronunciarse sobre la teoría de Manzoni, en un prefacio a su nueva y poderosa revista, el *Archivio glottologico italiano* (el prefacio, fechado el 10 de septiembre de 1872, salió a principios de 1873). Reconociendo como cierto "el mal, es decir, la falta de unidad de la lengua entre los italianos", reconociendo como trabajo muy meritorio "el que sirviera para aminorar este mal o para curarlo", se detiene a analizar las diferencias entre las condiciones históricas de Italia y las de Francia y Alemania, y a mostrar lo que podría haber sucedido si entre nosotros se hubieran dado condiciones similares a las de Francia o Alemania. Cuando una actividad industriosa se extiende por toda una nación, el "remedio providencial" de *la selección natural* viene pronto a eliminar el "lujo de voces o locuciones equivalentes" (p. XVIII). Ahora bien, 'viene a decirse de los trabajadores de la inteligencia que suspenden, lo más o lo menos posible, su industria, y no para reponer su aparato mental sumergiéndolo en una nueva serie de libros que alimenten todavía su pensamiento y sus estudios (lo que sería una cosa tolerable), sino para hacerse imitar (dicen citar) una conversación municipal, como la que les ofrecerá un vocabulario, una nodriza o el maestro elemental que se enviará (desde una tierra tan fértil de analfabetos) a incivilizar su provincia" (p. XXV).

Desgraciadamente, la razón por la que Italia sigue sin tener una lengua "firme y segura" radica en "la escasez del movimiento global de las mentes, que es a la vez efecto y causa del saber concentrado en unos pocos, y en las sucias necesidades del delicado e inestable e

inquieto sentimiento de la forma" (p. XXVII). Y los remedios que ahora se sugieren, con la "nobilísima intención de remediar el doloroso efecto", acabarían "reafirmando las causas" (ibíd.). "Los exquisitos anhelos de ese Grande, que ha logrado, con el poder infinito de una mano que parece no tener nervios, extirpar de las letras italianas, o del cerebro de Italia, el antiguo cáncer de la retórica" (p. XXVII) han provocado el "celo ilusorio o dañino" (p. XXIX) de sus seguidores. Si el ideal del clasicismo no convenía a la verdadera unidad nacional, le repugnaba mucho más que "el nuevo ideal del popolanismo" (p. XXXI).

En resumen, el objetivo debe ser "renovar o ampliar la actividad mental de la nación", no procurar, después de la antigua, una nueva "preocupación por la forma".[42]

Cuando la noticia del proemio de Ascoli llegó a Manzoni, ya a punto de extinguirse, se dice que exclamó disimuladamente: "si Ascoli no quiere el florentino, tomemos quizá el bergamasco, siempre que nos atengamos a una lengua viva y entera", y añadió: "Ascoli puede enseñarnos a todos cómo *se forman las* lenguas, ¡pero me gustaría que considerara qué es una lengua!". Así Francesco D'Ovidio,[43] que desde el año de la publicación del Proemio[44] y luego en varios otros escritos, con mucha información y sagacidad trató de tender un puente entre las dos doctrinas opuestas.

El purismo llevaba a la desesperación al pensador y al escritor que recurría a ideas y cosas nuevas, o tenía que recordar rápidamente lo ya conocido; mientras que Manzoni quería la palabra o la frase florentina donde existía, pero donde faltaba, dejaba el camino abierto a toda novedad, a todo expediente, ya fuera recurrir a las voces de otros dialectos o lenguas, ya probar con nuevas formaciones. En segundo lugar, no reprimió los estudios dialectales, sino que los favoreció y promovió. Y por último y sobre todo, si Manzoni dedujo su doctrina práctica demasiado exclusivamente del hecho de los tres primeros siglos, en los que Toscana y Florencia tuvieron una especie de dictadura lingüística, Ascoli miró con demasiado cariño a los tres siglos siguientes, en los que la actividad literaria y lingüística se extendió, para bien o para mal, por toda Italia. Pero nuestra gloriosa y dolorosa historia abarca todos esos seis siglos, y nuestra conducta presente y futura debe necesariamente descender de todos ellos. Si en los tres últimos siglos las condiciones de Italia se han asemejado a las de Alemania, en los tres primeros, todavía tan vivos en nuestra conciencia, se asemejaron a las de Francia. Por tanto, no se pueden saltar los tres últimos siglos, haciendo de Florencia una dictadura ya depuesta, ni por otra parte olvidar hoy lo que fue nuestro París, o al menos nuestra Atenas. Si en Alemania nadie "discierne la cuna de la lengua" ni busca el "rincón preciso de la patria alemana" de donde brotó la primera fuente de la lengua de Lutero, Klopstock y Kant, en Italia, en cambio, todos sabemos que la cuna o fuente de nuestra lengua fue la patria de Dante y Maquiavelo.
¿Cómo, entonces, esta gran diferencia no determinaría una igualmente grande en el modo de prever el destino de nuestra lengua? El Florentino de hoy debe, pues, ser siempre un espejo vivo del italianismo sincero y fresco, y sólo no debe tomarse como norma cuando diverge del uso literario, donde éste está firmemente establecido; y debe tomarse como un consejero a menudo valioso, no como una autoridad absoluta, donde el uso literario fluctúa o falta por completo.[45]

Si hoy podemos estar de acuerdo con esta fórmula de conciliación, debemos sin embargo darnos cuenta de la actitud radicalmente diferente de los dos maestros. Manzoni, tan alejado de cualquier tipo de actividad política, había abordado la empresa con un objetivo político cultural preciso. Se había acercado al problema bajo el impulso de sus propias necesidades artísticas, para crear un lenguaje que permitiera un "fluir natural y fluido" (carta a Casanova); pero entonces el artista se había hecho a un lado, dejando paso al ciudadano, preocupado por remediar un inconveniente de carácter social. Ya Dante, ya Varchi, ya Salvini habían reconocido el carácter social de la lengua; ahora Manzoni aboga incluso por una reforma de la misma para alcanzar un fin social y político. Quiere que los italianos "de todas las clases" lleguen a poseer una lengua verdaderamente común en un futuro no muy lejano; y para lograr este elevado bien civil, no le importa que sus obras poéticas, como las tragedias y los himnos sagrados, no formen parte del programa.[46]

Si haber planteado la cuestión no como un problema literario sino como un problema civil es el mayor mérito de Manzoni, no se puede negar que el remedio que propuso era bastante artificial. Además, no comprendía la importancia de la unificación que (aunque de forma incompleta o mala en ciertos casos) ya se había logrado a través de la lengua escrita. Y no tenía en cuenta aquellos casos (aunque no muchos) en los que toda o casi toda Italia estaba de acuerdo, a veces precisamente por haber aceptado una forma o palabra florentina, y sólo Florencia era discordante por haber innovado en un futuro relativamente próximo (es el caso de *anello* per *ditale* y, *variatis variandis*, de *bono*, *novo,* para *bien*, *nuevo*).

Por otra parte, la conciencia de Ascoli era tan rigurosamente histórica que toleraba mal cualquier intervención normativa, "glototécnica", que de algún modo pretendiera acelerar la "selección natural".

Al centrar nuestra atención en los dos principales protagonistas de la disputa y en el más agudo de los mediadores, no pretendíamos negar la importancia de los debates llevados a cabo por otros muchos estudiosos a partir de 1868.[47] Además de Giorgini y Broglio, intervinieron a favor de Manzoni, con competencia y energía variables, Buscaino Campo, Morandi, Petrocchi, De Amicis y algunos otros; en contra de Manzoni, o contra los abusos de la teoría manzoniana, Fanfani, Gelmetti, Settembrini, Imbriani, Scarabelli, Caix, Scarfoglio, Dossi y, con más autoridad que los demás, Carducci.[48]

Con el nuevo siglo, las disputas han remitido en gran medida. De hecho, las diferencias son ya mucho menores; y uno se da cuenta de que seguir discutiendo en abstracto sirve de poco.

Pero hay otra cuestión que siempre se renueva. Ya hemos visto (§ 4) cómo el purismo de Cesari y Puoti ya no tenía seguidores en la nueva Italia unida. Sin embargo, el remolino de afrancesamientos y voces burocráticas, el descuido sintáctico y estilístico que domina en los escritos prácticos, y no sólo en ellos, suscita vivas protestas.

Pietro Fanfani, hablando de la capital de Florencia, dice que "después del *transporte* es, para la mayoría de la gente nueva, poco mejor que una guarida de bestias [...]: la lengua que allí se habla es digna de risa, o ciertamente no digna de intercambiarse con los dialectos de otras partes de Italia".[49] Brunone Bianchi denuncia "el leppo ostrogodo entre el que estamos envueltos" (carta a Fanfani, 1867).[50] Mamiani se queja: "la cuestión no es saber si existe una lengua italiana, sino cómo salvarla, ¡ya que cada día se desperdicia y se rompe!" (carta a Fanfani, 18 de octubre de 1868).[51]

Tommaseo esboza desconsoladamente un cuadro del lenguaje contemporáneo: "tenemos una jerga compuesta de palabras y modismos exóticos extrañamente figurados, buscada en la inelegancia, risible para quienes conocen su origen y los cambios que ha sufrido a su paso [....] No sólo en las oficinas públicas y en las escuelas, en las tiendas y en los talleres, en los periódicos y en las asambleas, se extiende el contagio de esta jerga, sino que penetra en los escritos más cuidadosamente estudiados, en el consorcio de la vida doméstica.[52]

Y podríamos seguir citando largamente lamentaciones de este tipo, incluso en las décadas siguientes, y no sólo por parte de los epígonos del purismo (Arlìa, Fornaciari), sino también de escritores de muy diversa procedencia (De Amicis, Martini, D'Annunzio, Panzini, etc.).): signo, por un lado, de la gravedad de la crisis de crecimiento que sufrió el italiano con la expansión de su uso a tantos círculos nuevos; signo, por otro, del culto siempre renovado por la elegancia de la palabra y del estilo, frente a la afirmación de las conveniencias prácticas.

Como es obvio, las disputas lingüísticas están a menudo inextricablemente entrelazadas con la censura de la lengua individual de cada escritor. Cuando las *Promessi sposi* fueron incluidas en 1883 por la Crusca entre los textos que debían citarse en el *Vocabolario*, Tribolati encontró una falta. Contra De Sanctis y sus "mundos" (el mundo *intelectual*, el *mundo moral* y similares) protestan muchos (Fornaciari y otros). Contra el lenguaje de Verga están los Petrocchi, los Scarfoglio, etc.. Y todo el mundo recuerda las numerosas críticas y parodias del lenguaje y el estilo de D'Annunzio, y la rebelión entre los literatos y el público provocada por los futuristas.

9. Gramáticos y lexicógrafos

Incluso entre los gramáticos se oyen las resonancias de la disputa de Manzoni: mientras que el más rico de los manuales (el de Raffaello Fornaciari, *Grammatica italiana dell'uso moderno* y *Sintassi italiana dell'uso moderno*, Florencia 1881) apela sobre todo a ejemplos de escritores clásicos, y a veces a ejemplos más recientes (Manzoni, Giusti, Tommaseo), las gramáticas de los manzonianos (Petrocchi, 1887; Morandi-Cappuccini, 1894) remiten a ejemplos sin citas de autores (Morandi y Cappuccini profesan atenerse al uso civil florentino "sin ocultar, incluso subrayando, las raras y ligeras discrepancias con el uso general italiano", p. IX).

La obra de los lexicógrafos presenta, junto a un remake del Tramater editado por Luciano Scarabelli (Milán 1878), el *Diccionario* más rico y original de Nicolò Tommaseo y Bernardo Bellini, publicado en Turín por la casa Pomba de 1861 a 1879. Lo mejor es el compilado directamente bajo la dirección de Tommaseo (hasta la palabra *Se*). Aunque los

materiales no siempre se examinaron con rigor y las etimologías a menudo carecen de fundamento, la insuperable riqueza de ejemplos sigue haciendo indispensable esta obra.

En 1863 apareció el primer volumen de la 5ª edición del *Vocabolario degli Accademici della Crusca*, con un importante prefacio de Brunone Bianchi, y poco a poco en los años siguientes se fueron sucediendo otros volúmenes: el 10º apareció en 1910 (mientras que el 11º, debido también a la guerra mundial, no vio la luz hasta 1923, tras lo cual se interrumpió la obra). Los ejemplos incluidos en el *Vocabulario* se eligen dentro de un canon definido; también se tiene en cuenta, secundariamente, el uso hablado toscano; la ordenación en párrafos es a menudo discutible, demasiado fragmentada. Debía reservarse un *Glosario* para las entradas en desuso, pero después de una primera edición, para las letras A-B (Florencia 1867), no salió ninguna más.

Pietro Fanfani, que había publicado la primera edición de su exitoso *Vocabolario della lingua italiana en* 1855, publicó una nueva edición en 1865 (Bruschi editó otra edición póstuma en 1890, que se reimprimió varias veces). El *Vocabolario della lingua parlata* de Giuseppe Rigutini se publicó en 1875 (el título incluía también el nombre de Pietro Fanfani, quien, sin embargo, parece haber contribuido muy poco al mismo); en 1893 se publicó una nueva edición, reelaborada por el propio Rigutini. La insistencia en la *lengua hablada* es sin duda un efecto del programa de Manzoni.

Fruto directo de este programa fue, como ya hemos mencionado, el *Novo vocabolario della lingua italiana secondo l'uso di Firenze* editado por Giovan Battista Giorgini y Emilio Broglio (4 vols., Florencia 1870-97): importante por la original serie de ejemplos reunidos por los compiladores según el uso de los florentinos cultos.

No menos notable es el *Novo dizionario italiano* de Petrocchi (2 vols., Milán 1887-91), por su rica ejemplificación y el intento de distinguir entre el léxico de uso, puesto en plena evidencia, y el arcaico, raro, plebeyo, relegado a la parte inferior de cada página. Entre las peculiaridades debidas al florentinismo programático del autor, la abolición del diptongo es particularmente difícil: no sólo se tiene *bòno*, *nòvo*, sino también *cèco*, *còco*. Además de la edición mayor de este diccionario, el propio Petrocchi editó una edición menor (Milán 1892) y otra menor (Milán 1895).

Entre los numerosos repertorios que enumeran las palabras consideradas abusivas, sobre todo extranjeras y burocráticas, y proponen palabras que podrían sustituirlas, cabe mencionar el *Lessico della cortta italianità* de Pietro Fanfani y Costantino Arlìa, Milán 1877 (titulado posteriormente *Lessico dell'infima e cortta italianità* en ediciones y reimpresiones posteriores, Milán 1881, 1890, 1897, 1907) e *I neologismi buoni e cattivi* de Giuseppe Rigutini, Roma 1886. El *Dizionario moderno* de Alfredo Panzini, en su primera edición (Milán 1905), recogió, junto a muchas entradas abusivas condenadas, otras muchas dialectales, técnicas, de argot, no registradas en los diccionarios; en las ediciones posteriores (a partir de la segunda, Milán 1908) se atenuó algo la severidad del censor lingüístico, prevaleciendo el observador atento e irónico de las costumbres.

El mejor de los numerosos vocabularios especiales publicados en esta época es el de Canevazzi y Marconi (*Vocabolario di agricoltura*, Rocca San Casciano 1892),[53] el de Rezasco (*Dizionario del linguaggio italiano storico ed amministrativo*, Florencia 1881), el del padre Guglielmotti (*Vocabolario marino e militare*, Roma 1889), los tres más o menos orientados históricamente; hubo también discretas colecciones de términos de artes y oficios (Gargiolli, Arlìa, Fanfani).

10. Relaciones con otras lenguas

Aunque la posición del francés como lengua cultural internacional ha decaído algo en este periodo por razones políticas y comerciales y la del inglés ha crecido mucho, la cultura italiana, por su proximidad, estrechas relaciones de todo tipo, larga tradición y mayor afinidad lingüística, sigue dirigiéndose principalmente hacia Francia: El francés es la primera lengua extranjera que se aprende obligatoriamente en las escuelas, los periódicos y revistas se nutren en gran medida de los transalpinos; los principales escritores franceses circulan en su lengua original, mientras que las novelas más populares se traducen, quizá varias veces; también se traducen en abundancia los manuales científicos y técnicos.[54]

Las listas no sólo de los almuerzos de gala, sino también de los restaurantes de cierta pretensión, suelen estar en francés.[55] Y se podrían multiplicar los ejemplos que

demostrarían hasta qué punto la apertura lingüística al extranjero se limita, en su mayor parte, al conocimiento del francés.

En comparación, el conocimiento del inglés y el alemán es mucho más restringido. Los oficiales de la marina saben inglés y también la aristocracia que frecuenta la gran colonia inglesa de Florencia. Los profesores de filosofía, filología, historia, economía, medicina, etc. se mantienen al día con las publicaciones alemanas; los obreros que van a Suiza o Austria a trabajar en la construcción de nuevos ferrocarriles aprenden a masticar un poco de alemán; el turismo austriaco y alemán tiene manifestaciones tan llamativas en el norte de Italia que surgen quejas sobre la violada "italianidad del *Gardasee*" (1909). De las demás lenguas, como la eslava o la escandinava, se puede decir que se pueden contar los devotos con los dedos de la mano.

La multiplicación de las relaciones entre naciones en numerosos ámbitos de la vida práctica y de las ciencias aplicadas (servicios postales, aduanas, información meteorológica, etc.) conduce a similitudes lingüísticas cada vez mayores, a veces incluso con la identidad de algunos conjuntos de términos (pensemos en los nombres de las unidades prácticas de electricidad, *ampere*, *culombio*, *faradio*, *ohmio*, *voltio,* fijados definitivamente por los Congresos Internacionales de Electrotecnia de París, 1881, y Chicago, 1893), a veces con paralelismos precisos.

Las condiciones de la lengua en las tierras habitadas por poblaciones italianas fuera de las fronteras del Reino no merecen una mención, sino un largo discurso. A pesar de la alianza política entre la Italia oficial y Austria-Hungría, la posición de la lengua italiana se vio socavada por el alemán en la región del Trentino, por el alemán y el eslavo en Trieste y por los núcleos italianos en Istria y Dalmacia. La aspiración de tener una universidad italiana en Trieste nunca llegó a materializarse. El lenguaje judicial y burocrático (llamado por los triestinos *Austriancàn*) está lleno de rumores[56] y construcciones arcaicas y bárbaras,[57] y más aún el lenguaje publicitario.[58]

Menos desfavorable es la situación en el cantón del Tesino, aunque incluso allí la presión alemana se deja sentir en algunas zonas.[59]

En el extranjero, el conocimiento del italiano disminuye; mejor que en la Europa continental, conserva parte de su antiguo prestigio en el Levante mediterráneo. Hay escuelas de italiano en Túnez, Egipto y Turquía. Un leve indicio de la vitalidad del italiano puede verse en el hecho de que los sellos de correos austriacos para las oficinas de Levante llevan leyendas en italiano en las emisiones de 1867 a 1886; el texto de los sellos egipcios de 1872-75 también está en italiano (mientras que más tarde estará en francés, y luego en inglés). En Malta hubo, sobre todo entre 1880 y 1902, disposiciones contra el uso del italiano. Las apropiaciones coloniales en Eritrea y más tarde en Somalia y Libia dieron lugar a la formación de un "italiano colonial" entre los nativos más en contacto con nuestras apropiaciones,[60] mientras que los italianos aprenden algunas palabras referidas a las cosas y costumbres de los lugares.

La emigración masiva de italianos a Estados Unidos dio lugar a la formación de lenguas híbridas. No se hablan uniformemente según los lugares, sino más bien según los grupos, porque, dada la escasa cultura de los emigrantes, llegaron a la nueva tierra conociendo sólo (o casi sólo) sus dialectos: y sobre esta base se injertan numerosas palabras inglesas (americanas), alteradas según los hábitos fonéticos dialectales. De la falta de una base italiana común se deriva la dificultad de entenderse entre los inmigrantes de un mismo lugar, de modo que acaban prefiriendo el inglés para entenderse.[61]

Los emigrantes italianos en los estados del Plata, Brasil y otros lugares se encontraron en condiciones similares.[62]

Las actividades del "Dante Alighieri" (fundado en 1889) contribuyeron en cierta medida a defender la lengua italiana fuera de las fronteras del reino.

11. Oscilaciones en uso

La falta de compacidad del italiano, sobre la que tantas veces nos hemos detenido, sigue manifestándose de muchas formas. Pero aquí no queremos ocuparnos de variantes léxicas como *scopa/granata*, *lesina/subbia*, *attaccapanni/cappellinaio*: nos limitaremos a mencionar algunas duplicaciones en las que la diferencia consistía en pequeñas variedades gráficas o morfológicas: duplicaciones que ahora se usan mucho menos o que incluso han dado paso a una única forma.

Hay alternancias entre cimas y dobles en palabras en las que la forma latina lucha contra la toscana: *cammino* 'camino' (Collodi), *catedra* (Ascoli), *febrile* (D'Annunzio), *obedire* (Dossi), *femina* (Carducci, Praga, Martini, D'Annunzio), *publico*, *republicano* (Panzini), etc. Se discute mucho sobre las formas *África/África*: Bianco Bianchi se propuso escribir una obra titulada *Africa per Affrica*, ossia *le più recenti deturpazioni della lingua italiana*;[63] Martini, partidario de la *Affrica*, escribió a Carducci al respecto el 30 de septiembre de 1891, y Carducci respondió: "*Affrica*, siempre, al menos en prosa. Por lo demás, afrancesamiento".[64] En cambio, sólo quedó Vittorio Imbriani para defender la *exagerada* grafía latinizada.

Otras variantes se basan también en el latín: *decembre* (Carducci, Martini), *infirmity* (Carducci), y las series *conscienza*, *conspetto*, *inspirazione*, *instituzione* (Carducci, D'Annunzio, Scarfoglio); *palimpsesto* alterna con el más común *palinsesto* y con *palimsesto* (Panzini); Minghetti prefirió *ozione* y *ottare* a *opzione*, *optare*, que luego prevalecieron; *eucalitto se impuso* a *eucalipto*; Ascoli escribió *ossoleto;* Carducci prefirió *Apocalipsi* a *Apocalissi*; *dactylografia* (así también Panzini en la [1a] ed.) prevalece dactylografia.) se impuso *dactylografia*.

Junto a la más común *sdrucire*, se tiene también *sdruscire*. Los toscanos prefieren *polenda*, *bodola*, *arrenare*, *zittella* a *polenta*, *botola*, *arenare*, *zitella*. Martini preguntó a una señora toscana que utilizaba *hospital* en lugar de *spedale*: "Por cierto, ¿por qué escribe *hospital*?" (carta del 27 de enero de 1899). El análogo *doscientos* gana terreno en el *dugento toscano*. *Colezione* se utiliza aquí y allá junto a *colazione*; *sbucciare* en lugar de *sbocciare*; *zuccaro* junto a *zucchero*. Algunos escriben *viglietto* por *billete*. *Guarantire* (Bonghi) y *guarentire* (Carducci) siguen prevaleciendo sobre *garantire*. Petrocchi graba sin elegir *binoccolo*, *binocolo, binoculo*. Varios (Carducci, Martini, Fornaciari, Fogazzaro, Panzini) siguen utilizando *trueno* en el sentido en que hoy sólo usaríamos *tono* ('un tuono quasi di tristezza'). *Cultura* y *cultivo* se utilizan indistintamente.[65] *Office* y *official*, auspicios de la burocracia, ganan la batalla a las demás variantes (*officio*, *uffizio, ufizio*; *officiale*, *uffiziale*, *ufiziale*). En cambio, la prevalencia de *glaciar* sobre *glaciar* como término naturalista se debe a los científicos, tras una larga vacilación entre ambas formas.

También hay mucha fluctuación en algunas entradas introducidas recientemente: *descentralización*, *dicentralización*, *descentralización*; *aeroplano* lucha por arraigar frente a la forma plebeya *areoplano*. Lo mismo ocurre no pocas veces en la adaptación de forestierismos: se duda entre las formas exóticas *tourist* (angl.) y *touriste* (fr.) y las adaptaciones *turista* y *torista*; para *tranvía* se duda si aceptar o no la adaptación toscana *tranvai*;[66] se oscila entre *vermùt* y *vèrmut*, *vermùtte* y *vèrmutte*.

También hay vacilaciones en la escritura de las voces yuxtapuestas: Carducci prefiere *de verdad*, ni *menos, más* a *realmente*, *ni siquiera*, *más bien,* Martini considera una "desproporción" (carta a Caterina Pigorini Beri, 27 de junio de 1889).

12. Escritura a mano

En el apartado anterior hemos visto cómo fluctuamos al escribir (y pronunciar) palabras sueltas. También hay que mencionar algunos criterios de aplicación del alfabeto y de los signos ortográficos.

La *j* está en franca decadencia. La Crusca, que la ha suprimido tanto en la inicial como dentro de las palabras (*iattura*, *gennaio*), la utiliza en cambio en los plurales de sustantivos en *-io* (*studj*), y varios eruditos (D'Ancona, Monaci) la siguen. Otros, en cambio, se atienen a criterios diferentes: Mestica, por ejemplo, escribe *gennajo*, pero *studii*. Los detractores de *j* no dejan de atacarla, incluso con golpes de mano izquierda;[67] algunos, sin embargo, la defienden, no sin buenos argumentos;[68] pero, en general, incluso quienes consideran poco razonable esta eliminación aceptan la opinión de la mayoría (así lo expresa la *Grammatica italiana* de Morandi y Cappuccini).[69]

El uso de la *i* en los sustantivos *ce-cie*, *ge-gie* también es muy incierto: son frecuentes los plurales como *angoscie*, *roccie*, *scarpaccie* y derivados como *braccietto*, *passeggierò*; por el contrario, no es raro encontrar *effige*, *superfice* y plurales como *camice*. Tampoco es firme la regla sobre si la *i* debe o no absorberse en formas verbales como *deliver*, *dream*(*i*)*amo*.

No vale la pena sacudir el hábito a favor de la *h* en *ho*, *hai*, *tener* el enésimo intento hecho por Petrocchi para abolirlo.

Ni, viceversa, el intento de Pascoli de restablecer las escrituras etimológicas *h ch ph th y ae oe* en los nombres propios griegos y latinos: *los Charites*, *Phalarides*, *Myrmidoni*, *Xantho*, *Naevio*, etc.[70]

El uso de mayúsculas y minúsculas sigue siendo oscilante en unos pocos casos (*i Torinesi* o *Torinesi*; *il Re* o *il re*; casi todo el mundo escribe ahora *febrero*, etc., *primavera*, etc.). Pero en el uso literario vemos dos olas opuestas: una que lleva a la abundancia de mayúsculas, sobre todo con los resúmenes, a efectos de personificación y magnificación retórica; y aquí el corifeo es D'Annunzio: la *lenta ascensión del Día* (en *Piacere*); *la aparición de la Belleza consoladora invocada por la Oración unánime* (en *Fuoco*): la otra, antirretórica, que reduce incluso los nombres propios a minúsculas (Guido Gozzano que se ve a sí mismo como "esa cosa viviente / llamada *guidogozzano*").

Para los acentos, a pesar de las frecuentes llamadas a acentuar las dislocaciones, todas o al menos las dudosas,[71] y de los intentos de hacerlo realizados por algunos (por ejemplo, Dossi, que recurrió a Cattaneo), no se consiguió ningún resultado práctico. Junto al uso mucho más común de utilizar sólo el acento grave en palabras truncadas y en un cierto número de monosílabos con fines distintivos, comenzó a extenderse el uso de marcar la diferente pronunciación de la *e* y la *o mediante* el acento agudo y grave; algunos extendieron también el acento agudo a la *i* y la *u* (*finí*, *virtú*).[72]

El uso del apóstrofo presenta cierta incertidumbre no sólo porque a veces los artículos se eliden, a veces no (como veremos más adelante), sino porque en algunos casos no se sabe con certeza si se trata de truncamiento o de elisión: aludo especialmente a *tal es*, tal *era*.[73]

Para la división en sílabas, algunos gramáticos y pedagogos defendieron que las consonantes dobles debían considerarse ambas como pertenecientes a la segunda sílaba (*a-tto-re)*, pero, con razón, no encontraron adeptos.

Nunca faltaron proyectos teóricos, más o menos estudiados, para reformar los puntos más discutibles de la ortografía italiana. Un tal G. B., en su folleto *Di alcune riforme dell'ortografia italiana*, Milán 1878, proponía la adopción de dos *e*, dos *o*, un signo especial para la *sc*, etc. Luigi Gelmetti, por su parte, propuso una *Riforma ortografica con tre nuvi segni alfabètici per la buona pronunzia italiana (Reforma ortográfica con tres nuevos signos alfabéticos para la buena pronunciación italiana*), Milán 1886: los signos serían una *j* con el rabo a la derecha para los plurales de sustantivos en *-io*, una *s* y una *z* con barra para *s* y *z* sonoras; también quería que la *s* y la *o* abiertas se marcaran con acento grave; el acento agudo sólo se escribiría en las jergas de pronunciación dudosa (*émbrice*). Más interés despertaron las reformas propuestas por diversos estudiosos en 1909 y los años siguientes, que llevaron a la fundación de una "Sociedad Ortográfica Italiana" y tuvieron amplio eco en las revistas: pero los dos principales sistemas propuestos entonces, el de Goidanich y el de Luciani[74] que preveían la adición de varios caracteres nuevos al alfabeto, eran demasiado engorrosos y poco europeos para tener éxito.

En cuanto a la puntuación, cabe mencionar una manía carducqueña que tuvo amplios seguidores: la de suprimir la coma en las series enumerativas: "[Leopardi] acostumbrado a contemplar un ejemplo de arte igualmente sereno", "Dante el Cavalcanti el cronista Giachetto Malespini el padre de Petrarca y la mayoría de los escritores y juristas toscanos de la época" (*Rime di Cino da Pistoia*, Florencia 1862, p. IV y X).[75] El uso de un par de puntos y comas en lugar de un par de paréntesis o rayas es raro, pero no aislado. Pascoli lo utiliza a veces, Novati también: "Dante [...] recibió un día, durante los últimos años de su vida, una carme poética" (*Freschi e minii del Dugento*, Milán 1908, p. 3).

Algunos, al encontrar escasos los recursos de la puntuación tradicional, quisieran remediarlo.

Para evitar confusiones entre los puntos suspensivos pretendidos por el autor y los puntos que indican las palabras omitidas en las citas, Guasti utilizó una serie de comas en este segundo caso.

Dossi se queja de la falta de un signo que indique "un espacio entre las dos proposiciones, menor que el de la coma unida al punto, mayor que el de la simple coma"; por ejemplo, en el pasaje "entre aquellos honrados legisladores, que, habiendo sustituido la venganza privada por la pública, ya no podían desahogar su ferocidad en los crímenes, sino que buscaban legitimarla en los castigos", utiliza la doble coma.[76]

Pero ninguna de estas propuestas llegó a cambiar el uso general.[77]

13. Sonidos

El intento de los manzonianos de abolir el diptongo *uo* sustituyéndolo en todas partes por monoptongo (no *nuevo* sino *novo*)[78] encontró fuertes resistencias, la principal de las cuales, como se ha dicho, la de Ascoli, y acabó siendo rechazada en el uso escrito general, incluidos los florentinos. Sólo después de la palatal ganan terreno las formas con monotongo (*orciolo*, *fagiolo*, *figliolo*, *spagnolo*, etc.), aunque sin suplantar completamente a las que llevan diptongo.

En cuanto al diptongo móvil, los incumplimientos son abundantes (*rotate*, *fiery*, Carducci; *rinnuoverebbe*, Tabarrini; *ruotolarsi*, Dossi; *giuocherei*, *cuoprivano*, Martini; *ricuoprirti*, D'Annunzio; *cuopriva*, Nobili; *scuoprite*, Palazzeschi etc.).[79] Si para la alternancia entre *o* y *uo hay* poco respeto, para *e-ie* la cesión es aún más grave: en lugar de *presedere*, con formas como *presedeva* (Imbriani), *presedette* (D'Ovidio), tenemos ahora un infinito *presedere* con formas como *presedeva* (Carducci, en una reseña de 1869: *Opere*, XXVII, p. 161).

La regla de la *i* protésica delante de *s* impura se hace menos estricta: Martini escribe *para istrozzarlo*, *no ispregevole*, pero en Carducci se lee en *specie*.

El truncamiento y la elisión están sujetos a reglas fijas en menor medida, mientras que muchos casos son opcionales. Los manzonianos intentan, aunque con poco éxito, introducir ciertas peculiaridades del habla en el uso escrito: *du'anni*[80] *estar en su elemento*, *lo 'ngrassava*. Los artículos *lo* y *la delante* de vocal casi siempre se apostrofean, pero en algunos casos se usan las formas enteras, casi como para indicar una pronunciación lenta y puntuada: *lo antropofago*, *lo Allagherio* (Imbriani), "il Poliziano alle storie de' due Testamenti *e alle* leggende ha sostituito *la egloga*" (Carducci, *Opere*, XII, p. 226); "consentirvi con *la immaginazione*", "consentirte con *immaginazione*", "brillaban *sobre los húmedos* escalones de la villa" (Fogazzaro, *Piccolo mondo moderno*, cap. II). Delante de *i es* frecuente el apóstrofo *gli* (*gl'ingegni*), y delante de *e* es frecuente la elisión de *le* (*l'erbe*).

Los truncamientos de la secuencia sintáctica están algo en declive en la lengua común, pero muy vivos en la prosa sostenida (la *tradición familiar*, *la exaltación sexual instintiva*, *la acción del ácido*: D'Annunzio, *Il Piacere*) y en la poesía.

El acento[81] es muy importante, incluso socialmente, hasta el punto de que equivocarse de acento se considera un signo de baja cultura.[82] Pero en muchas palabras raras se permiten dos acentos diferentes: *acònito* (D'Annunzio) y *aconìto* (Carducci), *adamantìno* (D'Annunzio) y *adamàntino* (Carducci), *crisòlito* y *crisolìto* (D'Annunzio), *dirùto* y *dìruto* (Carducci), *esìle* (Corradino) y *èsile* (passim), etc. *Chèrubo* (Boito, 1863; Dante había utilizado *Cherùbi) se* debe al contraccento de *Cherubino*. Arbitrario es *incùbi* (Praga) y también *Leonìda,* que era la forma de pronunciar de Garibaldi.[83] *Macàbro,* que Malagoli registra como predominantemente llano,[84] tiende a retraer el acento según el ejemplo de *càlabro*, *cèlebre, fùnebre*, *lùgubre*.[85] El plural *microbi,* que debería haberse leído *micròbi*(*i*),[86] a menudo se leía *mìcrobi(s)*, y se obtenía un singular *mìcrobo(s)*.[87] Los repertorios (Fanfani, Petrocchi, Malagoli) registran como prevalente la pronunciación *scòrbuto,* aunque carece de justificación. *Cinema* procede del francés y durante unos años el acento oscila entre *cìnema*, *cinèma* y *cinemà* (más tarde triunfará *cìnema*).

14. Formularios

Empecemos con algunas notaciones de sustantivos y adjetivos.

En cuanto a los plurales, ya hemos mencionado las fluctuaciones gráficas de los sustantivos en *-cia*, *-gia*. Se producen algunos cambios en los plurales de sustantivos en *-co* y *-go*, y sobre todo en beneficio de las formas palatales en sustantivos deslizantes: *traffici* aparece junto al tradicional *traffichi*, *parroci* gana terreno, y también *stomaci*; alguien escribe *strascici* (Rajna). También observamos, en palabras llanas: *lombrici* (Rapisardi), *aprici*, *pudici* (Carducci, en verso). La forma *capegli* sigue apareciendo, como plural de *cabello,* tanto en la lengua popular (Petrocchi) como en la literaria (Barrili). Entre los plurales de sustantivos masculinos en *-a*, se extiende la costumbre de considerarlos invariables, a pesar de las protestas de los gramáticos: i *belga*, i *coma* etc. (Carducci, en verso).[88]

Las formas del plural de *bello* y *que* siguen ahora a las formas correspondientes del artículo: sólo persisten con cierta abundancia las formas *belli*, *las que* van también ante

vocal, *s o z* impuras (*i belli occhi parlanti*: Fogazzaro, *Picc. mondo mod.*, c. VI; *quelli uomini che sanno un po di tutto*: Martini, *La Marchesa*).

En cuanto al artículo, *el* y *lo* (y por tanto *un* y *uno*) tienen ahora una distribución fija, salvo algunas ligeras fluctuaciones: *lo* delante de consonante suena meridional o arcaico ('il fato / che *lo* tuo regno segna in terra e in mare' dice un hada en la *Canción de cuna* de las *Rime Nuove de Carlos V*);[89] el uso de *il* delante de *z* no es infrecuente (*un zinzin*, *Zanella*, *Zanardelli*, Carducci; *dal Zambrini,* Carducci, *Opere*, XII, p. 42, pero il *Zambrini*, *ibid.*, p. 54; *il zenith* ma lo *zibaldone*, Balossardi; *il zulu*, D'Ovidio; *un zuccherino*, Fogazzaro; *dal zeffiretto*, Corradino; *i zefiri*, Capuana etc.);[90] delante de *ps*, todavía *se* usa a menudo *un* (*psicologismo*: Carducci, *Opere*, XII, p. 138), aunque prevalecen ligeramente *lo*, *uno,* y los pocos gramáticos que hablan de ello recomiendan *lo*, *uno*; fluctúa, como todavía hoy, delante de *j* (*i* semivocal) y delante de sustantivos extranjeros con *h*.

Algunas dudas mayores presenta el plural, porque la forma *li* aún no ha desaparecido, aunque se ha vuelto rara. Algunos la utilizan delante de una vocal (li *ordini*, *li occhi:* Martini; *La marchesa*; li *occhiacci:* Verga; *li emuli*, *li alti fieni*: D'Annunzio; li *umani*, *de li umili:* De Bosis; *li organi*: S. Corazzini), delante de *s* impura (*li spagnoli*, li *spiriti*, *li scritti*: Carducci; *delli scrittori, dalli spogli degli scrittori*: Tabarrini; *delli sciami*: De Bosis; "la procellaria / ch'ama *li scogli*": Pascoli). Casi ningún gramático habla de ellos: sólo Morandi y Cappuccini juzgan que *li* "es ahora, en prosa, una afectación desagradable". Para la división de *i* y *gli* tenemos como para *il* y *lo* algunos ejemplos aberrantes (*dai sguardi*: Cossa; *a' zefiri*: Rapisardi; *i zamponi*, *coi zoccoli:* Panzini; *i gnocchi*: Panzini).

Por lo que respecta a las preposiciones articuladas, observamos en primer lugar cierta persistencia esporádica de *per lo* en prosa ("mi si aggirava la lezione *per lo capo*": De Sanctis, *Giovinezza*, c. XVI; *per lo passato*: Martini; *per lo contrario*) y en verso ("*Per lo nitido* ciel l'ardua montagna": Rapisardi, *Ottobre*).

En la larga lucha entre formas unidas y separadas (dello-de *lo*, *alla-a la* etc.), las unidas prevalecen en general, aunque Carducci y D'Annunzio tienden (sobre todo en poesía) hacia las formas separadas, y no les faltan seguidores. Algo más afortunadas son las formas separadas de *su* (*su la*), y empiezan a oírse como arcaicas *pello*, *pella*, *collo*, *colla*. Muy raras son las formas unidas de *tra* (*tral*: Martini; *tra'l*: Pratesi).

Las formas a' *co' de' pe' su'* se recomiendan especialmente delante de palabras con otros grupos con *i* (*de' miei*, *co' suoi*), pero hay quien opina que hay un "cierto artificio de imitación toscana" (Panzini, *Diz. mod.*, s.v. *qui*, *qua*).

En cuanto a los pronombres, señalemos en primer lugar que *ei*, *eglino*, *elleno* se han vuelto muy raros; pero *ei* es querido por Verga: "*Ei* non ci pativa" (*Jeli*); "*ei si* pigliava le busse senza protestare" (*Rosso Malpelo*); y cuando Martini escribe (*Di palo in frasca*) "ci è noto il nome dei vostri maggiori parlamentari, ci sono conosciuta le opinioni *ch'eglino* professano" o "*elleno* tutte pigliavano sul serio i romanzi di Paolo Perret o di Ettore Malot", la solemnidad roza la ironía. *Ella* y *Lei se* alternaban como pronombres alocutivos con un amplio margen de elección: una vez Carducci se enfadaba con quienes le escribían "manzonianamente, *Lei*" (*Opere*, XXIV, p. 394), en otra ocasión Martini escribiendo a Fanfani añadía entre paréntesis a un alocutivo *Lei*: "(¿debo decir *Ella?* no me apetece)" (*Lettere*, p. 49).[91]

Los pronombres sujetos pleonásticos, personales o impersonales, frecuentes en el uso toscano, son aceptados de buen grado por los toscanos (además del más común "*gli* è quel che avviene": Betteloni, tenemos también: "*e'* fu in piazza di S. Caterina": Betteloni; "la verità [.... *la* può esser crudele ad udirsi": Martini; "*le* si vedevano spesso": Martini; "*le* son baie": Carducci); pero incluso un manzoniano como Morandi cree que sólo "qualche rara volta possono accoglieresi e usarsi lodevolmente" (Morandi-Cappuccini, *Gramm. it*, § 374). Algo más literario *es* como sujeto pleonástico: "*Egli* è dunque inutile fare indagini" (Martini), "*Egli* è come se qualche cosa di superiore spirare un alito di pace" (Gabelli); "*Egli è* stato un istante che io avrei voluto risparmiarlo" (Barrili) etc. (Morandi-Cappuccini, Gramm.

Gli per *le* es común en el uso toscano y en el italiano de muchas regiones ('oso pregare la signora Sansoni a fare ciò che *gli* sia meglio possibile. *Le* escribiré cuando vea que es el caso": Carducci, *Lett*, XIX, p. 133; "como un gato que quiere robar *a sus* hijos": Verga, *Mastro don Gesualdo*, III, IV); pero en su mayor parte los gramáticos no quieren saber: por ejemplo Fanfani (*La Unità della lingua*, I, 1869, p. 13), aunque reconoce que el uso admite *gli* y *le*, no quiere aceptar esta "antigramaticalidad"; en cambio Carducci, en una carta a Tribolati de 1871, defiende abiertamente *gli* (*Opere*, XVII pp 53-54).[92]

También corriente en toscano, y rechazada, aunque menos acerbamente, por los gramáticos, es *gli* por 'ellos'.

Muy extendido en el italiano de varias regiones, pero estrictamente proscrito por los gramáticos, está el tipo io *ci dico* para 'yo les digo' o 'yo les digo'.[93]

Ahora es bastante raro en el sentido de "allí": tanto en poesía ("Eccoti il re, Signore, / che *ne* disperserse, il re che *ne* percosse": Carducci, "Piemonte"; "Ma perché mai piacque / vivere di desio?": Costanzo, "Il canto e l'addio"; "pensate all'ombra del destino ignoto / che *ne* circonda": Pascoli, "I due fanciulli"); así como en prosa (Imbriani, en el título de la novela *Dio ne scampi dagli Orsenigo*; "Siamo grati all'Inghilterra di ciò ch'ella *ne* dare": Graf, *"Anglomania"*, p. 427).

Pasando a examinar algunas formas verbales, vemos en primer lugar la boga dada por los manzonianos[94] al tipo *decimos* por *decir*. Tales formas, utilizadas en algunos libros a discreción, disgustaban a los no toscanos (recuérdense las severas palabras de Ascoli en el Proemio dell'*Archivio glottol.*) y a los propios toscanos ("il *si fece*, il *si disse* [...] posto per regola costante, equivalgono all'andar fuori in maniche di camicia, e senza lavarsi il viso": Fanfani, *Bibliobiografia*, p. 213 n.). Incluso más tarde esa construcción se utilizó a veces para expresar un tono familiar ("Incluso en aquellos días *teníamos* miedo": Pascoli, "I due orfani").

En la primera persona del imperfecto, la forma en *-o* va ganando terreno, pero no tanto como para que la forma en *-a* caiga completamente en desuso. Encontramos a muchos que utilizan las dos formas indistintamente, es decir, sin ninguna diferencia estilística, con algunas páginas de diferencia o incluso en la misma época: "Yo tenía una vez un reloj de cuco [...] / y lo *guardaba* en mi habitación [...Io, ripigliato sonno, ancora voi, / miei colli *rivedeva*" (Carducci, *Intermezzo*, 3); "Io *gustava* l'arcana, indefinita, / voluttà della vita", "Ed io t'*amavo* ed io ti son caduto / pregando innanzi" (Stecchetti, *Postuma*, XV, LX); "atormentado por el deseo de decirte *que te* amaba...", "*pensaba* si *debía* hacerte una pregunta" (Martini, *La Marchesa*); "yo, yo *era* tu marido natural", "antes de *estar* en el internado" (P. Ferrari, *Cause ed effetti*, I, sc. 6); "en las horas de descanso *comía* aquel poco de pan en el taller y *dibujaba* algunos de los moldes de yeso" (Dupré, *Ricordi autobiografici,* p. 14); "Ed intanto io *pensa*, e [...] E quel vasto campo che un istante prima mi parlava di morte, lo *vedevo* ora popolato..." (Dupré, *Ricordi autobiografici*, p. 14); "Y mientras tanto *pensaba*, y [...] Y aquel vasto campo que un instante antes me hablaba de muerte, ahora lo veía poblado...". (Fucini, *Veglie di Neri, p.* 5); "Porque *estaba enfermo* [...] *tenía* una dolencia cardíaca [...] y *yo* no *podía* servir" (Serao, *Suor Giovanna della Croce*, p. 351); "solo como *estaba*", "aún no había bebido", "me *encontraba casualmente* en Superga" (Panzini, *La lanterna di Diogene*, p. 17, 18, 19). Formas como *èramo* en 1ª pers. plur., *eri* en 2ª pers. plur. sólo son utilizadas por algunos escritores que hacen alarde del toscano familiar (por ejemplo, Gradi, en su traducción de las comedias de Terencio).[95]

Para el pasado remoto, las formas fuertes como *conobbimo*, *rimasimo*, suenan a dialecto y muy pocos las utilizan (por ejemplo, Verga, *La peccatrice*). Las formas en *-etti, -ette* de las conjugaciones 2ª y 3ª son menos frecuentes que las de *-ei*, *-é*. Carducci también utiliza, en prosa y poesía, *stiè* por *stette*.

En el subjuntivo, las segundas personas que *seas*, que *tengas*, que *hagas en* presente, *que fueras en* imperfecto son sólo del toscano familiar, y de algunos toscanos.

En el condicional, las formas en *-io* se vuelven raras ahora también en verso, excepcionales en prosa ("le chiese stupende ove *saria* dolce, credendo, pregare": Carducci, 1888, en *Opere*, XXV, p. 300). Las formas plur. de 1ª pers. en *-assimo*, *-essimo*, *-issimo* se consideran incorrectas, pero aún sobreviven en la lengua semisólida del norte de Italia ("Sin esto, ¡quién sabe lo que *seríamos!* [...] ¿qué *tendríamos* ahora?": Verdi, carta del 12 de febrero de 1878).

En el imperativo, las formas *fa*, *va*, *da*, *sta* tienden a ser sustituidas, y no sólo en toscano, por las (originalmente indicativas) *fai*, *vai*, *dai*, *stai* y por las correspondientes apocopadas *fa'*, *va'* etc.

En el uso de auxiliares con verbos modales, la construcción *ho potuto andare* está ganando terreno al tradicional *ho potuto andare* (D'Annunzio lo utiliza no pocas veces).

Con los verbos *reflexivos* propios o impropios encontramos todavía no pocas veces: "la única maravilla era que no *se hubiera comido a* Salandra" (Verdinois, *Profili*); "como si *nunca nos hubiéramos visto*" (Pirandello, *Il fu Mattia Pascal*, c. XVIII); "no recordaba *haberse cortado nunca las* uñas" (Deledda, *Colombi e sparvieri*, p. 159).

En el lenguaje poético, la tradición conserva, cada vez en menor número, algunas de las formas verbales de la poesía tradicional: *dee*, *ponno*, *vedea*, *finia*, *vanio* 'svanì', *avria,* etc.

En cuanto a las palabras invariables, subsisten las variantes eufónicas *ad*, *ed*, *od,*[96] *ned es* muy rara ("*ned* es necesaria": G.I. Ascoli, en *Arch. glott. it.*, I, p. XVI).

15. Construye

Incluso en la sintaxis, no es difícil advertir, junto a la desaparición o el enrarecimiento de ciertos usos tradicionales, algunas influencias dialectales, la presencia del francés, el empuje del lenguaje burocrático.

Entre los diversos tipos de sustantivos unidos sin preposición, proliferan secuencias elípticas como *fondo de pensiones*, *impuesto sobre el consumo*, *impuesto sobre el ganado*, *banco de lotería*, *patio de mercancías*, *masa de rancio*, nacidas en el ámbito administrativo y combatidas vanamente por los puristas. Menos ajenos a la tradición son los pares cuyo segundo elemento es un nombre propio (*piazza San Marco*), a los que se vinculan construcciones como *el ministerio de Giolitti*, y también *los escándalos de Dessalle*, las *finanzas de Salvador*, *el mundo Scremin* (Fogazzaro); el tipo *monumento a Cavour* (Dupré, *Ricordi autobiografici*, passim), que tuvo éxito en Francia, no arraigó. Las tradicionales parejas apositivas (*el Conde-Duque*, *la Señora-Sirvienta*), también tuvieron un notable auge (*tapa-asiento*: Dossi, etc.).[97]

Parece deberse a la influencia francesa (aunque no faltan ejemplos en los escritores del siglo XVI) el participio expresado con *di* delante de un adjetivo seguido de un sustantivo: "vendía pequeños pasteles que no podían matar a una mujer" (Scarfoglio, *Il processo di Frine*), "también le procuraban solemnes scapaccioni" (De Roberto, *I Viceré*), "Papa tuo passa di ben tristi giornate" (Martini, carta del 28 de julio de 1914).

Entre las muchas observaciones que podrían hacerse sobre el uso de los tiempos, citemos sólo un ejemplo típico del pasado remoto ejemplificado en siciliano: "Mastro Cola cayó gritando: - Mamma mia! *m'ammazzarono*" (Verga, *Novelle rusticane*).

En la sintaxis de la época, observamos algunos casos en los que se emplea el indicativo en lugar del subjuntivo, por influencia dialectal: "Il popolo credeva che il suo gran nemico *era* il Governo" (Settembrini, *Ricordanze*, I, p. 113), "Aspettano che *suonate* mezzogiorno" (Verga, *Mastro don Gesualdo*, I, VI). Por otra parte, Ascoli utilizó a menudo el subjuntivo en proposiciones dependientes de afirmación limitada, en las que comúnmente se emplearía en su lugar el presente o el futuro de indicativo: "Lo que se consigue entonces con esta segunda vía, si por una parte reconfirma la normalidad [...] de la continuación fonética, está claro que por otra *agota* [...] el campo" (*Arch. glott. it*, X, p. 83), "Scaramuzza [...] toca ciertos distritos de su Grado en los que *persiste* con bastante claridad el dialecto antiguo" (*ibid.*, XIV, p. 335); "la impresión que le *produce* esta cosa mía" (carta a Bianco Bianchi, 29 de noviembre de 1886).[98]

Hay algunas fluctuaciones en las regencias de los infinitivos dependientes, a menudo debidas a influencias dialectales: "mi piace *a* vederlo sorridere" (Neera, *Anima sola*), "ho visto il barone *a* confabulare" (Verga, *Mastro don Gesualdo*, I, IV), "De Zerbi, del quale aveva inteso tanto *a* parlare" (Verdinois, *Profili*, p. 211 Le Monnier), "En Módena, un estanquero se ofreció *a* pegar él mismo los sellos" (Panzini, *La lanterna di Diogene, p*. 30).

Algunas raras veces tenemos todavía el infinitivo acompañado de *con* senza articolo: "gli altri tre finirono *con* parlar di lei" (Fogazzaro, *Piccolo mondo ant.*), "chiusa gli arruffionati ragionamenti *con* pregare il genero" (Fogazzaro, *Piccolo mondo mod.*), "mi aiutino essi *con* suggerirmi" (Pascoli, nota a la 2ª ed. de *Fior da fiore*).

El gerundio se refiere no pocas veces a otros miembros de la proposición que al sujeto: "Al amanecer tuve ante mí, de rodillas, a un soldado de caballería enemigo, *suplicando por mi* vida" (Garibaldi, *Memorie*, p. 281), "Rosaria [.... vio a su señora en un estado espantoso, *rebuscando en* cajones y armarios" (Verga, *Mastro don Gesualdo*, II, V); "Lodovico vio a Giovanni y Maria de pie *charlando* afablemente" (Ojetti, *Il gioco dell'amore*, p. 185).

En cuanto al orden de las palabras, hay que señalar la regresión de la enclisis. Escuchemos lo que dice Pascoli tomando nota de un pasaje de Filippo Pananti:

Una de las peculiaridades, y quizá la más marcada, por la que la escritura académica, pretenciosa y afectada difiere de la escritura nativa, rápida y moderna (digamos manzoniana) es la afijación de enclíticos a formas verbales que no los llevan. Las formas verbales que llevan tales pronombres y partículas átonas tras de sí son el imperativo

(segunda persona), el gerundio, el participio y el infinitivo: *ditegli*, *dicendomi, dicentemi* y *dettogli*, *dirti*. Las demás no: las llevan delante: *gli dico*, *gli dica*, *gli direi*'.[99]

Esto no quiere decir que no sigamos teniendo numerosos casos de encierros, y no sólo en fórmulas fijas (*Appigionasi*, *como se pretendía mostrar*). Dossi tiene varios de ellos: "tutti si rimbarcarono e *distaccaronsi* dalla riva" (*Colonia felice*, p. 36), "*rincamminossi* per le orme segnate il dì prima" (*ibid*, p. 78 y passim); aparece Verga: "el gran pilar rojo, destripado a golpes de azada, *torcido* y doblado en arco" (*Rosso Malpelo*), "callaba, no *se quejaba* porque no era un pinche" (*Mastro don Gesualdo*, III, I). Pero el hecho de que se trata de una construcción que tiende a volverse rancia puede verse en el uso estilístico que hace Faldella de ella en su descripción humorística de una sentada en Arcadia: "Un viejo pulcro, bien acolchado de elegancia, o más bien su tos *se aproximaba a* mi concepto de Arcadia" ("En Arcadia", en el volumen *Roma borghese*, Roma 1882).

Algunos rastros de la tendencia a situar el sujeto al principio de la frase, incluso donde no cabría esperarlo ("Nos envolvía una dulzura que no era de este mundo": Neera, *Anima sola*, p. 138), se deberán al ejemplo francés.

En marcada regresión están los puntos con el verbo al final: "llega el día en que [esos volúmenes] le permiten a uno hacer una investigación que no podría hacer de otro modo" (Sella, discurso ante la Cámara, marzo de 1881).

Las elecciones entre periodos largos y cortos (piénsese, por citar sólo un ejemplo, en las series de proposiciones muy breves, tan frecuentes en la *Storia della letteratura italiana* de De Sanctis), entre periodos más bien paratácticos o más bien hipotéticos, las novedades en la técnica del diálogo[100] etc. deben estudiarse, naturalmente, en relación con cada uno de los autores.

16. Coherencia del vocabulario

Empecemos dando algunos ejemplos de las palabras que entraron en los distintos campos del léxico en este periodo. La concepción positivista y evolucionista predominante en las últimas décadas del siglo XIX está ligada a los numerosos derivados de *evolución* acuñados en la época: además de *evolucionista* y evolucionista, se tiene *evolucionista*, *evolubilidad*, etc. (pero no todavía *evolucionar*). [101]Se oscila entre *selección natural* y *elección*: Tommaseo culpó a la *selección*; Giovanni Canestrini, traductor de Darwin, no se atrevió a sancionar el neologismo y prefirió traducir *Sulla origine delle specie per elezione naturale (Sobre el origen de las especies por elección natural),* Turín 1875; Ascoli, en cambio, no le tuvo miedo, que habló de *selección natural* en las lenguas (*Arch*. *glott*. *it*., I, p. XVIII). Muchos hablan también metafóricamente del *darwinismo* (o *darvinismo)* y de la *lucha por la vida*.

El medio ambiente, que antes era sólo un término físico y biológico, por influencia de las concepciones de Taine, pasó a significar también circunstancias sociales (como el *milieu* francés).[102] También *el transformismo* era originalmente un término evolucionista (acuñado por el antropólogo francés Broca en 1867 refiriéndose a las teorías de Lamarck): tras el discurso de Depretis del 8 de octubre de 1882 (que hablaba de *transformación)*, pasó a indicar esa abolición de las fronteras claras entre partidos que caracterizaba la política de aquellos años: "*Trasformismo*, brutta parola a cosa più brutta", lo juzgó Carducci.[103]

Otras muchas voces surgen de la política en sus diversos aspectos. Los primeros años de unidad dan lugar a protestas contra los *piamonteses o piemontesisti*, y contra los que quieren (*im*)*piemontizar* Italia. Los hay *autoritarios*, *intransigentes, forcaiolianos,* y los hay *libertarios*. Hay *triplistas* y *antitriplistas*, sobre todo por el *irredentismo*. Se habla de los *comuneros* y luego de los *dreyfusisti* o *dreyfusardi*, refiriéndose a las condiciones francesas; mientras que *blocco* (con el derivado *bloccardo*) pronto se refiere también a la política italiana, así como a la francesa. [104]Lo mismo puede decirse de *boycott* (o, mejor dicho, al principio *boicot*), que se considera en su aparición un neologismo inglés, pero luego se acepta inmediatamente también en italiano. Se crea el nuevo título de *subsecretario* (de Estado).

Las frases políticas son también muy frecuentes: la *cuestión meridional*, la *capital moral* (es decir, Milán: expresión atribuida a Ruggero Bonghi), el *momento psicológico* (debido a Bismarck), las *zonas grises* (con las que Crispi indicaba los países fronterizos de nacionalidad mixta), y así hasta *el egoísmo sagrado* (de un discurso de Antonio Salandra).

Las guerras africanas llevan al conocimiento de las gentes, las cosas, las costumbres de aquellos lugares: *negus*, *ras*, *ascars,* etc.; también nacen el *belicismo* y el *rearme.* Con la guerra de Libia se difunde la palabra árabe *ghirba* ('odre', y en sentido figurado 'vientre').

Las luchas sociales dan lugar a muchas expresiones nuevas o dan un nuevo significado a palabras antiguas: *liga obrera*, *Cámara del Trabajo*, *huelga*, *cierre patronal* (el primero, en inglés, *lock out*, 1875), *sabotaje*, etc. Abundan las palabras afectivas, de apego (*camarada* como título) o de desprecio: *succhioni*, *crumiri* (obreros o campesinos que siguen trabajando mientras otros se declaran en huelga; del nombre de una pequeña tribu de tunecinos en la frontera con Argelia, cuya actitud como contrabandistas dio pie a la expedición francesa de 1881) y no faltan los lemas (*Sole dell'avvenire*, utilizado por primera vez, al parecer, por Mercantini y Garibaldi, popularizado después por el *Canto dei lavoratori* de Filippo Turati, 1886). Recordemos también lor *signori*, epíteto despectivo dado a las clases dirigentes por oradores y periódicos de izquierdas.[105]

Muchos nuevos sustantivos femeninos se están formando ahora que las mujeres se dedican con más frecuencia que antes a estudios y profesiones antes reservados a los hombres. "El término *se* prefiere a todos los demás en el uso común, cuando es necesario extender a una mujer una profesión o una dignidad que pertenece principalmente o sólo a los varones" (Fornaciari, *Sintaxis,* cit., pp. 18-19): *abogada*, *profesora*, *estudiante*. Pero la connotación mayoritariamente despectiva de los nombres en *-essa* aparece en muchas nuevas acuñaciones: "queste *deputatesse* pettorute" (*Giobbe* di Marco Balossardi [Olindo Guerrini y Corrado Ricci], p. 60); "le nostre *snobbesse* anglomani" (diario de Guiccioli, 19 de diciembre de 1886, en *Nuova Antologia,* 1 de diciembre de 1937, p. 325); "alla *letteratessa* venne in mente di fare" (Panzini, *Le fiabe della virtù*), etc. (Fornaciari, Syntax, cit., pp. 18-19). [106]También por esta razón se utilizan a veces otros medios: *Signorine studenti*; la *donna avvocato etc*. (Panzini, Le fiabe di virtù). De los sustantivos en -*tore*, sólo *dottressa* empezó a usarse sin desprecio: *dottrice* es imposible (Dossi lo intentó burlonamente, en *Desinenza in*

-*a*) y *dottora*, a pesar de la defensa de Arlìa a favor de los sustantivos en *-tora*, también se considera despectivo.[107]

En la vida de la ciudad, la renovación de los edificios lleva a *destriparlos* y *enderezarlos*. Milán construye su *Famedio*. Y ya se habla de *urbanismo*.

Se produjeron grandes innovaciones en las comunicaciones: aún aparecía algún tipo de coche de caballos (*victoria*); pero luego entraron en uso el *tranvía* o *tramvai* (con *trolebús, etc*.), el *velocípedo*, la *bicicleta* (con el verbo *pedal*, etc.), el *automóvil* (con *chófer*, *capote*, *démarrage* -más tarde llamado starter-, etc.). Se desarrolla la aviación, con los *aviones (*que D'Annunzio prefiere llamar *aeroplanos*), *y* varios términos franceses (*hangar*, *planar, etc*.) y algunos locales (*fuselaje,* etc.). La navegación submarina tiene *submarinos*, que más tarde se llamaron submarinos (con *periscopios, etc*.).

La moda masculina y femenina importa o inventa, como de costumbre, decenas y decenas de nombres nuevos: el *chaqué*, el *smoking*, el *mackintosh*, *la lobbia*, el *pijama*: la *silla de montar* (fr. *tournure*), el *bolero*, la *entrave,* etc.

Se acuñaron numerosas palabras nuevas o se fijaron oficialmente en las leyes y en la práctica de los oficios, sobre todo en los primeros años del nuevo reino. Predominaron los términos del reino sardo (los *alcaldes* sustituyeron a *los gonfaloniers* y *podestas*), pero sobrevivieron algunos de otros estados (por ejemplo, *incartamento,* que era una palabra de oficio napolitana, procedente del esp. *encartamiento*).

Es frecuente la acuñación de términos genéricos como *asistenta a domicilio*, *nulatenente*, y por supuesto denominaciones de empleo (*tenenza*), de organismos (*antecedentes penales*), etc.

En economía y finanzas, aparecen palabras como cuenta *corriente*, *porcentaje*, *financiable*, *cuenta* e innumerables otras; *cheque* (*chèque*) está siendo sustituido por *cheque*. En estadística se habla de *natalidad*, *nupcialidad,* etc.

En el campo de la literatura, muchos de los términos que indican nuevas tendencias proceden de Francia: *parnasianos*, *realistas*, *veristas*, *simbolistas.* [108][109]Pero el nombre de *scapigliatura* traduce originalmente el francés *bohème*; el de *crepuscular,* aunque no carece de precedentes franceses e italianos , se aplicó a un grupo específico de escritores tras un artículo de Borgese. *Bozzetto* como término literario es una metáfora extraída de la escultura y la pintura.

También en el campo de las artes figurativas encontramos numerosos nombres europeos (*impresionistas*, *divisionistas,* etc.) y algunos de origen italiano (*Macchiaioli*). En música recordamos el término wagneriano de *Leitmotiv*, la modesta *ocarina* inventada en Budrio en 1867, la *pianola* de origen inglés.

[110]En el ámbito del periodismo diario y literario nacieron *el elzeviro, el trafiletto*, la *tercera página*, la *entrevista* e incluso el verbo *cestinare.* En 1896, Carducci preguntó a Guido Biagi (*Lett*., XIX, p. 236): "¿Es *'Editoria'* su palabra o un nuevo uso florentino?".

En el campo de las ciencias morales, la filosofía se ve afectada en su terminología por la oleada positivista, y luego por el resurgimiento de la escolástica y la redención idealista; y ello no sólo en los numerosos términos nuevos (*abulia*, *afasia*, *agnosticismo*, *autoconciencia*, *introspección*, *neoescolástica*, *pragmatismo*, *pseudoconcepto*, *psicoanálisis*, *psicometría,* etc.) sino también en el cambio de ciertos usos (los positivistas no quieren que hablemos de *alma, sino* de *psique*). Las manifestaciones de la *telepatía* se multiplican. Para la teología, basta con mencionar el término *modernismo*.[111]

En el campo del derecho penal, aparece la nueva *criminología*. Un nuevo campo de investigación es el de la *prehistoria* y la *paletnología: se* descubren *terramares* y *palafitos* y se crea una nueva terminología (*villanoviano*, etc.).

Las ciencias biológicas presumen de numerosos descubrimientos en el ámbito de los *bacilos* y los *microbios*(*i*). La medicina adopta la *antisepsia* y la *anestesia*, perfecciona *la parasitología*, identifica la *difteria* y *la tuberculosis*; nace el adjetivo *palúdico* (para la investigación sobre la malaria): y citamos mil y una. Los químicos acuñan términos como *cocaína* o *ptomaína,* y la industria produce *celuloide* y *dinamita*.

Entre las ciencias aplicadas, todas las relacionadas con la electricidad tienen un enorme desarrollo: *acumulador*, *transformador*, *dinamo*, *voltio*, etc.

En el campo de los motores, recordamos elementos como la *maquinaria*, el *montaje*, la *turbina*.

El desarrollo del comercio da lugar a la *merceología* (o *merchandising*). Se perfecciona el arte de la fotografía: la *instantánea*, el *virado*.

Aparecen el *fonógrafo* y el *cinematógrafo* (*cine*, *cinema*), con una gran riqueza terminológica.

Los deportes (hípica, tenis, ciclismo, alpinismo, esquí, etc.) se desarrollaron mucho, con preponderancia de entradas francesas e inglesas, pero también con algunas entradas de formación grecolatina o italiana (*alpinismo*, *edelweiss,* etc.; la palabra *maratón* utilizada como nombre de una carrera en la renovación de los Juegos Olímpicos de 1896; el antiguo *carruaje* exhumado, etc.).

Entre las innumerables novedades de esta época que dan lugar a la acuñación de nuevas palabras están la *grafología* y la *filatelia*.

Pero, como es obvio, no hemos hecho más que hurgar: en lugar de eso, sería deseable disponer de listas exhaustivas de los distintos campos, con fechas precisas. Tampoco bastaría, por supuesto, con considerar las palabras de uso general: habría que ahondar en la historia del léxico de cada campo especial (el léxico de la filosofía, por ejemplo, o el de la física, o el de la marina), y luego ver cuáles de esas palabras se extendieron al público y cuándo.

Las nuevas entradas que aparecen en el léxico italiano se deben, como es habitual, a nuevas acuñaciones, cambios de significado, entradas de origen regional, la exhumación de entradas arcaicas, la penetración de latinismos y griegos o entradas extranjeras.

Las nuevas acuñaciones son mínimamente de origen onomatopéyico: Pascoli es especialmente propenso a ello, pues no sólo toma sustantivos y verbos poco utilizados por los escritores (*bombire*, *chioccolare*, *zirlare*), sino que recurre al uso popular o acuña voces nuevas, gramaticalizadas (*gracilare* delle galline, *sciusciuliare* del mare) o no (*tin tin* dei pettirossi, *uuid uid* dell'allodola etc.). Pirandello presenta a uno de sus personajes que imita al canario, que "tal vez atrapado en ese ... *pispissìo* querida noticia de los nidos, de las hojas, de la libertad' (*Il fu Mattia Pascal*, cap. IX). Los futuristas se centran más bien en onomatopeyas extraídas de ruidos. Pero, en conjunto, son pocas las voces onomatopéyicas de uso estable: recordemos *el tic-tac* (Picciola, *Versi*; D'Annunzio, *Innocente*, *Trionfo della morte*).

Está de moda la sustantivación simple referida a una persona (*un médico*, *un intelectual*) o a cosas (un *dirigible*, una *instantánea*, *un coche*).

Hay muchos ejemplos de derivación directa (y con especial abundancia en el lenguaje de las oficinas): *realizar*, *cruzar*, *rectificar*, *encestar*, *pedalear*, *obstruir*, *peritar*, *motivar,* etc.[112] Los puristas suelen ser hostiles a estas formas, y especialmente a los verbos derivados de sustantivos en *-uno,* como *lesionar*, *quemar*, etc.

Entre los prefijos, *superhombre* comienza por *super-* elativo (en el prefacio de *Trionfo della morte*, de D'Annunzio, 1894).[113]

[114]Se están formando varios prefijos, con la posibilidad casi ilimitada de formar nuevos compuestos: *aeroferómetro* (1903), *autocomentario* (Carducci, 1882), *autoconciencia*, *autogobierno* (1890), *automóvil*, *electroargente*, *electropuntura*, *fotograbado, fotoescultura*, *galvanoplastia,* etc.

En la formación de sufijos de sustantivos, quizá los sufijos más fértiles sean *-ismo* y *-ista*. *Ism* sirve sobre todo para formar sustantivos que indican doctrinas, movimientos, tendencias de diversa índole: *nulismo*, *verismo*, *futurismo*, *ocultismo*, etc. En una carta fechada el 11 de marzo de 1881, D'Annunzio escribía irónicamente a un profesor: "*Discorso di filosofia*. Oibò! *c'est trop* simple.... Debería haber puesto un título más deslumbrante y rotundo: una docena de *ismos al* menos". Y Capuana dedicó un pequeño volumen a *Gli ismi contemporanei* (Catania 1898). Se trata en su mayoría de voces internacionales, formadas ahora en otros países, ahora en Italia. Pero hay un pequeño grupo de derivación francesa más evidente: el que indica un conjunto de actividades deportivas: *velocipedismo* (más tarde *ciclismo*), *automovilismo.* Los nombres en *-ista* también se multiplican en varias acepciones (*electricista*, *publicista*, *especialista*, *futurista,* etc.) ni siempre gustan (Veratti en 1880 achacaba, por ejemplo, *diputado*; De Lollis en 1907 encontraba *medievista una* "palabra fea, pero necesaria").

A la ya antigua serie de sustantivos en *-issimo* (*amicissimo*: Villani, etc.) se añaden muchos nuevos: *banchettissimo*, *giornalissimo*, *palazzissimo* (Nieri), *pupissima* (Martini), *sorellissima* (Rovetta), *strennissima*, *veglionissimo*, etc. Los diminutivos en *-erello* y *-arello* (originalmente florentino el primero, no florentino y especialmente querido por los romanos el segundo) se intercambian ahora sin que se oiga el matiz regional: Dupré escribe *fatterello* o *fattarello*, Carducci utiliza *attarello*, *fattarello*, *bruttarello*, Mazzoni *scrutarello*, etc., y este último se utiliza del mismo modo en las demás lenguas.[115]

Las formaciones científicas abundan (*psicosis*, *tuberculosis,* etc.), y tienden a invadir incluso el uso corriente: sobre el ejemplo de *mattoide*, acuñado por Lombroso e inmediatamente difundido, tenemos *anarcoide*, *genialoide*; sobre *-ite*, *-itide* hacemos *spaghite* 'miedo', *briachitide* ('hervir *briachitide* en dos materas de hueso': Petrocchi, versión de Zola, *L'Assommoir*, cit., p. 128).

Las ciencias, la burocracia, el periodismo, la poesía, todo ello dio lugar a la acuñación de nuevos adjetivos: *malarial* (de *malaria*), *maidic* (de *maize*), *luetic* (de *lue*), *medianic* (de *medium*), *velic* (de *sail*); *risorgimental*, *decorative* (Carducci), *sensational*; *aromal*, *lilial*, *symphonial* (D'Annunzio), *furial* (Boito), *glorial* (Camerana), etc.

Entre 1900 y 1910, los adjetivos en *-esco* referidos a los siglos (*siglo XIV*, etc.), antes muy raros, sustituyeron a los en *-ístico* (o en apositivo *-ístico*: *elegancia del siglo XVI*, *lirismo del siglo XVI*), habituales hasta entonces.

También se acuñaron muchas palabras nuevas con sufijos: junto a las antiguas palabras *fábrica de lana*, *fábrica de seda* y *panadería,* que habían pasado del significado abstracto de "arte de trabajar la lana, la seda y hacer pan" al significado concreto de "lugar donde se trabaja la lana, la seda y el pan", se crearon muchos otros nombres, sobre todo en Lombardía: "*calzaturificio"* ("palabra torpe y sesquipedale creada en Milán, 1902": Panzini), *"canapificio"*, *"caseificio"*, *"cotonificio",* etc.). Los cañones de *granizo* despertaron grandes esperanzas hacia 1900; se crearon laboratorios *de vacunación*, etc.

Junto a los compuestos de los tipos habituales, que también crecen en número (*perrero*, *pesacartas*, *cascanueces*, etc.), hay muchos otros de diversos tipos, sobre todo en el ámbito de las ciencias (*parolibero*, Marinetti; *avifauna*, etc.).

Además de las numerosas entradas nuevas que se utilizaron con mayor o menor facilidad y de forma más o menos generalizada, se podrían mencionar miles de otras que tuvieron una vida más o menos efímera: *scimmietà*, *scimmiologo* (Tommaseo), *monumentare*, *manzonicidio* (Carducci), *empicornici* 'pintor', *spulciacodici* 'erudito' (Dossi), *nientarchia* (Gandolin), *massiccità* (Fogazzaro), *capolavorare*, *capolavorazione* (D'Annunzio), *prosatoio* (Mantovani), *studianaio* (*studio* + *granaio*: así llamaba Fucini a su estudio) etc.

De varias palabras conocemos el autor, tanto de las científicas y técnicas como de las literarias o políticas: sabemos, por ejemplo, que *ptomaine* fue acuñada por Francesco Selmi, que *bimetalismo se debe* a Enrico Cernuschi, que *paesanità* fue plasmada por Carducci; *guerrafondaio se* debe a Luigi Arnaldo Vassallo (Gandolin) y *forcaiolo* a Luigi Bertelli (Vamba). De otros sabemos quién los introdujo; *velivolo* en el sentido de 'aeroplano' por D'Annunzio, *congenial* por Croce, etc.

En la semántica también se producen innovaciones significativas: palabras ya existentes adquieren una nueva moda o un nuevo significado, ya sea en relación con las corrientes de la época (filosóficas, científicas, políticas, económicas, etc.) o debido al impulso de algún acontecimiento individual.

[116]Pensemos, por ejemplo, en el uso cada vez más frecuente de términos científicos y técnicos, tanto en sentido propio como figurado.

A lo largo de los siglos se han acuñado expresiones figuradas, y es difícil creer que en esta época se hayan acuñado más que en otras: si los puristas se quejan de ello más que nunca, se debe probablemente a la creciente popularidad del periodismo, que no es tan sutil a la hora de acuñar metáforas y aún más a menudo de popularizar metáforas ya acuñadas en Francia. [117]En 1888, Fornaciari se lamentaba amargamente de la difusión incontrolada de las "metáforas de moda"; pero Torraca tuvo buen juego al demostrar, con amplia documentación, que las metáforas reprochadas por Fornaciari no sólo eran utilizadas por periodistas de pacotilla, sino que muchas de ellas habían entrado en el léxico de los escritores y críticos más autorizados.[118]

Tampoco puede decirse que posteriormente esa tendencia haya retrocedido; ni mucho menos.

[120]8 81); el uso extensivo o figurado de *inundar*, *impregnar*; *condensar*, *cristalizar*; *expansión*; *convergencia*, *divergencia*; *diagrama* (*"el diagrama de las cuerdas tensas*": [121][122]Graf, *Medusa*, 1880), *apogeo*, *eclipse*, *órbita*; *embrión*, *germen*, *microbio*(*s*), *parásito*; *patología*, *diagnóstico*, *síntoma*, *nostalgia*; *gestación*, *superfetación*; *atrofia*, *hipertrofia*, *colapso*, *plétora*, *microcefalia*, etc.

El uso figurado de nombres de procedimientos e instrumentos también está muy extendido: *termómetro*, *sismógrafo* ("La sesión de ayer fue tormentosa: pero el *sismógrafo político* prometía más desde la mañana": Collodi, *Note gaie*, 1876), *fotografía*, *fonografía*

(Garibaldo Cepparelli tituló -por consejo de Orazio Bacci- *Fonografie valdelsane,* Firenze 1896, una colección de bocetos transcritos del natural), *cinematografía* (*Che cinematografo!* "Che scena movimentata!"). A Giulio Orsini le parece tener "*di Röntgen i raggi /* nell'occhio di scienza malato".

Quien lo desee encontrará en las listas de Fornaciari y Torraca muchas de estas "metáforas de moda" extraídas de diversos campos conceptuales (pero a menudo se quedará con la incertidumbre de si se originaron en esta época o no eran ya anteriores, porque los léxicos, deseosos de anotar los significados propios de las palabras, no pocas veces descuidan los extensivos y figurados).

También ocurre a veces que una ciencia asume como término técnico una palabra que ya había adquirido un significado específico en otra ciencia: así, Canello (en *Arch*. *glott*. *ital*., III, 1879) llamó *alótropos* a las palabras que se presentan de forma diferente a pesar de tener la misma etimología, inspirándose en el término de la química y la física.

Los cambios de significado de diversa índole se consolidan en el léxico.

El nombre *torpedo, que* antes se refería a un género de peces teleósteos, se transfiere también (por irradiación sinónima de *torpedo*) a una mina acuática autopropulsada (1866).

Fascio, ya poco después de 1870 en Bolonia, sirve de nombre a una agrupación obrera: y en 1893 nacen en Sicilia los *Fasci dei lavoratori*.

Se empezó a hablar de destripar edificios después de que Depretis dijera en 1884: "Hay que *destripar* Nápoles".

El epíteto "*bizantino"* aplicado a la vida política y social de la Roma umbertina y al gusto literario y artístico predominante en la *Cronaca bizantina* (1881-85) de Sommaruga, sigue caracterizando aquellos años (G. Squarciapino, *Roma bizantina*, Turín 1950).

El monóculo de los elegantes se bautiza irónicamente como *pasticca* (Fanfani-Arlìa, 1881), más tarde también *caramella* (Fanfani-Arlia, 1890); y esta segunda palabra sigue en uso.

Los coriandoli solían llamarse confettini con una semilla de cilantro, y después, en general, confeti de carnaval hecho con tiza, pero entonces (hacia 1883, en Milán) se comercializaron con el mismo fin los diminutos discos de papel sobrantes de la fabricación de las hojas perforadas para los gusanos de seda, y se les cambió el nombre.

Las "notas de crónica mundana" *de Mosconi* tienen su origen en la columna "Abejas, moscas y avispas", creada por Matilde Serao (primero en el *Corriere di Roma*).

[a]*Pescecane (pescador) aparece en* Panzini's 2 (1908) para referirse a los "grandes, astutos e insaciables devoradores de trabajo y dinero ajenos"; la obra de teatro *I pescicani* (1913), de Dario Niccodemi, contribuyó a la moda de la palabra.

Existen numerosas antonomasias, eruditas y populares, referidas a nombres propios de personas reales o ficticias. Tenemos nombres metafóricos, como *un Fregoli* (*fregolismo*); *un travet* (de la comedia piamontesa de Vittorio Bersezio, *Le miserie d'monsù Travet*, 1862), *un gigione* 'cantante, actor da strapazzo' (de una obra de Edoardo Ferravilla) etc., y metonímicos como *lobbia* (sombrero de Lobbia), *cavurrino*, *puro Sella* etc..[123] Muchas de estas palabras han quedado ligadas a la notoriedad de sus respectivos personajes, de modo que algunas, muy conocidas en su época, cayeron más tarde en desuso o quedaron confinadas a un medio especial.[124]

A veces no ha habido un cambio real de significado, sino de connotación afectiva. *Santo se* ha utilizado mucho en un sentido laico. [125][126]*La retórica ha adquirido* para muchos un valor despectivo; y lo mismo el *filósofo* y la *filosofía*. [127][128]En la polémica de los decadentes contra el sentimiento "burgués", los pobres *tenderos de ultramarinos* (como sus hermanos franceses, *los épiciers*) se convirtieron en el símbolo de la incapacidad para entender el arte: "los pequeños jardines contiguos a las casitas de *los tenderos"* (D'Annunzio, *Vergini delle rocce*, p. 101); "frase vulgar y de *tendero*" (Martini, Prefacio a *Di palo in frasca*).

Varias palabras referidas a cosas y hombres de la Iglesia tomaron, en una época dominada por los espíritus antieclesiásticos, una connotación despectiva: por ejemplo *paolotto*, nombre popular de los miembros de dos órdenes religiosas, pasó a significar "clerical".[129] El uso demasiado extendido de *los oleógrafos* convierte el nombre (y el adjetivo derivado *oleográfico*) en despectivo.

Pero además de la creación de nuevas entradas y de los cambios de significado, hay que considerar ahora, para tener una idea global de los aumentos del léxico, la aceptación de entradas procedentes del toscano hablado y de los dialectos, el resurgimiento de entradas literarias y arcaicas, la penetración de latinismos y grecismos y de extranjerismos modernos.

17. Voces populares modernas

La penetración de voces toscanas y regionales o dialectales en la lengua escrita y hablada habitual es aún más fuerte que en épocas anteriores, gracias a la influencia de la unificación política. En los años de Florencia como capital, el incendio manzoniano dio un cierto impulso a la expansión florentina, no sin provocar muchas reacciones. Después de 1870, la centralización de la vida política, mundana, cultural y periodística en la nueva capital hizo que muchas voces de uso romano, sobre todo burgués, se generalizaran. En cuanto a las demás regiones, el mejor conocimiento de su vida gracias a la multiplicación de los intercambios y a la popularización de la literatura verista de ámbito regional hizo que muchas palabras dialectales o regionales penetraran más o menos ampliamente en el uso.

Los escritores toscanos de vena espontánea (como Fucini, Collodi, Martini) utilizaban ocasionalmente algunas palabras o expresiones del toscano hablado, aunque no estuvieran aceptadas en el uso escrito: leemos, por citar sólo algunos ejemplos, en los *Ricordi autobiografici* de Dupré (p. 412): "quella stupenda musica, che ricordandola mi ha fatto *andar su pei peri*," (Recuerdos auto*biográficos* de Dupré, p. 412): "aquella música maravillosa, que recordándola me ha hecho ir por los *aires*," o, en un diálogo de Augusto Conti (en D'Ancona y Bacci, *Man*. *della lett*. *ital*, VI, p. 40): "Hay que aprender, no mirar más a la *esperanza*". Carducci, en una carta del 21 de agosto de 1898 a Annie Vivanti (*Lett*., XX, p. 161) escribe "la paura t'ha diminuita, direi striminzita" (El miedo te ha disminuido, yo diría *striminzita*); luego por temor a que la palabra pudiera ser desconocida para Annie, porque es rara en el uso escrito, añade entre paréntesis: "(vocabolo toscano). Nobili (*Memorie lontane*, p. 139 Pancrazi) escribe: "*Stolzai* come se fossi stato toccato da un bottone di fuoco": y ésta no es una palabra florentina, sino del sur de Toscana.

Los no toscanos que quieren tuscanizar a menudo exageran, sobre todo utilizando palabras y locuciones populares incluso cuando el tono no lo permitiría. Se lee, en la *Storia di Federico il Grande* de Emilio Broglio (Milán 1874-76): "Prusia nos ganó mucho, e hizo un *gran* trueque" (I, p. 105); "*l'era doventata* una strega" (II, p. 131); Federico Guillermo dice al príncipe Federico que era un brujo. 131); Federico Guillermo le dice al príncipe Federico: "Me he esforzado por hacer de ti un *hombre de* bien" (II, p. 217); Federico Guillermo "murió por tanto... entre *toque* y toque a poco menos de *cincuenta y dos años de edad*" (II, p. 372). [130][131]Esta toscanización más allá del límite que se aplicaba a los propios toscanos irritó a Carducci y a muchos otros.[132]

También aparecen toscanismos individuales tanto en escritores no toscanos que aspiran a un léxico ampliamente ecléctico (un Dossi, un Faldella), como en aquellos que, buscando las palabras que necesitan, encuentran satisfacción en alguna voz toscana aún no aceptada o ya no aceptada en el uso escrito: así cuando Padula escribe *beruzzo en el* sentido de "desayuno en el campo", o Verdinois utiliza *tornare en el* sentido de "irse a vivir a otra casa", o Verga escribe *sito* por "hedor". Por otra parte, abundan las palabras y frases dialectales o regionales, ahora retomadas tal cual, ahora más o menos adaptadas, obedeciendo a necesidades artísticas y quizá a diversas intenciones teóricas, en obras literarias de ambientación regional. Faldella, De Marchi, Fogazzaro, D'Annunzio, Serao, Verga, Deledda, Panzini y muchos otros hicieron uso de ellas de diversas maneras y en distintos grados: ahora se trataba de unas pocas palabras de color local, ahora de una perspectiva de frases y palabras más o menos dialectales distribuidas según las clases sociales que los autores querían retratar, ahora de una transposición al lenguaje (más o menos extensa, más o menos lograda) de la forma dialectal de pensar y hablar.

Mientras que en el caso de varios autores (en prosa y también en verso) conocemos bien la coherencia (y el uso artístico) de los elementos dialectales, se ha investigado muy poco en otros ámbitos: por ejemplo, las crónicas de los periódicos locales, o la difusión de objetos de producción local (mencionamos la *ocarina,* que se difundió desde Budrio), etc.

A pesar de estas carencias, intentemos hacer un balance provisional de la penetración de las aportaciones dialectales en la lengua hablada y escrita habitual.

Pero antes de nada, hay que señalar que las diferencias entre el toscano hablado y el italiano habitual han ido disminuyendo. Por un lado, se han difundido voces toscanas antes desconocidas. Mamiani escribió a Fanfani a propósito de *Paolina,* "una novela escrita en lengua florentino-italiana": "Diré que Vuestra Excelencia ha sido escrupuloso hasta el exceso porque algunas de las frases, que ha señalado como peculiares sólo de Toscana, están en cambio en el habla habitual de la gente civilizada de toda Italia, como ésta por ejemplo: *non te la menar buona*; y la otra: *tante moine*; y ésta también: io *sono di casa...*"

(carta del 18 de octubre de 1868). (carta del 18 de octubre de 1868).[133] Aún más pertinente es el testimonio de De Amicis sobre la difusión de palabras y frases familiares como consecuencia de la unificación nacional: "Incluso entre nosotros [en Piamonte], que hablamos italiano, una serie de palabras y frases que eran completamente desconocidas cuando yo era niño se han convertido ahora en muy comunes. Hace cuarenta años, nunca se le habría ocurrido a uno oír a un piamontés decir, *aplastar un sueño*, *dormitar*, *merendar*, *do ammodo*, *hombre de gracia*, *gente per bene*, *mi frulla per il capo*, *entrar en éxtasis*, *meterse en el bolsillo*, *trabajar mucho,* etc.".[134]

A la inversa, en otros casos ciertas formas toscanas han cedido (o han empezado a ceder, para parecer vernáculas incluso a muchos toscanos) frente a palabras preferidas por el resto de Italia: *bòdola*, *limosina*, *oriolo*, *polenda*, *spedale, frente* a *botola*, *elemosina*, *orologio*, *polenta*, *ospedale*. En la misma Florencia, *cassetta* (de un mueble) empieza a ceder ante *cassetto*; *tavolo*, pertinazmente rechazado por los puristas toscanos, pasa a primer plano; *crestaia* se impone a *modista*.

Ya hemos mencionado cómo, entre las variantes *officio*, ufficio, *uffizio*, *ufizio* (y sus respectivas derivadas), prevaleció la variante no florentina *ufficio*, al principio no sin cierta vacilación: Manzoni, al leer esta forma en un aviso de la "Oficina" central de telégrafos, se escandalizó por ella como una ofensa a la unidad que deseaba: "¡Oh se i signorini di costì *sua bona norint*!" (carta del 16 de noviembre de 1865).[135] El mezzaiolo florentino (registrado por Fanfani y Petrocchi) cede ante *el mattatoio* (que es la forma de Siena, Ancona, Roma).[136] Las voces florentinas *mezzaiolo* y *mezzeria* lucharon contra las voces norteñas *mezzadro* y *mezzadria* y se llevaron la peor parte. [137]El Código Civil de 1865, en su artículo 1647, decía, resumiendo las diversas formas regionales: "El que cultiva una finca con el *pacto* de compartir los frutos con el arrendador, se llama aparcero, *mezzadro*, *massaro* o *colono*": desde entonces *mezzadro* y *mezzadria han ido* ganando terreno.[138] *El "albero"* toscano en el sentido de "álamo" se evita porque puede dar lugar a malentendidos.[139]

Muchas voces dialectales de las regiones que participaron más activamente en la vida nacional se difundieron durante este periodo. He aquí algunas palabras de origen piamontés, en su mayoría transmitidas de la vida militar: *arrangiarsi*, *cicchetto*, *grana* (en la locución *plantar una grana*), *pelandrone*, *ramazza*. [140]Es piamontés *bocciare*; y también *gianduia*, *gianduiotto*.

De Lombardía proceden sobre todo términos gastronómicos: *risotto*, *erborinato*, *robiola*, *panettone*: de allí viene también el nombre de *grappa* "acquavite". Los *páramos de Lombardía se hicieron* conocidos, y el nombre de *marcite* se popularizó, superando al nombre toscano de *marcitoia* (véase Canevazzi-Marconi, *Voc. di agricoltura*, s.v.). El milanés es *guardina*.[141] En cambio, dos voces lombardas, preconcebidas como útiles porque podían satisfacer una deficiencia del italiano, no puede decirse que hayan triunfado: *ab*(*b*)*iatico* y *gibigianna*. *Abiatico* en el sentido de "nieto del abuelo" habría servido para remediar los inconvenientes del doble sentido de "nieto". [142][143]Para *gibigianna* no hay equivalente en el uso toscano, y puede decirse que la palabra sólo aparece en escritores lombardos: el abad Stoppani, Carlo Bertolazzi (que tituló una de sus obras *La gibigianna*, 1898), Clemente Rebora ('In gibigianna di di diavolerie': *La Voce*, 6 de noviembre de 1913). *Darse un beso se ha* utilizado varias veces, pero siempre se ha rechazado por lombardismo.

De la región del Véneto proceden el nombre *de bata* y el saludo *ciao*: algunos nombres de barco como *bragozzo* y *fisolera* (término que, transmutado en *fuselaje*, se aceptó más tarde como palabra de aviador); *felze,* el nombre veneciano de la cabina de góndola, se dio a conocer ampliamente gracias a *Fuoco*, de D'Annunzio. De los Alpes venecianos proceden los nombres de *chalet*, *malga*, *saliente*. [144]Los científicos recurrieron al Friul. *foibe* (bajo la forma italianizada *foiba*), en el sentido de 'cavidad cárstica'; mientras que Stoppani intentó en vano poner en uso *trovante en el* sentido de 'peñasco errático'.[145]

De Romaña procede, como hemos dicho, la *ocarina* y poco más.[146]

Pero la serie más numerosa de dialectalismos procede de Roma. Es popular el nombre *burino* o *burrino* 'patán del campo' (véase Prati, *Voc. Etim*., s.v.). Romano sólo desde el punto de vista semántico es el término *buzzurro*, que en Florencia se daba a los suizos que vendían castañas asadas y polenta de castañas en invierno, pero que más tarde, cuando la capital pasó a Roma, se dio despectivamente a los piamonteses y en general a los norteños que habían venido a instalarse en Roma. Lo utilizaron Faldella en un sketch titulado *Colonie buzzurre*, Carducci en una nota a la oda bárbara *Dinanzi alle Terme di Caracalla* ("Se entendía que estos versos deseaban malaria a los buzzurri"), D'Annunzio en algunas notas

mundanas y en *Trionfo della morte*. Se acepta como sinónimo jocoso de "guardia municipal", *pizzardone*, que se aplicaba a los guardias cuando llevaban un sombrero de feluca parecido al pico de la *pizzarda* (*Scolopax maior*). Romanesco es el término para *ladrador*; en las fiestas navideñas bajan *pifferari* de las montañas; de Frosinone y alrededores vienen *ciociari*. Quizá *pignolo* también proceda de Roma en el sentido de "meticuloso, pedante". Abundan los nombres de especialidades gastronómicas (*abbacchio*, *saltimbocca*) y de comidas alegres (*maccaronata*, *spaghettata*) y salidas al campo (*ottobrata*).[147] Hay quien sabe *colarse* y disfrutar de un *sbafo*. Los paseos por la campiña romana introducen *vallas*.[148] El periodismo presenta los *hechos* (delictivos) y las *marionetas* de Gandolin. Además, conocemos algunas costumbres específicamente romanas, como el *cottìo* ('mercado de pescado, Nochebuena').

[149]Desde Nápoles, se extendieron los nombres de *largo*, "cuadrado de forma irregular", y de *rettifilo*, mientras que *basso* pasó a conocerse como una característica local. Los nombres de *paglietta*, *cafone*, *guaglione*, *scugnizzo y* los de *camorra* y *omertà* conservan una fuerte connotación local. *Pastetta* se difunde al referirse al fraude electoral en toda Italia. También aquí se aprenden varias palabras con la difusión de especialidades gastronómicas napolitanas, como *mozzarella* y *almejas*. Numerosas son las entradas generales aceptadas por su expresividad: *mannaggia* (que gana al toscano *malannaggio*), *scocciare*, *fesso*.

De Sicilia se aprende sobre los *zàgara*, los *picciotti*, los *carusi* y, ay, la *mafia* y los *mafiosos*.[150]

Y de Cerdeña, el *tanche* y el *nuraghi*, y los paños de *orbace*.

18. Voces literarias arcaicas

Al mencionar brevemente las principales corrientes que pueden discernirse en el lenguaje de la prosa y la poesía, hemos visto cómo las corrientes manzoniana y realista conducen al abandono, en prosa y también en verso, de aquellas palabras de tradición literaria que ya no estaban vivas en la lengua hablada.

Si en 1863 la *Rivista contemporanea* describía una "máquina de votar" y podía titular la noticia "Di un ordigno per gli *squittinii"* (De un aparato para *chirriar)*; o en 1865, Víctor Manuel II podía decir (aunque en un discurso solemne) "mis palabras fueron *siempre* una incitación", o en una carta de 1868 Mamiani podía escribir "*Laonde* per me il quesito non *versa* sopra il conoscere" (Fanfani, *Bibliobiografia*, p. 118): éstas y muchas otras palabras sonaron intolerables a las nuevas generaciones y fueron abandonadas. [151]Matteo Ricci cuenta que Massimo d'Azeglio, habiendo recibido una vez una carta con un comienzo pedante, la tiró a la papelera diciendo: "Un hombre que comienza una carta *Es bueno que haya querido escribirte* no puede ser más que un imbécil".

[152]Una de las series que caen definitivamente en descrédito es la del *imperocché*, *imperciocché* y similares. [153]Si Minghetti todavía comenzara sus memorias con un solemne *avvegnaché*, unas décadas más tarde nadie escribiría así: no sólo los manzonianos, sino también un antimanzoniano como Settembrini, de quien un escolar dijo que habría merecido este epitafio: "Aquí yace el enemigo de los Borbones, los jesuitas y el *imperciocché.*"[154]

Si alguien vuelve a utilizar alguna de estas conjunciones, es con ironía: "*conciossiaché* secondo il marchese Puoti *oblio* sia parola da usare solo in poesia, e di rdo e con molto riserbo in prosa" (De Sanctis, "L'ultimo de' puristi", en *Saggi critici*); "Levatemivi d'innanzi, figliuoli del padre De Colonia; o vi throw in faccia un *conciossiacosaché*" (Carducci, 1882: *Opere*, XXV, p. 213).

Mucho mayor es la resistencia del léxico poético antiguo, ligado a tradiciones nobiliarias seculares. Por supuesto, habría que hacer la historia de los distintos vocablos caso por caso, y no sería fácil: sabemos que es mucho más difícil elaborar una tabla de ausencias que una tabla de presencias. Pero se pueden recordar algunos ejemplos sintomáticos: *calle* para "camino" no sólo está en Zanella y Graf, sino también en Cavallotti ("Sorella, non senti pel *calle* / che lungo di frondi stormir?": "¡Arriba!"); Stecchetti también hace uso de *rai ("*delle tremule stelle ai bianchi *rai"*: *Postuma*, LIV); *vanni* aparecen (en el sentido tradicional de "alas") no sólo en Aleardi y Zanella, en Carducci y Panzacchi, sino también en *Primo vere* de D'Annunzio (y, en prosa, en *Fuoco*). [155]Zanella ("le membra / al gran Titano *fiedere* co' nembi": "Milton e Galileo"), Carducci ("di torbid'ire *fiedere* l'aere": "Figurine vecchi", en *Odi*

barbare), D'Annunzio ("Onde si goda *fieder* Primavera": *Franc. da Rim*., III, sc. 4) utilizan *fiedere* .[156]

Resulta muy difícil distinguir, como sería necesario, entre la persistencia de voces de la tradición poética y el renacimiento de voces hoy consideradas arcaicas: y la distinción depende a menudo de la interpretación estilística que se dé a pasajes concretos.[157]

[158][159]Las no infrecuentes recuperaciones de voces dantescas deben catalogarse entre los arcaísmos, más que entre las voces tradicionales: como *piovorno,* que Carducci "renovó" en "Miramar", y después de él tuvo cierto uso (Pascoli, etc.) o *roggio*, también recuperado en el léxico literario (Carducci, Pascoli, S. Ferrari, Gnoli, D'Annunzio, etc.). El uso de *non mi tange* no va más allá de la alusión de Dante: "Amore non mi tanse e non mi tange" (Gozzano, "Convito", en *Colloqui*).

También se tomaron algunos arcaísmos de los estilnovistas y otros duecentisti (*alena*, *pascore*, etc.: D'Annunzio), pero sólo *aulire* y *aulente* tuvieron amplio éxito en el lenguaje poético.

Algunas voces que Carducci se complacía en extraer de escritores de los siglos XIV o XVI (*miluogo*, *misprendere*, *popolazzo, rinomo*, etc.) no tuvieron suerte; el *renacimiento,* que encontró en Varchi y Vasari, fue resucitado por él. El grupo florentino que fundó I nuovi goliardi en 1877 (Giovanni Marradi, Severino Ferrari, Luigi Gentile, Alfredo Straccali, Guido Biagi, Ugo Brilli) fue el responsable de la nueva fortuna de la palabra en el sentido primero de "erudito scapigliato" ("el más goliardo de la compañía": Carducci, *Le risorse di San Miniato*), luego de "universitario".

El verbo *guatare,* que casi había desaparecido del uso literario ("voce oggidì rimasa in contado", según Tramater, 1834), vuelve a estar de moda, tanto en verso ("Dal ciel guata la luna": Graf, "Superstite", en *Medusa*) como en prosa ("Oggi il palazzo reale guatava il viale": Abba, *Noterelle di uno dei Mille,* 9 de noviembre).

[160]También tenemos varios ejemplos de rumores caídos en desuso que han resucitado en la práctica: así, el *magistrado del agua*, establecido por una ley de 1907, renovó el nombre de una institución veneciana, y *serrata*, un antiguo término histórico (*Serrata* del Maggior Consiglio, Venecia 1296), fue exhumado en el nuevo significado de "cierre de un establecimiento como medio de lucha magistral" (ing. *lock out*).

Entrenar, palabra literaria hoy rara (Petrocchi la registró bajo la línea), se asumió en el lenguaje deportivo con el valor preciso del fr. *entraîner o* del Engl. *to train*; para sustituir a *bookmaker* Isidoro Del Lungo propuso, con suerte, al antiguo *corredor de apuestas*.

19. Latinismos y griegos

Los latinismos abundan en verso, sobre todo en Carducci y su escuela y en D'Annunzio. En prosa, desde luego, no esperamos encontrarlos en la novela naturalista; a lo sumo, en la prosa clásica. Abundan en las terminologías de las ciencias, tanto naturales como morales: pero en su mayor parte, como es bien sabido, se trata más bien de latinismos indirectos, es decir, no acuñados en Italia, sino en otros países. Habitualmente, al estudiar los latinismos en los capítulos anteriores, hemos incluido también los griegos en la discusión: volveremos a hacer lo mismo esta vez, pero no sin advertir que algunas entradas que el latín no incluyó están tomadas directamente del griego (en su mayoría no latinizadas o parcialmente latinizadas): en primer lugar en la terminología histórico-arqueológica (a *lekythos*, *tholos*, an *anghelos*, *logos*) y en la terminología científica (*kinesiterapia*), pero también en los escritos literarios (Carducci: *àgora*, *sofrosine*; Rapisardi: "volge *Fisi* [a la naturaleza] la sua macchina eterna": *Job*, III, III; D'Annunzio: *alalà*, *etaira*, *stephane*, *zoani*: Pascoli: *ananke*; "E tu dà attta alla *dice* [= justicia] e dimentica al tutto la *bie* [= violencia]").[161]

En la lengua tradicional de la poesía y la prosa elevadas, los latinismos constituían un elemento esencial del léxico: y podríamos haber hablado de latinismos junto con las voces literarias tradicionales si sólo hubiéramos tenido que ocuparnos de los latinismos ya habituales: "d'*edaci* malori / traspaion l'impronte" (Zanella), "posan gli *àtavi* re dentro gli avelli" (Carducci), "quel prezioso e *pulcro* / rifiuto del *sepulcro* " (Boito), "Pallide larve dalla vita *evulse*" (Panzacchi), "Ed all'enorme *clipeo* fiero s'appoggia e sta" (Cavallotti), etc. Pero siempre existe la posibilidad de recurrir a otros latinismos, o bien nunca utilizados, o bien tan raramente que no han arraigado en la tradición literaria.

[162]Carducci abrió el camino a varios latinismos nuevos o raros, muy a menudo resbaladizos en función de sus innovaciones métricas; D'Annunzio emprendió su camino y

más tarde utilizó, en verso y en prosa, muchos más latinismos que él; Pascoli también participó en esta tendencia, con palabras comunes a los demás y con palabras propias; en cuanto a los menores, es fácil detectar la influencia ejercida por los mayores. [163][164]Una lista de cada uno de los grandes escritores ocuparía varias páginas: basten algunos ejemplos para dar una idea de esta serie de latinismos y de la nueva impronta que tienen frente a los latinismos tradicionales: *algido*, *alivolo*, *auletride*, *avio*, *cecubo*, *cerulo*, *cincinno*, *collabo*, *crotalo*, *efebico*, *erbido*, *estuare*, *fimbria*, *ilice*, *irremeabile*, *longicollo*, *lituo*, *luco*, *meduseo*, *multivolo.* Y también deben registrarse las palabras tomadas en su significado etimológico, distinto del habitual: *erróneo* 'errante', *epifanía* 'aparición', etc.[165]

En algunos casos tenemos el testimonio explícito de las intenciones de los autores: así, para el *subsannare* della *Chiesa di Polenta*, el propio Carducci señala: "Me atreví a hacer italiano el verbo latino *subsannare,* que se entiende bien en la versión Vulgata de la Biblia: 'Sprevit te et subsannavit te virgo Sion. Otros escritores eclesiásticos lo utilizaron', etc. En algunos casos, la sugerencia de inspirarse en el latín procede del francés o de otra lengua extranjera: así, *captivare* (D'Annunzio) es sí el latín *captivare*, pero probablemente siguiendo el ejemplo del francés *captiver* (como puede verse por comparación con el uso anterior, que prescribía *cattivare*). En efecto, es probable un recuerdo más preciso de los simbolistas franceses para ciertos latinismos de D'Annunzio: *flavescente*, *lattescente*, *iemale*, *ialino*.[166]

La fortuna de estas palabras rara vez llegó más allá del ámbito literario. [167]Se extendió, por razones eufemísticas, *etèra*: Nencioni, utilizando la palabra, añade refiriéndose a los viejos tiempos: "una etèra (en aquellos tiempos creo que sólo Burnouf sabía lo que significaba etèra)".[168]

Recordemos la historia de *velivolo*: D'Annunzio había utilizado la palabra en la oda "Ai bagni" (1879) de *Primo vere*: "Con tenue murmure l'Adria *velivolo"*, recurriendo a escritores latinos (Ennio, Lucrezio, Virgilio, Ovidio) e italianos (Algarotti, Monti) en su significado original (referido a los barcos que casi vuelan corriendo sobre el mar con sus velas, y luego al propio mar cubierto de velas); a continuación, anticipando en el *Corriere della Sera* del 28 de noviembre de 1909 dos fragmentos de *Forse che sì, forse che no, el* escritor justificó su uso de la palabra en la novela, con el nuevo significado de "aeroplano", y concluyó "La palabra es ligera, fluida, rápida; no engaña a la lengua y no aprieta los dientes; fácil de pronunciar, al tener cierto parecido fónico con el *vehículo* común, puede ser adoptada tanto por el culto como por el inculto. Sin dejar de ser clásica, expresa con admirable propiedad la esencia y el movimiento del dispositivo novedoso". La palabra tuvo algunos ecos tanto en el lenguaje literario (en el que se utilizaba como sinónimo noble de "aeroplano") como en el lenguaje técnico (en el que se empleaba para indicar conjuntamente aeroplanos, hidroaviones y anfibios).[169]

Como también puede verse en este ejemplo, algunas palabras pueden tener una doble historia: en el lenguaje literario y en el científico.

Así, *álgido*, *nival*, *sideral, que tuvieron* fortuna en el lenguaje poético de la segunda mitad del siglo XIX, también son conocidos por los científicos, respectivamente médicos (*fiebre álgida*), botánicos (*plantas nivales*), astrónomos (*año sideral*).

Pero antes de pasar a mencionar los latinismos en la terminología científica, debemos recordar que, mientras que en la prosa artística sólo encontramos algunos de ellos en escritores ansiosos por ampliar su léxico (*ominoso*, Imbriani; *lascivire*, Faldella, etc.), en la prosa doctrinal no son raros (*effingere*, Ardigò; *orrepire*, *surrepire*, Giuriati; *inservire*, Flamini; *espilare*, Croce, etc.).

En la terminología científica y técnica, los latinismos y los grecismos, y más aún las palabras derivadas y compuestas a partir de vocablos latinos y griegos, se multiplican desmesuradamente y penetran muy fácilmente en el uso cotidiano, a medida que se difunden las nociones y los objetos a que se refieren. He aquí términos como *tuberculosis*, *bacilo*, *espirilo*, *anestesia*, *anofeles*, *helio*, *rubidio*, *ptomaína*, *fonógrafo*, *gramófono*, *aviación*, *cinematógrafo, ascensor,* etc. La mayoría son palabras internacionales, de las cuales sólo unas pocas se acuñaron en Italia y pasaron a otras lenguas europeas, y la mayoría se acuñaron en otros países y se aceptaron en Italia.

Incluso en derecho, administración, etc., abundan los latinismos y los grecismos: se instituyen *los probiviri*, se recurre a la *incineración, se* distinguen los *alfabetos* de los *analfabetos*, se divulgan las *cabezas* en lugar de los *testigos*. A veces hay cambios semánticos más o menos arbitrarios: *gestionar, por ejemplo,* que según el ejemplo clásico

sólo significaba "hacer gestos, gesticular", en presencia de *manager* y *management adquiere* un nuevo significado (y reprochado por los puristas), el de "administrar".

En la vida práctica, algunas entradas ya existentes adquieren nuevos significados: *quiosco de prensa, por* ejemplo, en lugar del raro significado de "pequeño templo", adquiere el de "quiosco de periódicos"; *àgape* además del significado de "antiguo banquete cristiano" adquiere el de "banquete masónico", etc.

Incluso en la terminología deportiva, entre los innumerables afrancesamientos y anglicismos, hay algunas entradas pseudoclásicas, que también han venido de fuera: *running*, *ciclismo*, *criterium,* etc.

El periodismo acuñó palabras y contribuyó a popularizarlas: los sustantivos *intelectuales adquirieron* un valor despectivo a partir del proceso Dreyfus, *los* amores ancilares se generalizaron en la época (1905) del proceso Murri (pero luego el "Elogio degli amori ancillari" de Gozzano, en *Colloqui*, 1911, contribuyó a popularizar la expresión).

En el campo de la ciencia, mucho más que en el de la literatura, los latinismos y los grecismos, como hemos visto tantas veces a estas alturas, circulan ampliamente de un país a otro: a veces incluso se desarrollan paralelamente en varias lenguas, como hizo Enrico Cernuschi, italiano nacionalizado francés, en varios de sus folletos en varios idiomas (1875-76), que preconizaban sus ideas sobre *el bimetalismo*: *La monnaie bimétallique*, *Bimetallische Münze*, etc.

[170][171]He aquí algunos de los numerosos francolatinismos: *acrobacia, ascensor* (coche), *automóvil*, *aviación* (La Landelle y Ponton d'Amécourt, 1863), *documental*, *draconiano*, *filatélico*, *lilial*, *lirismo, lirismo*, *lujoso*, *mistificador*, *pacifista*, *pedicura*, *cuestionario*, *redacción* ('escritura') *semántica*, *societario*, *teoría* (en el sentido de 'fila'), *torrencial*, etc. Además, como ya se ha mencionado, muchos de los usos extensivos y metafóricos, tomados en su mayoría de voces científicas y difundidos sobre todo en este periodo, a pesar de la resistencia de los puristas (por ejemplo, *crear*, *deletéreo*, *fenómeno*, *fórmula*, *superfetación*, *trayectoria*, etc.: cf. p. 891), se remontan a usos franceses similares.

Los anglo-latinismos también son numerosos: *aquarium* (eng., *aquarium* 1854, ted. 1857, fr. 1863: el acuario de Nápoles data de 1873), *criterium* (sport.), *hydrant*, *inflation* (en la acepción económica, que surgió en América durante la guerra de secesión), *underground* (ferrocarril: acepción originaria de Londres), *selection*, *symbiosis*, etc.

[172][173][174]He aquí algunos germano-latinismos: *agrario* (sustantivo, 'terrateniente'), *antisemita*, *banausic* (Cruz), característico ('caracterización'), *determinismo*, *epos*, *gypsotheque* (o *yeso*), *kinesiterapia*, *objetivo*, *psicoanálisis*, *revisión*, *taxímetro,* etc.

Algunos latinismos esporádicos fueron sugeridos por otras lenguas: *intransigente*, que surgió en España en 1873 para indicar a los republicanos federalistas, pronto se extendió a otras lenguas europeas.

Nos limitaremos a un par de observaciones sobre la fonética y la morfología de los latinismos (y de los griegos). Ya hemos mencionado (p. 866) algunos intentos de restablecer grafías con *ch*, *ph*, *th, y,* y la preferencia dada por algunos escritores a formas latinizantes (*imagine*, *conscienza* etc.).[175]

Cuando encontramos formas latinas o griegas con terminaciones no asimiladas, se trata casi siempre de entradas penetradas indirectamente: *aquarium*, *criterium*, *sanatorium*, *junior*, *senior,* etc. llegan, como es bien sabido, al italiano desde otras lenguas europeas.

Las pautas habituales de adaptación se ven perturbadas a veces por acciones analógicas (*autodidacta*, *políglota*, *archiático*; *silogismo* por *silogismo*, etc.), a veces por influencias extranjeras (*autócrata*, etc.).[176]

20. Franquismo

Ya hemos visto (§ 10) cómo la influencia francesa es mucho más fuerte que cualquier otra. Así, no sólo conservamos muchas de las palabras francesas que habían sido aceptadas en el siglo XVIII y principios del XIX, sino que adoptamos otras. Si abundan más de la cuenta en la literatura de segunda fila, en los periódicos (sobre todo los dedicados a las modas), en la correspondencia, incluso los escritores que saben sostener una pluma en la mano las utilizan en abundancia. He aquí algunos ejemplos de afrancesamientos inadaptados, elegidos un poco al azar: "ese afrancesamiento barroco y *langoureux* del reinado de Luis XVI" (Carducci, *Opere*, XV, p. 223); "Esta vez le ahorraré las quejas sobre la perversidad del tiempo, el *morceau* de color sobre la ciudad gris" (D'Annunzio, crónica en la *Tribuna del* 28

de diciembre de 1884); "las vibraciones de las *pierreries*, el brillo de las telas *pailletés*" (*ibid*, 16 de enero de 1885); "las observaciones... podrían *bendecir* su amor propio" (carta de Giuseppe Verdi a Giulio Ricordi, noviembre de 1886); "sigo *ébloui* de la maison de Sarah" (carta de Ferdinando Martini desde París, 17 de octubre de 1900); "todo va *à la dérive* en nuestro país" (carta de Ferdinando Martini, 11 de marzo de 1908), etc. Incluso en verso no faltan los afrancesamientos: en su parodia del *Job* de Rapisard, Guerrini y Ricci satirizan a Francesco Fontana, que "di prolisse / francescherie lardella il verso strano":

Vacío de niebla
París I apperçuted
y el silo
que la cúpula del Panteón
en los planes del cielo.
Promenasi el pueblo
Francés por la noche:
en el fango de Pletinan
gomoso y cocotte,
cuidado con mil
con el sable en su vaina
sargentos de villas...

La reacción de los puristas consiguió muy poco. En el *apéndice del informe sobre la unidad de la lengua* (Milán, 1869), Manzoni esboza la lucha de la siguiente manera:

Dos opiniones reinan en Italia, o más bien luchan entre sí, acerca de las locuciones que han venido de Francia, desde hace cerca de un siglo, y que siguen viniendo: una que dice a todos: Passi; otra que dice a todos: Via. Y aquí, como en toda cuestión relativa a la lengua, la solución lógica y útil sólo puede encontrarse en el Uso (§ V).

Pero precisamente para las palabras y frases que "siguen apareciendo" no existe una actitud unánime, ni un uso compacto, ni siquiera dentro de una misma ciudad.

Echemos un rápido vistazo a algunos de los modismos franceses que entraron en uso durante este periodo. Algunos se refieren a la política y la administración: *communardo*, *petroliere*, *chauvinism*, *blocco* (en signo político.), *bloccardo*.

Dossier por 'expediente' se hizo popular en Italia en la época del proceso Dreyfus. *Estradare* es una adaptación de *extrader* (que a su vez es una adaptación del lat. *extradere*). Se organizan instituciones similares a la morgue parisina y se denominan *morgues*.[177] Nuevas palabras se refieren a los conflictos laborales: *sabotage*, *sabotaje*.

A ciertos aspectos deteriorantes de la vida mundana debemos *garçonnière*, *cocotte*, *Alphonse*.

La casa y sus adornos se denominan *pied-à-terre*, *rideau* (*rojo*), *capitonné*, etc.

El lenguaje de la moda es particularmente rico en afrancesamientos: *escote*, *plastrón,* etc.; y también lo son la cosmética y la higiene: *brillantina*, *pedicura,* etc. Recordemos también aquí el color *marron* (inmediatamente adaptado a *marrón*), y el uso de *pechos* en plural, en el sentido de "senos" (en lugar del tradicional "seno").[178]

En cuanto a la alimentación y el arte de la cocina y la repostería, mencionamos *restaurante (restaurant*), *menú*, *couvert* (*cubierto*), *glaseado*, *cuajo* (*de manzana*), *marron glacé*, *favours,* etc.

Otras palabras relativas al ferrocarril (*cantoniere*, *ancho de* vía) y a los nuevos medios de comunicación (*bicicleta*, etc.; *automóvil*, *garaje*, *chófer*, *débrayage*, etc.; *hangar*, *despegue*, etc.) penetran en el italiano. En cuanto a los términos marítimos, mencionemos *ojo de buey*, *pasarela*, *salvamento*.

Muchos de los términos que indican escuelas y tendencias literarias y artísticas (*parnasianos*, *simbolistas*, *impresionistas*, etc.) proceden, como ya se ha dicho (p. 885), de Francia. *Bohemia* y *bohemia*; *vernissage etc*. tuvieron su fortuna.

En el lenguaje periodístico tenemos, por ejemplo, el calco *trafilet* (de *entrefilet*); la publicidad en los periódicos se denominaba originalmente *réclame*.

Proceden de la vida teatral *matinée*, *soirée*, *fumoir*, *foyer*, *claque*, *pochade*, *café-concert*, *divetta*, *chanteuse* (*sciantosa*), *soubrette*, *cancan*. Los deportes están llenos de palabras francesas: *pista* (del fr. *piste, que a* su vez era de origen italiano del siglo XVI), *pasting*, *bicycle*, *velodrome*, *routier*, *pistard*; *boxeo*, *masseur*; *patinaje*; *défaillance*, *guigne,* etc. En las distintas ciencias, además de los numerosos francolatinismos, tenemos términos como *liana*; *falaise*; *banchisa*, etc.

Aún más numerosos son los afrancesamientos en las distintas ramas de la tecnología: *béton* (*hormigonera*); *barrena*, *biela, perno*, *lingote*, *putrella*, *cizalla*, *cliché*, *ascensor*, *turbina*, *volante,* etc.

Y lo mismo ocurre con los términos generales *élite*, *débâcle* (no en el sentido literal de "deshielo", sino en el figurado de "debacle"), *surmenage*, *pioneer* (antes utilizado en el sentido propio de "soldado de azada", ahora, por empuje francés y angloamericano, en el figurado de "precursor del progreso"); *banal*, *milagroso*, *macabro* (ahora en sentido general, ya no sólo en la locución *danza macabra*); *rêver*, *rêveur*, *rêverie* (voces frecuentes tanto en Carducci como en De Sanctis), *turlupinare*; *vis-à-vis* (como locuz. preposicional y como sustantivo), etc.).

No menos abundantes son las frases: *tour de force*, *état d'âme* (y *state of mind*); battere in *breccia*, *battere in visiera* (también usadas por Carducci), *dar resignación*(es), *cruzarse de brazos*, *poner los puntos sobre las íes*, *passarsene* ('prescindir de hacer algo'), *volarsene* (a alguien), y de nuevo not to *be bad* (en lugar de 'no ser feo' o sim.Dicen que la vista aquí no es mala': A. Fogazzaro, *Malombra*, I, II), etc.).

A esta breve ejemplificación hay que añadir las otras palabras no menos numerosas que ya hemos indicado entre los francolatinismos, y las que no nos hemos atrevido a llamar así por ser híbridas (*cablogramma*, etc.).

La moda de los afrancesamientos es tan fuerte que, sobre todo en los ámbitos donde más abundan (moda, gastronomía, etc.), se han llegado a acuñar pseudofrancesismos (*porte-enfant*, *zuppa santé, etc.*).

Los modos de aceptación son los habituales: la adopción de la palabra tal cual (*élite*, *réclame*, *coup de tête*, *escamoter,* etc.) o la adaptación (*skating*, *rescue*, *sciantosa,* etc.) o el reparto (*focolare que adquiere el* significado de "centro donde se alimenta una idea" por ejemplo, *posare* que adquiere el significado de "darse importancia", etc.). [179]En muchos casos es difícil decir por qué se recurrió a la adopción de la palabra intacta en lugar de la adaptación; pero los factores sociales y estructurales son a menudo claramente reconocibles: *chic* es una forma que puede ser utilizada por quien es elegante o por quien aparenta elegancia, mientras que *scicche* tiene un aspecto plebeyo; y consideraciones similares pueden hacerse para *chanteuse* con respecto a *sciantosa*, para *réclame* con respecto a *reclàm*. Por otra parte, *ascensore* podía muy bien encajar en la serie en *-sore,* y el carácter más "distinguido" que inicialmente tenía *ascenseur* parecía desdeñable. Sin embargo, se observa un lento progreso de las formas asimiladas o recalculadas con respecto a las intactas, debido en parte a una tendencia espontánea de la lengua, y en parte a la acción voluntariosa, aunque no siempre prudente ni afortunada, de los puristas.

[180][181][182][183][184]De hecho, varias palabras que estuvieron en uso durante un tiempo, desaparecieron más tarde: *comptoir*, *blaga*, *gigotto*, *stamp* en el sentido de "campana", etc.; vemos que coup *de tête se* sustituye por *coup de head*, *restaurant,* mostly, *restaurant*, etc.[185]

Otras continuaron en el uso corriente (*debut*, *detalle*, *observación*, etc.), evitadas o al menos consideradas evitables por los escritores más precisos.[186]

No hay que olvidar que, incluso en esta época, muchos de los extranjerismos de las lenguas más dispares nos llegaron a través del francés: unas veces nos llega por la documentación, otras por las huellas que deja la propia palabra. Así, antes de que *turismo* y *turista* se impusieran, las dos palabras se ven más a menudo en la forma francesa (*tourisme* y *touriste*) que en la forma original inglesa; *boxe* muestra, con su *-e* final, ser una adaptación francesa, etc.

21. Otros forestierismos

Después de los francesismos, el mayor contingente de forestierismos que penetró en el italiano en este periodo es el de los anglicismos. Son términos de política (*meeting*), de economía (*trust*, *stock*, *check*), de moda (*tight, dinner jacket*); son entradas referidas a la ciudad (*sky-scraper*, traducido como *rascacielos*), a los medios de comunicación (*ferry-boat*, *tramway*, *trolley*, *brougham*), al hogar (*water-closet*), a las costumbres sociales (*five o'clock tea*), a la comida y la bebida (*gin*), son términos de la marina (*yacht*, *destroyer*, *dreadnought*); hay algunos términos de juego *(bridge*, *poker*), pero quizá los más numerosos sean los términos deportivos (*raid*, *performance*, *record*, *criterium*; *derby*, *sulky*, *turf*; *football*, *goal*; *skating*; *sprinter*, etc.)). Es la época en la que se desarrolló *el turismo* (y nació el Touring Club italiano con un nombre semiinglés), en la que muchas familias

adineradas hacían educar a sus hijos por una *enfermera* (y el título de *miss* tomó el valor de "institutriz"). De las muchas palabras técnicas, la que tuvo más éxito fue *film* (aceptada primero como femm., por influencia *del cine*). Destaca la aceptación de algunos términos generales como *flirt*, *bluff*, *snob*. Algunas entradas se refieren a cosas o costumbres del mundo anglosajón (*pitchpine*, *bow-window*, *pickpocket*, etc.). Y hemos dejado de lado, por haberlos comentado más arriba, los numerosos anglatinismos.

La diferente estructura de las dos lenguas y el predominio del uso escrito sobre el hablado hacen que las adaptaciones sean escasas e infructuosas, entre otras cosas por razones de esnobismo: son un poco más fáciles cuando se apoyan en sufijos, como *turista* y *turismo*, *brumista* junto a milan. *brum* de *brougham*: pero *mitingaio* (de *meeting*), que tuvo cierta suerte en 1980, desapareció más tarde. Verdi escribe *spice* para *hablar* ("Había preparado mi spice que sonaba como una capa de ópera": carta del 8 de febrero de 1865), pero es un caso aislado. La *autoinducción* híbrida (más tarde, mejor, *autoinducción*) fue aceptada en el lenguaje técnico. Meramente gráfica es la adaptación del *folclore* al *folclore*.

Por otra parte, no hay objeciones a los moldes que surgieron inmediatamente después de la penetración de la palabra en italiano: por ejemplo, *esclavos blancos*. Y hay una cierta tendencia a sustituir elementos de sonoridad anglosajona por calcos o de otro tipo: pronto se impuso el calco *interview*, *meeting se* sustituyó por *interview*, lock *out* por *lockout*, *check por check*, *destroyer* por *destroyer,* etc. Pitré intentó sustituir *folklore* por *demopsicología*, pero el término no encontró aceptación general.

El inglés ha servido a menudo de conducto para el habla de otras lenguas (*icebergs*, etc.): especialmente lenguas exóticas (*jungle*, etc.).

Una fisonomía especial son las adopciones de palabras inglesas aceptadas en sus dialectos por los italianos de Estados Unidos: recibidas bajo el impulso de la necesidad y a través de contactos orales, son casi todas adaptaciones (y no calcos), con fuertes alteraciones fonéticas y morfológicas, a veces debidas al mestizaje: *giobba* de *job*, *ghella* de *girl*, *sciabola* de *shovel*.[187] Algunos de estos anglicismos los trajeron los emigrantes, penetrando así en los dialectos, sobre todo en los meridionales, pero también, por ejemplo, en el lucchese.

Una serie de germanismos proceden de los contactos culturales y prácticos con Alemania, Suiza, Austria. Mencionemos algunas palabras relacionadas con la filosofía: *Weltanschauung*, *Kulturgeschichte* o *historia de la cultura*, *Aufklärung*, *Mehrwert* o *plusvalía*, etc., y calcos como *autoconciencia*, *ética.*[188] El *krach* de la Bolsa de Viena en mayo de 1873 tuvo un gran eco, y la palabra onomatopéyica entró desde entonces en el lenguaje financiero y general italiano.[189] Las luchas obreras tuvieron eco en algunos elencos (*patronal*) y en el titular de periódico *¡Avanti!* (1896), que traduce el similar *¡Vorwärts!*

[190]En cuanto a la comida y la bebida, cabe destacar la generalización de las cervecerías al estilo alemán, servidas por camareras (*chellerine*, de *Kellnerin*), y la importación o imitación de especialidades gastronómicas (*Würstel*, etc.).

El montañismo y luego el turismo dieron lugar a nuevos germanismos (*edelweiss*, *alpenstock*; *Kursaal,* e incluso nombres como *Portofino Kulm* y similares).

Del uso de las institutrices alemanas (especialmente suizas) procede el significado de 'institutriz' atribuido a *Fräulein* (como se ve ahora para *señorita*).

Para las bellas artes, recordemos la voz franco-alemana *belletterista* ("frailes y sacerdotes belletteristi", escribía Carducci en 1895, en el prefacio a *Letture del Risorgimento italiano*: *Opere*, XVIII, p. 13) y *minnesinghero* (otra voz de Carducci), etc.; la música wagneriana trae consigo *el Leitmotiv*, más tarde ampliamente utilizado incluso fuera de su uso propio.

Los avances en varias ciencias logrados en Alemania también tienen eco en Italia en la terminología: por citar sólo un ejemplo, en lingüística se adoptan ampliamente los términos *ablaut*, *umlaut* (también *umlautizzare*: De Lollis, en *Miscell. Ascoli*, Turín 1901, p. 283) y otros (*neogrammatico*, etc.).

Sobre los latinismos alemanes podemos pasar por alto, habiendo indicado ya varios (p. 910).

Otros germanismos se refieren únicamente a las condiciones de los respectivos países (*Reichstag*, *Kulturkampf*; *Burschenschaft*, *Backfisch*, etc.).

Como hemos visto en los ejemplos citados hasta ahora, casi sólo hay adopciones a través de la lengua escrita o calcos. Las relaciones orales directas debidas a los emigrantes sí dejaron algunas huellas, pero sólo en los dialectos: los que participaron en las grandes

construcciones ferroviarias (San Gotardo, etc.) reportaron, por ejemplo, en los dialectos de la región del alto Véneto *isenpón* ("ferrocarril", de *Eisenbahn*), *sina* ("raíl", de *Schiene*), etc.

Sin comparación, hay menos influencia de otras lenguas. Algunas palabras proceden de los países ibéricos (*intransigente*, véase p. 910; *tango* de Argentina, 1910; *fazenda* de Brasil). Unas pocas proceden de los países escandinavos (*saga*; *ski*, luego *sci*, que también se extendió a Italia en el uso deportivo). De las lenguas eslavas llegaron algunos términos que se referían a cosas locales (*konak*; *duma*; términos como *mugih*, *isba*, *troika*, etc. se difundieron a través de traducciones de novelas rusas; *dolina*, más que directamente del esloveno o del croata, nos llega como término científico internacional: véase p. 900 n.).

Tras las guerras y las apropiaciones coloniales se extendió el uso de una serie de palabras africanas que se refieren a lo local: *ascari*, *ras*, *negus*, *amba*, *tucul*, *futa*, *ghirba*, etc. Algunas palabras adquieren también usos figurados: "el *ras* de la magna letteratura contemporánea" (*Rivista*, 10 de enero de 1897, contra Carducci); "el *basci buzuk* del tecnicismo" (Carducci, 1897: *Opere*, VII, p. 462). El nombre de la tribu de los *esquiroles, que saltó a la palestra de la prensa a raíz de* los sucesos de Túnez de 1881, se aplicó más tarde a los no huelguistas (véase p. 883).

También llegan voces exóticas de Asia y Oceanía, a veces dadas a conocer por reportajes de viajes, italianos o extranjeros, a veces por otros medios. Así tenemos *jungla*, *veranda*, *nirvana,* cuyo conocimiento se debe, más que a los especialistas en filosofía india, a la popularización de Schopenhauer); [191]*pijama* (entrada persa, a la que se llega por la difusión de la nueva prenda), entradas japonesas como *mikado*, *geisha*, *musmè*, *kimono*, *harakiri* (mal transformado en *karakiri*, ya en *Piacere* de D'Annunzio), a las que se llega por obras de divulgación, reportajes de periodistas durante la guerra ruso-japonesa, y quizá óperas y operetas (*Butterfly*, 1904; *La Geisha*, 1906), etc.

22. Entradas italianas en lenguas extranjeras

Los italianismos que pasaron a otras lenguas en este periodo no son numerosos y se producen en cierta medida de forma aislada, como efecto de acontecimientos individuales.

Un eco de la gesta de Garibaldi es en Bulgaria el nombre *garibaldejka* dado a un tipo de blusa. *El irredentismo* se extiende de las condiciones políticas italianas a las de otros países (fr. *irrédentisme*, ing. *irredentism*). Uno se entera de los males materiales (*malaria*, fr. 1867; pero ingl. ya en 1740) y morales de Italia (*maffia*, fr. 1875). Entre las especialidades gastronómicas, el *risotto (ing.* 1884; fr. finales del siglo XIX) tiene su fortuna. Los *palafitos* descubiertos por los paletnólogos dan lugar al francés *palafitte* (1867), mientras que el *mattoid* de Lombroso se repite en francés (*mattoïde*) e inglés (*mattoid*). Interesante es la historia de *railway, que,* acuñado en Italia, pasó primero bajo la forma *ferrocarril* en la Suiza francesa, y luego en Francia.[192]

Por supuesto, se podría confeccionar una lista mucho más rica y colorida si tuviéramos en cuenta a escritores o periodistas extranjeros que hablan de cosas italianas: por ejemplo, en la novela de Anatole France *Le lys rouge* (1894) encontramos numerosos italianismos que sirven para dar color local (*briscola*, *libeccio*, *loggia*, *palazzo*, etc.).

[1] La separación de clases se caracteriza a veces también por apodos extraídos de la diversidad de vestimentas u otras peculiaridades: piénsese, por ejemplo, en la división entre *sombreros* y *gorros* en Sicilia, apodos dados respectivamente a los ciudadanos de las clases altas y al pueblo llano (M. Rosi, *L'Italia odierna,* I, Turín 1918, p. 429).

[2] R. Benini, "Demografia", p. 40 (en *Cinquant anni di storia italiana* per cura della R. Accademia dei Lincei, I, Milán 1911).

[3] Por citar sólo un ejemplo típico de esta tendencia, De Sanctis pronunció una conferencia sobre "Darwinismo en el arte" en Roma en 1883.

[4] Véase, sobre la polémica contra el purismo y el laxismo, § 8.

[5] Del purismo quedaba un recuerdo confuso, como de tiempos lejanos, y ya nadie hablaba de él; nadie dedicaba tiempo a combatir a un muerto: así De Sanctis en el trigésimo primero de sus *Ensayos críticos*, a propósito de las *Lezioni di storia* de Ranalli, "el último de los puristas", publicadas en 1869.

[6] Recordemos, por ejemplo, sus palabras contra los "nepotúnculos de Zucchero Bencivenni" que "siguen debatiendo de forma tan simpática sus cuestiones de lenguaje que nunca acaban" (1870): *Opere*, XXVII, p. 52.

[7] *Memorias de un editor*, repr. Florencia 1930, p. 200.

[8] P. Balan, *I precursori del razionalismo moderno fino a Lutero*, Parma 1868-69.

[9] *Relazioni sui lavori della R. Acc. della Crusca* (*1869-70*), Florencia 1870, pp. 28-29.

[10] "El cambio de suerte de Italia contribuirá sin duda a extender el uso de la lengua común; y esta mezcla de italianos desde los Alpes hasta el Etna, que se miran por primera vez a la cara y se dan la mano con el sentimiento de pertenecer a una sola nación, conducirá necesariamente al uso cada vez más restringido de los dialectos, que son marcas de separación, profundizadas por siglos de aislamiento. Pero a partir de este gran hecho, nos guste o no, la lengua se modificará considerablemente. (p. 28).

[11] La obra de Martini *Prose italiane moderne* (Florencia 1894) se compone en gran parte de páginas de modernos, para que los niños aprendan a escribir "con facilidad campestre" (carta de F. Martini a R. Fucini del 14 de marzo de 1894); las obras de Pascoli *Fior da fiore* y *Sul limitare aportan* una gran contribución a los modernos italianos y extranjeros. [Cf. M. Raicich, "Questione della lingua e scuola (1860-1900)", en *Belfagor*, XXI, 1966, pp. 245-268 y 369-408.].

[12] Por el contrario, un cierto número de familias rechaza el uso del dialecto y educa a sus hijos para que hablen únicamente italiano: y esto se debe bien a su constitución (matrimonios interregionales), bien a sus acontecimientos (traslados de una región a otra), bien a su oposición al dialecto. Acerrimo nemico dei dialetti, considerati come insidiatori dell'unità nazionale, era P. Mastri, nello scritto "La malerba dialettale", in *Su per l'erta*, Bologna 1903, pp. 303-326.

[13] Faltan investigaciones objetivas sobre estas variedades regionales del italiano: algunos capítulos satíricos del *Idioma Gentile* de De Amicis o los repertorios compuestos con el fin de corregir los dialectalismos (cf. pp. 837-838) pueden dar una idea.

[14] En 1862, Fanfani contaba, no estoy seguro de si como anécdota o como apólogo, que en un grupo de oficiales toscanos y piamonteses, estos últimos hablaban en dialecto y fueron reprendidos por un capitán de los zuavos, que concluyó: "en Francia, quien no sabe francés no es oficial" (artículo reproducido en *Lingua e nazione*, Milán 1872, pp. 48-49).

[15a] *V ocabolario dell'uso abruzzese*, 1 ed., Lanciano 1880, pp. IV-V.

[16] Sobre De Sanctis: "Ni siquiera su pronunciación era muy feliz. Se había liberado muy poco de los hábitos fonéticos meridionales; y tal vez por miedo a éstos resbalaba, como otros de su región, al pronunciar, digamos, *incegno* por *ingegno*, o *lempo* por *lembo*. Además, aunque era algo frecuente en su región, pronunciaba la *d* o la *t* más como lo haría un inglés, más como linguales que como dentales. Tendía a pronunciar palabras como *ciò* e *giusto* casi como *chiò* e *ghiusto*" (F. D'Ovidio, *Rimpianti*, Palermo 1903, p. 110); sobre Bonghi: "Su pronunciación habría sido toscana, y en gran medida se toscanizó, pero se entregó sistemáticamente a ciertos vicios que él mismo se impuso porque se dejó seducir por analogías falaces. Pronunciaba, digamos, *forte* o *corpo*, *negletto* o *petto*, con la vocal cerrada, porque creía que incluso en tales voces entre toscano y napolitano hay esa diferencia que hay en *posto* o *fioretto*: y decía *viaggio* como un toscano diría Biagio. Si decía *sujeto*, caía en estos dos falsos toscanismos. A menudo desordenaba el esse dolce. (D'Ovidio, *Rimpianti,* cit., p. 24).

[17] E.L. Franceschi, *In città e in campagna*: *dialoghi di lingua parlata*, Turín 1868 y ediciones posteriores; P. Petrocchi, *In casa e fuori*: *racconto dialogico illustrato*, Milán 1893.

[18] Un concurso ministerial convocado en 1890 para una serie de vocabularios dialectales tuvo poco éxito.

[19] Véase una extensa lista en E. Monaci, *Pe' nostri Manualetti*, Roma 1918, pp. 43-50.

[20] Petrocchi dice en el prefacio que tradujo la novela para demostrar lo falaz de la afirmación de que la novela de Zoli no podía traducirse en Italia a causa del idioma; y dice que la tradujo "sin una palabra literaria, sin una palabra que no sea popular en Toscana; y también sin ninguna perífrasis".

[21] Recordemos cómo definía Serao esta prosa burguesa: "Mirad aquí en Nápoles: tenemos tres lenguas; una literaria, cortesana, soñadora, no real; una dialectal, viva, clara, pictórica, antigramatical, asimétrica; una lengua media, que llamaré *burguesa*, escrita por los periódicos, que limpia el dialecto, dispersando su vivacidad e intenta imitar la lengua cortesana sin obtener su claridad" (en U. Ojetti, Alla scoperta a lettera, p. 275, reimpreso por Pancrazi. Ojetti, Alla scoperta *dei letterati, p. 275* de rist. Pancrazi).

[22] *The Bridge*, I, 1945, p. 44.

[23] En las entrevistas de Ojetti recogidas en el mencionado volumen *Alla scoperta dei letterati*, Bonghi se lamentaba: "Hoy, de hecho, la lengua italiana no existe en las obras impresas. Entre la prosa descuidada y apresurada de ciertos periodistas y la prosa preciosa y afectada de Gabriele D'Annunzio, no se encuentra el medio adecuado. Uno lo habría encontrado, Ferdinando Martini, pero le falta vigor y novedad" (p. 250); cf. las quejas similares de De Roberto ("Harán falta años y años para que este istromento quede limado y sólido", p. 135).

[24] Conmemorando al recientemente fallecido Carducci, el propio Scarfoglio dijo: "Él nos enseñó que el lenguaje del arte italiano no nació de barrancos dialectales, como pretendían los cuervos y cornejas encaramados a los árboles ya desnudos del romanticismo, sino que fue forjado en el yunque de la tradición latina por una oligarquía de literatos alimentados con tuétano plástico" (*Le più belle pagine*, Milán 1932, p. 213).

[25] Véanse, además del prefacio de Giorgini al *Novo vocabolario* de Giorgini y Broglio, p. LVII, las palabras de Ascoli (citadas en p. 853), y lo que dice D'Ancona en su *Manuale della letter. italiana*: "lo que la prosa moderna tiene de precisión, naturalidad, popularidad, densidad de pensamiento, frente a la prosa académica y compasiva, ya demasiado honrada, se debe en gran parte a Manzoni" (V, p. 289).

[26] Cf. § 17, pp. 895-896. Sobre la difusión del florentinismo barato, véase también F. Martini: "una coluvia de historias inundó las escuelas, donde los personajes de Salustio y Livio hablan como los campesinos de la llanura de Lecore o los fruteros de Via dell'Ariento; ni se juró más que por Giusti y sobre Giusti, él solo inimitable, él único maestro de toda elegancia" ("Giuseppe Giusti", en *Pagine raccolte*, Florencia 1912, p. 36).

[27] D. Isella, *La lingua e lo stile di C. Dossi*, Milán-Nápoles 1958.

[28a]E n la extensa bibliografía, sólo me referiré a M. Praz, "D'Annunzio e l'amor sensuale della parola", en su volumen *La carne*, *la morte e il diavolo nella letteratura romantica*, Milán-Roma 1930, 2 ed. Florencia 1948, y a B. Migliorini, "G. D'Annunzio e la lingua italiana", en *Saggi Novecento*, pp. 222-250.

[29] *Anales de la Istr. media*, X, p. 240.

[30] "De los adjetivos *exornantes* y *gabrielistas* harás un uso moderado: sacrifica uno de vez en cuando para propiciar a la diosa de la elegancia y la esbeltez y la naturalidad": así Pascoli en una carta a A. De Witt en 1896 (T. Rosina, *Saggi dannunziani*, Génova 1952, p. 129).

[31] Véase, por citar un ejemplo, el comentario de Cerquetti a un informe de la Comisión de Investigación sobre la Enseñanza Secundaria (en el periódico L'*Unità della lingua*, 1 de mayo de 1873, pp. 129-135): culpa a la presidencia *de la Comisión* (a él le gustaría *presidir la Comisión*), a la *distinción*, al *acta* como sustantivo, a la *atribución*, al *certificado*, etc.

[32] Hay que mencionar de nuevo los sugerentes artículos de C. De Lollis, rist. en *Saggi forma poetica*, y el buen ensayo de W.Th. Elwert, "La crisi del linguaggio poetico ital. nell'Ottocento", en *Anales del Instituto de Lingüística* (Mendoza), IV, 1950, pp. 36-81.

[33] Severino Ferrari, en el *Mago* (c. VIII), se burlaba de las estrofas de Rapisardi "gemadas con lenguaje áulico y trucino".

[34] Ya me he tomado la libertad de remitirme a mi artículo sobre D'Annunzio y la lengua italiana. En el volumen citado de Garzia, *Il vocabolario dannunziano*, pp. 110-182, figura un excelente glosario del vocabulario de la poesía de la segunda mitad del siglo XIX, tal como lo utilizaron los poscarduccianos y D'Annunzio.

[35] Pascoli se lamentaba de que para los poetas italianos "todos los árboles se reducen a hayas, todas las flores a rosas y violetas (o más bien rosas y violetas, unidas más a menudo por la dulzura de su sonido que por la de su perfume) y todos los pájaros a ruiseñores": Pascoli, "Il Sabato", en *Miei pensieri di varia umanità*, Messina 1903, p. 70 (= *Prosa*, I, Milán 1946, p. 59).

[36] Mantovani (*Letteratura contemporanea*, Roma 1903), a propósito de versos como éstos, hablaba de "pasajes en turco"; más suavemente Baldini: "las palabras más humildes, más vulgares, a menudo sólo entendibles entre dos chaleteros de Barga" (*Fine Ottocento*, Firenze 1947, p. 229). Contini (en el volumen misceláneo *Studi* pascoliani, cit., p. 47) ha observado con razón que los dialectismos de Pascoli parecen muy decididos: "aunque la precisión sea elusiva, en realidad asistimos a una forma de evasión impresionista.

[37] L. Baldacci, *Poeti minori dell'Ottocento,* I, Milán-Nápoles 1958, p. XII.

[38] En este apartado glosaremos a muchos autores menores; pero no queremos dejar sin mencionar el artículo de P. Valussi, "La lingua nel rinnovamento nazionale italiano", en *Rivista contempor*., enero de 1863, pp. 17-33, lleno de observaciones y propuestas sensatas.

[39] Cf. la posdata confidencial a una carta a G.B. Giorgini del 5 de octubre de 1862 (en *Manzoni intimo*, editado por M. Scherillo, II, Milán 1923, p. 197): "También he tenido mucho cuidado en aducir una razón que me quitaría mucho valor, [...] la gran probabilidad de que la capital deba estar en otro lugar que en Florencia. Antes, si Florencia no era

unánime y constantemente reconocida como sede de la lengua, no había otra ciudad que pudiera disputársela; y quien reconocía que la lengua debía tomarse de una ciudad, estaba obligado a nombrar Florencia. Pero una capital tiene, por la naturaleza de las cosas, una gran influencia en la lengua de la nación. Sería, creo, un caso único que la cabeza de la nación estuviera en un lugar y su lengua en otro".

[40] Junto a esta medida principal, la Comisión propuso otras al ministro (preferencias que deben concederse a los profesores toscanos, etc.).

[41] Véase en la *Nueva Antología* de mayo de 1868.

[42] Con más calma, Ascoli retomó el tema en 1880, para el conocido artículo de la *Enciclopedia Británica* (publicado en italiano por *Arch. glott. it.*, VIII, véanse pp. 125-127).

[43] *Correcciones*, pp. 119-120.

[44] En el artículo "Lingua e dialetto" en *Rivista di filol. classica* (1873), reimpreso posteriormente en *Saggi critici* y *Opere*.

[45] Prefacio a la reimpresión de G.I. Ascoli, *Il Proemio all'Archivio Glottologico*, Città di Castello 1914, pp. 12-13.

[46] En conversaciones con Tommaseo (1857), Manzoni bien había dicho que quería que "la lengua de la prosa fuera toda de uso común vivo", y "entonces concedía a la poesía una lengua distinta" (*Colloquii col Manzoni*, cit., p. 52). Y Giorgini, en el Prefacio al primer volumen del *Novo Vocabolario* (p. LVII), a Prati que le había dedicado su *Armando* disculpándose de que "El libro no está escrito en florentino / [...] / ché per ridomandar, nato in Italia, / la lingua a un altro balia, / poco mi giova rivagir bambino", le respondió: "La poesía está fuera de discusión. Para la poesía (menos los géneros que imitan la prosa) es una ventaja disponer de una lengua en parte distinta de la que sirve al comercio ordinario de los hombres."

[47a]V éase la lista dada por G. Sforza, en el *Epistolario* de Manzoni, II, pp. 350-353, y los resúmenes en Vivaldi, *Controversie,* 1 ed., III, passim.

[48] Además del conocido verso contra el "manzonismo degli stenterelli" ("Davanti San Guido", en las *Rime nuove*: Mazzoni y Picciola interpretan acertadamente "el stenterellismo dei manzoniani"), se recuerda especialmente la página del *Mosche cocchiere*, en la que imagina el "sueño de pesadilla" del ministro Broglio, que había visto "nostra madre Italia puntargli le ginocchia sullo stomaco [....] Sostenía con una mano la vara de Quirite y con la otra el escudo de Saboya, pero no tenía lengua" (*Opere*, XXV, p. 367). Cf. también, por citar sólo algunos pasajes más característicos, *Obras*, XXIII, pp. 238-239, XXIV, pp. 161-162; *Cartas*, XIII, p. 125; y v. § 17.

[49] *Borghini,* III, 1865, p. 764.

[50] Citado en Fanfani, *Bibliobiography*, p. 111.

[51] *Ibídem*, p. 118.

[52] *Ayuda a la unidad de la lengua*. *Saggio di modi...*, Florencia 1874, p. I.

[53] Es el único resultado de una comisión creada en 1870 en el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio para elaborar un "Diccionario italiano de lenguaje técnico".

[54] No pocas veces, las traducciones se hacían de oído. Cito sólo un ejemplo entre muchos: en la traducción italiana del *Dizionario veterinario* de P. Cagny y H.S. Gobert (I, Turín 1907) aparece el lema *arnesi; al* leerlo, se comprende que el traductor ha traducido así la palabra francesa *harnois* (en lugar de *finimenti*).

[55] En *Demetrio Pianelli* (1890), de De Marchi, en una comida de empleados para celebrar a un superior, uno de ellos "intentó ocultar su rostro con la carta *del menú,* que leyó por cuarta vez sin entender nada de aquel francés impreso en oro" (p. 321, ed. Florencia 1910).

[56] Por ejemplo, *nostrificare*, *stabale* ('del personal'), *urbario*.

[57] He aquí algunas frases de un edicto judicial: "Por la presente se notifica que el día [...] se celebrará el segundo juicio por subasta de las propiedades enumeradas en el cuadro [...] Sólo se advierte a todos los acreedores hipotecarios que presenten sus créditos hasta la venta de dichas propiedades" (citado por G. Caprin, "Lingua di confine", en *Lettura*, agosto de 1909, p. 648).

[58] *Ibid*.

[59] Véanse las cartas de G. Martignoni y C. Salvioni en *Corriere della Sera*, 1 y 3 de febrero de 1909.

[60] Por ejemplo, en Eritrea (1892): *Ma tu berché non dato a me bacscisc? Io venuto senza tu chiamato*; en Libia (1911-12): *Arkù*, *buy hen*? ¡('amigo ¿quieres comprar una gallina?'); Ma- *fish!* ('no'). *Iu ma- fish poder dormire molte bulci (*'pulgas'). *¡Io ghiamato te!* (com. por A. Menarini). No como ejemplo de "italiano colonial", sino como ejemplo del estilo de una "proclama oral", citamos el saludo dirigido por F. Martini el 25 de marzo de 1907 a las poblaciones

eritreas antes de abandonar la colonia: "Genti tutte di qua del Mareb e fino al mare, udite: S. M. el Rey de Italia quiso que estuviera entre vosotros para gobernaros en su nombre, y durante diez años he escuchado vuestras voces y en nombre del Rey he juzgado, he premiado y he castigado; y durante diez años he visitado los países de los cristianos y de los musulmanes, en la llanura y en la montaña; y en nombre del Rey he dicho a los comerciantes: comerciad; he dicho a los agricultores: cultivad, y que la paz esté siempre con vosotros. Y los caminos estaban libres para comerciar, y las cosechas seguras en los campos. Todo el pueblo oye: S.M. el Rey de Italia sabe que así se hizo enteramente su voluntad, por la gracia de Dios, y me ha permitido volver y permanecer en mi patria. Me despido de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres. Que Dios aumente vuestros oficios y mantenga fecundas vuestras tierras; que Dios os guarde en paz".

[61] Mejor que en estudios anteriores, se encontrará el fenómeno ilustrado en toda su complejidad por A. Menarini, *Ai margini della lingua*, Florencia 1947, pp. 144-201.

[62] Pero sobre su lengua tenemos una información menos precisa, especialmente para las fases menos recientes (cf. Menarini, *ibid.*, pp. 201-207, y para Italo-Rioplatensis la serie de artículos de G. Meo Zilio, en *Lingua nostra*, XVI-XVII, 1955-56).

[63] En él atribuyó la introducción de la forma *África* a un periodista, y la fechó hacia 1870. [a]Véase F. Sarri, "Carteggio inedito Ascoli-Bianchi", en *Mem. Acc. Lincei,* s. 6 , VIII, 1939, p. 173.

[64] Más bien deberíamos decir "latinismo común a las lenguas cultas de Europa".

[65] Pero Fanfani (*Nuovo vocabolario de' sinonimi*, Milano 1879 n. 415), propuso limitar *el cultivo* "al de los campos y las flores" y *la cultura* "a la metafísica del intelecto"; y más tarde prevaleció la distinción.

[66] Martini consiguió que la Cámara de Diputados prefiriera *tranvai en* una disposición de la ley (febrero de 1892); pero D'Ovidio (en un artículo del *Giornale d'Italia* de 15 de octubre de 1902, reimpreso en *Opere*, X, pp. 275-281) expuso varios buenos argumentos contra esta lectura inducida de una voz extranjera.

[67] "El uso de *j* comenzó tanto o más con la llegada de extranjeros a Italia; con la salida de los extranjeros parece estar cesando" (Petrocchi, *Dizionario*, cit., s.v.).

[68] Véase, por ejemplo, L. Gelmetti, *Un ostracismo ingiusto nell'alfabeto italiano*, Milán 1884.

[69][a]M alagoli, en su excelente pequeño volumen sobre *Ortografía y Ortografía italiana moderna,* 2 ed., Milán 1912, pp. 26-27, se inclina por *la i,* y sólo se queja de la falta de coherencia de muchas.

[70] Carducci también tiene algunas de estas formas (*Cycno*, *Hermete,* etc.), y D'Annunzio tiene muchas. El ejemplo procede, como he mencionado (*Lingua contemp.*, pp. 141-142) de los parnasianos y arqueólogos franceses (cf. p. 910). Más raras aún son las aplicaciones de este criterio fuera de los nombres propios: por ejemplo, R. Gaetani d'Aragona, *Saggio di filosofia scientifica* (*Pandinamismo*), Turín 1906.

[71] Véase, por ejemplo, la entrada "Acento" en el *Diccionario moderno* de Panzini.

[72] Entre los más autorizados estaban Carducci y Croce, cuyo ejemplo siguieron muchos. Así, Malagoli en el citado opúsculo *Ortoepia e ortografia italiana moderna* (pero ya no en su trattatello *L'accentazione italiana*, Firenze 1946, donde en cambio se propugna una regla muy práctica para la acentuación general de las sdrucciole).

[73] Malagoli, *Ortoepía y ortografía*, cit., p. 164.

[74] P.G. Goidanich, *Sul perfezionamento dell'ortografia nazionale*, Módena 1910; L. Luciani, "Per la riforma ortografica", en *Atti della Soc. Ital. per il progresso delle Scienze*, IV riunione, Nápoles 1910; Id., en *Rivista pedagogica*, 1910, pp. 893-942.

[75][a]Hay quien ha hecho de ello una regla en su escritura individual; quien, en cambio, alterna las series plagadas de comas con las que carecen de ellas: "Hubiera querido que aquel verde claro [...] arrojara ramas, hojas, arbolillos, espinas, zarcillos y flores rojo azul blanco amarillo, juguetonas nuevas llameantes innumerables" (U. Ojetti, *Il gioco dell'amore*, 8 ed., Milán 1910, p. 94).

[76][a]El ejemplo y la justificación que da Dossi proceden de la "Nota gramaticale" del apéndice de *La colonia felice* (p. 176, 4 ed., Roma 1883).

[77] Bertoldi, quejándose (en su edición de las *Poesie liriche* de A. Manzoni, p. 160) de que falta un pequeño salto de coma, decide sin embargo escribir el verso de Manzoni con una coma: "Tal della mesta, immobile.

[78] Broglio, por ejemplo, hace hablar a Federico Guglielmo de bono *per bene (hombre bueno)* en su *Vita di Federico il Grande (Vida de Federico el Grande)*; Giorgini-Broglio y Petrocchi dan prevalencia absoluta a las formas con *o.* Recordemos la apreciación de Marina sobre el cuento *Un sogno* di Corrado Silla (Fogazzaro, *Malombra*, I, v): "que se diga *bono* y *bona* en lugar de ese *buono* y *buona* que bastan para revelar a un pobre ingenio, a un hombre vergonzosamente falto de doctrina filológica y de gusto": uno siente que Fogazzaro está ironizando.

[79] Reprendido por G. Mazzoni, Martini le respondió (carta del 1 de mayo de 1895): "El *"cuoprivano"* fue una metedura de pata que repetiré mañana, porque en esto del acento nunca (horrorizado) he llegado a entender nada" (*Lettere*, p. 299).

[80] *Du' anni* anche in traduzioni di tono popolaresco nel *Fior da fiore* pascoliano, pp. 63 y 86.

[81] Véase especialmente G. Malagoli, *Teorica e pratica dell'accento tonico nelle parole italiane*, Florencia 1899.

[82] De uno de los personajes de *Leila*, Massimo, Fogazzaro dice que "una vez le bastó, para curarse del amor de una joven, que ella dijera *pollìne* en lugar de *pòlline*".

[83] Lo sabemos por A.G. Barrili, *Elogio fúnebre de Garibaldi*, Génova 1882.

[84] "Urlo il canto anatemico e macabro": A. Boito, "A Giovanni Camerana", 1865.

[85] Junto a *delùbro* (Zanella, Carducci, Panzacchi, D'Annunzio) algunos tienen *dèlubro* (D'Annunzio en *Primo vere*; Cavallotti). Algunos utilizan el erróneo *sàlubre (por* ejemplo, C. Nigra).

[86] "Lleva alrededor de cada uno de los globos / [...] las glorias de sus microbios" (G. Orsini, *Fra Terra ed astri*, 1903).

[87] D'Ovidio, en *Fanfulla della domenica*, 8 de enero de 1888 (reimpreso en *Opere*, X, pp. 259-260).

[88] Migliorini, *Saggi ling.*, pp. 105-106.

[89] En la lengua italiana de Emilia a veces se dice *lo suocero* (debido a la pronunciación casi consonántica de la *u*).

[90] Extraño *un cigaro*, que puede leerse en la *Partita a scacchi* de Giacosa ("È il fumo di uno sigaro, è un ombra, è tutto, è nulla": ya en la impresión original de la *Nuova Antologia*, marzo de 1872, p. 614) y en la *Disfatta* de Oriani ("Il giovane del macellaio gli chiese uno sigaro", en P. Pancrazi, *Racconti e novelle dell'Ottocento,* p. 742): debe tratarse de un resto de la pronunciación *uno zigaro.*

[91] Recordemos la vacilación de Scrupolino en el *Idioma Gentile* de De Amicis, p. 209.

[92] El pronombre de conjunción *gliene* suele aplicarse tanto al masculino como al femenino: pero hay quien prefiere *ne* para el femenino ("E s'ella vuol permettermi di *darlene* una prova": F. Martini, *Chi sa il gioco non l'insegni,* sc. 13, "*Le ne* disse il perché"; A. Fogazzaro, *Daniele Cortis*, p. 364).

[93] Véase el intercambio de versos juguetones entre el P. Mauro Ricci y Fanfani en *Bibliobiografia*, pp. 263-265.

[94] Aparte de lo que había hecho Manzoni en su revisión de los *Promessi sposi (Los novios),* que "del costrutto toscano *noi si fa* per *noi facciamo* e sim., così scusso scusso, non fece mai uso" (D'Ovidio, *Correzioni*, p. 85).

[95] O en el verso, como "licencia poética"; "In un avel calati *eram* per gioco" (Tarchetti, "Sognai..."); "Di là del bugigattolo d'ingresso / perfettamente vuoti, *eram* passati" (Riccardi di Lantosca).

[96] Pero Broglio señala a Rigutini que "el pueblo toscano, propiamente dicho, no diría *envejecer*" (Pref. al vol. III de Giorgini-Broglio, cit., p. XXXVII).

[97] Migliorini, *Saggi Novecento*, p. 127 (y bibl. allí citada).

[98] Es interesante observar cómo los glotólogos de finales del siglo XIX siguen a veces el capricho del Maestro: "Es el único caso en toda la declinación, en el que *parece* percibirse una influencia de la *-i*" (S. Pieri, en *Arch. glott. it.*, XIII, p. 323); "ahí está el filtro del gusto y del criterio nacional a través del cual se *purifica* la vena florentina" (D'Ovidio, *Correzioni*, pp. 175-176).

[99] Pascoli, *Fior da fiore*, p. 134 n.

[100] El "diálogo interior" o "estilo indirecto libre" de Verga ha sido especialmente estudiado (con referencia al conocido libro de M. Lips, *Le style indirect libre*, París 1926; pero ya Scarfoglio, en El *libro del Quijote*, Roma 1885, había señalado "el extraño abuso del diálogo indirecto"): cf. V. Lugli, "Lo stile indiretto libero in Flaubert e Verga", en *Mem. Acc. Ist. Bologna*, *Cl. sc. mor*, s. 4, vol. V, 1942-43 (reimpreso en *Dante e Balzac*, Nápoles 1952, pp. 221-239); G. Devoto, "I piani del racconto in due capitoli dei Malavoglia", en *Boll. Centro St. fil. ling. Sic.,* II, 1954, pp. 271-279; I. Frangeš, "Su un aspetto dello stile di G. Verga", en *Studia Rom. Zagr., I*, 2, 1956, pp. 3-44; ahora G. Herczeg, *Lo stile indiretto libero*, Florencia 1963.

[101] En su folleto *L'uomo e la scimmia,* Milán 1869, p. 31, y más acerbamente en el *Diccionario*, como "la voz con que los científicos de la bestialidad y el pantano, para negar la libertad humana, la afirman permitiéndola a todas las cosas".

[102] Migliorini, *Saggi ling.*, pp. 242-261.

[103] *Don Quijote*, 3 de enero de 1883. Muchas otras citas de aquellos años véanse en De Mattei, en *Lingua nostra,* II, 1950, pp. 124-126.

[104] *Illustrazione ital*., 2 de enero de 1881 (citado por A.L. Messeri, en *Lingua nostra*, XVIII, pp. 102-103).

[105] En el "Canto dei mietitori" de Rapisardi (en la colección *Giustizia*, 1888), el estribillo "e falciamo le messi a lor signori" se cambia en el cierre por "Poi falcerem le teste a lor signori".

[106] Así Carducci, a propósito de un incidente universitario en Bolonia (1891).

[107] C. Arlìa, *Passatempi filologici,* Milán 1902, pp. 25-31. Morandi y Petrocchi, basándose en el uso familiar toscano, también favorecen las feminidades en *-tora*. A veces aparecen formaciones dialectales: por ejemplo, 'quella *pittora* lì', spreg. (Fogazzaro, *Daniele Cortis*, cap. VI).

[108] Sin embargo, en su primera aparición (*La scapigliatura e il 6 febbraio*, Milán 1861, de C. Arrighi, que ya había sido anunciada unos años antes por *Pungolo*), *la scapigliatura* no se refería a la conocida escuela literaria milanesa, sino a aquellos conspiradores patriotas que habían preparado los levantamientos del 6 de febrero de 1853.

[109] F. Coppée, en un artículo del *Journal* del 15 de marzo de 1894, llamaba a Samain "un poète d'automne et de crépuscule", F. Gaeta en El *libro de la juventud* (1895) invocaba: "Pero para mí el alma permanece crepuscular", G. Camerana en una carta a Boito (1901) decía que ciertas de sus estrofas enviaban "su luz un poco mortuoria, un poco fantasmal, un poco crepuscular". Ya en 1835 V. Hugo había publicado los *Chants du crépuscule,* en los que pretendía expresar "cet étrange état *crépusculaire* de Fame et de la société dans le siècle où nous vivons". Algunos precedentes italianos y franceses de la palabra figuran en *Lingua nostra*, XXIII, 1962, p. 113, y XXVIII, 1967, p. 23.

[110] Iniciado por el *Giornale d'Italia* en 1901, con ocasión del estreno de *Francesca da Rimini* de D'Annunzio (véase A. Bergamini, en *Nuova Antologia,* XC, 1955, pp. 347-362).

[111] Ya había aparecido, con un sentido político genérico, en Civiltà *cattolica en* 1883, y fue utilizada por otros con un valor aún más vago ("la exageración de la modernidad, o del modernismo según los casos": G. Mazzoni, *Poeti giovani,* Livorno 1888), la palabra fue luego utilizada, con referencia precisa a las nuevas concepciones heterodoxas, por Civiltà *cattolica* en 1904, y fue finalmente definida teológicamente por la encíclica *Pascendi* (1907).

[112] Carducci utiliza el *homenaje* (subrayado) en una carta de 1895 a Biagi ("Iba a *rendir homenaje* a la Reina": *Lett., XIX*, p. 133) y (sin subrayarlo, pero siempre en tono de broma) en una carta de 1898 a Annie Vivanti "Mañana, cuando se vayan tus ingleses, vendré a rendirte homenaje" (*Lett.*, XX, p. 139).

[113] Migliorini, *Saggi Novecento*, p. 67.

[114] La palabra aparece ya en Tommaseo-Bellini, pero en un momento dado estuvo en boga, como demuestra la sátira que Ferravilla hizo de ella poniendo en boca de uno de sus personajes el pseudocompuesto *bagolamentofotoscultura*.

[115] En diciembre de 1905 (introducida por el Primer Ministro Fortis) la expresión *una puntarella de la Derecha* entró en el lenguaje parlamentario; Martini escribió *punterella* (carta del 6 de noviembre de 1909).

[116] Incluso los poetas, por lo general ajenos, en siglos anteriores, al uso de términos los emplean con amplitud: Zanella habla de *nautilos* y *murici*, *mastodontes* y *urangos*; Rapisardi de *cuarzo* y *felspato*, o del insomne rebaño *zoofítico*'; *actinias*, *astreas* y *madrèpore* florecen en el Canto novo de D'Annunzio; Gozzano llora las 'desesperadas cetonias invertidas' y alardea de los nombres de innumerables mariposas en un poema inacabado dedicado a ellas; etc.

[117] En un artículo de la *Nuova Antol*, 16 de octubre de 1888, reimpreso en el volumen *Fra il nuovo e l'antico*, Milán 1909, pp. 323-357.

[118] *Rivista critica della lett. ital.,* V, 1888, reimpreso en vol. *Nuove rassegne*, Livorno 1894, pp. 53-88.

[119] Sólo un ejemplo, entre muchos, de la forma de expresarse, no de un científico, sino de un erudito positivista: no habla de obras de arte, sino de "producciones artísticas del cerebro humano" (*Giorn. stor. lett. it.,* XLII, 1903, p. 160).

[120a] A Panzini no le gustaba el uso extensivo de la palabra: señalaba (*Diz. mod.*, 7 ed., s.v.): "usada por Carducci en prosa noble, luego por los modernos, desentona como un trozo de satén en un disfraz".

[121] No sólo "Parásitos del lenguaje" y "Microbios del habla", título de dos capítulos en P. Lioy, *Piccolo mondo ignoto,* Florencia 1900, sino *parásito* y *parasitario* referidos a los sonidos en *Corsi di glottologia*, de Ascoli, Milán 1870, passim.

[122] No fue hasta las últimas décadas del siglo XIX cuando el término *nostalgia* empezó a salir de los tratados médicos para entrar en el uso común.

[123] Migliorini, *Del nombre propio*, passim.

[124] En Liguria -como atestigua G. Baffico en *Nuova Ant.* (1 de octubre de 1908, p. 466)- un capitán se llama *Capitán Dodero* (de una novela de A.G. Barrili) "encanecido por el tiempo, cocido por el sol, lleno de recuerdos marineros". Olvidado el periodista Luigi Coppola, colaborador del *Fanfulla* y su seudónimo de *Pompiere, se* olvidaron también los 'juegos de palabras' *pompierate* (cf. Martini, carta del 26 de julio de 1903: *Lettere*, p. 389). Tampoco se olvida *livragare* 'suprimir en silencio', tomado del nombre del teniente Livraghi tras un sensacional escándalo. Livraghi tras un sensacional episodio de política colonial.

[125] Véanse las animadas páginas de A. Baldini, *Fine Ottocento,* Florencia 1947, pp. 25-27 ("santa canaglia" en una oda de Carducci de 1868; "La carne è santa" en *la Quimera* de D'Annunzio, etc.).

[126] "Hoy ciertas personas llaman retórica a todo lo que tiene el mal de hablar al corazón y a la mente un poco antes y un poco más eficazmente que sus cifras y sus cuentas": Carducci, *G. Mameli*, 1872 (*Opere*, XVIII, p. 398).

[127a]" El nombre de '*filósofo'*, la palabra *'filosofía'*, secularmente venerada también por el concepto que a ella iba unido de serenidad y superioridad moral, se convirtieron en nombre y palabra de descrédito, ahora despreciados como signo de lemas insípidos y risas triviales": Croce, *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*, 4 ed., p. 191.

[128] Cf. Passerini, *Il Voc. dannunziano,* s.v. y Garzia, *Il Vocabolario dannunziano*, pp. 184-185.

[129] Carducci compara la luna con el rostro de una monja, "celeste paolotta" (*Rime nuove*, LXIX); y R. Zena se hace eco de él ("alla luna paolotta": *Intempestiva*).

[130] Martini, *Confesiones y recuerdos,* Milán 1928, cuenta cómo sus amigos persuadieron a Broglio para que eliminara, y él eliminó a regañadientes, la frase: "Federico llegó al *hoyo* para recuperar la victoria".

[131] Además de los pasajes más propiamente antimanzonianos, ya citados (p. 856), hay que recordar las palabras contra la imitación del menor Giusti, que había dado ocasión a una "avalancha de cianciatorelli florentinos" (*Opere*, XVIII, p. 345). 345); en otro lugar, casi como contrapunto, Carducci citaba la urbanidad del marqués Capponi que "no anda en mangas de camisa, no afecta al scimunito, al donnaccola, al bamberottolo y al ciano" (Ça *ira*, en *Opere*, XXIV, p. 398).

[132] Por ejemplo, Matteo Ricci: "¿No vimos, hace algunos años, la aparición de cierta Historia romana, donde César y Pompeyo hablaban la lengua de Stenterello? ¿Y no tenemos ahora en nuestras manos cierta Historia de Federigo II, excelente por su fondo, pero de vez en cuando ridícula por su forma, debida precisamente a los florentinismos puestos de manera inapropiada?" (*La rassegna nazionale*, LIII, 1890, p. 36). Por otra parte, los florentinismos pueden ser muy apropiados (advierte el propio Ricci) en tonos familiares, poesía satírica, etc. (La rassegna nazionale, LIII, 1890, p. 36).

[133] *Bibliobiogr.*, p. 117.

[134] *The Gentle Idiom*, pp. 72-73. Esto no quita que el otro interlocutor de este diálogo considere que *stintignare*, *striminzire*, *baluginare* suenan extraños y afectados. Y Russo encuentra *ruzzare* 'toscanissimo' fuera de lugar en Verga.

[135] *Manzoni íntimo*, cit., II, p. 209.

[136] En cambio *matadero* (*Annuario scient. e industriale,* II, 1865, p. 165) no es más que un calco, quizá momentáneo, del fr. *abattoir*. *Matadero* sigue siendo la entrada más común en las ciudades pequeñas.

[137] Petrocchi cita *mezzadro* como voz lucchese: pero Nieri (s.v. *Mezzania*) advierte que *mezzadria* es una palabra importada recientemente.

[138] Verga (*Mastro don Gesualdo*, III, III) habla de *mezzadria*, mientras que para él *mezzeria* significa 'senseria' ('¿Estará siempre ahí mi mezzeria?': *ibid.*, II, I).

[139] Tommaseo, en su discurso de 1868 "Intorno all'unità della lingua italiana" (*Adun. solenne della R. Acc. della Crusca*, Florencia 1868, p. 83), recuerda que también se celebró un juicio.

[140] En Toscana, la palabra se utiliza como intransitivo (*Il Gorini quest'anno boccia*); en otros lugares, como transitivo (*Il professore l'ha bocciato*).

[141] Nacieron en Milán, no entre la gente, sino en las oficinas, el *famedio, el enopolio*, el *tecnomasio* y muchos elementos del tipo *fábrica de calzado*: véase p. 889.

[142] Broglio la defendió (*Vita di Fed. il Grande*, II, p. 101); algunos escritores lombardos la utilizaron (A. Cantoni, *Opere*, p. 672 Bacchelli; también Fogazzaro, en *Piccolo mondo antico*, hablando de los lombardos Maironi).

[143] Manzoni se interesó a menudo por este pequeño problema (cf. la carta de G.B. Giorgini a F. Lampertico, 14 de febrero de 1891, en *Manzoni intimo*, II, cit., p. 268), y la tradición oral ha conservado esta cuarteta suya: "Del sole il puro raggio / brilla sull'onda impura, / sulle vetuste mura / gibigianando va" (Petrocchi, *Dizionario*, cit., sotto il

rigo). Rovani había intentado traducirlo por *guizzasole* (Rovani, *Cento anni*, 1. X, II), Arlìa predijo *dazzle* (*Passatempi filologici, cit*., pp. 100-102), otros *luminello* o *illuminello*.

[144] Por ejemplo, G. Omboni, *Geologia dell'Italia*, Milán 1869, p. 191. En la terminología científica, la *dolina* eslava (cf. F. Rodolico, en *Lingua nostra*, IV, 1942, p. 38, VII, 1946, p. 91) acabó imponiéndose por influencia de la terminología internacional (y también por una mayor facilidad estructural).

[145] Nel *Bel Paese*, serata XXXIV, y también como título de una de sus recopilaciones de artículos (*Trovanti*, Milán 1881).

[146] Las pocas voces de Romaña que Carducci, Severino Ferrari y Pascoli utilizaron en ocasiones no eran resonantes. Las cuartetas de Carducci 'All'autore del Mago' (*Rime nuove*, LXXIV) están llenas de voces romañolas: recuerda a *los pizzacherini* y a los *arzàgole* (tosc. *alzàvola*) y el canto de la *romanelle*. A Pascoli le hubiera gustado que entrara en el uso de *la boschereccia*: "Cuando el pájaro se canta a sí mismo, pianin pianino, el toscano dice que *estudia*, el romagnolo (no sé si otros también) dice que hace la *boschereccia*. Y me parece que el romagnolo, que habla tan mal, dice a este respecto mejor que el toscano, que habla tan bien" (nota en *Fior da fiore*, cit., p. 85). [a]En otro lugar defiende *schiampa*, *stiampa* "que un buen romagnolo perecería de usar, escribir o hablar para el público" (nota a la 2 ed. de los *Canti di Castelvecchio*). Sobre los dialectalismos de Pascoli, cf. p. 847.

[147] D'Annunzio, en *"Piacere"*, recuerda "los tenues gritos de los *acquavitari*" (mientras que Belli, en el soneto italiano "A Barbaruccia", hablaba de los "raucous acquavitai").

[148a]La palabra fue registrada como dialectal y explicada por monseñor Azzocchi (2 ed., 1846) como "steccato, stecconato"; Barrili la utilizó al describir la expedición de Garibaldi ("Per intanto rompevamo rompe le staccionate dei prati": *Con Garibaldi alle porte di Roma*, Milán 1895) y Giulio Orsini también la empleó en poesía ("Una fila d uccelli paurosa / dalla staccionata spicca il volo": *Fra terra e astri*).

[149] Véanse las etapas de difusión documentadas por P.P. Trompeo, en *Lingua nostra*, I, 1939, pp. 131-144.

[150] O, a la manera siciliana, *mafiusi*.

[151] *Rass. National,* LIII, 1890, p. 234.

[152] Una "dinastía caída" la llamó D'Ovidio, *Correcciones*, p. 83.

[153] En efecto, *con* una duplicación errónea: "Muchos y muy grandes cambios tuvieron lugar en Italia en mi tiempo" (*Miei ricordi*, I, p. 1).

[154] F. Martini, *Prose ital. moderne*, p. 548.

[155] Se sabe que *fiedere* es un infinitivo reconstruido abusivamente por los modernos sobre formas rizotónicas (*fiede* etc.), mientras que el infinitivo antiguo era *fedire*.

[156] Naturalmente, *Francesca* abunda en arcaísmos que pretenden dar el color del tiempo (*astronomaco*, *camaglio, sorcotto*, *zetani* etc.); y del mismo modo las *Canzoni di re Enzio* pascoliane etc...

[157] En un pasaje de uno de los poemas de Panzacchi, "Visita in villa"; "ch'io dubitai d'averlo *unqua* baciato / quel suo bel volto gentilmente obeso", Baldacci (*I Poeti minori dell'Ottocento,* cit., I, p. 1053) percibe en ese *unqua una* "discordia clasicista en un poema de gusto precrepuscular", mientras que yo veo en él más bien un ligero arcaísmo intencional, que rechaza el acto de besar en una distancia remota.

[158] "Me parece haber renovado un bello adjetivo del v. 91 del 25 del *Purgatorio*; si no que en vez de *piorno* quisiera poder leer y sin vacilar escribir *piovorno* que es la forma integral, como se lee en el códice Poggiali y en uno del Archiginnasio de Bolonia, y como lo he oído decir algunas veces en el campo ya no sé si de Toscana o de Romaña" (nota a "Miramar", 1878, en *Opere*, IV, pp. 160-161). [a]Giuliani, *Sul vivente linguaggio della Toscana,* 3 ed., Florencia 1865, p. 177, dijo haber oído *piovorno* en Val di Nievole, y Boito había utilizado *piorno* en la letra *Ad una mummia*, escrita en 1862.

[159] D'Annunzio (*Forse che sì, forse che no*, p. 355) prefería *piorno*.

[160] Obsérvese que *magistrado adopta* en esta locución el significado abstracto-colectivo (ahora arcaico), mientras que la palabra se refiere comúnmente a personas individuales.

[161] Así figura en la impresión original (La *Messa d'oro*, Bolonia 1905, p. 19); pero en *Pensieri e discorsi* (reimpreso en *Prose*, I, Milán 1946), se lee *Dike* e *Bie*.

[162] En una carta a Chiarini de febrero de 1880, confiesa que "perseguía las palabras escurridizas"; e incluso más tarde, al margen de las necesidades técnicas de las asclepíadas, las álcalis, los pentámetros que se espiralizan "en un lánguido pispás de dáctilos" (*Canto novo*), persistirá en su búsqueda de palabras escurridizas, que son en su mayoría latinismos. Cf. Migliorini, *Saggi Novecento*, p. 239.

[163] Por ejemplo, el latinismo *redimito* ya había sido utilizado por Dante; pero si lo encontramos en Scarfoglio no procede del latín ni de Dante: procede de Carducci y D'Annunzio.

[164] En el uso literario era más comúnmente *cerúleo*.

[165] Migliorini, *Saggi Novecento*, pp. 230-231.

[166] Praz, *La carne*, la *muerte y el diablo,* cit. p. 489.

[167] Carducci, D'Annunzio y algunos otros (por ejemplo, F. Torraca, *Nuove rassegne*, p. 452) preferían *etaira*.

[168] "Resurrezioni fiorentine" (1884), en *Impressioni e rimembranze*, Florencia 1923, p. 120.

[169] Migliorini, *Saggi Novecento*, p. 248; R. Giacomelli, en *Lingua nostra*, XIII, 1952, p. 10.

[170] "Esta redacción (perdón por este medio-franquismo, que ahora se ha generalizado, y a menudo, como aquí, exigido por la brevedad y la claridad)": D'Ovidio, *Correcciones*, p. 16.

[171] En este sentido, la palabra griega ya fue utilizada en francés por Chateaubriand: en italiano la popularizó sobre todo D'Annunzio, pero antes que él ya la había utilizado Guerrini ('Sale una bianca teoria di vergini': 'Sale una blanca teoría de las vírgenes': 'Vita', en *Polemica*, 1878).

[172] "Es el rasgo característico (hablar de un alemán a la alemana) del volumen que nos ocupa" (D'Ovidio, *Variedades*, p. 19).

[173] "La épica es, por utilizar una palabra demasiado usada de la estética alemana, pero aun así, es muy, exclusivamente objetiva" (Carducci, *Opere*, XI, p. 94).

[174] "Goethe hizo lo que los alemanes llaman una *revisión* de *Carmagnola* y *Adelchi*" (Carducci, 1873: *Opere*, XX, p. 360).

[175] A veces la elección se debe al contexto: en el discurso "Per l'inaugurazione di un monumento a Virgilio" (Para la inauguración de un monumento a Virgilio) Carducci utiliza siempre *Campidoglio*; sólo en un momento dado escribe, para evitar la repetición de dos sílabas, "dai *campi* al *Capitolio*" (*Opere*, VII, p. 172).

[176] Migliorini, *Saggi ling*., pp. 58-62.

[177] Tampoco ayudó entonces que la publicación periódica *L'Unità della Lingua,* I, 1869-70, pp. 371-372, pidiera un nombre italiano. *Obitorio* arraigó mucho más tarde.

[178] No es sólo un abuso del lenguaje mundano, sino que también se encuentra en Carducci: "Or forte madre palleggia il pargolo / forte; da i nudi *seni* già szio / palleggialo alto" ("La madre", en *Odi barbare*, 1. II).

[179] Véase el capítulo "Purismo y neopurismo" en mi obra *Contemporary Language*.

[180] "El reloj de péndulo del comptoir" (R. Bracco, *Smorfie tristi*, p. 175).

[181] "Sin *blaga* (es una palabra francesa fea incluso en Francia, pero hoy en día no se puede prescindir de ella)": Carducci, "Mosche cocchiere" (1897), en *Opere*, XXV, p. 365.

[182] "Francés como usted quiera, pero común desde hace mucho tiempo.... Y como nos gusta bastante, en este caso no lo miramos con tanta sutileza y lo dejamos pasar": Fanfani-Arlìa, *Lessico,* cit.

[183] Anna, sin duda, toca un sello": pie de foto en P. Ferrari, *Causas y efectos*, I, esc. 4.

[184] Los puristas preferían *restaurador*.

[185] Por el contrario, tras un intento de adaptar el nombre de los *bulevares* parisinos en *baluards* o *baloards*, prevaleció la forma francesa.

[186] Carducci tenía escrúpulos a la hora de utilizar *las etapas*: "ese gran arte lombardo que en tres etapas (perdón por el término bárbaro) renovó la conciencia literaria y civil de nuestro pueblo.

[187] Ya nos hemos referido al mejor tratamiento que tenemos sobre el tema, el de A. Menarini, en el pequeño volumen *Ai margini della lingua*. Uno de los primeros en llamar la atención sobre esta lengua fue Pascoli, en el poema "Italia" (véase también la "nota" correspondiente en *Primi poemetti*).

[188] Después de 1860, a los estudiantes de filosofía de Calabria se les llamaba irónicamente *begriffi*, un eco del frecuente uso de *Begriff* que el hegeliano Bertrando Spaventa hacía desde su cátedra de Nápoles (F. Nicolini, en *Lingua nostra,* II, 1948, p. 51).

[189] A. Errera, en *Nuova Antologia,* XXV, 1874, p. 416.

[190] En el dialecto boloñés, el alemán *'snit' se* adaptó en *snit. Schnitt* 'medio vaso'.

[191] La popularización de la fórmula china del brindis *cin-cin se debe también* a esta opereta: véase A. Menarini, en *Lingua nostra,* XII, 1951, pp. 97-99.

[192] Migliorini, *Saggi Novecento*, p. 144.

EPÍLOGO

El periodo que se abrió con la guerra de 1915-18, tanto por la convulsión política y social producida por la propia guerra y los acontecimientos posteriores (fascismo, Segunda Guerra Mundial), como por la importancia que los nuevos medios de comunicación (y especialmente la radio, el cine, la televisión) asumieron en la evolución del lenguaje, requeriría un discurso diferente.

[1]Sin embargo, como ya he tenido ocasión de hablar de ello en varias ocasiones, me tomo la libertad de cerrar aquí mi debate.

Hemos visto, tras siglos de incubación, aparecer en el año 960 los primeros indicios de una nueva lengua vernácula frente a la que hasta entonces había sido la lengua escrita por excelencia del mundo occidental; después, durante dos siglos y medio, encontramos documentos relativamente escasos y esporádicos. Pero cuando, en el siglo XIII, la nueva lengua comenzó a utilizarse casi en competencia con las dos lenguas literarias de Francia, y el ejemplo dado por los sicilianos y los boloñeses fue acogido en Florencia, ya se manifestaba alta y madura, con lo que serían para siempre sus características esenciales: y Dante proclamaría en teoría y demostraría en poesía su aptitud para convertirse en la lengua de toda Italia.

Otras grandes lenguas europeas (francés, español, inglés) ya habían tenido su primer florecimiento antes que el italiano: pero luego, al extenderse la ola del humanismo, se verían perturbadas por él y tendrían que restablecerse sobre otras bases para nutrirse de un nuevo clasicismo. En cambio, el italiano ya estaba estabilizado en sus caracteres esenciales en esta fase prehumanística: tanto en la estructura gramatical como en el léxico de nociones fundamentales, que recibiría muchos aumentos pero relativamente pocos cambios a lo largo de los siglos. Se manifiesta de mil maneras ese culto a la forma que es la actitud milenaria, o más bien, podríamos decir, perenne de los italianos hacia su lengua: y una de las manifestaciones más típicas es el deseo de conformarse a esos tres grandes escritores del siglo XIV que tan elevados modelos literarios habían proporcionado.

Tras un breve periodo en el que el latín pareció sumergir a la lengua vernácula, ésta retomó el aìre, y de una forma que podría haber abierto nuevas vías para esa circulación entre los estratos altos y bajos de la sociedad que tan bien se mantiene en la lengua literaria del círculo de Lorenzo el Magnífico.

Pero las cosas resultaron de otro modo: la invención de la imprenta impulsó una relativa unificación de la lengua escrita, y el toscano tuvo que pagar un alto precio para ser aceptado como lengua literaria de toda la península. La codificación se llevó a cabo principalmente bajo los auspicios de la gramática bembesca, y por tanto por medios retóricos y arcaicos, de modo que los intercambios con la lengua hablada fueron escasos, y el uso de la lengua literaria se extendió a toda la Italia geográfica, pero permaneció limitado a las clases cultas.

Las cosas no cambian a este respecto en los siglos siguientes.

Incluso la formación del léxico de las distintas ciencias, que se desarrolla de siglo en siglo, se lleva a cabo sobre bases grecolatinas, que mantienen bien los contactos entre las distintas lenguas europeas, pero siempre a un nivel muy alto y poco popular.

Mientras que en el siglo XVI la lengua italiana, beneficiada por el gran prestigio de la cultura renacentista, era ampliamente conocida en la Europa civilizada, a finales del XVII y en el XVIII las tornas cambiaron y el italiano recibió una fuerte influencia, sobre todo del francés.

Los puristas intentan reaccionar ante la invasión de extranjerismos, siempre en el plano literario. Pero el más distinguido de los románticos, Manzoni, se dio cuenta de que la lengua no es sólo un instrumento literario, sino un instrumento social en el sentido más amplio de

la palabra: mientras que como escritor asestó un golpe mortal a la retórica, como lingüista deseó que la unidad política, ardientemente deseada y finalmente conseguida, se correspondiera con una unidad lingüística.

De hecho, desde 1861 y más aún desde 1870 en adelante, aunque de forma distinta a la que preveía Manzoni, el progreso de la unificación lingüística en sentido horizontal ha sido bastante notable, aunque en parte ya no haya estado bajo el control del buen gusto de los literatos, sino de la vida práctica en sus más variados aspectos (administración, periodismo, deporte, etc.). Por otra parte, la circulación vertical progresa aún muy lentamente, debido a la cultura todavía escasa de capas muy amplias de la población. Pero es probable que se produzca una unificación cada vez mayor: del mismo modo que la difusión de la prensa en tres o cuatro generaciones ha uniformizado notablemente la lengua escrita, los nuevos medios de difusión del habla (radio y televisión) están aportando una mayor uniformidad a la pronunciación.

Lo que será la lengua del mañana es imposible vaticinarlo, salvo repitiendo aquellas palabras con las que Gino Capponi concluía su conocido ensayo en la *Nuova Antologia* (1869): "la lengua italiana será lo que los italianos sabrán ser".

[1] Migliorini, *Lingua contemporanea*; *Saggi Novecento*; "La lingua della guerra e della resistenza", en *Svizzera italiana,* VI, 1946, pp. 336-349; *La lingua italiana d'oggi*, Turín 1957.

POSTFACIO

UNA HISTORIA DE LA LENGUA PARA HOY

Un siglo después de su concepción y sesenta años después de su publicación, la *Storia della lingua italiana* de Bruno Migliorini sigue siendo una obra de gran valor y una de las obras maestras de la cultura del siglo XX. Aparecida en 1960, en el 1000 aniversario del Placito de Capua, el testimonio más antiguo del italiano, y en la inminencia del centenario de la Unificación de Italia, esa unidad invocada sobre todo en nombre de la lengua -que entonces se hacía efectivamente común a todos los niveles escritos y hablados- no sólo era "la primera historia de la lengua italiana sobre la que se han posado nuestros incrédulos ojos", como afirmaba Carlo Dionisotti en una memorable reseña (cf. aquí en p. XIX), sino una obra que respondía plenamente al cambio de las condiciones lingüísticas y a ese preciso momento histórico: "satisfacer una demanda tan grande y viva hoy, como nunca antes lo había sido en Italia". No obstante, la *Storia della lingua* de Migliorini no ha perdido actualidad ni siquiera en nuestros días y sigue haciéndonos reflexionar no sólo sobre las vicisitudes del italiano en los siglos pasados, sino también sobre el carácter y la función de la lengua que utilizamos y sobre lo importante que es conocer el camino lingüístico recorrido por quienes nos han precedido para afrontar la compleja e incierta situación actual.

Se trata, en efecto, de una historia sistemática y ponderada, pero viva, tanto que engancha al lector y le lleva a razonar sobre los hechos, sin prevalecerse de andamiajes teóricos o ideológicos, sino invitándole a comprender e interpretar la naturaleza y la evolución de una lengua con múltiples articulaciones, en su desarrollo no siempre lineal, en su relación con los dialectos y otras lenguas, en su imbricación con el pensamiento y la acción de las comunidades de la península para las que ha sido el alma. Una historia basada en constataciones precisas y objetivas, que no da nada por sentado "de lo que está por venir", como observaba Ghino Ghinassi: "un libro como éste no es [...un libro como éste no es [...] anticuado, precisamente porque (creo) no se presenta como una obra historiográfica simple y llana, rígidamente preordenada a una tesis dada; sino como una obra, en su género, abierta, que, siguiendo siempre de cerca su tema, extrae de él muchas y muchas cosas, antes desconocidas o descuidadas, o no puestas en común, a veces aparentemente dispares, pero cada una de las cuales ocupa también objetivamente su propio lugar y ha tenido su propio peso en la formación de nuestra lengua" (aquí en p. XLVIII). Y Luca Serianni emitió recientemente un juicio similar, afirmando que la obra de Migliorini "resiste muy bien el desgaste del tiempo; quizá más que la de otros grandes lingüistas de su generación [...]. Es la consecuencia de su vocación por la investigación concreta, empírica, fundada en la red de investigaciones minuciosas e incansables".[1]

Investigaciones minuciosas, montones y montones de datos concretos, pero también un conocimiento directo y profundo de las teorías y métodos lingüísticos más modernos y adecuados: Migliorini se había formado estudiando de cerca las rigurosas reconstrucciones de Carlo Salvioni, interesándose por las ideas sobre el cambio lingüístico elaboradas por el gran romanista Hugo Schuchardt y asimilando las concepciones innovadoras de Ferdinand de Saussure. A partir de entonces, sus investigaciones se desarrollaron en constante diálogo con los principales lingüistas y filólogos de su época, de Charles Bally a Leo Spitzer, de Karl Jaberg a Yakov Malkiel. Así lo atestiguan los numerosos ensayos que dedicó a cuestiones lingüísticas generales. Pero también, aunque de forma subterránea, esta *Historia de la lengua italiana* que creció entrelazada con su vida de erudito y en la que vertió los frutos de su ciencia y el calor de su generosa humanidad.

Bruno Migliorini nació en la región del Véneto, en Rovigo, en 1896, y desde niño se apasionó por el estudio de las lenguas. Entre otras cosas, aprendió a la perfección el esperanto, la herramienta que entonces se esperaba ayudara a superar las barreras lingüísticas: una lengua universal sobre las estructuras léxicas y gramaticales de la que publicó numerosos trabajos en su juventud. Tras matricularse en los cursos de lenguas modernas de Ca' Foscari en 1914, como refugiado de Venecia tras la derrota de Caporetto,

en 1918 se trasladó con su familia a Roma, donde pudo continuar sus estudios universitarios en la escuela de Vittorio Rossi y Cesare de Lollis, con los que se licenció en 1919, discutiendo una tesis sobre los procesos de formación de los apelativos a partir de los nombres propios: una tesis original a partir de la cual tomaría forma su primera obra importante, *Dal nome proprio al nome comune (Del nombre propio al nombre común)*, publicada en 1927. Ese mismo año obtuvo una cátedra y comenzó a trabajar en la *Enciclopedia* italiana como redactor jefe. En 1933 se trasladó a Friburgo (Suiza) para enseñar allí Filología Románica. Pero en 1938 fue llamado a Florencia para ocupar la primera cátedra de Historia de la Lengua Italiana, y en 1939 fundó, junto con Giacomo Devoto, la revista *Lingua nostra.* A partir de entonces vivió ininterrumpidamente en la ciudad toscana, donde falleció en 1975.[2]

Su vida estuvo enteramente dedicada al estudio de la lengua y encaminada a un objetivo preciso: una empresa que nunca llegó a realizarse del todo, una empresa de la que Migliorini había sentido la necesidad desde sus años universitarios, como recuerda su hijo Paolo: "La *Historia de la Lengua Italiana fue* la culminación de toda la actividad de mi padre, que desde muy joven sintió la vocación de dar a nuestra sociedad una historia civil y nacional a través de la historia de la lengua, y a ese empeño dedicó todo su trabajo, subordinándolo todo a ese fin durante mucho tiempo". Al tener que aventurarse en un terreno casi completamente inexplorado, era indispensable un trabajo de excavación previo e inteligente, que Migliorini emprendió pacientemente, ordenando en un archivador interminable la documentación que sería necesaria para la empresa: "Para mi padre -continúa Paolo Migliorini- los archivos eran un instrumento esencial de método y trabajo. *Nulla dies sine schedula*, ningún día sin ficha, solía decir, y recuerdo sus idas y venidas entre su mesa y el archivador, para consultarlo o para introducir alguna ficha nueva. En una época en la que aún no se habían inventado los ordenadores, podía saber la fecha de nacimiento y el nombre de la persona que había utilizado esa palabra por primera vez en unos instantes consultando su archivador".[3]

Pero además de recopilar registros y preparar materiales útiles, Migliorini se planteó enseguida una serie de cuestiones fundamentales, decisivas para la investigación histórica que quería emprender. Y entre los diversos temas que centraron sus reflexiones cuando, entre los años treinta y cuarenta, elaboró el sistema conceptual en el que basar su proyecto de historia de la lengua italiana -la periodización, las relaciones entre historia interna e historia externa, la imbricación de la diacronía con la dimensión areal y social del italiano y su relación con el latín y los dialectos, el policentrismo y las tendencias unitarias, la dialéctica entre lengua escrita y lengua hablada, entre "corrientes cultas" y "corrientes populares", etc.-, el primero y más acuciante fue el relativo a la propia materia. - la primera y más apremiante era la relativa a la propia materia. Dado que una lengua, en su realidad concreta, es siempre variada, estratificada y cambiante, ¿de qué lengua habría que hacer historia a la hora de escribir una historia de la lengua? De esta cuestión dependería, no sólo el método de investigación, sino la filosofía general de la reconstrucción histórica. En el caso concreto del italiano, establecer el objeto al que apuntar implicaba decisiones delicadas y exigentes mucho más que para otras lenguas, dada la variadísima situación cultural, geolingüística y sociolingüística de la península, especialmente en siglos pasados. Tanto es así que las propias denominaciones de "italiano" y "lengua italiana" habían surgido muy tardíamente, señalaba Ghinassi (aquí en las pp. XXIV-XXVII), mientras que osciló durante mucho tiempo entre diversas denominaciones, señal de las diferentes opiniones que se habían tenido sobre esa lengua.[4]

Migliorini se había planteado muy pronto el problema del ámbito lingüístico a tener en cuenta, como ya se desprende de algunas de las afirmaciones que surgen en el volumen *Dal nome proprio al nome comune.*[5] Pero es en su primer escrito programático, la prolusión de 1931 al curso de Historia de la lengua italiana que dirigía en la Universidad de Roma, prolusión en la que ilustra su idea de la historia de la lengua como historia de la cultura, donde muestra su decidida orientación hacia ese "quid medium" que es la "lengua común". Para él, en efecto, la tarea del historiador de la lengua, que no debe descuidar todo lo demás, consiste fundamentalmente en estudiar "el problema de la formación de la lengua común italiana".[6] En otras palabras, era necesario emprender un camino nuevo en comparación con los seguidos entonces por la mayoría de los lingüistas, que se ocupaban sobre todo de los dialectos, de los textos de las antiguas lenguas vernáculas y de la lengua de los grandes escritores.

A diferencia de un dialecto hablado o de la lengua de un escritor, la "lengua común" es naturalmente una entidad abstracta difícil de enfocar, pero necesaria para que el estudioso comprenda en una síntesis veraz tanto lo que converge con ella como lo que se aparta de ella. He aquí la clave de bóveda de la concepción historiográfica coherente y homogénea de Migliorini: "la lengua, tal como la reciben de sus contemporáneos quienes participan en una determinada comunidad, no es más que una abstracción, fundada en miríadas de actos individuales de lenguaje concreto. Y como medio, el lingüista la estudia", reza la primera página de su *Storia della lingua*.

La elección de situar la lengua media en el centro de sus investigaciones sería progresivamente precisada por el estudioso en diversas ocasiones. Entre otras cosas, quedó claramente expresada al comienzo de *Lingua contemporanea*, la obra de 1938 en la que esbozaba la historia del italiano de su tiempo: "consideraremos principalmente la lengua como la media, como la norma [...], ocupándonos de las peculiaridades individuales sólo en la medida en que encuentren eco en la lengua normal: en resumen, la lengua de D'Annunzio no es importante aquí, sólo nos interesan los d'annunzianismos de la lengua actual".[7]

A partir de ese momento, el concepto de "lengua media" empezó a ser examinado por otros, entre ellos Devoto, que adoptó una postura muy diferente y original al respecto. En su *Storia della lingua di Roma* (1940), y en particular en el *apéndice* programático que cierra el volumen, propone en efecto una idea de la lengua y de la historia lingüística que va más allá de la concepción tendencialmente unitaria y orgánica de Migliorini.

En lugar del "promedio" derivado de la intersección de los distintos aspectos de la lengua, o de la equiparación de las lenguas locales hacia una lengua común a reconstruir históricamente en su progresiva expansión, Devoto esboza un modelo de lengua y desarrollo histórico que no es unitario ni está predeterminado por convergencias, sino que se articula en una pluralidad de aspectos distintos y contrastados, entre los que predomina claramente el literario. La lengua es para Devoto "algo multiforme que debe analizarse y descomponerse en sus elementos constitutivos".[8] Elementos referibles a cuatro "polos" fundamentales, "focos que emanan tipos lingüísticos característicos", contrapuestos entre sí: lenguaje literario frente a lenguaje consuetudinario, lenguaje técnico frente a lenguaje expresivo. Y la pluralidad de estos elementos se encuentra no sólo en las "tonalidades" y tipos dentro de la lengua, sino también en contextos en los que están presentes distintas lenguas, variedades y dialectos.[9]

Una visión tan franca y dialécticamente articulada de la historia, que en lugar de buscar el denominador común de una realidad lingüística que tiende a converger, privilegia el juego cambiante entre sus diversas "tonalidades" o incluso entre los distintos componentes de su posible plurilingüismo, hace que Devoto, después de la *Storia della lingua di Roma (Historia de la lengua de Roma),* prefiera hablar de "historia lingüística", como hace desde el título mismo de su *Profilo di storia linguistica italiana* (*Perfil de historia lingüística italiana*) (1953), en lugar de "historia de la lengua", que, se entienda como se entienda, sigue siendo la historia de "una" lengua.

Las ideas de Devoto constituyeron uno de los primeros apoyos para esa renovación de la historiografía lingüística como historia de las "variedades" (diatópica, diastrática, diastrática, etc.), renovación que daría importantes frutos poco después de la aparición de la *Storia della lingua (Historia de la lengua)* de Migliorini y que, hasta hoy, ha estimulado tanto la realización de nuevas grandes empresas histórico-lingüísticas como la profundización de la reflexión sobre los fundamentos conceptuales y metodológicos de la disciplina.[10] También hay que decir que, desde mediados de los años sesenta, junto con los profundos cambios que afectaron a la sociedad y a la cultura en su conjunto, con consecuencias que se siguen observando en la actualidad, han cambiado también el sentimiento y la imagen que la mayoría de los italianos tenían antaño de la lengua: un cambio drástico o inversión de perspectiva en el que encuentran también su justificación las nuevas orientaciones que persiguen los estudios histórico-lingüísticos.

A la *Storia linguistica dell'Italia unita* de Tullio De Mauro, que en 1963 constituyó el primer ejemplo notable de esta renovación historiográfica, se refiere Ghinassi (aquí en la p. XXII), así como al importante volumen de Marcello Durante, *Dal latino all'italiano moderno. Saggio di storia linguistica e culturale* (1981), en el que por primera vez se propuso "una periodización basada en criterios internos" y se abordaron varios aspectos hasta entonces

descuidados, empezando por el de la sintaxis en su evolución desde el latín vulgar hasta las lenguas vernáculas italianas medievales.

Entre las obras que se sucedieron a lo largo de los años, cabe mencionar, en 1984, un excelente manual de Francesco Bruni, que, además de la historia lingüística, daba cabida a las variedades dialectales, al lenguaje de las semiculturas, a los principales fenómenos evolutivos y contenía una antología de textos comentados.[11] Al propio Bruni se debe la concepción, poco después, de dos importantes iniciativas realizadas a varias manos. La *Storia della lingua italiana* publicada por la editorial il Mulino (1989-2003), subdividida por siglos como la de Migliorini, pero con volúmenes confiados a estudiosos individuales, donde a la parte expositiva sigue una sección de textos literarios y no literarios acompañados de precisos análisis lingüísticos.[12] Y *L'italiano nelle regioni* (1992-1994), que esboza una historia policéntrica sin precedentes de las variedades regionales del italiano, describiendo con un enfoque sociolingüístico, región por región, la progresiva asunción y difusión del toscano en los diversos contextos locales, con especial atención a los fenómenos del habla y el plurilingüismo.[13]

Casi al mismo tiempo, aparecieron los tres densos volúmenes de *Storia della lingua italiana* diseñados y editados por Luca Serianni y Pietro Trifone (1993-1994), una obra poderosa de arquitectura compleja, concebida como apéndice de *Letteratura italiana* de Einaudi, editada por Alberto Asor Rosa. Las distintas secciones de los tres volúmenes están bien concebidas para describir todos los diversos aspectos de la historia lingüística y del marco sociolingüístico del italiano, mientras que los capítulos individuales, entre los que destacan los dedicados a la lengua literaria, son verdaderas monografías de distintos colaboradores.[14]

Tras estas tres grandes iniciativas, casi coetáneas, vieron la luz varios nuevos tratados exhaustivos, como el volumen de Vittorio Coletti de 1994 dedicado exclusivamente a la historia del italiano literario, o el manual de Claudio Marazzini, publicado el mismo año pero con numerosas ediciones ampliadas y una secuela de volúmenes sobre temas histórico-lingüísticos más específicos.[15] En 2001, además de una obra colectiva promovida por Dante Alighieri y dirigida a un amplio público, apareció el primero de los dos volúmenes de la Historia del italiano de Riccardo Tesi, que destaca por su nueva y convincente periodización y por la atención prestada a la formación de una lengua de ciencia y a los cambios en las estructuras sintácticas.[16] Por último, cabe mencionar la extensa *Storia dell'italiano scritto (Historia del italiano escrito), que toma en* consideración las distintas tipologías de usos escritos: se trata de una obra reunida por Giuseppe Antonelli, Matteo Motolese y Lorenzo Tomasin, de la que se han publicado hasta ahora cuatro volúmenes, fruto de un nutrido grupo de colaboradores.[17]

Como se desprende de esta lista recapitulativa, que se limita a las principales obras de conjunto, la historia del italiano y de sus variedades ha sido recorrida numerosas veces en las últimas décadas, desde distintos puntos de vista, con concepciones y métodos cada vez más refinados, abordando también cuestiones, aspectos y momentos que habían quedado fuera o sólo insinuados en la *Storia della lingua* de Migliorini. Y también precisando y actualizando bastantes de los datos individuales que se habían recogido con tanto esmero.[18]

A pesar de ello, la empresa de Migliini, como decíamos al principio, ha mantenido su vigencia y sigue siendo un monumento de nuestra cultura lingüística, no comparable con lo que ha venido después, tanto por tratarse de una historia íntegramente concebida y narrada por un solo estudioso y, por tanto, íntegramente atravesada por su propia visión interna coherente y persuasiva, como por el gran trabajo de excavación lingüística realizado de forma fina y sistemática desde la latinidad tardía hasta principios del siglo XX, la riqueza del material ofrecido y la gran extensión del volumen resultante, que no tienen parangón. Tanto es así que, a partir de 1960, la obra ha seguido reeditándose ininterrumpidamente y ahora se reedita en un nuevo formato.[19] Por otra parte, conviene recordar que, según una idea del propio Migliorini y siguiendo el deseo con el que Ghinassi cerraba su introducción (aquí en las pp. XLVIII-L), la *Storia della lingua italiana,* interrumpida por la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial, se completó para el siglo XX con la reedición acumulativa, en 1990, de los dos volúmenes de Migliorini dedicados a la lengua contemporánea.[20]

La fortuna duradera de esta *Storia della lingua italiana* depende, sin duda, de que sea una mina abierta y generosa de ideas y datos que aún no han sido plenamente explotados, y de que constituya una especie de piedra de toque para el progreso de los esfuerzos más

recientes, que, incluso cuando se aventuran por caminos nunca transitados, no ignoran los mapas de Migliorini. En efecto, no se puede negar que la frondosidad de los estudios histórico-lingüísticos sobre el italiano ha sido posible precisamente gracias al terreno tan hábilmente descrito y labrado por Migliorini. Incluso en aquellos puntos en los que la obra le pareció insatisfactoria al propio Migliorini, que no ocultó los "numerosos y graves problemas" dejados sin resolver, empezando por el de la periodización sobre el que oportunamente han insistido varios de los estudiosos que hemos mencionado. Al final, sabiendo muy bien que "las investigaciones por realizar son todavía innumerables", Migliorini confiaba en quienes retomaran su obra, como escribía en las últimas líneas del prefacio a la *Storia della lingua*: "Sólo puedo esperar que muchos otros estudiosos se ocupen de ella, en investigaciones aisladas y en marcos de un conjunto más amplio: con amplitud de erudición, con vigor de síntesis y, sobre todo, con amor."

Pero no sólo los estudiosos vuelven una y otra vez, más de medio siglo después, a la obra maestra de Migliini. Sus páginas, por el modo en que restituyen la lengua y las palabras que los italianos han intercambiado, con sus ecos de pensamientos y afectos, generación tras generación, golpean sobre todo al lector común, a quien el libro estaba básicamente destinado. La lengua común es propiedad de todos y redescubrir sus huellas en nuestra historia es una necesidad para todos, incluso cuando esas huellas son casi imperceptibles o parecen muy tenues, como parecía ocurrir casi siempre en los siglos pasados, según afirmaba De Mauro en 1963, calculando que incluso en la época de la unidad nacional -último capítulo de la *Storia della lingua* de Migliorini- los hablantes de italiano eran una ínfima minoría de la población.

Sin embargo, ese hilillo, aunque escaso, de lengua común había sido decisivo para alimentar la esperanza de los italianos incluso cuando Italia estaba desunida. Cuán decisivo es hoy, en una realidad lingüística cada vez más condicionada por el poder tecnocrático y el globalismo. En la infinita e ineludible babel de hoy, tener presente esa "lengua media" en la que se nos permite sintonizar nuestras voces con las voces de los demás, retejer el único hilo que verdaderamente nos une a nuestros padres y no nos pierde con los que vendrán, sigue siendo una tarea que no podemos descuidar. Se llame como se llame esta lengua media o común, aunque la consideremos esquiva, es el verdadero recurso al que debemos aspirar: "Una lengua así es siempre más un ideal, una aspiración que una realidad; nadie puede poseerla en su totalidad porque legiones de hombres de muchos lugares y de muchas épocas han colaborado en ella, colaboran en ella y colaborarán en ella en el futuro. Siempre es, de alguna manera, expresión de un anhelo de absoluto. En este sentido dijo Dante de la ilustre lengua vernácula que 'en todas las ciudades se huele, pero no yace en ninguna'".[21]

Massimo Fanfani
2019

[1] L. Serianni, *Prima lezione di storia della lingua italiana*, Roma-Bari 2015, p. 7.

[2] Cf. M. Fanfani, "Migliorini, Bruno", en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. LXXIV. LXXIV, Roma 2010, pp. 387-391.

[3] P. Migliorini, "Un ricordo di mio padre", en *Bruno Migliorini. L'uomo e il linguista* (Atti del convegno di Rovigo, 11-12 de abril de 2008), editado por M. Santipolo y M. Viale, Rovigo 2009, pp. 3-6, en la p. 4; donde también se menciona el carácter honesto y afable del hombre: "Mi padre era un gran erudito, pero amable, generoso y modesto. Sus grandes cualidades eran la sencillez, la discreción y un sentido de la proporción que le inmunizaba contra la pedantería. Nunca le pesaron su doctrina y su gran riqueza de conocimientos, de los que no hacía alarde en absoluto, sino que más bien le gustaba ocultar en la límpida sencillez de su estilo y en el ingenio de su conversación. [...] Bruno Migliorini tenía una generosidad y una disponibilidad fuera de lo común, acostumbrado a prodigar sus conocimientos a toda petición, incluso respondiendo diariamente a las numerosas cartas que recibía de todo el mundo. [...] Incluso con las personas más sencillas y menos preparadas, era capaz de establecer una conversación fluida y cordial: cuántas veces le vi, cuando yo era un niño de vacaciones en el Casentino, charlar amistosamente con los campesinos que encontraba por la calle y sacar la pluma para apuntar algunas palabras, algunos modismos del dialecto local.

[4] Cf. Ž. Muljačić, "Why do the glottonyms *linguaggio italiano*, *lingua italiana* (and sim.) appear [...] much later than similar terms referring to various Gallic and Ibero-Romance languages?", en *Cuadernos de filologia italiana*, IV, 1997, pp. 253-264; L. Tomasin, *Italiano. Storia d'una parola*, Roma 2011, esp. pp. 85-108; y especialmente F. Bruni, *Italia. Vita e avventure di un'idea,* Bolonia 2010.

[5] Cuando, por ejemplo, aborda la relación entre el uso popular y el culto, observa: "Cuando llegamos a considerar la abundancia de material que nos ofrece la lengua literaria en comparación con los dialectos, se nos plantea un problema que, si lo examinamos más de cerca, afecta a toda la concepción de la lingüística. ¿Dentro de qué límites deben aceptarse los ejemplos? ¿Qué importancia respectiva debe asignarse a las expresiones populares y cultuales? Si la lingüística excluye de su consideración, como ocurre con no poca frecuencia, expresiones que no han entrado definitivamente en el uso popular, por ejemplo, expresiones del lenguaje científico [...] o del lenguaje literario [...], le será difícil evaluar plenamente expresiones que se originaron de manera similar, pero que están sancionadas por un uso más general" (Migliorini, *Dal nome proprio al nome comune*, Florencia-Roma-Ginebra 1927, p. 52). O donde menciona el "problema de las relaciones entre el individuo y la masa de hablantes, entre la creación de innovaciones y su difusión" (p. 77).

[6] B. Migliorini, "Storia della lingua e storia della cultura", en *La Cultura*, XI, 1931, pp. 48-60, en p. 49; reimpreso en Id., *Lingua e cultura*, Roma 1948, pp. 9-26, en p. 11.

[7] Migliorini, *Lingua contemporanea,* Florencia 1938, p. 9; en la cuarta edición "refundida" (véase la nota 20) de 1963, p. 3, con el texto ligeramente modificado.

[8] G. Devoto, *Storia della lingua di Roma*, Roma 1940, p. 375.

[9] A este respecto, es interesante el ejemplo ficticio que propone Devoto: "En el contexto de una ciudad costera del Mediterráneo, en una época lejana de cuatro o cinco siglos, podemos considerar que cuatro lenguas diferentes representan los cuatro aspectos de la lengua, más que las diferencias de tono dentro de un mismo organismo lingüístico. Frente al italiano literario que representa el aspecto literario, el dialecto local, todavía plenamente vital, que representa el elemento expresivo: frente al latín todavía de uso común en el ámbito de la técnica y de la ciencia, la lengua franca del puerto que tiene todas las características, incluso llevadas al extremo, de la lengua de uso, con su pobreza, con su banalidad. Es natural que, al estudiar teóricamente un medio semejante, las relaciones entre las manifestaciones de los distintos aspectos de la lengua se vean en cierto modo entorpecidas y disminuidas en número, pero, por otra parte, ganen en relieve y se difuminen en ese estudio tan rico en interés histórico que es el estudio de las influencias recíprocas entre palabras y formas de lenguas extranjeras" (*ibíd.*, p. 379).

[10] Entre las intervenciones sobre las teorías, métodos y logros de la nueva historiografía del italiano, véase A. Varvaro, "Storia della lingua: passato e prospettive di una categoria controversa" [1972-73], en Id., *La parola nel tempo. Lingua, società e storia,* Bolonia 1984, pp. 9-77; F. Sabatini, *Storia della lingua italiana. Dieci anni di studi (1965-1975)* [1977], en Id., *L'italiano nel mondo moderno. Saggi scelti dal 1968 al 2009,* editado por V. Coletti, R. Coluccia, P. D'Achille, N. De Blasi, D. Proietti, Nápoles 2011, I, pp. 45-103; *La storia della lingua italiana. Percorsi e interpretazioni* [ensayos de G.L. Beccaria, P.V. Mengaldo, V. Coletti, G. Bertone, C. Marazzini, F. Bruni, A. Stussi, L. Serianni, P. Trifone, G. Nencioni], Turín 1994; N. Maraschio, "Storia della lingua italiana", en *La linguistica italiana alle soglie del 2000,* editado por C. Lavinio, Roma 2002, pp. 21-93; C. Marazzini, "Da dove viene e dove va la Storia della lingua italiana", en *Tendenze attuali nella lingua e nella linguistica italiana in Europa, editado* por A. d'Angelis y L. Toppino, Roma 2007, pp. 153-175; S. Lubello, "La Storia della lingua italiana: materiali per la storia di una disciplina", en *Mit Clio im Gespräch. Romanische Sprachgeschichten und Sprachgeschitsschreibung*, J. Hafner, W. Oesterreicher (ed.), Tubinga 2007, pp. 103-114; L. Serianni, "Fare storia della lingua", en *XXI secolo. Comunicare e rappresentare*, dir. T. Gregory, Roma 2009, pp. 309-317; P. D'Achille, "Storia della lingua. Lo stato della disciplina", en *Quaderno di italianistica 2015*, Pisa 2015, pp. 111-132; *La Storia della lingua italiana tra Otto e Novecento. Nascita di una disciplina*, editado por L. Maconi, Milán 2017. Sin embargo, el debate sobre las nuevas tendencias de la historiografía lingüística como "historia de las variedades" ha afectado a toda la romanística: véase al menos R. Wilhelm, "Von der Geschichte der Sprachen zur Geschichte der Diskurstraditionen. Für eine linguistisch fundamentierte Kommunikationsgeschichte', en *Romanische Sprachgeschichte und Diskurstraditionen*, hrsg. von H. Aschenberg-W. Raymund, Tubinga 2003, pp. 221-236; W. Oesterreicher, "Mit Clio im Gespräch. Zu Anfang, Entwicklung und Stand der romanistischen Sprachgeschichtsschreibung", en *Mit Clio im Gespräch*, cit., pp. 1-36.

[11] F. Bruni, *L'italiano. Elementi di storia della lingua e della cultura*, Turín 1984.

[12] De carácter intermedio entre "el especialismo de la investigación monográfica y la generalidad de los manuales", la *Storia della lingua italiana* coordinada por Bruni se divide en diez volúmenes distribuidos del siguiente modo: *Il Medioevo* de R. Casapullo (1999); *Il Trecento toscano* de P. Manni (2003); *Il Quattrocento* de M. Tavoni (1992); *Il primo Cinquecento* de P. Trovato (1994); *Il secondo Cinquecento e il Seicento* de C. Marazzini (1993); El *siglo XVIII por* T. Matarrese (1993); El primer *siglo XIX por L.* Serianni (1989); *El segundo siglo XIX* por L. Serianni (1990); *El siglo XX* por P.V. Mengaldo (1994); *La lengua de Manzoni* por G. Nencioni (1993).

[13] Se trata de dos volúmenes editados por Bruni, en los que cada región se confía a un estudioso diferente: L'*italiano nelle regioni. Lingua nazionale e identità regionali, Turín* 1992; L'italiano *nelle regioni. Textos y documentos*, Turín 1994. De naturaleza similar es la reciente serie *La lingua delle città italiane*, dirigida por P. Trifone (véase *Città italiane, storie di lingue e di culture*, Roma 2014): hasta ahora los volúmenes *Storia linguistica di Roma* de P. Trifone (2008); Storia linguistica *di Venezia* de L. Tomasin (2010); y en 2012 *Storia linguistica di Milano* de S. Morgana; *Storia linguistica di Napoli* de N. De Blasi; *Storia linguistica di Torino* de C. Marazzini.

[14] *Storia della lingua italiana*, editado por L. Serianni y P. Trifone, I. *I luoghi della codificazione*, Turín 1993; II. La lengua *escrita y la lengua hablada;* III. *Le altre lingue,* Turín 1994. También se incluyen capítulos dedicados a la historia de la lengua en los volúmenes de la *Storia della letteratura italiana, editada* por E. Malato, Roma 1995-2004.

[15] V. Coletti, *Storia dell'italiano letterario,* Turín 1994 (sobre el mismo tema, véase también F. Bruni, *L'italiano letterario nella storia*, Bolonia 2001); C. Marazzini, *La lingua italiana. Profilo storico, Bolonia 1994;* y, entre los tratados más específicos, Id., *Da Dante alla lingua selvaggia. Sette secoli di dibattiti sull'italiano*, Roma 1999 (nueva ed. *Da Dante alle lingue del web*, Roma 2013); Id., *L'ordine delle parole. Storia di vocabolari italiani*, Bolonia 2009.

[16] *La lingua nella storia d'Italia*, editado por L. Serianni [con la colaboración de G. Antonelli, M. Catricalà, G. Meacci, M. Motolese, L. Pizzoli, D. Poggiogalli, L. Rossi, F. Serafini], Roma 2001; R. Tesi, *Storia dell'italiano: la formazione della lingua comune dalle origini al Rinascimento*, Roma-Bari 2001; nueva ed., Bolonia 2007; Id., *Storia dell'italiano. La lingua moderna e contemporanea*, Bolonia 2005.

[17] *Storia dell'italiano scritto,* editado por G. Antonelli, M. Motolese, L. Tomasin, I. *Poesía*; II. Prosa *literaria*; III. *Italiano de uso, Roma 2014*; IV. *Gramática*, Roma 2018.

[18] Para las referencias a las obras que pueden completar la *Storia della lingua* de Migliorini, cabe remitirse a R.A. Hall jr., *Bibliografia della linguistica italiana*, segundo y tercer suplementos decenales, Pisa 1980 y 1988; Ž. Muljačić, *Scaffale italiano. Avviamento bibliografico allo studio della lingua italiana*, Florencia 1991; *Bibliografia generale della lingua e della letteratura italiana*, Roma 1994 y siguientes (desde 2014 disponible en línea). En cuanto a las indicaciones léxicas, además del *Grande dizionario della lingua italiana*, fundado por S. Battaglia (Turín 1961-2002), véanse el *Dizionario etimologico della lingua italiana*, de M. Cortelazzo y P. Zolli, Bolonia 1979-1988 (nueva ed., Bolonia 1999); el *Lessico etimologico italiano*, fundado por M. Pfister, Wiesbaden 1979 y ss.; A. Nocentini (con A. Parenti, *l'Etimologico,* Florencia 2010.

[19] Tras la primera edición de Sansoni en 1960, la *Storia della lingua* de Migliorini, en la misma serie "Civiltà europea", tuvo tres ediciones más hasta 1963, cada vez con pequeñas correcciones "debidas a nuevas investigaciones o a benévolas sugerencias de revisores y lectores". La obra, sin notas ni índice alfabético, fue sin embargo reimpresa por la misma editorial en diferentes series y varias veces: "Le piccole storie illustrate" (1961), el "Universale Sansoni" (1966), la "Biblioteca Sansoni" (1971); en 1964, resumida y completada con un capítulo sobre el siglo XX por Ignazio Baldelli, apareció la *Breve storia della lingua italiana*, que Sansoni reimprimió hasta 1991. Tras la muerte de Migliorini, Sansoni Editore Nuova, en 1978, decidió publicar anastasiadamente la edición mayor, con un apéndice de "Adiciones y correcciones a la quinta edición póstuma" a partir de las notas de Migliorini, a cargo del escritor. En 1988, R.C.S. Sansoni Editore publicó una nueva edición de la obra en dos volúmenes, precedida de una extensa introducción de Gh. Ghinassi, pero con el texto recompuesto editorialmente y no sin cambios (dedicatoria eliminada, caracteres espaciados, algunos párrafos y cursivas, etc.). En 1994 esta edición fue reeditada en un solo volumen por Bompiani, que la ha reimpreso varias veces en su serie de libros de bolsillo. La presente edición se ha recompuesto de nuevo, conservando la introducción de Ghinassi e insertando en el texto casi todas las "Adiciones y correcciones" que figuraban en el apéndice: tácitamente en el caso de simples erratas que debían corregirse, con la inserción entre corchetes en el caso de adiciones o modificaciones del texto. También se corrigieron tácitamente otros pequeños olvidos, tratando de respetar al máximo la lección original. No obstante, todo el texto ha sido objeto de una revisión editorial para ajustarlo a las normas editoriales de la serie.

[20] Migliorini, tras la publicación de la *Storia della lingua*, reelaboró los dos volúmenes, *Lingua contemporanea* y *Saggi sulla lingua del Novecento*, rediseñándolos en 1963 como conclusión de la obra mayor e indicando su inclusión en la "Nota bibliografica" (aquí en la p. 11). Los distintos capítulos de los dos volúmenes contemporáneos se refundieron después, con un nuevo título, en Migliorini, *La lingua italiana nel Novecento*, editado por M.L. Fanfani, con un ensayo introductorio de Gh. Ghinassi, Florencia 1990, volumen que puede leerse como una continuación de *Storia della lingua*.

[21] B. Migliorini, *Lingüística,* Florencia 1946, p. 46.

ÍNDICE